

MIGUEL DELIBES

Obras completas VII
Recuerdos y viajes

Este volumen recoge toda la producción memorialística y de viajes de Miguel Delibes, que en buena parte no había sido recopilada en forma de libro antes. Escritos autobiográficos: «Mi vida al aire libre, Un año de mi vida, Recuerdos, Amigos. —Libros de viajes—: Por esos mundos: Sudamérica con escala en Canarias; USA y yo; Europa, parada y fonda; Dos viajes en automóvil: Suecia y los Países Bajos; La primavera de Praga».

Miguel Delibes

Obras Completas VII: Recuerdos y viajes

Obras Completas de Miguel Delibes - 7

ePub r1.0
Titivillus 30-04-2021

Miguel Delibes, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


VIII
Aniversario
Edición conmemorativa
epublibre
Más libros, más libres

Mi vida al aire libre

Memorias deportivas de un hombre sedentario

1989

No puedo meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más; mi cabeza anda al compás de mis pies.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Las confesiones*

No se debe prestar fe a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Ecce Homo*

I. La herencia

A mi padre se le adivinaba la ascendencia europea en su afición al aire libre. No es que fuera un *sportman,* como se decía a comienzos de siglo del señorito ocioso dado a los deportes, pero sí un hombre que con cualquier motivo buscaba el contacto con el campo. Este hecho era raro en España, no sólo a finales del siglo XIX sino en el primer cuarto del siglo XX. El español del 900, ese hombre de cocido, cigarro y casino, relacionaba indefectiblemente la idea de campo con la idea de enfermedad. Fernández Flórez hacía humor a su costa y, en una de sus novelas, presentaba a un jefe de negociado, asfixiado por el oxígeno en una excursión a la montaña, que a duras penas conseguía recuperarse bajo la atmósfera de humo provocada artificialmente por sus subalternos. Francisco de Cossío, hombre de cachimba y tertulia, sostenía que el sol y el aire devoraban la salud del hombre lo mismo que decoloraban las batas de percal de las muchachas. Mi padre, pese a pertenecer a la misma generación, tenía un concepto más moderno sobre el particular: la naturaleza era la vida y era preciso conservarla y disfrutarla. Él salía al campo en todas las estaciones del año. Y pese a ser muy sensible a las corrientes de aire (se enfriaba con un soplo) y a tener un oído delicado para cualquier clase de ruidos, lo hacía ligero de ropa, y en primavera encontraba un atractivo incomprensible en el monótono y penetrante canto de los grillos. Todavía le recuerdo en los ribazos de Zaratán o en las onduladas siembras de Simancas, agachado en los trigales, reclamando a la codorniz o sacando grillos de sus huras cosquilleándoles con una paja. En casa había una grillera de tres pisos, de seis apartamentos, y en el mes de mayo el albergue se llenaba y los conciertos crepusculares, que enfurecían a los vecinos, reunían para él propiedades no ya gratificadoras sino sedantes. Los alimentaba con lechuga (escogiendo las hojas más frescas de las que mi madre subía del mercado), y al caer la tarde aquellos bichitos insignificantes habían transformado la verdura en unas bolitas negras, aovadas, la freza, bolitas que delataban su presencia en las pequeñas huras del campo. A su juicio, los franceses estimaban mucho la compañía de los grillos (y quizá fuera cierto) pero nosotros, los españoles que le rodeábamos, no llegábamos a comprender que

para él, que le sacaba de quicio el vagido remoto de un niño, comportase algún placer aquel cricrí sin modulaciones, reiterado e interminable.

Yo no tuve conciencia de que mi padre y yo estábamos en el mundo hasta después de haber entrado aquél en la cincuentena. Se había casado maduro (a los cuarenta y dos años) y, habiendo sido yo el tercero de ocho hermanos, cuando le conocí él ya había cumplido los cuarenta y siete. Al alcanzar la edad del discernimiento supe que mi padre sabía nadar como un pez desde la infancia y que de joven había corrido carreras de biciclos en Salamanca y Valladolid con su hermano Luis, don Julio Alonso, don Narciso Alonso Cortés y los hermanos Sigler. Pero cuando me enteré de esto ya no corría porque no había biciclos ni se bañaba en el río ni en el mar porque se enfriaba. En el aspecto deportivo, salvo la caza, la pesca de cangrejos y el paseo, mi padre vivía de recuerdos, procurando transmitir a su prole sus conocimientos, de tal modo que, nos gustase o no, apenas cumplíamos seis años, nos amarraba una soga a la cintura y desde la orilla del río o desde el malecón, si era en el mar, nos lanzaba al agua y nos sostenía con la cuerda un rato cada día hasta que, al cabo de una semana, nos soltábamos a nadar solos. La bicicleta era regalo algo más tardío: ocho o diez años. Y la lección que nos dictaba, más sucinta aún que la de la natación. «Pedalea y no mires a la rueda», nos decía. Y nos propinaba un empellón. Al cabo de tres días, con las rodillas laceradas, ya corríamos solos por el Campo Grande.

Mi padre se rebelaba contra el hecho de que un ochenta por ciento de españoles no supieran nadar cuando sabían hacerlo hasta los perros. Con frecuencia solía decir: «Todos los niños deberían aprender a nadar al tiempo que a andar». Y cada verano, cuando leía en el diario la noticia de un niño ahogado, se ponía de mal humor. No se explicaba la dejadez general ante un problema tan importante y sencillo de resolver. En fuerza de hablar de natación, yo, niño, llegué a considerarle, en mi fuero interno, un Johnny Weissmuller un poco más magro y envejecido. Empero su relación con el agua fría, cuando yo tomé conciencia de las cosas, era más bien platónica y ambigua: la amaba, pero la temía; se mezclaban en él la pasión del deportista y el miedo del catarroso. Y lo peor es que a la más tierna edad ya nos transmitía su recelo: baños sí, pero cortos. Aún lo recuerdo en la playa de Suances, en Santander, reloj en mano, cronometrando nuestras inmersiones (nunca más de diez minutos), la arena resplandeciente, al fondo la Isla de los Conejos. En cambio, don Julio Alonso, otro campeón del biciclo, dueño de la fábrica de galletas La Isabelita, corpulento y atezado, un auténtico lobo de mar, se zambullía una y otra vez, rodeado de una turba de chiquillos, sin tener

en cuenta el reloj. Don Julio nos enseñaba a bucear, a hacer el muerto y la técnica del *crawl*. A veces, cuando el mar estaba picado, saltábamos junto a él las olas gigantescas y nos sostenía a todos contra su empuje. Era como un dios: dominaba el mar, dominaba la tempestad, dominaba el peligro. Yo, al verle, pensaba en mi padre, en que era una lástima que siendo tan diestro como él no pudiera demostrarlo porque se enfriaba. De ahí nació nuestra secreta aspiración (la de los ocho hermanos): que nuestro padre se bañara y pudiera emular a don Julio Alonso al menos por un día. Este deseo llegó a desazonarnos y en ocasiones, cuando lo veíamos de buen humor, como quien no quiere la cosa, le preguntábamos si no pensaba meterse nunca en el mar: «Tal vez algún día —respondía él—, pero tendría que hacer mucho mucho calor». No hay que decir que, si amanecía un día sereno, mis hermanos menores, confundiendo el sol con la temperatura, preguntaban a mi padre si el día no era lo bastante caluroso como para que se bañase. «Aún no; todavía no hace suficiente calor», respondía invariablemente mi padre. Pero ellos insistían una y otra vez y él rehusaba, hasta que un día, cansado sin duda del asedio, se consideró en el deber de concretar: «Únicamente me bañaré el día que haga tanto calor que se asfixien los pájaros». A partir de ese día, nosotros no hacíamos más que observar los pájaros, los gorriones en los alambres y las gaviotas en el malecón. Pero unos y otras no parecían sentirse indispuestos por mucho que el sol apretase. Entonces empezamos a recelar que el dicho de mi padre era una evasiva para eludir nuestro acoso: los pájaros nunca se asfixiaban a causa del calor, luego nuestro padre nunca se bañaría, jamás podríamos verle competir con don Julio Alonso. Mi padre, que por aquellas fechas rondaría ya los sesenta, bajaba ordinariamente a la playa con chaqueta y chaleco de la misma tela pero, aquel año, las temperaturas empezaron a subir a primeros de agosto con tanta intensidad que, ante nuestro asombro, un día se despojó de la americana, el siguiente del chaleco y, por último, de los zapatos y los calcetines, de forma que seguía nuestras evoluciones en el agua, con los pies descalzos, reloj en mano, los pantalones arremangados, en camisa y tirantes. La temperatura seguía sin ceder, de manera que por las tardes permanecíamos en casa, con las verdes persianas bajadas, oyendo las piadas agobiadas de los gorriones en las acacias del chalé contiguo. Al tercer día, mi hermano menor, al oír el pío-pío lastimero de los pájaros, miró a mi padre y le dijo con sonrisa intencionada:

—¿Por qué cantarán así los pájaros?

Mi padre la cazó al vuelo y respondió sin vacilar:

—¿Quién sabe? A lo mejor se están asfixiando. —Y como mi hermano continuara interrogándole con la mirada, añadió—: Si el tiempo sigue así, mañana me bañaré.

Al caer el sol, salió de compras con mi madre, mientras los hermanos comentábamos excitados la novedad: «Papá se va a bañar mañana, ¿qué dirá don Julio?». Pero don Julio no tuvo oportunidad de decir nada, porque mi padre y mi madre marcharon lejos del bullicio, a la vera del espigón, y, una vez allí, mi padre se desprendió de su albornoz y apareció con un bañador listado de azul, de media manga, comprado la tarde anterior, se metió en el mar, descarnado y cauteloso, y cuando el agua le alcanzó la cintura, se acuclilló y se puso a nadar, con una braza académica, aburrida, fría, poco excitante, resoplando a cada brazada como una locomotora. Y cuando dos minutos más tarde salió del agua, tan blanco, tan delgadito y anticuado, con sus brazos entecos sin bíceps, y mi madre le ayudó a ponerse el albornoz, los hermanos nos miramos un poco abochornados; pero Adolfo, el mayor, dijo en una tentativa de restaurar nuestra moral:

—A braza nada mejor que don Julio.

Y yo, que no entendía de estilos, me sentí muy confortado con sus palabras y exclamé en plena exaltación:

—Si no se enfriase podría ir nadando hasta la Isla de los Conejos.

Pero mi padre, antes que ciclista y nadador, fue cazador y sobre todo un hombre campero. Desde muy niño lo recuerdo preparando los trebejos de caza las tardes de los sábados: una escopeta inglesa que había adquirido a principios de siglo de segunda mano por mil pesetas (esto de las mil pesetas sonaba entonces, en aquella época y en una casa donde no sobraba el dinero, a dispendio), una canana de buen cuero desgastada por el uso, un morral almidonado por la sangre y la orina de los conejos, un abrigo verde, peludo, de tacto muy cariñoso, unos leguis marrones, que se abrochaban arriba y abajo con hebillas, y un sombrero de alas caídas, de mezclilla, informe, muy deportivo. A las siete de la mañana del domingo, mi padre ya estaba en danza, nos despertaba a los acompañantes y nos íbamos todos juntos a por el perro y el Cafetín, un viejo Chevrolet de color de la canela, altaricón y aristado, que se guardaba en los locales de la Agencia. Una vez en él, y a una velocidad no superior a los cuarenta kilómetros por hora, nos trasladábamos al monte de Valdés, en el término de La Mudarra, en plena Tierra de Campos. Como el monte distaba treinta kilómetros de la ciudad, el viaje se prolongaba una hora, una hora destemplada, con las solapas de los abrigos subidas, sentados sobre las propias manos para calentarlas con la presión del trasero. Mi padre,

envuelto en su peludo abrigo verde, conducía mal. Tenía un temperamento nervioso y no le iba la mecánica. Frenaba a menudo y sin tiento (entonces circulaban aún muchos carros) y no desembragaba a fondo, de manera que al cambiar de marcha, la caja arañaba con un ruido de cadenas arrastradas que producía el efecto de que el coche alazán iba a desintegrarse. No se esforzaba en hacerlo mejor porque esto del automovilismo no lo consideraba un deporte (afirmaba que el deporte lo hacía el automóvil, que era el que corría) y nunca le cautivó. Y tan pronto mi hermano Adolfo, el primogénito, que, por el contrario, era muy aficionado a los coches y muy sensible de remos, cumplió nueve años, le puso al volante y en lo sucesivo fue nuestro chófer. En aquel tiempo no existían guardias de tráfico porque no lo había, no había tráfico quiero decir, de modo que la figurilla de mi hermano, sentado en el borde del asiento para alcanzar los pedales, no escandalizaba a nadie. Sí recuerdo que la carretera estaba infame y mi padre, junto al conductor, sujetaba entre las rodillas el bidón de gasolina de repuesto, para evitar que se le derramase en las botas. (Esto del bidón también tiene su historia, que a lo mejor cuento más adelante).

Mi padre era un perfecto cazador deportivo. Un cazador a salto, de perro y morral, que sabía disfrutar de la naturaleza como nadie. Aún lo recuerdo armando la escopeta en el calvero donde estacionábamos el coche, en pleno monte, junto a un pozo y un abrevadero de ovejas; a la derecha una corpulenta encina centenaria.

—¿Qué? ¿Quién se viene conmigo?

A veces le acompañábamos uno, a veces dos, a veces ninguno. Se nos hacía tediosa aquella caminata en silencio, sin poder enredar con el perro, si es caso vislumbrando entre las carrascas, de tarde en tarde, la silueta fugaz de un conejo. Evoco el silencio del monte, un silencio seco, transparente, al que las fumaradas del aliento espesaban. De tiempo en tiempo, el graznido destemplado de una corneja. Las mañanas en que la bruma levantaba nos sorprendía de pronto el *coreché* de una perdiz. Si saltaba el viento, gemían las carrascas y las ramas de las atalayas entrechocaban y alguna se quebraba. Pero de ordinario los días de invierno en la Meseta eran fríos, quedos, nublos, una película de escarcha en las jaras y los tomillos. Y en aquel silencio congelado se movía mi padre lentamente, silbaba al perro, registraba mata por mata, la moquita brillándole en la punta de la nariz. Y nosotros caminábamos tras él, hacíamos un alto cuando él se detenía, el morral en bandolera golpeándonos las pantorrillas al andar. El aire olía a hielo y al humo distante de los carboneros del picón. Y, de repente, resonaba la detonación, el monte

parecía estallar, mi padre llamaba al perro a voces, lo azuzaba, lo ponía apresuradamente en la pista, y el *Boby* zarceaba, iba y venía, desaparecía y, al cabo de un rato, regresaba, alegre, cogitabundo, con el conejo atravesado en la boca. Mi padre le acariciaba la cabeza e intercambiaba con él unas miradas afectuosas e inteligentes que nunca he olvidado. Luego oprimía —mi padre— el vientre blanco del conejo para que orinase y nos lo entregaba para que lo guardásemos en el morral.

—Ojo, no vayáis a perderlo.

El recuerdo más tierno que guardo de mi padre (mi padre no era muy niñero, ni dado a demostraciones convencionales de cariño) es allí, en el monte, solo, alto, delgado, el perro a la vera, las alas del sombrero de mezclilla sobre los ojos, la escopeta en guardia baja, atento, alerta, como Ortega exigía del cazador. Se le adivinaba en su medio, tranquilo, respirando regularmente, una aromática ramita de tomillo en el ojal de la solapa y una pluma de perdiz en la cinta del sombrero. Al acecho.

Nunca se enroló mi padre en cacerías multitudinarias, ni siquiera de grupo, ni siquiera, si me apuran, de pareja. La caza era para él un rito solitario. Le placía cazar sin compañía, sin testigos de sus afanes, saborear el despertar del día, escuchar el silencio, respirar el frío de la escarcha, crearse su propia suerte. Se armaba rápidamente y era diestro en el tiro a tenazón. Raro era el día en que no aculaba ocho o diez conejitos en el morral, más una perdiz o una liebre para ilustrarlo. Su concentración en el monte era absoluta. Y este ensimismamiento era lo que nosotros, los niños, no soportábamos. La caza exigía excesiva formalidad. Únicamente el perro, olfateando aquí y allá, indagando en los vivares, mirándole de vez en cuando, parecía estar a su altura.

Mi padre crió varios perros pero algunos le duraron tan poco tiempo que ni recuerdo sus nombres. El que coloco a su lado cada vez que evoco su imagen de cazador es el *Boby*, un perrazo perdiguero, rojo y negro, bello y de mucha fuerza. De vientos finísimos, mi padre no podía sujetarlo cuando cogía el rastro de las perdices. Y si las volaba largas, fuera de tiro, le propinaba puntapiés en el trasero hasta que el *Boby* se tumbaba en el suelo, dos patas en alto, amustiaba los ojos y emitía unos histriónicos quejidos de incomprendido. Creo que el *Boby*, con todos sus defectos, fue el mejor perro que tuvo mi padre, el de más bella lámina y el más cazador. Yo lo rememoro especialmente durante las temporadas de codorniz, en la vega de la Sinoba o en los páramos de Quintanilla. Tomaba los vientos de largo, husmeaba con tesón, el morro a ras de tierra, a veces más de cien metros, hasta que daba con

el pájaro. Ante su proximidad, el *Boby* levantaba el hocico, acortaba el paso (un paso que se hacía lento, florido, achulado como el de los toreros en algunos lances de adorno) y así se iba acercando poco a poco hasta hacer la muestra. Mis hermanos y yo descubríamos con frecuencia a la codorniz antes de arrancarse, asustada a la sombra de una morena, semicubierta por una hierbecita insignificante, y el *Boby*, que yo creo que también la veía, alzaba sumisamente la mirada hasta mi padre como solicitando su venia. Mi padre le hacía un gesto mínimo con la cabeza o le estimulaba con algunas pocas palabras entre dientes y entonces el *Boby* volaba el pájaro, y una vez abatido, así cayera en el arroyo, en lo sucio, nunca se resistía a su poderosa nariz, hacía la cobra y volvía junto a mi padre con el pájaro en la boca, invisible entre sus belfos colgantes, y se lo entregaba sin machucarle una pluma. El *Boby* murió de viejo y lo enterramos en el patio de la Agencia, el túmulo presidido por una cruz de palos. Creo recordar que la *Ina*, roja y negra también, pero con una veta de perro corrillero aportada sin duda por la madre, era hija o nieta del *Boby*, pero ni su estampa ni su temperamento tenían nada que ver con él. Era una perrilla de labor que a mi hermana Concha y a mí nos desagradaba porque arrufaba si nos acercábamos a ella mientras comía, cosa que jamás hicieron otros perros.

Pero hubo épocas en que mi padre no tuvo perro. Entonces solía buscarlos en la calle, perros sin amo, perros de ciego o guardianes de obra. Del mismo modo que no le agradaba compartir la caza con nadie, no concebía subir al monte sin perro. Esto le inducía a alquilar por un día un perro lazarillo o a secuestrar en el Cafetín al primer perro vagabundo que encontráramos el domingo olisqueando las basuras. Generalmente eran perros mil leches, descastados, sin una idea definida de lo que era la caza.

—Eso no importa, hijo. Lo que hace falta es que mueva el monte.

Y, en efecto, solían mover el monte pero a veces se asustaban con las detonaciones y salían pitando por el sardón para no volver a aparecer. Estas defecciones, muy corrientes en los canes, se producían también entre nosotros.

—¿Hoy no me acompaña nadie? Está bien, pero tened cuidado con el pozo.

Nos quedábamos en el calvero, rodeados de matas, aislados del mundo, felices, el pozo junto al abrevadero, los camales de la encina grande al alcance de nuestras manos. Trepábamos por ella, nos instalábamos cada uno en una rama, sacábamos agua del pozo y la bebíamos directamente del cubo, los dientes pasados de frío. Después jugábamos a la pelota o al escondite entre las

matas, hasta que sobre la una y media o las dos aparecía mi padre. Corríamos hacia él e inspeccionábamos impacientes el morral: dos, tres, cuatro gazapos.

—¿Has visto pocos?

—Pocos. El monte está húmedo y el animal no encama. Están embardados.

Comía mi padre sentado en la piedra del abrevadero, sobre el morral para no enfriarse el trasero. Comidas que recuerdo frugales como las de un pájaro: una loncha de jamón transparente, otra de queso de bola, un panecillo de cinco céntimos al que quitaba la miga y un botellín de leche de vaca. Al terminar, volvía a marchar, otra vueltecita, hasta que la tarde caía y, sobre la línea brumosa del horizonte, se extendía la franja roja del sol poniente.

Con el paso de los años, mi padre me regaló una escopetilla de 12 milímetros. Los cartuchos eran de inocente apariencia pero hacían daño (con ellos derribé mi primera perdiz, varias codornices y un montón de avefrías, a calzón quieto). En aquel tiempo solía quedarme en los alrededores de la casa de labor (una casona blanca, con carros y remolques en la socarreña y, en la trasera, un patio inmenso donde se oxidaban los aperos y humeaban los montones de estiércol) tirando a las cogujadas, que, no recuerdo por inspiración de quién o por qué motivo, llamábamos de chicos *pajarotas*. Ésa fue la primera sangre inocente que vertí, pero mi padre, seguramente con objeto de dar al arma un alcance más deportivo, pidió un día prestados unos espejuelos (artilugio de madera con redondos cristalitos incrustados capaz de girar sobre un eje que se accionaba a distancia mediante una cuerda) para atraer a los nutridos bandos de calandrias que merodeaban por los rastrojos del caserío y que, según decían, acudían al engaño creyendo que era agua. Desgraciadamente, nunca supe manejar el señuelo con destreza. Los cordeles se me enredaban, el espejuelo giraba hacia un lado y se atascaba, de forma que yo salía y entraba en el escondrijo tantas veces que acabé ahuyentando a las calandrias fuera de la provincia.

Un día encarecí a mi padre que me dejara acompañarle con la escopetilla. Aunque no lo manifestara, en el fondo de mi alma alentaba la esperanza de derribar un conejo a la carrera delante de mi progenitor. No hubo de qué, claro. Disparé dos o tres tiros a otros tantos gazapos pero debieron escapar muertos de risa con los perdigones a dos metros de sus rabos. Los conejos, regateando entre las jaras, no eran tan fáciles de abatir como las cogujadas. Las matas se interponían entre mi padre y yo, y algunos conejos atravesaban los claros tan raudos que no me daban tiempo ni de encararme la carabina.

Pero de pronto sentí una detonación seca a mi derecha y simultáneamente un latigazo en la mejilla. Levanté la mano y la retiré ensangrentada.

—¡Me has dado! —grité, asustado.

—¿Cómo dices?

—¡Que me has dado! —repetí con acento melodramático.

Mi padre, quien a veces me parecía frío y distante, asomó demudado entre las carrascas. Su interés patético me enterneció.

—¿Ha sido mucho, hijo? ¿Ha sido mucho?

No era más que un perdigón rebotado, desviado por un bogal, perdigón que mi propio padre extrajo presionando con los pulgares, como si fuera una espinilla, pero para él, cuya prudencia con la escopeta era extremada, el accidente constituyó un motivo de disgusto.

Pero no se me va de la memoria un día de frío intenso, antes de disponer de la escopetilla de 12 milímetros, mis hermanos y yo congregados en el claro del abrevadero, el Cafetín bajo la atalaya, el abrigo verde de mi padre sobre el radiador para evitar que se helara el agua. Espaciadamente se escuchaba algún disparo, pero aunque el día crecía, también el frío parecía ir en aumento y el cierzo arreciaba. Entonces uno de mis hermanos concibió la idea de hacer una hoguera como las de los carboneros.

—Venga, vamos a buscar leña.

Nos dispersamos por el sardón. Sobre el periódico del día logramos apilar un buen montón de palos secos. No obstante, la carama los había humedecido y el zarzagán apagaba los fósforos antes de que llegaran a prender. A fuerza de insistir conseguimos unas ascuas pero no que brotara la llama. Creo que fui yo el autor de la feliz idea.

—¡El bidón! ¿Por qué no echamos un poco de gasolina del bidón?

El asentimiento fue unánime. La gasolina del bidón era la única capaz de hacer arder la chamarasca amontonada. Mi hermano Adolfo dirigía la operación, y aunque ni él ni nosotros, sus ayudantes, advertimos las pequeñas brasas bajo la pila de leña, al levantar el bidón para que cayera la gasolina, la llamarada subió chorrito arriba hasta alcanzar las manos de mi hermano, quien rápido como el viento arrojó el bidón al abrevadero. La gasolina ardía furiosamente por todas partes, amenazaba al Cafetín y gracias a mi hermano Adolfo, que pese a su corta edad ya conducía y lo separó de las llamas, no se quemó también.

Durante el tiempo que se prolongó la espera, ya no sentíamos el frío, y cuando mi padre apareció nos echamos a temblar. Lo primero que advirtió fue

el bidón calcinado entre el hielo roto del abrevadero, luego el cenizal, el coche fuera de su sitio acostumbrado, el olor a chamusquina.

—¿Qué ha pasado? —Miraba hacia el coche, luego la escoria—. ¿Qué habéis quemado aquí?

Los cuatro titubeábamos y cuando, al fin, le contamos lo ocurrido, más asustado aún por lo que podía haber pasado que por lo verdaderamente acaecido, resolvió el pleito con cuatro voces destempladas y cuatro pescozones. Después, al regresar a casa, no me parecía verlo tan enfadado como el asunto merecía, pero hasta que abrió el morral no me di cuenta del motivo de su conformidad: había cazado dos chochas, pieza rara que él estimaba mucho. La repercusión de los éxitos y de los fracasos cinegéticos en su humor era manifiesta. Mi padre hablaba poco y se enfadaba menos, pero las pocas veces que se enfadaba en casa seguro que andaba por medio la política o la caza. La Izquierda Liberal de Alba era intocable (mi madre, más conservadora, le atacaba por este motivo), y la chochaperdiz, el pájaro más goloso de cuantos hacían temporada en nuestros sardones. Y si el día del fuego nos salvamos de un escarmiento ejemplar a causa de las dos sordas, no es difícil imaginar la que se armó en casa el día en que mi madre, acuciada por otros quehaceres, dejó asurar en el horno una chocha, la única que mi padre había cazado en toda la temporada. Este incidente de la becada, la muerte de un cachorrillo de *pointer* al caer por entre los barrotes de la galería y la pérdida del guardamanos de la escopeta en un descuido de mi hermano Adolfo provocaron las tres sofoquinas culminantes de mi padre, lo que revela que las contrariedades derivadas de la caza le afectaban más que las derivadas de cualquier otra actividad, incluso las que pudiéramos llamar profesionales.

Pero he mencionado el Cafetín muy de pasada, cuando, en realidad, le gustase mucho o poco, el automovilismo fue otra de las actividades deportivas de mi padre. Ya he dicho que no era buen conductor (era hombre de mano dura, apremiado, nervioso), lo que no he dicho es que el coche no era de su propiedad sino de la agencia de automóviles que compartía con mi tío Luis. Aficionados ambos al biciclo, lo fueron también al automóvil cuando se inventó el motor de explosión. Entonces crearon la Agencia Ford en la Travesía de Muro, en Valladolid, y en ella se vendieron los primeros *fotingos* que circularon por la ciudad. Más adelante, representaron a la General Motors, y el *forito* fue sustituido por el Cafetín, el Chevrolet de caja cuadrada en el que íbamos a cazar. Esto aporta ya alguna luz sobre la razón de ser del bidón de repuesto. A mi padre se le antojaba un exceso de liberalidad dejar el domingo tres o cuatro litros de gasolina en el depósito para que el lunes los

malgastasen sus sobrinos paseándose. Y a los sobrinos les molestaba dejarlos el sábado para que al día siguiente su tío los quemase tranquilamente yéndose a cazar conejos. Yo no tengo por codiciosas a ninguna de las dos familias, pero se conoce que entonces se hilaba más fino o estos rasgos de desprendimiento eran inimaginables. Lo que recuerdo bien es que el Cafetín no se calentaba hasta después de subir el puertecillo de Villanubla. Era más frío que el biciclo. A veces, después de doblar una esquina a una velocidad corta, el coche daba dos carneradas, se ahogaba y era necesario volver a arrancarlo con manivela. Por aquel tiempo, el *tren burra* (un trenecito como de juguete, que hacía el servicio con Medina de Rioseco y en cuya locomotora se acomodaba un hombre con una corneta y una bandera roja para advertir al vecindario del peligro) discurría, a lo largo de dos o tres kilómetros, por las calles de la ciudad, con lo que el hombrecillo del cornetín arriesgaba cada día los pulmones en el recorrido urbano: Puente Mayor, las Moreras, Paseo de Zorrilla y calle de Gabilondo. Como nuestro itinerario de caza coincidía, más o menos, con el del *tren burra*, había un momento en que se hacía preciso cruzar la vía. A mi padre esto le desazonaba y apenas arribábamos a la Plaza del Poniente, desaceleraba, bajaba el vidrio de su portezuela y reclamaba nuestro concurso:

—Mirad a ver si viene el tren.

—No viene —respondíamos a coro.

Y, entonces, mi padre, confiado, atravesaba las vías, afrontaba el último tramo del Paseo de las Moreras, franqueaba el Puente Mayor, abocaba el puertecillo de Villanubla y el Cafetín, caliente ya y traqueteante, no paraba hasta alcanzar el calvero del monte de Valdés. Pero un domingo, al preguntarnos mi padre como de costumbre si venía el tren, mi hermana Concha, en lugar de tranquilizarle, dijo imprudentemente:

—Viene, pero muy lejos.

Oír mi padre la palabra *viene* y empezar el Cafetín a dar tirones, fue todo uno. Y tan apurado entró en la vía el pobre que no logró salir de ella. Dio dos tirones más y quedó en medio, atravesado sobre los carriles. En principio mi padre no se arredró. Miraba de soslayo al tren lejano y tiraba del botón de la puesta en marcha. Pero el motor no rompía, no nos esperanzaba con la más mínima explosión. Insistió varias veces, pero cuando vio que el hombre de la corneta se incorporaba en el tope de la locomotora y lanzaba el primer aviso, empezó a ponerse nervioso.

—Esto no arranca.

Sonó todavía distante pero con una estridencia inhabitual el segundo pitido y entonces mi padre perdió la serenidad. Aún hizo varios intentos por arrancar el coche pero, cuanto más agudo sonaba el cornetín, más precipitados eran sus movimientos. Mientras tanto el *tren burra* seguía avanzando y el hombre del cornetín, además de pitar, agitaba ahora como un loco la banderola. Seguramente mi padre pensaría en su hermano, en la Agencia y en el bidón, antes de dar la voz de alarma:

—¡Rápido, todo el mundo abajo!

Mas no había contado con el azoramiento de última hora. El Chevrolet únicamente tenía dos puertas, pero ni mi padre ni nosotros acertábamos a abrir ninguna. Tengo para mí que el pitido de la corneta, al actuar sobre nuestros mecanismos nerviosos, resultaba contraproducente, pero tampoco era cosa de decirle al señor que la tocaba que se callase. Total, que los frenos del *tren burra* chirriaron cuando la gente joven y el *Boby* tratábamos de escapar por las ventanillas. Y allí quedó la pequeña locomotora, inmóvil, a veinte metros del coche, bufando, proyectando chorros de vapor por los costados. El hombre de la corneta venía hacia el Cafetín enarbolando el palo de la bandera, pero el maquinista, que también se había apeado (y que, según nos dijo después mi padre, tenía un hijo estudiando en la Escuela de Comercio, donde él era director), lo adelantó en cuatro trancos, lo apartó y nos lanzó la sonrisa más dulce y comprensiva que uno pueda imaginarse.

—Buenos días, don Adolfo. ¿Qué, no arranca el coche?

—No arranca, no señor. Se ha calado y no hay manera de hacerlo entrar en razón.

—Aguarde un momento, que le echamos una manita.

En un periquete quitaron el coche de la vía y continuaron empujándolo hasta que el motor petardeó y el Cafetín salió corriendo alegremente hacia el Puente Mayor. Mi padre, temeroso de que si reducía la velocidad volviera a calarse, agitaba la mano agradecida por la ventanilla diciendo adiós, mientras el maquinista, ante su asombrado compañero, hacía bocina con las dos manos y voceaba a voz en cuello:

—¡Que pinte bien, don Adolfo! ¡Que tengan un buen día!

Esto ocurría cuando los inventos del hombre estaban todavía controlados por su voluntad. Más tarde, los trenes dejaron de parar porque un coche se detuviera en la vía y empezó esa cruenta enfermedad conocida con el nombre de accidentes de tráfico. Otra enfermedad grave, la guerra civil, que autorizaba a disparar contra los hombres pero prohibía hacerlo contra los conejos, cortó la relación semanal de mi padre con el monte de Valdés. Tuvo

que enfundar la escopeta. Esto no mitigó su pasión por la naturaleza, pero ahora, desguazado el Cafetín y requisado el Seis Cilindros, se llegaba a las afueras de la ciudad unas veces a pie y otras andando. Y cuando la contienda terminó, sin coches y sin gasolina, se trasladaba a Viana de Cega a buscar la liebre en un tren de cercanías, con el perro de algún ciego entre las piernas. Los revisores (si es que no tenían algún hijo estudiando en la Escuela de Comercio) le llamaban la atención, pero él, ante todo un ciudadano disciplinado, pedía excusas y salía con el can a la plataforma descubierta del furgón de cola y se abrochaba el botón del cuello del peludo gabán verde para no enfriarse la garganta.

II. Una larga carrera de futbolista

Sin duda el amor por la naturaleza y la proclividad al aire libre nos viene a los Delibes por línea paterna, tal vez de la Gascuña. Yo asumí esta inclinación para llenar mis ocios, pero mis hijos hicieron de ella medio de vida: cuatro biólogos y un arqueólogo salieron de una camada de siete hermanos. Ahora bien, en mi caso, esta actitud saludable ¿por qué cauces se orientó? Yo creo que mi primera afición deportiva, asumida como pasión, como auténtica pasión desordenada, fue el fútbol. Antes aprendí a nadar, a montar en bicicleta y, como se ha visto, acompañaba a mi padre de morralero en sus excursiones cinegéticas, pero ni la natación, ni la bicicleta, ni la caza tiraron de mí con la fuerza con que lo hizo el fútbol a los ocho o nueve años. Un fútbol en principio teórico, periodístico, de resultados y clasificaciones; un poco lo que fue el ciclismo hasta que la televisión nos acercó las imágenes de los *routiers* y pudimos admirar su esfuerzo. ¿Y cómo nació esta pasión tan grande en una criatura tan pequeña? Yo sospecho que estas pasiones infantiles brotan, en principio, de un amor desmedido por la patria chica, hacia los que estima sus representantes, y una gratuita actitud de hostilidad hacia el forastero. Una especie de xenofobia pueblerina nos poseía a los párvulos del primer tercio de siglo. Esto quiere decir que yo fui hincha antes que aficionado. Anteponía al espectáculo el triunfo de mi equipo, el Real Valladolid Deportivo. Y hasta tal punto vivía sus peripecias de corazón que, de muy niño, hacía solemnes promesas al Todopoderoso si el Real Valladolid salía victorioso en Las Gaunas o El Infierniño. En cambio, cuando jugaba en casa, me parecía que bastaban mi aplauso y mis voces de aliento para triunfar y no iba con embajadas al Todopoderoso. Pero mi pasión futbolística no se detuvo ahí. El Real Valladolid era un equipo modesto de tercera división, y mi afición desbordada no respetó estos límites y se extendió a las divisiones superiores. No creo haber sido nunca un memorión. He disfrutado de unas facultades de retención rápidas, pero superficiales, es decir, tal retención duraba cinco minutos. Por ejemplo, en la escuela, era el primero en aprenderme el vocabulario de francés, pero a la semana siguiente no recordaba ya ni una sola de las palabras aprendidas. Pues bien, la actividad mnemotécnica que desarrollé a cuenta del fútbol no tuvo parangón en mi vida hasta que oposité a

cátedras de Derecho Mercantil y me aprendí el Código de Comercio de memoria. Hoy no sabría repetir un solo artículo de los casi mil que tenía aquel Código. En cambio, de mis conocimientos futbolísticos todavía quedan vestigios cincuenta y cinco años después. Hubo un tiempo en que yo recitaba al dedillo las alineaciones de los equipos de primera, segunda y tercera división. Conocía el nombre de sus campos, de sus entrenadores, de los jugadores reservas e, incluso, recordaba perfectamente los resultados de los encuentros jugados durante las tres últimas temporadas en las tres divisiones españolas. Esto demuestra las posibilidades de un niño de diez años cuando pone empeño en un asunto, pero mis facultades dejarán de admirar a nadie si añado que mis hermanos José Ramón y Federico, varios años menores que yo, eran capaces de los mismos alardes de memoria.

Antes de empezar a frecuentar el fútbol como espectáculo, nos recuerdo a los tres las tardes de los domingos yendo a ver los resultados de los partidos a Casa Baticón, en los soportales de Cebadería, en la Plaza Mayor. Nos bastaba un vistazo a la pizarra para retener las cifras. Luego regresábamos comentando las sorpresas de la jornada y, de nuevo en casa, nos entreteníamos preguntándonos uno a otro los tanteos de esos mismos partidos en las dos temporadas anteriores, con la particularidad de que en rarísimas ocasiones fallábamos la respuesta. Es claro que si yo hubiese puesto la mitad del interés que puse en el fútbol en la química o las matemáticas otro gallo me hubiera cantado, pero no fue así. A mí lo que me exaltaba era el fútbol y, ávido de darle una categoría científica, inventé la primera teoría, que formulé con terminología de ley en 1932: el equipo que después de perder en casa visita a otro que viene de ganar fuera, si no se alza con el triunfo sumará al menos uno de los dos puntos en litigio. Consideraba esta ley fruto de la observación, como todas las grandes leyes científicas que rigen la vida y el universo, y me jactaba de ella. El fútbol era una cosa muy seria puesto que admitía su vertebración en leyes. Y como esta formulación encerraba buena parte de verdad, en el colegio me dio nombradía y, diez años más tarde, el cronista deportivo de *El Norte de Castilla*, al hacer los pronósticos del sábado mencionaba la ley Delibes como un físico mencionaría a Newton al hablar de la gravitación universal.

Ya indiqué más arriba que estas cosas aprendidas por gusto se pegan más a la memoria que las aprendidas por obligación. Así, hoy no sabría citar un solo párrafo de las disciplinas que estudiaba entonces, y, en cambio, todavía puedo repetir de carrerilla no ya el equipo del Real Madrid de los Regueiro y Zamora, ni el del Valladolid —que era el mío— de Irigoyen, Ochandiano y

Luisón, que eso era fácil, sino el del Athletic de Bilbao (Blasco, Castellanos, Urquizu; Cilaurren, Muguerza, Roberto; Lafuente, Iraragorri, Bata, Chirri y Gorostiza) o el Valencia F. C. (Nebot, Torregaray, Pasarín; Abdón, Molina, Conde; Torredeflot, Cubells, Vilanova, Costa y Sánchez) o la delantera del Real Oviedo de entonces: Casuco, Gallart, Lángara, Galé e Inciarte. La memoria deja estos rescoldos en las cosas aprendidas con amor, unos flecos sobre los que nadie va a pedirnos cuentas pero que precisamente por eso no olvidaremos nunca. De manera análoga aprendía fragmentos de crónicas o pies de fotografías que por alguna misteriosa razón he retenido hasta hoy. Ahora recuerdo una caricatura de Sañudo anterior a la guerra civil, es decir, de cuando yo contaría doce o trece años, cuyo pie decía textualmente así: «Fernando Alfonso Sañudo, restablecido de la lesión que el pasado domingo le causó Municha, se alineará esta tarde en el vértice del ataque local». No recuerdo bien de dónde era Municha, si del Osasuna, del Logroñés, del Zaragoza o de qué equipo, pero sí de que, con Sañudo, jugaban en la delantera vallisoletana Cimiano, Susaeta, Escudero y Álamo. También recuerdo nombres de equipos hoy desaparecidos o devaluados (el Nacional, la Ferroviaria, el Real Unión) e incluso resultados que, por una u otra razón, me impresionaron entonces como el 1-2 del Celta que nos cerró el camino a la segunda división en mil novecientos treinta y pocos, o el 8-2 al Sporting de Gijón, jugando un martes en el primer Zorrilla debido a la aparatosa nevada caída el domingo señalado para el partido.

Pero yo no me limité a ser un teórico del fútbol. Mi afición tuvo manifestaciones prácticas como las de espectador y jugador. De mi primera etapa como espectador, anterior a 1934, conservo en la memoria imágenes imborrables, imágenes más nítidas que las de los goles que haya podido contemplar anteayer en televisión. Recuerdo, pongo por caso, como si fuera hoy a Urreaga o Urtiaga, o un apellido semejante, el cancerbero del Logroñés de los años 30, un jayán de tomo y lomo que sacaba de puerta con el puño y enviaba el balón hasta más allá de medio campo. Mi compañero de colegio Miguel Ángel Gredilla, con quien nos encontrábamos mis hermanos y yo en la general infantil, se las daba de enterado y nos aclaraba a la salida:

—Natural, ¿no?; en su tierra es campeón de los pelotaris *amateur*.

No decía *amater*, con *e* cerrada, sino *amateur* con todas las letras, circunstancia que hacía más verosímiles sus inverosímiles saques de puerta. Otra efigie que conservo muy viva es la de Sasá, el guardameta del Avilesino de aquella época (jersey verde, rodilleras y visera, muy menudo, pero de una agilidad felina). Era tremendamente difícil meterle un gol a Sasá, por lo que,

cuando se conseguía uno, lo coreábamos con tanto entusiasmo como si se lo hubiera hecho a Ricardo Zamora. Y en uno de los partidos más competidos con el Avilesino en el viejísimo Zorrilla ocurrió un acontecimiento memorable: Sasá paró un penalti al gran medio izquierda del Real Valladolid, Pablito López, pero la pelota iba con tanta fuerza que le tronzó la muñeca y tuvo que ser sustituido por el portero reserva:

—Pablo López ha partido la mano a Sasá.

—Sasá le paró un penalti a López pero lo ha pagado caro.

El lunes siguiente, el colegio era un hervidero de comentarios. La refulgente leyenda del pequeño cancerbero asturiano alcanzó su culmen. Sasá no sólo le había detenido un penalti a López, sino que, como Cervantes en Lepanto, había perdido una mano en el empeño.

También me siguen siendo familiares los nombres de los hermanos Chacártegui (Chacártegui I y Chacártegui II), defensas del Real Zaragoza, cuyo portero se llamaba Lerín, y el delantero centro, Anduiza. A Chacártegui II, que se anudaba un pañuelo blanco en la frente, le vi desviar un balón a córner de cabeza, por encima del larguero, con la fuerza de un remate. Era la primera vez que veía una jugada semejante, un verdadero contrasentido futbolístico porque el córner se consideraba en aquel tiempo medio gol. Pero lo que nos chocó no es que Chacártegui II hiciera medio gol, sino la novedad en la táctica defensiva de impulsar el balón contra la propia portería. Esto no se llevaba entonces. En aquel tiempo unos corrían contra el lado derecho del campo y los adversarios contra el lado izquierdo, y lanzar un pase hacia atrás o cederle una pelota al propio portero era una vergonzosa claudicación, casi tan vergonzosa como una derrota.

—¿Habéis visto lo de Chacártegui II?; es un cobarde —comentó escuetamente mi amigo Miguel Ángel Gredilla al salir del estadio.

De este estadio pasé al nuevo Zorrilla, o sea al viejo. Había empezado siendo socio infantil por una peseta y media, cantidad que mi padre se avino a pagar en lugar de las propinas dominicales. Esto es, el sacrificio que hicimos mis hermanos y yo por el fútbol es inimaginable: renunciamos al dinero de bolsillo a cambio de poder acudir quincenalmente al estadio de la Plaza de Toros. Y esta situación de precariedad no duró un mes, ni dos, sino que se prolongó durante años. Con el tiempo, como digo, el Real Valladolid cambió de campo. Yo ya no era un niño (la guerra había pasado sobre la ciudad) y no olvido que el nuevo estadio se inauguró con un 4-1 sobre el Arenas de Guecho con Ispizua de portero. Pero mi condición de espectador no acabó ahí, aunque hubo un tiempo en que tuvimos que compaginar el fútbol con la

caza. El caso es que asistí al ascenso de mi Real Valladolid a la segunda división, luego a la primera y, por último, al momento culminante del fútbol vallisoletano en que siete de sus hombres fueron llamados a la selección nacional. Fue aquella época dorada de los Saso, Lesmes I y Lesmes II, Babot, Ortega, Lasala, Coque, que empataron a un gol contra el Athletic de Bilbao en la final de copa, y Zarra nos apabulló en la prórroga con tres goles de cabeza. Los años no me enfriaban. Me empezó a enfriar el hecho de ver a mi alrededor hinchas tan fanáticos como yo lo había sido en el antiguo campo aunque de más edad. Y ya, definitivamente, dejé de asistir al fútbol como espectáculo al aire libre el día que se decidió que los espectadores, o los futbolistas, o los árbitros o quizá todos deberíamos estar enjaulados como reclusos para evitar agresiones. No obstante, el veneno queda. Y hoy día, cada vez que se anuncia un partido por televisión, procuro resolver mis asuntos para tener libres las dos horas de transmisión. Y hasta tal punto me he habituado a ver el fútbol en pantalla, que el par de veces que me he acercado después a un estadio no me he enterado de nada; en la pradera hay demasiada gente, se mueven todos a la vez, los goles me pillan de sorpresa y cuando espero la repetición desde otro ángulo y ésta no llega, me pongo de mal humor.

Lógicamente, un niño con esta sobrecarga balompédica en la cabeza no tenía más remedio que practicar este deporte. Y lo practiqué. Lo practiqué durante bastantes años, digamos desde los once hasta los cuarenta y cinco. El último partido que jugué en Valladolid fue en un once que improvisamos los periodistas para desafiar al equipo del Circo Feijoo, de los hermanos Tonetti. Yo entonces tenía novia, y la idea de que ella iba a acudir al estadio a verme me movió, como dicen ahora los futbolistas, a jugar a tope, a dejarme la piel en el campo. Salí, pues, muy decidido, pero en mi primera arrancada, después de driblar al mayor de los Tonetti, me entró un chino malabarista, no recuerdo bien dónde me puso la rodilla, me propinó un leve empellón y yo salí por los aires dando volteretas como proyectado por una ballesta. Quedé malparado, maltrecho, abrumado por un sentimiento de vergüenza que aún hoy, al cabo de cuarenta años, se reaviva cada vez que lo recuerdo.

Dejando esto aparte, los últimos partidos de mi carrera futbolística, es decir, de los treinta y cinco a los cuarenta y cinco años, los jugué como portero en el Sedano F. C., mi pueblo de adopción. Allí, únicamente jugaba los veranos, tres o cuatro encuentros, partidos competidos con los equipos de los pueblos próximos (Covanera, Tubilla, Escalada) o con los seminaristas de los jesuitas de Valdelateja, un cuadro muy duro de pelar, donde el ariete

Ocaña, digno representante de la furia española, parecía empeñado en meterme a mí con la pelota en el fondo de la red. Yo le advertía a voces, en pleno partido:

—¡Ojo, Ocaña! Ten en cuenta que eso de amar al prójimo como a ti mismo rige también en el fútbol.

Pero él, erre que erre, seguía cargándome, trompicándome, empujándome. Menos mal que el árbitro, José Ignacio Echano, otro veraneante sedanés, protegía mi integridad con el silbato. Especialmente áspero resultaba el tradicional encuentro de las fiestas de la Moreneta, solteros contra casados. Mis defensas, don Salvador, el cura párroco (que por su condición sacerdotal se alineaba con los casados), Boni, el electricista, y Gregorio, el herrador, no eran ciertamente cojos, pero la delantera de los solteros, más rauda y menos gastada, los desbordaba con cierta facilidad y, entonces, yo me encontraba solo ante el peligro, abandonaba la puerta y lo más fácil era que mis triquiñuelas de veterano no sirvieran de nada y la jugada terminase en gol. Como los solteros podían dejar de serlo en cualquier momento, los casados hacíamos novenas para que los más diestros y agresivos llevaran a sus novias al altar y al verano siguiente se alinearan con nosotros, pero no siempre nuestras plegarias tuvieron éxito. Alguno, como es de ley, contraía matrimonio pero esto solía coincidir con el retiro de otro de los nuestros, de tal manera que el soñado equilibrio de fuerzas nunca se produjo. Aquellos partidos eran una demostración fehaciente del fútbol rural, sudoroso y entusiasta, valiente y fatalista. Aún recuerdo que en uno de ellos, Alberto, el guardameta de los solteros, recibió una patada en la boca y perdió dos dientes incisivos. El campo, de tierra batida, engulló los dos dientes, desaparecieron del mapa, pero Alberto, que pese a la gravedad de la lesión siguió estoicamente en su puesto, aprovechaba las pausas del ataque adversario para cribar puños de tierra y buscarlos entre los guijos. El partido iba empatado a cuatro, y Rufino Gallo, que abrazaba la causa de los solteros, lo fiscalizaba:

—¿Qué buscas, Alberto?

—Mis dientes.

—¡Déjate de dientes ahora y ponte a parar! También jodería que nos fuese a ganar este hatajo de gandules.

Dos dientes, a los veinte años, en la Castilla del Cid y de los Comuneros, eran una minucia comparados con la posibilidad de perder el derbi anual entre solteros y casados, en las fiestas de la Moreneta.

Pero vayamos al principio. El fútbol, para mí, a los doce años, estaba en todas partes, lo impregnaba todo, era casi como Dios: una presencia

constante. De ahí que dispusiera de un fútbol con botones para jugar a escondidas en el pupitre de clase; otro a base de canicas (no el clásico, sino con once canicas debidamente alineadas) para el patio; otro más con pelotas de trapo o de papel para practicarlo con mis hermanos en la galería de casa; otro, con pelota de goma, para jugarlo en los andenes del Campo Grande y, finalmente, el fútbol-fútbol, el fútbol propiamente dicho, con balón ensebado y camisetas, para jugarlo en los campos del colegio, en las Arcas Reales, o en los de nuestros adversarios (los jesuitas, el instituto, el Hermano Sobrón o los Huérfanos de Caballería).

Hoy, conocido el *fulbito* o el fútbol-sala, me doy cuenta de que era para este fútbol menor para el que yo estaba dotado. Concebía inteligentemente las jugadas, el pase lo medía, sabía cambiar de ritmo, pero carecía de fuerza para desenvolverme con aquellos ásperos cueros que al menos pesaban dos kilos. Todavía me las arreglaba en el control de la pelota, en el trenzado, en el regate, en el profundo pase al compañero, pero para el remate era una perfecta calamidad y únicamente cuando cogía bien con el empeine un balón a bote pronto podía resolver la situación de manera airosa. Mas, de ordinario, mis disparos a puerta eran follones, flojos, rasos, inofensivos, aunque el verdadero problema con aquellos balones era para mí meter la cabeza. El fútbol se jugaba con los pies pero la cabeza en este deporte no se usaba únicamente para pensar. Bueno, pues a mí me amilanaba interponer mi cabeza en el saque del portero o cuando mis compañeros botaban un córner de un punterazo. Había ocasiones, sin embargo, en que el choque era tan reñido, la disputa tan ardorosa, que me lanzaba a por la pelota como un legionario, saltaba a por ella, y si para mi desgracia acertaba, y para colmo de males la correa con que se cosía la abertura del cuero me golpeaba en la frente, caía al suelo literalmente conmocionado, marcado como una res. Varias veces recuerdo haber recobrado el sentido en brazos de mis compañeros después de haber hecho gol sin enterarme. La contusión era tan formidable que a lo largo de la semana el cerebro se mantenía confuso y dolorido, y al jueves siguiente, por si las moscas, me abstenía de meter la cabeza.

Digo el jueves siguiente porque durante once años jugué al fútbol todos los jueves, excepto los de verano, más los martes cuando la clase había hecho méritos como para reunir cincuenta vales de disciplina, más lunes, martes y miércoles de Carnaval. A estos días se podrían añadir los domingos, fuera de la temporada de caza, ya que solíamos aprovechar el asueto para disputar un partido por la mañana y asistir, por las tardes, al de liga del Real Valladolid. Haciendo excepción del *fulbito*, que jugábamos a diario en el Campo Grande,

se puede calcular que yo jugaba cuarenta partidos formales al año. El campo, los campos de juego, distaban cinco kilómetros del colegio y naturalmente íbamos y volvíamos andando, de manera que durante la semana de Carnaval, en tan sólo tres días, jugábamos tres partidos de dos horas o dos horas y media cada uno y caminábamos más de treinta kilómetros para poder hacerlo. Por eso me parece risible que un futbolista profesional, adulto, fuerte, atendido con esmero, entrenado para ser un atleta, esgrima como disculpa que el domingo no rindió porque había disputado otro partido entre semana. Sobre la base de cuarenta partidos anuales más el *fulbito* a diario, me sale una cantidad de horas dedicadas al fútbol verdaderamente apabullante; hay que contarlas por millares. Y con ese tesón y esa aplicación, ¿cómo no llegué a ser una figura? Tal pregunta me la formulo a veces y concluyo que, aparte el miedo a meter la cabeza, me faltaron sin duda condiciones físicas y me sobró un respeto excesivo a la defensa contraria. Siempre me he preguntado por qué los árbitros son más tolerantes con los defensas que con los delanteros y por qué éstos, comparados con aquéllos (salvo en el caso de Ocaña, el seminarista), suelen ser unos fifiriches. Yo no sé cómo me las arreglaba, pero siempre topaba con un defensor que era una torre, que iba a por todas y despejaba con resolución y sin escrúpulos. Si con la pelota volaba también mi pierna o mi cabeza, mala suerte, para eso estaba la enfermería. En una palabra, no era únicamente meter la cabeza lo que me acoquinaba del fútbol, sino la desconsideración de medios y defensas. Por supuesto que en el colegio había muchos pusilánimes como yo, la mayoría. Esto es, muchos que retiraban la cabeza cuando la pelota venía como un obús o que antes que formar en una barrera protectora ante el marco propio se hubieran dejado fusilar. Pero había otros, no ya diestros, sino yo diría físicamente maduros, medio hombres (es probable, ahora que lo pienso, que me llevaran un par de años ya que yo iba adelantado) que soltaban unos zambombazos del demonio o metían la cabeza sin reparo para interceptar el saque del portero, como ocurría por ejemplo con los internos que, en general, procedían de los pueblos, o los chicos del Colegio de Santiago, para huérfanos del arma de Caballería, de cuyas virtudes balompédicas (creo que tenían un gran preparador físico) ya he hablado en otras ocasiones.

De ahí que las cosas me rodaran mejor en los andenes del Campo Grande, con porterías delimitadas con abrigos y una pelota de goma de 0,95. En esos partidos (que eran de fútbol-sala y no lo sabíamos) yo lucía más porque mis recelos desaparecían, podía desarrollar mi concepto del fútbol sin temores y jugaba entre compañeros cuya corpulencia podía parangonarse con la mía.

Pero el *fulbito* aún no se había inventado y aquello no era todavía más que un sucedáneo, un inocuo pasatiempo infantil que nadie valoraba.

III. Mi querida bicicleta

Yo no hacía más que dar vueltas por los paseos laterales, a lo largo de la tapia, con regreso por el paseo central, pero, al franquear el cenador con su mesa y sus bancos de piedra, las enredaderas chorreando de las pérgolas azotándome el rostro, vacilaba, la bicicleta hacía dos eses y estaba a punto de caer aunque, felizmente, la enderezaba y volvía a pedalear y a respirar tranquilo: tenía el camino expedito hasta la vuelta siguiente. Y así, una y otra vez, sin medir el tiempo. Mi padre, que todos los veranos leía el *Quijote* y nos sorprendía a cada momento con una risotada solitaria y estrepitosa, me había dicho durante el desayuno, atendiendo mis insistentes requerimientos para que me enseñara a montar:

—Luego; a la hora de comer. Ahora déjame un rato.

Para un niño de siete años, los *luego* de los padres suelen durar eternidades. De diez a una y media me dediqué, pues, a contemplar con un ojo la bicicleta de mi hermano Adolfo, apoyada en un banco del cenador (una Arelli de paseo, de barras verdes y níqueles brillantes, las palancas de los frenos erguidas sobre los puños del manillar), y con el otro, la cristalera de la galería que caía sobre el jardín, donde mi padre, arrellanado en su butaca de mimbre con cojines de paja, leía incansablemente las aventuras de Don Quijote. Su concentración era tan profunda que yo no osaba subir a recordarle su promesa. Así que esperé pacientemente hasta que, sobre las dos de la tarde, se presentó en el cenador, con chaleco y americana pero sin corbata, negligencia que caracterizaba su atuendo de verano.

—Bueno, vamos allá.

Temblando, enderecé la bicicleta. Mi padre me ayudó a encaramarme en el sillín, pero no corrió tras de mí. Sencillamente me dio un empujón y voceó cuando me alejaba:

—Mira siempre hacia adelante; nunca mires a la rueda.

Yo salí pedaleando como si hubiera nacido con una bicicleta entre las piernas. En el extremo del jardín, doblé con cierta inseguridad y, al llegar al fondo, volví a girar para tomar el camino del centro, el del cenador, desde donde mi padre controlaba mis movimientos. Así se entabló entre nosotros un

diálogo intermitente, interrumpido por el tiempo que tardaba en dar cada vuelta.

—¿Qué tal marchas?

—Bien.

—¡No mires a la rueda! Los ojos siempre adelante.

Pero la llanta delantera me atraía como un imán y había de esforzarme para no mirarla. A la tercera vuelta reconocí que aquello no encerraba mayor misterio y en las rectas, junto a las tapias, empecé a pedalear con cierto brío. Mi padre, a la vuelta siguiente, frenó mis entusiasmos.

—No corras. Montar en bicicleta no consiste en correr.

—Ya.

Le cogí el tranquillo y perdí el miedo en menos de un cuarto de hora. Pero, de pronto, se levantó ante mí el fantasma del futuro, la incógnita del «¿Qué ocurrirá mañana?», que ha enturbiado los momentos más felices de mi vida. Al pasar ante mi padre se lo hice saber en uno de nuestros entrecortados diálogos.

—¿Qué hago luego para bajarme?

—Ahora no te preocupes por eso. Tú, despacito. No mires a la rueda.

Daba otra vuelta pero en mi corazón ya había anidado el desasosiego. Las ruedas siseaban en el sendero y dejaban su huella en la tierra recién regada, pero la incertidumbre del futuro ensombrecía el horizonte. Daba otra vuelta. Mi padre me sonreía. Yo me mantenía en mis trece.

—Y cuando me tenga que bajar, ¿qué hago?

—Muy sencillo; frenas, dejas que caiga la bicicleta de un lado y pones el pie en el suelo.

Rebasaba el cenador, llegaba a la casa, giraba a la derecha, encarrilaba el paseo junto a la tapia, aceleraba, alcanzaba el fondo del jardín y retornaba por el paseo central. Allí estaba mi padre solícito. Yo insistía tercamente:

—Pero es que no me sé bajar.

—Eso es bien fácil, hijo. Dejas de dar pedales y pones el pie del lado que caiga la bicicleta.

Me alejaba de nuevo, sorteaba el cenador, topaba con la casa, giraba a la izquierda, recorría el largo trayecto junto a la tapia hasta alcanzar el fondo del jardín para regresar por el paseo central. Mi padre iba ya caminando lentamente hacia el porche.

—Es que no me atrevo. ¡Párame tú! —supliqué al fin.

Las nubes sombrías nublaron mi vista cuando oí la voz llena de mi padre a mis espaldas:

—Has de hacerlo tú solo. Si no, no aprenderás nunca. Cuando sientas hambre sube a comer.

Y allí me dejó solo, entre el cielo y la tierra, con la conciencia clara de que no podía estar dándole vueltas al jardín eternamente, de que en uno u otro momento tendría que apearme; es más, con el convencimiento de que en el momento en que lo intentara me iría al suelo. En las enramadas, se oían los gorjeos de los gorriones y los silbidos de los mirlos como una burla, mas yo seguía pedaleando como un autómata, bordeando la línea de la tapia, sorteando las enredaderas colgantes de la pérgola del cenador. ¿Cuántas vueltas daría? ¿Cien? ¿Doscientas? Es imposible calcularlas pero yo sabía que *ya era por la tarde*. Oía jugar a mis hermanos en el patio delantero, la voz de mi madre preguntando por mí, la de mi padre tranquilizándola y, persuadido de que únicamente la preocupación de mi madre hubiera podido salvarme, fui adquiriendo conciencia de que no quedaba otro remedio que apearme sin ayuda, de que nadie iba a mover un dedo para facilitarme las cosas; incluso tuve un anticipo de lo que había de ser la lucha por la vida en el sentido de que nunca me ayudaría nadie a bajar de la bicicleta, de que en éste como en otros apuros tendría que ingeniármelas por mí mismo. Movido por este convencimiento, pensé que el lugar más adecuado para el «aterrizaje» era el cenador. Debería llegar hasta él muy despacio, frenar junto a la mesa de piedra, afianzar la mano en su superficie y, una vez seguro, levantar la pierna y apearme. Pero el miedo suele imponerse a la previsión y, a la vuelta siguiente, cuando frené e intenté sostenerme en la mesa, la bicicleta se inclinó del lado opuesto, y yo me vi obligado a dar una pedalada rápida para reanudar la marcha. Luego, cada vez que decidía detenerme, me asaltaba el temor de caerme y así seguí dando vueltas incansablemente hasta que el sol se puso y ya, sin pensármelo dos veces, arremetí contra un seto de boj, la rueda delantera se enrayó con las ramas y yo me apeé tranquilamente. Mi padre ya venía a buscarme.

—¿Qué?

—Bien.

—¿Te has bajado tú solo?

—Claro.

Me dio en el pestorejo una palmada cariñosa.

—Anda, di a tu madre que te dé algo de comer. Te lo has ganado.

De adolescente, cuando me lamentaba ante mis amigos de los procedimientos didácticos de mi padre, ellos decían que ésa era la *educación francesa* y que la *educación francesa* estaba muy bien. Que ellos no sabían nadar, ni montar en bicicleta, ni distinguir un cuco de un arrendajo porque no habían recibido *educación francesa* y que era un atraso. Que criar a un niño entre algodones era arriesgado porque luego, cada vez que la vida le pasa la factura, no sabe qué actitud adoptar. Por aquel tiempo yo era ya una especie de Fausto Coppi, un ciclista consumado. No me apeaba de la bicicleta. Sabía zigzaguear sin manos, ponerme de pie en el sillín y conducir con los pies. Como transporte, podía cargar simultáneamente a tres de mis hermanos: uno en el manillar, otro en la barra y un tercero de pie, agarrado a mis hombros, sobre las palomillas traseras. Los automóviles en mi ciudad eran entonces media docena, por lo que uno podía doblar las esquinas, inclinando la máquina, a toda velocidad, sin preocuparse de lo que viniera en dirección contraria. Incluso cuando acompañaba a alguna muchachita, lo hacía sentado en mi bicicleta, impulsándome con el pie desde el bordillo de la acera. Formábamos un todo tan armonioso, que si el descubrimiento de América se hubiese producido en 1930, y yo hubiera asistido a la efeméride, los indios a buen seguro nos hubieran tomado a mi bicicleta y a mí por una criatura con ruedas. Pero no todo iba a ser coser y cantar, y en aquellos tiempos ya existía un punto negro: los agentes, lo que entonces llamábamos *guardias de la porra*. Mi bicicleta nunca fue matriculada y en consecuencia constituía una sabrosa presa para los sabuesos municipales. ¿Y por qué no matriculaba mi bicicleta y vivía tranquilo? ¡Ah!, esto formaba parte de la *educación francesa* de mi padre. Mi padre era enemigo de las *tasas arbitrarias* aunque fuesen menores. La arbitrariedad de la tasa la determinaba él, naturalmente. Así, por poner unos ejemplos, mi padre nunca pagó un real en el fielato, ni un billete de andén en la estación de ferrocarril. En el fielato se mostraba terminante:

—¿Algo de pago?

—¡Nada!

—Sigan ustedes.

A lo mejor el Cafetín venía cargado de conejos, pero la contundencia con que mi padre lo negaba dejaba al consumero persuadido de que no pretendíamos colar nada de matute. Algo semejante acontecía en la estación cuando íbamos a esperar a la tía Elenita, que llegaba de Burgos en el rápido de Irún.

—¡Autoridad! —decía mi padre con tal desparpajo que el portero no sólo nos dejaba pasar a los ocho hermanos y a mi madre, sino que además le

dedicaba a mi padre, que era el último de la fila, un par de reverencias. Lo malo era cuando mi padre se resistía a pagar también los *recargos abusivos* pero éramos nosotros los que teníamos que dar la cara, verbigracia, con la fotografía anual del colegio, o la revista *Unión*, o el orlín de fin de curso. El hermano procurador no comprendía que pagáramos puntualmente la mensualidad y luego nos negáramos a abonar un pequeño suplemento por la fotografía, la revista o el orlín.

—¿Y por qué no quiere tu padre el orlín?

—Él sabrá; no me lo ha dicho.

Y el hermano procurador nos despachaba sin la barra de regaliz que solía ser el premio a los buenos pagadores. Ante sus logros, mi padre se crecía y recuerdo que, al iniciar el segundo curso de bachillerato y pedirle dinero para pagar los libros, miró éstos uno por uno, separó el volumen de historia y me dijo con aplomo francés:

—Éste lo devuelves. Le dices al hermano de mi parte que lo tenemos en casa.

Se levantó, abrió una de las librerías de su despacho, sacó un librito de historia, firmado por otro señor, con una tapa blanca en lugar de roja, y me lo entregó. Al día siguiente el hermano nos mandó estudiar las dos primeras páginas, pero aunque ambos libros empezaban con la prehistoria, su método no coincidía. Con el tiempo, las diferencias se hicieron más ostensibles, de manera que me pasé el curso estudiando historia con mi compañero Lisardo Martín. En aquellas cuestiones en que creía tener razón, mi padre no transigía. Y en lo concerniente a la enseñanza de la historia era partidario de que se escribiese un texto objetivo y con poca sangre que sirviera para todos los párvulos del mundo y, mientras no se hiciese así, cualquier libro valía ya que, según él, «la historia no se inventaba».

La matrícula de la bicicleta de un niño le parecía igualmente una *tasa arbitraria*, por lo que nunca pasó por ello. Aparte lo arbitrario de la tasa, mi padre alimentaba sobre el particular un sensato punto de vista: un chico en bicicleta que se dejara prender por un hombre a pie era un tonto, se merecía la multa. Y, bien pensado, no le faltaba razón. Ante semejante filosofía, nuestro ciclismo, el de los ocho hermanos, no consistía tanto en pedalear como en escurrir el bulto, en tener el ojo abierto para descubrir a tiempo al guardia de la porra y no caer en sus manos. No era tarea sencilla porque, hace medio siglo, un agente municipal ponía tanto celo en agarrar a un ciclista sin matrícula como el que puede poner hoy en sorprender un coche aparcado en zona azul sin el tique de la ORA. De este modo, en la ciudad, el deporte de las

dos ruedas, sobre el ejercicio en sí, encerraba para un niño un singular atractivo: no dejarse cazar. Nos lanzábamos a tumba abierta en cuanto divisábamos a un agente, doblábamos las esquinas como suicidas, de tal manera que cuando el guardia quería reaccionar ya estábamos a mil leguas. El riesgo estribaba en meterse uno en un callejón sin salida o en adentrarse en una calle que tuviera un guardia en cada esquina. Si mal no recuerdo, en aquellos años los agentes urbanos usaban silbato, y desde luego se ponían fuera de sí cada vez que un ciclista sin matrícula pasaba por su lado como una exhalación, afeitándolos. En esos casos, soplaban el pito, y la presencia de otros guardias en las proximidades podía crear problemas. De modo que pedalear ojo avizor, eludiendo las asechanzas, era una actividad maravillosa que despabilaba a cualquiera. Creo recordar (ahora puedo confesarlo sin riesgo puesto que las faltas han prescrito) que siempre salí victorioso en este empeño; nunca fui atrapado. Sí me cogieron jugando al fútbol en el Campo Grande o vadeando el riachuelo del parque, en la zona que llamábamos Países Bajos, pero montado en una bicicleta jamás. Yo me sentía como una especie de Al Capone, en Chicago, perseguido vanamente por toda la policía de la ciudad. Lo que me pregunto a veces es cómo hubiera reaccionado mi padre si alguno de los hermanos nos hubiéramos dejado prender.

Esta emoción se esfumaba en carretera. En carretera sólo quedaba el esfuerzo: no había guardias a quienes burlar. En aquellos años, entre los doce y los catorce míos, pasamos tres veranos en el pueblecito de Boecillo. Entonces estaba yo envenenado por el Tour de Francia, por las gestas admirables de Mariano Cañardo, Federico Ezquerra y la Pulga de Torrelavega. Los ciclistas españoles acudían al Tour huérfanos, sin una organización detrás, y, sin embargo, haciéndoselo todo ellos, conseguían clasificaciones meritorias: a Cañardo creo que no le vimos nunca por debajo del décimo puesto en la general, ni a Trueba muy alejado del decimoquinto. Por si fuera poco Trueba —y también Ezquerra— fue rey de la montaña varios años. Y a mí, como a casi todos los niños de entonces, nos entusiasmaba más la victoria en la cresta de una montaña que en un final de etapa llano, sin accidentes. Todos aspirábamos a ser escaladores, y nuestro sueño inexpresado era coronar un día el Tourmalet en primer lugar. Recuerdo que en aquella época adquirí entre mis amigos cierta fama de escalador. ¿Y es que poseía yo, en realidad, algún don para escalar mejor que ellos? Yo siempre he pensado que subir cuestas en bicicleta es una de las mayores maldiciones que puede soportar un hombre, escalador o no. Pero ante el repecho de Boecillo, con su pronunciado recodo y su empinamiento súbito en

el último tramo, yo no me amilanaba, dejaba pasar a mis amigos primero y, luego, los rebasaba como si nada, pedaleando a ritmo loco, a toda velocidad.

—Claro, es que a Delibes no le cuesta —comentaban ellos, compungidos.

Yo mantenía la superchería. Sonreía. Tácitamente les daba la razón, porque ésa era la carta que me convenía jugar: simular que no me costaba. Y con un muchacho al que no le costaba subir las cuestas no se podía competir. De manera que, de acuerdo con mi manera de pensar, lo aconsejable para llegar a rey de la montaña era poner cara de palo, incluso esbozar una sonrisa en los momentos más duros, mientras la procesión iba por dentro. Aguantar, que no trascendiera al rostro el sufrimiento interior ni la fatiga física, era una baza segura para que el competidor desistiera de alcanzarnos. Nada desanima tanto a un corredor como observar que el contrincante realiza, con la sonrisa en los labios, algo que a él le está suponiendo un esfuerzo sobrehumano. Ponerme la máscara fue el secreto de mi éxito como escalador: ni piernas, ni bofes, ni garambainas. A mí me costaba subir el repecho de Boecillo tanto como a José Luis Fando, el gordo de la clase, pero lo disimulaba, y mis compañeros, al verse desbordados por un tipo alacre, que no se quejaba, a quien no le dolían los muslos ni se le aceleraba el corazón, se sentían descorazonados y se sentaban en la curva a charlar un rato y descansar, en tanto yo coronaba el cerro en solitario, de un tirón. Ya en la cumbre, cuando nadie me veía, me tumbaba boca abajo a la sombra de una acacia y sujetaba el corazón contra el suelo para que no se me escapase del pecho. Momentos después, al llegar a casa, no podía comer, tenía que meterme en cama un ratito hasta que se me pasara el sofoco.

—Claro, es que a Delibes no le cuesta.

Llegué a pensar que mi impostura era la impostura de Trueba, de Ezquerra o del francés Vietto en el Tour de Francia. Aquel que acertaba a fastidiarse sin poner cara de fastidio, ése era el rey de la montaña. Mis reflexiones llegaban incluso más lejos: en España había más escaladores que en ninguna parte porque estábamos acostumbrados a mortificarnos disimulándolo. Subir cuestas en bicicleta era tarea de pobres. Esta teoría creo que se ha confirmado después: hoy los mejores trepadores del mundo son de Colombia. El escalador (aparte la orografía del país, que también ayuda un poco) va desapareciendo de Europa con el aumento del nivel de vida. Está fuera de toda duda que subir una cuesta en bicicleta, aunque ésta sea de aluminio y disponga de treinta desarrollos, es un tormento para todo hijo de vecino. También se fue demostrando con los años que los fielatos, los billetes de

andén y las matrículas de las bicis infantiles eran *tasas arbitrarias*, de acuerdo con las teorías de mi padre, porque desaparecieron en poco tiempo.

A partir de los dieciocho años, la bicicleta dejó de ser para mí un deporte y se convirtió en un medio de locomoción. Entre otras cosas, gracias a la bicicleta pude cazar un poco en los años de la inmediata posguerra, irme a bañar a la central del Cabildo o visitar a mi novia durante los meses de verano. Desplazarse a cazar no era fácil por la impedimenta; en un vehículo tan esquemático como la bici había que acomodar la escopeta, el morral con la comida y los trebejos más la perrita. De ordinario el macuto se colocaba en el manillar, en la barra la escopeta y, detrás, en el soporte, siempre que fuera dócil, la perrita. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo, pues tuve un animal de buena estampa que padecía de vértigo y a la segunda pedalada ya se había arrojado a la carretera. Para subir a la Granja de la Diputación, a tres kilómetros de casa, esto no importaba demasiado: el animal corría tras la máquina y de esta manera yo conseguía dos objetivos: librarlo del vértigo y desbravarlo, evitar que en el cazadero se alargara detrás de las perdices. Mas si el recorrido era de más de una decena de kilómetros resultaba preferible dejar a la perra en casa y desempeñar personalmente sus labores sacudiendo las matas con los caños de la escopeta. A la bicicleta le debo gratas horas de esparcimiento en el campo en días difíciles e incluso algún alijo de estraperlo que introducía en la ciudad salvando, con la misma pericia con que siempre sorteé a los municipales, la atenta vigilancia de la policía de abastos.

La bicicleta fue asimismo en esa época el transporte adecuado para irnos a bañar al Cabildo, en el Pisuerga, cinco kilómetros aguas arriba de la capital. Así eludíamos las atarjeas y alcantarillas que descargaban la porquería de cien mil vallisoletanos en el Paseo de las Moreras. Eduardo Gavilán y Vicente Presa solían ser mis acompañantes. Y allí, entre el *boom-boom* de la central y el melodioso canto de los ruiseñores, nos bañábamos en la pesquera en cuanto apretaba el calor. No era un sitio muy cómodo pero sí limpio y en él coincidíamos con mis primos Federico y Julián y los hermanos Enciso, que llegaban en coche al acabar sus quehaceres. En aquel tiempo, el coche de mis primos era uno de los pocos que quedaban útiles en la ciudad. Era un Chevrolet del año 36 que ellos, jugándose la vida, habían librado de la requisa general de la guerra enterrándolo bajo un túmulo de tablones en la serrería que regentaban entonces. Pero nosotros llegábamos al Cabildo por atajos, senderos de tierra apelmazada junto a la carretera o a campo través, donde los neumáticos de las bicicletas producían un rumor estimulante, muy agradable, que todavía no he olvidado. Es claro que los cinco kilómetros de regreso nos

ocasionaban una sofoquina mayor que si no hubiéramos ido a bañarnos, pero era una servidumbre obligada en una época en que las piscinas constituían un lujo sólo al alcance de las estrellas de Hollywood. Este placer de bañarnos en agua corriente, no mancillada aún por los desechos urbanos, duró pocos años. Enseguida empezó la modesta industrialización de la ciudad y naturalmente el lugar de emplazamiento tuvo que ser el Cabildo (las empresas sienten atracción por las aguas incontaminadas lo mismo que las polillas por la luz). Se emporcó aquel tramo del río y para remate se sembró de lucios que con el tiempo subirían aguas arriba y crearían un serio problema a la población truchera.

Pero cuando la bicicleta se me reveló como un vehículo eficaz, de amplias posibilidades, cuya autonomía dependía de la energía de mis piernas, fue el día que me enamoré. Dos seres enamorados, separados y sin dinero lo tenían en realidad muy difícil en 1941. Yo veraneaba en Molledo-Portolín (Santander) y Ángeles, mi novia, en Sedano (Burgos), a cien kilómetros de distancia. ¿Cómo reunirnos? El transporte, además de caro, era muy complicado: ferrocarril y autocar, con dos trasbordos en el trayecto. Los ahorros míos, si daban para pagar el viaje no daban para pagar el alojamiento en Sedano; una de dos. ¿Qué hacer? Así pensé en la bicicleta como transporte adecuado que no ocasionaba otro gasto que el de mis músculos. De modo que le puse a mi novia un telegrama que decía: «Llegaré miércoles tarde en bicicleta; búscame alojamiento; te quiere, Miguel». Creo que la declaración amorosa sobraba en esa circunstancia, puesto que el cariño estaba suficientemente demostrado, pero la generosidad de la juventud nunca tuvo límites. El miércoles, antes de amanecer, amarré en el soporte de la bici dos calzoncillos, dos camisas y un cepillo de dientes y me lancé a la aventura. Aún evoco con nostalgia mi paso entre dos luces por los pueblecitos dormidos de Santa Olalla y Bárcena de Pie de Concha, antes de abocar a la Hoz de Reinosa, cuya subida, de quince kilómetros, aunque poco pronunciada, me dejó para el arrastre. Solo, sin testigos, mis pretendidas facultades de escalador se desvanecieron. En compensación, del alto de Reinosa a Corconte —veintitantos kilómetros— fue una sucesión de tumbos donde la inercia de cada bajada me proporcionaba casi la energía necesaria para ascender el repecho siguiente. Aquellos primeros años de la década de los cuarenta, con el país arruinado, sin automóviles ni carburante, fueron el reinado de la bicicleta. Otro ciclista, algún que otro peatón, un perro, un afilador, los chirriones acarreando yerba en las proximidades de los pueblos eran los únicos obstáculos de la ruta. Recuerdo aquel primer viaje de los que hice a

Sedano como un día feliz. Sol amable, bruma ligera, brisa tibia, la bicicleta rodando sola, sin manos, varga abajo, un grato aroma a heno y boñiga seca estimulándome. Me parece recordar que cantaba a voz en cuello, con mi mal oído proverbial, fragmentos de zarzuelas sin temor a ser escuchado por nadie, sintiéndome dueño del mundo.

El viaje, como digo, lo repetí varias veces, ida y vuelta. En ocasiones, cuando me sobraban dos duros, cogía el tren mixto y me evitaba el pechugón hasta Reinosa. Otras veces era al revés, apalabraba a Padilla, el taxista de Covanera, para que me subiera hasta Cabañas de Virtus, con la bicicleta en la baca, para ahorrarme unos kilómetros escarpados y las rampas peliagudas de Quintanilla de Escalada. No es fácil olvidar la escena de la partida del taxi de Padilla, un coche muy viejo y baqueteado, de cinco plazas, creo que con gasógeno, donde, por las buenas o por las malas, entrábamos trece o catorce personas, con las piernas fuera, asomando por las ventanillas, y la baca atestada de cestas de huevos, gallinas, sacos de cemento, patos, aperos de labranza y, coronándolo todo, mi vieja bicicleta azul, más pesada que un muerto, que sería la primera en bajar. Tanto a la ida como a la vuelta, mi lugar de refrigerio era el estanco de Paradores de Bricia, en el páramo desolado, donde me servían un par de huevos fritos con chorizo, pan y un vaso de vino por una peseta y diez céntimos. Y en los regresos, ¿cómo olvidar el placer inefable de bajar la Hoz de Reinosa, suavemente, sin esfuerzo, sin una pedalada en quince kilómetros, como en una motocicleta afónica?

Dando por supuesto que todo esto fuese un sacrificio, yo me sentía suficientemente compensado con mi semana en Sedano, junto a Ángeles, bañándonos en el cauce, subiendo a los picos, pescando cangrejos, cogiendo manzanas, resolviendo el damero maldito de *La Codorniz* en el jardín de los Gallo, donde ella paraba. Mi alojamiento, la fonda, estaba frente por frente, en la misma plaza, bajo la dirección de la señora Pilar, ya de edad, y sus hijos Luis Peña y Amalia y los hijos de estos hijos, con los que hoy me sigue uniendo una cordial amistad. En aquel tiempo me daban de comer tres platos a mediodía y otros tres por la noche, desayuno, habitación y un rincón en la cuadra para la bicicleta por dieciocho pesetas diarias. El primer año coincidí allí con el mayor de los Peña, Juan José, periodista de San Sebastián que visitaba su casona —que luego sería mía— en compañía de su madre, quien, sorprendido de mi apetito, me dijo un año después, cuando ya teníamos alguna confianza:

—Hay que ver la cantidad de pan que comió usted el día que nos conocimos.

Naturalmente Peña ignoraba que yo estaba cargando carburante para el regreso, fortaleciéndome para recorrer en bicicleta los cien kilómetros que me separaban de Molledo-Portolín.

Más tarde, cuando me casé, intenté incorporar a mi mujer a mis veleidades ciclistas, y en la petición de mano, además de la inevitable pulsera, le regalé una bicicleta francesa amarilla de nombre Velox. La marca era ya un augurio pero siempre imaginé que en el vocablo habría no poco de publicidad. Con las dos bicicletas nos fuimos a la casa de mi padre, en Molledo-Portolín, a pasar la luna de miel. Fuera de nuestros paseos cotidianos y de los amartelamientos naturales, apenas teníamos otra distracción que las bicicletas, de tal manera que, al segundo día de estancia, le propuse a mi mujer irnos a comer a Corrales de Buelna. Ella, desconociendo el itinerario, aceptó con entusiasmo de recién casada. Nos encaramamos en las bicis y ya al bajar la varga de la iglesia me di cuenta de que aquello de la Velox no era una hipérbole. La máquina amarilla, con un radio de rueda la mitad que el mío, empezó a embalarse y al llegar al cementerio ya me sacaba seis metros. Entonces recordé que al terminar la cuesta, tras la curva, junto al pueblecito de Madernia, había un paso a nivel contra cuya valla podría estrellarse de no moderar la marcha. Preocupado le voceé:

—¡Frena!

Pero ella me gritó a su vez:

—¡No puedo! ¡No me puedo parar!

Pedaleé con energía hasta alcanzarla y mientras nos deslizábamos emparejados a sesenta kilómetros por hora, trataba de convencerla de que la palanca del freno no estaba tan dura y que mediante un pequeño esfuerzo podría doblegarla. Inútil. No era fuerza lo que le faltaba sino envergadura de mano; no podía alcanzar la palanca sin soltar el puño. La Velox adquiría cada vez mayor velocidad y yo ya imaginaba, tras la curva que divisaba al fondo de la carretera, las portillas cerradas del paso a nivel y el topetazo inevitable. Entonces tomé una decisión a lo Tom Mix, una decisión disparatada: yo frenaría la rueda delantera de mi máquina con la mano izquierda y, simultáneamente, sujetaría el sillín de la Velox con la derecha; es decir, frenaría para los dos hasta lograr detenernos. Era una determinación de enamorado, arriesgada pero poco práctica. Con el primer tirón, Ángeles se desequilibró, y sin perder velocidad se fue de cuneta a cuneta en un zigzag peligrosísimo. Al segundo intento, las bicicletas entrechocaron y a punto estuvimos de irnos los dos a tierra. Nervioso a medida que la curva se aproximaba, grité:

—Por Dios bendito, ¡frena!

Pero ella ya había perdido la moral:

—¡No me puedo parar, no me puedo parar!

La Velox se aceleraba y, ante lo inevitable, alcé los ojos al cielo y pedí con unción que el paso a nivel estuviese abierto. Así fue, en efecto, pero la Velox, ligera como el viento, haciendo honor a su nombre, atravesó la vía como una centella y no se detuvo hasta llegar a Santa Cruz, el pueblo inmediato, donde al fin nos repusimos del susto.

Pero cuando evoco el mundo de la bicicleta suelo olvidar las complicaciones mecánicas que llevaba consigo, mi incapacidad para volverla a su estado normal cuando algo se estropeaba. No quiero hablar de las averías del piñón, o del plato, de los juegos de bolas, porque eso son ya palabras mayores, sino simplemente de los pinchazos, del humilde pinchazo de una rueda de bicicleta. Por supuesto conocía la técnica a emplear para su reparación: aplicar los desmontables, sujetarlos a los radios, extraer la cámara, inflarla, introducirla en un balde de agua, buscar la punzada, frotarla con lija, extender la disolución, orearla, quitar la membranita blanca del parche y aplicarlo. El camino de vuelta tampoco ofrecía dificultad: introducir la cámara bajo la cubierta, repartirla a lo largo de la rueda sin retorcerla, meter la cubierta en la llanta a mano mientras pudiese y, finalmente, en los centímetros finales, con los desmontables. Todo correcto. Pero era ahí donde empezaba mi calvario. La rueda, después de reparada, no cogía aire o, si lo cogía, lo expulsaba con la misma rapidez.

—Pellizcas la cámara con el desmontable, chaval. Esta rueda está pinchada.

Debía de ser cierto; al arreglar un pinchazo inevitablemente hacía otro.

—Monta la cubierta con la mano; es más seguro.

Goyo, el mecánico de la Agencia, intentaba remediar mis desventuras.

—No tengo fuerzas, Goyo.

—Pues entonces pon cuidado con los desmontables, ¡coño!

Mas aunque siempre, desde niño, puse un cuidado meticuloso en la operación de montar una rueda, nunca pude evitar el pellizco con el desmontable. Era una pequeña tragedia irremediable que ponía mis nervios a prueba. Hoy las bicicletas no se pinchan o, si se pinchan, los ciclistas las arreglan de otra manera. La mía, mi bicicleta, la de ahora, con la que me doy paseos de quince a veinte kilómetros en verano, sigue teniendo las ruedas como las de ayer pero se me pincha menos porque ando siempre por carretera

y no apuro las cubiertas como antaño, pero si, a pesar de todo, se pincha, he de recurrir a manos mercenarias para evitar pellizcarla con el desmontable. Hay cosas que parecen sencillas pero no basta una vida para aprenderlas.

El gen ciclista de la familia seguiría manifestándose en las nuevas generaciones. Mi hijo mayor aprendió a montar a los tres años y se desazonaba cada vez que se apeaba y la bicicleta se caía, no se mantenía en pie. Resultaba muy complicado explicárselo y él se ponía más y más furioso con nuestras vaguedades. Más tarde, mis nietos han aprendido a la misma edad sin que nadie les enseñase. Jaime, uno de ellos, salió pedaleando un día por la carretera tras su prima Ángeles, que ya sabía montar, y tuvimos que rescatarlos con un coche, a tres kilómetros del pueblo. Pero la madera competitiva, en pruebas de poco alcance, se manifestó en mis hijos Germán, Juan y Adolfo. Los tres ganaron carreras locales, sin mayor relieve. Aunque el tercero hizo en su día excursiones que no creo vayan a la zaga de las que pueda hacer Perico Delgado en sus períodos de entrenamiento. Recuerdo una de un par de días, con salida de Valladolid y llegada a Santander, por Burgos, y regreso por Unquera, Potes y Palencia, subiendo los puertos de El Escudo y Piedras Luengas. Esfuerzos así no se hacen hoy por una apuesta cuantiosa, pero él lo llevó a cabo por placer, por afirmar su personalidad. Ahora bien, la mayor gloria ciclista, la efeméride que dejó huella y que aún se comenta en tertulias familiares, fue la victoria de Juan en una clásica Sedano-Covanera-Sedano, donde, aparte los aficionados, participaron dos muchachos federados de un club ciclista de Burgos, con sus bicicletas de aluminio, finas y ligeras como libélulas, y su maillot, su culote y sus mocasines negros de badana. Llegaron en bicicleta, custodiados por media docena de fans, y hasta que la prueba empezó no cesaron de dar vueltas a la plaza para no quedarse fríos. En el pueblo los miraban entre irritados y perplejos. No entraba en su cabeza que aquella carrera organizada desde siempre para ciclistas locales cobrase de repente tan altos vuelos, pero, por otra parte, se condolían de que la copa del triunfador no fuese a quedar en casa.

—Dicen que están federados.

—Así ya podrán.

—A mí me parece que a eso no hay derecho. Esta carrera siempre ha sido para veraneantes y para hijos del pueblo.

Mientras, los federados seguían dando vueltas y vueltas a la placita, con sus piernas musculosas y depiladas, brillantes de embrocación, la viserilla sobre los ojos, la marca publicitaria a las espaldas. Mi hijo Juan, en su *short* de baño, con su cocodrilo, los miraba avergonzado de su atuendo inapropiado,

principalmente de sus botas de montañero, y en una de sus reacciones tan peculiares, subió a casa y bajó calzando unos zapatones de agua que, por su color negro, eran los que más se asemejaban a las botitas de los federados.

—¿Es que vas a correr tú, chaval?

—Eso pensaba.

Le hablaban perdonándole la vida, desde lo alto de sus bicicletas-libélulas, mientras Juan, de pie, agarraba achicado el manillar de su bici de hierro, de llantas anchas, como de carro, y viejas palomillas, lejos de los carretes automáticos que portaban las de los federados. Echano, el juez de la carrera, los alineó para iniciar la prueba. Los atuendos de los corredores locales chocaban por su variedad ante la uniformidad de los visitantes. Y cuando Echano disparó el pistoletazo de salida, el pueblo aplaudió, los federados tomaron el mando del pelotón pero hasta alcanzar el arroyo de Escanillo no metieron caña y fueron dejando en la cuneta a los aficionados locales. Mas Juan, tozudo y fuerte, a más de un excelente ciclista, apretó las mandíbulas y se puso a la rueda del segundo federado, lugar que no abandonó hasta llegar a Covanera y en el que continuaba después de dar la vuelta. Entonces debieron de pensar que se trataba de un moscón pegajoso que había que distanciar metiendo zapatilla. Pero el esfuerzo no les valió de nada. Juan, mi hijo, aguantó el tirón de los federados, siguió a la rueda del segundo, mientras iba saludando con la mano a los otros participantes que, o bien no habían llegado aún a Covanera, o habían abandonado.

—¡Ojo!; con Juan no van a poder.

—¡Hala, Juan, duro con ellos!

Los coches seguidores ya se relamían con el *sprint* final. Rebasaron el puente de Escanillo, a un kilómetro largo de la meta, y los federados hicieron otro esfuerzo. No acababan de comprender aquello. No aceptaban de buen grado que aquel muchachito con su cocodrilo y sus zapatones negros de agua, montado en una bicicleta con ruedas de carreta, les plantase cara, no consintiera que se distanciasen. Y cuando tiraron de nuevo poniendo en el empeño todas sus facultades, Juan metió la cabeza entre los hombros y no permitió que ensancharan el corte. Se hallaban en la última curva antes de la meta y, entonces, los muchachos de los culotes y los mocasines parearon sus bicicletas cerrando el paso, pero mi hijo, que conocía la carretera como su casa, se ciñó a la curva, literalmente se metió por la cuneta pedaleando como un desesperado, los adelantó y, entre el delirio popular, pisó la cinta en primer lugar. Oyendo los bravos y parabienes del gentío, yo pensaba en mi padre, en su biciclo y en su *educación francesa*.

—¡Aupa, Juan, vamos a mojarlo!

—¿Sabes? ¡Juan ha ganado a los federados! ¡Los ha dejado con un palmo de narices!

La plaza era un clamor. Los muchachos federados, que aún no habían salido de su asombro, cambiaban impresiones con sus fans, organizaban cabizbajos el regreso a la capital, mientras mi hijo, achuchado por la multitud, era la viva estampa del vencedor. Pero cuando, tras ímprobos esfuerzos, logré aproximarme a él y le invité a que se sentara en el banco corrido de los soportales, se señaló las piernas (unas piernas tensas, rígidas, los músculos anudados aún por el esfuerzo) y me dijo confidencialmente:

—Espera un poco; si me muevo ahora me caigo.

IV. Una bici que rodara siempre cuesta abajo…

De la bicicleta (sin dejarla nunca del todo, puesto que a los sesenta y ocho años sigo montando en ella) derivé a la moto. Era un tránsito obligado, inducido por los años, la comodidad y la moda. Yo creo que las primeras motocicletas españolas que se fabricaron en serie datan de finales de los cuarenta. Por esas fechas, al menos, la compré yo. Fue una inspiración repentina que me asaltó bajando un día en bicicleta la pendiente de Villanubla: «Una bici que rodara siempre cuesta abajo sería una maravilla», me dije. Y, consecuentemente, me compré una moto; una Montesa de 125 centímetros cúbicos, cifra críptica que, al parecer, indicaba que la potencia de la máquina no era mucha pero que a ciencia cierta nunca supe lo que significaba. Tenía ya cuatro hijos, el primogénito de tres años, y pensé que aquella fuerza contenida (que, después de tantos años en bicicleta, se me antojaba una locomotora), bien administrada, podría utilizarse para transportar a toda la familia. Todavía no había coches y los pocos que salvaban la frontera costaban una fortuna. «A ver si nos arreglamos con la moto», pensé. Y en mi mente bullía ya un gran invento del que más adelante daré cumplida información.

La Montesa inicial adolecía, por lo visto, de un grave defecto: la cadena primaria (que no era la cadena que movía la rueda aunque sí iniciaba la tracción) estaba al aire, sin baño de aceite y, al menor accidente del terreno y muchas veces sin él, saltaba y quedaba sobre el asfalto, serpeando como una culebra negra. Los entendidos la llamaban simplemente la *primaria*.

—Si no fuera por la *primaria*, esta moto sería tan buena como las inglesas. Es el fallo de esta máquina.

Pero lo peor no es que tuviera este fallo, sino que el fallo se manifestara todo el tiempo, en cuanto se andaban con ella veinte kilómetros. En pleno éxtasis de velocidad, cuando uno metía gas para deslumbrar a la esposa, que iba detrás, un poco encogida, el puño quedaba repentinamente suelto, la rueda loca y aquello se iba parando, perdiendo fuerza y desinflándose como un globo:

—Me parece que se ha roto la *primaria* —anunciaba sabiamente mi mujer desde el asiento posterior.

Y yo arrimaba la moto al borde de la calzada, jurando entre dientes, me apeaba, miraba hacia atrás y allá, a trescientos metros, divisaba la sierpe negra, retorcida, en medio de la carretera, cruel evidencia de que una vez más nuestra excursión quedaba truncada. Sin embargo, cada vez que mi Montesa coincidía en un aparcamiento con otras motos de fabricación nacional, cuyos nombres voy a omitir para no molestar a nadie, el mirón de vehículos, que entonces andaba muy concentrado por haber pocos vehículos que mirar, señalaba con un dedo la Montesa y le decía a su compañero con admiración:

—Ésta, ésta es la buena.

Y yo entonces, carente de sentido crítico, me olvidaba de la *primaria* y me hinchaba como un pavo real. Me sentía padre de la Montesa.

—¿Has oído?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Que cómo serán las otras.

Yo me irritaba con mi mujer, auténticamente me encolerizaba como si en lugar de un paciente usuario de la Montesa fuese su diseñador. Yo amaba a la Montesa, a pesar de sus defectos, como un amante ejemplar, y quería creer que aquellos mirones ocasionales y desinteresados tenían razón.

—Si no fuese por la *primaria*, esta moto sería tan buena como las inglesas.

Con los años, el fabricante puso la *primaria* en baño de aceite pero yo ya había dejado de ser un usuario de la Montesa e ignoro si sería mejor o peor que las motocicletas inglesas. Lo cierto es que, a los pocos días de recibirla, ante la admiración de la gente (hacía más de doce años que no se veía un motor nuevo en la ciudad), invité a los amigos a probarla en la cuesta de Boecillo, quizá para desquitarme de tantos ahogos como me había ocasionado con la bicicleta. Y, uno tras otro, subí el repecho una docena de veces a todo lo que daba el puño. La demostración de potencia fue un éxito (creo de buena fe que aquella prueba redundó en beneficio de los fabricantes de motocicletas) pero cuando ya entre dos luces regresaba a casa con mi mujer, comentándolo con orgullo, el motor empezó a tartamudear y finalmente se paró. Mi mujer, iniciada ya en la mecánica, poco versada en motores de explosión, apuntó sin descomponerse:

—Me parece que se ha roto la *primaria*.

Pero esta vez no era la *primaria*. A la mañana siguiente llevé el vehículo al tallercito que la marca había montado en una calle apartada de la ciudad, y

el técnico, tras un somero reconocimiento, me espetó:

—¿La ha forzado usted?

—No señor; ayer hice cincuenta kilómetros a todo tirar.

—Pues no lo entiendo; la ha quemado.

—¿Que he quemado qué?

—La junta de la culata; ¿cuál va a ser?

Me libré mucho de aludir a la prueba del día anterior, las doce ascensiones consecutivas de la cuesta de Boecillo con un paquete detrás, el puño a tope; es más, me fingí defraudado:

—Luego dicen que es tan buena.

—Es buena si se la sabe cuidar.

A los pocos días, la Montesa petardeaba de nuevo por las calles de la ciudad. Mi mujer había realzado su línea con unas elegantes albardas de piel de becerro, y en ellas, aparte llaves inglesas, equipaje y provisiones de boca por un por si acaso, llevábamos siempre dos cadenas primarias a estrenar. Pero, a pesar de tantas precauciones y de ser la mejor del mercado, había días en que el motor no obedecía al pisotón de puesta en marcha. Lo intentaba inútilmente dos o tres veces y, ante la falta de respuesta, los mirones empezaban a arremolinarse. Nunca he oído comentar la afición de los españoles por los motores. Se ha dicho del español que es taurino, envidioso, pícaro, ladrón, rijoso, vago, pintor, infinidad de cosas, pero lo que no se ha dicho nunca, que yo sepa, es que todo español lleva dentro un mecánico en ciernes. Armar y desarmar motores es una auténtica pasión nacional. Imaginen ustedes lo que sería mi ciudad, después de tres lustros a dieta, ante la aparición de la primera moto. Aquello fue algo así como la llegada de una mujer a una isla habitada solamente por hombres. Ver poner en marcha una motocicleta constituía ya un espectáculo. Intentarlo y advertir que fallaba era casi la garantía de un espectáculo prolongado. Ver extender la gamuza grasienta sobre la acera y llenarla de tuercas suponía que la distracción mañanera estaba asegurada. De ahí que durante esos años la gente desocupada caminara por las calles al acecho de las motos. Y tan pronto sorprendía una que se resistía a arrancar, se detenía y armaba corro, como hacía antaño cuando el macho que tiraba del carro del lechero resbalaba en el asfalto y se caía. Había espectáculo por delante. Y al español, tanto como armar y desarmar motores, le ha gustado siempre el espectáculo gratuito. Yo he tenido la fortuna de nacer en este país de mecánicos *amateurs*, pues mi disposición hacia la técnica ha sido nula. Por esta razón, cada vez que daba un taconazo a la puesta en marcha de la Montesa y el motor no respondía, intuía que no me

encontraría solo. En efecto, al segundo taconazo ya eran seis o siete los mirones que contemplaban solazados mi esfuerzo inútil. Al tercero, pasaban ya de una docena. Y, al cuarto, surgía del corro el diagnóstico espontáneo:

—Eso es cuestión de carburador.

Yo ponía cara de sabelotodo.

—Me temo que no. Ayer lo revisaron en el taller.

Propinaba una serie de pisotones fallidos sobre el pedal de la puesta en marcha, al cabo de los cuales el espontáneo confirmaba:

—Eso es cuestión de carburador.

Yo sonreía.

—Sospecho que está usted equivocado.

—¿Permite?

Yo esperaba siempre este *¿permite?* como agua de mayo. El espontáneo se despojaba de la americana, se aflojaba la corbata, ponía rodilla en tierra, extendía la sucia gamuza sobre la calzada y empezaba a amontonar en ella tornillos, arandelas, tuercas y pasadores, con auténtica fruición. Seguramente en su fuero interno daba gracias al cielo por este encuentro casual que le había permitido poner sus manos pecadoras sobre una moto recién estrenada. En derredor crecía el corro de curiosos, alguno de los cuales, verde de envidia, entablaba un pequeño coloquio con el espontáneo.

—Eso no hace falta que lo quite. Así se puede estar usted hasta mañana.

—¿Usted qué sabe de esto?

—¡Más que usted!

El espontáneo hacía gala de sus derechos.

—Mire, pues haber venido antes.

El espontáneo sudaba, se tumbaba de costado, decúbito prono, metía el destornillador por los huecos más inverosímiles y, al final, tomaba con dos dedos una pieza pringosa y soplaba con toda su alma por el agujero del centro. Después de su resoplido, iniciaba el montaje, iba colocando pieza tras pieza, atornillándolas. Sus manos se ennegrecían como las de un carbonero, brillantes de grasa. Al cabo de media hora se incorporaba pesadamente, cogía la gamuza y se las limpiaba un poco. Algún mirón compasivo le ayudaba a ponerse la americana. Señalaba el vehículo como la comadrona al niño recién nacido, con amor profesional, con una sonrisa apenas esbozada.

—A ver. ¡Péguele ahora!

Yo me acercaba a la moto, agarraba los puños y propinaba el taconazo de rigor a la puesta en marcha. El petardeo y el humo del motor envolvían a la

concurrencia. El espontáneo, todavía con la gamuza entre las manos, me miraba con un gesto de suficiencia.

—¿Qué? ¿Era el carburador o no era el carburador?

—Sí señor. Estaba usted en lo cierto.

La moto nos dio unas oportunidades inimaginables de ampliar nuestro radio de acción. Podíamos veranear en algún pueblecito próximo (la moto me llevaba y me traía del periódico a las horas oportunas), nos permitía hacer excursiones, visitar a los amigos, incluso cazar. Recuerdo nuestras primeras salidas cinegéticas en la Montesa. Mi hermano Manolo iba de paquete, pero, pese a estar más grueso que yo e ir detrás, protegido por mi cuerpo, reservaba los números de *El Norte de Castilla* de toda la semana para cubrirse el pecho y el vientre durante el viaje. Al ver sus precauciones, yo, más friolero que él, me colocaba bajo la cazadora los *Nortes* de las dos últimas semanas. La gente aseguraba que el papel abrigaba, pero se conoce que la gente nunca ha viajado en una motocicleta, una mañana de diciembre, con siete grados bajo cero. El frío se filtraba por todos los resquicios, un frío intenso, agudo como un estilete, que no se detenía ante nada. Pero había tres puntos del cuerpo que sufrían especialmente los efectos de la congelación: las manos, las rodillas y la nariz. Yo llevaba las manos embutidas en guantes de aviador pero, pese a esta precaución, los dedos se me hinchaban como chorizos, hasta el punto de no sentirlos. A veces, en el temblor helado de la madrugada, me daba por pensar en la *primaria* y en quién sería el guapo capaz de cambiarla si se rompía, pero movía la cabeza para ahuyentar el mal pensamiento. Con las rodillas ocurría un fenómeno singular: primero se notaba en ellas frío, luego una vaga sensación como si se fueran inflamando, después dolor intenso y, por último, nada, eran como dos bultos de cristal, sin articular, ajenos al cuerpo. Y así, con las piernas a medio flexionar y las perdices congeladas a mi costado en absurdas posturas, me presentaba en casa. Lo curioso es que yo no era consciente de mi anquilosis, pero mi mujer, la primera vez que me vio agachado, con las piernas flexionadas, me dijo sorprendida:

—¿Puede saberse por qué andas así?

—¿Que ando cómo?

—Como despatarrado. Como Groucho Marx. ¿Es que me estás tomando el pelo?

Recuerdo las idas y regresos de las cacerías con verdadero horror. La gruesa bufanda, que me daba tres vueltas a la boca, me devolvía en principio el calor de mi aliento y resultaba confortadora, pero a medida que transcurrían los kilómetros acababa transformándose en un cilindro de hielo que además

de congelarme la nariz me la iba limando con el traqueteo como si fuese papel de lija. Al concluir el viaje, había de sacármela entera por la cabeza como un turbante porque era imposible desenrollarla. Pero Manolo y yo seguíamos saliendo cada domingo, desafiando los meteoros. Podía más nuestra afición. Hasta que una noche, al acostarme, después de una de estas cacerías, sufrí un cólico nefrítico. Pasé la noche en un grito y apenas amaneció Dios ya estaba el doctor poniéndome una inyección de metasedín.

—Yo no sabía que el frío podía provocar un cólico, doctor.

—Mire usted, andar en moto con seis grados bajo cero puede provocar un cólico y todo lo que usted pueda imaginar.

Ante esta amenaza fuimos espaciando nuestras salidas, limitándolas a los días blandos o a cazaderos próximos. Con todo, no dejaba de reconocer que la moto en invierno era un instrumento de tortura. Todo lo que en verano encerraba de fruitivo tenía en invierno de mortificante. Salir a codornices en agosto constituía un placer inigualable. La velocidad, en las primeras horas de la mañana, producía una brisa tonificante, embriagadora. Y otro tanto acontecía al anochecer, ya de regreso, con el aroma balsámico de los pinares. Pero en esa estación y especialmente en los crepúsculos, existía un riesgo no despreciable: la avispa. El conductor, yo en este caso, iba barriendo el espacio con su cuerpo, arrastrando con él todos los insectos imprudentes que se interpusieran en su camino. El pecho del motorista, como los faros del automóvil, era semejante a un gran papel matamoscas. Así, al llegar a nuestro destino, mi regazo era un pequeño cementerio de mosquitos, moscas, hormigas voladoras, polillas, libélulas y mariposas. Un entomólogo hubiese sido feliz analizando todo lo que en verano vuela en Castilla de madrugada o al anochecer. Pero, naturalmente, de vez en cuando, un ciervo volador con sus élitros almidonados rebotaba en mi frente y me descalabraba. Otras veces era una avispa perezosa, recién salida del avispero o de retirada, lo que cazaba mi cuerpo. En estos encuentros ingratos podían ocurrir dos cosas: que el insecto muriera del golpe, en cuyo caso era uno más a engrosar el cementerio entomológico de mi regazo, o bien que quedara conmocionado, rodara entre mis piernas hasta la punta del sillín y, una vez recuperado, al no poder volver a despegar debido al fuerte viento, se revolviera y picara allí donde al motorista más podía dolerle. Dos avispas me picaron en esa parte, punzadas lancinantes que casi me hicieron perder el control de la máquina. Y aunque el accidente no fuese cosa de todos los días, las consecuencias resultaban tan dolorosas que me indujeron a colocarme un protector de cuero a manera de mandil, que me cubría, con mis atributos, la parte alta de los muslos. Fue una

idea genial que, debido a la celeridad con que siempre he vivido, no llegué a patentar, lo que, sin duda, me hubiese proporcionado un desahogo económico considerable.

Ganado por la fiebre de la invención traté de descubrir algo que permitiera ampliar las plazas limitadas de la moto. Particularmente en la caza, Manolo y yo echábamos en falta un tercero (y quizá un cuarto) para armar la mano en el monte o la ladera. Había, pues, que inventar alguna cosa que no supusiera una carga excesiva para la pequeña potencia del motor. Es obvio que lo que yo debí de inventar entonces fue el sidecar, pero no se me ocurrió o, si se me ocurrió, lo deseché como un estorbo que envaraba un vehículo flexible, un vehículo que formaba cuerpo con uno y se adaptaba a los peraltes de las curvas como la mano al guante. De este modo surgió la peregrina idea del remolque, la moto con jardinera, esto es, una bicicleta atada al soporte que, sin agarrotar al motorista, permitiera al ciclista los mismos movimientos elásticos que a aquél. Pasábamos aquel verano en Boecillo, en una casita solitaria en la falda de la cuesta, y Manolo, mi hermano, que cumplía el servicio militar, al estar mis padres fuera, iba todas las noches a dormir allí. De este modo, una mañana que libraba, pudimos ensayar el invento. La cuerda que unía el soporte de la moto con la barra frontal de la bicicleta debía tener al menos una longitud de cinco metros para darle juego y ser fina pero resistente. Mi mujer y mis hijos (entre uno y cuatro años) asistían con curiosidad al primer ensayo y, cuando yo, caballero en la moto, inicié el tirón y Manolo, conduciendo la bicicleta, me siguió, las dos manos en los frenos, aplaudieron con entusiasmo. Pero, inmediatamente después, se produjo la catástrofe. Al desembragar yo y cambiar de marcha, la moto dejó momentáneamente de tirar, para, una vez metida la segunda, hacerlo con más energía que antes, con lo que la bicicleta se precipitó contra ella, mi hermano frenó para impedir el topetazo, la rueda trasera derrapó en la grava y el remolque con su ocupante cayeron a tierra. No contento con el tantarantán, todavía lo arrastré tres o cuatro metros por la carretera, y cuando quise darme cuenta y corrí hacia él, lo encontré hecho un harnero, llagado en manos, piernas, pecho, cara y caderas, desollado, pero riendo con todas sus ganas. Fue necesario internarlo en el hospital, darle unos puntos de sutura y ponerle la vacuna antitetánica, que por aquel entonces era un pilar de iglesia. De este modo desaparecieron para siempre mis tufos de inventor y continué con la moto de dos plazas, más una tercera, para un niño, a caballo sobre el depósito de gasolina, para distancias cortas.

Habituado a la máquina, bien pertrechado y con seis cadenas primarias de repuesto en las bolsas de becerro, di en pensar en más largos desplazamientos. La disculpa fue la de siempre: mi mujer, sujeta todo el año a los niños, necesitaba descansar una temporada; le convenía, pues, hacer un viaje. Así surgió la idea de irnos a Santander, por Sedano, y pasar allí tres o cuatro días. La excursión resultó tan agradable que la escapada a la playa se convirtió en una exigencia anual. No hay que decir que al peso de los dos ocupantes —ciento veinte kilos— había que añadir el de las albardas bien provistas de herramientas, repuestos, ropa y provisiones de boca, con lo que empecé a dar la razón a quienes aseguraban que la Montesa era *la buena*. Recuerdo la primera vez que llegué a Sedano en olor de multitud, la moto aparcada en los soportales de la plaza, con la grasa, el polvo y la pesadez del viaje agarrados aún a sus ijares. Nieves Gallo fue la primera en descubrirla.

—¿Habéis visto el artefacto que se ha traído don Miguel? Ahí, en la plaza está.

Jóvenes y viejos desfilaron por la plaza para verla. Enseñados a la tracción animal, se hacían cruces ante aquel artilugio negro y niquelado, que podía transportar a dos personas en unas horas a quinientos kilómetros de distancia.

—¡Joder!

En poco tiempo la moto se convirtió en un trasto corriente, estrepitoso e inaguantable. Pero en aquellos años cuarenta, inhabituados a los vehículos a motor, hasta su petardeo regular e hiriente producía un cosquilleo de placer. Aquello era una síntesis del progreso. La distancia ya no contaba para el hombre. Sin embargo, al año siguiente, mi mujer y yo comprobamos, con pesar, que en el trayecto se alzaban algunas pendientes con las que no podía la Montesa. No eran más que cuatro o cinco pero nos las fuimos aprendiendo de memoria y, con mayor o menor aproximación, el instante en que convenía aligerar de peso el vehículo. La primera vez que el motor se agotó, nos apeamos los dos y empujamos la moto hasta la cumbre, conversando. Pero en la segunda nos dimos cuenta de que bastaba con eliminar los cincuenta kilos de mi mujer para coronar el repecho desahogadamente. Con la práctica, la operación llegó a ser perfecta, y aunque yo procuraba apurar el resuello de la moto para evitar fatigas inútiles a mi esposa, ella, en cuanto advertía que metía la primera velocidad ya estaba brindándose abnegadamente para el sacrificio.

—¿Salto?

—Espera un poco.

El ronroneo se hacía arrítmico, se debilitaba.

—¿Me tiro ya?

—Un momento.

Se abría un silencio crepuscular, ese silencio tenso que preludia la acción. Al fin yo, como un capitán de paracaidistas, daba enérgicamente la orden:

—¡¡Salta!!

Mi mujer se apoyaba en el extremo anterior del soporte, y saltaba hacia atrás; la moto, libre de lastre, se recuperaba, sus explosiones se hacían más cadenciosas y regulares y, si la escarpa no era extremada, hasta me permitía alargar la velocidad. Ya en la cima, apagaba el motor, aparcaba la máquina junto a la cuneta y me ponía a liar un cigarrillo.

—¿Te cansas? —voceaba al ver aparecer a mi mujer en la última curva del camino.

—Al contrario. Me gusta. —Solía traer una ramita de helecho entre los dientes.

—Ten en cuenta que ahora, en La Cotera, tendrás que bajarte otra vez.

—No me importa.

Mimábamos a la Montesa como a un caballo de carreras. La considerábamos una parte de nosotros mismos. A los pocos automóviles que entonces circulaban los mirábamos con desdén, como transportes apropiados para enfermos o valetudinarios. La moto, en cambio, era un vehículo alegre, juvenil, una cosa viva. Hasta tal punto era algo vivo que, cuando cambiaba de paquete, la máquina lo extrañaba, protestaba, como ocurre con los bebés y los perros ante personas ajenas a la familia. Nunca olvidaré la tarde que tuve que trasladar a mi padre, a punto de cumplir los ochenta años, de Tordesillas a Valladolid.

—¿Por qué no coges el coche de línea, padre?

—Mejor en la moto, ¿no? Me gustaría probarla.

Desde que la compré tenía ese antojo, y, aunque a mí me asustaba la idea, no me opuse; le sujeté los zapatos en los posapiés y le di unas instrucciones sumarias: debería dejarse llevar naturalmente, sin hacer resistencia, sin tratar de conducir la moto a través de mi cintura ni desequilibrarla con movimientos bruscos. Aceptó con entusiasmo, incluso con deseos de colaboración, pero, una vez que metí la directa y aceleré, se agarró a mis ijadas como un pulpo (como en tiempos debió de agarrarse a los puños del biciclo) y con las dos rodillas descarnadas, duras como piedras, me oprimía las caderas con todas sus fuerzas, obligándome a cambiar de dirección. Sin pretenderlo, él mandaba. Íbamos de cuneta a cuneta en cerrados zigzags, como borrachos.

—¡Cuidado, hijo!

—¡Afloja las rodillas, que nos matamos!

Le oía resoplar atrás a cada ese, como si acabáramos de sortear un obstáculo terrible y, cuando al fin me detuve, reconoció que la moto estaba bien, pero que se le había volado el sombrero. Regresamos a casa a veinte por hora, como el viejo biciclo, para evitarle un trauma.

Los años de la moto fueron sin duda años duros pero felices. Detrás vinieron el Cuatro-cuatro, el Seiscientos, el Dos Caballos, vehículos familiares, con motores bien terminados, sin cadena primaria, pero aquellos cacharros, desgraciadamente, no nos hicieron más jóvenes. Habíamos quemado una etapa de nuestras vidas.

V. Un deporte de caballeros

Hay quien llega al tenis desde el *ping-pong* y le falta mango y hay quien llega al *ping-pong* desde el tenis y le sobra brazo. Empezar simultáneamente con ambas actividades es un error. Por la mañana uno tiene el brazo más corto que por la tarde, o a la inversa, y esto resulta desconcertante. Yo he sido un Guadiana en esto del tenis. Empecé a practicarlo de niño, a los trece años, y no se me daba mal. Jugué poco intensamente dos veranos consecutivos, y ya no volví a coger la raqueta hasta cumplidos los cincuenta. Tampoco en esta segunda etapa fui constante, jugué apenas tres primaveras y, de nuevo, lo dejé hasta los sesenta y cuatro, edad provecta, apropiada para jugar dobles con un compañero joven y olvidarse uno de los *singles*. En conjunto no habré jugado al tenis más allá de un set por semana durante ocho o diez años de mi vida, con la particularidad de que cuando más fuerte me ha dado ha sido a la edad en que los tenistas aficionados suelen dejarlo.

Por medio, entre los cuarenta y los cincuenta y cinco años, me divirtió el *ping-pong*. Instalamos una mesa en Sedano y los veranos jugábamos con ahínco diariamente. Con la familia Echeverría, que era larga como la nuestra, organizábamos campeonatos muy caldeados, de los que surgieron grandes ases, como el pobre Juan José, prematuramente fallecido, su hija Loli y mis chicos, Miguel y Germán, que competían ardorosamente con aquéllos. Tanto Juan José como Loli y mi hijo Miguel eran jugadores en corto (entre otras cosas porque el habitáculo donde la mesa estaba instalada no daba para más), de recortes y efectos, mientras mi hijo Germán, como luego lo fueron Juan y mi yerno Luis, eran especialistas en juego largo, de mates rasantes, electrizados y brillantes. El *tenisín*, como debería llamarse al *ping-pong*, es un juego distraído, pero no deja de ser un *fulbito*, es decir, un sucedáneo, un deporte de habilidad, irrelevante como ejercicio físico. Yo, que comencé maduro, nunca llegué a dominarlo del todo, si bien, entre jugadores vulgares, podía causar cierto efecto. Ahora recuerdo dos éxitos, un campeonato que disputamos un verano los periodistas en Monte Corbán (Santander) cuya final me parece que le gané a mi amigo el granadino Pepe Corral Maurell (a lo mejor me la ganó él a mí, pero es lo mismo), y mi solemne proclamación como subcampeón de tenis de mesa en el trasatlántico *Constitution* en 1964,

camino de Nueva York. Fue divertido porque este torneo lo jugué medio mareado pero paradójicamente fue esta contrariedad y el balanceo del barco lo que me permitieron ganar la copa. Quiero decir que yo actué decidido, soltando el brazo, sin mis habituales reservas, deseando acabar pronto, pero la suerte quiso que los maretazos fuesen a levantar el tablero por donde a mí me convenía, de tal forma que no perdía comba y la concurrencia se hacía lenguas de mi precisión. Al finalizar, ante las eufóricas copas de *champagne*, y en un clima de confianza, mi rival italiano en las semifinales me preguntó si era cierto que yo era jugador profesional en mi país. Fue tanto mi estupor que le hice repetir la pregunta hasta tres veces y, a la tercera, se me cayó la copa de la mano y hubo que recurrir al lampazo para baldear un trozo de cubierta y evitar accidentes debido a los vidrios rotos. ¡Así se escribe la historia!

Lo cierto es que yo jugaba al *ping-pong* para sustituir al tenis, por falta de canchas y por la complicación de los desplazamientos. Pero llegó un momento, quizá en la primavera del sesenta y siete, en que me vi en la necesidad de desfogarme de otras contrariedades, y como mi amigo José Luis Pérez Pellón experimentase esta necesidad al mismo tiempo que yo, acordamos hacernos socios de la Real Sociedad Deportiva y jugar un par de sets muy de mañana, antes de iniciar el trabajo cotidiano. Recuerdo que José Luis, que tenía el caro vicio de los coches despampanantes (a pesar de ser padre de familia numerosa), había comprado un Jaguar descapotable y cada mañana me esperaba con él, a las ocho, a la puerta de mi casa. Yo bajaba con mi atuendo apropiado, depositaba las raquetas y los tubos de las pelotas sobre la capota plegada y salíamos a cien por hora Paseo de Zorrilla adelante, entre la alarma y la envidia de los viandantes. Nuestra imagen juvenil y pinturera a bordo del Jaguar descapotable, más propia de Niza que de la Meseta, volvía a llamar la atención de los transeúntes una hora más tarde, a nuestro regreso, ya desfogados. Despreocupado del qué dirán y de las habladurías propias de una pequeña capital de provincia, mi mujer me sorprendió un día al referirme su conversación con una vecina. Parece ser que aquella señora tenía de mí un concepto que no casaba con mi uniforme deportivo, las raquetas sobre la capota abatida y el Jaguar descapotable.

—¿Es que le ha pasado algo a tu marido?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, en realidad, ni siquiera estoy segura de que sea él, pero cada mañana, al ir a misa, veo pasar a un tipo en un Jaguar descapotable que se le parece mucho.

—Es mi marido, claro. Ahora le ha dado por jugar al tenis.

—¡Qué gracia! No le pegaba nada.

Reservaba la contundencia de su juicio para ocasión más propicia, pero lo cierto es que para un sector de la ciudad, que me consideraba un hombre austero, antifrívolo, morigerado y circunspecto, supuso una extravagancia verme, con la raqueta en la trasera, en un Jaguar descapotable, a cien kilómetros a la hora. Por entonces, en España se tenía un concepto muy limitado del deporte; entre hombres sólo contaba el fútbol, y al que intentaba jugar a otra cosa se le consideraba un esnob o un afeminado. Mas si lo que jugaba era tenis y para desplazarse a la cancha utilizaba un Jaguar descubierto, entonces aquel tal no era más que un *play boy* despreciable que se había equivocado de medio a medio. En los años sesenta, aun en sus postrimerías, no valían de nada las explicaciones. Lo que contaba era la imagen. Y mi imagen, por culpa del Jaguar, se deterioró mucho en aquellas tres primaveras que duró la experiencia. Y el caso es que mi compañero de juego, José Luis Pérez Pellón, era un trabajador concienzudo, de vida ordenada, poco dado a la proyección social, pero su comprensible debilidad por los cochazos descapotables prevaleció sobre todo lo demás. Él y yo éramos unos *play boys* que sólo nos preocupábamos de lucirnos y de jugar al tenis mientras los demás trabajaban. El cambio que yo había dado era lo último que podían esperar de mí algunos convecinos.

En rigor, lo que yo pretendía a finales de los sesenta era, como ya he dicho antes, desfogarme de ciertas contrariedades y comprobar si mis pinitos de los años treinta habían servido para algo. Pero, de momento, la teoría tenística volvió a desconcertarme. Ya de chico me resistía a admitir algunas cosas en este deporte que entonces se calificaba *de caballeros*. Siempre he sido hombre de sentido común y, de niño, además, muy testarudo. Por eso rechazaba de entrada la manera tan peregrina de contar los tantos en el tenis. Me parecía escandaloso que un tanto valiera quince pero, una vez admitido esto, yo no podía aceptar que el tercero, aunque fuese más meritorio, valiera solamente diez. Es decir, el 15-30-40-juego carecía de sentido para mí. ¿Por qué 40 y no 45? ¿Y por qué 15 y no 1? Lo razonable me parecía que el tanteo fuera 1-2-3-juego, pero aceptado el artificio del 15-30, ¿a qué ton el capricho del 40?

—¿No es absurdo todo esto?

—Mira, absurdo o no, así está establecido.

—¿Y quién lo ha establecido?

—El que lo inventó. De modo que ya lo sabes: lo coges o lo dejas.

Jugaba a regañadientes y cantaba manifiestamente disgustado las cifras del tanteo.

—Treinta-cuarenta —decía con retintín—. Ya ves tú qué bobada.

—¿Y qué?; lo mismo te da.

—Pues no me da lo mismo. Supongo que este rompecabezas tendrá algún sentido, pero a mí no se me alcanza.

—¿Por qué no escribes a los ingleses?

Uno, desde niño, ha tenido un concepto bastante plebeyo de sí mismo, por lo que aquel barniz aristocrático de la jerga tenística, al margen de las veleidades del tanteo, no dejaba de impresionarle. El tenis era, en realidad, un deporte para caballeros. Uno estaba acostumbrado a sacar cuezo cuando jugaba a las canicas o a tirar una falta, si jugaba al fútbol, en el momento en que el guardameta estaba más distraído, por eso le impresionaba más aquel *play* condescendiente del jugador que sacaba la bola y más aún que se abstuviese de hacerlo en tanto su contrincante no respondiese *ready*. Mas entre chicos españoles, y en 1934, los buenos modales y los vocablos ingleses duraban poco.

—Te he preguntado *play*.

—Pues no lo he oído. Saca otra vez, y si no te da la gana lo dejamos.

En España, hasta el tenis dejaba de ser un deporte entre caballeros en aquella época. Y el caso es que mientras la sangre no se calentase, uno se refocilaba con aquella terminología inglesa que parecía que lo vestía de etiqueta, que lo transformaba en un *sir* por el mero hecho de utilizarla. De este modo yo procuraba olvidarme del absurdo del tanteo y voceaba *play, ready, out, drive, deuze, net,* con complacencia íntima, utilizando un nasal acento cosmopolita. Por esta razón, las tardes en que jugaba al tenis, regresaba a casa como más refinado, más pulido, menos celtibérico.

—Está bueno este consomé.

Mi pobre madre, que sabía de mi aborrecimiento hacia aquella reiterada sopa de lluvia, me decía con cierta sorna:

—Qué fino vienes hoy. ¿Es que has estado jugando al tenis?

Seguramente por esto no me molestó que el Jaguar descapotable de José Luis se detuviera a la puerta de mi casa treinta y cinco años después. Una segunda naturaleza, que yo tenía normalmente sofocada, se complacía en estos ritos. Tal vez no somos lo que aparentamos; quizá nuestra imagen no sea más que una máscara. Pero, al margen de tales fruslerías, cuando reanudé la práctica de este deporte me di cuenta de que no había olvidado la

terminología, ni los golpes cortados, ni las dejadas, ni el juego de fondo, ni el salto a la red después de enviar una bola obligada, ni el saque, ni el resto, ni las normas fundamentales. Se dice de la bicicleta y la natación que son deportes que nunca se olvidan. Yo creo que ningún deporte practicado de niño resulta nuevo para el adulto. Nada de lo aprendido de niño se olvida después, todo se recuerda llegada la hora de la reanudación. Por eso, en principio, yo vencía a José Luis, pero José Luis, que era más joven que yo, acabó venciéndome por cuestión de resistencia. Aquellas frescas mañanitas en las canchas de la Deportiva resultaban tonificantes. A veces, mi hijo Miguel llegaba de Madrid, donde estaba estudiando, y se apuntaba a la expedición, al Jaguar y a todo lo demás. Algunas mujeres, muy pocas, acompañaban a sus maridos o a sus novios, pero nunca constituyó problema encontrar pista a tales horas. Un día, José Luis tuvo que salir de viaje y al encontrarnos solos Miguel y yo en el club con otra pareja, Unzu, el navarro, antiguo campeón de pala, y Pérez del Río, el farmacéutico, que tampoco gustaban de los *singles*, acordamos enfrentarnos. El amor propio que siempre he puesto en los juegos ha sido una de las constantes de mi carácter. Unzu y Pérez del Río arrastraban fama de ser una de las parejas más sólidas del tenis vallisoletano y ganarles hubiera sido una proeza. He de empezar por decir que la experiencia tenística de mi hijo Miguel era aún más corta que la mía, pero, a pesar de ser un hombre mesurado, de los que creen de verdad que lo importante es participar, logré transmitirle mi amor propio y la *necesidad* de ganar al campeón navarro de pala y al farmacéutico. Como datos para la historia añadiré que aquel día era sábado y aproximadamente las once de la mañana cuando empezamos el set. A la una del mediodía, el tanteador señalaba un 16-15 a nuestro favor, y tanto mi hijo como yo, que estábamos dando la réplica a base de tesón y carreras sin medida, mostrábamos un notorio cansancio. Pero las alternativas del marcador, naturalmente siempre mínimas, nos espoleaban, 16-16, 16-17, 17-17, 18-17… íbamos cantando los juegos con unción, esperando que la mínima diferencia del momento fuera la última, y la victoria nos sonriera en el próximo. Mas el juego siguiente era para el navarro y su compañero, y el otro para nosotros, tan equitativamente repartidos que se hizo la hora de comer sin que aquello —25-25— se hubiera resuelto. El sudor nos escurría por los costados y nuestros rostros encendidos presagiaban la apoplejía. Pero cuanto más se prolongaba aquel set, más ardor poníamos en ganarlo y más lejos estábamos de abandonar. Yo creo que entonces no existía eso de la *muerte súbita* o si existía nos parecía de maricas apelar a tan cómodo expediente. Un recurso así estaba bien para los extranjeros pero no para una

pareja de españoles procedentes de la bicicleta y el fútbol. Así es que continuamos. El pelotari navarro y su compañero acusaban asimismo el calor y el cansancio, pero quizá porque los veía a mayor distancia, la red por medio, se me hacía que su agotamiento no alcanzaba los extremos del nuestro. De todos modos, llegaban a las bolas con las rodillas flexionadas, arrastrando las playeras, levantando polvo, y respondían a nuestros débiles pelotazos con pelotazos no más recios, sin preocuparse de la colocación. Para Miguel y para mí no existía otra aspiración que la de salvar la red con la pelota, sobrepasarla. Todo eso de buscar las esquinas, los mates, las bolas en profundidad, excedía de nuestras facultades. Conservábamos unas reservas físicas tan menguadas que había que administrarlas, y llegados al 31-31 yo estaba literalmente derrengado, aunque dispuesto a seguir hasta el 90-90. Pero para cualquier espectador neutral que se hubiera acercado a la cancha (hacía dos horas que el último se había marchado a comer) aquello era un deplorable espectáculo en el que los cuatro contrincantes parecíamos cuatro agonizantes arrastrándonos por las arenas del desierto, a punto de sucumbir. Pero proseguíamos. Haber sugerido entonces la posibilidad de aplazar la pugna hasta la mañana siguiente hubiera sido una claudicación, una prueba de inferioridad física vergonzosa. Jugábamos en sepulcral silencio, las bocas secas, los movimientos automáticos, vacilantes. Miguel boqueaba y yo resollaba como un perro en agosto. Nos comportábamos como un juguete mecánico al que alguien hubiera dado cuerda para su entretenimiento, pero con poca cuerda ya. Finalmente, con el marcador 38-37 y 40-30 a favor del navarro y el farmacéutico, una pelota de set me botó tres metros delante, fácil, blanda, a placer, pero cuando acudí a ella con los poquísimos arrestos que conservaba, los pies se me cruzaron, chocó uno con otro y besé el suelo entre una nube de polvo. Unzu, el navarro, y el boticario corrieron hacia mí, yo pensaba que para auxiliarme, pero cuando el pelotari me vio humillado mordiendo la tierra batida, arrojó la raqueta al aire, levantó los brazos en forma de uve y voceó estentóreamente:

—¡Hemos ganado!

No hay que decir que aquel partido trajo cola. La llegada a casa a las cuatro y media de la tarde, extenuados, sin comer, fue una tribulación. Nadie nos comprendía. En cambio, en los vestuarios de la Sociedad, durante aquella primavera no se habló de otra cosa. Había un muchacho, muy competitivo él, que aseguraba que en los anales del tenis no se conocía un set tan largo y que lo iba a brindar para que lo incluyeran en el libro de los récords. Otro, más comedido, prometió escribir a Lily Álvarez preguntándole si conocía un caso

semejante. De cualquier manera, entre los tenistas de la ciudad, cuando algo se prolongaba demasiado, empezó a recurrirse a una frase acuñada por entonces: «Esto es más largo que el set de Unzu y Pérez del Río contra los Delibes».

Hace cuatro años, cuando reanudé la práctica del tenis de un modo regular —dos días a la semana—, resolví íntimamente dos cosas: primera, no jugar nunca individuales y, segunda, aceptar como buena la mínima diferencia, o sea, ganar o perder por un solo juego —6-5— y si a los ingleses no les gustaba, que les diesen tila. De esta manera, uno tiene la relativa seguridad de que a sus sesenta y ocho años ningún forense va a tener que hacerle la autopsia en plena cancha. Otra cosa que, aunque no estatuida, también procuro respetar es la proporcionalidad de edad en las parejas, es decir, busco un joven para acompañar a un viejo. Con ello trato de equilibrar no sólo el juego de los contendientes sino el resultado. Éste es el secreto de que un tipo de la tercera edad pueda seguir dándole a la raqueta con cierto garbo. La posibilidad de vocear «¡Tuya!» al joven compañero cada vez que el adversario nos sorprende con una *dejada*, aunque sea en nuestro campo, es muy tranquilizadora. Esto es, el tenis de dobles, mientras uno de los dos aguante, puede practicarse sin limitación de edad, hasta que la artrosis nos lo impida. Estos trucos se descubren cuando uno se va insertando en la vejez. Mi retorno al tenis a los sesenta y cuatro años me permitió descubrir, además, otras novedades que revelaban un cambio apreciable en la sociedad española. El Jaguar descapotable de José Luis Pérez Pellón, con las raquetas y las bolas en la bandeja trasera, por ejemplo, no hubiera desacreditado mi imagen de hombre austero en 1985. Por otro lado, al generalizarse el acceso a lo superfluo, el fútbol dejó de ser el único deporte del país. Empezaba a surgir gente para el tenis, el baloncesto, el balonmano, el *hockey*, el *rugby*, la natación, el atletismo y otras manifestaciones deportivas. Ítem más, al popularizarse, el tenis dejó lógicamente de ser un deporte distinguido, y aunque continuara siendo un deporte entre caballeros, ningún tenista se esforzaba ya en demostrarlo. Nadie preguntaba *¿play?* antes de poner en juego la pelota, ni esperaba la respuesta, *ready*, para impulsarla. Sacaba y listo. Yo, seguramente por añoranza, intento cada día resucitar las arcaicas fórmulas señoriales, pero con poco éxito. Algún hijo, mi yerno Pancho por complacerme, me siguen el juego, pero pare usted de contar. En cuanto me ausento de la cancha el *play* y el *ready* tradicionales se van a hacer puñetas. En una palabra, no consigo restaurar tan distinguidas costumbres. A lo sumo, los tenistas actuales con los que me enfrento anuncian el saque de una manera

abrupta: «¡Va!, —dicen como cualquier chico de la calle. Y el resto responde con otro monosílabo—, Sí», o a lo sumo, el más cortés, voceará «¡Viene!», pero no pasarán de ahí. Los vocablos ingleses, no sé si por la cuestión de Gibraltar, se han arrumbado de manera definitiva. Ahora se emplea un *no* categórico, castellanísimo, ambiguo y polivalente que se utiliza para todo, para comunicar que la pelota ha dado en la red, que no ha entrado el servicio, que la bola se ha ido por un costado o que ha rebasado la línea de fondo.

—¡No!

Nadie preguntará nada. Todo el mundo sabe a qué atenerse. El significado de la brutal negativa lo facilita la incidencia del juego. *No* y basta. El tenis ya no requiere buenos modales ni distingue a quien lo practica. El americano McEnroe es un ejemplo muy expresivo al respecto. Este deporte ha dejado de ser una escuela de buenas costumbres. Diría más: la gente joven y de cuna ilustre suelta tacos cuando falla un golpe fácil o dice *mierda* a boca llena y, por supuesto, no en inglés. Esto trae como consecuencia que el muchacho zafio que acaba de jugar un set no experimente ya ninguna transfiguración, ni ante el cotidiano plato de sopa de fideos que le aguarda en casa tendrá la deferencia de decirle a su madre que «está sabroso el consomé». Decididamente, jugar al tenis ha dejado de ser un signo de distinción y la imagen de *play boy* ya no le cuadra al tenista aunque se desplace a la cancha en un Jaguar descapotable.

VI. El mar y los peces

La pesca del cangrejo era un recurso que mi padre aprovechaba para sacarnos a tomar el aire en primavera. Mientras permanecíamos en Valladolid, solíamos ir a la Esgueva, bien a Renedo o, valle arriba, hasta Esguevillas o cualquier otro pueblo intermedio. La Esgueva fue un río pródigo en cangrejo de pata blanca (un crustáceo verdoso, no exageradamente grande ni de pinza muy desarrollada, pero sabroso). Lo malo de la Esgueva, como de casi todos los ríos y arroyos de llanura, era que sus aguas bajaban turbias a causa de la erosión, y entre esto y que la pesca del cangrejo era crepuscular, tirando a nocturna, no se veía lo que se pescaba hasta que el retel afloraba y uno lo alumbraba con la linterna. Este defecto lo soslayé años después, cuando, ya de adulto, me dediqué al cangrejo en los ríos Moradillo y Rudrón, en Burgos, de aguas cristalinas y oxigenadas, con lo que la pesca de este crustáceo dejó de ser una actividad ciega. Cuando el cangrejo proliferaba y los ríos eran libres, yo solía llevar a mis visitantes, particularmente si eran extranjeros, a pescarlos con retel, y no recuerdo de ninguno que saliera defraudado de la experiencia. Echar el retel (cebado con tasajo o con bazo de caballo) y dejar que se posara en el lecho del río promovía a los pocos segundos una actividad sorprendente. El cangrejo salía de bajo las piedras o de entre las hojas muertas de la orilla y se encaminaba hacia el aro. En unos minutos, el lecho del río era un tropel de cangrejos, unos grandes, otros pequeños, todos engolosinados con el cebo que blanqueaba en el centro del retel. Las aguas estaban tan limpias que, a pesar de la profundidad, se observaban los movimientos de los bichos como en una pantalla. El cangrejo, ante el aro, adoptaba diversos comportamientos. Uno, el más confiado, entraba sin vacilaciones y se ponía a comer. Un segundo titubeaba antes de decidirse. Otros, los más, lo rondaban, daban vueltas y vueltas, se detenían, peleaban entre sí y, finalmente, entraban o se alejaban, reculando, recelosos de aquel artilugio que de pronto había irrumpido en el río. Al difidente, si era grueso, aún podía capturársele pinzándolo con la horquilla y extraerlo, acorazado y rojizo, de la masa de agua, salpicando con sus coletazos antes de ser depositado en el fardillo. La abundancia de cangrejos era tal que la diversión estaba garantizada. Luego venía la extracción de reteles, el hervor de los apresados en cada uno (a veces más de

una docena) y finalmente, ya en casa, el recuento. La unidad era la docena, y creo recordar que en una ocasión llegamos a atrapar más de ochenta. Claro que estoy hablando de los años sesenta, con casi todos los ríos libres y sin limitación de capturas. Pero el automóvil, el nivel de vida, el espíritu de imitación y el despertar del paladar español provocaron una multiplicación de cangrejeros como nunca se había conocido. Cualquier corriente de agua, cualquier lavajo o charca se veían sometidos a un asedio permanente. Tan fuerte llegó a ser la presión que el Gobierno no tuvo más remedio que intervenir. Extensos tramos de ríos y arroyos fueron acotados, se estableció una medida mínima por unidad, un límite de reteles y un límite de capturas. Es decir, las cosas empezaron a tomarse en serio. Pese a ello, las corrientes pequeñas, poco caudalosas, acusaron esta avidez, se despoblaron. En cambio las corrientes considerables, como el Rudrón, en Burgos, seguían produciendo cangrejos en cantidad. Mas como su cotización subía sin cesar hasta alcanzar en el mercado el precio del caviar, el furtivismo aumentó de tal manera que también estos ríos llegaron a resentirse. Sin embargo, hubo de ser una imprudencia (de las muchas que se cometen en España en el campo biológico) lo que terminase por dar la puntilla a nuestro cangrejo de pata blanca. El capricho de implantar en nuestra topografía animales que nunca se dieron en ella llevó a repoblar el Guadalquivir y otras corrientes del sur con cangrejo americano, mucho más prolífico pero menos sabroso, más voraz y más encenagado que el nuestro. Las primeras experiencias resultaron sorprendentes, tanto por la velocidad de reproducción del nuevo crustáceo como por su capacidad de destrucción de la flora ribereña. Mas con lo que no se había contado era con que este cangrejo, inmune o resistente a la afanomicosis, podía portar la enfermedad y contagiarla. Y la afanomicosis fue el *ite missa est* para el cangrejo oriundo, que, en poco más de un año, fue prácticamente barrido de las aguas peninsulares. Bastaba introducir en un río limpio un retel con el que se hubiera pescado en aguas contaminadas para que el cangrejo indígena sucumbiera. Y hoy nos encontramos con que nuestros tradicionales cangrejos han desaparecido, el foráneo ha tomado posesión de nuestras aguas, y aquí paz y después gloria. Nadie se ha rasgado las vestiduras, que yo sepa, ante esta catástrofe ecológica ni se han exigido responsabilidades. El cangrejo americano (más duro de coraza, pinzas alargadas, cola corta, estrecha e insípida) continúa vendiéndose en los mercados, y una clientela de paladar insensible sigue devorándolos como si tal cosa, sin reparar en el cambio. Algunos escogidos hemos abandonado su pesca y su consumo y pare usted de contar. La vida sigue y hasta la próxima.

Pero si el cangrejo era una disculpa para salir al campo, su pesca era una pesca pasiva: la víctima era la que iba y venía, la que se afanaba. El pescador no realizaba ejercicio físico alguno. Los reteles, separados entre sí por una distancia de diez metros, apenas facilitaban unos breves paseos a lo largo de la ribera. Con la pesca marina, con la pesca de malecón, sucedía tres cuartos de lo mismo: el pescador encarnaba el anzuelo con la lombriz, lanzaba el engaño al agua y a aguardar a que picase el pez. Él no ponía nada de su parte. Era el pez el que hacía por el anzuelo; él se limitaba a esperarlo.

Yo me engolosiné con la pesca de mar al mismo tiempo que con la de la trucha, sobre 1953. Y hasta recuerdo que en mi primer lance con cucharilla desde la punta del espolón, en Suances, tuve la fortuna de enganchar una lubina de ración. Me habían dicho que la lubina era la trucha de mar y entraba a la cucharilla con la misma voracidad que ésta. El primer intento pareció confirmar esta afirmación, pero lo curioso es que, aunque repetí el lanzamiento centenares de veces aquel verano, cambiando el color y el tamaño del artilugio, desde tierra y a la cacea, las lubinas no volvieron a sentirse estimuladas. No volví a agarrar una lubina con cucharilla. En lo sucesivo pesqué a fondo, en la ría, con caña larga, cebo vivo y carrete grande, de mar. Esta coincidencia de tener fortuna la primera vez que ensayo algo se ha repetido varias veces a lo largo de mi vida, como si el destino quisiera jugar con mis ilusiones. Recuerdo que la primera vez que jugué a la lotería me tocó, y algo semejante me sucedió con las quinielas y el cupón prociegos. Naturalmente aquellos éxitos me animaron y probé fortuna varias veces, pero la fortuna no volvió a sonreírme, con lo que terminé abandonando el juego. La lubina que entró a la cucharilla en el espigón de Suances forma parte de estos golpes de azar iniciales que carecen de toda explicación lógica y parecen inducidos por un genio burlón.

Mis comienzos como pescador de mar tuvieron lugar, pues, en el Cantábrico, junto a un sordo de Zamora, hombre metido en años, de un egoísmo tan cerrado como su oído, que no vio con buenos ojos la competencia. Amparado en su sordera ni siquiera me saludaba al encontrarnos cada tarde y si yo, como principiante, le hacía alguna consulta a voz en cuello, él volvía hacia mí su rostro avinagrado y me decía:

—¿Es que no se ha dado usted cuenta de que soy sordo?

Mis hijos, muy pequeños entonces, lo miraban con cierto temor, pero cuando enganchaba algún pez venían corriendo a comunicármelo:

—El sordo ha pescado un pez muy grande.

Yo me acercaba a él para felicitarle, contemplar el trofeo y romper el hielo, pero él desanzuelaba al pez, lo metía en la cesta sin dejármelo ver y se me quedaba mirando impertinentemente.

—¿Quería usted alguna cosa?

—No. Únicamente quería ver el pez y preguntarle con qué lo había pescado.

Él fruncía la frente.

—No sé qué me quiere decir.

Yo repetía la pregunta, a voces, desgañitándome, pero él volvía hacia mí su rostro impasible y me decía:

—¿Es que no se ha dado usted cuenta de que soy sordo?

Tan altivamente hermético se mostraba aquel buen señor que acabamos pescando codo con codo sin dirigirnos la palabra, sin darnos los buenos días ni las buenas tardes. Pero las relaciones se rompieron del todo el día que tuve la mala fortuna de pescar mi primer pez. Teníamos entonces en casa a una muchacha francesa, de Nancy, Catherine, con la que mi hijo mayor iba a hacer intercambio, y ambos, con mis hijos pequeños y mi esposa, me acompañaban. El sordo zamorano miraba de reojo mis preparativos, mi caña nueva de cinco metros, mi inhabilidad con ella, el plomo con que lastraba el anzuelo y, finalmente, el lance al centro de la ría. Yo no puedo asegurar que sintiese picada alguna en el sedal. Habituado al seco tirón de la trucha, aquel artilugio emplomado para la pesca marina se me antojaba, si no mudo, poco expresivo. Sin embargo, algo debí de notar cuando empecé a recoger hilo y, de pronto, vi centellear entre las aguas alborotadas un pececillo de plata (rigurosamente un pececillo, puesto que no mediría más allá de diez centímetros). Pero fue suficiente para que el júbilo de mi joven acompañamiento se desbordara:

—¡Papá ha pescado un pez!

—¡Trae un pez así de grande!

Yo daba vueltas al carrete con parsimonia, orgulloso de mi hazaña, y cuando varé el pez en las piedras del malecón y saltó espasmódicamente en sus postrimerías, mi hijo Miguel se lanzó a por él, pero al instante lo soltó al tiempo que gritaba y se metía un dedo en la boca. *Mademoiselle* Catherine, sonriente, con una sonrisa comprensiva hacia la inoperancia infantil, avanzó hasta el pez y lo cogió cuidadosamente con ambas manos. Es probable que su alarido se escuchase en París, al tiempo que se deshacía del pez en un impulsivo movimiento de rechazo. La niña francesa se retorcía las manos, y

mi hijo gemía de dolor, cuando mi esposa se aproximó a la presa en actitud de superioridad.

—¡Quitad, que sois todos unos sosos!

El desenlace fue el mismo, tocar el pez y retirar la mano fue todo uno, tras emitir un grito desgarrador. Pero el instinto maternal prevalecía sobre el dolor y entre lágrimas invitaba al resto de sus hijos a no arrimarse a aquel horrible pez.

—¡No lo toquéis! ¡¡Muerde!! ¡¡Muerde brutalmente!!

—¿Cómo que muerde?

Me resistía a creer que mi primera captura tuviera tan desastrosas propiedades, pero me acerqué hasta el pez, le hurgué con un palo y, al contacto, surgió de su dorso un abanico negro, cuyas varillas eran unos aguijones afilados. Dos o tres curiosos que paseaban por el pinar vecino se habían acercado al oír los gritos, mientras el sordo de Zamora ni siquiera nos miraba. Un señor vestido con traje blanco y traza de veraneante experimentado examinaba al pez.

—Ojo, es una mordedera —dijo—. Que no la toquen los niños.

—Llega usted tarde. Ya ha picado a tres.

El veraneante miró la mano deformada de *mademoiselle* Catherine, los dedos como morcillas de mi esposa y mi hijo, las lágrimas contenidas de todos ellos y agregó:

—Yo que usted los subiría al médico.

—¿Al médico? ¿Tan grave es?

—La picadura de ese bicho es de cuidado; toda precaución es poca.

El médico inyectó a los tres accidentados un contraveneno y los tuvo el día entero a leche. El dolor desapareció pero recuerdo que una semana más tarde, cuando, terminada la temporada, *mademoiselle* Catherine tomó el tren para París, su mano seguía hinchada y engarabitada como una garra.

—Di a tus padres lo que ha pasado. No vayan a pensar que ha sido un accidente doméstico —le dije desde el andén, cuando se asomó a la ventanilla.

—No se preocupe, *monsieur*. Yo estar muy agradecida.

La mordedera fue mi debú en la pesca marítima. Después de tan nefasta experiencia otro cualquiera hubiese abandonado, pero yo no sólo seguí adelante sino que patrociné la afición naciente de mi primogénito.

—Pero ¿estás loco? ¿Cómo va a ir el niño solo al malecón a pescar? —Mi mujer hacía las sensatas observaciones de rigor.

—¿Qué puede pasarle? Allí no hay olas. Si se cae a la ría, sabe nadar. Y en el peor de los casos, el sordo ya le echará una mano.

—Como el día de la mordedera, ¿verdad?

—Bueno, en aquella ocasión estábamos toda la familia para ayudarnos.

Total que, después de hacerle ver al niño —siete años— los escasos riesgos de la aventura y encarecerle la mayor prudencia, le dejamos marchar. A media tarde, desde la terraza de casa, observamos carreras y oímos gritos histéricos en la playa. Mi mujer salió de estampida.

—¡El niño!

Corrí tras ella. Una barca doblaba en ese momento el espigón y remolcaba un bulto oscuro. La primera mujer con que tropezamos nos informó a borbotones:

—¡Un toro! Venía huido de sabe Dios dónde. Ha recorrido todo el malecón y finalmente se ha caído al mar. Ahora lo están remolcando. —Señalaba la barca.

—¿Un toro? Pero ¿de dónde ha salido ese toro?

Mi mujer, más práctica, iba derecha al grano.

—¿Y qué ha sido de los pescadores?

—No lo sé. Había un niño con ellos, pero no le puedo decir.

—¡Dios mío!

Corríamos desolados por la arena hacia el malecón y, de pronto, vimos aparecer por la pimpollada a un ser diminuto, con una caña al hombro que medía lo que cuatro niños, la cesta en bandolera y toda la tranquilidad del mundo. Al aproximarnos, su carita sonreía. Su madre apenas le dejaba hablar.

—En cuanto vimos venir al toro, don Lucio me dijo: «Chaval, bájate con cuidado por las piedras».

—Pero ¿no os embistió?

—Cuando se paró a mirarme, don Lucio me dijo: «Chaval, pégale en los cuernos con la caña». Y yo le pegué con la caña en los cuernos hasta que se marchó.

—Don Lucio, pero ¿quién es ese don Lucio que no se te cae de la boca?

—El sordo de Zamora; es muy simpático. Hoy oía bien.

Los percances con que se iniciaba mi nueva actividad, lejos de amilanarme, me espolearon. Y con la práctica llegué a adquirir cierta soltura, aunque las capturas solían ser cortas y, salvo en casos excepcionales de enganchar un pez grande, poco emocionantes. La picada apenas se sentía. El plomo y las corrientes de la ría hacían mayor resistencia que el pez.

Decepcionado, tuve una ocurrencia: pescar en superficie con *buldó* de plástico, emplomando discretamente la carnada. En principio, la nueva técnica no dio mejor resultado que la pesca a fondo. Uno pescaba una lubina y un par de mules a todo tirar después de varear la ría durante toda la tarde. La única ventaja era que las picadas se hacían perceptibles, con lo que la emoción de las capturas subía un poco de tono. Pero, inesperadamente, un día de marea baja, que dejaba parcialmente al descubierto la arena de la desembocadura, lanzando la boya con la miñosa al rompeolas, conseguimos docena y media de lubinas en poco más de una hora. La conmoción apenas nos dejaba hablar.

—Hay que conseguir una boya más pesada para lanzar más arriba.

—¿Por qué no una boya de madera?

La idea de mi amigo Antonio Merino me pareció luminosa. Casi sin comer nos fuimos al carpintero del pueblo, que se hallaba muy afanado ajustando una mesa.

—¿Podría usted hacernos una docena de bolas?

—¿Bolas de qué?

—De madera, claro.

Nos miraba el hombre, por encima de las gafas, como si hubiéramos perdido el juicio.

—¿Y de qué tamaño?

Le explicamos *grosso modo* de qué se trataba y, apelando a su talento artesano, le rogamos colocara a las bolas unas orejuelas de metal contrapuestas para atar el sedal y el cebo, ya que íbamos a utilizarlas para pescar.

—¿Y qué piensan pescar con esto?

—¡Ah, eso está por ver!

Antonio Merino y yo nos miramos con una sonrisa de conspiradores. Habíamos silenciado nuestra suculenta pescata de la mañana y estábamos dispuestos a dar un brazo antes que informar al sordo de nuestro descubrimiento. De difundirse la nueva técnica pronto se maliciarían las lubinas y dejarían de picar. Con ese egoísmo característico del pescador de caña aspirábamos a reservarnos eternamente el hallazgo. A la mañana siguiente, apenas amaneció, ya estábamos los dos en la punta del espolón, lanza que te lanza, encima del rompeolas, sin el menor resultado práctico. Poco antes del mediodía, después de cuatro largas horas de fustigar la ría con

nuestras bolas de madera, agarré una lubinita de diecinueve centímetros. A la una se nos acabaron las lombrices.

—Si no lo veo no lo creo.

—La pesca ya se sabe; es una lotería. Hoy bien, mañana mal. Habrá que esperar otra marea como la de ayer.

Y la esperamos con avidez, con la misma impaciencia con que se espera a la primera novia. Y tan pronto se presentó la nueva marea baja acudimos a la ría con un cubo de lombrices, una docena de boyas de madera y un caudal de ilusiones que no cabía en la playa. Nuestras primeras varadas iban acompañadas de una confiada sonrisa. Aquellas bolas, impulsando el cebo más allá del rompeolas, por fuerza tenían que tentar a las lubinas. Al cabo de una hora empezamos a impacientarnos. Transcurridas dos, Merino empezó a mascullar palabrotas. Tres horas después, sin haber sentido la más leve picada, cogí el cubo de lombrices y lo volqué en la ría indignado.

—¡A la mierda las lubinas! A ver si se mueren todas de una indigestión.

Pero el pescador es hombre muy tesonero. A pesar del fracaso de la ría, resolvimos ensayar el ingenio en Pesués. La pequeña ensenada de Pesués quedaba unas leguas más arriba, hacia Asturias. Era una calita cerrada, de agua luminosa y azul, donde los mules se cebaban al iniciarse la marea. Habíamos pescado varias veces allí, desde barca, empleando boyas de plástico, con buenos resultados. En el agua planchada se veía boquear a los peces, como un hervor, y lanzando la gusana entre las picadas era casi seguro acertar. En nuestro afán de asegurar el éxito, Merino había sugerido pintar las bolas de rojo.

—¡Estupendo! Así las vemos a distancia.

—Incluso podemos llevar los prismáticos.

Nos levantamos de madrugada, y a las siete, con la primera luz, desencallamos la barca. Antonio Merino remaba pausadamente hacia el centro de la cala. Llevábamos tal cantidad de bolas y lombrices a bordo que por un momento temí naufragar. ¡Íbamos a conseguir un botín de mújoles como no se había conocido en la historia! Sobre las ocho, con la nueva marea, iniciamos los lanzamientos, cortos primero, mediados después, largos al fracasar éstos. En la superficie del mar, levemente rizada, no se percibía la ceba. Prendimos tres mules pequeños, pero de súbito un fuerte tirón me partió el hilo y un gran pez coleó a veinte metros de la barca.

—¡No pierdas de vista la bola!

Merino, erguido en la popa, los prismáticos en los ojos, seguía la bola roja con la cabeza altiva, como un almirante en pleno zafarrancho.

—¡Allí! ¡A estribor!

Señalaba con el dedo hacia las rocas. Bogué con toda mi alma, con ardor. Me imaginaba un mule gigantesco, como no lo habíamos visto en la vida, enganchado en el anzuelo, arrastrando la bola. Mi amigo activaba mi imaginación.

—Para romper un hilo del veinticuatro ya tiene que tirar, ya. —No se quitaba los prismáticos de los ojos—. Despacito. ¿Ves la boya?

La vi un momento, balanceándose en el mar risueño, pero en cuanto aproximé la barca, salió disparada como un cohete, y en tanto viraba a babor, voceé a mi amigo ronco por la emoción:

—¡Síguela! ¡No la pierdas de vista!

Ahora Merino me indicaba un lugar de la ensenada donde negreaban unas algas. Volví a remar desesperadamente. Me estimulaban los presagios de mi amigo.

—¡Tiene que ser un ejemplar de exposición!

Soñaba con un mule imposible de diez kilos de peso, y volví a arrimar la barca a la boya roja, mas otra vez salió ésta despedida, como si la arrastraran los demonios. Antonio Merino, un serviola disciplinado, le enfocaba los prismáticos y señalaba el nuevo reposadero. Y hasta allí conducía yo la barca sin dar pausa al pez. Pero el mule volvía a burlarnos y yo tornaba a seguirlo. Esta operación se repitió media docena de veces y, en cada una de ellas, se agigantaba el pez en mi imaginación. Sudaba como un pollo y mi amigo, más sereno, trataba de indicarme la táctica discreta para arrimarnos a él sin espantarlo. Hasta que al cabo de una hora de persecución, cansado sin duda el mújol, la boya roja quedó inmóvil, tentadora, a un metro de la barca, y yo, en un rápido movimiento, la atrapé con un alarido de gozo pero, con tal precipitación, que desequilibré la lancha y la volqué, y Merino y yo nos fuimos al agua de golpe con los prismáticos y toda la impedimenta. Fueron unos momentos de confusión en que lo único claro para mí era que no debía soltar la bola si no queríamos perder el pez. De forma que agarré la boya con las dos manos mientras me mantenía a flote con los pies. Merino braceaba a mi lado y cuando el mújol volvió a tirar del cabo, yo hice ángulo con mis brazos y metí la cara en el agua pensando ingenuamente que el pez arrastraría con la bola mis setenta kilos de peso. Yo, al menos, estaba dispuesto a irme tras él hasta el fin del mundo. Y entonces ocurrió lo imprevisto, aunque no era difícil de prever. El hilo chascó como un latigazo y mientras el pez escapaba con el anzuelo en la boca, yo izaba en mi mano la boya huérfana e inútil, desconsolado.

—¡Se fue! ¿Oyes, Antonio? ¡El pez grande se largó! ¡Me cago en la mar serena!

Éste fue el desenlace decepcionante de la nueva técnica de pesca: el lance con «boya de madera pintada de rojo». La expedición a Pesués marcó el final de la experiencia. En lo sucesivo volvimos a pescar con arreglo a la vieja técnica de siempre: a fondo, con la carnada lastrada por un plomo de retel, echándole paciencia al asunto. Por supuesto, ni aquel verano ni en los siguientes, con marea baja o con marea alta, se repitió la captura de dieciocho lubinas. Aquel prodigio no volvió a darse. A veces, desanimados ante las exiguas cestas que deparaba el malecón, nos llegábamos hasta las rocas, y en los acantilados atrapábamos peces extraños y feos, abigarrados, que nadie era capaz de identificar y, por supuesto, menos de comer. Total, que la pesca de mar fue languideciendo y dos veranos más tarde, con el espigón erizado de cañas (la fiebre de la pesca marítima se iba extendiendo también), la abandonamos, creo que al mismo tiempo que don Lucio, el sordo de Zamora, incapaz de compartir su afición con la masa.

La pesca más concienzuda, a la que he dedicado mayor cantidad de horas y más encendidos entusiasmos, ha sido la de la trucha al lance ligero, con cucharilla en las horas punta del día, y con la cuerda, a mosca ahogada, en las centrales. Esta actividad, que inicié en los últimos cuarenta y no he abandonado hasta el día, tiene pues una larga tradición de cuarenta años en los que, como en botica, ha habido de todo. En líneas generales esto de la trucha, como la caza (las vedas contrapuestas de perdiz y trucha me han permitido jugar a dos paños durante siete lustros), ha ido de más a menos, de la alegre expansión libertaria y pingüe a la excursión controlada, de parcos botines. A lo largo de estos años, las reglamentaciones cada vez más estrictas y la repoblación piscícola generalizada han ido entibiando mi fiebre inicial. Hoy apenas salgo dos o tres veces a truchas en primavera y una a reos durante el verano, en el Cares, invitado por mi amigo Manolo Torres. La reserva de cotos con meses de antelación, el hecho de tener que elegir a ciegas el día y el río en que *debo* pescar y, sobre todo, la posibilidad de atrapar una trucha que previamente haya sido puesta en el río por el servicio piscícola para que yo me entretenga es algo que contraría mi filosofía de la pesca, el carácter de pugna entre un ser inteligente y un animal silvestre que yo le asigné en principio.

Aficionarse a la pesca de la trucha desde Valladolid, única ciudad castellano-leonesa donde no las hay, tiene su busilis. Esta dedicación, como el matrimonio, suele responder a un lento proceso de maduración. Y en mi caso,

el flechazo se produjo en Molledo-Portolín (Santander) durante mi viaje de novios, en 1946. En aquellos días, paseando por la ribera del Besaya, mi mujer y yo sorprendimos a un pescador en medio del río, fustigando las aguas a diestro y siniestro, actitud que contrastaba con la secular imagen del pescador de caña, estático y adormilado, pendiente de la picada del pez, a que nos tenían acostumbrados los chistes de los tebeos. Aquel hombre —Panín, el de Santa Olalla— era la antítesis del pescador pasivo: la más pura —y al parecer gratuita— actividad. Cambiaba de sitio, saltaba de piedra en piedra, alteraba la dirección de sus varadas, vadeaba una y otra vez el río con sus altas botas de goma, avanzaba cien metros, retrocedía sobre sus pasos. Al llegar junto a él, nos explicó que la pesca de truchas al lance ligero, con devón, cucharilla o mosca artificial, era el último grito de la pesca deportiva en Europa. En el extremo más frágil de la caña estaba el sedal, con un artilugio plateado bailando en la punta, y, en el otro, junto al mango, un carrete negro con el hilo recogido. Aquellos adminículos eran desconocidos en España y mi mujer le preguntó cómo se manejaban. Panín, el de Santa Olalla, trató de eludir la demostración con la disculpa de que aquel tramo de río lo tenía ya muy castigado, pero como mi mujer le advirtiese que no pretendíamos ver pescar, sino informarnos sobre cómo se utilizaban aquellos trebejos, Panín se avino:

—Bueno, eso es fácil —dijo—. Mirad.

Echó por encima de su hombro una ligera cañita de tres metros y la impulsó hacia el río. La cucharilla, con su peso, fue sacando hilo del carrete, se posó suavemente sobre las aguas y se hundió. A nuestros pies, en la poza transparente, se la veía aletear como una mariposa que tratase de huir desesperadamente de un enemigo invisible.

—¿La veis girar? Parece una polilla.

De improviso, de lo hondo de la poza en penumbra emergió un pez grande, con la boca abierta, se lanzó como una exhalación sobre la cucharilla y en unos segundos quedó prendido de los tres anzuelos. Panín, el de Santa Olalla, no daba crédito a sus ojos.

—¡Pero si he pescado! ¿Os dais cuenta?

Giraba la manivela del carrete recogiendo hilo al tiempo que bajaba de la piedra desde donde había lanzado, en tanto el pez se retorcía y salpicaba en medio del río. Pausadamente pero sin concesiones, Panín fue aproximando la trucha a la orilla, echó mano de la tomadera que portaba a la cintura, envolvió al pez en su malla y lo sacó del agua. Mientras coleaba en los cantos del estero y la desanzuelaba, Panín la miró con ojos tiernos y sólo dijo:

—Es bonita, ¿no?

Yo acababa de morder el anzuelo y no pude responder. Panín había pescado a la trucha pero la trucha me había pescado a mí; acababa de conquistarme. Un verano después, cuando mi cuñada Carmen Velarde (que, entonces, todavía no lo era) se soleaba en el mismo río sobre una peña, unos metros más abajo, una trucha de kilo saltó a bañarse, calculó mal el salto y fue a caer sobre la roca donde ella estaba tendida, salpicándola. Mi cuñada recibió con asombro y alborozo el don del río, y todos nos hicimos lenguas sobre el original procedimiento de captura. Era un hermoso ejemplar carinegro, rubio, moteado de pintas rojas y negras, asalmonado, que nos merendamos con gran contento. Fue la segunda tentación. La primavera siguiente me sorprendió a la vera del Pisuerga, en Aguilar de Campoo, caña en ristre, con una cucharilla del tres y un hilo tan grueso que, antes que romper, removía las rocas y las arrastraba corriente abajo como si fueran cantos rodados. Con el tiempo, el tamaño de la cucharilla se iría reduciendo y el hilo afinándose, pero en aquella ocasión, a mediodía, entre dos peñascos, enganché la primera trucha de mi vida, un bonito ejemplar damasquinado que luchó inútilmente con el grueso sedal de mi carrete. Yo la contemplaba con veneración, como a un objeto precioso. Los tirones, la resistencia del pez a ser extraído de su medio, me habían deparado una emoción nueva, una emoción desconocida, a la que ya no estaba dispuesto a renunciar. Me había convertido en un ferviente pescador de truchas. Gradualmente fui cansándome de la cucharilla, doctorándome en la técnica de la pluma, del mosco ahogado, más sutil, vistosa y placentera. Había ocasiones en que reducía la jornada de pesca a las horas centrales del día para trajinar el río únicamente con la cuerda. Entonces, en la primera mitad de la década de los cincuenta, no era raro atrapar docena y media de truchas por jornada y algún que otro ejemplar de kilo o kilo y pico. A mí, empecinado cazador, la temporada de pesca, que seguía cronológicamente a la de caza, me procuraba tantas o mayores satisfacciones que ésta. Pescaba regularmente, al menos una vez por semana. Había de recorrer ciento cincuenta, doscientos kilómetros para alcanzar un río truchero, pero todo lo daba por bien empleado. Frecuentaba los cotos, pues entonces no había dificultad para obtener permiso, ya que los pescadores éramos cuatro gatos. En mi fuero interno cuestionaba cuál de los dos deportes predadores me apasionaba más: la caza o la pesca. Y no acertaba a resolverlo; la cuestión constituía una empatadera. La caza aventajaba a la pesca en que estaba a la vista; la tirases o no, la perdiz rara vez permanecía oculta, la veías. Con la pesca, en cambio, había días en que las aguas se cerraban y las truchas no

respondían a ninguna incitación. No se veían y la corriente parecía despoblada. Por el contrario la pesca superaba a la caza en cuanto a la incógnita de la presa: al notar la picada, en tanto no empezaba a recoger hilo, uno solía ignorar si había prendido una trucha de cien gramos o de un kilo. La perdiz, en cambio, siempre era *la misma*, la segunda un calco de la primera. Entre los años cincuenta a setenta desplegué gran actividad como pescador. Solía llevar una comida ligera que engullía en la ribera del río esperando la ceba de los peces. El momento en que la trucha decidía abandonar el lecho del río para colocarse entre dos aguas a cazar mosquitos era emocionante. ¡Cuántas veces me quedé sin comer al ver que boqueaba el primer pez! Tan enfrascado estaba en mi nueva actividad que odiaba aquellos problemas profesionales o acontecimientos sociales que me apartaban del río, que quebraban mi ritmo de pescador. Y cada vez que disfrutaba de una pesca afortunada —cosa que sucedía con frecuencia— los incidentes de la excursión borraban de mi mente toda otra preocupación o desvelo. Únicamente había sitio para ellos. La pesca no diré que me relajara (en la extracción de una trucha tamaña, la tensión llegaba a veces al máximo) pero sí aireaba mi cerebro, lo despejaba y al día siguiente me hallaba en la mejor disposición para el trabajo. Ahora recuerdo que cuando nació mi hijo Adolfo, allá por el año sesenta, la espera del parto me produjo una doble desazón: la natural incertidumbre del alumbramiento y el alejamiento del río; de ahí que, al día siguiente de nacer, sano y con toda normalidad, cogiera el coche y marchara a Sedano para desquitarme. Fue una jornada opípara, en la que no sólo clavé doce truchas sino una de casi dos kilos. Al regresar al pueblo, todo el mundo me felicitaba:

—¡Enhorabuena, hombre!

—Gracias.

—Todo ha ido bien, ¿verdad?

—Formidable. No ha podido ir mejor.

—Pues lo celebro y que sea para bien.

Otro amigo entraba en el bar. Al verme me estrechaba la mano, me palmeaba la espalda con efusión y me felicitaba.

—Muchas gracias, hombre.

Me sentía pescador, un gran pescador, mejor pescador que nunca, hasta que al salir a la plaza me encontré con el matrimonio Varona.

—Enhorabuena, oye.

—Gracias, gracias.

—Grande, ¿no?

—¡Psss! Un kilo, tres partes.

Aguedita, la señora de Varona, frunció la frente.

—Y Ángeles, ¿está bien?

—¿Quién? ¿Mi mujer? Bien, claro, estupendamente.

(Por el pueblo se difundió la noticia de que mi mujer había tenido un niño de kilo y medio y yo había pescado una trucha de tres hasta que, advertido del malentendido, pude deshacer el error).

De lo dicho se infiere que hubo una época en que mi fervor truchero se imponía a todo lo demás. Estaba dominado por una vanidad pueril. Enviaba a los amigos los ejemplares más vistosos para poder vanagloriarme de mi destreza. Más que comerlos me gustaba que me regalasen el oído.

—Oye, muchas gracias por esa trucha tan hermosa. ¿Dónde la has cogido?

Y yo no sólo precisaba el río y el lugar del prendimiento sino que me extendía en pormenores relativos a la memorable captura para epatar a la mujer del amigo. Había sido una lucha larga y competida. Por tres veces el pez estuvo a punto de escapar, etc., etc. Esto era lo habitual, lo consuetudinario. Por eso me sorprendió un día la voz enojada de Carmen Bustelo, esposa de mi incondicional Fernando Altés, al teléfono.

—Oye, ¿sabes que no tiene ninguna gracia?

Yo le había enviado la víspera una hermosa trucha y quedé chafado.

—No te entiendo.

—No, ¿verdad? Entonces ¿puede saberse quién ha metido una rata dentro de la trucha?

Carmen Altés odia cordialmente a las ratas, y aquella trucha se había zampado una de agua aquella mañana, pero como la turgencia del vientre estaba de acuerdo con su tamaño no me llamó la atención.

—Pero ¿cómo puedes imaginar que yo haya embutido una rata dentro de una trucha? ¿Es que puede hacerse eso?

Mi deseo era compartir con los allegados aquella nueva felicidad que me embargaba. De manera que, a medida que cumplían los diez años, iba incorporando a mis hijos a la tarea. Miguel, muy habilidoso, llegó a ser un especialista de la cucharilla. Recuerdo que un verano atrapó un ejemplar de kilo y medio al amanecer, en el Rudrón, con una cucharilla negra del uno. Por entonces, la televisión dedicaba un espacio semanal a la pesca deportiva, y esa semana, ante el estupor familiar, el comentarista hizo saber a la audiencia que «en los ríos burgaleses, la trucha grande entraba bien de madrugada a la

cucharilla negra del uno». Para una vez que maté un perro me llamaron mataperros. Años después, Miguel, destinado como investigador en Doñana, abandonó la caña, con la que había llegado a ser un maestro.

Germán, el siguiente, demasiado nervioso para deporte tan delicado (los enredos del nailon, los enganchones constituían la inevitable servidumbre del aprendizaje), me acompañó un solo día. A la hora de comer lo busqué por la ribera y lo encontré en la copa de un chopo de diez metros de altura:

—¡Ojo, no te desnuques! ¿Qué buscas ahí?

—La cucharilla.

Me senté a esperarlo. Cuando al fin bajó me entregó caña, carrete, cesta y demás arneses y me dijo seriamente:

—Gracias. Éste no es mi deporte.

El más consecuente ha sido Juan, el tercero de los varones, paciente y mañoso, siempre a la vera del río. Desde los diez años lo tuve a mi lado y fui testigo de sus rápidos progresos. La mano dura de los comienzos, su principal defecto, la corrigió en pocas semanas. A los once años, en verano, bajaba solo al Moradillo (un riachuelo de escaso caudal, casi cubierto por las salgueras) y subía cada tarde con un par de truchitas de medio kilo. A los trece era ya un gran pescador. Manejaba con tiento la cucharilla —¡qué lances medidos los de aquel niño!— y tenía una mano sensible para la pluma. Enseguida me di cuenta de que no se detendría ahí. Efectivamente, pronto empezó a ensayar la tralla. Nos iniciamos juntos pero yo hube de renunciar: no distinguía el mosquito entre la broza del río y se me enfriaba el bajo vientre, o sea, la parte. Pero él continuó y hoy no creo que le superen muchos pescando a la mosca seca. Afina de tal manera que es capaz de sacar un besugo de una acequia. Una verdadera maravilla.

Hasta mediados los setenta, gocé una enormidad con este deporte. Era la época de los grandes ríos (Porma, Esla, Pisuerga, Tera, Najerilla, Luna, Rudrón), de las cestas abundantes (hasta seis kilos me pesaron sendos cupos en La Magdalena y Mave) y de los ejemplares desmedidos (¿cómo olvidar los serenos del Órbigo?). Pero progresivamente, y a ritmo acelerado, los cotos célebres fueron perdiendo población y prestigio, las cestas decrecían y se hizo problemático poder capturar una trucha con una rata en el vientre sin advertirlo. Paso a paso llegaron la invasión de advenedizos, la expansión del lucio, la saprolegniosis, el furtivismo, las repoblaciones, de tal forma que hasta las corrientes más señeras fueron dejando de serlo. Paralelamente fueron desinflándose mis entusiasmos piscatorios. Y no era tanto que decrecieran las oportunidades de captura como que a uno le royera la duda hamletiana: esta

trucha que he pescado ¿es del río o ha sido echada? Duda permanente y desalentadora para todo pescador que acude a la *cita* a competir con un pez difidente, salvaje, dueño de sus recursos. Empero, treinta y cinco años pescando truchas ya son años, media vida, y, bien mirado, no tengo derecho a quejarme. Los que vengan detrás tal vez se acostumbrarán a sacar del río truchas de fábrica, de piscifactoría, y hasta es previsible que el artificio tome definitivamente su asiento en el mundo del deporte y el pescador del futuro encuentre tanto encanto en esta simulación como el que encontraba yo hace veinte años bregando con la trucha silvestre de Gredos o los Picos de Europa. Nunca se sabe.

VII. La alegría de andar

Iba a llamarlo alpinismo, pero, realmente, el alpinismo es una manera de caminar muy concreta, monte arriba, sin veredas, hasta la cumbre de una montaña. Pensé también llamar marcha a este apartado, pero la marcha lleva aparejadas unas connotaciones atléticas muy precisas: juego de caderas y trasero sin dejar un instante de tocar tierra con un pie. Una y otra denominación resultaban un poco excesivas para aludir a una actividad tan sencilla como es la de caminar, mover primero un pie y luego el otro, para recorrer un determinado trayecto. Lo que yo he hecho y sigo haciendo es andar, bien entre calles, por carretera, por senderos, a campo traviesa, cuesta arriba o cuesta abajo, pero, en cualquier caso, andar. Me parece que fue González Ruano quien habló de la alegría de andar, alegría que yo he experimentado y experimento cada vez que muevo las tabas. Sin embargo, reconozco que esto de caminar (actividad que los médicos sensatos recomiendan a sus pacientes con objeto de conjurar el infarto y el estrés) no siempre resulta jubiloso para el que lo practica. Yo, que no sólo ando mucho sino que en algunos de mis escritos he elogiado este ejercicio sin reservas, recibí en una ocasión una carta de un madrileño sedentario en la que me decía poco más o menos esto:

Querido señor Delibes:

leo sus libros y artículos, con los que en general estoy de acuerdo. Sin embargo, discrepo de usted en algo que decía el otro día, a saber, que el hecho de andar constituya un motivo de satisfacción. Hace unas semanas padecí un amago de accidente circulatorio y el doctor me ha recomendado dejar el pitillo y andar, andar todos los días de una hora a hora y media. El miércoles comencé mi nueva vida, di un paseo y no puedo decirle cuánto me aburrí. Me aburro como una oveja, señor Delibes. Esto de caminar por las calles sin rumbo es peor que dejar de fumar, la cosa más tediosa que haya podido inventar la mente humana. ¿Qué hace usted mientras anda para entretenerse? Perdone que le vaya con estas monsergas cuando usted seguramente tiene cosas más importantes de que ocuparse, pero le quedaré muy reconocido si me orienta sobre este particular. Nunca había dado un paso que no tuviera

algún sentido, y hacerlo ahora durante más de una hora sin ton ni son es algo que desborda mi capacidad de resistencia. Reconocido de antemano, le saluda con afecto,

XYZ

Naturalmente le respondí que sí, que Madrid no era ciudad propicia para el paseo y tal vez sucediera lo que él decía cuando se camina por prescripción facultativa, pero cuando se andaba por propia voluntad comportaba un goce el mero hecho de hacerlo. Deseoso de serle útil le recomendaba, primero, que hiciera consciente el acto de andar (es decir, apoyar un pie, despegar el talón para cargar el peso del cuerpo sobre la punta y, entonces, adelantar el otro pie, pensando en lo que hacía), sintiendo bajo las plantas la superficie de la calle o la carretera y sincronizando los pasos con el penduleo de los brazos. Este ejercicio resulta tonificante y relajador y, si uno logra concentrarse en lo que hace, no es aburrido sino todo lo contrario. Yo imaginaba la cara de mi corresponsal al leer esto, por eso me apresuré a brindarle otra solución, la segunda, para entretener sus paseos medicinales, esto es, contemplar, al tiempo que anda, el mundo en que vive. La calle, observada con atención, suele deparar un espectáculo siempre nuevo y más que entretenido, regocijante: las bellas muchachas sonriendo, los ancianos gargajosos, los conductores hurgándose en la nariz en espera de que se abra el semáforo, los vendedores ambulantes ofreciendo su mercancía, los movimientos un poco automáticos de los agentes regulando la circulación, los escaparates, los autobuseros comiéndose subrepticiamente un bocadillo, las tertulias en las terrazas de los cafés, las pintadas, los rostros de los niños charlando mientras chupan un polo de chocolate, las parejas de enamorados arrullándose son otros tantos motivos de atención suficientemente atractivos como para pasar una hora caminando por la calle sin enterarnos. Más curioso y, sobre todo, más sano suele ser el escenario si tenemos ocasión de hacer la caminata por el campo. Las cuatro estaciones nos ofrecen un paisaje variable, interesante siempre, en ocasiones fascinante: el charco de hielo que quebramos con nuestro pie, la carama en los tallos del rastrojo, la huella de nuestras pisadas en la escarcha, el aullido del viento, el vuelo de los pájaros, su canción en primavera, las paradas nupciales, el vagar de los insectos, el amarillear de las hojas de los árboles, el movimiento de las nubes, su forma, su color, el ondear de los trigales, el rumor del agua, los hileros del río, las primeras yemas en los árboles, etc., etc. Mi espontáneo comunicante no volvió a escribirme, de lo que deduzco que o llegó a encontrar algún aliciente en sus paseos cotidianos, o se murió de asco.

Por mi parte puedo afirmar que nunca me aburro caminando. Si es caso me impaciento cuando en casa me aguarda una tarea urgente que atender. Cuando esto ocurre, no acierto a dominar mis nervios, soy incapaz de abstraerme con la comedia callejera y únicamente pienso en regresar. Pero, de ordinario, a mí me encanta pasear; la alegría de andar de Ruano se convierte en júbilo en mi caso. Tanto que suelo hacerlo a lo largo de diez kilómetros diarios, un par de horas a paso regular. Ahora bien, lo peor de estos paseos cronometrados es que el uso del reloj acaba generando manía de exactitud. Yo, por ejemplo, tengo medidos los minutos que invierto en rodear la manzana de mi casa y la de enfrente, de tal manera que cuando, de regreso de mi paseo despreocupado por las afueras de la ciudad, el cronómetro me anuncia que faltan seis u ocho minutos para cubrir el horario prefijado, hago lo que el sereno de *La verbena de la Paloma*: dar otra vuelta a la manzana. A una o a otra, depende de los minutos que me falten. Y, naturalmente, este suplemento de paseo, aunque sea breve, es un paseo mortificante, el cumplimiento de un hipotético deber que yo me he impuesto. Quiero decir con esto que la predisposición al paseo debe ser tan gozosa como la que muestra nuestro perro cuando intuye que vamos a abrirle la puerta de la calle. Si la perspectiva de estirar las piernas representa un aliciente para nosotros, el hecho material de estirarlas será a buen seguro una operación fruitiva.

Otra cosa es la distribución del tiempo que hemos decidido destinar al paseo. Yo, habitualmente, camino una hora larga por la mañana y media o tres cuartos por la tarde, cambiando el itinerario. De mañana, antes de almorzar, suelo escapar a las afueras de Valladolid, a las apariencias de campo que brindan el Paseo de las Moreras o La Huerta del Rey, mientras un rato de cada tarde, antes del cine, la conferencia o el concierto, lo dedico a callejear. Horas y recorridos se alteran con las estaciones. El calor me induce a refugiarme en el Campo Grande o a salir de casa a las nueve de la mañana, tan pronto me levanto, para volver poco después de las diez. En el campo, las cosas varían, camino por la mañana una hora, y la de la tarde la dedico al tenis o a andar en bicicleta (por supuesto, también en la ciudad reduzco el tiempo de paseo cuando a la tarde me espera una actividad deportiva o lo suprimo por completo cuando dedico la jornada a la pesca o a la caza). En resumidas cuentas, la media de diez kilómetros diarios la respeto en tanto la jornada no me exige un desgaste físico superior.

Y hasta tal punto se ha convertido esto en una costumbre que, cuando viajo, incluso por el extranjero, con cierto apresuramiento, procuro reservar un rato al paseo. Para ello suelo pernoctar en esos pequeños hoteles, muy

confortables, que han salvado de la ruina viejas abadías o monasterios y, antes de cenar, camino cinco kilómetros por sus jardines o carretera adelante. A menudo estos paseos por lugares recoletos, señalados en las guías de turismo con un pájaro rojo (paradores al aire libre), me resultan lo más atractivo y tonificante del viaje.

En los desplazamientos breves, a Madrid, suelo emplear otra argucia: detener el coche en pleno campo y dar una vuelta por cualquier camino vecinal y, acto seguido, reanudar el viaje. Y si voy acompañado y el día ha sido agitado, al regreso me apeo unos kilómetros antes de llegar a casa, cedo el volante al acompañante y completo el recorrido en el coche de San Fernando. Aunque parezca paradójico, el paseo aventa la fatiga de la jornada, limpia los pulmones, entona los músculos y le deja a uno en condiciones de afrontar cualquier quehacer.

Esta práctica suele mantenernos en forma a pesar de los años. Un ejemplo: al filo de los sesenta, yo participé en la marcha de Asprona (una asociación para ayudar a los subnormales en mi ciudad) y me fui hasta Palencia (más o menos cincuenta kilómetros) de una tirada. ¿Que cómo llegué? Sin novedad, perfectamente fresco y dispuesto a empezar otra vez. Únicamente tomé dos precauciones: no comer ni beber en las diez horas que duró la marcha, ni sentarme un solo minuto. A las nueve de la mañana me puse en camino con mis hijos y algunos amigos, y a las siete de la tarde, salvo las deserciones de rigor, estábamos en la calle Mayor palentina. Por medio, dos cafés cargados (no suelo tomar ninguno), uno al comenzar la prueba y otro en Dueñas, a treinta kilómetros de la salida. Por lo demás, la andadura fue sostenida, regular, a una media de cinco kilómetros por hora.

Este prurito de asociar los paseos a otro objetivo es muy propio de mi sentido práctico, frecuente en los hombres que no disponemos de mucho tiempo, ya que, a la vez que se anda, puede desempeñarse otra tarea, verbigracia pensar o estudiar. En mis años de opositor, yo estudié muchas horas caminando, por supuesto sin libro. Con un compañero de oposición hacíamos paseatas de decenas de kilómetros, exponiéndonos el uno al otro los temas que habíamos preparado a lo largo de la semana. La observación, el comentario del compañero, no sólo asentaba el tema sino que nos abría nuevos horizontes intelectuales. De la misma época son mis maratones con Ángeles, mi novia entonces, y su Código de Comercio forrado de cretona roja de flores. Mientras caminábamos, ella me preguntaba algunos artículos del mismo, un número o un texto leído al azar, y yo replicaba con el contenido de aquél o precisaba el número del que ella había recitado. Entre carantoña y

carantoña, esta segunda intención del paseo (aprenderme los mil artículos del código) se cumplió a base de endurecer los gemelos y los cuádriceps. Ángeles punteaba con la barra de labios los artículos expuestos y cuando llegó el momento de la oposición, todos los del código tenían al menos dos puntos y algunos hasta media docena, es decir, todos ellos me habían sido preguntados alguna vez.

Las paseatas con finalidad añadida son obligadas en Sedano, cuando muy de mañana, hora en que los pájaros más alborotan, saco a pasear a los perros: el viejo *Grin*, el negro *Coquer* y *Fita*, la atolondrada. Durante el año estos perros viven separados, con mis hijos, sus dueños, pero en verano se reúnen en el patio de la antigua casa y yo soy el encargado de pasearlos y darles de comer. Y a pesar de que la *Fita* y el *Grin* son perros grifones de una voracidad insaciable, la escandalera jubilosa que arman cada mañana cuando me ven aparecer con la cachava para iniciar el paseo es muy superior a la que muestran a la hora de la comida. Quiero decir con esto que los perros anteponen el paseo a la comida. Algo tendrá el agua cuando la bendicen y algo tendrá el paseo cuando el perro —el animal más inteligente y glotón de cuantos conozco— lo prefiere al menú más selecto. En todo caso, el hecho de deambular con un perro eleva muchos enteros la normal alegría de andar. Y no digo nada si la oportunidad es de salir con tres al mismo tiempo. La desemejanza sicológica de los canes es aún más acusada que en los humanos. Es claro que también influyen en ellos la edad, el medio y la experiencia pero, en cualquier caso, el diverso comportamiento del *Grin*, la *Fita* y el *Coquer* en nuestros paseos matinales es digno de estudio. El *Grin*, viejo ya, cogitabundo, me sigue fielmente o me precede por el camino, intentando adivinarme el pensamiento. A veces se detiene, se agacha, se contrae en una de sus variadas posturas —verdaderos monumentos al estreñimiento—, me mira avergonzado con sus ojos color de miel, las barbitas rojas rilantes, y, al poco rato, reanuda la marcha tras de mí, convencido de que aún no ha llegado la hora de la evacuación. Mientras tanto, la *Fita*, hermana de raza, ha bajado a las huertas del valle y persigue a ladrido pelado a los tordos, arrendajos, mirlos que levantan el vuelo a su paso o a cualquier otra cosa que se mueva por el campo. Y al propio tiempo se recrea buscando obstáculos por el placer de salvarlos: salta bardas, bota zanjas, brinca riachuelos, siempre detrás de algo, persiguiendo a alguien. Mas, de pronto, observa que ante ella hay una alondra, o una lavandera, o un gorrión que se resisten al vuelo, que apeonan, que aguantan. Entonces la perrita se detiene, hace una muestra, humilla la

cabeza y me mira con sus redondos ojos amarillos, como diciéndome: «Atiende, a este tonto voy a zampármelo».

Y, paso a paso, cruzando los pies, va aproximándose, hasta que el ave vuela a un metro de su morro y, entonces, la *Fita* arranca de nuevo a correr latiendo de contento, en homenaje al nuevo día y a la vida. Pero, de cuando en cuando, inesperadamente, la perra sube al camino, me busca, me pone las manos en el pecho y me tira un lengüetazo a la cara como diciéndome: «Aunque me divierto mucho por mi cuenta, no me olvido de ti». El trajín de la perra es tan considerable que de vuelta a casa llega aspeada, jadeante, verdaderamente molida. Comiendo es igual de apresurada: quiere engullirlo todo de una vez. Es un animalito que administra mal sus fuerzas, al que parece faltarle tiempo para hacer todo lo que quiere hacer en la vida. Esto se advierte cuando, mediado agosto, salimos con ella a la codorniz. El viejo *Grin*, que podría ser su abuelo, empieza con calma, poco a poco va registrando el arroyo y mostrando los pájaros que olfatea. No da un paso de más. Cumple con su deber pausadamente de tal forma que la duración de la jornada nunca le sorprende; dure lo que dure y pese a sus años, acaba útil, sediento pero laborioso. La joven *Fita*, en cambio, tan pronto se ve en el cazadero, aspira a comerse el mundo, corre alocadamente de un lado a otro, irradiando felicidad, vuela un bando de calandrias, lo embiste, muestra una codorniz en el quinto pino, pretende atraparla al vuelo, y si levanta una liebre de la cama, la persigue, latiéndola en gozosa anunciación, hasta las líneas azules de las colinas que cierran el horizonte. Es difícil someterla a disciplina.

—¡*Fita*, ven aquí!

Acude a la llamada pero vuelve a irse y cuando, al fin, uno cree que la ha dominado y la perrita empieza a cazar con normalidad, tras un par de horas de muestras magistrales, se cansa, se pone a retaguardia, se tumba en los sombrajos de las morenas y te mira implorante con sus redondos ojos amarillos, húmedas sus rojas barbitas, jadeante: su excelencia la perrita está fatigada, ya no puede con su alma, ha administrado mal sus energías. Es de esperar que esta impaciencia se le corregirá con la edad.

¿Y el *Coquer*? ¿Cómo se comporta el negro *Coquer* en los paseos matinales? El *Coquer*, despegado y errabundo, hace su vida. No se molesta siquiera en comparecer periódicamente, como la *Fita*, ni en recordarnos que nos quiere. Los más estridentes ladridos de júbilo al comenzar el paseo han sido los suyos. Pero ya está. Ya ha dado las gracias, ya ha cumplido, y durante la excursión matinal campará por sus respetos. Contrariamente a las preferencias de la *Fita*, no baja al valle sino que se encarama a la ladera que

faldeo, una ladera erizada de robles, intrincada y áspera. El *Coquer* va buscando el pelo. Los pajaritos no le interesan. Olfatea el conejo, la tejonera, la huella nocturna del jabalí o del corzo en el cortafuegos. Y si los encuentra, ladra. A menudo lo pierdo de vista, se aleja y cuando le llamo a voz en cuello no responde.

—¡*Coquer*, toma!

Silencio. Lo mismo que si le silbo. Pero sé que tanto en un caso como en otro, unos minutos después, aparecerá por donde menos espero. No se acercará, sin embargo. Simplemente se dejará ver, abrirá y cerrará sus ojitos pitañosos mirándome desde lejos como diciéndome: «Estoy aquí, ¿querías algo?», y volverá a perderse en la ladera. Caza solo. Una vez agarró a un zorro por el rabo y, aunque era más grande que él, lo aguantó fijando sus fuertes manos en el suelo hasta que mi hijo Juan, su dueño, hizo acto de presencia. Él sabe que tiene esas facultades y no espera nada del humano que lo acompaña. Parece como si advirtiera que yo ya voy tirando para viejo y poca utilidad puedo rendirle. Nunca me llama, como la *Fita*, a ladrido limpio. No es servil, no es adulón, comiendo es parco y escogido. Un huesecito, una tajadita, un poquito de arroz y se acabó; luego, a la cazuela del agua a sacudirla un poco con la lengua, a amagar más que a beber. Es perro de pocas exigencias, sensible, resistente y un tanto enigmático. Pero hay un momento en las paseatas estivales en que al *Coquer* le salen los colores, se avergüenza, a pesar de su independencia se siente empequeñecido. Esto ocurre cuando, al finalizar nuestro paseo, alcanzamos el cauce del río Moradillo, riachuelo de poca enjundia pero de aguas muy frías, y en la poza que precede al puente de Valdemoro los dos grifones se detienen, mirándome, la lengua colgando, a la expectativa. El *Coquer*, que ya sabe lo que le espera, se aleja camino adelante, haciéndose el distraído. El *Grin* y la *Fita*, cuando me ven agacharme para coger un palo, tratan de impedirlo, de hacerse con él, gruñendo y manoteando. Ladran escandalosamente, pero el *Coquer* sigue adelante como quien no quiere la cosa y cuando lo llamo a voces, imperativamente, regresa sobre sus pasos, me mira acobardado y observa a los otros dos, que saltan tratando de coger el palo que yo muevo levantando el brazo. Él se niega a participar en el juego y cuando lanzo el palo a la poza y el *Grin*, sin vacilar un momento, se zambulle de panza en las frías aguas y la *Fita* le sigue, ladrando alegremente, los mira despectivo, como diciéndose «Cosas de niños y de viejos chochos». Al cabo, el *Grin* sale del agua, generalmente con el palo atravesado en la boca, lo deja a mis pies y sacude su cuerpo mojado con violencia. El *Coquer*, que lo ve venir, ya ha puesto unos metros por medio. Le molesta la ducha,

odia el agua, y una vez que los grifones se han cansado de extraer ramas del río y de bañarse, se me queda mirando, invitándome a proseguir el paseo, pero yo le señalo la poza en silencio, con insistencia. El *Coquer* humilla los ojos y menea la cola truncada. Sabe que tiene que hacer algo para complacerme. Sabe de sobra que yo no le voy a empujar al agua pero que no me moveré del sitio hasta que se bañe. Entonces toma una decisión salomónica, la misma de todos los días, de todos los veranos. Avanza por el camino hasta los próximos sauces de la orilla, donde la curva del río apenas tiene diez centímetros de profundidad, se introduce en él con cuidado para no chapuzar y va avanzando hasta el borde de la poza, donde el agua moja ya las guedejas más largas de su barriguita negra. En el confín se detiene, me mira inventando un brillo alegre para sus ojos y entonces yo hago el paripé y me finjo entusiasmado.

—¡Muy bien, perrito! ¡Qué bien se ha bañado el *Coquer*!

La tensión se ha relajado. Sale de nuevo meneando el rabo, se sacude lo poco que tiene que sacudir y recupera su alegría y su independencia, que ya no pierde hasta llegar a casa. Sus lanas sueltas, espesas, negras, contrastan con los pelos mojados, lacios, adheridos a la piel, del *Grin* y de la *Fita*.

Hacer alguna cosa mientras ando refuerza sin duda la alegría del paseo de que hablé más arriba. Y si lo que se hace es conquistar algo aparentemente inabordable, antes que el hecho de caminar nos gratifica el triunfo sobre el medio: tal, a vía de ejemplo, dominar una montaña. Ahora recuerdo con añoranza nuestros veranos de alpinistas en Molledo-Portolín, en el valle de Iguña, en Santander, durante la década de los cuarenta. Subir a los montes era nuestra obsesión. Supongo que de haber vivido en los altos, la fascinación la hubiese ejercido el valle, pero viviendo en éste, la atracción emanaba de los picos que lo circuían: Navajo, San Pedro, la Dehesa, el padre Jano, de casi mil quinientos metros de altitud, el más elevado. Estas cumbres, coronadas generalmente de bruma, renovaban la tentación cada vez que el cielo se despejaba y quedaban al descubierto. Y, en realidad, no importaba nada subir tres veces, o seis, o diez, a la cima del pico Jano cada verano. La montaña ofrecía tantos accesos, obstáculos tan diversos, según se afrontase la ascensión por una vertiente o por otra, que la excursión siempre resultaba compensadora. También estaba nuestra fuerza, la necesidad de quemar la energía sobrante de nuestros cuerpos jóvenes, el placer de someter a la montaña y contemplar el mundo desde nuevas perspectivas. Es incalculable el número de veces que en aquella década trepamos por las laderas de los picos más eminentes. Sí recuerdo que, en una ocasión, decidimos subir

sucesivamente, en una misma jornada, a los picos San Pedro, Jano y la Dehesa, que se alzaban en un intrincado anfiteatro cuya hoz daba acceso a Castilla. Recuerdo que salimos de noche —éramos cuatro o cinco— y al llegar a Bárcena de Pie de Concha, en la falda del pico San Pedro, empezó a clarear. Tengo una vaga idea de que el pico San Pedro, más desnudo que el resto, ponía al alpinista más obstáculos minerales que vegetales, bloques de piedra por los que ascendíamos con resolución, sin temor a descrismarnos. Desde arriba se divisaba la negra sima de la hoz de Reinosa, el río Besaya como una línea espumeante abajo y, paralela a ella, la cinta gris de la carretera. Por aquel corte vertical descendimos como cabras, saltando de risco en risco, las rompientes del río multiplicadas por el eco, estimulándonos. Fue una aventura de una belleza inigualable. Hace tanto tiempo que no puedo precisar cómo vadeamos el río y subimos a la carretera, pero de nuevo nos hallábamos al pie de otro monstruo —el pico Jano—, una mole negra, inmensa, a la que por vez primera íbamos a atacar por su dorso, el acceso más largo y agreste. Abrigado de bosques densísimos y un sotobosque hostil, demoramos horas en abrirnos camino. A una escarpa sucedía un breve rellano y a éste otra escarpa más empinada. El pico San Pedro, a nuestra espalda, nos facilitaba una idea de la altitud a que nos hallábamos, pero hasta las tres de la tarde no coronamos el monte. Una tenue calima envolvía el valle de Iguña, difuminaba los perfiles de las cosas, por otro lado perfectamente identificables. Tras una frugal comida, depositamos un papel con nuestros nombres en el buzón de montañeros. Por encima de Canales se cernían unas nubes negras, amenazadoras, pero después de diez horas de esfuerzo por nada del mundo hubiéramos renunciado a nuestro proyecto. Aún faltaba la Dehesa, menos encumbrado que el pico Jano, pero desgraciadamente no había un puente tendido entre ambas cimas, sino que era preciso deshacer lo hecho, bajar hasta la base e iniciar el nuevo ascenso. Durante el trayecto, más asequible que los dos picos anteriores, las nubes de Canales nos fueron envolviendo y, al llegar a la cumbre, la niebla era tan densa que apenas nos divisábamos unos a otros. Poco después empezó a relampaguear. Eran relámpagos difusos, encadenados, que incendiaban la bruma. Por primera vez no estábamos bajo la tormenta sino dentro de ella, en su seno. Los truenos tableteaban a nuestros pies, como si todos los peñascos de los altos rodaran simultáneamente por un tobogán de madera. Cansados pero felices empezamos a sentir sobre nuestros cuerpos sudorosos los frescos goterones de la lluvia.

—¡Vamos, todos abajo!

Entre exhalaciones, entre los retumbos envolventes de los truenos, descendíamos corriendo en fila india, muy juntos, formando una cadena, como las pequeñas comadrejas de la camada para no extraviarse. Hicimos un alto en la cueva de Jumedre, ya en el camino, pero nuestras ropas húmedas refrigeradas por el vaho helado de la caverna nos hacían tiritar, entrechocar diente con diente. Salimos de nuevo a la intemperie y recorrimos el camino de regreso a la carrera, bajo la lluvia.

Hay pocas cosas tan gratificadoras para el hombre como enseñorearse de una montaña cuya mole observa cada día altiva y desafiante. Hacerlo con tres sucesivas, los tres picos más arrogantes del valle, nos produjo una sensación fruitiva de plenitud. Una montaña es un misterio; tres, un mundo remoto y desconocido, pero el hecho de haber hollado sus crestas, de conocerlas, convirtió el valle en un ámbito familiar, cotidiano y doméstico, algo que provocaba una sensación de abrigo antes que de distancia.

Mas las montañas del valle de Iguña, concretamente el pico Jano, nos jugó una mala pasada, posiblemente el verano del cuarenta y tres. No participé en aquella expedición, cuya novedad era descender por los tubos del embalse, los tubos de Alsa, que rompían la topografía en línea recta, hasta alcanzar las aguas del río Besaya. Pero otra vez la niebla, y la noche que se echó encima, aconsejó a la expedición desistir, buscar un abrigaño para esperar el nuevo día mientras un emisario —mi hermano José Ramón, arriscado y generoso— se descolgaba sin luz por el precipicio para dar aviso. Su llegada a casa, descalabrado y harapiento, sembró la alarma. Once personas se habían extraviado en las laderas del Jano. Se hablaba del frío y de los lobos como de enemigos feroces, casi invencibles. La voz corrió por el pueblo, donde el pico Jano, señor del valle, todavía imponía respeto y, en tanto se organizaba una expedición de socorro, miembros de mi familia y de las familias Velarde y Díez del Corral, a las que pertenecían los extraviados, trataban de sonsacar a mi hermano José Ramón una información imposible: el lugar exacto en que se había separado del grupo. Todavía recuerdo a las chicas de los Velarde, hipando por los rincones y diciendo en tono confidencial a quien quisiera oírlas:

—Pues las nuestras tienen que aparecer. A su papá no le gusta que pasen la noche fuera de casa.

Una cuadrilla con faroles y linternas los buscó durante la noche, y de madrugada aparecieron sanos y salvos en una profunda depresión, a la abrigada de un risco, no lejos de Jumedre.

Mi hermano Adolfo, el mayor, más dado a la vida social y a los automóviles que a las competiciones con los montes, observaba nuestros esfuerzos con un deje de conmiseración. No comprendía nuestros pechugones, que fuésemos capaces de perseguir una cima hasta la extenuación, llevar a cabo espontáneamente estas empresas agotadoras, a su juicio inútiles.

—Hombre, si un día tengo que salvarme de un incendio haré lo que sea necesario. Pero trepar a un monte de dos mil metros de altura sólo por el gusto de hacerlo no lo comprendo, la verdad.

Por eso nos sorprendió una tarde que planeábamos una escalada a los Picones —una altura media en el centro del valle— su decisión de acompañarnos. Naturalmente éramos nosotros ahora quienes le considerábamos, con un gesto de superioridad, por no decir de compasión, el candidato más firme a farolillo rojo (carecía de experiencia, no había desarrollado los músculos adecuados, los bofes no le responderían). Pero ocurrió lo que solía suceder en la cuesta de Boecillo años atrás, cuando yo me vanagloriaba de ser el rey de la montaña, es decir, mi hermano Adolfo nos dejó arrancar a todo gas entre aulagas y helechos, como si fuéramos a perder el tren, mientras él abordaba la pendiente a paso más sosegado. El resultado fue que, mediada la escalada, los de vanguardia empezamos a flaquear, al tiempo que Adolfo, sin cambiar de ritmo, se pareaba con nosotros y, cuando apenas quedaba una rampa, la más pina, nos rebasaba para sacarnos enseguida cinco o seis metros de ventaja. Recuerdo que pensé: «Pone cara de que no le cuesta, como yo con la bicicleta, pero va molido». Mas, interiormente, me asaltaba la duda y me sentía sin fuerzas para reducir los metros que nos distanciaban: «¿Y si es cierto que no le cuesta?». Desistí de perseguirle. Y mi hermano, a pesar de su deficiente preparación, de su absoluta falta de entrenamiento, coronó los Picones en primer lugar, y cuando llegamos los demás, despernados, jadeantes, los muslos tronzados, nos recibió sentado en una piedra, una pajita entre los labios, sonriendo burlonamente.

—Creí que no llegabais.

Estas lecciones de humildad cuando uno se considera en mejores condiciones físicas, más aventajado y más fuerte que el adversario, suelen encajarse mal. En lugar de regocijarnos de la disposición natural del otro, nos sentimos vejados, disminuidos. Pensamos que ha sido obra de la casualidad y si, por orgullo malentendido, pedimos una revancha, es posible que en lugar de cinco metros de ventaja, nos saquen diez. Mi hermano Adolfo ha sido a menudo el encargado de bajar nuestros pretenciosos humos de campeones.

Creo que la anécdota de Cerecinos de Campos la he contado ya en otra ocasión pero no me parece ocioso repetirla. Fue en una cacería de la cuadrilla a la que Adolfo, mi hermano, de paso por Valladolid, tuvo la veleidad de incorporarse. Formalmente apenas había cazado. De vez en cuando, salía un rato a codornices, participaba de algún ganchito de perdiz, pero sin periodicidad alguna, sin regularidad. No era desde luego nuestro caso, el caso de mi cuadrilla: cuatro hombres entregados devotamente a la caza, con veinticinco años de experiencia apasionada, convencidos de que lo sabíamos todo. Y sucedió que, reunidos a mediodía en un claro del monte para tomar el taco, una perdiz, procedente de sabe Dios dónde, sobrevoló a la cuadrilla a una altura disparatada. Yo la vi venir con absoluta indiferencia y comenté:

—Mira dónde va ésa.

Pero mi hermano Adolfo se armó en un instante y, en tanto Antonio Merino comentaba «Ni con un cañón», él le tomó los puntos y disparó. La perdiz se hizo un ovillo y se vino al suelo. Nuestra sorpresa fue de tal monta que nos quedamos sin habla: el advenedizo, el inexperto, el aprendiz nos había dado una lección cinegética a los versados; una lección que nunca olvidaríamos.

Pese a la carta del madrileño sedentario, yo he sido un gran propagandista del paseo. Cuando me reúno con alguien de confianza, en lugar de invitarle a un café le propongo dar una vuelta. Tengo amigos jóvenes partidarios fervorosos del paseo. Y a los de más edad y menos fervorosos, los de la tertulia sabatina del Hotel Felipe IV, por ejemplo, también les llegó mi fiebre proselitista y logré arrancarlos por unos días de sus muelles butacones. Los pinares de Valladolid fueron testigos, durante varias mañanas dominicales, de cómo media docena de catedráticos cincuentones recorrían deportivamente kilómetros y kilómetros hablando de sus cosas. Disfrutaban de la naturaleza y de la alegría de andar. Acababan de descubrir el placer del ejercicio físico sin objeto, es decir, sin objeto expreso, puesto que, detrás de estas conversaciones itinerantes, cada cual iba buscando la fuente de la salud.

VIII. El nadador del mínimo esfuerzo

Aunque ha sido un ejercicio que practiqué desde niño y continúo practicándolo a los sesenta y ocho años, nadar nunca fue para mí un deporte competitivo. En los tórridos veranos españoles, cada vez que me sumergía en el agua no era para disputar una carrera, ni para hacer tantos largos de piscina, ni para perfeccionar mi estilo, sino solamente para refrescarme. Si lo traigo, pues, a colación es porque raro será el día soleado de verano desde 1926 a 1989 que haya pasado sobre mí sin bañarme en agua fría. Desde siempre hemos sido unos incondicionales del baño de placer. De ahí que la primera preocupación de los hermanos cada vez que cambiábamos de lugar de veraneo era buscar un río y el acceso adecuado para zambullirnos. En los puertos de mar, la playa nos daba esta cuestión resuelta, pero en los pueblos de la Meseta donde pasamos los veranos desde 1930 hasta la guerra, el problema no era tan fácil. Así, recuerdo con cariño, como habituales lugares de baño, la Cascajera de la Tía Pedorra, en Boecillo; la confluencia del Duero y el Cega, en Viana; el Cabildo, en Valladolid; y el cadozo que seguía al puente de Olivares, en Quintanilla de Abajo. Como ya anticipé, durante mis primeros años hasta que alcancé la independencia, mis baños estuvieron cronometrados por mi padre: un solo baño diario de diez minutos de duración. Después, cuando empecé a bañarme por mi cuenta, me desquité. Me metía en el agua tan pronto notaba en la piel las agujas del sol estival y permanecía dentro hasta que empezaban a castañetearme los dientes. Ése era mi cronómetro. Nunca fui un niño obeso, sino flaco, tampoco extremadamente, pero sí de ésos a quienes con un poco de paciencia pueden contárseles las costillas. Mi fórmula, entonces, no consistía en permanecer en el agua tres cuartos de hora seguidos (me hubiera muerto), sino una hora dividida en cuatro cuartos, con intervalos para solearme y sacarme el frío de los huesos. Con los años, todavía joven, el bañador mojado me pasmaba el vientre, por lo que empecé a disponer de dos, quita y pon, y según me fui haciendo viejo, esta cifra se elevó a tres, a cuatro y hasta a los cinco que tengo ahora. El secreto de este surtido no estriba en comprar muchos sino en no desechar ninguno a despecho de la moda y del qué dirán. El consumismo nunca me ha dominado y en estos asuntos de los taparrabos menos que en ningún otro. Eso

sí, desde que dispuse de los pantalones a pares, me acompañé de un albornoz que me facilitaba el cambio de uno por otro sin necesidad de esconderme ni del engorro de tener que buscar una caseta de baño. Hacer resbalar el pantalón mojado hasta los tobillos y ascender el seco, muslos arriba hasta cubrirme, sin abrir el albornoz, ha sido un arte que he dominado y en el que se combinan los movimientos de trasero y caderas con la destreza de manos y codos. De lo antedicho se puede colegir que para mí la natación ha sido algo distinto del fútbol, el ciclismo, la caza y la pesca, es decir, nunca una pasión dominante. Cuando leía el *As* o el *Campeón* saltaba las páginas referentes a este deporte como si no fuera conmigo. Desconocía a las grandes figuras y únicamente me detenía un momento ante fotografías de saltos de trampolín, la instantánea inmortalizando a Fulano o Mengano haciendo la carpa o el ángel. En estos saltos sí encontraba equilibrio y belleza pero no en la acción de nadar a *crawl*. Para valorar al buen nadador no disponía de una medida adecuada, *no entendía*. Me agradaba ver a la gente que se desenvolvía en el agua con soltura, sin chapuzar, sin la menor servidumbre a la técnica. Anteponía la seguridad a la euritmia. En una ocasión, siendo todavía niño, me llevaron a un concurso de natación cuyos números fuertes eran el *crawl*, la mariposa y la braza de espalda. Recuerdo que un amigo de mi hermano mayor me dijo:

—¿Te has fijado qué bien nada el número tres?

—Sí —respondí yo sin el menor convencimiento.

—¿Es que no te gusta cómo nada?

Yo moví la cabeza de un lado a otro y, al fin, confesé decepcionado:

—Es el que más salpica.

Hoy, en la puerta de la vejez, sigo pensando de manera parecida. Las pruebas de natación muestran una violencia de movimientos, una ansiedad respiratoria que me angustian un poco. Los brazos aflorando y sumergiéndose alternativamente (como si cavasen en el agua), los pies propinando puntapiés a la superficie, esa boca ladeada para capturar una bocanada de oxígeno me producen ahogos. El *crawl* se me antoja un estilo de nadar distorsionado y convulso. Observando a un campeón evolucionando en la piscina, los legos, como yo, apenas percibimos otra cosa que una floración de espuma. Se diría el anuncio de un jabón o un detergente. Está exento de gracia, no hay equilibrio, no hay armonía de movimientos o, si los hay, los ocultan las salpicaduras. Entonces deduzco que lo que yo he admirado siempre en el nadador es el mínimo esfuerzo, la estabilidad: que uno se sostenga en el agua sin empeño, que dé una voltineta, que bucee, que vuelva a emerger, suave, dulcemente, como hacen los raqueros de Nápoles después de recoger la

moneda que el turista les ha arrojado a las azules aguas de la bahía. En una palabra, para mí nadar bien equivalía a andar en el agua, a adaptarse a ella, a convertirla por la gracia del bañista en su medio natural. Yo era un gascón. Mi padre me lo había inculcado así y su *educación francesa* había decantado mi juicio al respecto. Algo del abuelo francés influía en la familia, puesto que no sólo mi padre nadaba así (una braza sucinta, fácil, sin sumergir la cabeza) sino que así lo hacíamos todos los hermanos y mis primos Federico y Julián, esto es, todos los Delibes. Nuestro ideal inexpresado, ahora me doy cuenta de ello, era el nadador-pez antes que el nadador-barca. Desdeñábamos el esfuerzo de los remos, que se notara el impulso. Para nosotros, el buen nadador era aquel que no sacaba del agua más que la cabeza, que no descomponía el rostro, que avanzaba sin mostrar cómo. De este modo, tan pronto la vida me separó de don Julio Alonso, el lobo de mar de Suances, empecé a pasarme al moro, a identificar belleza con seguridad.

Sin embargo, mi miopía, como la de mi mujer, no era tan acentuada como para no darnos cuenta de que tanto nosotros como nuestros hijos estábamos convirtiéndonos en nadadores trasnochados, algo tan anacrónico como si a mi esposa se le hubiese antojado de repente salir a la calle con miriñaque. Urgía cambiar de estilo. Había que aceptar la modernidad, las salpicaduras, la violencia muscular y olvidarnos del nadador-pez, tan sugestivo por otra parte. Era evidente, por poner un ejemplo, que en nuestro tiempo el planeo del azor era menos estimado que el vuelo espasmódico del vencejo. Planear, sostenerse en el aire sin aletear, carecía de mérito, no estaba de moda. El aleteo frenético del vencejo, el esfuerzo continuado, revelaba mejor la condición física del deportista. A esta conclusión llegamos mi mujer y yo tras profundas cavilaciones. Y con ese afán de todos los padres de poner a los hijos en órbita, de impedir que se queden rezagados en alguna faceta de la vida, mi mujer y yo sostuvimos un día una conversación trascendental:

—Eso de la braza parece que ya no está de moda.

—¿Y qué importa la moda en esto? Lo importante es que los chicos se sostengan en el agua. Se sientan tan seguros dentro como fuera de ella.

—Ya. Pero, nos guste o no, la gente se fija mucho en el estilo. Laura me decía ayer viendo en el agua a los pequeños: «¡Qué graciosos! ¡Tus niños nadan como perritos!». Yo me sentí molesta, la verdad.

—¿Molesta porque tus hijos naden tan eficazmente como los perros?

—Pues sí. Entiéndeme, no es que me parezca mal, pero Chiqui, el niño de los Fernández, que aprendió el año pasado, nada ya como un tarzán. Da gusto verle. Los nuestros, a su lado, unos aprendices.

Por este camino fue entrando en casa la tentación del *crawl*. Las clases de natación, aunque caras, iban imponiéndose en la ciudad. Digo caras para los padres cargados de hijos, que en los años cincuenta éramos casi todos los españoles. Pero mi mujer, con esa dulzura femenina que tan admirablemente enmascara la testarudez, sugirió un día:

—Podríamos mandar a Miguel con ese Justito que da clases en la Samoa. El niño es inteligente y aprenderá enseguida. Y una vez que aprenda, él mismo enseñará a sus hermanos. Total, por doscientas pesetas que cuesta el cursillo, nos pondremos todos al día.

A la mañana siguiente, mi hijo Miguel se apuntaba en el cursillo de Justito, en la piscina Samoa. Los demás nos bañábamos donde podíamos y nadábamos como sabíamos. A la hora de comer, sin embargo, le asediábamos, reprimiendo nuestra impaciencia:

—¿Te ha dicho ya Justito cómo se meten los brazos?

—Todavía no.

—¿Y te ha enseñado a respirar?

—Eso es lo último.

—¿Qué has aprendido entonces?

—A mover los pies. Me ha dado una tabla y he estado todo el tiempo de la clase moviendo los pies. Dice que es lo más importante.

Mi hijo pasó una semana entera moviendo los pies. Se le notaba un poco aburrido de tanta monotonía pero afirmaba que, según Justito, los pies eran los propulsores, el motor del nadador. Pero cuando empezaba a soltarse se acabó el cursillo y nos fuimos todos de vacaciones. Yo no veía el momento de llevar a los niños al Duero, a la Cascajera de la tía Pedorra, para observar los progresos del mayor, pero el primer día que lo hice, le vi tan apurado, azotando el agua tan desatinadamente, boqueando con tal ansiedad, que me lancé al agua a rescatarlo.

—Pero ¿qué te pasa?

—Creí que te ahogabas.

—Tendría gracia que fuera a ahogarme a estas alturas.

Total, que mi hijo cambió no sólo de estilo sino también de vocabulario. Ya no comentaba: «El agua está helada», sino que empezaban a interesarle los movimientos de los pies y los largos de piscina. Pero sobre todo hizo hincapié en algo que era rigurosamente cierto: que bañándonos hoy en un río, mañana en otro distinto y el tercero en el mar, sin la menor disciplina, era preferible seguir nadando como lo habíamos hecho siempre, anteponiendo la seguridad

a la estética; que, salvo alguna prueba de resistencia, la natación atlética había que practicarla en la piscina, y en una piscina de medidas reglamentarias. Su madre suspiró y dijo:

—Si lo siento es por lo tonta que se va a poner Laura.

En verdad, era el cambio constante de medio, el desvelar las trampas del agua, lo que infundía seguridad al nadador. Yo aprendí a nadar en el mar, pero al verano siguiente me estaba bañando en la Vega de Porras, en la confluencia del Cega con el Duero. Todavía no me desenvolvía en el agua con seguridad y yo mismo delimité el escenario de mis escarceos: un pozo de diez metros de largo por tres de profundidad que atravesaba braceando y al extremo del cual me ponía de pie para volver a salvarlo en sentido contrario y ponerme de pie otra vez. La cosa iba bien hasta que, de tanto ir y volver, me desorienté y, en una ocasión, al intentar incorporarme me hundí en el pozo como una piedra. Una estela de burbujitas acompañó mi inmersión. Pensé que me ahogaba, que demoraba más de un cuarto de hora en tocar fondo, mas cuando llegué a él, hice lo que procedía hacer: pegar una patada, aflorar de nuevo y nadar serenamente hacia la corriente del Cega, donde sabía que las aguas eran someras. Estas pozas, la resaca, las corrientes marinas, las grandes olas, las hoyas fluviales, los árboles sumergidos eran otros tantos obstáculos que el nadador debía aprender a sortear, y nunca podría conseguirlo en las aguas quietas, cloradas y azules de una piscina. Escenarios naturales y cambiantes hacen un nadador no de estilo pero sí eficaz. Y en este punto advierto que me adhería mentalmente a la filosofía de mi padre: no resultaba fácil conciliar la idea de natación con la idea de deporte. Su carácter atlético iba por otra parte. Nadar, para mí, era únicamente útil y placentero.

En la guerra, durante el año que pasé en el *Canarias*, cada vez que fondeábamos en Mallorca se nos autorizaba a bañarnos en la bahía, a una profundidad de centenares de metros. Aquel abismo líquido acobardaba a muchos, que, a pesar de saber nadar, no osaban hacerlo en un medio tan espeso. Yo, en cambio, me sentía feliz, me lanzaba al mar desde la borda y allí nadaba, o hacía la plancha, o hacía el muerto, o me daba voltinetas, hasta que notaba frío. Era uno de los pocos placeres que deparaba la bélica circunstancia. Y me sentía en el agua tan asentado y seguro como paseando por el Borne; y si algo lamentaba, era no tener mil metros de agua en lugar de quinientos por debajo de mí, con objeto de que el mar impulsase mi cuerpo hacia afuera con mayor fuerza todavía. Los compañeros que nos contemplaban desde la borda ignoraban que el mar empuja hacia arriba porque sus experiencias natatorias no habían pasado de las aguas someras de

una piscina, y el hecho de tener quinientos metros en lugar de tres bajo sus cuerpos los amedrentaba.

Ahora, transcurrida la mayor parte de mi vida, advierto que yo he utilizado el agua —la piscina, el río o el mar— y, en consecuencia, la natación, como un recurso fruitivo, un quitapenas, tras un esfuerzo físico de otro orden, es decir, como complemento. Lanzarse uno a la piscina en una anochecida canicular, después de haber estado cazando codornices durante cinco horas, o tras una partida de tenis o un paseo largo en bicicleta, comporta un placer que no puede compararse con nada. El gozo de una zambullida con el sudor agarrado aún a los poros del cuerpo es la más pura expresión de sibaritismo; una complacencia que raya en el deleite. Y una vez en el agua ¿qué? ¡Ah, nada! Se deja usted estar. Flota como el azor en el aire. Sería un error echarle más fuego al fuego, esto es, añadirle ejercicio al ejercicio. Disfrute usted del regalo sensual de que el agua fría le acaricie, entone su carne macerada por el sol y el esfuerzo, abra sus poros. De vez en cuando dará unas brazadas para sentirse vivo, buceará para refrescar su tez requemada, se tumbará de espaldas para recrearse en el cielo abierto, todavía azul, en la bruma falleciente de la tarde. De entre los placeres humanos, este de sumergirse en agua fría cuando se trae el cuerpo ardiente y fatigado es uno de los más completos. Hablo de placer, al margen de las propiedades tonificantes del baño. En una palabra, nunca he concebido el agua como un medio donde ejercitarme, sino al revés: para desquitarme, para aliviar mi cuerpo de un duro ejercicio anterior. Por supuesto me libraré de decir que esto sea acertado (al nadador deportivo, al atleta, mi actitud le parecerá una aberración), pero sí que esto es lo que yo he sacado en limpio de la natación después de sesenta años de practicarla. Los que buscan algo más, una finalidad deportiva a sus movimientos, acuden en invierno a las piscinas climatizadas, a entrenarse. Yo nunca sentí esta tentación. Natación y estío son conceptos que han ido asociados en mi mente. A no ser, naturalmente, en casos de fuerza mayor.

Ahora recuerdo una anécdota muy oportuna para cerrar estas consideraciones: el ahogado de Suances. El bulto flotaba entre dos corrientes, en la desembocadura de la ría, y la gente chillaba, pedía socorro, pero nadie se lanzaba a por él. Yo iba con dos de mis hijos por la orilla del mar cuando oímos los gritos. La marea estaba baja y, detrás del malecón, la arena formaba una playa ocasional donde se bañaban un centenar de domingueros. Desde lo alto del dique vi el bulto inmóvil, balanceándose en las olas; me pareció hinchado, sin vida, y a pesar de mi edad provecta, salté los cuatro metros sin

pensármelo dos veces, me descalcé pisándome los contrafuertes de los playeros, me despojé de la camisa y corrí hacia la orilla aflojándome los pantalones. Pero en el instante de quitármelos algo me frenó: ¡la faja! (una faja de lana, color crema, de cuatro metros de longitud, que entonces enrollaba alrededor de mi vientre cada vez que se pasmaba). Me dio vergüenza exhibirla, desenrollarla en público. De modo que me abroché de nuevo la pretina, incapaz de afrontar la rechifla general y, consciente de que no podía perder un instante, me lancé al agua con los pantalones y la faja puestos. Una vez allí, auxiliado por un atezado jayán y una muchacha pizpireta, varamos al náufrago en la arena. Inmediatamente surgieron los socorristas espontáneos: un cuarentón hercúleo se tumbó en la playa para que recostáramos a la víctima en sus espaldas, otro insuflaba aire en su boca y la aspiraba después, un tercero le oprimía las costillas y el esternón y, finalmente, un nutrido grupo de bañistas formaba un prieto corro en torno suyo quitándole el aire, decididos, al parecer, a terminar de ahogarlo. El vientre, envuelto en la faja húmeda, me punzaba, y como viese que el accidentado iba recuperando el color y empezaba a dar muestras de vida, traté de escabullirme sin llamar la atención de nadie, pero una mujer gruesa, con una bata de percal, que se dio cuenta de mi fuga, me salió al paso.

—Vamos, pero ¿no ha sido usted el que lo ha sacado? —Rompió a reír—. ¡Ande que al demonio se le ocurre meterse en el agua con los pantalones puestos!

Fruncí los hombros.

—Ya ve usted, me daba apuro quedarme en calzoncillos.

—¿Y cree usted que alguien iba a fijarse? ¡Cosa más natural! Al fin y al cabo, usted iba a salvar a uno, y no como esas marranas que se tumban al sol tan tranquilas enseñándolo todo sólo porque sí.

Cuando llegué a casa, mi vientre estaba tenso como un tambor y aunque me metí en la cama y me puse encima dos edredones tardó varios días en reaccionar.

IX. Un cazador que escribe

Ir de caza, salir a cazar, fue mi primera actividad deportiva, anterior incluso a la bicicleta, contemporánea tal vez de la natación y del fútbol como espectáculo. Esta precocidad venatoria llegó a crearme una segunda naturaleza, y Santiago Rodríguez Santerbás me definió, con los años, como un cazador que escribe. En efecto, si echo la vista atrás y mi mirada se pierde en el tiempo, me veo, junto a mi padre, en el viejo Cafetín, la erguida silueta de mi hermano Adolfo, hecho un hombrecito, al volante, camino de La Mudarra. En esta época, como se ha visto, yo ejercía solamente de acompañante o, a lo sumo, de morralero. Pero, en fuerza de asistir a los preparativos y a las expediciones cinegéticas de mi padre, llegué a creer que todos los padres, de todos los pueblos, de todos los países del mundo, hacían lo mismo: o sea, que no había otra manera de distraer los ocios dominicales que cazando conejos en el monte. Mi afición a la escopeta, antes que una elección, fue, pues, la asunción de un viejo hábito familiar. Más tarde, cuando me quise dar cuenta de que en la vida cabían otras diversiones, ya no hubiese soltado la escopeta por nada del mundo; la caza me había cazado.

Empero, mi agresividad ante la pieza que nos burla con su carrera o su vuelo se manifestó antes de poder disponer de una escopeta; esto es, fui cazador antes que escopetero. Ya desde niño buscaba un proyectil. Primero fueron las piedras. Desde temprana edad fui un hábil lanzador de piedras; un certero apedreador. Cuando yo era chico estaban muy en boga las pedreas, y las diferencias entre pandillas rivales se dirimían a menudo a cantazo limpio. De ahí que el que no lograra ser un diestro apedreador enseguida era relegado por incompetente. Yo me ejercité desde la primera infancia, y a los ocho años ya era capaz de lanzar un guijarro a cincuenta o sesenta metros de distancia. Lógicamente no cualquier guijarro; había que tener en cuenta su configuración, su tamaño y su peso. Pero el simple hecho de la elección de piedras ya acreditaba al apedreador nato. Tras la fuerza del lanzamiento, venía la puntería, el ejercicio de puntería: atinar primero a un árbol grueso, después a un poste de la luz y, por último, a una jarrilla de la conducción eléctrica. Una vez aprobado, el apedreador era en mi tiempo un tipo a tener en cuenta. Pero para doctorarse era necesario derribar un pájaro de un cantazo. Esta

prueba era inexcusable. Y yo me doctoré, lo recuerdo perfectamente, en 1930 abatiendo una inocente golondrina que picoteaba unos cagajones en el Paseo de Zorrilla, frente a la Academia de Caballería de Valladolid. La hazaña me produjo crueles remordimientos. La golondrina, como la cigüeña, era considerada entonces un ave sagrada. De las golondrinas se decía que quitaron las espinas a Nuestro Señor, en la Cruz, y había que respetarlas. Eliminar al pobre animal de una pedrada constituyó para mí, un niño muy religioso, una pesadilla que se repitió noche tras noche durante largos meses. Ladislao García Amo, sin embargo, un formidable apedreador asturiano que era vecino mío y compañero de colegio, elogió sin reservas mi puntería. Las lisonjas de Ladis atenuaron los reproches de mi conciencia y así conseguí conservar en aquella época el equilibrio síquico. Ladislao García Amo había pasado ya a la segunda fase del aprendizaje: el tiragomas. Pero el tirador de Ladis no era un tirador corriente puesto que, en lugar de una horquilla de metal o madera, disponía de una tablilla lisa donde se clavaban las gomas con puntas de tapicero. Y Ladis, cada vez que se armaba para disparar, colocaba el pulgar muy alto, casi en el extremo superior de la tablilla, y la badana con el proyectil pegada al ojo, de forma que yo, cada vez que lanzaba una piedra, temía que se reventase la yema del pulgar izquierdo o su ojo derecho saliera volando detrás de aquélla. Sin embargo, Ladis disparaba una piedra tras otra y nunca tuvo un accidente. Es más, como el tirabeque de tablilla hacía una puntería muy fina, casi tan certera como un rifle con visor, cazaba gorriones en cantidad. Yo, en aquel tiempo, ejercía de morralero con mi padre, aún no cazaba, es decir, únicamente había cobrado la golondrina de la Academia, y escuchaba las historias cinegéticas de Ladis con auténtica avidez. Ladis era un elocuente narrador de historias y me describía su pueblo asturiano con plásticas pinceladas (los prados, las vacas, los hórreos, las camberas), y como sus grandes cacerías se producían en vacaciones de Navidad, la nieve solía jugar un papel primordial en sus relatos. Lógicamente yo aguardaba el regreso de Ladis en el mes de enero con verdadera expectación.

—¿Cazaste este año muchos pájaros, Ladis?

Ladis hacía memoria, fruncía la frente.

—Mira, estas vacaciones, de Nochebuena a Reyes, he cazado cuatro tordas, seis alondras y diecisiete gorriones. Y no cuento un arrendajo que desplumé porque no llegué a cobrarlo.

Yo admiraba a Ladis. Era mi admiración más ferviente en aquellos años. Y envidiaba la topografía asturiana que me describía, y su pueblo, y la fauna de su pueblo, porque brindaban mayores oportunidades cinegéticas que mi

ciudad. Esto era tan cierto, que mientras Ladis contaba sus víctimas por docenas yo apenas podía hacerlo por unidades. Y así siguieron las cosas hasta que mi hermano Adolfo y yo empezamos a ir los veranos a casa de los Igea, en Boecillo, una familia amiga de la nuestra. Allí, en el jardín, en las acacias de los paseos, se lograban perchas sustanciosas a poca costa. Felixín Igea se unió con entusiasmo a mis recechos y entre los dos, aprovechando las nidadas nuevas, lográbamos magníficos botines, de forma que ante Ladis mi actitud ya no era solamente contemplativa. Yo ya tenía lances que contar y, a veces, tan importantes como para taparle la boca. No obstante, Felixín Igea, que contaba dos años más que yo y estaba ilusionado con la idea de hacerse hombre, me dijo confidencialmente una tarde debajo de una acacia:

—Esto del tiragomas es un entretenimiento de críos. Cualquier día voy a dejarlo.

Lo decía como si aspirara a quitarse del tabaco, o corregirse de un hábito vergonzoso. Me dejó de un aire, la verdad. Yo estimaba que la mayor prueba de madurez que podía dar un muchacho era su habilidad con el tirabeque. Llevarlo en el bolsillo ya imprimía cierta prestancia. Y, sin embargo, a él le parecía una chiquillada. Para Felixín Igea, el tirador (aunque no lo hubiese dicho tan claro) era denigrante y cazar con él una puerilidad. Y aunque siguió bajando unos días al jardín, yo no podía dominar la melancolía porque pensaba que no lo hacía por gusto sino por complacerme. Mas cuando lo dejó del todo y yo me quedé solo, Ladis no volvió a vejarme con sus hazañas, porque los Reyes me trajeron una escopeta de perdigón de aire comprimido con la que hacía mejor puntería que con el tirachinas.

Con aquella carabina, de culata tostada y tubo niquelado, disparé millares de perdigones. A calzón quieto, en distancias cortas, resultaba un arma mortífera. Pero, a la manera de los grandes campeones, yo me iba proponiendo objetivos cada vez más difíciles y empecé a tirar a pájaros al vuelo. Naturalmente, derribar un pájaro volando con un solo perdigón era una hazaña. Empero, el año que veraneamos en Quintanilla de Abajo, salvo salidas esporádicas a bañarnos o a la confitería, puede decirse que me lo pasé apostado en un balcón de la trasera de casa, disparando balines sobre los vencejos que acudían en bandadas chillonas, endiabladamente raudos, a esconderse en los aleros del tejado, donde seguramente tenían sus nidos o sus refugios. A un blanco tan veloz, de vuelo caprichoso e irregular, que además entraba de pico, difícilmente podía yo tomarle los puntos, por lo que solía disparar al buen tuntún sobre el tropel que se abalanzaba chirriando contra el balcón donde yo aguardaba. Así disparé más de mil perdigones, dos cajas

para ser exactos, y, en agosto, mediado el mes y mediada la tercera caja, un plomo de fortuna acertó a uno de los vencejos, que cayó aliquebrado sobre un cobertizo (una cuadra o una panera) que se alzaba en el corral, bajo mi balcón. El pobre animal, herido de muerte, se desangraba sobre las tejas ardientes, y reconozco que sentí un movimiento de piedad, un doloroso escrúpulo ante la muerte inútil que estúpidamente acababa de administrar. Pero mi vanidad cinegética prevaleció sobre mis sentimientos humanitarios, busqué a mi padre y le señalé orgulloso a mi víctima sobre el tejado. Mi padre, hombre de paz, vaciló entre regañarme por aquel cruel estropicio o ensalzar mi puntería. Finalmente optó por esto último:

—¿Con un solo perdigón has derribado un vencejo al vuelo?

Asentí, silenciando que había disparado más de mil perdigones y que llevaba cerca de mes y medio apostado en aquel balcón.

—Entonces, ¿puedes decirme qué vas a hacer el día que tengas cinco años más y salgas al campo con una escopeta grande como la de tu padre?

Encogí modestamente los hombros pero seguí ocultando que se trataba de una chiripa, es decir, que con los ojos cerrados, guiándome sólo por los chirridos de los pájaros, podría haber hecho lo mismo. Ésta fue, pues, la primera sangre inocente que vertí en mis balbuceos cinegéticos y no la pajarota de La Mudarra de que hablé más arriba y que, sin ninguna duda, fue posterior. Y hablo de sangre, puesto que los pájaros que derribaba a cantazos morían de manera incruenta, conmocionados por el golpe. A Ladislao García Amo le dejó patidifuso cuando le informé al regreso de vacaciones:

—He cazado un vencejo al vuelo con la escopeta de aire comprimido.

Aquella confesión fue el final de nuestras pláticas, del habitual intercambio de baladronadas cinegéticas. Ladis no podía competir con la carabina de aire comprimido.

Poco a poco fuimos haciéndonos mayores y a los doce años ya cazaba yo avefrías desde el coche, tordos y alguna que otra codorniz con una escopetilla de pólvora de doce milímetros. A los catorce, mi padre puso en mis manos una del dieciséis, de tubos paralelos, con la que abatí mis primeras perdices. Pero cuando la cosa de la caza empezaba a formalizarse estalló la guerra civil. Fue una paradoja sarcástica puesto que, con este motivo, se decretó la prohibición de cazar animales en tanto durase la caza de hombres. En consecuencia, cazar, cazar, no había llegado a hacerlo a los dieciocho años, cuando la guerra concluyó. Y continué sin hacerlo en los años que siguieron por dificultades de transporte. De vez en cuando, subía en bicicleta a la granja de la Diputación, dirigida por Antonio Bermejo Zuazúa, donde se criaba un

bandito de perdices apañado y alguna liebre. Si conseguía algo, eran morrales exiguos, de una pieza, dos a lo sumo. Con tan precaria dedicación no era fácil llegar a coger el tranquillo a la perdiz. Recuerdo que en estos prolegómenos, cazando en la finca de la Diputación, a tres kilómetros de Valladolid, derribé una vez una patirroja que fue a caer en el patio del manicomio. Renunciar a una pieza siempre me ha dolido (dejar caza muerta en el campo me parece mayor pecado que matarla), pero en aquellos difíciles comienzos en que bajaba una perdiz cada tres meses, hubiera arriesgado la vida por cobrarla. Así es que lo intenté. Tras denodados esfuerzos logré encaramarme en la tapia del manicomio, erizada de cristales, pero advertí, con la consiguiente desazón, que del otro lado la maleza cubría el patio hasta los últimos rincones. El lugar donde yo calculaba que había caído la perdiz era un hirsuto pajonal, lleno de cardos, y andaba estudiando la manera de descender (con posibilidad de retorno) para buscarla cuando apareció por una puerta un muchacho joven que se acercó a la tapia donde me hallaba, se me quedó mirando con ojos hueros y, al verme en una posición tan ambigua, me preguntó cuerdamente:

—¡Eh, tú! ¿Eres de dentro o de fuera?

Yo debería haberle respondido que era de *fuera*, aunque merecía estar *dentro*, pero en éstas irrumpió un loquero irritado, dando voces, primero a mi interlocutor, que huyó dando saltos entre los cardos, y luego a mí, acusándome de estar alborotando a los internos. De improviso se agachó a coger una piedra y, ante el temor de que me descalabrara, me descolgué por donde había subido, dado a todos los diablos. Los años (casi cincuenta) han transcurrido, y a pesar de las perdices perdidas desde entonces, aquella del corral del manicomio no se me ha borrado de la memoria. Es más, cada vez que la recuerdo me reconcomo porque estimo que no agoté entonces todos los recursos a mi alcance para cobrarla.

Días después, vi a mi padre matar la última perdiz de su vida, revolada por mí, en el extremo opuesto de esa misma ladera. Tendría ya setenta y cinco años o quizá más y se comportó con una sangre fría admirable. La vio venir, repinada, ganando altura, ajeando, pero él, viejo zorro, no se atragantó de perdiz, la dejó doblar un poco para orillarle y entonces se encaró la escopeta, adelantó levemente los caños y disparó. La patirroja se vino abajo como un trapo, con gran contento y admiración por mi parte.

—¡Muy bien! —le grité desde lejos. Pero fue él quien se quitó el sombrero de mezclilla, saludando, en homenaje al pájaro muerto.

Total que, entre unas cosas y otras, yo no pude cazar con regularidad hasta que José Antonio Giménez-Arnau, escritor también y entonces alto

funcionario del Ministerio de Comercio, me concedió licencia para importar un Volkswagen en 1954. Hizo otro tanto con Josep Vergés, el editor, y otros compañeros, y entre nosotros llamábamos a aquellos coches «los Arnau» en agradecimiento a su gesto.

Antes de disponer del Volkswagen, cada año hacíamos dos excursiones inevitables, una al Montico, de los hermanos Monturus, en Puente Duero, a unos kilómetros de Valladolid; y a la Granja de Sardón, de la familia Alonso Lasheras, la otra, un goloso cazadero de perdiz y liebre. En el Montico se me dio la oportunidad de ensayar por vez primera el tiro a tenazón, al conejo, pero no pude llegar a hacerme un virtuoso porque en aquellos días el doctor Delille arruinó la especie inoculándole la mixomatosis. A Sardón nos desplazábamos en un tren mixto, el perro oculto bajo el asiento, y desde la estación al cazadero —una tirada— nos íbamos dando un paseo. La finca de Sardón en los años cuarenta-cincuenta era una perita en dulce. Laderas abrigadas, con mogotes y pedrizas en la base y profundas escorrentías donde la patirroja obligada aguardaba incautamente a las escopetas. Volvíamos de Sardón con buen acopio de piezas, pero había que hacer tiempo en la estación, charlando o jugando al julepe con el jefe, porque el mixto de regreso no pasaba por allí hasta cerca de las nueve de la noche.

El Volkswagen llegó casi al mismo tiempo que mi hermano Manolo de Mallorca para hacerse cargo del taller familiar, con lo que en adelante dispusimos de dos automóviles para nuestras excursiones: el Chevrolet, de la Agencia, para cazatas de cercanías, y el «Arnau» para desplazamientos largos. El Chevrolet, modelo del 35 (color grisverdoso, mate, capota negra, caja cuadrada), era un superviviente de la guerra con más de trescientos mil kilómetros en el chasis. Al poner el motor en marcha, la carrocería temblaba como el esqueleto de un viejo rocín y amenazaba con dejar en el suelo aletas y guardabarros. Pero todavía andaba. Los cazaderos próximos (Renedo de Esgueva, Villafuerte, Villanueva de Duero, Tordesillas, Quintanilla de Abajo, La Santa Espina) los visitábamos con él, mientras el Volkswagen lo reservábamos para otros más distantes (Belver de los Montes, Villa Esther o Riego del Camino). Citar estos cazaderos es evocar la juventud. Y evocar la juventud es recordar una manera de cazar sufrida, dura, austera que, con los años, se fue reblandeciendo sin darnos cuenta.

En aquellos años, el despertador trinaba a las seis de la mañana, y a las siete ya estábamos en misa, en la iglesia de Santiago y, a renglón seguido, en la churrería La Madrileña, en los soportales de Cebadería, decidiendo libremente el lugar de la cazata. Aún regía la sugestiva fórmula de hombre

libre sobre tierra libre, y la caza era todavía un deporte administrado. Los cotos apenas existían y para derribar en lo libre diez o doce perdices y un par de liebres, una cuadrilla no necesitaba recomendación. En suma, la carne, al precio del mercado, daba para amortizar los gastos de la expedición (combustible, comida, cartuchería) y, si uno era un poco amarreta, todavía coleaba un modesto beneficio. En aquella época, comíamos de fiambrera, en el campo, al abrigaño de un carrasco o un talud, haciendo un brevísimo alto en la cacería. Después reanudábamos la mano con renovado entusiasmo y no dejábamos de batir monte hasta que caía la noche. Eran jornadas de veinticinco o treinta kilómetros, caminatas sobre surcos, baldíos y cascajares, sumamente sacrificadas. El centro de gravitación de nuestra actividad cinegética fue siempre la perdiz roja. Ella era la que provocaba nuestro apasionamiento, la que nos desazonaba y nos impedía dormir las noches de los sábados. La perdiz roja presidía nuestras vidas en aquellos años. No sólo las cazábamos sino que vigilábamos de cerca su apareamiento, su cría, las divagaciones de los bandos, los pollos ya igualones. La perdiz roja se erigía en protagonista de nuestras conversaciones cuando, llegada la veda, salíamos los sábados con nuestras esposas a cenar a Suazo. Y hablábamos de ellas (de las perdices) con tan atormentado amor, con tal admiración, con tamaño entusiasmo («provocativas», «bonitas», «magníficas», «desafiantes», «como para colgarlo todo por ellas» eran nuestros calificativos más usuales), que, en cierta ocasión, la mujer de un amigo se encaró con él, con un brillo de irritación en la mirada.

—¿Puede saberse de quién estás hablando, Manolo?

—De las perdices, claro.

—¿Seguro que hablabas de las perdices?

—Pero bueno, ¿qué pasa? ¿Por qué te pones así?

No era fácil convencerlas, pero la patirroja constituía la obsesión de la cuadrilla, era el ave de nuestros pensamientos. El resto de las piezas (conejo, liebre, paloma, becada) caían como complemento, cuando arrancaban al ir a buscar aquélla. Al margen de la temporada de perdiz, estaban la de codorniz, patos y avutarda para abrir o cerrar boca. Pero nunca asistimos a una montería, a una batida de caza mayor. De higos a brevas, alguno de mis hijos marchaba a Sedano, al jabalí, pero de ahí no pasaba. Yo, ni eso, siempre he sentido una repugnancia instintiva a apagar los ojos humanizados de un corzo o un ciervo, pero creo que esta aversión, experimentada con más o menos intensidad, era común a todos los miembros del grupo. Y, por otro lado, también nos desagradaba la percha debida al esfuerzo ajeno, esto es, el ojeo.

Nos placía correr monte y responsabilizarnos de nuestra propia suerte. En una palabra, la perdiz, y su caza en mano galana, era lo que daba sentido a nuestra filosofía venatoria; o lo que es lo mismo, la abnegación: crueles madrugones, taco a la intemperie, regreso nocturno, desafío a los meteoros. En aquellos tiempos apenas mirábamos al cielo la noche del sábado. El domingo había que ir de caza y se iba. El rito se cumplía aunque cayesen chuzos de punta. A la pluma me viene un testigo que puede confirmar cuanto digo: mi amigo y tocayo Miguel Fernández-Braso, que nos acompañó un día con objeto de hacernos un reportaje cazando para no sé qué revista. Nos fuimos con él a Villanueva de Duero y en todo el día no dejó de diluviar. Creo recordar que la *Dina*, la perrita, que acababa de parir, mordió una mano de nuestro invitado al intentar éste acariciar a los cachorros (bien pensado, puede que el del mordisco fuese Eliseo Bayo, que también nos acompañó a Villanueva alguna vez en aquellos años) y, ya en el campo, el aguacero le puso como chupa de dómine, y de retirada, por si algo faltara, se cayó una costalada en un ribazo y se rebozó de arcilla hasta las orejas.

Días como éste, o con escarcha, o con hielo o con nieve, eran frecuentes pero no nos hacían mella. Cazábamos con el mismo entusiasmo que bajo el sol y apurábamos la jornada como si fuera a ser la última. Si llovía, ya escamparía, nada fundamental se iba a quebrar por eso. Sin embargo, en ocasiones, sí se quebró algo importante. En los glaciales días de enero del 71, me fracturé una pierna cuando iba tras las perdices al resbalar en un charco de hielo. Las temperaturas eran de dieciocho grados bajo cero y en la ciudad no habían salido a la calle ni los autobuses. Tras el chasquido del hueso y el dolor intenso, me quedé inmóvil, voceando, apenas acompañado por los lametones del perro. Mi hermano tuvo que meter el coche por el arenal endurecido para recogerme. De regreso, con la pata rota, por la carretera de las Arcas Reales, vimos a lo lejos un bulto oscuro luchando contra la nevisca.

—Te apuesto doble contra sencillo a que es Fernando Altés.

Mi hermano se echó a reír.

—¿Y por qué razón tiene que ser Fernando Altés?

Altés era el gerente del periódico.

—Porque, fuera de nosotros, es el único loco capaz de salir al campo con este tiempo.

En efecto, era Fernando Altés, dando su paseo dominical, con el grueso tabardo de campesino.

—¿Qué, no cazáis hoy? —Le sorprendía vernos regresar tan temprano.

—Miguel se ha tronzado una pata.

Rompió a reír.

—Pues no tiene cara de tener una pierna rota.

Pero sí estaba rota y la broma me costó tres meses de inmovilidad y otros tres de recuperación. Mis paseos, mi bicicleta, mi tenis, mis cazas, mis pescas, mi vida al aire libre en suma sufrió una dolorosa interrupción. Entonces metí en casa el televisor, me quedé magro como un galgo y se me descompuso el estómago. Todo un repertorio de calamidades.

—Al perro flaco todo son pulgas, ya se sabe.

¿Fue la fractura de mi peroné lo que marcó el inicio de nuestra caída en la molicie? ¿O ésta fue posterior? ¿Cuándo empezamos a enmollecernos? Hoy día, cumplidos los sesenta y ocho, parece natural que hayamos amansado el trote, pero ¿en qué momento tiramos de la brida? ¿A qué edad se relajaron las condiciones de caza de la cuadrilla? No es fácil precisarlo, establecer fechas. Seguramente en todo esto influyó la disminución de la caza tanto como el envejecimiento de algunos miembros del grupo. Por de pronto, yo era consciente, desde hacía años, de que vivía los postreros momentos de una pasión, de que la caza silvestre se acababa, y no sólo para mí, en los adustos campos de Castilla la Vieja. Por otro lado se produjo el aumento del nivel de vida y con él una cierta propensión a probar de todo. Los cazadores proliferaron. El español quería hacer más cosas de las que hacía pero hacerlas cómodamente, con ayuda de la técnica, ahorrándose esfuerzos y dilaciones. Así, al tiempo que se multiplicaba el furtivo motorizado, la figura del cazador-cazador iba desapareciendo de nuestros campos. La dureza de nuestras cacerías de los cincuenta, sesenta y setenta había pasado a la historia. Todo se hacía ahora más descansado, más confortable, más regaladamente. El enconado duelo con la patirroja no era tan enconado; apenas si era duelo. El despertador ya no trinaba a las seis de la mañana; tampoco se comía a la intemperie sino caliente y a manteles puestos; el cazador dejó de desafiar a los elementos y, si llovía, se quedaba en casa; tampoco apuraba la jornada y a las cinco ya andaba de regreso escuchando el carrusel deportivo por la radio del automóvil. En una palabra, el esforzado cazador de ayer se ablandaba, se aburguesaba, se enmollecía.

—Pero usted sigue en la brecha, ¿no es cierto?

Natural, mire usted. El que tuvo retuvo. La claudicación, el retiro de todas aquellas actividades que hemos amado con pasión, es una muerte pequeña. Por otra parte, soy enemigo de adioses, de soluciones drásticas, de medidas definitivas. ¿Por qué no ir desprendiéndonos de las cosas que amamos gradualmente, poquito a poco? La melancolía de la renuncia es provocada a

veces por las rígidas imposiciones cuarteleras: deje usted de beber, deje usted de fumar, deje usted de cazar… ¿Por qué no beber moderadamente en las comidas, fumar cuatro o cinco cigarrillos diarios, cazar media jornada? La media ración, he ahí una solución a pelo. La media ración es, por otra parte, la única forma, aunque mitigada, de que uno a los sesenta y ocho años pueda seguir bebiendo, fumando y cazando. A veces, me encuentro en el campo con algún conocido que, al verme, me dice con su mejor voluntad:

—¿Qué, don Miguel, a hacer piernas?

—Mire usted, eso es mucho pedir. A mi edad, me conformo con conservarlas.

Una vez que uno inicia en la vida la cuesta abajo, el problema es ése: conservar. Conservar útiles piernas, arterias, bofes y corazón. Que la artrosis o el infarto no nos dobleguen. Ejercitarnos con moderación: pasear un par de horas diarias, cazar las mañanas de los domingos, pedalear quince o veinte kilómetros, jugar una partidita de tenis un par de veces por semana… En una palabra, seguir en activo aunque con mesura. A mi juicio, ésta es la receta pertinente para sesentones reacios a enrolarse en una existencia sedentaria, resueltos a no dimitir de una maravillosa vida al aire libre.

Un año de mi vida

1972

A mi amigo y editor José Vergés

Introducción

Un día de junio de 1970, después de almorzar en su casa, José Vergés me sugirió que iniciara la redacción de una especie de diario, con anotaciones sobre mis lecturas, mis impresiones ante un hecho político, mis venturas y desventuras cinegéticas, esto es, una especie de cajón de sastre donde todo tuviera lugar. He de reconocer ahora que, en principio, su idea se me antojó descabellada, ya que nada de lo que a mí me ocurra me parecía que pudiera tener importancia para nadie. Estoy muy lejos de cualquier forma de narcisismo y por otra parte soy plenamente consciente de las limitaciones de mi personalidad literaria. Creía, en fin, y así se lo dije a Vergés entonces, que estas cosas pueden encerrar interés tratándose de un genio universalmente reconocido (Einstein, Picasso, Chaplin), del que nos interesa hasta las veces que estornuda, o bien de un ordenado pensador que no sólo piense sino que sugiera y ayude a pensar. En mi caso carecía de sentido, y con mayor razón cuando cualquier desahogo intimista me repugna y cualquier observación en torno a un libro, una película o un hecho político habría de afrontarlo con las naturales prevenciones. Así es que le dije que no, con lo que el primer sorprendido fui yo cuando horas más tarde me puse a redactar unas breves impresiones sobre los últimos días de mi estancia en Barcelona.

Al principio, aquello avanzó a trancas y barrancas, con largos paréntesis, pero pronto me di cuenta de que los estímulos se multiplicaban y de que los días no me daban de sí para recoger las observaciones que me asaltaban ante un pájaro, una crítica literaria, un artículo, una carta, un encuentro, una muerte o un partido de fútbol. Advertí dos cosas que para mí eran fundamentales: que cabía realizar un diario sin incurrir en subjetivismos improcedentes y que esto era posible hacerlo rehuyendo la reiteración. Me puse, pues, aplicadamente a la tarea coaccionado ya por la necesidad de coronarla, supuesto que mis primeras impresiones habían empezado a aparecer semanalmente en la revista *Destino*.

Ésta ha sido la génesis de las notas que el lector tiene ante sí. Ahora, al compaginarlas con vistas a un libro, dudo mucho no sólo de su interés sino de que acertara a eludir la monotonía. No obstante, el nutrido y estimulante epistolario que he recibido a lo largo de su publicación fragmentada me llevan

a pensar que si, dispersas, fueron útiles en su día para unos, reunidas ahora en un volumen pueden resultar igualmente eficaces para otros. Con esta esperanza las doy a la imprenta.

M. D.

22 de junio. Planas operó hoy por segunda vez a Adolfo en Barcelona. Esto de la cirugía estética fue considerado frívolamente hace años pensando que era una profesión para rectificar las narices de las señoras. Es preciso rehabilitar este oficio, que rescata para la sociedad centenares de monstruos fabricados por nuestra automoción y nuestra sociedad supertécnica. Charlé con Planas largo rato y me enseñó diapositivas con su técnica para «fabricar» orejas, técnica que deslumbró a los japoneses —gentes que suelen ser maestros en estos menesteres de la «mecánica menuda»— el año pasado en Tokio. Planas va aislando un tirabuzón de carne a lo largo del cuello hasta el nacimiento del pelo. El problema consiste en no cortar el riego sanguíneo para que la oreja no se convierta en un apéndice muerto. En sucesivas intervenciones va conformando el tirabuzón —con un cartílago injertado— hasta darle la apariencia deseada. La última diapositiva me mostró una oreja perfecta. La madre del paciente no la hubiera hecho mejor.

23 de junio. Me comunican desde Valladolid la muerte de mi querido Francisco Antón. Don Paco Antón, pese a sus noventa años y a su sordera casi total, era uno de los amigos más sinceros que haya tenido nunca. Gran escritor y experto en arte, siempre andaba dispuesto a ayudar a todo el que recurriera a él. Antón armonizaba la inteligencia con la modestia. En este país nuestro donde tantos mediocres se encumbran y envanecen, Paco Antón era un ave rara. Viajero de primera, nunca intentó salir de la tercera. Zamorano de nacimiento, fue en su juventud gran amigo de Unamuno, con quien mantuvo copiosa correspondencia. Después de muchos tira y afloja conseguí publicar estas cartas en *El Norte de Castilla*, cartas que don Paco Antón, hombre profundamente religioso, se consideró en el deber de apostillar. Antón, que conocía el campo de Castilla como nadie, participó muy activamente en las campañas del periódico en favor de nuestros pueblos, campañas que me costaron la dirección.

La prosa de Antón era rica, tersa y matizada. Me cuentan que cuando dirigió *El Norte*, hace ya de ello muchos años, los redactores encontraban en sus mesas cada mañana un ejemplar con los gazapos gramaticales de su sección subrayados con lápiz rojo. Antón no soportaba la sintaxis deficiente,

ni los errores de prosodia y ortografía. A Santiago Alba, en cambio, le desazonaban las erratas de imprenta. En una ocasión en que sufrió un accidente de automóvil, la redacción se apresuró a enviarle un telegrama interesándose por su salud. Respuesta telegráfica de Alba: «No duelen heridas, punto, duelen erratas *Norte Castilla*». También en los periódicos cada directorcillo tiene su librillo. La vida sigue, pero el querido Paco Antón ya no está entre nosotros.

29 de junio. Vi la final de copa de fútbol en casa de Vergés. De chico jugué mucho al fútbol y de mayorcito fui espectador asiduo. Hasta que me cansé. Entiendo que el profesionalismo desaforado y las tácticas defensivas han destruido la armonía del espectáculo. Por eso, en contra de la opinión general, me pareció bien el arbitraje de Ortiz de Mendívil. Si es caso, le reprocharía el haber silenciado otro claro penalti en el segundo tiempo. Si todos los árbitros actuaran con esta severidad, las tácticas del cerrojo no menudearían tanto y el fútbol posiblemente recuperaría su fuerza y su belleza originales. Hay, pues, que pitar penalti cada vez que ante el marco se produce una obstrucción fea, dentro de una elemental estética deportiva. Quizás entonces los equipos empatarían a cuatro goles en lugar de a cero y las tablas de clasificación —que parece ser lo único que preocupa a jugadores y aficionados— no sufrirían alteración, pero los espectadores desapasionados no nos aburriríamos tanto.

30 de junio. De nuevo en Valladolid, recibo carta de Juana Roldán lamentando mi renuncia a ir a la Universidad de Southern California el próximo curso en calidad de profesor visitante. Me ofrecían veinte mil dólares por ocho meses, pero no he aceptado. Teniendo lo necesario para vivir aquí, vender ocho meses de vida, aunque sea a buen precio, sería abrazar esa sociedad de consumo que tanto venimos criticando.

7 de julio. Hoy nos trasladamos a Sedano. Cada vez me agrada más este aislamiento. Los montes verdeguean más que de costumbre. Me dicen en el pueblo que, al desaparecer las cabras, el revestimiento vegetal se despliega sin trabas. En Valdenocedo el roble se ha desarrollado de tal manera que, o mucho me equivoco, o esta ladera será con el tiempo uno de los resguardos favoritos del jabalí.

8 de julio. He traído conmigo las notas para escribir una nueva novela —¿*Las guerras de mis antepasados*?—, pero no creo que me meta con ella. Me encuentro cansado. Con la correspondencia, preparar un prólogo que me pide

el *Reader's Digest* para un libro de viajes, colaboraciones, visitas y viajes a Valladolid tengo bastante. Por medio hay tres conferencias en Madrid, dos en Valladolid y una en Burgos. Todas ellas para extranjeros. Cada vez me hacen hablar más y cada día tengo menos cosas que decir.

9 de julio. Hay más nidos que otros años alrededor del refugio. El agateador, como de costumbre, ha hecho el suyo entre las tablas de la caseta de baño. Creo que es el quinto año consecutivo. Ignoro si el de ahora es el mismo —desconozco los años que vive un agateador—, son las crías o no tiene nada que ver con la familia primitiva. Antes, verle trepar por los troncos me sedaba. Ahora me desasosiega porque me recuerda al náufrago de mi *Parábola*. Este detalle de la novela lo tomé de aquí. Tras de la casa, entre la maleza, hay un nido de chochín y, al costado, en el santo suelo —cosa rara—, otro de mosquitero con el que habrá que tener cuidado para que la madre no lo aborrezca. Arriba, en los pinos, ha anidado la torcaz. Tampoco es éste el primer año que lo hace, cosa que no me choca, pues los pinos de lo alto forman ya una mancha considerable.

11 de julio. Estuve con la familia en Moradillo del Castillo a pescar cangrejos. Me sorprendió mucho que entre Tubilla del Agua y Moradillo no hubiese un solo coche estacionado, pues otros años parecía aquello un jubileo. Luego me expliqué esta deserción, ya que entre dieciséis reteles sacamos 637 cangrejos, de los cuales solamente cinco daban la talla. La guardería del Servicio y los civiles nos visitaron dos veces. Todas estas precauciones me parecen bien si de verdad aspiramos a conservar la Naturaleza. Lo que encuentro exagerado es el tamaño de ocho centímetros —de ojo a centro de la cola— que la ley exige para que el cangrejo pueda ser capturado. Hay cangrejos de siete centímetros que son cangrejos con toda la barba y unas pinzas como para perder la cabeza. Esta disposición es algo así como si el Ministerio del Ejército dictaminara que sólo los mozos de 1,90 cumplirían el servicio militar. Hay mucha gente que así viva mil años nunca alcanzará esa estatura. Por otra parte, considero que esta meticulosidad de la guardia —que llega incluso a detener los coches y registrarlos— debería aplicarse con el mismo rigor a presas más golosas y amenazadas. Si los coches de los cazadores durante la época de codorniz fuesen registrados, la perdiz viviría más a gusto y los cazadores auténticos nos divertiríamos un poco más.

14 de julio. Hoy leí *Relato de un náufrago*, de García Márquez. Estos cuadernos de Tusquets Editores son un acierto (el epistolario sentimental de Freud era una delicia). La narración del desastre marinero es tan viva y vigorosa que me mareé. Esto me había sucedido rara vez viendo una película, pero jamás, que recuerde, leyendo un libro.

15 de julio. El tiempo está hermoso. Por otro lado, este clima de Sedano, fresco y de cielo alto y enrasado, me va bien. Al caer la tarde hay que ponerse el chaleco y por las noches dormir con manta.

22 de julio. Acabo de leer los sucesos de Granada con el triste desenlace de tres albañiles muertos. Estas duras represiones me desazonan. Comprendo que el orden público es una cosa muy importante, pero me parece aún más importante una vida humana. No dejo de pensar en esas familias que despidieron esta mañana a un marido o unos hijos con la ilusión de cobrar cinco duros más y ahora los tienen en el cementerio. Siento un auténtico malestar físico. Recuerdo que durante el Mayo francés, con centenares de miles de manifestantes, barricadas en las calles, incendios y saqueos, solamente se produjo un muerto (otros tres fueron accidentales). Hay países y países. Esto me obliga a reconsiderar dos cosas: primera, la necesidad de dar un cauce legal a la protesta y de crear un sindicato representativo y, segunda, la conveniencia de establecer una nivelación salarial que permita vivir con dignidad a todo el que trabaja. De entrada, cuando un albañil español protesta por lo que gana, apuesto doble contra sencillo a que tiene razón.

23 de julio. Esta mañana se cayeron del nido los dos pichones de la torcaz. He dicho a mis hijos Juan y Adolfo que los metan en una jaula de tablas con el nido dentro y cuelguen ésta del árbol. Recuerdo que mi padre hacía esto con los ruiseñores y los jilgueros, y la madre los alimentaba a través de los barrotes hasta que estuvieran en condiciones de volar. Con los palomos haremos lo mismo.

24 de julio. Sigo con el remusguillo por lo de Granada. Pensando que tenía que hacer algo, he enviado una carta al padre Llanos (para que la firme también y la envíe personalmente al ministro de la Gobernación). En el escrito me limito a indicar que hay procedimientos menos duros que las balas para disolver manifestaciones y encarezco la conveniencia de crear un sindicato libre y establecer una nivelación de ingresos más cristiana.

25 de julio. Al volver de pescar me encontré en casa a dos muchachos que habían venido desde Madrid para proponerme hacer una película de *La mortaja*. Hace un mes y pico me visitó otro en Valladolid para hacer lo propio con *Parábola del náufrago*. Acepté en principio, aunque no se me oculta que *La mortaja* es un tema muy leve (si el espectador no se interesa porque el niño logre vestir a su padre muerto, el film fracasará) y delicado. Más difícil aún me parece la *Parábola*. Aquí, si los recursos empleados para comunicar al espectador la angustia del cerco son inadecuados, la película puede caer en lo grotesco y salir el tiro por la culata.

26 de julio. Al ponerse el sol he atrapado una trucha de kilo con cucharilla. Han sido unos momentos emocionantes porque había olvidado en casa la tomadera y he tenido que sacarla a pulso, cansándola antes.

Al primer lance, el pez siguió al engaño y, al segundo, se enganchó. Cuando la traía, tiraba tanto que el carrete empezó a patinar y la trucha se metió en un rápido. Como pude apreté la bobina mientras el pez coleaba como un cetáceo. Tenía un hilo del veinte y cedí un poco para evitar que se rompiera, aunque me daba miedo que la trucha se enredara entre las salcinas de las márgenes. Con el corazón en la garganta, finalmente la traje hasta mis pies y oculto tras unos lirios aguanté los tirones finales. Cuando la extraje del agua, agarrando con la mano izquierda la punta de la caña, el animal estaba rendido y ni siquiera coleó. Es un bicho hermoso, asalmonado, que cocido y con mayonesa estará como para chuparse los dedos. Ha sido una gran satisfacción, mayor aún pensando en la que se le soltó a Juan anteayer del mismo tamaño por el dichoso carrete.

27 de julio. Estuve en Valladolid, en el periódico, y, como sospechaba, hubo una indicación telefónica para que se diera lo de Granada en páginas interiores y sin destacar. ¿Para qué la Ley de Prensa? Si a un director le privan de la libertad de elegir emplazamiento, plana, columnas y tipos para dar una información oficial, ¿qué le queda?

28 de julio. Hemos subido a los pinos a ver a los pichones del cajón. El cajón estaba vacío. La torcaz había retirado un palito y los había sacado por el hueco. Los dos palominos andaban en la copa balanceándose y aunque estábamos muy próximos no se han decidido a volar.

29 de julio. Terminé *Olas sobre una roca desierta* de Terenci Moix. Oliveri, el protagonista, afirma que es el residuo de una sociedad burguesa que él no ha creado y, por tanto, no es responsable, pero yo pienso que es un cínico, ya que si la sociedad que nos ha engendrado no nos agrada, lo que hay que hacer es trabajar para cambiarla, no huir. A mí los ideales burgueses me deprimen, pero los del heredero de estos ideales, el joven Oliveri, sencillamente me revuelven las tripas. ¿Cómo serán los de los herederos de este heredero? No creo que haciéndonos todos Oliveris mejorasen las cosas. Afortunadamente, Moix, con mucho talento, expone únicamente la actitud de un pequeño sector juvenil. El libro revela a un buen escritor. La mezcla de lenguaje culto con el taco, que tan sabiamente empleó ya el pobre Martín Santos en *Tiempo de silencio*, está aquí bien administrada. El epistolario de Oliveri es interesante. Se me ocurre que quizá por aquí puede encontrar una salida la novela moderna. La obra participa del relato, el ensayo e incluso la poesía, esto es, más o menos, como el *nouveau roman*, pero el libro de Moix es mucho más enjundioso y penetrable que aquél.

30 de julio. Madrugamos para ir a truchas. A la luz de los faros encontramos en la carretera, a la altura de Basconcillos del Tozo, dos liebres guarreándose. Verdaderamente el celo de estos bichos es caprichoso. No obedece a leyes, como el de los pájaros. Mi hijo Germán vio dos liebres empalmadas en Villa Esther, cerca de Toro, en pleno enero, hace un par de años.

1 de agosto. Recibí carta del padre Llanos. Ha enviado la nuestra. Se lamenta de que estamos solos. Yo no lo creo así.

3 de agosto. Vergés me comunica la muerte de nuestro buen amigo Damián Ribas. ¡Pobre Ribas! Hace mes y pico que estuve en su casa, en Pedralbes, y me mostró los trofeos obtenidos en un safari por un hijo suyo. Ahora acababa de recibir carta suya. Siempre que había alguna noticia referente a caza o a animales, Ribas me ponía unas letras, apostillándola. La última vez que le vi le encontré mal, muy flaco y casi sin poder andar. Sin embargo, conservaba sus ilusiones cinegéticas. Me decía que si no mejoraba de las piernas se haría construir una silla de ruedas para desplazarse por los rastrojos y poder cazar codornices. Vergés me dice que el día antes de morir estuvo cargando cartuchos. Así me gustaría morir a mí. Ilusionado con algo la víspera. El que se muere sin ilusiones era ya un muerto. ¡Dios mío, cuántos amigos en el otro lado! Hasta los cuarenta, el desagüe de la humanidad se hace imperceptible. A

partir de los cuarenta, todos los días se nos muere alguien. Es muy breve todo esto y desproporcionado el énfasis que ponemos en algo tan efímero como es la vida.

6 de agosto. Vinieron mis hijos Ángeles y Miguel de Madrid, ambos biólogos. Estuvimos hablando de los esfuerzos inconexos que se llevan adelante en España para defender la Naturaleza y de un ensayo de primavera silenciosa que, según parece, se ha realizado en Jaén. Estas cosas me ponen los pelos de punta. Se trata de hacer experiencias agrarias en un medio donde se han eliminado insectos, reptiles y pájaros. De no soplar la brisa, el silencio es de camposanto. Nos estamos saliendo de madre. La gente se olvida de que Mao decretó la guerra contra los pájaros que les comían los cereales y el arroz y, al año siguiente, pidió angustiosamente pájaros porque los insectos los devoraban a ellos. Tampoco sirve de nada la protesta airada de destacados biólogos y premios Nobel contra la decisión del Parlamento italiano de autorizar el exterminio de las aves. Los políticos son audaces e imprudentes en todas partes. Ignorar que los pájaros juegan un papel imprescindible en el equilibrio ecológico terrestre es, sin embargo, excesiva ignorancia.

7 de agosto. Ayer tarde me atacó un gallo cuando pescaba truchas en Mave, en el Pisuerga. Había una granja junto al río, y una tela metálica cortaba el camino de sirga, de forma que tuve que atravesar el cercado. Al hacerlo, las gallinas huyeron, como corresponde, pero el gallo me hizo cara y cuando menos lo esperaba se arrojó aleteando sobre mí y me dio un trompazo en el pecho con los espolones. Lo azoté con la caña, pero que si quieres; no retrocedió un paso. Ahuecaba las alas y se agachaba para saltar de nuevo. Mi situación resultaba muy desairada, pero como no era cosa de matarlo intenté ahuyentarlo arrojándole piedras.

Todo en vano. Entonces traté de marchar, pero en cuanto le di la espalda volvió a arrojarse sobre mí picoteándome el trasero. Al alejarme, se encaramó en las bardas y lanzó un quiquiriquí triunfal. Al comentarlo con Avellanosa, en Burgos, me decía que los gallos eran iguales a los hombres. La verdad es que yo había oído hablar de la agresividad de los gallos en defensa de su cuartel, pero nunca había vivido la experiencia. Ante la estupidez del gallo se siente uno igualmente estúpido y no sabe qué partido tomar.

10 de agosto. Esta noche se nos presentó inopinadamente Edgar Pauk. Traía su tesis *—Miguel Delibes: Development of a Writer (1947-1969)—*

terminada. Un enorme volumen de más de quinientos folios. Apenas llegado me preguntó: «¿Qué tiene Viñó contra usted?». «¡Oh, nada! —le dije—, son dos maneras diferentes de entender la trascendencia. Para él, llamar Pierre al protagonista de una novela, ambientarla en París y arrancar diciendo: "Hoy he roto con Dios", es muy trascendente. Para mí, la trascendencia depende de la carga humana de la novela, aunque el protagonista se llame Crescenciano». «¡Ah!», dijo él. Cenamos juntos y charlamos largo rato. A grandes rasgos me explicó el trabajo, ya que yo no leo inglés. Me parece bien orientado. Pauk ha dejado la Universidad de Yale y está ahora en Queen's College, en Nueva York.

11 de agosto. Subimos a la Laguna Negra con los Marías, los Carpintero y Emilio Ruiz y los suyos, después de citarnos en Vinuesa. Llevaba años pensando en esta excursión. Fue el primer día luminoso de un agosto un poco fúnebre. Esta parte de Soria es soberbia; la zona de la vieja Castilla que yo prefiero. Sin duda en estos bosques frondosos, erguidos sobre una tierra más o menos rojiza, es donde Ana María Matute ambienta sus novelas. Estamos lejos de las llanuras bélicas y los páramos de ascetas de Machado. O no tan lejos, bien mirado. De todos modos, esto de la repoblación forestal es una de las cosas realmente positivas que se han hecho en el país en los seis últimos lustros. La Laguna, arriba, a dos mil metros, entre dramáticos pinos retorcidos que nacen en las grietas rocosas, es verdaderamente fascinante. Hace años había que ganarse el espectáculo después de dos horas de caminata a campo través. Hoy había allí tres docenas de coches. Al año próximo habrá seis. Al otro, mejor será no verlo. Lo pasamos bien, en tranquilo, y no faltaron temas de conversación: Granada, América, carta a Rogers, la novela del exilio y los almuerzos de Pemán. Marías quedó en dar una conferencia en *El Norte* para diciembre, al tiempo que fallamos el premio Francisco de Cossío, cuyo jurado preside.

12 de agosto. Estuve por la tarde en el Rudrón, pescando truchas. Al principio entraban bien a la cucharilla pero, de repente, se cernió sobre el río una nube de hormigas con alas y se acabó lo que se daba. La trucha empezó a salir a la hormiga y aunque puse aparejo de mosca la trucha no se dejó engañar y únicamente al anochecer logré agarrar una, por cierto arcoíris, de las que echaron esta primavera. Es curioso cómo ha desaparecido esta especie del río. Ciertamente son más confiadas en la picada, pero esto no justifica su total eclipse, ya que el Servicio depositó en el Rudrón varios millares, en una

repoblación a mi juicio un poco precipitada. Nuestros ríos tienen todavía bastante trucha oriunda y lo que procede, antes de echar otras foráneas, es regular la pesca de aquélla, de forma que ni se multiplique demasiado ni se extinga. Siempre he llevado mal pescar el pez o cazar la pieza que otro me ha puesto, esto es, que ya ha sido pescada o cazada antes o ha nacido en cautiverio. Prefiero pescar —o cazar— poco, si el pescar mucho es a costa de una concesión pueril. Tal cosa me hace sentirme como un niño al que los mayores se obstinan en entretener con pelotitas y muñecos para que no llore. Me humilla, vamos.

14 de agosto. Di ayer y hoy las conferencias anunciadas en el Curso de Extranjeros, de Valladolid, que poco a poco ha tomado volumen y tono. El grupo —muy heterogéneo en punto a edades y orígenes— parecía interesado. Me limité a exponer a lo largo de media hora —cada día— los temas anunciados: «Novela de la posguerra civil» y «Aportación española a la nueva narrativa». El resto del tiempo lo dedicamos a charlar sobre los diversos problemas que aquéllos plantean. Creo que es lo que procede: hablar de lo que a ellos les interesa dentro de un esquema expuesto previamente. La cosa no resultó mal. A la salida bebí un vaso muy agradablemente con Emilio Lorenzo y César Hernández.

17 de agosto. He subido a los altos con Miguel, el veterinario, para conocer las lindes de lo nuestro. El domingo 23 se levanta la codorniz. Cada vez hay más hazas en estos páramos y, consecuentemente, también aumentan las aves. Estoy convencido de que a este pájaro le gustan los altos, y ahora que desaparecen linderos y espuendas con la concentración en la Castilla llana, la codorniz está más a gusto aquí no sólo por la frescura natural, sino por el cobijo que le prestan aliagas, pimpolladas y helechos. Los ingenieros de Concentración no son partidarios de que se extiendan las siembras por estos páramos. Preferirían el pasto. No sé, quizá tengan razón. Al bajar, el veterinario me estuvo enseñando un té silvestre que se cría en las rocas de Las Puertas, camino de Nocedo. Las plantitas crecen en los resquicios más inverosímiles, allá donde se forma un poco de mantillo. Tiene un olor muy aromático, más parecido a la manzanilla que al té. Lo he tendido sobre un periódico en la viga de la cabaña y cuando seque lo probaré.

18 de agosto. Hablé en el Curso de Extranjeros de Burgos de la aportación española a la narrativa mundial en los últimos decenios. Contrapuse la

opinión del hispanista italiano Carlo Bo a la de Ramón Buckley, profesor en Detroit. Bo dijo hace unos años —pocos— en *Corriere della Sera* que la nueva novela española no merecía un comentario porque sus tentativas de exploración en la narrativa de vanguardia eran prácticamente nulas. Tal afirmación —al reducir la calidad a la vanguardia— equivaldría a prescindir de Moravia, Bellow, Böll, etc., al valorar la novela actual. Para Buckley, en cambio, la novela española de posguerra ha realizado escarceos interesantes. Él ha necesitado todo un libro —*Problemas formales de la novela española contemporánea*— para exponer su tesis, es decir, que de entrada su trabajo parece más reposado y honesto que el de Bo. Ante la evolución de la novela, yo expuse mi punto de vista: considero pertinente la renovación del género renovando sus elementos (enfoque, cronología, construcción, personajes), no destruyéndolos. Por último formulé las razones por las que a mi juicio España no ha figurado en la avanzadilla renovadora, ni considero oportuno que figure. Entonces uno del auditorio me preguntó que, si yo pensaba así, qué significaba en mi carrera mi última novela, *Parábola del náufrago*. Me dejó un tanto perplejo, pero traté de hacerle ver que esta novela no había salido de mí por una decisión previa —«Voy a escribir una novela de vanguardia»—, sino por exigencias del tema (relatar una pesadilla) y de las circunstancias. Después estuvimos con el profesor Nougué, Martín Santos y otros amigos tomando vino y charlando en la Cueva.

19 de agosto. Estuvimos en Santander. Al menos no llovió, porque el agosto este, con el del año pasado, es lo menos agosto que he visto en mi vida. Ya no hay seriedad en las estaciones. No son nada de fiar. Nos bañamos sin sol y regresamos por Reinosa y el pantano del Ebro. Una vez más pude comprobar con satisfacción que La Montaña es una de las regiones españolas con personalidad más fuerte, más inmune a las influencias del turismo. Está igual que hace veinte años, sin postizos y con un digno nivel de vida. Únicamente las chirriantes carretas de bueyes han sido sustituidas por unos carritos más ligeros tirados por caballerías. ¡La dinámica de los tiempos!

20 de agosto. Me visitó Ramona Trullols, dominicana, profesora en Nueva York, que prepara una tesis sobre mi obra. Comió con nosotros y luego charlamos. Le dimos muchas vueltas a mi posición personal frente al progreso. Yo le dije que mi punto de vista era claro: las máquinas deben ayudarnos, deben servirnos, pero no deben esclavizarnos (y la TV es para mí una máquina más). Por eso aquellos que juzgaron reaccionaria mi actitud

frente al Daniel de *El camino* deben reconsiderar sus juicios después de Marcuse, de la deshumanización creciente que nos envuelve. Hablamos también de Santo Domingo y de la influencia norteamericana. Está visto que tal como está el mundo uno no puede vivir su vida. Tiene que elegir y echarse en los brazos de un amo. A última hora volví a confesarme con el magnetófono, que es un trasto que aborrezco, pero ella necesitaba esta grabación para su trabajo.

21 de agosto. Recibí carta de Sopeña. Vive unas horas de amargura, que comparto. Le han hecho dimitir irrevocablemente de su puesto al frente de la capilla de la Ciudad Universitaria de Madrid. Esto es tremendo. Las misas dominicales de Sopeña congregaban en su capilla a lo más progresivo de la inteligencia católica del país. El caso, a lo que se ve, es no dejar cabos sueltos.

22 de agosto. Terminé *Las memorias de Mosby*, de Saul Bellow. El libro está bien. Por otro lado, leo en *El Norte* que su última novela está siendo un *best seller* en USA. Me alegro mucho. A mí Bellow me parece un gran caracterizador de tipos: el más directo heredero de Steinbeck. Es duro pero tierno y, cosa importante, su sentido del humor está muy desarrollado. Cada día admiro más a los escritores con sentido del humor. Será porque escasean. Pero para exponer problemas graves no juzgo imprescindible la gravedad. El neorrealismo italiano nos mostró auténticas llagas con la sonrisa en los labios. Eso es el talento.

23 de agosto. La veda de la codorniz se levantó hoy. A las cuatro ya andábamos en danza los chicos y yo (Miguel y Germán vinieron ayer) para ir a Santa María del Campo, donde nos esperaba José Luis Montes. Los rastrojos estaban indecentes. La mala cosecha ha inducido a segar por el pie para, al menos, tener paja y, por otra parte, las empacadoras se llevan la poca que queda suelta. De esta forma la codorniz se larga o ha de refugiarse en junqueras y arroyos. La *Dina* trabajó bien pero como con una mano de cinco no podía, al dividirnos de dos en dos, había tres cazadores que se quedaban sin perro. De todos modos, trabajando de la madrugada a la noche colgamos setenta y nueve pájaros. Después de comer estuvimos viendo a José Luis pescar en el río con el trasmallo. Nunca lo había visto. Verdaderamente la red puede ser un procedimiento exterminador para los peces. Como otras muchas actividades, habrá que regularla con cuidado.

24 de agosto. Recibí las cuartillas de Tola. Este muchacho peruano, con su

mujer, Patricia, ambos cordiales e inteligentes, me visitaron hace unas semanas en Valladolid para que yo diese mi opinión sobre el *boom* de la novela hispanoamericana y la situación de la nuestra. Tuvimos que hablar delante de un chisme de esos que todo lo registra. Naturalmente, las cuartillas ahora no me gustan. Y, decididamente, tampoco me gusta hablarle a un magnetófono. Ignoro lo que les ocurrirá a los demás pero yo tengo días en que no acierto a poner juntas dos palabras y otros en que yo mismo me sorprendo de mi fluidez; me creo Castelar. De aquí que nunca me atreva a pronunciar una conferencia si no tengo a mano las cuartillas. En mis clases (y llevo ya veinticinco años dándolas) tampoco puedo prescindir del guión. No me fío de mí, vaya. Y si la cosa va bien, el guión no me estorba. Y si va mal, me agarro a él como un náufrago. Si fuese trapecista tendría que trabajar con red. Bueno, el caso es que mis respuestas a los Tola no me agradan y he tenido que dedicar un montón de horas a rehacerlas, total para no decir nada. Lo del *boom* es muy complejo y muy confuso. Dentro del *boom* hay unos señores como Vargas Llosa, Márquez y Rulfo que me gustan mucho, y otros que no me gustan nada, que son meros retóricos en busca de la eufonía. Para mí la novela no es la eufonía. Pero esto se dice en dos palabras y yo he tenido que llenar diecisiete folios. Hablamos demasiado.

26 de agosto. Esta tarde y la tarde de anteayer hemos andado a la codorniz en una siembra del Páramo de Masa. No habrá más de veinte hectáreas de rastrojo pero los pájaros no se acaban. Anteayer cobramos dos docenas y una hoy, pero dejamos hora y media de cazar a causa del nublado. La proximidad del sardón, donde se refugian, ha hecho de esta codorniz un pájaro menos roncero y más montaraz que los de Tierra de Campos. Algunas arrancan a cuarenta metros, antes de que las acose el perro. Por otro lado, cazar ahí arriba, dominando la topografía, es un placer de dioses. Y uno se acuerda de la polución atmosférica de las ciudades y se pregunta cuánto tiempo tardará el hombre en destruir la pureza de esta brisa.

27 de agosto. Leo en *Destino* un interesante reportaje de Bayo sobre Razquin, el fogonero que llevó a la reina a la frontera en 1931 y se trajo en el viaje de vuelta a Unamuno, Prieto, Ramón Franco y qué sé yo quién más. Razquin habla de la pita ensordecedora que hubo de soportar la reina en la estación de Valladolid, pero no cuenta el gesto conmovedor de Federico Santander —seguramente porque le pasó inadvertido— cuando en medio de un gran abucheo entregó un ramo de flores a la reina. Santander, según tengo

entendido, fue un gran tipo. Dirigió *El Norte*, dio la vuelta al mundo en automóvil antes del año 1930 y murió asesinado en Madrid durante la guerra. Fernando Altés Bustelo está encariñado con la idea de escribir su biografía. Yo estimo que sería un acierto. Santander debió de ser un hombre íntegro y flexible. Armonizar ambas cualidades no es fácil en este país nuestro. La biografía que proyecta Altés podría ser al propio tiempo una meditación sobre el hombre español. La figura de Santander impasible, con el ramo de flores en la mano entre la multitud vociferadora, bajo la visera de la estación, encierra un encanto poético que conmueve e infunde respeto.

28 de agosto. Hoy estuvimos en R. Los dos últimos matrimonios que vivían allí el año pasado se han bajado al valle, y el pueblo ha quedado vacío. Recorrer las callejas casi obstruidas por la ortiga y la zarzamora, en medio de un silencio sepulcral, impresiona. Casi lo más patético es que falte el cacareo de una gallina y el rebuzno de un asno. Me acordé de una novela que tengo empezada y que ignoro si terminaré algún día, en la que desarrollo el tema del éxodo rural castellano. Aparte este problema, incidiría una vez más en el del cainismo español. Los dos matrimonios supervivientes de R. que marcharon este año estaban regañados entre sí. Pero no sólo no se hablaban, sino que unos a otros se ahorcaban los gatos y se envenenaban los perros. Yo le preguntaba al señor P., cuando me acercaba por allí, qué hacía en los largos inviernos, bajo la nieve. «¡Coño! ¿Qué quiere usted que haga? Cojo una carga y a esperar a que escampe». «Bueno, señor P. —le decía yo—, ¿y si se tira nevando tres semanas?. —Yo quería saber hasta dónde llegaban sus defensas contra la soledad—. ¡Coño! —repetía él—. Pues agarro otra carga y listo». Poco a poco iba centrándole sobre lo que me interesaba: «Pero leerá usted o pensará algo, ¿no?». «Mire usted, a mí leer no me gusta. En cuanto a pensar, ¿qué quiere usted que piense? Lo único, de Pascuas a Ramos, me decía: “Anda P., que si te da un mal, te mueres aquí como un perro”». El señor P. no pensaba más. Lo he recordado al ver mudo el reloj de la iglesia. Y he recordado las mil historias que me contaba cada verano. Las casas de piedra noble, la mayor parte de ellas blasonadas y con arcos de dovela en los zaguanes, empiezan a derrumbarse bajo la presión de la madreselva y la zarzamora.

29 de agosto. La inestable paz de Oriente Medio no parece que vaya a durar mucho. Es una pena. Este verano ha traído cuatro noticias para mí muy esperanzadoras: el acuerdo germano-ruso, el nombramiento de representante

del Vaticano en Yugoslavia, la buena marcha de las conversaciones ruso-americanas para la limitación de armas estratégicas y el alto el fuego en Oriente Medio. Todo, especialmente esto último, un tanto precario; pero ciertamente durante los últimos años no han abundado las noticias positivas. Mientras no lo tengamos frío continuaremos agarrándonos a un clavo ardiendo.

1 de septiembre. Falleció Mauriac. Me ha afectado la noticia aunque la esperaba. Estos grandes cerebros cristianos estimulan mi fe. No importa que la lectura de Mauriac —cuyas novelas, tal vez por seguir el consejo de Gide, su contradictor («Es con los buenos sentimientos con los que se hace mala literatura»), estaban cargadas de pecado— me desconcertara. Me bastaba su fe. En uno de sus libros más íntimos afirma que a menudo le producía repugnancia acercarse a comulgar junto a ciertas personas. Yo he notado a veces la misma sensación, tan poco cristiana. Tenía un gran talento, Mauriac, aunque el momento no sea muy propicio para reconocerlo. He pensado en Jiménez Lozano. Para él sí habrá sido un gran golpe la pérdida de Mauriac. Le seguía semana a semana en su *block-notes* del *Figaro* y conocía su obra a la perfección.

2 de septiembre. Al fin se ha incorporado a *El Norte* Paco Martín Abril. Creo que esta nota diaria de Paco, cargada de nostalgia y de acendrado vallisoletanismo, viene muy bien al periódico. Sedante, literariamente impecable, es un contrapeso conveniente a las páginas inquietas y tensas que solemos hacer.

3 de septiembre. Se casó mi hija Ángeles —la primera en desfilar— en una ceremonia impresionantemente sencilla, muy de mi gusto, en la ermita de Moradillo de Sedano (ocho vecinos). Siento una gran conmoción interior.

4 de septiembre. Concluí *Los rusos de hoy*, del periodista soviético recién exiliado Leonid Vladimirov. La lectura me ha interesado, aunque el libro, sin pretensiones filosóficas, por supuesto, es demasiado esquemático e incompleto. De todos modos, después de lo visto en Checoslovaquia, lo de Rusia no me ha sorprendido. Los miembros del Partido equivalen a los privilegiados en los sistemas capitalistas. Su dios es también la producción. El hombre sirve a las máquinas. Y los desheredados, como en Occidente, viven hacinados esperando ocho o diez años a que el Estado-padre les ceda un piso

de treinta metros cuadrados. El capítulo referente al control de la prensa lo podría haber escrito yo. Es la misma cosa.

5 de septiembre. La victoria de Allende en las elecciones chilenas abre una incógnita en el futuro de este país y de toda América del Sur. Si Allende, como parece desear, consigue contener su triunfo dentro de límites democráticos, es evidente que la hora de la esperanza ha llegado para aquel continente. No olvidemos, sin embargo, los dos peligros que acechan: desviación hacia una dictadura marxista o el cuartelazo reaccionario. Chile, empero, me produjo una impresión de madurez política cuando pasé allí unos meses en 1955. Confiemos. A la hora de la verdad, si lo que cuenta es la voz del pueblo y nos atenemos a las cifras, concluiremos que un tercio del país no desea cambiar nada, dos tercios aspiran a estructurar su política en un sentido socializante y progresivo, y un setenta y cinco por ciento rechaza un comunismo dictatorial y, por ende, aspira a preservar los derechos individuales y la democracia. Ésta sería a mi entender la solución deseable: profunda socialización del país en lo económico y salvaguardar la libertad en lo político. América del Sur vive horas de inquietud y de esperanza. Chile tiene la palabra.

6 de septiembre. Ayer tarde, cuando subíamos a codornices por el camino de Mozuelos, vimos una perdiz albina. No era totalmente blanca, ya que aparte patas y pico rojos tenía manchas grises bajo las alas, en la pechuga y en la cola. Es la primera vez que veo vivo un bicho así. Luis y Tati Herrero tenían disecada una totalmente cana en su monte de Quintanilla de Abajo. De ahí la tomé yo para el episodio de *Diario de un cazador*. También tomé de un tío de los Herrero el personaje de don Juanito de *Diario de un emigrante*, aquel que cada vez que le arriman una guindilla a la cara se arranca a sudar. Es curioso, después de escribir una veintena de libros, analizar lo que hay en ellos de autobiográfico, de observado o de inventado. Creo que el novelista mezcla proporcionalmente lo que vive, lo que ve y lo que imagina. En sustancia pienso que el arte de novelar consiste en acertar a ensamblar estos materiales de distinta procedencia en una misma historia.

7 de septiembre. Hoy leí la tesis de María Elena G. de Jesús, una muchacha brasileña, *Cinco horas con Mario: una problemática*. En breves páginas consigue una vivisección muy lúcida de la novela. Ella hace ciencia o, por mejor decir, psicología, sociología y filología de lo que en uno no es más que

intuición. María Elena analiza los caracteres de Carmen y Mario a través de dos vertientes que ella considera claves en el libro: la erótica y la económica. Los métodos psicoanalíticos y estructuralistas que utiliza exceden mi capacidad de comprensión. Aunque al buen tuntún, me cabe la satisfacción de haber dado en el clavo al elegir los símbolos que tipifican a Menchu. Un inteligente trabajo el de esta chica.

8 de septiembre. Sedano anda angustiado. El año ha sido bueno de fruta pero nadie compra las peras ni las ciruelas. Hace tiempo que vengo animando a los sedaneses a crear una cooperativa, pues, con frecuencia, ellos venden a cinco y, en los mercados de Burgos o de Bilbao, la misma fruta se cotiza a veinte. Mas al parecer este año lo que ocurre es que los almacenes de Burgos están a rebosar. ¿Qué hacer con estos frutos perecederos, entonces? La ciruela claudia aguanta poco, unos días. Y la pera tampoco demasiado. ¿Habrá que dejarla perder? Esto es muy triste pero creo que es defecto del engranaje de comercialización. Fruta habrá mucha, pero está cara. ¿Qué hace el FORPPA? ¿Están todos los estómagos españoles saturados de fruta barata? Y si no es así, ¿por qué estas peras de Sedano no encuentran por el momento salida a ningún precio?

9 de septiembre. Mi hijo Miguel, que se dedica al estudio de la conducta animal, me habla de la maravillosa sensibilidad de un perro del biólogo austríaco Konrad Lorenz, que muerde a las visitas que no son gratas al maestro a pesar de que éste muestre hacia ellas una aparente cordialidad. ¿Qué raro mecanismo advierte al perro de que los visitantes son inoportunos, o que, por una u otra razón, no resultan gratos? Se trata de un prodigioso caso de intuición canina, y el profesor Lorenz podría hacerse rico cruzando el can con una perra igualmente avisada y alumbrando una raza de perros guardianes del espíritu. Hace un par de meses hablábamos mi mujer y yo con el matrimonio Yepes de las visitas intempestivas en su casa de Torrevieja. Marysia Yepes, que es la simpatía personificada, afirmaba que tenía que tejer en torno al músico un cinturón protector para que pudiese trabajar. Lo creo. Esto de las irrupciones sin avisar, cualquier día y a cualquier hora, es otro de los graves males que ha traído consigo la mecanización multitudinaria. Porque ante un hecho así no caben más que dos soluciones: mandar todo a hacer gárgaras y pasarnos la vida charlando de lo que interesa y de lo que no interesa, con quien interesa o con quien no interesa, o sentar plaza de

energúmeno inabordable y encerrarse en una torre de marfil. El perro de Lorenz podría abrir una tercera solución.

Recibí el libro de Lamb sobre estilística en la novela española. Incluye un trabajo sobre *El camino*.

10 de septiembre. Jean Tena me escribe desde Montpellier diciéndome que ha decidido abandonar su proyecto de tesis sobre Juan Pérez de Montalbán (1602-1638) y hacerla sobre la evolución de mi obra. Me conmueve la decisión de Tena, pues llevaba años pensando en Montalbán. Antes quiere hacer algo en Armand Colin (una antología) sobre la protesta o *contestation* en la novela española contemporánea. Aparte unos fragmentos de la *Parábola del náufrago* me pide unas cuartillas. Le envío unas líneas diciéndole que protesto contra las sociedades autocráticas, consumistas y deshumanizadas que estamos construyendo y protesto por igual contra los que protestan de estas sociedades mediante la evasión por la droga, el asesinato ritual o el petardazo irresponsable e indiscriminado. Para mí solamente el amor puede facilitar el cimiento de la nueva sociedad y de momento no veo el amor ni en los que detentan el poder ni en los que aspiran a derrocarlo. No veo el amor por ninguna parte. Al contrario, la insolidaridad se muestra por día más agria y violenta. De aquí que yo no esté muy seguro de que la humanidad vaya a ver amanecer el año 2000. Soy pesimista, pero el gigantesco espectáculo del mundo no me brinda motivos para dejar de serlo. Los secuestros aéreos de estos días son un botón de muestra.

11 de septiembre. He charlado con Miguel sobre la noticia que me dio Jiménez Lozano anteayer en Valladolid: los árboles, cuando van a ser talados, sufren terrores agónicos como cualquier animal. Esto es, los vegetales sienten. La información proviene de una revista de psicología francesa. Al parecer, un científico ha logrado captar las ondas de un árbol amenazado, similares a las que emite el cerebro de un hombre en capilla. Éramos pocos y parió la abuela. No me he atrevido a decapitar las caléndulas mustias como suelo hacer cada mañana.

Después de comer probamos el té silvestre que recogimos en las rocas de Las Puertas con Miguel, el veterinario. La infusión es de color verde pálido y un gusto muy acentuado, entre boldo y manzanilla. Resulta una tisana agradable. Mi mujer dijo que era la misma cosa que compraba su padre hace muchos años a una mujeruca en el desaparecido mercado del Campillo de

Valladolid, y que allí le decían té purgante. Al cuarto de hora, Juan, que se había tomado dos tazas, ya estaba en el retrete.

12 de septiembre. Me piden de la Universidad de Florida autorización para incluir un cuento mío en una antología para estudiantes americanos. Es exactamente el quinto permiso análogo que me solicitan en un mes. Imagino que a mis colegas les ocurrirá lo mismo. Por si a alguno le interesa —y no estaría de más unificar criterios— transcribo mi respuesta, que con leves variantes viene siendo la misma desde hace diez años: si el libro va a distribuirse gratuitamente entre los estudiantes, cuenten con mi autorización desinteresada, pero si, como supongo, es para su comercialización, condiciono mi visto bueno a la previa percepción de mis derechos de autor, aunque ya imagino serán modestos (en una ocasión cobré trescientas pesetas por una antología de este tipo). Poco o mucho, no veo motivo para regalar a nadie nuestra participación legítima.

14 de septiembre. Juan y yo cerramos ayer la temporada de codorniz con veintiún pájaros. Marramos varios porque la *Dina* se obstinó en cazar por su cuenta. Lo sorprendente es que hiciésemos la percha sin movernos de un rastrojo de cebada que no llegaría a las seis hectáreas. Los de trigo estaban ralos y ni los miramos. En total, en quince tardes, hemos cobrado trescientas tres codornices (y hemos pelado otras tantas, ya que la peladura de la codorniz, tan exigente, es en mi casa una tarea comunitaria). El otro día vi en un restaurante de dos tenedores que la pareja de codornices iba a ciento cinco pesetas. Si las matemáticas no mienten, en un par de semanas nos hemos merendado quince mil pesetas de codornices. ¡Somos unos estómagos de lujo!

15 de septiembre. Encontré en la calle, en Valladolid, al padre Martín Descalzo. Hacía más de un año que no le veía, antes de su viaje a América y de ser nombrado director de *Vida Nueva*. Le elogié la revista, su nueva línea, y le dije que imaginaba que tendría disgustos. Le encontré de nuevo vital e incisivo (últimamente me daba la impresión de que en Madrid le habían apagado un poco). José Luis es periodista sobre todas las cosas. Hombre de pluma fácil, sincera y enérgica, y hombre de ideas, de organización. Jorge Guillén, que coincidió con M. D. en mi casa, dijo de él que era como un joven novillo lleno de fuerza. Quedamos en reunirnos a comer un domingo en Alcazarén, en casa de Pepe Lozano, antes de que se abra la perdiz.

16 de septiembre. Santiago Álvarez, amigo y compañero de *El Norte de*

Castilla, uno de los pocos seres —familia aparte— que es capaz de descifrar mi letra, tiene la gentileza, desde hace años, de copiarme desinteresadamente artículos y novelas. Hoy me ha hecho una aguda observación digna de un psiquiatra: cuando yo aprieto letra con letra, como arropándose unas con otras, de forma que quepan muchas en poco espacio, mi espíritu pasa por un período de depresión. Y, al contrario, en las temporadas de relativo optimismo, mi letra es grande, tendida, pródiga, abierta. Así era, por ejemplo, el manuscrito de *Diario de un cazador* —lo he verificado—, y en cambio los manuscritos de *Cinco horas con Mario* y *Parábola del náufrago*, son macizos y tupidos y, por añadidura, están muy corregidos. El lado malo de esta observación de Santiago Álvarez es que ya tengo una preocupación más a la hora de sentarme a escribir. El día que la letra salga prieta, metida y desigual, desconfiaré de mi objetividad, puesto que mi estado de ánimo es sombrío y pesimista. Pero me sucederá lo mismo cuando mi letra sea grande y generosa, puesto que ello es indicio de que propendo a ver las cosas de color de rosa. ¿Tienen las cosas color en realidad o se lo ponemos nosotros?

17 de septiembre. Esta mañana mordió la *Dina* una mano a mi vecina y compariente Rosario Fisac. La perra se había desatado y se marchó por su cuenta a la puerta de la cochera. Al parecer, Rosario Fisac trató de encerrarla para evitar que la atropellara un coche y, al intentar acariciarle la cabeza, le tiró el viaje. Las reacciones de estos animales no suelen ser arbitrarias. Ayer por la tarde decidí llevar a la perra a dar un paseo. Ella me olisqueó las botas y los bajos de los pantalones y se imaginó que íbamos de caza. Al llegar a la Tobaza, cerca de la cochera, mi mujer y Rosario Fisac deliberaron un rato y decidieron que en lugar de subir al páramo las llevase a Burgos a hacer unas compras. Me costó Dios y ayuda amarrar de nuevo al animal en su caseta. De madrugada consiguió desatarse y se dirigió a la cochera, donde se dispuso a aguardarme. Con seguridad seguía esperando la excursión truncada. Y al morder a Rosario se vengó de la que consideraba responsable del inesperado cambio de plan. Todo esto no son sino frutos de mi imaginación —espoleada por las observaciones de Konrad Lorenz—, pero guardan cierta lógica. He de hablar de ello con Miguel si vuelve por aquí. Actualmente anda cazando ratones en los Pirineos.

18 de septiembre. Terminé el *San Camilo*, de Cela. Los españoles, con tener innumerables defectos, somos algo más que sexo e intestinos, creo yo. Tampoco estoy de acuerdo con eso de que a fascistas y comunistas foráneos

no les diera nadie vela en nuestro entierro (la guerra civil). Mi idea al respecto es que por los dos lados se repartieron velas como rosquillas. Al margen queda, naturalmente, el gran talento literario de Cela, que no es cosa de discutirlo.

19 de septiembre. Pedro Santamaría atrapó en San Felices un lirón gris. Lo mató a escobazos en el granero. Con ello se demuestra que esta especie, que los zoólogos relegan a la zona norte de la cordillera cantábrica —con dos únicas penetraciones hacia el sur, La Demanda y Los Ancares—, también se da en La Lora. La distribución de la fauna por la península no está bien delimitada. Para este estudio hace falta algún dinero, pero nadie lo da o, en el mejor de los casos, lo da con cuentagotas.

21 de septiembre. Me dice Kellex, comentarista agrícola del periódico, que las obras del Plan Tierra de Campos, en lo que afecta a Valladolid y Palencia, no progresan. No hay dinero y la empresa se ha ido con las máquinas a otra parte. Zamora y León van tirando con las tomas realizadas en el río Esla y la red de acequias y canales construidos. De todos modos, el plan, aunque ambicioso, no iba a redimir la economía agrícola de Castilla, o, si es caso, redimiría una zona. Por ello creo que más económico y equitativo sería alumbrar pozos aquí y allá y extender los riegos por aspersión, que están dando buenos resultados. De esta manera cada pueblo tendría un porcentaje de tierras irrigadas que aliviaría su penuria. Le pregunté a Kellex si no es todavía hacedera la supresión de barbechos en el secano, esto es, la siembra de trashoja en lugar de año y vez, y me dijo que para estos pagos todavía no se ha inventado el abono que sustituya al oreo natural de la tierra. Con todo, el proceso de mecanización del campo sigue su ritmo. Y entre el subsolamiento que permite el tractor y el incremento de abonado, se hace cada vez más improbable la cosecha catastrófica. Desde luego, de muy pocos años a esta parte se advierte en nuestros pueblos miserables como un cierto esponjamiento.

22 de septiembre. Anoche, cuando leía plácidamente antes de acostarme, advertí un tintineo nervioso en los cristales de la puerta. Me sorprendió ver aletear un pájaro, pues hacía cuatro horas que había anochecido. Me incorporé pensando que al verme escaparía pero, al contrario, cuando giré el picaporte y entorné la puerta se apresuró a entrar en casa. Estaba muy agitado y nervioso, y su pechuguita subía y bajaba a compás de la respiración. Era un chochín

minúsculo. La única explicación plausible es que estaría acosado por alguna rapaz nocturna. Lo dejé reposar media hora sobre el arca y luego lo solté por la parte trasera, junto a los olmos.

23 de septiembre. Me parece muy sagaz el ensayo de Bernard Pingaud *La antinovela: sospecha, liquidación o búsqueda*, que acabo de leer. Sin embargo, no comparto su idea de que Kafka, Hemingway y Camus —entre otros— representen un estadio de la novela equidistante entre la novela dogmática de Balzac y la novela objetiva de Robbe-Grillet. Estas corrientes narrativas no se suceden: coexisten, son paralelas. Se trata, creo yo, de dos corrientes simultáneas, de intención opuesta: una que busca la solución de la novela mediante la apertura de nuevos cauces y otra que da aquélla por periclitada. Kafka y compañía intentan renovar los elementos de la novela respetando su esencia. Robbe-Grillet y los suyos tienden a destruirlos. En todo caso el concepto *novela objetiva* se presta a confusión. Objetiva (de objeto) es la novela de Robbe-Grillet, y objetiva (de imparcial) es, como ejemplo ilustre, la novela de Ferlosio *El Jarama*. Aquél destruye tema, personaje, tiempo… Ferlosio los respeta, ordenándolos conforme un nuevo y personal criterio. Ferlosio es novelista; Robbe-Grillet, no. No digo que no sea un genio, digo simplemente que no es novelista. El *nouveau roman* es un género híbrido, nacido de las circunstancias, al que no hay por qué echarle a reñir con la novela. Son cosas distintas.

24 de septiembre. De mañana regresamos a Valladolid. Este año no hubo drama pero sí las inevitables caras largas en los chicos. El año pasado, la despedida de *Zuri*, un pichoncito blanco domesticado, fue patética. Adolfo —nueve años— llegó a tal extremo de identificación con el pájaro que el avecilla le seguía a todas partes y cuando se cansaba de volar se le posaba en el hombro. El niño le hizo un nido en una caldera de cobre y el animalito dormía allí a gusto, pero cada vez que sentía hambre o sed abandonaba la caldera y recurría a él piando desaforadamente. El pichón comía en su mano y bebía en su vaso. Al marcharnos, Adolfo confió el pichón a los parientes de la Tobaza, de cuyo palomar procedía. El primer día *Zuri* salió de mañana con el bando, pero en las frecuentes incursiones de éste al palomar no participó. Según parece, se pasó el día entero junto a la casa esperando en vano la llegada del niño. Al oscurecer, regresó a la Tobaza y se posó en la ventana de la galería piando lastimeramente. Allí le dieron de comer y de beber. Al llegar las nieves, *Zuri* fue encerrado con otras dos palomas en el desván-palomar de

José María, el Andaluz, y al anunciarse la primavera lo mató una comadreja de una dentellada. Al marchar este año hemos recordado a *Zuri* pero con serenidad. La inminencia de la escuela parecía preocupar más a los pequeños que el recuerdo del pichón muerto.

25 de septiembre. Hoy reanudé formalmente mi actividad en el periódico. Hace un calor insoportable. Di una vuelta por la Huerta del Rey —el ensanche de Valladolid— y me sorprendió el número de estructuras que han brotado allí este verano. Ya era hora. La Huerta del Rey llevaba muchos años urbanizada y, sin embargo, no podía edificarse allí. En tanto, los solares de la ciudad antigua se vendían a precio de oro y, por si fuera poco, las viejas rúas y las plazuelas recoletas iban día a día perdiendo carácter. Valladolid, siempre lo he dicho, tiene más historia que piedras. Pero había barrios con personalidad que han sido modernizados de una manera grosera. Valladolid ha enajenado el poco valor que tenía. Ha sido inmolado al funcionalismo, la verticalidad y el gresite, cosa incomprensible en una ciudad que podía haberse extendido por los cuatro puntos cardinales sin obstáculo serio que lo impidiese.

26 de septiembre. Vintila Horia publica un ensayo enjundioso en *La Estafeta Literaria* sobre *Parábola del náufrago*, al que califica de libro sin esperanza. Y, en efecto, dentro del libro no la hay (no hay esperanza), como no hay piedad. Pero si yo no he tenido piedad de Jacinto San José, criatura de ficción, es porque la tengo de los lectores, criaturas de carne y hueso. Entonces, mi esperanza (que desde luego está fuera del libro) estriba en que los hombres de verdad acertemos a escarmentar en una cabeza ajena de mentira.

27 de septiembre. Estuve en los toros. En mi vida he ido una docena de veces. No me gustan. Comprendo que deben de tener su duende pero yo no acierto a hacerme con él o él conmigo. Me parece un suplicio organizado y, lo que es peor, coreado. Algunos arguyen que un cazador no tiene derecho a decir esto. A mi entender no hay cosa con cosa. La caza es un deporte; los toros, un espectáculo. La perdiz puede escaparse; el toro, no. La caza no tiene este carácter de tortura progresiva y cruenta —puyas, banderillas, estoque, puntilla— que distingue a los toros. En fin, para mí el interés de los toros se limita a la grada. Ayer un espontáneo, ante un puntazo atornillado, chilló con mucha sombra: «¡No lo pinches más que, si no, mañana no hay quien lo coma!».

28 de septiembre. Camino de Zaragoza pasamos unas horas en Soria con

Emilio Ruiz y su mujer. Cada día me gusta más Soria. A nuestras ciudades grandes las están matando el ruido y la circulación mecánica; a las medias, las pretensiones. Como ciudades vivideras, realmente acogedoras, sólo quedan las pequeñas: Zamora, Logroño, Salamanca, Gerona, Huesca… y naturalmente Soria. En Soria hay un par de cines, un par de periódicos —que se publican en días alternos para no estorbarse— y un par de semáforos que no hacen ninguna falta, pero así los sorianos aprenden cómo funcionan para cuando tengan que desplazarse a una de esas ciudades absurdas donde el automóvil es el rey. Pero Soria, además de sus piedras y sus alrededores, bellísimos, tiene una actividad intelectual envidiable con dos cabezas visibles: la Casa de la Cultura, que lleva Pérez Rioja, con muy buen tino, y el SAAS, una agrupación de artistas de todo orden polarizados en torno a los hermanos Ruiz —Antonio, el ceramista, y Emilio, economista y escritor— y Heliodoro Carpintero. A temporadas —largas temporadas— se incorporan Julián Marías, Cela, Gaya Ñuño, Lafuente Ferrari, Carpintero *jr*. y otros grandes de nuestras letras.

29 de septiembre. Hablé en Zaragoza sobre los nuevos rumbos de la novela. Fue un acto muy protocolario en vísperas de las ferias del Pilar. Sin embargo, ya es algo que una ciudad se decida a incorporar conciertos y conferencias a su programa de festejos. Me presentó, con su habitual generosidad, Francisco Yndurain. Al concluir me habló de un posible encuentro de novelistas españoles y portugueses en Lisboa al amparo de no sé qué fundación. Podría resultar interesante. Sería una oportunidad para charlar con Namora, del que no tengo noticias desde hace años.

30 de septiembre. Comimos con Olegario Ortiz —que regresa a la Facultad de Medicina de Valladolid, atraído por la patirroja—, su mujer y el matrimonio Horno Liria. Luis Horno me confesó que lee a razón de un libro diario pero que, con todo, se siente desbordado por la cantidad de letra impresa que ve la luz en el país. He aquí un grave problema. Hoy día todo hombre culto, de la especialidad que sea, publica sus libros, muchos de ellos notabilísimos. Pero uno se siente cada día más impotente para abarcarlo todo. ¿Qué significan los 365 libros que puede leer anualmente Horno Liria —un lector infatigable— ante los diez, los doce mil que se publican en el mismo período en el país? Ha llegado un momento en que los libros nos pueden. Yo me hice construir hace años unos pequeños estantes para los libros que esperaban turno —tres o

cuatro docenas— y hoy son más de quinientos. Dentro de pocos años serán mil. La conciencia de que me moriré sin leerlos me desazona.

1 de octubre. Mi hija Elisa estudiará licenciatura francesa. Me agrada que conecte con el origen. Mi abuelo Federico era francés, de Toulouse. Vino aquí a construir el tramo de ferrocarril de Alar del Rey a Santander. A las puertas de Molledo-Portolín hay un túnel importante, excavado en la roca viva, que debió de costar Dios y ayuda perforar. Allí conoció el abuelo a la abuela Saturnina y allí se casaron. Parece ser que el abuelo Federico era un tanto hurón y una vez asentado aquí no volvió por su patria. Montó una serrería en Valladolid, y en Valladolid le enterraron. Ahora, con la decisión de la chica de estudiar la lengua y la cultura francesas, parece como que nos redimiera a tres generaciones de una desafección casi secular.

2 de octubre. Recibo carta de Paco León en nombre del Club Alcyón. Ya tienen casi listos sus originales sobre el libro *La caza de patos y otras acuáticas* que preparo con ellos. A finales de mes vendrán por Valladolid a cambiar impresiones. Yo me aficioné a cazar patos al conocerlos en Madrid hace seis años. Antes derribé algún que otro azulón y alguna que otra cerceta de pasada, en los labajos, charcas y riberas de los ríos cuando cazaba otra cosa. Ahora soy un entusiasta sin reservas de la caza acuática organizada. Los preliminares, con el despertar paulatino de la laguna, son literalmente encandiladores. Y el tiro también tiene sus dificultades y, en consecuencia, su encanto. Lo que me temo es que con este libro no hagamos otra cosa que echar carne a la fiera. En este país, en asuntos cinegéticos, los inciviles pueden más que los civiles, y si ahora les da a los desaprensivos por lanzarse en masa a la laguna, ¡Dios nos coja confesados!

3 de octubre. Jean Tena ha pasado dos días en Valladolid. Hemos divagado largo sobre su tesis y sobre lo que no es su tesis. Tena piensa reducir su estudio a mis cuatro últimas novelas. Se llevó el manuscrito de *Parábola del náufrago*. Estos hombres sacan punta de todo. Hay que ver el libro de Anthony Lamb. ¡Qué tío! En diez renglones de *El camino* ha encontrado dilogías, metonimias y sinécdoques para llenar un camión. Si uno supiera al tomar la pluma la cantidad de cosas raras que puede producir en cinco minutos, se esterilizaría. Firmé contrato con la editorial Vysehrad, de Praga, para la edición checa de *Cinco horas con Mario*. El *Diario de un cazador* está haciéndolo Odeón.

4 de octubre. Hoy publicamos un editorial sobre la absoluta indiferencia pública en torno a las elecciones municipales. Esto no significa crisis de las ideologías, sino fracaso de la monocromía. Si la elección recayera sobre todos los componentes del ayuntamiento, empezando por el alcalde, y cada uno pudiera anticiparnos su programa, podríamos saber al menos quién antepone la creación de escuelas a la pavimentación de la plaza mayor, pongamos por caso. Pero el alcance de estas elecciones, desgraciadamente, es mucho más modesto.

5 de octubre. José Varela Ortega, nieto de Ortega y Gasset, lleva años investigando en la hemeroteca del periódico para su tesis *Política cerealista durante la Regencia*. Piensa doctorarse en Oxford. Aparte la colección, ha revuelto cincuenta archivos y recorrido otros tantos pueblos. Hoy, charlando con él sobre el pasado y el presente del campesinado castellano, me ha dicho: «Apresúrate a escribir tus novelas; la Castilla rural desaparece». Y es cierto. Y las razones no son exclusivamente económicas. Existe un desdén, una desafección creciente por el campo a todos los niveles. Hay muchos que escapan de él a conciencia de que en la ciudad van a pasarlo peor. La televisión —sin enseñarles nada a cambio, simplemente encandilándoles con las oportunidades de la sociedad de consumo— está destruyendo su personalidad —tan viva hace apenas diez años—, su talante, su orgullo y hasta su idioma. Esto encaja, creo yo, dentro de la deshumanización general que nos envuelve. Las cosas despiertan nuestra codicia hasta tal extremo que incluso nos llevan a renegar de valores permanentes como la Naturaleza. No acertamos a dignificar la vida en los pueblos, conservando vivo el amor a la tierra. No acertamos o, a lo peor, ni siquiera lo hemos intentado.

6 de octubre. Al fin pude ver *Helga*. Es un documental de cierto interés, pero no me parecen justificados ni el escándalo ni el entusiasmo despertados en torno a ella. Hay una escena que considero superflua y falsa: cuando el niño descubre a su madre desnuda y le sorprende más su sexo que el vello. Con todo, la película puede valer como ilustración de los no iniciados. A los demás no les enseñará gran cosa. La puesta en escena (ambientes, decorados, color, composición de planos) me pareció de una cursilería de tarjeta postal. No había visto señalado este defecto en ningún comentario, pero para mí es evidente.

7 de octubre. Asistí con mi mujer, en Madrid, a la sesión del seminario, montado por Álvarez Bolado en el Instituto Fe y Secularidad, sobre «Crisis del catolicismo». Veinte estudiantes para dos grandes cabezas: José Luis Aranguren y José Jiménez Lozano. Aranguren y Lozano centraron el problema de la Iglesia antes como acontecimiento que como esencia, y la crisis del catolicismo como un aspecto de la crisis sociológica general. Al final, Álvarez Bolado recogió cabos y habló de la angustia, especialmente en los que tenemos más o menos su edad y fuimos educados en el preconcilio y madurados en el posconcilio. Lozano confesó que él no siente ninguna angustia. Es un caso admirable, el de Lozano, porque su fe es profunda y —cosa muy rara en el país— fundada. Todo lo contrario de la fe del carbonero. Luego cenamos juntos los cinco. Aranguren dará, si puede, una conferencia en el periódico. Depende de que se confirme o no su proyecto de viaje a Chile. Luego le hablé de su libro de memorias, que tanto me ha interesado, y le hice ver que emplea con mucho tiento la ironía y el sarcasmo, la fuerza terriblemente demoledora de su pluma, quizá debido a su sensibilidad cristiana. Respondió que no, que se debe simplemente a elegancia y buen gusto. Yo sigo pensando que la ética es para él mucho más que una asignatura.

8 de octubre. Pasamos la mañana en el Prado, contemplando una vez más las salas de Goya. La transición de este pintor es algo que sobrecoge, tal vez porque es la demostración clara de que las cosas no tienen luz por sí mismas. Las vemos bajo la luz que proyectamos, simplemente. Entonces el problema de la objetividad se complica. El mundo no es tan dulce y bucólico como lo pinta el Goya de la primera época, pero tampoco, supongo, tan sombrío y espeluznante como lo interpreta el sordo de la Quinta. Nada de esto es obstáculo, claro, para que el genio esté en los dos, porque el genio no deja de serlo en la exultación ni en la desesperanza.

9 de octubre. Comí con Umbral y Leguineche. Umbral —que hace unos días armó una marimorena en Valladolid porque en el pregón de ferias habló del Valladolid triste y famélico de la posguerra que él conoció de niño, cuando el público esperaba que hablase del desarrollo, los semáforos, las maxifaldas y todo eso— me dice que su libro sobre mí aparecerá en enero. Con Leguineche quedé el 23 para hacer lo de *Estudio abierto* en la TV. No sé lo que es eso de *Estudio abierto* porque todavía no tengo en casa el invento. No me parece sano para los chicos, aunque ahora salen algunos psiquiatras con que el

carecer de televisión crea niños desplazados. Yo pienso que para soslayar el consumismo, nada como evitar los condicionantes. En fin, el 23 veremos qué es eso.

12 de octubre. Ayer se abrió la temporada de caza. Como siempre ocurre, perdices se vieron pocas. Cuando empiecen los fríos y terminen las vendimias, será cosa de censar los cazaderos. La novedad —que no sorpresa — es la confirmación de lo que ya vaticinaba hace un año en *El Noticiero Universal*: la resurrección espectacular del conejo tras el grave y prolongado bache de la mixomatosis. Las mismas escopetas cobramos ayer catorce conejos contra uno cobrado el año pasado en el mismo lugar. Esto, después de la dura sequía —tan favorable para la propagación de la peste—, es un indicio claro de que la especie se recupera. En cambio, la liebre ha disminuido sensiblemente en el mismo lugar, lo que prueba que los nichos ecológicos de ambas especies se interfieren aunque no parezca haber motivo para ello.

13 de octubre. Cazamos en el monte de Esteban Monturus. La resurrección del conejo también es aquí palpable pese a la escasez de pasto. Cobramos ocho, más cuatro perdices y una liebre. Luego comimos las consabidas lentejas de Julita Monturus, que las prepara como nadie. A la comida asistieron dos jóvenes curas gallegos que iban camino de Zamora a ver a Gamo. Me preguntaron qué pensaba yo sobre la lengua y la cultura gallegas. Les respondí que, a mi juicio, un país es tanto más rico cuanto más vario, y que para mí la variedad no debe afectar a la unidad. A la unidad la amenaza más la terquedad por uniformar lo que por esencia es diverso. Luego hablaron de la pobreza y la injusta estructuración de Galicia y me animaron a escribir una novela sobre el tema. Yo les dije que escribir una novela ambientada en Galicia después de pasar allí una corta temporada sería por mi parte una frivolidad imperdonable.

14 de octubre. Esta mañana visité a don Félix Menjíbar, nuevo arzobispo de Valladolid, con tres compañeros del periódico. Martín Descalzo nos lo pintó hace un mes como un hombre virtuoso, a la derecha de la izquierda y a la izquierda de la derecha. Un hombre de centro, en suma. Tal postura ponderada en un obispo que roza los setenta no estaría mal. De entrada me hizo la impresión de un hombre sereno y apacible. Tenía encendido el brasero a pesar de que en la calle hay veinticuatro grados y me dijo que trabajando se le enfriaban los pies. A mí me sucede lo mismo en pleno verano, de manera

que no me chocó. Eso sí, le advertí que en este palacio, con techos de cinco metros, en el mes de enero se congelaría. Me dijo que estaba preparando un rinconcito más acogedor y que el palacio no lo utilizaría. Aproveché para informarle de la escasez de centros escolares en la ciudad, ahora que tanto se está hablando de igualdad de oportunidades.

15 de octubre. En una amable carta, Luis María Ansón me invita a colaborar en *ABC*. Ansón es demasiado joven para recordar lo que me ocurrió con *ABC* hace cosa de diez años, sin que hasta el momento haya recibido la menor satisfacción. El caso es que, tras mucha insistencia por parte de aquel periódico, acabé por aceptar formar parte del jurado para el Premio Mariano de Cavia, que presidía Camón Aznar. Un buen día, estando yo pescando truchas en Sedano, oí por radio que «habíamos» fallado el premio «por unanimidad» en favor del actual ministro de Obras Públicas, señor Fernández de la Mora. Aquella comedia me indignó mucho. Recurrí al jurado, al director del periódico y al señor marqués para que puntualizaran, todo en vano. Entonces, con la ley en la mano, apelé a Muñoz Alonso, director general de prensa, quien me rogó que tuviera en cuenta el prestigio del *ABC*, el prestigio del premio, el prestigio del premiado y el prestigio de mis compañeros de jurado antes de tomar una decisión. Le respondí que tenía en cuenta todos esos prestigios pero que no podía prescindir del mío, y que si no me facilitaban una buena razón que explicase su actitud insistía en que la agencia Cifra y el ABC rectificasen la noticia difundida por todo el país en el sentido de que yo no había votado. Hasta ahora. Mi único consuelo fue que los directores de una docena de periódicos amigos insertaron la carta que les remití. Pero el *ABC* y sus mentores no me han dado aún una explicación pública ni privada, con lo que empiezo a perder las esperanzas. Y por ahí andará el acta correspondiente sin firmar, si es que algún grafólogo no me ha tomado la mano. Esto se lo contaré a Ansón para corresponder a su gentileza. Y no es que yo archive rencores, ni que mis resentimientos sean vitalicios; sencillamente, no me agrada trabajar en una empresa donde pueden ocurrir semejantes cosas. Porque lo más divertido (?) del caso es que, pocos meses más tarde, el señor marqués, en animada polémica con Dionisio Ridruejo, le decía muy seriamente que el ABC era un periódico que podía ufanarse de que desde su primer número no había dejado a nadie en la indefensión…

16 de octubre. Recibo una extensa crítica de *Parábola del náufrago* publicada por Josefa Rivas en la *Revista Hispánica* de Ámsterdam. Me llama la atención

el empeño de la comentarista por relacionar mi libro con mi viaje a Checoslovaquia. En efecto, esta visita y la subsiguiente invasión rusa del país influyeron en mí, pero para encontrar precedentes a Jacinto San José no hace falta irse tan lejos. El gregarismo, la autocracia, el endiosamiento de la técnica, la destrucción sistemática de la Naturaleza están aquí y allá. Es decir, don Abdón nos amenaza por todas partes. Lo que necesitamos es un poco más de habilidad y de arrojo que Jacinto San José para romper el cerco. La nota abunda en aciertos, como esa observación —que tal vez operó en mi subconsciente— de que Sa-m-sa, el héroe (?) de La *metamorfosis*, es también capicúa, como don-Ab-dón, y —añado yo— como el propio Ka-f-ka.

17 de octubre. Esta madrugada he cumplido cincuenta años. Las decenas, en la edad, son hitos decisivos que invitan a la meditación. Y lo peor no es ser cincuentón —que eso les pasa a todos los que no se mueren antes—, sino la conciencia de tener cincuenta años —o de no tenerlos ya— y su irrupción inesperada. Uno diría, remedando al poeta: «La madurez ha venido, nadie sabe cómo ha sido». En tal sentido no deja de ser risible que, hasta hoy, cada vez que oía hablar de jóvenes novelistas o de matrimonios jóvenes, no podía evitar la sensación de sentirme aludido. Este guarismo de los cincuenta acaba con esta sensación, que ciertamente no era desagradable. Cincuenta es una cifra abultada y respetable (es la edad de los «ancianos» que en la crónica de sucesos de mi compañero Cerrillo resultaban arrollados por el tren en el vallisoletano Portillo de la Merced durante los años treinta). ¡Ahí es nada, la mitad de centenario! Al cumplir los cuarenta, uno piensa que el pasado y el futuro previsible —con un poco de optimismo— se equilibran. En los cincuenta, el platillo del pasado se lleva el fiel de calle; tira mucho más. Desde la cima de los cincuenta se vislumbra ya la muerte.

18 de octubre. En el programa de noche transmitió la TV el reportaje sobre caza que me hicieron el jueves en Las Gordillas. La imagen dio bien. Lo lamentable es que omitieron mi varapalo a la prórroga de la temporada en ciertas provincias del sur, como se hizo el año 1969. La veda la dicta el apareamiento de las especies, y éste, como es sabido, lo impone el clima y, consecuentemente, se produce antes en el sur que en el norte. La disposición a que aludo no tenía, por tanto, justificación. Tan sólo se explicaba por el hecho de que algunos prohombres madrileños se hubieran quedado con ganas de dar gusto al dedo. Con ocasión de un reportaje sobre Valladolid hace pocos años, me ocurrió lo mismo. Había que reducir media cuartilla del texto y lo que

sobraba (?) eran las alusiones a las carreteras intransitables, la destrucción sistemática de los viejos palacios y el abandono de los medios rurales. Luego nos dicen que hacemos crítica destructiva, y no es exacto; lo que tratamos de hacer es paliar, en una pequeña parte, los triunfalismos de la televisión.

19 de octubre. Una emisora japonesa me envía un puñado de dólares por la difusión de un relato mío. Estas cosas, por desusadas en nuestro mundo, le confortan a uno. Es lo mismo que en Praga, donde después de hacerme una entrevista me abonaron unas coronas en concepto de colaboración, «puesto que había llenado un programa».

20 de octubre. El secuestro y subsiguiente asesinato de Pierre Laporte en Canadá es, por ahora, el último acto de una serie de atropellos registrados en Uruguay, Guatemala y Ammán contra las personas físicas. La repugnante política de los rehenes, donde las víctimas generalmente son inocentes, es la contrapartida de la represión desde el poder. Robert Escarpit, refiriéndose a ellas, dice en *Le Monde*: «Se trata de dos máscaras diferentes de firmeza sobre un mismo rostro de impotencia». La quiebra moral de nuestra época ofrece cada día perfiles más inquietantes.

21 de octubre. Una cosa que no entiendo. Después del cacareo aturdidor de los últimos meses, uno esperaba para este curso la puesta del huevo de la escolaridad obligatoria y de la iniciación de la gratuidad de la enseñanza, camino de una verdadera igualdad de oportunidades en la educación. Sin embargo, en cada capital de provincia hay millares de niños sin escuela y los colegios han subido sus tarifas de un veinticinco a un cuarenta por ciento. ¿Se trata, una vez más, de fuegos de artificio o del último coletazo de la injusticia en este terreno?

23 de octubre. El *Estudio abierto* de la tele, que dirige Manu Leguineche, resultó demasiado abierto para mi gusto; una emisión cara al público, en resumidas cuentas. Desde niño sentí horror por los escenarios, y la sola idea de vestirme de monaguillo me desazonaba. Pero un día no lo pude evitar, me colocaron una túnica azul y blanca con encajes en los bajos y las bocamangas, me pusieron entre los dedos un incensario, me propinaron un empujón y allí me vi indefenso, en lo alto de las gradas, moviendo el botafumeiro como un péndulo ante las divertidas miradas de mis compañeros. Tendría apenas diez años, pero mi aturdimiento fue tal que terminé volcando el incensario y quemando la alfombra. Afortunadamente hoy no tenía que mover el

incensario. Iñigo me lanzó una sarta de preguntas y salí del paso como pude. Al hablarme del actual confusionismo religioso y del Concilio, aproveché para decir que la confusión no derivaba del Concilio, sino de nuestra interpretación del Concilio, y puse como ejemplo el hecho de que los cristianos españoles que rigen la prensa acaban de multarnos a los cristianos que hacemos *El Norte de Castilla* por publicar una cristiana carta de los movimientos católicos obreros, cristianos por definición. El Concilio —dije— no tiene la culpa de esto. Al acabar, nos fuimos con los Umbral, Eduardo Rico y su mujer, Leguineche y mis hijos a Oliver. Estuvimos charlando y viendo notables hasta las tantas.

24 de octubre. Conversé reposadamente con Eduardo Rico para *Triunfo*, en una mesa vecina a la que utilizaba González Ruano en Teide para escribir y donde han puesto ahora una placa conmemorativa. Rico es un hombre inteligente que ahonda en uno con perseverancia y agudeza. Sabe adónde va. Me sentí identificado con él cuando hablamos de los sueños. Los dos soñamos a diario y a diario padecemos pesadillas. Naturalmente salió Freud a relucir. Le conté mis chaladuras de hace unos meses, mi afán por destripar mis propios sueños, levantándome a medianoche y redactando apresuradamente mis pesadillas casi sin abrir los ojos. La única manera de reconstruir los sueños con detalle es en este estado de semivigilia, en que sueño y realidad se entremezclan. Lo malo es que en esa mutua interferencia uno presiente, más bien se asoma, al abismo de la locura. Lo considero un juego peligroso. Al día siguiente, con el borrador en la mano, reconstruía la pesadilla y la analizaba. Y conforme con la doctrina de Freud, yo podía ir hallando, una por una, las piezas del sueño en mis experiencias de las últimas veinticuatro horas, generalmente en actos y frases sin ningún relieve, casi mecánicos. Donde no podía llegar era a la última interpretación: el simbolismo fálico y el sueño como realización de deseos, tan caros a Freud. Tampoco Eduardo Rico —que ha hecho por curiosidad las mismas experiencias que yo— ha llegado a mejores resultados. Por otra parte, y en lo que a mí atañe, puedo afirmar que en sus tres cuartas partes las pesadillas salen del estómago. Ceno poco, pero el día que dejo de cenar no hay sueño, o si lo hay —que debe de haberlo siempre —, a la mañana no lo recuerdo.

25 de octubre. Trajimos de Madrid como pasajero a un conocido de mis hijos. Al regreso, éstos le preguntaron, cada uno por su lado, por el viaje. «¡Qué pesados con el viaje! Pero ¿qué es lo que queréis saber, si me dieron el

coñazo?». En ciertas cabezas no cabe la posibilidad de que sean ellos los que pueden dar el coñazo al prójimo, cosa por otra parte bastante frecuente. Ellos son la ponderación y la verdad. La egolatría y la impertinencia suelen caracterizar a ciertos aprendices a redentores de nuestra era. Y de aquí a la total incomunicación no hay más que un paso.

26 de octubre. Miguel me telefonea desde Sedano, adonde fue a pasar el domingo, para decirme que han cobrado un enorme jabalí de ciento quince kilos de peso. La hazaña en sí ya es importante, pero el mérito acrece si consideramos que el jabalí fue abatido por Luis M. Gallo cuando cazaban perdices en mano. Antes estuvieron batiendo un robledal y en vista de que no había cochinos se desdoblaron en dos manos para la perdiz. Fue entonces cuando el jabalí se arrancó ladera arriba de una charca preservada por una junquera en el vallejo de Valdepuente. Gallo, que llevaba cartuchos de sexta, los cambió por bala con admirable serenidad, antes de disparar sobre el bicho. Desde luego nunca oí hablar de un jabalí que brincase ante la mano de escopetas como una liebre. Sin duda, éste es el gran solitario que ya había visto con mis hijos en el Páramo de Masa el verano antepasado, encuentro al que hago referencia en mi último libro *Con la escopeta al hombro*. Y como las noticias cinegéticas tampoco vienen solas, Miguel me informa de que Santos Peña colgó la perdiz blanca que descubrimos este verano junto al camino de Mozuelos. Pronto podré examinarla a satisfacción puesto que piensa disecarla.

27 de octubre. Pedro Palol se va a Barcelona. Anteanoche le dimos una cena de despedida, a la que invitamos también a Eloísa García de Watemberg, directora del Museo de Escultura. Los Palol se van contentos aunque dejan aquí quince años de vida y afectos. Hace tres o cuatro años despedimos a José Planas y familia, también para su Barcelona natal. Es una pena que estos enclaves cultos de Cataluña en Castilla y a la inversa sean tan escasos. Los considero esenciales para un mutuo conocimiento. Con Palol perdemos, a más de un amigo, a un gran maestro en arqueología. En dos ocasiones le oí exponer y lo hizo directamente, con envidiable claridad, ajeno a toda petulancia. No es el tipo de maestro (?), que tanto abunda, que habla para escucharse, sino para que aprendan los que le escuchan. Supongo que en eso consiste el ser maestro, puesto que si al maestro le quitamos su proyección didáctica, se queda en huero charlatán para propia y personal complacencia.

29 de octubre. Tengo ante mí la segunda fotografía que me envía Alfonso Viada para que le ponga un pie. La primera era de una señorita desnuda a contraluz en un balcón. No me inspiraba y se la devolví. Viada debió de pensar que me asustaba la señorita desnuda y me envía otra de dos jóvenes vestidos en una playa desierta con una especie de mástiles truncados —procedentes tal vez de un naufragio— en primer plano. Pero ¿qué puedo decir yo de la señorita vestida, del joven que la acompaña y de esos maderos inidentificables? Viada no creerá en mi buena voluntad, pero la verdad es que no se me ocurre nada. Nunca pude escribir una palabra de encargo, a pie forzado. Únicamente recuerdo que mis relatos *Viejas historias de Castilla la Vieja* nacieron de un álbum de grabados de Jaume Pla sobre mi tierra. Vi la historia enseguida y la monté sobre ellos.

30 de octubre. Esta tarde habló Vintila Horia en la Sala de Cultura del periódico. En su charla erigió al novelista en crítico de su tiempo y profeta de los venideros. Los vaticinios delirantes de Joyce, Kafka y Orwell se están cumpliendo, dijo. Por otro lado, oscuros poderes tratan de amordazar al narrador: dictaduras políticas en el Este; grupos de presión, poderes económicos en el Oeste. El novelista que consigue salvaguardar su independencia es una excepción. En su conferencia y en nuestra conversación posterior observé que Horia no se siente demasiado optimista respecto al porvenir. Desgraciadamente, yo tampoco. Luego hablamos de la angustia de la creación. Me contó que tiene una novela corta empezada hace cinco años y cada vez que relee los veinte o treinta folios que tiene escritos, tacha en vez de añadir; es decir, la novela se reduce en lugar de progresar. Le conté mis desazones cada vez que inicio un libro en fórmula equivocada y soy consciente de mis errores pero incapaz de enderezarlos. Cuando le dije que a veces problemas de situación se me resolvían durante el sueño, Vintila Horia no se rió, como yo esperaba, sino que compartió mi punto de vista.

31 de octubre. Sally Carrighar, la famosa naturalista que durante treinta años ha convivido con animales en sus hábitats respectivos, publica un interesante ensayo: *La guerra no está en nuestros genes*, que en cierto modo es una réplica consoladora a las teorías de Lorenz y Ardrey. Para Sally Carrighar, el animal que mata para comer no es más agresivo que nosotros cuando vamos al mercado. La verdadera agresividad es la que se produce entre individuos de la misma especie, y ésta, en multitud de casos, no se manifiesta fuera de la época de celo. La naturalista llega a la conclusión de que hay infinidad de

animales que no luchan salvo en el caso de verse hostigados por un depredador. Para ella las observaciones de Lorenz y Ardrey pierden valor en cuanto se refieren en general a animales cautivos o semisalvajes, cuya concentración incrementa su agresividad. Entonces resulta que ésta, más que un instinto, es un hábito; un hecho cultural antes que genético. La guerra, por tanto, no está en nuestros genes y, consecuentemente, no es un suceso fatal, sino previsible y remediable. Esto dice una científica. Lo malo es que los hombres corrientes y molientes nos empeñamos en demostrar lo contrario.

1 de noviembre. Por estas fechas las nieblas y los fríos suelen ser la tónica de mi ciudad. Nieblas espesas y prolongadas que pare el Pisuerga, o vientos fuertes, del norte, con nubes blancas en el cielo. Pero este año no quiere llover. Por no haber, no se ve una nube en Castilla desde hace semanas. Los lamentos del campo ya se dejan oír. Falta tempero y las siembras se retrasan. Algunos lo hicieron aprovechando los veinte litros caídos en la primera decena de octubre o arando en labores profundas. Pero, por lo que dice hoy el ministro Allende, la cosa es más grave de Salamanca para abajo. A mí no hay quien me saque de la cabeza que, en lo que se refiere a Castilla, la sequía y la humedad se presentan por ciclos con una periodicidad bastante exacta de seis a siete años.

2 de noviembre. Recibí el cuarto volumen de mi Obra Completa, que acoge los libros de viajes. Al ojearlo me doy cuenta de cómo domina en ellos la primera impresión. De Chile —país que conocí hace quince años— me sorprendió la geografía, cosa que, por otro lado, nada tiene de particular. De Norteamérica, su sociedad, y de Checoslovaquia, que visité durante la Primavera de Praga, la evolución política. Esto me lleva a pensar que mis visiones son parciales y que, por mucha sinceridad que uno derroche, estas estampas no pasan de ser interpretaciones sumamente incompletas y fragmentarias.

3 de noviembre. Hoy concluí de leer *Conversación en La Catedral*, de Vargas Llosa, una excelente novela. En resumen se trata de la historia de una frustración, la de Zavalita, y de una impotencia, la del Perú. Esto último condiciona, en una u otra forma, el retrato psicológico de los personajes. La crisis de Zavalita es típica y casi común a todos los mortales: hay un momento en nuestras vidas en que hemos sido puros. Luego —¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué?— nos corrompemos de alguna manera; sustituimos los

ideales por intereses, cuando no inventamos aquéllos para preservar éstos. En el caso de Zavalita, ni eso: su decepción es tal que renuncia a ideales e intereses y su vida llega a ser puramente vegetativa. La narración simultánea de acciones separadas en el tiempo, los diálogos gualdrapeados, etc., constituyen otras tantas novedades técnicas, pero sigo pensando lo mismo que cuando leí *La ciudad y los perros*, la novela de Vargas que prefiero: el lenguaje es la más suculenta aportación de Vargas Llosa a la novela hispanoamericana. He hecho el ensayo de poner en castellano algunos de los párrafos más acentuadamente peruanos y la eufonía quiebra, resultan mucho más vulgares —para nosotros, claro— y secos. El uso gasta y desportilla el lenguaje, no cabe duda, y estas inyecciones de ultramar hacen el efecto de un abono: lo oxigenan y le devuelven la jugosidad perdida.

4 de noviembre. José Ortega Spottorno me sugiere la idea de escribir una novela entre seis autores, a razón de un capítulo por autor. Esta idea se nos ocurrió ya a los premios Nadal en el año 1953 (entonces éramos ocho o nueve) cuando nos reunimos a comer en Lhardy. En la euforia de la digestión y la degustación de copas, la cosa nos pareció hacedera. Luego no llegó a escribirse ni el primer capítulo. Ahora —tal vez porque he perdido la juventud — el asunto se me antoja inviable de no tratarse de un mero divertimiento. Yo pienso que para escribir un capítulo de novela hay que sentirla entera y llevarla dentro —la novela— y, en tal caso, uno no escribiría un solo capítulo, sino la novela completa.

6 de noviembre. De nuevo me he racionado el tabaco. Hoy fumaré cuatro pitillos. Desde hace más de ocho años vengo fumando a razón de seis diarios. Últimamente, de manera insensible, había ido aumentando la dosis. Abandonar del todo el tabaco nunca me lo he planteado, porque siempre me ha parecido más fácil decir no fumaré hasta después de comer que no fumaré hasta el Valle de Josafat. En esto del tabaco no nos ponemos de acuerdo. Hay quien dice se acabó y se acabó, como mi compañero Félix Antonio —el hombre que pidió públicamente derechos de autor para los padres de las coristas—, que vivía con el pitillo en la mano y hace quince años que no lo prueba. Para él es más fácil dejar de fumar que fumar poco. En mi caso, no, tal vez porque el hecho de liar los cigarrillos evita el automatismo, el mayor peligro que acecha al fumador. Entre sacar el papel, plegar los bordes, verter el tabaco, eliminar las durezas y elaborar el pitillo hay tiempo sobrado para pensarlo. Por otro lado conviene alimentar algún vicio para tener algo que

dejar el día que el médico encuentre duras nuestras arterias o nuestra circulación deficiente. De otro modo puede sucedernos lo que a aquel amigo mío que al recomendarle el doctor que dejara el pitillo y la copa y redujese las grasas y responderle: «Nunca he fumado, no bebo y soy vegetariano, —le dijo aquél entre irritado y socarrón—: Entonces, ¿qué quiere que yo le haga?».

7 de noviembre. El bollero de Arrabal de Portillo, que viene semanalmente a Valladolid a vender pastas de puerta en puerta, al lamentarme ayer de la sequía, me respondió que quizá durase poco porque en el cielo se advertía movación. Hoy, en efecto, ha amanecido un día gris y aborrascado, con vientos racheados que bajan de las cuestas de Zaratán. A mediodía ha comenzado a llover tímidamente. Supongo que esto será la movación de que hablaba el bollero.

8 de noviembre. Tele-Radio me pide opinión sobre el doblaje de las películas, viejo pleito que Pániker ha vuelto a resucitar. Mi punto de vista al respecto es claro. De entrada soy contrario al doblaje de toda película con una mínima sensibilidad estética. La voz me parece un elemento de expresión tan importante como la mímica. Entonces, una película norteamericana debe exhibirse en inglés (naturalmente con carteles), una francesa en francés y una mexicana en mexicano. Ahora bien, si una película inglesa o francesa se doblan para ser pasadas por la TV española, el doblaje debe hacerse en castellano y no en mexicano o en argentino. (Y aquí está, si no me equivoco, la madre del cordero).

9 de noviembre. Día negro. Dos telefonazos me comunican los fallecimientos de mi tío Miguel Nevares y de mi amigo Alejandro F. Araoz, en Madrid. Mi tío Miguel Nevares llevaba más de veinte años recluido en casa a causa de una parálisis y era el último superviviente familiar de la generación de mis padres. Cada vez que lo visitaba me recordaba al protagonista de *La muerte de un viajante*. Poco a poco las construcciones vecinas le iban privando de ver la calle, de ver los tejados, de recibir un rayo de sol. Desde hace dos lustros era ya un hombre emparedado por el progreso. Araoz, como consejero del periódico, me ayudó a capear no pocos temporales cuando yo fui director. Hombre muy lúcido, hermanó algo que no es frecuente en nuestros lares: el arte y las finanzas. En su casa conocí a hombres importantes, como el padre Sopeña, el arquitecto Fisac, el profesor Díez del Corral y el mercantilista Garrigues, el primer jurista literato con quien topé en mi vida. Araoz trató en

vano de arrancarme mi costra montaraz y civilizarme: «Tienes que venir con más frecuencia por Madrid y conocer gente», me decía. Yerno del inolvidable doctor Marañón, tenía con él tres puntos de coincidencia: su liberalismo, un delicado espíritu humanista y un arte especial para multiplicar las horas. En su finca de Villanueva de Duero, en la que yo cazaba como si fuera mía, se fraguó mi obra *El libro de la caza menor*, que está dedicada a él. Acudí a Madrid a enterrarlo. Si siempre la muerte es desconcertante, en el caso de Araoz resulta paradójica. Se me hacía inadmisible que aquellos restos que yacían en el féretro fuesen el hombre vigoroso y vital que conocí.

10 de noviembre. Regresé de Madrid con José Antonio Rubio Sacristán. Rubio vivió en la Residencia de Estudiantes con Lorca, Dalí y Buñuel, por los años veinte, y fue buen amigo de todos ellos. A estas alturas resulta un informador inapreciable, amenísimo y sorprendente. Por ejemplo, que Dalí en sus mocedades fuese un hombre tímido es algo que no me cabe en la cabeza. Y, sin embargo, Rubio me asegura que cuando una reunión pasaba de seis, Dalí no abría la boca. ¡Vivir para ver!

11 de noviembre. El Norte trae hoy once esquelas de defunción, una cifra de respeto para una ciudad como la nuestra. Cada vez que ocurre una cosa así, recuerdo mi detenida conversación con un funerario hace tres o cuatro años. El hombre hablaba de sus ataúdes con la misma naturalidad que el confitero de sus pasteles o el gerente de un diario de sus periódicos. «Créame —me decía—, a veces pasan dos semanas sin dar un clavo. De repente, zas, una noche bajan las nieblas o cambia la presión atmosférica y ¡quince servicios!». Quizá sea casualidad, pero ayer se abatió la niebla sobre la ciudad por primera vez en este otoño.

12 de noviembre. Mi tía Amelia, muy viejecita, me decía a las pocas horas de enviudar: «Hijo, no pido más que tres días para descansar y después morirme». No me atreví a preguntarle si no le daba lo mismo morirse primero y descansar después.

13 de noviembre. He visitado las exposiciones de Águeda de la Pisa y Gabino Gaona, dos pintores vallisoletanos interesantes. Águeda, pese a su oficio, sigue siendo una intuitiva con un buen gusto nato para la composición y el color. En sus últimas telas se acusa su maternidad: niños sumidos en rosados limbos mágicos donde los volúmenes se sugieren delicadamente a base de sombras. Gaona, el pintor de la Castilla llana, de sus caseríos silenciosos,

evoluciona deprisa. «Te metes insensiblemente en la geometría, —le dije—. ¡Qué va! —respondió él—, ya estoy saliendo». Y me mostró sus últimos cuadros después de sus visitas a Italia y Portugal. Las tendencias en el arte son como lo de las maxi y las minifaldas: se suceden tan aprisa que llegan, como las pescadillas, a morderse la cola. Gaona pasa meses enteros en un bello y árido pueblecito de Valladolid: Urueña. «He conectado con la caza —me dijo—. Pronto la incorporaré a mi pintura». Me alegró la noticia. Los dramáticos paisajes de Gaona daban frío por excesivamente desiertos.

14 de noviembre. María Teresa Font me envía desde Maryland su ensayo *La sociedad del futuro en Pérez de Ayala, Huxley y Orwell*. La autora conecta a los futuristas Huxley y Orwell con Pérez de Ayala a través del drama de éste *La revolución sentimental*. Hay un párrafo que María Teresa Font dedica a Orwell y de cuya inquietud participo: «El interés primordial de Orwell era la búsqueda de valores humanos individuales. Creía firmemente en la influencia ineludible de lo histórico sobre lo social y que el hombre, ese ser totalmente libre de nuestra civilización, podría ser subyugado por fuerzas incontrolables».

15 de noviembre. Dimos por terminada la campaña que bajo el lema *Una ciudad para todos* hemos venido desarrollando en *El Norte de Castilla* durante los diez últimos días, encaminada a la redención de los suburbios. Es inadmisible esta manía nuestra —muy española— de limpiar sobre limpio en el centro, pensando que lo importante de una ciudad no es que los ciudadanos vivan a gusto, sino la impresión que se lleve de ella el turista que va de paso. En este sentido creo que debe establecerse un orden de prelación de las necesidades municipales, lo mismo que se hace a nivel doméstico. Es decir, en tanto exista una familia sin techo, un niño sin escuela o un barrio sin agua, los gastos de hermoseamiento son gastos suntuarios que se aproximan mucho a la pura dilapidación.

16 de noviembre. Ayer, según cazaba en mano galana por tierra de pinares, advertí que en uno de cada diez pinos han colgado una especie de jaula amarilla de tabiques macizos con un agujerito minúsculo en uno de los costados. Las jaulas son la expresión de un nuevo sistema de lucha contra la oruga procesionaria, que está haciendo mucho daño por aquí. El ensayo en otras partes ha dado buen resultado. Los agateadores, carboneros, herrerillos y otras aves insectívoras de pequeño tamaño no frecuentan la tierra de pinares

porque los árboles carecen de agujeros donde guarecerse y anidar. Con las jaulas macizas se cubre esta necesidad que les preserva además de la voracidad de las urracas y otros pájaros agresores. Lo que desconozco es si ahora únicamente nos resta esperar, o la segunda fase consistirá en una repoblación de insectívoros en toda esta zona.

18 de noviembre. Debemos darnos prisa por archivar nuestro tradicional machismo. En Torrecilla de la Abadesa, un pueblecito de Valladolid, no hay alcalde, sino alcaldesa, y muy joven por cierto. La muchacha confiesa en unas declaraciones que su nombramiento no cayó mal en el lugar pero a sus convecinos les malmetieron los de los pueblos próximos: «Pero bueno, ¿es que no quedan ya hombres en vuestro pueblo?». A Lidia Falcón, Elisa Lamas, Mercedes Fórmica y compañía les queda todavía mucha tela que cortar.

19 de noviembre. Fraga Iribarne, cuando se le pidió una apertura para el cine, no la concedió en el terreno ideológico, sino en el erótico: las películas no traían más ideas, sino más camas. El mal se ha hecho crónico. Y yo no me escandalizo si un buen argumento exige una cama, pero sí me revienta que alrededor de una cama se monten, por sistema, malos argumentos. Pero ya no es sólo la cama. Las dos últimas películas que he visto —*El compromiso* y *Los girasoles*— aportan un nuevo elemento erótico inédito en nuestros lares: el caballero de la mano en el pecho (naturalmente, de las señoras). Esto no lo veía desde París, hace diez años, creo que en *Marienbad*, y aquí, en España, se cortó entonces. El proceso de apertura prosigue, a lo que se ve. ¡Ya somos europeos! La quiebra de Occidente, si no me equivoco, se producirá por un empacho de erotismo.

20 de noviembre. Ha muerto el doctor Solórzano, el papirólogo universal. La muerte le sorprendió haciendo lo de siempre: pajaritas de papel. Martín Abril recordaba a este propósito una anécdota de la que fui protagonista, hace quince años, cuando a mi paso por Buenos Aires el doctor Solórzano me entregó un cocodrilo de papel plegado y me dijo con sonrisa maliciosa: «Entregue usted esto en mano al doctor Montero cuando llegue a Valladolid. Dígale que he conseguido un cocodrilo en veintisiete pliegues. Para leer mi carta debe deshacer el cocodrilo. A ver si es capaz de volver a montarlo». Cuando regresé a Valladolid no encontré en mis maletas el cocodrilo ni vivo ni muerto y sospecho que el doctor Montero aún no me lo ha perdonado. Estimo que estos pequeños refugios de la filatelia, el ajedrez, el

coleccionismo de vitolas o de llaves, o la papiroflexia nos son cada día más necesarios para aliviar la tensión de la vida moderna.

21 de noviembre. Tres encuestas en un día. Esto del teléfono directo con Madrid va a resultar una pepla. 1.ª) ¿Qué piensa del Montepío de Escritores? (diario *Arriba*). Respuesta: No pienso. No estoy informado. Desconozco el decreto (para mi capote: esto de los montepíos me huele a desinfectante, a esparadrapo y hospital. Me deprime. Mi desdén por la previsión, la seguridad y el puesto para toda la vida no está de acuerdo, yo lo comprendo, con las ideas de mi generación). 2.ª) ¿Por qué no es usted del Opus Dei? (Eva Jardiel Poncela). Respuesta: Porque creo que, en esencia, el cristianismo es opuesto a las capillitas (en particular si éstas ofrecen aunque sólo sea una apariencia aristocrática), y porque considero que *Camino* no añade absolutamente nada al Evangelio; y 3.ª) ¿Por qué la mujer no está en la Academia? ¿Quiénes merecerían estar? (semanario *Teresa*). Respuesta: Ignoro cómo está ese asunto de las mujeres en la Academia, ni siquiera si pueden aspirar a un sillón. Lo que sí puedo decirle es que ésta es una manifestación más de la postergación de la mujer, relegada a la cocina durante siglos. Las cosas van cambiando, aunque aún coleen injusticias como la comentada. Respecto a qué mujeres deberían ocupar un puesto en la Academia no me atrevo a pronunciarme: soy poco aficionado a las quinielas.

22 de noviembre. Llevamos siete días lluviosos, aunque le cuesta descargar. Hasta anteayer el promedio de precipitaciones apenas rebasó el litro diario. Anteayer fueron siete. Ayer, cuatro. El volumen resulta insignificante para las necesidades hidroeléctricas y supongo que muy exiguo para las ganaderas. Los diez o quince centímetros de humedad en las tierras de Castilla bastan, sin embargo, para arrancar la remolacha y tirar las cebadas. Algo es algo.

23 de noviembre. Se ha celebrado en Valladolid la asamblea anual de catedráticos y profesores de Comercio. La reunión ha servido al menos para evidenciar el confusionismo que la nueva Ley de Enseñanza ha traído consigo. Cada centro no es una incógnita o un problema, sino un semillero de incógnitas y problemas. Nosotros nos preguntamos: «¿Va a exigirse el doctorado para ingresar en el nuevo escalafón de catedráticos de escuelas universitarias? ¿No equivale la tesis de intendente o actuario mercantiles a la tesis de doctor? El que ha hecho aquéllas entonces, ¿tendrá que volver a hacerla? Si el catedrático de Comercio se equipara a profesor agregado,

¿puede pasar con el tiempo a catedrático de universidad? En mi caso personal, si he de hacer otra tesis, ¿puedo elegir la Facultad de Derecho, la de Económicas o la que dicen que va a crearse de Periodismo (puesto que soy licenciado en Derecho, intendente mercantil y periodista) para doctorarme? ¿Y no es paradójico que yo me doctore en Derecho, Comercio o Periodismo para ser catedrático de Historia?». En suma, a nivel docente, no hay quien se entienda. No digamos a nivel discente. Urge clarificar las cosas para que salgan cuanto antes a flote los aspectos positivos —gratuidad, obligatoriedad y alto nivel de la enseñanza— que la nueva Ley recata.

24 de noviembre. No hay acuerdo sobre las víctimas producidas por un ciclón en el Pakistán. Unos hablan de doscientos mil muertos, otros de un millón y otros de dos millones. En cualquier caso ha sido una catástrofe estremecedora, desproporcionada a las causas que la motivaron. Quiero decir que un ciclón así en un país desarrollado no hubiera ocasionado una mortandad semejante. La diferencia entre países pobres y países ricos no es, pues, una cuestión de alimentos solamente. El tercer mundo sufre no sólo hambre, sino carencia de todo. Así, estos centenares de millares de víctimas, antes que un ciclón, los ha producido un primitivismo indefenso. La solución a esta injusticia no es fácil sin una conciencia universal encaminada a parear la marcha de todos los países, siquiera las perspectivas, de momento, sean más bien sombrías. Junto a esta carencia está el derroche insultante. Rusia fabrica un submarino atómico cada cinco semanas. USA ha lanzado un nuevo tipo de bombardero cuyo envejecimiento se prevé para antes de dos años. ¿Qué cuestan estos submarinos y estos bombarderos? En lo que se refiere a este último, sabemos concretamente, porque nos lo dice *El Correo de la UNESCO*, que su precio equivale al sueldo anual de doscientos cincuenta mil maestros, a treinta y ocho facultades dotadas para mil estudiantes cada una, a setenta y cinco hospitales de cien camas o a unos cincuenta mil tractores. ¿Cuánto duraría el hambre y la necesidad del tercer mundo si el hombre entrara en razón un buen día?

25 de noviembre. Me cautivó *El submarino amarillo*, original película que rompe todos los moldes, empezando por los que tradicionalmente han regido para los filmes de dibujos. Cada plano es un cuadro que colgaría con gusto en mi despacho. En pocas palabras, yo diría que es un vuelo imaginativo a chorro libre, exento de prejuicios estéticos y concesiones a la galería, donde,

sin embargo, tema, línea, cromatismo y música orquestan una sinfonía. La gente, naturalmente, no acudió y la película ha durado cinco días en cartel.

26 de noviembre. Bernis, Valverde y Rodríguez de la Fuente han regresado de un congreso sobre defensa de la Naturaleza celebrado en Londres con asistencia de centenares de naturalistas, oceanógrafos, biólogos y zoólogos del mundo entero, entre ellos el submarinista Piccard y el comandante Cousteau, autor de la inolvidable película *El mundo del silencio*. Ya no anima a esta gente la actitud romántica de preservar tal o cual especie, sino la aspiración de que la humanidad sobreviva. Como se comprenderá, el clima de la conferencia de Londres ha sido bastante dramático. El comandante Cousteau, que lleva más de cinco lustros sumergiéndose en todos los mares y que se incorporó a la reunión tras un periplo de tres años por los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, manifestó que la vida submarina —fauna y flora — ha disminuido aproximadamente en un cuarenta por ciento en los últimos veinte años. Otro profesor, que ha atravesado el Atlántico practicando análisis periódicos, informó que un tercio de su viaje no navegó sobre agua, sino sobre petróleo.

No es preciso hablar de la contaminación atmosférica de nuestras ciudades, ni de la polución de las aguas de nuestros ríos (ayer, precisamente, comunicaba nuestro corresponsal en Palencia la muerte de los peces del río Carrión debido a «causas desconocidas»). El problema me parece lo suficientemente grave como para sacarlo del marco científico, donde hasta el momento ha estado debatiéndose, y que los gobiernos del mundo lo asuman como su primordial preocupación.

27 de noviembre. La conferencia que iba a pronunciar esta tarde Aranguren en *El Norte de Castilla* —«Evolución e involución de la sociedad española»— ha sido suspendida y la Sala de Cultura multada con diez mil pesetas por anunciar el acto antes de ser autorizado. Esto es como cazar conejos con hurón y red, sobre seguro. Si yo no anuncio el acto no va un alma y si lo anuncio quebranto las normas. En fútbol, si no recuerdo mal, se llama a esto táctica del fuera de juego. Pero lo que más sorprende del caso es que Aranguren habló ya aquí, en esta misma aula, no hace dos años todavía. No sé. A lo mejor es que el proceso de apertura aquél está reculando y yo ni siquiera me había enterado.

28 de noviembre. Decliné suscribir una nueva carta colectiva dirigida a no sé qué ministro. Refractario al gregarismo, cuando algo me inquieta o me parece injusto prefiero escribir yo directamente y decirlo sin rodeos (la última carta de los mil quinientos se envió a su destinatario con poco más de cincuenta firmas y la coletilla de «siguen hasta mil quinientas»). Cada día soy más celoso de mi independencia y me resisto a que nadie me lleve más allá (o me deje más acá) de donde yo quiero ir. Creo, por otro lado, que pueden ser más eficaces —aunque desde luego menos espectaculares— mil quinientas cartas personales enviadas desde otros tantos rincones de España, que una sola suscrita por mil quinientos firmantes aunque esté fechada en Madrid.

30 de noviembre. Tena me informa que el poeta norteamericano E. E. Cummings, nacido a finales del siglo pasado, ya empleó en uno de sus poemas la puntuación literal (coma, punto, punto y coma) que yo utilizo en *Parábola del náufrago* para romper la lógica (en este caso la gramática), que es la clave de las pesadillas y que creí haber inventado. Tan verdad como que yo no conocía a Cummings es que no hay nada nuevo bajo el sol.

1 de diciembre. El gobernador civil, en un gesto espontáneo, ha decidido condonar la multa impuesta a nuestra Sala de Cultura con motivo de la conferencia de Aranguren que no llegó a celebrarse.

2 de diciembre. Ya tenemos los secuestros en casa. El cónsul alemán en San Sebastián, señor Beihl, ha desaparecido. La táctica de los rehenes, como toda táctica de violencia sobre las personas, me parece vituperable. Si uno tuviera alguna audiencia intentaría infundir al país un poco de cordura. A los de arriba para que no extremen la presión y abran vías que hagan prácticamente innecesaria la clandestinidad. A los de abajo para que no apelen al expediente de la fuerza. Un peloteo de violencias no puede conducirnos a buena parte.

3 de diciembre. José María de Cossío me confirmó la noticia que ya me dio Yndurain en Zaragoza: los novelistas portugueses y españoles nos reuniremos en mayo en Lisboa, al amparo de la Fundación Calouste Gulbenkian, para discutir problemas literarios. Condiciono mi asistencia a lo que resulte de mi proyectado viaje a Yugoslavia y mi conferencia en Bucarest. De momento envío a Cossío un guión de lo que podría ser mi comunicación sobre la identificación autor-personaje. A mi juicio, el novelista auténtico se nutre de la observación y la invención tanto como de sí mismo. El novelista auténtico tiene dentro de sí, no un personaje, sino cientos de personajes. De aquí que lo

primero que el novelista debe observar es su propio interior. En este sentido, toda novela, todo protagonista de novela, lleva en sí mucho de la vida del autor. Vivir es un constante determinarse entre diversas alternativas. Mas, ante las cuartillas vírgenes, el novelista debe tener la imaginación suficiente para recular y rehacer su vida conforme otro itinerario que anteriormente desdeñó. Imaginativamente puede, pues, recrearse. Por aquí concluiremos que por encima de la potencia inventiva y del don de observación, debe contar el novelista con la facultad de desdoblamiento: no soy así pero pude ser así. Dar testimonio, en una palabra, no sólo de lo que le ha ocurrido, sino de lo que podría haberle ocurrido en cada caso y cada circunstancia.

4 de diciembre. Vizcaíno Casas disertó esta tarde en el periódico sobre el tema «Los difíciles cuarenta». Fue una charla amenísima, al menos para los que guardamos memoria de aquellos años de hambre, hongos milagrosos, censura extrema y apagones de luz. El anecdotario en que Vizcaíno apoyó su evocación no pudo ser más sabroso. Después cenamos juntos y comprobé que Vizcaíno Casas es un hombre vital y fundamentalmente festivo. Pasamos un gran rato.

5 de diciembre. Ayer publicó *Le Monde* mi artículo sobre Ana María Matute, «Secret d'une esthétique», dentro de las páginas dedicadas a esta escritora. La publicación ha coincidido, más o menos (cosa que me alegra), con la salida en París de su novela *La trampa*. Para mí, la obra literaria de Ana María es una protesta de su conciencia de niña contra la brutalidad circundante. Su predilección por el mundo infantil, los adjetivos cromáticos, los nombres de los personajes, la explosión metafórica, no son sino recursos para distanciar su propia angustia adulta y un intento por recuperar retazos de su candor primero, antes de tomar contacto con la mezquindad y la muerte. Con ello se refuerza el patetismo de su obra, que yo incluiría dentro del realismo mágico.

6 de diciembre. De acuerdo con el padre Llanos, que no aspira a otra cosa que a servir a sus semejantes, hemos enviado al ministro de Justicia un escrito, firmado por los dos, en el que hacemos constar nuestra protesta por el hecho de que no sea un tribunal ordinario el que juzgue a unos ciudadanos civiles, y nuestra repulsa porque aún perdure en el país la pena de muerte. Carta al margen, es paradójico que en España exista la última pena y no exista la de cadena perpetua. El castigo debe procurar la recuperación del delincuente y resulta obvio que los únicos seres no susceptibles de recuperación son los

muertos. La pena de cadena perpetua podría servir para aquellos reos cuya peligrosidad habitual llevara a sus jueces al convencimiento de que su rehabilitación es imposible.

7 de diciembre. Recibo una sabrosa carta de Eva Jardiel Poncela, hija de Enrique Jardiel Poncela, renovador genial de nuestro teatro y de nuestro humor (hasta él, varado en el chascarrillo). Me dice que Jardiel es apellido hebreo (*Jar*: 'energía'; *di*: 'de', y *El* abreviatura de *Eloim*: 'Dios') y que el gran rabino de Jerusalén, sorprendido, le dijo, cuando lo visitó, que sus antepasados tuvieron que llegar a España después de la Inquisición. Eva Jardiel ha investigado y resulta que esto es cierto: el apellido, de origen ruso-griego, tiene en España una raíz de muy pocas generaciones, la primera asentada en Quinto de Ebro (Zaragoza). Poncella es asimismo apellido judío italiano y al españolizarse perdió una ele. Eva Jardiel, que conserva la zumba de su padre, cierra su carta con estas líneas: «Los Poncela proceden de Valladolid y por eso mi padre tiene allí una calle y otra en Zaragoza por el Jardiel; y aunque el Jardiel y el Poncela les pillan más lejos, mi padre tiene otra calle en México D. F. y otra en San Luis de Potosí y, como es lógico, en Madrid, donde nació, no tiene ninguna calle…».

8 de diciembre. La perdiz va de mal en peor en Castilla. Las razones me he cansado de desmenuzarlas en periódicos y libros pero nadie me hace caso. Particularmente sensible es la baja en la zona de Rueda, Tordesillas y Medina del Campo, siquiera su casi inexistencia obedezca aquí a una causa concreta: el terrible pedrisco del pasado agosto. Los vecinos de estos pueblos me cuentan que pese a haber descargado la nube de madrugada, al mediodía siguiente se encontraban, entre carrascas y breñas, piedras del tamaño de huevos de paloma. En el campo yacían centenares de codornices, tórtolas, torcaces, perdices y liebres muertas. En defecto de perdiz, mi hermano Manolo cobró ayer la primera chocha de la temporada, presa un poco prematura, pues la arribada de estas aves a los sardones de Castilla suele ser simultánea a la de los grandes fríos, que este año todavía no se presentaron. Y coincidencia curiosa: al llegar a casa me encuentro el libro de Rafael Puget *Becadas en Corriol*, todo un pequeño tratado —basado en la experiencia personal— de cómo buscar, cazar y guisar esa avecilla, tan suculenta en el aspecto gastronómico (Josep Pla y Néstor Luján saben de esto) como en el cinegético.

9 de diciembre. Pasé un par de horas con Isabelle Schousboë, que se propone hacer su tesina y su tesis sobre la estilística en mi obra. Ella venía con la ilusión de que yo la orientara pero para uno es cada día más ingrato y difícil explicarse a sí mismo. El novelista, creo, debe ir explicándose a lo largo de sus novelas. Así y todo, le dije que la cuestión de mi estilo fue planteada hace diez o doce años a través de un cliché que no me convence y que después ha sido repetido hasta la saciedad: las dos épocas de Delibes: el Delibes premioso, grave y prolijo de la primera (*La sombra del ciprés*), y el Delibes menos pretencioso pero más hondo de la segunda (*Las ratas*). Yo no lo creo así. Yo no veo más que un Delibes que ha ido madurando —si es que ha madurado— a través de balbuceos, tropiezos y golpes. Martín Descalzo, que no sé si fue el primero que puso la guinda a la tarta, matiza aquella clasificación diciendo que las novelas de mi primera época se pueden contar, y no se pueden contar las de la segunda. Esto me parece desorientador. Yo pienso que todas mis novelas pueden contarse; lo que sucede es que las primeras pueden contarse más fácilmente por tratarse de relatos lineales con un personaje eje, mientras las segundas son relatos quebrados, con saltos cronológicos, vividos por un protagonista colectivo. Así, *Aún es de día* puede contarse de la cruz a la fecha de un tirón; en cambio, para contar *El camino* tendríamos que desglosarlo en tantas historias como se entremezclan en el relato: la de Daniel, la de Quino, la de la Guindilla, la del Indiano, etc. De aquí se infiere que cada novela requiere una técnica y un estilo. No puede narrarse de la misma manera el problema de un pueblo en la agonía (*Las ratas*) que el problema de un hombre acosado por la mediocridad y la estulticia (*Cinco horas con Mario*). El primer quehacer del novelista, una vez elegido el tema, es, pues, acertar con la fórmula, y el segundo, coger el tono. Técnica y estilo nos ayudarán a tender el puente de que hablaba Ortega para conducir al lector al mundo de ficción de la novela cerrándole previamente todos los escapes. Pero para tender este puente, como para tender cualquier puente, habremos de contar con la anchura, el caudal y la velocidad de la corriente que discurre por debajo. Resueltos estos problemas, la temperatura de creación —que algunos llamaron musa, e inspiración otros— no puede negársenos. En este momento han de entrar en juego los recursos selectivos del novelista para eliminar lo accesorio. Quiero decir que una vez en posesión de la fórmula (técnica) y cogido el tono (estilo), lo difícil no es hacer una novela larga, una novela río, sino decir lo que queremos decir con el menor número de palabras posible. En fin, no sé si lo escrito tiene algún sentido y

mucho menos si a mi joven amiga Isabelle Schousboë podrá serle de alguna utilidad.

10 de diciembre. De un informe político de FOESSA —interceptado por la censura— tras diversas calas efectuadas en distintos sectores y zonas del país: Pregunta: «Si hubiera partidos y elecciones libres, ¿a quién votaría usted?». Respuesta: Carlistas 2%; Falange 7%; Movimiento 14%; Democristianos 27%; Socialdemócratas 25%; Socialistas 16%; Regionalistas 2%; Comunistas y otras organizaciones de extrema izquierda 7%. ¿Por qué entonces la política y la contrapolítica del país las hacen desde hace siglos los extremos?

11 de diciembre. Tere Tió, esposa de Rubio Sacristán, me envió esta mañana dos musas de escayola para mi estudio, de una encantadora cursilería. Se trata de las musas de la Música y la Poesía (Euterpe y Urania, tal vez) que me vienen, según dicen por aquí, como por la mano. Hay que buscarles un emplazamiento digno y visible, pues se trata del elemento más *camp* que adorna mi refugio.

12 de diciembre. Como era de esperar, Solzhenitsyn no ha podido acudir a Estocolmo a recibir el Premio Nobel. Solzhenitsyn, cuando hace tres años fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos, pronunció esta frase patética: «Yo estoy solo». En rigor, todos los escritores independientes están solos, baqueteados por todos los vientos. Nuestra misión consiste en criticar, molestar, denunciar, aguijonear al sistema de hoy y al de mañana porque todos los sistemas son susceptibles de perfeccionamiento, y esto, a mi ver, sólo puede hacerse desde una conciencia libre, sin vinculaciones políticas concretas. Por eso me sorprendió en una encuesta relativamente reciente la respuesta de algún colega: «El escritor debe ser libre a no ser que el Estado sea verdaderamente progresivo, en cuyo caso cabría una orientación desde arriba». ¿Quién decide el grado de progresismo del Estado? ¿Puede admitirse la mordaza de un Estado progresivo y rechazarse la de un Estado retrógrado? ¿A qué jugamos entonces? No, el escritor no debe casarse con el Estado en ninguna circunstancia; el escritor no debe casarse con nadie. Debe estar solo, como Solzhenitsyn. Y la soledad no es cómoda, pero es esta incomodidad lo que fundamentalmente nos enaltece y justifica.

13 de diciembre. Cobramos tres becacinas en Las Godillas (Ávila). Son las primeras de la temporada ya que hasta ahora no se habían producido encharcamientos. Estos bichos tienen mucho que matar.

14 de diciembre. El señor ministro de Justicia ha tenido la atención de contestarnos al padre Llanos y a mí. Entiende que la palabra *protesta* no es consecuente con nuestra actitud de no-violencia ya que en sí misma encierra una violencia. Esto es un círculo vicioso. Los más grandes no-violentos del mundo —Ghandi y Lutero King— fueron protestatarios, protestatarios pacíficos pero inflexibles. Ellos deben ser nuestro ejemplo.

15 de diciembre. Recibo los primeros ejemplares de la edición norteamericana —The Odyssey Press, Nueva York—, para uso de universitarios, de mi libro *USA y yo*, prologada y anotada por Fortuna L. Gordon. Esta profesora utilizó durante un curso la edición de *Destino* y comprobó que las discusiones en torno a mi interpretación de los Estados Unidos alcanzaban una muy alta temperatura en las aulas, especialmente los capítulos relativos al alcoholismo, las drogas, los viejos, los pobres, la insolidaridad (sustituida allí por una fría y respetuosa convivencia) y el problema negro. Aquellas cuestiones que entonces plantearon los estudiantes las plantea ahora Fortuna L. Gordon en el libro desde sus «Ejercicios» y una sección titulada «Verdad o mentira», vivamente polémica e inflamable.

16 de diciembre. La revista *Mundo* me somete a otra encuesta, muy pormenorizada y prolija, respecto al antes y el después de la Ley de Prensa. Resumo: la diferencia entre el antes y el después de la Ley de Prensa estriba para mí en que «antes» no te dejaban preguntar, y «después» sí pero no te responden, de forma que en cualquier caso la posibilidad de diálogo se va a paseo. En lo que atañe a mi situación personal, me considero una víctima de la liberalización, por entender que con la censura uno calla pero la opinión ya sabe por qué, mientras que el hecho de no hablar o de hablar poco y con sordina —cuando ante la opinión se proclama la libertad— puede achacarse a incapacidad cuando no a otras razones más turbias.

17 de diciembre. Estoy leyendo *El Giocondo*, de Umbral, que, por lo visto, se ha vendido muy bien en Madrid y ha dado origen a toda clase de interpretaciones. Evidentemente es un libro con clave pero a los provincianos nos cuesta mucho más que a los madrileños acertar a descifrarla. En todo caso, la sensibilidad literaria de Paco Umbral vuelve a ponerse aquí de manifiesto. Umbral escribe como los ángeles. Umbral es el último conquistador de Madrid. Antaño la conquista de Madrid requería la presencia física. Hogaño puede hacerse a distancia pero todavía perviven los

conquistadores directos, y Umbral es el último de que tengo noticia. (Hablo de conquistadores, no de cortejadores, pues éstos son infinitos). Umbral, en pocos años, escribe donde quiere —diarios y revistas— y edita uno o dos libros por año («Andorra» me anuncia ahora una nueva novela suya, *Las europeas*). A mi entender, Umbral posee, sobre toda otra virtud, el secreto del artículo de periódico, privilegio de muy pocos seres en el mundo. Umbral, como Ruano, sabe sacar algo de la nada, pero es que además ese algo va arropado inevitablemente de rango literario, gracia y una punta de intención. ¿Qué más puede caber en un artículo periodístico?

18 de diciembre. A medias con mi hermano Manolo, hemos matado un gorrinete de ciento veinte kilos en Villanueva de Duero. Siempre tuve ilusión por matar un cerdo pero por fas o por nefas hasta este año no se me logró. El día ha sido propicio, con una escarcha imponente y temperaturas de siete grados bajo cero. Las morcillas las haremos de arroz, con mucha cebolla y, por supuesto, embucharemos el lomo. Pasado mañana comeremos las chichas y el morcillón.

19 de diciembre. Michael Davis, que me pide unas puntualizaciones para su tesis, me escribe una interesante carta desde la Universidad de Miami, donde trabaja. Ante mi preocupación por la marea creciente de desamor que constato por todas partes, Davis me da una noticia alentadora: el lema *kindness* (‘bondad’ o ‘amabilidad’) empieza a regir las relaciones profesor-alumno en no pocas universidades norteamericanas. Todos son iguales aunque con obligaciones distintas; nadie es allí «Dios ni patrón». Como contrapartida, Davis me subraya el escepticismo de una parte de la juventud, no sólo en el aspecto religioso, sino en lo referente a la posibilidad de entendimiento entre los pueblos. «Ellos no pueden ni imaginar que la humanidad exista a la vuelta de cien años. Para muchos, la suya es la última generación», dice.

20 de diciembre. Me cuenta Montes que en un ojeo cerca de Burgos se han cobrado ciento dos perdices. Esto no es mucho ni poco; no dice nada. Lo que resulta expresivo es que, examinadas las perdices una por una, noventa fueran viejas (es decir, no de este año), cuando el porcentaje normal hubiera sido a la inversa. Esto quiere decir que este año la perdiz no ha criado o ha perdido las polladas. Aparte la proliferación de escopetas, ¿qué sucede con la perdiz? ¿La sequía ha malrotado los nidos? ¿La acción lenta pero persistente de los

insecticidas, quizá? ¡Vaya usted a saber, porque aquí, fuera de los cazadores —para lamentarlo—, nadie se preocupa de estas cosas!

21 de diciembre. Hoy fallamos los premios Francisco de Cossío para artículos periodísticos de menores de veinticinco años. El primero se fue a Madrid y el segundo a Barcelona (como suele ocurrir con el gordo de Navidad). Los dos trabajos estaban bien hechos: el primero, «Recordatorio de urgencia para Jan Palach», de José María Bermejo, es una bella exaltación de la libertad humana, y el segundo, de Jorge Delás (diecisiete años), es más bien un esbozo narrativo lleno de sensibilidad. En general, los trabajos que han llegado al concurso pecan de excesivamente ambiciosos, de pretender arreglar el mundo en un par de folios, cosa manifiestamente difícil. Sugerí ampliar la edad de los concursantes a treinta años, pero Marías nos convenció de no tocarla, supuesto que nuestra aspiración es ayudar a los jóvenes que se inician en el periodismo literario y, a los treinta años, el que no está maduro ya no madura. Con Marías, formamos el jurado Ángel de Pablos, José Jiménez Lozano, Francisco Umbral, Félix Antonio González, Emilio Salcedo y yo, todos íntimamente vinculados a *El Norte de Castilla*. El próximo año se incorporarán Martín Abril y Manuel A. Leguineche. Por la tarde, Marías habló en la Sala de Cultura del periódico sobre «Antropología metafísica», el tema de su último libro. Me admira la facilidad de expresión y la claridad mental de este hombre, ya que los problemas que desarrolla no permiten sino conceptos exactos, la palabra medida y justa. Los juegos de aproximación no sirven aquí y, sin embargo, a lo largo de hora y media de conferencia no he advertido en él la menor vacilación.

22 de diciembre. La proximidad navideña no atenúa la tensión social. Manifestaciones y contramanifestaciones están a la orden del día, con la consiguiente polarización en los extremos y la obligada elevación de la temperatura política. La serenidad y la sangre fría, si siempre aconsejables, lo son especialmente en nuestro caso y en esta circunstancia.

23 de diciembre. Por diversos conductos me llega la noticia (que ojalá no sea más que un rumor) de que la importación de cangrejos alemanes para repoblación ha sido nefasta ya que han transmitido a los crustáceos de nuestros regatos y arroyos una enfermedad de la que aquéllos ya estaban inmunizados. Entre esto (si se confirma), el dragado de nuestros ríos y la proliferación de pescadores, el cangrejo, pese a la atención que se le ha

dispensado en los últimos años, puede abocar a una grave crisis, cuya salida presiento peliaguda. Parece ser que los amigos de la Naturaleza han discutido sobre este y otros asuntos en animadísimo debate con el jefe del Servicio de Caza y Pesca, sin que se hayan puesto de acuerdo sobre lo que la protección debe ser, al menos en determinados extremos, como el referente al urogallo, ya que el señor jefe del Servicio, ante los insistentes requerimientos de Javier Castroviejo para que se disponga la protección de este animal, parece ser que respondió que «no entendía esta política de conservar por conservar». Sería terrible que tales palabras se confirmasen.

24 de diciembre. Pasé con los chicos la mañana pateando las laderas de Santa María del Campo. Uno no tiene ya el cuerpo para laderas pero se consuela viendo a su hijo Germán llevar la cresta a largas zancadas, silueteando vaguadas y caballones, para bajar al cabo de un rato como quien no ha hecho nada, con media docena de perdices colgadas a la cintura. (Otros días se coge el 2 CV y se marcha él solo un rato a lo libre, a un paso de Valladolid, para regresar con tres o cuatro piezas, allí donde una mano organizada no alcanzaría en una jornada la mitad de este botín). La verdad es que el chico sale fino y la *Dina*, la perrita, que no es tonta, se ha hecho a cazar con él. Me gustaría que a la próxima temporada se presentase al Campeonato de Caza con Perro de Muestra. De no tener mala suerte haría un buen papel, aunque me temo que no haya juez capaz de seguirle los pasos.

25 de diciembre. Para que nada faltase al clima de Navidad, hubo nieve y un gesto de sensatez por parte de la ETA: la liberación del cónsul Beihl. Esto al margen, la Navidad me entristece. En estos días no me digo: «Ya estamos todos reunidos, —sino que inevitablemente me pregunto—: ¿Cuántos faltan ya?».

26 de diciembre. Los primeros ejemplares de mi nuevo libro *Con la escopeta al hombro* llegaron esta mañana. Siempre es grato recibir a un nuevo hijo. La portada es sugestiva, y el tamaño (alrededor de doscientas páginas de letra abierta), el que para mi gusto debe ser. De lo que vaya dentro ya hablará la crítica. Por mi parte sólo puedo decir que yo lo he pasado bien escribiendo esta obra (y todas las de caza), porque, al prescindir de un plan, la evocación de las horas de libertad que pasé en el campo se reconstruyen de una manera vivida, en casa, sin ninguna servidumbre que enerve tan placentera sensación.

27 de diciembre. Salimos al campo ignorando que hubiera tanta nieve. El

espectáculo resultaba soberbio, pero renunciamos a cazar porque era un auténtico día de fortuna. No obstante, nos colocamos entre los pinos a acechar a los bandos de avefrías que huían de los hielos nórdicos en dirección noreste-sudoeste siguiendo, ocasionalmente, la línea del Duero. La pasa era ininterrumpida (no puedo calcular los cientos de miles de quincinetas que vimos esta mañana), pero en general volaban altas, fuera de tiro, buscando campos húmedos, pero no nevados, donde aterrizar (imagino que en La Mancha y Extremadura hallarán acomodo hasta marzo o abril que inicien el regreso). Descolgamos docena y media y nos entretuvimos con los lances —para nosotros nuevos— a que esta caza da lugar.

28 de diciembre. La sentencia de Burgos con nueve penas de muerte (tres dobles) me ha angustiado. Todavía faltan, es cierto, el pronunciamiento del capitán general y el derecho de gracia del jefe del Estado, pero estas tres penas dobles me dan mala espina y destruyen por completo mis previsiones sobre este asunto, a las que hasta ahora se habían ajustado los hechos de manera sorprendente.

29 de diciembre. Hoy ha sido uno de los días más crudos que recuerdo. Mínima temperatura, alrededor de los diez grados bajo cero; máxima, menos cinco grados. El Campo Grande era esta mañana una maravilla: desierto, silencioso, cisnes y palomas picoteando entre la nieve acumulada sobre el estanque helado y, por encima, los esqueletos de los árboles revestidos de escarcha. La radio ha dicho que en España ha sido el día más frío del siglo, pero yo creo que no. De niño recuerdo haber patinado sobre el Pisuerga helado (hoy sólo lo estaba en los bordes, aunque no hay que olvidar que los detritus de las fábricas marginales puedan dificultar la congelación) y una de las pesadillas que sufro desde la infancia está protagonizada por aquel compañero que desapareció entre el hielo roto sin que pudiera volver a aflorar (mi imaginación me inducía a verlo sumergido, dándose terribles testarazos contra la resistente capa de hielo sin encontrar el hueco por donde se deslizó, en tanto sus pulmones estallaban). Bandadas inmensas de pequeñas lavanderas pernoctan estos días en los árboles de los bulevares, sobresaltadas por los motores y los bocinazos del tráfico rodado.

30 de diciembre. Cuando regresaba de cursar un telegrama a El Pardo, pidiendo clemencia para los condenados a muerte en Burgos, me encontré en el periódico con la noticia de su indulto. Había una gran alegría en la

redacción, a la que me uní sin reservas. La medida no sólo me parece humanitaria, sino de suma prudencia política. ¡Qué alivio, Señor!

31 de diciembre. Último día del año y de la década. En rigor, 1970 no ha sido demasiado alentador que digamos, ni en el campo internacional (aunque Alemania haya dado atisbos de entendimiento con el Este, y Chile parezca haber encontrado un cauce democrático hacia la justicia) ni en el nacional (caracterizado por un estancamiento en el proceso liberalizador, y una crisis notoria en el terreno económico). En el aspecto más íntimo, un tristísimo remate ha sido la prematura muerte de mi compañero Agustín Cacho, redactor gráfico de *El Norte de Castilla*. Treinta años de convivencia diaria originan un vínculo casi fraternal. Descanse en paz mi buen amigo y compañero.

1 de enero de 1971. Entramos en el año, o el año entró en nosotros, a once grados bajo cero. Yo no me enteré, puesto que lo recibí en casa tranquilamente con mi mujer y nuestros hijos. Luego, los mayores marcharon por ahí y nos quedamos con los tres más chicos jugando a las cartas. A la mañana sí advertí que llevamos más de una semana viviendo sobre un carámbano. En mi ciudad, la nieve es visita invernal asidua, pero suele ser una nieve deleznable y efímera, que desaparece en pocas horas barrida por un inmediato cambio de temperatura, el sol o la lluvia. Ahora, no; ahora persiste con una obstinación siberiana. Las estadísticas me informan que desde 1948 no cambiábamos de año con unas temperaturas tan bajas. ¿No será ésta la nueva glaciación de que hablaron los congresistas de Londres hace pocas semanas?

2 de enero. Volví a ver *Lo que el viento se llevó*, película que tendrá sus buenos veinticinco años encima. La pieza, sin embargo, resiste bien el paso del tiempo. Diría más: la primera parte sigue pareciéndome una excelente película que descarrila luego, debido a la acumulación de incidencias sentimentales, en el puro melodrama.

3 de enero. La veda empezó para mí antes de lo que esperaba. Esta mañana, cuando empezábamos a cazar, con una temperatura de quince grados bajo cero, resbalé en el hielo, caí aparatosamente y me fracturé el peroné derecho (esto se llama entrar en el año con mal pie).

El chasquido de caña rota y el dolor agudísimo me advirtieron que se trataba de algo serio y pasé un mal rato porque, pese a mis voces, mi hermano Manolo, con los oídos cubiertos por orejeras, no se enteraba. Finalmente pudo atenderme pero, ante las dificultades de trasladarme hasta el coche, optó por

trasladar el coche hasta mí en una aventurada prueba de hielo través. Si esto me ocurre yendo solo no quiero pensar lo que podría haber sucedido. La gente sensata dice que hace falta estar locos para salir al campo con este tiempo, y no le falta razón, pero someterse siempre a los dictados de la cordura y la sensatez, especialmente en estos asuntos, no deja de ser un poco aburrido, aparte de que una actividad que tanto amamos (la caza) justo es que nos exija estos tributos de vez en cuando.

4 de enero. Las temperaturas continúan descendiendo. El termómetro ha llegado a rozar los veinte grados bajo cero. El Pisuerga y el Duero, según me dicen, están helados. En casa hemos amanecido sin agua y, al parecer, hay barrios enteros sin ella, sin calefacción o sin gas. Se conoce que las conducciones han reventado o han sufrido un grave deterioro con el frío. En otros lugares se han helado los desagües, y los sumideros no tragan. Mi hijo Juan se presenta de vez en cuando en casa con una gaviota con las alas agarrotadas por el hielo, las deshiela junto a la caldera, le da de comer y la suelta por el balcón. No creo recordar una ola de frío tan intensa y, sobre todo, tan pertinaz.

5 de enero. Anoche llovió hielo (literalmente) y esta mañana los amagos de días atrás han degenerado en un auténtico colapso. Los peatones no podían circular, los coches tenían el radiador helado pese al anticongelante, los autobuses públicos y los taxis no salieron de las cocheras, los servicios de leche, pan y prensa quedaron paralizados, la mitad de las fábricas y oficinas no pudieron trabajar y la ciudad quedó sumida en un letargo inquietante. A las once de la mañana, con las calles desiertas, sin circulación motorizada, Valladolid imponía. En mi campo visual —el amplio campo que abarco desde mi ventana— no entraba más ser vivo que un hombre gateando inútilmente en el paso de peatones sin conseguir ponerse en pie, avanzar ni retroceder. Hasta mediodía aquello parecía una ciudad sitiada. A la tarde, fuerzas del Ejército, auxiliadas por las brigadas municipales y una subida lenta pero gradual de la temperatura, dejaron expeditas las calles y al anochecer la actividad de la ciudad se había encauzado hacia la normalidad.

6 de enero. «De Valladolid, piñonero», o «de Valladolid, pintor», suele decirse en Castilla, pero nunca oí decir «de Valladolid, poeta», que es más exacto. Ignoro si esta propensión a hacer surcos con las palabras proviene de nuestra tradición campesina y cerealista, pero es un hecho manifiesto. Acabo

de recibir un bello libro de versos (*A salto de vida*) de José María Luelmo. Simultáneamente, un villancico de Francisco Pino. En el periódico leo el éxito de la trescientas y pico «Mañanas de la biblioteca», que dirige el también poeta Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña. Por supuesto, ninguno de estos poetas es de hoy, aunque el número de los que actualmente mantienen vivo el fuego sagrado tampoco sea pequeño. Luelmo y Pino fundaron la revista ultraísta *Ddooss*, allá por los años treinta. Nicomedes también alumbró sus primeros versos por aquella época. Los tres siguen en la brecha (y que sea por muchos años). Las «Mañanas de la biblioteca» son lecturas de versos dominicales en la vieja casa donde habitó Cervantes. La gente de Valladolid, que suele ser reacia a estas cosas, acude a la casa de Cervantes las mañanas de los domingos —haga frío o calor— a escuchar versos de viva voz. Le da lo mismo que sean coplas de ciego o las *Soledades* de Góngora. Lo que necesita son versos leídos en voz alta y va donde se lo sirven. Es éste un fenómeno notable en la historia cultural de mi ciudad, que se me hace a mí que en este aspecto no es demasiado inquieta. O a lo mejor es que no acertamos a pulsarle la fibra sensible. Los Reyes Magos me dejaron una canana, un chaleco deportivo lleno de bolsos y una *cassette* de Jorge Negrete. Todo esto lo pedí cuando todavía era un bípedo. Ahora, salvo la cinta de Negrete, habrá que aplazar su estreno hasta la temporada próxima.

7 de enero. El premio Nadal a Fernández Santos me ha hecho bailar en una pata (nunca con mayor exactitud). Es el reconocimiento a unos valores literarios un poco tardío pero justo. Uno de los reproches contra el Nadal que yo solía hacerle a Vergés desde hace muchos años es que hubieran dejado escapar una novela tan hermosa como *Los bravos*. El yerro, si es que lo era, se ha enmendado ahora. Desde hace unos años el Nadal parece haber desistido de descubrir Mediterráneos (o a lo peor es que no quedan Mediterráneos por descubrir). Los tres últimos han venido a sancionar prestigios reconocidos e indiscutibles, cosa, por otro lado, que tampoco está de más. A Fernández Santos le conocí en un viaje colectivo que hicimos hace unos quince años por La Mancha. Yo iba de non y me uní a su grupo: Ferlosio, Aldecoa, Quinto (con quien después intenté una adaptación teatral de *La hoja roja*) y Medardo Fraile, si no recuerdo mal. También hacía migas con ellos Castillo-Puche (que acababa de publicar *Con la muerte al hombro*) y Fernández Santos y los suyos, no sé por qué, le llamaban Kafka. Recuerdo que Paco García Pavón —premio Nadal del año 1969—, a quien también conocí entonces, nos hacía de introductor y cicerone. Fue una excursión

divertida aquélla, pues todos teníamos algo que contar cada mañana después de pernoctar en distintas casas de familia. La hidalguía manchega nos puso de queso, pipirrana y vino de Valdepeñas que si me meto el dedo en la boca todavía me lo toco. El tiempo demostró después cuánto talento había en aquel grupo. En lo que atañe a Fernández Santos, su prosa me parece una de la más tersas, matizadas y plásticas (se delata en ella su inclinación al cine y a la pintura) de cuantas se escriben hoy en España. Acabo de ponerle un telegrama dándole la bienvenida a la cofradía.

8 de enero. Phyllis Turnbull me pide desde Pennsylvania que escoja fechas para mis intervenciones en el cursillo que el Bryn Mawr College organiza en Madrid cada verano. Esto de concretar fechas a seis meses vista es muy americano. Los americanos, por regla general, necesitan tener lleno su carnet de notas con cosas por hacer durante el año que se avecina. Es una manera —como la de celebrar con máscaras el día de difuntos o la de pintar a los cadáveres— de ahuyentar la idea de la muerte, que no les gusta un pelo. «Tengo una retahíla de asuntos pendientes, no puedo morirme ahora», parecen decirse. Y se quedan tan a gusto.

9 de enero. Hoy me puso De la Mela la escayola definitiva. Según me dice el doctor tendré que permanecer mes y medio con esta pesada bota blanca. Me siento como un pájaro alicortado. En rigor, con estas sentadas ocurre un fenómeno chocante: no hay horas más largas mientras van discurriendo, pero, a cosa pasada, a falta de jalones de referencia, el tiempo no es largo ni corto; no existe. Quiero decir que yo llevo siete días clavado en una butaca con la pata en alto, pero lo mismo podrían ser tres que quince. Soy incapaz de diferenciarlos; faltan términos de comparación.

10 de enero. Me desperté a las siete. Como cada domingo, sentí trajinar a Germán en la cocina y ya no me pude dormir. Mentalmente fui acompañándoles (a él y a mi hermano Manolo) en su excursión cinegética. Ahora saldrán de misa, me decía. Ahora estarán recogiendo el periódico. Ahora empezarán a desayunarse en la churrería. Ahora se habrán topado con Frechilla y su cuadrilla en los soportales y se detendrán a echar un párrafo. Ahora irán camino del monte. Ahora… Por añadidura ha hecho un día esplendente, magnífico, como no lo veíamos desde noviembre. Me he sentido prisionero tras los cristales. A las siete regresaron con cinco perdices y una paloma, que a estas alturas y entre dos escopetas no está mal.

11 de enero. Mi preocupación por el mal trato que estamos dando a la Naturaleza, y que exponía en mi nota de 26 de noviembre, ha cristalizado oficialmente en Francia, donde la principal novedad de la crisis ministerial de ayer ha sido la creación de un Ministerio de Defensa de la Naturaleza. Pese a todo, Francia, en punto a sensibilidad —y naturalmente no excluyo la artística y literaria—, sigue siendo la cabeza del mundo.

12 de enero. Lo he pasado en grande con el *Josep Torres Campalans*, de Max Aub. Aub es un fabulador extraordinario. Aún recuerdo, cuando se publicó este libro en París, donde yo estaba circunstancialmente, el alboroto que se armó. Nadie sabía a qué carta quedarse y aun había quien aseguraba haber conocido a Campalans. En Navidades, Aub suele enviarme una especie de periódico mural futurista que es un dechado de ingenio e imaginación. Otro tanto ocurre con el libro a que aludo, donde tiene más gracia el tinglado que la farsa. Esas notas, esos anales, esas referencias a Campalans por parte de personalidades conocidas, esas entrevistas, esas pinturas y dibujos que Lumen reproduce, esas fechas dubitativas —¿1908-1909?— al pie de los grabados dan a la pseudobiografía tal aire de autenticidad que uno se divierte con ello más aún que con las aventuras, venturas y desventuras del bueno de Torres Campalans.

13 de enero. Continúo con la pata en alto. Garrapatear estas líneas supone un verdadero sacrificio. María Dolores Pradera, Atahualpa Yupanqui, Jorge Negrete y la Tuna hacen más llevadera mi postración. De estudiante me hubiera gustado mucho ser de la Tuna pero mi pésimo oído nunca me permitió tocar ni siquiera la pandereta.

14 de enero. Una carta de mi traductora Alexandra Lungu me anuncia que acaba de aparecer en Bucarest la edición rumana de *Cinco horas con Mario*. Por otro lado, Ivan Salyk, ucraniano, me pide autorización para trasladar al ruso mis novelas *El camino* y *Las ratas*.

15 de enero. Estuve a ver al médico, quien me hizo dos nuevas radiografías y confirmó que el peroné está en su sitio y ya no me queda sino esperar. Luego, como sabe de qué pie cojeo (en todos los sentidos), me mostró dos fotografías curiosísimas: la primera, de una perdiz con un pico tan largo como el de un zarapito (debido a una razón morbosa, sin duda), y la segunda, de otra que, en su finca, hace vida comunitaria con las palomas. La difidencia de estos pájaros es una de sus características más acusadas y no sé de otro caso de una

perdiz que lograra eludir la cautividad y retornase espontáneamente a su encierro. Sin embargo, ésta del doctor De la Mela lo hace todos los días desde hace casi seis años. En realidad no puede hablarse de una perdiz domesticada, sino de una perdiz apalominada que en cualquier circunstancia sabe mantenerse a una distancia prudencial del hombre.

16 de enero. Novela española de nuestro tiempo, de Gonzalo Sobejano, me ha parecido un excelente libro. La eficiencia didáctica de Sobejano se cotiza ahora en las universidades de USA como antes se cotizó en las alemanas. Pero a la par de sus dotes personales y profesionales, está su laboriosidad. Fruto de ésta y de su talento es este libro, sucintamente planteado —novela existencial y novela social de la posguerra— pero claro, abierto y abarcador de seis lustros de novela española. (Yo entiendo, no obstante, que dentro de la novela social caben dos subgrupos: el objetivista de Ferlosio, Aldecoa y Fernández Santos, y el realista crítico de Hortelano, Ferres, etc., pues, aunque ambos se identifican en el enfoque realista, el protagonista colectivo y la inquietud social, en el primero, a mi ver, la preocupación estética —estilística— domina sobre la ética y, en el segundo, a la inversa. Esta voluntad de estilo —o de perfección— puede más, creo yo, que las similitudes). En lo que me toca más de cerca, esto es, en lo referente al análisis crítico de mi obra, me siento plenamente comprendido por Sobejano, incluso en lo referente a la cuestión de «los dos Delibes», ya que Sobejano ve —como yo— un primer Delibes indeciso «que estudia la condición humana» y un segundo que, dueño de unos determinados recursos expresivos, propende a la síntesis. El mismo acierto guía a Sobejano cuando interpreta mi posición ante las máquinas: yo no soy un retrógrado, yo no estoy contra la técnica, sino contra la mala digestión de la técnica que nos deshumaniza y nos hace perder autenticidad. (Por de pronto la técnica debería avanzar embridada por la biología). En el punto concreto de *Cinco horas con Mario*, valdría la pena haber escrito este libro aunque sólo fuese por haber dado ocasión a dos ensayos excepcionales sobre España: el de Gonzalo Sobejano incluido en este libro y el publicado por Isaac Montero hace unos meses en Revista de Occidente, *El lenguaje del limbo*.

18 de enero. El Bryn Mawr College (USA) me ha hecho esta mañana una generosa oferta telefónica para pasar el último cuatrimestre de este año en aquella universidad. He rehusado. No me apetece ahora alejarme de casa demasiado tiempo. De otra parte, el correo me trae noticias de Al Johnson.

Johnson, profesor de castellano en Massachusetts, publicó en 1962 un inteligente ensayo sobre *El camino —A way of life—*, donde por primera vez oí hablar de Marcuse. Ahora Johnson ha traducido *Las ratas* al inglés y me anuncia que hay dos editoriales interesadas en su publicación pero que cree preferible esperar la decisión de Knopf —que actualmente tiene la obra en estudio— por su mayor experiencia y prestigio. Esperaremos a ver qué dice Knopf. Cuando estuve en USA hace cinco años, recuerdo que hasta llegar a Amherst, con los Johnson, no reencontré —al margen de los límites familiares de los Ament, en Washington— la medida humana y una posibilidad de vida realmente comunitaria, donde poder perder —o ganar— una hora charlando con unos o con otros sin extorsionar la dinámica del país.

19 de enero. Hoy claudiqué y le he pedido a mi suegra un viejo receptor de televisión que tenía arrinconado en la trastera. Quiero ver *Los inadaptados —o Vidas rebeldes—*, de Clark Gable y Marilyn Monroe, y luego el ciclo completo dedicado a esta actriz. El motivo es que, a mi entender, la biografía que Fred Lawrence Guiles dedica a la Monroe —y que Antonio Vilanova, con vigilante tino, ha incluido en la colección que dirige— se justifica antes por la calidad de símbolo del neoerotismo de la actriz que por su talento. Para mí, la Monroe es un claro exponente de nuestra sociedad, que fabrica ídolos un día para solazarse al siguiente con su destrucción. Una especie de antropofagia espiritual o moral, para entendernos. Sin embargo —y pese a la concienzuda seriedad de su trabajo—, Guiles llega a afirmar que la Monroe, después de Chaplin y la Garbo, ha sido la figura más famosa del séptimo arte. Famosa no sé, pero yo el recuerdo que conservo de la desdichada actriz es el de una mujer con *sexy*, cuyo talento se reducía casi casi al acompasado ondular de su trasero (y en ocasiones —si no me equivoco, en un prolongado plano de *Niágara*—, el contoneo era tan exagerado que más que excitante resultaba risible). Tras la lectura de este libro —lectura apasionada de los dos últimos días— es preciso revisar un juicio tan apresurado y simplista, formado, ésta es la verdad, después de haber visto únicamente tres o cuatro películas de la malograda Norma Jean (Marilyn por mal nombre).

20 de enero. Una nueva encuesta, ésta sobre los premios literarios. He dicho algo que ya huele a puchero de enfermo, a saber, que los primeros premios literarios, al hacer coincidir el interés de escritores, lectores y editores sobre la novela autóctona, fueron el espolazo de la narrativa de posguerra. Ahora bien, los premios han proliferado de tal manera que hoy es prácticamente imposible

distinguir un buen libro en cada concurso, imposibilidad que lleva aparejado su descrédito. Es decir, los premios literarios, que fueron la cuna de la novela española de posguerra, pueden ser mañana su sepultura.

21 de enero. Antonio Bermejo, ingeniero agrónomo, director de una granja experimental, me envía a *El Norte* una carta abierta desde USA, adonde, según dice, ha ido a ver abejas y ovejas. Bermejo me cuenta que los yanquis han logrado domesticar las abejas salvajes «cortahojas» y «alcalinas», especies que en el nuevo régimen de vida despliegan una actividad incansable, multiplicando la fecundación hasta tal extremo que de ciertas semillas y frutos ha llegado a obtenerse doble o triple rendimiento del que se conseguía sin su concurso. Estas experiencias me parecen mucho más importantes que las de los *Apolo* en la Luna y, por supuesto, más baratas y menos arriesgadas.

22 de enero. Jiménez Lozano ha tomado como pretexto el proceso inquisitorial de don Pablo de Olavide en el siglo XVIII para hilvanar la novela que cabía esperar de él. El prolongado monólogo acusatorio de los secretarios fiscales, plagado de circunloquios y sinuosidades muy barrocos y anacrónicos, sirve (de rebote) para satirizar la España fanática de siempre, tanto en la vertiente social como en la política y la religiosa (las trasposiciones al tiempo presente se producen de una manera automática en la mente del lector). Los profundos conocimientos de Lozano sobre el tema le permiten una reconstrucción vivida y convincente de esta estampa dieciochesca, terriblemente dramática pero atemperada por el lenguaje, de una zumba (que a veces nos lleva a la franca carcajada) muy intelectual. Pepe Lozano no le ha puesto título todavía a este manuscrito, que, a mi juicio, es una de las mejores cosas que ha escrito y que debería publicar sin demora.

23 de enero. Mi hijo Germán me comunica el descubrimiento de una gran necrópolis celtibérica a orillas del Arlanza, a un paso de Santa María del Campo, donde cazamos con frecuencia y donde estuvo recluido el abogado Peces Barba durante el estado de excepción. La necrópolis es el complemento del Castro de Palenzuela, que según un libro de Lázaro Castro, que acabo de leer, es la Pallantia prerromana (la Palencia actual es posterior). Un labrador que por primera vez utilizaba el tractor —y podía por tanto arar más hondo— removió el cenizal, localizado en torno a un altillo, y aparecieron restos de urnas y vasos de ajuar, indicios evidentes de la necrópolis. Esto y los

enterramientos de Escuderos, pocos kilómetros más allá, confirman la importancia del Arlanza como vía de comunicación hace más de veinte siglos (aunque continuara siéndolo durante la dominación romana). Esta vía sirvió para estrechar lazos entre los arévacos de Numancia y los vacceos de Pallantia —ambos celtíberos— cuando unos y otros se vieron hostigados por Roma. Un hallazgo importante, en suma, a setenta kilómetros de Valladolid.

24 de enero. Antonio Merino me sacó esta mañana de paseo en coche. Después de tres semanas de enclaustramiento, el mero hecho de ver el campo y de respirar aire puro me ha colmado de optimismo. Merino me cuenta que los dos últimos domingos, a falta de perdices, maneó con un chico suyo las riberas del Sequillo, en Belver de los Montes (Zamora), y cobraron diez codornices el primer día y once el segundo. Nosotros mismos, a últimos de diciembre, bajamos cuatro en unas remolachas, junto al Duero, hecho absolutamente insólito hace unos años. Por otra parte, Mauricio Calero, médico de Descargamaría, en la linde de Las Hurdes, me informa de que en una jornada afortunada no es difícil colgar allí cincuenta pájaros aun con temperaturas bajo cero. Todos estos hechos prueban que el sedentarismo de la codorniz es una realidad que no puede circunscribirse ya a los algodonales de Badajoz. Y el hecho de que este fenómeno coincida con la modesta expansión de los regadíos —alfalfa, remolacha, maíz— por estos pagos, prueba, a su vez, que los hábitos migratorios de la codorniz no obedecían tanto al frío como al hambre.

25 de enero. El Ciervo ha cumplido veinte años sorteando el largo y penoso repertorio de escollos que acechan en este país a una publicación de este tipo. *El Ciervo* fue posconciliar en el preconcilio (estimulante paradoja), y los cuatro lustros de vida que acaba de cumplir no han enervado su empuje inicial.

26 de enero. Luis Carandell habló en *El Norte* sobre la vida en Celtiberia. Con esto de la pierna no me atreví a ir. Luego nos reunimos con él en un restaurante, mi mujer, Miguel A. Pastor, Pepe Lozano, Altés Bustelo y yo. Esto me dio oportunidad de conocer a un Carandell cuya agudeza queda discretamente velada tras su sensibilidad y su timidez (Carandell es uno de esos hombres que desconfían de lo que escriben, y esto es un tanto a su favor). Su libro *Celtiberia show* me ha divertido y me ha deprimido (supongo que ése sería su doble objetivo). Leer esta obra es como entrar en una barraca

de espejos deformantes donde nuestros defectos se acentúan. Afrontar nuestros prejuicios, nuestro fanatismo, nuestras supersticiones, nuestros anacronismos, nuestra hipocresía, nuestras pretensiones y, en definitiva, nuestro subdesarrollo cultural es una soberana lección de humildad y una higiénica receta (me parece). Carandell no ha necesitado apelar a la imaginación para demostrarnos que España es diferente.

27 de enero. El doctor De la Mela, que conserva la amabilidad y paciencia de los antiguos médicos de cabecera, me hizo esta tarde dos nuevas radiografías. Todo sigue su curso, aunque cada día echo más de menos esas mínimas cosas que componen la rutina y que uno no valora porque piensa que nunca van a faltarle: los cinco minutos de gimnasia sueca al tirarme de la cama, la ducha matutina, el paseo de cuatro o cinco kilómetros antes de comer, las tardes en el periódico…

28 de enero. Me enfrasqué en la lectura de la obra de Stuart Mill *Sobre la libertad*, que con gran oportunidad acaba de publicar Alianza Editorial. Me interesó especialmente el capítulo «De la individualidad como uno de los elementos del bienestar», donde, dejando al margen el más o menos embozado culto que Mill rinde al superhombre, es conmovedor su canto a la libertad humana y admirable su premonición del gregarismo en la Europa del futuro. Si Mill temía la uniformidad hace siglo y pico —«ahora que todos leen, oyen y ven las mismas cosas»—, ¿qué diría hoy, tras la invención del cine, el turismo multitudinario y la TV como único alimento espiritual de centenares de millones de seres?

29 de enero. La elección de Buero Vallejo para la Academia me parece un acierto. Buero es no sólo un gran dramaturgo, sino un hombre culturalmente sólido. La noticia me ha alegrado sinceramente. Con Buero me ocurrió una cosa chocante hace tres o cuatro años, con ocasión del estreno de su obra *El tragaluz* y la publicación de mi novela *Cinco horas con Mario,* casi coincidentes. La cuestión es que Buero y yo, aunque desde perspectivas diferentes, abordábamos en esencia el mismo tema: la intransigencia del intelectual puro ante el oportunismo. Pero, además, entre su drama y mi novela había coincidencias sorprendentes, como la figura del padre trastornado por la guerra o los nombres de los personajes principales: Mario, Encarna, Vicente… Con este motivo, Buero y yo cambiamos unas asombradas y alarmadas cartas, casi rindiéndonos a la evidencia de la

transmisión de pensamiento, dado que durante los últimos meses habíamos estado trabajando no ya sobre un tema análogo, sino vivido por personajes que bautizamos lo mismo. Lo más probable, pensando las cosas en frío, es que nuestras sensibilidades reaccionasen de la misma manera ante un estímulo determinado. Pero ¿qué estímulo fue ése? ¿Qué aconteció en el país en 1966 para que los cerebros de dos personas incomunicadas entre sí empezaran a progresar simultáneamente en una misma dirección? Y aún queda el problema de los nombres. Freud redivivo no acertaría a sacarnos del atolladero.

30 de enero. «El mar es una alcantarilla universal. Envenenar el agua es un crimen. Principales responsables: Norteamérica, Europa, Rusia y Japón», ha dicho en Washington el célebre submarinista Jacques Cousteau. ¿No será una vez más la de Cousteau la voz que clama en el desierto?

31 de enero. La protesta de los profesores universitarios contra el nombramiento de catedráticos a dedo me parece cuando menos respetable, supuesto que muchos de ellos dedicaron media vida a preparar una oposición. De otro lado, considero elemental que todo aquel que tenga algo que enseñar pueda acceder a la universidad. ¿Cómo resolver tan enojoso pleito? En los países mejor organizados existe la figura del «profesor visitante» —muy bien pagada, por cierto—, que viene aquí como anillo al dedo, ya que de este modo puede concederse la palabra al que tiene algo que decir sin necesidad de coronarlo graciosamente con un título que a otros ha costado adquirirlo veinte años de total dedicación.

1 de febrero. El primer día de febrero nos trae barruntos de primavera (casi todos los años advierto esto por estas fechas). Y no es que las temperaturas se suavicen (hace frío y hiela), ni tampoco que los crepúsculos vespertinos sean menos abruptos: es la luz. Diríase que los rayos del sol se enderezan de pronto, pierden oblicuidad, y la luz se hace más madura y dulce, hecho especialmente notorio cuando las nubes del atardecer se tiñen de un tono salmón que va acentuándose hasta el anaranjado y el rojo conforme se aproximan a poniente. Cuando yo era joven, el otoño era mi estación predilecta; ahora que yo otoñeo, me agrada la estación más joven, la primavera (y también la sazón del verano).

2 de febrero. Las autoridades provinciales anuncian la construcción de seis grandes grupos escolares en la ciudad y la consecución de un crédito de

decenas de millones para atender las necesidades de los barrios periféricos. No hace aún dos meses de la campaña de *El Norte* en este sentido, lo que demuestra que, allí donde no se la amordaza, la prensa cumple una importante función social.

3 de febrero. Tampoco el padre Llanos podrá pronunciar su conferencia «Nuevas perspectivas sobre la violencia» en nuestra Sala de Cultura, tal como estaba programado. La solicitud ha sido denegada por el gobernador civil. El padre Llanos, como Aranguren, también habló en esta sala no hace aún mucho tiempo. Ignoro si el país se estará abriendo a Europa (a lo mejor); lo que no me ofrece duda es que se está cerrando a los españoles.

6 de febrero. La casi absoluta inmovilidad en que vivo desde hace más de un mes me ha permitido reflexionar sobre las posibilidades de adaptación del hombre. Ninguna limitación, ninguna deficiencia, nos incapacita para vivir la vida y sacar de ella algún provecho. Pequeños alicientes, desdeñados en la vitalidad, resultan, desde la insuficiencia, mágicamente eficaces. Así, dar un breve paseo con mis muletas por el Campo Grande me procura ahora un placer equivalente al que podría proporcionarme en circunstancias normales un día de caza. (Vital Álsar, que ha permanecido seis meses en una balsa sin tocar puerto, manifiesta que en esta etapa contemplar la evolución de las nubes le producía análoga satisfacción que ver en la ciudad una buena película). Esto quiere decir que el que no se consuela es porque no quiere.

7 de febrero. Se cerró la temporada de caza con un día luminoso, soleado, magnífico. Tanto, que rogué a mi hijo Germán que me llevara al cazadero donde pensaran despedirse para sentarme en un silletín junto a un carrasco con la escopeta a mano mientras ellos movían el sardón. Vi varias liebres gazapeando fuera de tiro y, aunque no disparé, mi moral —ya que no mi morral— subió muchos enteros. El resol arrancando brillos metálicos de las encinas, los crujidos de la fusca crepitante en la chopera, las liebres haciendo el bolo en un calvero antes de internarse en el mohedal constituyeron un fuerte tónico para mi estado de ánimo (de desánimo), tambaleante y frágil tras cinco semanas sin salir al campo.

8 de febrero. Me visitó ayer tarde Eduardo Godoy, profesor de literatura española en la Universidad de Chile. Venía con ánimos de entrevistarme pero el que pregunté fui yo, interesándome especialmente por el momento político chileno. Para Godoy, el país se enfrenta con dos problemas y un riesgo.

Problemas: la inflación galopante e incontenible (en 1954, cuando yo estuve en Chile, el peso descendió en tres meses al cincuenta por ciento de su valor) y las ambiciones particulares de los partidos que forman la Unión Popular, unidos a la hora de votar y escindidos a la hora de la cosecha. Riesgo: derivar hacia una dictadura marxista debido a la presión del partido, pese a que Godoy cree (yo también lo creo) que Allende es un demócrata convencido y a que el ochenta y cuatro por ciento del país repudia esta solución.

9 de febrero. La galería de arte Adrià me invita a la exposición homenaje al pintor Rafael Zabaleta que hoy se inaugura en Barcelona. Mi pasajera (eso espero, al menos) invalidez me impide desplazarme, cosa que hubiera hecho con gusto en circunstancias normales, ya que para mí Zabaleta ha sido uno de los grandes pintores del siglo (el mundo rural que Zabaleta levantó con los pinceles es el que me hubiera gustado levantar a mí con la pluma). También admiré siempre en Zabaleta su resistencia a convertirse en un pintor de corte. Gracias a ello, Zabaleta siguió viendo a los campesinos, tesos y olivares de Quesada tal como son, sin sofisticar, por la sencilla razón de que Zabaleta no sólo los veía sino que los sentía (convivían). Yo conocí al pintor en la última exposición celebrada por él en la Biblioteca Nacional de Madrid. Me gustó también su persona, retraída, sencilla, muy alejada de poses y dogmatismos. Yo deseaba un cuadro suyo con toda mi alma pero Zabaleta vendía caro, es decir, caro para mí, que no tenía una perra. Después cambiamos unas cartas (Valladolid-Quesada, Quesada-Valladolid) y me regaló el apunte de un desnudo que conservo como oro en paño. Los temores de Zabaleta a ser eclipsado —devorado— por la pintura de vanguardia ya empieza a verse que carecían de fundamento. Él era un grande y como tal pervive y pervivirá.

10 de febrero. Comió en casa Edith Lavrut, cuya tesina sobre la Naturaleza en mi obra es muy esclarecedora. Pasamos un buen rato charlando de mil temas, entre otros del momento novelístico francés. Edith cree que el *nouveau roman* sigue sin hallar una amplia audiencia en su país. Recordé, a este propósito, el reciente artículo de Robert Saladrigas en *Destino* sobre la ausencia de novela de vanguardia en España. Saladrigas tiene razón cuando afirma que los únicos intentos serios en este sentido han sido *El Jarama* y *Tiempo de silencio*. En todo caso, la novela no puede permanecer anclada en su antigua misión de entretener a la burguesía, pero yo pienso que mayor interés aún que los experimentos formales tienen las innovaciones de fondo. La novela, hoy, antes que divertir —para esto ya están el cine comercial y la televisión—,

debe inquietar. Es, tal vez, el instrumento más directo de que disponemos para barrenar la oronda seguridad de una burguesía satisfecha. O sea que, a mi entender, incluso desde un punto de vista renovador, *La peste* encierra mayor interés que *La celosía*.

11 de febrero. Pablo Bravo me escribe desde Camerún (donde acaba de ser nombrado embajador mi amigo y condiscípulo Carmelo Matesanz) animándome a dar una vueltecita por aquellas tierras. Para tentarme me habla del búfalo, el elefante *petit africain*, el antílope y el *bushbock*, olvidándose de mi incapacidad para dar muerte a un animal que pese más de tres kilos (esta referencia al peso no deja de ser una tontería, lo admito, aunque por otra parte no he conocido a nadie que vacile a la hora de propinar un palmetazo a un mosquito). Empero, el proyecto es lo suficientemente encandilador como para tomarlo en cuenta.

12 de febrero. Ismael cantó a los poetas (Alberti, Hernández, Fuertes, Celaya, Unamuno, Madariaga, Juan Ramón) en la Sala de Cultura de nuestro periódico. Ismael nació en un pueblecito segoviano, Torreadrada, de una familia pobre, y se hizo a sí mismo a base de vocación y privaciones. De ahí, tal vez, la sinceridad de sus comunicaciones y la elementalidad de medios con que se acompaña (un almirez, el tintineo de una botella, una pandereta; a lo sumo la guitarra). Yo le oí por vez primera en la fiesta de cumpleaños de Gloria Fuertes, en Madrid, hace unos meses; por su noble sentido del folklore castellano y su sensibilidad (muy distintos de los de otros cantantes multitudinarios) pensé que era un intérprete muy adecuado para actuar en la sala del periódico (250-300 personas de aforo). La presencia de Ismael, sin embargo, como ya ha ocurrido con no pocos conferenciantes, desbordó la cabida de aquélla, y un millar de personas nos desperdigamos por la sala de máquinas, la redacción, el vestíbulo, pendientes de los altavoces. Éste es un espectáculo que siempre me reconforta. Por añadidura, Ismael aderezó muy bien sus canciones con unas entradillas en las que explicó las razones de la adaptación, dificultades, enmiendas introducidas, etc. En suma, un acto muy completo del que quedé complacido.

13 de febrero. Por días se está poniendo de moda hablar con menosprecio de nuestra tradición cultural. La fiebre iconoclasta no respeta ya a figuras como Unamuno, Galdós, Ortega o Machado. Olvidan estos detractores que la

patente de escritor no la otorgó nunca el hablar —incluso con arrogancia— sino el escribir —incluso con humildad.

14 de febrero. La invasión americana de Laos, como ayer la invasión rusa de Checoslovaquia, demuestran que en el mundo actual únicamente los grandes tienen derecho a la guerra. Dos no riñen si uno (USA o URSS) no quiere, pero uno riñe (USA o URSS) si a uno (USA o URSS) le da la gana.

15 de febrero. Federico Sopeña se confiesa en el Cuaderno Taurus número 101, titulado *Defensa de una generación*, un libro hermoso, amargo y honrado. Recatan muchos motivos de meditación estas páginas, al margen de la frustración pastoral de Sopeña, final común, por otro lado, a tantos españoles como en los últimos años intentaron abrir las ventanas del país. El libro, en última instancia, es una requisitoria contra la intolerancia, si bien la sensibilidad de Sopeña (que hilvana magistralmente un apunte autobiográfico desde su vocación tardía, recién terminada la guerra civil, hasta su dimisión [?] irrevocable como titular de la iglesia de la Ciudad Universitaria de Madrid) le aleja del sentimiento y le inclina a la piedad.

16 de febrero. He presentado el informe anual de la actividad del cine-club El Norte de Castilla correspondiente a 1970. En general, la vida de los cine-clubs españoles de un tiempo a esta parte no puede ser más lánguida. La del nuestro ha sido discreta, incluso brillante, comparada con la de los que se debaten en los postreros estertores. Las salas de Arte y Ensayo, las restricciones a la entrada de películas, la falta de apoyo oficial hacen cada vez más problemática la supervivencia de los cine-clubs en el país. José Ángel Rodero, nuestro secretario, ha de multiplicarse, viajar a Madrid, hablar con unos y con otros para sostener la programación mensual —dos proyecciones— con películas que no son nada del otro jueves. La Subdirección General de Cine debería tomar cartas en el asunto. Las salas de Arte y Ensayo (que cada día ensayan menos y dan películas menos artísticas, supongo que a su pesar) no justifican la desaparición de los cine-clubs. Y bien mirado, dejarlos morir no me parece una actitud más gallarda que suprimirlos.

17 de febrero. «Si quieres la paz, prepárate para la guerra» fue una ingeniosa paradoja exhumada por la Europa imperialista en años en que la guerra era la relación normal entre los pueblos. Así lo entiende Gonzalo Arias, que me comunica hoy su propósito de hacer una marcha a pie Ginebra-Valencia, con cuatro compañeros no-violentos, para pedir un estatuto satisfactorio para los

objetores de conciencia. Los objetores de conciencia no tratan de eludir un servicio en favor de la comunidad, sino transformarlo. Su aspiración está en línea con el ruego de Pablo VI, que hace pocos meses sugería a los pueblos ir sustituyendo el servicio de las armas por un servicio de paz: alfabetización, recolección de cosechas, obras públicas, escuelas de iniciación y capacitación, organización deportiva de los medios rurales, etcétera…

18 de febrero. Mi mujer y yo comimos hoy en el Círculo de Recreo con el pintor García Benito. Benito acaba de llegar de Málaga y antes ha expuesto en Nueva York, París y Madrid. Aunque su aspecto es aún gallardo y busca novia, García Benito andará rondando los ochenta años. A Benito, nacido en Valladolid (en el mismo barrio que Vicente Escudero), le pensionó el Ayuntamiento para estudiar Bellas Artes y, antes de cumplir los veinte, se dio un baño en la fuente de la Cibeles y se largó a París. Es del dominio público que García Benito fue el primer recluta español que se presentó en Caja en automóvil propio conducido por un chófer. Benito se resistió siempre a ponerse en manos de los marchantes, pero fue durante muchos años portadista de *Vogue* y ganó dinero a base de exposiciones y encargos, dinero que, como buen artista (y mal financiero), perdió en las dos guerras mundiales y en el crac del 29. En 1943 pintó a Pétain en Vichy y al terminar el conflicto (por aquello de las concomitancias cada día más vivas entre arte y política) regresó a España, a Valladolid, con su esposa Madelaine, una de las mujeres más cultas y de más exquisita sensibilidad que he conocido. Madelaine cambió París por un modesto barrio vallisoletano sin hacer aspavientos. Era una mujer de gran temple que gustaba de la música, los caballos, los buenos cuadros y los buenos libros. Benito nos ha contado de su vida parisina, con los Gargallo, Dunyach, Julio González, Utrillo y Bofill. Modigliani era entonces más pobre que las ratas, y Benito recuerda haber pintado su autorretrato sobre un cuadro suyo. Según Eduardo, Modigliani le saludaba siempre del mismo modo: «Benito… en un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme…». Mi mujer y yo le hemos animado a que escriba un libro con sus recuerdos, ya que no tiene ganas de volver a los pinceles. Pero Benito busca novia, cosa que no me sorprende después de la mujer que le tocó en suerte en el primer matrimonio y que ahora descansa en el cementerio de Valladolid.

19 de febrero. Corral Castanedo dedica un artículo a Alberto, el Italiano, un hombre que llegó a Valladolid con los fascistas de Mussolini, se casó y no

quiso repatriarse. Alberto, el Italiano, ha muerto ayer y Corral Castanedo le despide con una hermosa necrológica donde termina por decir que uno se muere cuando dentro no le queda hueco para más muertos. El argumento, bellamente poético, no explica, sin embargo, la muerte de los niños. Mi teoría al respecto es que el hombre muere cuando el proceso paulatino de despegue e incomprensión hacia los hombres, las cosas y los hechos que nos rodean alcanza el tope, de modo que uno llega a sentirse extranjero en su propio pueblo. Llegado este extremo, el hombre intuye que aquí sobra, coge y se va. (La teoría puede aplicarse a los hombres que cierran normalmente su ciclo vital, puesto que tampoco vale para explicar la muerte de los niños).

20 de febrero. El profesor Senabre me envía unos interesantes trabajos críticos de sus alumnos sobre algunas de mis novelas. Luis López Martínez me pide desde Murcia nuevos datos para su tesis. *Cuadernos para el Diálogo* solicita mi opinión sobre la situación actual de la prensa en España, que, naturalmente, es poco optimista. Radio Nacional me hace una oferta insólita: que «predique» la primera palabra del sermón de Jueves Santo («Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»), cometido que he rehusado porque mentir no me gusta y el temita se las trae con abalorios, que decimos por aquí. Finalmente, Milián Mestre me anuncia un homenaje a Hernández Pardos (un bien orientado homenaje a base de editar una antología de sus comentarios en *El Noticiero*) al que me he sumado gustosamente porque José María Hernández es un hombre honrado y de mucho mérito. Mi correo es cada día más variopinto y complicado. A veces temo no dar más de sí. Uno no tiene cabeza para tantas cosas.

21 de febrero. El partido Italia-España que he seguido por televisión demuestra de una vez por todas que la recuperación del fútbol español de selección tiene un nombre: Kubala. Kubala cogió un muerto y lo ha resucitado a base de arrinconar gloriosas momias y de buscar un jugador para cada puesto sin dejarse deslumbrar por los nombres ni las presiones de los grandes. Esta revitalización tiene mayor mérito en un momento en que se observa en el país un innegable descenso del fútbol de club (exactamente lo contrario de lo que ocurría hace unos años). La liga está más igualada, es cierto, pero no porque unos cuantos equipos hayan subido a la altura del primero sino porque han descendido a la del último (entre los seis más destacados, se entiende). Esto es, se ha nivelado por abajo. En el estricto significado de las cifras este 2 a 1 al subcampeón del mundo en su terreno

reivindica la fama del balompié español, tan mal parada, la pobre, hasta hace cosa de un año.

22 de febrero. Luis y Ángeles me sacaron de paseo en coche en un día de primavera anticipada. Dimos la vuelta acostumbrada: Laguna de Duero, Boecilio, Viana, Puente Duero, Valladolid. Por primera vez vi la pareja de cigüeñas este año (aunque sabía por la prensa que habían llegado ya) y un matrimonio de azulones en la laguna de Laguna. Tumbado entre los pinos observé asimismo la irrupción de las primeras hormigas, rubias y minúsculas como puntas de alfileres. Imagino que no tardarán en volver a enterrarse porque los marzos vallisoletanos suelen ser terriblemente ásperos.

24 de febrero. Esta tarde me quitaron la escayola. En el primer momento, al ser liberado del lastre, tuve la impresión de que mi pierna derecha iba a echar a volar (un yeso en cada pierna sería un recurso cómodo y barato para pasear por la Luna). Luego me compadecí de ella: tan informe, tan fofa, tan blanca, la piel cuarteada… Mentira parece que, no tardando, pueda volver a hacer vida de ella. Por primera providencia debo tornar a la inmovilidad total durante otra semana hasta ver cómo reacciono a la venda de zinc y a la onda corta. (¡Y la veda de la trucha a punto de levantarse!). Este período de reposo me ha frenado también por dentro. Me propuse tener paciencia, no desazonarme ante la pila de cosas por hacer y creo que no sólo lo he conseguido sino que he llegado a la conclusión de que no adelanto nada yendo tan deprisa, activado por una tensión constante que ni en sueños cesa. Hay que procurar que trabajos y preocupaciones no acaben con nosotros, no nos destruyan. Incluso en esta pausa he visto algo que no veía antes por tener el bosque demasiado encima: que la novela que traigo entre manos es preciso desarrollarla en dos planos distintos y que tanto me da concluirla el próximo verano como en las Navidades siguientes. Nadie me persigue.

25 de febrero. Uno de los riesgos de las situaciones políticas no democráticas es que fomentan el caldo de cultivo para la alcaldada. Yo recuerdo los años 40 como años siniestros de alcaldadas en cadena. Alcaldadas de personajes y personajillos que quedaban impunes y pasaban en silencio porque la prensa estaba aún más afónica que ahora. Cada pequeña autoridad se consideraba entonces un emir. Fue la época de los enanos endiosados. Y algo de esto colea cuando todavía es posible que ocurra lo que acaba de suceder en Castellón, esto es, que el hecho de que un catedrático suspenda al hijo de una autoridad

local desencadena una sañuda persecución por parte de ésta. Afortunadamente los papeles han aireado el hecho esta vez y confío en que las medidas no se hagan esperar. Si la prensa no guardara la viña (a todos los niveles), la arbitrariedad y la corrupción se enseñorearían sin demora del país.

26 de febrero. Me sorprende la conferencia que ha pronunciado Fraga Iribarne en el Instituto de Sociología de Madrid. «Es inútil querer desconocer la existencia de importantes y respetables familias ideológicas en el país», ha dicho. En honor a la verdad hay que admitir que él, en su momento, no las desconoció… pero les sacudió unos palos que temblaba el misterio. ¡Pobres familias! Como dice Umbral, ¡qué bien hablan los ministros cuando dejan de serlo!

27 de febrero. Ángeles y Luis, que vinieron hoy de Madrid, me comunican la llegada de nuestros amigos Emilio Serrano y su mujer a la comunidad de Mamayaque, junto a los ríos Cenepa y Marañón, en plena selva peruana. Estos muchachos, recién casados, se incorporan así a la misión del padre López del Vallado junto a los indios aguarunas. El destacamento está formado por aquel jesuita, que actúa de coordinador general, y media docena de jovencísimos matrimonios españoles, entre los que hay ingenieros, médicos, maestros, abogados y mecánicos. Estos muchachos y muchachas tratan de promocionar al indio aguaruna (agricultura, ganadería, cooperativismo, medicina e higiene, enseñanza, etc.) y asesorarlo jurídicamente, ya que el objetivo es ponerlo en condiciones no solamente de sobrevivir sino de defenderse contra la intrusión obstinada de los colonos blancos que les tachan de indolentes y pretenden desplazarlos de sus tierras. A lo que se ve, el equipo actúa de acuerdo con esa máxima tan plausible de si quieres matar el hambre de un semejante, no le des un pez, enséñale a pescarlos. En esta entrega abnegada encuentran muchos jóvenes actuales un modo inmediato de cooperar en la construcción de un mundo más justo, desencantados de la charlatanería y de la ganga que arrastra inevitablemente toda política. ¡Qué lejos la actitud de estos chicos de las que suelen promover las frívolas e interesadas sociedades de nuestro tiempo!

28 de febrero. José López Martínez, de *Dígame*, estuvo en casa haciéndome una entrevista. El correo me trae la tesina de Vitina Di Ricci, de Milán, *Caracterización de la infancia y la adolescencia en las novelas de Ana María Matute y Miguel Delibes*. La autora dedica su obra a los que hicieron posible

que alcanzara el título de maestra. (Y dice *maestra* a boca llena, con todo su orgullo, en castellano). A Vitina Di Ricci aún no le han cegado los ecos de la pimpante revolución de tarjeta de visita que hemos realizado últimamente en el país a fin de que el perito sea ingeniero, el practicante, ayudante técnico sanitario, y el maestro, profesor de enseñanza general básica. Hay quien concreta todas sus reivindicaciones en una palabra. ¡Con lo hermoso que es el título de maestro!, como me decía hace pocos días el padre Llanos.

1 de marzo. Febrero se fue y de loco no ha tenido nada, si es caso para brindarnos un esplendoroso anticipo primaveral. Mi pierna va entonándose poco a poco aunque no salgo de casa más que para la onda corta. En cambio viene por aquí el masajista Ayala, que durante cuarenta y un años militó en las filas del Real Valladolid y tiene por tanto dilatada experiencia en estos asuntos. Ayala confía más en los pediluvios que en la radioterapia (es un decir). Ayala cree que en unos días, mediante fomentación y masaje, se arreglarán estas punzadas dolorosas del talón de Aquiles que me tienen en un grito. (El doctor no descarta que junto al peroné rompieran los ligamentos). Ayala es hombre abierto y efusivo, y cada tarde nos pasamos una hora de cháchara recordando los viejos tiempos del Real Valladolid Club de Fútbol (el *foot-ball* llegó a nuestra ciudad de la mano de los seminaristas escoceses e ingleses del Colegio de San Albano y de los muchachos vascos que bajaban a estudiar a la Universidad de Valladolid a principios de siglo). Ayala (¡qué envidiable memoria!) recuerda todos los equipos que se han sucedido aquí y a todos los lesionados que ha atendido en su medio siglo de profesional.

2 de marzo. Devolví a la Editora Nacional las pruebas del libro de Enrique Gavilán sobre los pueblos de Valladolid. Enrique, condiscípulo mío en los baberos y después en la universidad, falleció prematuramente el día de Navidad de 1969. Su primer libro —que irá adecuadamente ilustrado por nuestro pintor Cuadrado Lomas— es, pues, póstumo, hecho injusto porque Gavilán utilizaba una prosa turgente y luminosa, primorosamente adjetivada y respetuosa con la gramática. Para prologar el libro, Unciti ha echado mano de un artículo que yo escribí en *El Norte*, un desahogo intimista y cordial que no fue concebido con este objeto sino con el más modesto de rendir homenaje al amigo muerto. Enrique hablaba de nuestros pueblos misérrimos con dolor y con amor; entre paño y bola, él clamaba por la humanización de la vida en los medios rurales castellanos. Pero el orgullo de nuestros labriegos es tanto que, en varias ocasiones en que Enrique expuso la situación lamentable de algunas

villas, recibió cartas indignadas diciendo que el pueblo contaba con agua en la plaza, tres cantinas, tienda de comestibles y doce televisores, y él sólo se había fijado en el lodazal de las calles y la escuela abandonada. ¡Así somos!

3 de marzo. Rof Carballo ha pronunciado una conferencia en Madrid que está dando mucho que hablar. Rof admite, al parecer, que la represión sexual engendra neurosis, pero también pueden engendrarla la promiscuidad y la absoluta libertad. Las represiones y los tabúes están muy en boga ahora, pero yo me temo que el día que se alcancen todas las libertades a los dieciséis años sobrevendrá un nuevo motivo de neurosis que ya está dando sus tristes frutos en los países nórdicos: la decepción prematura y el hastío. Nuestro entramado psicológico es muy complejo y, como en ecología, también aquí todo influye y está influido por todo. Creo que Rof Carballo tiene razón: liberarnos de una represión puede llevarnos a otra.

4 de marzo. Considero raramente afortunada la conclusión del Consejo Nacional sobre regionalismo y descentralización. Ahora lo que apremia es que el Gobierno asuma esta preocupación, ya que a lo largo de los seis últimos lustros se ha lastimado con frecuencia a las culturas periféricas peninsulares. (Aún recuerdo que el hecho de bailar unas sardanas llegó a considerarse, por los años 40, un sospechoso síntoma de secesionismo). En este país hemos sido de siempre aficionados a la caza de brujas. Todas estas culturas deben gozar sin mayor demora no ya de una absoluta libertad (incluso en sus himnos, emblemas y estandartes, ¿por qué no?) sino de apoyo oficial. Una cosa es la unidad y otra diferente la manera de articular ésta. Simultáneamente, los castellanos debemos ser educados en el concepto de que España es una y varia, y enterrar para siempre aquellas frases hirientes y fanfarronas de «A mí hábleme usted en cristiano», tan en boga en la década citada. Esfuerzos como el de Polígrafa, S. A., que presenta sus libros en ediciones bilingües —catalana y castellana—, deben multiplicarse con objeto de que los españoles nos familiaricemos con las diferentes lenguas que, a Dios gracias, conviven en nuestro suelo. Y aunque en otro terreno, otro tanto cabría decir del problema de la descentralización. Nuestra tradicional miopía nos condujo casi casi a la ceguera en estos extremos durante los últimos años, pero nunca es tarde para abrir los ojos.

5 de marzo. Vi *La confesión*, película muy discutida de Costa Gavras. En rigor es un buen filme que adolece de una obligada monotonía salvada en

parte por la dúctil interpretación de Yves Montand. Para mí fue como ver reconstruido en imágenes el relato coincidente de varios amigos que conocí en Praga en mayo de 1968: una amarguísima experiencia. En mi libro *La Primavera de Praga* transcribo las confidencias de un procesado de los años cincuenta: «Lo peor —me decía— no era la detención arbitraria, ni las torturas, sino el juicio subsiguiente, donde todos éramos conscientes, empezando por el juez y el abogado defensor, de que nada de lo que decíamos era verdad sino que estábamos viviendo una comedia en la que cada uno representábamos nuestro papel». Esta película (basada, como es sabido, en un hecho real) lo confirma. ¿A quién se pretendía engañar entonces? Simplemente al pueblo, teórico beneficiario del sistema. Invocar razones de humanitarismo a estas alturas para declararse prosoviético ya no resulta convincente.

6 de marzo. 1971 puede ser el año de la toma de conciencia por parte de la humanidad de que el derroche de Naturaleza a la corta resultará suicida. USA acaba de crear una nueva rama de los estudios biológicos: técnico en ecología y recursos naturales. ¿Llegarán a tiempo los primeros licenciados de esta especialidad?

7 de marzo. Se abrió la temporada de la trucha. Al anochecer oí llegar a mi vecino Mario Pérez y salí a la escalera a informarme. No le había pintado bien, aunque traía un ejemplar hermoso, próximo al kilo. Me dijo que, por los altos, el tiempo andaba de nieve y que los ríos bajan poco menos que en estiaje. Esta última puede ser una razón que explique la difidencia del pez porque la nieve, cuando uno aguanta, es buena compañera. Por tres veces recuerdo haber cogido el cupo en un par de horas cayendo copos como platos. Y además con mosco ahogado. Uno no se explica que con esas temperaturas puedan andar larvas o mosquitos por el río, pero así debe de ser cuando las truchas pican.

8 de marzo. El doctor me anima a ir prescindiendo del bastón. Me da miedo. Hago un cojo infernalmente malo y en dos largos meses no he conseguido sincronizar los movimientos de mis cuatro puntos de apoyo. Es más, hoy he llegado a la conclusión de que el que baila bien, cojea bien. Todo es cuestión de ritmo. Y como baila bien el que tiene buen oído, nada como tener buen oído para lucir una cojera potable.

9 de marzo. Me sorprenden las noticias de nevadas en toda España.

Incomprensiblemente aquí no han caído más que cuatro copos que no han llegado a cuajar. Hoy parece que ha suavizado. El que se resiente de estas anomalías es el campo. Después de la nieve y las crudas heladas de este invierno, el trigo y la cebada apenas están apuntados y mucho más mustios que otros años por el mes de enero. Lo de año de nieves año de bienes no pasa de ser una quimera. Lo que hace falta es que la nieve, como la lluvia o como el hielo, llegue a su tiempo.

10 de marzo. Hoy les hablé a mis alumnos de la mentalidad hidalga desarrollada en el país con motivo de la llegada de metales preciosos a España en el siglo XVII. La actitud aristocrática de «Iglesia, mar o casa real» encontró en el pueblo el triste eco de la «sopa boba» que se repartía graciosamente en los conventos. Les expuse mi temor de que el turismo pudiera ocasionar en nuestros días los mismos trastornos en extensas zonas del país. Los ingresos sin contrapartida comportan este riesgo. Y, les recordaba, de paso, la vergonzosa Real Cédula de 1682, que hubo de declarar, más o menos, que mancharse las manos no era denigrante para conseguir que algunos arrimasen el hombro.

La huelga de Correos inglesa ha repercutido en mí. Una carta de Lawrence Keates fechada en Leeds el 17 de enero, y con matasellos del 18, me ha llegado esta misma mañana. Lo peor es que Keates me pide con cierta urgencia una aclaración para la edición inglesa de *Cinco horas con Mario* que prepara, y la respuesta, sin culpa de mi parte, va a retrasarse más de dos meses.

11 de marzo. El padre de *Marcelino, pan y vino*, José María Sánchez Silva, habló esta tarde en la Sala de *El Norte* sobre literatura infantil («Paisaje con niño leyendo»). Sánchez Silva hace como yo (y como tantos), lee, no perora. Pero lee bien y de este modo dice exactamente lo que quiere decir. Ayer, charlando con él, se disculpaba por no ser orador, pero para mí el ver que alguien se agarra a los folios constituye una garantía, no un motivo de decepción. José María Sánchez Silva está empeñado en que yo escriba un relato para niños, aduciendo que para hacer esto no se requiere una disposición especial ni supone un condicionamiento de nuestra habitual manera de expresarnos. Yo opino lo contrario y en ésas estamos.

12 de marzo. Cenamos con Regino Sainz de la Maza en casa de Rubio Sacristán. Ignoraba que el guitarrista procedía también de la antigua

Residencia de Estudiantes. Me hizo un gran efecto: discreto, modesto, poco hablador, pero con sagaces, fulgurantes intervenciones. Maruchi Rubio, que ha vivido unos años en Londres, nos puso los pelos de punta contándonos que asistió al estreno de una máquina para certificar la muerte en la Morgue londinense (acontecimiento radiado y televisado por la BBC) con un resultado inesperado: la presunta muerta estaba viva. Nos enredamos en una macabra conversación que derivó inevitablemente a algo que me conturba desde hace tiempo: el cerebro de los muertos continúa pensando por su cuenta en tanto las células viven. Ya hablamos de esto en la Laguna Negra este verano con los Marías, y alguien adujo que por eso era preferible la incineración de los cadáveres que el enterramiento, pero yo tercié que tampoco era precisamente divertido eso de ver que alguien nos arrima una cerilla y pensar: «¡Coño, que me queman!» sin poder mover un dedo para impedirlo.

13 de marzo. Coincidí en el médico con Juan Molina, ingeniero de Montes encargado de la reserva de Riocamba, en las estribaciones serranas de Palencia y León. Me dice que los venados y jabalíes (incluso el oso) se multiplican a ojos vistas en las diez mil hectáreas protegidas y que ahora acaban de traer ciervos que parecen adaptarse bien. Dada la espesura del sardón y con una celosa vigilancia, dentro de unos años puede convertirse aquello en un paraíso cinegético. Quedamos en asomarnos por allí el próximo verano en plan puramente contemplativo (fotográfico por parte del doctor De la Mela). Hace unos quince años estuvimos en Riocamba de caza menor, y dada la virginidad del mohedal, nos las prometíamos muy felices, pero apenas si vimos media docena de perdices pardillas enrabiadas y una liebre hermosa que dejé yo junto al camino. Eso sí, la topografía, la adustez del arcabuco, su misterioso hermetismo justificaron sobradamente la excursión.

14 de marzo. Después de ver por TV el ciclo de Marilyn Monroe, debo reconocer que esta muchacha era más actriz de lo que yo creía recordar, aunque siempre a distancia de la genialidad. Lo que ocurre es que los productores la encasillaron en papeles de rubia tontiloca y se obstinaban en mostrarnos antes su anatomía que su talento. Con todo, repito, echarla a reñir con Chaplin y la Garbo lo considero una ligereza.

15 de marzo. Un catalán, Esteve Albert, ha venido a descubrirnos que el más grande político que ha tenido España fue don Pero Ansúrez, fundador de Valladolid en el siglo XI, a través del abad cluniacense Pons, del monasterio

de Sant Cerni de Tavèrnoles. La vinculación Valladolid-Cataluña fue estrecha en aquel tiempo, y en nuestra ciudad existía una calle Francos (denominación que se ha prolongado hasta nuestros días), albergue de catalanes y andorranos durante siglos. A mayor abundamiento, Valladolid (según Albert) no deriva de Valle de Olid, conforme creíamos, sino de *vallis* y *tolitum*, o sea que Valladolid equivale a Pladolit, el apellido más antiguo de Andorra y precisamente el de la señora de Albert, lo que quizá le animó a la investigación cuyos resultados han sido sintetizados en su conferencia.

16 de marzo. El crítico de *Ínsula* (esa revista literaria que con tanta independencia y gallardía se mantiene a lo largo de los años). José Domingo me comunica que la hispanista soviética M. Bylinkyna va a iniciar la publicación de *Cinco horas con Mario* en la revista moscovita *Literatura Extranjera*. Domingo suponía que yo lo sabía, pero ésta es la primera noticia que tengo sobre el particular. La incomunicación Este-Oeste alcanza en algunos aspectos, como el que comento, extremos increíbles.

17 de marzo. Me cuenta mi hijo Miguel que el análisis de la leche de una amiga que acaba de ser madre daba una proporción apreciable de insecticida. (Esto al margen, se sospecha que el DDT determina la esterilidad en muchas mujeres). Según parece, esto es ahora común a todas las jóvenes madres ya que la fruta, las hortalizas, las aguas de los ríos arrastran una carga considerable de este veneno que se transmite fácilmente al organismo. Ya sólo nos faltaba esto: alimentar a nuestros hijos con DDT. Mi tío Miguel solía decir, refiriéndose a los remedios de las boticas: «Sabemos lo que quitan pero no sabemos lo que ponen». De casi todas las grandes conquistas actuales de los laboratorios se podría decir lo mismo. El doctor De la Mela ha suspendido las sesiones de onda corta, y los masajes a partir de hoy serán alternos. Parece que la pierna va bien, pero continúo moviéndome con dos bastones. Cenamos con el pianista Frechilla y otros amigos y desistimos de nuestro proyectado viaje a Yugoslavia y Rumania. Deberíamos partir dentro de un mes pero, en el supuesto de que yo pueda andar y conducir, nunca podría darme las palizas que exige un turismo curioso y dinámico. Visitando países nuevos yo suelo andar tanto como en una jornada de caza. La verdad es que nunca pensé, cuando me caí el pasado 3 de enero, que iba a arrastrar tanto tiempo las consecuencias.

18 de marzo. Recibo un ejemplar de mi biografía escrita para Epesa por Francisco Umbral. Encararse con la propia biografía, estando vivito y coleando, es como asomarse al propio panteón: le produce a uno repeluzno. Y, por otro lado, le abochornan los elogios y le encocoran los errores o lo que uno juzga tales (nada digamos del hecho de ver reproducidas unas cartas espontáneas, íntimas y personales, que le induce a uno a sentirse en calzoncillos en una reunión de fraques). Por de pronto, Umbral, tras un breve y espléndido prólogo, hace un estudio de mi evolución espiritual y literaria y se enfrenta con mi obra con sus habituales brillantez y originalidad. Sin embargo, es con el proceso de mi evolución ideológica con lo que no estoy conforme. Umbral me atribuye una ideología a los quince años (cuando se inicia la guerra civil), cosa que desgraciadamente dista mucho de ser cierta. El hombre que piensa (o, mejor dicho, que con el tiempo va a pensar) vive ordinariamente hasta los veinte años instalado en un confortable sistema de seguridades que ha heredado (familia, colegio, medio, etcétera). Posteriormente se incorpora a un sistema de duda sistemática que le empuja a situarse en el lugar «del otro» e intentar comprender sus razones. Tampoco creo, en otro orden de cosas, que la mayor parte de los muchachos que pelearon en el bando nacional pensaran entonces en defender sus privilegios de casta. Estos, como los muchachos de enfrente, se alistaban con la mirada ilusionada, soñando con una España distinta. Probablemente la política y el dinero tuvieron buena culpa de que no se encontrara entre ellos un punto de concordia. Tampoco creo que Umbral valore debidamente la vertiente religiosa, motivo que en aquel trance impulsó a la mayor parte de los católicos a aliarse con los poderosos (¡ah, si en aquel tiempo hubiera reinado ya Juan XXIII!), pero en ellos pesaba más la evidencia (la quema de un convento de monjitas indefensas) que las motivaciones (las graves responsabilidades contraídas por la Iglesia frente al pueblo, cosa que se ve después). Nadie, pues, que actuara entonces con buena conciencia tiene por qué avergonzarse de haber sido vencedor ni vencido. De lo que sí debemos condolernos es de no haber sabido evitar el drama y de haber prolongado sus consecuencias tanto tiempo. Pero el hecho (pongo, por ejemplo) de que yo descubriera por mi cuenta la pureza edificante de don Julián Besteiro (anatematizado por la derecha), antes que una evolución ideológica (y a esto iba) es un despertar, ya que, por mi edad, yo no podía conocer a Besteiro cuando Besteiro actuaba.

19 de marzo. Releo *Contrapunto*, en edición de Edhasa. Es la gran novela de un intelectual. Creo que era Alborg quien ponía a Huxley como ejemplo de lo que no se hace en España. Tiene razón, pero el novelista español, como corresponde, es muy apasionado y poco cerebral. En España, el pensador se expresa por vía del ensayo; no hace novelas. Tal vez sea una cuestión de clima, pero nuestra vida (y nuestra novela por tanto) es extravertida, cálida y cordial. No soy determinista pero sí creo en la influencia del medio.

20 de marzo. El presidente de la Asociación Europea de Profesores de Español, Franz J. Zapp, me invita a Santander (segunda quincena de agosto) a darles una charla al final del coloquio que celebrarán sobre novela española contemporánea. No hay que decir que acudiré con mucho gusto.

21 de marzo. Los chicos han pasado este fin de semana en Sedano. Me vienen con la noticia de que se han cobrado tres lobos en los meses de invierno (hoy, aunque no lo parezca, empieza la primavera). Los vecinos de las comarcas loberas no están de acuerdo con la franciscana teoría de Rodríguez de la Fuente sobre este animal. Por el contrario, los ganaderos creen que el hombre debe ser hombre para el lobo (y ustedes ya me entienden). Un amigo me dice que el mes pasado en Reinosa unos lobos mataron ochenta ovejas de un rebaño y no se comieron ninguna. Científicamente estas matanzas, aparentemente caprichosas, encierran su fundamento. En la época glacial, topar con una manada de renos o de ciervos era empresa ardua; de ahí que cuando los lobos la descubrían mataban los que podían. La nevera natural conservaba aquellos cadáveres en condiciones óptimas para irlos devorando poco a poco durante las largas épocas de hambre. ¡Pero váyales usted a los ganaderos con teorías y monsergas!

22 de marzo. Dentro de una semana entrará en vigor la nueva Ley de Caza. Manuel Zuasti me pide para *Ya* mi opinión al respecto. Esto es muy complejo y muy enrevesado. En líneas generales subrayo los puntos siguientes: *a*) me parecen bien la concreción de prohibiciones y la actualización de sanciones; *b*) considero una gravísima omisión que una ley que se alumbra en 1971 no trate de la intromisión de la técnica en la caza (reclamos magnetofónicos, armas repetidoras, detectores de cuerpos, etc.); *c*) lamento que en el viejo duelo cazador-pájaro, el legislador haya tomado partido por aquél, autorizando la caza de perdices con reclamo y en ojeo; *d*) el veinticinco por ciento de terrenos libres lo juzgo insuficiente; aun con las nuevas modalidades

de acotados, siempre serán más los cazadores que no tienen acceso a ellos que los que lo tienen, y *e*) la defensa de la propiedad privada prevalece a menudo sobre la defensa de la caza (ejemplo: la ley considera delito venatorio dar media vuelta a la tablilla de un coto, y falta venatoria arrasar las perdices de un terreno libre desde un automóvil o un tractor): esto me parece garrafal e imperdonable.

23 de marzo. Me llega la tesina de Ana María Navales, de Zaragoza, en la que estudia la evolución de la novela española de posguerra a través de cuatro autores: Aldecoa, Sueiro, Umbral y yo mismo (en el aspecto evolutivo, y por edad, es obvio que yo debo ir en primer término). Hay una observación que me ha interesado especialmente: la Desi, de *La hoja roja*, tiene a su juicio más fuerza que el viejo Eloy. Comparto plenamente esta opinión. Al reproche de que yo no pintaba caracteres femeninos respondí con *La hoja roja*, primero, y con *Cinco horas con Mario*, después. No obstante, al pintar la Carmen de Cinco horas con Mario quizá me pasé de rosca, al menos en mis pretensiones éticas de ventilación social, ya que acumulé sobre ella demasiados prejuicios típicos. Así, la lectora que no comparte alguno de los puntos de vista de Menchu (que lógicamente son todas) se agarra a la excepción y piensa: «Yo no soy ésa», cuando sustancialmente lo es. Hubo una reacción admirable por parte de una desconocida bilbaína que me escribió una carta agradeciéndome que la hubiera ayudado a ver en Carmen muchos de sus propios defectos y, en consecuencia, a corregirse. Naturalmente esta señora no era Menchu, puesto que la característica de Menchu es una suerte de incapacidad para reconocer los propios errores y, consecuentemente, para cambiar.

24 de marzo. Onofre Camp, espontáneo amigo barcelonés y conejero por excelencia, me envía la memoria de la temporada de caza 1970-1971 (en la que incluye datos referentes a las cinco últimas) correspondiente a la Colla Els Vuit Conillaires. A través de estos datos se observa que la cifra de conejos cazados, con levísimos baches, ha ido progresando desde el 1965-1966 (483) hasta 1969-1970 (1460). En su carta me aclara que la cifra bajó algo durante la temporada última debido a los hielos, pero que la mixomatosis puede darse por liquidada en Cataluña. Así pues, en este aspecto, los cazadores debemos abrir el corazón a la esperanza. La peste empieza a desaparecer por donde vino: el Pirineo. La resurrección del conejo hará mayor bien a la perdiz (al posibilitar otro objetivo) que todas las disposiciones imaginables.

25 de marzo. Me visitó la madre de un reciente detenido político, de diecinueve años, una mujer admirable, decidida y serena. Desea publicar una carta en *El Norte*, donde hace una semana apareció una nota oficial diciendo que los detenidos habían pasado a disposición judicial. Pese a esto, continúan incomunicados, y la madre, sin poder ver a su hijo, sin poder enviarle ropas y alimentos, ni pasarle las medicinas que precisa para seguir el tratamiento a que viene sometido. Se lamenta asimismo de que, de no ser por la muchacha a quien acompañaba su hijo aquella tarde, no se hubiera enterado de su detención puesto que oficialmente nada se le ha comunicado, ni de palabra ni por escrito. Le prometí que su carta se publicará mañana, ya que sus quejas me parecen más que fundadas.

26 de marzo. Salí para San Sebastián (acompañado de mi hermano) para hablar a los cazadores guipuzcoanos sobre «La codorniz 1970» con motivo de la IV Demostración de Caza y Pesca. Por primera vez cogí el automóvil desde hace tres meses. Curioso complejo: instintivamente mi cojera se la atribuía al coche y no osaba adelantar ni a los camiones más remolones aunque tuviera a la vista más de un kilómetro sin obstáculos. Finalmente logré vencer mi complejo de tortuga, y el hecho de poder valerme de los pedales y de tener en el pie lastimado una fuerza capaz de ponerme a cien kilómetros por hora (aunque no la utilizara) me subió mucho la moral. (Ahora comprendo la peligrosidad del disminuido físico o psíquico con un volante entre las manos).

27 de marzo. San Sebastián sigue tan bonito como siempre, siquiera encuentre los alrededores un poco agostados y el Oria y el Urumea convertidos en dos alcantarillas. (¡Qué pena de ríos! ¡Y pensar que un día fueron salmoneros!). Mi auditorio en la conferencia no fue muy amplio. A los cazadores no suele gustarles que les hablen, aunque sea de caza. De no cazar, lo que prefieren es hablar ellos. El cazador guipuzcoano se asemeja al labrador de mi tierra en que ninguno de los dos cree que exista nadie en el mundo capaz de enseñarles algo. Hablo, naturalmente, en términos generales. (Ramón Zulaica, que se ha comprado una casa en un pueblo logroñés abandonado, me lo confirmó después). Tampoco lo que dije merecía una audiencia más nutrida, ésta es la verdad. Me limité a exponer el cambio de hábitos de la codorniz (su propensión al monte y al sedentarismo), movida por el progreso mecánico y las asechanzas constantes de que es objeto. Al referirme al sedentarismo, apunté la posibilidad de que no sea tal sino que las migraciones de la codorniz sean más cortas que antes, de forma que los pájaros que ahora se matan en

invierno en Castilla procedan, por ejemplo, de Francia, y de la propia Castilla los que se abaten en Extremadura. Concluí con lo de siempre, que la codorniz que le parecía tan sencilla al fabulista es una de las aves más complicadas de cuantas merodean por nuestros predios. Demostración: hace unos meses se soltaron en Italia unos millares de ejemplares anillados para estudiar sus devaneos, y el resultado fue desconcertante: aparecieron codornices anilladas en Grecia, Francia, África y la propia Italia. ¿Qué puede deducirse de esta dispersión salvo que la codorniz es el ave más versátil y caprichosa de cuantas conocemos? Cenamos con los hermanos Peña y sus mujeres en Juanito Kojúa. Un coloquio con los Peña ante una merluza a la parrilla de Kojúa siempre resulta una fiesta.

28 de marzo. Consuelo y Antonio Zulueta nos subieron a mi mujer y a mí al hipódromo de Lasarte para presenciar el concurso de perros de muestra. Me agradó mucho el espectáculo. De entrada, la bella lámina de los perros presentados le hace a uno pensar que se halla en una de esas elecciones de *Miss* Universo donde ninguna de las candidatas tiene desperdicio. Luego, en el campo (ensuciado deliberadamente con un heno demasiado aromático que desconcertó a muchos canes), los perros (y las codornices) se comportaron de muy diferente manera, desde la *setter* corregallos, que no hizo sino levantar pájaros a diestro y siniestro, hasta el pachón reposado que tras cinco muestras esculturales agarró las codornices entre sus mandíbulas sin permitirlas siquiera despegar. Repito que la manifestación es única, y ganará mucho el día que se le den algunos retoques, verbigracia, que las codornices que se ocultan no sean alimentadas con piensos compuestos (y se procure disimular su domesticidad), que se emplee para la demostración un herbazal sin segar y que los espectadores guarden silencio (y los perros en expectativa permanezcan encerrados) mientras actúa el protagonista de turno.

29 de marzo. Regresé de San Sebastián. En casa encontré un extenso ensayo de Luis Alfonso Díez sobre *Parábola del náufrago* publicado en la revista de México *Información Latinoamericana*. Díez ausculta en particular el aspecto técnico de la novela: «subrayado puntuacional» (como él denomina a la puntuación literal), clima onírico-surrealista, significación de la onomatopeya, construcción fragmentada, etcétera. Es el suyo, en definitiva, uno de esos trabajos gracias a los cuales el novelista razona y articula sus personales intuiciones.

30 de marzo. Un artista amigo, dueño de un automóvil deportivo de marca extranjera (y muy caro), echaba en cara a otro amigo (motorizado en un 1500) que tenía un coche burgués. Ante el desacuerdo recurrieron a mí. Yo dije que lo burgués aquí me parece preocuparse uno de que no aparenten burgueses la marca y el modelo aunque cueste tres veces más que los que lo aparentan. El mayor burgués es el que está preocupado a toda hora de no parecerlo.

31 de marzo. Que se proscriba el DDT para usos agrícolas se me hace una gran noticia. Parece que los españoles empezamos a entrar en razón. Leo simultáneamente el artículo de José del Castillo en *El Noticiero Universal* sobre la escasez creciente de golondrinas, que el articulista atribuye a la contaminación del ambiente. En lo que respecta a las ciudades no hay duda: el hedor a gasolina aleja a los mosquitos, y la falta de mosquitos ahuyenta a las golondrinas. El mismo efecto producían en el campo los insecticidas, cuyo empleo se prohíbe ahora. Si la disposición se respeta es posible que vuelvan no sólo las oscuras golondrinas sino los (más oscuros aún) murciélagos, cuyo decrecimiento también había advertido yo en los últimos veranos.

1 de abril. Las noticias que recibo por diferentes conductos sobre la temporada de trucha no son favorables. El estiaje y el agua de nieve (en las montañas de León y Palencia) motivan que los pescadores regresen con frecuencia bolos. En algunos ríos creo que han vuelto a echar truchas arco-iris, pese a que el año pasado, al mes de abrir la temporada, no quedaba una para contarlo. (Esta especie es excesivamente complaciente en la picada). De todos modos, el otro día en Burgos vi un ejemplar asalmonado de trucha común de tres kilos y medio, atrapado en el Pisuerga, que cortaba el resuello.

2 de abril. Leo en *Revista de Occidente* una interesante entrevista con Jorge Luis Borges, el gran narrador argentino. Borges, en un arranque de humildad, se confiesa hombre de pocas ideas. Yo creo que, en el fondo, todos los que escribimos disponemos de pocas ideas: escasos temas y escasos personajes. Y si con ellos llenamos muchas cuartillas es a base de variarlos de postura y alterar el enfoque de nuestro tomavistas. Pero por mucho que barajemos, las cartas siguen siendo las mismas. La personalidad forzosamente es monótona.

3 de abril. Don José Luis Bernaldo de Quirós me ofrece por carta un perro de seis años (su estampa es irreprochable a juzgar por la fotografía que acompaña) porque él se retira de la caza y, tras leer *Con la escopeta al hombro*, presume que yo sabré cuidarlo. Me confunde el gesto de este amigo

desconocido porque sé lo que significa desprenderse de un can que durante media docena de años ha convivido con nosotros en casa y en el monte. El señor Bernaldo de Quirós tiene más confianza en mí que yo mismo. Actualmente tengo dos perros (la *Dina*, ya hecha, y el *Choc II*, todavía cachorro), pero en los últimos años, bien por muerte natural, accidente o fuga, he perdido seis animales de buena casta (sacar adelante a un perro es mucho más difícil que sacar adelante a un niño). Esto al margen, un perro habituado a vivir en familia durante seis años puede enfermar de melancolía al cambiarlo de medio. No me siento con valor para afrontar esta responsabilidad.

4 de abril. Me telefonea mi primo César Silió, que está preparando un libro sobre su ascendencia paterna (que es también la mía), para ver si recuerdo alguna anécdota que haya oído referir tocante a nuestros tatarabuelos y bisabuelos. Recuerdo muchas pero, tratándose de una familia tan prolífica como la de los Cortés (mi padre era Adolfo Delibes Cortés), me es difícil precisar los protagonistas. Por de pronto, nuestros antepasados procedían y vivieron muchos años en Molledo (Santander), y el tronco del árbol, Juan Domingo, recibió una noche un trabucazo alevoso cuando tomaba el fresco en la galería de su casa, junto al río Besaya, durante la primera guerra carlista. No se amilanó el viejo sino que salió en persecución de los agresores, aunque la sangre chapoteaba en las cañas de sus botas y, a la madrugada siguiente, lo hallaron, sin conocimiento y medio desangrado, en el camino de Canales, unos arrieros que bajaban al pueblo. Gracias a ellos no nos quedamos César Silió y yo (y otros centenares de parientes) en la nebulosa. También recuerdo que otro tío-abuelo (Adolfo se llamaba, y si no me equivoco fue el padrino de mi padre) emigró a la Argentina y regresó rico. Entonces se dedicó a cazar en la montaña pero, desalentado al no encontrar pieza con que desfogarse, preguntó un día al zagal que cuidaba del ganado mientras se encaraba la escopeta y apuntaba a la res más opulenta: «Mozo, ¿qué puede valer aquella vaca?». Otro tío, cuyo nombre no me viene ahora a las mientes y que al parecer sufría manía persecutoria, tenía contados los pasos que le separaban de la carabina, en la mesa y en la cama y, de cuando en cuando, ejecutaba los ejercicios precisos (cuatro o seis zancadas, al estilo del Marx de los bigotes) por si llegaba el caso de tener que utilizarla. Tengo entendido que una hija suya alardeaba de no comer y por las noches le dejaban las alacenas llenas de viandas y ella se despachaba a dos carrillos pero a escondidas. Por último le he referido la historia de la tía Sofía, quien al enviudar (setentona ya) nos

decía muy compungida «que no encontraba un hombre para dormir acompañada». La pobre mujer se refería a un hombre armado que velase su sueño desde el vestíbulo. En la familia hubo de todo, desde ministros a carpinteros, pasando por un poeta (Evaristo) a quien Menéndez Pelayo cita entre los escritores montañeses del siglo pasado.

5 de abril. Ayer estuve con mi mujer viendo la casa de mi hermano Adolfo en La Granja (le ha quedado bonita con el mínimo desembolso), y a la vista de las cumbres nevadas se revolvió mi nostalgia campera y hoy, sin más preámbulos, escapé con mis hijos pequeños al río Pedroso, cerca de Covarrubias, aunque todavía no soy capaz de andar cuatro pasos sin cachava. Ha sido una mañana inolvidable, pues aunque las truchas no se cebaron (y desdeñaron olímpicamente la cucharilla), en un par de horas y sin moverme del sitio atrapé tres de cuarto de kilo, es decir, racioneras. No hay goce comparable a este de respirar aire puro, con el río cantando a nuestros pies, después de más de tres meses de enclaustramiento. Regresamos despacito (luego de comer en Barbadillo del Mercado), y de Lerma a Quintana del Puente (cuarenta kilómetros un poco largos) contamos diecinueve pares de perdices. El cereal está tan menguado que ni siquiera cubre la tierra. Me pregunto dónde anidará este año la codorniz si, siguiendo la costumbre, se le ocurre inmigrar a estos campos desguarnecidos.

6 de abril. Estuve a ver a mi amigo Paco Igea para que me explorara el estómago, pues llevo varios días reventado con dolores y náuseas. Al perro flaco todo son pulgas. Por de pronto la gastritis parece evidente pero he de hacerme unas radiografías y unos análisis para completar el diagnóstico. Por el momento, Igea me recomendó unas cápsulas y un régimen de vida de semirreposo. Ahora que la pierna se recuperaba, vuelta a la postración a causa del estómago. Así es de compleja, contradictoria y puñetera nuestra naturaleza. Por de pronto, he desistido de mi proyecto de pasar en Sedano la Semana Santa, como cada año. Me quedaré en casa con mi mujer e irán solos los chicos.

7 de abril. Rubén Caba me remite un curioso informe sobre los escritores españoles. La encuesta, muy concurrida (389 participantes), es altamente reveladora en muchos aspectos, pero dada la escasa influencia político-social del escritor (un 78% de los encuestados opinamos que no pintamos nada) nuestros juicios servirán de muy poco. En el orden internacional y

resumiendo conceptos, los escritores pensamos que USA es un coloso de la ciencia, la técnica y la potencia militar, pero moral y artísticamente es un país subdesarrollado. Europa occidental, en cambio, opone a la sugestión y originalidad de su arte una tecnología mediocre. Finalmente, la URSS contrapesa la tiranía y una estética pedestre por una más equitativa distribución de la riqueza que en los otros bloques. Total, que nada hay completo en el mundo. De puertas adentro, los porcentajes resultan muy expresivos: un 50% apoyaríamos la inserción de España en una organización política supranacional; un 69% pensamos que la influencia de la Iglesia en el país es excesiva; un 73% (al que habría que agregar un 9% sin opinión) consideramos asimismo exagerada la influencia de los políticos del Gobierno, y, por último, un 78% creemos que la participación de obreros y campesinos en la vida del país es prácticamente nula. No cabe duda de que si nuestros dirigentes aceptasen sugerencias, las cifras transcritas constituirían una invitación a la reflexión.

8 de abril. La editorial El Magisterio Español, que dirige Manolo Cerezales, acaba de publicar las *Conversaciones* que mantuvimos en Sedano, hace unos meses, César Alonso de los Ríos y yo. Con César Alonso, hoy redactor jefe de *Triunfo*, entré en contacto a raíz de una réplica suya a un artículo de Martín Descalzo que publicamos en *El Norte*. Ya colaborador nuestro, César fue protagonista de uno de esos hechos que abochornan: acusado de repartir propaganda subversiva, permaneció casi un año en la cárcel para que, a la postre, el tribunal juzgador le declarase inocente. Naturalmente César Alonso salió a la calle, pero ¿quién le devolverá el año de vida que injustamente pasó entre rejas? El libro que publica ahora, divertidamente ilustrado, está muy bien llevado por él (si es caso con ese punto de gravedad intelectual que le caracteriza y que, en cierto modo, resta a la obra calor humano), pero torpemente cumplimentado por mí, incapaz de elevarme a las alturas por donde César discurre. Con todo, y en algún aspecto, el libro puede encerrar interés, siquiera el abismo cultural (que no ideológico) que se abre entre entrevistador y entrevistado no deja en ningún momento de hacerse patente.

9 de abril. El tiempo, amenazando lluvia, y la recomendación del médico me hicieron renunciar a mi proyecto de excursión a Bercianos (pueblecito zamorano de la zona sanabresa hecho de lascas de pizarra), donde cada Viernes Santo se celebra una original procesión. Allí, las mozas, cuando se prometen en matrimonio, inician la confección de un sudario para su futuro

marido, quien al año de casado ingresa en la Cofradía del Santo Entierro. Los cofrades, amortajados y en hileras disciplinadas, acompañan a la imagen hierática del Cristo la tarde del Viernes Santo hasta la ermita, entonando escalofriantes salmos:

Ya ves que en iniquidades
fui concebido, Señor.
¿Qué quieres de un pecador
que se concibió en maldades?
Merezca ya tus piedades
quien en culpa se formó;
si esta hechura se quebró,
templa tus ojos airados
pues en males y pecados
mi madre me concibió.

A este miserere penitencial, que a Lozano le recuerda las películas de Bergman, se incorporan los inmigrantes que no han renegado todavía de sus tradiciones. Es todo ello una receta donde eros, la muerte y una religiosidad fanatizada se mezclan en proporciones adecuadas para componer una ceremonia de celtiberismo rural de fuerte sabor.

10 de abril. Hace cosa de un año leí un breve relato (una especie de *collage*) de William Burroughs en una revista americana. Al poco tiempo leí en otro sitio que William Burroughs era el último genio literario alumbrado en USA. Entonces me interesé por Burroughs y empecé a moverme buscando un libro de Burroughs. No lo había en castellano en ninguna parte, pero, hace unas semanas, mi amigo Antonio Navas, siempre ojo avizor, me envió desde Caracas *Almuerzo desnudo*, recién editado por Siglo XX. *Almuerzo desnudo* es para mí un libro desconcertante, cuya atmósfera surrealista y opresiva (atmósfera de drogadictos) está admirablemente lograda. Por mi parte, fracaso a la hora de unir con algún sentido las piezas del *puzzle*, de relacionar las partes con el todo. Burroughs es uno de esos escritores laberínticos, que ahora tanto se llevan, que parece jugar con las palabras, las ideas y la técnica para gozarse en el desconcierto del lector. Queda por ver si Burroughs es siempre así o lo es solamente en este libro, donde los símbolos, la alucinación, la abyección y el desquiciamiento constituyen su esencia, porque el infierno (o el extraño paraíso) del drogado debe de ser ése: la confusión, la superposición

de ideas e imágenes, la escatología, el delirio aberrante, etc. No sé si un genio, pero a estas alturas ya es mucho poder decir de él (de Burroughs) que es un escritor «distinto».

11 de abril. Hernán Rodríguez Castelo me remite desde Quito una colección de artículos publicados en *El Tiempo* sobre *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Rodríguez Castelo saca mucho de poco y analiza el estilo, la riqueza idiomática, el aspecto descriptivo, el sentido del humor y el castellanismo de estos relatos. Es un estudio minucioso, de suma generosidad, que me ha agradado mucho porque también yo (seguramente por su brevedad) guardo cierta predilección por este libro.

12 de abril. El periódico trae hoy una noticia tremenda: un hombre súbitamente afectado por un infarto de miocardio fue rechazado en un hospital por falta de camas y falleció al ser trasladado a otro. Esto me recuerda lo que me sucedió a mí hace unos años en el Hospital Militar de Burgos, donde se negaron a admitir a un muchacho inconsciente y prácticamente sin pulso que encontré tumbado en la carretera. Ante mi insistencia, un hombre de blanco me preguntó si el enfermo era militar, a lo que yo respondí que sabía al respecto lo mismo que él, puesto que no hablaba, pero que por su edad podría serlo. A falta de uniforme se negó a hacerse cargo de él y yo tuve que conducirlo a una casa de socorro con el riesgo de que se me muriera en el trayecto. El orden, la organización, la disciplina, las normas, etcétera, son disposiciones loables e incluso pueden llegar a ser virtudes, pero ante una vida en peligro, todo hombre está obligado a saltarse eso y mucho más. Yo así lo entiendo, al menos, y nadie me convencerá de lo contrario.

13 de abril. El médico de la pierna me dice que ande; el médico del estómago me dice que pare. ¿Cómo enviar la pierna de paseo y dejar el estómago en reposo? Como dice el refrán, lo que alivia al bazo perjudica al espinazo. Mi situación, de momento, es de la más pura y absoluta perplejidad.

14 de abril. Juan Luis Guereña, estudiante de castellano en Niza, estuvo a verme para perfilar su trabajo sobre mi obra. Me hizo una excelente impresión este muchacho, que tiene un no sé qué que me recuerda a Aranguren. El planteamiento de su tesis es muy minucioso y personal. De casta le viene al galgo. Su padre, Jacinto Luis Guereña, es un excelente ensayista del que he leído cosas en la antigua revista *Cuadernos* y en *El Nacional*, de Caracas. Y

en una de mis conferencias sobre los nuevos rumbos de la novela le saco a colación a propósito de una frase feliz que me hizo mucha mella. Dice Guereña, más o menos: «El novelista actual, al manifestarse muy erudito, muy hábil en las construcciones del idioma, ¿no se acercará a la sequedad?». Hablando en palabras pobres: ¿no estaremos tomando el rábano por las hojas?

15 de abril. Contraviniendo el consejo de Igea me puse en viaje en automóvil hacia Barbastro y Lérida, donde tengo dos conferencias los días 16 y 19 respectivamente. Comimos en Soria y tomamos café con los Ruiz (Emilio) y Heliodoro Carpintero, con los que siempre se está a gusto y nunca faltan temas de conversación. Me sorprendió gratamente la vega de Calatayud, su campo prieto, bien alfombrado, y sus manzanos y perales bellísimos, en plena eclosión. Cuatro días de sol y temperaturas bonancibles han operado el milagro. Dormimos en un motel, a unos kilómetros de Zaragoza, copado por los USA. Los USA dicen que se van, pero vuelven. No me resulta simpático este nuevo sitio de Zaragoza.

16 de abril. Antes de salir hacia Barbastro ya empezó el estómago a darme guerra. En Huesca tuve que detenerme y tumbarme unos minutos. Llegué reventado. Y aunque una de las cosas que más detesto es la informalidad, después de un día de dolor y sin comer, mi mujer llamó a Lérida, a José Luis Villafranca, para decirle que aplazábamos la conferencia proyectada con el grupo Antorcha. Desde aquí pido disculpas a mis amigos leridanos, a cuya ciudad acudiré tan pronto me sea posible.

17 de abril. Regreso con una buena impresión de Barbastro, población de catorce mil almas, de las que sale un público suficiente para atestar una sala de cultura y colmar de lectores una biblioteca. Aquí, la inquietud cultural no hay que despertarla (ya lo está) sino encauzarla, operación notoriamente más fácil, y satisfacerla (operación más onerosa). Huesca tiene casi cuarenta mil números de matrícula de automóvil, para una capital de treinta mil habitantes y una provincia de doscientos y pico mil. Su nivel económico es, pues, desahogado. El milagro, pienso, llega de los regadíos del canal de los Monegros y de los turistas pirenaicos (puesto que su base económica sigue siendo agraria). A propósito de los turistas, desde hace seis años nadie pesca truchas en esta zona del Pirineo con lombriz, devón, mosco o cucharilla. Ahora, en frase literal, se la dan con queso. Un quesito blando y maleable es

el mejor cebo —dicen— para encarnar un anzuelo. Estos franceses son el mismísimo demonio; cualquier día sacarán truchas con mondas de patatas.

18 de abril. Uno (a la fuerza ahorcan) se echó anoche al coleto *Love Story*, la novelita de Eric Segal. Abundo en la opinión de muchos (un librito dinámico y superficial) pero disiento de las razones esgrimidas por el autor para explicar su éxito (según Segal, la mitad de las novelas que hoy se publican se escriben con la parte superior del cuerpo —el cerebro— y la otra mitad con la inferior —el sexo—. Él ha escrito la suya con la intermedia —el corazón— y ha acertado). A mí estos argumentos me parecen cuentos chinos ya que conozco muchas novelas actuales escritas con el corazón (y superiores a ésta) que no han encontrado ninguna difusión. Los motivos del éxito fuera de las fronteras americanas derivan de los amplificadores de que USA disfruta (el que da en USA, da dos veces), lo mismo para lanzar un libro que un dentífrico. Quiero decir que cuando el libro ha llegado a España (o a Austria o al Japón) no existiría un solo periódico, por modesto que fuese, que no lo hubiera mencionado a sus lectores una docena de veces. El terreno estaba, pues, abonado. En cuanto al alboroto armado en Norteamérica, es explicable. El desarrollo tecnológico de aquel país no basta para encubrir su ingenuidad y, por tanto, su predisposición para vibrar emocionalmente al son del más vulgar melodrama (Nixon dice que ha llorado con la lectura de este minifolletín). A veces existe un pudor para ocultar esta complacencia, pero si un par de críticos de cierto tono afirman: «¡Asombroso!, esto es una vuelta al romanticismo», entonces ya no hay por qué disimular, puesto que leer y aplaudir la obra que Fulano y Mengano elogian es síntoma de estar *à la page*. Luego la película (que según parece es correcta y con un fondo musical acertado) ha hecho el resto. A este libro escrito en España o en Turquía ciertamente no le arrendaría yo la ganancia. ¡Ah!, y lo que tampoco veo por ninguna parte es la presunta transparencia, la pretendida pureza del relato en cuestión.

19 de abril. Bernardo Arrizabalaga, Antonio Tovar y Miguel F. Braso se ocupan casi simultáneamente de mi libro *Con la escopeta al hombro* en *Triunfo*, *Gaceta ilustrada* y *Pueblo*, respectivamente. Arrizabalaga me conforta al considerarlo un libro para todos (cazadores o no); Tovar me inquieta con sus sabias precisiones lingüísticas; goza con el lenguaje cinegético (perdiz repullada, mohedal, ganchito) pero le queda la duda de si *dejar bocas* será expresión venatoria o de germanía (*dejar bocas*, esto es, sin

probarlo y, en la caza, sin disparar, es más bien expresión caló incorporada a la caza por algunas cuadrillas, entre ellas la nuestra). Finalmente, Fernández Braso, que soportó impávido junto a mí un día de caza en el que cayó más agua que el día que enterraron a Zafra, juzga, con conocimiento de causa, sobre la presunta crueldad de este deporte. En todas estas notas, uno encuentra siempre algo que le enriquece, le instruye o le invita a meditar.

20 de abril. Asistí anoche a la proyección de la película polaca *Bodas de oro*, de Stanislaw Lenartowiez, en la Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos que se inauguró el domingo. Esta semana de cine de Valladolid ha conseguido un prestigio en el mundo, sobre todo por lo que significó de apertura hace dos o tres lustros, en los rígidos años de la censura. Comenzó llamándose Semana de Cine Religioso, pero eran tan escasos los filmes que podían cobijarse bajo este epígrafe que muy pronto hubo de agregársele la coletilla «y de Valores Humanos», donde, apretando un poco, cabrían incluso los anatómicos. Antolín de Santiago, su fundador, ha tenido que pechar con no pocas incomprensiones y, a partir de este año, el certamen se llamará simplemente Semana Internacional de Cine de Valladolid. Una lástima, porque yo entiendo que de religiosidad y humanismo no está sobrada la sociedad actual. Coincidiendo con este cambio, se estrenó la película de Lenartowiez, que, ya ve usted por dónde, rescata valores humanos considerables. A mí, personalmente, el cine polaco me entusiasma, aunque ahora dicen los expertos que está en baja. De asuntos nimios, los polacos consiguen filmes valiosos. Una película, *Tren de medianoche*, ya me puso en guardia hace quince años. El pasado, *Estructura de cristal* (que pasó discretamente y aburrió a muchos) fue para mí tal vez lo más completo del festival. *Bodas de oro*, ahora, se me antoja asimismo un buen filme. Hay en ella influencias del neorrealismo (aunque esté, sin que ello le reste fluidez, más elaborada), pero hay sobre todo plástica directa, poesía y sensibilidad. Y por encima de todo, una abundante gama de matices (literarios y visuales) sutilísimos. En todos los casos, las historias del cine polaco suelen ser leves (un mero y vagaroso apoyo), pero la humanidad que trascienden sus personajes hace de ellas algo conmovedor, verosímil y convincente. Películas como éstas sirven de modelo sobre lo que puede hacerse con cuatro perras gordas y una censura implacable gravitando sobre nosotros.

21 de abril. Amelia del Río, puertorriqueña, profesora jubilada de español en Nueva York, me envía un nuevo libro de poemas, *Hasta que el sol se muera*,

lleno de luz y espontaneidad. El caso de Amelia Agostini del Río es admirable. Amiga de Lorca, Cernuda, Guillén, etc., Amelia quedó anonadada a la muerte de su marido, Ángel del Río, el inolvidable soriano, uno de los mejores críticos de nuestra literatura. Ante tan cruel contingencia, Amelia no se amilanó, ni se dio a la melancolía: entró en una actividad frenética: escribe, pinta, traduce, dicta conferencias, enseña, instruye a los nietos acompañándolos a los museos. «Si me paro, pienso, y si pienso, me acongojo». Fruto de esta actividad es un manojo de libros publicados en pocos años y una colección de lienzos donde, quizá sin pretenderlo, se agazapa todo el candor, el calor y el color del trópico, donde nació. Sobre todas estas cosas, Amelia del Río es, a pesar de su edad longeva, una mujer bella y de una delicadeza exquisita.

22 de abril. Me conmocionó mucho la película franco-argelina *Elisa o la verdadera vida*, de Michel Drach, que vi anoche en la Semana. El alegato contra la humillación, la incomunicación humana, la tortura y el racismo salta los límites del conflicto franco-argelino, donde ha sido ambientada, para cobrar desgraciada actualidad en medio mundo. Drach ha logrado una narración muy escueta, donde la eficacia de la imagen y los recursos sonoros (que no los diálogos) hacen olvidar la procedencia literaria del guión. Aún queda por recorrer más de la mitad del camino pero nada me sorprendería que estuviéramos ante uno de los grandes premios del festival.

23 de abril. Hoy hace veinticinco años que me casé, eso que, con nuestra desmesurada codicia por los metales preciosos, venimos denominando desde siempre bodas de plata. Ignoro lo que tendrá que ver la plata en este menester, lo que sí tiene algo de premonitorio es que mi novia me regalara aquel día una máquina de escribir y que fuera precisamente el Día del Libro, en un momento en que no se me había pasado por la cabeza escribirlos. Ahora me doy cuenta de que en este particular mi mujer y yo fuimos unos precursores: nos negamos a disfrazarnos y, en mi juvenil afán de llevar las cosas al extremo, no estrené ni camisa. Obviar el traje de novia era en 1946 casi casi un sacrilegio, pero nosotros lo cometimos, impulsados seguramente por una instintiva repugnancia hacia las convenciones y lo «mandado». Al salir de la iglesia agarramos un taxi con gasógeno y nos fuimos a Molledo-Portolín. Ha sido un día de recuerdos. José Velicia nos rezó una misa a las nueve de la noche en la cripta de la parroquia, luego nos fuimos a cenar con los hijos al

merendero de la Goya y finalmente a patinar (los que podían) a la pista de hielo que acaban de instalar en el pabellón grande de la Feria de Muestras.

24 de abril. Me visita Heliodoro Esteban, ingeniero jefe del Patrimonio Forestal de Burgos. Al hablar de las jaulas de tabiques macizos (uno de ellos agujereado) instaladas en los pinares para combatir a la oruga procesionaria, ensalzó su eficacia. Los pájaros insectívoros (especialmente los herrerillos) anidan en ellas el primer año en un veinte por ciento, y el porcentaje va aumentando gradualmente en los sucesivos. Esto quiere decir que la procesionaria dejará de ser un enemigo y además sin utilizar insecticidas, cuyas consecuencias suelen ser nefastas. Por contra, el periódico trae hoy la mala noticia de que millares de palomas, perdices y grajos han muerto en Zamora al ingerir semillas de cártamo, planta oleaginosa importada de USA y tratada con mercurio. Parece ser que bastan seis granos para que un volátil de esta envergadura entre en la agonía. Cuando no es una cosa es otra. ¿Cuándo terminaremos por aprender? ¿Es que no disponemos de analistas que investiguen las semillas, animales y plantas que importamos? ¿Cómo es posible que la intransigencia americana para introducir cualquier cosa en su país se transforme en frivolidad a la hora de exportarlas? Mi hijo Miguel me dice que Josechu Lalanda habla de una catástrofe semejante acaecida recientemente en los Montes de Toledo. ¿Será verdad que no tenemos remedio?

25 de abril. El cine americano actual no suele tener buena prensa, siquiera habrá que reconocer que, cuando acierta, acierta de plano. En la Semana de Valladolid la proyección de un filme yanqui suele despertar fuertes pasiones: aplausos desmesurados o pateos iracundos. A mi juicio, este año, la doble participación americana no ha tenido suerte, aunque yo discrepe, en ambos casos, de las posiciones mayoritarias que tan ruidosamente se manifestaron. *Locos*, de Tom Gries, no agradó, en general, al público (ni a los expertos) ni poco ni mucho, y a mí, en cambio, se me hace una película discreta y juzgo originalidad lo que algunos señalan como artificio, y capacidad sugeridora lo que otros apuntan como superficialidad. Por otro lado *Locos* está vivida impecablemente y realizada a buen ritmo. No obstante, disiento de la tesis de Gries. Bien está recusar el materialismo que resume en la posesión de dinero y cosas el ideal de vida, pero identificar éste con la holgazanería y la sexualidad me parece una forma de materialismo no menos primaria que aquélla. Sexo y ocio son aspectos de la vida que tienen sentido junto a la

laboriosidad, el espíritu de creación, la realización de uno mismo. A *Locos*, la gente le metió el pie; en cambio a *Dime que me amas, Junie Moon*, le metieron la mano, es decir, la aplaudieron, cuando a mi entender (aparte puntos de contacto incontestables entre su mensaje y el de *Locos*) lo que aquí se señala como original sí se me antoja artificio, y huera pretensión su presunta trascendencia, o sea, para mí, lo contrario que algunos advirtieron en *Locos*. Encima, coloquen a su gusto convencionalismos, reiteraciones y unas formas de erotismo tan sucias y desdichadas que la peliculita no hay por dónde cogerla.

26 de abril. Concluyó la Semana. *Kes*, película inglesa, de una valiente sencillez, resultó, para mi gusto, lo mejor del certamen (con justo motivo le otorgaron luego el premio Ciudad de Valladolid). Claro que en ella se conjugan elementos que, como la infancia y la Naturaleza, me resultan especialmente gratos. Pero ¡qué magistral dirección, qué intérpretes infantiles tan admirables, qué delicadeza de matices para expresar no sólo la incomunicación de generaciones y la brutalidad de un sistema pedagógico (esto ya lo hizo Dickens) sino la soledad e incomprensión del protagonista entre sus propios compañeros, únicamente porque su personalidad excede de la norma! Una realización sin tacha, donde la sensibilidad, la armonía y el sentido del humor (¡escenas inolvidables las del campo de fútbol!) componen una obra sencillamente exquisita donde trascienden evidentemente los valores humanos, no demasiado sobrados a lo largo del festival. El Lábaro de Oro, para películas religiosas, se declaró desierto con toda justicia (no ha habido películas religiosas dignas de tal nombre). La Espiga de Oro, para filmes de valores humanos, la compartieron *La estrategia de la araña* (italiana) y *El muchacho* (japonesa), ninguna de las cuales he visto. Para *Elisa o la verdadera vida* (franco-argelina) fue el Premio de San Gregorio, mientras el Círculo de Escritores Cinematográficos premiaba, desde luego con mi aplauso, la película polaca *Bodas de oro*.

28 de abril. Acaba de aparecer en *Hechos y Dichos* el ensayo «Dos naufragios entre otros muchos», de Ramiro Reig, que resume perfectamente mi propósito al escribir *Parábola del náufrago*. Ante el acoso y consiguiente fracaso del hombre puro, algunos piensan que no nos queda otro recurso que apelar a la dialéctica de las pistolas. Inducir al derramamiento de sangre sería la última cosa que yo haría en este mundo. Reig pone el dedo en la llaga cuando pregunta: «¿Significa esta *Parábola* el fracaso de una concepción

individualista de la bondad, la evidencia de la necesidad de la lucha comprometida y arriesgada?». Tras una serie de consideraciones, Reig remata su ensayo, dos folios más abajo, con estas atinadas conclusiones: «La trayectoria de Delibes […] frente al capitalismo de Madrid y el socialismo de Praga, ofrecerá la planta firme de una obra que habla al hombre concreto y de su libertad. En el fracaso de Jacinto San José, más que aparecer el fracaso del Evangelio, se muestra la necesidad de luchar por él, la urgencia de hacer posible una sociedad donde esos hombres puedan vivir».

29 de abril. La edad avanzada de *El Norte de Castilla* le permite publicar diariamente dos secciones: «Hace 50 años» y «Hace 100 años», de las más sabrosas y leídas del periódico. La primera nos recuerda hoy que, hace medio siglo, don Américo Castro fue nombrado miembro de la Legión de Honor en París por los trabajos realizados en la Universidad de Toulouse. Casualmente recibo con la misma fecha una carta del maestro (manuscrita, como él suele hacerlo) comentando mi libro *Con la escopeta al hombro*, donde, con una letra vigorosa y firme, dice cosas tan sutiles como ésta: «Lancé hace tiempo mi idea del "hecho humano habitado"; de no ser vista así la realidad (de hace mil años o de ayer), pasa uno por la vida como broza arrastrada por aguas presurosas». Precisamente por haber sabido verlo así, Américo Castro acertó a mostrarnos la historia de España tal como es. El genio de don Américo estriba en haber sabido cambiar la posición tradicional de los focos e iluminar de esta manera ciertas zonas penumbrosas de la realidad española, fundamentales para comprender nuestro pasado y la esencia del hombre ibérico. Como hombre auténticamente genial, don Américo es modesto, y a sus ochenta y tantos años continúa trabajando en su confortable casa de El Viso madrileño. Apenas llegado de USA, me escribió expresándome su deseo de reunirse con Jiménez Lozano y conmigo. Respondimos agradecidos diciéndole que iríamos a Madrid. Mas a los dos días, sin advertirnos, se presentó él en Valladolid. «Don Américo —le dijimos—, esto no era lo convenido. Usted tiene ochenta años. —Pero él objetó rápido—: De acuerdo; pero ustedes son dos».

30 de abril. Gloria Fuertes leyó sus poemas en la Sala de Cultura del periódico. Redondeando viejas faenas, el gobernador civil, señor Ibáñez Trujillo, no dio su autorización hasta la víspera pese a haberla solicitado con una semana de antelación. De nuevo la táctica del fuera de juego, que esta vez dio resultado puesto que nos cogió en *off-side*, con menos de la mitad del

público que hubiera acudido de anunciarse el acto debidamente. (Desconozco si tal decisión tendrá el mismo fin que el recargo de programas deportivos hoy en TV: hacer olvidar a las gentes las vísperas del 1 de mayo). Lo cierto es que Gloria nos cautivó con su lectura (de mímica reprimida pero elocuente), donde la magia de sus poemas (ingenuidad y angustia a partes iguales) causó un gran impacto en el auditorio.

1 de mayo. Mi hijo Miguel se vino con un cachorrillo de gineta de ciento setenta gramos de peso. Está preocupado, pues, pese a sus cuidados extremos, el animalito había perdido diez gramos en los últimos dos días. Sus tomas de biberón no exceden la carga de una estilográfica de tamaño normal. El bicho ha nacido en cautividad, pero otras camadas se perdieron dejando a las crías junto a la madre. Miguel está estudiando a la gineta para su tesina de biólogo y, quizá, para su tesis. Después de visitar media España ha logrado analizar cerca de cien ejemplares (cifra respetable ya que la gineta escasea más cada día). Él piensa que en la crianza artificial falta algún elemento que las ginetas silvestres encuentran normalmente en las mamadas o la Naturaleza. El problema, para él, estriba en descubrir en la farmacopea ese elemento vital antes de que sea tarde. El animalito, con sus ojitos como abalorios, sus bigotes y su larga cola, semeja una criatura de Walt Disney.

2 de mayo. Pasamos en Sedano día y medio, en un ambiente desagradablemente frío y húmedo, hibernizo. A mediodía asistimos a la fase regional del Concurso de Pesca de Truchas en el Rudrón. Había representaciones de Logroño, Soria, Segovia y Burgos. Bajaba un paquete de agua descomunal, y los concursantes (al menos los que yo vi) trabajaron la trucha con lombriz, único cebo natural permitido. A mí me gusta infinitamente más la pesca con cucharilla o mosco ahogado, pero el río no estaba para florituras. Lo de la lombriz no me convence. Aparte de ser un procedimiento menos dinámico, me parece más fácil hacer tragar a las truchas lo que realmente comen que no un engaño más o menos aparente (sin duda es más seguro atraer a los niños con auténticos pasteles de crema que con imitaciones de hojalata pintada de colorines). A las dos nos fuimos (antes de la cuenta y del pesaje), pero había un logroñés que llevaba ya en la cesta casi una docena de ejemplares hermosos, que seguramente sería el vencedor.

3 de mayo. Fernando Altés Bustelo se propone hacer su trabajo para la obtención del carnet de prensa, sobre las ejecuciones registradas en Castilla

durante medio siglo, a través de las reseñas de *El Norte de Castilla*. El trabajo —me dice— puede parecer monótono pero no lo es: reos y público reaccionaban en cada caso de manera diferente. En definitiva, el ensayo será un alegato objetivo contra la pena de muerte, especialmente contra la concebida como espectáculo popular. Una observación de Altés muy significativa: al cesar las ejecuciones-espectáculo empezaron a aparecer en los periódicos las páginas deportivas.

4 de mayo. Me indignó el despiadado ataque televisivo de Emilio Romero contra don Marcelo, arzobispo de Barcelona, por su pastoral sobre el 1 de mayo, documento ponderado y muy en su punto. Don Marcelo es posible que sea tímido, retraído y hasta hermético. Cualquier cosa menos frívolo, demagogo, politiquero y oportunista. Por ello, don Marcelo debe ser rebatido con cualquier arma menos con el sarcasmo. No lo merece.

5 de mayo. Nuevo dato para la historia de la barbarie del siglo XX: más del setenta por ciento de las ostras del vivero de Marennesoleron (Francia) han perecido a causa del envenenamiento de las aguas. ¡A ver cuándo entra en funciones ese nuevo y flamante Ministerio de Defensa de la Naturaleza!

6 de mayo. ¿Es punible el hecho de levantar un pájaro en una reserva sólo por el placer de verlo volar, dificultando a otros el disparo? El suceso, acaecido el pasado martes en un cantadero de urogallos de la Sierra de los Ancares (Lugo) entre un grupo que aspiraba a estudiar este pájaro y otro que trataba de matarlos, invita a la reflexión. De antemano, yo, como cazador, me atrevo a afirmar que la modalidad de caza del urogallo (aproximándose a él mientras canta, momento en que se torna sordo, y disparándole a calzón quieto) está muy lejos de constituir una hazaña cinegética. Si a esto agregamos que la subespecie cantábrica es muy reducida y ofrece caracteres peculiares respecto a la europea, llegaríamos a la conclusión de que la caza del urogallo debería estar prohibida en este sector. Pero, en tanto esta disposición llega, Javier Castroviejo (que lleva más de dos mil quinientas horas acechando al urogallo para sus estudios de naturalista) y un grupo de amigos se dedican durante la desveda a visitar los cantaderos con ánimo de observar a los gallos. Su obstinación (estos muchachos ni siquiera duermen) perturba la actividad de los matadores y, en vista de ello, el martes pasado cinco personas fueron detenidas. Yo desconozco si la cortina protectora que estos chicos interponen será lícita o no, pero no puedo por menos de mirarla con enorme simpatía. El

hecho de que estén dispuestos (en el seno de una sociedad que únicamente busca su propio provecho) a soportar sacrificios e inclemencias sólo para evitar que un bello animal, en trance de extinción, sea sacrificado me conmueve. Y me pregunto: ¿por qué esta terquedad ante la advertencia del señor Castroviejo? ¿Por qué esta resistencia ante los consejos insistentes de unos biólogos desinteresados y bien informados? Nuestro materialismo desbridado ya no concibe que la utilidad de un pájaro pueda derivar del hecho de saberle ahí, del placer de oírle cantar y verle desplazarse monte abajo en su vuelo largo y brioso.

7 de mayo. Alfonso Navalón, crítico taurino de *Informaciones*, disertó en la Sala de Cultura del periódico en torno a las corruptelas que asfixian la llamada fiesta nacional, acto con el que cerramos el presente curso. Navalón, que físicamente tiene un aire muy torero, ciñó diestramente el tema y, al final, respondió (en coloquio vivísimo) al aluvión de preguntas que se le vino encima. Satisfizo su charla y gustó su honradez. A mí, que no me agrada la fiesta, me entusiasma, en cambio, la jerga taurina (cornigacho, burriciego, perritoro, «con la izquierda se le vacía y con la derecha se le mata…», etc.), por lo que gocé mucho en un acto que se diría hecho a mi medida: toros sin puyas, espadas, ni sangre. Al final, los asistentes tomaron postura y se enzarzaron en discusiones amistosas pero de muy elevada temperatura. Síntoma a considerar: en la sala llena no vi más que a un muchacho de menos de veinticinco años. ¿Tiene futuro la fiesta?

8 de mayo. Llegó el ejemplar rumano de *Cinci ore cu Mario*. Si todo fuera así, la traducción no parece difícil. Lo malo es que la base romance de este idioma sufre luego muchas alteraciones. La edición, con una portada eficaz, es más bien pobre: papel basto, mala impresión y sin guardas. Las ediciones baratas occidentales están a cien codos por encima de ésta.

9 de mayo. Janet Winecoff ha entregado a la imprenta norteamericana el libro que ha escrito sobre mi obra. Me llega otro, en castellano, pero editado en Nueva York (aunque impreso en España) por Torres Library of Literary Studies, titulado *La novelística española de los 60*, de Juana Amelia Hernández y Edenia Guillermo. En él se estudian obras de Martín Santos, Marsé, Goytisolo, Matute, Benet y mías. El motivo de estudiarme junto a estos compañeros más jóvenes es, por lo visto, que todavía soy capaz de evolucionar, de rejuvenecerme. Esto me halaga. En su ensayo sobre *Cinco*

horas con Mario, las autoras dicen: «Mario, en un monólogo propio, dándonos su propia versión de la realidad, habría hecho menos dramática su tragedia íntima». ¡Sí señor, ahí está la madre del cordero! Yo comencé este libro con Mario vivo y, después de recorrer así cien páginas advertí, como creo haber dicho ya, que su pretendida pureza (la de Mario) sólo podría convencernos si nos llegaba como un eco, por resonancia. Entonces lo maté. Y reinicié el libro abriéndolo con su esquela. La palabra es un elemento resbaladizo y falaz que con frecuencia nos traiciona.

10 de mayo. Me fui con mi mujer a Milagros (Burgos) a ver al pintor Vela Zanetti. Vela es uno de esos infinitos españoles marcados y baqueteados por la guerra. Después de perder a su padre en León en circunstancias trágicas, se exilió. En México y USA se hizo famoso y su fama se dilató al pintar el mural que decora el edificio de la ONU. Posteriormente trabajó en Centroamérica y en el 59 regresó a España. Ahora está pintando mucho aquí, murales especialmente. En verdad, el genio de Vela encuentra en el fresco su expresión cabal: Vela es hombre sobrado, de una pintura vigorosa y épica, de tonalidades muy personales. En Vela Zanetti hay mucho de la *terribilità* miguelangelesca. Tampoco es frecuente encontrar una adecuación tan completa entre un artista y su obra. Ahora, Vela se ha retirado a Milagros, pueblecito a diez kilómetros de Aranda de Duero, y allí vive solitario en la misma casa donde nació, pero remozada y adecuada a sus exigencias actuales. Pasamos una tarde agradabilísima, pues Vela Zanetti es un gran conversador. Ha viajado mucho, ha tratado a mucha gente, y escucharle (con su voz de bajo y sus ademanes enérgicos) es un verdadero deleite.

11 de mayo. Con la posibilidad de que las aguas de los ríos Tajo, Jarama y Manzanares arrastren cesio y estroncio, es decir, sean radiactivas, el problema de la contaminación pasa ya de castaño oscuro. De la recomendación de no jugar con fuego, puesta en circulación por nuestros abuelos, poco hemos sacado en limpio. Ahora, los adultos jugamos con productos radiactivos como quien lava, como si una vez desbocados tuviéramos la seguridad de volver a dominarlos. Es el problema de las armas atómicas. Llegado un acuerdo (¡y Dios lo quiera!) de destrucción de los actuales arsenales, ¿dónde podremos hacerlo sin que constituya un grave peligro para la humanidad?

12 de mayo. Se lee muy bien el libro de José Monleón 30 *años de teatro de la derecha*. La lectura es amenísima e instructiva, pero yo no creo que la única

vía escénica sea la realista. El talento puede rodar en todas las vías. Lo que sucede es que pasamos por un momento de penuria teatral y no creo que la responsabilidad sea exclusivamente de la derecha, de que la derecha sea, en definitiva, quien sostiene el teatro (*Las criadas* y *La camisa*, de Olmo, se sostuvieron muy bien y no creo que por la derecha precisamente). Estoy de acuerdo con Monleón en que las reglas del juego son estrechas y rígidas, pero dentro de ellas, habiendo talento, se pueden hacer cosas, y Buero, por ejemplo, las ha hecho, no lo olvidemos.

13 de mayo. Definitivamente tampoco iré a Lisboa, al Congreso de Novelistas. La pierna progresa pero está lejos de poder aguantar museos y rutas turísticas. Y está también el estómago, reacio a la cocina manuelina a que tan aficionados son los portugueses. Y si lo siento es sobre todo por ustedes, los amables lectores de estas notas: cualquier viaje hubiera servido para animar un poco estas páginas con nuevas gentes y nuevos horizontes. Pero está visto que el signo de este año, en lo que me concierne, con tantos percances y tantos imprevistos, es la monotonía. Paciencia.

14 de mayo. La muerte de Antonio Otero Seco, en Rennes, me ha afectado mucho. Hombre íntegro, Otero Seco hizo mucho desde su exilio por la literatura actual española, tanto desde su cátedra como a través de la prensa (especialmente en *Le Monde*). Albert Bensoussan me comunica la amarga noticia y me pide que colabore al homenaje que piensan rendirle. Lo haré con mucho gusto.

16 de mayo. El doble atentado (lapidación) contra las librerías Antonio Machado y Fuenteteja de Madrid nos lleva a investigar los móviles del delito. ¿Los libros? No es pensable ya que, dadas las circunstancias del país, en las librerías atacadas no se venden libros diferentes de los de otras librerías. ¿Los dueños? No parece factible aunar una veintena de voluntades por el mismo odio fanático y agresivo contra una persona. ¿Las ideas, entonces? Esto se me antoja lo más probable; pero ¿pueden decirme estos señores lapidadores cuántos vidrios quedarían indemnes en el país si cada español arrojara una sola piedra contra las vitrinas o los balcones de los que disienten o discrepan de sus ideas?

17 de mayo. Pablo VI, en su carta apostólica, aboga por la conservación de la familia. Ciertamente la familia está hoy amenazada en un doble frente: la disolución pura y simple y el hermetismo. Esta segunda amenaza, por más

sutil y solapada, es quizá más peligrosa. Cientos de familias burguesas se muestran orgullosas de su unidad indestructible pero no se percatan de que esta pretendida unidad sin proyección social no es virtud sino exaltación del egoísmo de grupo. La familia de verdad debe desbordar el marco doméstico y vivir y actuar bajo un permanente sentimiento del prójimo.

19 de mayo. Leo unas declaraciones de Pietro Nenni a Oriana Fallacci en *Il Europeo*, declaraciones muy concretas sobre el fracaso de Europa como unidad y su consecuente dependencia («en aparcería») de Rusia y Estados Unidos. Me confortan sus palabras (las de Nenni) sobre la duda. El riesgo de las naciones y del mundo deriva de «los-hombres-que-están-seguros-de-todo», porque ellos no escuchan, no reflexionan, son incapaces de colocarse en el lugar del otro y a la larga (o a la corta) desembocan en el fanatismo. Y de los hombres fanáticos, movidos por una idea obsesiva, ¡líbranos Señor!

20 de mayo. Alfonso Rey Álvarez, de Santiago de Compostela, me pide bibliografía para su tesis sobre la evolución de la forma en mi obra. El tema, en abstracto, ofrece un interés innegable, pues los tiros de la vanguardia narrativa van por ahí, hasta el punto de que algunos (los cultivadores del *nouveau roman*) han logrado fundir fondo y forma en una pieza inconsútil. Ésta es la razón de que la novela vaya dejando de ser un género divertido para pasar a ser un género interesante. La complacencia del lector no se busca ya a través de un encadenamiento de incidencias digamos «novelescas», sino planteando problemas y resolviéndolos mediante nuevos procedimientos técnicos y formales. De este modo, la novela se abraza a la estética y desdeña el sentimiento. A mí no me parece mal ningún tipo de renovación formal siempre que tengamos presente que esa forma hay que llenarla necesariamente con ALGO. «Los buscadores de la pura forma —ha dicho el escritor Alex Comfort— producen obras con frecuencia de gran mérito pero que terminan por aprisionarlos».

21 de mayo. ¡Escándalo en el Premio Biblioteca Breve! Algunos colegas están ávidos de escándalos. Especialmente hay quien disfruta cogiendo a los grandes premios literarios en un renuncio. A mi ver, esto del Biblioteca Breve, antes que un escándalo, es un caso de frescura. El que una señorita (de donde sea) envíe una novela a un premio en lengua castellana después de haberla editado en francés no tiene nombre, siquiera los jurados no tengan por qué conocer tal incidencia. Ahora, el hecho de que un miembro del jurado

declare que el término *inédito*, que figura en las bases, afecta solamente al idioma castellano sí se me antoja bastante escandaloso, ésta es la verdad.

22 de mayo. Las lluvias no llevan camino de dejarlo. A los quince litros de un día suceden los veinte de otro. El año puede seguir siendo en conjunto pluviométricamente corto, de otro modo significará una excepción o que la sequía no ha comenzado, ya que yo sigo creyendo a pies juntillas en la periodicidad de los ciclos meteorológicos. Con esto, el campo ha dado un cambio tremendo, y no sólo en lo que afecta al cereal y la remolacha, sino a la mala hierba que ahora cuadrillas enteras se afanan por eliminar en los campos de Castilla.

22 de mayo. Me impresionó mucho *Queimada*, una de las contadas películas con carga ideológica que pasan el cendal de la censura. Los excesos colonizadores (de los cuales pocos pueblos europeos están libres) del siglo XIX están claramente expuestos, aunque un ardiente (y justo) deseo de desmitificación conduce a Pontecorvo a mitificar por el extremo opuesto. En todo caso queda claro que, ante la necesidad de mercados, el librecambismo no se paraba en barras. Al propio tiempo, los juegos malabares de los ingleses (maestros en estos empeños) se ponen nítidamente al descubierto en el filme. Tengamos presente que, en virtud de estas artes, los británicos («país de tenderos», como los denominaba despectivamente Napoleón) llegaron no sólo a adueñarse de un tercio del mundo, sino (como ironizaba Dickens) «a vender pañuelos a los negros que no sabían usarlos». Inteligente, dramática película *Queimada*, que denuncia las corruptelas colonizadoras en una prodigiosa (y expresiva) síntesis plástica.

23 de mayo. El joven Manuel Gómez García me pregunta en una encuesta si la crítica, la opinión pública o la censura pueden rebajar la capacidad creadora del artista. No creo que *rebajar* sea la palabra adecuada. Pueden (en especial la última) desviarla ocasionalmente. (No olvidemos que Alberti sobrevivió en la Argentina justicialista pintando biombos). Esto sugiere que el artista auténtico apelará a otro instrumento de expresión tan pronto se le prive del que usa habitualmente. Y, en ocasiones, sin necesidad de presiones externas, el verdadero artista, consciente y víctima de sus limitaciones, cambiará de instrumento empujado por un afán de perfección (los dibujos de Lorca y los escritos de Solana son claros ejemplos de ello). El artista de verdad reserva siempre una posibilidad en la trastienda. El ponerla o no en circulación

dependerá, antes que del capricho personal, del medio en que vive, digamos de sus posibilidades de libertad y de la provisión de discreción de su auditorio. Lo único imposible será reducir al artista a la mudez cuando verdaderamente tiene algo que decir.

24 de mayo. Recibimos carta de Miguel. La gineta continúa viva, come carne y plátano, y su peso rebasa ya el cuarto de kilo, pese, según dice, a que ha pasado una diarrea aparatosa. El animalito debe de estar para cumplir el mes y medio. Por de pronto es la única que sobrevive de las cuatro de la camada.

25 de mayo. Como cada año por estas fechas, mi mujer y yo marchamos a pasar unos días a Benidorm. Es, creo yo, la temporada más agradable, pues generalmente hace buen tiempo para bañarse y, por otra parte, no ha comenzado eso que llaman la animación y que a mí me desanima tanto. Pero como el año está de sorpresas, al salir de Alicante, en la cuesta de la Goteta, se nos incendió el coche. Menos mal que enfrente había un garaje y mientras yo detenía la circulación (muy nutrida) mi mujer daba aviso y, en minuto y medio, el fuego (tan voraz y animado que yo ya había dicho adiós al automóvil) quedó sofocado. (Nunca había visto funcionar estos extintores de nieve artificial pero son de una eficacia fulminante). Verdaderamente ha sido una suerte que después de recorrer seiscientos cincuenta kilómetros vaya a sucedernos esto ante la puerta de un garaje, pero el incidente me ha servido para convencerme de que me cuesta poco desprenderme de las cosas (lo acepto con una especie de resignado fatalismo), ya que en ningún momento perdí la tranquilidad.

26 de mayo. Estamos viviendo, sin duda, el año más caprichoso del siglo. Hasta aquí, en Alicante, hace frío. Tanto, que hoy ni siquiera hemos bajado a la playa. Dejamos Castilla con nieves y casi heladas (un grado en Burgos, Ávila y Segovia) y encontramos Levante con nubes y fresco. La versatilidad española se contagia al clima (¿o es la veleidad atmosférica lo que nos hace tornadizos a los españoles?), y a un otoño sin una gota de agua siguió un invierno con temperaturas de veinte grados bajo cero en la Meseta, y un mes de mayo (a cinco días de junio) con nieves y heladas en los altos. Como se verá, la incertidumbre campesina que protagoniza mi novela *Las ratas* no es una invención. El labrador castellano no respira en tanto no ve el grano apilado en la panera.

27 de mayo. Leo un interesante y valiente artículo de J. Ferrater Mora titulado

«Galimatías y tomaduras de pelo». El ensayo es oportunísimo porque nunca como hoy se desbordaron los retóricos del camelo. La fiebre de innovación, la exposición de las ideas más simples con las palabras más complicadas, la literatura del bla-bla-bla se han puesto de moda. Pero lo curioso es que cuando los paladines de estas corrientes enderezan el rumbo, no reconocen su error sino que se limitan a cantar las excelencias de los nuevos derroteros adoptados (por sabido, siempre en vanguardia). Dos notas caracterizan a estos tipos, a juicio de Ferrater: autosuficiencia y agresividad. En efecto, ninguna de las dos faltan. Hablando de otra cosa, el tiempo ha suavizado un poco y aunque con cielo entoldado nos dimos un chapuzón.

28 de mayo. Recogimos el coche. A pesar de habernos cambiado todos los cables y tubos, conductos, enchufes y cajas de goma o plástico y de haber petroleado los bajos, aún huele un poco a chamusquina, pero marcha bien. Estuvimos en Callosa de Ensarriá y el castillo de Guadalest, para probarlo. Este castillo tiene poco que ver. Es más interesante lo que se ve desde él. Sobre una cresta literalmente inexpugnable, brinda, de un lado, las pacíficas aguas verdes del pantano y, del otro, una bella teoría de bancales descendiendo paulatinamente hacia el mar. Los farallones son totalmente verticales, como cortados a pico, y en lo que fue cauce del río Guadalest (ahora un hilo de agua regulado) ha surgido una huerta feraz y una arboleda frondosísima (pinos, olivos, almendros, naranjos, limoneros, nísperos, higueras) que da una variadísima jugosidad a la perspectiva y con ello el contraste con la desamueblada aridez de las tierras litorales.

29 de mayo. Walter Bradbury, de Doubleday and Company (Nueva York), me comunica su decisión de editar *Las ratas* en USA, conforme me habían anticipado (cada uno por su lado). Ernst A. Johnson (autor de la traducción) y Luis Alfonso Díez. Veremos lo que resulta. De entrada cuesta admitir que los norteamericanos asuman el drama del Tío Ratero, en definitiva trasunto del drama rural de la Vieja Castilla. Esto y que, en lugar de pasar días, pasen santos (sustituir el calendario por el santoral), tan típico de nuestros pueblos, desorientará a buen seguro al lector de la evolucionada Norteamérica.

30 de mayo. Uno de estos días hará el año de la muerte del matrimonio Guzmán, uno de los fenómenos humanos que más me han afectado. Don Antonino, viejo cirujano con más de ochenta años encima, nos confiaba a los amigos, cuando su mujer enfermó, el insoportable dolor que para él suponía

sobreviviría. Por lo visto, esta posibilidad jamás había entrado en sus cálculos. No obstante, mientras su esposa estuvo en cama no se separó de su lado, y cuando falleció (con una mano entre las suyas) él sufrió un síncope y murió un cuarto de hora más tarde. Al día siguiente emocionaba ver juntos los dos ataúdes gemelos cubiertos con las flores silvestres y las aromáticas matas de tomillo de la casita que el matrimonio había escogido para su retiro. Ante esto me resulta difícil identificar el amor con el sexo; la ecuación amor-orgasmo no me sale. Yo pienso que el amor sobrevive al sexo, y el culto al orgasmo, tan extendido, participa de aquél pero no es aquél.

31 de mayo. Me decepcionó ayer tarde el fútbol de la selección de Kubala en Moscú. Hay quien afirma que fue un buen partido defensivo pero yo no lo veo así. El caso es que la selección no trató nunca de organizarse sino de desorganizar (con ello se esfumó su agresividad). En estas condiciones es prácticamente imposible ganar un partido y muy difícil empatarlo. Se aguantan los minutos que sean pero al final, casi inevitablemente, se acaba perdiendo. Y no es que el dos a uno definitivo sea malo (esto es secundario), sino que la selección se pareció a las de antaño, esto es, no dio nunca la sensación de despreocupada alegría creadora que ha dado últimamente (contra Francia, Italia o Alemania, pongo por caso). Y en el fondo de todo esto tal vez haya una responsabilidad para quienes de una u otra manera han tratado de dar al encuentro (aquí las gastamos así) un alcance y un significado políticos.

1 de junio. También el Premio Barral de este año se fue a Hispanoamérica. Bien mirado, es decir, atendiendo a los porcentajes de población, a España apenas le corresponden un quince por ciento de posibilidades en las convocatorias para concursos en lengua castellana. Quiero decir que el hecho de que nuestros premios emigren es perfectamente normal. Pero ante esta floración de la narrativa americana me viene a la cabeza una frase del escritor Undurraga en un ensayo publicado en la fenecida revista *Cuadernos* (el trabajo era excelente pero como profecía resultó fallida): «La novela no es planta literaria apta para aclimatarse en Latinoamérica —decía—. No hay allí ninguna aptitud sacerdotal para lo bello y lo fino». Undurraga no contaba con que Hispanoamérica posee un lenguaje menos gastado, unos ambientes más vírgenes y unos contrastes más violentos que la vieja Europa. Encierra, en suma, mayores posibilidades que el viejo continente para la pura fabulación.

2 de junio. Una encuesta muy femenina: «¿Qué dinero debemos dar a nuestros hijos?». Naturalmente depende del hijo y depende del dinero. Pienso, sin embargo, que al llegar a cierta edad (diecisiete, dieciocho años), si los padres no hemos fracasado, la confianza debe ser tanta como para poder dar al hijo el dinero que precise. Yo nunca le negaría este apoyo (teniéndolo) a un hijo mío de esta edad. Alguno aducirá que «según como te salgan», pero a esto iba: los hijos «no te salen» (salvo rarísimas excepciones); los hijos se hacen o se deshacen en casa.

3 de junio. Regresamos a Madrid pasados por agua, como partimos, y pasados por agua dimos una vuelta por la Feria del Libro, en el Retiro. Una sorpresa grata: conocí a Vargas Llosa, que estaba firmando ejemplares. Fue, la nuestra, una entrevista brevísima, pero suficiente para darme cuenta de que la calidad humana de Vargas corre pareja con su talento literario: espontáneo, natural, sencillo. Acordamos un encuentro más reposado para nuestra próxima visita a Barcelona.

4 de junio. De vuelta a casa, un incidente enojoso. Mi hijo menor, en compañía de un amigo, fueron secuestrados por cinco pilletes que después de robarles y golpearles (amarrados a un árbol) terminaron por arrojarlos al río (el niño tiene una desolladura en el pecho de quince centímetros ocasionada por un tocón sumergido). Mi irritación inicial contra los pequeños vándalos ha ido desplazándose, a medida que pasan las horas, hacia la sociedad que hemos montado, donde prensa infantil, cine y televisión compiten en exaltar la violencia y donde centenares de miles de niños (pese a discursos y leyes) siguen sin disponer de un pupitre en una escuela. ¿Qué podemos esperar de un país así? Y aun dando por supuesto que ahora vaya de veras, tendremos que esperar aún veinte años para que aparezca la primera generación con un sentido de la responsabilidad y de respeto al prójimo. ¿Llegaremos a conocerlo?

5 de junio. Me llamó José Luis Varela para proponerme amablemente unas conferencias este verano en la Magdalena (Santander) y en el curso para extranjeros de Valladolid. Previamente he aceptado otras en Salamanca, Madrid y Burgos. De esta manera, uno, que se hace ilusiones de ser cada día más libre, está cada día más atado. Me decía Vela Zanetti hace pocas semanas que los cincuenta años es una edad muy apropiada para aprender a decir NO.

6 de junio. Pasamos el día en Riocamba, en las estribaciones montañosas de

Palencia y León, viendo la docena y media de ciervos (elásticos y esquivos) que van a soltar dentro de unos días con miras a la repoblación. Nuestra sorpresa fue mayúscula al encontrarnos al primer cervato nacido en la localidad la noche anterior, en la semicautividad en que ahora viven. Juan Molina ha transformado estos parajes. Del brezal que conocimos en los años 50 (adonde fuimos a buscar la perdiz pardilla), con manchas de roble y unos pinabetes apenas visibles, a la moheda actual hay la misma distancia que entre la Tierra de Campos y los bosques de coníferas del Canadá.

7 de junio. En el reglamento de la contribución sobre la renta hay una disposición según la cual los ingresos extraordinarios de los artistas pueden distribuirse en tres anualidades a efectos de tributación. Fiado en ella pedí su aplicación a los derechos de la edición de *La hoja roja* de RTV, a todas luces un ingreso fuera de lo ordinario. Respuesta de la Hacienda Pública: «Eso no le corresponde a usted. Los artistas son los futbolistas y los toreros». Ni una palabra más.

9 de junio. Pasé un par de horas con Honesto Suárez de Vega, profesor de la Universidad de Oviedo, que está trabajando en su tesis doctoral sobre los personajes en mis novelas. Me ha dado la impresión de que tiene una idea muy clara sobre lo que se trae entre manos. Personalmente me satisface el tema de su trabajo puesto que yo doy a los personajes un lugar preponderante entre todos los elementos que se conjugan en una novela. Unos personajes que vivan de verdad relegan, hasta diluir su importancia, la arquitectura novelesca, hacen del estilo un vehículo expositivo cuya existencia apenas se percibe y pueden hacer verosímil el más absurdo de los argumentos. Suárez de Vega se interesó especialmente por lo que en mis personajes puede haber de autobiográfico, supuesto que entre los niños de *La sombra del ciprés* y los niños de *El camino* (por poner un ejemplo) no se advierte el menor parentesco. Ésta es una cuestión muy compleja pero, aunque otra cosa parezca, el autor está detrás de todos. Los temperamentos neuróticos pasamos, casi sin transición, de la depresión a la euforia. En mi infancia me sucedía otro tanto. Y pienso que en los momentos actuales de equilibrio, uno reconstruye con fruición sus momentos felices (*El camino, Diario de un cazador*) y, por el contrario, en las fases depresivas, uno rescata aspectos sombríos y melancólicos del pasado (*La sombra del ciprés, Cinco horas con Mario, Parábola del náufrago,* etc.). En todo caso, para encontrarle a uno entero (al menos una aproximación) habría que rastrear entre todo lo positivo

y lo negativo que recatan los personajes que uno ha puesto de pie a lo largo de su vida.

10 de junio. A Enrique Badosa, según leo en *El Noticiero*, no le agrada la poesía en canciones. Para mí, en cambio, el juglar moderno es admisible puesto que constituye un amplificador de la poesía. Con todo (esto es una excepción), en líneas generales estoy con Badosa. Personalmente me desagradan la macedonia de frutas y la sangría. Prefiero la naranja y el vino por un lado y la limonada y el melón por otro. Me repugna disfrazar las cosas y mezclarlas. Me gustan Picasso y el *jazz* pero me desagrada que aquél remede *Las meninas* o escuchar a Beethoven en este ritmo.

11 de junio. Me ha resultado muy divertido el prólogo (o el antiprólogo) de Jorge Semprún a las *Cartas* de Malcolm Lowry. Sin embargo, se muestra injusto con Ortega y muy concretamente con su famoso prólogo sobre la caza, cuya forma puede resultar hoy un poco pasada pero a mí me parece espléndido, y su contenido, magistral. Semprún toma palabras de Goytisolo para afirmar que hay que acabar con «los florilegios, florestas, florones, floriculturas y floripondios» en literatura. Parece, pues, inclinarse por la literatura-eficacia. Por eso me desconcierta más adelante cuando subraya que le parece funesta «la literatura concebida como vocación de servicio». ¿En qué quedamos?

13 de junio. Hace meses que vengo hablando de retroceso en el proceso de apertura en el país. Las cosas se están haciendo sutilmente pero, con eso y con todo, la modificación de la Ley de Orden Público que ha empezado a discutirse en las Cortes no admite más que una interpretación: marcha atrás, endurecimiento, toque de silencio, monólogo… En tanto, la prensa y los cada vez más reducidos círculos preocupados por estas cosas continúan hablando ingenuamente de asociacionismo político.

14 de junio. *Retrato político de los USA*, de Pierre Dommergues, me ha parecido un gran libro. Dommergues trae ingeniosamente a debate las más espinosas cuestiones que hoy tiene planteadas Norteamérica. Su lectura me ha demostrado una vez más mi permeabilidad. Casi todos los argumentos que esgrimen sobre diferentes cuestiones los cincuenta coautores de este libro me parecen válidos (aunque sean contrapuestos). Las diferentes posiciones, por ejemplo, de Robert Lowell y Saul Bellow, ante una invitación del presidente Johnson a la Casa Blanca, se me antojan dignas y, consecuentemente,

defendibles. Esta porosidad mía no sé si me asusta o me conforta, porque, en resumidas cuentas, quiere decir o que mi receptividad es tal que el último que me hable me lleva de calle o que la Verdad, con mayúscula, ofrece porciones, matices y variantes de los que cada cual poseemos mínimos atisbos, briznas valederas (y hasta convincentes), pero en modo alguno concluyentes y definitivas.

15 de junio. Vuelvo a leer (y van…) que los españoles somos ingobernables e incapaces de convivencia. Si esto ha sido así, ¿quién puede asegurar que vaya a suceder lo mismo con los menores de cincuenta años, los que al comenzar la guerra civil no habían cumplido aún los catorce? ¿Qué oportunidades hemos dado a éstos de participar en la marcha del país, de autogobernarse, de edificar su futuro político… y de demostrar que saben hacerlo?

16 de junio. La novelista exiliada Rosa Chacel ha venido a su Valladolid natal invitada por *El Norte de Castilla* a recibir un homenaje íntimo de un grupo de escritores y amigos. Acompañé a Rosa a la calle Núñez de Arce, a la casa donde vivió hace ahora más de sesenta años, y tuvimos la suerte de que el piso estaba desocupado. Con visible emoción la escritora fue recorriendo las dependencias: «Aquí dormían mis padres»; «en esta alcoba dormía yo»; «todavía está el clavo del que colgaba el espejo ovalado»; «este cuartito de baño lo mandó poner mi padre…». Paso a paso iba recuperando su pasado. De pronto, Rosa Chacel se dirigió a la parte trasera de la casa, que accedía a un minúsculo jardín. Advertí en ella una extraordinaria excitación: «En el patio planté yo una acacia. ¿Vivirá aún la acacia? ¡Mira, ahí está!». Pero no era la acacia; era un manzano. Era lo único que no estaba en su sitio. ¡Ah, el practicismo y el sentido de productividad de los tiempos!

17 de junio. Mi mujer y yo acompañamos a Rosa Chacel a Rodilana, un pueblecito de barro, perdido entre las generales Adanero-Gijón y Madrid-La Coruña. Rosa nos puso previamente en antecedentes: «Fue a causa de un ganglio; tenía siete años y los médicos me recomendaron clima seco y aire puro. De Rodilana conocíamos a una familia y allí pasé un verano. Recuerdo el pequeño barrio de casas molineras, la ermita, las eras, la noble olma que sombreaba la fuente… De la familia no puede quedar ni rastro». Pero sí quedaba rastro. La señora Marcela (con ochenta y muchos años encima), tan pronto Rosa Chacel trató de explicarle, la interrumpió: «¡Pero tú eres la Rosita!, —y la miraba como si aún fuera una niña con su lazo en la cabeza—.

¡Ay, Rosita, cuánto te gustaba ponerte los vestidos largos de tu tía Casilda!», sonreía. De pronto tornó a la realidad y se le endureció la sonrisa en los labios: «¡Dios mío, la Rosita, pero si tiene el pelo blanco!» (parecía protestar). Confieso que esta rebusca del tiempo, no perdido sino simplemente ido, me ha dejado una honda huella. Pero mayor huella aún habrá dejado a Rosa Chacel, mujer no muy abierta, escasamente sociable, pero delicadamente sensible y con una memoria inmediata de su infancia y de las personas y cosas que la rodearon.

18 de junio. Miguel llamó por teléfono para darnos cuenta de la muerte de la gineta. Ha logrado sostenerla dos meses y medio pero al fin ha sucumbido pese a que a última hora le aplicaron suero, penicilina, coramina y todo aquello que podría haber operado el milagro. Peor suerte corrió una de las hermanas, devorada por la madre. Queda por ver si este caso de canibalismo, antes que a la agresividad del animal, no cabrá atribuirlo al deseo de evitar a los hijos la vida en cautividad que a ella le ha tocado padecer.

19 de junio. Ramona Trullols se presentó en casa con sus padres a traerme su trabajo *La técnica de la caracterización en Miguel Delibes* para la Columbia University. El trabajo es más intenso que extenso, lo que ya dice mucho a su favor. Ramona Trullols, que utiliza abundante bibliografía, apoya su análisis en cuatro elementos fundamentales: la caricatura, la ironía, el enfoque y el lenguaje de los personajes. Hay una frase que creo resume muy bien mi posición en la caracterización de tipos. Dice Ramona Trullols, siguiendo a Nietzsche: «El autor, por medio de la ironía, encuentra paradójicamente seguridad en la misma inseguridad ante todos los valores».

20 de junio. Pasado mañana hará un año que comencé a redactar estas notas, y por tanto (mi idea inicial nunca rebasó este plazo) es ya hora de darles cerrojazo. Un año (ahora me doy bien cuenta) es poco más que un suspiro y, sin embargo, caben muchas cosas en un suspiro: el cincuenta aniversario del propio nacimiento, el veinticinco de matrimonio, la operación de un hijo, la boda de una hija, la fractura de una pierna, la muerte de media docena de amigos entrañables… Esto sin hablar, por una vez, más que de aspectos íntimos de la vida de uno. En otros planos, es obvio que en un año cambian y se alteran muchas cosas, siquiera las esperanzas y desesperanzas del hombre apenas muden. Un año, un suspiro. Abruma pensar que en veinte suspiros un niño se hace hombre, en otros veinte madura y en veinte más envejece. La

condición fatalmente efímera del hombre, unida a su condición de ser pensante y sensible, alimentan mi esperanza de que todo no puede concluir aquí. Es una máquina demasiado perfecta y reflexiva, el hombre, como para aceptar que todo se reduzca a un proceso físico-químico que se desarrolla dentro de un tubo de carne.

Por esos mundos

Sudamérica con escala en las Canarias

1961

Prólogo

Cada cual tiene su particular manera de pasear por el mundo y para aquel que no disponga de ninguna, tal vez porque le falta imaginación, existen las acreditadas guías de turismo. Allá cada uno se las componga. No es ésta ocasión de censurar éste o el otro procedimiento. Las técnicas del paseo son tantas como cabezas y si para unos la vida y el mundo no constituyen más que un proceso mediante el cual el hombre manifiesta su aptitud para ordenar piedras, para otros se reduce a la idea religiosa y su correspondiente expresión plástica, y aun, para algunos, al arte —pobre arte— de exaltar la frivolidad. En puridad, uno puede recorrer el mundo saltando de piedra en piedra, de santuario en santuario o de *cabaret* en *cabaret*. El mundo es susceptible de medirse con muy distintas medidas. Las técnicas del paseo, como las opiniones, todas son respetables.

Uno, claro es, dispone también de su personal procedimiento de pasear por el mundo. Ignora si bueno o malo, pero es, sin objeción posible, el que mejor se acomoda a su manera de ser. Uno, por principio, trata siempre de eludir en sus paseos un plan preconcebido. Los paseos sistematizados, a juicio del que suscribe, suelen esterilizarse entre las mallas asfixiantes del programa. Los programas previos, siempre a juicio del que suscribe, fosilizan la Naturaleza, rompen toda concatenación entre los seres y las cosas. Es mejor, y de ordinario más eficaz, andar de la Ceca a la Meca sin la coacción de horarios estrechos ni de rutas elaboradas de antemano. Es ésta la única manera, a mi modesto entender, de que el mundo sea un descubrimiento para cada nuevo par de ojos que lo miren.

Admito que mediado el siglo XX es un poco tarde para asomarse al mundo y descubrirlo. Pero uno, en este punto, no estuvo en condiciones de elegir. Uno se asomó —o mejor dicho, le asomaron— en su momento. Creo que sobre este extremo es inútil discutir. Por otro lado, representa un lamentable error pensar que el mundo no varía; que el mundo es siempre el mismo, cuando en realidad hay tantos mundos como años y tantos como pares de ojos lo contemplan. El mundo de ayer no es el de hoy, ni, por supuesto, el que uno

ve se parece lo más mínimo al que ve el vecino. Esto es una ventaja, supuesto que, de este modo, el material a observar es inagotable; primero está el mundo que uno ve, después el mundo que otros vieron y, por último, el mundo que le hacen ver —de ordinario mucho más vasto, complejo y entretenido— los demás.

En este breve volumen uno no pretende sino esbozar su personal visión de unos pedazos de mundo doblado ya el siglo XX; doblado en su mitad, se sobreentiende. Por descontado, dejará intactos muchos rincones y no pocos monumentos que por azar de itinerario quedaron a trasmano. En puridad, al garrapatear estos renglones, uno aspira simplemente a emitir un diagnóstico —más bien periodístico que literario— sobre el estado de salud del mundo actual, después de tomar el pulso a algunas de sus ciudades y de observar las temperaturas vitales de algunos de sus países, más o menos representativos.

Con la velocidad, el rasgo más definidor de nuestra época es la inestabilidad o, si se prefiere, el nomadismo. Nadie sabe vivir hoy sin moverse, sin cambiar de horizontes. El vecino de Las Rozas escapa en sus asuetos a Madrid a echar un baile; el vecino de Madrid escapa a Las Rozas en sus asuetos a comerse una tortilla de patata. En pequeña escala éste es el signo de los tiempos. Nunca se desarrolló en el mundo una fiebre de movimiento como la que nos es dado ver en nuestros días.

En el aspecto turístico el fenómeno guarda paridad. Y ni que decir tiene que si aspiramos seriamente a un entendimiento, a una comprensión universal, tal meta no la conseguirán los prohombres en sus latosas conferencias internacionales, sino nosotros, los hombres sencillos, tras un recíproco conocimiento libre de prejuicios. Bienvenido sea, pues, el turismo y todo aquello que coopere a fomentarlo, a orientar sus pasos de ciego.

Y hemos llegado —sí que con no pocos rodeos— a precisar la finalidad de estas páginas, un bastante deshilvanadas y un mucho apresuradas y superficiales. Demos esto a cambio de su espontánea sinceridad, que en los tiempos que corren tampoco es moco de pavo tamaña virtud. En este pequeño volumen —posiblemente seguido de otros— hallará, pues, el presunto viajero una orientación general, una visión de conjunto, cálida y humana, del país o los países que se dispone a recorrer. De otra parte, para aquellos que no pueden satisfacer de momento su apetencia viajera, su avidez de nuevos horizontes, estos breves reportajes constituirán el sucedáneo congruente del turismo de verdad, es decir, la posibilidad de realizar un turismo imaginativo, ese turismo de mesa camilla, no ciertamente el más completo, aunque sí, sin duda alguna, el más económico y el más confortable. En suma, estos papeles

intentan facilitar una ligera orientación a los que viajan y una pequeña información a los que se quedan en casa.

El cronista se sentiría incómodo si no insistiese en dos extremos, ya apuntados más arriba, antes de cerrar este prólogo: primero, que en las líneas que siguen el periodista ha prevalecido sobre el escritor y, por tanto, sería desmedido y necio buscar en ellas literatura; segundo y último, que estos volúmenes que hoy iniciamos con el título genérico de «Por esos mundos» no son guías al uso —ni son completos ni están sistematizados para que se los considere tales— y que cualquier semejanza entre ellos y las guías del turismo es una mera coincidencia por la que de antemano el cronista pide disculpas.

M. D.

Un novelista descubre América

Brasil, Argentina y Chile

1955

Uno está al cabo de la calle de que, elaborando pacientemente estos materiales de que dispone, reunidos con cierta constancia e indiscutible amor en reciente viaje a Sudamérica, hubiera conseguido un volumen macizo, de ardua digestión; uno de esos hermosos volúmenes que incitan al lector a pensar del autor que está amplia, profusa, penosamente documentado. Está bien. Uno pudo hacer eso y, sin embargo, no lo hizo, porque, de haberlo hecho, uno, con el corazón en la mano, no se hubiera quedado a gusto. Uno, honradamente, ha preferido no manipular estos materiales, porque acontece, en ocasiones, que en fuerza de dar vueltas a las cosas, de inducir y deducir, de dejarse arrastrar por apariencias causales, el escritor termina escribiendo «blanco» donde quiso —debió— escribir «negro». En estos negocios de los viajes, nada como la primera impresión; el destello inicial que viola la conciencia virgen es lo que vale. La reflexión posterior no consigue sino deformar las cosas. El escritor debe ser un hombre prevenido contra la oscura e irreparable rebelión de las palabras. Nada hay tan inquietante, inestable y escurridizo como una palabra. La palabra es algo así como el jabón en la bañera. La rebelión de las palabras acecha al escritor cuando quiere aparentar que vio más de lo que vio o pretende dar un petulante cauce metafísico a la minucia cotidiana. La verdad se defiende con las uñas; como gato panza arriba. Vayan, pues, al lector mis leves impresiones sobre Sudamérica tal y como nacieron. Tal vez de este modo no resulten profundas, pero a trueque —y uno cree lealmente que jugamos con ventaja— pueden ser espontáneas y hasta sinceras.

CAPÍTULO I

Volando hacia Río de Janeiro

Salir a descubrir América en 1955 constituye una empresa, más que arriesgada, pretenciosa. Uno puede invocar muchas discretas razones para justificar su viaje, mas, en el fondo, no queda sino un movimiento de curiosidad. El móvil de un novelista es siempre la avidez: avidez por ver, por oír, por conocer, por ensanchar su campo de observación. Lo bueno del novelista es que jamás pretende ahondar en problemas que algunos hombres juzgan trascendentales, verbigracia, la industria o la política. Lo bueno del novelista es que su intención no es ambiciosa: su objetivo lo constituyen, simplemente, los hombres y el paisaje. ¡Ahí es nada, los hombres y el paisaje! Lo demás apenas si cuenta. Lo bueno del novelista es la facilidad con que se despoja de todo prejuicio. Las ideas previas, como ideas de segunda mano que son, reportan una oscura rémora para el viajero. Un viaje exige una mirada virgen, una conciencia sin deformar. Un viaje requiere valor, al menos el valor necesario para mirar cómo cae la bola del reloj de la Puerta del Sol cuando al viajero le apetece hacerlo, sin temor al qué dirán. Quien viaja con la presunción de estar de vuelta de todo es un observador frustrado; se precisan ojos de palurdo para sacarle a un viaje un rendimiento. Uno no marchó a América para descubrir nada; es decir, marchó a América a no descubrir nada y a descubrirlo todo; pero, esencialmente, marchó a América a constatar hechos. Los hechos son la manifestación del hombre en un paisaje determinado. En ese sentido, América, Sudamérica, sigue siendo un nuevo mundo para un europeo ahito de piedras y tradiciones seculares; un continente por descubrir.

Viaje en avión

Se ha dicho del avión que acorta distancias. Esto no es enteramente cierto cuando la meta del viajero es Buenos Aires. Para llegar a Buenos Aires, algunos aviones precisan cuarenta horas. Cuarenta horas de asiento, sin más que cuatro breves interrupciones, son horas suficientes para una honda

meditación. El viajero tiene tiempo sobrado para multiplicar trescientos por cuarenta; es decir, la velocidad por el tiempo. El resultado le abruma, especialmente si consideramos que la mayor parte de esas horas no dispone de otro paisaje que el del océano: un océano blanducho, monótono y cabrilleante como la palma sudorosa de la mano de un hombre grueso. Esto explica que el viajero, al pronto, no sienta América tanto como el zumbido de los motores; uno lleva el cerebro literalmente impregnado de ese zumbido. Cuarenta horas en avión agrandan el avión y empequeñecen América. Uno está habituado a trasladarse en dos horas a Barcelona, en tres a París, en cuatro a Londres o Roma, y llega a pensar que el mundo es un reducido patio de vecindad. Con Sudamérica acontece el fenómeno inverso: el avión, pese a su celeridad, o precisamente por ella, imbuye en el viajero una dolorosa consciencia de lejanía. ¡Todavía existen distancias en el mundo!

Esta realidad se hace más fuerte si pensamos que el aéreo es, por el momento, uno de los pocos servicios de transporte organizados en España en atención del viajero; las compañías tratan al cliente con la deferencia que merece quien les hizo objeto de una distinción. Esto no es frecuente. De ordinario, el transportista, en nuestro país, se comporta como si fuese él quien distingue al viajero; es una notable diferencia. En las líneas aéreas intercontinentales, el viajero encuentra un clima de confortabilidad verdaderamente exquisito. En nuestra compañía viaja discretamente una persona sin otra misión que adivinar nuestros menores deseos. Su solicitud llega a ser conmovedora. Está en todo; está con todos. En el trayecto Madrid-Buenos Aires, el viajero es obsequiado con todo aquello que pueda desear y más: *whisky*, café, Coca-Cola, cigarrillos, fósforos, revistas, abanicos, peines y hasta unas plantillas de corcho para los pies; uno puede pedir por esa boca: la compañía está deseando complacerle. Con una particularidad: la obsequiosidad se torna particularmente agresiva en los momentos psicológicos culminantes: iniciación de la travesía del océano, zona de baches, tempestad, pérdida de aceite de un motor. Esta observación justifica que el viajero sensible experimente un cierto desasosiego en cuanto huele un *whisky*. Un error: la compañía española ha prescindido de la azafata para sus vuelos transoceánicos. La denominación de azafata, que trasciende un poco a naftalina, es lo único desagradable de estas serviciales compañeras de viaje. De regreso, uno pasó los Andes —no «sobre», sino «entre»— en un avión norteamericano y puede afirmar que la sola presencia sonriente de la azafata fue suficiente para desvanecer la menor inquietud incluso en los viajeros más

pusilánimes. Los obsequios constituyen una sabia medida, pero su eficacia se redobla cuando es una guapa muchacha quien nos los brinda.

El apeadero de la isla de La Sal

Madrid-La Sal (a quinientos kilómetros de Dakar, punto continental más próximo) supone diez horas ininterrumpidas de vuelo. Doce si, como en mi caso, el aparato encuentra el aire de proa. Esto ya da pie para imaginar que el deseo de tierra va acrecentándose en el pecho del viajero hasta convertirse en una necesidad perentoria. La tierra llega a urgir tanto como el aire a un náufrago a punto de ahogarse. Esta ansiedad induce al viajero a prefigurar la isla de La Sal con todos los atributos del paraíso. Uno imagina un islote ubérrimo, de vegetación exuberante; un auténtico vergel de frondas desbordadas. Inmediatamente la esperanza se frustra. La isla de La Sal no es sino un simple apeadero en el mar; una aislada, disciplinada desolación. En la perspectiva aérea, a la difusa luz crepuscular, no se divisa no ya un árbol, sino el menor indicio vegetal. Tierra roja, estéril, ardiente; la aridez es completa. El primer vistazo denuncia el origen eruptivo de la isla. Esta prefiguración se confirma al informársenos de que las Salins du Cap Vert se hallan en las entrañas de un volcán extinto. No podía suceder de otra manera.

A la isla de La Sal la ha redimido la aeronáutica. Actualmente la isla es un gigantesco portaaviones varado en pleno Atlántico; un estratégico pedrusco para afianzar el pie y dar el salto. Tiempo atrás, La Sal vivía de la sal. El tráfico se efectuaba exclusivamente a través del fondeadero de Pedra da Lume, capaz para barcos de mucho calado. Sus siete mil habitantes estaban engranados en este comercio. De todos modos, la actividad era mínima y los medios de vida precarios. Hoy la situación ha variado. Hoy no hay avión que suba o que baje que ignore la existencia de esta inhóspita isla hospitalaria. En torno al aeropuerto han surgido instalaciones modestas —hangares, talleres, observatorio, hotel, bar, etc.—, todo ello montado al aire, sobre cuatro estacas, con un sabor vagamente oriental. Las posibilidades del nativo, lógicamente, se han acrecentado. En todo caso, La Sal representa para el viajero el primer contacto con lo exótico: bandadas de negritos de calzón corto y flexibles negritas con faldas chillonas y turbante a la cabeza salen al encuentro del avión; se ocupan, luego, de su adecentamiento y aseo. El viajero cena allí; una comida insípida, desleída. En torno, un césped declinante, a pesar de los evidentes minuciosos cuidados; algún ralo arbolillo

rompiendo la árida, agónica desnudez. Dios sabe lo que representará —en trabajo y consuelo— para el nativo esta pincelada verde en el desierto.

Del otro lado del charco

Natal representa la liberación del océano; constituye exactamente, tras el «cielo grueso» y consiguiente balanceo de la travesía nocturna, la conquista de la tranquilidad. Natal es, simplemente, la otra ribera del charco. El reloj del viajero señala las ocho y media, pero aún es noche cerrada; el caos de las horas se ha iniciado. El avión ha entablado su competencia con el sol. De otra parte, el viajero va abandonando la órbita de la primavera y adentrándose en la órbita del otoño. Los relojes de Natal marcan las cuatro y media de la madrugada. Esto quiere decir que la mejor receta para cumplir años cada año y medio consiste en navegar siempre hacia el oeste.

En Natal —Brasil— el viajero ha de soportar una fumigación concienzuda a manos de un indolente mestizo. La escena es humillante. Uno, entre los efluvios del DDT, adquiere conciencia de patatal invadido por las larvas. Por lo visto, Brasil teme una inmigración ilegal de la mosca tsé-tsé. Ello no justifica la actitud agresiva del mestizo. Ser fumigado con la sonrisa en los labios puede ser soportable; ser fumigado por un ser de mirada alevosa resulta espeluznante. Uno experimenta la misma impresión que si lo asesinaran a sangre fría; que si le disparasen un pistoletazo a quemarropa.

Más tarde, en la aduana, el viajero se percata de que la antipatía es un mal de fronteras. De ordinario, en las aduanas prevalece un clima totalitario; son una sucesión ininterrumpida de gestos hoscos y miradas enemistosas; de abierta, injustificada hostilidad. Los siguientes puestos fronterizos hasta Buenos Aires no harán sino confirmar esta primera impresión. Tan sólo Chile, con esa cordialidad efervescente, notoria en todos los sectores y rincones del país, puede considerarse una excepción. Chile recibe a los turistas que arriban en el transandino con un efusivo cartelón: «Bienvenido a Chile», colocado en las inmediaciones de Portillo. La medida puede parecer pueril, pero resulta de un gran efecto moral. Uno entra en Chile como en su propia casa. La revisión aduanera e incluso los diálogos con los carabineros fronterizos se hacen así más tolerables.

En Natal ya trasciende el problema racial del país, si problema puede llamarse al hecho de que el porcentaje de hombres negros, mestizos y zambos supere al porcentaje de hombres blancos. Para el viajero, el problema racial, como todos los problemas, no es cuestión de cuerpos sino de almas; es decir,

éste existe cuando el porcentaje de almas negras es tan elevado que imprime su huella en el país. El ambiente de Natal, pese a no ser aún las cinco de la mañana de un día de otoño, es pesado, sofocante, casi irrespirable. Rostros enjutos, morenos, relucientes, exornados con unos bigotes ralos, deprimidos, rodean al viajero. Es domingo, y en uno de los barracones del aeropuerto, cuya rigidez ha sido suavizada con unos tiestos de palmeras enanas, un sacerdote alemán reza la misa. Después, el refrigerio. Nuevos rostros oscuros, brillantes de sudor; nuevas miradas torvas; nuevos bigotes ralos, deprimidos… Decididamente, el primer café brasileño se le indigesta al viajero.

Brasil, ese gigantesco parque

Si hay un vocablo que pueda resumir el carácter de la naturaleza brasileña, es éste: descomunal. Todo en Brasil es descomedido, en especial para un europeo habituado a los límites concretos. Brasil es una nación sin límites, o siquiera éstos no son aparentes. Nada hay delimitado en el Brasil; se trata de una Naturaleza desbocada. Conforme amanece Dios, Brasil queda ahí abajo, según se mira a la derecha. Es una floración restallante, inacabable. El espectáculo forestal de Brasil, desde el aire, resulta impresionante; de una opulencia sobrecogedora. Cientos y cientos de kilómetros de selva sin un poblado, un camino ni el menor indicio de habitabilidad. El viajero no ha conseguido sino trocar un mar de agua por un mar de vegetación. Para el viajero constituye un consuelo la contemplación de este gigantesco parque, propicio para templar los nervios de un mundo superpoblado y enfebrecido. La vegetación ofrece una densidad cada vez más inextricable; el contraste con la tierra roja resulta agresivo. Al cabo de cuatro horas, la Naturaleza empieza a clarificarse: aparecen los primeros poblados, los primeros cultivos, las primeras vías de comunicación. El mapa brasileño se resuelve ahora en una vistosa policromía. No cabe duda que la naturaleza brasileña fue la verdadera inventora del tecnicolor. Más adelante sobrevolaremos una zona abrupta, de amenazadoras cordilleras y, detrás, las dilatadas extensiones de pastos. Todo, repito, descomunal, sin medida, aun en la vasta perspectiva aérea. El mismo río Paraiba do Sul, que ciñe entre sus dos poderosos brazos la ciudad de Campos, representa una masa de agua ingente, desacostumbrada para un europeo. No hablemos de la Playa Grande, en Santos —salida al mar de la hermosa ciudad de Sao Paulo—, con más de cien kilómetros de extensión por uno de profundidad. Para Brasil no sirve la escala europea; contar en

kilómetros resulta aquí risible. En todo caso, se trata de una Naturaleza esplendorosa, de infalible seducción visual, limpia, abrumadora. En realidad, todo esto no es sino una adecuada preparación para el gran espectáculo que se avecina: Río de Janeiro.

Una ciudad de tarjeta postal

Si el viajero arribase a Río desde la isla de La Sal, sin transición, caería literalmente deslumhrado. Río de Janeiro surge frente al mar cohibida por un semicírculo de montañas considerables. La capital del Brasil puede, pues, crecer, pero no ensanchar. Tan es así que el Congreso Eucarístico se celebró sobre una explanada que estaba siendo robada al mar cuando yo pasé. Mas esto es lo de menos. Lo importante es la perspectiva aérea de Río. Sin duda, Río de Janeiro es la ciudad más luminosa del mundo. Ocurre, sin embargo, que su contemplación, como la de un cuadro, requiere una distancia congruente. El espectáculo de Río no puede ser privado de sus alrededores: el Corcovado, el Pan de Azúcar, el fogonazo deslumbrante de Copacabana, con los guardaespaldas de sus modestos rascacielos y, en especial, la floresta con sus verdes de tonalidades cambiantes, incisivos. Brasil, las ciudades brasileñas, están redimidas por la fronda. La eclosión vegetal de Río desde el aire resulta inenarrable. Diríase que las hojas de sus palmeras, de sus bananas, de sus árboles, en general, son lustradas concienzudamente cada mañana. No es la abundancia de verde, sino los matices, lo que encanta la vista. Sin olvidar el detonante contraste con el mar. Río de Janeiro es de una belleza rutilante; una belleza a punto de caer en el merengue del cromo o la tarjeta postal iluminada. Si uno la contempla insistentemente llega a fastidiar en fuerza de color y de armonía. Esto suele suceder con todas las ciudades brasileñas. Santos, desde el Morro de Santa Terezinha, es un prodigio geométrico circundado de verdes insospechados, lamido por un mar excesivamente azul.

La ciudad de Río pierde a medida que uno se aproxima a ella. Esto lo observé a la ida, en avión, y lo confirmé a mi regreso en barco. La euforia del color languidece con la visión inmediata. También el equilibrio disminuye. Río es ciudad para contemplarla con perspectiva: desde el aire, desde el mar, o bien desde la altura del Corcovado. Perderse en el laberinto de sus calles es tomar contacto con la realidad, inevitablemente defectuosa. Ciertamente el pintoresquismo no desaparece: sus tranvías —*bonches*— sin costados; los negros descalzos; la arquitectura de vanguardia; las barracas en las laderas; la

vitalidad un tanto cansina y aplacada por el bochorno de sus calles; el movimiento comercial; los rígidos, utilitarios, inflexibles rascacielos; los caprichosos decorados de sus aceras; la bulliciosa vitalidad, que no calidad, de sus bazares, etcétera, constituyen, sin lugar a dudas, alicientes de seguro efecto sobre el visitante europeo, lo que no impide que aquí y allá asomen los lunares, que en Rio existen como en toda tierra de garbanzos: aparcamientos inmundos, suciedad, deficiente circulación, callejas lóbregas, etcétera. Un dato: el día 30 de mayo, a las siete y media de la mañana, tropecé con un mestizo muerto en plena calle Men de Sa, a quien la caridad pública había delimitado con cuatro piadosos cirios. Ignoro si estos hechos serán frecuentes. Ignoro el tiempo que el cadáver llevaría allí y el que tardaron en retirarlo. En cualquier caso, para un europeo, tropezarse con un muerto custodiado por cuatro hachones en plena calle constituye un hecho insólito.

Ciertamente, Copacabana nos hace olvidarnos de muchas cosas. Entendámonos, Copacabana cosmopolita, con su larga playa deslumbrante y su turismo internacional. Copacabana es una armonía. Mas Copacabana no deja de ser un anexo, una parte del todo. Y aquí, como en el corazón de la ciudad y como —especialmente— en la periferia, la fronda es un elemento ornamental de primer orden. Esto justifica nuestra afirmación primera: Río es una ciudad de conjunto; contemplarla por fracciones puede conducir al desengaño. Un desengaño que, de otra parte, no sería justo, supuesto que se trata, a pesar de todo, de una de las ciudades más fascinantes y luminosas del mundo.

Montevideo, una capital de millón y medio de habitantes para un país de tres

Uruguay, en cierto sentido, es la Suiza de Sudamérica. Un país chico, pacífico y con un buen orden financiero. La solidez de la moneda uruguaya es casi un insulto para los demás países sudamericanos en plena, incontenible inflación. Un peso uruguayo vale como diez argentinos, como veinte cruceiros o como más de cien pesos chilenos. Tres pesos uruguayos vienen a sumar un dólar. Esto ya da una idea de la estabilidad económica de este país, lo único reducido y concreto que uno ha encontrado en Sudamérica. Uruguay, desde el aire, no es sino una alfombra verde. Una alfombra que cobija a tres millones de seres, la mitad de los cuales se concentran en Montevideo, la capital. El viajero observa por primera vez en el Uruguay el fenómeno de la macrocefalia. Sudamérica es así. En Europa se percibe cierta resistencia a instalarse en el campo; en América no sólo se rehúye el campo, sino las

capitales de provincia. Al argentino no le saque usted de Buenos Aires; al chileno, de Santiago; al peruano, de Lima, o al boliviano, de La Paz. Nada, fuera de la capital respectiva, vale para ellos la pena. Así se explica que la mitad de la población uruguaya se concentre en Montevideo, la tercera parte de la chilena en Santiago y la cuarta de la argentina en Buenos Aires. Son todos ellos países macrocéfalos, países de cabeza grande y miembros entecos.

Para Uruguay, para su economía, este fenómeno, de ordinario nefando, no parece representar una rémora. Uruguay es un país no ya de administración saneada, sino de un nivel de vida muy alto. Es el único país de América del Sur que resulta caro para un europeo. Un detalle: invitado a casa de mi amigo Nicolás Gereda, observé que frente a la puerta reposaban hasta una docena de vistosos automóviles, todos ellos, excepto el último —un Peugeot modelo 54 —, de marcas norteamericanas. Mi amigo me informó sobre alguno de los propietarios, y cuando yo indagué sobre el dueño del Peugeot, me respondió que era del portero de la finca. Sin duda, un país donde la profesión de portero da para disfrutar de un automóvil moderno es un país envidiable.

El alto nivel de vida del Uruguay se exterioriza en la alegría de sus calles, en la actividad de su comercio y, naturalmente, en el volumen de circulación rodada. Las espléndidas avenidas Artigas y Brasil son de un movimiento incesante. Nada digamos del barrio residencial de Carrasco, donde se ven los chalets más lujosos y atrayentes de toda América del Sur. Y, lo que es más importante, se ven por cientos. Evidentemente, los ricos de Montevideo son alguno más de cuatro gatos. Aunque no con valor absoluto, podemos afirmar que aquí se distingue un pobre de un rico en que aquél maneja un Peugeot 54 y éste un Cadillac 55. Uno se explica que una diferencia de HP no sea bastante para despertar el resentimiento. En Uruguay no son frecuentes los conflictos sociales.

Por lo demás, Montevideo, con su barrio viejo portuario y el barrio moderno a sus espaldas, tiene un cierto tono europeo. Y como ya va siendo inevitable en esta América favorecida por la fortuna, tocada de la gracia de la humedad, la fronda pone una amable nota de color, una nota decorativa y tonificante que suaviza aristas y disimula imperfecciones.

CAPÍTULO II

Interpretación de Buenos Aires, una ciudad en marcha

Buenos Aires es una ciudad desmesurada.

La sensación de distancia la adquiere ya el viajero al trasladarse en automóvil del aeropuerto al centro. A propósito de aeropuertos, es oportuno decir aquí que el de Buenos Aires no se sustrae al carácter descomunal, que es la tónica de la urbe. Buenos Aires ha levantado un aeropuerto gigante, de una capacidad exagerada. Aun dando por bueno el argumento de que el aéreo será el transporte del futuro, Buenos Aires en este punto hace el efecto de que se ha excedido. Conviene tener presente que, por mucho que el avión prolifere, la ciudad no dejará nunca de ser un final de trayecto. Por mucho que el mundo progrese, Buenos Aires nunca podrá tener el carácter de ciudad en tránsito, o, a lo sumo, lo tendrá para un par de países sudamericanos. Vistas así las cosas, resulta incontestable que a Perón se le ha ido la mano. El aeropuerto bonaerense viene a ser uno de esos excesos monumentales tras los cuales los dictadores encubren su mediocridad.

Mas esto, al fin y a la postre, no es sino un dato. Luego está la enorme extensión de la ciudad.

Si afirmo que su superficie ocupa un cuadro de cincuenta kilómetros, posiblemente me quedo corto. Hablo, naturalmente, de lo que constituye el núcleo habitado, al margen de convencionales divisiones de índole administrativa. Los bonaerenses presumen, sospecho que con razón, de poseer la calle más larga del mundo y la avenida más ancha. Rivadavia es una vía de treinta y cinco kilómetros de longitud, y la anchura de la Avenida 9 de Julio se aproxima probablemente al medio kilómetro. Esta avenida representa una prueba de la pujanza porteña. Para su apertura fue necesario demoler manzanas enteras de casas; *cuadras*, como dicen aquí. Su aspecto, de día y de noche, con un incesante flujo de automóviles de diez o doce en fondo por cada mano, es realmente asombroso.

Una ciudad de estas dimensiones propende, naturalmente, al deslavazamiento. A Buenos Aires le falta el centro de gravedad; da la impresión de ser fruto de esfuerzos dispersos. La anatomía urbana denuncia ya la promiscuidad de razas, religiones e ideales que en ella se cobijan. Buenos Aires es un gigantesco crisol —más de cuatro millones, de los diecinueve que suma la población argentina, viven en la urbe— que no llega a fundir en una las diversas personalidades que la componen. Se echa en falta una conciencia colectiva. Las minorías étnicas infunden carácter a una calle o a un barrio, rara vez se funden o se confunden. No obstante, el ambiente es europeo: italiano o español. La influencia italiana se acusa, no ya en el acento del criollo, dulce y cadencioso, sino en la gastronomía y el comercio. El italiano ha conquistado Buenos Aires con sus tallarines y su *pizza*; la mayor parte de los restaurantes platenses están en sus manos. Nada digamos del barrio portuario de La Boca, con sus pintorescas casitas de lata verdes y rojas, ambiente que parece arrancado de una película de Vittorio de Sica.

En general, Buenos Aires es la urbe de los contrastes; su evolución es permanente. No ya en obras de embellecimiento, sino en obras que afectan a la estructura, a la entraña misma de la ciudad. El rascacielos Atlas, de cuarenta pisos, se alza rayano a unas modestas viviendas de tres o cuatro; en los barrios residenciales, de ostensible tono aristocrático, no faltan barracas de lata enclavadas entre dos sugestivos chalets.

La arquitectura urbana es rígida, árida, utilitaria; delata el carácter de las cosas hechas en serie. Las construcciones resultan impersonales. De otra parte, las fachadas están poco aseadas. Los porteños se duelen de que la suya sea una ciudad sin historia; efectivamente es así, pero, en cambio, no le faltan vejeces.

Todo esto podría inducir a alguno a formarse un concepto erróneo de esta ciudad. El escritor propende a definir las cosas por lo que cree que sobra y lo que le parece que falta; esto no es equitativo. La impresión general de Buenos Aires es la de una gran urbe, vigorosa y vital, potente y segura de sí misma, que adolece, sin embargo, de esa inarmonía peculiar en la edad del desarrollo. Buenos Aires, para entendernos, y aunque otra cosa parezca por su tamaño, está en la edad del pavo. Es una espectacular ciudad en período de transición.

La primera víctima

Una urbe de esta extensión no puede ser cómoda de vivir. Las distancias representan un inconveniente, únicamente soportable si se contase con

transportes adecuados. Pero esto de las deficiencias de los transportes urbanos parece ser hoy un mal endémico en el mundo. En Buenos Aires, el mal se hace particularmente sensible por sus distancias exageradas. Sus medios de transporte son incongruentes, bien por su poca calidad, bien por su insuficiente cantidad. Los tranvías, autobuses, trolebuses, microbuses, etc., son traqueteantes y destartalados. Hacen número, pero resultan saltarines y poco estéticos. La solución para el forastero en estas grandes ciudades suele ser el taxi. ¡Grave problema! Los taxis porteños no tienen paradas fijas; buscan y, sobre todo, son buscados. La superior demanda provoca una inevitable escasez. El Metro —aquí «Subterráneo»— es aséptico, estable y rápido, pero su red es muy restringida. El servicio, no obstante, es ultramoderno, con escaleras-ascensores mecánicas y entradas automáticas, previo depósito de dos monedas de veinte centavos en la correspondiente ranura. Es lástima que la ciudad no posea un entramado subterráneo más completo.

La única salida para el bonaerense es, pues, el coche propio. Son muchos los que se han decidido por ella, a pesar de que el automóvil aquí no es barato. Al europeo recién llegado le sorprende no tanto el número de automóviles como su tamaño. Al americano no le asustan los HP. Cadillac, Lincoln, Chevrolet, Studebaker, Ford son marcas habituales. La gasolina resulta, poco más o menos, a dos pesetas y pico. La proliferación del automóvil ha creado a la municipalidad un grave problema de tráfico, agravado por la angostura de las encrucijadas que ofrece la ciudad. Se han registrado algunos tímidos ensayos de organización, que pronto cayeron en olvido. El argentino, como el italiano y el español, es inconstante. Hoy, salvo algunos cruces estratégicos, vigilados por unos guardias sin prestancia, encaramados en un púlpito y con manguitos blancos hasta el codo, la circulación es anárquica. El peatón no tiene derechos. Se defiende por propia iniciativa. Buenos Aires es una mala ciudad para señoras gruesas, pero tampoco es buena para el automóvil; bien mirado, el automóvil es la primera víctima de ese tráfico caótico. En cuatro días he sido testigo de un atropello y dos encontronazos aparatosos. Una observación: el automovilista porteño soporta con estoicismo las abolladuras, sea o no culpable del topetazo. Jamás se irrita.

—Chocamos, no más.

—Cada uno lleve su parte de gastos si le parece.

—¡Macanudo!

—¡Buen día, pues!

—¡Hasta lueguito!

Y allí no ha pasado nada. Hay en todo esto una suerte de resignado fatalismo. De otra parte, el porteño es descuidado por naturaleza. Las aletas abolladas se arreglan luego o no se arreglan. El coche marcha y no hay por qué preocuparse. Sentado en un banco del parque de Palermo, me entretuve una mañana en contar los automóviles intactos que desfilaban ante mis ojos: siete entre ciento. Al español esta actitud le parecerá increíble. Posiblemente no exista otro país donde el automóvil se tenga en tan poco aprecio. Otro dato: el estacionamiento se efectúa en Buenos Aires sin dejar distancias, con lo que, cuando un coche queda emparedado, la salida natural es empujar hacia adelante o hacia atrás —donde la fila de vehículos ofrezca menor resistencia— hasta conseguir el hueco suficiente para despegar. A nadie se le ocurre protestar al ver que le arrastran su coche; en todo caso, tomará nota para en lo sucesivo no echar el freno.

Núcleo y periferia

Una consideración, siquiera sea superficial, de Buenos Aires obliga a desglosar el centro de los barrios residenciales. El centro de Buenos Aires es de una vitalidad estridente. Existe una curiosa semejanza entre sus calles, tanta que para el forastero que la visita por primera vez llega esto a constituir un problema. Maipú, Esmeralda, Florida, Paraguay, Montevideo, etc., son calles que no sólo obedecen a un trazado simétrico, sino que su angostura y efervescencia comercial son idénticas. Como existe incontestable semejanza entre Corrientes y la Avenida de Mayo. En éstas la animación se prolonga hasta la alta madrugada; en las demás, desaparece a las nueve de la noche. El argentino madruga.

Es curioso observar cómo una ciudad de la entidad de Buenos Aires tiene una calle Florida que equivale a la calle principal de cualquier capital de provincia española. Por ella no se pasa, sino que se pasea cansinamente, sin otro objeto que ver y dejarse ver, y, en su caso, curiosear algún escaparate. La calle es estrecha, vulgar, y el tráfico rodado está prohibido a ciertas horas. Eso sí, en Florida, lo mismo que en la densa red de calles céntricas, asombra al transeúnte la literatura publicitaria. He aquí un síntoma de la hoy buena salud económica del país. Buenos Aires lo anuncia todo. Un peatón no tiene tiempo de consumir la literatura publicitaria que le sale al paso; es algo indescriptible. Como norma general, en Europa, el rótulo comercial debe acreditarse con el establecimiento; en la Argentina son muchos los comerciantes que acreditan

el establecimiento con el rótulo comercial. He aquí un ejemplo: «Lo Bueno se escribe con “B” de Bateotti». En la Diagonal existe un establecimiento que repite este eslogan en cada una de sus ocho vitrinas. Uno, al llegar a la octava, no duda ya que Bateotti expenda los mejores géneros de Buenos Aires. La insistencia en el reclamo excita la persuasión. Los carteles, brazos, puentes publicitarios, dentro de un criterio ordenancista y equilibrado, constituyen el mejor elemento decorativo de una ciudad. Buenos Aires así lo ha entendido. La cantidad de anuncios callejeros es inenarrable, aunque responde siempre a una armonía. Asimismo, la publicidad en la prensa es fabulosa, de buen gusto y muy bien orientada. Este aluvión publicitario cobra vida en la noche, y los luminosos, con sus guiños y tonalidades cambiantes, prestan a la urbe una viva animación.

A ciertas horas se hace difícil transitar por el centro. La segunda víctima de la gran ciudad es el niño. Se ven pocos niños en Buenos Aires. Claro está que, en buena parte, a los argentinos se los fabrica fuera. De todos modos, los niños incrustados en el centro tienen pocas posibilidades de aire libre: ésta es la verdad. Ello no quiere decir que la ciudad carezca de parques. Las zonas verdes de Buenos Aires son una cosa muy seria. Pero me estoy extendiendo demasiado. Bastará decir que la hierba y los árboles —esos desmayados y atractivos sauces llorones que en Sudamérica brotan hasta de las piedras— constituyen un ornato natural que suaviza, unas veces, la rigidez arquitectónica y cubre, otras, la falta de pulcritud. En lo que se refiere a los niños, resulta evidente su desamparo. Esto justifica que los rincones verdes —un verde tierno y brillante, de primavera—, recoletos y minúsculos, como el de Eguía, estén animados a toda hora por una nutrida población infantil.

El desamparo de la infancia ha impulsado, asimismo, la formación de barrios residenciales en la periferia. Para mí, la periferia de Buenos Aires reúne más rango, mayor sugestión que el centro. Las grandes avenidas de las afueras son espléndidas; avenidas por las que los automóviles circulan a cien kilómetros a la hora sin ningún peligro. Flanqueando estas vías están los barrios residenciales: Martínez, San Isidro, San Fernando, sin solución de continuidad con el núcleo urbano. Aquí es donde Buenos Aires ha racionalizado la vida familiar: casas independientes con sus jardincillos restallantes en derredor. Son barrios de gente rica y, entre ellos, inmigrantes que montaron sus tiendecitas, primorosamente dispuestas, al amparo de esta expansión centrífuga. En ninguna parte de Buenos Aires faltan comercios. Y todos trabajan. Allá donde se alza una casa surge al día siguiente un comercio. No se puede vivir sin comprar: en Buenos Aires este postulado es un credo. El

dinero corre sin detenerse. Pues bien, en estas colonias la arquitectura ofrece más personalidad que en el centro. Hay numerosos hoteles de línea audaz e innegable seducción. El problema se reduce a armonizar en una pieza cobijo para una familia, un automóvil y un perro. Nunca en mi vida vi juntos tantos horribles perros de lujo como en Martínez. El verde fácil de la Argentina hace el resto.

Los pequeños comerciantes habitan el piso y tienen la tienda en la planta baja; como los maestros de los antiguos gremios. Cualquier día saltarán de ahí a la calle Florida, y otro, más o menos recién llegado, los sustituirá. Es aquí el proceso lógico. En estas zonas, en torno y dentro de estos barrios residenciales, se levantan docenas de canchas para tenis, fútbol, *hockey*, etc. He aquí otro aspecto bien atendido por la gran ciudad: la educación deportiva de la juventud.

CAPÍTULO III

Argentina sigue siendo el país de las oportunidades

El peronismo, como todos los sistemas políticos de nuevo cuño, inició la marcha prometiéndoselas muy felices. El gran peligro de los pueblos estriba en caer en manos de dirigentes que se consideren a sí mismos iluminados. Esto no es obstáculo para que Perón, en muchos aspectos, haya realizado una obra; una obra que perdurará. Lo peor, lo verdaderamente nefasto del sistema, ha sido su inconsecuencia. Perón comenzó su período coronando imágenes de vírgenes, subvencionando iglesias y conventos y haciendo reiteradas y ostentosas manifestaciones de fe católica. Lo está cerrando —esto nadie lo pone en duda— encarcelando a sacerdotes y levantando hermosos prostíbulos en los alrededores de Buenos Aires. Perón inició su etapa proclamando la autarquía frente a «la avidez insaciable de los Estados Unidos. —La está cerrando volviendo de nuevo los ojos a Eisenhower con mirada suplicante—: Sáqueme usted de este embrollo».

Hay quien dice en la Argentina que la actitud antirreligiosa del Gobierno no es más que un juego de distracción que el presidente realiza con la mano izquierda para que nadie advierta cómo su diestra hace carantoñas al Tío Sam. Es decir, muchos juzgan que las persecuciones, el divorcio, etc., son simples cortinas de humo para ocultar la reaproximación del régimen a Norteamérica. El argumento no es consistente, supuesto que por muy impopular que hiciese al peronismo esta claudicación, más impopular lo está haciendo la persecución sañuda y sistemática contra los católicos. A este respecto conviene observar que la única fuerza con que Perón contó en sus buenos tiempos, la clase obrera, la está perdiendo. El día 25 del pasado mayo los periódicos peronistas publicaban las fotografías de cuatro sacerdotes de la iglesia de la Milagrosa acusados de «complotar» contra el Gobierno de Perón. Más abajo completaban la información gráfica los grabados de diez o doce

«cómplices», cuatro de los cuales eran obreros. Esto es más significativo de lo que en realidad pudiera parecer a primera vista.

Otro signo negativo es el carácter ostentoso del justicialismo. Su fórmula, sin duda, no es original. El justicialismo adelanta las palabras a los hechos, cuando en una política medianamente discreta las palabras deben ir en pos de los hechos, o, mejor aún, no deben ir. Cada vez van sobrando más palabras en el mundo. Esto no reza con Sudamérica, que está viviendo una etapa de euforia verbal. La oratoria constituye aquí un auténtico vicio. En Santiago de Chile, durante una cena a la que asistí, se pronunciaron seis discursos, uno de ellos sobre la recuperación alemana y otro sobre el porvenir de la Marina mercante chilena. No necesito decir que las conferencias empezaron con el consomé. En Brasil, la gente se disputa la presidencia de ciertas asociaciones de ayuda mutua, no por el honor que el cargo comporta, sino porque el presidente, en las reuniones, disfruta del privilegio de hablar dos veces. Pues bien, este desbordamiento verbal, trasladado a la política, resulta de lo menos simpático. En la Argentina hablan los taxis, los tranvías, los escaparates de las tiendas y hasta las piedras de los Andes. Uno salva los Andes en el transandino y, cuando cree hallarse en plena soledad e imagina que jamás hombre alguno holló aquellas alturas, tropieza con un cartelón que le habla de las inestimables ventajas del justicialismo. Todo habla, vocea, en la Argentina: de Perón, de Evita, de los descamisados y de los planes quinquenales. Es igual; el caso es hablar, aunque, repito, la sugestión de las palabras ya no se produce. Tal verborrea ocasiona, sin duda, unos efectos contraproducentes. En política, entiendo yo, cuando verdaderamente se hace obra, el silencio redobla la eficacia.

Buena salud económica

Si no un elevado nivel de vida, sí se observa en Buenos Aires que Argentina es un país que económicamente va a más. Esto es un hecho palpable, no sólo en su efervescencia mercantil, sino en la incesante actividad del Río de la Plata y en los rebaños de vacas que pastan en sus praderas. El fenómeno de la inflación, que actualmente se advierte en casi toda la América del Sur sin una causa aparente, no se acusa, siquiera con la virulencia que en otros países, en Argentina. La moneda de este país no ha dejado de ser sólida; un peso todavía es dinero.

En las guerras y crisis económicas, los países que van mal son aquellos que esperan que otro les dé de comer. Quienes disponen de comida, aun sin

contar con una industria próspera, tienen casi todo resuelto. Argentina está en este caso. Aun en las peores circunstancias, malo será que el criollo no tenga un pedazo de pan y un buen bistec que llevarse a la boca. Esto quiere decir que Argentina, a pesar de todos los pesares, sigue siendo el país de las oportunidades. Calcúlense las posibilidades de un país cuya superficie es seis o siete veces la de España y cuya población no alcanza los veinte millones de habitantes. Esto crea una situación de anemia fácilmente comprensible.

Naturalmente, el remedio de este mal no será sino una simple cuestión de tiempo. El campo argentino en muchas de sus zonas está prácticamente virgen, y no olvidemos lo que el campo representa para estos países tocados por la gracia de la humedad. Los alemanes, que son gente seria y reflexiva, han reparado enseguida en el fenómeno. Las últimas inmigraciones se han localizado en el sur, donde han constituido importantes colonias agrícolas. En Buenos Aires he oído decir que si Hitler está vivo, su refugio no puede ser otro que la Tierra del Fuego. En todo caso es notorio que la campiña argentina está esperando una explotación racional e intensiva, que lógicamente traerá como consecuencia un mayor desarrollo de la industria. El que se comience por otro lado no quiere decir que se frustren las infinitas posibilidades de este país.

Argentina está llamada a ser una primera potencia. Se aducirá que la política puede dar al traste con estas esperanzas. No aludo a la política peronista, cuyos entresijos desconozco y cuya manifestación externa, al menos, es estimulante, sino a la política que pueda venir detrás. Yo estimo, sin embargo, que ningún régimen político, por mal orientado que esté, sería capaz de estrangular la euforia económica de este pueblo. El ideal, en estos países de desarrollo económico próspero, espontáneamente ordenado, sería que la política no intentase forzar o alterar los medios tradicionales de la producción; la política debería reducir su actuación a una labor de vigilancia; debería bailar al son que toque la economía, en la certeza de que la abundancia vendrá por añadidura. Así pues, la política podrá ser ocasión de estancamiento y retrocesos pasajeros que, como máximo, demoren su desarrollo, pero nunca será bastante para cohibirlo. Es lo mismo que si se pretendiera frenar el desarrollo de un muchacho sano embutiéndole en una camiseta estrecha.

La supuesta antipatía criolla

El criollo, lo mismo que el inmigrante, se da cuenta, apenas tiene uso de razón, de que en este país se pisa terreno firme; de que aquel que trabaja sale a flote tarde o temprano. Esta convicción tal vez le empuja a aislarse en su torre de marfil; el argentino se hace un poco insolidario. Esto suele suceder en todas partes donde se espera que el trabajo sea remunerado con liberalidad. En Argentina se echa en falta una comunidad ideológica. Perón se esfuerza en aunar impulsos mediante planes quinquenales, tratando de imbuir en su pueblo la conciencia de que todos vivirán con más desahogo cuanto mayor sea la masa de riqueza a repartir. Pero, por regla general, cada argentino busca la riqueza por su lado. El argentino ha descubierto que el comercio es un proceso y no un equilibrio administrativo; es decir, que el comercio debe dar para vivir y para ahorrar. Que es lógico, en suma, que el comerciante que trabaja comience en uno y, en un lapso de tiempo más o menos largo, concluya en cien. Esto constituye un gran aliciente, sin duda.

Tal cosa se hace posible en Argentina, donde la comida es fácil. En otras partes se trabaja para poder comer. En Argentina se come con la retribución de una pequeña parte del trabajo cotidiano; lo demás es disponible. El *bife*, las *papas* y el pan no le faltan a nadie; están al alcance de cualquiera. Lo malo es que la perspectiva de un rápido enriquecimiento se traduce en impaciencias y, en ocasiones, en malos modos. Pero esto es excepcional.

La prisa argentina ofrece manifestaciones singulares. Hay una prisa especial para circular, para comer, para divertirse. También los novios sienten prisa, y para ahorrarse la espera interminable de un día de bodas se casan, como norma general, a las nueve de la noche. Otro dato: la liquidación de existencias del comerciante porteño. La agonía de un establecimiento en liquidación en España suele ser larga y penosa. El comerciante argentino evita esta agonía apelando al *remate*. Yo me he asomado, por simple curiosidad, a varias de estas subastas y me asombró la rapidez con que las estanterías van quedándose vacías. Es el propio comprador quien determina el precio, y si no aparece otro enfrente que puje, pueden hacerse adquisiciones por un precio irrisorio.

La prisa genera, con frecuencia, antipatía. Unos buenos termómetros para medir la amabilidad de un país lo constituyen las ventanillas, los taxis y los restaurantes. Yo llegué a Buenos Aires prevenido contra la brusquedad de ciertas gentes, y después de vivir dos semanas en la ciudad y de pulsar las ventanillas, los taxis y los restaurantes, he de confesar que tal fenómeno me ha pasado inadvertido; es decir, que el pretendido desapego criollo no pasa de ser una afirmación gratuita. Esto es más de agradecer en un país donde todo el

mundo se considera viviendo en un régimen de provisionalidad, o sea que el camarero no piensa morir de camarero, el burócrata de burócrata, ni el taxista de taxista. Todos, con muy buen acuerdo, aspiran a progresar.

La vida fácil constituye ocasión de problemas no desdeñables. Tal, el del servicio doméstico. En Buenos Aires, únicamente los potentados pueden permitirse el lujo de una sirvienta; eso sí, con salarios de mil pesetas, salidas diarias y dos horas de siesta. Para la clase media esto es prohibitivo, y como de otra parte la técnica doméstica no está a la altura de la de los norteamericanos, no es extraño —a mí me ha ocurrido— que el invitado, al concluir de comer, tenga que lavar los platos.

Otro problema grave es el de la vivienda. El absentismo toma caracteres alarmantes en Argentina; la atracción de la capital sobre los campesinos aumenta cada día. Nada digamos de la inmigración. Todo esto se traduce en un formidable déficit de habitaciones y en una elevación descomedida de las rentas por este concepto. Por un chalet en un barrio residencial se pagan ocho y diez mil pesetas, y un modesto pisito de cuatro piezas y baños, en el centro, puede suponer un desembolso mensual de cuatro y aun cinco mil. No tiene nada de extraño, por otra parte, encontrar familias con hijos que hacen su vida en una sola habitación. Naturalmente, se trata de problemas surgidos al hilo de un fulminante desarrollo de la capital y que irán desapareciendo conforme Buenos Aires supere la etapa de transición que vive en el momento presente.

El tango, quintaesencia del país

Yo no sé si el espectáculo taurino o las bulerías representarán o no la esencia del pueblo ibérico. A uno le es difícil penetrar su propia esencia. Uno, incluso, no está seguro de acertar cuando afirma, por ejemplo, que la esencia del criollo radica en el tango. Por de pronto, el tango constituye una inclinación; mucho más, una debilidad del pueblo argentino. Uno, al hacer esta observación, tampoco elude la posibilidad de incurrir en tópico. Uno llegó aquí ignorante de todo, pero con los ojos abiertos y una no disimulada propensión al asombro.

Uno no vino, en suma, a descubrir nada, sino a constatar hechos, y uno de los que más le han sorprendido es esta identificación del pueblo criollo con el tango. El criollo es tierno, ingenuo, fácil de conmover; el criollo es dulce —«ahorita», «hasta lueguito, pues»— y con una innata propensión al desgarro y al sentimentalismo fácil; el criollo, tal vez por su juventud, aún no

tiene un gusto decantado; el criollo, en fin, posee un acento cadencioso y eufónico. ¿Qué otra cosa, por ventura, es el tango?

El tango sigue privando aquí lo mismo que hace treinta años y Carlos Gardel continúa siendo un símbolo popular. ¿Puede haber algo más significativo que el mausoleo de Gardel en el cementerio de la Chacarita? La tumba de Gardel provoca un incesante jubileo. La mañana —una como otra cualquiera— que se me ocurrió visitarla en compañía de unos amigos, dos mujeres lloraban al pie; las flores cubrían la lápida; flores frescas, recién cortadas. También la estatua del ídolo estaba adornada con flores. Luego, las placas de homenaje. Más de veinte placas de bronce revestían la piedra. Placas cuyo contenido, como nuevos tangos, ha sido arrancado del corazón. Veamos: «¡Carlos! Recuerdo de tu amigo el Chichita del Abasto de tu barrio querido». «¡Carlos, maestro *fuistes* de un arte / que nadie podrá igualar! / Del tango *sos* el baluarte/y hoy tu sepulcro es altar. *Azucena*». «Carlitos, en aquel triste 24 de junio *caístes* en la eternidad y se quemaron para siempre tus alitas en tu vuelo de zorzal incomparable; pero tu querido recuerdo y tu voz inmortal vivirán eternamente en el corazón de tus fervientes admiradoras. *Elvira y María Lidia*». ¡Tangos, tangos, tangos para el rey del tango! Hace veinte años que murió Gardel trágicamente en un accidente de aviación, pero su recuerdo permanece vivo como si hubiera sido ayer. Y constituye, repito, un símbolo nacional. Hugo del Carril, después; Enrique Campos, ahora, han tratado de llenar su hueco. Empeño vano. Como Gardel, ninguno.

CAPÍTULO IV

Un país que ha puesto puertas al campo

He recorrido en tren el trayecto Buenos Aires-Mendoza con el propósito de conocer el paisaje argentino. Con ello he disciplinado mi cuerpo, supuesto que una de las cosas detestables con que cuenta Argentina es el ferrocarril —al menos este ferrocarril—, anticuado, lento, sucio e incómodo. Los trenes de este país estuvieron en manos de una compañía inglesa hasta hace muy pocos años; ahora han sido nacionalizados. Es lástima, porque, de otra manera, a los argentinos siempre les quedaría el recurso de echarles la culpa a los ingleses. El hecho es que de Buenos Aires a Mendoza el tren invierte veinte horas, que, unidas a las dieciocho del Transandino hasta Santiago, hacen treinta y ocho horas, si no me equivoco en la suma. Bueno, no es que trate de hacer valer mi información. A fin de cuentas las incomodidades las doy por bien empleadas; el avión me hubiera escamoteado un paisaje que vale la pena verlo aun a cuenta de algunas molestias.

El campo argentino constituye una de las muchas sorpresas americanas. En España solemos emplear como una ironía la frase de que «Fulano le puso puertas al campo». Este dicho aquí no tiene gracia ninguna, ya que todos los terratenientes argentinos le han puesto puertas al suyo; no existe un solo fundo en el país que no disponga de su correspondiente cercado. El tren avanza siempre entre dos alambradas; son gigantescos campos de concentración de vacas. Esta obra de titanes le deja a uno perplejo si considera la despoblación casi absoluta del agro. El tren salva centenares de kilómetros sin detenerse, sin atravesar el más modesto poblado. Tan sólo, de tiempo en tiempo, asoma tímidamente alguna granja, por llamar a estas deleznables construcciones de alguna manera; en realidad, no pasan de ser chabolas de una elementalidad primaria. Es obvio que esas ingentes manadas de vacas que pastan pacíficamente en la pradera están al cuidado de estos campesinos, cuyas vidas carecen de la menor confortabilidad.

La vaca: he aquí el verdadero protagonista del campo argentino. Las vacas de la Pampa no deberían contarse por cabezas, sino por hectáreas. Las hay de todas las razas y pelajes, y ante su abundancia se convence uno de que este país, aun tumbándose a la bartola, no pasaría hambre en mucho tiempo.

Nutridos rebaños de vacas llenan el paisaje por todas partes. Al viajero le asombra el régimen de libertad de estas reses. Para la vaca criolla no existe el justicialismo.

El tren recorre decenas y aun centenares de kilómetros sin detenerse. De vez en cuando surgen algunas poblaciones de pequeña entidad en el trayecto; poblaciones poco densas y diseminadas: Mercedes, Junín, Alberdi, Rufino, Mackenna, Sampacho, etc. Todas ellas, a excepción de las dos primeras, viven exclusivamente del ganado. (Mercedes tiene su poquito de historia, además; Junín, alguna industria, y a juzgar por el entramado de raíles, una prioridad ferroviaria). En cualquier caso, un viajero sordomudo no se enteraría de que salva cuatro fronteras provinciales; hasta tal punto la topografía es uniforme y engañosa. Salvo algunos sembrados de maíz, trigo y girasol —«maravilla», dicen los chilenos—, todo lo demás son pastos. A la altura de Santa Fe, el paisaje aporta algún nuevo elemento: bandos inmensos de garzas rosadas, queltegues y patos silvestres retozan en las charcas, y alguna que otra liebre, grandotas como perros, se arrancan al silbido del tren. Fuera de esto, la vaca, con el abejaruco a su lomo, desinsectándola, es el único ornato vivo de la llanura verde, sin fin.

El verde pañuelo

Yo recuerdo una canción de mi infancia que comparaba la pampa con un verde pañuelo. Al margen de la idea de tamaño reducido que el pañuelo inspira, la imagen es sugerente y certera. La llanura termina por lastimar los ojos; una llanura de bordes dilatados hasta el infinito, de una agobiadora monotonía vegetal. No puede hablarse, porque no existe, de una gama de verdes; es un único verde, persistente, inalterable. Para un español, para quien lo verde está relacionado con la zona montuosa del norte de la Península, la pampa, o lo que esto sea, constituye un espectáculo nunca visto; es algo así como una Montaña planchada a fondo y multiplicada por cien. En todo el espacio que la vista abarca durante diez horas de camino, hasta que cae la noche, no se divisa loma, cota, monte ni la más mínima arruga. Los árboles son escasos. La línea del horizonte, como en el mar, es el confín natural de la convexidad de la Tierra. Un campo de fútbol sin fronteras: he aquí la idea que inspira la campiña argentina. Al cabo, se echa la noche, uno se va a dormir y cuando le avisan, a una hora de Mendoza, el panorama ha cambiado: las praderas son ahora vides. Al fondo, las líneas azules de los Andes. Estamos en pleno foco vitivinícola argentino. Mendoza es la ciudad del vino —vinos

de tono medio, muy abundantes; la bodega del país—. Desde el tren, en las primeras horas de la mañana, Mendoza, pese a sus trescientos y pico mil habitantes y a sus millones de barricas, aparenta una ciudad modesta, sobria y laboriosa. ¡Vaya usted a saber! En la misma estación, una cartela anuncia un hotel garantizado contra seísmos y con baños individuales. (San Juan, la ciudad destruida hace cinco o seis años por un terremoto, queda ahí, a la mano; según se sale a la derecha). Uno pisa la tierra con infinitas precauciones; con miedo de despertarla.

Allá en Europa

En Buenos Aires y Mendoza, en la ciudad y en el campo, en avión y en tren, topa el viajero con argentinos que nacieron en Europa o con europeos que residen hace muchos años en Argentina. Hay españoles e italianos especialmente y, luego, alemanes, ingleses, franceses, rusos, turcos, griegos, polacos, finlandeses y lituanos. (Tengo entendido que los lituanos establecidos en Buenos Aires llegan a veinte mil). Resulta conmovedor ver cómo estas minorías se agrupan movidas por un instinto de conservación de formas de vida, ideales y costumbres. Procuran darse calor como las gallinas. Algunas minorías, como las de españoles e italianos, son francas mayorías; puede que entre ambos rebasen el medio millón, solamente en Buenos Aires. Para estos inmigrantes, el sentimiento común es la nostalgia; una nostalgia viva, caliente, que a veces ofrece formas desbordadas; una nostalgia hecha de emociones diversas, pero que a la hora de manifestarse se concreta en un prurito de superioridad que con justo motivo irrita a los criollos. Evidentemente ésta es una modalidad de ingratitud para con un país que no sólo les acogió, sino que les dio de comer y, con frecuencia, les hizo ricos.

Es inútil tratar de llevar la conversación a un terreno determinado, siempre el diálogo con el inmigrante irá a parar a que «allá, en Europa, la carne será peor, pero tiene otro gusto». Esta reacción no deja de ser una puerilidad y demuestra hasta qué punto el tiempo y la distancia depuran el objeto amado hasta convertirlo en un dechado de perfecciones. Esta inclinación nostálgica, que yo aplaudo en lo que representa de persistencia de un sentimiento nacional insobornable, se da con mayor virulencia en los viejos que en los jóvenes; en aquéllos adopta con frecuencia expresiones de una blandura enfermiza. En resumen, el país se les dio propicio y generoso, pero ellos no se entregaron jamás al país.

La historia, la cultura, es otro tópico. Es divertido observar cómo el europeo que abandonó la cultura por la plata se olvida de la plata cuando le sobra y añora la cultura, representada por la torre de la iglesia de su pueblo. Nada de esto justifica, creo yo, tales movimientos de ingratitud. En cierto modo, un hombre no debería tener derecho a vanagloriarse de la historia de su país sino en la medida que cooperó a crearla. Mirar por encima del hombro al hijo de la tierra que pisa, que le ayudó en los momentos difíciles, no es propio de seres racionales. Todo lo que el inmigrante, de ordinario laborioso y tenaz, favorece el desarrollo económico del país que le adoptó con su impulso de naturaleza variadísima, frena con su actitud de reticencia o reserva espiritual la formación de una conciencia nacional estable y sólida. Para los gobernantes de los países sudamericanos este hecho constituye un serio problema de cuya importancia no sé si tendrán plena conciencia.

CAPÍTULO V

El gigantesco espectáculo de los Andes

El viajero viene ya preparado para la sorpresa vertical de los Andes, de tal manera que ésta apenas si se produce y, en cambio, queda perplejo ante su grandiosidad horizontal. La cordillera resulta fabulosa a lo alto y a lo ancho. En franquear sus doscientos kilómetros de espesor, el tren invierte dieciséis horas, índice elocuente de la dificultad del recorrido.

El trazado es peliagudo. En diversos momentos se ha de recurrir a la cremallera como único procedimiento de contrarrestar la pendiente, lo que no evita el jadeo de la locomotora, su respiración acongojada, agónica; hay tramos en que uno piensa fundadamente que no tendrá más remedio que desistir. El tren camina al paso y el viajero puede apearse tranquilamente a tomar una fotografía y volver a subir sin mayor esfuerzo, ello a pesar de que la vía aprovecha la quebrada del río Mendoza, a cuyo amparo caminan raíles y carretera; una carretera, pavimentada únicamente en el primer tramo, de una angostura y una sinuosidad delirantes.

Tengamos en cuenta que en millares de kilómetros estas dos vías inseparables constituyen las únicas comunicaciones terrestres entre Chile y Argentina. No obstante, en el trayecto apenas si hemos encontrado algún automóvil; dos, recuerdo, para ser exacto. Para salvar los Andes en automóvil se precisa intrepidez, no tanto por el mareante zigzagueo sobre el abismo cuanto por el riesgo que comporta la *puna* o mal de montaña. A determinadas alturas, el corazón se acelera, los miembros se enervan, se empaña la vista y la voluntad no sirve de nada. Esto, unido a la deficiente carburación de los motores, hace que atravesar los Andes en coche siga siendo, a pesar del progreso, una aventura. En más de una ocasión el automovilista que lo intentaba pagó su audacia con la vida. La *puna* paraliza la acción; la niebla y el *puelche* —viento helado que en la noche bate la cordillera— hacen el resto. El embajador de España en Santiago, señor Doussinague, me hablaba de los esqueletos de indios descubiertos por los colonizadores en algunos pasos: de pie, erguidos, levemente recostados sobre la roca. La *puna* y el *puelche*, de común acuerdo, los exterminaron.

De todos modos, para el viajero del transandino, la vecindad del río y la carretera constituyen un alivio en la desolación. Ambos representan la constancia de una civilización próxima; la evidencia de que los Andes, ante cuya arrogancia uno se siente empequeñecido, no pasan de ser una circunstancia transitoria.

El trayecto

El tren se mete de bruces en la cordillera. Entrando por Mendoza no existen estribaciones preparatorias. Tras las Termas de Cacheuta, cuyos bosques de chopos y sauces dulcifican un tanto la adusta topografía, el viajero pierde contacto con la vida vegetal. El cambio resulta brusco, desabrido. Si se penetra desde Chile, por El Arrayán, el proceso de eliminación vegetal es paulatino; las estribaciones andinas son allí pintorescas. Aquí no. El pueblo de Potrerillos es ya un desierto; la vegetación rala: altamizas, espinos, chaparros polvorientos. La orografía comienza a adensarse. Son crestas altivas, feroces, enlazadas en cadenas interminables, superpuestas en la perspectiva hasta el infinito. Al fondo, las cumbres están nevadas. En torno hay un silencio enrarecido, de día del fin del mundo. La soledad es obsesiva. Tan sólo el cóndor, con su calva siniestra y su collarón albo, evolucionando en la altura, anima el paisaje. Resulta sorprendente la facultad de comunicación de estas aves, de tres y hasta cuatro metros de envergadura. En Farellones he visto reunirse en medio minuto diez o doce de estas rapaces, sin duda ante la perspectiva de una res muerta. A través de los Andes no las he visto sino aisladas. En las proximidades de algún poblado aparecen el azor y el jote, también rapaz autóctona, aunque más modesta, de pechuga blanca y timoneras en abanico.

En Uspallata la cordillera se torna especialmente agreste. Sobre los picos inmediatos al ferrocarril no hay nieve; ofrecen descarnadas sus moles colosales, de un polimorfismo caprichoso. El deshielo ha socavado en las vertientes unas cárcavas casi simétricas que el sol hace ostensibles. Las cumbres son ya de roca viva, de una tonalidad ocre alucinante. El tren avanza por un desfiladero abrumador. Más allá del pueblo los montes se abren en un valle ralo, pedregroso, surcado en su mitad por el río Mendoza en estiaje. No he visto nunca un río como éste, de riberas tan desnudas de vegetación, tan agrias e inhóspitas.

La pendiente aumenta a pesar de que el tren faldea la montaña. Tan es así, que en Polvaredas hay que desdoblarle: dos coches se van y dos quedan.

Luego nos reuniremos todos en Villa Eva Perón —un minúsculo e insospechado prodigio de civilización confortable—, ya con los Andes coronados. En la estación, un monolito, homenaje al general San Martín: «Los niños de la escuela imitaremos tu ejemplo». ¿Qué niños y qué escuela? A uno le sorprende, de pronto, la presencia de dos criaturas en el andén. Sus facciones denuncian su ascendencia araucana; son indios casi perfectos. Más tarde, el viajero se familiarizará con la expresión de esos ojos. Hacia el norte, en la zona de Mulas Muertas y Paso Come-Caballos, aún viven quechuas en pequeñas chozas colgadas del abismo. Las llamas y las alpacas pastan allí libremente; es una estampa casi prehistórica. Nada digamos del sector de Temu-co, al sur, último reducto de la araucanía, donde millares de indios habitan en comunidad, conservando su idioma y sus costumbres.

La ascensión se hace cada vez más penosa. A tres mil metros, en Puente del Inca, brotan como por ensalmo unos húmedos valles donde pacen algunas vacas. A la izquierda quedan las famosas termas; a la derecha, al fin, el Aconcagua, el coloso: una masa mineral abrumadora. El sol, en su oblicuidad vespertina, arranca de las vertientes heladas unos fulgores rutilantes. El Aconcagua no surge ante el viajero en primer plano sino detrás de un abrupto anfiteatro; como decorado de la decoración; ello sirve para comunicarle una idea más exacta de su magnitud. La nieve, en la cumbre angulosa y hosca, le imprime una consistencia vítrea. En torno, donde la luz no alcanza, docenas de crestas negras, dentadas, se trenzan en un entramado gigantesco. En este punto, los Andes se hacen verdaderamente complejos; hasta aquí hubo un cierto sistema, a la manera de un orden natural que se quiebra de improviso.

Las montañas se apelotonan a partir de Puente del Inca; se arraciman formando ingentes conglomerados. Los contrastes de luz imprimen al paisaje una majestuosidad indescriptible. Los rosarios de montañas se separan por lóbregas barrancas, surcadas por riachuelos saltarines, como el Picheuta, afluentes del Mendoza. De las cumbres oscuras nacen pequeños torrentes resplandecientes en el crepúsculo. Y ya, hasta que la noche llega, la cordillera no cesa de ofrecer sus perfiles más fragorosos y salvajes. El tren se descuelga como un juguete por pendientes aterradoras; anda y desanda; teje y desteje, siempre en loco descenso. Hay que bajar por las bravas. La cómoda vecindad del Mendoza ya no existe.

Aún resta luz para divisar el «Bienvenido a Chile» del límite fronterizo y el pintoresco paraje de Portillo, donde la vía del ferrocarril flanquea la Laguna del Inca, cercada por el bastión andino: unos riscos bravios que en este punto

adoptan, con bastante fidelidad, las facciones de un araucano agonizante con el rostro vuelto hacia el cielo.

La espina dorsal de una geografía

De Buenos Aires a Santiago de Chile hay una distancia algo superior a los mil kilómetros, poca cosa al lado de los diez mil que puedan separar Madrid de la capital argentina. No obstante, uno en Buenos Aires, o en Montevideo, no se siente alejado de su tierra. Intuye vagamente que en la otra ribera del charco está Europa. Esta sensación de proximidad geográfica —la proximidad cordial ya es otra cosa— desaparece tan pronto uno franquea los Andes. Súbitamente el viajero se encuentra aislado y como en otro mundo. La muralla de los Andes representa una frontera física que tiene, sin embargo, una agobiadora repercusión moral. Es algo así como sentirse en la luna, alejado y protegido del resto del mundo. Los Andes comunican al observador una despiadada y, al propio tiempo, confortadora impresión de inexpugnabilidad.

Los Andes articulan la geografía chilena; recorren el país de norte a sur imprimiéndole una peculiar fisonomía. Esto no quiere decir que la cordillera ofrezca unas características uniformes. De punta a punta, los Andes adoptan una estructura polimorfa. En general podemos decir que la cordillera se va ablandando, se humaniza conforme se aproxima a la región de las lluvias, es decir, al sur. En el norte brinda sus perfiles más adustos y desabridos. Al fin y al cabo, aquí es la tapia del desierto y, a la vez, no es sino una prolongación rugosa de aquél. Los picos andinos en este sector son hoscos y acedos. Apenas admiten la vida si no es en las márgenes de alguna torrentera.

Frente a Santiago están las formas más desarrolladas de la cordillera. Su proximidad sobrecoge. La mirada del visitante topa con los Andes en cada esquina de la ciudad. Su presencia es permanente, lo que no se debe interpretar en el sentido de que los Andes, frente a Santiago, sean un espectáculo monótono. Las condiciones de luz, la hora, la bruma otoñal, la luna, las lluvias, las nieves someten a la ingente mole a una sucesión incesante de transformaciones. Hay veces en que la cordillera sonríe y atrae; otras en que frunce el ceño y uno no tiene otra salida que volverle la espalda; literalmente atemoriza. De ordinario, al caer el sol, los Andes adoptan una tonalidad rosada perfectamente engañosa.

Conforme se extiende hacia el sur, la cordillera, repito, se humaniza; se va disolviendo incesante, pero imperceptiblemente, como un azucarillo. Los

Andes se ablandan y adoptan unas proporciones más comprensibles. Al propio tiempo la cordillera se disgrega, pierde complejidad. Pasa de ser una naturaleza fragorosa, casi espeluznante, a una estampa bucólica. En el sur, los Andes, por encima de una misión fronteriza, tienen una misión ornamental. En la zona de los lagos, los Andes asumen una caprichosa configuración volcánica. Son muchos los volcanes en este sector y la mayoría se yerguen en las riberas de los lagos. El espectáculo no puede ser más fascinante. Puerto Varas, Puerto Montt, Temuco, Osorno son pequeñas ciudades sureñas que por no tener nada en comúncon Santiago no tienen ni su aparatoso fondo andino.

En cualquier caso, los Andes imprimen carácter al país. Uno puede moverse de acá para allá, trocar unas por otras las peculiaridades inmediatas de la topografía, ver cómo cambian los tipos y las costumbres, pero no podrá librarse, por más que lo desee, de la celosa vigilancia de los Andes en una y otra forma. La cordillera es una constante geografía; la espina dorsal del país.

A tres mil metros

De Santiago a los Andes no hay más que un paseo. Los santiaguinos suelen aprovechar la cordillera para respirar cuando hace bueno y para esquiar cuando hace malo. Ésta es la razón del pueblecito de Farellones, a casi tres mil metros de altura, donde las casas no son tales, sino refugios; minúsculos refugios de roca y madera y tejados de latón con piedras encima para que el *puelche* no se los lleve. Yo he subido a Farellones invitado por dos buenos amigos, Manuel Gutiérrez Lea, director del Instituto de Cultura Hispánica de Santiago, y Eduardo Toda Oliva, agregado cultural de la Embajada de España, y en compañía del niño Rafael Eyzaguirre, un excelentísimo cocinero. La experiencia bien vale la pena, ya que es ésta la única posibilidad de que el visitante se familiarice con la cordillera.

Después de pasar tres días en un refugio cuyo mirador de cristales se abre al abismo, los Andes se entregan un poco; dejan de ser una realidad hermética y fabulosa, un mítico nido de pumas y cóndores, para convertirse en un espectáculo «habitable». No hablemos del acceso, una carretera de tres metros de anchura que, a partir del Arrayán —base de las primeras estribaciones— no está pavimentada. En sólo veintitantos kilómetros existen treinta y ocho curvas, meticulosamente numeradas, tan ceñidas que el *jeep* en que viajamos ha de maniobrar en cuatro o cinco de ellas. El precipicio se abre abajo; por su fondo discurre laboriosamente el río Mapocho. Desde la altura, la carretera serpenteante semeja una senda de cabras excavada en la ladera.

El panorama desde Farellones es de un pintoresquismo exacerbado. Los abetos, arrayanes —mirto chileno—, faitenes, eucaliptos —*oicaliptos*, dicen pomposamente los alemanes—, chopos, tunas, sauces llorones constituyen en ciertos sectores una muralla de densidad inextricable. A medida que la altura aumenta, la vida vegetal languidece. Caso curioso, el cactos, planta propia de climas cálidos, es uno de los elementos decorativos que más obstinadamente se mantiene. Otro superviviente es la ñipa, cuyo aroma penetrante se va desvaneciendo a medida que uno se aproxima a la planta que lo exhala. En torno a los refugios hay ya nieve; una nieve deleznable, de principios de otoño y que a medida que el sol se eleva se va fundiendo. Desde el mirador el espectáculo es inenarrable. Una cadena de picachos de una nomenclatura impropia por demasiado tierna —Paloma, Abanico, Altar, Parva, Colorado, Plomo— festonea el cielo azul. (Del Plomo bajaron hace unos meses la momia de un niño indio que, según he oído aquí, sangraba por las orejas en el descenso). Es una combinación orogràfica maravillosa; un prodigio de formas, de luz y de color. Uno contempla el paisaje con ojos nuevos; con mirada de Dios. El silencio es macizo, sólo quebrado por la nieve al fundirse en el tejado de latón y el crepitar de los leños en la chimenea. Entre los riscos vuelan reposadamente cóndores, tiuques y jotes. Menos susceptibles, las diucas y las tórtolas andinas se aproximan a la distancia de un tiro de piedra. El sol va determinando un *crescendo* espectacular que culmina en el momento de la despedida. La puesta del sol en Farellones se contempla de espalda; no es el sol, sino su efecto sobre la montaña lo que importa. El refulgir de los picos nevados en duro contraste con las concavidades sombrías de las quebradas, los matices sutilísimos de la transición crepuscular, la abrumadora altivez de la corona de montañas que nos circunda y que lenta, progresivamente, va ensombreciéndose constituyen otros tantos prodigios que sólo pueden gozarse en una puesta de sol a tres mil metros de altura, en pleno corazón de los Andes.

CAPÍTULO VI

La superficie de Chile es alargada… e inestable

Chile es un país que, como corresponde a su ascendencia araucana, ha colocado sus provincias en fila india. Podría decirse de Chile que es un país tan estrecho, tan estrecho, que no tiene más que norte y sur. Nordistas y sureños convergen en Santiago y son dos temperamentos tallados por dos opuestas formas de vida: el desierto, la mina, arriba; la agricultura y la ganadería, al sur. Entre norte y sur existen, como es de ley, sus diferencias; entre este y oeste no caben diferencias; se caerían al mar.

En España es frecuente designar una cosa extensa o una espera prolongada con frases como «más larga que la Cuaresma» o «más largo que un día sin pan», pero nunca oí decir a nadie de algo que fuese más largo que Chile, siendo así que Chile es incontestablemente más largo que la Cuaresma y más largo que un día sin pan. Chile es una especie de rebaba occidental del continente sudamericano. Sólo de verlo en el mapa y pensar que uno ha de ponerse de pie «ahí» es suficiente para sentir vértigo. Para concretar, Chile mide de norte a sur más de cuatro mil kilómetros; de este a oeste tiene zonas que, como la de Illapel, apenas si llegan a los cien; en todo caso, la zona más ancha está en Mejillones y no sobrepasa los trescientos. Uno se asoma al balcón en Santiago y divisa los Andes de un lado y del otro la cordillera de la costa; es decir, sus ojos abarcan la cintura del país. Si la contemplación de ambas márgenes se hace insistente, uno experimentará la sensación de que abriendo los brazos podría interrumpir la circulación entre norte y sur; sin duda, se trata de una pueril sensación de poder que, sin embargo, no puede experimentarse en ningún otro lugar de la Tierra. Chile tiene una silueta perfectamente original.

De lo antedicho se deduce que este país es un enorme emparedado. La faja central está preservada por la cordillera de los Andes, al este, y la de la Costa, a occidente. Santiago está en el jamón. Santiago tiene cerca de dos millones de habitantes; el resto, hasta seis, se dispersa por un territorio cuya extensión es vez y media la de España. Esto quiere decir que Chile es un país que está pidiendo a voces un premio a la natalidad. Chile, tal vez en mayor medida que Argentina, padece una monstruosa macrocefalia.

Para uno, modesto escritor y como tal de una ignorancia enciclopédica, Chile, en la perspectiva, era poco más que los nitratos, el bombardeo de Valparaíso y *La Araucana*, al alcance de los niños. Basta asomarse aquí para que uno advierta la injusticia de tan somero concepto. Chile es un país que humana y geográficamente encierra un enorme interés. De todo cuanto nos atraiga o sorprenda iremos hablando poco a poco. De momento importa conocer que *Chilli*, en idioma aymará, significa ‘donde acaba la Tierra’, y no deja de ser emocionante esto de sentarse uno a la máquina en el extremo del mundo.

Una inquieta geografía

Dice Benjamín Subercaseaux: «En Chile hay algo eterno e inmutable y es su geografía». Desde luego, la geografía de Chile, aun antes de recorrer el país, puede asegurarse que es única en el mundo. Sin embargo, si consideramos que en tan sólo dos semanas el viajero ha sentido temblar la tierra por tres veces debajo de sus pies, la afirmación de que la geografía chilena sea algo eterno e inmutable se nos antoja demasiado optimista, siquiera uno haga votos porque así suceda.

Hoy por hoy, Chile constituye un muestrario geográfico de primerísima calidad. En nuestro país los maestros de párvulos suelen encontrar alguna resistencia al tratar de inculcar a sus alumnos los conceptos de volcán, cordillera, lago, golfo, istmo y península. Aquí, en Chile, los maestros pueden optar por desarrollar un curso práctico; no tienen sino que asomarse a la ventana con un puntero e ir señalando: «Eso es un volcán, y se llama Villarrica»; «eso es un desierto, y se llama Atacama»; «eso es un lago, y se llama Llanquihue»; «ése es el segundo pico del mundo, y se llama Aconcagua»; y así sucesivamente. El país reúne volcanes, lagos, canales, cabos, estrechos, golfos, penínsulas para dar y tomar. Sus contrastes geográficos son asombrosos: frente al Aconcagua, con sus siete mil metros de altura, está la sima de Taltal, en el Pacífico, con profundidades de siete mil quinientos. Chile, repito, tiene de todo. Incluso los maestros, con un poco de paciencia, podrán recabar la atención de los pequeños, aguardar un ratito y al cabo explicar: «Y ese crujido siniestro, hijos míos, acompañado de movimiento de vaivén, es un seísmo; eso que los ignorantes llaman terremoto».

El «sismo» y el terremoto

El terremoto, he aquí una característica chilena que en cierto modo da fisonomía al país. El terremoto resulta tan familiar a los chilenos como a los españoles la pertinaz sequía. Antes de arribar aquí, uno entendía que sus informadores exageraban. Ahora puede confirmar que no, que la tierra tiembla en esta zona a razón de media docena de veces por mes; cuando menos, en los últimos quince días, Santiago ha temblado tres veces, siquiera en formas muy diversas. Nada digamos del resto del país. Los sismógrafos oficiales registran trescientos temblores anuales por término medio. Esto explica que cada chileno sea ya un profesor en la materia. El chileno empieza por distinguir entre seísmo —*sismo*, dicen aquí—, que es el simple temblor, y terremoto, que es cuando la tierra se abre, se hunden las casas y todo se lo lleva la trampa; el chileno le hablará a usted de grados de la escala chilena y grados de la escala internacional; le señalará las épocas propicias y las épocas menos propicias; le aconsejará qué debe hacerse en caso de terremoto e incluso qué procedimientos caben para dar mayor estabilidad a la vivienda que edifica. El chileno, incluso el más mísero e ignorante, sabe más de terremotos que cualquiera de nosotros. A los *sismos* los desprecia.

—¿Sintió el terremoto de anoche? —pregunta uno con la mayor candidez.

—¿Terremoto, patrón?

—Bueno, *sismo*.

—Dejémoslo no más; fue un *temblorsito* de mierda.

El chileno sonríe cuando uno, ingenuamente, habla de terremotos. Los terremotos, afortunadamente, no menudean. En 1906 Valparaíso quedó literalmente convertida en escombros. El último importante asoló, en 1938, la zona de Chillán y Concepción y ocasionó cerca de cuarenta mil víctimas. Mas aquí nadie piensa que estas cosas puedan repetirse, a pesar de que la tierra cambia de postura cada noche. La tranquilidad del chileno es algo inimaginable. Hace apenas una semana, el mar se introdujo más de doscientos metros en una extensa zona del norte del país y el sismógrafo cantó un tercer grado, que es algo así como los treinta y ocho de fiebre, no demasiado, pero sí suficiente para alarmar. Pues bien, el hecho no causó la menor sensación. Aquí se dice que terremoto llama a terremoto lo mismo que dinero llama a dinero; es decir, que no hay uno sin dos, lo que no impide que cuando la tierra se mueve en la noche y sorprende al chileno acostado del lado izquierdo, el siguiente temblor le encuentra, como máximo, tendido del lado derecho. Para

el chileno, repito, el no pisar tierra firme no constituye el menor motivo de preocupación.

Estado de alarma

Esto no quita para que un español, habituado a la estabilidad, se encuentre en este país en perpetuo estado de alarma. La trepidación de un tranvía o el redoble de un tambor son bastante para ponerle en guardia, con mayor motivo si tenemos en cuenta que los seísmos adoptan aquí las más variadas formas de exteriorización que puedan imaginarse; los hay prolongados e instantáneos, continuos e intermitentes, bruscos y suaves, con ruido y sin ruido. De los tres temblores acusados por mi sismógrafo particular, uno se manifestó en el tintineo de los trastos de afeitar sobre el cristal de la repisa, el penduleo de la lámpara y un misterioso abrirse y cerrarse de las puertas del armario. El segundo, en la forma que los santiaguinos denominan *hipo*, es decir, una sola contracción violenta, como un trallazo seco e instantáneo, que es algo así como si la tierra toda se desplomase un tramo de escalera de golpe y porrazo. El tercero y último resultó el menos violento de los tres, aunque tal vez el más desagradable: uno se sentía a merced de un vaivén pausado y mareante que le hacía creerse borracho en plena cabal lucidez. En suma, Chile puede jactarse, entre otras cosas, de poder despachar seísmos a gusto del consumidor.

Todo esto tiene una traducción en la fisonomía del país; salvo el centro vital de Santiago, Valparaíso y Concepción, Chile es un país de casas de un solo piso. En la edificación de las de mayor altura se adoptan una serie de medidas de seguridad, como la cimentación profunda, una pestaña en los cuatro costados, el encadenamiento de vigas de hierro y la utilización de una rejilla también de hierro entre piso y piso; o sea, las casas son una especie de jaula férrea revestida de cemento; el ladrillo apenas se utiliza. El bloque alcanza así un cierto grado de elasticidad que va en aumento de abajo arriba. Estas edificaciones, por regla general, evidencian una rigidez de fortaleza, ajena a toda preocupación estética.

CAPÍTULO VII

Santiago: el decorado se traga la obra

A Santiago le ocurre un poco lo que a esas comedias mediocres bien presentadas; a la obra se la come el decorado. En la capital de Chile la decoración es tan importante que sería preciso haber edificado una ciudad excepcionalmente vistosa para evitar ser eclipsada. Y Santiago no es una ciudad vistosa, siquiera sea una ciudad alegre y grata de vivir. Aquí sucede, aunque en otro grado, lo mismo que en Río de Janeiro: la competencia de la Naturaleza es irresistible; los Andes se alzan apenas a quince o veinte kilómetros, y al fondo de la Alameda O'Higgins y de todo el juego de calles paralelas, las volubles cumbres nevadas de la cordillera constituyen una escenografía deslumbrante. Asimismo, los cerros de San Cristóbal y Santa Lucía, incrustados en el corazón de la ciudad, aparte de ofrecer unos puntos de observación estratégicos desde los cuales Santiago adquiere una perspectiva de maqueta animada, son otros tantos elementos decorativos espontáneos que superan con mucho a los manufacturados. Esto no quiere decir que la fronda, como en Río de Janeiro o Buenos Aires, sea aquí un factor ornamental infalible, supuesto que los parques de Santiago, a excepción del Jardín Japonés, están dolorosamente abandonados. Los únicos céspedes mimados que he visto han sido el del cerro de San Cristóbal y el del Cementerio general, además, naturalmente, del de los estadios y residencias de la periferia.

Por lo demás, la ciudad, como complejo arquitectónico, no es hermosa y ofrece unos contrastes extremosos. Fuera del centro, desde la calle de Morandé a Mac Iver, en el tramo comprendido entre la Alameda y el río Mapocho, Santiago es una ciudad de dos pisos, y en los sectores extremos de uno sólo. La fisonomía de la ciudad viene dictada por su enclave en una zona sísmica. Las edificaciones centrales, de ocho a quince pisos, son fortalezas de hierro —*fierro* para los chilenos— y cemento, capaces de resistir un terremoto del grado nueve. Son, en general, edificios cuadrados y simétricos de una rigidez funcional. A la Plaza de la Constitución la denominan los santiaguinos Plaza del Cemento. En los barrios populares, donde no es posible, por demasiado gravoso, edificar con tantas garantías, la defensa

contra el terremoto se procura construyendo viviendas de uno o dos pisos. Santiago cuenta con calles de varios kilómetros, flanqueadas por casitas insignificantes, pero cuyas calzadas resultan de una anchura doble o triple que la de un barrio populoso de cualquier ciudad europea. Esto trae como consecuencia que Santiago ocupe una extensión tres o cuatro veces mayor que la de Madrid, aun siendo su población semejante.

Al propio tiempo, la ciudad ofrece por esta circunstancia unas perspectivas desahogadas, infrecuentes en capitales de esta densidad. Salvo en las calles céntricas —Ahumada, Moneda, Bandera, Huérfanos, Estado, Monjitas, Compañía—, donde se concentra la vitalidad de la urbe, Santiago tiene muy pocas encrucijadas peligrosas. En general es una ciudad holgada, de movimiento fácil. La Alameda O'Higgins, arteria principal, y las avenidas de Providencia, Tajamar, Apoquindo, etcétera, son vías de amplia visibilidad que durante el día, en virtud de la aglomeración de peatones y automóviles, con la grave silueta de los Andes en lontananza, consiguen la belleza del dinamismo y la animación. No olvidemos que Santiago carece de Metro —¿también mandan los terremotos aquí?— y la abundancia de transportes de superficie —trolebuses, colectivos, tranvías, expresos, micros, liebres— pintados de colores chillones y discurriendo a grandes velocidades, con poco riesgo, imprimen a sus calles un ritmo vertiginoso. El centro de Santiago, con bonitos establecimientos comerciales y un tráfico nutrido, y en algunos lugares inteligentemente reglamentado, hacen atractiva la ciudad a condición de que no levantemos los ojos.

Los extremos se tocan

La personalidad de la capital chilena no se encuentra en su físico. Su situación ya es otra cosa. En cualquier caso, aquí, como en otros lugares de América, he comprobado la sensata tendencia hacia la vivienda unifamiliar; a la casita con su jardín y, en su caso, con su cochera y su perro. El barrio alto de Santiago, hacia los Andes, es puramente residencial y se lo ve crecer por días. Apoquindo arriba, pronto la ciudad empalmará con El Arrayán y de este modo la cadena de estadios, chacras y pequeños ranchos quedarán englobados en la urbe.

Es curioso observar cómo en torno de estos barrios residenciales, y en otros muchos lugares de Santiago, van surgiendo las llamadas «poblaciones callampas» —aquí se denomina *callampa* a la seta, al hongo— a base de lata y maderas viejas, donde el *roto* consigue vivir en el régimen de absoluta

libertad que apetece, sin otra sumisión que la que espontáneamente admite al elegir su «jefe de grupo». Tal jefe no tiene ningún carácter oficial, pero organiza la distribución de terrenos, los más elementales servicios y es, en suma, la única jerarquía.

En algunos de estos barrios miserables he visto divertidas hospederías. Por descontado, el receptor de radio apenas falta en ningún hogar, como no faltan las *guaguas* —niños de pecho—, ni los perros haraganes. El *roto* chileno es feliz así. Las «poblaciones callampas» más que un problema económico constituyen un problema social, supuesto que la resistencia al traslado a viviendas municipales decorosas adquiere en ocasiones caracteres de verdadera hostilidad.

Entre los habitantes de los barrios residenciales y los de las «poblaciones callampas» apenas hay grados sociales intermedios; es decir, éstos no son ostensibles. Santiago da la sensación de albergar muchos ricos y muchos pobres. Luego, uno escarba y resulta que ni los ricos son tantos ni tan ricos, ni los pobres tantos ni tan pobres; o sea, que en Chile, aunque otra cosa parezca, existe la clase media como en todas partes. Lo que sucede es que el santiaguino lo disimula. Tal vez donde no exista la clase media sea en la educación y la forma de vivir. En Santiago uno no ve términos medios. La gente viste bien y el que no viste bien es un *roto*. Es decir, que en términos generales, la clase media chilena aparenta un nivel de vida más desahogado que el habitual en otros países. No quiero meterme en cábalas audaces, dada mi superficial consideración del fenómeno. El chileno, normalmente reacio a cualquier forma de previsión, gasta alegremente el dinero de hoy y el que espera conseguir mañana. Hay países que viven de su pasado y países que viven para el futuro apretándose el cinturón. Chile no aspira sino a vivir el presente; lo que pasó ayer no le interesa, lo que está por venir no le preocupa. En suma, las apariencias engañan. La sociedad chilena está jerarquizada como la de cualquier otro país en lo que a ingresos se refiere. Lo que sucede en Chile es que cada individuo opta por manifestarse como rico o como pobre. Para los chilenos, la virtud no está en el medio, sino en los extremos. Pero éste es un tema tan apasionante que merece que lo analicemos con mayor atención.

La casa sin barrer

Yo entiendo que el santiaguino quema demasiadas energías en ocuparse —ya que no preocuparse— de la política y se desinteresa lamentablemente de la

política municipal. Santiago es una ciudad que podría ganar mucho sin grandes inversiones. Tal como está hoy, hace el efecto de destartalada y sucia. Los coches-manga llevan unos letreros que dicen: «Coopere conmigo al aseo ciudadano. —En los cruces estratégicos existen papeleras con leyendas de este tipo—: La ciudad es suya. ¡Cuídela!». Las papeleras, naturalmente, están vacías y los coches-manga, naturalmente, se quedan solos. Al chileno no se le mueve ni conmueve con invitaciones; no obedece sino los mandatos imperativos. El chileno, como el español, es refractario a la disciplina urbana; interpreta el concepto *libertad* de una manera total. Así, la mayor parte de las calles están llenas de desperdicios y las fachadas dan la sensación de ahumadas. Me dicen que el régimen climático de Santiago es muy regular y que a nueve meses de sequía, prácticamente ininterrumpida, corresponden tres de lluvias. Éstas no se presentaron aún este otoño y es muy posible que, con su advenimiento, ésta como sequedad polvorienta que todo lo invade —brumas aparte— y el tono gris, ahumado de los edificios, desaparezcan.

Urbanidad colectiva al margen, es palpable que los problemas estrictamente municipales de Santiago están desatendidos. Por lo que he podido observar en tres semanas, los ediles son muy aficionados al tejer y destejer. En la calle Moneda están reduciendo la anchura de una acera aún sin estrenar. Las obras son tantas, tan lentas y tan aparatosas, que uno duda si se estará construyendo la ciudad o se estará demoliendo. De otra parte he notado, tanto en Santiago como en sus alrededores, una suerte de dejadez para rematar las cosas. Apenas hay calle, carretera o parque donde uno pueda decir: «Vaya, esto está concluido». La misma carretera panamericana, espléndida de pavimento, presenta tramos de cincuenta, cien metros, que, incomprensiblemente, están sin afirmar. De aquí podríamos deducir otra característica que, en otro orden de cosas, se manifiesta también en los negocios: el chileno camina aprisa hacia adelante sin reparar en los detalles. El tiempo pasa y el ciudadano termina por no advertir estas pequeñas deficiencias. Uno piensa en la impaciencia de los niños cuando después de comenzar una pintura con primoroso esmero terminan por despacharla de cuatro precipitados brochazos.

España y Chile, pared por medio

La desatención municipal es patente en otras manifestaciones, no exentas de pintoresquismo, como es, por ejemplo, la invasión del meollo urbano por vendedores desarrapados que ofrecen al transeúnte paltas, peras de agua o

plantillas para los zapatos. Nadie impide a estos simpáticos *rotos* extender una arpillera en pleno centro y pregonar a voces su mercancía. Están en su derecho. Como si usted quiere colocar su moto con un cartelito de «Se vende» en una acera de la calle Ahumada; también puede hacerlo. A pesar de esto, o tal vez por esto, Santiago es una ciudad donde el español no se siente forastero. Existe aquí un ambiente cordial y hospitalario, semejante al de las pequeñas ciudades españolas. Con una particularidad: el cogollo de Santiago no lo han devorado los bancos. El cogollo de Santiago es de las fuentes de soda, las salas de té, los cines, las agencias de viajes y los notarios. Los notarios de Santiago tienen su establecimiento, con su mostrador y sus dependientes, en las plantas bajas de los edificios; son como unos comerciantes más que expenden fe pública al por menor. Los notarios de Santiago trabajan cara al público y casualmente se han concentrado en la calle de Morandé. Si un terremoto —¡Dios no lo quiera!— se llevase por delante la calle de Morandé, Santiago se quedaría sin notarios. Otra particularidad: las pastelerías. Las pastelerías de Santiago tienen solera; son establecimientos amplios con mesas de mármol y muchas sillas. Degustar pasteles en Chile constituye un placer sedentario; en modo alguno una decisión improvisada. El vino se engulle aquí sin palabras; los pasteles, en cambio, con ellas. Es nuestra última diferencia.

CAPÍTULO VIII

El chileno, un andaluz al baño maría

El sudamericano, tal vez por el hecho de habitar un continente próspero y rico, ha puesto en marcha un sistema filosófico de la vida evidentemente materialista y nada original, que puede resumirse en una frase: el mayor número de goces con el mínimo esfuerzo. El norteamericano, pese a todo lo que se diga, ha enfocado el problema con un poco más de dignidad: trabajar, trabajar y trabajar, que el confort llegará por añadidura. Estas actitudes explican mejor que nada la distancia que, en punto a desarrollo económico, se percibe entre las dos mitades de un continente de unas posibilidades parejas.

Para el chileno, la vida comienza y termina hoy. Para el norteamericano, la vida, en un ayer próximo, empezaba mañana; de ahí que su «hoy» constituye una realidad próspera y confortable. Hay países, repito, que viven del pasado y países que viven para el futuro apretándose un punto del cinturón. Chile no pertenece a ninguno de estos grupos. Chile vive el presente; todo lo que no sea presente carece de valor para los chilenos. Es éste un pueblo para el que, en general, no reporta un consuelo aquello de hacer «una patria mejor para nuestros hijos». «Después de mí, el Diluvio», parece pensar el chileno. Ciertamente tal postura, sin una traducción halagüeña inmediata, adolece de romas perspectivas. Chile no está a la altura que podría estar y a la que llegará, si no me equivoco, aunque muy lentamente. Un detalle: hace veinticinco años los gastos del país se cubrían íntegramente con el salitre o nitrato. Llegaron los nitratos industriales, y Chile, buscando otra salida, arañó un poco su costra y alumbró cobre. Hoy día el cobre representa el sesenta y cinco por ciento de los gastos del país, en tanto el nitrato apenas alcanza el quince. Esto quiere decir que si, paralelamente a la explotación del salitre, Chile hubiera puesto en marcha la del cobre, el país hubiera disfrutado de un período de desahogo económico jamás conocido.

Pero descendamos al chileno; busquemos la raíz de este indolente dejarse llevar, de esta actitud fisiocrática ante la vida, conectada, sin duda, con la pasividad contemplativa del indio araucano, cuyos ejemplares más puros aún es posible hallarlos en la reducción de Maquehuea, en Temuco. Del araucano, de su pervivencia, que barrunto efímera, me ocuparé más adelante. Ahora me

interesa contrastar los diversos elementos de la sociedad chilena, aparentemente dispares y, sin embargo, unidos por una misma postura ante la vida.

Confieso que yo llegué a Chile imbuido de un prejuicio totalmente infundado. «En Chile le sorprenderá a usted la dramática diferencia entre ricos y pobres. En ningún otro país del mundo las distancias son tan acusadas», me advirtieron por diversos conductos en Buenos Aires. Reconozco que las apariencias les daban la razón. Ya he dicho que en punto a educación y formas ostensibles puede no existir la clase media, pero esto no es así porque no haya familias cuyas circunstancias sean las más adecuadas para encajar en este estrato social, sino porque el chileno gusta de polarizarse en los extremos; es decir, el chileno no resiste la mediocridad; decide, *in mente*, desde que tiene uso de razón, manifestarse como rico o como pobre. Si uno desciende a informarse de los sueldos y salarios, a fin de cuentas la madre del cordero, advierte que en Chile existe —¡cómo no!— la clase media. Y si no es difícil encontrar un *roto* —en la apariencia un auténtico mendigo— cuyos ingresos mensuales rebasen las tres mil pesetas, tampoco lo es hallar un petimetre cuyas posibilidades económicas no monten esa cifra. Todo depende de que el chileno considere que la vida le ofrece mejores oportunidades desde un ángulo que desde el otro.

La maravillosa imprevisión chilena

En general podemos decir que el chileno se muestra refractario a cualquier forma de previsión. El chileno nace con la mano abierta. En la vida he visto un país donde el crédito cuente con tantos y tan apasionados partidarios. El dinero aquí no corre, vuela. El chileno gasta lo que tiene hoy y lo que espera conseguir mañana; su actitud, para un europeo consciente y forzosamente administrado, resulta de una prodigalidad irresponsable. Mas lo cierto es que el chileno rara vez se coge los dedos. El país responde; quien trabaja, gana dinero; se trata, en suma, de una naturaleza agradecida. Uno puede llegar hasta donde precise y luego dejarlo. En todo caso, bien se puede asegurar que un billete chileno recorre mayor número de bolsillos en veinticuatro horas que cualquier billete europeo en una semana. Aquí sería congruente hablar de la inflación, un fenómeno que, en punto a virulencia, no puede ni compararse al registrado en Alemania en 1919. El vértigo de la inflación chilena es, sencillamente, aterrador. El día 4 de abril yo cambié dólares a 360 pesos; el 20 de mayo, a 505; a mediados de junio se cambiaban a 700. Esto sólo se

explica pensando que de la euforia crediticia del país participan incluso los organismos públicos. Pero el tema de la inflación, aunque importante, me apartaría de mi camino. De momento no me interesa sino dejar constancia de que el derroche chileno no es efecto, sino causa, del actual caos financiero por el que lamentablemente atraviesa el país.

Este desapego hacia el dinero se traduce en una abierta, espontánea, generosidad. Nada tiene que ver el que, exteriormente, el chileno sea un ser frío. Lo cierto es que se da sin reservas, y lo que es todavía más importante, sin desconfianza. El forastero, en especial el español, no necesita presentación en Chile. Para asuntos de dinero, ya es otro cantar, no porque el chileno sea codicioso, sino porque la constante fricción con aventureros le ha enseñado que un papel firmado a tiempo puede ahorrarle muchos papeles y firmas a destiempo. Que el chileno no es codicioso lo demuestra el hecho de que la visita siempre es oportuna; para el hombre cuya meta es el dinero, y el camino el trabajo sin pausa, la visita siempre resulta intempestiva.

El chileno no es un ser propiamente laborioso. El trabajo, para él, constituye un simple medio. No encuentra ese gusto por la actividad incesante que se observa en otros climas. El chileno trabaja justamente lo preciso para poder disfrutar de la vida. Así se explica la facilidad con que los extranjeros amasan enormes fortunas en el país; no se trata de que su capacidad sea mayor, sino de que son mayores su voluntad y su disciplina. El dinero, pues, para el chileno no constituye en sí un objetivo; es, simplemente, la llave de muchas puertas. Yo he conocido a un chileno que disfrutaba tres años de holganza después de otros tres de intensa actividad. Lo más curioso del caso es que el traspaso del negocio lo efectuó en su fase de mayor estabilidad y de más pingües rendimientos. Comprendo que este hecho será difícilmente digerible para un español, supuesto que en nuestro país son incontables las viejas fortunas que yacen sórdidamente escondidas en las arcas de los bancos, sin que un solo signo exterior denote la opulencia. Entre ambos extremos no sé cuál será mejor.

Lógicamente, Chile es el país de los plazos. Los plazos mandan allí. Yo creo que ni los alimentos cotidianos se abonan en este país al contado. Por otro lado, ningún buen comerciante lo pretende; confía en la buena fe del prójimo y a muchos de ellos he oído decir que los créditos incobrables se compensan ventajosamente con el volumen de ventas. La despreocupación por el dinero es literalmente asombrosa. Las nóminas de las empresas y las de los funcionarios disponen de una casilla dedicada a anticipos. Pues bien, se puede asegurar que ni uno solo de los que en ellas figuran ve llegar el final de

mes con dicha casilla en blanco. Chile padece de mal de crédito y, evidentemente, se trata de una dolencia contagiosa. Otro dato: la alegre frivolidad con que circulan los cheques. Yo he visto pagar con cheques las localidades de un cine y una merienda en un restaurante. El cheque se admite en todas partes sin otra garantía que la previa exhibición de un carnet; demostrar la identidad personal es más que suficiente. De otra parte, nadie se arriesga a firmar un cheque sin provisión; quebraría no sólo su reputación, sino ese ritmo alegre y trepidante que crea la convivencia asentada sobre la buena fe, que, de otro lado, es la única convivencia que de verdad merece la pena.

Un andaluz con sordina

En diferentes medios y ciudades he oído comparar al chileno con el andaluz. Evidentemente, entre chileno y andaluz puede establecerse un parangón en modo alguno caprichoso. No sólo el escamoteo de la *c* —que los criollos llaman *ese* redonda—, el ingenio pronto y restallante y el sombrero alón del *huaso* —campesino chileno— les es común. Hay algo más sustancial que todo esto y es esa suerte de propensión a la abulia que en Andalucía la da el clima y en Chile la da… Chile. En cualquier caso, al chileno puede considerársele un andaluz al baño maría; un andaluz atemperado por el *puelche* de la cordillera. Esto equivale a decir que ni en la euforia ni en la irritación llega el chileno a los extremos del andaluz. Digamos, en suma, que el chileno es un andaluz con sordina.

El chileno hace gala de un equilibrio cordial que le falta al andaluz, más estrepitoso que aquél en cualquier manifestación vital. Dentro, por ejemplo, de la común afición al vino, nadie imaginaría a un andaluz bebiendo en solitario y en silencio. La diferencia, creo yo, es una compleja cuestión de sangres. Pero lo cierto es que en Chile, para «curarse», no se necesita otra compañía que la del vaso. El chileno es un bebedor incansable, empedernido; cosa, por otra parte, perfectamente comprensible, dados no sólo la calidad, sino el precio asequible de sus vinos. Los vinos chilenos no cuentan muchos años, pero le quitan a uno algunos de encima. He aquí una cualidad que conviene tener presente en este intento por explicar el temperamento criollo.

Esta actitud morigerada en el exceso tiene su contrapartida en el buen humor. El chileno no está nunca de mal humor, lo que quiere decir que el chileno hace lo que sea necesario para eludir el mal humor. La elusión del mal humor es casi perfecta en el país: no se ven malas caras, malos gestos, ni se

oyen en la calle, salvo rarísimas excepciones, voces destempladas. Chile no es carne de saínete. He aquí un dato revelador: una micro del transporte urbano chocó con un camión de carga en un acceso de la Alameda O'Higgins. Yo era uno de los pasajeros de la *micro*, tomada literalmente al asalto tras media hora de paciente espera. Pues bien, nadie se descompuso en el incidente, empezando por los conductores, que aceptaron el choque como un hecho fatal. Ninguno de los dos se descolgó de la cabina para constatar los resultados de la colisión; ninguno de los dos increpó al otro; ninguno de los dos buscó testigos a gritos para demostrar su falta de culpabilidad. Viéndoles las caras, los dos parecían decirse: «El tráfico ciudadano tiene estas quiebras». Pero lo más aleccionador de todo resultó la conformidad con que los pasajeros de la *micro*, que acababan de conquistar una plaza contra viento y marea y de abonar su billete, descendieron del vehículo inútil sin reclamar sus derechos ni airear los inconvenientes que les creaba la nueva situación. En este aspecto, los chilenos están espiritualmente tan lejos de los andaluces como lo están geográficamente. Este comportamiento es rigurosamente antilatino. Se dirá que la mezcla de los Pérez con los Caupolicán, los Walker y los Haverbeck ha producido estos resultados. De ser así convendría estudiar el múltiple injerto con vistas a la tan cacareada como lejana paz universal perpetua.

La corrección chilena tiene su exteriorización en el uso y abuso del diminutivo. El diminutivo constituye el lubricante de la ejemplar convivencia chilena. En general, podemos afirmar que los pueblos que en una mínima discrepancia recurren a los vocablos concluidos en *ón*, son agresivos; con el *ito* por delante, difícilmente llegará la sangre al río. En el terreno político esto resultará inexplicable para un español, con la particularidad de que los chilenos sólo pierden su habitual compostura cuando se trata de lanzar improperios sobre sus dirigentes. Al día siguiente de mi llegada fui testigo de un duelo amistoso entre los «pegadores» de sendos periódicos murales enemigos. Ambos compartieron el espacio insuficiente y se fumaron luego, «en amor y compañía», un cigarrillo. Lo que se decían entre sí los dos diarios murales no es para ser reproducido, mas rara vez estas diferencias de partido rebasan la frontera de la dialéctica.

Pero volvamos al diminutivo. El diminutivo imprime suavidad a la expresión que no es tanto indicio de cortesía como de afecto espontáneo. Para el chileno todo el mundo es prójimo, de acuerdo con el Evangelio. Esto no debe interpretarse en el sentido de que la inclinación al diminutivo sea una manifestación envidiable. Chile tritura el idioma en aras del diminutivo. El

chileno llama a su esposa «mi hijita linda», «mi viejita», «mi perrita choca» —rabona—. El chileno dice «ahorita» y «hasta lueguito. —El chileno le dice al taxista que se detiene prematuramente—: Más allasito, pues». A mí me aconteció en una sala de té:

—¿Tesito?

—Sí.

—¿Solito o con lechesita, *cabayero*?

Incontestablemente, esto es demasiado. De todas formas, el acento modulado y cadencioso del criollo, junto al diminutivo, presta a las mujeres un indiscutible encanto; en el hombre constituye un postizo. Diminutivo y acento fuerzan a éste a emplear una voz bitonal, desflecada en un gallo típico en las exclamaciones admirativas.

Los grandes estímulos del criollo

De todo lo dicho puede deducirse que al chileno le apetece gozar de la vida sin poner en ello un calor manifiesto. Es de suponer que por dentro irá la procesión. Las apariencias, salvo en política, siempre son moderadas; más aún que moderadas: de un enervamiento característico; de una proverbial languidez. Chile, insisto, no es un pueblo de sangre caliente. De aquí que el chileno requiera estímulos. La sociedad chilena precisa de incentivos que provoquen permanentemente una remoción psíquica. A estos efectos, yo imagino que habrá en el mundo contados países que hagan, proporcionalmente, mayor consumo de vino, té y café que el que se hace en Chile. Ninguno, supongo, para quienes las apuestas, la lotería y, en general, los juegos de azar tengan tanto valor. En esto último encuentra el criollo, a más de una fuente de placer, una posibilidad de hacer fortuna a poca costa. Estos estímulos a que aludo operan en el alma criolla el efecto de una sacudida, lo que pudiéramos llamar en este país, tan propenso al movimiento, un *psicomoto*.

De la afición al vino ya anticipé algo; no todo, ni mucho menos. De las peculiaridades de esta afición en Chile se podría escribir un libro entero. El chileno ya dije que bebe mucho y casi siempre con dignidad. Otra cosa atentaría contra la convivencia, de cuya importancia y necesidad el chileno sabe más de lo que aparenta. No obstante, esta afición descomedida toma direcciones peculiares, dignas casi de figurar en una antología folklórica del país. Una de ellas, por ejemplo, es el San Lunes. Los lunes por la mañana, en Chile, son festivos para un importante porcentaje de la población trabajadora.

La *resaca*, por lo visto, es tan respetable en el país, que justifica por sí sola la ausencia al trabajo. La amenaza de despido no cuenta aquí; los periódicos de Santiago publican a diario páginas enteras ofreciendo colocaciones. El patrono no ganaría nada con una sustitución constante del personal; es más, nadie puede asegurarle que los sustitutos no inventasen el San Martes o el San Miércoles. En suma, es preferible seguir así. Otro tanto ocurre con «las tomas». Periódicamente el chileno se va a «las tomas» por seis u ocho días. La «cura», contra lo que pudiera creerse, no se verifica en un balneario, sino en una taberna. Son siete días de excesos ininterrumpidos. Para el retorno al trabajo no es preciso inventar una disculpa; basta con aclarar que «se anduvo a las tomas».

Otro gran estímulo en Chile es el café; café–café, café de verdad, de Brasil o Montevideo. En todas las ciudades chilenas existen establecimientos exclusivamente dedicados a servir café negro. Son establecimientos sobrios de mobiliario y decorado, donde uno se introduce no más de un par de minutos con la finalidad exclusiva de degustar una taza de café. Las conversaciones, a la puerta. Demorar la ingestión provocaría el mismo trastorno que un camión atravesado en la Gran Vía madrileña en hora punta. La actividad de estos establecimientos, desde las ocho de la mañana hasta las tantas de la madrugada, es incesante. Detalle curioso: no he visto a un solo chileno que rechazara una taza de café, cualquiera que fuese la hora, so pretexto de insomnio. Al parecer, en Chile no existe el problema del sueño. Los pueblos jóvenes suelen dormir de un tirón.

Nada digamos de los juegos de azar, una de las debilidades más características del pueblo chileno. Los hipódromos, las administraciones de lotería, el Casino de Viña del Mar no conocen reposo. La participación del pueblo en estos envites es proverbial. La hípica y la ruleta han dejado de ser aquí cotos de un grave y solemne aburrimiento aristocrático. El *roto* juega a la ruleta; el *roto* apuesta a los caballos. Para arriesgar unos pesos por un caballo no se necesita ser en Chile, siquiera exteriormente, un caballero. El *roto* no sólo asiste a estas competencias de equitación, sino que es el principal cliente. En los hipódromos criollos se silba y se abuchea lo mismo que en Chamartín o Las Corts. El espectáculo, como se comprenderá, para un europeo habituado a las hipócritas formas sociales que rodean estas competiciones en el Viejo Mundo, no puede ser más estridente y divertido.

Otro tanto cabe decir de la ruleta, en el Casino de Viña del Mar. Aquí no sólo no se exige etiqueta, sino que es frecuente encontrar apostando a un *roto*

que muestra el trasero por un siete del pantalón. En este sentido la democracia chilena es perfecta.

El Chile femenino no permanece ajeno a esta inclinación por los juegos de azar, aun cuando haya polarizado todas sus energías en la canasta. La canasta es en Chile otra afición desordenada. Joaquín Calvo Sotelo, que coincidió conmigo en Santiago a raíz del gran triunfo de *La muralla*, en Buenos Aires, me invitó a casa de unos antiguos amigos suyos. Mi irrupción no pudo ser más desconcertante; para mí, por supuesto. En la misma puerta me asaltaron tres señoras jóvenes:

—¿Es usted el *cabayero* español amigo de Joaquín?

—Así es, en efecto.

—Jugará usted canasta, ¿no es cierto?

—Pues no, señoras; no juego canasta.

—¡Ooooooh!

La expresión decepcionada que dibujaron aquellos rostros no es para describirla. En Chile, al forastero se le disculpa cualquier cosa menos que se desentienda de lo que ellos en la vida juzgan fundamental: el vino, las carreras de caballos o la canasta.

CAPÍTULO IX

Los chilenos mueren del corazón

No sería exacto afirmar que el sentimiento de solidaridad que anima el criollo responda a una fe cristiana profunda, supuesto que el hombre no religioso es en este país igualmente caritativo. Esta actitud obedece más bien a un sentido connatural de la fraternidad humana. La prensa y la radio están siempre prestas a hacerse eco del infortunio de un semejante. La ayuda llega enseguida, al tiro, como dice el chileno, y en cantidad suficiente. En un hotel y en la taquilla de un cine me han presentado sendas listas de donativos para auxiliar a un compañero enfermo. El óbolo no bajaba en ningún caso de los cincuenta pesos (cinco pesetas), y he de hacer constar que, en el tiempo que yo estuve presente, ni una sola persona denegó la limosna. El chileno no quiere sufrir, ciertamente, pero tampoco ver sufrir, tal vez porque, a la postre, ésta es una forma de sufrimiento. En el peor de los casos, pues, habrá que atribuir su desprendimiento al egoísmo.

Esta generosidad adquiere matices de auténtica liberalidad en el pueblo religioso. A pocos kilómetros de Valparaíso existe un santuario levantado en honor de la Virgen de «Lo Vasquez»; pues bien, no hay camionero que, a su paso, no se detenga a depositar sus diez, quince pesitos, en el cepillo. Es una forma de oración. Nada digamos de las ofrendas populares a San Sebastián de Yumbel, el día de su festividad, que se recogen por cestos.

En otro orden de cosas, este concepto de la fraternidad se manifiesta en las asociaciones de apoyo mutuo que, con frecuencia, adoptan módulos anticristianos, como ocurre con la masonería, muy arraigada aquí, o siquiera muy ostentosa. Los masones chilenos lo son a voces y ello resta a la organización ese aire misterioso que rodea a las logias europeas. El masón chileno educa a sus hijas en los Sagrados Corazones y a última hora se confiesa. El criollo es poco radical en sus convicciones, y tal vez por ello no es intransigente. Esto no quiere decir que no existan otras sociedades que, como la de los Leones, son perfectamente compatibles con el catolicismo. A lo que voy es a que el chileno cree y confía en su prójimo y que siempre que la asociación no implique sometimiento a una disciplina está dispuesto a ello.

Esta reacción de ayuda al prójimo se observa asimismo en mil pequeños detalles cotidianos. A la salida de los colegios es frecuente ver a los *cabros* —muchachitos— deteniendo automóviles en la calzada. Lo insólito es que el automovilista atiende su ademán y se detiene:

—¿A Sucre, *cabayero*?

—Cerquita te dejo, *cabro*—, sube, no más.

Esta modalidad de autoestop se utiliza mucho para regresar a la ciudad los fines de semana y con mayor motivo durante las huelgas de empleados de autobuses.

La organización de bomberos de Chile es otro botón de muestra. En Santiago, y en todas las capitales de provincia, los bomberos no sólo son voluntarios, sino que sostienen la institución con sus aportaciones. El cuerpo de bomberos tiene una alta consideración en el país. Ricos y pobres se hermanan en él; son auténticos héroes populares. Para el criollo viejo su pasado de *pompier* constituye un motivo de orgullo. En su despacho, lo primero que exhibirá es su diploma de bombero jubilado. La organización del cuerpo resulta ejemplar. Hay ejercicios semanales, normalmente los domingos, y cambio de impresiones una vez al mes. En Santiago existen trece secciones distintas, tres de las cuales —Bomba España, Bomba Italia y Bomba Francia— están en manos de inmigrantes y las sostienen los centros respectivos. Nada tan espectacular como ver a estos muchachos en acción, desde que la alarma suena en toda la ciudad por medio de sirenas comunicadas, hasta su regreso triunfal. El trabajo, la fiesta, el sueño, todo hay que interrumpirlo cuando la sirena convoca. El arrojo de que dan muestras raya a veces en temeridad, como en el incendio dominado hace unos días en la refinería petrolífera de Viña del Mar. Todo esto justifica el que, para un extranjero, ser nombrado bombero honorario de Chile constituya una importante distinción. Este honroso cuerpo se veía sometido, según dicen, a un trabajo ímprobo durante el mes de diciembre, época de los balances. La ley ha tomado cartas en el asunto, estableciendo una serie de presunciones de culpabilidad, mediante las cuales, es de esperar, los bomberos chilenos podrán disfrutar tranquilamente las fiestas navideñas.

En suma, el chileno, que, en apariencia, es un ser frivolo e impermeable, sabe, cuando la ocasión llega, sacrificarse por su prójimo. Tal vez esto explique mejor que nada el hecho de que un enorme porcentaje de personas mueran aquí del corazón. Sin duda los chilenos lo tienen demasiado grande.

La libertad y la disciplina

El pueblo chileno carece, afortunadamente para él, de espíritu gregario. Su amor por la libertad es tan vivo que incluso las agrupaciones de defensa gremial tropiezan para su constitución con serias dificultades. El *roto*, con tener para un trago, para apostar unos pesos en las carreras y para un pedazo de pan, se da por satisfecho. Ni es ambicioso, ni la civilización se traduce para él en un aumento del número de necesidades. La sumisión le irrita; en general rechaza todo aquello que huele a disciplina. Los conflictos sociales son improbables porque a cada chileno le gusta organizarse a su manera. En el bajo pueblo existe una obstinada resistencia a la sindicación. Al chileno le desagrada que lo limiten y creemos que son muy pocos los que esperan su redención de la política.

A propósito de esto se da en Chile un fenómeno curioso: el forastero que llega a Santiago y oye las primeras conversaciones, ve a los grupos concentrarse con avidez ante las hojas murales y lee los titulares de los periódicos, acaba por imaginar que la política es el eje del país. Mas en pocos días se da cuenta de que la política en realidad interesa muy poco fuera de los periódicos y de los clubs políticos. Al pueblo le apasiona, simplemente como motivo de conversación, a través de sus formas más escandalosas, es decir, en *copuchas* o noticias abultadas.

Pero volviendo a la indisciplina del país, es de notar que ésta no se da en las instituciones para quienes una rígida organización es vital; tales, el ejército, la policía y la enseñanza.

Pocos pueblos podrán alardear de un ejército como el chileno, en lo que se refiere a preparación humana. Chile, que es un país con pocos prejuicios, sin vanas pretensiones de originalidad, ha tomado a Inglaterra como modelo de sus fuerzas navales y a Alemania de las terrestres; dos buenos modelos, sin duda. Tal magisterio no se oculta, sino todo lo contrario, se hace patente desde la gorra a la punta de las botas. Lo importante es que Chile haya asimilado la lección, y hoy día ver desfilar a sus soldados a paso de ganso, con marcialidad insuperable, constituye un soberbio espectáculo. Lo mismo diríamos de sus fuerzas de Policía, unificadas en el llamado Cuerpo de Carabineros.

También la enseñanza se distingue por una nota de seriedad. No voy a extenderme en una información prolija y aburrida sobre la organización estudiantil chilena. Basta decir que la impuntualidad disparatada de este país, donde una demora de treinta minutos es cosa habitual, deja de ser norma en la

vida del estudiante. En Santiago es fácil ver, a las siete de la mañana, las *micros* recogiendo a *cabros* en las esquinas para acarrearlos a sus centros respectivos. En colegios e institutos la disciplina es rigurosa o, cuando menos, lo parece. Los estudiantes visten de uniforme y los exámenes se rodean de un ritual escalofriante. Aquí, cada miembro del tribunal vota en silencio, alargando una bola roja, blanca o negra, de acuerdo con su personal interpretación del ejercicio. Caben, por tanto, muchos grados de aprobación o reprobación entre el máximo, la matrícula de honor, tres bolas rojas, y el mínimo, tres bolas negras, del suspenso unánime. En todo caso la ceremonia es como para poner la carne de gallina al alumno más aplomado.

La maleta hecha deprisa

En un país joven y en formación como es Chile, no pueden sorprender ciertas manifestaciones rudimentarias que contrastan con el grado de refinamiento alcanzado por la civilización chilena en no pocos aspectos. Así, por ejemplo, los chilenos disponen de aerotaxis, pero carecen de una red de carreteras pavimentadas; cada pueblo norteño con una población superior a los veinte mil habitantes tiene su aeropuerto y, sin embargo, los trenes de esta zona, de vía estrecha, incómodos y traqueteantes, invierten cinco días en recorrer mil quinientos kilómetros; la periferia de Santiago reúne una serie de lugares de esparcimiento —golf, polo, estadios, hipódromos, tenis, etc.— como pocas capitales europeas y, no obstante, sus transportes urbanos están en pañales. Chile, como otros pueblos del Nuevo Continente, ha saltado de la diligencia al avión. Chile brinda a los ojos del forastero un conjunto de conquistas todavía no organizadas ni jerarquizadas; es como una maleta hecha con prisas; parece que está llena, pero aún caben muchas cosas.

El analfabetismo y la mortalidad infantil son, verbigracia, dos graves problemas sin resolver. Los medios rurales, en general, están desatendidos. La instrucción en el campo es difícil. En una cacería a la que fui invitado, en un fundo de Melipilla, a setenta kilómetros de Santiago, tuve ocasión de charlar con varios jóvenes campesinos, todos ellos analfabetos, y cuyos hijos llevan el mismo camino, supuesto que no tienen posibilidad de asistir a la escuela. No dispongo de estadísticas oficiales, pero informantes fidedignos me aseguran que un chileno de cada seis no sabe leer ni escribir. En lo referente a mortalidad infantil en el agro, no es culpable la ciencia médica, a gran altura en el país, sino las malas condiciones de alimentación y salubridad.

Por lo demás, la imprevisión en Chile llega a veces a la irresponsabilidad. En estos días se han dado en Santiago ocho casos de hidrofobia en niños de corta edad. Pues bien: ignoro qué medidas se habrán adoptado, pero yo puedo asegurar que los perros errabundos, una ingente multitud de perros errabundos, siguen disfrutando de pase de libre circulación por la capital y sus alrededores.

Otro hueco: la espiritualidad chilena, un tanto enervada en las clases altas, se expresa con frecuencia en el pueblo en prácticas y creencias supersticiosas, como la consulta a pitonisas o el terror a los pájaros agoreros. Me ha llamado la atención, en este aspecto, el culto que rinden las clases bajas a las *animitas*, basado en la convicción de que el muerto de muerte violenta tiene una especial influencia en lo alto. No se me oculta que en los medios campesinos europeos existen otras desviaciones más o menos estrafalarias de la idea religiosa, pero no me resisto a transcribir esta ingenua costumbre criolla de levantar una capillita minúscula allí donde se da un caso de muerte airada. Chile, naturalmente, está jalonado de capillitas, cada una con su cirio encendido; es decir, con su *animita* en constante intercesión.

Otra cosa que sorprende al forastero son los cánticos, rezos y prédicas callejeros de los *canutos*, secta protestante importada al país por un tal Canut de Bon, y cuya proliferación es asombrosa. Yo vi por primera vez a los *canutos* en el pueblecito de Talagante, y componían un grupo abigarrado de hombres y mujeres con *guaguas* al brazo, rezando letanías, a la puesta del sol. Posteriormente, un individuo desarrapado se destacó del grupo e hizo un sermón tenebroso e incoherente, propio de catacumba. Por último, el grupo comenzó a desfilar entonando cánticos desgarrados, a los que dos mozos, en retaguardia, ponían música con sendas guitarras de acentos doloridos. Después he visto a los *canutos* varias veces por las calles de Santiago y Valparaíso y me ha admirado, tanto como su número, la ausencia de respetos humanos con que manifiestan sus creencias.

Todo esto demuestra que la espiritualidad chilena pasa por un momento crítico, y el protestantismo y el agnosticismo, en ciertas esferas, han hecho su presa. No creo equivocarme si afirmo que encuentro el catolicismo chileno adormecido y como falto de vibración. La moral está relajada y la institución familiar me parece poco estable. Ello, incuestionablemente, es efecto de las circunstancias. Pero tanto en el aspecto cultural como en el religioso, el pueblo chileno ofrece un magnífico campo hasta hoy sólo laborado en parte. La prensa y las instituciones culturales desarrollan una gran labor, cuyas consecuencias se harán perceptibles en un futuro próximo. La prensa chilena

tiene para mí dos grandes virtudes: avidez por la noticia y una alta calidad literaria junto al certero criterio que la mayor parte de las veces inspira los artículos de orientación. Yo creo que, a la larga, esta prensa terminará por desplazar a la llamada *copuchenta*, desbocada hacia un sensacionalismo halagador de los sentimientos morbosos de la masa.

Chile será un país completo el día que rellene los huecos de la maleta. Hoy por hoy, el alma le queda un poco chica a su cuerpo joven y vigoroso.

CAPÍTULO X

Juan Verdejo, el «roto».

De entre la limitada tipología chilena es, sin duda alguna, el *roto* el elemento más definidor. El roto constituye el extremo inferior de una sociedad que deliberadamente ha eliminado de su escala la clase media (los trenes de Chile carecen, consecuentemente, de segunda clase). Esto explica el hecho de que dentro de la figura del roto encaje, con el mendigo, el trabajador que, por una u otra circunstancia, ingresa dos o tres mil pesetas al mes. El roto, antes que un personaje pintoresco, sugestivamente literario, es la expresión de una actitud ante la vida; no es, contra lo que pudiera creerse tras una observación superficial, un pordiosero. Tal identificación nos llevaría a conclusiones absurdas. El roto no es sino un filósofo del buen vivir disfrazado de pobre; un ser consciente del maravilloso don de la vida, a la que estruja y le saca el zumo de una manera personalísima. De aquí que uno tropiece con el roto lo mismo en un campo de fútbol, que en un hipódromo, que en el Casino de Viña del Mar. Para el roto chileno no existen limitaciones en la frivolidad; le agrada probar de todo y, de hecho, prueba de todo. Tal vez esto lo consigue a costa de ir mostrando el trasero por un siete del pantalón; pero todo lo da el roto por bien empleado. Su antagonista será el presunto señorito, bien vestido y escrupulosamente afeitado, que no tiene dónde caerse muerto. He aquí otro típico personaje chileno. Creo haber dicho ya que en Chile las apariencias engañan más que en cualquier otra parte.

Esto no quiere decir que sea el aspecto exterior de Juan Verdejo, o sea, del roto, lo más importante. Juan Verdejo, aparte de ser el elemento más representativo del pueblo chileno o, precisamente por ello, es un ente muy complejo. En el roto se da una rara mezcla de pillo y caballero, de filósofo e ignorante; Verdejo es a la vez serio y socarrón, sufrido y refinado, interesado y desprendido. El roto alia cualidades y defectos antagónicos, y de ahí su pintoresquismo y originalidad. Mas sobre todas las cosas predomina su ingenio: sus salidas repentinas, agudas, teñidas de una mordacidad ingenua, muy raramente demoledora. *Topaze*, el semanario de humor más leído de Santiago, es la válvula de desahogo del Juan Verdejo gráfico, del roto estereotipado; es decir, la crítica política del país, la feroz crítica política del

país echa mano de él para explayarse impunemente. El fondo de roto que en general tiene el chileno se manifiesta en esta revista en toda su intensidad. Juan Verdejo no es sino la tapadera, el hombre de paja. Los tremendos críticos políticos que hoy existen en Chile se aprovechan de Juan Verdejo. Al infeliz Verdejo se le sueltan los embolados más peligrosos. De esta manera, poniendo en boca de Juan Verdejo los juicios más hirientes y ofensivos, se lanza la piedra y se esconde la mano; se formulan acusaciones que, dichas por propia boca o escritas por propia pluma, sin el grabado de Verdejo como atenuante, pudieran parecer excesivas. El desfogamiento de la opinión se efectúa por medio de este muñeco, creación del gran dibujante Coke, bien entendido que la ficción gráfica del roto y su complemento literario no anda demasiado lejos de la realidad. El roto callejero, el auténtico roto, no tiene tampoco pepita en la lengua; es un pillo de siete suelas, capaz de cantarle las verdades al lucero del alba.

Yo fui testigo de una graciosa escena acaecida en la Alameda O'Higgins, la avenida principal de Santiago, ante uno de esos tinglados elementales donde los rotos ofrecen, al paso del transeúnte, paltas, uvas rosadas y peras de agua. Su oponente resultó una infeliz campesina que, atraída por la verborrea del roto, se decidió a tomar un refrigerio. Tan pronto mordió el primer bocado se volvió a él decepcionada:

—¿A esto le llamas tú peras de agua? —demandó.

—¿Para qué la quiere, pues, *patronsita*, para comerla o para bañarse? —respondió rápido el roto.

Las salidas zumbonas del roto pueden considerarse como una muestra fidedigna del sentido del humor chileno. Mas la realidad es que el roto callejero rara vez es mordaz, como rara vez es desagradable. Su gracia es espontánea y fulminante; espumosa, pero inofensiva como un taponazo de champaña.

Una nueva unidad de tiempo: la botella

He dicho más arriba que el roto resume en sí las virtudes y debilidades chilenas, llevadas ambas a las últimas consecuencias. Esto puede traducirse, en un aspecto concreto, como que el roto no es precisamente lo que de ordinario llamamos un hombre trabajador. La mano de obra en Chile es cara no porque el nivel de vida del país sea alto, sino por lo lenta; en Chile no hay plazo previsto que no tenga dilación; no hay exactitud en las entregas, ni puntualidad en el remate de las obras. Éstas se acaban cuando se acaban, sin

que plazo establecido desazone al trabajador ni, por descontado, a la cabeza responsable. En último extremo, éste argüirá:

—El tiempo se me echó *ensima*, patrón.

Y si uno intenta entablar debate, el mágico lubricante chileno, el «dejémoslo, no más», entrará en juego para desbaratar todo conato de discusión. El roto jamás es violento, tal vez porque considera la dialéctica una modalidad de trabajo. El roto no tiene una profesión determinada: puede ser vendedor ambulante, peón de albañil, afilador o quincallero. Es lo mismo; en ninguna actividad que adopte se afanará. El roto chileno es muy aficionado a interrumpir la tarea para «echar un pitillo». En este aspecto es parecido al trabajador español. De ordinario, los hombres que cesan en su labor para «echar un pitillo» no son grandes trabajadores; no están a lo que están. Al margen de esto, a Juan Verdejo le es suficiente el vuelo de una mosca para distraerse, cuanto más el paso de una muchacha bonita o un encontronazo entre dos automóviles.

En torno a los charlatanes se agrupan los rotos con verdadera fruición. Ser charlatán en Chile tiene sus dificultades; el charlatán chileno debe ser más roto que los rotos, debe tener la réplica pronta si no quiere verse desbordado. En suma: Juan Verdejo lo pasa mejor en cualquier parte que trabajando. Nada digamos si uno le brinda unos minutos de conversación. Platicar es uno de los mayores placeres del roto chileno, y hablando con ellos advierte el forastero a qué extremos de finura llega su ingenio, cuánta es su agilidad mental. Por diez minutos de conversación no diré que el roto pierda su alma, aunque sí la oportunidad de vender cuatro o cinco kilos de «peras de agua». Tan es así, que el roto, el inefable Juan Verdejo, ha inventado una medida para la conversación, que todo Chile ha adoptado con entusiasmo. Esta nueva medida, que yo importo ahora de América con la pueril ilusión de servir una novedad, es la botella. El chileno no dice: «Vamos a charlar cinco minutos», ni tampoco «Vamos a charlar un rato». El saludo del chileno al toparse con un amigo a quien hace tiempo no ve será:

—¡Hola, gallo! Vamos a conversarnos una botella, pues.

En Chile las botellas no sólo se beben, sino que se conversan. A este país, tan refractario a la disciplina y a los cálculos previos como amigo de la improvisación, esta unidad de tiempo, tan elástica y típica, tan alejada de la aburrida austeridad europea, le sienta como anillo al dedo.

La estampa misma del desaseo

Decirle *roto* al roto no representa un capricho. El roto chileno va roto. El roto chileno es la estampa misma del desaseo. El exterior de Juan Verdejo es un puro harapo; un ser revestido de mugre y sordidez. El roto muestra sus sucias carnes por los agujeros de los pantalones o su camisa; no le desazona la manera de cubrir su desnudez. Diríase que el roto desconoce la presunción. A primera vista, ésta es la impresión del forastero. Mas uno insiste, vuelve a observarle, pasa horas enteras absorto en esta tarea, y entonces llega a la conclusión de que Juan Verdejo, el Juan Verdejo harapiento, pringoso y sórdido, es uno de los seres más presumidos del mundo; se trata, evidentemente, de un *dandy* frustrado.

Me explicaré. El hecho de que el roto sea efectivamente roto no debe interpretarse en el sentido de que toda su persona, toda su indumentaria le traigan sin cuidado. Lo que sucede es que Juan Verdejo reserva toda su capacidad de aseo para los pies y la cabeza. He empezado por decir que el roto es un tipo paradójico. Pues bien: los pies y la cabeza le hacen al roto andar de coronilla. Esto no quiere decir que sus modelos de zapatos y sombreros sean de última novedad, sino sencillamente que no hay roto que vaya descubierto o que use alpargatas. Cualquiera de estas dos cosas las consideraría Verdejo una vejación. En este país, el distintivo infalible entre un roto y un señor radica en que aquél, indefectiblemente, lleva sombrero y éste va a pelo; es decir, lo contrario de lo que sucede en la vieja Europa. Ahora, hablar de la forma, calidad y conservación de estos sombreros ya es otro cantar; el muestrario, como el lector imaginará, no puede ser más divertido. Generalmente se trata de flexibles informes; mejor dicho, multiformes, agujereados o parcheados, desprovistos de alas o de copa, con los bordes roídos por la polilla. Los churretes, la cochambre que en ellos se acumula es indescriptible. En este aspecto, lo que se quiera; se puede dejar suelta la imaginación sin ningún riesgo. Nunca, por muy calenturienta que sea, podrá aproximarse a la realidad. Eso sí, jamás falta el sombrero en la cabeza de un roto. Al parecer, esta precaución la toman como medida protectora del cabello. El cabello parece ser lo más importante del mundo para el roto. Me aseguran que se trata de una reminiscencia araucana. Sea como quiera, lo cierto es que Juan Verdejo hace frecuentes altos en su tarea para pasarse una mugrienta peineta, que indefectiblemente porta en el bolsillo, por su cabeza.

Algo análogo diríamos de los pies. Por el momento, repito, el roto ha rechazado de plano la alpargata. En Chile no existe industria alpargatera por carencia de mercados. Aquí, el que no puede llevar zapatos va descalzo. Algo parecido acontece con la bicicleta. La falta de industria alpargatera puede ser

considerad un símbolo del orgullo chileno; la de bicicleta, un símbolo de su comodidad. El chileno, con tal de que «le lleven», es capaz de estacionarse dos o tres horas en la parada de un autobús. Es muy cicatero de sus energías. Consumirlas para trasladarse de un sitio a otro es inconcebible aquí. En Santiago es muy frecuente detener un automóvil en la calle para preguntarle si lleva la dirección que nosotros deseamos. Cualquier cosa, antes que mover las tabas. Mas me voy por las ramas; volvamos a los pies de Juan Verdejo. El roto, ya digo, no concibe otro calzado que los zapatos. Se compra un par cada año, cada tres años o cada cinco, pero son zapatos y no se apea de ellos hasta que no se caen a pedazos; más exactamente mientras no se cae el último pedazo. Eso sí, a ese pedazo le sacará lustre los sábados por la tarde en un *limpia* de la calle Ahumada mientras se fuma tranquilamente un cigarrillo.

El roto, en resumen, es una mezcla explosiva, un ente contradictorio que sólo vela por sus extremos. El roto tiene madera de sibarita; lo que sucede es que no ha desplegado del todo estos sentimientos o estos afanes, porque hacerlo así representaría mucho dinero, y este dinero le supondría mucho trabajo, y el mucho trabajo excluiría ya, por principio, la buena vida. Juan Verdejo, a lo que se ve, está encerrado en un círculo vicioso. El roto, desde que nace, establece una gradación de necesidades: vino, juego, comida, zapatos, etc., y el usar pantalones como Dios manda no lo considera tal; no valen para él el esfuerzo que representan.

El placer de robar cosas inútiles

El roto constituye un elemento a considerar dentro de la pillería santiaguina. No todo roto es un pillo —siquiera propenda a ello—, aunque sí todo pillo es un roto. De esto a identificar al roto con el *cogotera* media un abismo. El roto comete pequeños delitos contra la propiedad con una desfachatez no exenta de gracia. A veces uno piensa que hurta o roba por mantener su prestigio. El roto o, mejor, el roto que por añadidura es pillo, quitará un solo zapato, unas gafas graduadas o las gomas del limpiaparabrisas de un automóvil por el elemental placer de pulsarle el gusto a lo prohibido. El robo de cosas inútiles, teóricamente invendibles, es fenómeno que en Chile está a la orden del día. Yendo en un autobús presencié cómo un roto quitaba el sombrero a una pobre señora confiadamente asomada a la ventanilla, sin más esfuerzo que el de levantar la mano. El roto contemplaba el sombrero con mirada socarrona en el borde de la acera, como diciendo: «¿Qué me hago yo con esto?», en tanto el autobús se alejaba y la señora prorrumpía en gritos de indignación. Como

máximo, el roto se peleará con su rival, navaja en mano y con la chaqueta arrebujada en la otra, a modo de escudo; nunca irá más allá. El cogotero, pues, pertenece a otra especie. El cogotero requiere nocturnidad y despoblado. Generalmente ataca por la espalda y mata sin preguntar antes si la cartera de la víctima vale el sacrificio. Improvisa también. Recién llegado a Santiago tuve noticias de un horrible asesinato de un hombre a quien dos individuos rociaron de parafina y le prendieron fuego; todo por quince o veinte pesetas. En Santiago existe el verbo *cogotear* para concretar la manera de actuar de estos criminales. Empero, esto no significa que en Santiago los delitos de sangre se encuentren a la vuelta de la esquina. A fin de cuentas, los crímenes son en Chile iguales a los de otras partes, siquiera respondan a otra motivación; el criminal chileno no *cogotea* por sadismo como el británico, ni por ardimiento como el español, sino por puro y elemental primitivismo. A la víctima, pienso yo, ha de darle igual.

Mas estos cogoteras apenas si dan carácter a la vida del hampa santiaguina. Para mí, los delincuentes moderados son más representativos, más característicos. Me refiero a esos individuos que roban el sombrero a una señora que se asoma a la ventanilla del autobús o que hacen andar en guardia a los empresarios de espectáculos, porque son muy capaces de hacer una falsificación de localidades en un par de horas. El color, texto y tamaño de las entradas del fútbol se lleva tan en secreto en Chile como puedan llevarse en Rusia o Norteamérica las actividades atómicas.

El «huaso», protagonista del folklore chileno

Y puestos a definir a Chile por sus tipos peculiares, yo no podía omitir aquí una alusión al *huaso*. El huaso es el campesino chileno; una especie de gaucho de otras latitudes. Tipo apuesto, altanero, de indumenta pintoresca y ademanes de gran señor. Lo más convincente del huaso es que no se trata de un hombre disfrazado para asombro y satisfacción de turistas. En España hay, es cierto, una gran riqueza de trajes regionales, pero estas indumentarias no son ya de uso, sino de exhibición. Huelen a humedad, a años y a naftalina. El huaso es un tipo fresco, flamante, recién estrenado. Uno se asoma al campo y ve aproximarse un jinete arrogante que se descubrirá ante el forastero con un amplio ademán, muy versallesco, y le dará cortésmente el «buen día» o las buenas tardes. Este hombre tiene, sin duda, un cierto aire de caballero andaluz. No obstante, su vestimenta es más abigarrada: sombrero alón negro o gris, camisa de colores llameantes, chaquetilla abotonada a un lado, faja

ancha, policroma; pantalón ceñido y zapato de alto tacón («taco lechero» para el criollo), rematado por una espuela del diámetro de una naranja. El huaso suele llevar, además, sobre los hombros un poncho o chamanto de tonos ardientes. En suma, el huaso es el más apropiado aditamento de la campiña chilena.

Pues bien, este atuendo, insisto, no es un disfraz. En Chile, el tipismo, a Dios gracias, no responde todavía a una actitud deliberada. Este huaso, que en las cabalgadas ya resulta ostentoso y decorativo, adquiere especial realce en los rodeos, los apresamientos con lazo o en el típico baile de la cueca, con música de un agridulce melancólico. La cueca se baila a los acordes del arpa y las guitarras, a las que el tintineo nervioso de las espuelas añade un matiz vital. De todo esto se deduce que el folklore chileno tiene en esta figura apuesta, de movimientos acompasados, del huaso, su verdadero protagonista.

CAPÍTULO XI

La cocina criolla es tan compleja como contradictoria

Uno, que propiamente no es un *gourmet*, no es el juzgador ideal de la cocina chilena, tan compleja como contradictoria. Pero a la fuerza ahorcan, y si es frecuente que uno tenga que hacer de tripas corazón, bueno será que, por una vez, intente hacer de corazón tripas; es decir, supla con buena voluntad su carencia de condiciones para el oficio.

Empiezo por reconocer que a mí tanto me da encontrarme frente a una carta abastecida que ante una carta rudimentaria; con mucho o con poco, inevitablemente atraco en el par de huevos y el solomillo. Con esto quiero advertir que no sólo soy enemigo de la cantidad, sino de cuanto implique innovación. Lo que no probé en treinta y cuatro años no me gusta probarlo ahora. Sin duda es éste un principio bastante estúpido, lo que no quita para que yo lo respete como a la Iglesia. Uno no es un gastrónomo, si bien la obsequiosidad chilena le haya forzado a intentarlo en estas ocho semanas. En honor a la verdad, debo reconocer que la hospitalidad de este país me ha dejado una huella tan profunda en el corazór como en el hígado. Aspiro a que aquélla sea imborrable, pero que no suceda lo mismo con ésta. En suma: en este país he traicionado mis principios, he comido de todo y he bebido de todo. La generosidad chilena no se estanca en la invitación; uno tiene, además, que probar y dictaminar. Por esta razón el tiquismiquis, el hombre cargante y lleno de prejuicios para comer, o se corrige o se muere en Chile. A Dios gracias, yo confío en haberme corregido.

Cebolla, perejil, ají y choclo

Para mí constituyó un descubrimiento poco grato el uso y abuso que los cocineros chilenos hacen de la cebolla, el perejil, el ají y el maíz, que los

criollos llaman *choclo*. Antes de empezar a comer, ya le presentan a uno un platito de ajís, para abrir boca. Luego irá llegando la comida y en cada plato, bien sea de sopa, bien de pescado, bien de carne, apuesto a que no faltarán ni cinco veces de ciento la cebolla y el perejil (cebolla cortada en grandes rodajas y con esa suavidad un tanto repulsiva que le da la cocción; perejil espolvoreado no como elemento ornamental, sino perejil por las bravas, un perejil excesivamente sabroso, cuyo gusto prevalece sobre todo otro condimento). ¿Y qué decir del choclo? Uno no probó el maíz, sino transformado en gallina, hasta llegar a Chile. Aquí, el choclo lo cercó, lo acosó y uno, al fin, no tuvo otra salida que transigir; comió choclo: choclo tostado, pastel de choclo, salsa de choclo, ensaladilla de choclo, porotos *graneaos* y las estéticas, inefables y prestigiadas *humitas*, de las que más tarde hablaré. Cuando el choclo vulnera la primera línea de resistencia, uno puede considerarse una colonia del choclo; la invasión es fulminante y total. Pues bien: yo llegué al choclo cargado de resabios, de una íntima, casi cordial repulsión. Hoy puedo afirmar que el choclochoclo, el choclo tostado, sigue sin agradarme; su falta de gravidez en la boca, su insulsez coruscante, su inconsistencia me revientan. En cambio, los porotos *graneaos*, o sea las alubias blancas con una salsa espesa a base de maíz rallado, son sencillamente exquisitos. Lo mismo digo del pastel de choclo, una audaz combinación de pollo y maíz con dulce encima, y aun del maíz tierno dentro de la ensaladilla.

Otro elemento del que no puede prescindirse al abordar el tema de la cocina chilena es el aceite. El español, acostumbrado al aceite de oliva, extraña el gusto un tanto adhesivo del aceite de maravilla (girasol) que aquí se emplea. De todas formas, hay cocinas donde uno, honradamente, no sabría discernir sobre la procedencia del aceite utilizado. Fuera de aquellos casos, el paladar español, amoldable y dócil, termina por prescindir de este elemento a la hora de calibrar los matices de un manjar determinado.

Lo *soso y lo explosivo*

Y ya en este trance, he de expresar mi perplejidad a la hora de señalar las características de la cocina chilena. Si me dejara guiar por mi primera comida (cazuela de ave, locos y panqueque) afirmaría sin vacilaciones que la cocina criolla es más bien insulsa. Por el contrario, si yo hablase a raíz del curanto ingerido en Valdivia, pecaría de insincero si no dijese que la cocina chilena es vivificante, literalmente explosiva. En este país, uno pendulea inevitablemente entre dos extremos. Creo haber dicho ya que para el chileno

la virtud no reside en el término medio. Con la cocina, el fenómeno persiste. Uno puede almorzar como una reverenda y cenar como un vasco. A mí me habían hablado ya de los locos como plato característico chileno. El loco es un marisco demasiado grande y fácil para ser sabroso. No hay que mondarlo, no hay que reunir varios para hacer bocado, no hay ni siquiera que desnudarlo como al percebe. Uno se escama, por aquello de que nunca hubo rosa sin espinas. Así el loco resulta duro, untuoso, más bien insípido.

Con las humitas, otro de los manjares chilenos del apartado de los sosos, ocurre algo muy singular. Uno, al ver aparecer las humitas en la mesa, siente deseos de palmotear, de cantar villancicos. La presentación de las humitas tiene una candorosa prestancia de regalo navideño. Llegan envueltas en grandes hojas de maíz y prendidas con un lazo artístico de la misma hoja. La cosa atrae, es indudable. Uno, al desenvolverlas por primera vez, experimenta una invencible y delicada emoción de cumpleaños. ¿Qué va a salir de ahí? Luego, lo que sale de allí a mí no me satisface: un alimento pastoso (maíz rallado con cebolla —¡cómo no!— y especias, no de las más fuertes), con cierta tendencia a lo dulce. Hay otras humitas saladas francamente más agradables. En todo caso, tampoco la cocina chilena me conquistó por las humitas. Y otro tanto diría del pisco, la bebida nacional chilena, con un lejano regusto vegetal, si bien este «trago» resulta innegable que va convenciendo al paladar por días. Entre el trago de iniciación y el de despedida se extiende toda una teoría de la persuasión del gusto.

El caldillo de congrio, las lenguas de erizo, el curanto y las cholgas constituyen una espléndida contrapartida. Son platos que lo mismo sirven para resucitar a un muerto que para matar a un vivo; platos cargados con pólvora negra, lancinantes, sabrosísimos, invernales. El curanto típico del sur se cocina sobre un hueco excavado en el suelo y revestido de piedras candentes. La mezcla de carne —vaca, ave y chancho o cerdo— con mariscos y verduras se recubre con hojas frescas de ulmo y tierra encima. No es preciso adjetivar los resultados; son previsibles. De parecido calibre son las lenguas de erizo en crudo (adobadas con vermout, coñac, tomate, salsa inglesa, pimienta, limón y azúcar), cuyo sabor a yodo es tan fuerte que se impone al de la misma salsa y las cholgas —especie de mejillón gigante—, tal como las he comido en Puerto Montt, recreándome de antemano en su preparación. (Las cholgas vivas se envuelven en una arpillera húmeda y se colocan sobre una parrilla que, a su vez, va dispuesta sobre un brasero de carbón de espino. Allí se las deja mientras el saco no cese de humear. De este modo la cholga, cerrada, se cuece en su propio jugo). Se sirven con pebre, salsa típica

compuesta de cebolla picada muy fina, cilantro (con s redonda, como puntualizan los chilenos para diferenciar la *c* de la s), limón, sal y agua. Las cholgas se riegan con vino blanco; beber tinto *chambreao* en esta circunstancia se consideraría delito de lesa gastronomía.

Las «once» y las «agüitas».

El chileno hace las mismas cuatro comidas que el español, aunque a horas más tempranas. Por una razón misteriosa, que no se me alcanza, a la merienda, que se hace sobre las cinco y media, la llama *once*. «Tomar once» consiste en tomar el clásico té inglés, con su tostadita, su mermelada —de ciruela, durazno o mora— y su mantequilla. En Europa, Inglaterra tiene fama de ser el país del mundo donde se consume mayor cantidad de té. Esto ocurre porque los europeos cometen el error de no frecuentar Chile. Chile, que ingiere mucho café y mucho vino, bebe té por barricas. Y no sólo los que se llaman señores. El roto y el campesino llevan su botella de té cuando salen a trabajar. A las guaguas, la gente del pueblo las desteta con té puro y ulpo —harina de trigo tostada—; nada de leche natural o en polvo. El té, sin duda, constituye otro vicio nacional. Las ciudades chilenas tienen un salón —esta vez el diminutivo salita sería inapropiado— en cada esquina, y de cinco a siete de la tarde es difícil encontrar sitio.

Por lo demás, el chileno desayuna de siete a ocho, almuerza a la una y cena a las nueve. Normalmente la comida más fuerte se hace de noche. Sobre este punto, resulta original la frecuencia con que en las mesas chilenas se sirven dos platos de carne en una misma comida: lengua con tomate y filete con patatas, por ejemplo, o bien pollo y solomillo después. Nunca se entra con sopa o consomé; de tres platos, éste es el del medio. Si son dos, el consomé huelga. La tradicional jerarquía de manjares, tal como se entiende en la vieja Europa, está aquí trastocada. En una casa encopetada me sirvieron porotos —alubias blancas— de tercer plato.

Para desengrasar, el chileno toma café puro. Pedir una gota de leche para cortarlo es crear un problema. Solamente los enfermos crónicos renuncian aquí al café de sobremesa y se inclinan por el *agüita*. He aquí otra típica institución chilena. Hay *agüita* de boldo, de cedrón, de limón y de menta. El *agüita* se prepara con un arte especial, tostando el azúcar y echando la hoja en la taza. Los chilenos aseguran que el boldo es muy eficaz en las afecciones hepáticas y que Francia y otros países de Europa lo exportan en cantidad. En todo caso, los santiaguinos lo ingieren como «bajativo».

CAPÍTULO XII

Un paraíso para cazadores y pescadores

Sudamérica, por más que digan que ahora no es como antes, tiene mucho de paraíso para el cazador y el pescador españoles, habituados a la búsqueda intrincada de la perdiz y a la escasez y desconfianza del salmón y la trucha. Ciertamente, la reglamentación de caza y pesca en algunos países americanos, especialmente en Chile, data de ayer. Hasta hace muy pocos años no existían limitaciones ni en el tiempo ni en el procedimiento. Cada cual cazaba y pescaba cuando le apetecía hacerlo y empleando los ardides que estimara convenientes. Esta anarquía provocó una progresiva disminución de las especies en las zonas próximas a las grandes ciudades, donde la población se concentra. Hoy existe una ancha faja en torno a las urbes populosas donde la caza y la pesca hay que buscarlas, lo que no es obstáculo para que en la mayor parte del territorio sudamericano todavía sea posible hacer un morral jamás soñado para un europeo.

En la pampa argentina, por ejemplo, donde la liebre apenas se cotiza, pueden matarse fácilmente dos docenas de éstas en unas horas, y en los ríos del sur de Chile mal ha de darse para no cobrar treinta o cuarenta ejemplares de trucha de dos, tres y hasta cinco kilos de peso en una sola jornada. Omitimos hablar de la perdiz y la martineta de los llanos uruguayos, donde una mano de cuatro escopetas exigirá alquilar un camión para el regreso; y aun de los patos del río Calle-Calle, en Valdivia, donde acerté a derribar media docena en unos minutos, desde una motora y sin abandonar los carrizos que circundan la islita de Tejas. Esto quiere decir que América, en cuanto a cantidad, sigue siendo un paraíso para cazadores y pescadores, lo que no excluye que, en otros aspectos, la caza y aun la pesca presenten sus dificultades. Tal, verbigracia, las distancias. Tal, no menos, las alambradas del campo.

En Argentina me llamó la atención este hecho, que después he visto repetirse en Chile y Uruguay. Evidentemente, en Sudamérica no existe estancia ni fundo sin cercar. Las fincas son desmesuradas y la propiedad requiere una exteriorización. Esto implica que en este continente nadie puede cazar sin un permiso; no existe ese terreno libre, tan socorrido para el cazador

español. De cualquier manera, esto no es asunto grave, ya que a nadie que desee ejercitar la caza han de faltarle relaciones para obtener una autorización. La alambrada no significa vedado, siquiera en el sentido que nosotros lo entendemos.

Así las cosas, es obvio que sin necesidad de referirnos a las monterías cordilleranas o de la Tierra del Fuego, donde la caza de pumas, llamas, huanacos y carpinchos resulta relativamente fácil, Sudamérica ofrece unas perspectivas a los deportes naturales no comparables a las que pueda ofrecer el Viejo Continente. La cosa se comprende si consideramos el gran número de hectáreas totalmente incultas que aquí existen, habitadas por una pequeña población.

Perdices a la medida

Mas para el cazador español, lo más atrayente no es que la cantidad de caza sea mayor, sino que las especies sean distintas. Aquí designan como perdiz y codorniz a dos aves que no guardan la menor semejanza con las que nosotros consideramos tales, ni en su aspecto ni en sus costumbres. La perdiz americana, salvo el pico, más frágil y levemente corvo, es idéntica a nuestra codorniz, pero cuatro veces mayor.

Yo tomé contacto con la perdiz criolla en un fundo de Melipilla, donde me llevó a cazar mi amigo Eusebio Pavón. Al verlas arrancar, lo primero que se me ocurrió es que Dios hace las cosas al ritmo y medida de los hombres que han de disfrutarlas. La perdiz americana es retraída para el vuelo y confía su defensa al plumaje pardo, que la identifica con el color de la tierra. Es un animal enervado, sin fibra. Su filosofía de la vida es perfectamente chilena: no trabajar sino llegado el último extremo. Decididamente carece de la bravura y resistencia de nuestra patirroja. Algo de esto le ocurre a la liebre, que de ordinario pesa más de tres kilos, y que si levanta larga, es más bien panda para correr y jalona su fuga de súbitas paradas que dedica a la observación; es decir, tampoco desea hacer un gasto de energías superfluo sino, por el contrario, en la medida que le permita seguir viviendo.

Pero volviendo a la perdiz, su caza resulta cómoda y distraída. Normalmente se arranca de los pies, a postura de perro, y emite un silbido característico, como angustiado. Su vuelo es vivaz, pero recto y corto. Derribarla no constituye, pues, ninguna proeza. Salen muertas; basta con reportarse. A diferencia de la castellana, la perdiz criolla come toda clase de semillas y ello le permite vivir alejada de sembrados y rastrojos. En Melipilla

cazamos en un monte de espino, un terreno no demasiado arduo, pero enmarañado y difícil a trechos. Esta perdiz no apeona con la ligereza de las nuestras y rara vez sale a los caminos. Tampoco convive con ese sentido solidario con que lo hace la española. Suele distribuirse en grandes corros, pero sin agruparse; a lo más, se emparejan. En una palabra, la perdiz americana se asemeja a la codorniz europea, no ya en el plumaje y la contextura, sino en sus costumbres.

Por contra, la codorniz criolla es menos roncera y cachazuda que la nuestra y su plumaje mucho más pintoresco, particularmente el del macho, cuya pechuga va veteada en gris y marrón y su cabeza rematada por un penacho negro, muy airoso, en forma de interrogación. Resulta más grácil y esbelta que la española, habita en el monte y su vuelo es alegre, ruidoso, con su poquito de malicia. Carece del hábito migratorio, supuesto que en Melipilla cobramos cuatro ya prácticamente metidos en el invierno. Este hecho hace posible que en un mismo cazadero pueda conseguirse una percha variada, particularmente en las zonas donde la tórtola inverna, agrupada en bandos de centenares y a veces millares de individuos.

Pescar truchas con un cordel y un alfiler

Si esto sucede con la caza, la pesca no le va en zaga. Chile es el país de los mariscos. En Chile se encuentran mariscos que no se dan en otros lugares del mundo. Pero incluso los que se dan en todas partes distinguen a Chile con su predilección. Prácticamente, los cuatro mil quinientos kilómetros costeros del país constituyen un vivero inapreciable de las más variadas especies. Esto no quita para que cada zona sea famosa por un marisco o un pez determinados: Coquimbo, por el ostión; la isla de Juan Fernández, donde naufragó Robinsón Crusoe, por la langosta; la angula da fama a Valdivia; el erizo, a Puerto Varas, y a Puerto Montt, la centolla. Iquique tiene renombre por su abundancia de atún; la zona central, por el pejerrey, un pescado blanco verdaderamente suculento, y todo el litoral, por el congrio en sus tres variedades, negro, rojo y dorado. Mas la captura de estas últimas especies requiere la motora, la caña fija, el torniquete y demás. Es más bien un deporte aristocrático. En cambio, la trucha y el salmón están al alcance de cualquiera.

No hablo por referencias. La veda de la trucha y el salmón se inicia aquí a mediados de abril. Pues bien, a primeros de este mes yo he visto extraer del río Tinguiririca una trucha arco iris de dos kilos con un cordel y un alfiler. Antes de que en el país se reglamentara la pesca, se sacaban, por lo visto, a la

superficie toneladas de estos peces utilizando explosivos. El sistema está ahora prohibido y gracias a la prohibición aún es factible conseguir treinta o cuarenta unidades en un día con una modesta caña y un modesto anzuelo. Afortunadamente para los aficionados chilenos, la zona sur de este país es, sin metáfora, el fin del mundo; pilla a los golosos pescadores de otros países un poco a trasmano. Los cursos de los ríos Cautín, Rahue, Tinguiririca, Itata, Maulen, Claro, etcétera, en toda su extensión, están poblados de truchas, pero además ofrecen rincones de una amenidad insuperable. Surcarlos en una barquichuela, con la caña a punto, constituye uno de los pocos placeres completos que van quedando en el mundo.

CAPÍTULO XIII

Norte y sur: dos paisajes, dos tipos, dos formas de vida

A mi amigo Julio Beiner,
que me guió por el sur de Chile.

Frente al santiaguino, que, ganado por esa infantil vanagloria característica de los moradores de las grandes ciudades, considera que, fuera de Santiago, Chile no merece dar un paso, el viajero tiene razones para afirmar lo contrario; es decir, que Chile, con su personalidad y su pujanza, su fisonomía y su esencia, se encuentra, precisamente, fuera de la capital. Santiago no cierra Chile. Al santiaguino le cuesta arrancar de Santiago como al madrileño le cuesta arrancar de Madrid. Está imantado por el viejo prejuicio antiprovinciano, tan infundado como vacuo; prejuicio más extendido en el nuevo que en el viejo mundo, tal vez porque las pequeñas poblaciones americanas, en lo que a confortabilidad se refiere, se hallan todavía a un nivel muy por bajo del de sus correspondientes capitales. Mas Santiago —como Buenos Aires o como Río— no puede darnos la síntesis del país cuya capitalidad ostenta; resulta insuficiente para definírselo. Todas las grandes ciudades, tanto del mundo antiguo como del nuevo, exhalan un vaho cosmopolita que en fuerza de general deja de ser característico. Son urbes heterogéneas que alian factores de signo no sólo distinto sino dispar, fenómenos que se acentúan en estas ciudades sin tradiciones, crisoles donde se han fundido razas llegadas de todos los rincones del mundo.

Santiago engloba un tercio de la población chilena, de tal modo que la geografía del resto del país, con sus cuatro millones de personas mal repartidas, a todo tirar, está prácticamente deshabitada. Chile no produce esta impresión. Uno encuentra caseríos, pueblos chicos y pueblos grandes por todas partes. Luego resulta que estos poblados son epidérmicos, no calan. Si se profundiza más allá de las vías de comunicación, que son escasas, uno encuentra la soledad. En el norte, fuera de las minúsculas ciudades —oasis y

centros mineros—, no hay sino desierto. Esta falta de densidad demográfica no justifica la identificación de Chile con Santiago, su capital. Chile representa mucho más que eso; Chile es un gran país con un norte y un sur; mejor dicho, su longitud inusitada le da derecho a varios nortes y varios sures, tal vez para compensarlo de sus costados mochos. Los chilenos emplean una denominación convencional que arranca de Norte Grande y termina en la Zona Austral, pasando por el Norte Chico, Zona Central y Zona Sur. En todo caso, las dimensiones de esta crónica, mi somero concepto de algunas regiones y el total desconocimiento de otras muchas, así como la brevedad de mi permanencia en el país, me aconsejan generalizar: oponer un solo norte, bravo, rudo, extremoso y fuerte, a un solo sur, dulce, pintoresco, agropecuario y enervante. El norte del paisaje violento, de una agresividad torturadora, el sur de las praderas húmedas, de una apacibilidad bucólica.

La zona del nitrato y el cobre

Esta contraposición de panoramas comporta una contraposición de caracteres. La tierra hace al hombre; la tierra transforma al hombre. El hombre del sur, sosegado y con notoria inclinación a la indolencia, adquiere, en pocos meses de vida en el norte, las notas temperamentales de los habitantes de esta región: laconismo, laboriosidad, abnegación, fortaleza. El hombre del sur conserva el espíritu comunicativo y generoso que da la vida fácil. El hombre del norte es hombre de mina, de esfuerzo, de lucha, por decirlo en una palabra. No obstante, el mísero, el desheredado, marcha al norte porque no teme las dificultades y le atrae el señuelo de los elevados salarios. Tal vez, a la larga, sucumba debido a la aspereza agotadora de su trabajo y a sus asuetos viciosos. Tal vez, poniendo a prueba su voluntad, alcance a redimir su miseria practicando un ahorro constante y paciente. El norte esconde siempre una incógnita.

Mi mayor sentimiento al marchar de Chile es no haber dispuesto de tiempo para conocer y visitar el norte del país. Sus habitantes no me son desconocidos porque aún es posible, ya que no fácil, hallarlos en Santiago o Valparaíso. Tampoco la perspectiva general de la región, siquiera mi conocimiento derive de experiencia tan liviana como es haberla sobrevolado en un viaje aéreo relámpago. No obstante, la esencia de la zona se capta en un vuelo. Ese desierto ímprobo, inhóspito, jalonado de ciudades-oasis que fueron crecientes y prósperas allá por el año 1920, cuando el salitre financiaba el presupuesto del país.

Hoy, el salitre —o el nitrato— va perdiendo sus mercados. La competencia del nitrato industrial resulta muy sensible. De este modo las ciudades-oasis, que no sólo nacieron sino que vivieron y prosperaron a costa del salitre, sostienen hoy una existencia declinante e incluso algunas, como Calama y Antofagasta, son verdaderas ciudades en agonía.

Aún queda el cobre, es cierto; el cobre y esa riqueza que uno presiente en cada rincón chileno; esa riqueza que el futuro alumbrará para elevar a Chile a un nivel de gran potencia económica (es éste un presentimiento que gravita como un halo fácilmente perceptible sobre toda la longitud del país). Hoy el norte constituye un mundo de pequeñas ciudades aisladas, sin otra comunicación cómoda que el avión. El desierto las une y las separa. Un desierto salitrero de rutilante albura. Apenas en algunas zonas, un breve pasto, el coirón, vocablo que sirvió de título afortunado a una de las mejores novelas de Daniel Belmar. De la parte de la cordillera, la vegetación no aparece sino franqueando las corrientes de los ríos que serpentean por el fondo de barrancas, foscas y verticales, como hachazos. Los picachos asumen tonos volubles acordes con la posición del sol, pero en cualquier caso áridos y desolados. Tal es el escenario de unas vidas sufridas y heroicas, de una impasibilidad mineral. Escenario que si no una atracción para turistas superficiales, amantes del cromo y del tecnicolor, sí encierra la soberbia grandeza que en toda circunstancia se esconde en los tramos de naturaleza hostil, cuando el observador los sabe, a pesar de todo, habitados por el hombre.

Siempre hay más sur

El sur es la antítesis. Es zona que se brinda al turista fresca y dulce como una breva madura. Con el sur acontece un fenómeno curioso. Uno baja quinientos kilómetros, hasta Concepción, y cree hallarse en pleno foco sureño, pero el nativo le desengañará: «¿Va usted al sur? ¡Lindo paisaje!. —Uno baja otros quinientos kilómetros y se llega a Temuco. Uno piensa—: Ya estoy en el sur», pero el temucano le dirá: «¿Al sur? ¡Ya verá cosa linda!». Uno se llega a Valdivia, y le ocurrirá otro tanto. Esto quiere decir tanto como que nadie tiene en este país conciencia de sureño —hecho explicable, supuesto que Chile es tan largo, tan largo, que por mucho que uno baje siempre queda más sur—, que el pintoresquismo de la región va en aumento conforme nos aproximamos a Punta Arenas, la ciudad más meridional del continente. Con el

pintoresquismo van aumentando también, progresivamente, las nubes, los árboles, los alemanes y los ponchos.

El sur de Chile tiene un clima muy húmedo. De marzo a diciembre las lluvias son casi constantes y con frecuencia torrenciales. Esto determina su fisonomía, de una gratísima exuberancia vegetal. Con las lluvias llega el viento fuerte, racheado, de tal forma que el paraguas en Puerto Varas o Valdivia es prácticamente un trasto inservible. Si el viento es norte, «nortea, —y si es sur—, surea», y que la mayor parte del año «surea» lo demuestra el hecho de que las copas de los árboles están indefectiblemente vencidas del lado norte.

El paisaje del sur de Chile tiene mucho del norte español, con mayor lujo de geografía. Los Andes se van disolviendo en formas más blandas y asequibles, siquiera en la zona de los lagos adopten una conformación volcánica espectacular. Nada más congruente para decorar un volcán que un lago; nada mejor para decorar un lago que un volcán con la cúspide de la pirámide blanca de nieve. Tal ocurre en los lagos Villarrica y Llanquihue con los volcanes Villarrica y Osorno, o en los volcanes Villarrica y Osorno con los lagos Villarrica y Llanquihue. Tanto monta. La naturaleza en estos rincones se derrama con una prodigalidad sin medida. Los contrastes del agua, de un azul intenso, con los negros bosques de araucarias circundándola y la albura resplandeciente de los volcanes rematando la perspectiva, resulta de una plasticidad formidable; de un poder de seducción al que nadie lograría sustraerse. La región de los lagos, al sur de Chile, será sin duda uno de los paisajes más admirables del mundo. En torno a la vida vegetal existe siempre un hálito de ternura, de la misma manera que en torno a toda concentración de tipo mineral gravita una atmósfera amedrentadora de violencia (tal sucede, por ejemplo, en el centro de los Andes). Pues bien, a partir de San Rosendo, esa sensación tierna, íntima y placentera, no le abandona al viajero hasta llegar a Puerto Montt. En la hostería del cerro ñielol, en Temuco, en compañía de mis amigos Julio Beiner y Ponciano Ortega, con la pequeña y hermosa ciudad a nuestros pies, oí cantar una canción sureña que resume en su dulzura melancólica, en su ingenuidad sentimental, las impresiones que asaltan al viajero ante estos parajes. La letra dice así:

¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande que va a la mar!
Si lo aumenta el llanto mío,
¿cómo grande no ha de estar?

Río, río, río, río,
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar.

Prusianos con poncho chileno

He dicho antes que conforme el viajero avanza hacia el sur aumentan también los alemanes. La colonia alemana no es perceptible en Santiago sino a través de ese producto —en el que han tomado tanta parte los Caupolicán como los Pérez, los Von Muhlenbrock y los Smith— que es la mujer santiaguina; ese importante porcentaje de mujeres santiaguinas de ojos claros, cintura flexible y remo largo. Hacia el sur la presumible veta germana se va decantando hasta brindar sus ejemplares de raza purísima en Valdivia y Puerto Varas.

La predilección de los alemanes por la zona sur del país es patente. Valdivia y Puerto Varas son ciudades perfectamente germanas, en su fisonomía y su ritmo. Ambas, a diferencia de Concepción y Temuco, poblaciones en transición, en franco desarrollo, constituyen dos ciudades perfectamente rematadas, asépticas y hermosas, con sus barrios de chalets de madera —rojos, amarillos, verdes—, con tejados de acentuadas vertientes. El alemán, cuya existencia denuncian los gargarismos de sus rótulos comerciales, hace lo mismo a la agricultura que a la industria y al comercio. El temperamento germano resulta de una ubicuidad envidiable. El alemán, alejado de su patria, se encuentra feliz en este paraíso, donde no alcanza el acre olor de las guerras. Valdivia, ceñida por el caudaloso Calle-Calle, a su vez salpicado de verdes islas frecuentes, y Puerto Varas, al borde del lago Llanquihue —‘lugar perdido’—, constituyen dos ciudades armoniosas, de una belleza sedante. Son urbes madereras y agropecuarias, a diferencia de Osorno, más populosa y deslavazada y con gran movimiento mercantil. De Temuco —último reducto del indio araucano— y Concepción —la ciudad de la cultura— hablaré más adelante. Mas dentro de esta región, de notoria influencia germana, no es posible omitir Puerto Montt, ciudad activa, abocada a un brillante porvenir, que hoy día apenas sobrepasa la condición de refugio provisional, pero de un escenario natural maravilloso. El puertecito pesquero de Angelmó, donde las carretas de bueyes se introducen en el agua para recoger el pescado, con su calle principal flanqueada por grandes barracones, recuerda vividamente esas ciudades incipientes inmortalizadas en los *western* norteamericanos.

Salir de Santiago hacia el sur supone tomar contacto con la indumenta chilena, decir adiós a la americana y al gabán. En las estaciones uno no ve más que ponchos, chamantos y sombreros alones negros. Ponchos pardos, grises, de tonos discretos en general. El viajero piensa: «¡Cuántos huasos!». Mas cuando el presunto huaso se arranca a hablar con un tono profundo, gutural y autoritario, uno recela que muy bien podría tratarse de prusianos disfrazados. Así es, en realidad, aunque la adaptación del alemán no afecta únicamente a las apariencias. Entre chileno y alemán se da un fenómeno muy interesante de simbiosis. En todo caso, en las pequeñas urbes del sur, se hace patente el espíritu ordenancista y disciplinado del alemán. La combinación es muy eficaz. El germano aporta una nota de seriedad; el chileno imprime una discreta elasticidad al cerebro un tanto cuadriculado, geométrico, del germano. La aleación, repito, no sólo es plausible sino ventajosa. El sur de Chile, si un tanto ligero de población, es una región bien organizada.

Sobre los campos del sur rara vez aparece la manipostería. Las casas, las pequeñas granjas son íntegramente de madera. La arquitectura resulta variada y en cierto modo personal, aunque a veces ante los rojos tejados de algún poblado, ceñido de verdes praderas, uno piense en el Tirol. Las casitas campesinas suelen tener su porche y una cocina separada del resto de la vivienda por temor a los incendios. En torno, las vacas, los borregos, los chanchos negros. A primera vista el viajero imagina que no hay razón para que en Chile la carne sea un problema. Eso sí, lo que no falta en parte alguna, aun cuando nos hallemos en el pórtico del invierno, son las flores; flores de todos los tamaños y tonos; hermosas flores, entre las que destaca el copihue rojo, elevado a la dignidad de símbolo nacional.

CAPÍTULO XIV

El ocaso del indio araucano

El poeta don Samuel Lillo, venerable figura de las letras chilenas, fue el primero que me habló, lamentándolo, del inevitable ocaso del indio en el país. Don Samuel Lillo, escritor galardonado en Chile y en España, fue siempre defensor del bravo araucano, y ello explica el hecho de que su casa sea hoy un verdadero museo de arte y artesanía araucanos, con la particularidad de que la mayor parte de las obras van ilustradas con expresivas e inefables dedicatorias. Fue, asimismo, don Samuel Lillo quien me informó de la actual existencia lánguida, literalmente moribunda, de la reducción india de Temuco y quien me animó a visitarla. Antes de hacerlo ya me había sorprendido la pureza racial de Chile; sorpresa acrecida por el hecho de que los países sudamericanos tienen generalmente un elevado porcentaje de hombres de color. En Chile, empero, no he visto un solo negro. Al margen de las facciones típicamente indias de buen número de habitantes de las zonas altas de la cordillera, Chile, repito, me sorprendió por sus características étnicas incontaminadas. De aquí que el desplazamiento a Temuco constituyera para mí motivo de enorme interés. Temuco está situado al sur de Chile. Es una ciudad reciente —apenas cuenta setenta años de vida— levantada precisamente en el límite de la reducción araucana. Esto justifica que los indios llamen a Temuco «La Frontera». Hay que tener en cuenta, para situar la ciudad, que Chile es el país del mundo que tiene más sur; digamos, más o menos, dos mil kilómetros de sur. Pues bien, la ciudad está situada en el centro de esta extensa zona, una de las más fértiles del país.

Basta asomarse a Temuco para topar con los indios. Temuco es una combinación de indios y alemanes. A ningún forastero se le ocurriría pensar al llegar a Temuco que se encuentra en una ciudad de origen latino. Temuco es una explosión de *chauschaus* y expresiones guturales. En la misma estación del ferrocarril aparecen las indias ofreciendo al forastero, sin la menor ansiedad mercantil, trabajos de greda, cinturones, alfombras, mantas, ponchos y *trailoncos*. Al indio no es tan fácil descubrirlo. Uno no divisa indios por ninguna parte, al menos el indio que espera encontrar. Amigos chilenos le informan de que el araucano vive deliberadamente recluido en la

reducción de Maquehua; el indio chileno no conserva ya otra ambición que la de dejarse morir. Esto equivale a afirmar que la extinción del indio araucano en Chile es cuestión de pocos años. A ojos vistas se puede observar cómo la raza languidece, oprimida por el collar asfixiante de la civilización. El indio araucano no acierta a convivir con el confort y la disciplina. Así pues, la raza desaparecerá en poco tiempo, aunque su rastro perdure tanto como el mundo. El sur de Chile está transido del espíritu indio. La eufonía de las voces araucanas asalta al forastero por todas partes. Vocablos sonoros delicadamente musicales, con una equivalencia poética cristalina: Malleco (Río de greda blanca), Curicó (Agua negra), Copiapó (Pluma de oro), Pillalelbun (Cueva del diablo), Curacautín (Piedra de río). Esta nomenclatura luminosa corresponde a una civilización elemental que en todos los órdenes influye e influirá en el desarrollo histórico del país.

El indio, enervado e incapaz

Los araucanos supervivientes no se han concentrado en la reducción de Temuco por afinidad, por exigencias de sangre, sino por decreto. La actual convivencia no obedece, por tanto, a un movimiento espontáneo de solidaridad, sino a una disposición de gobierno. El indio, desde la Conquista, entrañaba un problema grave, máxime si tenemos en cuenta su obstinación. (La última revuelta provocada por la araucanía data de los comienzos de este siglo). Para concluir con este estado de cosas, el Gobierno chileno estableció la reducción de Temuco, dividió la tierra —buena tierra; fértil tierra— en pequeños lotes y los distribuyó entre las familias araucanas. De este modo se ocupaban unas manos que, incontroladas, constituían una amenaza. En punto a seguridad, la medida dio resultado. Empero, el indio no la acepta; en la reducción de Maquehua he visto indios resignados, nunca satisfechos. Indios —para decirlo de una vez— dolientes, que arrastran una existencia deliberadamente mísera, en perpetua huelga tácita de brazos caídos, porque su raza no nació para el trabajo de la tierra dentro de una colectividad disciplinada. Percatado el Gobierno de la mediocridad intelectual del indio, de su carácter reacio a la disciplina, limitó su personalidad prohibiéndole enajenar la tierra adjudicada, es decir, equiparándolo a un menor o a un deficiente mental. Las consecuencias son notorias. Los campos de la reducción están incultos en buena parte y, en otra, los trabajan las mujeres. El indio varón permanece impávido a la puerta de las *rucas*, con la botella a

mano, esperando que todo se consume. Rara vez se le verá dar un paso por mejorar de situación; acepta el actual estado de cosas con un gran fatalismo.

La limitación de su personalidad está justificada. Actualmente el araucano es un ser irresponsable. Tal como lo he visto no es arriesgado aventurar que la raza perdurará poco tiempo. Hoy apenas si existen unas docenas de millares. Salvo excepciones, el indio es la encarnación de la pereza, de la abulia, de la más abyecta y ruin dejadez. Si se le dejaran las manos libres no tardaría unos meses en beberse las tierras. El alcohol ha enervado la raza de modo lamentable. Antes dije que su miseria es consciente; ahora he de agregar que alcanza extremos inenarrables. Sus condiciones de vida son, en general, puramente animales. Cuando yo visité la reducción y divisé de lejos las *rucas* dispersas sobre una hermosa tierra, ondulada y extensa, no se me ocurrió pensar que aquello pudiera ser un infierno. La aproximación me aclaró muchos puntos. Las chozas indias son construcciones primarias de tablas viejas con techado de paja de totora. Su tono es gris, tal vez para no desentonar del ambiente de Temuco, donde llueve —mejor, diluvia— nueve de los doce meses del año. Son viviendas (?) de una sola pieza, desnudas de mobiliario, con un agujero en el centro revestido de cantos ahumados sobre el que pende una olla abollada suspensa de una viga por un alambre. En torno no se divisa sino un telar rudimentario y cuatro camastros de paja. Los perros hociquean por todas partes. Las *rucas* no cuentan con otra ventilación que la que procura un minúsculo ventanuco en su costado norte. En la *ruca* que yo inicialmente inspeccioné, un indio, en cuclillas, bebía ávidamente de una botella. A mis indicaciones de que deseaba sacar una fotografía no me respondió sino con entrecortadas risotadas estúpidas. Fue la india, la *mapucha* —puesto que llamarles indios es insultarlos—, quien me atendió. La mapucha, de la que luego hablaré con mayor detenimiento, es sobria y abnegada. Sin su presencia —y no hablo ahora de su noble aptitud para procrear— la raza hace años que se habría extinguido. Ella pedía dinero por «posar». Era demasiado y no se lo di; más tarde encontré otras «modelos» más económicas.

El cuadro de esta *ruca* no representa una excepción. Aunque no con tanta minuciosidad, tuve ocasión de contemplar otras chozas. La impresión fue semejante. El indio no hace sino beber; se siente literalmente aniquilado. En modo alguno representa ya un peligro. Es preciso forzar mucho la imaginación para identificar a estos seres tan monstruosamente rebajados en su dignidad humana con los gallardos héroes del poema de Ercilla. Salvo su elasticidad felina y una suerte de untuosidad escurridiza e hipócrita, nada hay

en sus formas actuales que invite a la evocación. El *mapuche* es hoy un ser de apariencia fatalista, persuadido de su estrella declinante, dado a todos los vicios. Para el hombre civilizado, la visita a la reducción de Temuco constituye una fuente de remordimientos. Nadie puede decir hasta qué punto es legítima la imposición de unas normas de vida organizada, espiritualmente si se quiere más digna, a unos seres cuya razón de vivir reside en los horizontes abiertos, la improvisación y la libertad.

La mujer, sostén de la raza

La actitud del indio araucano ha forzado a la mujer a tomar las riendas del gobierno. La mapucha no se resigna a permanecer sentada viendo cómo se viene abajo un hogar, una tradición y una raza. La mapucha está ennobleciendo la decadencia araucana. En la *ruca* manda la mujer; en la reducción manda también la mujer. Esta ascendencia femenina brota de un acuerdo inexpresado. El hombre ha hecho dejación de sus atribuciones; la mujer, tácitamente, se ha hecho cargo de las exigencias de gobierno, persuadida de que, de otro modo, todo se hundiría. La reducción de Maquehua es, en definitiva, un verdadero matriarcado. La india conserva —o ha adquirido— un sentido práctico de la vida. Ha asimilado la tiranía del toma y daca; sabe que en el siglo XX, desgraciadamente, no existe otro modo de vivir. El dinero es necesario. De aquí que desde que amanece hasta altas horas de la madrugada ella no piensa más que en procurárselo. Con el marido, con los hijos no se puede contar. Así, la sufrida mapucha cava la tierra, teje, comercia en la frontera y, para desengrasar, desempeña el cuidado de las tareas domésticas. A veces, en sus desplazamientos, porta al *hueñi* —niño menor— en un capacho, a la espalda. La india es capaz de hacer así varios kilómetros. Lo más asombroso es que la mapucha acepta la situación sin una queja, con una sumisión dócil, cálida, cordial. Las debilidades de sus hombres —padre, marido, hijos— las soporta con generoso espíritu de comprensión. Eso sí, las dificultades de la vida han desarrollado en su pecho una descomedida afición por el dinero. La india todo lo cotiza; no hace un solo movimiento desinteresado. En la reducción de Temuco no es fácil obtener una fotografía sin pagarla. Naturalmente, los precios son de competencia y uno, si no lleva demasiada prisa, puede aguardar su oportunidad.

Lo curioso es que, pese a estas rémoras, la araucana no ha perdido su feminidad. No me refiero a que conserve frescas y seductoras sus gracias

naturales. El tipo araucano ha degenerado en este sentido. Una vida de trabajos, de sufrimiento callado, no puede pasar sin dejar huella.

La india, físicamente, es basta, de formas groseras. Esto no impide que, llegado el caso, se empolve la cara, se dé carmín en las mejillas y se perfume el escote con una fruición muy europea. Si uno va a retratarla, la mapucha se acicala hasta la exageración. De ordinario viste la indumentaria típica y conserva, asimismo, sus tópicos adornos: el *trailonco* —cade— na de monedas que ciñe la frente— y el *prendedor*, que se derrama pródigamente sobre su pecho opulento. Generalmente, la mapucha se toca con un pañuelo negro con detalles chillones y divide el pelo en dos trenzas, indefectiblemente anudadas con lazos rojos. Una especie de ancha túnica —el *chamal*— cubre su cuerpo y a guisa de abrigo utiliza un manto negro, con una ancha franja en la parte inferior, de tono púrpura. Por las calles de Temuco es frecuente verlas así. Es éste otro dato que refleja la influencia de la mujer india en la pervivencia de la raza.

El hombre, vicios aparte, se ha desentendido de la tradición; no hay en su indumentaria un solo detalle característico. El indio araucano actual es un roto, un mendigo. Cualquier harapo le sirve para cubrirse. En última instancia, el poncho, que pudo servir un día como pieza diferenciadora, constituye hoy en Chile el abrigo inevitable del campesino.

Cuando uno, a su llegada a Temuco, descubre las primeras indias inmóviles, en cuclillas sobre un banco o el bordillo de la acera, con su cesta de mercancías al brazo, experimenta una extraña impresión, algo raro pero que guarda relación con el remordimiento. Por lo general, la mapucha es lacónica; permanece horas enteras sin variar de postura, sin mover los ojos siquiera. La inmovilidad de la india es rígida, de una impasibilidad pétrea. Viéndolas de lejos se dirían estatuas. Sus ojos no miran, no curiosean; son como abalorios negros sobre su piel terrosa, abalorios aparentemente inexpresivos, pero que traslucen, al par que una sed de horizontes amplios, desengaño, sumisión, animosidad y fatiga. Una extraña mixtura. En los ojos forzosamente resignados de la mapucha, se esconde una gama infinita de evocaciones y deseos frustrados. Estas mapuchas, exiliadas a veces de la reducción, se emplean en el servicio doméstico y son fieles y cariñosas. Por un niño son capaces de los mayores desvelos. Un dato detonante, verdaderamente curioso, lo constituye la presencia de indias rubias en el reducto; indias que hablan por sí solas del naufragio de un vapor inglés en tiempos remotos y su fusión consiguiente con los indígenas.

Reminiscencias bárbaras

Ya dije antes que la ascendencia de la mujer india no se reduce al hogar. La reducción tiene también una jefa: la *machi*. La *machi* es respetada y obedecida. La *machi* es la cabeza visible. En los ritos y conmemoraciones araucanos, la jerarquía de la *machi* adquiere signos palpables. Yo he tenido la fortuna de presenciar en la reducción de Maquehua un *quillatum* que me ha dejado un recuerdo imborrable. El rito, la solemnidad, resulta estridente, febril, de un sabor primitivo, acre, lleno de reminiscencias bárbaras. El *quillatum* encierra, sin duda, una cierta cadencia, un ritmo tribal, negroide. Se inicia con una oración que dirige la *machi*, ataviada con arreglo a la circunstancia. Los indios se agrupan silenciosos en torno a dos palos verticales. La oración es como una pausa que viene a hacer más estruendoso el estallido. El contraste del silencio con la explosión vital es la tónica de las conmemoraciones de los pueblos elementales.

Pues bien, concluido el rezo, un toque de *tamtam* señala el comienzo de los ejercicios ecuestres. El griterío se hace entonces ensordecedor; la reducción exulta. Un clima de euforia incontrolable invade todo. Los jinetes más expertos comienzan al poco rato sus ejercicios y la vitalidad del pueblo —en cuclillas— toma cauce en la canción. Es una canción iterativa, monótona, la que acompaña al ritmo de los jinetes en sus evoluciones en torno a la *machi*. El desenlace, como puede suponerse, es gastronómico. Un gran banquete a base de asado de caballo y *mudai*, bebida de maíz fermentado, molido a diente por los propios mapuches. Otro plato típico es el ñachi, o sea la sangre de cordero aliñada con cebolla, ají y otras especias, pero sin cocinar, ingerida según sale de la víctima una vez que empieza a coagularse. El mudai es bebida fuerte; al araucano le enajena. Es evidente que el mapuche encuentra entre las neblinas de la embriaguez la felicidad que ya no existe para él en la tierra. Sus excesos tras el *quillatum* son inenarrables. Las fiestas terminan indefectiblemente en una indigna caravana de mujeres que sin la menor protesta arrastran a sus hombres inconscientes a sus respectivas *rucas*. El indio araucano trabaja ingiriendo vino; celebra sus fiestas bebiendo *mudai*. Es la única diferencia que establece entre las jornadas de labor y las fiestas.

De lo antedicho podría deducirse una consecuencia inexacta: que el indio araucano es un desecho humano. Tal afirmación, así, en términos absolutos, no sería justa. Sí, es cierto que, en general, el pueblo araucano ha entrado en una agonía alcohólica deplorable. Mas hay que constatar la excepción, es

decir, los indios que, bien en la reducción o emancipados de ella, llevan una vida pobre dignificada por el trabajo. Nada digamos de aquellos otros que han logrado encaramarse a puestos de responsabilidad, como son, a vía de ejemplo, los dos representantes de la raza en el Senado. Otros hay que, comenzando por el peldaño ínfimo de la sociedad, se han creado una situación en la industria o el comercio. Son gente responsable; gente en quien se puede confiar. Al propio tiempo, no se puede medir la lucidez intelectual de la raza por esos tristes ejemplares alcoholizados. Particularmente el indio posee un oído envidiable para los idiomas. Yo, en unas horas, he conocido a dos que hablaban perfectamente el mapuche, el castellano y el alemán. Esto no quiere decir que el araucano sea susceptible de redención. El elemento digno carece ya de vigor para ello. El ocaso de la raza ha sonado. Año más o año menos, acabará por producirse. El ejemplar sumido en la abyección sucumbirá; el redimido se fundirá con el chileno. Para la raza, tan fatal como la muerte ha de ser la mixtificación. El indio araucano, en suma, no soporta el medio civilizado: sucumbe lo mismo que un pájaro en una jaula de oro.

CAPÍTULO XV

Valparaíso y Concepción, pilares provincianos

Yo entiendo que Valparaíso es una ciudad de esas que nunca pueden defraudar al forastero que las visita por primera vez. Valparaíso, en todos los sentidos, es una ciudad elevada. Edificar una urbe sobre un rosario de colinas no es cosa nueva, mas con las ciudades que cabalgan ocurre lo que con las amazonas: pueden tener gracia o pueden no tenerla. Aquí reside el atractivo de Valparaíso: no en estar montada sobre una cadena de cerros, sino en estar montada en el aire, garbosamente, con una suerte de alacritud, de equilibrio de «mírame y no me toques», realmente encantador.

A Valparaíso le dan carácter sus cerros; esto es incuestionable, siquiera la armonía de la ciudad brota de la proporcionalidad con que se integran las partes en el todo: la zona moderna, la industrial, la mercantil y la propiamente popular, que ocupa las localidades altas, es decir, el «paraíso». Su carácter, insisto, deriva de su pobreza ondulada, de sus cerros superpoblados, en un abigarramiento de chafarrinón. Las modestas casas de los cerros, más bien chabolas, son de lata y madera, no nacidas al hilo de un criterio urbanista esquemático, aburrido y formal, sino con la confiada espontaneidad de las flores en el campo. Casas verdes, amarillas, azules, encarnadas, en promiscuidad anárquica, unas encima de otras, de espaldas a toda preocupación municipal, de ordinario cuadriculada y fría.

La estética de Valparaíso reside en su absoluta falta de estética; en su carencia de orden y concierto. No es, pues, ciudad que se extiende, sino ciudad que se eleva; no hay que mirarla a lo largo, sino a lo alto; no se estira de izquierda a derecha, sino de arriba abajo. Basta un escalón en la ladera, un insignificante saledizo, para edificar una nueva habitación, apuntalada con dos estacas y con vistas a la bahía. Porque Valparaíso, a pesar de no ser ciudad que se extiende, sino ciudad que se eleva, a pesar de la sugestiva policromía de su «arquitectura», a pesar de todos los pesares, perdería gran parte de su atractivo si todo este conglomerado no estuviese de continuo reflejando su armonía en el mar: un Pacífico grave y escalofriante, pero azul y ornamental, como corresponde a todo mar que se precie.

A Valparaíso le sucede lo que a muy pocas mujeres: se le puede mirar lo mismo al acostarse que al levantarse, en plena actividad o en absoluto reposo; la ciudad siempre es bella. De día, bajo el sol, Valparaíso produce un efecto de pintura impresionista; constituye un alegre caos policromado. Sobre sus zonas verdes, con la airosa nota tropical de las palmeras, sobre el gris y blanco del asfalto y la cal, índices de una inquietud edilicia, el estallido chillón de sus cerros, Toro, Mariposa, Molinos, la Cárcel, la Cruz, Santa Elena, mosaicos abigarrados y vitales, con sus gentes trepando como hormigas y las hileras de ropa blanca tendida a solear.

En el crepúsculo vespertino, desde la Universidad Santa María, fundación del avaro filántropo —avaro en vida, filántropo en el tránsito— Federico Santa María, la ciudad cobra un realce rutilante, de fuerza abrumadora. La línea incandescente del sol, tendida sobre el Pacífico, va a morir sobre las galerías de cristales de los cerros que reverberan con cegadora violencia el haz luminoso. El espectáculo es de una grandeza inenarrable. El juego de reflejos irisados, caprichosos y cambiantes excede a todo intento de descripción.

La noche no basta para celar la gracia un tanto etérea de Valparaíso. Se diría un gigantesco teatro en tinieblas, contemplado desde el palco escénico, y con los ocupantes de todas las localidades fumando simultáneamente. Valparaíso, en la noche, es una sucesión escalonada de minúsculas luces, un altar de Jueves Santo, pero sin geometría; un prodigio, en suma, de fuegos fatuos verticales.

Valparaíso es una de las pocas ciudades que resisten todos los ángulos de observación. Valparaíso es más: una de esas escasísimas ciudades que resisten que se las mire de cerca. Caminar —ascender y descender— por sus cerros depara un ininterrumpido espectáculo no sólo por sus perspectivas vertiginosas, sino por sus creaciones originales. Tal, la de sus ascensores. Valparaíso dispone de trece ascensores —¡hermoso número!— para acarrear gente de abajo arriba y de arriba abajo, del hogar al taller y del taller al hogar. Ascensores que inventó un novelista del XIX, Gregorio Brieba, a base de un sistema de contrapesos, y que hoy, perfeccionados, subsisten bajo denominaciones tan desproporcionadas como Artillería y Mariposa, Villaseca y Esmeralda. Una ciudad con ascensores en sus calles no se ve todos los días y menos aún un ascensor como el que da acceso al cerro Polanco, al extremo de un túnel tenebroso, con dos estaciones hasta la cumbre. Los demás son a

modo de funiculares, lentos, quejumbrosos, encristalados y creadores de hermosas perspectivas.

Pero el ascensor no es sino un medio. Ya en los cerros, perdido en la maraña de callejuelas inextricables y pinas, el viajero se siente en la entraña de la gran ciudad. Desde cualquier chinchel —elemental taberna— de fachada descolorida, un gramófono desgrana una cueca a grito pelado, mientras en la esquina inmediata una humilde vendedora, con la mercancía sobre un carrillo de mano, ofrece al transeúnte uvas rosadas, paltas, pepinos dulces y peras de agua. Una mujer desgreñada, con la mortecina luz de la necesidad en los ojos, grita con acritud desde una ventana hacia el chinchel de la música. Cuatro rapaces juegan a bolas en el peldaño inferior, en tanto un modesto quincallero apalea al borriquillo que camina calle arriba. Otro grupo de chiquillos atraviesa más allá, trasteando, persiguiéndose. En ningún lugar de Chile vi tantos chiquillos como en Valparaíso. Con el tiempo, Chile habrá de agradecer a su primer puerto, aparte otras muchas cosas, la repoblación del país. Pilluelos renegridos, despiertos como conejos, de una vitalidad mareante, los encuentra uno en los cerros, en el puerto, en el barrio industrial…, en todas partes. Valparaíso cumple.

Las casas de Valparaíso disponen de cuatro miradores: Norte, Sur, Este y Oeste. Y abajo, inevitablemente, el mar, un mar obsesivo, cabrilleante, poblado de gaviotas, alcatraces y pelícanos (poco más arriba están los depósitos de guano más importantes del mundo). El océano constituye la razón y el destino de Valparaíso. Tal vez por ello, muchas de sus calles —citemos Francisco Errazúriz, con sus pintorescas casas de madera de galerías colgantes, del XIX—, como los ríos de las coplas de Jorge Manrique, y todas las coplas, y todos los ríos, y todos los Jorges Manriques, van a dar a la mar.

Una ciudad en el fiel

Valparaíso es un equilibrio. Antes he aludido a sus proporciones. He ahí el secreto de su seducción. Porque el centro de Valparaíso tampoco es desdeñable. Valparaíso ha conseguido lo que no ha conseguido Santiago: embellecer sus zonas verdes. La avenida de Brasil, la plaza Victoria, la plazuela Severino son lo que son gracias a la oportuna nota vegetal. Nada diré del romántico paseo de Rubén Darío, sobre el mar, cuajado en pleno otoño de rosas, buganvillas y hortensias, sombreado de boldos y sauces llorones, acceso obligado a la Piedra Feliz (acantilado donde las parejas se juran amor eterno y la traición busca consuelo en el suicidio ostentoso). Ni del recoleto,

nostálgico, Paseo 21 de Mayo, netamente provinciano, con su quiosco *ad hoc* —frente a la Escuela Naval— para la musiquita de los domingos primaverales. Los jardines y los árboles de Valparaíso constituyen la demostración de una atención municipal puntillosa. Y este aspecto de ciudad progresiva, limpia y moderna se completa con los alrededores: Viña del Mar, Concón, Reñaca, lugares de veraneo frecuentados por turistas ricos de toda América. Su cadena de playas es formidable: Las Salinas, Miramar, Montemar, Osas, Los Enamorados, El Durazno, etcétera. Viña del Mar, con Copacabana, es el rincón sudamericano de más intensa vida social. Aquí se habla, con sobrados motivos, del «San Sebastián chileno». La ruleta y El Derby, conocida la pasión criolla por el juego, constituyen dos de sus grandes atracciones. En Viña, como en Concón, existe su denominador común, hecho de celo edilicio y buen gusto. Se trata, sin duda, dando a la Naturaleza la parte que le corresponde, de dos hermosos lugares de esparcimiento y recreo, físicamente enlazados con la ciudad de Valparaíso.

Sinfonía de chimeneas

Parece que a una ciudad sin chimeneas le falta algo, es decir, uno ha llegado a la conclusión de que unas chimeneas bien «ubicadas», que dirían aquí, cooperan al embellecimiento de una ciudad. Contra lo que muchos creen, los humos industriales no son un mal necesario, sino un nuevo elemento a considerar en todo plan de moderna estética urbana. La industria y el comercio «hacen» una ciudad, bien o mal, de acuerdo no sólo con su rango e importancia, sino con su enclave dentro de ella. En el equilibrio y proporción de Valparaíso esto cuenta también. Antes de abrirse el canal de Panamá no existía otro puerto en el Pacífico de mayor movimiento que éste. Entonces, tal vez le fuera suficiente esta actividad.

Hoy día, la vitalidad portuaria de Valparaíso es más moderada y en compensación existe una industria importante, distribuida con buen criterio, que va desde las refinerías petrolíferas de Viña del Mar a las fábricas de licores, pasando por el aceite, los tejidos, el azúcar y el ácido sulfúrico. He aquí algo que no podía omitir, dada mi afirmación primera de que Valparaíso es una ciudad elevada en todos los sentidos.

No nos detengamos en el gran tono de su prensa y sus instituciones culturales, ni tampoco en el «bravo» carácter de su barrio chino portuario, con sus calles angostas, pinas y adoquinadas —Callejón de los Meaos, calle Clavé —, focos éstos donde convergen marineros y *patinadoras* de los cuatro

puntos cardinales. No es necesario. Hasta el barrio portuario se integra en el todo urbano de Valparaíso en la dosis oportuna, en la medida conveniente. Valparaíso, repito, es una ciudad en el fiel.

La ciudad de la cultura

Concepción ya es otra cosa. Con Concepción hay que contar más que por lo que es, por lo que representa. Concepción es una ciudad recoleta, introvertida, cultural y botánica. De momento está autoformándose. Existen aún, incluso en lugares céntricos, grandes oquedades que aguardan se decida sobre su futuro. (La ciudad fue asolada por el gigantesco terremoto de 1939). Probablemente Concepción —como sucede inevitablemente con estas ciudades que se cimentan sobre un desastre—, cuando se concluya, quedará más hermosa de lo que era. Hoy, todavía no es. Tiene, sí, esa mesura doctoral, ese aplomo sesudo y grave de las pequeñas ciudades universitarias. Su misma plaza de la Independencia, festoneada de añosos tilos, donde los novios, los niños y los viejos sorben ávidamente el último sol otoñal, responde a una sobriedad típicamente universitaria. Concepción es, en suma, su universidad y lo que en este Chile maravilloso resulta inevitable: su geografía. Concepción, como cada población chilena, tiene su cerro —el cerro Caracol—, que es lo primero que se muestra a las visitas, no para que éstas vean el cerro, sino para que vean lo que se ve desde el cerro. Con todo, el cerro Caracol, como los cerros secundarios adyacentes, con toda su respetable dignidad forestal, prestan a Concepción un marco gratísimo.

Al pie está el barrio universitario (buen cobijo para la cultura, la sombra de la geografía), una ciudad universitaria de muñecas, primorosa y mimada con maternal solicitud. La localización del barrio de la cultura es inmejorable. Que luego la ciudad se quede en un pequeño corazón de tres pisos y una ancha periferia de uno sólo no tiene mayor importancia. Concepción está aquí, al pie de los cerros, en su universidad, y allí, fuera del último cordón de casas, en los alrededores, la laguna de Lo Menéndez, la playa de Ramuntcho y la desembocadura del Bío-Bío, la corriente fluvial más poderosa del país, arropada de brumas en los amaneceres. Camino de ella, el viajero topa con una casa colonial, materialmente envuelta en tilos, boldos, alerces y sauces llorones. Es una casita amarillenta, de una sola planta, precedida por unos jardines románticos amorosamente cuidados. Es la casa-museo de don Pedro del Río Zañartu; casa hermosa y museo variopinto; momias egipcias y armaduras medievales, alfarería quechua y caracoles marinos. Es éste un

lugar recogido, silencioso, con su muda información histórica envuelta en fronda; es decir, un símbolo exacto de lo que la ciudad de Concepción es y representa.

CAPÍTULO XVI

Mesa revuelta y punto final

Cuando el cronista decide dar por concluida su información sobre Chile, repara en una serie de notas dispersas que, por fas o por nefás, no hallaron cabida en sus reportajes anteriores. En esto el cronista se asemeja un tanto al aficionado a los relojes, al que, después de armarlos y aun de hacerlos marchar, indefectiblemente le sobran piezas. Esto no es extraño si consideramos que el cronista interpreta las características de un país a través de una serie de fenómenos afines, regularmente repetidos, con lo que aquellos hechos esporádicos, insólitos o impares, no encuentran nunca un sitio propicio para ser expuestos. Ha de hacérseles hueco forzando un poco las cosas. Acontece lo mismo que en las zapaterías en liquidación ante el arduo problema de las botas sin pareja. A última hora, el comerciante tratará de casar los zapatos sueltos siguiendo un criterio de similitud e intentará colocarlos.

Esta «mesa revuelta» no es, pues, otra cosa que una zapatería en liquidación. El cronista ha rebañado su cerebro y se encuentra, de pronto, con un pequeño caudal de zapatos impares y con la necesidad «apremiante» de darles salida. Este capítulo representa, pues, la válvula de desahogo del viajero; una auténtica «mesa revuelta» sin el menor equilibrio, deliberadamente inorgánica, pero que a la postre puede servir para matizar alguno de los aspectos de Chile que anteriormente no hice sino esbozar.

Tierra de inmigrantes

Los países que tienen hombres para dar y tomar se corresponden con los países que tienen tierras para dar y tomar, como las piezas de un *puzzle*. Chile es de estos últimos; Chile es un país que necesita importar hombres o fabricarlos a marchas forzadas. La salud de Chile se robustecerá cuando su organismo acumule grasas. Seis millones de seres en un territorio de su extensión constituye un indicio incontestable de anemia. En general, Europa precisa hacer gimnasia emigratoria para eliminar grasas, pero yo a

Sudamérica le recomendaría un régimen de reposo. Es fácil prever el destino de Sudamérica cuando logre aumentar unos kilos de peso. Llegado el caso, será muy difícil que nadie pueda ganarle por la mano.

Para Chile esto no debe representar un problema, supuesto que el inmigrante se integra sin resistencia en la comunidad nacional. La cuestión es distinta que en Argentina. En Argentina el inmigrante, así lleve treinta años en el país, toma a gala eso de sentirse forastero. En Chile no. El europeo se chileniza sin dificultades —particularmente el español—, tal vez porque la cordialidad chilena constituye una virtud contagiosa. Creo haber dicho en otra ocasión que el español en Chile no se siente extranjero. Ahora es oportuno añadir que en Chile, concretamente en Santiago, Valparaíso y Concepción, el sentimiento hispánico es muy vivo. El chileno se da del todo; el español que llega no hace, por tanto, sino corresponderle. Entre español y chileno se opera una fusión perfecta; entre español y argentino no se establece sino un régimen tácito de contemporización. Es la diferencia.

En Santiago existe una inmigración europea tan variada, cuando menos, como en Buenos Aires, pero en proporciones más equilibradas. No hay un predominio notorio si prescindimos, naturalmente, del elemento español. En todo caso la afabilidad chilena elimina, de entrada, todo intento de crear compartimientos estancos raciales. Esto no quiere decir que cada minoría étnica no disponga de sus centros, donde, en cierto modo, se conservan vivas sus tradiciones e incluso alimentan un sentimiento patriótico. Pero es el suyo un sentimiento patriótico sin exclusivismos; un sentimiento patriótico que no implica hermetismo frente al elemento indígena. De este modo, los límites, las barreras raciales, que si existen en principio son muy débiles, terminan con el tiempo por hacerse imperceptibles. En suma, el espíritu nacional es sólido y aglutinado en Chile. El extranjero, sin enajenar sus notas temperamentales, se integra espontáneamente en la comunidad. La transigencia, la cordialidad chilenas se comunican enseguida al forastero, incluso a aquellos que, como el alemán, son cerebrales y temperamentalmente fríos.

Cierto que la economía chilena debe mucho al inmigrante. De ordinario, el inmigrante es laborioso, y su rendimiento en todos los terrenos ha sido y es considerable. A estos efectos resulta curiosa la predilección de cada raza por un ramo concreto de la economía. Así, los *turcos* —los chilenos llaman *turcos* a árabes, sirios y palestinos— son tejedores y merceros; los italianos, *abarroteros* —ultramarineros—; los vascos, zapateros; los castellanos y riojanos, libreros, panaderos, confiteros o madereros; los alemanes,

agricultores; los yanquis, mineros, y los ingleses, como cuadra a su tradición, comerciantes de importación y exportación. No es exagerado afirmar que apenas un diez por ciento de cada minoría europea traiciona esta dedicación secular.

Total, Chile es una gran coctelera de sangres documentadas de manera fehaciente y divertida en la guía de teléfonos de Santiago.

La vida y su nivel

De pasada hablé en otra nota de un problema circunstancial: la inflación, que poco a nada tiene que ver con la esencia del país; o lo que es lo mismo, con sus hombres y su paisaje. En mis impresiones he intentado rehuir todo aquello que sea transitorio, mudable o impersonal. Descubrir un país es sacar a flote sus cualidades permanentes. No obstante, ahora se hace necesario completar aquella información, supuesto que hasta hoy la inflación no ha constituido para Chile un motivo no ya de angustia, sino ni tan siquiera de alarma. El hecho de que un pueblo no pierda la serenidad, ni la simpatía en los malos tragos, es significativo. Significa, simplemente, que aquellas virtudes son sustanciales y no fruto de un viento favorable.

En todo caso, la inflación no ha quitado al chileno la sana alegría de vivir, y aun de vivir bien. En otro lugar ya mencioné la despreocupación chilena para manejar el crédito y su desprecio por el ahorro. La inflación ha exacerbado aquél y ha dado a éste la puntilla. La filosofía de la vida del criollo se basa en el dicho popular: «Para cuatro días que va a vivir uno…». De otra parte, la inflación no comporta más que el engorro de los reajustes, aumento periódico de salarios, apremio en las compras —lo que no se compre hoy va a costar el doble el mes que viene—, etcétera, pero no destruye —por más que las noticias de última hora parecen indicar un cambio— el desahogado nivel de la vida del país.

El Gobierno ha señalado al empleado un sueldo vital que varía en cada provincia, y que en Santiago, en los meses de abril y mayo, ascendía a mil ochocientas pesetas mensuales. En los salarios existen, sin embargo, enormes diferencias. Entre los de los mineros de carbón y los del cobre, en el norte, puede haber una oscilación de cuarenta pesetas diarias a favor de éstos. En Lota, cerca de Concepción, se dan los salarios más bajos del país. En Chuquicamata, los más altos. Sea como quiera, y buscando siempre la equivalencia con la peseta, podemos afirmar que los artículos de primera necesidad están más baratos en Chile que en ningún país de Europa. Así, el

pan cuesta —o costaba, supuesto que estoy refiriéndome a la primavera de 1955– a tres pesetas el kilo, a 2,50 el litro de leche, a cuatro el arroz, a 1,20 las patatas, a quince una docena de huevos, etcétera. Asimismo el cine y el fútbol tienen precios muy asequibles. Concretamente, una butaca de un cine céntrico de Santiago casi nunca rebasa las ocho pesetas.

El tren, igualmente, resulta económico. Santiago-Valparaíso (una distancia de unos ciento cincuenta kilómetros) en primera clase cuesta trescientos pesos, es decir, unas treinta pesetas. Por contra, la ropa, el calzado, y no digamos los pisos, tienen, en general, unos precios más altos que en España. Un traje corriente de hombre cuesta de mil quinientas a dos mil pesetas; unos zapatos de medio tono, trescientos; un piso céntrico con cinco habitaciones y baño no es fácil encontrarlo por menos de tres mil. No obstante, el nivel de vida en Chile es más bien alto. Que luego los salarios se malbaraten; que el hipódromo, el casino o el tinto se coman un elevado porcentaje de los ingresos es ya otro cantar.

Un diccionario de goma

El lenguaje chileno abunda en expresiones muy gráficas y características. Por ejemplo, el chileno rara vez dice «sí». El chileno dirá cualquier cosa antes de decir «sí» a secas, tal vez porque él es demasiado expresivo para contentarse con monosílabos. El chileno dirá «cómo no», «ya está», «al tiro» o «claro», pero nunca dirá que «sí». Después, que cumpla o que no cumpla ya es harina de otro costal. Desde luego, incumplir una promesa no le cuesta demasiado. De ordinario, el criollo aborrece las ataduras y los compromisos. Pero volvamos a nuestro cuento. Otra expresión no obligada en Chile es la de «gracias» o «muchas gracias». El chileno prefiere decir «muy amable» o «muy gentil», con lo que no sólo agradece, sino que paga la fineza. El chileno inevitablemente da de más.

En otro orden de cosas me han llamado la atención expresiones populares como la de que «el tren anda como las huifas»[1], para resaltar su impuntualidad; una fiesta de «pata y quincha», que equivale a nuestro «tirar la casa por la ventana»; «recién viene llegando», por «acaba de llegar»; «encontrar la Virgen en un trapito», para expresar «un golpe de fortuna»; «harto encachado», por «buen mozo», y «nos sacamos la cresta», por nuestro «nos rompimos la crisma».

Junto a esto, me sorprendió el «dejémoslo no más», mágico talismán chileno para rehuir el trabajo, la discusión, la conversación, etcétera. El «dejémoslo

no más» podemos considerarlo representativo del carácter inhibitorio, indolente, del criollo.

Al lado de estos giros típicos, existen vocablos chilenos sonoros y graciosos, como *guata* (‘barriga’), *pololear* (‘flirtear’), *pichanguita* (‘cosa insignificante’) y *niña de mano* (‘sirvienta’). Entre todos, los más usados y, sin duda ninguna, los más gráficos son *tincar, siútico* y *forre*. Decir en Chile «me tinca» equivale a decir en España «me da en la nariz». Al chileno «le tinca» que mañana va a llover, o que pasado le tocará la lotería. *Siútico* es más que ‘cursi’. La palabra es muy ambiciosa y por demás expresiva. A mí me resulta una palabra eufónica y que no podía significar otra cosa que lo que significa. Acontece lo mismo que con *forre* (‘desgarbado’, ‘sin gracia’, ‘desangelado’), que ya en sí porta una falta notable de vida, de sal, de vibración, verdaderamente delatora.

En resumidas cuentas, el chileno, como es de ley, habla el castellano y, como es de ley, no se resigna a vivir entre los estrechos límites señalados por el Diccionario de la Academia.

Paradojas

Me place traer aquí a colación, aunque sea por los pelos, un aspecto original de la sociedad chilena. Me refiero al tono de respeto un tanto ceremonioso con que se tratan padres e hijos. En Argentina nadie se dirige a nadie sin el *vos* por delante. En Chile, uno llega al tuteo no con tanta facilidad como en España, pero también sin demasiada resistencia. Ahora bien, los niños hablan de usted a sus padres, cosa que también sucede en algunos lugares de Andalucía. No es, pues, precisamente a esto a lo que me refiero, sino a la contraprestación; es decir, al hecho de que los padres tratan de usted a los hijos aunque éstos sean de meses. Esto me llamó la atención apenas rebasé la frontera y mi asombro subió de punto cuando, en una cacería, mis compañeros chilenos empezaron a tratar de usted al perro. Las exclamaciones: «¡Venga!», «¡Tráigala, *Solí*», etcétera, tienen un sonido insólito para un oído español. No he cazado demasiado en Chile ni he tratado a demasiados chilenos dueños de perros —en general, en Chile, los canes no tienen dueño—, razón por la que no puedo dar a esta observación carácter general. En cambio, lo de los bebés es un hecho comprobado. Por contra, los hombres, por graves y provectos que sean, cuando aluden a sus padres dirán «mi papá» y «mi mamá». Igualmente, el chileno distinguido, bien educado, no habla de una señora o señorita sin preponer el artículo *la*. Ni presentará jamás a su

mujer sin decir «mi señora». Emplear otra fórmula —«mi esposa», «mi mujer»—, o decir «fulanita», en lugar de «la fulanita», se considera ordinario, demasiado confianzudo y feo. Es decir, totalmente lo contrario de lo que se suele pensar en España.

En todo caso, «la señora», en Chile, tiene más libertad que en nuestro país. La influencia yanqui se hace ostensible en esto y en el arraigo que ha tomado la costumbre del fin de semana. El sábado por la tarde y el domingo, las ciudades quedan desiertas. La gente «huye» al mar o a la cordillera. En cambio, los ensayos de jornada única, con el sobrio refrigerio de las doce, de pie sobre un mostrador, no han cuajado, a pesar de que adoptarla sería aquí muy conveniente.

Volviendo a la mujer, advertiré que se las ve solas en los espectáculos a toda hora, conducen el automóvil seguramente en mayor porcentaje que los hombres, y en el mercado de Mapocho, por las mañanas, compradoras y vendedoras discuten los precios con el cigarrillo entre los labios. Es decir, que el fumar, en Chile, no es hábito de casta. No sólo fuma la mujer ociosa por adornarse o la intelectual por iluminarse, sino la modesta trabajadora manual porque le apetece hacerlo. En Chile he observado un fenómeno notable: hombres que no fumen los hay a montones; mujeres, escasísimas. Se dirá que el hombre empieza a ceder el campo ante la intromisión de su compañera. Esta equiparación de hombre y mujer encuentra su expresión más justa en las colocaciones. La burocracia chilena cuenta con una mayoría femenina. Tampoco la administración prescinde de ellas. Un dato: el Municipio de Santiago no está en manos de un alcalde, sino de una alcaldesa. He aquí un detalle por demás representativo.

Cuestión de rascar

Al viajero que abandona Chile le asalta el presentimiento de que deja atrás un país llamado a ser rico. A uno le invade la convicción de que Chile no da más porque de momento no lo necesita. Hace años, a Chile le bastaba con los nitratos, pero el mundo empezó a fabricarlos artificiales y entonces Chile hubo de rascar un poco su caparazón y extraer cobre. El cobre era mucho, aunque no todo, y el chileno rascó un poquito más y alumbró petróleo, carbón, hierro y hasta oro.

Observando la topografía chilena, especialmente la andina, el viajero tiene la impresión de que el país sacará de allí lo que necesite; es decir, que Chile, en apariencia, constituye una fuente inagotable de recursos. Ocurre, sin

embargo, que un desarrollo técnico precisa una técnica previa, y esta técnica previa, a su vez, otra técnica aún más rudimentaria. De aquí que Chile, de momento, haya de poner en manos ajenas la explotación de sus riquezas, con mayor razón si consideramos que no sólo el elemento industrial escasea, sino que también escasea el elemento humano. El día que Chile, repito, se capacite técnicamente y su población se adense, el país será rico; tal vez enormemente rico. La conciencia de pobre que hoy tiene el chileno carece de fundamento. Nadie puede decir que su país sea pobre mientras ignore lo que oculta cada metro de la tierra que pisa. Con mayor razón un país como Chile, donde cada sondeo verificado ha rendido su fruto.

El porvenir de Chile está, pues, en rascar. Cuanto más hondo, mejor.

Abril-mayo de 1955

huifa: ‘alegre’, ‘optimista’.

Tenerife

1960

El hecho de incluir aquí mis impresiones sobre las islas Canarias, más concretamente sobre Tenerife, no obedece a un capricho ni a la conveniencia de dar a este breve volumen una paginación determinada. El cronista entiende que América y Europa se dan la mano en las Canarias, es decir, que el sudamericano que viene al viejo continente encuentra a Europa en las Canarias y, a la inversa, el europeo que viaja a Hispanoamérica la encuentra ya —en no pocas de sus peculiares manifestaciones temperamentales, costumbristas y artísticas— en estas islas. Cuando el cronista anduvo por Chile hace pocos años, definió al chileno como «un andaluz al baño maría». Si el cronista, por aquellas fechas, hubiese conocido las Canarias, de seguro que no se hubiera alejado tanto para buscar el parentesco. En realidad, el mundo es un gigantesco *puzzle* y uno, a medida que viaja, va encontrando los fragmentos que precisa para componer un mapa humano coordinado y armonioso. Evidentemente, entre andaluz y chileno se abría un hueco, se echaba en falta una transición. Pues bien, en Tenerife ha hallado el cronista la pieza que le faltaba. Don Tomás Cruz, abogado y erudito isleño, me decía en una inolvidable excursión por el Monte de las Mercedes:

—El tinerfeño no llora ni aplaude.

Es decir, que ni en el dolor ni en la exaltación llega el canario a los extremos; no manifiesta nunca sus sentimientos de una manera explosiva. Esto, poco más o menos, creo yo, es lo que hace —o no hace— el chileno.

He aquí la razón para incluir estas impresiones de Canarias en el mismo volumen en que recojo mis impresiones sobre Sudamérica. Para interpretar ciertos países iberoamericanos —Chile, por ejemplo—, Tenerife nos depara una clave inapreciable, como podrá advertir el lector una vez que se introduzca en las páginas que siguen.

CAPÍTULO I

El clima

El viajero que arriba por mar a Tenerife se pregunta asombrado por qué razones sería considerada ésta por los antiguos una de las islas Afortunadas. En efecto, Tenerife, desde el mar, a un par de millas de distancia, ofrece al viajero un perfil hosco y abrupto, una perspectiva desolada, algo así como un montón ingente de hierros herrumbrosos sin el menor indicio vegetal. Porque Tenerife —sentemos, para empezar, esta afirmación— es una isla oxidada. El lector se preguntará si es que una isla puede oxidarse lo mismo que un clavo o una máquina, y a la vista de este desconcertante archipiélago canario uno puede responder que sí, que una isla puede adquirir ese tono negrorrojizo característico de la herrumbre, como una llave vieja olvidada en una bodega.

Más tarde, cuando el barco, a golpe de sirena, va pidiendo sitio en el muelle y las costas desnudas se aproximan al viajero, empiezan a aclararse ciertas cosas. El Teide, adormecido, presidiendo majestuoso el agrio contorno de la isla, nos habla de un pasado incierto, de un ayer incensado por el humo de los volcanes, y uno comprende que esas rocas destempladas, de una calvicie inquietante, constituyen los detritus digestivos del Teide, los despojos de su voracidad secular. Tenerife es, pues, una vomitona del Teide, una pura excrecencia volcánica; y ya por el mero hecho de que el gigante duerma, la isla puede considerarse justamente afortunada.

Pero hay otras razones; razones que el viajero va asimilando lentamente, porque en Tenerife nada se puede hacer con prisa. El viajero entra en Santa Cruz, la capital, y automáticamente queda contagiado de la morosidad isleña. No digo pereza porque, en contra de la fama, yo no creo que el tinerfeño sea perezoso. Lo que sucede aquí, como en todos los países rayanos a la latitud tropical, es que el ritmo de vida es más reposado que en el resto del mundo. Pero el tinerfeño hace cosas (¡ya lo creo que las hace!), y si se me apura diré que ha empezado por «hacer su isla», contrarrestando con su laborar concienzudo y paciente la obra devastadora del Teide.

En un país tan vario dentro de límites tan reducidos, uno se siente perplejo. Son tantas las sugestiones que el cronista vacila antes de encaminar su pluma en un sentido determinado.

Así, por ejemplo, el cronista podría empezar a hablar del tópico de la perpetua primavera canaria si un viajecito de un cuarto de hora desde Santa Cruz no le bastase para trasladarse a un clima del octubre castellano y un desplazamiento un poco más largo a un auténtico clima invernal —niebla y hielo— de la meseta. Tal sucede en Las Cañadas, en las faldas del Teide, azotadas por los vientos de nieve que descienden de las cumbres. Total, que en un palmo de tierra un hombre puede coger una insolación mientras otro, a no más de treinta kilómetros, pesca una pulmonía. De esta manera, los turistas nórdicos que acuden en diciembre a Tenerife y son muy dados a disfrutar de la Naturaleza, se bañan a las doce del día en las negras arenas de las playas y media hora más tarde pueden estar esquiando, enfundados en pieles y lanas, en las disparatadas laderas del Teide.

Esto equivale a afirmar que en quince o veinte kilómetros uno puede hallar en la isla un cambio de clima tan notable como el que se advierte entre Madrid y Soria en plena canícula. Esta circunstancia obliga al viajero a consultar al nativo, cada vez que sube a un coche, si ha de vestirse con camisa de verano o con abrigo y bufanda. En general, se puede afirmar que los vientos alisios redimen a las Canarias del calor del trópico y las liberan asimismo de los rigores invernales. En el litoral y, concretamente, por tanto, en la ciudad de Santa Cruz, el clima es benigno, suave, de una uniformidad enervante. Es un clima de eterna primavera, donde los grillos, alojados en los resquicios urbanos más inverosímiles —las avenidas, las azoteas y hasta en las fachadas de las casas—, no callan; mueren de viejos y en activo; pasan a mejor vida en perpetuo celo.

Luego, teniendo en cuenta que la isla se ha formado de arriba abajo, que es una proyección del Teide —a casi cuatro mil metros de altura—, el ambiente se va enfriando conforme se sube, hecho que permite al tinerfeño, llegados los meses de verano, optar por el mar o la montaña. Tengo entendido que a Tenerife se la ha llamado el continente en miniatura y, en punto a clima, ninguna definición tan exacta. No caben en menos espacio contrastes tan rotundos ni estuvo nunca tan próximo un desierto de un vergel. Un termómetro paseado por la isla terminaría sin duda por volverse loco. Mas, por otra parte, las lluvias de otoño y primavera baten la isla con regularidad y permiten, allí donde la descomposición y mezcla de las lavas han creado una tierra practicable, que la vegetación brote exuberante y fácil, imprimiendo a

algunas zonas amplias de la isla una vistosidad tropical. Otras zonas, en cambio, donde las lluvias no menudean, pese a tratarse de un territorio homeopático, ofrecen una acongojada perspectiva desértica, no por ello desprovista de grandeza. Sobre unas y otras, causa estragos el terrible viento del Sáhara, que reseca la tierra y abrasa las plantas y, en ocasiones, transporta en pocos minutos sobre la isla nubes de langostas gigantescas que arrasan los cultivos. La lucha contra estas plagas, dado el florecimiento agrícola de Tenerife, representa hasta el momento, y pese a todos los adelantos, uno de los más arduos problemas con que se enfrenta el isleño.

No deja de ser curioso en un territorio de esas dimensiones la tajante diferenciación entre el norte y el sur de la isla. La cordillera central, presidida por el padre Teide, divide aquélla en dos mitades totalmente distintas. El norte es la lluvia, la tierra, la fecundidad y, en consecuencia, la abundancia. El sur es la lucha sorda y sostenida, la sequía, casi, casi la desolación y, por supuesto, la escasez. No obstante, norte y sur responden a un trazado topográfico análogo. Ni en el norte ni en el sur es posible encontrar seis metros cuadrados de terreno en un mismo plano. De un lado, la inclinación hacia el mar que exige el Teide, y, de otro, las profundas cárcavas, las aterradoras barrancadas en que se abre la base del volcán dotan a Tenerife de una configuración accidentada, vertiginosa, circunstancia que encuentra un eco palpable en las carreteras —único medio de comunicación de la isla—, de una sinuosidad mareante. Esto explica que el aeropuerto de Los Rodeos venga a representar una especie de milagro, cuya sola contemplación es bastante para descansar la vista y el espíritu, un tanto sobrecogidos ante tamaño caos orográfico.

Repito, sin embargo, que prescindiendo de su ornato vegetal existe entre norte y sur una curiosa simetría, notoria sobre todo en los profundos valles de La Orotava y Guimar, dos valles opuestos por el vértice. La diferencia entre ambos, más que en la cara, está en la manera de vestirse: La Orotava, con el lujo que corresponde a la riqueza fácil; Guimar, con la sobriedad que caracteriza al dinero ganado con esfuerzo. En puridad, el triángulo de Tenerife podría dividirse con una bisectriz que, partiendo de la Punta de Anagas, terminara en la playa de San Juan. La parte alta la pintaríamos de verde y la baja de amarillo; ésta sería su última diferencia.

Para el isleño, naturalmente, el norte es la única zona que merece la pena. Cuando el turista expresa su deseo de visitar el sur, el isleño trata de disuadirle:

—No vaya, niño; aquello es horrible.

Y, en efecto, en el sur reina el patetismo, la aridez, el drama, mas, por ello, precisamente, recata un mayor valor, un interés humano infinitamente más vivo. El norte reúne todos los ingredientes precisos para deslumhrar los sentidos y aun todos los recursos necesarios para albergar una vida holgada y esponjosa. Lógicamente el turismo —ese turismo que ha tardado en descubrir las Canarias y, afortunadamente, todavía no las ha mixtificado— prefiere el norte. En el norte se alojan los inmensos platanares, las encandiladoras flores de Pascua —muy solicitadas por los ingleses en Navidad—, los geranios, los jacarandaes y las buganvillas. La floración aquí es fácil, espontánea y tan abrumadora que cuesta trabajo distinguir el color de la tierra. El campo ofrece en este sector una densidad tropical con manifestaciones específicas, como son la tabaida —copa gris y tallo brillante— y el famoso drago, tan peculiar, tan atormentado, tan impresionante. El drago es algo así como una lámina de anatomía que de pronto adquiriese volumen e independencia; su tronco se bifurca una, diez, mil veces, hasta crear una inextricable red de tentáculos, de músculos en tensión; red desproporcionada que viene a sostener una copa insignificante, pero armoniosamente redondeada de hojas erguidas, despeinadas, como flechas. En Icod se conserva un drago milenario de una plasticidad obsesiva. La savia del drago, cuando se seca, adquiere un color rojo de sangre. De ahí las misteriosas leyendas que rodean a este vegetal desde los tiempos de los guanches, su problemática eficacia en el tocador y en la cura de la lepra.

Sobre este paisaje de una feracidad desusada, con zonas donde se arranca a la tierra hasta tres cosechas de plátanos, se desparraman alegres los pueblecitos; pueblecitos multicolores, en prodigioso equilibrio sobre una topografía de carrusel de feria. Las casas son de una sola planta, con un aire y una mezcla de colores que recuerdan las aldeas portuguesas. Entre la fronda, abanicadas por las palmeras, las aldeas se aproximan al mar, un mar que, en el norte, está siempre recortado por un litoral oscuro, en ocasiones formando unas mezquinas playas de arenas negras, de una espectacularidad atrayente. El tinerfeño no puede alardear de playas. En general, y fuera de la playa rubia de Los Cristianos, en el sur, la montaña se sumerge en las aguas sin disgregarse y el isleño se las ha ingeniado para poder bañarse en el océano creando unas piscinas artificiales cuyas aguas se renuevan en cada marea.

En el sur, los pueblos son blancos, dolientes, de una desolación resignada. El camello, utilizado aún para las faenas del campo, imprime a este sector un anacrónico aire africano. Viniendo del norte, el impacto que producen estos

campos es tremendo. Las tierras caen al mar dulcemente, con mayor suavidad que en la parte alta. Son tierras amarillas —de toba volcánica—, prácticamente desérticas, arropadas con amor en los bancales. El cactus y el cardón son los elementos decorativos más visibles. No obstante, impresiona observar con cuánta obstinación se aferra el hombre al paisaje que le vio nacer, un suelo ingrato que ha de fabricar con sus propias manos y que a lo sumo le devuelve dos por uno. Tan difícil como ver un pedazo de tierra en el norte es descubrir una planta en el sur. Sin embargo, el isleño no desespera. Últimamente se han alumbrado algunas aguas y el tomate puede cultivarse en extensas parcelas. En Santa Cruz me aseguran que está llegando la hora de la redención del sur y que el sur, con el tiempo, conocerá una era de prosperidad que rebasará la actual prosperidad del norte. No sé. Prever el futuro no cae dentro de mi misión. De momento, el sur de Tenerife es una zona grandiosa en su desolación. Sus tierras amarillas, quebradas en millares de bancales, desconocen la alegría de los pájaros, la caricia de las flores. Los conos oscuros de los volcanes ponen un fondo dramático a su existencia. Los ríos de lava petrificados recuerdan la última erupción del Chinyero —un satélite del Teide— hace ahora medio siglo, y los inverosímiles huertos que en Malpaís han levantado sobre ellos los nativos constituyen, en verdad, un canto de fe y de optimismo que bien merece una recompensa. Nada digamos de los pueblecitos de San Andrés e Igueste de San Andrés, en el extremo más oriental de la isla, donde la tierra se hace roca y toda vegetación desaparece a excepción de las siluetas trágicas de las aulagas y los cardones. La impresión que producen estos pueblecitos, en la desembocadura de sendos barrancos, sobre unos acantilados despiadados, cortados a pico, en el crepúsculo vespertino —a esa difusa luz sentimental que el isleño define poética y patéticamente con el nombre de «sol de los muertos»— es imborrable. Las olas tejen encajes caprichosos allá abajo, en las tenebrosas calas de arenas negras; un grillo canta a nuestros pies y sobre el disco brillante de la luna, cruza, volando blandamente, la silueta siniestra de un búho. Abajo, a mano derecha, se divisa aún el cementerio de San Andrés, con sus tapias encaladas en forma de ataúd y una eclosión prodigiosa de flores abigarradas desbordándose piadosamente sobre la rigidez espeluznante de las tumbas.

CAPÍTULO II

El Teide, la catedral de Tenerife

En rigor, la isla de Tenerife es el Teide, y lo demás no es sino mera comparsería. El tinerfeño se siente orgulloso de su volcán:

—Es el pico más alto de España, niño.

—Sí, ya lo sé.

Y alzan hacia él los ojos con cierta admiración supersticiosa no exenta de ternura. Porque el Teide, cuando se ve, se ve desde cualquier rincón de la isla. Digo cuando se ve porque, de ordinario, el Teide no se ve; cela su majestuosa belleza tras un anillo de nubes blancas, algodonosas.

Para tratar de tú al Teide, hay que hacer un esfuerzo: trepar y pasar frío. Particularmente en estos días en que el invierno se inicia y la cresta del volcán empieza a espolvorearse de nieve. Pero el Teide no sólo preside, sino que informa la vida toda de la isla. Las rocas, la tierra, los verticales y gigantescos diques de basalto, los lagos de escoria, los ríos de lava petrificada, las playas de arenas negras, los inmensos depósitos de piedra pómez, todo ha salido de su vientre. El Teide es, pues, un volcán parido. La criatura está a sus pies acicalada de plataneras, laureles, dragos, palmeras y flores de Pascua. Y en torno a él, empinándose, los forúnculos oscuros de los volcanes secundarios como una tierra a punto de ebullición. De aquí que, para el tinerfeño, el Teide sea una referencia constante.

Las excursiones por la isla —al norte, al sur, al este y al oeste— están inevitablemente flanqueadas, de un lado, por el Teide, del otro, por el mar. La vecindad de uno y otro se presta, naturalmente, a mil combinaciones a cual más caprichosa y pintoresca. En cualquier caso, nuestro acompañante isleño nos hará agachar la cabeza por la ventanilla del automóvil a cada curva del camino:

—No, hoy no se ve.

O bien:

—¿No es cierto que parece más bajo de lo que es?

O bien:

—Aquello blanco, casi en la cresta, lo llamamos el Pilón de Azúcar; ¿qué le parece, niño?

Es el Teide siempre. El Teide atrae al isleño con una fascinación inexorable. Es un padre cruel, pero no deja de ser un padre. El tinerfeño muestra el Teide con el mismo orgullo que el burgalés su catedral. A fin de cuentas, el Teide es la catedral de Tenerife.

Esto explica que cuando, finalmente, el turista decide la excursión al Teide, experimente dentro de sí un desasosiego nervioso. El acceso al volcán por La Esperanza es de una belleza templada. La Esperanza fue el refugio de un puñado de conquistadores españoles, después de la gran carnicería de La Matanza, monte abajo, junto al mar. Al parecer, el nombre de La Esperanza es debido a que los españoles divisaron desde lo alto sus naves aproximándose de nuevo a la isla. De ordinario, la nomenclatura de Tenerife responde a la época de la Conquista, siquiera pervivan aún nombres —Sauzal, Igueste, Tacoronte— de la más pura raíz guanche.

La carretera de La Esperanza, empinada y dura, es de una belleza misteriosa. El bosque de pinoteas, denso y silencioso, proyecta una melancolía extraña. Es como si el polvo de los siglos, la historia toda de esta isla afortunada permaneciesen prendidos de sus copas y sus raíces. El bosque de pinos de La Esperanza, con el bosque de laureles de Las Mercedes, son los únicos bosques de la isla y ambos brotan a una altura intermedia y constituyen la transición exuberante de las tierras bajas del norte y la agónica desnudez del Teide y sus aledaños. De esos bosques extraen los isleños sus maderas incorruptibles. Puertas, ventanas, mesas del tiempo de la Conquista permanecen inalterables al paso de los siglos. No hay polilla, termita, humedad que se atreva con ellas. Su resistencia solamente es comparable a la de la plata de los retablos de sus iglesias; con la particularidad de que la vejez de estas maderas es una vejez lustrosa y desafiante, una vejez extraordinariamente rica y decorativa.

Pero volvamos al Teide. El Teide aparece al fin, después de ascender más de mil metros, tras una curva del camino. De lejos, el volcán es algo familiar, nada amedrentador ni violento. Emerge de las nubes como un islote cónico, componiendo un fondo espectacular, más bien sosegado. A distancia, el Teide no tiene nada de monstruo dormido. Es preciso aproximarse para que la angustia cósmica se presente. Afortunadamente el proceso es paulatino.

La vegetación empieza a ralear salvado el bosque de La Esperanza. Las retamas se esparcen a los costados de la carretera, trepan por las laderas, nos acompañan unos kilómetros. También las aves se han ido rezagando. No hay

muchos pájaros en Tenerife, pero a estas alturas apenas si algún cernícalo anima la implacable soledad del paisaje. Más arriba, las retamas languidecen; aparece —como último superviviente vegetal— el escodeso, una insignificante planta rastrera coronada por unas deleznables escobillas. Las nubes, debajo, nos hacen flotar. Al fin, el desierto. Un desierto peculiar, personalísimo, de una dureza pétrea, implacable. Las Cañadas, el auténtico cráter del Teide, constituirá seguramente uno de los espectáculos minerales más grandiosos del Universo. El panorama es verdaderamente desolador, angustioso; un caos mineral de una desnudez salvaje, primigenia. Los montes desgarrados, las bocas de los cráteres yertas, petrificadas, se combinan con los torrentes inmovilizados de lava y con las esculturas graníticas, formas supervivientes del último cataclismo.

Sin embargo, el impacto del Teide, o del anteúltimo escalón del Teide —que esto vienen a representar Las Cañadas—, no proviene tanto de la desnudez del suelo cuanto de su constitución. Paisajes minerales los hay en todas partes. Un paisaje mineral salido del vientre de un volcán ya es distinto. Hay en él algo pavoroso, como la huella rezumante de un pasado catastrófico. Los volúmenes rocosos, los truncados ríos de lava tienen algo atormentado. Se retuercen en figuras inverosímiles, componen una estampa de auténtica pesadilla. Yo sospecho que las fotografías e interpretaciones de la topografía lunar que circulan por ahí han sido tomadas en el Teide.

No obstante, aun habiendo sequedad no existe aquí monotonía. Antes de arribar a Las Cañadas, la famosa curva llamada del Pastel ya nos hace pensar que el Teide, pese a su agónica esterilidad, admite gamas y matices, no queda todo en una cansada rutina mineral. La Curva del Pastel es como el corte de una inmensa tarta donde se advierten capas de una coloración variopinta. Arriba, esta impresión se confirma enseguida. Los sectores donde predomina la obsidiana son negros, cortantes, con unas hermosas irisaciones que deslumhran. Los yacimientos de piedra pómez son blancos ocres, esponjosos, de una apariencia falaz. Mayor sugestión plástica emana de las rocas de arjilofira, de un verde aguado, inofensivo, pero con un olor a azufre que hace irrespirable el aire en derredor. Yo sospecho que un geólogo en estas alturas se trastornaría de pura felicidad. En general, los tonos que prevalecen son los ocres–rojizos de las rocas de mineral de hierro que en Las Cañadas circundan a veces vastísimos depósitos de arenas volcánicas que aparecen como inmóviles lagos de cieno. Esta inmovilidad, unida a la variedad de colores, a las formas atormentadas, al silencio de campana neumática que nos rodea, excita la imaginación y uno recrea el cataclismo espeluznante que debió de

motivar el nacimiento de la isla e, inevitablemente, siente un estremecimiento, queda aterrado por una sorda, asfixiante angustia cósmica.

Sin embargo, el Teide —sus últimos setecientos metros— sigue pareciéndonos desde aquí algo vago y diluido, casi amistoso y familiar. Sus tonos violáceos, su perfecta forma cónica huelen un poco a artificio, a decorado. El viajero ha de repetirse: «Es el Teide en persona; no es una tarjeta postal», para convencerse de que es así. En una palabra, el Teide es el monstruo más decorativo, más —al menos en apariencia— domesticado que cualquiera pudiera imaginarse. Lo verdaderamente horripilante —y hermoso por lo mismo— son sus excrecencias, que hoy, tras un inquieto pasado, le sirven de pedestal.

CAPÍTULO III

Santa Cruz, la capital

Santa Cruz y La Laguna vienen a ser una misma cosa. Quiero decir que entre Santa Cruz y La Laguna no hay solución de continuidad, no existen claros ni paisajes; el enlace urbano es completo y uno no acierta a definir dónde comienza una y termina otra, y a la inversa. En punto a construcción, a estructura urbana propiamente dicha, ya es otro cantar. El aire colonial de las edificaciones es mucho más notorio en La Laguna que en Santa Cruz. Por otro lado, y pese a que la distancia entre el cogollo de una y otra no va más allá de seis o siete kilómetros, en La Laguna llueve y hace frío y en Santa Cruz no o muy raramente. Esto explica que las casas de Santa Cruz apenas conozcan la teja, se rematen con pequeñas azoteas soleadas, donde las familias modestas alinean sus macetas y crían sus gallinas, mientras en La Laguna los tejados son poco menos que imprescindibles.

En todo caso, en Tenerife las construcciones suelen ser bajas, de una planta o de planta y piso, y, a menudo, en la capital, con un jardín restallante de flores delante, con lo que la extensión de la urbe es considerable. En Santa Cruz no ha llegado aún —y es posible, y Dios lo quiera, que no llegue nunca — el prurito de la verticalidad. No ansia los rascacielos, tal vez porque piensa que para este menester ya cuenta con el Teide. El hacinamiento no se conoce aquí. Los economistas son aficionados a hacer cálculos divertidos sobre la renta nacional y lo que de ella corresponde a cada ciudadano, o bien a relacionar la cultura popular con el número de kilos de papel que se consumen en el país por habitante, olvidándose de que los papeles de envolver, las serpentinas y los rollos de papel higiénico poco tienen que ver con la cultura. Sin embargo, ni a los economistas ni a los botánicos, que yo sepa, se les ha ocurrido nunca relacionar el número de árboles y de flores de una ciudad con el número de habitantes y extraer de esta relación un índice de cultura. Si esta estadística se nos facilitara algún día comprenderíamos que Tenerife es un pueblo culto porque sabe rodearse de vegetales como nadie, siquiera no consuma demasiadas toneladas de papel impreso.

En este aspecto, Santa Cruz da la impresión de una ciudad tropical, no sólo por el número, sino por la plasticidad de sus flores. Particularmente las

zonas modernas —y en construir unos kilómetros de «zona moderna» no invierte la capital demasiados meses— constituyen un espléndido recreo para los sentidos. La eclosión vegetal es de una vistosísima policromía. Con la originalidad de que la ciudad no se vuelca en los parques, sino que distribuye equitativamente sus adornos por todas partes. Las avenidas, los bulevares, los jardines particulares tienen una jugosidad, un encanto permanente y variado. En el reino vegetal todos los colores riman, son compatibles. De ahí la armonía que conjugan el rojo fuerte de las flores de Pascua y las paodias, con el azul de los jaca— randaes, el violeta de la buganvilla y el verde profundo de los laureles de Indias. El amor a las flores es sin duda una constante de Tenerife a la que, naturalmente, no es ajena la favorable disposición del clima.

La estructura urbana de Santa Cruz participa por igual de lo europeo y lo americano, sin olvidar la influencia africana. No en balde las Canarias constituyen un archipiélago intercontinental donde a diario llegan las influencias de estas tres partes del mundo. Por otro lado, no debe olvidarse que la última tierra europea que vio Colón fue tierra canaria, y que durante los largos años de la colonización americana fueron las Canarias la última etapa de los viajes de ida y la primera de los viajes de retorno de los galeones que partían de Sevilla y Cádiz. Esto justifica sobradamente que el estilo colonial canario represente el antecedente más inmediato del estilo colonial americano. Que del estilo colonial canario participen elementos árabes, andaluces e incluso italianos nada tiene de particular. Tengamos presente que el balcón canario llega a América, después de nacer en Italia y hacer escala en Andalucía. De aquí que el efecto que la ciudad produce en el forastero sea cambiante e impreciso y que si, por una parte, la claridad de los edificios y el remate de las azoteas recuerda lo andaluz y, consecuentemente, lo árabe, las torres y los campanarios de las iglesias, sus rejas, las balconadas y la amplitud del trazado urbano nos lleva a evocar las localidades más antiguas de América. En este sentido, conviene recordar asimismo que los fundadores de las principales ciudades atlánticas de Sudamérica fueron tinerfeños y que el tinerfeño suele ser no un emigrante definitivo, sino un emigrante de ida y vuelta a quien se conoce aquí con el nombre de *golondrina*. Sorprende en la capital, dada su latitud, la relativa amplitud del sector urbano más antiguo. En Santa Cruz no se ven las callejuelas angostas del barrio del mismo nombre de Sevilla o del casco de Cádiz. El sol, aquí, no se considera un enemigo y seguramente por razones bien fundadas.

Por de pronto, la tez de los tinerfeños es blanca, pese a la vecindad del mar. El sol de Tenerife es un sol que no quema; la brisa, una brisa que no curte.

Lógicamente los barrios modernos son todavía más amplios, aun sin caer en extremos pretenciosos. Las calles están flanqueadas por viviendas unifamiliares con sus jardincitos delante. El tinerfeño se resiste, y hace muy bien, a vivir en colmenas. En realidad la población queda encerrada en un ángulo cuyos lados son la Rambla y el Paseo del Muelle. Y aun siendo una capital extendida, con rebabas un tanto anárquicas, los fondos de sus calles rara vez están cerrados; de ordinario nos ofrecen una perspectiva de mar o de montaña. Esta es otra ventaja de las muchas que ofrece esta ciudad, muy bien dotada de miradores naturales, debido a la endiablada diversidad de planos en que está montada.

El afán de independencia, de horror a la aglomeración se advierte igualmente en las cuevas y chabolas que se abren en las peladas montañas que cercan la ciudad. En este sentido es fácil observar que hay quien se habilita una cueva a quinientos metros de altitud sólo por eludir el contacto, la fiscalización desde otra cueva inmediata. Al parecer, los guanches primitivos ya se alojaban en las cuevas y oquedades en que es pródiga la isla, y me aseguran amigos del país que el isleño actual ofrece mucha resistencia a abandonar estos refugios naturales, aunque se le ofrezca una vivienda decorosa por dos reales. No sé. Lo cierto es que hoy día los isleños que viven de esta manera son demasiados. Y una vez más tendremos que recurrir a la bonanza del clima para explicar el fenómeno. En todo caso, el espectáculo que ofrecen estas laderas herrumbrosas, salpicadas de cuevas y chabolas en cuyas bocas las flores se desparraman y la ropa se solea en cuerdas invisibles, es de una fascinación a la que uno no puede sustraerse.

Santa Cruz, pues, tiene su propia personalidad. Las sucesivas emigraciones de portugueses, italianos, árabes, ingleses, etcétera, quedan pronto desdibujadas y absorbidas por el núcleo principal. El clima —¡otra vez el clima!— y las condiciones de vida terminan por uniformarlas. En puridad estas minorías no trascienden. Tan sólo el elemento indio conserva intacto su carácter en esta babel «ababelada». Las indias, envueltas en sus tules multicolores que las cubren hasta los pies, y los indios de tez cetrina y ojos profundos al frente de sus bazares, ponen en las calles de Santa Cruz una exótica nota colorista. De la vivacidad mercantil que estos comerciantes imprimen a la ciudad, de su discutible conveniencia, hablaré más adelante. De momento, y para rematar este capítulo, no me queda sino decir que Santa

Cruz ofrece un tono de gran ciudad, un ritmo de vida impropio de su tamaño. Santa Cruz es una ciudad sin estridencias, donde los automóviles son mudos y un mutuo respeto preside las relaciones entre los hombres. Las calles de Santa Cruz a las nueve de la noche están desiertas. Quizás en esto, en que la urbe madrugue y no trasnoche, sí se advierte una benéfica influencia extranjera.

Anotemos que para una población de poco más de cien mil habitantes, Santa Cruz cuenta con cerca de cuatrocientos taxis, dos docenas de salas de espectáculos, y unos clubs —el Náutico, el Golf, el Casino— instalados con un refinamiento muy europeo. Claro que esto lo da el mar, su condición de apeadero marítimo, su carácter intercontinental. Los grandes transatlánticos que van y vienen exigen esto. Como la gente de mar precisa esos lugares tímidamente frivolos que se alzan entre Santa Cruz y La Laguna y que tímidamente también juegan al *Paris la nuit*.

CAPÍTULO IV

El isleño no llora ni aplaude

Tenerife tiene su personalidad topográfica, pero no carece de personalidad étnica. Más arriba dije que las minorías de emigrantes han sido captadas, diluidas en la idiosincrasia de la isla. Esta afirmación viene a refrendar la teoría de que la manera de ser de un pueblo la determinan, ante todo, sus condiciones de vida, o sea, su clima y su paisaje. Tenerife tiene una base de población puramente guanche, a la que se han superpuesto, primero, los españoles, y, posteriormente, minorías árabes, inglesas, francesas, irlandesas, portuguesas, indias, judías y qué sé yo qué más. A estas alturas las características raciales de todas estas minorías han desaparecido para pasar a formar parte del temperamento isleño con sus peculiaridades. Tenerife, pues, posee la fórmula para reducir hombres y razas a un común denominador.

En mis devaneos por la isla he advertido que el isleño tiene complejo de «aplatanamiento», calificación que seguramente se ha fraguado por inmigrantes que antes de «aplatanarse» estaban habituados a una laboriosidad más recia y aparatosa. Uno ignora de cuándo data esta consideración —o desconsideración— social, tan gráfica como inexacta. En Canarias, decir de un hombre que está aplatanado equivale a afirmar que es un holgazán, un vago de siete suelas. Tal concepto, repito, es evidentemente injusto. Lo que sucede aquí es que el ritmo de trabajo es reposado, administrado; se elude siempre, en lo posible, el movimiento inútil; no se labora contra reloj. El reloj, me parece a mí, cuenta poco en las Canarias. Las cosas se hacen —de día o de noche— sin sujetarse a la férrea coacción de un cronómetro. Diría más: en Tenerife es muy poca la gente que se ve en el campo y sin embargo la campiña está tan meticulosamente cuidada como un jardín. Tengamos en cuenta que en Tenerife no existía la tierra ni el agua. El tinerfeño ha empezado por «hacer» la tierra y, después, por «hacer» el agua. Luego, tras estos penosos alumbramientos, ha iniciado la explotación de sus parcelas con tanta integridad y tesón como si aquellos elementos le hubieran bajado del cielo.

Entiendo que ya es momento de decir que entre tinerfeño y chileno existe una semejanza, hecho tan comprensible como que ciertos rincones de La

Laguna parezcan estampas arrancadas de la isla de Cuba. Para un europeo, las Canarias constituyen la antesala de Europa. Esto equivale a reconocer que Europa y América se cruzan, se funden y se comprenden en el archipiélago canario. El europeo ve en las islas a América; el americano, a Europa. Todo depende del punto de partida. Europeos y americanos descubrirán, ineluctablemente, en las Canarias todo aquello que no les es habitual y cotidiano. Cada uno ve una mitad; la otra mitad queda eclipsada por la fuerza de la costumbre.

En cualquier caso, ese apagamiento aparente que descubrimos en el isleño —y que posiblemente para el americano, especialmente para el americano tropical, pasa inadvertido— es, cómo no, otro fruto del clima. El clima del litoral tinerfeño es, ya lo hemos dicho, benigno, de una blandura enervante. Todo el que arriba a la isla queda, automáticamente, influido por él. A algunos, incluso, les produce un desequilibrio febril. Canarias, el clima canario, exige un corto período de adaptación. Luego, el inmigrante se desenvuelve en él como el pez en el agua. Los ingleses denominaron a este mal *fiebre canaria* y, por mi parte, puedo decir que tanto mi mujer como yo hubimos de someternos, a poco de llegar, a tratamiento médico porque la tensión arterial nos había descendido a los zancajos. Sin duda, los cambios de temperatura, los grandes fríos seguidos de los grandes calores, son más estimulantes para el trabajo que esta temperatura semitropical, de una uniformidad de invernadero.

Sea como quiera, el tinerfeño es un ser más bien deprimido, apagado, muy alejado de la exaltación. Mi buen amigo isleño Alfredo Reyes Darias, que se conoce el país de pe a pa y tan a conciencia que si una nueva erupción del Teide —¡la Virgen de la Candelaria no lo permita!— arrasase la isla, él sabría volver a montarla, me decía en cierta ocasión: «El tinerfeño no roba, ni mata; se suicida». Y, en verdad, los crímenes pasionales, los robos son aves raras en Tenerife. No he visto secciones de sucesos locales más desangeladas que las de los diarios tinerfeños *El Día* y *La Tarde*. Los sucesos, en Tenerife, hay que importarlos. Los propios no dan para abastecer ni en una mínima parte la curiosidad morbosa del isleño, que existe como en todas partes.

La depresión es un estado normal en Tenerife. Por eso, a poco que soplen malos vientos, el isleño se suicida. Sería curioso hacer un informe sobre la manera de suicidarse los hombres en cada rincón del mundo. En Montecarlo, ya es sabido —como en la milicia—, se utiliza la pistola; en Castilla, la gente se pone al tren; en Yecla, a juzgar por lo que cuenta Castillo Puche, los desesperados se ahorcan… Ninguna de estas fórmulas seduce al tinerfeño. El

tinerfeño, en trance, se arroja al barranco de Santos desde el puente Galcerán. Más o menos, cada hombre, en esta circunstancia, sabe hacer honor a su profesión o su geografía.

A este respecto hay un hecho muy significativo que puede servir como ninguno para definir el carácter isleño. El barranco de Santos atraviesa la ciudad de Santa Cruz y es una cárcava abrupta, de muchos metros de profundidad, muy apta para atraer a los desequilibrados. El puente de Galcerán es uno de los más céntricos y hermosos de la capital y salva el barranco con una gallardía indiscutible. Pues bien, desde hace mucho tiempo este puente servía de trampolín a los desesperados tinerfeños para poner fin a sus días. Con una particularidad: los hombres se arrojaban por la banda izquierda, donde el lecho del barranco ahonda en el suelo unos metros más, y las mujeres por la derecha. Hombres y mujeres suicidas respetaban esta tradición con el mismo rigor que si se tratase de una costumbre severamente reglamentada. Y ¡ay del hombre que se suicidase por el costado derecho del puente!

—El hombre que tal hiciera, niño, quedaba mal conceptuado.

—Ya.

Es decir, que la familia del muerto, sobre el dolor de contar con un suicida, quedaba manchada por el oprobio de que su padre, su hermano o su hijo se hubiera arrojado por la banda derecha del puente. La hombría del suicida, en este caso, quedaba en entredicho. O si era una mujer la que se despeñaba por el lado izquierdo, bien podía apostarse doble contra sencillo que se trataba de un marimacho. He aquí un concepto de la virilidad —muy peninsular, por otro lado— llevado hasta las últimas consecuencias. Mas la historia del puente Galcerán no acaba aquí. Las autoridades, en vista de la atracción macabra que ejerce sobre los ciudadanos el barranco de Santos, ordenó subir unos centímetros la verja que prolongaba el pretil. La medida parecerá ingenua a mis lectores, pero lo cierto es que desde que la obra se llevó a cabo, los suicidios han disminuido en Santa Cruz en un noventa por ciento; puede afirmarse que, prácticamente, han desaparecido. El fenómeno, analizado a la ligera, vendrá a demostrarnos que, en efecto, el «aplatanamiento» del tinerfeño es tan soberano que por no tomarse el esfuerzo de subir una cuarta más, abandona la idea de suicidarse. Mas la realidad no es exactamente ésta. La realidad es que el tinerfeño es un ser laborioso y tenaz para todo aquello que le pueda reportar un rendimiento; en una palabra, para ganarse la vida; para todo lo demás, incluso para ganarse la

muerte, no le vale la pena tomarse las cosas demasiado a pecho. «Si la muerte exige un esfuerzo, vivamos», parece decir.

Este decaimiento del ánimo, que, en definitiva, es otra manifestación de la porosidad sentimental del isleño, lo combate el tinerfeño con excitantes como el café y el alcohol. El tinerfeño ingiere mucho café y bebe mucho vino. La isla no da ahora —desde que el plátano y el tomate se han convertido prácticamente en cultivos exclusivos— buenos vinos, ni tampoco abundantes, pero para eso está el puerto que los trae, en cantidad y calidad y a buenos precios, de las cinco partes del mundo.

CAPÍTULO V

Diversas caras del amor

La afinidad entre chileno y tinerfeño se hace patente en tipos y costumbres, tipos como el *mago* —campesino isleño envuelto en su manta canaria—, de gran analogía con el *huaso* —campesino criollo—, o el menesteroso de Santa Cruz, semejante, en su dejadez, en su zumbona sorna, al roto chileno. De otro lado, la religiosidad elemental, ornada de un profano halo supersticioso, es también una nota común a los dos pueblos. El culto a las *animitas*, que tanto me llamó la atención en Chile, halla su expresión característica en Tenerife, donde en lugar de un cirio, el isleño pone una cruz —de hierro, roca o madera, según el material que predomine—, o una diminuta capillita que adorna indefectiblemente con flores. Esta credulidad ingenua se manifiesta asimismo en la ingente cantidad de exvotos que acompañan a las imágenes más veneradas del país, en particular a la Virgen de la Candelaria, patrona de la isla. El obispo de Santa Cruz, que me hizo el honor de recibirme y que es el primer isleño que viste este cargo, me habló de la bondad natural, de la enorme capacidad para el bien que encierra el corazón del nativo. No me ocultó que hasta hace relativamente pocos años esa capacidad carecía de orientación y se expresaba en mil formas diversas a cual más tosca y elemental. Este hecho lo basaba en la triste realidad de que las islas adolecían de falta de sacerdotes, pero que recientemente las vocaciones se despertaban en mayor número y que el seminario insular había pasado de cobijar treinta novicios a cobijar ciento sesenta. Es de esperar que esta proliferación de sacerdotes, con una inquietud social más dinámica y ardiente cada día, se acuse en breve plazo sobre Tenerife, que hoy se resiente de un relajamiento moral, ostensible en el gran número de hijos naturales que ven la luz en la ciudad y en el campo.

El ambiente tinerfeño es, sin duda, muy propicio al amor, hasta el punto de que el propio Colón, que reparó su carabela *Pinta* en una ensenada de la Gomera, se enredó en relaciones con doña Beatriz de Bobadilla, dama a la que, según la leyenda, buscó con gran ahínco en sucesivos viajes.

De todos modos, la situación insular, el carácter de estación intermedia entre Europa y América, repercute vivamente en Canarias. La llamada de las

Indias, que en un tiempo amagó con despoblar el país, sigue siendo hoy una llamada de sirena para el nativo. En los últimos años han sido muchos los tinerfeños que emigraron a Venezuela, según datos fidedignos del orden de siete a diez mil anuales. El peligro no estriba tanto en el número cuanto en la calidad, supuesto que el señuelo de los salarios elevados ejerce mayor atracción sobre los especialistas —torneros, fresadores, mecánicos, electricistas, carpinteros— mejor preparados. Esto justifica que los isleños se lamenten de una pérdida de mano de obra técnica que lógicamente repercute en la marcha de la isla. No obstante, estos emigrantes no rompen los vínculos con su país de origen y, de ordinario, envían periódicamente sus ahorros con objeto de regresar un día a cultivar las plataneras que sus familias adquirieron con aquéllos. El apego a la tierra es un sentimiento muy arraigado en el tinerfeño. Claro que si el especialista regresa de terrateniente, el retroceso técnico que el cambio de profesión implica no se evita con el retorno a los viejos lares. En todo caso, la emigración masiva está remitiendo. En los últimos años la crisis económica de los pueblos de América Central, especialmente de Venezuela, se ha acusado en las Canarias, donde el movimiento migratorio ha decrecido a ojos vistas.

Esta vinculación del hombre a la tierra que le vio nacer habla por sí sola de la predisposición sentimental del indígena, sentimentalismo que es también común a los sudamericanos del litoral del Pacífico. Tal condición toma diversas direcciones, una de ellas la afabilidad. El sentido hospitalario del isleño, incluso de los más humildes, es ejemplar. El cronista no ha visto, a lo largo y a lo ancho del mundo, un pueblo donde las gentes de cualquier condición se esfuercen más por complacer al forastero que el tinerfeño. Si uno pregunta la situación de una calle en Santa Cruz, el ciudadano no sólo le indica, sino que le acompaña y si, a su vez, desconoce el lugar en cuestión, interpelará a un nuevo transeúnte hasta darnos resuelta la papeleta. Es ésta una actitud cada día más rara en el mundo, un mundo agobiado por los apremios en el que el prójimo y sus problemas no cuentan para nada. Otro tanto podría escribirse de la obsequiosidad, de la presteza para entablar conversación, del espíritu de comprensión del isleño. En una palabra, en Tenerife los corazones están aún abiertos; un hombre mira a otro hombre no como a un extraño, sino como a un semejante. Lo que esto facilita las relaciones cotidianas, el clima de amistosa convivencia que crea puede imaginarlo el lector.

Esta disposición de ánimo se traduce en ocasiones en una espontaneidad conmovedora para con el visitante. El tinerfeño es muy dado a la confidencia,

«a hacerle a uno el cuento», como ellos dicen. A poco que uno preste atención a las palabras del indígena, éste se confiará y terminará por contarnos su vida. Pero no una vida objetiva, aséptica, sino una vida donde desmenuzará cada uno de sus problemas familiares, sus pesares y sus preocupaciones. Si uno hace ver a un tinerfeño la actitud confidencial de otro tinerfeño, sonreirá abiertamente y dirá: «¿Le *hiso* el cuento, niño? ¡Qué *grasioso*!». Mas ello no es obstáculo para que, tras su comentario, el interpelado nos haga el cuento a su vez. El tinerfeño es así, un ser tierno y sentimental que cree en la buena fe del prójimo y espera algo —un consejo al menos— de cualquiera por el mero hecho de caminar sobre dos piernas. A uno le invade la tristeza si compara esta actitud con la insolidaridad que va dominando al hombre contemporáneo, con la desconfianza egoísta que paso a paso se va adueñando del mundo.

El mismo derramamiento de corazón muestra el nativo hacia su patria, hacia la Península. Este amor es tanto más emocionante cuanto mayor es el desapego del peninsular hacia sus islas. Si uno, en el curso de la conversación, dice «España» por «Península», el isleño sonreirá comprensivo, pero en lo hondo se dolerá de nuestra ligereza.

En el afecto de Tenerife hacia España hay un matiz femenino, hecho de ternura, de comprensión, de resignación hacia los desvíos ajenos. En general, el carácter del isleño participa —aunque en una medida si se quiere discreta— de la blandura, de la porosidad esponjosa propia de los pueblos del trópico. Esto se advierte por igual en todos los sectores sociales y, en sustancia, no es un defecto, sino una actitud, y como todas las actitudes tiene sus pros y sus contras. Lo que, en definitiva, es evidente es que en Tenerife no se toman las cosas con excesivo calor, aun admitiendo que la isla, sus habitantes, son sensibles a todos los estímulos.

CAPÍTULO VI

Todavía hay clases en la isla

Un aspecto que al cronista le ha llamado la atención es la importancia que aún se concede en el archipiélago a los pergaminos, al abolengo, a un pasado más o menos nobiliario. En la vieja Europa, a partir de la Revolución francesa, se empieza a medir al hombre por lo que vale, por sus obras, e incluso se acuña un concepto, el de la nobleza de alma, que vale más que todos los títulos que puedan esgrimirse. En la misma Península, a partir de la guerra civil, las castas tienden a difuminarse y apenas se concibe hoy una nobleza cerrada a piedra y lodo, una nobleza clausurada en compartimientos estancos, con los papeles conservados entre naftalina. En Tenerife, por contra, todavía hay clases. Las «buenas familias» y las «chicas bien» las determinan los títulos o el dinero. Diríase que sin pergaminos o sin dinero no puede admitirse una «buena familia» o una «chica bien». En Canarias aún se pone en práctica la costumbre, en Europa afortunadamente periclitada, de medir el nivel social de los futuros contrayentes antes de poner buena cara a las relaciones entre dos jóvenes. Mas como las grandes familias de la isla son relativamente escasas, los enlaces entre primos son cosa frecuente y casi diría obligada si quiere evitarse la «contaminación».

Las familias nobles de Tenerife proceden de La Orotava. La Orotava es el valle más fértil de la isla, el que el adelantado don Alonso Fernández de Lugo distribuyó entre sus adeptos y amigos. Esto aconteció hace muchos años, pero La Orotava aún concede en nuestros días patentes de nobleza.

—Es de La Orotava, niño.

Ante esta manifestación hay que descubrirse. Ser de La Orotava equivale a ser descendiente de la pata del Cid, a tener la sangre azul. En la plaza de La Orotava, los nobles paseaban por un lado y por el otro los plebeyos. Eran dos mundos inconciliables. En el Instituto de Segunda Enseñanza de La Laguna, los hijos de los hijos de La Orotava formaban hace años su clan y ante el otro clan esgrimían su origen y su rango como un mérito, como un motivo legítimo para justificar su hermetismo. Pero, cosa curiosa, los del otro grupo no les rebatían apelando a la nobleza de sentimientos, a la aristocracia del

trabajo, como parecería natural, sino que aducían que el adelantado Fernández de Lugo repartió las tierras entre sus criados y no entre sus soldados, es decir, que ellos eran hijos de los soldados y, por lo tanto, más nobles que sus contrincantes. En una palabra, ser noble o aspirante a serlo son cosas a las que en Tenerife se da aún auténtica importancia. Las vetustas casonas atiborradas de fotografías de antepasados ilustres, con viejas carpetas alineadas en los estantes abrigando apolillados pergaminos, son relativamente frecuentes en la isla. En fin, la isla es pequeña y cada uno se divierte en ella como puede. En todo caso, la mayor parte de estas anécdotas son agua pasada y hoy, pese a todo, el compacto bloque de la nobleza canaria se va agrietando y por sus resquicios se filtra «la sangre impura» —comerciantes extranjeros, profesionales peninsulares— que terminarán por ceñir la cuestión a su justa medida. Los rancios caserones isleños abrirán cualquier día los postigos de sus ventanas y permitirán que el aire se renueve y un rayo de sol acaricie el retrato del ilustre bisabuelo condecorado por Fernando VII. Las cosas vienen así y Tenerife no es precisamente un país recalcitrante, un país que se apegue a las tradiciones con obstinada terquedad.

Con la aristocracia, a menudo mezclados con ella, están los grandes terratenientes y los grandes comerciantes. Hay que observar que en Tenerife quien posee tres hectáreas de tierras litorales es un gran terrateniente. Un mundo aparte, pero muy fino y cultivado, es el intelectual. La Universidad de La Laguna y, en general, todos los centros de enseñanza de la isla y los organismos de cultura están escrupulosamente atendidos y tienen una vitalidad muy movida y bien orientada. Por don Alberto Navarro, rector de la Universidad, y don Andrés Segovia, director de la Escuela de Comercio, pude percatarme de la gran influencia de estos centros en la vida de la isla. Ambos son peninsulares captados por el país. Tenerife les ha asimilado a ellos y ellos han asimilado a Tenerife. En realidad hay que reconocer que Tenerife para el intelectual peninsular viene a ser un lugar de paso por su lejanía. Pero uno se pregunta, ¿de dónde está lejos Tenerife? Porque la verdad es que la isla es un mundo cerrado y completo con unas facilidades de vida que no puede ofrecer punto alguno de la Península. Es evidente que quien así lo entiende se afinca en el archipiélago y de allí no hay quien le mueva. Este es el caso del gran pintor vallisoletano Mariano de Cossío, recientemente fallecido, instalado en Tenerife desde hace treinta años y a quien no desazonó nunca el deseo de regresar. Para Cossío no existió nunca la tentación de París. El dinero para él era una cosa secundaria. Anteponía al ganar dinero el vivir a gusto. Y posiblemente, debido a su voluntario retiro, pudo hacer una obra que

difícilmente hubiera conseguido viviendo en el continente. Sus frescos gigantescos de la iglesia de Santo Domingo —en La Laguna— y el techo del salón de actos de la Universidad constituyen sendas obras de romanos, obras de otros tiempos, cuando el reloj no contaba, que no pueden hacerse si uno se deja envolver por la febril inquietud de nuestra época. De ordinario, esta aclimatación del peninsular en las islas obedece a una de estas dos razones: el anhelo de tranquilidad o el hechizo de la mujer isleña, ante el cual se han rendido muchos recalcitrantes peninsulares.

Mas, de ordinario, el isleño estudioso tropieza con la grave dificultad de tener que desplazarse a Madrid para opositar. El viaje de Canarias a Madrid sigue siendo, a pesar del progreso, una aventura cara. De aquí que sean muchos los estudiosos tinerfeños que tienen que aceptar un empleo por debajo de sus méritos reales antes que correr el albur de unas oposiciones a dos mil kilómetros de distancia. He aquí un aspecto de la vida intelectual insular que convendría revisar.

El cronista no cree equivocarse si admite que el hombre medio vive mejor, más desahogadamente, en las islas que en la Península. De otra parte, la clase media está más extendida, abarca más personas, más profesiones, que en el continente. Nada digamos de la vida en los pueblos, sobre todo en los del norte. Baste decir que Icod de los Vinos, un pueblo de muy pocos miles de habitantes y cuya tierra está muy repartida, cuenta con quinientos coches y dos o tres cines con dos sesiones diarias, es decir, un índice de modernidad superior al de cualquier localidad peninsular análoga.

Lógicamente las facilidades que el comercio brinda al isleño deberían sentirse igualmente en las clases de economía más apretada. Y sin embargo, la impresión que éstas producen es, sin disputa, más pobre que las del mismo nivel en la Península. Las cuevas, los niños descalzos, los trabajadores zarrapastrosos constituyen un espectáculo natural en Tenerife, mas no olvidemos que, en un país en el que la temperatura no desciende de los dieciocho grados centígrados, el hecho de andar descalzo y medio desnudo viene a representar casi un placer. Una costumbre de siglos no se rompe en un día y el isleño pobre está hecho a excluir la ropa y el calzado de su capítulo de gastos desde tiempo inmemorial.

Una última nota que he observado durante mi estancia en la isla, y que tal vez ayude al lector a matizar el carácter del tinerfeño, es la importancia que concede al dinero. No es que sea tacaño, ni usurero, ni poco obsequioso, que según vengo diciendo es todo lo contrario, sino que el dinero es lo primero que sopesa antes de tomar una decisión en cualquier sentido. A este respecto

puedo contar una historia absolutamente verídica. Un viejo isleño se negó durante su vida a dejarse observar por un médico y a ingerir ningún medicamento. A los setenta y tantos años se le iniciaron unos trastornos muy dolorosos que incluso ponían en peligro su vida. Los hijos y nietos, por más que le asustaron con el dolor, que a buen seguro iría en aumento, y aun con la posibilidad de la muerte, no consiguieron hacerle cambiar de actitud. Únicamente cuando uno de ellos le advirtió que de agravarse la dolencia tendría que intervenirle un cirujano y que la operación costaría unos miles de duros, el viejo se decidió a llamar a un médico y a hacerle el primer gasto de su vida a un farmacéutico. Este buen señor, por otro lado, es un anfitrión generoso y tiene un concepto de la vida todo lo ponderado y flexible que cabe exigir al más equilibrado y normal de los mortales. Pero el tinerfeño es así.

CAPÍTULO VII

El plátano precisa tantos cuidados como un niño sietemesino

Para el peninsular, profano en agricultura y con cuatro vagas ideas sobre la economía del país, el nombre de las islas Canarias va indefectiblemente asociado a la producción platanera. Para el peninsular, poco aficionado al estudio, las islas Canarias vienen a ser un excelente y dilatado invernadero donde los plátanos brotan poco menos que de las piedras. Uno, desde su ignorancia, cree que el canario ha de rastrillar cada día su jardín para evitar que las plataneras terminen por asfixiarlo. En su rincón peninsular, uno imagina que los plátanos se dan en Canarias espontáneamente, incluso contra la voluntad del hombre, y que si en algo ha de trabajar el isleño es en evitar que la proliferación de las plataneras llegue a tal extremo que desborde la topografía de las islas y acabe por arrojarle al mar. Una visita a las islas servirá para desmentir enseguida tan peregrinas suposiciones. Una somera visita a las islas bastará para informar al viajero que las Canarias, y Tenerife concretamente, es un país pobre donde el hombre ha de empezar por fabricarse el suelo cultivable y después buscar debajo de la tierra —por la corteza de Tenerife no discurre, no digamos un río o un arroyo, sino ni el más lánguido y escuálido reguero— el agua que imprescindiblemente necesita para sus plátanos y sus tomates, cultivos que representan, en conjunto, cerca del ochenta y cinco por ciento de las exportaciones agrícolas de las islas.

Cualquiera que no fuera el tinerfeño, ante una situación tan adversa, tan enconadamente ingrata, se hubiera cruzado de brazos y se hubiera dejado morir. El tinerfeño no; el tinerfeño al ver, hace más o menos un siglo, que el negocio de la cochinilla se esfumaba, y que el insecto, tan codiciado en la industria de los tintes, perdía toda su importancia por mor de las fabricaciones sintéticas, se dio en pensar en el modo más ventajoso de aprovechar su clima benigno, en la mejor manera de sacarle un rendimiento, y dio con el cultivo del plátano. Mas el plátano está muy lejos, como ahora veremos, de ser un fruto espontáneo. El plátano necesita tantos mimos y cuidados como un niño sietemesino, y únicamente un temperamento obstinado y paciente como el

canario ha podido conseguir en unas islas sin tierra ni agua un cultivo semejante. Esta es la razón por la que el cronista rechaza de plano, y el lector lo hará con él a poco que siga leyendo, ese sambenito de holgazán que se le ha colgado al isleño. El cronista, a todo conceder, apenas si admite la idea del «aplatanamiento insular», aplicado a una técnica de trabajo no excesivamente ardorosa, es cierto, aunque sí esforzada y tesonera.

Por regla general, el suelo de las islas, y particularmente el de Tenerife, es reacio a todo intento de domesticidad. Es un territorio salvaje donde el basalto, la roca eruptiva, las arenas lávicas campan por sus respetos, y esto, unido a la topografía de tiovivo que el Teide, con sus barrancadas, acentúa, hacen el suelo de la isla poco menos que impracticable. No hay que olvidar que en la mayor parte de Tenerife las tierras eruptivas aún no están descompuestas y abrasan las semillas que en ellas se depositan. En resumen, que la provincia de Santa Cruz de Tenerife —que comprende las islas de Tenerife, Palma, Hierro y Gomera—, cuya extensión es de 3444 kilómetros cuadrados, tiene labrado un territorio que no llega a los mil kilómetros cuadrados, poco más o menos el veinticinco por ciento de su totalidad. Y no se piense que este porcentaje le ha sido dado al isleño de rositas, antes al contrario, cada kilómetro cuadrado ha sido rescatado a la voracidad del volcán con las uñas, con el esfuerzo y el sudor de cada día.

En realidad, el campesino tinerfeño es un artesano, un macetero en grande. Hacer un bancal en Tenerife es una empresa que abrumaría hasta al trabajador más templado. Hacer un bancal es lo mismo que preparar un tiesto, salvo las proporciones. Mas no se crea que los bancales de Tenerife sean tampoco extensiones dilatadas; el cronista ha visto bancales en los que apenas si podrían recogerse un par de docenas de lechugas. La labor del campesino tinerfeño es algo ímprobo, difícilmente imaginable. Y no se piense que exagero. En Malpaís, en pleno río de lava petrificada, el cronista ha visto huertecitos sonrientes de cuatro metros cuadrados.

El campesino del sur, curado de espanto, habituado a todas las adversidades, sería muy capaz de levantar un huerto en la punta de un poste de telégrafos. La realidad de Tenerife es ésta. Salvo la suavidad del clima, el labrador allí parte de la nada, del cero absoluto. La tierra la ha hecho él, milímetro a milímetro; es tan íntegramente suya como un hijo. De ahí su fidelidad al suelo, su anhelo de regreso, siempre alerta, aun en las condiciones de vida más desahogadas.

En Tenerife, el paredero es una institución. La isla es un muestrario de paredes. Las vertientes del volcán son tan pronunciadas que de no sujetar la

tierra cada dos metros, bastarían dos chaparrones para sepultar la isla en el mar. El paredero tinerfeño, ocioso es decirlo, no tiene estudios y para su trabajo le son suficientes dos estacas y un cordel. Mentira parece que con su instinto y unos elementos tan rudimentarios pueda conseguir obras tan perfectas. Y, sin embargo, las paredes de piedra que apuntalan los bancales son de una solidez a toda prueba. En Tenerife es muy difícil encontrar esas paredes preñadas, a punto de resquebrajarse, tan frecuentes en otros lugares de la Península. Ordinariamente el paredero utiliza piedras de toba volcánica, muy resistentes a la fuerza devastadora de los elementos y deleznables, en cambio, ante los dientes de la sierra. En Tenerife, pues, la ceremonia de colocación de la primera piedra no sólo va bien para las iglesias y las univerversidades laborales, sino también para las tierras de cultivo. La segunda fase del proceso consiste en allanar el escalón, si la tierra elegida reúne unas condiciones mínimas de aptitud. En caso contrario hay que ahuecarlo y acarrear la tierra en camiones desde un lugar en que las arenas lávicas hayan alcanzado el punto de descomposición adecuado. Esta tierra se depositará en el bancal en un espesor de treinta centímetros, cuando menos, y sobre una capa de piedra pómez molida que ayudará a conservar la humedad de las lluvias o de los riegos. Imagine el lector que estos bancales han de hacerse uno por uno y podrá imaginar el esfuerzo titánico realizado por este pueblo para poner en condiciones de producción aproximadamente mil kilómetros cuadrados. Y uno se pregunta: «Bueno, y una vez conseguida la tierra, ¿está ya el problema resuelto?». Decididamente, no. Una vez «hecho el terreno», el isleño ha de preocuparse de «hacer» el agua. Las precipitaciones son escasas en la isla y los cultivos de secano no procuran rendimientos apreciables. Mas ¿dónde buscar el agua en un país por cuyos abruptos contornos no discurre una sola corriente exterior? Ahí está el nudo de la cuestión. Los pozos tampoco son practicables en Tenerife, habida cuenta de su topografía. ¿Qué hacer, pues? Para empezar diremos que el camino más sencillo consiste en represar el agua de escorrentía que se desliza por los barrancos en ocasión —efímera ocasión ordinariamente— de lluvias torrenciales. Mas esto no es sino una pobre y parcial y problemática solución, supuesto que las lluvias que se recogen en la isla nunca serán suficientes para matar la sed de sus plataneras. Total, que el isleño termina por meterse bajo la tierra y buscar en el suelo lo que el cielo le niega. La apertura de galerías horizontales, que a veces profundizan en la roca millares de metros, ha dado origen al negocio de las aguas, en torno al cual se agitan muchos hombres y muchos intereses.

Este negocio de las aguas es un asunto típico de las Canarias y si uno se interesa por él llega a la conclusión de que «jugar a las aguas» en Tenerife puede resultar más apasionante que «jugar a la lotería» o «jugar a las quinielas». Las Sociedades de Agua se constituyen generalmente sin capital. Se hacen trescientas sesenta —la cifra es convencional, pero se respeta en la isla como algo estatuido— participaciones de cien pesetas y cada asociado desembolsará mensualmente sus veinte duros. En sustancia, la Sociedad de Aguas dispone de treinta y seis mil pesetas mensuales, que invertirá en abrir galerías y calicatas en las zonas de la isla donde considere el agua más fácil o más necesaria. Puede suceder que en el primer sondeo aparezca el chorro, en cuyo caso se construirá sin más el pequeño embalse y uno —por la módica cantidad de cien pesetas— es dueño de una parte de ese depósito y podrá optar entre vender al consumidor el agua cada día a equis pesetas la pipa —ochenta litros—, o bien vender de una vez su participación, con lo que puede obtener fácilmente unos miles de pesetas de golpe y porrazo. También puede acontecer que uno se pase la vida soltando veinte duros por mes sin encontrar una compensación. Por eso apuntaba que el negocio de las aguas es un auténtico juego de azar, no sólo porque lo mismo puede salir cara que cruz, sino porque dentro de la cara caben mil gradaciones, ya que la vena alumbrada puede ser de millares de litros por hora o solamente de unos pocos. Al tinerfeño este juego le apasiona —por otro lado, sin él no habría agua, sin agua no habría plátanos, sin plátanos no habría vida— y se lanza a él con verdadera fruición. Los periódicos de Tenerife convocan a diario a los partícipes de las Sociedades de Aguas a junta general «para informarles de asuntos que les interesan». Los asuntos que les interesan son, naturalmente, el éxito o el fracaso de las calicatas y perforaciones realizadas en un determinado tiempo.

Afortunadamente, en el norte del país estas experiencias han dado buenos resultados y hoy esta zona de la isla constituye un auténtico vergel. El agua es un elemento tan estimado que el indígena la denomina, de ordinario, «oro blanco». El «oro blanco» yace en pequeños embalses, en las zonas elevadas de las vertientes del Teide, para que caiga por su propio peso, y la distribuye luego a las mil y una parcelas por una complicadísima red de acequias que en la isla denominan *atarjeas*. Cada cual paga su agua a una cantidad variable la pipa, según las condiciones de sequía o humedad y de acuerdo con la abundancia o escasez de los chorros alumbrados. Estos embalses espejeando al sol entre el jugoso verdor de las plataneras, el agua corriendo en torbellinos

por las atarjeas constituyen un refrescante espectáculo en el valle de La Orotava, el más fértil y agradecido del país.

Ya tenemos la tierra y el agua. Las plataneras han enraizado en el suelo. Mas el mago —¡con cuánta razón se le da este nombre al campesino tinerfeño que hace su tierra y su agua de la nada!— aún no puede tumbarse a la bartola. Hay que proteger las plantas contra el Levante, que a veces se desata implacable y barre la isla con su látigo de arena. El labrador levantará un muro para arropar sus cultivos. Después, si los plátanos se desarrollan demasiado, habrá que apearlos y, más tarde, enlazarlos uno con otro por medio de un alambre para que se presten recíprocamente ayuda. Por último, la poda. Cada plátano no puede dar sino una piña, de otro modo los frutos no se desarrollarían. Pero al propio tiempo hay que velar por la salud del retoño, el hijo que nace tímidamente junto a la planta madre. Finalmente, estas plantas, que generalmente alcanzan la altura y el grosor de un árbol, habrá que desarraigarlas, una vez paridas, sin perjudicar la salud del hijo, de quien se espera la próxima cosecha. Llegado este punto, el ciclo se ha cerrado felizmente, todo esto haciendo caso omiso de la langosta, que se presenta con más frecuencia de la deseable y a veces con una voracidad que borra todo rastro de vegetación sobre la isla.

Tanto esfuerzo, tanto sudor, justifica la obsesión del isleño por el plátano. Lo mismo que se habla en la Montaña de los terneros con dos cabezas, se habla en Tenerife de las pifias de sesenta o setenta kilos. De ordinario, una piña pesa veinte o veinticinco kilos, y el kilo, en origen, se paga a cinco pesetas y pico. Si tenemos en cuenta la densidad de las plataneras y el hecho, aunque no frecuente, real de que hay zonas que dan dos cosechas y hasta tres, vendrá a resultar que el propietario de una hectárea de plataneras es sin más un hombre rico. Al parecer, la hectárea de riego de terrenos litorales se paga hoy a más de un millón de pesetas, cifra que deja de asustarnos desde el momento en que puede amortizarse con los rendimientos de seis cosechas normales.

CAPÍTULO VIII

El bazar de las sorpresas

La exportación del plátano, con la del tomate, constituye, como hemos visto, uno de los soportes de la economía de la isla. El segundo soporte, como veremos ahora, es el comercio. Prácticamente el ciclo económico tinerfeño puede resumirse así: producir para exportar; exportar para importar; importar para vivir. Tengamos muy presente que salvo plátanos y tomates —y quizá patatas y tal vez leche— las Canarias necesitan importarlo todo, desde el pan que comen al jabón con que se lavan. Al propio tiempo, no olvidemos que si de 1900 a 1950 la población española aumentó en un cincuenta por ciento, la población insular canaria aumentó en un ciento dieciséis por ciento en el mismo período. Esto, de paso que confirma la capacidad amatoria del canario, la incitación pasional que el clima de las islas desata, viene a decirnos que éstas precisan producir muchos plátanos y muchos tomates —demasiados tomates y demasiados plátanos— si quieren pervivir con un poquito de dignidad.

Veamos. Un poco a ojo podemos calcular que anualmente fondean o atracan en Tenerife unos cinco mil barcos de todas las nacionalidades, que vienen a representar un total de quince millones de toneladas, más o menos trece barcos y cuarenta y dos mil toneladas por día, cifra considerable si tenemos en cuenta el tamaño de la provincia y el volumen de población que tiene actualmente Santa Cruz. Pues bien, estos barcos vienen lógicamente a traer algo o a llevarse algo cuando no son de pasajeros, en cuyo caso bien se puede asegurar que tampoco éstos se irán de vacío y, al menos, en sus callejeos y recorridos por la isla siempre dejarán a la economía canaria algún provecho. La cuestión, entiende el cronista, no precisa de más palabrería para quedar centrada. El toma y daca se impone. Un toma y daca bien organizado puede proporcionar a la isla, y sin tanto esfuerzo, un rendimiento sólo comparable al que le procuran los plátanos y los tomates. Los isleños no tardaron en comprenderlo y tampoco las autoridades de Madrid, que concedieron a Santa Cruz la consideración de puerto franco. Pero vino la guerra civil, y, tras ella, un cúmulo de dificultades de tipo económico que aconsejaron dejar en suspenso aquella franquicia, aunque sin anular la

concesión. Es decir, que de derecho, Santa Cruz sigue siendo un puerto franco, aunque de hecho no lo sea. Más claro, de los dos aspectos que esta consideración le valía al puerto, inexistencia de aduanas y absoluta libertad para comprar y vender, únicamente la primera quedó en vigor. Al parecer, la actual política de estabilización, la nueva orientación económica, terminará por devolver a las Canarias una incondicionada libertad de comercio que al isleño le es tan imprescindible como el aire que respira.

Pese al régimen provisional en que hoy vive el puerto de Santa Cruz, es palmario que el comercio sigue constituyendo uno de los factores punteros de su economía. En realidad, el régimen de control de divisas y de permisos de importación, tan riguroso en la Península, se lleva aquí, en las islas, a ojo de buen cubero. La exportación de plátanos y tomates concede al isleño una holgura de movimientos verdaderamente envidiable. Quiero decir que el margen de tolerancia es tan grande que para un peninsular la vida comercial del país, las posibilidades de adquisición y de venta que ofrece constituyen una realidad insólita. Sin duda este régimen de vista gorda, de flexibilidad, es el único camino viable para que la a pesar de todo precaria economía de la isla pueda desenvolverse.

Resultado: que la animación mercantil de Santa Cruz, la vivacidad de sus calles, la disparatada actividad de sus establecimientos comerciales, es una cosa nunca vista en la Península. Claro que esto es el pequeño comercio, el comercio al detalle, y que a lo que la isla aspira y lo conseguirá, probablemente no tardando, es, pongamos por caso, a poder vaciar las tripas de un barco japonés y llenar las de un barco argentino, o a la inversa, sin trabas ni papeleo. Este gran comercio —comprar en gordo a éste y vender en gordo al otro— es el que rinde pingües beneficios y el que de hecho transformó en prósperos y poderosos a pueblos que a lo largo de la Historia no contaron con otro patrimonio que los anchos caminos del mar.

Sea como quiera, lo que al viajero le entra por los ojos, lo que empieza seduciéndole y termina conquistándole son las facilidades que el comercio al por menor le ofrece en la isla. En rigor, la necesidad de comprar se despierta en el hombre de la calle ante una mercancía desconocida o ante una mercancía conocida cuyo precio es aproximadamente la mitad del que está habituado a ver. En este punto podríamos decir que Santa Cruz, la isla toda, es un auténtico bazar de las sorpresas. El tinerfeño, como el peninsular antes de 1936, todavía puede pedir catálogos a las casas representantes de automóviles para escoger la marca y el modelo que desee. Los caballos, por otro lado, no le asustan demasiado, ya que la existencia en la isla de una refinería

petrolífera le facilita la gasolina a menos de cinco pesetas. Hablo del automóvil, porque el automóvil es el índice más comúnmente aceptado, y más comprensible, para el español de nuestro tiempo, pero lo mismo podría decir de las neveras, tocadiscos, receptores de radio y televisión, cámaras fotográficas y cinematográficas, lentes, prismáticos, transistores, ollas exprés, lavadoras, secadoras, lavaplatos, etcétera. Aquí hay de todo y de todas las marcas y categorías. Para un peninsular, el comercio de Tenerife es jauja. Nada digamos de las mercancías de consumo corriente, conservas, jabones, chalecos, conjuntos, dentífricos, *whisky*, mermeladas, cerveza, tabaco, mantequilla, etc. El hombre de la calle puede escoger lo que mejor cuadre con sus gustos o con sus recursos, porque aquí hay de todo y de todos los países, incluso de los más distantes, con la ventaja inestimable de la variedad de precios que hacen asequibles los productos a un número prácticamente ilimitado de consumidores. Si a esto unimos el volumen de visitantes esporádicos de la isla, que a ella llegan a diario por el agua o por el aire, podremos imaginar el cuadro confortador que en estos días, más bien brumosos para el comercio peninsular, ofrecen las calles de Santa Cruz.

A este respecto, el cronista debe consignar la importancia creciente que tienen los indios en el comercio isleño.

A simple vista es evidente que el centro comercial de Santa Cruz ha sido copado por el elemento hindú. Indios cetrinos de mirada incendiaria que indudablemente conocen el paño, tal vez porque no conocen el precio fijo. En Santa Cruz, el comercio es un juego de habilidad, una esgrima verbal donde las mujeres peninsulares, tan aficionadas al regateo, pueden someter a prueba sus facultades. En Tenerife nadie abona por una mercancía —así sea un tubo de dentífrico— el precio con que está marcada. Los acuerdos frecuentemente van precedidos de la frase ritual: «Partamos la diferencia».

Para los futuros visitantes de la isla debo advertir que aquel que no consigue en una mercancía una rebaja del veinte o el veinticinco por ciento es un comprador deficiente, torpe, sin recursos verbales. No hay que decir que en Tenerife, dada su condición de puerto semifranco, hay artículos como son las lentes, cámaras, receptores, mecánica menuda, tabaco que aun pagados al precio de venta al público son sensiblemente más económicos que en la Península. De otro lado, la gran competencia industrial, la lucha por los mercados de los países más progresivos, se hace patente en este gran bazar que es la isla, como acontece, por ejemplo, entre Alemania y Japón en todos aquellos artículos cuyo fundamento es la lente. A un alemán he oído decir, refiriéndose a los prismáticos japoneses, que éstos debían de hacer con

plástico sus cristales para poder venderlos tan baratos. En suma, para un peninsular que va a pasar un par de semanas a Tenerife el comercio indio constituye un espectáculo fascinante. El cronista no debe silenciar, por otro lado, que aparte las informalidades que envuelve la venta al regateo, el indio es un comerciante serio y cabal que se entrega a su profesión con auténtico espíritu de sacrificio. Un dato: la entrada de un transatlántico en el muelle autoriza a los comerciantes a demorar la hora del cierre. Pues bien, los comerciantes indígenas apenas aprovechan esta coyuntura, mientras los bazares de los indios permanecen abiertos hasta las once o las doce de la noche. La mujer que sale de tiendas en Santa Cruz hará bien en informarse antes de «si hay barco» o «no hay barco» para saber a qué hora aproximadamente le darán con la puerta en las narices. De cualquier modo, al comerciante del país le ha salido un grano con los indios; la competencia con ellos, en cualquier terreno, se presenta sumamente erizada y difícil.

Insisto en que para el forastero estas novedades encierran un atractivo, siquiera los tinerfeños —o bien parte de ellos— renieguen de este comercio que no ofrece ninguna seguridad ni ninguna garantía. No sé. Estos asuntos son un tanto espinosos, mas nada le puede arrebatar a un comprador la gran ilusión de haber obtenido por setenta y cinco lo que estaba marcado con cien. Por otra parte, los indios con quienes negoció el cronista no pudieron mostrarse mejor dispuestos ni más tolerantes en punto a cambios de mercancías e incluso devoluciones. Mas también es cierto que uno, en definitiva, tras cerrar un trato, nunca sabe a ciencia cierta en Tenerife si ha hecho una buena adquisición o si le han estafado. Es frecuente, por ejemplo, que al salir con el envoltorio, tan satisfecho, de un bazar, vea en la vitrina del vecino el mismo artículo a un precio más ventajoso. Este hecho crea en el comprador una psicología de indecisión, de desconfianza, que origina escenas muy pintorescas y divertidas.

En todo caso es innegable que el toma y daca adquiere en las islas una animación, una alegría a las que no estamos hechos los peninsulares. Que el sistema tiene sus ventajas y sus inconvenientes es obvio. Mas, por otra parte, resulta palpable que en Tenerife se vive con mayor facilidad que en la Península y que el acceso a las cosas superfluas no es patrimonio de cuatro gatos con plataneras en La Orotava. Todo el mundo puede hacer aquí sus pinitos. Un detalle nos ayudará a comprenderlo mejor. Paseando una tarde por las calles de Santa Cruz me topé en una esquina con un mendigo que extendía el platillo a los transeúntes. A su lado, en el suelo, a toda potencia, entonaba unas guajiras un pequeño transistor. He aquí un símbolo harto expresivo: el

pordiosero tinerfeño no ha renegado de la música, mas en lugar de rasguear la guitarra o tantear un acordeón asmático, como hicieron sus antepasados, se vale de un transistor japonés, más acorde con el progreso.

CAPÍTULO IX

Mañana no lloraré

Vamos a rematar estas impresiones con un breve resumen de la realidad tinerfeña y cuatro breves anotaciones sobre sus posibilidades, posibilidades que la Península, por la parte que le toca, debería tomar muy en cuenta. La población de las islas crece a un ritmo acelerado, mientras los puestos de trabajo se reducen o, al menos, no aumentan en la misma proporción. Quiere esto decir que las dificultades económicas que hoy ensombrecen la vida de las islas se verán multiplicadas dentro de diez años si no se arbitra un oportuno remedio, encaminado, ante todo, a sacar el máximo provecho de la situación y el clima del archipiélago.

Hemos visto que la capacidad agrícola de Tenerife se agota prácticamente en el plátano y el tomate, frutos que destina a la exportación. (En rigor, la provincia produce también cereales, patatas, leguminosas, pero tales artículos desaparecen antes de llegar al mar). Ahora bien, los ingresos que aquellos frutos suministran al país son debidos, antes que a su abundancia, al hecho, fácilmente comprensible, de que se consigan fuera de época o, mejor aún, en la época apetecida —por más favorable— por los canarios. De cualquier manera que sea, la producción agraria tinerfeña es muy reducida y tan poco variada que las Canarias constituyen hoy por hoy una de las zonas agrícolas más estrictamente especializadas de la tierra. Con una circunstancia agravante, a saber, que el costo de producción —habida cuenta de la carencia de medios mecánicos, falta de orientación técnica, escasez de agua, deficiente selección de abonos y semillas— resulta sumamente elevado. Es decir, el campo tinerfeño está poco y mal aprovechado y, sin embargo, la mitad de la población activa aspira a vivir de él, porque en él trabaja. Tras este somero razonamiento llegamos a la conclusión desoladora de que Tenerife no podría echar a reñir sus frutos con los de la competencia en un mercado internacional, de no ser por la feliz circunstancia de que su clima le permite escoger el momento propicio de la recolección.

Antes de seguir adelante señalaremos dos circunstancias a considerar: primera, que las cosechas representan a Tenerife más de la mitad de sus rentas totales, lo que equivale a afirmar que, por otros conceptos, la isla tampoco

sale de pobre. Segunda, que la densidad de población de Tenerife ronda los ciento veinte habitantes por kilómetro cuadrado, o sea prácticamente el doble que la de la Península. De aquí deducimos la urgencia de un plan que venga, por un lado, a reforzar la producción agraria de la isla, y por otro, a equilibrar la economía buscando el desarrollo de aquellas industrias que se consideren más acordes con su situación y su clima. En una palabra, lo que no podemos hacer es dormirnos en las pajas. La Península —España— es pobre, pero Canarias es más pobre aún. Según una estadística de la Organización Sindical Canaria, la renta por habitante en las islas apenas alcanza el setenta por ciento de la renta de un peninsular.

Por de pronto, el tinerfeño, como ya vimos, ha hecho verdaderos milagros en el campo. Casi ha realizado todo aquello que estaba en su mano. Una bien meditada ayuda estatal podría poner en riego otros miles de hectáreas en el archipiélago, con lo que la producción agrícola canaria experimentaría un incremento tal vez de un ciento por ciento.

El cronista habla, naturalmente, un poco a ciegas, un mucho por instinto y por las opiniones de gentes sensatas que ha recogido aquí y allá. Por otro lado, el estudio de la Organización Sindical a que alude más arriba, aunque compendiado, resulta muy lúcido y concreto y bien podría servir de punto de partida a un plan de redención económica de las islas. El desarollo del regadío, al tiempo que incrementaría la producción platanera y tomatera, podría servir de base al cultivo de plantas industriales que abrirían a las islas nuevas y doradas perspectivas. Consideremos que en la actualidad lo que Canarias obtiene por la vía industrial es prácticamente nulo si prescindimos de la pesca, la elaboración de tabacos y el refinado de petróleos. Claro es que el gran problema a este respecto es la dificultad de hallar fuerza motriz. La ausencia de corrientes de agua exteriores obliga a utilizar centrales térmicas con el encarecimiento consiguiente. No obstante, en el aspecto hidroeléctrico, en la cuestión de alumbramiento y aprovechamientos de aguas, queda en las islas mucho por hacer (en primer lugar impedir que una sola gota de las aguas de escorrentía que se provocan en los barrancos durante las lluvias invernales se pierda en el mar. El represamiento de estos torrentes circunstanciales es posible que llegase a ser una reserva capaz de producir una energía considerable). Sea como quiera, parece que el establecimiento de una industria adecuada —si que moderada— en las islas representa una tarea urgente, al menos como contrapeso, como factor de equilibrio y, sin sombra de duda, como inversión rentable, habida cuenta de la baratura de mano de obra. En este sentido, es posible que la explotación mineral de la isla de

Tenerife, auténtico paraíso del geólogo, constituyera una experiencia económicamente interesante.

Pero esto que digo pueden ser lucubraciones más o menos fantásticas, más o menos descabelladas. No es un economista ni un ingeniero el que habla, sino un simple viajero, movido por la curiosidad y deseoso de despertar el interés público hacia una región española tan hermosa como hospitalaria. Por eso admito que alguien, cualquiera, me hiciera ver que las rocas de Tenerife son varias y bonitas, pero industrialmente no tienen nada que aprovechar. Bueno, aceptado. En cambio —porque para algo tiene uno ojos en la cara— nadie conseguirá convencerme de que multiplicar por diez el número de hoteles de las islas sería un mal negocio. Tenerife está pidiendo a voces nuevos alojamientos. El turismo, como quien dice, acaba de descubrir las islas y empieza a «colonizarlas». Los suecos y los ingleses buscan en ellas ávidamente el sol de diciembre y se rebozan en las arenas de sus playas con desaforada fruición. La riada de turistas, en una palabra, se ha iniciado en Canarias. Naturalmente, el cronista no es amigo de las riadas de turistas, pero a falta de otras riadas hay que aprovechar aquéllas.

El turismo es un mal conveniente: el turismo es una plaga que mixtifica, que uniforma cuanto toca, pero que trae en sus maletas la gallina de los huevos de oro. Y a Tenerife, a las Canarias en general, unas gallinas de huevos de oro pueden resolverle muchos problemas. Icod, Puerto de la Cruz, Bajamar, Tacoronte, Santa Cruz están pintiparadas para invernar, para alojar el ocio de los grandes y poderosos ociosos de la tierra. ¿Que con unos hoteles en condiciones las Canarias serán iguales a las Baleares en un próximo futuro? ¡Qué le vamos a hacer! Primero vivir y luego filosofar.

El Teide y el clima de Tenerife son negocio y para explotarlo en forma no se precisa fuerza motriz. Pero, por de pronto, para empezar, Canarias necesita multiplicar por cuatro sus alojamientos. (Hoy día, las plazas en hoteles canarios apenas alcanzan la cifra de mil quinientos, mientras las Baleares rebasan las siete mil). Si, al propio tiempo, se construyen piscinas marítimas, como las de Bajamar y Puerto de la Cruz, que hagan asequible el océano, y se incrementan las comunicaciones —por mar y por aire— entre las islas, éstas no tardarán en conocer una realidad esplendorosa.

En resumen, hay que moverse: en el sentido que sea, pero hay que moverse. Tenerife, como se ve, es una isla afortunada. Tenerife, como cada hijo de vecino, conjuga sus ventajas y sus inconvenientes, aunque sus oportunidades para aumentar aquéllas y reducir éstas sean grandes e inmediatas. (Es cierto que en Tenerife se vive bien, con mayor holgura que en

la Península, pero esto se debe al desahogo que proporciona la media franquicia, a las facilidades que derivan de un comercio en competencia, antes que a su propia producción). Más hoteles, más agua, más industria, más escuelas —pasan hoy del veinte por ciento los analfabetos en la isla—, más casas, mayor libertad comercial transformarán en brevísimo plazo la vida económica del país. Es posible que para conseguir tales aspiraciones bastase con invertir dos mil millones de pesetas anuales en la economía insular, en lugar de los mil millones y pico que vienen inviniéndose actualmente. En cualquier caso, las islas cuentan hoy en los puestos clave con hombres capaces y decididos que sólo esperan para multiplicar sus recursos el empujón peninsular.

Enero de 1960

Mi ciudad

Discurso de agradecimiento pronunciado al recibir
el título de Hijo Predilecto de Valladolid, el mes
de septiembre de 1986

Excelentísimos e ilustrísimos señoras y señores, vallisoletanos, amigos todos:

Heme aquí un tanto abrumado ante este nombramiento de Hijo Predilecto de esta ciudad donde he nacido y vivo. Abrumado no tanto por el hecho en sí —unánime decisión de este Ayuntamiento presidido por don Tomás Rodríguez Bolaños— sino por el derroche de cordialidad que habéis puesto en la organización de los actos, las circunstancias entrañables de que habéis sabido rodearlos y la movilización de ilustres personalidades que nos acompañan para enaltecerlo.

Yo, que soy, como sabéis, partidario de la vida sencilla, poco amigo de honores y pompas, me siento desplazado en esta solemnidad que habéis montado por mi causa. ¿A qué es debida? ¿Qué he hecho yo que remotamente justifique este título y, sobre todo, la multitudinaria adhesión de propios y extraños? ¿Se debe esto a mi condición de escritor, quizá? Pero ¿qué altura de escritor he alcanzado yo que pueda explicar tamaño despliegue de honores y lealtades? ¿A haber sido el novelista de Valladolid, de Castilla? He aquí un hecho cierto: cuando yo tomé la decisión de escribir, la literatura y el sentimiento de mi tierra se imbricaron. Valladolid y Castilla serían el fondo y el motivo de mis libros en el futuro. Pero semejante decisión no implica que Valladolid y Castilla me deban algo, sino, al contrario, soy yo el que me siento deudor, porque de ellos he tomado no sólo los personajes, escenarios y argumentos de mis novelas, sino también las palabras con que han sido escritas. Si es cierto que en esta ciudad se habla un buen castellano, yo me he aprovechado de ello. En Valladoild aprendí a hablar, en aquel Valladolid del *tren burra* y los amarillos tranvías con jardinera, de los pregones en las viejas rúas y los charlatanes en la Plaza Mayor, de la hermana Remedios en las Carmelitas del Campo Grande, y el hermano Enrique en el colegio de Lourdes… Aquellas voces que arrullaron mi infancia fueron el germen de mi

expresión futura. ¿A qué vienen entonces estos honores? Porque si la justificación de esta distinción no está en lo que hago, habrá que buscarla entonces en mi actitud ante la vida, en mi fidelidad, en mi acendrado vallisoletanismo, en suma. En este punto no puedo sino asentir, daros una parte de razón: yo he sido, antes que nada, vallisoletano y vecino de esta ciudad, desdeñando los guiños seductores de otras. Pero seamos sinceros: ¿qué me ha retenido aquí, el amor a lo mío y a los míos, a mi ciudad, a sus piedras, a mis paisanos, o el temor al salto en el vacío, a lo desconocido? A mí me nacieron aquí, en la vallisoletana Acera de Recoletos, y aquí arraigué en poco tiempo tan profundamente que, ya de niño, trasladarme a otro lugar hubiera comportado un desgarramiento, el dolor y los riesgos que lleva consigo todo trasplante. No expongo esto como un mérito, como un valor a estimar, sino para señalar una especie de condición vegetal de mi persona. Sencillamente, estoy aquí, sigo aquí, porque no me hubiera acertado a estar en otra parte, porque, sin este cepellón de tierra bajo mis pies, me hubieran faltado nutrientes y tal vez mi imaginación se hubiera esterilizado. Y si esto es así, un hecho casi fatal, ineluctable, ¿qué mérito recata mi fidelidad? Yo no he querido ni sabido marchar de Valladolid cuando hubiera podido hacerlo, es cierto, pero no porque mi ciudad necesitase de mí, sino porque era yo el que necesitaba de ella.

Durante mis ausencias más prolongadas, en Sudamérica y Estados Unidos, mentiría si dijese que no me integré en aquellas sociedades, pero un fondo de conciencia me advertía de la provisionalidad de mi estancia. Yo había ido hasta allí para regresar, para volver a casa algun día. Y volver a casa no era hacerlo a cualquier lugar de España sino precisamente a Valladolid. ¿Por ser una ciudad más bella o sugerente quelas demás? De ninguna manera; sencillamente porque era la mía, porque, como dice Lessing, «en aquellos lugares familiares, donde era conocido, tomaba conciencia de que era un ser humano en el mundo». Ahora se dice de estos sentimientos que son viscerales. Yo ceñiría un poco más este adjetivo: diría que son cordiales. Porque a esas alturas de la vida, a las raíces iniciales que me ataban a mi ciudad, había que ir añadiendo otras nuevas de las que nunca podría ya desasirme: mis queridos muertos, mi familia, mis amigos, mi *Norte de Castilla*, mi Escuela de Comercio, mis calles de todos los días, mis campesinos, mi tierra… Podrían existir otros amigos, acaso otros periódicos, otras universidades, otros campesinos, otras tierras sin duda, pero nunca serían lo mismo. La circunstancia de que habló Ortega era para mí Valladolid. Y, a medida que el pasado se explayaba y el futuro se reducía, mi apego a esta

tierra lógicamente iba creciendo, se hacía más entrañable, parte consubstancial de mí mismo.

Esta tarde se estrenará aquí, como parte de este homenaje, mi comedia *La hoja roja*. Las voces que puse un día en boca de la Desi y don Eloy van a oírse esta tarde en el viejo teatro Calderón. Son las voces que pudieron escucharse en el Campo Grande, la calle de Santiago, las Delicias o San Andrés hace treinta y dos años, cuando todavía medían el tiempo de la ciudad la sirena de la estación y los relojes de torre de nuestras iglesias. Hoy las cosas han cambiado. La ciudad ha cruzado el Pisuerga, ha crecido, sus habitantes somos más, los motores de los automóviles acallan el gorjeo de los pájaros y el tañido de las campanas, las relaciones humanas son más distantes. Sin embargo, en esta hora que tan emocionadamente vivo, yo quisiera desear a Valladolid, a mis paisanos que, sobreponiéndose al enfriamiento que provoca el progreso mecánico, reverdezcan los sentimientos que anidaron hace siete lustros en el corazón de mis personajes: solidaridad, ternura, mutuo respeto, amor; el convencimiento de que todo ser ha venido a este mundo para aliviar la soledad de otro ser.

Vuestra liberalidad y la de vuestro Ayuntamiento, señor alcalde, es la verdadera razón de este homenaje que yo agradezco y acepto como un vallisoletano disciplinado, como el provinciano cabal, químicamente puro que siempre he sido. Con vosotros y con mi director y amigo Pedro Laín, autor de ese discurso admirable y generoso que acabamos de escuchar, yo quisiera englobar en mi agradecimiento a todos cuantos habéis hecho posible este acto, bien con vuestra aportación o vuestro esfuerzo personal —Ministerio de Cultura, Diputación provincial, comité organizador, hombres de teatro, periodistas, pintores, Valladolid en pleno—, bien con vuestra asistencia —ministros, académicos, hispanistas, artistas, intelectuales, paisanos, lectores y amigos del mundo entero—. Me gustaría mencionaros uno a uno, pero ya que esto no es posible, no quiero terminar mis palabras sin expresaros mi reconocimiento a vosotros y a quienes cordialmente, ante la imposibilidad de desplazarse, me han hecho llegar su adhesión. Valladolid ha pagado con creces mi fidelidad.

Mi provincia

Discurso pronunciado en Valladolid,
con motivo de ser distinguido con
la Medalla de Oro de la provincia en 1993

Quisieron los hados que yo naciera frente al Campo Grande —el parque de mi ciudad— seguramente porque desde que abrí los ojos necesité amplios espacios para respirar. Y aunque amaba la capital donde vi la luz, sus rincones y monumentos, no me sentía exactamente un ser municipal. Para mi fortuna, sin embargo, el municipio, como estancia central de mi privada geografía, quedaba circuido por un amplio espacio campesino de pequeños municipios subalternos; es decir, una especie de ejido, de dilatado patio de vecindad. Más o menos por ahí andaba la provincia. Porque el primer misterio que se abría en la mente de un niño capitalino era éste: la provincia. ¿Qué era la provincia? ¿Con qué se comía? ¿Qué era eso que los adultos conocían con el enigmático nombre de Diputación provincial?

Mi padre, enamorado del campo, me aproximó a él cuando aún no usaba de la razón y, un buen día, me reveló que aquellos sembrados de Wamba, de Geria, donde él reclamaba a la codorniz, eran ya la provincia. Y con el tiempo me fui percatando de que aquel espacio abierto llamado provincia me era necesario para desarrollar la vida activa que anhelaba, desde que puse los pies en el mundo. Y así, paso a paso, en mis excursiones campestres, fui conociendo no sólo mi provincia, sino los atajos que conducían a otras provincias hermanas: La Cistérniga, Tudela de Duero, Sardón, Quintanilla de Abajo, Quintanilla de Arriba, Peñafiel… Soria. Laguna de Duero, Boecillo, Mojados, Alcazarén, Olmedo… Segovia. Zaratán, Villanubla, La Mudarra, Medina de Rioseco… León. Arroyo, Simancas, Villamarciel, San Miguel del Pino, Tordesillas… Zamora. Y así a las demás. La provincia se alargaba entonces y se ensanchaba ante mis ojos asombrados. Y así venía a resultar que mi provincia eran dos, dos medias provincias netamente diferenciadas, unidas y divididas por la cinta terrosa del Duero: al norte, los campos llanos, dilatados, desamueblados, de la Tierra de Campos lindando con los predios de

León y Palencia, y al sur, la Tierra de Pinares, contigua a las provincias de Ávila y Segovia, camino de Madrid. Yo amaba por igual a ambas mitades, tan distintas. En realidad, dos mitades de un artificio administrativo que yo había aceptado por el simple hecho de haber nacido en él.

Con el tiempo fui advirtiendo las difíciles condiciones de vida de mi provincia, al tiempo que advertía, a través de sus piedras milenarias —templos y castillos—, la importancia de su pasado. Entonces pensé que posiblemente la historia de Europa, incluso la historia del mundo, hubieran sido distintas sin mi provincia. Paralelo a mi preocupación por su subsistencia, crecía, pues, el orgullo de mis raíces, con lo que se iba depurando mi amor por ella. Porque ¿cómo no amar a una tierra que, a pesar de su pobre circunstancia física, había dejado una huella tan honda en la Historia? ¿Cómo no admirar a una provincia que, unida a otras no más favorecidas en una entidad llamada Castilla, había creado España, a juicio de Ortega? ¿Cómo mostrarme indiferente ante el hecho de que quinientos años atrás se hubiera trazado en Tordesillas el destino del mundo?

Primero conocí mi provincia, más tarde la amé y, finalmente, cuando la vi acosada por la mezquindad y la injusticia, intenté defenderla. Durante ocho lustros hube de soportar que a Valladolid y Castilla se les acusase de centralistas, cuando, en rigor, eran las primeras víctimas del centralismo. Mi paso por la dirección de *El Norte de Castilla* me dio ocasión de romper una lanza por su pobre economía: un precio remunerador para sus cereales, el pago de la remolacha no por su peso sino por su riqueza en azúcar. Y cuando las circunstancias se agravaron y se impuso en el país la ley del silencio, yo trasladé a los libros mi preocupación por lo mío. Y ya no sólo para defender su economía sino para reivindicar al campesino, a nuestro labrador, su orgullo, su dignidad, el sabio empleo de nuestro idioma. Novelas como *Las ratas*, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *Las guerras de nuestros antepasados*, *El disputado voto del señor Cayo* hablaban no sólo de las urgencias de Castilla, sino del sacrificio de sus pobladores. Y, al abordarse la gran empresa de insertar España en Europa, reclamé un mentor para encauzar la inquietud de Castilla y el desconcierto del campo castellano.

En mi libro *Castilla habla* se advertían ya los arduos problemas de la reconversión agraria que seguimos padeciendo, la agonía de un campo desorientado que desconoce lo que se espera de él y se resiste a vivir de la subvención. Quiero decir que entre mi campo y yo, mi provincia y yo, ha existido una corriente de entendimiento, una especie de mutua fidelidad. César Alonso de los Ríos dice con notable exactitud, en su libro

Conversaciones con Miguel Delibes: «Para Delibes la vinculación con la tierra es una cuestión que desborda lo literario, aunque tenga consecuencias literarias. Es una cuestión de creencia en el destino —a veces gozoso, a veces doloroso— y de sometimiento a él».

Valladolid ha sido, pues, mi origen y mi destino. De ahí que el honor que acaba de hacerme la Diputación al distinguirme con la Medalla de Oro de la provincia lo asuma como un reconocimiento de mi fervor campesino y vallisoletano, una suerte de complemento de otro honor análogo con que me distinguió el Ayuntamiento de mi ciudad al nombrarme hijo predilecto en 1986. Creo que, en uno y otro caso, lo que de veras queda en pie es mi vallisoletanismo sincero.

Mi primer recuerdo

(hacia 1990).

Para conmemorar una efeméride, José Miguel Ullán me pide que le redacte en pocas líneas el primer recuerdo de mi vida. Éste es un juego que se presta a la fantasía y de cuyos resultados no debemos fiarnos. Yo tengo una memoria cálida de mi infancia, pero corta, y si algunos vestigios quedan de la época más remota, sus límites son difusos y carecen de cohesión. No obstante, le he complacido relatándole algo que desde mi juventud me he obstinado en considerar como recuerdo propio, aunque lo más probable es que provenga de informaciones ajenas, cuando no de ese mismo episodio referido a alguno de mis hermanos menores: el día que me arranqué a andar, el momento en que di mis primeros pasos. Un hombre de memoria somera, como soy yo, no es fácil que recuerde una anécdota que por fuerza hay que atribuir a los primeros doce o catorce meses de su vida. Sin embargo, dentro de una nebulosa general, yo *veo* el rincón de la casa donde fui depositado aquel día, *siento* la inseguridad propia del niño que hasta ese momento únicamente se ha movido a gatas y, por último, *experimento* el tirón que ejerció sobre mí el hecho de ver mi juguete preferido —un muñeco de peluche— en unas manos ajenas. Es decir, el móvil de mis primeros pasos, según mi recuerdo (?), fue una afectuosa inclinación hacia un muñeco, unido a la voluntad de reivindicarlo, dos razones que se ajustan fielmente a la dualidad sentimental y egoísta que subyace en todo ser humano y particularmente en el niño.

El mundo de los recuerdos tiene un parentesco indudable con el mundo de los sueños. Hace algún tiempo me dio la manía de dormir con un cuaderno y un lapicero en la mesilla de noche, con objeto de anotar, antes de desconectar del todo mi mente del mundo onírico, la historia ensoñada. En aquella época yo estaba leyendo a Freud con verdadera pasión y aspiraba a confirmar sus teorías sobre los sueños como realización de deseos. Entonces advertí que, al despertar totalmente, el núcleo del sueño perduraba, pero para recuperar pormenores significativos tenía que recurrir al cuaderno y al lapicero. Es decir, durante la vigilia los sueños se van desvaneciendo como el humo, cosa que suele acontecer también con los recuerdos a medida que los años transcurren. Dos hijos míos se quemaron gravemente en su primera infancia y

la menor recordó el episodio durante años, pero, en un momento dado, lo olvidó y su recuerdo pasó a ser una historia que le contábamos los demás. Sus esfuerzos por rescatarlo no sirvieron de nada porque tratar de abrir una grieta en la niebla de nuestro pasado es algo tan quimérico como determinar el instante en que la noche sucede al día.

A menudo he mencionado como recuerdo más antiguo de mi vida el colegio de las carmelitas, donde pasé mis primeros años: el patio con la pérgola y los emparrados, los confites de la hermana Remedios, el lunar detonante en la mejilla de la hermana Luciana; pero esto ha sido una cómoda postura para ahorrarme el buceo en las tinieblas del pasado, indagación que, de no contar con ciertos estímulos, resulta casi siempre infructuosa, ya que el mecanismo de la memoria únicamente suele ponerse en marcha al conjuro de una sensación que un día experimentamos, pero que, por una razón o por otra, no hemos vuelto a experimentar. Es lo que le ocurrió a Proust con su famosa magdalena y, más o menos, lo que en cierta medida nos ha ocurrido a todos. Un lejano período de mi vida (mis veranos en Molledo-Portolín, anteriores a los cuatro años) afloró un día, en cuatro fugaces instantáneas, al oír tararear una olvidada canción. Al escucharla, una zona oscura de mi memoria se iluminó y por mi cabeza desfiló un repertorio de anécdotas a las que nunca había tenido acceso, pese a conservar fotografías de la época: la azotaina que me propinó mi tío Luis el día que me atropelló una bicicleta, mi sañuda persecución a un pollo tomatero por el único delito de tener la pechuga desplumada o la caída en una alcantarilla que rebozó mis piernas de un barro inmundo. ¿Qué edad tendría yo entonces? ¿Dos años? ¿Tres? ¿Cuatro tal vez? Pero ¿cómo relacionar estos hechos entre sí? Tales evocaciones, activadas por una musiquita que he vuelto a olvidar, son anteriores sin duda a las del colegio de las carmelitas (al emparrado del patio, los confites de la hermana Remedios o el lunar de la hermana Luciana), pero me es imposible datarlas con alguna aproximación, e incluso ordenarlas cronológicamente.

Por eso he preferido referirle a Ullán mi recuerdo del día en que me arranqué a andar. Tal recuerdo puede resultar apócrifo, es cierto, pero dudo que alguien pueda presentar otro más antiguo. Por más que Pacífico Pérez, protagonista de mi obra *Las guerras de nuestros antepasados*, se acordase del día que nació, de la manipulación de la comadrona en el cuerpo de su madre, y de su resistencia —muy comprensible— a poner los pies en este mundo tan poco complaciente.

Mi vicio oculto

1994

Un entrevistador, guiado por el deseo muy legítimo de volver a su entrevistado del revés, me preguntaba un día por mis vicios ocultos. Los vicios ocultos, de entrada, me parecen eso, ocultos, y por consiguiente resulta paradójico utilizarlos como tema de conversación. No obstante, en la vida privada de las personas subyacen pequeñas debilidades que fueron vicios un día y que, vistos con la distancia de los años, se nos antojan no sólo disculpables sino hasta divertidos. De manera que yo reconocí ante mi interlocutor que yo había sido en tiempos un empecinado jugador de póquer, no porque las cartas en sí me apasionaran sino porque aquel juego en concreto me atraía por dos razones fundamentales: la posibilidad de ganar mucho con poco y mi convicción de que el póquer estaba lejos de ser un juego de azar.

Trataré de explicarme. En torno mío abundaban los jugadores que entraban al envite con una parejita y únicamente el azar podía provocar que en el descarte la pareja inicial se convirtiese en un trío, un ful o un póquer. El mal jugador de póquer es esencialmente un rutinario obsesionado por la idea de juntar cuatro cartas iguales y, en consecuencia, no participa en la ronda si no tiene al menos una pareja servida. Este sujeto desconoce el raro placer de ligar una escalera de panza o un color con tres cartas del mismo palo. Pero si además de poco imaginativo es un tanto rácano, nunca llegará a saborear la pungente emoción del farol en el juego.

Hay aficionados al póquer que ignoran la esencia de este juego, que consiste en aspirar a mucho con nada. Ganar con las cinco mejores cartas de la mesa no tiene mérito; lo haríamos igual en cualquier otro juego. Jugar al póquer consiste en jugar con lo que se tiene y con lo que no se tiene, triplicar la apuesta con una escalera de color (cosa que no debe hacerse) o con una pareja de cincos. Los más sustanciosos platos conseguidos por mí en el póquer han sido generalmente de farol. Y para esto no hacen falta cartas sino dominio de uno mismo, oportunidad y cara de póquer. Los preliminares, lo más espinoso, suelen ser sencillos: simular un trío apoyando una pareja en un as, hacer pasar por dobles un proyecto de escalera o sencillamente tener la

sangre fría de quedarse servido sin jugada y esperar a que terminen los descartes.

El iniciado conoce por supuesto estos ardides, pero suele ser nuestra cara de póquer, poco convincente, lo que de entrada le induce a dudar. El lado malo del juego de farol es que, por hábilmente que lo hagamos, uno suele acabar delatándose. Me atrevería a decir más: cuanto mejor se controlen las emociones y más acartonada e inexpresiva sea nuestra cara, más posibilidades hay de que nuestro compañero de mesa nos desenmascare. Demasiada displicencia para ser cierta.

Con quince años y el bachillerato recién terminado yo me pasé los dos primeros años de la guerra civil jugando al póquer con cuatro amigos de la misma edad. Dedicábamos al juego tantas horas como un opositor a notarías puede dedicar a la ley hipotecaria, de manera que, al cabo de algunos meses, nuestros gestos eran tan familiares al resto de la mesa que tanto daba ocultar las cartas como descubrirlas. Con el tiempo la posibilidad de farolear apenas existía allí, pero tampoco la de hacer pasar por dobles parejas un proyecto de escalera o unas figuras mezquinas. En aquella mesa juvenil todo se intuía, lo que equivale a decir que para jugar al póquer como Dios manda es inexcusable cambiar de mesa de vez en cuando. En una mesa inalterable, de caras conocidas, apenas hay sitio para el farol ni, en consecuencia, para el juego.

Tras muchos meses de jugar diariamente al póquer con los mismos compañeros llegué a esta conclusión y a otra de otro tipo: para jugar de farol como es debido es preciso que el dinero que arriesgamos no nos sea absolutamente necesario, sino que faroleemos con lo que en cierto modo nos es superfluo. El jugador de póquer alcanzado de dinero se convierte en un amarreta, y el amarreta es difícil que gane. Jugarse a los quince años un plato de tres pesetas cuando uno no disponía entonces más que de un duro de propina semanal es difícilmente imaginable. ¿Dónde quedaba la famosa cara de póquer? Las manos sudaban. La lengua se empastaba, las mejillas quedaban exangües. Al farolero únicamente le faltaba un cartel sobre la frente que dijera: «Voy de farol». He aquí la dificultad y el aliciente del póquer: saber imponerse a las emociones, dominarse, doblegar el azar.

Éste fue mi vicio oculto a los quince años; la adicción al póquer. Una adicción tan fuerte que aún hoy, sesenta años después, perdura. Y uno admite que no le haría ascos a sentarse a una mesa con cuatro amigos para revivir las emociones de antaño.

Yo trabajé a las órdenes de Orson Welles

1985

La muerte de Orson Welles me lleva a recordar la primavera de 1954, cuando visitó Valladolid con el objeto de rodar algunas secuencias de su película *Mr. Arkadin*. En aquel tiempo, Welles era muy popular, ya que, aparte de su admirable iniciación (*Ciudadano Kane*), acababa de interpretar *El tercer hombre*, película que había recorrido en triunfo el mundo entero. Para el rodaje de aquellas escenas, Welles, hombre de sensibilidad muy fina, escogió el Colegio de San Gregorio, donde está instalado el Museo de Escultura Policromada, con las mejores tallas de Berruguete, Juni y Gregorio Fernández. Secretario del mismo era un compañero de *El Norte de Castilla*, periódico que cumplía un siglo por aquellas fechas y que todavía se componía con plomo. A tono con aquella técnica (que hoy se nos antoja casi artesana) estaba la redacción, un gran despacho alargado, con una mesa corrida en el centro, donde trabajábamos los redactores codo con codo, bajo una sola pantalla metálica que, día y noche, derramaba su luz sobre el tablero. Como era previsible, la llegada de Orson a la ciudad fue generosamente acogida por el diario pese a que, en aquellos años de escasez de papel (*El Norte* tiraba entonces seis páginas), cuatro líneas constituían un derroche.

También comentamos la noticia en torno a la mesa común, en la que, justo es decirlo, proscrita toda iniciativa y con un producto racionado, no había demasiado quehacer. De aquellas conversaciones nació la decisión de participar como extras en la película de Welles, quien ofrecía un módico estipendio —no sé si diez o quince pesetas— y un bocadillo de jamón serrano de madrugada para reponer fuerzas.

Nadie conocía el argumento de la película. Únicamente sabíamos que, en San Gregorio, se filmaba un abigarrado carnaval de época, donde, entre carpinteros, decoradores, electricistas y tramoyistas, nos movíamos tres centenares de comparsas, las mujeres con vestidos largos y antifaces y los hombres con caprichosos atuendos y enmascarados. La mayor aportación de extras, lógicamente, la daba la universidad, chicas y chicos, gente joven, bienhumorada, a la que ni el mismo genio conseguía meter en cintura. Conservo una vaga idea de que en el hermoso claustro de San Gregorio se

reconstruía un baile de máscaras, como fondo de unas escenas sentimentales que protagonizaba Bob Arden. Y, como complemento del baile, otras escenas en la escalinata de piedra, donde se suponía que unas máscaras llegaban a la fiesta y otras se ausentaban y, entre las que subían y las que bajaban, se cruzaban morisquetas y chanzas en una confusión inimaginable.

Sentado en una especie de jamuga (que quizás viajaba con él), abajo, en las losetas del patio, el intérprete a su lado, grueso ya, corpulento, ceñudo y cariancho, se hallaba Orson Welles, el monstruo, autoritario, atento a los menores detalles, ofendido por la indisciplina pinciana. Vestido con pantalón gris de franela, chaleco negro y chaqueta de pana (media docena de cigarros habanos asomando por el bolsillo superior), fumaba todo el tiempo, enrollaba y desenrollaba nerviosamente un gran cuaderno blanco abarquillado, sin duda el guión de la película. Aquel hombre que, bajo un físico rudo, recataba una sutil sensibilidad, irritado con la comparsería, levantaba el noble trasero de la jamuga, gritaba, volvía a sentarse, gesticulaba y, ajeno al idioma de la masa, echaba mano de un megáfono verde y los muros seculares de San Gregorio se estremecían bajo sus voces furibundas. Nuestra pasividad le llevaba a reparar en la incongruencia de sus esfuerzos y, entonces, apelaba al intérprete, un hombre menudo y cohibido (probablemente el único que en aquel tiempo sabía inglés en Valladolid), quien, tomando el megáfono de manos del genio, nos hacía ver que en la escalinata estaba bien que reinara el desorden, pero dentro de un orden, y, con objeto de evitar empellones y atascos, los que subíamos deberíamos hacerlo por el lado de la balaustrada, y los que descendían, pegados al muro. Ahora sí lo entendíamos, pero, en la repetición de la escena, corregido el defecto inicial, surgía otro imprevisto, motivado, más que por nuestra impericia, por el buen humor estudiantil, y una vez enmendado éste, otro nuevo, de tal manera que el monstruo, rugiendo y escupiendo trozos de habano, nos hizo repetir la escena más de veinte veces. Aquella noche memorable se evidenciaron dos cosas: que un bocadillo de jamón y diez pesetas no eran suficientes para meter en disciplina a un extra español y que Orson Welles, el genio, cuyas películas parecían fluidas y espontáneas, era un director puntilloso, exigente, muy alejado de cualquier improvisación.

Ahora, conmovido por la muerte del autor de *Ciudadano Kane*, me vienen a la cabeza estos recuerdos, con más de seis lustros de antigüedad, y sus consecuencias inmediatas: la polémica que se armó con motivo del rodaje al considerar un grupo de vallisoletanos que aquel tinglado eléctrico, a base de enchufes y conexiones, constituía un riesgo de incendio para nuestros santos

de palo, y nuestra gran decepción de figurantes al comprobar, meses después, en el estreno de la película, que ni nosotros, ni las escenas de Bob Arden, ni las del baile de máscaras, ni la escalinata, ni siquiera la fachada de San Gregorio, tenían sitio en el filme. Orson las había suprimido. Para él no contaba el desembolso sino la estética, aunque justo es reconocer que, ni aun eliminada nuestra anárquica aportación, contribuyó *Mr. Arkadin* a aumentar la gloria de aquel excepcional taumaturgo.

Sobre el vicio de fumar

(hacia 1982).

Francisco Umbral, ese extraordinario escritor que siempre acaba de publicar un libro, cuando no dos, como en el caso presente —*Valle-Inclán* y *Las Vírgenes*—, ha dicho en un sabroso y divertido artículo que liar cigarrillos, armarlos sobre la marcha, ya no lo hace nadie en el mundo, apenas Jorge Cela y yo, «como pose de naturalidad». Paco Umbral, que sabe como nadie de este oficio de escribir, goza poniendo juntas palabras que no lo estuvieron nunca, palabras que se empujan, o se contrarrestan, como son, por ejemplo, éstas de *pose* y *naturalidad*, puesto que si pose es afectación, la naturalidad automáticamente se esfuma, desaparece.

Con estas cosas de los modos y las modas es muy difícil saber a qué atenerse, puesto que el ser humano, empujado por el prurito de la originalidad, no hace, en realidad, otra cosa que los pollinos, esto es, dar vueltas a una noria, sacando agua de distintos cangilones, aunque hay un momento en que la rueda se termina y los cangilones indefectiblemente se repiten. Quiero decir con esto que la humanidad es como una pescadilla que se muerde la cola y que la moda de anteayer se repetirá mañana y pasado mañana la de ayer, como estamos viendo todos los días. De aquí que lo que en Paco Umbral podría ser una pose —liar cigarrillos—, en mí, que soy desgraciadamente mucho más viejo que él, no pasa de ser una costumbre. Yo nací al tabaco cuando cada cual había de elaborarse a brazo lo que fumaba, es decir, en la era de la artesanía, mientras Umbral ha nacido cuando las labores de la Tabacalera vienen ya dispuestas —con filtro y boquilla— para ser utilizadas, seguramente para que el consumidor no pierda su precioso tiempo —que en la sociedad actual debe de ser más oro que en la de antaño— en los preliminares. Tenemos, pues, que lo que en Paco Umbral y los hombres y mujeres de su generación pudiera resultar un anacronismo, no lo es en mí, que, para mi desdicha, soy anacrónico, esto es, he nacido fuera de estos tiempos y estas costumbres y por lo tanto de lo único que puede tildárseme es de consecuente o, si se prefiere, de rutinario. Una de mis pocas virtudes es la de la fidelidad, y esta fidelidad se manifiesta lo mismo en la amistad que en el tabaco.

Pero, bien mirado, en esto de liar cigarrillos hay algo más que rutina. Es decir, el hecho de haber liado cigarrillos desde hace cuarenta años no justifica que siga liándolos en un tiempo en que los cigarrillos se sirven emboquillados. Y si analizo este hecho llegaré a la conclusión de que si lío los cigarrillos —de una picadura ciertamente no muy aromática— no es únicamente por razón de costumbre, sino porque para mí los prolegómenos, o dicho en palabras más sencillas, los preparativos, constituyen parte muy sustancial del placer de fumar. Tirar de cigarrillo emboquillado y ponerlo entre los labios ha llegado a ser un tic, mientras la pausada elaboración manual del pitillo no suele ser un acto reflejo, sino que responde a un efectivo y acuciante deseo de fumar. Y si la esperanza siempre es bella y la realidad decepcionante, no habremos de forzar demasiado la imaginación para advertir que también en este tonto e insensato vicio de fumar son mejores las vísperas que las fiestas. Umbral y su generación, merced a las labores de la Tabacalera, se quedan sin vísperas; yo, liando mi pitillo, las conservo, y que sea por muchos años.

De otro lado, hay ciertamente una resistencia obstinada, por mi parte, al gregarismo. No creo necesario, antes bien lo considero perturbador, que todos lleguemos un día a hacer lo mismo y de la misma manera. Si algo especialmente me encocora de esta nefanda sociedad de consumo que hemos montado es la supresión de matices que su establecimiento comporta: la grosería con que pretende desbancarse toda sutileza, la uniformidad social… Para mí, fumar son dos vicios: echar humo, naturalmente después de haberlo inhalado, y que ese humo provenga de la combustión de las briznas habituales, esto es, el hecho de fumar en sí, y que no varíe la clase de tabaco que fumo. Por supuesto, la calidad poco tiene que ver en esto; a uno le parece bueno el humo que acostumbra a inhalar; el humo espeso y pardusco de una infecta picadura, quizá, pero que no lo cambiaría por otro mejor, puesto que a uno no se lo parecería.

A mi llegada a Estados Unidos, un aduanero hispanoamericano creyó haber hallado un importante alijo de contrabando al descubrir en mi maletín cincuenta paquetes de picadura de la Tabacalera. Su decepción fue grande cuando le dije que todo ello no importaba cinco dólares y que podía quedárselo si gustaba pero que, en ese caso, me dejaría sin fumar los cuatro meses de mi estancia en el país. El hombre lo comprendió y me dejó pasar, aun en la convicción de que en los Estados de la Unión encontraría tabaco más selecto. Probablemente se trataba de un fumador empedernido y, consecuentemente, adivinaba que cambiar la picadura habitual —cuando el

deseo de fumar nos muerde— por una hebra negra o rubia, es lo mismo que mascar chicle cuando nos acucia el hambre, algo que puede entretenernos, pero que de ninguna manera saciará nuestro apetito.

Un hombre de aire libre

Palabras pronunciadas en el acto de investidura
como doctor *honoris causa* en la Universidad de El Sarre
(Alemania Federal) el 7 de mayo de 1990

El profesor Neuschäfer, mi padrino en esta solemne ceremonia de investidura, ha tenido la humorada de cerrar las bellas y generosas palabras de su *laudatio* dando a conocer un lance de mi vida deportiva digno de figurar en el libro de los récords del señor Guinnes: a saber, el set que mi hijo y yo disputamos en 1971 a dos tenistas vallisoletanos y que, al cabo de seis horas de juego, terminó con el tanteo de 39-37 y casi, casi, con mi vida. Ha sido éste un detalle del profesor Neuschäfer que acredita su sentido del humor y que parece despegarse de la gravedad que en Europa atribuimos genéricamente al pueblo alemán.

Mi admiración por este país viene de atrás, desde aquel día que pisé su suelo por vez primera, pocos años después de concluida la Segunda Guerra Mundial, y pude contemplar con mis propios ojos el portentoso resurgimiento de un pueblo de sus cenizas. Entonces describí mi asombro en los periódicos españoles en frases parecidas a ésta: «Del milagro alemán hablamos mucho en España; en Alemania apenas hablan de él; prefieren hacerlo». Oponía yo en tan sucintas palabras dos caracteres humanos: el talento organizativo y la austeridad laboriosa de los alemanes, y la improvisación y locuacidad de los españoles. El tiempo no ha desmentido lo que pensé entonces. Y aunque sea ésta una manera primaria de contraponer dos maneras de ser, sirve para mi objetivo actual: sugerir que las gentes de este bello país del Sarre, tan castigado a lo largo de la Historia, ocupan una posición intermedia entre los dos caracteres que acabo de esbozar, es decir, El Sarre, Saarbrücken y su universidad, situados en una encrucijada geográfica e histórica especial, punto de encuentro de pueblos y civilizaciones dispares, con una amplia ventana abierta a occidente, son alemanes porque espontáneamente así lo han querido, pero no han podido evitar que, por el hueco que han dejado abierto, se cuelen unos vientos gozosos que suavizan la disciplina de un germanismo estricto. De este modo, El Sarre vendría a ser una Alemania moderada, un país cuyo sentido de la responsabilidad no le priva del gusto por la vida, ni su gravedad,

tantas veces mostrada en circunstancias dramáticas, de la sonrisa y la facundia. O si se prefiere, un país para el cual la veta de latinidad que flexibiliza su idiosincrasia (patente en su extraversión y su afición a la vida nocturna) no representa una deserción sino una faceta más que enriquece su carácter. La misma broma del profesor Neuschäfer es un nuevo dato en favor de mi opinión sobre esta tierra. Y hasta casi me atrevería a decir que esta combinación entre lo latino y lo germano en algo habrá influido para que el senado de esta universidad me atribuya el título, que tanto me honra, de doctor *honoris causa*. Entre vuestro país y el mío existen mayores «afinidades electivas» de las que pudieran deducirse tras una ojeada superficial.

La alusión del profesor Neuschäfer a mi último libro, *Mi vida al aire libre*, sugiere, por otra parte, algo obvio: la importancia que en mi vida y en mi obra ha tenido el aire libre, la Naturaleza. Hasta tal punto ha sido definitiva esta influencia, que me parece pertinente dedicar las breves palabras de respuesta a su *laudatio* a este tema.

La literatura germana, tan propensa a moverse en el mundo de las ideas (Goethe, Mann, sus grandes filósofos), se compadece mal en la forma —quizá no tanto en el fondo— con mi mundo de personajes naturales, socialmente pisoteados, siempre expectantes, sometidos a las veleidades del medio. En España es frecuente referirse a mí, antes que como un novelista aficionado a la caza, como «un cazador que escribe». Claro está que si sustituyéramos el término cazador por el de pescador, montañero, ciclista o campesino, tampoco cambiaría la esencia de la definición. Esto quiere decir que no se me considera —porque no lo soy— un intelectual en el riguroso sentido del término, sino un hombre-de-campo-con-una-pluma-en-la-mano; un hombre de aire libre que gusta de escribir del aire libre. Y, a veces, en mi país, cuando se aspira a encontrar un ser antagónico con el bullicio y el hacinamiento madrileños se recurre a mi persona. Lo mismo que se ha dicho siempre en Castilla cuando se pretende describir las más altas cotas del tedio: «Más aburrido que un chivo en un garaje, —podría decirse hoy en España—: Más aburrido que Delibes en Madrid». ¿Y qué tiene Delibes, en realidad, contra la capital de España? Debo reconocer que nada fundamental. Simplemente me molesta su densidad, la polución, el alejamiento progresivo de los horizontes abiertos, que es lo que a mí siempre me ha atraído. Pero eso me ocurre con Madrid y con cualquier otra gran ciudad del mundo. Para decirlo de una vez: yo soy un hombre de pueblo.

De niño, en mi piso urbano, donde mis padres me nacieron, yo vivía desazonado, buscando, como los perros de caza encerrados en un automóvil,

una rendija por donde penetrase un soplo de aire vivificador. Mi avidez me llevaba aún más lejos: recurría a la lectura de libros relacionados con la Naturaleza para hacerme la ilusión de que respiraba un ambiente oxigenado. A los mágicos cuentistas nórdicos sucedieron Zane Grey y Oliver Courwood, novelistas de las praderas, autores que creaban en torno mío una ficción de aire libre que era ya *casi* como estar al aire libre. Mi adolescencia, asimismo, vino marcada por lecturas que me liberaran, que me sacaran de entre las cuatro paredes donde discurrían mis ocios, novelas de aventuras como *Rebelión a bordo, Tres lanceros bengalíes,* autores como Salgari, que me sirvieron de puente para acceder a la novela noble: *Robinson Crusoe, Moby Dick o La isla del tesoro,* no menos ventiladas. Mis lecturas, pues, vinieron orientadas desde niño por un guía inusual: la Naturaleza. Era la Naturaleza, antes que la gracia expresiva o el argumento, lo que me atraía de los libros cuando, por mi condición de niño de asfalto, me veía apartado del campo. Yo seleccionaba mis lecturas por la cantidad de oxígeno que encerraban y catalogaba mi biblioteca adolescente no por materias o por autores, como suele ser habitual, sino bien por su escenario: libros de ciudad y libros de campo; bien por el número de sus pobladores: libros de multitudes o libros de solitarios. Parece superfluo añadir que mis preferencias no iban por el asfalto y la muchedumbre, sino por el aislamiento y el campo. Antes que lo bello me incitaba lo natural. Ya Nietzsche había dicho que no debería prestarse atención a ningún pensamiento que no hubiera nacido al aire libre, y yo seguía dócilmente esta sentencia: mis decisiones literarias surgían de lo que yo, allí, pensaba u observaba.

Primero de niño, luego de adolescente y, más tarde, de adulto, la Naturaleza me ha fecundado. No he sido propiamente un panteísta ni un contemplativo, sino más bien un asceta, quien, al tiempo que respiraba aire puro, le sacaba provecho literario a sus meditaciones. En mis libros he tratado de reflejar la Naturaleza y la vida rural. He buscado en el campo y en los hombres que lo pueblan la esencia de lo humano. Y cuando no era en el campo —en el mundo puramente rural— era en la pequeña capital de provincia asomada al llano o a la montaña. Al contrario que la mayor parte de los narradores contemporáneos, que mostraban preferencia por la gran ciudad, por la urbe, yo me he aproximado a las pequeñas comunidades dominado por la idea de que la megápolis uniformaba al hombre, que cada día resultaba más difícil hallar en la gran ciudad a un individuo, a un hombre diferenciado. Me parecía que la urbe producía grupos de hombres iguales, indistintos; hombres en serie. El muestrario humano, con sus vicios y virtudes, el contraste, era

más evidente en la pequeña capital o en el campo. De ordinario yo me movía en estos ambientes, conocía a sus habitantes y sus problemas —que en el fondo no eran distintos de los urbanos— y los novelaba. Así fue creciendo mi obra desde *El camino* hasta *Mi vida al aire libre,* pasando por *Las ratas, La hoja roja, Los santos inocentes, Diario de un cazador, Cinco horas con Mario, El disputado voto del señor Cayo, El tesoro…*. El aire libre, la Naturaleza, el hombre no mimetizado han sido a lo largo de cuarenta años las constantes de mi literatura.

Pero yo, en cierto modo y sin saberlo, venía a ser un precursor que intuía el riesgo. Cuando escribí mi obra *El camino,* en 1950, un crítico observó que yo era un reaccionario porque su protagonista amaba la aldea y se resistía a insertarse en el caos de la gran ciudad. Cuarenta años después, en un acto público, el ministro de Cultura me presentó al auditorio como el primer ecologista, el primer «verde» español, precisamente por ese libro. ¿Qué había sucedido en el mundo en tan sólo cuatro décadas para que se produjeran dos juicios tan dispares sobre un mismo escritor? A nivel español, el desmoronamiento de la comunidad rural, el éxodo de los pueblos; a nivel universal, el deterioro progresivo del medio ambiente.

He aquí el mal, el grave mal que he ido intuyendo desde mis comienzos de escritor. El aire libre va dejando de serlo; va dejando de ser libre y puro para convertirse en aire estancado, mefítico. El aire libre, que era un bien común, ya no es un don gratuito, como no lo es el agua, como no lo es la Naturaleza. El medio ambiente se va envenenando. De aquí deduciremos que para que la vieja literatura que acunó mi infancia, la mía propia, vuelva a cobrar significado, tendremos que recuperar el medio; tendremos que trabajar por el aire, por el bosque, por el agua. Tal vez tengamos que luchar por ellos. Así se da el despropósito de que la literatura de aire libre, imagen de bucolismo y paz, puede convertirse, si no se ha convertido ya —¿quién podría imaginarlo?—, en una literatura de combate. Ya no es sólo una preferencia literaria. A cuantos pretendemos trasladar a nuestros libros el latido de la Naturaleza se nos impone este nuevo deber.

Es preciso terminar. En estas cuatro palabras me he limitado a exponerles cuál ha sido para mí, a la hora de escribir, el objeto de mi devoción y de mis temores: la Naturaleza. Y hasta he intentado, en tan breve tiempo, comunicarles a ustedes algo de mi pasión y de mi inquietud por ella. Pero antes de cerrar estas palabras yo quisiera expresarles la alegría que me produce el hecho de que esta universidad, a la que desde hoy me siento tan vinculado, participe en una licenciatura europea de ciencias ecológicas.

Entiendo que estos gravísimos problemas del medio ambiente únicamente pueden abordarse así, solidariamente, en comunidad. Confiemos que en esta licenciatura no se forme únicamente a futuros eurócratas sino a gente verdaderamente preocupada por el medio ambiente. Y, en tanto, sepan de mi satisfacción por esta investidura, de mi gratitud a esta universidad, tan joven como prestigiosa, a la Facultad de Letras que patrocinó mi nombramiento y, especialmente, a mi querido amigo el profesor Hans Neuschäfer, que me ha apadrinado en tan honrosa ceremonia. Muchas gracias a todos por vuestra asistencia.

Una vida vivida

Discuro pronunciado al recibir de manos del Rey
el premio Cervantes en Alcalá de Henares

el 25 de abril de 1994

Heme aquí, en esta histórica ciudad de Alcalá de Henares, tratando de decir unas palabras, trescientos setenta y ocho años después de que don Miguel de Cervantes Saavedra, nacido en ella, dijera discretamente la última suya antes de enmudecer para siempre. ¿Para siempre? El simple hecho de que hoy nos reunamos aquí, en esta prestigiosa universidad, para honrar su memoria, demuestra lo contrario, esto es, que don Miguel de Cervantes Saavedra no ha enmudecido, que su palabra sigue viva a través del tiempo, de acuerdo con el anhelo de inmortalidad que mueve la mano y el corazón del artista.

Con motivo de la concesión de este premio, se han vertido en los papeles lisonjas y gentilezas que, aunque de una manera vaga, trataban de emparentar mi obra o mi persona con las de don Miguel, atribuyéndome cualidades que, como la tolerancia, la piedad, la comprensión, pueden ser indicativas de nobleza de carácter pero no ciertamente manifestaciones de talento creador. El gran alcalaíno es único e inimitable y a quienes hemos venido siglos más tarde a ejercer este noble oficio de las letras apenas nos queda otra cosa que proclamar su alto magisterio, el honor de compartir la misma lengua y el deber irrenunciable de velar por ella.

Hay personas que no comprenden que yo sienta, al recibir este premio Cervantes por una vida entregada a la literatura, un poso de melancolía, cuando, bien mirado, no creo que pueda ser de otra manera. Entregada a la literatura o no, la vida que se me dio es una vida *ya* vivida y, en consecuencia, el premio, con un reconocimiento a la labor desarrollada, envuelve un agradecimiento por los servicios prestados que no es otra cosa que una honorable jubilación.

Cuando Celio Rubes, hombre de negocios y protagonista de mi novela *Mi idolatrado hijo Sisí*, habla en una ocasión de la edad de su contable, dice: «Si yo tuviera setenta años me moriría del susto». Y he aquí que esta frase que escribí cuando yo contaba treinta y dos y veía ante mí una vida inacabable, se

ha hecho realidad de pronto y hoy debo reconocer que ya tengo la misma edad que el contable de Cecilio Rubes. ¿Cómo ha sido esto posible? Sencillamente porque si la vida siempre es breve, tratándose de un narrador, es decir, de un creador de otras vidas, se abrevia todavía más, ya que éste, antes que su personal aventura, se enajena para vivir las de sus personajes. Encarnado en unos entes ficticios, con fugaces descensos de las nubes, transcurre la existencia del narrador inventándose otros *yos*, de forma que cuando medita o escribe está abstraído, desconectado de la realidad. Y no sólo cuando medita o escribe. Cuando pasea, cuando conversa, incluso cuando duerme, el novelista no se piensa ni se sueña a sí mismo; está desdoblado en otros seres, actuando por ellos. ¿Cuántas veces el novelista, traspuesto en fecundo y lúcido duermevela, no habrá resuelto una escena, una compleja situación de su novela? Tendrá entonces que producirse en la vida particular del narrador una emoción muy fuerte (el nacimiento de un hijo, la enfermedad o la muerte de un ser querido) para que ese estado de enajenación cese, al menos circunstancialmente.

Pero esos otros seres que el creador crea son seres inexistentes, de pura invención, aunque el escritor se esfuerza por hacerlos parecer reales. De ahí que, mientras dura el proceso de gestación y redacción de una novela, el narrador procure identificarse con ellos, no abandonarlos un solo instante. El problema del creador en ese momento es hacerlos pasar por vivos a los ojos del lector, y de ahí su desazón por identificarse con ellos. En una palabra, el desdoblamiento del narrador le conduce a asumir unas vidas distintas a la suya, pero lo hace con tanta unción que su verdadera existencia se diluye y deja en cierta medida de tener sentido para él.

La imaginación del novelista debe ser tan dúctil como para poder intuir lo que hubiera sido su vida de haber encaminado sus pasos por senderos que en la realidad desdeñó. En cada novela asume papeles diferentes para terminar convirtiéndose en un visionario esquizofrénico. Paso a paso, el novelista va dejando de ser él mismo para irse transformando en otros personajes. Y cuando éstos han adquirido ya relieve y fuerza para vivir por su cuenta, otros entes, llamados a ocupar su puesto en diferentes obras, bullen y alientan en su interior reclamando protagonismo.

Éste ha sido al menos mi caso en tanto que narrador. Pasé la vida disfrazándome de otros, imaginando, ingenuamente, que este juego de máscaras ampliaba mi existencia, facilitaba nuevos horizontes, hacía aquélla más rica y variada. Disfrazarse era el juego mágico del hombre que se entregaba fruitivamente a la creación sin advertir cuánto de su propia

sustancia se le iba en cada desdoblamiento. La vida, en realidad, no se ampliaba con los disfraces, antes al contrario, dejaba de vivirse, se convertía en una entelequia cuya única realidad era el cambio sucesivo de personajes.

Pero este derroche de la propia vida en función de otros no tenía una compensación en tiempo. Es decir, cuando yo *vivía por otro*, cuando vivía una vida *ajena a la mía*, no se me paraba el reloj. El tiempo seguía fluyendo inexorablemente sin yo percatarme. Sentía, sí, el gozo y el dolor de la creación pero era insensible al paso del tiempo. Veía crecer a mi alrededor seres como el Mochuelo, Lorenzo el cazador, el viejo Eloy, el Nini, el señor Cayo, el Azarías, Pacífico Pérez, Gervasio de la Lastra, seres que *eran yo* en diferentes coyunturas. Nada tan absorbente como la gestación de estos personajes. Ellos iban redondeando sus vidas a costa de la mía. Ellos eran los que evolucionaban y, sin embargo, el que cumplía años era yo. Hasta que un buen día, al levantar los ojos de las cuartillas y mirarme al espejo, me di cuenta de que era un viejo. En buena parte, ellos me habían vivido la vida, me la habían sorbido poco a poco. Mis propios personajes me habían disecado, no quedaba de mí más que una mente enajenada y una apariencia de vida. Mi entidad real se había transmutado en otros, yo había vivido ensimismado, mi auténtica vida se había visto recortada por unas vidas de ficción. Y cuando quise darme cuenta de este despojo y recuperar lo que era mío, mi espalda se había encorvado ya y el ácido úrico se había instalado en mis articulaciones. Ya no era tiempo. Yo era ya tan viejo como el viejo contable de Cecilio Rubes aunque, en contra de lo que temía, no me había muerto del susto por la sencilla razón de que se me había escamoteado el proceso.

Y si las cosas son así, ¿cómo mostrarme insensible al conseguir este premio Cervantes merced a la benevolencia de un jurado de hombres ilustres? ¿Cómo no sentir en este momento un poso de melancolía? Los amigos me dicen, con la mejor voluntad: que conserve usted la cabeza muchos años. ¿Qué cabeza? ¿La mía, la del viejo Eloy, la del señor Cayo, la de Pacífico Pérez, la de Menchu Sotillo? ¿Qué cabeza es la que debo conservar? En cualquier caso, en el mundo de la literatura todo es relativo. Hay obras de viejos verdaderamente admirables y otras que no debieron escribirse nunca. Entonces, antes que a conservar la cabeza muchos años, a lo que debo aspirar ahora es a conservar la cabeza suficiente para darme cuenta de que estoy perdiendo la cabeza. Y en ese mismo instante frenar, detenerme al borde del abismo y no escribir una letra más.

El arco que se abrió para mí en 1948 al obtener el premio Nadal, se cierra ahora, en 1994, al recibir de manos de Su Majestad —a quien agradezco

profundamente esta deferencia— el premio Cervantes. En medio quedan unos centenares de seres que yo alenté con interesado desprendimiento. Yo no he sido tanto yo como los personajes que representé en este carnaval literario. Ellos son, en buena parte, mi biografía.

He dicho.

El pintor Mariano de Cossío

1960

Conocí a Mariano de Cossío hace apenas seis semanas, en Santa Cruz de Tenerife, donde residía desde hace veinticinco o treinta años. Mariano cerraba para mí el admirable triunvirato artístico de los Cossío, cuyos otros dos miembros, Francisco y José María, me eran familiares desde la infancia. Eduardo García Benito me había dicho antes de partir:

—Saluda a Cossío; es uno de los pintores españoles de este siglo con verdadero talento.

Pero antes que al pintor encontré al hombre. Mariano de Cossío era un auténtico campeón de la modestia, de la llaneza, de la efusividad.

—Llámame de tú; me haces viejo —me dijo tan pronto nos saludamos.

Y nos enredamos en una conversación interminable, donde el reloj no contaba. Mariano estaba en Canarias sólidamente enraizado y su talento artístico, del que están impregnadas todas las piedras de la isla, no se le había subido a la cabeza. Como hombre inteligente, era un disconforme consigo mismo:

—A los sesenta y ocho años me he dado cuenta de que no soy pintor —me decía—. Pero guárdame el secreto, porque a estas alturas ya no podría ganarme la vida de otra manera.

Su sentido del humor, ese humor sutilmente irónico, tímidamente escéptico de los Cossío, se manifestaba en Mariano de una manera explosiva:

—Yo estoy aquí porque perdimos Cuba y Filipinas. A los isleños les desagrada que les diga esto, pero es la pura verdad.

Con muy buen sentido, Mariano de Cossío entendía que en España un funcionario está tanto mejor cuanto más alejado del poder central, del foco donde se cuecen las pasiones y las intrigas de todo orden. Como buen Cossío, él anteponía su independencia a todo. Mariano era el antiarribista, el antimundano. Cuando todos los artistas de su generación se obstinaban en conquistar Madrid, tuvieran o no talento, él sitiaba Tenerife «porque las Filipinas ya no eran nuestras». El dinero, la llamada de París jamás le desazonaron. Primero que todo estaba su vida, la propia tranquilidad. De este modo, Cossío pudo hacer su obra, una obra dilatada y vigorosa, cuya

proyección futura no es fácil prever, aunque es incontestable que perdurará. Me asombraban su energía, su luminosa vitalidad, y así se lo dije.

—No es oro todo lo que reluce. Mira estas piernas; bueno, ahí donde las ves apenas pueden sostenerme.

Cossío iba en taxi a las clases del instituto, a la universidad, a ver a sus nietos. Pero cuando hablaba de sus piernas medio inútiles se reía alborozado como si aquello no tuviera importancia:

—Algunos me aconsejan que me opere, pero yo no hago caso. Cuando la cuerda se acabe, se acabó.

El vallisoletanismo de Mariano de Cossío era en Tenerife una cosa proverbial. Él me hablaba muy divertido de la fuerza expansiva de nuestro pueblo. Me contaba que su hijo Joaquín, después de quince días de barco, cuatro de tren y dos de automóvil, había llegado al corazón del Congo belga. Allí, en plena selva, encontró una fonda donde se alojó y, al cabo, resultó que la dueña era una española.

—¿Sabes de dónde era?

—No.

—De Valladolid, naturalmente. Nacida en el barrio de San Juan.

Y se reía. Cossío reía siempre, con un risa franca, espontánea, contagiosa. Tan sólo se ponía serio y afilaba implacablemente su espíritu crítico ante sus propias obras.

Volvimos a vernos siempre que tuve oportunidad. Su conversación jamás languidecía. Era un conversador ingenioso, que amenizaba cualquier tema con observaciones muy personales. Al fin nos despedimos:

—Iré a Valladolid para Navidad —me dijo—. Allí continuaremos charlando.

Nos habíamos conocido tarde y se diría que ambos presentíamos el tiempo tasado, que nuestras posibilidades de conversación eran muy limitadas. Mas ni él ni yo podíamos imaginar, cuando nos retrataban juntos ante la iglesia de Santo Domingo, en cuyos muros deja Cossío buena parte de su inspiración, que en nuestra ciudad rendiría el artista su último viaje; que en un orden de cosas dirigido desde lo alto, Mariano de Cossío venía a cerrar su ciclo vital precisamente en el mismo rincón del mundo donde lo iniciara hace ahora sesenta y ocho años.

Se ha dicho, y es cierto, que la costumbre engendra afecto y que los huecos que dejan aquéllos con los que a diario convivimos son los más difíciles de llenar. Mas esto no rige con los temperamentos abiertos,

acogedoramente cordiales, como el de Mariano de Cossío, cuya prematura e inesperada marcha dejará en todos sus amigos —incluso en aquellos que, como yo, apenas le tratamos unas horas— un recuerdo imborrable.

Santiago Rodríguez Santerbás, un joven escritor

1960

Conozco a una señora que goza poniendo frente a frente a dos desconocidos, y no por disfrutar del placer de presentarlos entre sí sino por gozar del placer de la puntualización. De entrada, ella elude siempre el papel de presentadora:

—Anda —le dice a su marido—, haz las presentaciones.

Y el marido, que es un hombre tímido, barbotea torpemente los nombres de los personajes en cuestión, mientras ella acecha el momento oportuno para meter baza y subrayar los saberes de cada uno y, de paso, dejar al marido en una situación desairada:

—Hijo, oyéndote parece que Fulano no sea nadie. Este señor —aclara— pinta muy bien y ha expuesto en la Sala Sur de Santander por dos veces y ha hecho los retratos de las sobrinas de un ministro.

Esta señora puntualiza sabiamente y puede asegurarse que ha nacido para presentadora, ocupación que a mí me va muy mal, razón por la que hasta el momento me las arreglé para declinar este cargo. Sin embargo, ahora, con Santiago Rodríguez Santerbás no puedo hacerlo por muchas y varias razones; la primera, y tal vez la más importante, porque tengo la impresión de que Santiago Rodríguez Santerbás va a dar que hablar en el campo literario nacional, y la segunda, y no desdeñable, porque Santiago Rodríguez Santerbás es, como yo, un habitual de Sedano.

Para sentar las cosas desde un principio, diré que Sedano es mi pueblo, un pequeño gran pueblo de Burgos, donde la gente llega a vieja comiendo manzanas y miel, los cangrejos y las truchas se multiplican confiadamente en los regatos y los conejos corren libres por el monte sin temor a la mixomatosis. Quiero anticipar con esto que Sedano es un pueblo muy sano y que ni las manzanas ni los hombres tienen coco allí. «Pero, bueno —me dice, a veces, la gente—, ¿no es usted de Valladolid?». En efecto, uno nació —o lo nacieron— en Valladolid, ciudad de la que se siente orgulloso, pero eso no obsta para que a uno, desde pequeñito, le gustase tener su pueblo, siquiera para poder decir: «Allá, en mi pueblo, para ahuyentar los topos plantan en los huertos un árbol que llaman tártago que es talmente como una verde y gigantesca araña tropical». Porque es en los pueblos donde nacen las cosas y

las costumbres y cada pueblo tiene una cara, y no como las ciudades, que todas se asemejan, porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York. Así que Sedano es mi pueblo y no por la casualidad de haber nacido en él, sino por decisión deliberada de haberlo adoptado entre mil.

Y por allí, por Sedano, caía también Santiago Rodríguez Santerbás con sus veinte años y sus papeles y sus ilusiones, y bajo los cuatro pinos de mi casa, oliendo a espliego, a nueces y a alolvas, charlábamos de esos temas extraños que inspiran los libros y quienes los escriben. Y Santiago Rodríguez Santerbás había leído ya muchos libros a sus veinte años, muchos más libros que yo, y me decía: «¿Qué te parece Fulano?. —Y yo le decía—: No lo conozco». Y él me decía: «¿Escribes libros y no te gusta leerlos?». «Me asustan, —le confiaba yo—. ¿Qué es lo que te asusta?», me decía él. Y yo respondía: «Los libros».

No obstante, una tarde Santiago Rodríguez Santerbás me entregó un original ligero que se llamaba *El camino de las sirenas*, y me dijo que iba a presentarlo al Premio Gerper-Ateneo de novela corta, de Valladolid. Y, entonces, yo fui y lo leí y advertí que, pese a que Santiago Rodríguez Santerbás no contaba más que veintidós años, su libro era un libro maduro y, sin embargo, no me asustaba, porque *El camino de las sirenas* era un libro transparente, un libro sin coco, como las manzanas y los hombres de Sedano. Y cuando me dijo: «Ponme reparos, —yo le dije—: Aquí hay un cazador que mata perdices en agosto y las regala a los vagabundos». Y él me preguntó: «¿Y qué?. —Yo adopté una llanedad cinegética para responderle—: Las perdices no pueden matarse en agosto porque están en veda y, por otro lado, no conozco un cazador que después de sudar una perdiz por una ladera la haya regalado a un vagabundo». Entonces Santiago Rodríguez Santerbás dijo: «Bueno, lo que yo quiero es que me hagas reparos literarios. Critícame». Y yo me quedé parado porque *El camino de las sirenas* era un libro equilibrado, de poético simbolismo, con un extraño regusto a salvia y a bravío. «Está bien —le dije—. Tu libro está muy bien». Más tarde reflexioné sobre las razones por las que su libro me parecía bien y llegué a la conclusión de que Santiago Rodríguez Santerbás era una excepción en el mundo de las letras, puesto que llegaba a él con una obra a la que no le sobraba nada. De ordinario un primer libro no es bueno por lo que le sobra, no por lo que le falta. Quiero decir que, generalmente, en los primeros libros el escritor se da de más, se vuelve del revés, se pasa de rosca. De ahí que las primeras novelas de los jóvenes novelistas se malbaratan por exceso, por un ingenuo afán de no dejar nada en

el tintero. Los resultados, pues, hubieran podido mejorarse si el joven autor poseyera el don de la medida. No obstante, es en esta carencia, precisamente, donde se delatan los pocos años. Pues bien, Santiago Rodríguez Santerbás poseía este don de la mesura, o si se prefiere, de la ponderación, desde su obra inicial. *El camino de las sirenas* era una pieza sobria, ventilada, de cielo alto, con un mensaje no enunciado pero que se desprendía sencillamente del fondo de las cosas, del decurso de las incidencias novelescas. Santiago Rodríguez Santerbás se revelaba, pues, como un hábil administrador de palabras, como un joven maestro de economía literaria.

Bueno, Santiago Rodríguez Santerbás se presentó al Premio Gerper-Ateneo con esta novela y el jurado de este premio reparó enseguida en sus valores y la llevó pareja con *La muerte supitaña*, de Fernando Gutiérrez, hasta la final, donde *El camino de las sirenas*, como esos equipos que no se entregan sin lucha, cedió el paso a su rival por la mínima diferencia. Empero, Santiago Rodríguez Santerbás, aun sin premio, se había consagrado a los veintidós años; pero, por si acaso, él quiso apuntalar su éxito en el mismo Valladolid antes de transcurrir un año, y en octubre de 1960 presentó su cuento «Jorobita» al concurso Jauja, premio que se llevó de calle por una insólita unanimidad de los once miembros del jurado. El paso era importante. Con «Jorobita», como con los artículos que en el intermedio publicó en *El Norte de Castilla*, Santiago Rodríguez Santerbás volvió a evidenciar su casta de escritor, su dominio literario, su ponderación, en suma, una anticipada y sorprendente madurez. Lógicamente yo debería presentar aquí a «Jorobita», pero, contra costumbre, me voy a limitar a abrirles a ustedes la puerta del toril, porque entiendo que «Jorobita» —ese animal tan disparatadamente humano que surge ya impaciente tras esta página— es un joven torito que se presenta solo.

Sedano, sin Isaac Peña

1961

La noticia de la muerte de Isaac Peña me sorprende en Sedano, el pueblo donde él nació y donde discurrieron los últimos años de su vida. Isaac Peña fue el padre de los Peña —Juan José, Juan María, José Luis…—, esos periodistas que día a día nos brindan en los diarios del país pruebas de sus saberes y de su talento. Bueno, ahora, Peña, el señor Peña, Isaac Peña, Peña padre, ha muerto. Se ha ido sencillamente, pin pianito, con la misma modestia con que vivió. Pero aún queda Sedano. Su angosto valle de frutales, surcado por el río Moradillo, es como un monumento a su fidelidad. Porque la mitad de Isaac Peña era Sedano. Él trabajó denodadamente toda su vida porque sabía que al final, a la hora del retiro, Sedano lo aguardaba. Y a Sedano se fue a sus setenta años, sin otro bagaje que su escopeta, su caña larga y sus reteles. ¿Para qué más?

Un hombre puede vivir del trozo de tierra que ha de cubrir sus huesos. Isaac Peña vivía, en efecto, frugalmente. Una cabra, cuatro gallinas, la escopeta, una caña larga y diez reteles. Los suyos trabajaban, desperdigados por la geografía europea, y él, en Sedano, se bastaba a sí mismo. Vivía en solitario, en su hermosa casona de la Tobaza, cabe el manantial que ríe junto a la carretera. Durante el otoño subía al monte; en la primavera bajaba al río, y entre estaciones, en esos breves ocios del cazador-pescador, paseaba su gallarda vejez —boina calada, una vara de fresno en la mano—, su perpetua sonrisa de hombre de bien. A ratos, Isaac Peña podaba sus manzanos, cataba su colmena, ordeñaba la cabra y charlaba lenta, pausadamente, con sus convecinos.

De repente, yo me presentaba en Sedano:

—¿Qué, ya está usted aquí?

—Vengo a por unas truchas.

Sus ojos perspicaces se levantaban al cielo:

—Mal día para pescar.

—¿Es que los hay buenos?

Isaac Peña sonreía bondadosamente:

—Algunos quedan todavía.

Luego, junto al Moradillo, coincidíamos. Él, con su caña larga, el ocho perfecto de la lombriz en la punta del sedal, la cesta de mimbre a la espalda. Del monte de enfrente bajaba el tintineo de las cabras.

—Este río no es fácil para la cucharilla.

—No, no es fácil.

—Hacen falta pulso y precisión.

—Eso.

Íbamos avanzado río arriba. Él, sondeando las pozas con su lombriz; yo, lanzando la cucharilla en las chorreras. Se oía un motor y frente a las puertas de Nocedo cruzaba un vehículo envuelto en polvo. Isaac Peña entrecerraba los ojos:

—Ahí va Satur a Covanera —decía.

O bien:

—La furgoneta del Emiliano. ¿Dónde irá el Emiliano a estas horas?

O bien era el panadero, o el médico, o el veterinario, o el taxi de Luis Peña, o el camión del señor Antonio, o la moto de Gregorio, o la de Boni, el herrero, o la de Joselito… En Sedano aún es posible identificar a los hombres por sus vehículos y a los vehículos por sus hombres.

Algunas tardes de verano mis hijos sorprendían a Isaac Peña carretera arriba, con los retales y la horquilla al hombro:

—Nos vamos a pescar con el señor Peña —me decían.

Y se iban sin más. Porque Isaac Peña recibía a los chicos y a los grandes con la misma cordialidad. Isaac Peña fue niño un día, se hizo hombre y volvió a ser niño; es decir, Isaac Peña cerró el ciclo como es de ley. Tornó a la infancia, y su júbilo al extraer un retel con una docena de cangrejos sólo era comparable al que experimentaban mis hijos:

—No cebéis con tripa —decía—. Aquí, si queréis cangrejos, hígado o bazo.

Y en casa, en cuestiones de truchas o de cangrejos, lo que decía Isaac Peña era el evangelio.

Isaac Peña era la afabilidad, la modestia, la bonhomía. Nunca se lamentaba. Jamás criticaba a nadie. Tan sólo, en nuestras amistosas relaciones, observé alguna vez en él las inevitables reticencias del pescador.

Una tarde nos encontramos junto al Moradillo, y en una poza, frente a la nogalera de los Gallo, una trucha de más de medio kilo siguió por tres veces mi cucharilla, sin decidirse a morder. La temporada iba avanzada y la buena disposición del pez me animó a madrugar al día siguiente. Al llegar a la poza

en cuestión, sobre las seis y media de la mañana, observé entre los sauces al bueno de Isaac Peña, que me había tomado la delantera y andaba trajinándose la trucha con el ocho perfecto de su lombriz. Se sorprendió al verme:

—Mucho madruga usted —me dijo.

—Más ha madrugado usted —le dije yo.

Y los dos rompimos a reír.

Ha muerto Isaac Peña, el hombre que tuvo el valor de romper con todo para retirarse al rincón que apetecía. Cada hombre en el mundo necesita su rincón —uno sólo—, como necesita una mujer, pero son contados los que se deciden a cortar de raíz para seguir su impulso. Isaac Peña fue uno de ellos, y de ahí que Sedano, con su iglesia y su cementario en la punta de un cerro, sus valles, y su riachuelo, y sus montes, y sus bosques, y sus hazas, y su camino polvoriento, sigan siendo una parte viva de él mismo. Y hoy, pese a su ausencia definitiva, no supone un esfuerzo —tal fue su identificación con la tierra que amó— imaginarlo doblando la curva de Valdemoro, la caña al hombro, el bote de las lombrices al costado, la boina calada y, entre los labios, su sempiterna sonrisa de hombre de bien.

Enrique Gavilán, humanista

1969

Ayer, día de Navidad, un reducido grupo de familiares y amigos dijimos adiós por última vez a Enrique Gavilán. En rigor, Enrique llevaba ya más de un año separado de nosotros, inutilizado por una cruel enfermedad. Sin embargo, hasta ayer tarde, cuando lo enterrábamos, no nos dimos cuenta algunos de sus amigos de que estábamos enterrando con él siete lustros de nuestras vidas.

Enrique Gavilán llegó al Colegio de Lourdes, donde yo estudiaba, al filo de 1934, meses después de la expulsión de los jesuitas y de su instalación provisional en Curia. Llegó en compañía de sus cuatro hermanos, Eduardo, José María, Carlos y Marcelino, un grupo muy compacto que, con la tendencia a la simplificación propia de la infancia, quedó aglutinado bajo el sobrenombre, un tanto zarzuelero, de *los Gavilanes*. Eran tiempos —o habían sido— de muy viva rivalidad entre «jesuitas» y «baberos», pero la inserción de los Gavilanes en el nuevo grupo se produjo de un modo natural, sin estridencias, en un proceso engrasado por la cordialidad y el don de gentes, notas definidoras del carácter de los cinco hermanos. Había también en ellos, en su templada y discreta manera de proceder, como una mesura, una prematura gravedad que, por lo que a Enrique concierne, le hacía aparecer ante nosotros como mayor de lo que era. Y ocurría, sencillamente, que Enrique no era mayor que nosotros en edad pero sí en dignidad y gobierno. Leía mucho y con provecho y escribía ya —a los catorce años mal cumplidos — con un rigor y una precisión admirables. Él y Manolo Alonso Alcalde eran las grandes plumas —en prosa el uno, en verso el otro— de aquel inolvidable curso de literatura que profesaba el hermano José María.

Pero, a aquella edad, Enrique no hubiera conseguido acogida tan amistosa de no haber simultaneado el cultivo de las bellas letras con su enorme afición al fútbol. Jugaba de defensa derecho —en un tiempo en que los defensas no eran más que dos— y aunque nunca fue lo que se dice un jugador ágil, resultaba tesonero y difícil de desbordar. Con él, su hermano Eduardo —apenas un año más joven—, Perico Muñoz, Adolfo Pierrad, Vicente Sagarra, Merchant, etc., compusimos un equipo parejo en fuerzas al del Colegio del Hermano Sobrón —jesuitas camuflados—, que se alzaba en un chalé del Arco

Ladrillo, y a los de otros colegios de la ciudad. En aquellos encuentros, Enrique se partía el pecho y nos aconsejaba.

Su madurez precoz también prevalecía aquí. Era nuestro compañero pero parejamente, de manera inexpresada pero aceptada sin rechistar por todos, era también nuestro entrenador.

Por entonces, la casa de los Gavilanes ejercía sobre nosotros, muchachos de catorce o quince años, una atracción singular. Era aquélla una casa sin formalismos ni formulismos; sin convenciones. Una casa donde la opinión de un niño, cosa insólita, se tenía en cuenta. Don Enrique y Carito —la llamábamos simplemente Carito y la tuteábamos— fueron, sin duda, en este aspecto, unos precursores. Hablábamos con ellos de lo divino y lo humano, con una confianza tan grande que llegamos a considerarlos como unos de nosotros. Aún recuerdo el día que Eduardo, con quince años mal cumplidos, le dijo a su madre: «Mamá, tú tienes tantas ganas de ser abuela que no te importaría tener un nieto aunque fuera natural». Esta camaradería para encauzar las relaciones paterno-filiales constituían para todos nosotros, en aquel tiempo, un motivo de envidia. Entonces íbamos en grupo por aquella casa Julio Pérez Villanueva, Pepe Franch, Vicente Presa, Antonio Iribarren y los pobres Luis María Ferrández y Pepe Quintana, quienes, a causa de la guerra, habían de preceder a Enrique en el tránsito. Ahora me doy cuenta de que en casa de don Enrique —el viejo albista don Enrique— lo que se respiraba era simplemente un bendito clima de libertad.

En este ambiente, como no podía ser menos, se formó un Enrique-hijo sincero y escrupulosamente fiel a su conciencia. Recuerdo que cuando recibí el premio Nadal, Enrique me escribió una carta exultante en la que me decía algo que era rigurosamente exacto: «Me alegro más todavía porque en tus escritos nunca colegí nada sobresaliente». La fidelidad a su conciencia se manifestó siempre, en toda circunstancia, y, muy singularmente, en la guerra y la posguerra. Enrique lo dio todo entonces —casi hasta la vida— pero jamás alardeó de ello, ni le llevó a enajenar su sentido crítico, ni, por supuesto, pasó nunca la factura. Luego se hizo abogado, pero su bufete no le separó de nosotros. Escribía casi diariamente en *El Norte de Castilla*, con aquella prosa suya maciza, elaborada, de mucho volumen (¿estaba en ella, quizá, su fervorosa pasión por la pintura?), crónicas, evocaciones, artículos literarios, críticas de arte… Ahora me vienen a la memoria aquellas patéticas crónicas suyas sobre los pueblos de nuestra provincia, que deberían ser editadas como homenaje póstumo. A Enrique, como a todo el grupo de *El Norte*, le lastimaba el abandono rural. Y bajo esta impresión escribía: con amor y con

dolor. Por ello, su perplejidad fue grande cuando desde uno de nuestros pueblos le llegó una réplica irresponsable donde le acusaban de haber visto el lugar con malos ojos, ya que en el mismo había carnicería, tienda de comestibles, farmacia y tres cantinas, y él, malévolamente, había dejado de consignarlo. Mas a pesar de la incomprensión y la ingratitud de los presuntos redimidos, Enrique siguió escribiendo con el mismo fervor y la misma tenacidad de siempre.

La pasión de Enrique por el arte era sólo comparable a su desinterés por el dinero. Concha, su mujer (su abnegadísima y admirable mujer), había de frenarle algunas veces. Libros y cuadros eran sus tesoros. Enrique llegó a tener cinco ediciones de una misma obra, pero no ediciones valiosas sino, simplemente, distintas. Era, el suyo, un delicado vicio de humanista o, por mejor decir, un virtuoso vicio. Yo diría de Enrique Gavilán, aunque parezca un contrasentido, que fue el perfecto anticonsumista, calificativo que, en esta torpe sociedad materializada que nos envuelve, supone el mayor elogio.

Ahora, Enrique se nos ha muerto. Se nos había muerto en realidad hace más de un año —cuando dejó de conocernos— pero ahora se nos ha acabado de marchar; ya no está entre nosotros. Un puñado de amigos hemos dejado su cuerpo a cubierto, en el cementerio, ayer, día de Navidad. Pero yo quiero ver en esta fecha tan señalada de su muerte un signo confortador; un símbolo de la esperanza cristiana que nuestro querido Enrique siempre alimentó. Descanse en paz.

Vela Zanetti, el hombre

(hacia 1980).

El pintor Vela Zanetti viene, de vez en cuando, a verme a Sedano. A su regreso del exilio, Vela Zanetti se instaló en Milagros, un pueblecito del sur de Burgos, si no me equivoco en la misma casa donde nació, y allí sigue viviendo y pintando. De vez en cuando, Vela se llega a Madrid, pero en cuanto puede da media vuelta, porque el Madrid actual, chirriante y motorizado, le da cien patadas. Vela Zanetti necesita quietud y serenidad para pintar y para vivir.

Ahora Vela se presenta en Sedano para orientarme sobre la reconstrucción de una vieja casona de pueblo que adquirí hace unos años. El pintor tiene experiencia, porque su vieja casa de Milagros ha sido decorada con una propiedad notabilísima. Vela conserva en ella todos aquellos enseres que pudieron arropar su nacimiento y que hoy constituyen los símbolos más bellos y expresivos de una cultura rural en trance de extinción. Vela Zanetti, con sus largos cabellos blancos ensortijados, su barba rojiza y su sólida contextura, parece un patriarca bíblico prodigiosamente instalado en nuestro tiempo. Su figura trasciende una vitalidad avasalladora. Pero no es contemporizador ni hipócrita Vela Zanetti:

—Esa jarra quítala de ahí; es una mierda. Aquel rincón, en cambio, está muy bien, pero habrá que calentarlo. ¿Qué te parece este grabado?

Para Vela Zanetti todo en el mundo es una cuestión de estética. Hasta la política (nada más antiestético que la tiranía). Vela Zanetti no sabría vivir entre suciedad y escombros. De su mano vino el milagro a Milagros, convirtiendo un árido y polvoriento pueblo burgalés en un remanso de limpieza y equilibrio. El pintor, hombre sensible, no tolera a aquellos que confunden el embellecimiento rural con el plástico y la purpurina. A Vela Zanetti, en Milagros le llaman don José. Don José por aquí, don José por allá. Todos en Milagros, desde el pastor a la telefonista, velan su intimidad, cooperan a que don José pueda realizar tranquilamente su obra:

—Si no, te invaden, oye. Cinco coches llegaron el otro día. Y a mí me falta capacidad para hacer más amigos.

Vela Zanetti se detiene ante los dinteles de madera de nogal, levanta la cabeza para admirar el artesonado de roble. Su apariencia adusta oculta un corazón extremadamente sensible. Vela acoge en su casa a todos los perros sin dueño, vagabundos y apaleados, que aparecen por el pueblo. Hace unos años convocó un premio en la escuela sobre el trato que los niños deben dar a los animales. Fue un éxito. Ahora saca del bolsillo de su chaquetón de pana una arrugada petaca, llena su pipa, y su gran cabeza aleonada aparece de pronto aureolada de humo:

—Esta casa es como una buena cuba. Cualquier cosa que metas aquí parecerá digna.

Vela Zanetti presume de llamar al pan, pan, y al vino, vino. Pero, en contra de lo que es usual en el país, no tiene lengua para la maledicencia cuando se habla de algún colega. Le muestro un cuadro de un principiante, elemental y tosco, pero su expresión no se altera:

—Bueno, colócalo en una zona de penumbra. En la sombra, todos los cuadros parecen Velázquez.

Es frecuente que el pintor o el escritor encarnen en sus personajes lo que son o lo que hubieran deseado ser. Vela es de los primeros. Sus personajes son físicamente seres sobrados, que, a veces, más que pintados parecen tallados a hachazos. Tal vez por esto, Vela se escapa a veces del lienzo y pinta murales. La pasión estética de Vela, su exuberancia, no caben en un cuadro. Todo en él —el fornido pastor envuelto en una manta a cuadros, el agostero que descabeza una siesta con un haz de trigo por cabezal, el campesino de la boina capona estrechando a su hijo entre sus brazos nervudos— trasciende vigor, una potencia física inusual. En general, son retratos de una fauna humana que se va, que en el nuevo desarrollo no tiene sitio y con la que yo me identifico, tal vez, porque, en otro terreno, vengo tratando de hacer lo mismo: rescatarlos para la posteridad. En realidad, todo en Vela propende a la desmesura. Hace días me envió un regalo para la nueva casa: una hermosa mesa de enebro, diseñada por él, con cerca de tres metros de longitud:

—¿No es mucha mesa, Vela?

—Es una mesa para que comáis en ella todos los Delibes. Da para catorce plazas.

Ahora el pintor acaba de regresar de un viaje por Oriente: Rusia, satélites, Berlín… Viene fatigado. Vela descansa pintando. Le pregunto por lo que ha visto, lo que más le ha impresionado. Trato de hacerle ver los mares de sangre que nos está costando que Rusia se abra a la libertad y los Estados Unidos a la

justicia, ya que inevitablemente ambos, tarde o temprano, tendrán que encontrarse a la mitad del camino. Él me interrumpe, sonríe:

—Tampoco es eso. El ruso es un ser sumiso. Lo fue cuando los zares y lo sigue siendo ahora que vive algo mejor. Rusia ha nivelado a todos por las necesidades.

Acentúa su sonrisa con cierta picardía para añadir:

—Ya en Berlín, me empeñé en ver el búnker de Hitler. Me contestaron que era muy difícil, pero yo les dije: «Aunque sea muy difícil, yo quiero ver y pisar el búnker donde murió Hitler. —Y me llevaron, y cuando me vi sobre él, respiré hondo, me volví a mi mujer y le dije—: Esperanza, ahora sí que hemos amortizado el viaje».

Alejandro Fernández de Araoz

(hacia 1980).

Acaban de comunicarme la muerte de mi muy querido amigo Alejandro Fernández de Araoz, con quien establecí contacto a través del diario *El Norte de Castilla,* cuando él fue nombrado consejero, en 1953. Años después, me encomendaron el timón de aquella nave, en un mar bastante proceloso, por cierto, lleno de escollos, y Alejandro, que era un consejero que aconsejaba, me brindó desde el primer día sus buenos oficios de práctico. No tengo que decir que, en aquellas difíciles circunstancias, la sagaz intuición de Araoz, su conocimiento de las aguas que navegábamos, junto con su sentido de la gallardía y de la dignidad, me permitieron salir airoso del empeño. Ahora, en la hora de la muerte del buen amigo, no puedo menos de dejar constancia de estos hechos.

Yerno de don Gregorio Marañón, Alejandro Araoz compartió sus ideas liberales y su delicado espíritu humanista: buenos cuadros, buenos libros, amigos inteligentes acotaban su mundo, un mundo que, a ese nivel, se descompone día a día en la frivolidad, y que él acertó a preservar porque por encima de las incitaciones del consumo y de la tosca tentación de la materia colocó su fe y su cabeza pensante. En inolvidables sobremesas, yo conocí en su casa al profesor Diez del Corral, al padre Federico Sopeña, al arquitecto Fisac, al mercantilista Garrigues —a quien yo debía, sin que él lo supiera, mi vocación por la pluma— y a tantos otros amigos ilustres. Eran, aquéllas, reuniones admirables —al estilo de los viejos salones de *madame* Rambouillet— donde el diálogo amistoso e inteligente rompía la roma monocromía del medio circundante.

Tal vez animado por mi interés, Araoz intentó entonces despojarme de esta corteza de rusticidad que me ha acompañado desde niño como la sombra al cuerpo. «Tienes que venir por Madrid más a menudo, pasar aquí largas temporadas y conocer gente», me decía. Yo sonreía, porque, aunque no a gente, sí me conocía a mí, y sabía que mi envoltura montaraz, mi mentalidad de provinciano y mi carácter más bien silvestre y esquivo no podrían modificarse con ninguna clase de tratamientos. Ello no impedía que Alejandro y yo pudiéramos pasarnos charlando horas enteras —«resucitas mis ideales de

juventud», me decía— y que inevitablemente, al final, me regalase un paquete de suculenta picadura con el estribillo de rigor: «Liar cigarrillos ya sólo lo hacéis tú y algunos amigos de Medina del Campo. Llévate esto».

La delicadeza de su espíritu se manifestaba en todas las ocasiones. Hoy que el deporte de la caza ha degenerado en la matanza o en la fiesta de sociedad, y que la avaricia de la perdiz ha llegado a extremos inconcebibles, Araoz me dio lo que tenía, sin ninguna limitación. Consciente de mi pasión por la caza en mano, me escribía periódicamente: «Ya sabes que puedes ir por la finca de Villanueva cuantas veces quieras. No creo que haya mucha caza pero quizá puedas divertirte». Y yo siempre me divertía y anualmente le enviaba el parte con mis observaciones y sugerencias. Aquí, en esta finca, se fraguó, en buena parte, *El libro de la caza menor*, y a él se lo dediqué. Las líneas de gratitud de Alejandro, que recibí con este motivo, desproporcionadas y generosas, dan fe de su sensibilidad para estos homenajes digamos intelectuales.

De Araoz siempre me llamó la atención su tenso estado de espíritu. Era un hombre que no envejecía más que por fuera. Su cabal idea del momento político y de las posibilidades que brindaba, su lucidez mental, su golpe de ingenio —fulgurante o demoledor, según las circunstancias—, su laboriosidad, los varios campos —literario, artístico, económico— a que le llevaba su inquietud, su rara facultad para conciliar ideas aparentemente inconciliables, su intuición de las salidas en los problemas más herméticos, su arte para llevar a la concreción la más pura y difusa vaguedad revelaban una cabeza privilegiada, volcada —como la de su suegro— a un polifacetismo asombroso, que siempre hizo compatible con las exigencias cordiales: familia y amigos.

Si el misterio de la muerte siempre sobrecoge y de alguna manera nos deja desamparados a los que quedamos, en el caso de Alejandro Araoz esta impresión de desvalimiento se acrecienta, supuesto que en él parecían encarnados el vigor y la energía, conceptos antitéticos de la muerte. Descanse en paz, el buen amigo y discreto consejero.

García Benito, un vallisoletano en París

1982

Hace pocas semanas ha muerto en Valladolid el pintor Eduardo García Benito. Benito, con sus noventa años a cuestas, era contemporáneo y amigo del bailarín Vicente Escudero, nacido como él en Valladolid, en el populoso barrio de San Juan. Uno y otro han sido enterrados en el cementerio de su ciudad natal, con pocos meses de diferencia, acompañados —los dos— por un reducido cortejo de amigos, como acostumbra hacer Castilla con sus hijos eminentes. En el caso de Benito, que conquistó París con su lápiz y sus pinceles en los primeros años del siglo, su discreta salida de escena se corresponde con su actitud vital, despegada, individualista, reacia a poner su arte en manos de intermediarios. Seguramente Benito triunfó demasiado pronto y se dedicó a vivir a su aire de sus dibujos —muy cotizados—, encargos y exposiciones. Con un orgullo muy castellano también, se negó sistemáticamente a considerar el arte una mercancía, a sentirse profesional, con todo lo que el vocablo sugiere, y tal vez de ahí el menosprecio de la alta crítica al valorar su pintura dentro de la plástica contemporánea.

Benito fue, antes que nada, un gran intuitivo. Cuando partió de Valladolid, con una modesta pensión del Ayuntamiento, para estudiar en París, aún no había cumplido los veinte años. Cuando regresó por primera vez a España, a San Sebastián, un par de años más tarde, ya era rico. «Fui el primer recluta español que se presentó en caja en automóvil propio conducido por un chofer negro», solía decirme. Y no era una jactancia; era cierto. García Benito destacó enseguida entre sus amigos por la audacia de la línea, la gracia de la composición y el toque de color, a veces levísimo, realzando la figura. En sus primeros trabajos se adivina ya al genial ilustrador que fue más tarde. La revista *Vogue*, siempre al acecho de cualquier talento escondido, descubrió inmediatamente en él esta disposición y lo contrató sin más como portadista de la misma. Benito, nacido en una pequeña ciudad castellana, en un barrio sencillo, se vio de pronto imponiendo la moda en París y Nueva York. Sus señoritas cloróticas, altivas, ensombreradas, desdeñosas, se paseaban por el mundo entero desde las cubiertas de las más famosas revistas. Simultáneamente iba surgiendo el pintor de retratos, género que Benito

dominó porque captaba como nadie el gesto, el movimiento reprimido, y acertaba a inculcar a sus modelos un personalísimo aire de distinción. Vela Zanetti, que no conocía al artista, quedó maravillado ante un retrato suyo que vio en mi casa: «Un tío que es capaz de conseguir estos blancos, el reposo de esta mano, tiene que saber mucho». Así, junto con las portadas de *Vogue*, de *Vanity Fair*, Benito fue imponiendo su fama como retratista. Francia y USA proyectaban universalmente su nombre: Paul Poiret y su esposa, Alfonso XIII, la familia real indochina, el mariscal Pétain…

Benito vivió intensamente, a caballo entre París y Nueva York, los felices veinte. Su bohemia —si tal puede llamarse— fue una bohemia desahogada, un juego, una pose testimonial antes que una exigencia auténtica. Tuvo una relación asidua con los Gargallo, Dunyach, Julio González, Utrillo, Bofill, Modigliani… De su amistad con Modigliani abundan las anécdotas. Contaba Benito que cada vez que se encontraba con éste, generalmente cargado de alcohol, le voceaba: «Benito, en un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme…». Los conocimientos de español del pintor italiano apenas pasaban de ahí. Benito recordaba, asimismo, que, en una ocasión, en sus primeros tiempos parisienses, pintó un óleo sobre un autorretrato de Modigliani, cuyos lienzos no se cotizaban entonces. Con Picasso tuvo Benito una relación menos amistosa. Entre los veinte y los treinta se vieron con frecuencia, pero sus vidas tomaron, a la postre, rumbos distintos. Una cosa que, al decir de Benito, enojaba a Picasso era que le refrotase una y otra vez el éxito popular de Romero de Torres, traído y llevado por todas partes, aclamado, siempre en olor de multitud, en su Andalucía natal. «Desengáñese, don Pablo —e decía Benito—, eso es la gloria…».

Durante el período de entreguerras, la pintura de Benito fue ampliando su marco, enriqueciéndose. Comenzó a hacer paisajes, naturalezas muertas, apuntes taurinos, lúcidas incursiones al puntillismo y al cubismo. Benito lo abarcaba todo. En cualquier caso, la característica de su pintura siguió siendo la amenidad. Sus pinceles expresaban siempre algo deleitable; eludía el drama. Incluso sus cuadros de toros suelen ser pinturas incruentas: el matador pensativo antes de salir al ruedo, la arrogancia de la cuadrilla en el paseíllo, el brindis… Cuadros sin violencia —que odiaba—, de ilustrador. En su rica pinacoteca no existe un solo cuadro desagradable o aburrido. Otro tanto le sucedió cuando, en sus últimos años, empezó a hacer sus pinitos literarios en *El Norte de Castilla*, contando desordenadamente su vida. Sus artículos, plagados de galicismos, con una sintaxis convencional, eran, sin embargo, artículos vivos, comunicativos, de rara amenidad. Yo no veo un trazo en sus

cuadros ni un renglón en sus escritos que sean encubridizos, gratuitos o vulgares. Todo es llano y directo; está justificado. Su buen gusto dignificaba cuanto tocaba. Leyendo sus artículos, yo recordaba la prosa maciza, sabrosa, zumbona de Josep Pla o la rabiosamente descarnada de Pío Baroja. Únicamente Pla y Benito —que yo sepa— han tenido el valor de poner en tela de juicio los cuadros de la última etapa de Picasso, sin dejar de reconocer la genialidad del pintor malagueño en su primera época. Tal vez la sinceridad —con la amenidad— fuese la característica más definida y definidora de la obra de García Benito.

Hace algo más de veinte años, Benito empezó a sentir la llamada de su patria chica. Sus dos hijas, casadas en Norte-américa, y su hijo, asentado en París, ya no lo necesitaban. Por otro lado, las dos guerras mundiales y el crac del 29 aventaron su fortuna. ¿Por qué no retirarse a Valladolid para descansar tranquilo? Y Benito, que nunca dejó de ser lo que en Castilla llamamos un culillo de mal asiento, un hombre inquieto, solevantado, se presentó un día en Valladolid en compañía de su mujer, Madeleine, una francesa fina, sensible, delicadísima, que cambió París por Valladolid sin torcer el gesto. Conservaba su serena belleza, equilibrada y altiva, y gozaba con espontáneo candor de la música y los caballos (cada tarde se asomaba al balcón de su casa para ver desfilar a los cadetes de la Academia de Caballería, por la ribera del Pisuerga). Con sabia mano izquierda, Madeleine encauzaba el desabrimiento de su marido, que, como buena inteligencia creadora, mostraba un carácter difícil, intemperante y malhumorado. Pero un día murió Madeleine, y Benito, que no supo nunca en realidad lo que quería, empezó a cambiar cada tres meses de residencia: Virginia, Nueva York, París, Madrid… pero, en última instancia, retornaba siempre, inevitablemente, a las raíces. «¿Por qué no te quedas en Estados Unidos? Tus hijos te quieren a su lado, —le decía yo, abrumado por su soledad. Pero él me replicaba tercamente—: ¿Y qué quieres que haga allí? A los tres días me aburro. Yo no tengo nada de que hablar con aquellos señores. A mí lo que me gusta es jugar al dominó con mis amigos del Círculo». Y así, jugando al dominó, entre partida y partida, le sorprendió la muerte una madrugada de diciembre. Previamente, García Benito tuvo dos grandes satisfacciones: la pensión vitalicia que espontáneamente acordó concederle la revista *Vogue*, y gracias a la cual vivía, y la moción de reconocimiento a su alta labor cultural votada no ha mucho por el Congreso de los Estados Unidos. En España fuimos más parcos; apenas le facilitamos, ya extinto, un par de metros en la tierra que le vio nacer para sepultar sus restos.

El magnetismo de Félix Rodríguez de la Fuente

1983

De Félix Rodríguez de la Fuente solían decir sus detractores que los documentales carecían de credibilidad porque operaba con animales domesticados. Y se quedaban tan frescos, como si el hecho de domesticar a una manada de lobos o a un águila imperial fuera una tarea sencilla, al alcance de cualquiera. Por otra parte, yo, que pasé junto a él unos días en su cuartel de Pelegrina, en la provincia de Guadalajara, puedo dar fe de la gratuidad de dichas afirmaciones. Félix había montado allí, al aire libre, en una garganta umbría, sobre cuyos riscos volaban los buitres, un zoo en miniatura: lobos, águilas, búhos, grajas, halcones, picazas; pero estos animales, lejos de estar amaestrados, mostraban su esquivez en cuanto alguien se aproximaba a ellos. Quiero decir que los animales del doctor conservaban su vena selvática, lo único que ocurría es que Félix tenía sobre ellos una ascendencia, se les imponía. Esta autoridad, que con cierta frivolidad se atribuye genéricamente al hombre en el seno de la creación, era un hecho en él: Rodríguez de la Fuente era el mamífero dominante en aquel pequeño mundo; era su rey.

Con ocasión de su muerte, escribí sobre su difícil, por no decir imposible, sustitución, y el tiempo ha venido a darme la razón. Pero al decir esto yo no me refería tanto a sus conocimientos de la fauna como a su manera de exponer los temas, a esa suerte de magnetismo que emanaba de su persona. Félix tenía fe en su palabra pero además sabía comunicarla y es indudable que nadie convence tanto a un auditorio como aquel que se cree lo que está diciendo. Y el doctor se creía cuanto decía, incluso cuando afirmaba que el lobo no era un animal sanguinario. Luego, su voz apasionada, notoriamente enfática, nos envolvía, predisponiéndonos a aceptar desde las inflexiones iniciales la totalidad de su discurso.

Esta fuerza atractiva de Félix se evidenciaba también en el campamento al que más arriba he aludido. Y no es que el doctor hubiera desbravado uno a uno a aquellos animales, de por sí indóciles y muchos de ellos agresivos, sino que en su presencia ellos se empequeñecían, aceptaban su autoridad, capitulaban. De esto a afirmar que podía hacer con ellos lo que le diera la gana media un abismo.

Sobre este particular guardo dos sabrosas anécdotas de aquella visita que revelan la influencia de Félix sobre sus irracionales colaboradores. La primera de ellas se refiere precisamente al lobo, a la camada de cuatro lobos que le trajo mi hijo Miguel de la Cabrera (León) y que vivía en holgada cautividad, tras una alambrada, en el fondo del campamento. En su afán de mostrarme todo, de que apreciara la fuerza, la gracia natural de aquél su pequeño mundo, Félix me preguntó si me apetecería ver correr a los lobos en libertad. Aunque con cierto recelo le respondí que sí y, mientras mi hijo, él y yo nos escalonábamos en la ladera de abajo arriba, su camino habitual, un ayudante les dio suelta en tanto otro, desde la línea más alta del cordal, les anunciaba con un cuerno de caza la hora del almuerzo. Los bichos salieron desalados, en fila india, hacia la pequeña silueta que se dibujaba a contraluz en lo alto de la colina, alocados, ajenos al entorno, sin reparar en nuestra presencia. Pero súbitamente, el último, quizá menos hambriento o debido tal vez a que es cierto ese dicho de que el miedo del hombre atrae a los animales, se detuvo, miró a un lado y a otro, y desdeñando el sonido del cuerno, se vino directamente hacia mí. No es necesario decir que aquella mirada amarilla, relampagueante, que se cruzó con la mía, no me apaciguó en absoluto. Y, a medida que el animal se aproximaba, mi alarma iba creciendo, hasta el extremo de que, como esos niños asustados que en la alta noche recurren a su madre para ahuyentar a los fantasmas, yo apelé al doctor, y sin mover un músculo de la cara, sin abrir apenas los labios, le silabeé:

—Félix, ¿qué hago?

—¡Quieto! —ordenó él, contundente.

Y allí me quedé, tieso como una estatua, inmóvil, hasta que el lobo, con las orejas erguidas, empezó a olisquearme los tobillos, luego las corvas, las rodillas, acompañando su quehacer de unos resoplidos inquietantes. Su exploración era tan concienzuda, tan obstinada, que nuevamente recurrí al doctor, pero sugiriéndole la posibilidad de tomar la iniciativa:

—Félix, ¿le pego una patada?

—¡Quieto! —ordenó perentoriamente el doctor, pero como quiera que el lobo retornaba a husmear mis tobillos con el evidente propósito de resolver de una vez por todas si yo era o no comestible, inquirí con un punto de zozobra en mi voz apenas modulada:

—Pero quieto, ¿hasta cuándo?

Justo en ese momento volvió a sonar el cuerno, el animal levantó la cabeza, miró un instante a Félix, volvió grupas y se lanzó ladera arriba desdeñando el bocado de mi canilla, como si yo nunca hubiese existido.

La tarde de ese mismo día, Félix nos llevó a ver volar el águila imperial a unos kilómetros del campamento, allí donde la angostura del desfiladero se trocaba en un valle apacible. El doctor se apeó del todoterreno con el hermoso pájaro en el antebrazo, como los viejos cetreros, y allí, entre las carrascas, lo liberó del capirote. El bicho oteó en derredor calmosamente, todavía deslumbrado y, al cabo, se lanzó al espacio, alejándose de nosotros con solemne aleteo. Todos contemplábamos fascinados su vuelo fácil, eficaz, la armoniosa espiral que iba describiendo sobre nuestras cabezas. Sus movimientos eran raudos, majestuosos, y en contados minutos se remontó tanto que, en contraste con el azul del cielo, el enorme pájaro no hacía más bulto que un gorrión. Así permaneció largo rato girando, describiendo grandes círculos, sin que nada lo alterase, hasta que de pronto, sin motivo aparente —¿alguna presa invisible desde abajo?— se fue desplazando hacia el cordal, rebasó la cima y desapareció de nuestra vista. No quise mostrar abiertamente mi inquietud, por lo que le dije en tono de broma:

—Me temo que te vas a quedar sin águila imperial como yo me quedé sin abuela.

Él se reía confiado:

—Volverá, no te preocupes. Igual que se ha ido, volverá.

Mas el tiempo pasaba y el águila no reaparecía. Todos clavábamos los ojos en las cumbres del cordal hasta que el sol se puso y el color del cielo fue pasando del azul al rojo hiriente para entonarse, al fin, tenuemente en un rosa amarillento. Amagaba el lubricán. Hacía hora y media de la deserción del pájaro y el doctor no disimulaba ya su nerviosismo:

—No lo comprendo. Nunca me pasó una cosa así.

—¿Y no se puede hacer nada?

—Nada. Esperar.

Minutos más tarde, contra el suave resplandor del crepúsculo, sobre las crestas negras de la cordillera, surgió un punto oscuro que fue desplazándose pausadamente en círculos, buscando poco a poco la vertical sobre el grupo:

—Ahí está —voceó Félix con entusiasmo, mientras uno de sus ayudantes lanzaba reiteradamente al aire un señuelo de cuero y madera.

El pájaro sobrevolaba el valle con un aleteo imperceptible, como si fuese la brisa quien lo arrastrara. Y, súbitamente, picó, entró en barrena. Adelantó la cabeza, estiró el cuello, frunció las alas hacia atrás y descendió en vertical a una velocidad vertiginosa. La entrada en picado del águila, su frenazo de última hora y la subsiguiente toma de tierra, constituyó un espectáculo. En medio de un gran silencio, entre dos luces, el doctor se dirigió hacia ella

hablándole en un lenguaje melifluo e ininteligible, tratando de dominar con la palabra su desconfiada selvatiquez, hasta que, finalmente, la rapaz, apaciguada, admitió la cuculla en su soberbia cabeza.

En estos días en que se cumplen años de la muerte del gran divulgador he recordado a menudo los pormenores de aquella visita y he concluido que el secreto del éxito de Rodríguez de la Fuente no radicaba tanto en sus conocimientos y su oratoria, tan persuasiva, como en una suerte de magnetismo que irradiaba de su persona y que afectaba lo mismo a los animales de su pequeño zoo de Pelegrina que a los millares de admiradores que seguían semanalmente sus programas a través de la pantalla del televisor.

Luis Maté, un hombre de teatro

1983

La semana pasada falleció en Valladolid el autor y director teatral Luis Maté. Acabó de morir, porque Maté, con la salud muy quebrantada, era un hombre que desde hace años se nos iba muriendo un poco cada día. Únicamente su optimismo y su recto sentido del deber le inducían a hacer vida de hombre normal cuando ya él, desgraciadamente, estaba lejos de serlo. Hace unos meses, con ocasión de una de sus recaídas, lo visité en el Hospital Clínico y, desde la ventana de su habitación, me señalaba con el dedo los rótulos luminosos de las funerarias de la acera de enfrente y soltaba su risotada ancha, caudalosa, resonante —la carcajada fácil de Luis Maté— y me decía: «¿Has visto? ¡Qué impaciencia, hombre! ¡Que esperen un poco!». Y tornaba a reír con su carcajada contagiosa, como si quisiera poner entre paréntesis —los paréntesis de sus risotadas— su macabro comentario y ahuyentar así la idea de la muerte.

A Luis Maté lo conocí apenas llegado a Valladolid, procedente de Jaén, como oficial de secretaría de la Escuela de Comercio. Yo hacía entonces en ella de profesor ayudante gratuito y, poco tiempo después, gané una cátedra, lo que quiere decir que Luis Maté y yo hemos sido, en cierto modo, dos vidas paralelas, dos vidas que se sostenían con el pan ganado por las mañanas en el mismo centro docente, para poder permitirse el lujo de emborronar cuartillas por las tardes. Pero, al propio tiempo, nuestra coincidencia en un mismo centro facilitaba un contacto, aunque fuera breve, casi diario, lo que equivale a decir que Luis Maté no sólo era un amigo, sino un amigo frecuentado, el amigo nuestro de cada día, y ya es sabido en qué medida aumenta la tribulación de los que quedan el hecho de que el que se va, además de amigo, constituyera una costumbre. El rostro ancho, bondadoso, maleable, de Luis Maté, con las gafas de concha sobre la frente y el sempiterno puro apagado entre los labios, es una imagen entrañable que difícilmente podrá borrarse de mi memoria.

Luis Maté hizo una cosa que hoy día tampoco es habitual, pero que en los años 40, cuando él la hizo, suponía más o menos poner una pica en Flandes: estrenar su primera comedia sin moverse de Valladolid, siendo así que, por

aquellas fechas, la conquista previa de Madrid y de sus resortes escénicos parecía casi inexcusable. A partir de entonces, Maté, metido de lleno en el mundo del teatro, estrenó una y otra vez, en ocasiones con éxito, en otras, con menos, sin que ni en el primer caso le ganara la jactancia, ni, en el segundo, el desánimo. Luis Maté no vivía del teatro, pero vivía para el teatro. A él dedicó sus ilusiones y fervores.

En aquellos años yo recuerdo la entusiasta acogida que tuvieron, aquí y en Sudamérica, dos comedias suyas tituladas *Familia honorable no encuentra piso* y *Los maridos engañan después del fútbol*: pisos y fútbol constituían el pan y toros de aquellos tiempos difíciles, cosas muy serias, en suma, que Maté tuvo la osadía de tomar a broma, consiguiendo, no ya que el público se acalorara, sino al contrario, que desarrugase el ceño y se riese de sus propias dificultades. El teatro de Maté era un teatro proclive al disparate, cuya comicidad brotaba no tanto de los diálogos como de las situaciones. Jardiel Poncela era su inspirador y Maté no lo negaba. Al contrario, se vanagloriaba de ello. Luis era generoso y agradecido y negar la paternidad de Jardiel le hubiera parecido una mezquindad imperdonable. Luis Maté enarboló el estandarte de Jardiel cuando Jardiel se moría de asco en Madrid, abandonado de todos, asfixiado por la incomprensión y el desdén. Hoy, sin embargo, pocos dejan de reconocer que en el teatro de Jardiel, como en el de Mihura (y en el de Luis Maté, por lo tanto), estaba ya en germen ese desquiciado y paradójico teatro del absurdo que pocos años después se adueñaría de los escenarios europeos.

Últimamente, Luis Maté, minado por la enfermedad y agobiado por las desgracias familiares, apenas escribía para el teatro, pero el teatro seguía dentro de él —soñaba, proyectaba— e iba dando forma a sus recuerdos —divertidísimos algunos, siempre sabrosos— en unos artículos breves, con muchos protagonistas, y cuyas notas a pie de página anotaba con números romanos.

Ahora Luis Maté se nos ha muerto. Recibo la triste noticia en el campo, lejos, cuando ya el cuerpo de Luis ha sido enterrado. Es un dolor acumulado, un dolor de cuarenta años, el que se me viene encima. Pero a la hora de compartirlo apenas encuentro con quién. Salvo sus amigos —numerosos e incondicionales, pero alejados circunstancialmente de mí—, Luis Maté estaba solo. Soltero recalcitrante, hacía tiempo que perdió su techo: su madre, sus tíos, su familia toda. Era tremenda, pero digna, la soledad de Luis Maté. Tan solitario estaba, que, por vez primera en mi vida, me encuentro en una

situación patética: desear compartir mi dolor y no encontrar con quién; tener que erigirme en destinatario de mi propio pésame.

Garrigues, el maestro

1984

La noticia de la muerte del insigne mercantilista Joaquín Garrigues me dejó en su día tan aturdido y desamparado que me faltó aliento para dedicarle unas líneas de despedida. Tampoco necesitaba don Joaquín mi necrológica, ni apologías de ninguna clase, ya que estos hombres esenciales no se van nunca; pierden, sí, su envoltura carnal, pero su huella permanece, no sólo en su obra, sino en los caminos que desbrozaron a la ciencia con sus teorías y sus lúcidos puntos de vista.

Hoy, sin embargo, transcurrido un tiempo razonable, me place recordar el doble magisterio que sobre mí ejerció don Joaquín, el primero, por supuesto, enseñándome Derecho Mercantil —conocimientos que yo precisaba para una oposición a cátedras—, y el segundo, absolutamente sorprendente, despertando en mí el gusto por la palabra, revelándome ese mágico juego que consiste en atrapar una idea y fijarla en el papel mediante cuatro vocablos precisos. A algunos escritores de mi tiempo esta fascinación se la produjo Ortega, pero yo entonces —veinte a veinticinco años— todavía no conocía a Ortega y aun cuando, posteriormente, se repitió esta emoción ante algunos ensayos del maestro, la primacía se la debo a don Joaquín —muy orteguiano, por cierto—, con la particularidad de que si don José nos seducía ya con el enunciado del tema a desarrollar, don Joaquín me la despertó a base de desvelarme materias tan desangeladas y prosaicas como el fletamento y la avería gruesa, evidentemente demasiado áridas como para encandilar estéticamente a un aprendiz de escritor.

Hay quien dice que yo he dicho que don Joaquín Garrigues me enseñó a escribir, pero, en rigor, no es eso lo que dije; es más que eso: Garrigues despertó mi interés por la palabra escrita, logró seducirme con sus múltiples combinaciones y, en consecuencia, me ganó para un mundo, el de las letras, en el que yo nunca había soñado entrar. Hasta aquel momento yo había leído libros atraído por *lo que* decían, nunca por *cómo* lo decían, esto es, por el vehículo expositivo. Después de conectar con el *Curso de Derecho Mercantil*, mi actitud cambió y la forma de decir llegó a apasionarme tanto como el mensaje que contenía.

Alguno imaginará, al leer lo escrito, que don Joaquín era un preciosista, un campeón del barroco, un pirotécnico de la palabra, cuando, en realidad, era todo lo contrario. Su prosa era sencilla, directa, casi ascética. Garrigues era castellano en el decir: llano y desnudo. Pero ¡qué admirablemente exacto! ¡Qué adjetivación inesperada la suya! Esta prosa precisa, desvestida, sin galas, es lo primero que me cautivó de él. Poco tiempo después, casi simultáneamente, descubría esta misma habilidad en Pla, en el Pla castellano —otro escritor muy de mi gusto—, pero había entre ambos una diferencia notable: mientras Garrigues perfilaba un sustantivo con el adjetivo adecuado, Pla, más mediterráneo pero sin ser tampoco ni de lejos un escritor barroco, bombardeaba ese sustantivo con tres o cuatro adjetivos de gran potencia hasta hacerle decir lo que pretendía.

Pero dentro de su ascetismo —a tono con su figura— Garrigues, en el momento oportuno, hacía la pirueta, sabía sacarse una metáfora de la manga, una metáfora rutilante, divertida, como cuando, para demostrar la responsabilidad derivada de una letra de cambio, afirmaba que todo firmante de ella era su esclavo, o como, al comentar la incompleta definición que daba del buque nuestro viejo Código de Comercio, dejaba caer que, de acuerdo con este concepto, todo lo que flotaba, desde la boya al hidroavión, era un buque.

Pocos años después de dominar el *Curso*, conocí a su autor. Don Joaquín presidió el tribunal que me concedió la cátedra a mediados de los 40 y a partir de entonces nos hicimos amigos y descubrí que el Garrigues hombre rimaba a la perfección con el Garrigues jurista. Alto, delgado, de pocas palabras, tampoco era don Joaquín lo que se dice un hombre expresivo. Había algo en él —quizá la media voz, la parvedad de ademanes, su taciturnidad— que dejaba traslucir, a la par que timidez, desconfianza hacia el embolismo, la mezcolanza y la locuacidad. En vida y obra, Garrigues aspiraba a la claridad. No era hombre que se proyectase, sino un hombre hacia adentro, con luz interior.

Nuestra amistad, basada en coincidendas fundamentales, fue una amistad sincera, pero a distancia; una distancia exclusivamente física —yo vivía en Valladolid—, no cordial. De ahí que en los momentos duros lo tuve a mi lado. Luego espaciábamos nuestros encuentros durante años y, de cuando en cuando, nos carteábamos. Es curioso, pero entre Garrigues y yo siempre hubo como un malentendido (ese afán de ceder la puerta al otro, propio de los tímidos); ambos nos considerábamos en deuda respecto del otro; yo, hacia su doble magisterio; él, hacia mis manifestaciones públicas en ese sentido. De

ahí que con frecuencia su gratitud postal se cruzara con mi gratitud postal, sin que ninguno de los dos nos moviéramos de donde estábamos.

Ya octogenario, don Joaquín nos invitó a mis hijos y a mí a cazar en su finca La Pellejera, en Brunete, a pocos kilómetros de Madrid. Allí, en el campo, descubrí otra faceta de Garrigues que me faltaba: el Garrigues campero, identificado con la Naturaleza, que es tanto como decir el Garrigues auténtico. Jinete en fino alazán, sobre un paisaje con fondo velazqueño, el maestro nos recibió con su sincera y comedida cordialidad. Y, enseguida, nos lanzamos al campo. También él, como yo, cazaba perdices en mano por gusto, por una resistencia visceral a echar mano de asalariados que se las ojeasen, por crear su propia suerte, que es, en el fondo, la aspiración de todo cazador que se precie. A mí me emocionaba —como un día me ocurriera con mi padre— ver caminar a mi vera a un juvenil octogenario que, a trancos firmes y largos, devoraba una topografía variopinta. Ese día, mi identificación con el maestro se hizo total. Le aplaudí de lejos, con entusiasmo, una perdiz derribada con pulso sensible, y él, azorado, sonreía denegando, mirándose las puntas de las botas. Luego, nos reunimos con la familia a almorzar y, al concluir, como si presumiese que era aquélla la última vez que nos veríamos, me entregó una fotografía suya, a caballo, generosamente dedicada, y me rogó que la conservase. Me conmovió. Don Joaquín Garrigues, como todos los hombres grandes, se vanagloriaba de sus proezas pequeñas —montar un bravo caballo, cortar una perdiz sirgada— y parecía menospreciar aquellas cosas que como su pluma o la ciencia del Derecho le habían dado un puesto cimero en el mundo y, con él, la inmortalidad.

Guillén en su sitio

1984

Junto a la admiración y el cariño, han sido razones de paisanaje las que me han movido a pergeñar estas líneas sobre las raíces vallisoletanas de Jorge Guillén, no ya para reivindicar su persona y su obra, hoy universales, sino para demostrar que ni una ni otra estuvieron nunca desligadas de su origen. Jorge Guillén era y se sentía entrañablemente castellano. Precisamente yo le conocí, hacia el año 1950, en una de sus efímeras visitas a España, en la redacción de *El Norte de Castilla*, periódico al que ambos, por diferentes razones, estábamos vinculados.

Desde el primer momento, a pesar de estar ya cerca de los sesenta años, el poeta me produjo una impresión de vitalidad. Con su presencia, aquella redacción caduca, muy fin de siglo, pareció llenarse de luz. No olvido la actitud de Guillén aquella tarde: sus ojos atentos, la cabeza levemente ladeada, y, sobre todo, su sonrisa. La sonrisa de Jorge (que ha heredado su hija Teresa) no era una sonrisa condicionada, convencional o complaciente, sino una sonrisa abierta, generosa, total. Esa expresión, que era la expresión natural de Jorge, era, a la vez, la expresión natural de su alegría de vivir. Pero Guillén, en contra de lo que suele ocurrir con los hombres eminentes cuando ganan altura, no se desinteresaba de lo que venía detrás. Recuerdo que en aquella su primera visita, después de haber conversado más de dos horas, me dijo inesperadamente:

—¿Le importa que nos hagan una fotografía juntos?

—Al contrario, Jorge, me honra mucho —contesté yo.

Él se puso en pie:

—¿Qué le parece Garay?

Garay era ese fotógrafo de bodas, bautizos y primeras comuniones que existía entonces en la calle principal de todas las capitales de provincia. Y en su estudio, con el teloncillo gris que nos puso por fondo el artista, nos inmortalizamos juntos, por vez primera, Jorge Guillén y yo.

Este encuentro fue el inicio de una amistad prolongada, a la que sólo la muerte puso fin. Una amistad epistolar en buena parte, que se materializaba cada vez que Guillén venía a Valladolid. *El Norte de Castilla* era el vínculo

que le unía a su ciudad natal; vínculo que echaba de menos y reclamaba tan pronto cambiaba de residencia aunque fuese por unos días. «No sean ustedes roñosos y mándenme el periódico por avión…», escribía.

Transcurrido un tiempo, Guillén nos hacía otra visita. Aunque procediera de Harvard o de Cambridge, después de tantos periódicos consumidos, llegaba lleno de Valladolid:

—Oiga usted, este Umbral, ¿dice usted que ha nacido en Valladolid?

—Nacer, nacer, creo que ha nacido en Madrid, pero aquí le salieron los dientes.

—¡Qué gran talento! ¿No le parece a usted? ¡Qué cosas dice y qué bien las dice!

Hablábamos y hablábamos siempre de Valladolid, de sus escritores, de su política, de sus cosas. Al marchar de nuevo, nuestra correspondencia ya tenía otros temas, que iban aumentando conforme se incorporaban a *El Norte* nuevos redactores y colaboradores. «¿Quién es Fulano?». «¿Quién es Mengano?». Su curiosidad no se saciaba nunca. Recuerdo que, a finales de los años cincuenta y principio de los sesenta, cuando coincidieron en el periódico Umbral, Jiménez Lozano, Martín Descalzo, Leguineche, Alonso de los Ríos, Pastor, Tomé, Altés, Campoy, Pérez Pellón, etcétera, y creamos aquellas páginas tan vivaces y combativas como «Ancha es Castilla» y «El Caballo de Troya, —el entusiasmo pinciano de Jorge se desbordó—: ¡Qué gran periódico! No creo que hoy haya otro más interesante en España».

Hace un tiempo, con ocasión del homenaje que le dedicó el Ayuntamiento de Valladolid, un grupo de poetas amigos discurrió, a lo largo de una larga sesión, sobre la presencia de Valladolid en la poesía de Jorge. Fue una reunión interesante que dejó bien probado, al tiempo que el fervor guilleniano de la concurrencia, el vallisoletanismo del poeta. Pero creo recordar que entonces la presencia de Valladolid en Guillén, según sus exegetas, apenas rebasó el contenido de sus poemas: el aire transparente del páramo, la llanura, las colinas, los castillos, el Campo Grande… Casi no se aludió a la forma, a la palabra en sí misma, a su disposición en el verso.

Con frecuencia, los extranjeros atribuyen a Valladolid el uso del castellano más puro. Ignoro si esto será cierto, pero sí lo es, sobre todo en su vieja población rural, que Valladolid es provincia de pocas palabras; de palabra escueta y precisa. Y a mí, vallisoletano de arraigo, lo primero que me llamó la atención en la poesía de Guillén fue, con la economía de elementos, su precisión. El Guillén conversador, locuaz, extravertido, se reprimía a la hora de la creación. Seleccionaba de tal modo las palabras, que cada una de

ellas era un mundo expresivo. Guillén extraía de un vocablo aislado —un verso—, presionado por signos de puntuación, sorprendentes efectos. ¡Ah, el valor de la palabra en la poesía de Guillén! Pues bien, esta exigencia del poeta consigo mismo, esta aspiración a resumir en pocas palabras una idea, se me antoja muy castellana. La primera lectura de *Cántico* me fascinó por su reportación rigurosa. Saltaba a la vista una rotunda diferencia, pongo por caso, entre la poesía sonora, amueblada, acumulativa de Neruda, y la tersa, contenida, ascética de Guillén (la diferencia que va de la topografía frondosa del sur de Chile a la aridez de Castilla). En aquellos poemas de *Cántico*, sólidos y desnudos como columnas, no faltaba ni sobraba nada, ni una coma, ni un signo de admiración. Es más, los signos constituían para Guillén un complemento inexcusable de la palabra; su aderezo. Yo diría que la potenciaban, la vivificaban, puesto que la poesía de Jorge es con frecuencia interrogativa o exclamativa. Guillén aquilataba la palabra hasta tal punto que bastaría un vocablo inadecuado para que todo el poema descarrilase. Fue leyendo *Cántico* cuando me di cuenta de que yo nunca llegaría a ser poeta; de que me faltaba el rigor preciso para quedarme con las palabras esenciales, desdeñando el resto. En punto al idioma y a su manejo yo era, pues, menos castellano que Jorge; estaba a cien leguas de él. De ahí que insista en que Valladolid vivió siempre en la persona y en la obra del poeta (y dentro de ésta, en el fondo y en la forma). Ese Valladolid al que expresamente cita en el primer verso del poema que tuvo la generosidad de dedicarme en su libro *Final*:

> *El Imperio Romano llegó a Valladolid*
> *de cepa tan antigua, procede nuestra vid.*

Un libro de Cossío

1989

El Norte de Castilla ha dedicado un homenaje a su antiguo director Francisco de Cossío con motivo del centenario de su nacimiento, recogiendo en un libro una serie de artículos publicados por él en aquel periódico entre los años 1915 y 1945. La selección, muy compleja debido al número y calidad de los trabajos, ha sido llevada a cabo, con rigor y sensibilidad, por Antonio Corral, sobrino y discípulo del escritor, al que recuerda no sólo por la limpieza de su estilo, sino por la suave melancolía de sus glosas.

La historia de la cultura española de los dos primeros tercios del siglo XX tendrá que contar inevitablemente con los Cossío como piezas fundamentales. De variados talentos, la cepa de los Cossío dejó su huella en diversas manifestaciones artísticas. José María, ensayista, crítico, académico, es autor de esa magna enciclopedia, *Los toros*, que hoy pone al día su sobrino Francisco. Mariano, catedrático y pintor de calidad, se instaló en Tenerife porque, según él, después de perderse Cuba y Filipinas, no existía un rincón más amable y apartado de Madrid para refugiarse; y, finalmente, nuestro inefable don Paco, dramaturgo, narrador y articulista, autor de libros importantes, de diverso género, como *Elvira Coloma, Manolo* y *Confesiones*, cuya vida discurrió ordinariamente entre Madrid y Valladolid. La facundia, cualidad común a los hermanos, hizo imprecisa la referencia al apellido, ya que si alguien preguntaba: «¿Sabes lo último de Cossío?, —la respuesta, pronta y obligada, era—: ¿De cuál de los tres?», supuesto que la ocurrencia, el golpe de ingenio, podía esperarse indistintamente de cualquiera de ellos. Pero mientras José María y Mariano realizaron una obra unitaria, metódica y ordenada, Francisco fue más disperso, picoteó aquí y allá, aunque en todas partes dejó pruebas de su talento. Francisco escribió poesía, teatro, novela, ensayo, pero sobre todas las cosas ejerció el oficio de periodista. Antonio Corral lo califica de «testigo de su época» y esto es lo que Cossío fue, un testigo excepcional, un magistral observador de la política y de las costumbres de su tiempo. Su opinión sobre los periódicos era contradictoria, ya que si, por un lado, los consideraba «unas hojas volanderas», por otro, estaba persuadido de que sería en las hemerotecas donde los investigadores

del futuro buscarían no sólo el proceso de los hechos, «sino la historia fluida de los sentimientos, de las ideas poéticas…, de los móviles que provocaron la risa y el llanto, que es, en suma, el espíritu de su tiempo». Él apreció ese espíritu como nadie y, gracias al libro que hoy tenemos entre manos, comprendemos que todo tiempo tiene su aroma y su sabor.

¿Cuántos artículos escribiría Cossío? ¿Diez, quince, veinte mil? ¿Y qué importancia tiene eso? Es más justo intentar medirle por la variedad de los temas y la lucidez con que los expuso. Para Cossío, no había frontera entre el trabajo y el ocio. La vida era la palabra, y la expresión de esa vida, la divagación. Y Cossío divagaba en el periódico, en la calle, en el café. Tenía fama de articulista, pero no le iba en zaga la de conversador. Paco Cossío era un contertulio eminente. En el Bar Chicote y en el Círculo de Recreo, de Valladolid, se le esperaba cada día con impaciencia y, en sus ausencias, se echaba en falta su comentario agudo, ameno, de gran fabulador. Para Cossío, el arte literario consistía en poner juntos dos vocablos que no lo hubieran estado nunca, de ahí su preocupación por el adjetivo, la misma que desazonaba a su contemporáneo y amigo José Pla. En sus últimos años tenía a gala afirmar que él no iba a morirse nunca, pero, a buen seguro, de haber sobrevivido hasta nuestros días, la aridez de nuestra época, sin tertulias ni pausas para la comunicación, le hubiera matado de aburrimiento. ¡Inolvidable don Paco!

Yo lo recuerdo hace cuarenta años, en la vieja redacción de *El Norte de Castilla*, en la esquina de la gran mesa común, bajo la pantalla también común, informándose de las noticias del día. Durante unos minutos quedaba en silencio, expectante, la mirada perdida, «pensando el tema», como Ortega aconsejaba. Al cabo, sacaba del bolsillo interior de la americana una estilográfica, apilaba un montón de cuartillas de mal papel de periódico y comenzaba a escribir de corrido, con una letra tendida, generosa, especialmente estimada por los linotipistas. Ni el tecleo de los teletipos, ni el de las máquinas de escribir, ni las conversaciones de los redactores sacaban a Cossío de su ensimismamiento. Aquellos rumores constituían la música de fondo que necesitaba para concentrarse. Las ideas fluían de su cabeza al tiempo que la tinta sobre el papel. El esquema de su artículo, fijado en su cerebro, iba encontrando el cauce previsto para su desarrollo. Y, al concluir, levantaba sus ojos un poco cansados, sonreía, golpeaba de canto las cuartillas escritas para igualarlas, tocaba el timbre y se las entregaba al ordenanza sin leerlas:

—A dos columnas, en tercera plana.

Cossío había rematado su artículo en un cuarto de hora, no sólo sin una tachadura, sino sin una vacilación. Y, en un más difícil todavía, lo entregaba a las linotipias sin repasarlo. A la mañana siguiente, leíamos su glosa en el periódico: perspicaz, brillante, equilibrada. Ni un roce, ni una coma fuera de sitio, ni una reiteración. Impecable. Sólo he visto hacer después una cosa igual a otro maestro del periodismo moderno: Francisco Umbral. Los grandes articulistas filtran sus pensamientos al tiempo de redactarlos. Diríase que, para ellos, releerse es una suerte de narcisismo, una falta de educación; algo así como el charlatán que se deleitara escuchando sus propias palabras cuando conversa con sus amigos.

Reconocimiento de un escritor

1989

En poco más de un mes, José Jiménez Lozano ha sido distinguido con dos premios importantes, el de las Letras de Castilla y León y el de la Crítica, el primero por el conjunto de su obra y el segundo por un libro de relatos muy concreto, *El grano de maíz rojo*, en el que ahonda en el problema de la fe en un mundo secularizado o en conflicto con la debilidad humana. En una palabra: aunque tarde, las literaturas de Jiménez Lozano han alcanzado un reconocimiento general, su nombre ha pasado a figurar entre los de los autores que cuentan en las letras españolas, por más que en estos asuntos de la calidad literaria tampoco creo que el tiempo signifique gran cosa. Nunca es tarde si la dicha es buena, dice la voz popular. En cualquier caso, entrar en el mundo intelectual de Jiménez Lozano, y asumirlo, no es problema de un día, no ya por la dificultad de su expresión, que no existe, sino por la complejidad y riqueza de sus contenidos.

Jiménez Lozano se me presentó una mañana en *El Norte de Castilla* hace la friolera de treinta años. Traía un aire candoroso, presta la risa, una voz levemente chillona y una cabeza formidablemente equipada (de lecturas y de ideas). Se integró así en un grupo inquieto, increíblemente joven, que, por azares del destino, yo capitaneaba, y del que formaban parte varios muchachos que luego han dado buen juego en nuestras letras. Había ya en el grupo, aparte deseos de hacer cosas, buenas plumas y atractivos ideales, pero yo diría que Lozano insufló al equipo un rigor intelectual y, frecuentador de Julien Green, Péguy, Bernanos o Simone Weil, una cierta disconformidad con el catolicismo imperante, que desembocaría, años más tarde, en el pontificado de Juan XXIII, con cuyo *aggiornamento* y apertura se identificaría Pepe plenamente. Lozano llevaba entonces una sección semanal, titulada «Ciudad de Dios», en la última columna del periódico, que desde un principio se hizo con muchos adeptos. En el seno del catolicismo mate de aquel momento histórico, el nuevo sentido de las cosas que Pepe aportaba removió las conciencias ciudadanas, provocó pequeños escándalos fariseos. Poco tiempo después escribió su primer libro, *Cartas de un cristiano impaciente*, que yo tuve el honor de prologar. Nunca me ha gustado esta actividad de prologuista,

pero en aquel momento, movido por la personalidad de Pepe Lozano, lo hice con entusiasmo. De aquel prólogo apenas recuerdo dos notas reveladoras de la personalidad del escritor: la primera, relativa a su ensimismamiento de sabio distraído, que le llevó un día a depositar su pipa en un buzón de Correos mientras trataba de fumarse la carta que portaba en la mano, y, la segunda, a la certera afirmación de don Dictinio Belloso, inspector de Aduanas, jubilado entonces, de que a Jiménez Lozano lo leía «todo aquel que tratara de buscar algo». La propensión al arrobamiento y su capacidad de captación eran ya dos de sus características fundamentales en los últimos años de la década de los cincuenta, antes de que nuestro autor, doblemente galardonado hoy, alcanzara los treinta años.

De entonces acá, Jiménez Lozano ha ido cumpliendo inexorablemente su destino, realizándose, como se dice en el lenguaje actual. Con la particularidad, propia de los grandes maestros, de que, al tiempo que se realizaba a sí mismo, nos realizaba a nosotros, sus lectores. Tanto daba que Lozano escribiese novela o ensayo, su calado intelectual hacía inevitablemente de sus libros obras de pensamiento, motivos de reflexión. ¿Quién no ha leído con análogo provecho sus ensayos *Los cementerios civiles* o *Guía espiritual de Castilla* y sus relatos *Duelo en la casa grande* o *El grano de maíz rojo*? En ningún caso la envoltura formal, la galanura literaria, bastaba para ocultar aquel «algo» que don Dictinio Belloso buscaba hace siete lustros en los escritos de Jiménez Lozano, una orientación o un reproche. Libro a libro, Jiménez Lozano ha ido sajando nuestra podredumbre, formulándonos y formulándose preguntas, convirtiéndose, al tiempo que se definía como hombre de fe no excluyente, en uno de los pensadores más lúcidos del actual momento español. Amante de la verdad, detractor de la sociedad de consumo, independiente de toda organización y cualquier tipo de oficialismo, enamorado de lo pequeño, de lo aparentemente inane, el franciscanismo de Jiménez Lozano le ha llevado a veces a conclusiones discutibles, con cuya refutación yo me divertía, como la de enaltecer la humildad del gorrión (el pájaro más golfo y glotón de nuestra naturaleza) o la de regatear belleza al estilo de Proust por «excesivamente brillante» (para Jiménez Lozano existe una diferencia entre «belleza» y «hermosura», que él explica con mucho donaire y agudeza).

Hoy, en la última década del siglo, José Jiménez Lozano, sus escritos siguen interesando a todo aquel que no base su vida en certezas absolutas. Lozano es una cabeza que piensa y ayuda a pensar, una cabeza enriquecida día a día por lecturas y experiencias, por largas pausas de reflexión en sus

pinares de Alcazarén. Y del joven que era, del hombre pequeño de la sonrisa y la cartera grandes que se presentó hace treinta años en el periódico, ¿qué nos queda a sus amigos de ayer y de hoy? Afortunadamente todo un rastro humano de integridad, desprendimiento y libertad; un sagaz intérprete de nuestra historia y nuestra cultura; un ardiente defensor del débil y el desheredado. Y junto a ello, esos viejos hábitos del ser de carne y hueso en el que su espíritu se apoya: su predilección por el tabaco negro picado, la sopa y la Pepsi-Cola. Eso sí, con la madurez, Jiménez Lozano ha adoptado inocentes coqueterías de intelectual (la gorra rusa, la bufanda roja, larga hasta las corvas, el cordoncillo uniendo las patillas de sus gafas), pequeñas frivolidades que no impiden que, en su ensimismamiento, aún siga siendo capaz de depositar su pipa en el buzón, mientras se lleva a los labios, con fruición, dispuesto a fumársela, la carta urgente que porta en la mano.

Nacho, el mago

1989

A la memoria de mi joven amigo
Ignacio Martín Baró, asesinado en El Salvador

Hace ya cinco o seis lustros, cada vez que se aproximaba la fecha de cumpleaños de uno de nuestros hijos —muy numerosos y de muy corta edad entonces—, mi mujer llamaba por teléfono a casa de Paco Martín Abril. Hablaba con él o con Alicia, su mujer, y les preguntaba si su hijo Ignacio tendría compromiso para ese día. Ignacio, Nacho, nunca tenía compromiso o, si lo tenía, arreglaba las cosas para complacernos. Nacho era así, desprendido, amable, condescendiente. Por entonces no tendría arriba de catorce años y se había ilusionado con el ilusionismo. Quería ser mago, prestidigitador, jugador de manos. Se escribía con los grandes escamoteadores de la época, compraba libros, se ejercitaba para practicar los viejos trucos.

Los niños, la tarde de su debut, acogieron a Nacho Martín Baró con entusiasmo. Su imagen de prestidigitador resultaba conmovedora. Era un adolescente corpulento y el esmoquin de su padre le quedaba demasiado estrecho y las perneras de los pantalones excesivamente largas. Poco amigo de etiquetas, Nacho llevaba torcida la corbata de lazo y por los bajos de los pantalones vueltos asomaban dos botazas embarradas con las que acababa de jugar al fútbol. Pero nada importaba nada. La maleta misteriosa que dejó un poco apartada de la mesa de operaciones redondeaba los ojos de los niños. Buen psicólogo, les hablaba durante los preparativos, con objeto de mantener vivo su entusiasmo. Pese a sus pocos años, Nacho era ya un virtuoso en los juegos con la baraja. Escamoteaba cartas, hacía aparecer en un florero la que los niños designaban, y las barajaba con la espectacular técnica del acordeón. En una palabra, Nacho, el mago, brindó unos comienzos fascinantes para los niños y los adultos, pero, tras una iniciación tan prometedora, llegaron los ejercicios complicados, en los que no pasaba de ser un aprendiz. Extrajo de la misteriosa maleta una chistera plegada, la desplegó, se apretó el lazo de la corbata y empezó a meter pañuelos abigarrados dentro de ella. Pero, antes de llevar a cabo el primer movimiento de pasapasa, empezaron a volar palomas blancas de sus bolsillos, de las bocamangas, de los pantalones vueltos y

Nacho, el mago, se reía, trataba de atraparlas, entre la algarabía de los chiquillos, mientras, consciente de que la irrupción inoportuna de las aves no había estropeado la velada, hacía brotar de sus manos cintas de colores, confetis, surtidores inagotables de serpentinas. Fue una tarde memorable, y su éxito tan grande, que el pequeño festejado me dijo cuando Nacho cerró la puerta:

—Es mejor mago que los del circo.

A lo que su hermana, sutil observadora, replicó un poco decepcionada:

—Pero no usa zapatos de mago.

Sensible, profundo, fraterno, abnegado, Nacho no abandonó nunca la carrera de mago ni se deshizo de sus botas de caminante. De renuncia en renuncia (dejó su casa, profesó en Villagarcía, marchó a El Salvador, adoptó la nacionalidad de este país, abrazó la causa de los desheredados) caminaba hacia la muerte elegida. Iba y venía:

—El país es de cien familias. El pueblo se muere de hambre.

Pero no cejaba, no perdía la fe ni la esperanza. Creía, como buen mago, en la transformación de los hombres. Confiaba. En su última visita, sus padres le sorprendieron solo, meditabundo, con la cabeza lejos de donde estaba:

—¿En qué piensas, Nacho, te ocurre algo?

Él denegaba, sonriente. No le ocurría nada. Únicamente soñaba, preparaba la gran revolución, su mejor truco de ilusionista: convertir cien halcones en palomas y, mediante este ardid, redimir a todo un pueblo. Él ignoraba que, a su regreso, le aguardaba la asechanza que terminaría con su vida y la de sus compañeros. Quiero creer que, en aquel momento desdichado, el cielo de la ciudad de San Salvador se poblaría de palomas blancas en homenaje a su gesto y a su memoria.

Paco Pino

1989

¿Por qué los escritores de Valladolid —precisamente de Valladolid— son tan proclives a la soledad, al retiro, desdeñan el protagonismo, la proyección social, quieren ser sin estar? Hay dos categorías de artistas, los que hablan de aislamiento y no se aíslan y los que se aíslan sin hablar de él. ¿A qué categoría de las dos pertenecerá Paco Pino, el hermano Francisco, recluido en su retiro pinariego, en la modestia de una casa sin mujer, sentado en su vieja butaca, la manta sobre sus muslos, sus ojos mates, gastados, fijos en el interlocutor, mientras las piernas se le enfrían (dice) como un sombrío presentimiento?

—No están frías. Paco; todavía no. ¿Por qué te empeñas en que están frías las piernas?

Tenía la sensación (dice). Las sensaciones de Paco Pino; sus contradicciones. Paco Pino se resiste a crear y crea. Aspira a ordenar estéticamente sus emociones, sin mostrarse. Prefiere ignorar que la poesía únicamente existe si hay un destinatario. Le impacienta la vida. Anhela morir pero no muere. Llama a la muerte y recusa el suicidio. Añora su fe de niño (aquellas ceremonias, aquellos cánticos, el colegio), pero le abruma su carne; le aburre. Se niega a resucitar en ella. Aspira a un cuerpo nuevo, a un rostro nuevo, a un nuevo envoltorio. Un hombre distinto en el niño que fue:

—Yo no podría resistir este cuerpo eternamente.

La poesía no está escrita (dice). No debe escribirse. La palabra no es necesaria. La poesía está ahí, sobre nosotros, entre nosotros, como el aire (dice). (¿No es necesaria la palabra siquiera para decir que no es necesaria?). La poesía nos sobrevuela, pero él alarga la mano y la coge, la adereza, la muestra como si fuera una flor. Su clarividencia. No vive bajo los pinos; se desvive en poesía, «con un ramo en la boca, un rezo, un sol…». La niebla se enreda entre las agujas de los pinos de Pino, baja la noche, pero el hermano Francisco no se altera, no da la luz: queda inmóvil, la mente aguda, la manta sobre las piernas, mirando la ventana que se apaga, sumido en sus lúcidas contradicciones.

Adiós, Manolo

(hacia 1990).

Mi primer recuerdo de Manolo Alonso Alcalde data de finales de los años veinte, en el Colegio de Lourdes de Valladolid, donde ambos nos educamos. Si cierro los ojos soy capaz de evocar al primer Manolo, al Manolo del mandilón negro, sentado en la papelera del rincón, en el gran patio hirviente de voces, con un lápiz en la mano, abstraído, mientras sus compañeros nos zurrábamos la badana con las bufandas trenzadas o jugábamos un partido de pelota china. En aquella España elemental y áspera del primer tercio de siglo (aunque tampoco creo que en este aspecto los españoles hayamos progresado demasiado), Manolo tuvo el valor de declararse poeta desde la primera infancia. Sentado en el murete de la papelera, las botas balanceándose, Manolo anotaba un verso, corregía una palabra o titulaba un poema. Mas para unos niños educados en la última diferencia de la virilidad, la postura delicada y apartadiza de Manolo se consideraba casi una deserción. Pasó años difíciles en el colegio, pero su amor a la poesía, su práctica, le compensaba de esta hostilidad. Un día, apenas cumplidos los once años, me leyó furtivamente un poema. Empezó tímidamente, con su inseguridad habitual:

—«Envuelto en mi sayal de peregrino…». ¿Qué te parece, Michi?

—Sayal… No sé lo que es un sayal, Manolo. Empleas unas palabras muy raras.

Manolo me adoctrinaba. Alimentaba ya, en tan tierna edad, un profundo amor a la palabra. Y frente a la oposición cerrada de alguno de sus compañeros, fue fiel a su destino, lo consumó. En Manolo existía un escritor auténtico, capaz de sacrificarlo todo por la palabra. Fue un literato precoz y total. A los diez años había leído ya a los clásicos, tenía el valor de juzgar, de decir esto me gusta y esto no me gusta. Componía versos. Versos acabados, emotivos, técnicamente perfectos. Nos los leía a escondidas, en el jardín o en un retrete. Él se las arreglaba para organizar sus recitales. Y los que le queríamos y admirábamos intuíamos para él un porvenir risueño.

Luego, cumplidos los doce o trece años, tuvimos un profesor ejemplar, el hermano Fermín, que, con el tiempo, sin el hábito y el babero, se transformó en José María. No se le podía llamar hermano, puesto que las organizaciones

religiosas habían sido proscritas, pero los colegiales, que todo lo confundíamos, dejamos de llamarle Fermín, pero le decíamos hermano José María. Y fue él quien, deslumbrado por aquella vocación tan temprana y decidida, tomó sobre sí la orientación literaria de Manolo, le hizo ver que la belleza no estaba únicamente en la rima, sino en la metáfora, el fondo, la composición, la prosa. Un nuevo mundo se abrió ante los ojos del niño poeta. Se fue haciendo cada vez más riguroso con el verso, se inició en la prosa. El escritor total, que abarcaría todos los géneros, entiendo que salió del talento de Manolo encauzado por el hermano José María. En la clase no había quien pudiera hacerle sombra. Únicamente recuerdo que, en un ejercicio poético, Ladislao García Amo, un compañero asturiano amigo de los dos, se descolgó con un verso ocasional de rima sonora, aconsonantada, sobre la abeja industriosa y la azucena que defendía su polen, y nos dejó patidifusos. Todos acudimos a Manolo en el recreo.

—¿Qué te ha parecido la poesía de Ladis, Manolo?

—Está bien compuesta, pero es un tanto trivial.

Manolo salió del colegio hecho ya un escritor, en prosa y verso, un escritor sin fronteras, que hacía al ensayo, al relato, a la novela y al teatro. Y con el tiempo, su ingenio expresivo en los diversos géneros sería reconocido en todas partes. En poesía se asomó al Adonais, en relato se calzó el Ateneo de Valladolid, en teatro ganó el premio más prestigiado: el Lope de Vega. Manolo fluctuaba. Temporadas prolongadas de poeta; largos meses de prosista. No hacía pausas. Pero no por esto dejaba de vivir. Recuerdo a nuestro alumno común, un vasco de Somorrostro, en el Hotel Roma —tratábamos de enseñarle Derecho y partíamos las clases y los honorarios—; nuestras tardes de póquer en el Café España; nuestros noviazgos paralelos, él con Maruchi, yo con Ángeles; nuestra común afición al Campo Grande. Y un día, sin saber cómo, me contagió su debilidad literaria. Escribí *La sombra del ciprés es alargada*, una flébil novela sobre la muerte, con la que gané el premio Nadal. Manolo, mi referencia literaria más próxima, le puso el pórtico tomándolo de su libro *Hoguera viva*: «¿Por qué esta ansia, este amor, estos supremos / anhelos en el hombre? ¿Por qué existe / un destino de amar bárbaro y triste, / en la ruina de carne que movemos?».

Con los años, Manolo ganó unas oposiciones y dejó Valladolid; abandonó la revista *Halcón*, tan prestigiada. Pasó dos décadas en Ceuta, más tarde en Madrid. Pero indefectiblemente, de cuando en cuando, Manolo regresaba a su ciudad y a la de su mujer. Nos llamábamos, nos veíamos, charlábamos. No era la nuestra una amistad exclusivista, absorbente, que diariamente tuviera

que ser alimentada. No. Era una de esas amistades a las que no dañan las ausencias prolongadas. Nuestra amistad desafiaba la distancia y el tiempo. Al cabo, siempre salía indemne, reforzada. *El Norte de Castilla*, como con tantos otros amigos, era nuestro punto de coincidencia. Ni él ni yo nos desatamos nunca de *El Norte*. Por él sabía dónde triunfaba en cada momento sin necesidad de que me lo comunicara personalmente.

Pero un día sufrió una cruenta operación de corazón y por primera vez pensé que también al Manolo vital y entusiasta podía llegarle la hora. Lo sobrellevó bien; su extrema sensibilidad no quedó herida por el trauma; en cambio, su fe, como acreditaría en su hermoso último libro, sí salió fortalecida. Vivía más alegre y confiado, sin querer advertir que todos, uno a uno, íbamos llegando a la meta, que de aquella nutrida clase del hermano José María apenas quedábamos una docena. Hay un momento en la vida en que también se mueren los compañeros de escuela, los ingenuos confidentes de la primera edad, como si la muerte, antes de interpelarnos, se complaciera enlutando los más gozosos recuerdos de nuestra infancia. Tendrá que ser así. Adiós, Manolo.

El día de los poetas muertos

1991

El jueves 18 de abril de 1991, un día abierto de primavera, resultó para mí el día de los poetas muertos. Desconozco qué conjunción astral se produciría en el firmamento para que ese día falleciesen, con diferencia de horas, el vasco Gabriel Celaya y mi paisano José María Luelmo.

Del primero recuerdo el inicio de nuestra amistad, en los últimos años de la década de los 40, tras la aparición de su novela *Lázaro calla* y a poco de publicar yo la mía *La sombra del ciprés es alargada,* cuando en una espontánea carta me comunicaba, dolorido, que su indispensable Amparito yacía en una tabla, inmovilizada por una lesión medular. En aquel tiempo yo no conocía personalmente a Amparo ni conocía a Gabriel; ignoraba incluso su valiente decisión de abandonar un puesto seguro, «el puesto para toda la vida», y lanzarse a correr la aventura literaria con Amparito detrás. Pasado el tiempo, poco tiempo, conocí a ambos. Conocí a Amparo, venturosamente recuperada, velando por la sonrisa de Gabriel, y conocí a Gabriel, el poeta del prójimo, velando por la salud de su compañera.

Constituían una pareja admirable, una pareja generosa, de mutua entrega pero abierta a los demás. Nunca les oí lamentarse de aquello a lo que habían renunciado; jamás echaron la vista atrás. Muy al contrario, ante la necesidad, sonreían; no se doblegaban ante los reveses. Ellos habían desistido de acopiar bienes materiales, con lo que Gabriel, llegada su hora, tomó el camino ligero de equipaje, tal como había vivido, conforme con las ideas que había predicado.

En estos días, después de su desaparición, se han oído voces doliéndose de la necesidad en que la muerte ha sorprendido al poeta, pero, entre esas voces, no se oía la de Amparo. Él y ella poseían en alto grado esa difícil elegancia del desprendimiento.

Ahora pienso que a Celaya y a Luelmo no sólo les unía la coincidencia en la hora de la muerte, sino, aunque parezca raro a quien conociera la vida holgada de José María, la generosidad. Y no es que en Pepe, repito, se diera la renuncia de Gabriel, entre otras razones porque Luelmo tenía tras sí una larga familia que atender, pero se diría que el poeta vallisoletano no disfrutaba sino

más bien soportaba su bienestar, no se vanagloriaba de lo que tenía sino de lo que era, o, mejor dicho, de lo que aspiraba a ser. Pepe Luelmo, que tenía muchas cosas, a la hora del recuento definitivo, al igual que el ciudadano Kane, apenas reparaba en dos: el elogio encendido que Azorín dedicó a su poesía en las páginas *de ABC* y el recibimiento, organizado por él, a Lorca y Unamuno en los enconados días de la preguerra civil. En esa línea se movía Luelmo. El poeta que era y había sido prevalecía sobre otras dedicaciones. Eso y su castellanismo, su anhelo por redimir este difícil campo nuestro, que le llevó, junto al brillante grupo El Norte 6o, a defender la economía de todos, estas tierras de pan llevar que con tan escasos apoyos han contado siempre.

Luelmo, pese a su desahogo económico, no se encerró en sí mismo. Se dio a los demás y no sólo como poeta. Con su inseparable Paco Pino, fundó en la preguerra las revistas *Ddooss* y *Meseta*. Luelmo y Pino corrían entonces como dos ríos paralelos. Y cuando esto pasó a la historia, Luelmo nos convocaba a la gente de *El Norte de Castilla* en su casa de La Rubia para debatir problemas económicos o intelectuales. Su granja avícola, que junto a otras dio a Valladolid la primacía en el sector, indujo a algún bienhumorado a afirmar que Luelmo era el único poeta español que vivía de la *pluma*. Mas ésta no dejaba de ser una visión humorística del poeta; porque Luelmo vivía y nos hacía vivir a los demás, nos comunicaba su tensión creadora, nos hacía llegar al periódico sus iniciativas o su aplauso.

Su generosidad, aunque de distinto signo, corría pareja con la de Gabriel Celaya. Ambos eran abiertos, centrífugos, desprendidos. Seres tan liberales que a los que vivíamos a su lado nos hacían sentir deudores e incompletos. Félix Antonio González decía acertadamente en un artículo necrológico que, junto a Luelmo, se sentía desgarbado, mal vestido e impertinente. Esta afirmación no sólo es exacta sino aplicable también al gran poeta guipuzcoano. Ante Celaya, uno se sentía codicioso, tenía la inevitable sensación de que le faltaba o le sobraba alguna cosa. Ahí residía la grandeza de dos seres que, con la poesía, tenían en común algo que hoy se refugia en pequeñas minorías escogidas: el sentimiento del prójimo.

Umbral: el don de la palabra

1991

Generalmente los periodistas, cuando escriben, hacen borradores de literatura, y si no llegan a hacer literatura no es porque adopten un tono especial ni por la estructura de sus trabajos, sino por el tema que abordan o por el apremio con que los realizan. Esos mismos trabajos revisados podrían ser en muchos casos literatura. Ésta es una de las diferencias entre nuestros artículos y los de Francisco Umbral, puesto que Umbral, aun sin proponérselo, hace literatura diariamente en los periódicos. ¿Por qué Umbral hace literatura y los demás no? Sencillamente porque Francisco Umbral no precisa reposo, esa pausa para enriquecer lo escrito que los demás necesitamos. Umbral, a diferencia del común, tiene un ritmo muy vivo, escribe al hilo del pensamiento. En una ocasión le objeté que escribía demasiadas cosas en poco tiempo: «Es mi ritmo, Miguel —me dijo—. Cada cual tiene su ritmo».

Tenía razón. La experiencia de un escritor no siempre vale para otro escritor. En una frase gráfica, un tanto ordinaria pero muy exacta, dije una vez que Umbral escribe como los demás meamos, es decir, naturalmente, dando salida a unos fluidos, unos humores que le sobran. De aquí se infiere que mientras la mayor parte de los escritores, al escribir, trabajamos, él se desahoga, juega; incluso se divierte.

La convocatoria de la palabra es el desafío permanente del escritor. Lograr que la palabra acuda puntualmente a los puntos de la pluma es nuestro objetivo. El escritor convoca a la palabra pero ésta comparece o no comparece. Así, unas veces consigue lo que pretende y otras no; en ocasiones se queda seco y ha de abandonar sus literaturas por un tiempo, dejarlas dormir. En cambio Umbral, que es un lírico metido a columnista, piensa ya con la palabra apropiada. Hace casi cuarenta años que empecé a verle escribir y rara vez apelaba a la tachadura o releía lo escrito antes de entregarlo a las máquinas. Confiaba en lo que había escrito y corregirlo suponía quitarle frescura, estropearlo. Releerse era para él lo que para otros mirarse al espejo, una suerte de narcisismo. La facilidad de Umbral es un don envidiable, aunque no falte quien le reproche su demasía. Pero el secreto de su calidad estriba en su buena relación con la palabra. José Pla, otro gran escritor muy

admirado por mí, buscaba afanosamente el adjetivo y, como a veces no encontraba el adecuado, bombardeaba el sustantivo con un rosario de ellos hasta lograr aproximarse a lo que quería decir. El resultado era muy bello; original pero impreciso.

Porque escribir con precisión no consiste únicamente en hallar en cada caso el adjetivo adecuado, sino también el sustantivo, el verbo o el adverbio, es decir, la palabra. Y es en el manejo de estas palabras, en hallarlas a tiempo y adobarlas debidamente, donde reside el secreto de un buen escritor. Para serlo brillante se necesitan no sólo los vocablos exactos sino saber combinarlos con gracia y sensibilidad, inventarlos o unir unos con otros en aparente paradoja. Ahí radica la personalidad. Si tropezamos en un libro con la frase «un alma corpulenta y asexuada», ésta no puede provenir sino de Umbral. Entonces concluiremos que la originalidad de su estilo proviene tanto de su buena relación con la palabra como de su temeridad para emplearla. Exactitud y arrojo son las cualidades de su personalidad literaria; el rastro que deja en cualquiera de sus escritos para su identificación.

Esta precisión en el empleo de la palabra que observamos en Umbral es la propia del poeta. La gran diferencia entre el poeta y el prosista estriba en que el primero ha canonizado la palabra y la domina, en tanto el segundo, ensayista o novelista, opera por aproximación. Basta una palabra inadecuada para que un bello poema descarrile. En el ensayo y la novela predominan otros valores, pero la poesía es rigor verbal y la palabra que sirve a una idea debe ser la exacta. Con frecuencia, en poesía, una palabra es una idea, y la suma de dos, cabalmente ajustadas, una síntesis o una tesis. Ante las prosas líricas y personalísimas de Umbral tengo con frecuencia la sospecha de que estoy ante un gran poeta secreto e inconfeso.

Poeta o no, lo que salta a la vista es que Umbral ha conseguido el dominio de la palabra propio de un poeta disciplinado; usa armas de poeta para otros géneros literarios más prosaicos, con resultados sobresalientes.

Emilio Salcedo, el amigo sabio

1992

Ha muerto Emilio Salcedo, un hombre que, durante años, fue uno de los puntales del viejo *El Norte de Castilla*. Quizá el rasgo fundamental de la personalidad de Emilio Salcedo fuese su ubicuidad intelectual, ese poder estar en varias partes al mismo tiempo, de manera que las noticias sobre las grandes efemérides del arte y la literatura, los fallecimientos de hombres ilustres, las conmemoraciones, los premios confluyeran indefectiblemente en su mesa de trabajo de ordinario con una notita al pie:

—Emilio, ¿te importa hacer una glosa sobre el modernismo catalán? Hoy cumpliría cien años Fulano.

A Emilio Salcedo nada le impedía dedicar unas líneas al modernismo catalán sin necesidad de recurrir a las fuentes. Había leído mucho. Tenía una cabeza privilegiada y una memoria singular. Era un archivo viviente y glosar a una figura determinada o una corriente artística no suponía para él ningún esfuerzo. Conscientes de ello, a Emilio se le encomendaron las tareas más escogidas y delicadas, aquellas que en un diario de alcance nacional hubieran precisado media docena de especialistas para desempeñarlas: crítico de libros, de pintura, de teatro, de cine, columnista político, escritor social… Porque a Emilio —y ésta era otra de sus facetas— le dolía la sociedad consumista. Movido por un noble sentimiento de lo justo, no se conformaba con que las democracias occidentales aportasen abundancia para tres cuartas partes de ciudadanos a costa de dejar a la cuarta parte restante en la marginación o la indigencia. Por eso no cesaba de buscar; por eso se mostraba insatisfecho con la realidad política de cada día. Desde muy joven dejó muestra de esta inquietud en su periódico *La Gaceta Regional*, de Salamanca. Yo le leía allí puntualmente y en sus artículos dejaba siempre huella de su cultura y su inconformismo. También lo leía Jaime Alba, consejero entonces de *El Norte*, de ahí que cuando en los últimos *60*, ausentes ya de nuestra redacción los Umbral, Leguineche, Martín Descalzo, Alonso de los Ríos, etc., se manifestó la conveniencia de un refuerzo intelectual y yo pregunté: «¿Por qué no Emilio Salcedo?», el consejo aprobó su incorporación con unánime entusiasmo. Por

entonces, Salcedo colaboraba semanalmente en *El Norte* y su talento y su pluma eran sobradamente conocidos por los consejeros.

Mas un hombre de ideas como era Emilio Salcedo no podía quedar recluido exclusivamente en el periodismo. Emilio, con su ejemplo, nos legó un puñado de libros importantes: ensayo, relatos, crítica literaria, biografías, novela. En todos ellos, aun en los más apartados de la especulación doctrinal, Salcedo dejó huella de su personalidad.

Pero su proyección universal se la dio la espléndida biografía de Unamuno. Su *Vida de don Miguel* ocupaba un lugar de honor en todas las bibliotecas universitarias del mundo. Estaba escrita en una Salamanca todavía caliente de Unamuno y eso se notaba. Recuerdo ahora que una profesora de la Universidad de Maryland, antes de saber que Emilio y yo éramos amigos y compañeros de periódico, me dijo un día en que se hablaba de la generación del 98: «Yo no he tenido una visión clara de Unamuno hasta después de leer la *Vida de don Miguel*, de Emilio Salcedo».

Joven aún, la salud de Emilio se quebrantó. Le costó lágrimas apartarse de la pluma, una actividad que tanto amaba. Mas era tan honda su vocación literaria que, en ocasiones, hacía llegar al periódico un artículo suyo, escrito con dificultad, pero con el rigor y la penetración que le caracterizaban. «Si no os parece mal, publicadlo». ¿Cómo iba a parecernos mal un artículo de Emilio Salcedo, un artículo escrito además imponiéndose a muy duras limitaciones? Hace tres meses dedicó unas cuartillas a mi último libro, unas líneas tan lúcidas e inteligentes como generosas. Su lectura revelaba un espíritu alerta, una mente ordenada y clara. Me emocionó y le puse unas letras apresuradas: «Tu artículo me ha encantado, antes que por su equilibrio porque demuestra que estás mejor». Ahora, de pronto, la noticia escueta: Emilio ha muerto. Afortunadamente, Carmen, su mujer, y su hijo, que tanto significaron en vida para él, estaban a su lado.

Dos contertulios

(hacia 1995).

El ocaso de las tertulias en España se produce en tiempos recientes y no porque a los españoles no les guste hablar sino porque cada vez les impacienta más escuchar. Cada día son menos los españoles que esperan aprender algo de otro español que les habla. Por eso la tertulia no suele ser ya algo preconcebido sino una cosa que aparece sin buscarla cuando en el seno de un grupo surgen espontáneamente habladores y escuchadores. De esta manera, en una sucesión natural de padres a hijos, ha pervivido en Valladolid la vieja tertulia formada hace varias décadas en torno al gran maestro don Emilio Alarcos y que hoy sigue alentando de la mano de su decano, Pedro A. Quiñones, de su vicedecano, Fidel Mato, y de los hijos del primer titular Luis y Antonio. Esta tertulia sabatina, que, tras muchas vacilaciones, ha encontrado acomodo en los salones del hotel Felipe IV, a la que el inolvidable Alfonso Guilarte, también miembro de ella, llamaba con sorna «la tertulia de los listos», continúa viva pese a que, en poco tiempo, hemos dicho adiós a dos tertulianos eminentes: los doctores Nicolás Belmonte, catedrático de oftalmología, y Ernesto Sánchez-Villares, catedrático de pediatría.

¿Y cuál es el secreto de que una tertulia perdure pese a los fuertes vientos desfavorables? Yo diría que la disposición de los contertulios, su liberalidad para dar siempre algo de sí. Es obvio que una tertulia no puede sobrevivir únicamente con charlatanes ni con mudos. Tan necesarios son en una tertulia los hombres prestos a hablar como los hombres dispuestos a escuchar. Si por hache o por be faltan unos u otros, la comunicación no se establece y la tertulia degenera en un tiberio o un funeral.

En esta triste hora de reflexión donde los tertulianos del Felipe IV —Ángel Torio, Escapa, Paco Lara, Carlos Miguel, Marañón, Benito, Olegario Ortiz, García Fernández, etc.— deploran la muerte de dos de sus compañeros, uno advierte que por encima de la inteligencia y la humanidad de estos hombres, Nicolás Belmonte y Ernesto Sánchez-Villares podían muy bien representar esa condición de prototipos cultos que vinieron a hacer posible la pervivencia de las tertulias. Diría algo más: para mí Nicolás Belmonte constituía la imagen perfecta del escuchador. Tenía Nicolás esa finura

ilustrada de los que pasaron por la Residencia de Estudiantes, quizá porque el referido centro imprimía carácter o tal vez, lo que parece más probable, porque en él se reunieron casualmente un puñado de espíritus selectos. Sea como fuese, Nicolás Belmonte sabía escuchar. Escuchaba como nadie, acuciando al mensajero, como creo que debe hacer el buen escuchador, dando la impresión de que siempre espera de su interlocutor un poco más. Y lo hacía con una sonrisa de reconocimiento, porque Nicolás siempre sonreía y, a veces, tímidamente, exponía su opinión o, en su caso, disentía, pero siempre moderadamente, sin aspavientos, con corrección. En cualquier caso, su sonrisa no se alteraba. Tampoco él cambiaba con el transcurso de los años ni por dentro ni por fuera. Belmonte era indefectiblemente igual a sí mismo: magro, escueto, modesto, delicado. Un mal día notamos que envejecía no porque en su rostro advirtiéramos una arruga más, ni una vacilación en sus manos, sino porque su voz, siempre mesurada, se iba ahilando hasta hacerse casi imperceptible. Sólo por eso.

Ernesto Sánchez-Villares representaba su inexcusable complemento. Hombre de enorme entereza, aunque sabía que se estaba muriendo, rara vez faltó a la tertulia. Desde la otra vertiente, también Ernesto era el contertulio ideal: locuaz, sociable, ameno, sorprendente. Trataba a mucha gente importante y su memoria era privilegiada. Se hablara de quien se hablara, Sánchez-Villares siempre tenía a mano una anécdota reveladora. En Castilla decimos de los hombres como él que saben poner la guinda a la tarta. Pues éste era Ernesto: un ser que sabía repartir las guindas con equidad. Sin pretensiones de brillantez, era un conversador brillante, que cuidaba de no ser absorbente. Hombre de mucho talento, sabía dejar espacios huecos, para que los demás pudieran meter la cuchara. No era monopolizador y rara vez hablaba de sí mismo. Albaceteño Nicolás y salmantino Ernesto, ambos dieron a la universidad y a la ciudad que los acogió lo mejor de sí mismos. ¡Dios mío, cuántos ojos y cuántos niños vallisoletanos habrán pasado por las manos de estos dos ilustres maestros! (Por cierto, ¿qué fue de la gran idea del Hospital Materno-infantil que el doctor Sánchez-Villares, con sabia intuición, sembró en esta tierra?).

Los Rubio

1995

Apenas cuarenta y ocho horas después de la muerte de su marido, José Antonio Rubio Sacristán, ha muerto en Madrid Teresa Tió, su esposa, portorriqueña de nacimiento y vallisoletana de adopción. Coincide este óbito con unas declaraciones en no sé qué papel de un joven temperamental que afirma que, con un poco de suerte, el matrimonio dura un año, pero haría falta un milagro para que durase dos. Esta costumbre de identificar amor y sexo no es nueva, y hechos tan conmovedores y hermosos como el que transcribo más arriba, que tuvo un antecedente en el Valladolid de los setenta con el matrimonio Guzmán Mingote, animan a pensar que el amor es algo más profundo y misterioso que el simple contacto físico.

Tere Tió y su marido gustaban de reunir gente en su finca de Castillejos y hablar; hablaban mucho, como personas cultas que eran, y también discutían. Discutían argumentando, sobre cine, sobre política, sobre libros o sobre las pequeñas cominerías de cada día. Diríase que eran conscientes de que en la discusión residía el secreto de la convivencia. Una convivencia sin discrepancia acaba en tedio. Y ellos sabían que la continuidad de una vida en común se apuntala en una discordancia tolerable. Por eso no me sorprendí cuando, al morir el jueves pasado José Antonio, Tere se ausentó, se salió literalmente de la vida y, elegante como siempre, dijo adiós a este mundo miserable y se fue con él.

Alguien ha dicho que un hombre o una mujer se hacen viejos cuando pierden la curiosidad. A mí me ha sucedido así y reconozco que ocurre con frecuencia, pero esto no puede establecerse como norma. Yo al menos no recuerdo una persona más ávida de saber cosas que José Antonio Rubio. La gente decía de él con cierta frivolidad: «Qué joven está; no parece que tenga los años que tiene». Pero, en realidad, Rubio no es que estuviera joven, es que lo era, un joven nonagenario que iba deprisa y corriendo por las calles, pronunciaba discursos y conferencias sin un papel a mano, o almorzaba unas patatas con rabo ante la envidia de sus amigos, algunos treinta años más jóvenes que él.

A mí me maravillaba su afán por conocer los entresijos de *El Norte de Castilla* cuando entró en él como consejero. Hay que tener en cuenta que un periódico, con sus secciones tan varias y tan dispares, no acaba de conocerse nunca. Pues bien, José Antonio Rubio, a base de meter la nariz en los problemas, acabó dominándolo, aprendiendo lo que era la linotipia, el chivalete y la teja… Y cuando lo supo todo sobrevino la gran revolución de la informática y, aunque yo y tantos como yo quedamos anclados definitivamente en la vieja técnica, él volvió a empezar por el principio con la misma pasión y la misma fe de antes:

—¿Y dice usted que esto es un disco óptico?

Rubio traslucía, como lo traslucía Nicolás Belmonte, su vecino circunstancial de Laguna de Duero, ese aire de aristocratismo ilustrado que caracteriza a los hombres que pasaron por la Residencia de Estudiantes. Fue amigo íntimo de Buñuel, de Lorca (que le dedicó uno de sus libros) y de Dalí, pero no se jactaba de ello, ni se regodeó en la añoranza de aquellos tiempos. Rubio miraba siempre al futuro, a la vida por vivir. De ahí que las amistades del matrimonio se incrementaran cada día. Los años no fueron obstáculo para ello sino al revés: la sociabilidad de ambos se impuso siempre a la fatiga, si es que ésta existió alguna vez. Por otro lado, fue su dignidad y la seguridad en sí mismo lo que llevó a José Antonio a opositar dos veces a la misma cátedra con motivo de las caprichosas depuraciones de posguerra. Su vigor intelectual, su formación polivalente (historiador y jurista), su pasión por los libros, que leía sin dificultad en alemán, inglés y francés, le valieron una alta consideración social, que se tradujo en su incorporación a los consejos de importantes sociedades y su ingreso posterior en la Academia de la Historia, donde dejó huella su memorable discurso de toma de posesión. Tanto tiempo dedicó José Antonio a saber, a conocer, que apenas tuvo tiempo de escribir. Manejaba una prosa precisa, ceñida y sobria pero no le dio la gana de usarla; la palabra iba con él y aleccionaba verbalmente como Sócrates.

Tere Tió, que caminó siempre a su lado, que tenía necesariamente que seguirle porque sin él la vida carecía de sentido y de contrapunto su propio discurso, cerró los ojos al morir su marido y se negó a continuar remando. Se había quedado no sólo sin marido sino también sin interlocutor. La vida había perdido para ella todo interés.

Europa: parada y fonda

1963

A los matrimonios Altés (Fernando) y Martín Abril (Francisco Javier), magníficos compañeros de viaje.

—¿Otro libro de viajes?

—¿Y por qué no? A la gente le agrada comprobar cómo ven otros lo que ellos vieron, gustar un anticipo de lo que van a ver, o imaginar a través de los renglones ajenos, mediante ese socorrido y económico turismo de mesa camilla, lo que nunca verán.

—¿Usted cree?

—Si no lo creyera no lo haría así.

En realidad, en *Europa: parada y fonda* el viajero no ha hecho otra cosa que recoger a su aire media docena de impresiones sobre cuatro países europeos —Italia, Portugal, Alemania y Francia— visitados a lo largo de los últimos años. Cuatro países sobre los que, en verdad, ya se ha escrito bastante, razón ésta que tanto justificaría el silencio del cronista como su libro, puesto que si otros —y no pocos— escribieron sobre el tema, también uno es de Dios y tiene, por tanto, derecho a echar su cuarto a espadas en el empeño. Ahí está, pues, un libro más sobre la vieja Europa. Se aducirá que la vieja Europa, aun con una arruga más, sigue siendo la misma de los felices 20, de los despreocupados 30 y de los atormentados 40, siendo así que Europa nunca se pareció menos a sí misma que en nuestros días. Quiero decir que, en un ayer próximo y en un ayer remoto, Europa jugaba su partida sobre el tablero del mundo, mientras hoy es la vieja Europa la que hace de tablero y América y Asia las que disputan la partida sobre ella. Uno piensa que la diferencia es notable.

Pero temo que estas líneas puedan inducir a error al lector. Éste no es un libro político ni contiene un adarme de pretensiones filosóficas. Es más bien un pequeño volumen, imparcial y casi frívolo, de impresiones. Pero de simples impresiones humanas, recogidas en el camino. Es evidente que el cambio de posición de Europa, la pérdida de su primacía material, facilita un tema de enorme interés y notable sugestión. Pero para quien conozca las pobres dotes del cronista no resulta menos evidente que abordar tamaño propósito escapa a sus posibilidades. Harían falta para ello mucho tiempo de observación, muchos contactos, innumerables consultas, una inteligencia aguda y muy hondas reflexiones, y el cronista —Dios no se lo tome en cuenta

— ni tiene tiempo, ni ha establecido contactos, ni ha consultado, ni es inteligente, ni apenas ha dedicado, al garrapatear estas líneas, algunos minutos a la reflexión.

Tómese, pues, este pequeño volumen como lo que es: un repertorio de observaciones fugaces sobre algunos países de la Europa de nuestro tiempo, observaciones que a algunos podrán servirles de estímulo para visitarlos, a otros de punto de apoyo para recordarlos y a los más —¡ay!— de sucedáneo para imaginar lo que, por una razón o por otra —casi todos la misma razón— nunca podrán conocer.

M. D.

Italia

1956

Los caminos de Roma

Camino de Roma, un tema previo lo constituye la Costa Azul. Uno no puede franquear esta zona con los ojos cerrados, aunque sí sea aconsejable entornarlos para evitar el deslumbramiento. La Costa Azul es, antes que nada, un efecto de luz. Cannes, Niza y Montecarlo brillan y hasta es posible que quemen. Luego habrá que hablar de su extensión y del buen gusto con que una naturaleza abrupta ha sido domeñada. La Costa Azul es una estrecha e interminable faja de terreno emparedada entre una modesta y obstinada montaña y un mar plácido y templado. El hombre se ha puesto por medio y ha acertado a hacerlo sin romper el molde, sin quebrar el equilibrio. Ya es algo. El resultado ha sido una armonía cromática a pesar de conjugarse colores que ordinariamente se repelen: el amarillo y blanco de las rosas; el verde, en una infinita gama de matices, del cactus, el eucalipto, el ciprés y la higuera, y el azul rutilante del mar, sin duda en una de sus manifestaciones más mediterráneas.

Los accesos a este mar son infinitos. Las playas se suceden en la Costa Azul como los mojones de los kilómetros en la carretera; son playas angostas y largas, limpias, pero mates, formadas no por arena, sino por acumulación de guijarros grises, de medio tamaño. Eso sí, la playa surge en cada revuelta del camino, en cada cala o ensenada, por pequeñas que sean. De Sainte-Maxime a Alassio, la costa es una cadena de playas apacibles, fustigadas por un sol estancado, implacable ya en los primeros días de mayo. Y, circundándolas, una gran profusión de hoteles, recostándose sobre la montaña o asomándose audazmente al mar desde la cresta rocosa que separa dos ensenadas. Estas casas, con frecuencia, se sostienen en equilibrio sobre bases aparentemente inverosímiles. Su blancura inicial va pasando a los tonos rosáceos, para hacerse violentamente rojos de arcilla en la frontera italiana. Su arquitectura, por lo general, ni bella ni complicada, está redimida por una fronda restallante, lúbrica, que se derrama hasta los mismos bordes marinos. Y en los espacios abiertos todo aquello que pueda servir para distraer el ocio del hombre rico, de ordinario un ocio muy difícil y exigente: casinos —muchos

casinos—, canchas de tenis, piscinas, fondeaderos de yates, cines, cafés, etc. La Costa Azul, en suma, es una conquista más del hombre sobre la Naturaleza. Conquista de cuya dificultad nos habla no sólo su extensión, sino la complejidad topográfica manifiesta en una gran variedad de planos coordinados, conjugados en una armonía plausible. En todo caso, la Costa Azul no es sino un cromo repetido. Un cromo excesivamente empalagoso; cargante en fuerza de uniformidad de factura y de tonos.

Hay, sin embargo, un aspecto que interesa destacar. La Costa Azul fue tradicionalmente el lugar escogido por los millonarios del mundo para aburrirse luminosamente. Hoy esto no es enteramente cierto. Me explicaré.

Es evidente que discurriendo por la Costa Azul el viajero sorprende por todas partes ese gesto de perpetuo desencanto que suelen tener los ricos que llevan vida de ricos en oposición a la sonrisita sórdida y conmiserativa de los ricos que llevan vida de pobres (esos ricos esterilizadores para quienes pensar en la Costa Azul es incurrir en pensamiento deshonesto). Bien. En Cannes, Mónaco o Niza es muy frecuente sorprender esa actitud de hastío solemne, de tedio infinito, proverbial de los ricos que alcanzaron el tope de los estímulos de la vida sin conseguir desarrugar el ceño. La época actual no aporta, en este sentido, otra novedad sino que el tedio que le ofrece hoy al espectador la Costa Azul es un tedio en *short* o en *deux pièces*, un tedio ligerito de ropa y, por tanto, más ostensible.

Pero a su lado, la Costa Azul 1956 ofrece muchas miradas redondas de curiosidad, miradas de hombres y mujeres que ahorraron unas pesetillas para pasarse una semana viendo cómo se divierten los grandes millonarios. Esta gente modesta —recién casados, turistas de segunda, viajes colectivos— imprimen a la Costa Azul de nuestros días un aspecto singular, una nota simpática y atrayente. Son gentes de todos los rincones del mundo, gentes que permanecen en éxtasis ante el Palacio Real del Principado de Mónaco, o que se sonrojan al paso de la cabaretera de turno, o, en fin, que no pueden reprimir un estremecimiento a la hora de pagar una factura pensando en los hijos que dejaron en casa.

Este hecho demuestra que la democratización de Europa va haciéndose notoria incluso en Niza. Los cotos de los pequeños grandes del dinero son asequibles, siquiera por una semana, a las personas de modesta condición, con la ventaja, para éstos, de que esos siete días en Mónaco o Cannes constituirán un vivero inagotable de recuerdos para el resto de sus vidas.

Pero lo de Mónaco es sensacional. Mónaco es hoy uno de los puntos de mayor atracción turística del globo. Mónaco, la boda de Mónaco, ha venido a descubrir cuáles son en realidad los móviles que hoy impulsan al turista. Ante una actriz o un partido de fútbol, las más valiosas reliquias del mundo se esfuman. Al turista le interesa más lo vivo que lo muerto; antepone Mónaco al Escorial. Cada vez van quedando menos turistas con mal de piedra.

Rainiero, hábil administrador de su homeopático país, ha sabido aprovechar esta circunstancia. Mónaco, que siempre vivió del turismo, a partir de ahora seguirá haciéndolo; pero en lugar de conseguir sus recursos exclusivamente a través de la ruleta, compaginará este medio con el importe de los boletos de cien francos que se expenden para visitar el palacio. El curioso puede ver todo —que, en definitiva, es muy poco y de escaso interés—, excepto las habitaciones particulares de los príncipes. Y, por descontado, no puede fumar ni sacar fotografías. Ni que decir tiene que la gente afluye en riada de las cinco partes del mundo. Sin duda, al Principado de Mónaco le aguarda una era de prosperidad.

La Costa Azul tiene su industria, una industria a pelo, pintiparada. La Costa Azul produce lo único que uno admite que pueda producir: flores. Es curioso que en una de las pocas regiones del mundo concebidas exclusivamente para encandilar los sentidos, la flor deje de ser un elemento decorativo para pasar a ser un objeto de especulación. Los cultivadores de flores no pretenden adornar, sino ganar dinero. Las flores vienen a ser a la Costa Azul lo que el trigo a Castilla. Lo único que en el mundo laborioso es espontáneo y silvestre, la flor, deja de serlo en la Costa Azul. Es una divertida paradoja. La Costa Azul abastece de flores a todos los mercados de Francia y gran parte del extranjero. A lo largo de la Costa, durante buen número de kilómetros, el viajero no encuentra sino viveros, invernaderos, plantaciones al aire libre (parcelas abigarradas, concentrados jardines preparados para la exportación). Una ojeada somera basta para advertir el meticuloso cuidado que el cultivador pone en abrigar y proteger sus flores. Si sus móviles no fueran interesados el espectáculo resultaría conmovedor. Mas esta meticulosidad no constituye tampoco una garantía. Al floricultor mediterráneo, como al agricultor de nuestra paramera, el clima le impone condiciones; es decir, el clima dirá, en definitiva, si la cosecha ha de lograrse o no; el cielo manda sobre la flor como sobre el cereal. Y un exceso de agua o una helada tardía pueden dar al traste en un momento dado con estos vergeles cuadriculados, que en la Costa Azul vienen a ser algo así como la vaca de leche de nuestros campesinos norteños.

Según Baroja, los pueblos latinos no sienten entre sí la menor cordialidad, sino odio o desprecio. Eso posiblemente ocurriría hace cincuenta años, cuando don Pío paseaba su gloriosa boina por Francia e Italia. Incluso desde un punto de vista político puede que hoy suceda algo parecido. De pueblo a pueblo, sin embargo, no creo que quepa en nuestros días un sentimiento enemistoso. Otra cosa es que cada cual, en su trasfondo, se sienta vagamente superior a sus vecinos. Las formas, las relaciones externas, no envuelven, empero, doblez ni reticencia. El turismo ha puesto en relación a españoles con italianos y franceses, y hoy podemos decir que nos caemos en gracia mutuamente. En un ayer próximo, un español podía encontrarse en Francia o Italia como gallina en corral ajeno; hoy, no. Franceses, italianos y españoles hemos improvisado una especie de idioma esperanto que sirve para que uno se desenvuelva en país extraño sin la menor dificultad. Basta chapurrear cuatro palabras para que todos nos entendamos. El rincón latino occidental constituye hoy una babel regresiva, una babel al revés. Los latinos tratamos de unificar nuestro idioma, sin más que adoptar una generosa actitud de renuncia, por un lado, y afilar, por otro, nuestro deseo de comprensión. Espontáneamente tratamos de integrar las tres lenguas en una sola. En las estaciones, en las calles de Roma, Madrid o París, es frecuente escuchar frases como ésta: «Merci, *signore*; muy amable». El esfuerzo por adaptarse es tan visible que no puede sino agradar a unos y a otros. En el fondo todos somos unos y los matices personales, lejos de dificultar el entendimiento, son los que más se estiman fuera. La corriente de simpatía se acentúa más desde el momento en que aceptamos como comunes cultos tan diversos como los que hoy se rinden al baile flamenco, a Brigitte Bardot o a la princesa Paola.

En suma, los latinos sentimos curiosidad unos por otros y, lo que es más importante, hemos acertado con una fórmula para entendernos sin necesidad de aprender idiomas. Después de todo, nuestras diferencias personales son las mismas que separan nuestros trenes, y hoy basta un viajecito de cien kilómetros por cualquier país para saber de qué pie cojea cada cual. Es obvio añadir que los ferrocarriles españoles son lentos, impuntuales y traqueteantes; asépticos, exactos y silenciosos los franceses, y jacarandosos y agudísimos los italianos. No deja de ser curioso observar cómo el temperamento de un pueblo puede ser definido con bastante exactitud a través de sus comunicaciones ferroviarias.

El español que llega a Italia por tierra encuentra en Ventimiglia la primera atracción. Parece imposible que una línea convencional trazada en el suelo

baste para provocar un cambio de ambiente. Y, sin embargo, así es. La relativa reserva del francés, su grave laconismo, dan paso en Ventimiglia a la simpática verborrea, a la vitalidad gesticulante y zalamera del italiano modesto.

En Italia, naturalmente, la vida también es hoy apremiante. Esto no lo da el lugar, sino la época. No obstante, la prisa italiana no es tensa ni dramática. El italiano no le echa nervios a su quehacer. O si los hay, los relaja en la plática, de forma que no le queda nada dentro. El italiano es expresivo; es como una botella de champán que no aguantara el corcho dentro. Aquí la gente quema mucha pólvora en salvas; se le va mucha fuerza por la boca. Se diría que al italiano no le agrada que su persona pase inadvertida.

En el sur esta característica está mucho más acentuada. En todo caso, su afición a las colgaduras —la ropa tendida a secar en la calle o la trapunta a airear constituyen la fe de vida del italiano humilde—, a los colores vivos y a complicar el peinado demuestran su vitalidad, pero también un sentido artístico de la vida, una propensión innata a la fantasía, que es patente tanto en la decoración de cafés o restaurantes como en la presentación de los escaparates o en la manera de vestir. La Roma clásica, el Renacimiento o el pintor Caravaggio no son frutos de la casualidad. Cada italiano lleva un Renacimiento dentro. Basta levantar una piedra para que surja aquí un pintor, un músico o un tenor. El gusto italiano por los colores trasciende incluso de los tonos de sus aperitivos predilectos.

De otro lado, la música le asalta a uno en el tren, en el restaurante, en el café o en la habitación, desde el *night-club* más próximo, cuando se dispone a dormir. La plaza de San Marcos en Venecia es una feroz competencia de orquestas. Lo mismo ocurre en la Galería de Milán. Se aducirá que esto lo ha motivado el turismo, cuando en realidad el turismo no ha hecho sino exacerbar una inclinación consustancial a este pueblo. Por donde quiera que se le mire, Italia es un país vital y expansivo que se desfoga ordinariamente en la plática y excepcionalmente en la creación.

Esto no quiere decir que la vitalidad de este pueblo no se manifieste en otros sentidos. La reproducción y la expansión de la raza por el mundo son otros dos buenos exponentes. Hoy día, fuera de los Estados Unidos, posiblemente sea Italia la nación que más influye en el mundo. Esto es significativo si consideramos la pequeña extensión del país. Cosa distinta es la población. Italia es una bolsa de kilo donde se han querido meter dos kilos de lentejas. Naturalmente ha reventado. América —particularmente la del Sur— puede

dar fe de la capacidad creadora de los italianos y de su actitud para imprimir su huella en las costumbres de otros pueblos.

Sin ir más lejos, el campo italiano ya es bastante elocuente en aquel aspecto. Hoy día, en más de media Italia, no es fácil —tal vez sea imposible — hallar un kilómetro cuadrado sin una granja, una casa o una fábrica. El fenómeno de la superpoblación que conocemos por las estadísticas entra por los ojos tan pronto se pone pie en el país. Es un hecho evidente. Esto, con la progresiva desaparición del servicio doméstico, trae como consecuencia el hecho de que las familias numerosas italianas ya no existan fuera del campo, algunas ciudades del sur, como Nápoles, y los filmes de Vittorio de Sica. Lamentable, supuesto que en gran parte de los casos la viva sensualidad de este pueblo se orienta por cauces ilícitos.

Las revistas, el cine y la actitud del italiano en la calle dicen bastante de su temperamento. Cosa rara, en las ciudades del norte no he visto piropeadores; eso sí, los ojos del italiano cuando miran a una mujer taladran, son verdaderos rayos X. Ninguna actividad les impide hacerlo. De otro modo, supongo, pedirían el cese. Los taxistas de Milán, a pesar del tráfico endiablado de la gran ciudad, de la delirante velocidad de la circulación, no se pierden una muchacha que penetre en su campo visual y, si la adelantan y la chica merece la pena, vuelven la cabeza insistentemente o la persiguen por el espejo retrovisor, sin temor al topetazo, y no la «sueltan» mientras pueden hacerlo. Después se dan muestras a sí mismos de aprobación o desaprobación con gestos muy expresivos. El italiano es vehemente y sentimental. Es lástima que los chicos le alcancen ya al techo.

Ciertamente, en Italia da la sensación de no caber un alfiler. En las grandes ciudades no se ven niños ni perros. En el campo apenas hay pájaros. Nuestras picazas, nuestros cuervos, nuestros aguiluchos no tienen sitio aquí. Es un campo poco campo, con demasiado hedor a humo y gasolina, excesivamente sometido a la mano del hombre.

Milagro en Milán

Durante la última guerra, cuando la estrella de Mussolini declinaba, los italianos buscaron una fórmula de compromiso con los aliados y Milán quedó entre dos fuegos: sometida a los metrallazos de tirios y troyanos. Alemanes y aliados arrojaron bombas sobre ella en tanto se decidía la postura italiana. Resultado: pues la ciudad, en buena parte, se vino abajo, lo que equivale a decir que la nueva disposición urbanística se ha realizado aquí a golpe de metralla.

Si uno piensa que esto aconteció hace apenas diez o doce años y contempla ahora una Milán rediviva, dinámica y flamante, una ciudad de un asombroso ritmo vital, sin mataduras ni cicatrices, necesariamente llega a la consecuencia de que en estos asuntos de reconstrucción no sólo son gente los alemanes. Los italianos del norte, sin perder el buen humor, han levantado una ciudad considerable. En Milán se reúnen millón y medio de italianos y, puestos a trabajar en barbecho, han construido una urbe de aire moderno, con profusión de edificaciones funcionales, en las que el aluminio y el cristal son los materiales más utilizados. El centro de Milán parece de una pieza; es un núcleo ponderado cuya característica, aparte del vertiginoso movimiento, es un evidente anhelo de aproximación a la Naturaleza. Las casas y oficinas del centro son edificios dotados de grandes ventanales, huecos ávidos de aire y luz, tal vez para contrarrestar los gases de los trescientos mil vehículos a motor matriculados en la urbe, lógicamente Fiat, en lo que se refiere a automóviles, en un noventa por cien. Esto quiere decir que un habitante de cada cinco dispone de un coche o una motocicleta, fenómeno que denota el alto nivel económico de la zona norte del país. Al propio tiempo la cifra sirve para dar una idea aproximada del ritmo y vibración de esta ciudad, la primera de Italia en lo que toca a desarrollo industrial. Milán tiene ese pulso característico de las ciudades productoras, el pulso que advertimos, por ejemplo, apenas llegados, en Barcelona o Bilbao.

La filiación de Milán con respecto a Roma puede establecerse imaginando la relación existente entre Barcelona y Madrid. La trepidación humana y mecánica puede ser parecida, pero hay algo en el ambiente que delata que la vitalidad humana de las últimas es esencialmente consumidora. Después de todo, esta tónica no puede sorprender a nadie; constituye un fenómeno

universal el que las provincias vivan en función de su capital, donde acuden a gastar sus ahorros los provincianos, siquiera una vez por año.

Milán tiene un orden de vida centroeuropeo. Es urbe que madruga y no trasnocha. Turín es similar en este aspecto. La diferencia es que en Turín, en la ciudad de Turín, no pesa el carácter industrial de la provincia. El norte de Italia defrauda si uno viene buscando la nota popular y colorista de las películas de Vittorio de Sica. Le sucederá lo mismo al italiano que arribe a Bilbao buscando gitanas y fandangos. Entre norte y sur existen en este país las mismas diferencias que en el nuestro. Para hallar el pintoresquismo vocinglero y gesticulante que el cine ha divulgado hay que llegarse a Nápoles. Aquí, en Milán, no es fácil encontrarlo. Claro es que la veta artística del italiano sale a flote en todas partes, y en esta ciudad el viajero, una vez llegado a la Galería, junto a la plaza del Duomo, formada por dos pasajes en cruz con bóvedas de cristales, verdadero centro vital de la urbe, se verá sorprendido por los cafés y restaurantes que en ella se encuentran, cada uno con sus flores y su orquesta, rodeada ésta de un inevitable coro de admiradores.

La Galería milanesa es una especie de Puerta del Sol, donde se concentra la gente ociosa, los forasteros y los tenores jubilados o sin contrato. Su ritmo reposado, sin circulación rodada, le imprime un carácter de oasis, de pausa, en pleno corazón de la vorágine. Es éste un lugar lleno de color, punto inevitable de partida para la Scala o la catedral, refugios del espíritu milanés de los que hablaría con cierto detenimiento si yo fuese un turista erudito con cuatro dedos de frente en lugar de un trotamundos zascandil y superficial.

De otro lado, entiendo que he llegado demasiado tarde para ponerme a hablar de ciertas cosas, como, por ejemplo, el Duomo, cuya silueta hasta los cromos de Nestlé de 1930 divulgaron, o *La cena*, de Vinci, fresco que se está descascarillando y que ahora acaba de restaurar, tras un trabajo de chinos, un artista milanés, y ante el cual, según me dicen, los ojos de Eugenio D'Ors se humedecieron, lo contrario de lo que le ocurrió al bueno de Baroja, quien ha dejado escrito «que hay que creer que el cuadro es bueno bajo palabra de honor».

En suma, Milán, como cada ciudad italiana que se precie, conserva sus piedras y sus colores, pero hay que reconocer que, en contra de lo que le sucede a Florencia, ni aquéllas ni éstos le imprimen carácter.

Afirmar que Milán no posee sino potencia industrial y afición al fútbol tampoco sería exacto, supuesto que sus tres universidades —la Católica, la

Bocconi y la del Estado—, sus tres ingentes bibliotecas —la Ambrosiana reúne más de un millón de ejemplares, con volúmenes únicos en el mundo—, sin hablar de la Politécnica y la Escuela de Intérpretes, demuestran que Milán no descuida el aspecto intelectual. Incluso, en ocasiones, orienta su potencia económica en servicio de la estética. La ciudad pagó, por ejemplo, hace poco tiempo ciento ochenta millones de liras por la *Piedad*, de Miguel Ángel, liras que salieron íntegras de las poderosas firmas industriales de la urbe. Resulta obvio que la industria milanesa tiene su corazoncito.

No hablemos de la debilidad oratoria y dialéctica que el fascismo ha dejado tras de sí, y que en definitiva revela que Milán, a pesar de las vespas, conserva vivo un sentimiento de elevación. En pocos días he visto desfilar varios oradores por la plaza del Duomo, oradores que peroran desde un modesto tinglado, pese a que el «arengatorio», construido ex profeso por Mussolini para este fin, sigue en pie, aunque cubierto por un cartel publicitario. Me ha parecido observar que los italianos no saben qué hacer con estas reliquias ostentosas del fascismo.

Mas he hablado de publicidad y anteriormente de dinamismo, fundamentales expresiones ambas de la esencia de la urbe: la industria. La publicidad puesta en juego por los milaneses es abrumadora. Las *autostradas* o pistas están salpicadas de anuncios cada cincuenta metros. Anuncios de bella composición, noblemente decorativos, tentadores y peligrosos a veces para los conductores que ruedan a cien y ciento veinte kilómetros a la hora. Esta publicidad se conserva viva y detonante en plena capital y se hace especialmente sugestiva en los luminosos cambiantes de la noche.

En puridad, más que dinámica, Milán es vertiginosa. Los automóviles circulan a una velocidad endiablada por avenidas y bulevares y en verdaderos rebaños. La plaza de la República a determinadas horas recibe de sus cinco afluentes más de cuatrocientos coches por minuto. Afortunadamente, los ediles, que en la erección y organización del nuevo Milán han demostrado una sensatez loable y un gusto exquisito, han suprimido lógicamente las señales acústicas. Mas como se comprenderá, en una capital de este volumen demográfico y con trescientos mil coches en circulación, el chirrido del frenazo constituye su habitual música de fondo.

La vitalidad, la vibración, el vértigo no podrán ser suprimidos de Milán a pesar de la buena voluntad de sus ediles; es su esencia. En cualquier caso, un país en el que la cuarta parte de su población marcha sobre ruedas, las ruedas sobre pistas y las pistas sobre una topografía aprovechada al máximo —una

topografía verdaderamente rentable—, está en excelentes condiciones para enfrentarse con el futuro.

La góndola, un ataúd de tercera

Creo recordar que fue Thomas Mann, el autor de *La montaña mágica*, quien dijo que entrar por tierra en Venecia equivale a llegar a una hermosa casa por la puerta de servicio. Seguramente para que Venecia procure al forastero una deslumbrante impresión inicial lo más conveniente sería arribar desde la isla de Lido en un vaporcito. El Palacio Ducal, la Piazzeta, la Plaza de San Marcos y el Gran Canal se presentan de este modo, inopinadamente, en un encandilador conjunto, a la contemplación del viajero.

En cualquier caso, la impresión que produce, de entrada, esta ciudad es única; Venecia no puede defraudar porque es la ciudad más original del mundo, y al hablar así no me refiero, naturalmente, a sus piedras hermosas y venerables, sino a su asiento topográfico.

La ciudad de Venecia se ha levantado sobre un archipiélago compuesto por más de un centenar de pequeñas islas. En la actualidad el principal núcleo de la urbe está formado por un conglomerado de islas unidas entre sí por más de trescientos puentes. A la vez, este núcleo se enlaza al continente por un tendido artificial por el que discurren la vía férrea y la carretera. (Hace veinte años se armó un ruidoso pleito entre los partidarios de transformar Venecia en una península y los que se esforzaban por dejar las cosas en su sitio. Triunfó la primera tendencia y hoy día se puede llegar a las puertas de la ciudad en automóvil o en tren, aunque no se pueda pasar de ahí). Venecia se jacta no sólo de tener canales por calles, sino de ser la única urbe del mundo donde aún no entró la rueda como medio de locomoción. Uno, para «callejear» por Venecia, puede utilizar un vehículo privado —que hace las veces de taxi—, la góndola, o el autobús fluvial que es el *motoscafo*. Con mayor razón si lo que uno pretende es alejarse del casco urbano y tomar contacto con los barrios más apartados que aún continúan siendo islas, como el Lido —único en Venecia con automóviles y construcciones modernas—, San Michele —la impresionante isla cementerio—, San Sérvolo —manicomio provincial— o Murano, con su peculiar industria del vidrio.

Aparte las calles, que son ríos, Venecia es un laberinto de callejuelas y vericuetos, puentes, túneles, escaleras y pasadizos que le ayudan a uno, sin violentar demasiado la imaginación, a remontarse a los tiempos del Dux, o de la amenaza turca, yunque en el que la hermosa ciudad se forjó. Esta emoción

medieval se hace más vivida cuando de hora en hora las campanas de la plaza de San Marcos derraman su austera gravedad, un poco fúnebre, sobre callejas y canales, y los cientos de palomas que pueblan la plaza levantan su vuelo dócil, blando y doméstico sobre las cabezas de los transeúntes. Si otros turistas no estorbasen el esfuerzo evocador del turista que esto escribe, afirmaría que la ilusión del salto atrás es perfecta. Pero todo no se puede pedir y yo me limito a aconsejar a los presuntos visitantes de esta ciudad insólita que lo hagan fuera de la temporada turística y, de no ser posible, que se lleguen a la plaza de San Marcos a las seis de la mañana y, después de «sentirla», recorran en una góndola los canales silenciosos de la ciudad que paulatinamente va abriéndose al nuevo día. Entiendo que es la única manera de gustar Venecia en su propio jugo, siquiera a la hora de pagar el gondolero nos recuerde que vivimos los meses difíciles de 1956.

El cronista, sin mayor motivo, se forjó de Venecia un concepto equivocado. El cronista, sin mayor motivo, levantó en su imaginación una Venecia detonante, abigarrada, de radiantes contrastes de luces y tonos. El cronista —Dios le perdone— presentía una Venecia versicolor, rutilante y almibarada. No necesito aclarar que apenas llegado se presentó el tío Paco con la rebaja. Venecia tiene luz, pero carece de color; esto tampoco es exacto. Sería mejor decir que Venecia es la ciudad de los medios tonos, discreta, apagada. El famoso rojo veneciano apenas se conserva en cuatro o cinco palacios y es un rojo mate, poco hiriente. Con esto quiero decir que ni este rojo saca a la ciudad de sus tonos velados, suavemente brumosos.

En rigor, aguas, colores, arquitectura y ritmo conjugan en Venecia una sinfonía. Las aguas de los canales tienen un tono verde botella, levemente grisáceo. El agua acaricia secularmente las bases de casas y palacios, con sus ventanas ojivales de un acusado gótico florido. El conservadurismo municipal se lleva en Venecia a extremos exagerados. Venecia es una ciudad que no sabe de adecentamientos ni revocos. En ciertos rincones la impresión de suciedad prevalece sobre el sabor de siglos. En todo caso, bajo los desconchados de los muros aparece un ladrillo tétrico, renegrido, de muy difícil interpretación para los pintores. Venecia es así y quien imaginara una urbe de vibrantes tonalidades estaba tan errado como el cronista.

Esto ya nos lleva a imaginar que la supresión de la rueda en las callejas de Venecia constituye una medida congruente. La trepidación mecánica le iría a esta ciudad como a un Cristo un par de pistolas; sería como un grito en la habitación de un enfermo. Al extranjero le sorprende que el municipio, apenas

rebasado el puente de unión con el continente, se haga cargo de su automóvil y lo encierre, quiérase o no, en el inmenso garaje de Piazzale Roma. Otro tanto sucede a los motoristas, ciclistas y carreros. En Venecia, repito, no se ve una rueda. Esto trae como consecuencia que el veneciano que consigue reunir cuatro pesetas se compre una motora en lugar de un Fiat 600.

Todo esto coopera a dar a la ciudad un ambiente personalísimo, un clima mortecino, otoñal y —casi no me atrevo a decirlo— vagamente fúnebre. Venecia, a mi entender, es una ciudad que se sostiene entre la vida y la muerte, una ciudad hibernada, yacente, a la que únicamente la fauna turística en manada logra sacar un poco de su enervamiento típico. Venecia es, en suma, una posición tenaz del romanticismo en pleno siglo XX. A esta caracterización coopera, en gran medida, como instrumento eficacísimo, la góndola, su elemento más definidor. Pero esto bien merece párrafo aparte.

La góndola representa una reminiscencia del delirio romántico, entendiendo el romanticismo no tanto como escuela artística, sino como una posición ante la vida tan antigua como el hombre. Uno, sinceramente, ante la primera góndola que se ofrece a la vista, no puede reprimir un estremecimiento. La góndola tiene un aire siniestro, lúgubre; su perfil es definitivamente mortuorio. Uno trata de resistir a esta primera impresión, intenta familiarizarse con el vehículo: empeño vano. La góndola, al abandonar la ciudad, sigue pareciéndole un estilizado, anacrónico y flotante ataúd de tercera.

Sin duda, la góndola es el vehículo que mejor rima con la fisonomía de la ciudad, pero ello no impide que el viajero la considere con una suerte de recelo macabro. Las góndolas, sin excepción, están pintadas de negro, sus asientos van festoneados de flecos negros y por todo ornato, en las bandas de babor y estribor, se recortan unos dorados caballitos de mar. El lector convendrá conmigo en que esta descripción a lo que más se asemeja es a la de un túmulo funerario. Introducirse en ellas en la alta noche impone un poco, pero el visitante no puede sustraerse de hacerlo; la góndola, a fin de cuentas, es Venecia.

Lo antedicho ya da pie para imaginar que la góndola está concebida para arrullar idilios románticos, y hablo ahora de romanticismo en su más estricto sentido. La realidad es que las cada día más numerosas parejas de recién casados que recalan en Venecia olvidan enseguida su prevención inicial y hacen la vida en góndola; pasan y repasan el Gran Canal y se estrechan fugazmente al rebasar la sombra protectora del Puente de los Suspiros. En

general, he advertido que a los enamorados les azora un poco la figura enhiesta del gondolero detrás, fiscalizándolos. Un motorcito tal vez resolviera este problema, pero entonces la tradición se la llevaría la trampa. Mas me estoy apartando del tema. He dicho, o quería decir, que uno considera la góndola como un trasto apropiado para acunar idilios románticos, idilios mal vistos por los padres de ella, o por los padres de él, o por los padres de ambos. Romeo y Julieta debieron terminar sus días arrojándose abrazados bajo la luna a las aguas sombrías del Gran Canal desde una góndola. Shakespeare, con perdón, no debió de conocer Venecia.

Mas lo cierto es que en Venecia se utilizan las góndolas para los más prosaicos menesteres. He dicho que la ciudad dispone de cien islas y alrededor de trescientos puentes. Las góndolas no creo que las haya contado nadie; son infinitas. Los niños van a la escuela en ellas; los ultramarineros abastecen sus tiendas transportando en ellas sus mercancías y, en fin, los muertos son trasladados en góndola a su último reducto: San Michele, una hermosa isla erizada de cipreses. La góndola con el muerto y el acompañamiento en diversas embarcaciones detrás componen una estampa impresionante, un cuadro patético, de un extraño realismo, apacible y sobrecogedor.

La velocidad ha entrado en el país

La idea que Italia se ha forjado de la velocidad responde ce por be a las exigencias de la época. Tal vez en este aspecto, al margen de su producción, se perciba mejor que en ningún otro el enorme salto hacia delante que ha dado este país en los últimos diez años. Italia, hoy día, no corre, vuela. Dejando de lado el remanso de Venecia, lo primero que sacude la sensibilidad del viajero al llegar a cualquier ciudad italiana es el dinamismo, el vértigo. Pero me estoy temiendo que este capítulo no vaya bien orientado. Me explicaré. Creo haber dicho ya que el fenómeno de la superpoblación es aquí un hecho tangible; Italia está hoy literalmente llena; es un país donde no quedan localidades. Lo asombroso es cómo tanta gente puede desenvolverse tan deprisa, simultáneamente y sin tropezarse. Porque por encima del número hay que tener en cuenta que el temperamento italiano es uno de los temperamentos más inquietos que hoy se cuecen por el mundo.

Italia es hoy día un hormiguero en incesante actividad. Los italianos no se limitan a evocar los tiempos de la diligencia con narcisismo pueril y decirse satisfechos: «¡Cuánto hemos progresado!». No. 1956 evoca los transportes de 1930 con la misma conmiseración desdeñosa que 1930 evocaría los transportes de 1900. Italia, pese a la guerra, tiene hoy prácticamente resuelto el arduo problema de las comunicaciones, especialmente peliagudo en este país, de una agobiante densidad de población. Ya sé que en buena parte la producción de la industria del automóvil, y aun de la motocicleta, han obrado el milagro. Hoy día la casa Fiat está empeñada en facilitar a cuantos italianos lo deseen un vehículo, si no cómodo, sí al menos práctico y suficiente. El Fiat 600 cuesta aquí unas cuarenta mil pesetas, precio que puede abonarse en varios plazos. Pues bien, ahora leo en los periódicos que la Fiat lanza el modelo 400, mucho más económico todavía. No hay que decir que por mil duros uno encuentra en cualquier parte una vespa decorosa. Entiendo que en la actualidad circulan por Italia alrededor de los ocho millones de vehículos a motor, lo que equivale a decir que uno de cada dos italianos dispone de un asiento en automóvil, o siquiera en motocicleta. La situación provoca lógicamente una exigencia apremiante en punto a carreteras, necesidad que está siendo atendida con denodado esfuerzo. El norte del país, la zona más desarrollada y rica, cuenta ya con una red considerable de *autostradas,* con la

particularidad de que éstas son explotadas por el capital privado. Son pistas de dos, tres y aun cuatro direcciones, con unos controles a la entrada y salida de las ciudades donde el automovilista se detiene a satisfacer los derechos de peaje. Dado el volumen de circulación hay que creer que las *autostradas* representan una inversión rentable. Tengo entendido que estas pistas se extenderán en pocos años por toda la geografía del país.

Pero no para aquí la idea italiana de la velocidad 1956. Dejemos aparte las líneas aéreas y marítimas, que no son precisamente medios de transporte populares. Dejémoslas de lado no sin advertir que Italia cuenta hoy seguramente con los transatlánticos más lujosos y veloces del mundo entero, transatlánticos, que, como el *Giulio Cesare*, el *Augusto* o el *Conte Grande*, van de Génova a Buenos Aires en dos semanas y a Nueva York en seis días. Esto demuestra que el esfuerzo italiano de la posguerra es uniforme y equilibrado, no cojea de ningún pie. Mas dejemos esto aparte y vayamos a los ferrocarriles.

Italia dispone en la actualidad de una de las redes ferroviarias más eficaces de Europa. Lo curioso es que los italianos no se han preocupado de hacer coches decorativos, aerodinámicos, de esos que, a primera vista, se tragan el mundo. Los italianos, por una vez, han dado de lado a la estética y se han ido a lo práctico. Sus trenes, en apariencia, no han cambiado en los últimos años. Mas sólo en apariencia, pues luego resulta que uno se monta en uno de ellos en Roma a las siete de la mañana y a las nueve está en Nápoles, a más de doscientos kilómetros de distancia. No se trata de un caso aislado. Venecia-Turín (450 kilómetros) se hace en poco más de cinco horas; Milán-Roma (700 kilómetros), en ocho, y Milán-Venecia (300 kilómetros), en poco más de tres. Esto quiere decir que los trenes italianos andan normalmente a una media de noventa kilómetros a la hora y a veces a más de cien. Esta facilidad de desplazamiento se compagina con los mínimos trámites burocráticos que el viajero ha de salvar. En Milán el cronista sacó billetes para Venecia, para regresar después a Turín y desplazarse, por último, de Turín a Florencia. En cualquier caso el cronista podía decidir su viaje a voluntad dentro de un plazo de tres días. Por descontado, y a pesar de los cuarenta y tantos millones de italianos y otro buen número de millones de turistas, el cronista no se vio obligado a guardar cola en ninguna parte ni a levantarse con dos horas de antelación para encontrar asiento. Este asunto de los transportes está calculado para que sirva eficientemente a las necesidades del país. No es un servicio estudiado y organizado en abstracto, sino montado

sobre las exigencias concretas de la nación, que es como hay que hacer estas cosas. De esta manera he conocido profesores que viviendo en Nápoles van a Roma diariamente a dar sus clases y pueden regresar a su casa a la hora de comer. Las cuatro horas escasas de tren para cerca de quinientos kilómetros de recorrido entre ida y vuelta las emplean en preparar sus lecciones o corregir los ejercicios de los alumnos. Todo esto, repito, sin que los ferrocarriles italianos hayan perdido su modesta apariencia. Los trenes de viajeros —con quince y aun más unidades— no son en absoluto ostentosos. ¿Que cómo han conseguido esos tiempos récords? Sencillamente con un trazado modélico de líneas. Los trenes italianos no suben ni bajan, pese a los Alpes y los Apeninos. Los ingenieros se las han ingeniado —que para eso está la profesión— para que corran siempre por llano y en línea recta, aunque para ello, como sucede a la entrada de Génova, haya que perforar un monte con un túnel de veinte kilómetros. Añadamos a esto el cambio de raíles, la electrificación de la casi totalidad de las líneas y, por último, el hecho de que los trenes no se detengan en las estaciones intermedias; para estos enlaces disponen, naturalmente, de un servicio especial no menos escrupulosamente atendido.

En suma, los desplazamientos en Italia suponen una mínima pérdida de tiempo. La velocidad ha entrado en el país. El esfuerzo muscular como medio de locomoción es casi un recuerdo histórico. La bicicleta se encuentra en franca, acelerada decadencia. Hoy apenas se ven media docena de esforzados ciclistas en cada ciudad, aparte, claro es, de las nuevas generaciones de Coppis y Bartalis, para quienes la bicicleta, a pesar del progreso, continúa siendo un instrumento de trabajo.

De Turín a Florencia

Las ciudades italianas poseen todas ellas una fisonomía característica que las hace muy diferentes entre sí. Turín, por ejemplo, carece de piedras venerables; su escorzo no es antañón, aunque tampoco funcional ni rectilíneo. Por raro que parezca, el señorío italiano se asienta en la zona industrial del país. En ninguna ciudad he advertido un peso, un matiz de gravedad aristocrática, tan acentuado como en Milán y Turín. Y no me refiero ahora a esas señoras cursis y envaradas que pasean su cómico aburrimiento, junto con sus pieles y sus perros, por la vía milanesa de Montenapoleone, sino a esa distinción sencilla, espontánea, que brota incluso de las piedras y del asfalto. En todo caso, las mujeres mejor vestidas de Italia se encuentran en esa zona. Los zapatos femeninos de la artesanía milanesa son los más airosos, ligeros y elegantes que hoy pisan el suelo de Italia.

Concretamente, Turín tiene un sello característico de ciudad orgánica, de ciudad pensada. En cierto modo su tamaño coopera a este equilibrio. Una ciudad, para ser hermosa, no debe ser ni muy grande ni muy pequeña; acontece igual que con las mujeres. Tal vez los ochocientas mil habitantes de Turín sean la cifra demográfica más aconsejable. De Turín he dicho que carece de aire secular, lo que no quiere decir que no tenga aliento tradicional. Ocurre, sencillamente, que la tradición turinesa se remonta a un par de siglos, con la particularidad de que las zonas más modernas entonan perfectamente con las más antiguas. Esto permite que Turín no produzca en el forastero esa impresión de boca arreglada, de boca con huesos y muelas de oro, que suelen producir las ciudades añejas donde se han enquistado solares y edificios de última hornada.

Turín es la proporción, lejos de la mezcolanza romana y de la piedra verdinegra y la enredadera de Florencia y Bolonia. Los inmensos soportales de la vía Romana y calles afluentes, las viejas pastelerías con sus veladores de mármol y sus reservados coquetones, su recoleto parque sombreando la ribera apacible del Po cooperan, sin duda, a despertar aquella impresión. Por raro prodigio, sobre Turín no gravita en apariencia la vida industrial de la provincia. Se diría que los Fiat y las Lambrettas hacen objeto de predilección a su ciudad. Las calles de Turín son las más tranquilas y ordenadas del país. Este método se observa también en los horarios. Por las calles de Turín, a las

horas de comer, no circula una rata; los turineses obedecen una consigna tácita. De todo su proceder trasciende un orden, un sistema. Y como sucede en Milán, aquí es fácil hallar el tipo humano híbrido, el cruce de latino y germano, que, particularmente en la mujer, produce mezclas muy interesantes: tipos altos, rubios, de ojos claros, de una extraordinaria dulzura musical al hablar. No son mujeres sensuales, explosivas, sino mujeres cargadas de sentido maternal. No acertaría a explicarlo de otra manera.

Pero por encima de todo esto, Turín cuenta con un enclave envidiable. Lo curioso es que esto no se percibe mientras uno no se aleja de la ciudad y busca la perspectiva; por ejemplo, ascendiendo a la atalaya del Monte Capucine. Es entonces cuando el forastero advierte que Turín es una ciudad tan pintoresca como propicia a la catástrofe aérea. El accidente de Superga, en el que perecieron los mejores futbolistas italianos, no obedeció a una casualidad. Turín ocupa el centro de una gigantesca cazuela. Es una urbe circundada por la cadena de los Alpes, que frente a la ciudad alza moles muy considerables. Monte Castore, Polluce, Lyskamm, Lysjoch, Monte Rosa rebasan con mucho los cuatro mil metros de altitud. Mediado el mes de mayo sus cumbres están aún cubiertas de nieve. Solamente en los días muy claros es posible dominar el panorama. El contraste entre estos picos torvos, de una bravura y hosquedad salvajes, con el curso apacible, casi bucólico, del Po por el otro borde de la ciudad resulta de una gratísima plasticidad. Por una razón o por otra, el forastero siempre encuentra ocasión de extasiarse en estas ciudades italianas. Ante esta vista a nadie puede chocar que el turinés conserve acentuado el sentido artístico del país y le dé una orientación preferentemente pictórica. Me ha sorprendido que en las vitrinas de la ciudad, bien exhiban libros, pasteles o bisutería, no puede faltar un cuadro. Los cuadros constituyen un elemento imprescindible en la decoración de los escaparates turineses.

Otra muestra de sensibilidad, de una delicadeza exquisita, aunque no sea exclusiva de Turín, me la brindó el Monte Remembranza, una hermosa ladera verde en la que cada árbol lleva el nombre de un soldado inmolado por la patria. Los árboles han sido plantados por los niños de las escuelas. Hoy forman un frondoso bosque que uno recorre poseído por un sentimiento inefable. La brisa mece las ramas y se diría que algo late en ellas de unas vidas prematuramente sacrificadas. Sin duda se trata del más adecuado, noble y poético monumento que pudo inventar la mente humana para honrar la memoria de los jóvenes muertos por la patria.

A Florencia llegó el cronista tras una serie de exclamaciones admirativas como el «no va más» del equilibrio y de la estética urbanos. El cronista mentiría si afirmase que salió defraudado, pero mentiría no menos si dijese que la mejor impresión de Italia se la deparó esta ciudad. El cronista, con sus pequeñas ideas sobre las cosas, entiende que, no siendo uno un erudito, las piedras valen como estímulo evocativo, y esta posibilidad se esfuma si el turismo, las vespas a escape libre y los altavoces de la propaganda electoral se alían para destruirla. Florencia es ciudad para ser gustada en silencio y, por contra, a mí me hizo la impresión de ser la ciudad más ruidosa de Italia. En ningún lugar como en Florencia recibí una sensación tan viva de que Italia es un país lleno a rebosar.

Difícilmente puede conjugarse esta impresión con el sabor de sus piedras: con el Duomo, el Baptisterio, el palacio de la Señoría o, simplemente, el sabroso y simbólico Ponte Vecchio sobre el Arno. Difícilmente cabe el éxtasis ante los lienzos de la galería de los Uffizi si los tímpanos del viajero están siendo sacudidos por hirientes altavoces y motocicletas despiadadas. Ocurriría —y ya empieza a suceder— lo mismo que con una Ávila o una Toledo superpobladas, agujereadas de gritos y bocinazos. El lector puede imaginar lo que es Florencia en estas fechas si piensa lo que sería un museo lleno de niños jugando al balón y persiguiéndose en bicicleta entre las estatuas. No otra cosa era Florencia en la primavera de 1956; al menos, al cronista no le pareció otra cosa, con la particularidad de que la estridencia se derrama por sus afueras y no descansa ni en esos magníficos parques de Cascine y Pitti, ni aun en el hermoso pueblecito de Fiesole, con cierto tono monumental, adonde se llega franqueando uno de los barrios residenciales más bellos de Italia.

No se me oculta que todo ello pudo ser circunstancial. Mas el cronista escribe desde su circunstancia y no por egoísta deja de ser cierto aquello de que cada cual habla de la feria conforme le fue en ella. A mí, sinceramente, el bullicio no me dejó sentir la ciudad. Entiendo que no sólo son los árboles los que en ocasiones no dejan ver el bosque; a veces no deja «verlo» el gorjeo de los pájaros. El estímulo abusivo de un sentido abotarga la sensibilidad de los restantes. Florencia, en suma, precisa un medio propicio y éste no puede formarse a base de altavoces, trepidación de motores y humos de gasolina. Florencia, en 1956, era, sencillamente, una hermosísima ciudad apuñalada por la frivolidad y la oratoria política.

Civilidad y convivencia

No pocos italianos reconocen que le deben mucho a Mussolini. Ahora bien, no pueden olvidar que también le deben a él las trágicas calamidades de la guerra. En general, me ha asombrado el alto grado de civilidad, de educación política y social de este pueblo que a menudo se nos presenta a los españoles como un pueblo exaltado que se esteriliza en una verborrea insana y descomedida. No seré yo quien afirme que el italiano es lacónico. El italiano charla por los codos; la verbosidad política —máxime durante mi visita, en plena propaganda electoral— es delirante, pero ello no le impide hacer otras cosas.

Esto es posible gracias al clima de convivencia que tras los dos meses de caos que siguieron al asesinato del Duce existe hoy en el país. El italiano demuestra en este punto su civismo. Quiero decir con esto que la ideología política no supone en ningún momento un obstáculo para la concordia. Es más, políticamente, Italia atraviesa, a mi juicio, un bache de frialdad. En víspera de elecciones no se advertía la menor vibración multitudinaria; hombre por hombre tampoco. Diríase que cada italiano sabe que las cosas están de una manera y no hay quien las mueva. Las cifras podrán oscilar un poco de tiempo en tiempo, pero las posiciones y porcentajes, más o menos, están ya definidos. Políticamente, el italiano me ha hecho el efecto de escéptico. De ordinario, el italiano se sonríe al escuchar por los altavoces callejeros los latiguillos de los políticos y dice: «¿Se ha fijado usted? Todos dicen lo mismo». El italiano es lo suficientemente agudo para comprender que de las palabras a los hechos media un abismo. Asimismo lo es para darse cuenta de que el bienestar debe buscarlo uno por su propio esfuerzo; que, en definitiva, y partiendo de una organización equitativa y justa, cada hombre tiene la suerte que merece. Por lo general, el italiano que se enrola en un grupo político no espera una redención colectiva; espera, sí, tal vez, una reestructuración más lógica y más humana, unas bases de convivencia más estables pero no que vaya a llegar un día en que alguien, como por arte de birlibirloque, venga a resolverle sus propios problemas domésticos. Para el italiano, en suma, la política no es el problema número uno y de ahí que ordinariamente no se mate por ella; que la política, salvo en algunas minorías, no desate en su pecho un exceso de pasión.

Tal vez este clima de conformidad sea el más adecuado para que una democracia marche adelante. Hoy no hay italiano que desconozca que si Mussolini realizó una obra, la democracia cristiana no le ha ido en zaga. A antiguos fascistas he oído decir que en diez años los democristianos han dado un empujón al país superior al empujón del fascismo. Y a esto es a lo que iba; en tan sólo dos lustros los democristianos han pareado la marcha del país a la de los pueblos más adelantados del mundo. Esto se ha logrado sin odios ni nostalgias. La actitud del italiano ante el fenómeno Mussolini es muy expresiva y elocuente. La memoria del Duce, salvo en una minoría, no está teñida de odio ni de nostalgia. Mussolini fue un hecho histórico que pasó. Italia no mira hacia atrás ni para denostar ni para suspirar por el pasado. Hubo entonces sus cosas buenas y sus cosas malas. Y ya está.

Buena prueba del equilibrio del pueblo italiano la tenemos en la conservación de los accesos al Foro Mussolini, pavimentado con mosaicos alusivos a la edad de oro del fascismo. Las invocaciones al Duce en grabados y epígrafes y a los «camisas negras» es constante. Pues bien, no ha habido en Roma un solo insensato que tiznara o rompiera los mosaicos aludidos. Eso que para el antifascista no dejan de ser una provocación y a pesar de que la multitud desfila sobre ellos cada domingo. Esto, sin duda, es una prueba de educación política y ciudadana que vale la pena registrar. El Foro es una cosa bien hecha y no hay por qué destruirla, sea obra de Pedro o de Juan.

En todo caso Italia ha tenido la suerte de tropezar con dos presidentes con una idea muy clara de la situación del mundo; dos hombres, al parecer, con un gran tacto político. Sin duda, Gronchi, como democristiano, está haciendo con sus obras desde la presidencia una gran labor de propaganda. Gronchi no se ha resignado a ser una figura decorativa. 1956 no tolera en ninguna parte las figuras ornamentales, las figuras símbolo. Gronchi participa personalmente en la tarea de gobierno y su orientación izquierdista responde a una idea de justicia cristiana y al actual rumbo político del mundo. Gronchi es católico activo y, como católico, procura la dignificación de la masa obrera. De otro lado, sus maneras son sencillas, sin ninguna ostentación. Los políticos italianos han sabido apearse de la grandilocuencia y el énfasis. Casualmente mi viaje a Florencia, el domingo 1 de mayo, coincidió con una visita a la ciudad del presidente Gronchi; pues bien, el presidente desfiló, precedido por cuatro motoristas, a bordo de un modesto 1400 negro, saludando a izquierda y derecha, y aquí no ha pasado nadie. Los florentinos no dejaron por eso de irse a merendar al Parque Cascine, al Hipódromo o al campo de fútbol. Dos docenas de personas le ovacionaron al pasar por la vía Martelli y sanseacabó.

Por supuesto, Gronchi no desearía otra cosa. Nada de esto aspira a encerrar una predicción. El cronista siempre, por sistema, y con mayor razón cuando habla de política —ese gran mal necesario—, de la que no entiende, se abstiene de hacer predicciones. Es decir, que el futuro de Italia no se le alcanza; ignora si será rojo o verde, aunque lo más probable es que no sea ni una cosa ni otra. Lo que sí sabe es que en Italia existe hoy un clima de convivencia política verdaderamente ejemplar. Y únicamente de esto es de lo que intentaba dar fe.

De este espíritu colectivo, que podríamos calificar de espíritu de reconstrucción, participan, aunque no en bloque, los jóvenes italianos, los niños de la guerra que hoy tienen veinte o veintitantos años. En las universidades que he visitado —Milán, Roma, Venecia, Turín, Bolonia— existe una inquietud intelectual palpable que toma, como es natural, diferentes orientaciones. Concretamente la curiosidad por las cosas de España ofrece un volumen verdaderamente asombroso. Los hispanistas hacen cifra hoy en Italia; los que estudian nuestro idioma son legión. No se me oculta que no sólo es el interés por las cosas de España lo que mueve esta afición, sino también, y en buena medida, la relación cada día más intensa con los países de América. En todo caso, la asociación Arcsal, a cuya cabeza está el padre Bertini, es exclusivamente hispanista, y de su cariño, de su entusiasmo por el arte, la lengua y la literatura españolas traigo pruebas a docenas.

La inquietud de los estudiosos es evidente hoy en el país. Los universitarios están ávidos de saber, de conocer, lo que quiere decir que el país está asentando sobre bases firmes su futuro. Es notorio que, al lado de esta faceta positiva, la guerra ha alumbrado otras que Italia no deja de considerar con preocupación. Me refiero ahora principalmente al escepticismo, actitud de desasosiego espiritual que ha prendido en muchos jóvenes y que es hoy con frecuencia causa de suicidios y crímenes aparentemente inexplicables. Si se escarba en ellos, enseguida se adivina que la guerra está detrás, que es ésta una de las consecuencias más dolorosas de la gran catástrofe.

Otra cosa que me llamó la atención es la influencia norteamericana, influencia que afecta principalmente a las formas, es decir, a los modos, modas y modales. Por raro que parezca, esta influencia se acusa especialmente en la clase militar, y, sobre todo, en los militares de las últimas hornadas y, más aún, en los cadetes de las diversas academias. Estos muchachos suelen quemar sus ocios en los bares y cafeterías bebiendo *whisky*

y echando monedas en las máquinas tragaperras para escuchar las últimas dislocadas novedades musicales de Broadway. Para ello adoptan posturas muy cinematográficas y su actitud, aunque tarareen la música y sigan el compás con el pie, es de una irritante languidez. La manera de bailar o de comportarse con las muchachas o de mascar chicle revelan con gran elocuencia el paso por Italia de los ejércitos norteamericanos de ocupación. Una influencia, sin duda de poca monta, que uno imagina que desaparecerá con los años.

El más bello suburbio del mundo

El concepto que de Italia nos ha comunicado el neorrealismo lo halla el viajero en sus más puras esencias en la ciudad de Nápoles. Nápoles es una fascinante conjunción de belleza natural y fuerza vital. El efecto que Nápoles produce al visitante es el de una bellísima aldea de pescadores multiplicada por mil. Nápoles es una gran ciudad cuyos pobladores se esfuerzan en disimularlo; y hacen bien. De otro modo, la urbe perdería su sabor, muy concentrado y grato, su «italianismo» exacerbado. Esto no quiere decir que Nápoles haya quedado en un arrabal, aunque sí que el valor de la ciudad salta del arrabal a la bahía por encima del asfalto y las amplias avenidas del centro, que carecen de fisonomía propia, y, en consecuencia, el turista los da de lado. Jaime Alba me recordaba que no en balde «Nápoles es el más hermoso suburbio del mundo». Tal vez ninguna definición tan compendiada y exacta.

Arribar al golfo de Nápoles constituye ya un impacto de seguro efecto. En este aspecto, Nápoles es la antítesis de Venecia. De ésta decía más arriba que es una ciudad apagada de color. El golfo de Nápoles, Nápoles en perspectiva, es un rutilante, cegador estallido de luz. Imagino que Nápoles bajo un toldo de nubes perderá gran parte de su vistosidad. Por mi parte, celebro no haber tenido ocasión de verlo así. Dejemos de lado el intenso azul de su mar, el verde melancólico de sus alrededores y acentuemos la nota en la geografía circundante: las islas de Capri, Isquia y Prócida, como plácidos adelantados, y, a la izquierda, la extensa península de Sorrento, salpicada de pueblos y caseríos, y, en el empalme continental, la mansurrona mole del Vesubio como una posibilidad de amenaza; Pompeya y Herculano, a sus pies, son testigos de fuerza del horror de su cólera. El conjunto resulta embriagador; el golfo representa una de esas bellezas que el viajero no se conforma con ver. Desearía sorberla y digerirla como un helado de tuttifruti.

Nada digamos de su efecto próximo. Comer en uno de los restaurantes de Santa Lucia es uno de los pocos placeres tranquilos que van quedando en el mundo. El viajero tiene el pequeño muelle de pescadores al alcance de la mano; un muelle poblado de botecitos rojos, amarillos, azules y verdes. Los raqueros se zambullen en las aguas azules y se mueven en ellas como en un medio natural. Luego emergen y, desnudos, con el flequillo adherido a la

frente, solicitan del forastero unas monedas por la exhibición. Otros juegan en las escaleras de descenso. Son chiquillos sucios, harapientos, concentrados en el juego, pero fuertes, de sana apariencia. Al cronista le ha dejado Nápoles una intensa impresión de vitalidad. Es un vivero humano de fenomenales proporciones. Por supuesto, los napolitanos se abren camino por su simpatía; luego triunfan en cualquiera de los cinco continentes por su tesón y su inteligencia.

El napolitano es despierto y ágil como una ardilla. Pero luego hablaré de él. Me refería ahora al ambiente de los restaurantes del muelle. Tampoco aquí puede faltar la nota artística. Una orquesta de violines y mandolinas recorre las mesas interpretando aires del país. Al oírla, uno se da cuenta de que Nápoles sin música sería otra cosa. El aire napolitano, que el italiano del norte menosprecia por lamigoso, encierra unas cadencias nostálgicas imprescindibles para la comprensión de la región. Pocas veces se dará una adecuación tan cabal entre una ciudad y su música. Nápoles, antes que en la geografía, está en sus canciones, con perdón de los milaneses. Capri e Isquia, Prócida y Sorrento apenas tendrían relieve sin un violín detrás. Esto no se puede poner en duda. Cuando los violines enmudecen, la impresión es exactamente la misma que si se nublase el sol. El viajero no acertaría a describir el ambiente de Santa Lucia si no le estuvieran ahora zumbando en los oídos las notas del *Torna a Sorrento*; la música, en suma, es aquí algo tan natural y espontáneo como los gases de las solfataras unos kilómetros más arriba.

Nápoles, montada sobre una gigantesca joroba, no se eclipsa de noche. La perspectiva de la ciudad iluminada me recordó vivamente a la de Valparaíso. Dije entonces que el efecto es el de un teatro lleno y oscuro, con los ocupantes de todas las localidades fumando simultáneamente. Dije también que Valparaíso, de noche, es como un altar de Jueves Santo, pero sin geometría. Ganas de triturarme los sesos. Lo dicho entonces sobre Valparaíso vale ahora para Nápoles, siquiera no falte algún malintencionado que me diga que de noche todos los gatos son pardos.

El napolitano, entre los italianos, tiene mala fama. Se le achacan vicios deplorables, como los de ser vago y ladrón. No creo que esto pase de ser una elemental cuestión de celos de vecindad. Uno, por de pronto, después de su viaje a Nápoles, no ha echado nada en falta. Otra cosa es que el napolitano sea pícaro y avispado, que se las arregle como pueda para comer. Al parecer, la región, esencialmente agrícola, no es demasiado rica, ni la distribución de sus

recursos ejemplar. Pero, esto aparte, el principal problema de Nápoles es un problema de gente, un problema de población. Mas si uno piensa que es de aquí de donde sale el mayor contingente de emigrantes para América y observa la ingente tarea desarrollada por estos hombres lejos de su patria, llegará a la conclusión de que la afirmación de que el napolitano es perezoso por esencia es perfectamente gratuita. Ante las facultades creadoras y procreadoras del napolitano hay que descubrirse. Otra cosa es, repito, que el napolitano busque unas monedas para los *spaguetti* de rigor donde pueda. Para esto el napolitano se da una maña especial. Si es niño buceará o improvisará una tonada; si hombre, tocará un violín en la calle, pintará una madonna sobre el asfalto o se obstinará en servirle a usted de cicerone. Si mujer, en fin, le meterá al turista por las narices unas postales o le ofrecerá una flor. Todo, inevitablemente, adobado con la simpatía y la cordialidad. La ciudad de Nápoles constituye un ejemplo de convivencia. Esto significa que los malos trajes no comportan necesariamente malos modos.

En el napolitano, servicial por naturaleza, se da una suerte de zalamería socarrona, una locuacidad agresiva. El napolitano es un pirotécnico verbal. Verle expresarse, aun entendiéndole a medias, es un espectáculo. Yo imagino que el napolitano debe de ser un extraordinario actor. Su mímica, sus muecas representan el colmo de la expresividad. Cuando charla, lo hace no sólo para su interlocutor, sino para quien quiera oírle. El napolitano no conoce la más elemental reserva; lo que es, lo que tiene, lo que piensa, lo ofrece al común. El napolitano es de un espíritu comunicativo inimaginable. Esto, entiendo yo, y no otra cosa, es lo que le impulsa a hacer su vida en la calle.

Esto sólo sucede, naturalmente, en los barrios altos, en los barrios populares, que, incontestablemente, son los más. Se ha dicho que es la miseria la que impulsa al napolitano a ser callejero, a hacer literalmente la vida en el arroyo. Yo no lo creo así. Si un golpe de fortuna general cambiase las posibilidades económicas de la ciudad, las casas pobres se trocarían en palacios, pero el napolitano seguiría afeitándose delante de un vecino, el sastre cortando trajes ante su clientela y la planchadora actuando ante su parroquia. En Nápoles se ha sustituido el calor de hogar por el calor de barrio; eso es todo.

También es exagerado hablar en este caso de miseria. Los barrios napolitanos populares son pobres, pero no míseros. En todo caso son alegres, y eso es lo más importante. Las calles barriobajeras constituyen una explosión vital; es éste el reino de un optimismo contagioso. Sencillamente, cada napolitano necesita comunicar a su vecino sus alegrías y sinsabores; de otro

modo reventaría. La vida de relación es fundamental para él. Si en lugar de pobre fuese rico, la necesidad subsistiría. Se trata, en resumidas cuentas, de una exigencia inexcusable, de una exigencia casi física.

La pobreza napolitana es una pobreza eufórica y comunicativa, pero también una pobreza exhibicionista. Cada napolitano siente la vanidad de su oficio. En otras partes esta vanidad suele ser exclusiva de los artistas. Aquí participa todo el mundo, tal vez porque todo el mundo es artista o, al menos, tiene sensibilidad de tal. Hay que pasear despacio por las calles napolitanas para advertir el orgullo profesional, el orgullo del peluquero, la costurera o el limpiabotas. Creo que es ésta la única ciudad del mundo donde a los jugadores de cartas no les irritan los mirones. Nápoles brinda una constante emisión cara al público. Desconoce la intimidad; la rechaza de plano.

Las casas, sin ventanas, ofrecen sus puertas abiertas de par en par, muestran sus interiores con ingenuo impudor. La tertulia, la partida de naipes o de lotería —sobre todo de lotería—, al caer la tarde, a la calle. Por descontado, las casas, en sus plantas bajas, apenas cuentan con algo más de una habitación. En todo caso, la importante es la que se ve y su mobiliario resulta de una uniformidad divertida: cama grande con colcha detonante, mesa, sillas, muchas fotografías por las paredes, un despertador, una madonna y un cuerno. La madonna simboliza su fe, el cuerno sus reminiscencias supersticiosas. Un cuerno en casa —sin faltar a nadie— aleja los infortunios. Todo lo contrario que en España.

Supersticiones al margen, Nápoles me ha parecido una ciudad muy religiosa. En cada casa la Virgen dispone de un cirio o una lamparita constantemente encendida. En las esquinas de las calles es frecuente encontrar una composición escultórica primaria, preservada por un cristal. Yo tuve la oportunidad de ver varios cielos y varios infiernos compuestos a base de muñecos de barro de una puerilidad encantadora.

Nápoles, en resumen, es un pueblo con fe, y en el terreno político, en virtud de esos caprichos inexplicables de la vida, estos barrios dan una mayoría monárquica, dentro de un país que decididamente ha dejado de serlo.

Recorriendo las callejuelas empinadas de la ciudad, uno se explica la atracción fascinadora que aquélla ha ejercido sobre los directores cinematográficos de mayor sensibilidad. Nápoles es un mundo aparte. Ha creado una comunidad —solidaria y apretada como los gajos de una naranja — que es mucho más que una convivencia. Entre los vecinos de las calles existe una interdependencia auténtica. Alguien podrá pensar que lo que ha

hecho Nápoles es deshacer la vida de familia, romper la sagrada reserva del hogar. Yo pienso que no; es decir, yo pienso que no sólo no es eso sino que el napolitano, en su efusión cordial, abarca mucho más; ha hecho de su calle o de su barrio una gran familia. Lo único que ha destruido, a mi entender, son las barreras del prejuicio y la hipocresía. Si come pan a secas, lo come a la vista de todo el mundo. La murmuración en Nápoles no tiene, pues, razón de existir.

Yo quisiera aún hablar de la policromía de esta ciudad, del violento chafarrinón que componen sus ropas puestas a exhibir antes que a secar; sus montones de basuras —¡oh, qué valor pictórico encierran los montones de basura napolitanos!—; sus carritos cargados de buñuelos, naranjas o limones; sus gatos, dóciles y confiados como perros, y, ante todo, la música inimitable de su acento; esa voz de las mujeres de los barrios napolitanos que cuando llaman a un niño parece como si soltaran una pelota de colores que fuese rebotando de muro en muro hasta llegar al mar. Hablaría, en fin, de muchas cosas, pero éste sería el cuento de nunca acabar. Baste añadir que Nápoles, hasta el día, me ha brindado uno de los espectáculos callejeros más tiernos y conmovedores, más luminosos y pintorescos, más originales y divertidos que me haya sido dado contemplar en mi vida.

Roma

La tradición afirma que Roma está asentada sobre siete colinas; Pío Baroja asegura que no son siete, sino doce, y da sus nombres. Yo entiendo que no es cosa de reñir por colina de más o de menos, supuesto que lo verdaderamente importante es que la actual Roma esté montada sobre una pila de restos venerables de hace veinte siglos y más. La afirmación es tan auténtica que el romano que se decide a poner unos geranios en su jardincito apenas hinca la azada en la tierra tropieza con una reliquia. Esto ha creado en Roma una manera de ser, una actitud que podríamos definir como de «hermetismo arqueológico». Se da el caso de que un individuo que adquirió a precio de oro unos solares con objeto de venderlos y especular con ellos se vio arruinado de la noche a la mañana, ya que el Estado expropió los terrenos por cuatro liras tan pronto se enteró de que al cimentar el primer edificio habían aparecido allí unas ruinas históricas cuyo valor se presumía.

Este hecho y otros análogos han originado en el romano una cautela creciente, una suerte de reserva suspicaz y muy justificada, que le empuja a silenciar ciertos hallazgos ante el temor de la expropiación. A pesar de esto, Roma es hoy en día una concentración asombrosa de piedras preciosas. Uno no quiere pensar lo que sería si cada romano que tropieza con un capitel o una vasija fuese con el cuento al municipio.

Ante una floración mineral de esta naturaleza, el cronista se encuentra perplejo, lógicamente abrumado. La capacidad diferenciadora y estimativa del cronista en lo que a ruinas se refiere es muy modesta. En realidad podría escribirse mucho en torno al placer estético que pueda deparar la arqueología. El cronista entiende que el arqueólogo antes que del goce estético gusta del goce de la identificación, del placer inefable del rastreo de estilos. El propio cronista, cuya erudición es mínima, experimentaba una satisfacción pueril cada vez que su previsión coincidía con la guía que portaba en la mano. Hay en todo esto, indudablemente, no poco de vanidad satisfecha.

En otro orden de cosas, creo haber dicho ya que las piedras me sirven como estímulo evocativo, en lo que son capaces de prestar alas a la imaginación. Esto equivale a afirmar, tal vez con su poquito de desvergüenza, que la filiación monumental acaba cansándome, que la exploración prolija de piedras y reliquias me fatiga. Así las cosas, prefiero la perspectiva general del

Foro y del Palatino que brinda la plaza del Capitolio que el minucioso recorrido por aquéllos, con prolongados altos en la Domus Libia o el palacio de Calígula. El cronista sabe que estas afirmaciones escandalizarán a algunos, pero el cronista se ha impuesto como primera obligación la de ser sincero. En cualquier caso, las piedras de Roma tienen la suficiente personalidad como para complacer a los no eruditos, a los poco eruditos, a los medio eruditos y a los eruditos de cuerpo entero; es su ventaja.

Arquitectónicamente, Roma representa un puente tendido desde la época clásica hasta nuestro tiempo; un puente con cuatro pilares fundamentales: Clasicismo, Renacimiento, Barroco y funcionalismo. Entre el gran Coliseo y la estación Termini se extiende toda la historia de nuestra era. Con la particularidad de que la Roma monumental ofrece huecos —ojos— muy anchos entre las columnas citadas. Esto no tiene nada de extraño, supuesto que Roma guarda sus más expresivos tesoros de aquellas épocas en que su personalidad informó la historia del mundo.

No es cosa de desmenuzar piedra por piedra. Si es caso, sí lo es de aclarar que, en contra de lo que pueda creerse, la capital de Italia no es una urbe rancia, una urbe arquitectónicamente dormida en el pasado. Si algo llama la atención en el complejo romano es la consecuente disposición de sus monumentos, de tal forma que hasta las ruinas parecen enclavadas de acuerdo con un concienzudo plan municipal. La sorpresa del Coliseo o la columna Trajana, del Palatino o la basílica de Santa María, al llegar a cualquier encrucijada, resulta siempre congruente. La verdadera sugestión de Roma se encuentra en la ponderada mezcla de estos vestigios seculares con su tono, su carácter, su vibración de ciudad supercivilizada y moderna.

Si Roma prescindiese de su decoración, de sus amorfas ruinas y sus monumentales basílicas, de sus columnas y sus arcos, de forma que nos quedase únicamente su estructura moderna, Roma no sería muy diferente de cualquier otra gran ciudad del mundo. El cosmopolitismo y el acento refinado de las grandes urbes les confiere un tono de uniformidad molesto. El funcionalismo y la mecanización han hecho de las ciudades cuya población sobrepasa el millón de habitantes, complejos humanos indiferenciados. Las grandes capitales, contrariamente a lo que algunos imaginan, constituyen la más típica exaltación del provincianismo. La capital de cualquier país del mundo no es sino la elevación al cubo de sus características provincianas.

De aquí que Roma, si tiene un valor como individualidad, si encierra un carácter, éste no proviene del vértigo de su movimiento, ni de la animación de la vía Vittorio Veneto —una especie de calle Serrano con cristal de aumento

—, sino de sus incrustaciones históricas, de su color tradicional. El monte Aventino, el Palatino o la hermosa y versallesca Villa Médicis constituyen unas atalayas insuperables para gozar de las perspectivas romanas. Es desde estos observatorios desde donde el viajero percibe ese extraño pulso de eternidad que vitaliza a Roma como vitaliza a nuestra Toledo o a nuestra Ávila. El famoso color ocre de Roma adquiere un sentido observada la ciudad desde lo alto. Mas Roma no es sólo ocre; es una dilatada gama de ocres y amarillos que, en los atardeceres, cuando el sol declinante besa las torres y las cúpulas, asume una atrayente tonalidad de oro viejo. El ocre de Roma no es, pues, una utopía como puede serlo hoy el célebre rojo veneciano.

En todo caso, el centro de Roma produce una impresión de angostura. La desproporción entre sus calles y el volumen de tráfico es palpable. Para salvar la discrepancia, las callejuelas del núcleo urbano han sido privadas de aceras, con lo que el duelo automovilista-peatón adquiere caracteres épicos. El casco romano es un auténtico hervidero. Sin duda, los motores, la piedra y el asfalto harían de Roma una espantosa aridez si no fuese por el buen sentido con que se han distribuido en la ciudad las fuentes y las zonas verdes. La misión refrescante, tonificante, de unas y otras no es una frase. Jardines y fuentes, sobre suavizar perfiles demasiado rígidos, producen un efecto sedante sobre el transeúnte. No hablo ahora de Villa Borghese o de los jardines Pincio, o el parque Gianicolo, sino de esos minúsculos espacios verdes colocados por la municipalidad en cualquier rincón o en torno a unas ruinas.

Nada digamos de las fuentes romanas. Una vez más el sentido artístico de este pueblo se hace evidente aquí. Roma cuenta con más de cuatrocientas fuentes estratégicamente dispuestas en plazas, calles y encrucijadas; fuentes pequeñas y grandes que en la iniciación del verano encierran el valor de un oasis en el desierto. Las fuentes otorgan a Roma otro rasgo de singularidad.

Desde otro punto de vista, Roma, como capital del país, es el más importante bazar italiano de cosas superfluas. He aquí otro dato común a todas las capitales del mundo, dato impuesto por la atracción que la capital ejerce sobre la provincia. El italiano reserva siempre unas liras para gastarlas en Roma, y de ahí que Roma ofrezca una variedad inagotable de *trattorias*, cafeterías, joyerías, florerías, cines y teatros.

En Roma he advertido que existe una gran voracidad mercantil. Esto es otro indicio de bienestar, de desahogado nivel de vida, pero al propio tiempo creo que confirma esta otra observación mía de que el italiano gasta menos en comer que el español. El italiano hace dos comidas —a la una y a las ocho y

media— y es muy frecuente que éstas se compongan de un solo plato: pasta, casi con toda seguridad. De la capacidad del italiano para ingerir pasta podría escribirse un libro.

Por otra parte, y como es sabido, el italiano no sabe fumar. Su tabaco es flojo, insípido. El cigarrillo italiano produce al fumador español una sensación terrible de insatisfacción; el mismo cigarrillo, consumiéndose solo en el cenicero, despierta una impresión de desmayo, de inocuidad, de sosería. El español, habituado a los explosivos de nuestra Tabacalera, si arriba a Roma sin provisión, siente deseos de morder a alguien. El tabaco italiano, en suma, no está a la altura de sus vinos, ni de su café y, por añadidura, es caro.

No me quedaría a gusto si cerrase este apartado sin aludir a la influencia de Sophia Loren y Gina Lollobrigida, que he podido constatar en las calles de Roma. El contoneo y la indumentaria de la muchachita italiana, de la modistilla romana, me ha demostrado que sus ídolos femeninos no vienen ya de Hollywood. Los erguidos bustos de las octogenarias, a su vez, demuestran que el paso de Sophia Loren por Italia ha dejado, al menos, una huella tan profunda como el paso de los ejércitos americanos de ocupación sobre las últimas promociones de cadetes.

Roma cuenta con un barrio al que se han insuflado aires napolitanos: el Trastevere. El Trastevere es a Roma lo que Triana es a Sevilla; no un barrio mísero, sino un barrio típico y popular. En el Trastevere hay una concentración intensa de aroma latino. Empezando por su trazado, de graciosa asimetría, y terminando por su vitalidad estridente, el Trastevere responde a las características de improvisación y espontaneidad que definen el temperamento latino. El Trastevere es un barrio con gracia, un barrio de denso sabor, vibrante y abigarrado. Sus calles adoquinadas, sinuosas, sin aceras, están flanqueadas por hileras de casas modestas, de fachadas amarillas, llenas de cicatrices y desconchones. Las flores, las plantas brotan en los balcones sobre latas de conservas o adornan en las esquinas a las más ingenuas efigies de madonnas que puede concebir la mente humana. A izquierda y derecha se abren callejones sin salida, callejones poblados de gritos y de ropa tendida de balcón a balcón. Abajo, en las orillas, andan las basuras y los gatos errabundos. En ningún lugar de Italia he visto las *trattorias* y *pizzerias* que en el barrio del Trastevere. Algunas de éstas tienen terrazas al aire libre, circundadas por una cerca de tiestos, y los músicos, los ingenuos, espontáneos músicos italianos, rebotan de mesa en mesa animando las digestiones con el violín o el acordeón.

El habitante del Trastevere responde a una manera de ser peculiar. El habitante del Trastevere es ingenuo y comunicativo —muy napolitano—, pero, en contra de la fama, no es perezoso. Hay allí muchos tallercitos de artesanos que trabajan la noche entera, tal vez para holgar durante el día. En este aspecto, el barrio no admite horarios; su régimen de vida resulta de una simpática, impremeditada anarquía. Lo que ocurre es que «los que viven al sol» hacen de su ocio una ostentación. Luego se conformarán con dos vasos de vino y una lechuga por todo alimento. En cualquier caso, nunca el habitante del Trastevere mostrará la humilde vanidad del parado; si se le interroga, responderá que es suplente del ayudante del matarife de la zona, o bien descargador del tabernero. No hay que decir que el suplente del ayudante del matarife entrará en funciones dos veces por año y el descargador de vino lo hará una vez por mes. Nada de esto fuerza al trasteverino «que vive al sol» a confesar su indigencia ni a convertirse en un limosnero. Por lo demás —y es su última diferencia con Nápoles—, en el barrio de Trastevere existe un recato, un resto de pudor —o tal vez sea el tráfico acentuado— que le impide hacer su vida en la calle.

Mayo-junio de 1956

Portugal

1957

Un manuelino con desviaciones domésticas

Lo primero que sorprende al viajero a su entrada en Portugal es la inclinación de este pueblo hacia el adorno. No es el caso de Italia; Italia es un país de artistas, mientras Portugal es un país de tímidos. La sensibilidad estética de los italianos tuvo siempre muy buena prensa. Portugal, en cambio, no. El portugués no es que haya tenido mala prensa, es que no la tuvo casi nunca, ni buena ni mala. No obstante, el portugués, consciente de su postergación, ha tratado desde hace siglos de disimular sus defectos. El arquitecto Perret decía que el adorno encubre siempre un error de construcción. El cronista no diría tanto. El cronista diría que el adorno encubre, a veces, una desconfianza en la propia obra; de ahí ese afán de los portugueses por limar aristas, por multiplicar planos, por enriquecer superficies; en suma, por adornar las cosas.

Cada país se define artísticamente a su manera. Del románico al neoclásico se desarrolla en Europa un proceso arquitectónico lleno de sugestiones. Mas la personalidad de cada pueblo no se encuentra solamente en la interpretación de cada uno de estos estilos comunes. En última instancia, cada país alumbra un estilo que es, en definitiva, el que más se aproxima a su esencia y, por tanto, el más adecuado para definirlo. Así aparece en Portugal el manuelino. Portugal, el alma portuguesa, se manifiesta antes que en ningún otro aspecto —si prescindimos del fado— en la arquitectura manuelina. El portugués gusta de este estilo recargado y simétrico porque el portugués es manuelino de la cabeza a los pies. Lo fue y lo sigue siendo en 1957. Lo que sucede es que Portugal no se decidió a «inventar» este estilo hasta después de los descubrimientos geográficos debido a su innata timidez. La timidez portuguesa y su propensión al adorno son dos facetas de un todo, dos actitudes que se influyen mutuamente. El portugués, en principio, no adorna porque le azora hacerlo; pero una vez que se decide a adornar, lo adorna todo porque le azora presentar sus obras al desnudo. El fenómeno ofrece, pues, una complejidad solamente aparente.

Hasta los grandes descubrimientos, el luso se deja vivir. No se decide a crear. Acepta y adopta lo ya creado. Mas, tras las proezas de Gama y Cabral,

advierte que su país cuenta, tiene un sitio y una misión en el mundo; constata su propia importancia; reconoce que no hay ninguna razón para subestimarse y entonces se decide y es como si dijera: «Ahí está lo que yo considero el canon de la armonía y la belleza». Y pone en circulación el estilo manuelino; alumbra «su estilo».

La fecha de aparición y los adornos característicos del mismo —redes, corales, nudos, conchas y otros motivos marineros— inducen a algunos a considerar el manuelino como hijo de los descubrimientos, siendo así que éstos, a mi entender, no son más que su causa próxima. Pretendo decir con esto que el manuelino nace con la raza; que el portugués propende al adorno desde el momento en que aparece como individualidad étnica.

Pero tal vez esto sea un preámbulo demasiado largo para alcanzar una consecuencia demasiado corta. De cualquier modo, el gusto del portugués por la mezcla, por el disimulo de las aristas, resulta tan patente en el claustro de los Jerónimos de Belem como en la fonda de Villar Formoso, primera localidad portuguesa cuando el turista accede por Ciudad Rodrigo. En uno y otro caso el portugués desdeña las cosas claras, se va por las ramas, se extravía en el galimatías de lo puramente accidental y accesorio.

No creo, en efecto, que el manuelino represente un estilo circunstancial. La tendencia al adorno es tan espontánea y vehemente en el portugués que ha invadido hasta la cocina. Considere el lector que el primer plato que el cronista consumió en Portugal conjugaba ingredientes tan aparentemente dispares como el arroz, el sollo, la lechuga, el pimiento, la coliflor, las aceitunas negras y las bolas de bacalao. Un plato, como se ve, complejo y barroco; un plato donde no resulta fácil descifrar cuál es la pieza fundamental. Uno puede pensar que un hecho de esta naturaleza sólo puede ser debido al azar, mas confrontaciones posteriores autorizan al cronista a asegurar lo contrario. Una ración de merluza rebozada se suele acompañar aquí de ensalada de lechuga y cebolla, aceitunas negras y flan de arroz blanco. Esto demuestra que, en lo que atañe a la cocina, el gusto por la ornamentación no implica necesariamente exquisitez.

El barroquismo constituye un fenómeno que invade casi todas las actividades de la vida portuguesa. De Brasil, con el café y los mestizos, la influencia más notoria nos la brindan las aceras de las ciudades grandes y pequeñas; esas aceras típicas, de baldosa minúscula combinada en blanco y negro y formando graciosos y complicados arabescos. Los apetitosos pasteles de Coimbra, denominados *tentugas*, responden también a un desasosiego ornamental, supuesto que su finísimo hojaldre simulando papel le induce a

uno a desenvolverlos antes de llevárselos a la boca. Algo semejante acontece con los edificios, sean de ayer o de hoy. En los palacios de Queluz y Sintra la máxima preocupación estética deriva del motivo decorativo de los azulejos. En las casas modernas, el rígido funcionalismo al uso es atenuado con mosaicos y flores y, en la medida de lo posible, entonándolos dulcemente —difuminando la aridez de las formas— en rosa, verde o amarillo pálidos combinados con blanco.

Tan significativos, por cuanto demuestran que la tendencia al adorno no es patrimonio exclusivo del hombre urbano, son los pajeros que el turista encuentra en los pueblos del trayecto. De ordinario, el campesino español amontona la paja como Dios le da a entender; en Portugal no sucede así. Aquí los pajeros responden a un sentido del equilibrio, a una preocupación estética, y adoptan una forma peculiar de gorro de guardia o, más bien, semejante a los antiguos cascos de nuestros soldados de Farnesio. Existe, sin duda, en todas estas manifestaciones una suerte de regodeo ornamental.

En otro orden de cosas, el ceremonioso y cortés lenguaje de los portugueses responde seguramente a esta misma razón. Cuando el portugués dice «excelentísimo señor» está adornándose y adornándonos. Cuando el portugués llama *mortaja* al papel de fumar usa de una delicada metáfora ornamental, todo lo macabra que se quiera, pero «decorativa» al fin y al cabo.

Resumen: que sin su aversión por la sangre, dados su probado valor y su facilidad por la filigrana, Portugal podría dar al mundo magníficos toreros.

Discreción y timidez

Eso de que Portugal y España anden hombro con hombro responde a una realidad física evidente, mas en el terreno espiritual no pasa de ser una quimera. Cuando las políticas de dos pueblos se muestran demasiado acordes, los pueblos en cuestión propenden al distanciamiento. Es lo mismo que cuando dos familias amigas aspiran a unirse en parentesco mediante el matrimonio de sus hijos; éstos rara vez se comprenderán y con frecuencia no sólo no llega el enlace apetecido, sino que los respectivos vástagos propenden a sentirse separados por una cordial antipatía. Hablando en plata, los españoles desdeñan a Portugal y los portugueses, apocados y con cierta predisposición a la suspicacia, no muestran el menor interés hacia España. Tal vez estamos demasiado cerca y durante un tiempo excesivamente prolongado. En cualquier caso yo entiendo que ha llegado la hora de que portugueses y españoles se den cuenta de que navegan en un mismo barco y que urge establecer entre ellos una recíproca corriente de comprensión y simpatía.

Por nuestra parte, considero que el desinterés que tradicionalmente sentimos hacia Portugal resulta en extremo gratuito. El país vecino, sobre contar con unas reliquias artísticas de primer orden, posee unas amenas perspectivas naturales y unos escenarios donde se desarrollaron acontecimientos de la historia común que ningún español culto debería desconocer. Entiendo, pues, que es un poco arbitrario que la riada turística española haga cola en el Pirineo, teniendo como tiene por el oeste unas anchas puertas abiertas de par en par. Es injusto, evidentemente, reducir Portugal al foco de peregrinación de Fátima. Portugal tiene otras muchas cosas dignas de verse y admirarse.

La escasa atención que el español concede al portugués empieza con el idioma. No conozco a ningún compatriota que ante un proyecto de viaje a Portugal se haya molestado en adquirir unas someras nociones de aquella lengua. El español suele ser muy glorioso. «El portugués lo entiende cualquiera», se suele oír aquí con frecuencia. Mas luego resulta que un español en Lisboa, fuera de los periódicos, no entenderá una palabra. Al margen de su raíz latina, el portugués hablado resulta bastante impenetrable. Las vocales mudas, las apócopes y las contracciones hacen el idioma un tanto ininteligible y huidizo. Un amigo mío afirmaba que lo peor del inglés no es la

gramática, sino el hecho de que los ingleses «no sepan pronunciar». Algo de esto acontece con el portugués. Los portugueses hablan entre sí deprisa y a media voz; los portugueses se comen las sílabas que no sean imprescindibles para que su interlocutor les comprenda. Yo sospecho que todo esto lo hace el portugués —o lo hizo antaño y ha pasado hoy a ser costumbre— a fin de resolver cuanto antes una situación, el diálogo, que, dada su timidez, se le antoja enojosa.

En cualquier caso, el portugués habla menos que el español, y cuando lo hace es en tono menor. En España no sólo los automóviles, sino los peatones nos entendemos a bocinazos. Conviene arribar a la Plaza Mayor de Salamanca después de un mes de estancia en Portugal para advertir este fenómeno. La estridencia vocinglera ya no tiene sitio en el mundo fuera de España e Italia. Esto puede interpretarse tanto como síntoma de alegría de vivir como muestra de incivilidad colectiva. El problema es bastante ingrato y complejo, pero empieza por manifestarse en los prohombres. Salazar habla poco, hasta el extremo de que los portugueses censuran su hermetismo, su casi absoluta incomunicación con el pueblo. Por mi parte puedo afirmar que tertulias, lo que se dice tertulias, sólo las vi en Coimbra, y por cierto muy curiosas: los conversadores se estacionan en nutridos grupos, de pie, en plena calle. Se conoce que la gente se cita a la puerta del establecimiento de Fulano a determinada hora. Según me aclararon en Lisboa, éstas no son sino reminiscencias de ayer, favorecidas por el clima.

En todo caso, ni las calles ni los lugares públicos son ruidosos en Portugal. En Portugal se desconoce la algarabía. Nada digamos de la discreción de los servidores de toda clase. La primera camarera con quien tropecé me sorprendió reiteradamente con un suave bisbiseo cada vez que se aproximaba a la mesa. Al principio pensé en una muletilla, pero finalmente advertí que la muchacha pedía «licencia», si bien en su apocamiento apenas musitaba un *sens* templado y discretísimo. Esto acontece, en mayor o menor medida, en todas aquellas profesiones que exigen un contacto continuo con el público, incluso en aquéllas cuyos titulares suelen manifestarse en España con mayor vehemencia y desgarro.

Un detalle significativo es que en Portugal aún no haya entrado la angustiada prisa que caracteriza a nuestra época. Un dato lo demuestra: la cafetería no tiene sitio en sus ciudades; la «barra» apenas se conoce, no existe, y donde existe no es frecuentada. De este modo, Lisboa puede ofrecer aún al forastero reposados cafés, y no viejas reliquias remozadas, sino establecimientos

ultramodernos como no los hemos conocido en España, porque el ciclón desatado por bancos y cafeterías los arrasó antes de que pudieran ponerse al día. A estos efectos, el café Imperio, en Lisboa, es un digno botón de muestra de lo que hubieran sido nuestros cafés si la fiebre de eficacia que ha invadido nuestro país no diera al traste con ellos.

Queda, naturalmente, por ver si Portugal vive la última fase de su vida apacible porque aún no llegó el apremio y la velocidad insana que priva en el resto del mundo, o bien porque el país es refractario a este clima de tensión. A la vista de la nutrida circulación mecánica de Lisboa, uno creería esto último. Mas si pensamos que estos contagios, como el de la gripe asiática, se propagan por el Pirineo, es muy posible que Portugal esté viviendo sus postreras horas de tranquilidad. Por de pronto, a uno le admiró la pacífica concentración, típicamente provinciana, que se produce en Lisboa y en sus hermosos aledaños los días de fiesta. La gente sale a tomar el sol y si dispone de un medio de transporte se llega a las bellísimas costas de Cascais o Estoril, o simplemente a ver «el barco inglés encallado», o cómo salta el agua en el acantilado de la Boca del Infierno. En los alrededores, modestos vendedores ambulantes ofrecen a los paseantes cacahuetes, caramelos, altramuces y *queijada*. Nada de esto priva a Cascais y Estoril de un ambiente de sereno señorío, de cosmopolitismo azul semejante al de Niza o San Sebastián.

En apariencia, repito, Portugal no está sometido aún a esa fiebre por llegar y por desplazarse de nuevo que impera hoy en el mundo. La escasez de motocicletas confirma esta impresión. Por más que el temperamento portugués tampoco parece adecuado para ir petardeando sobre una moto con el escape libre por calles y plazas. El portugués no desea llamar la atención; el portugués, hospitalario y cordial, es por demás apocado. Siempre que se mueve en derredor nuestro lo hace pidiendo disculpa. Más aún, con frecuencia el portugués, para evitarse el trago de la declaración amorosa, solicita matrimonio mediante la sección de anuncios económicos de los diarios. No se trata de pedir relaciones más o menos frívolas y transitorias, como sucede en París, Buenos Aires o Berlín. El portugués es demasiado sensato y serio para eso. El portugués pide la mano, una mano abstracta y desconocida, de su futura valiéndose de un anuncio telegráfico, muchas veces abreviando palabras para que el paso no resulte demasiado gravoso. Véanse las muestras: «CASAMENTO: viuva 6o a., livré, p cavalheiro 6o a 75 a. Resposta c. n.º de telefone e detalhes ao Rosío, 11, ao n.º 1856». «CASAMENTO: Sarg. avi. deseja conhec. menina 20 aos 26 anos, católica, com. alg. meios ou empreg…, —etc. A veces se solicita tan sólo confortamiento moral—:

CAVALHEIRO, 34 anos, solteiro, procura sènhora para conforto moral e espiritual. Resposta ao Largo do Chiado, 9».

Este apocamiento, hecho de incomprensiones, de ternuras y de nostalgias, se expresa fielmente en el fado, esa canción popular portuguesa que uno puede saborear a sus anchas en el figón subterráneo de Celeste Rodrigues, en la rúa Viela de Lisboa, «reservado para adultos», donde los cantantes más afamados del país entonan su dolorida canción, desgarrada como un lamento, recostando lánguidamente la nuca en un pequeño farol que se yergue en el centro del establecimiento y derrama sobre las mesas bien provistas una luz amarillenta y melancólica.

Coimbra, síntesis de la vida provinciana

Expresión urbana de la suavidad, de la apagada timidez de los lusitanos, es la ciudad de Coimbra. Coimbra es la antítesis de la frivolidad, el más adecuado exponente y uno de los pocos que Portugal puede exhibir como compendio de la vida provinciana. Porque Portugal adolece de una discreta macrocefalia; discreta, naturalmente, si la comparamos con las de los países más importantes de América del Sur. De un complejo de población metropolitana que ronda los ocho millones, Lisboa cobija más de uno. Los otros siete se distribuyen —campo aparte— entre una serie de pequeñas capitales —Santarem, Leiria, Setúbal, Viseo, Guarda, Aveiro— cuyo ritmo de vida, a excepción de Oporto, se asemeja al de los grandes pueblos —Abrantes, Caldas de Rainha, Tomar, Sintra, etc.—; quiero decir con esto que de Lisboa a cualquier capital de provincia —siempre con la exclusión de Oporto— hay más distancia que de cualquier capital de provincia a cualquier pueblo importante. Esto nos lleva a la conclusión de que en Portugal no es fácil hallar un tono de vida provinciano semejante al que pueden darnos Sevilla y Zaragoza, o Valladolid y Salamanca; o, mejor aún, que la nación lusa vive un poco en función de su capital.

De cualquier modo, esa indiferencia que señalamos entre la población pequeña y los grandes burgos quiere decir, tanto como que aquéllas no tienen gran densidad humana, que éstos, los pueblos, exhiben un tono de vida muy elevado y pulcro. En todo caso, el Gobierno se ha preocupado de que las localidades que se alzan en las vías más frecuentadas ofrezcan una apariencia decorosa y aun, en ocasiones, de una dignidad diríamos desproporcionada. Tal sucede con la hermosa avenida del Doctor Lourenço Peinxinho, en Aveiro, capital de diecisiete mil habitantes y cuya Gran Vía, flanqueada de establecimientos comerciales de cierta suntuosidad y unos luminosos y un alumbrado a tono, tiene una extensión de aproximadamente un kilómetro. Otro tanto ocurre en la zona baja de Coimbra —que revela una solícita atención municipal en todos sus aspectos—, de una atrayente modernidad y que proporciona al turista que va de paso una impresión extraordinariamente favorable. Otra cosa es —como sucede en Aveiro— si el turista se obstina en callejear con su automóvil y se pierde en el dédalo de callejuelas contiguas al eje urbano. En ese caso el forastero se sorprenderá del duro contraste entre las

calles secundarias y las principales y llegará al convencimiento de que de la misma manera que Portugal vive en función de Lisboa, los barrios de cada ciudad viven en función de su centro. Uno, en resumen, recibe la impresión de que los respectivos presupuestos municipales rara vez alcanzan los arrabales. Nada de esto obsta para que los pueblecitos portugueses que le salen al paso al turista ofrezcan un aspecto de pulcritud, de decencia urbana, de sanidad municipal muy plausibles y gratas. Uno se asombra de los milagros que puede operar un encalado periódico. El sistema, sin embargo, tiene un inconveniente: la uniformidad. En España resultaría lamentable que un baño de cal diera lugar a confundir un poblado montañés con otro manchego.

Mas a lo que iba. Si en Portugal existe una vida provinciana, ésta se produce en Coimbra. Ya he dicho que la primera impresión que Coimbra depara al visitante es de antifrivolidad. Contrariamente a lo que suele suceder en todas las ciudades de Europa y América, el centro de esta ciudad no es de los cines, de los teatros, ni de las *boîtes*. Uno suda para encontrar en Coimbra un centro de diversión. Muy al contrario, esta ciudad exhala por los cuatro costados un vaho austero, sesudo y doctoral. Coimbra viene a ser a Portugal lo que Bolonia es a Italia. En Portugal, «el que quiera saber que se vaya a Coimbra». La gravedad, el laconismo, la mesura del doctor Salazar ya delatan su procedencia.

Sin embargo, la llegada a la ciudad, necesariamente a través de la avenida Navarro o de la rúa Ferreira Borges, provoca un inevitable desconcierto. Junto al cauce del río Mondego se estacionan varios centenares de automóviles. No obstante, ni en la avenida ni en las calles adyacentes se descubre rastro de vida. La ciudad, de seis a nueve de la noche, horas de animación, de callejeo sin rumbo en el resto de Europa, evidencia un apagamiento, una quietud, un silencio típicamente invernales. Uno se pregunta dónde andarán escondidos los dueños de tantos automóviles como se ven aparcados. Una somera visita a la ciudad desvela el misterio. En la avenida Navarro, junto al Mondego, se concentran todos los automóviles de Coimbra. Fuera de esta avenida, realmente hermosa, resuelta con buen gusto urbano, y de la rúa Ferreira Borges, que hace cruz con ella (salvando el Mondego mediante un puente que a pesar de su joroba —que todo hay que decirlo— es de una amplitud y unas proporciones sumamente gratas), las calles de Coimbra, como las de Toledo o las del barrio de Santa Cruz de Sevilla, o las de los barrios altos napolitanos, no son aptas para la circulación rodada. Son callejuelas angostas y sinuosas,

confidenciales, muy ajustadas al hechizo de la ciudad. Deambulando por ellas, los estudiantes, flacos y cetrinos, envueltos en sus capas livianas y sus levitas, ponen no diré una nota de color, puesto que aquéllas son negras, pero sí de tipismo y austeridad. La mejor manera de sentir el espíritu de Coimbra es extraviarse en esas callejas, donde de cuando en cuando salta una tertulia que comenta reposadamente, en corro, los acontecimientos del momento.

El día clarifica un poco la confusión inicial. Coimbra es como un cacahuete. Situada en las últimas estribaciones de la Sierra de la Estrella, la topografía ha impuesto la configuración a la ciudad. En uno de los bulbos se alza el barrio universitario y en el otro el de Santa Clara, más popular. El Mondego, con la avenida Navarro flanqueándolo, discurre por medio, separándolos y uniéndolos. No hay que decir que los accesos a uno y otro barrio son peliagudos, de una dificultad supina. Ascendiendo a la universidad se explica uno que los estudiantes portugueses estén exentos de la educación física. Esta especial conformación de la capital y la frondosidad de sus alrededores le imprimen una belleza apacible. Uno piensa que no puede haber cosa más bella que el barrio universitario contemplado desde Santa Clara hasta tanto no se le da contemplar Santa Clara desde el barrio universitario. Los miradores naturales, en la ciudad y en el campo, constituyen una de las grandes ventajas del país. Las perspectivas de Santa Clara y el barrio universitario resultan en la noche de una plasticidad rutilante y sugestiva.

En los cafés, en los escasos cafés de Coimbra, no se charla; se lee o se escribe. Y tanto en ellos como en los restaurantes las puertas están abiertas de par en par en pleno diciembre. Uno no piensa hacer cuestión del clima de la zona, más bien benévolo; pero diciembre es diciembre aquí y en Sebastopol. Está visto que para pasar frío no hay como viajar por esas zonas que el turismo recomienda como estaciones de invierno. Los fríos más atroces de mi vida los he pasado en Pau, Málaga y Coimbra; es decir, en tres ciudades que, al decir de los expertos, alientan bajo un clima templado. Para no pasar frío, nada como temer al frío. En el caso de Coimbra bien está que el estudiante se eduque en el rigor del estoicismo; pero para quien por desgracia rebasó ya esa edad, comer en diciembre con la puerta de la calle abierta representa un alevoso atentado contra su digestión. En descargo debo decir que los restaurantes de Coimbra, o los dueños de los restaurantes de Coimbra, tal vez para demostrar que en la ciudad todo el mundo piensa con la cabeza, autorizan a los clientes a pedir medias *dosis*, o, si se prefiere, medias raciones. Medida civilizada —¡la dosis allí son tres huevos!— muy de tener en cuenta a la hora de calibrar el estadio cultural de la ciudad en cuestión.

Fátima

El turista que recala en Portugal, con mayor motivo si es español, no puede excusar una visita al Santuario de Nuestra Señora de Fátima. Esto es algo tan ineludible como acercarse a Lourdes cuando se recorre el sur de Francia. No obstante, en estos lugares donde se conmemoran acontecimientos sobrenaturales es virtualmente imposible que el turista quede satisfecho. La razón es que estas basílicas y sus aledaños se han montado para albergar peregrinaciones multitudinarias y buscando su confort y procurando su estacionamiento se ha borrado todo rastro del escenario natural donde se produjeron los hechos milagrosos. Intento decir con esto que estos lugares se empequeñecen cuanto más pretende el hombre engrandecerlos. Es un hecho ineluctable. En Lourdes acontece otro tanto, aunque por una suma de circunstancias —tradición, topografía, monumentalidad en torno— en una medida menos aparatosa. En Fátima la piedra y el cemento, acumulados en cantidades masivas, confieren al lugar una frialdad, una asepsia muy alejadas de la emoción que uno va buscando. Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que en las visitas colectivas el calor contagioso de la fe avive un sentimiento religioso que de otro modo, es decir, en un viaje a palo seco, como el realizado por el cronista, es difícil se produzca.

Fátima, la aldea de Fátima, fue el escenario de unos acontecimientos sobrenaturales. Ausentes los pastores, es decir, los protagonistas de las celestiales visiones, lo que más podría interesar a la posteridad era el escenario. Pues bien, es esto, el escenario, lo que el hombre, con muy buena intención sin duda, ha borrado cuidadosamente del mapa acopiando toneladas de piedra y de cemento, distribuyéndolas en un área muy extensa. Quedan los alrededores. Estas cosas siempre se hicieron al revés, es decir, que el santuario, la explanada para la recepción de peregrinos y todo el tinglado comercial y turístico que acompaña inevitablemente a estos fenómenos debieron montarse en los alrededores y dejar intacto «el lugar». No se ha hecho así y esto explica el porqué el visitante solitario que se acerca a Fátima por el sur experimenta mayor emoción tres kilómetros antes del lugar que en el lugar mismo. Son obvias las razones. A tres kilómetros de Fátima, arribando por Santarem, las casas, el paisaje, las costumbres se conservan en toda su pureza, tal como las conocieron y vieron los tres pastorcillos. El

paisaje es el que ellos vieron, el mismo por el que pastaron sus rebaños. Formando parte de él están las pobres casas de piedra, los cercados de piedra también, las majadas, las mujerucas enlutadas, resignadas y toscas, pañuelo a la cabeza y pies descalzos, sobre un fondo atormentado de pinos y olivos que aparecen enraizados en la roca viva. El tomillo aroma el ambiente y las aliagas y el espliego alfombran un suelo tal vez de los más hoscos e ingratos de Portugal.

Pues bien, esta escenografía, de una notabilísima singularidad, ha sido destruida en Fátima. El hombre resulta impotente ante lo sobrenatural. Y al acumular piedras para ayudar a la evocación, anula toda posibilidad de evocación. A veces la piedra labrada puede ser más feroz, inhumana y demoledora que la misma piqueta. No me atrevo a insistir con nuevos argumentos. Creo que estas cosas forzosamente han de ser así. A veces las obras se salvan, como ocurre en Covadonga o Montserrat, porque el hombre, pese a sus recursos, no puede desmontar la topografía; la topografía es más fuerte que él y ante eso no tiene más remedio que agachar la cabeza.

De todos modos, algo más pudo hacerse en Fátima a fin de sustituir dignamente la pureza inicial del lugar. Lo que hoy existe carece de grandeza. Y no me refiero, naturalmente, a la multiplicación de comercios, hoteles y restaurantes, sino al aspecto más concretamente religioso. La basílica es modesta e impersonal y la explanada que la precede ofrece una fría y desnuda rigidez totalitaria. De otro lado, la pequeña capilla de devoción a Nuestra Señora de Fátima es de un mal gusto decepcionante. No quiero decir pobre, que bien está que lo sea, sino inadecuada; el establecimiento más parece un lavadero de pueblo que una capilla. Los escasos visitantes que coincidieron con el cronista no acertaron a explicarle el significado de la encina próxima, dolorosamente prisionera del cemento. Parece ser que dicha encina no es la de las apariciones —que fue quemada—, sino otra que ha sido trasplantada allí, con la sana intención, sin duda, de que el visitante pueda contemplar una muestra —una muestra microscópica, poco más o menos de tres metros cuadrados— de cómo era aquello antes de ser destruido por el hombre. Luego está la fuente milagrosa, igualmente prisionera del cemento, muy torpemente entubada. El hecho de tener que oprimir un resorte de bronce ya anula de antemano toda disposición emocional en el alma del viajero.

A Fátima, en suma, se la ha desposeído de naturalidad, se la ha enfajado en un cinturón ortopédico de piedra y cemento. Bien es cierto que cuando es la fe y la esperanza las que promueven el desplazamiento del viajero, los retoques adicionales del hombre significan muy poco. El hombre, en lo

fundamental, no puede añadir ni quitar nada, siquiera tampoco estuviera de más en casos como éste guardar las apariencias.

Paso a paso

Amigos portugueses me aseguran que en el país la riqueza está muy concentrada, se encuentra repartida entre muy pocas manos. Uno llegó a darme una cifra: veintiocho familias. Naturalmente esto será exagerado, si bien el cronista carece de base para entablar debate en un terreno, sobre espinoso, desconocido. En todo caso, las apariencias indican otra cosa. Pretendo decir que lo que aquí se ve está en contradicción con lo que me dicen; es decir, que el nivel de vida de Portugal parece discreto. El nivel de vida, como el embarazo, es muy difícil de ocultar. Se disimula mientras se puede, mas llega un momento en que forzosamente se manifiesta la rotundidad delatora. Y el gran número de automóviles de todas clases que ruedan por el país, la afluencia de gente a los comercios y establecimientos de diversión, la actividad de las editoriales y el mismo desarrollo de la televisión demuestran que, si no un ritmo de vida muy elevado, los portugueses, dadas las circunstancias, sí disfrutan, en general, de una vida discretamente desahogada.

Un amigo portugués me insistía en que no me dejara guiar por las apariencias. «Todos los automóviles que usted ve están hipotecados, —me decía—. Hay quien ha tenido que desprenderse de su coche porque no tenía dinero para gasolina». En realidad éste es un fenómeno universal. Hoy día no es la necesidad la que crea el órgano, sino el órgano quien crea la necesidad. El sistema de venta a plazos priva hoy en el mundo. Y ha sido inventado precisamente por el país más rico del globo. Que los portugueses compren su automóvil a plazos, y hasta que algún insensato no se dé cuenta, hasta que sea demasiado tarde, de que no puede abonar esos plazos, cae en el terreno de lo común y previsible. Mas el hecho de que en Portugal ocurra esto con los coches y no con las lavadoras eléctricas ya demuestra que los portugueses pican muy alto y que para comer y vestirse no encuentran excesivas dificultades. En definitiva, el dato que nos facilita una idea clara del nivel de vida de un país es el número de personas que tienen acceso a lo superfluo.

Por de pronto, uno entra en Portugal con el prejuicio de que va a tropezarse con un país miserable, y la sorpresa es mayúscula. Se dice aquí que Salazar lleva el país, la economía del país, con pasos demasiado cautelosos, y que rige sus destinos con un criterio estrecho de ama de casa. He aquí un

punto interesante a considerar. El cronista estima que nada como encontrar un gobernante cauto, con criterio de economista doméstico, para un país que no nació rico, para un país cuya economía está por hacer. El doctor Salazar, en efecto, ha demostrado ser un gobernante ahorrativo, de una meticulosidad fuera de lo corriente. En este aspecto es un hombre íntegro, alejado de todo nepotismo. (Un dato: dos hermanas del jefe del Gobierno que eran maestras de pueblo cuando él fue llamado al poder, es decir, hace treinta años, siguen siendo maestras de pueblo con un sueldo escaso en la actualidad. Es obvio que tal ejemplo no pueden exhibirlo todos los dictadores). La honestidad es, pues, la norma del doctor Salazar. Evidentemente pueden colgársele epítetos de monta, defectos de mucha envergadura; pero entre ellos no figura el de la corrupción administrativa. Salazar es un hacendista honrado y, sobre honrado, capaz. Esto ya es mucho; cuando menos, al cronista se le antoja que es un valor positivo que le redime de otras muchas faltas.

El doctor Salazar procede de la Universidad de Coimbra y fue llamado al poder tras las revueltas de los años 1926 y 1927, cuando los generales se encontraron ante un pleito económico muy enrevesado para cuya solución nada podían las espadas. Salazar puso condiciones y, al no aceptárselas, regresó a Coimbra. Mas el problema estaba tan embrollado que de nuevo fue llamado y sus condiciones admitidas. Desde entonces rige los destinos de Portugal y, aparte sus aciertos como economista, nadie podrá regatearle el mérito de la discreción. Salazar habla poco; hace más que habla. Es un gobernante de batín y pantuflas que no gusta de afrontar multitudes. Se retrata poco y poco se sabe asimismo de su vida privada, supuesto que reiteradamente se ha negado a ser protagonista de una sola biografía. (Ha chocado mucho en Portugal que una periodista francesa fuese autorizada hace poco tiempo, como rarísima excepción, a escribir una serie de reportajes para su país sobre su vida y su obra). Salazar, en suma, es un hombre que gusta de trabajar a solas, con lentitud, pero sobre seguro. Podrá reprochársele el mantener un régimen de fuerza, pero no podrá atribuírsele, en el terreno económico, un solo paso en falso. En resumen, para un extranjero Salazar es un buen gobernante, siquiera se comprenda que su régimen reporte a los portugueses no pocas incomodidades.

Lo primero que hizo Salazar al incorporarse al poder fue colocar un adjunto en su cátedra de Coimbra (y aún sigue aguardando desde hace treinta años la cátedra de Economía a su titular). Luego se metió de lleno con las cuentas. Tras unos años de desórdenes, de gobiernos efímeros, las cuentas estatales constituían una madeja inextricable. Salazar las puso, primero, en

limpio; después, en orden; por fin, al día. Y así continúan: limpias, ordenadas y al día. Su primera intervención de gobierno fue, pues, como financiero. Únicamente después de sanear las cuentas del país se erigió en economista, su especialidad. Quedaba por demostrar si el joven teórico de la Universidad de Coimbra era capaz de afrontar con éxito el planteamiento del desarrollo económico de Portugal. Y aquí surge el punto de discordia. A muchos portugueses se les antoja que el proceso económico portugués se ha estancado, o a lo sumo camina a una velocidad anacrónica, dada la época que vivimos. Otros, por el contrario, opinan que el desarrollo agrícola e industrial del país lleva la marcha que debe y puede llevar, dadas las premisas de donde partió.

En efecto, la política económica de Salazar no tiene nada de espectacular. El jefe del Gobierno se ha propuesto una cosa que, al parecer, muchos portugueses olvidan: no comprar coche antes de asegurar la provisión de gasolina. De aquí parte la escasa actividad industrial del país —Lisboa y el norte copan el complejo, poco complejo, industrial de la nación. Esto explica la marcha cautelosa y muy lenta del desarrollo económico, incluso el de la agricultura, a pesar de todo el sustento del país. Mas a Salazar no le apremia nada. Conocedor de las normas elementales de la economía, no levanta nada sin asegurar debidamente la base. La táctica del apuntalamiento le va muy bien. Así, paso a paso, ha resuelto primero el grave problema de los transportes, ha transformado en créditos las viejas deudas, ha llevado el decoro a los pueblos y aldeas y ha transformado Lisboa en una capital magnífica, cuya zona moderna, por su extensión y amplitud, despierta el asombro del viajero. Por otro lado, y esto sintetiza mejor que nada su gestión, el escudo, hoy por hoy, es una de las monedas más sólidas de Europa; es una moneda fuerte, una de esas monedas— cada vez quedan menos en el mundo — que calienta el bolsillo y, al tomarla, deja en la mano una extraña huella de consistencia y gravidez.

Nivel de vida

Ya quedó dicho que los síntomas revelan que la economía lusa sigue teniendo unos cimientos agropecuarios. El campo portugués, sobre prestar unas magníficas perspectivas de recreo estético, da una impresión de robustez, de amplias posibilidades. Se aducirá que hasta el día tales posibilidades no han sido explotadas racionalmente. Esto no es un argumento, supuesto que una racional política debe basarse precisamente en un ordenamiento lógico de necesidades y en su resolución paulatina. Abarcar un amplio programa y tratar de llevarlo a la práctica de un solo golpe, simultaneando los esfuerzos, no suele conducir a buena parte, particularmente en los pueblos de vida económica precaria.

Recorriendo las carreteras portuguesas advierte el viajero que la agricultura del país no ha sido aún mecanizada. En esta época se ven muy pocos tractores y prácticamente ninguna máquina de otra clase. El campesino portugués sigue cultivando el suelo con el sudor de su frente, no con el jadeo de sus máquinas. Empero, repito, la impresión que produce el terreno es excelente. La topografía portuguesa, fuera del norte muy norte, que se asemeja a Galicia, y del sur muy sur, paralelo en cultivos a nuestra Extremadura, ofrece un carácter de transición entre llanura y montaña un poco como la zona norte de León, Burgos y Palencia. Se trata de una topografía de cierta adustez donde los cereales se cultivan en hazas y pequeñas parcelas, y el monte y el bosque se llevan la mejor parte.

La riqueza forestal portuguesa es una cosa muy seria. La sucesión de bosques a través de cientos y cientos de kilómetros representa un espectáculo inenarrable. Bosques de pinos, de robles, de castaños, de eucaliptos, sin nombrar las extensas comarcas donde arraiga el olivo. El agua tampoco es problema en numerosas zonas, y de aquí que el cultivo de huerta constituya otro importante renglón a considerar. Mas sobre todas las cosas, la mayor sorpresa del campo portugués la deparan sus bosques, riqueza cuya exportación se ha reducido y ha pasado a alimentar una poderosa industria de celulosa exclusivamente nacional y unos incendios crecientes.

En suma, Portugal dispone de un suelo tan fuerte como su moneda. Probablemente haya en esto una sencilla relación de causalidad. Así se explica que los frutos del campo sean baratos en relación con los artículos

manufacturados, si bien en las concentraciones urbanas los precios de aquéllos ya sean otra cosa. Seguramente esta diferencia habrá que achacarla al transporte. Por de pronto el campesino portugués, que el domingo ofrece a los automovilistas sus productos, estacionado con sus cestas al borde de la carretera, está dispuesto a llenar su coche de legumbres, patatas y hortalizas por muy poco dinero. Esta misma carga en los mercados de la ciudad alcanza unos precios muy diferentes.

Contrasta esta aparente fertilidad del suelo con la pobreza de los campesinos. Mi interlocutor portugués en la discusión que sostuvimos sobre el nivel de vida de su país alegaba esta razón como supremo argumento de la miseria del pueblo. Este punto no deja de ser cuestionable, supuesto que el hecho de que las campesinas aquí vayan descalzas apenas quiere decir nada. Hay en todo esto una gran influencia de la costumbre y, por sobre todas las cosas, del clima. El clima portugués invita a ir descalzo, y hasta en ciertas comarcas a darse un chapuzón en pleno diciembre. A este respecto, es curioso observar cómo en el campo no hay un solo hombre, ni una mujer, ni un niño por pequeño que sea, que lleve la cabeza descubierta. La cabeza vestida y los pies desnudos parece ser el lema general. El campesino teme al cielo, pero no al suelo. En Lisboa estas precauciones con el sol también son frecuentes. Mi amigo el novelista Fernando Namora, en las excursiones que hicimos juntos, buscaba la sombra con una obstinación verdaderamente obsesiva. Ellos aseguran que el sol es malo. El cronista, recordando las duras nieblas de su región, se dejaba bañar por él con verdadera fruición y hasta el momento ningún mal ha padecido que sea achacable al sol portugués. Esto, cubrirse la cabeza, como lo otro, descubrirse los pies, es antes que nada una cuestión de hábito. Al portugués urbano, sin embargo, le duele la impresión que esta costumbre pueda producir en el ánimo del turista y hasta tengo entendido que el Gobierno ha determinado poner multas a quien vaya descalzo. Los campesinos portugueses, pues, se calzarán, como antes encalaron sus casas, por «real decreto». Lo que no puede admitirse de ningún modo es que ese suelo no dé para calzarse a los pobladores de los medios rurales. Así terminó por reconocerlo mi interlocutor y afirmó seguidamente que, en todo caso, el campesino luso propende a la sordidez. Esto, la costumbre y el clima explican, entiendo yo, sobradamente el fenómeno.

Otro punto a considerar es la libertad de comercio que se observa en Lisboa. Salta a la vista que Portugal anda holgado de divisas. Seguramente a las colonias —o a las provincias, como ustedes prefieran— les corresponde buena parte de este desahogo. Los escaparates de Lisboa hablan muy claro del

volumen de importaciones. A estos efectos debo señalar que las mismas no se reducen a automóviles y maquinaria, sino que tan fácil como adquirir un Austin o un Volkswagen le es a una mujer comprarse una crema francesa para el cutis. Esto imprime al comercio una alegría y una variedad y una vivacidad notorias. En lo atañedero a los precios iremos a parar a lo de siempre: el español, al cambio actual —dos pesetas largas por escudo—, no encontrará allí ninguna ganga fuera del mercado del automóvil. Nada hay que decir cuando se trata de artículos de cierto lujo y de importación, en cuyo caso los precios llegan a ser, al menos para nosotros, aterradores; un par de zapatos monta las seiscientas pesetas y un chaleco de lana inglesa, por no hacer más prolija esta referencia, está por encima de las dos mil.

Naturalmente, para medir el nivel de vida es imprescindible acompañar esta tabla de la correspondiente a ingresos. A este efecto, creo que el salario más bajo en Portugal debe rondar sobre las 1500 pesetas, ya que un guardia de tráfico gana 3000 en Lisboa; un oficinista, de 2000 a 4000; un periodista, de 4000 a 10 000; un catedrático, sobre las 8000 a 10 000; un obrero, en general, sobre las 2000 a 3000 pesetas.

Pero de mayor importancia que todo lo reseñado es la seguridad, el clima de estabilidad que presenta el panorama económico portugués, la convicción de que un escudo ahorrado hoy no será mañana un cadáver. Esto apenas lo valora el portugués de la calle. Y es natural hasta cierto punto. Estas cosas, como la salud, no se sabe lo que valen hasta que se pierden.

Carreteras

De entre las muchas manifestaciones de la vida portuguesa de las que se puede y se debe tomar ejemplo, existe una, la circulación, que es verdaderamente ejemplar. Los españoles que en mayor o menor medida —depende de las circunstancias de vías y ciudades— nos enfrentamos hoy con este problema, bien cerca tenemos el espejo donde mirarnos. Porque, en contra de lo que suele creerse, la circulación mecánica ha alcanzado en Portugal un volumen extraordinario. El mercado del automóvil no ofrece complicaciones y en el país vecino todo el que quiere y dispone de cien mil pesetas o de un remanente discreto para abonar los plazos mensuales tiene un coche. Un coche más o menos rimbombante, más o menos utilitario, pero coche al fin y al cabo. A este respecto los escaparates de Lisboa constituyen una fuerte tentación. Las vitrinas exhiben los últimos modelos de las diferentes casas americanas y europeas con el precio sobre el parabrisas. Estos precios van ya con todos los recargos y oscilan entre las setenta y pico mil pesetas que puede valer un Citroën dos caballos y las cien mil, poco más, que importa un Volkswagen. Hablo ahora de coches pequeños, de coches asequibles y de poco consumo. Hay que decir que estos automóviles tan pronto ruedan unos kilómetros se desvalorizan y en todas partes encontramos establecimientos de «Venta do carros usados», que le ponen a usted al volante por treinta o cuarenta billetes.

Esto quiere decir que en Portugal no existe la fiebre que en España ante este artículo, y el mercado del automóvil está encauzado por unas veredas lógicas y racionales, dentro del modesto panorama económico general que ofrece el país. Sin embargo, llama la atención el hecho de que, a pesar de las viejísimas relaciones amistosas que unen a Portugal con Inglaterra, el mayor número de vehículos a motor que circulan por las calles y carreteras sean alemanes: Volkswagen y Mercedes. Lo mismo acontece con las motocicletas, que por cierto son aquí bastante más caras que en España, lo que explica —al ser, además, el coche usado un artículo barato— su notable escasez. El hecho de la abundancia de coches alemanes en un pueblo tradicionalmente ligado a Inglaterra demuestra también la hábil política que en materia de economía exterior se desarrolla en Lisboa. Portugal no se casa con nadie, pero tampoco pone malas caras a nadie. Compra donde le conviene y vende a quien le da la

gana. De este modo, uno, con unos escudos en el bolsillo, tiene siempre donde escoger.

La proliferación de vehículos a motor requiere una organización, un estudio atento de los problemas que plantea el transporte por carretera y de los problemas que plantea la densidad de la circulación urbana. Ambas vertientes han sido atendidas y con tal meticulosidad que, dado el relativamente reciente desarrollo del automóvil en Portugal, hay que creer que, en este aspecto al menos, tanto el Gobierno como los municipios no se han dormido en las pajas.

Las carreteras portuguesas son decorosas en cuanto a su firme y perfectas en lo que atañe a los pormenores de vigilancia, abastecimiento de combustible y señalización. Otra buena cosa es la uniformidad en el tono de los caminos. En España son temibles las carreteras que el Michelin indica con trazo amarillo, y no digamos las blancas. Uno ha rodado por Portugal al pie de los tres mil kilómetros y ha afrontado trazos rojos, amarillos y blancos sin apreciar diferencias notorias. Puede haber sido casualidad. Mas lo sensato es pensar que los portugueses han trazado todas sus carreteras con el propósito de que sean transitadas sin temor a dejar en ellas una ballesta.

En todo caso las carreteras portuguesas —salvo las bruñidas autopistas, rayanas a Lisboa— no son anchas. Mas aunque no lo son, o precisamente porque no lo son, presentan una franja divisoria que viene a simplificar, caso de accidente, la cuestión de responsabilidades. De otro lado, la señalización es un arte aquí. La señalización es de una prolijidad muy digna de agradecer. Las carreteras portuguesas no sólo advierten la curva, sino la curva múltiple, las medias curvas y aun la dirección de éstas. La carretera es en Portugal, como debe ser, objeto de una vigilancia constante. Las carreteras son obras que no se coronan jamás. Los camineros se encuentran allí por docenas y en un trayecto de treinta kilómetros no es difícil toparse con tres o cuatro. Camineros reposados, como corresponde, que se llevan una mano al ala del sombrero en ademán amistoso al paso del turista. La afabilidad lusa cobra en la carretera perfiles increíbles. Los camiones no sólo circulan por su derecha, sino que sus conductores lo hacen con un ojo en la carretera y otro en el espejo retrovisor. El camionero portugués advierte la presencia de un automóvil a sus espaldas mucho antes de que éste le pida paso. En las curvas y en los cambios de rasante una mano amiga indica al automovilista que tiene el camino franco para el adelantamiento. (Este civismo portugués ya me llamó la atención en el monasterio de Batalha, donde al pie de cada santo existe no un cepillo, sino una bandeja llena de monedas que nadie osa tocar a

pesar de que carecen de vigilancia). Por añadidura, los camiones pesados circulan en Portugal con una placa que dice: «Velocidad máxima: en carretera, 40 kilómetros; en localidades, 30». Tal medida de precaución parece innecesaria con unos conductores que a cada instante están dando pruebas de civilidad.[2]

Volviendo a los cuidados debo decir que las modificaciones de trazado, las reparaciones del pavimento o cualquier obra de cierta entidad se lleva a cabo aquí de una vez, a marchas forzadas, empleando para ello brigadas nutridísimas, de centenares de obreros. Un detalle: a nuestro paso hacia Lisboa —desde Coimbra— encontramos el lado izquierdo de la carretera levantado para introducir un cable en un trayecto de más de treinta kilómetros. Pues bien, al regresar siete días más tarde no existía ya la zanja y las brigadas de obreros se habían evaporado. Esto demuestra la importancia que tiene para los portugueses el mantener bien conservadas y expeditas las carreteras. De este modo, ninguna obra se eterniza en el país.

Por si todo esto fuese poco, el trazado de los caminos revela un estudio concienzudo, una inteligente previsión. Los puertos portugueses son inevitablemente largos, mas sus accesos por carretera han sido resueltos de forma que los coches poderosos pueden salvarlos en directa y los pequeños automóviles, muy desahogadamente, en tercera. A ello ayuda un poco el hecho de que las vueltas y revueltas rara vez están totalmente faltas de visibilidad; en general, son poco cerradas, no juegan, como en otras partes, a ser pescadillas que se muerden la cola. Esto sin olvidar el discreto declive de las calzadas. (Claro es que en esto, como en todo, hay excepciones y el cronista no recuerda haber afrontado una pendiente semejante a la que da acceso al palacio de Sintra, un palacete híbrido y pretencioso externamente, insulsamente cálido y doméstico en sus interiores, al margen de su ubicación, una prominencia circundada de espesos bosques, de unas frondosas perspectivas hermosísimas. Mas esta carretera, en definitiva, no es sino un camino muerto —el entierro, en palacio— abierto para evitar al turista un ejercicio alpino que no siempre sería aceptado de buen grado).

Para concluir con las carreteras señalaré dos últimas observaciones, tan confortadoras como las reseñadas: la correcta manera de caminar el peatón, siempre por su izquierda, es decir, dando cara a lo que llega de frente, y la abundancia, realmente tranquilizadora, de estaciones de servicio en la mayor parte de los caminos. Este hecho, sobre crear un clima de seguridad en ruta, da ocasión, dada la competencia de combustibles, neumáticos y lubricantes, a un motivo decorativo de primer orden, que suple con ventaja —la industria

del automóvil y anejas suelen tener un gusto publicitario muy acreditado— los anuncios de toda índole que suelen flanquear las carreteras de Europa y que en Portugal, ignoro por qué razón, están muy poco extendidos.

Circulación urbana

En este capítulo tan sólo pretendo tocar el tema de la circulación lisboeta, no como problema, sino como asunto resuelto, bien entendido que a un mero espectador que se ha limitado a pasear a pie o en automóvil por sus calles durante una semana se le escaparán no pocos de los resortes que explican su eficacia. Voy, pues, ante todo, a dejar constancia de un hecho: la fluidez exquisita del tráfico en Lisboa, la ejemplar circulación de esta ciudad, que se mueve o funciona como un mecanismo perfectamente engrasado.

Decir en 1957 de Lisboa que es una ciudad sin tapones ya es decir mucho. Pues bien, en la capital portuguesa, en el gran tráfago de la capital portuguesa, no se produce un solo grumo, una sola nota discordante. Lisboa desconoce los nudos humanos y los nudos mecánicos. La gente toma el tranvía o el autobús donde y cuando le place hacerlo sin necesidad de esperar pacientemente su turno. En este sentido Lisboa es una ciudad cómoda de vivir, una ciudad que no conoce las colas. Los transportes urbanos funcionan con decoro y puntualidad. Además, parecen ser suficientes. Esto es más sorprendente si consideramos que, hasta el día, Lisboa carece de ferrocarril subterráneo. Con un loable sentido de la previsión, Lisboa construye en estos días su Metro, medida que nos autoriza a imaginar que dentro de muy pocos meses la capital permitirá una holgura de movimientos verdaderamente envidiable. Mas, por el momento, todos los desplazamientos de la gran masa humana —superior al millón— se producen en la superficie. Con la particularidad de que las aparatosas obras del subterráneo ciegan total o parcialmente varias calles y plazas, algunas de ellas auténticos enlaces vitales, sin que esta impedimenta provoque tampoco la congestión. Las circunstancias, pues, en que el cronista ha observado el tráfico lisboeta no pueden ser más adversas y, sin embargo, insisto, el grumo, la interferencia, la colisión son aquí fenómenos rarísimos. Hay que pensar que tan pronto se dejen expeditas las vías hoy cerradas y comience a funcionar el Metro, Lisboa será un ejemplo en punto a facilidad de comunicaciones.

Todo esto sucede sin que en apariencia existan en la ciudad demasiados vehículos colectivos de transporte. Es cierto que el rápido y frecuente tren de Estoril, bordeando los barrios portuarios —el estuario del Tajo—, descongestiona no poco la urbe. Por lo demás, el transporte colectivo urbano

se realiza mediante tranvías y autobuses, no demasiado pimpantes, pero pulcros y de una eficiencia notoria. Por otro lado, su periodicidad resulta suficiente. Callejeando por la capital en las horas críticas, esas horas que hoy le ha dado al mundo por calificar de «horas punta» —salida de talleres y oficinas—, uno se percata de que los ediles lisboetas han obrado en este aspecto bajo el rigor realista de una información pormenorizada. De otro modo no cabe explicar la rápida descongestión que se opera en el centro a tales horas. La organización del transporte urbano no se ha realizado aquí evidentemente a ojo de buen cubero, sino a impulso de las necesidades sentidas a cada momento.

Otro poderoso auxiliar de la circulación en la capital son los taxis. He aquí un servicio perfecto. En Lisboa ruedan actualmente dos mil quinientos, en su mayor parte Mercedes. Ignoro si son muchos o pocos comparando su número con los de Madrid o Barcelona, lo que sí sé es que, en Lisboa, entre el deseo de tomar un taxi —en el barrio que sea— y verse sentado en él no median ni sesenta segundos. Uno encuentra taxis libres en cada esquina, en cada plaza, en cada calle. No necesita ir a buscarlos; los coches vienen a él. Se aducirá que con esta abundancia ser taxista en Lisboa no será un negocio remunerador. En este punto puedo dar cifras facilitadas directamente por profesionales del volante. Un taxi en Lisboa deja mensualmente a su dueño de cinco a seis mil escudos, es decir, de once a trece mil pesetas, libres de polvo y paja, incluso descontando el porcentaje del conductor. De otra parte, la concesión del aparato taxímetro no supone ninguna ganga, cuesta más dinero que el coche, según me informan, al pie de las cuatrocientas mil pesetas. Naturalmente ésta es una riqueza que no se gasta con el uso y al transferir la licencia uno puede recuperar esa bonita suma. Total, que ser taxista en la capital portuguesa no es barato, pero al parecer no es una mala inversión, y eso que la gasolina cuesta once pesetas el litro. (Las fintas de la economía portuguesa permitieron, no obstante, que durante mi estancia en el país los periódicos anunciaran que, al ceder la crisis de Suez, el litro de carburante bajaba una peseta y pico, es decir, que ahora habrá quedado sobre las 9,80. Éstos son detalles propios de una administración puntillosa, detalles estimulantes y esperanzadores de los que van quedando muy pocos en el mundo. Teniendo en cuenta estos antecedentes, el taxi no es un servicio caro, aunque sí, naturalmente, más que en España).

Dentro de un país de excelentes conductores, los taxistas, como es de ley, se llevan la palma. Porque lo que no he dicho es que Lisboa, sobre ser una ciudad de movimientos fáciles, es una ciudad de movimientos rápidos, y el

hecho de estar montada sobre siete colinas —puestos a contarlas, como en Roma, nunca salen siete justas— imprime a los desplazamientos dentro de la urbe unos vaivenes mareantes. Mas la velocidad no disminuye por eso. Por la Lisboa moderna, que es la mayor en extensión, los coches ruedan a ochenta y noventa kilómetros por hora, sin que las encrucijadas representen peligro alguno, ya que la señalización (el ceda el paso, la dirección prohibida) es tan meticulosa como en carretera y, pese a estar proscrito el uso de bocinas, el encontronazo se hace muy difícil. Insisto en este extremo, a mi juicio sumamente importante: durante una semana de callejeo incesante, el cronista no fue testigo de una sola colisión.

Esta fluidez resulta más sorprendente si consideramos que el semáforo no tiene sitio en la capital. Los héroes de este equilibrio son los guardias de tráfico. A los guardias de tráfico les llaman los portugueses *señaleiros*. Pues bien, un *señaleiro* en Lisboa no se improvisa. (Es fundamental advertir que los guardias no existen en número excesivo, sino que se limitan a vigilar los cruces y encrucijadas verdaderamente estratégicos). Hay un rito semejante al de nuestra tradición gremial o a la alternativa de nuestros toreros para que un hombre corriente llegue a *señaleiro*. Tras un aprendizaje más o menos largo junto a un veterano en el oficio, el aspirante cambia su gorra azul por un casco blanco y pasa de aprendiz a *señaleiro*. Pero esta alternativa no se concede sin tener todas las garantías. Sólo así se explica que unos seres que no hablan y con un mínimo juego de manos mantengan la frondosa circulación de Lisboa tan alegre y expedita. Porque si algo distingue al *señaleiro* es la sobriedad de movimientos. Un *señaleiro* aspaventero y gesticulante no se concibe. Imagino incluso que eso sería causa suficiente para la expulsión del Cuerpo. El guardia de tráfico es en Lisboa un ser lleno de dignidad, consciente de sus responsabilidades, dueño de sus nervios, que como sin darle importancia —¡qué extraordinaria sensación de facilidad dan estos funcionarios!— mantiene en vereda a más de un millón de personas y unas cuantas docenas de millares de automóviles.

No hay que olvidar, al comentar la fluidez de la circulación en Lisboa, el buen sentido que ha presidido la creación del ensanche de la gran ciudad, la multiplicación de sus accesos y la amplitud de los mismos y de las rutas de circunvalación. La zona moderna de Lisboa ha sido concebida con perspectivas de futuro, es decir, ha sido trazada a la vista de los problemas de hoy y previendo los que pueden presentarse mañana. El mismo criterio ha guiado al ministerio correspondiente al diseñar las autopistas que acceden a Sintra, Estoril y otras localidades próximas, auténticos hormigueros en los

días de fiesta. Todo esto revela que sobre la circulación portuguesa existe una inteligencia tutelar, consciente y previsora, que más que a resolver tiende —¡magnífica actitud!— a impedir que los problemas se produzcan.

Lisboa antigua y señorial

De este modo, como ciudad «antigua y señorial», nos define una vieja canción la capital portuguesa. Al pie de 1957 podemos afirmar que Lisboa sigue teniendo una hermosa parte antigua, proporcionalmente la más chica, pero ni ésta ni la moderna han dejado de ser señoriales. Lisboa es una bella capital a la que por tener de todo no le falta el mar ni la floresta.

Puntualicemos. Eso del mar no es sino un decir. Lisboa, en puridad, carece de mar, el mar se encuentra a veinte kilómetros río abajo, pero a efectos estéticos, de perspectivas, es como si lo tuviese. El estuario del Tajo, de una anchura excepcional, con su luminosidad azul y su oleaje, tiene, sin duda, a fines plásticos, una muy decorativa calidad marítima. Sus muelles, su movimiento, sus barrios portuarios, son asimismo auténticamente marineros, y para percatarse de que esto no es un mar, sino el majestuoso río Tajo hinchado y manuelino, hay que saber geografía. Práctica y estéticamente el Tajo es, pues, un mar y hay que ver lo que el mar representa para una ciudad de la envergadura de Lisboa. Este mar, o este río, que dibuja el contorno sudoeste de la ciudad, rinde a Lisboa unos servicios económicos, decorativos y urbanísticos sumamente prácticos. No vamos a decir que hoy día el Tajo dé de comer a Lisboa —la actividad de la capital es en la actualidad mucho más varia—, pero sí que el movimiento de sus *docas* y su ubicación estratégica le imprimen una actividad considerable. De otro lado, una ciudad con fondo de agua, se quiera o no, siempre da la impresión de una ciudad higiénica, de una ciudad aséptica, de una ciudad, en suma, a la que no pueden sudarle los pies. Lisboa no constituye una excepción a esta regla. Lisboa ofrece al viajero unos ángulos de positiva y pulcra belleza, donde el azul bruñido de las aguas aparece a la vuelta de cualquier esquina. Tenemos, por último, otra ventaja no desdeñable: Lisboa debe a su río que esta ventaja derive precisamente de una conquista de la tierra sobre el agua. Me refiero a las amplísimas avenidas de circunvalación, la Marginal y la Veinticuatro de Julio —que prácticamente son una sola—, que flanquean el ángulo sudoeste de la capital y, de paso que ponen una frontera entre la tierra y el estuario del río, conceden a los barrios bajos, a los barrios más próximos a los muelles, que son cabalmente los más angostos y sinuosos, un desahogo expansivo formidable. Sin tales accesos, insisto, de una amplitud excepcional, los barrios portuarios lisboetas serían de

una sordidez asfixiante. Pero ahí están las avenidas, y el río poco más abajo, para que sus pobladores puedan respirar a todo pulmón.

El otro elemento que he citado más arriba como motivo ornamental e higiénico de primer orden es la floresta. De Portugal ya he dicho que es una tierra con extensísimos bosques, una tierra vestida con largueza. Este hecho da oportunidad a su capital para que los respiraderos menudeen. La asombrosa expansión de Lisboa en los últimos años ha llevado a sus ediles a englobar entre sus edificaciones un monte de gran extensión, al que se denomina Parque Forestal. Éste no es tal parque, sino un pedazo de naturaleza adherido —y bien comunicado con el centro— a los barrios más modernos. Hasta este momento, Lisboa no contaba con un parque a tono con sus dimensiones, pero, en cambio, disponía de pequeños cotos verdes, pequeñas zonas de expansión, bien distribuidas dentro del perímetro urbano, tales como el Parque das Necesidades, el Parque Eduardo VII, o las zonas vegetales, como el Hospital Militar, la Escuela Politécnica, el Castelho de San Jorge o la Torre de Tombo. Esto sin enumerar las plazas y avenidas exornadas con plantas y arbolado, que son muy frecuentes en la ciudad.

Mas de poco servirían el agua y los jardines si Lisboa no pudiera brindar al viajero perspectivas de conjunto, o perspectivas parciales para que el ojo se recree en la feliz combinación y el corazón se ensanche. He aquí otra interesante particularidad de la capital portuguesa. En Castilla, en la meseta, las ciudades apenas si disponen su arquitectura en un solo plano. La topografía no da para más. En cambio, Lisboa es una capital de una riquísima variedad de planos. Es una ciudad salpicada de miradores naturales, como lo es, en general, todo el país. (Los pueblos, las carreteras portuguesas están sembradas de altozanos y prominencias para otear el paisaje. Recordemos, a este respecto, la excepcional vista —a los cuatro puntos cardinales— que facilita la torre del palacio de Sintra). Son estos miradores los que mejor permiten apreciar al turista la equilibrada dispersión urbana y dividir, asimismo, la ciudad en tres zonas muy características: la baja (la más antigua), la media y la alta.

Tal clasificación no deja de ser, en cierto modo, caprichosa, supuesto que Lisboa, como todas las ciudades de antiguo origen, responde a un ininterrumpido proceso de desarrollo. No obstante, el terremoto de mediados del siglo XVIII, que se llevó por delante la mayor parte de la ciudad, facilita un claro e indiscutible punto de referencia para dividir la capital en tres partes: la Lisboa que sobrevivió al terremoto, la Lisboa que nació del terremoto (la

Lisboa pombaliana) y la Lisboa de nuestros días. Tres Lisboas distintas en una sola Lisboa verdadera.

La Lisboa más vieja da al río o, si se prefiere, a la avenida Veinticuatro de Julio y linda por el este con la segunda Lisboa, la Lisboa inmediatamente posterior al terremoto. Aquella Lisboa es una ciudad de pescadores, cuyas chimeneas despiden un delicioso aroma a sardinas asadas. Sus callejas son pinas y estrechas, de una estridencia espontánea, exclusivamente humana y canina, y a veces se anudan en vericuetos indescifrables. Este sector conserva muy vivo el ambiente de primitivismo, que se observa también en algunos barrios de las ciudades italianas del litoral. Existe un mirador, el Castelho de San Jorge, que domina todo el barrio de Alfama —el barrio en cuestión— en una muy sabrosa, dilatada perspectiva con el estuario del Tajo por fondo.

A su lado y por detrás se extiende la Lisboa pombaliana, es decir, la Lisboa que alumbró Pombal tras la escalofriante catástrofe que creo data del 1755. Esta Lisboa responde a un trazado de graciosa simetría con unas reminiscencias en su arquitectura que lo mismo pueden ser francesas que inglesas. Sus fachadas responden a un criterio de uniformidad: son fachadas sin salientes, fachadas extremadamente chatas —para casas de cuatro o cinco pisos— que a veces dan la impresión de un decorado, o sea, de que sus ventanas ribeteadas de verde o de amarillo son simplemente una pintura. (Esta impresión se acentúa en la recoleta plaza del Comercio de Coimbra, ciudad de la que ya dijimos algunas cosas). Este sector de la ciudad es también marinero y responde a una época en la que el Tajo era el único sostén, el único animador de la ciudad. A este respecto es curioso observar cómo se extienden los barrios de cambistas, banqueros y aseguradores; barrios que, como el de los navieros, vivían de los fletes y, en definitiva, de la actividad marítima. Todos estos barrios, como las plazas que los enlazan (Comercio, Pedro IV, Restauradores), responden a un diseño regular y conservan en sus estructuras y sus cartelas un nostálgico regusto antañón. Recorriendo estas calles y estas plazas surge, sin poderlo evitar, la evocación del mundo literario de Dickens, con sus avaros, sus mujeres sentimentales y sus niños extraviados entre una feroz actividad de banqueros, prestamistas y hombres enredados en los negocios del mar. Ahora, en estas calles de trazado proporcionado y simétrico, están asimismo establecidos los negocios editoriales y de librería, muy agrupados —como las gallinas cuando duermen, como los artesanos medievales— para darse calor. Tal carácter se observa, por ejemplo, en rúa da Missericordia. Mas si hay en Lisboa una vía con acentuado carácter dickensiano, con una actividad perfectamente diferenciada, es la rúa Aúrea,

donde se concentra el mundo de los banqueros y de los cambistas. Esta calle es un gigantesco escaparate de todos los billetes y monedas que hoy circulan por el mundo. Pasear esta calle sería para un usurero o un coleccionista un placer insuperable. La rúa Aúrea está arropada por otras análogas, paralelas a ella, en trazado y dedicación, que llevan nombres tan expresivos como rúa de la Prata, de los Banqueros o de los Douradores.

A través de ellas y de las plazas de los Restauradores y Figueira, enlaza la Lisboa pombaliana con la Lisboa moderna, y es aquí, en esta confluencia que da acceso a la grandiosa avenida de la Libertad, donde se alza el núcleo vital de Lisboa, el más activo foco comercial de la ciudad. Un comercio de manifestaciones muy vivas, cuyas demostraciones publicitarias responden a un sentido decorativo sumamente discreto, pero que a mi juicio no se traduce en una gran calidad ni en un lujo excesivo de los establecimientos.

No hay que decir que la zona moderna de Lisboa es la más amplia de las tres. Dato significativo es que no haya centrado la modernidad en una aspiración vertical. La capital portuguesa hace caso omiso del rascacielos. Lisboa ensancha, no crece. Y su expansión horizontal se lleva a cabo con un método y un rigor y un sentido de las necesidades actuales realmente infrecuentes. La amplitud, el desahogo de sus largas avenidas, es un hecho que salta a la vista tan pronto se pone pie —o rueda— en la ciudad. Mas lo asombroso no es eso, sino la enorme extensión que coge la red que tejen estas avenidas al entrecruzarse: República, Roma, Almirante Reis, Pereira de Melo, etc.

El hecho de ser refractaria al rascacielos no significa que Lisboa rechace las innovaciones —algunas revolucionarias— en la construcción. Por el contrario, se me antoja que esta ciudad es muy dada al ensayo, al experimento arquitectónico. La rúa Rodrigo Acuña, por ejemplo, dispone de un pequeño espacio verde cada dos casas de vecinos. La avenida Infante Santo, abierta en un desmonte, ha experimentado la técnica del hórreo en la edificación urbana. Sus sólidos bloques de viviendas se levantan sobre unos soportes, sobre unos pilares, y las plantas bajas únicamente se aprovechan en la extensión lindante con la calle. De otra parte, los lisboetas disponen de amplios barrios residenciales, siquiera los hoteles, en general, no respondan a un gusto muy decantado. De ordinario, la zona moderna obedece a una arquitectura funcional con evidentes preocupaciones ornamentales, bien por sus variedades cromáticas, bien por la pincelada vegetal.

En general, en Lisboa no prevalece un clima de agobios. Su ritmo es reposado y sin estridencias. La vida se ordena de forma que huelguen los

apremios. La «barra» —repito— no ha entrado en los lisboetas. El que no puede sentarse a tomar un café y un bollo, se abstiene. De este modo todos los establecimientos de comidas y bebidas disponen de asientos y veladores. El portugués, ordinariamente, y como cada hijo de vecino, hace cuatro comidas: desayuna temprano, come a la una, merienda a las cinco y a las ocho yanta. Si acaso trasnocha, hace otra comida aún antes de acostarse, que es la cena. Mas, de ordinario, después de yantar, el portugués se acuesta. Para esa cena ocasional existen establecimientos adecuados, híbridos de restaurante y cervecería. Por descontado, con sus asientos. La ingestión angustiada de la comida o la bebida es aquí, de momento, inconcebible. Incluso he observado que el portugués no es un pueblo cafetero. El café, a la hora que sea, suele adornarse aquí con pasteles y bollos.

En suma, Lisboa es una bella ciudad, con tres zonas muy definidas, y el inestimable adorno del mar —o del río— a sus pies. Una ciudad ordenada, equilibrada, en resumidas cuentas, donde para su fortuna todavía no se conocen los tapones ni las colas.

Diciembre de 1957

Alemania

1960

Un pueblo sin desniveles

Por una vez, el viajero que sale de España se topa con el sol de España detrás de los Pirineos. Esto, sin duda, es una inconsecuencia, desmiente los eslóganes turísticos más acreditados, pero afortunadamente en este invierno lluvioso e inclemente son pocas las personas que lo constatan. Sin embargo, rebasado el paso de La Junquera, brilla el sol entre los campos dorados del Mediodía francés en un templado, dulcísimo invierno meridional. Cada día va siendo más difícil hallar en este país un niño de pecho, un campesino en el campo o un soldado. Y, no obstante, la población crece en Francia, las tierras están peinadas, cepilladas, mimadísimas, y el país viene engranando guerras, como los abalorios de un collar, desde 1939. Una vez más tendremos que admitir que las apariencias engañan y que Francia sabe atender sus necesidades sin una aparatosidad ostensible.

Para el viajero, en esta ocasión, la primera novedad la constituye Suiza. La amena llanura francesa se quiebra de pronto a partir de Valence, y en Romans las primeras estribaciones de los Alpes hacen acto de presencia. Empero, el automóvil se desliza suavemente por una ruta sensatamente trazada, donde es el hombre quien ha sometido a la montaña y no la montaña al hombre. En Annecy, a las puertas de Suiza, muy próxima a Ginebra, la vida ofrece ya un ritmo reposado, decididamente helvético, consecuencia de una psicología ordenancista y disciplinada.

De Suiza se ha dicho que es un pueblo feliz, porque carece de historia. Uno no sabe hasta qué punto la Historia —esa historia de violencias, de pasiones desatadas, que subraya las diferencias entre los pueblos y que es la que paradójicamente se enseña a todos los niños de todos los países del mundo, que al decir de sus dirigentes políticos desean la paz— puede ser la clave de la felicidad de los pueblos. El cronista sólo puede decir que si los suizos son felices, su felicidad no es una felicidad exultante. Y hasta es muy posible que esta vida de trabajo organizada y metódica, de ritmo sostenido, pero no febril, venga dictada por el paisaje antes que por un acto colectivo de voluntad.

El paisaje suizo es un paisaje bucólico, un paisaje sedante y jugoso, de lagos rodeados de montañas nevadas o de montañas nevadas rodeadas de lagos. En todo caso, el hombre que asienta su vida sobre hierba es un hombre inclinado a la benevolencia y hasta, si se quiere, a la ingenuidad. El celtiberismo, como la epopeya del Oeste americano, exigen parameras, yermos, polvo y abruptas quebradas. Naturalmente, nada de esto es habitual en Suiza. Y tal vez por ello los suizos, que, como es lógico, también tienen sus diferencias, dirimen éstas en una mesa redonda y, por supuesto, sin levantar la voz. Esto es aún más plausible si consideramos que Suiza cuenta con tres idiomas oficiales —dos de ellos el alemán y el francés— y que las minorías respectivas alojan una idiosincrasia muy particular, pareja a la lengua en que se expresan, y, sin embargo, en las dos últimas guerras mundiales, que han enfrentado a franceses y alemanes, el país no perdió su cachaza ni rompió su neutralidad.

Sobre este paisaje, o tal vez a consecuencia de él, el pueblo suizo ha erigido una convivencia quizás un poco cuadriculada y fría, pero llena de buen sentido. Tal convivencia, como las carreteras, se ha conseguido sobre la base de eliminar los bruscos desniveles. Me refiero ahora a la sociedad suiza, montada sobre una economía holgada, a su vez montada sobre el esfuerzo y el tesón —ya que la geografía suiza no es de por sí demasiado generosa—, que permite a la masa sostener un nivel de vida desahogado, donde las necesidades domésticas cotidianas —el pan, el calor y el vestido— no constituyen una preocupación para nadie. El suizo ha desterrado los desniveles de sus caminos y de su sociedad. Para hallar desniveles en Suiza hay que trepar a sus hermosas montañas o a los tejados de sus casitas pintorescas. Y esta situación se trasluce en el rostro, en las calles, en los cines, en los restoranes. La cara, entiendo yo, va dejando de ser el espejo del alma para pasar a ser el espejo de la economía. Es difícil hallar en un rostro suizo una expresión aviesa, hostil o simplemente ceñuda. El suizo tiene la mirada franca, el rostro pigre, los ademanes bonachones. El suizo es un ser que no ha perdido el candor, quizá, también, porque el medio en que se desenvuelve es un auténtico ambiente de cuento de hadas. En cualquier caso, el suizo, si no un hombre feliz, sí es un hombre satisfecho, y esto, sin duda, es el primer peldaño para escalar la felicidad. A mi paso por Saint Gallen, en la Suiza alemana, fui testigo de una colecta callejera para los olvidados del mundo: los pobres, los enfermos, los ancianos… Pues bien, esta colecta no se reducía a la ramplona demanda de unos francos a palo seco o a trueque de una banderita. Los puestos, atendidos por muchachas y muchachos, entregaban un globo a

cambio de la dádiva, globo que el propio donante inflaba en una bombona de gas, para soltarlo luego hacia el cielo, después de atar al extremo del hilo una pequeña cartulina con su nombre y sus apellidos. El cielo de Saint Gallen era aquella tarde una maravillosa eclosión de globos rojos, amarillos y azules elevándose hacia el infinito. La ingenuidad con que los hombres, mujeres y niños observaban las evoluciones de su globo antes de perderse entre las nubes me dio la medida de la sensibilidad suiza, una sensibilidad que, no por práctica, desdeña el sentido de la belleza y de la poesía.

Ya es sabido que los suizos han montado su bienestar sobre la industria y el comercio. El subsuelo suizo no es ninguna bicoca, pero los suizos han sabido aprovechar hasta el máximo lo poco que tienen: la fuerza del agua, eso que los economistas y los geógrafos llaman un poco petulantemente «hulla blanca». Sobre esta base, la industria suiza, esa industria que exige especialmente una dedicación paciente y meticulosa, ha proliferado de una manera asombrosa. Ello no es óbice para que los mejores relojes suizos los encuentre el viajero en Valladolid, y en Bilbao sus más acreditados encajes. El fenómeno es general, ya que ningún sitio tan indicado para ingerir uno una buena naranja valenciana como Ginebra, o Nueva York para hallar el más refinado aceite andaluz. El comercio del siglo XX, con todas esas extrañas exigencias de las divisas, es una cosa muy complicada y ha venido a organizarse sobre el viejo aforismo de que en casa del herrero, cuchillo de palo. Sea como quiera, mi mujer no encontró en Saint Gallen los bordados que buscaba, y cuando expuso su asombro ante un grupo de suizos, uno de ellos, el señor Gugenheim, la invitó a visitar su fábrica. Y entonces sí. Allí vio mi mujer todo aquello que pretendía…; pero dispuesto para ser facturado a Siam, Pekín, San Francisco y Bilbao. «Las españolas son nuestras clientes más sutiles —dijo el señor Gugenheim—. Donde mejor se aprecian nuestras labores es en España». Y no es cosa desdeñable ésta de que el español, a pesar de su pobreza, conserve todavía la primacía del buen gusto.

Empero, esta Suiza industriosa y mercantil, entregada a la producción de las cosas más diversas, no es aficionada a la publicidad descompuesta. La prensa, sí: la prensa absorbe una cantidad de publicidad que es expresiva del volumen industrial del país; pero es, como todo en Suiza, una publicidad discreta, enervada, sin estridencias. Tal disposición parece, sin duda, una incongruencia; pero no lo es si analizamos la psicología del suizo, quien, desde que nace, lleva la idea del comercio disuelta en la masa de la sangre. Quiero decir con esto que el suizo sabe que está en el mundo, desde un punto

de vista estrictamente material, para vender y comprar. Vender y comprar le es al suizo tan necesario, digamos, como al español comer pan y respirar. Y de la misma manera que en nuestras carreteras no se alzan carteles advirtiéndonos: «Respire usted», en las rutas suizas tampoco se recuerda al viajero la conveniencia de que cepille sus dientes con X o lave sus ropas con Z. Los dentífricos o los jabones no se prestigian en Suiza por el tamaño de los carteles publicitarios o por el número de parpadeos por minuto de sus luminosos, sino por la eficacia que unos y otros rinden en cada caso concreto. Lo demás lo hace el desahogado nivel de vida del país. De ahí que la animación en los establecimientos de venta no languidece en Suiza hasta la hora de echar el cierre.

Esto no quita para que el suizo actúe sin apremios aparentes, de una manera reposada, calculando el valor de cada esfuerzo, sincronizando inteligentemente la diversidad de elementos que intervienen en la producción. De este modo se explica que, al igual que los paneles y los luminosos, los semáforos están cayendo en desuso en un momento en que otros países empiezan a instalarlos. En no pocas ciudades del país he visto estos aparatos apagados, muertos, porque los tapones que producen sus parpadeos han desaconsejado su empleo. No obstante, la supresión no ha creado ningún problema, antes al contrario, el tráfico se ha ordenado de una manera no por espontánea menos fluida y expedita. Naturalmente esto es una cuestión de civilidad, y el civismo suizo es una de las virtudes que nunca se enaltecerá bastante. En Suiza, el camión se detiene ante el automóvil, el automóvil ante la motocicleta, la motocicleta ante el ciclista y el ciclista ante el peatón. Es ésta una manera de decir que el respeto del más poderoso ante el menos poderoso es aquí una norma acatada por todos. Esto explica el porqué los niños, esos niños rubios, mofletudos, de Lausana y Zúrich, pueden ir a la escuela en patineta entre un tráfago endiablado sin el menor sobresalto.

Es obvio que para un celtíbero de raza esta disciplina espontánea, este autocontrol, este orden cuadriculado —en Suiza no se despacha penicilina sin receta médica— resultan un tanto áridos y tediosos. En medio de este método, de este equilibrio, de esta vida ordenada según cálculos matemáticos, el celtíbero se rebela: siente deseos de gritar, de quebrar una luna, aun cuando el viajero que pone unos kilómetros por medio advierte que en esta trepidante civilización del siglo XX la convivencia sólo será posible el día que cada ciudadano que circule por la calle admita que su prisa y su dolor de cabeza es menos dolor de cabeza que la prisa y el dolor de cabeza de los conciudadanos con quienes tropieza en cada esquina. Ésta es la fórmula —simple fórmula—

que el suizo ha puesto en práctica con un éxito que al forastero le entra enseguida por los ojos.

El milagro alemán y el milagro Marañón

Estos años se ha hablado más de lo conveniente del milagro alemán. Claro está que de estas cosas se habla en los países donde todavía existen tertulias organizadas, como en el nuestro. En los demás sitios los milagros (?) se hacen aunque no se hable de ellos. Esto aparte, los alemanes no creo se consideren autores de milagro alguno. La recuperación de aquel país responde —para ellos— a un proceso lógico y absolutamente previsible. Para nosotros el milagro alemán es un fenómeno exactamente igual a lo que hace algunos años conocimos con el nombre de «milagro Marañón». «¿Cómo tiene usted tiempo para hacer tantas cosas y hacerlas todas bien?, —le preguntaban una y otra vez a don Gregorio los periodistas. Con Alemania ocurre otro tanto—: ¿Cómo han tenido ustedes tiempo no sólo de reconstruir su país en quince años, sino de hacerlo más dinámico y pujante de lo que era hace tres lustros?». La respuesta es valedera para ambos casos: trabajando. Simplemente, trabajando; acostándose a las doce y levantándose a las seis, rehuyendo las tertulias, sistematizando sus quehaceres, realizó su obra el doctor Marañón y la han realizado ahora los alemanes. ¿Es esto un milagro? He aquí una cuestión de psicología. El hecho de levantarse a las seis de la mañana, de no hacer tertulias en las veinticuatro horas del día, de agarrar una pala y ayudar a descombrar, aun siendo uno un señorito o una señorita de lo que todavía llamamos buena familia representa, sin duda, un milagro para los españoles. Para los alemanes, por supuesto, no. Para un alemán, rehacer su país, elevándolo por encima de la prosperidad que conoció en 1939 en tan sólo quince años, es un hecho perfectamente natural que cuadra a las mil maravillas con su temperamento. Es decir, los alemanes no se consideran protagonistas de milagro de ninguna clase y puestos a ello serían capaces de hacer en diez años lo que ahora han conseguido en quince.

Claro que sobre esta capacidad de trabajo existe una capacidad de organización. Sin ser un pueblo agudo, apresurado, ni en el planteamiento ni en la resolución de los problemas, el alemán es un pueblo tesonero. Es el país del dale, dale. En apariencia, el alemán no se desvive, no atiende espectacularmente tres teléfonos al mismo tiempo, pero se agarra, digamos, a uno y no lo suelta de ocho a ocho. Al día siguiente agarrará el otro, y así sucesivamente. De esta manera su actividad no se dispersa y los rendimientos,

en todos los órdenes, son más prácticos y efectistas. Por descontado, esto se consigue también porque Alemania —como se ha dicho de Francia— en cada encrucijada encuentra su hombre: su político, su industrial, su financiero… Y esto, a su vez, se hace posible no sólo por el libre acceso de todo el mundo a la universidad, sino porque los alemanes son gente para la que nada representa el apellido o los amigos; lo que cuenta es la eficacia. Con esto y con que los despertadores entren en acción a las seis de la mañana y los niñitos de cuatro años inicien sus tareas escolares antes de que el día despierte, pueden conseguirse muchas cosas. En resumen, el milagro alemán se ha conseguido a base de quitar los cuarterones a las ventanas.

Naturalmente, esto empieza a aprenderlo uno, un español, después de moverse por el país unas semanas. De primera intención, Alemania, a nosotros, los españoles, nos desconcierta, nos sume en un brumoso estado de perplejidad. ¿Por dónde empezaron ustedes? ¿Qué fue primero? ¿La máquina o la fábrica, la carretera o el automóvil? Porque hay que partir de la base de que los alemanes no arrancaron de cero, sino que en 1945 el país padecía un considerable lastre negativo. No partió para levantar una fábrica de un solar, sino de un montón de escombros. No partió para reconstruir una ciudad de una pradera, sino de un gigantesco cementerio. Tuvo, pues, primero que terminar de deshacer para comenzar, después, a rehacer. Sin embargo, observando la actividad, seria y concienzuda, del alemán, uno piensa que nació para desarrollar una tarea ímproba. Hoy día, a los quince años del desastre, en el pueblo alemán se advierte ya un sobrante de energía que los bávaros queman bebiendo toneles de cerveza y entonando marchas en las cervecerías. Esto equivale a reconocer que el ritmo de trabajo normal y organizado no basta para satisfacer el instinto de producción del pueblo germano. Y ante una vitalidad tan exuberante, tan fabulosa, el extranjero que visita Alemania no puede menos de alarmarse. Uno piensa que el día que el alemán termine de arreglar el país —y ya le falta poco— sentirá la necesidad de quemar en algo su sobrante de energías.

El alemán no ha nacido, ello es evidente, para un trabajo sosegado, sin sobresaltos ni imprevistos. Para tanto como esto le sobran al alemán tres de los seis días hábiles de la semana. De aquí que uno piense que lo más sensato sería buscar para este gran pueblo una misión especial, una misión adecuada a su temperamento, más allá de los límites naturales de la capacidad humana, que muy bien podría consistir en la colonización de la Luna o en el establecimiento de una cabeza de puente en Venus, Marte o Saturno.

Unos simples botones de muestra

Es obvio que durante mi viaje por Alemania no he echado mano de ninguna estadística. Las estadísticas suelen ser expresivas siempre que se ajusten a la verdad. Uno es un ferviente admirador de esos cuadros sinópticos, esos diagramas, que en un simple golpe de vista nos revelan la situación de la Bolsa, la producción de acero o el movimiento demográfico de un país determinado en los últimos cinco años. Mas estas observaciones tan asépticas y concretas siempre le dejan a uno en la duda de si no estarán sometidas a fines publicitarios; resultan demasiado cómodas como para que uno se decida a extraer de ellas conclusiones definitivas. De aquí que el cronista prefiera, de ordinario, la observación de la realidad circundante que los números y las gráficas. Y ha sido a través de esta realidad como el cronista ha podido forjarse en poco tiempo una idea de la fenomenal potencia del pueblo alemán. Para ello basta tomar, al azar, unos simples botones de muestra, digamos, en nuestro caso, la circulación por capitales y carreteras, la ciudad de Colonia o el movimiento de barcos y barcazas por el Rin.

Sin perjuicio de comentar más adelante la perfecta organización de la circulación rodada alemana y esa gran conquista de las *Autobahn*, sin rival en Europa, bien puede afirmarse que hoy día no existe país en Occidente que supere el volumen de circulación automovilística de Alemania. Es éste un hecho constatado directamente en la carretera y comprobado después en una fábrica de automóviles, en la cual, según los despachos de salida, se ha aumentado la producción del último semestre en relación con el anterior en un treinta por ciento. Esto y la propensión germana a la domesticidad explica el porqué en las ciudades alemanas, a ciertas horas, es muchísimo más difícil hallar un peatón que un coche. Así me ocurrió en Wuppertal que al no encontrar alma viviente que me orientara para tomar la *Autobahn* hube de detener un automóvil. El fenómeno se evidencia asimismo en las explanadas que rodean las grandes fábricas, donde a las horas de trabajo el número de automóviles estacionados rebasa el que pueda existir ante un estadio provinciano el día que juega el Real Madrid. Quiere esto decir que el coche en Alemania es asequible a todos, tan asequible que mi amigo Tabanera, estudiante en el Colegio Español de Múnich, compró al día siguiente de su llegada a Alemania un flamante Volkswagen por dieciocho mil pesetas.

Naturalmente, ganar dieciocho mil pesetas en Alemania es bastante más sencillo que ganarlas en España, hecho que confirma la facilidad con que uno puede motorizarse hoy día en aquel país.

Otro dato que demuestra la voluntad y el espíritu de laboriosidad germano es la ciudad de Colonia. Colonia fue una de las ciudades alemanas más castigadas por la guerra. Pero decir esto es decir poco: Colonia fue literalmente arrasada en un noventa por ciento de su estructura urbana. Es decir, únicamente quedaron en pie, al concluir la última guerra, diez de cada cien casas. Pues bien, uno pasea hoy por Colonia y se siente incapaz de imaginar que hace solamente catorce años fuese aquello un ingente montón de cenizas humeantes. Un amigo alemán me decía a este respecto: «Claro es que uno sabe ahora que sigue viviendo en Colonia gracias a la catedral». Lo que hoy existe, pues, es una Colonia de nueva planta, rediviva, una ciudad dispuesta para afrontar el futuro, es decir, para soslayar los mil y uno problemas que la civilización supertécnica amontona hoy sobre nosotros. Tal, a vía de ejemplo, la calefacción. En Colonia y Hamburgo he observado que las calefacciones por pisos o por casas van desapareciendo. La calefacción allí es un servicio del mismo tipo que pueda serlo aquí el gas o la electricidad. Cada quinientos, cada mil pisos, existe una central que se ocupa de enviar calor a los radiadores domésticos durante el día y la noche. Los recibos se pasan a domicilio, y el ahorro y la limpieza que tamaña organización reporta no son para descritos. De la misma manera, las grandes ciudades alemanas de nuevo trazado se han preocupado de resolver otro tipo de problemas —aparcamiento, alcantarillado, luz, circulación…— que serán prácticamente insolubles el día que se les presenten a nuestras arcaicas urbes. Bien es verdad que si para resolverlos con el sentido práctico con que lo han hecho hoy los alemanes es preciso soportar antes la apisonadora de la guerra, más vale vivir eternamente a cuestas con nuestros problemas.

En Colonia, en fin, advertí también la abrumadora cantidad de riqueza que Alemania mueve diariamente. Me bastó para ello observar el tráfico de barcazas por el Rin, sin duda la espina dorsal de la economía de este pueblo. Si uno aspira a tener una idea de la economía alemana, se hace inexcusable un paseo por carretera desde Maguncia a Colonia flanqueando aquel río. El número de barcazas que suben y bajan, incensadas constantemente por el humo de las chimeneas de las dos orillas, es sencillamente abrumador. Desde el restaurante Bastide, en Colonia, que dicho sea de paso es propiedad del padrastro de Rommy Schneider —la popular *Sissi*—, conté una mañana el número de barcazas y gabarras que subían y bajaban por el Rin. La cifra me

dejó anonadado —treinta y ocho en una hora— y otro tanto le ocurrirá al lector si considera que la carga de una de esas barcazas viene a ser, por término medio, la de cinco o seis trenes de mercancías de treinta y cinco a cuarenta unidades. Si uno considera que el flujo no cesa ni de día ni de noche, podemos calcular que las mercancías que cruzan diariamente un punto del Rin se aproximan a los doscientos mil vagones, cifra sobradamente elocuente para empezar a comprender la pujanza del pueblo alemán en nuestros días.

Las realizaciones de la arquitectura y la ingeniería alemanas, de puro colosales, de puro sencillas, producen en uno la impresión de estar hechas sin esfuerzo o, mejor aún, de no ser realidad, sino construcciones de juguete a una escala gigantesca. Su perfección es total. Pero lo curioso es ver cómo Alemania consigue, en punto a urbanización y a obras públicas, objetivos fabulosos sin necesidad de una mano de obra exagerada. Alemania ha llegado a la mecanización absoluta, con la particularidad de que la máquina no expulsa allí al hombre, sino que son tantas que los alemanes, al no dar abasto para atenderlas todas, han de buscar gente en Grecia, Italia y España para que lo hagan por ellos. Esto equivale a afirmar que Alemania ha sido desbordada por su propia industrialización y que del mismo modo que nosotros multiplicamos los hijos —y aun premiamos al que más tenga—, los alemanes han multiplicado los puestos de trabajo, de tal forma que tienen para ellos y todavía les sobran para los demás. Por lo que respecta a España, tengo entendido que son alrededor de veinte mil los hombres y mujeres que allí trabajan ahora, sin que por ello haya cesado la demanda, antes al contrario, vistos los excelentes resultados de la mano de obra española, las solicitudes de personas aumentan cada día. De esta manera bien podríamos modificar el viejo aforismo de que Castilla hace sus hombres y los gasta, en el sentido de que España hace sus hombres para que, en buena parte, los gasten los alemanes.

En todo caso, repito, la mecanización germana es una cosa increíble. Alemania utiliza máquinas para todo, y lo mismo en la edificación que en las grandes obras públicas uno encuentra mayor número de ingenios mecánicos que de hombres. Su dominio de la naturaleza ha llegado a tal extremo que allí donde sobra un cerro existe una máquina que lo devore de dos bocados.

Lo que llamamos obras de romanos suelen ser obras levantadas con el sudor de muchos millares de hombres; si queremos ser fieles a nuestro tiempo habremos de pensar en acuñar otra frase —«obra de germanos»— para designar aquellas realizaciones conseguidas de una manera fría, calculada,

con la vibración de una docena de motores y la participación de media docena de hombres para accionar sus mandos. El alemán, en resumen, produce en el español, habituado a las limitaciones y a la parvedad, una impresión de desmesura, de omnipotencia. Impresión que es extensiva a otras actividades, como es, por ejemplo, la de beber cerveza. En Múnich, en las cervecerías de Múnich, será mal mirada aquella persona que no se atreva con una jarra de litro y no sea capaz de ingerir una salchicha de Frankfurt de medio metro de larga. Por supuesto, el alemán se bebe cuatro o cinco litros de cerveza de una sentada, es decir, con cuatro esporádicos altos para eliminar el sobrante. La escala de vida del pueblo alemán, entiendo yo, precisa de una medida especial, desconocida, por supuesto, en esta esquina de Europa.

Suele objetarse —y aquí está el quid de la cuestión— que el pueblo alemán se enfanga por días en un materialismo sin contrapeso, es decir, que los valores espirituales quedan rezagados ante el ritmo apresurado que marca el progreso material. En realidad uno pecaría de ligereza si tomase partido en este pleito. Tres semanas son muy pocos días para profundizar en la esencia de un pueblo. Sin duda, juzgando por algunos hechos, el afán disparatado de refinamientos, el espectáculo de las cervecerías, el hecho de que en los lugares públicos una máquina automática brinde un adminículo anticonceptivo a cambio de unos centavos, etc., podríamos llegar a conclusiones extremadamente pesimistas. Por contra, el amor con que los alemanes cuidan —incluso externamente— la preparación del ambiente navideño, la ejemplar vida hogareña de muchos millares de alemanes, el hecho de que el Beethovenhalle, de Bonn —una ciudad de apenas doscientos mil habitantes—, llene su sala de mil seiscientas butacas para escuchar un recital de altura y aunque muchas de estas localidades estén ocupadas por niños, el evidente equilibrio social alcanzado por el país constituyen, sin duda, síntomas alentadores, indicios de que la espiritualidad o los valores morales del pueblo alemán no están muertos ni abotargados. En fin, es ésta una cuestión extremadamente delicada para tratar de resolverla ahora frívolamente, en cuatro líneas.

Las autopistas alemanas

De pasada aludí más arriba a las *Autobahn*, a las autopistas alemanas. He aquí una realidad asombrosa de la Alemania 1960. En Italia y Holanda ha empezado a hacerse algo en este sentido, pero se trata más bien de ensayos que de una red extensa, realizada con una mira de enlace eficaz, como acontece en Alemania. Ante conquistas de esta naturaleza, el viajero no tiene más remedio que descubrirse. Las autopistas alemanas son seguramente el medio más avanzado y perfecto conseguido por el hombre en lo que atañe a la comunicación por carretera. Y lo de menos ahora —con ser mucho— es la noble calidad de sus firmes, la doble pista con el andén central, la sensatez del trazado —sin pendientes notables ni curvas alevosas. Lo más importante de las autopistas alemanas, a mi juicio, es la completa eliminación de todos aquellos riesgos que humanamente son previsibles: los cruces, salidas y entradas de la pista, aparcamientos, travesías de pueblos y ciudades, etc. Quiere esto decir que las autopistas, que enlazan las ciudades claves del país en una red de varios millares de kilómetros, están hechas para desplazamientos rápidos, tan rápidos como uno guste, ya que la ausencia de obstáculos es tal que uno puede calcular de antemano el tiempo que va a invertir en una distancia determinada sin temor a equivocarse. La media horaria depende de cada conductor y el cronista desconoce otro país donde uno pueda recorrer en automóvil trescientos kilómetros en dos horas y pico con el mínimo riesgo.

Algún lector pensará que exagero, pero éste es uno de los aspectos donde el cronista habla con mayor conocimiento de causa, ya que ha recorrido cerca de cinco mil kilómetros por las autopistas del país. Pues bien, uno sólo puede decir que de Múnich a Heidelberg —unos trescientos cincuenta kilómetros— invirtió en un Dauphine tres horas y pocos minutos. Naturalmente, la media hubiera podido ser más alta, y de hecho la alcanzan más alta casi todos los automovilistas alemanes. Porque lo cierto es que uno pone en Alemania su coche a ciento diez y a esa velocidad no adelantará sino a los camiones con remolque que caminan a noventa y cinco. Los camiones sin remolque rebasan los cien kilómetros. Nada digamos de los turismos —particularmente los Mercedes—, que aun marchando uno a una velocidad inusitada para España le hacen sentir la penosa impresión de estar clavado en la carretera; desfilan

como exhalaciones, a ciento cuarenta o ciento cincuenta kilómetros por hora. Mas lo importante no es poder poner el automóvil a esta velocidad en tramos esporádicos, sino el poder sostenerla sin dificultad durante trayectos de cientos y cientos de kilómetros. Uno sabe que «el enemigo» no puede aparecer en un cambio de rasante; que no existe la curva violenta; que no hay posibilidad de abordar la autopista por la izquierda; que el que accede por la derecha está obligado a esperar y, en todo caso, la penetración habrá de hacerla por una cinta lateral que va incorporándose gradualmente a la pista; que no hallará un automóvil aparcado fuera de las zonas de aparcamiento, cada quince o veinte kilómetros (zonas de aparcamiento desahogadas, con su fuente, sus mesas y sus bancos de madera); que no existe un badén, por leve que sea, que no esté cantado con antelación en lugar y caracteres bien visibles… En suma, el automovilista puede sacarle a su coche en Alemania el rendimiento para el que fue proyectado, a pesar de que la circulación es la más viva y nutrida de toda Europa occidental. Este trazado modélico, esta inteligente organización, explica el hecho de que, a pesar de las enormes velocidades, el número de accidentes sea escaso en el país —uno he visto en cinco mil kilómetros—, si bien cuando éste se produce, como acontece en las catástrofes aéreas, rara vez queda uno vivo para contarlo.

Esto al margen, resulta admirable, de una eficacia no carente de estética, el entramado de las pistas alemanas. Los ochos de los cruces; los cambios de dirección por puentes o túneles —nunca atravesando otra autopista—; la señalización; el dominio siempre patente de una topografía pocas veces adusta, ésta es la verdad, confieren a estas realizaciones de la ingeniería alemana una gracia, una ligereza, una sensación de ingravidez, dentro de su evidente complejidad, sumamente curiosa.

Claro que a esto se reduce el espectáculo de Alemania, visto desde una *Autobahn*. Porque la autopista, lo mismo que el avión, escamotea el paisaje; la autopista no es el mejor medio para ver el país, para viajar, digamos, sino para llegar. La autopista alemana es buena solamente para una prisa… Ésta es la contrapartida de tantas ventajas. Es decir, si usted quiere profundizar, llenarse de paisaje, pasear —que no pasar—, abandone la autopista por la primera salida a la derecha y camine tranquilamente por las carreteras de primero, segundo o tercer orden, en la seguridad de que todas allí son perfectamente transitables y que, por añadidura, le permitirán a usted hacerse partícipe de la vida rural del país.

El siniestro campo de Dachau

Hablaba antes de lo difícil que debe resultarle al alemán adecuar su espiritualidad, sus reservas morales, al progreso técnico, al refinamiento en que desembocan sus crecientes conquistas materiales. Tal dificultad se hizo patente con el advenimiento al poder del nazismo, cuando Hitler, en plena euforia racista, levantó en Alemania los siniestros campos de concentración, donde judíos, católicos —y también los invertidos, que todo hay que decirlo — sufrieron las vejaciones y torturas más terribles que la mente humana pueda imaginar. Estos campos constituyen un símbolo de los excesos a que puede llegar el hombre que ha ahogado en su pecho el privilegio de amar, vuelto de espaldas a los principios morales más elementales. Ante el mesianismo, ante el dictador que a sí mismo se atribuye —obcecado por la adulación— la representación de Dios en la tierra, hay que echarse a temblar. Recordemos a Hitler y Stalin, por no señalar más cerca. Seguramente Hitler no pretendió nunca llegar donde llegó, pero las circunstancias, junto con su fanatismo, le empujaron. Aunque lo peor es que el fanatismo de Hitler era contagioso. Únicamente así se explican fenómenos tan dolorosos, tan inhumanos, como los campos de concentración con sus cámaras de gas y sus espeluznantes hornos crematorios. Sólo así puede admitirse que el hombre pueda llegar a ser lobo para el hombre en tan horripilante escala.

El cronista ha estado en Dachau, cerca de Múnich. Ha recorrido silenciosamente, sobrecogido, todas sus dependencias. Aquello está igual que hace quince años. Los propios beligerantes han querido dejarlo así como lección para la posteridad. Y, en efecto, la lección es tan viva, tan directa y lacerante, que todos los humanos deberíamos recibirla siquiera una vez en la vida. Porque Dachau es el escalofrío, el remordimiento, el horror. No se me oculta que los crímenes de guerra, al concluir éstas, sólo se hacen notorios en los vencidos. Los crímenes de guerra de los vencedores se ahogan entre el flamear de las banderas y el trompeteo de los desfiles victoriosos. Pero, de todos modos, al cronista le cuesta creer que estas cosas alcanzaran un nivel semejante en otras partes. Hacía falta un Hitler, su vano y desesperado anhelo de depuración racial, para llegar a esos extremos de hacer jabón con la grasa de los judíos y tejidos de sus cabellos.

Pero debo insistir en que tales crímenes no es justo imputarlos en bloque a los alemanes. Al viajero le hace daño la frivolidad con que en el Occidente europeo se identifica al alemán con el fanático hitleriano de la Gestapo, olvidando que las primeras y más numerosas víctimas de Hitler fueron los propios alemanes. Hoy son los propios alemanes los que execran públicamente estos procedimientos.

A este respecto, es oportuno recordar las palabras del obispo de Essen, doctor Franz Hengsbach, hace medio año, con ocasión del Congreso Eucarístico de Múnich, en el acto de consagración de la Capilla de la Agonía de Cristo, levantada —en un alarde de sobriedad arquitectónica impresionante— en el mismo campo de Dachau: «Queridos cristianos —dijo el obispo entonces—, nos reunimos a la hora de la agonía de Cristo para hacer memoria de su agonía y de la de infinitos hombres atormentados. La relación de ambas aparece clara en las palabras de Cristo: "Lo que hicisteis a uno de mis hermanos pequeños a mí me lo hicisteis". Si aplicamos esto a Dachau tenemos que decir: donde se sufren agonías tan terribles está presente la agonía de Cristo. Él ha sufrido aquí. Él pasó hambre, fue golpeado, ahorcado, fusilado, quemado… Él gritó al Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". —Y más tarde añade el obispo de Essen valerosamente, en un párrafo que conmueve—: No sólo los verdugos de Dachau fueron culpables. No sólo los que dominaban en Dachau fueron culpables. En Dachau, como en todos los campos de concentración, se proyecta lo que hay de malo en el hombre, los pecados de que el hombre es capaz. Nosotros sabemos, con más o menos conciencia, que todos tenemos una parte en este pecado. La medida de la culpabilidad es diversa, sea por cooperación o por abandono. No queremos ahora medirla. Pero en Dachau aparece clara nuestra culpabilidad de alemanes ante hombres de treinta y siete naciones. Y así como Dios conoce las culpas de cada uno de nosotros y de los que nosotros representamos, confesamos ante Dios, ante las víctimas, y en presencia de todos los que nos acompañan, nuestra grandísima culpa… Y no sólo tenemos que pedir perdón a Dios. Donde los hombres se hacen culpables ante otros hombres se requiere también el perdón humano. Por ello los culpables entre nosotros deben pedir perdón a las víctimas que hay también entre nosotros por las violencias cometidas. Y no sólo como seres aislados, sino también como familias, como pueblo frente a otros, se requiere el perdón para que el amor triunfe sobre el odio».

He aquí un emocionante acto de humildad de un exprisionero de Dachau. Con él sufrieron cautiverio o muerte hasta cuatro mil católicos. En los

miserables barracones que uno divisa en la mañana lúgubre, plomiza, de diciembre, fue ordenado sacerdote un seminarista tres días antes de su muerte, utilizándose para ello atributos de madera y ornamentos de cartón. De los barracones, por donde desfilaron doscientos mil hombres, salieron treinta mil para la muerte. Pequeña muestra es Dachau, sin embargo, de lo ocurrido en otros campos, Auschwitz, por ejemplo, donde los prisioneros, según se dice, alcanzaron una cifra de millones.

En fin, ante este monumento de inhumanidad el ánimo más fuerte se sobrecoge y uno se siente culpable —con el obispo de Essen— ante todas las atrocidades, por el simple hecho de vivir.

Los pequeños jardines que rodean las dependencias, cámara de gas y hornos crematorios de lo que un día fuera campo de prisioneros de Dachau tienen un aire macabro, una vaguedad fantasmal, como si las almas de millares de hombres que a dos pasos de allí fueron transformados en humo se agarraran todavía a las ramas de los abetos o se estacionaran en los espacios vacíos dificultándonos el paso. El ambiente de Dachau tiene una gravidez indecible, a la manera de una pegajosidad gelatinosa y dulzona como de cámara de tortura o de cementerio. El silencio ya de por sí es impresionante. Los visitantes —alemanes, franceses, americanos, españoles…— discurren por las salas del espeluznante museo sin cambiar una palabra. Las gráficas, los números, los diseños, los planos, las fotografías son de una elocuencia tan directa que ante ellos las palabras resultan obvias. El repertorio de datos, informaciones, documentos es tan vasto y diverso que hasta el visitante sin la menor imaginación puede fácilmente reconstruir lo que fue aquel infierno a poco que se lo proponga. El protagonista de todo ello es un esqueleto viviente. Son muchos los esqueletos vivientes que se fijan, como espectros, en las frías paredes de Dachau. El esqueleto viviente arrastrándose por los barracones; los esqueletos vivientes en fila india, para recibir la diaria ración; el esqueleto viviente disponiéndose para la «ducha»; el esqueleto —que, al fin, ha descansado, ha dejado de ser viviente—, en las parihuelas, camino del horno, presto a convertirse en humo… El proceso es sobrecogedor. Uno se estremece pensando no sólo en lo que allí aconteció, sino en la frialdad con que otros hombres documentaban gráficamente cada uno de los hechos que allí acontecían.

Las salas de este museo tienen otro dato común, además del esqueleto viviente: el frío. Y no me refiero ahora al frío físico, decembrino, acrecido por la luz difusa, cenicienta, que se filtra por las angostas ventanas, sino al intenso frío moral de que está impregnado el ambiente de los interiores. No cabe

imaginar una mayor carencia de calor cordial que la que allí existe. Y es que cualquier visitante, que sin duda es capaz de explicarse el crimen pasional, la bestialidad cometida en un arrebato, se resiste a admitir el crimen cerebral, objetivo, burocrático, multitudinario, organizado con la meticulosidad con que se organizaría una fábrica de corchos para botellas. De ahí el frío. Un frío que traspasa los huesos, que paraliza el corazón, que obstruye el normal flujo de las ideas. Es un frío que uno no puede combatir alzándose las solapas del gabán o enrollándose al cuello la bufanda. Habría que cerrar los ojos y huir de allí. Pero uno ha acudido a Dachau precisamente para sentir ese frío y tratar de hacérselo llegar a sus lectores. Uno está allí para ayudar a los esqueletos vivientes, para tratar de difundir sus resignados lamentos, casi inaudibles, y que su sacrificio no sea inútil; en suma, uno está allí para una obligación muy concreta: ayudar a evitar que la historia se repita, procurar convencer al hombre de que el prójimo no ha sido puesto a su lado para transformarlo un día en humo o en jabón.

Las instalaciones de Dachau están escalonadas, graduadas en un *in crescendo* escalofriante, como en un film de Alfred Hitchcock, de forma que la antepenúltima escena sea la cámara de gas y la anteúltima los hornos crematorios. La cámara de gas es un recinto hermético, sórdido, como el sollado de un arcaico submarino, en cuyo techo —muy bajo— asoman las cebollas de las duchas, de manera que mientras los prisioneros esperaban el agua, el gas mortífero era inyectado por las cuatro toberas de los rincones. En pocos minutos, dos, tres docenas de esqueletos vivientes habían sido liquidados. La perfecta, metódica organización permitía su rápido traslado a la pieza inmediata, donde se levantan tres hornos crematorios. Aquí, a pesar de que el visitante ha ido sumergiéndose paulatinamente en el horror, el ánimo desfallece. En este lugar, que aparenta unos inocentes hornos para cocer ladrillos, fueron borrados de la historia muchos millares de hombres. Borrados, anulados, confundidas sus cenizas. Y eso un día tras otro, por espacio de más de diez años, ya que, al parecer, mucho antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, Hitler creó los Dachau para eliminar a los obstaculizadores de su política… Esta cámara lúgubre, asfixiante, parece haya de ser el fin. No obstante, la ingenua aspiración de los americanos, muy amantes de que todas las historias terminen bien, les ha llevado a adosar a la cámara de incineraciones una nueva sala con fotografías de la liberación, con libros y recortes de periódicos que aluden a la misma. Sin embargo, los ojos del visitante se vuelven con insistencia, obsesivamente, a la puerta de la cámara inmediata.

Tras la visita a los interiores, el aire del silencioso jardín se hace menos pegajoso, más respirable. Detrás de las instalaciones se hallan las tumbas colectivas, los ceniceros de hombres: el de los judíos, el de los católicos, el de los protestantes… Frente a ellos, bajo un abeto, el monumento al prisionero desconocido, al esqueleto viviente. Es un bronce estremecedor de un espectro rapado al cero, los ojos hundidos, la nariz aguileña, la boca fruncida en un rictus de amargura. Está cubierto con una gabardina andrajosa, desproporcionada, las manos en los bolsillos, mientras los pantalones se abolsan sobre unas botazas de goma de neumático. Las coronas de ramas de pino, «ofrendas simbólicas, —se amontonan al pie. Encima, la leyenda, ceñida, concreta—: Den Toten zur Ehr. Den Lebenden zur Mahnung». (‘Recuerdo para los muertos. Escarmiento para los vivos’). Dios lo quiera así.

Lo español en Alemania

Los universitarios alemanes, de acuerdo con una vieja tradición medieval, en lugar de aplaudir cuando un espectáculo o una conferencia les agrada, golpean ruidosamente los pupitres con los puños o los nudillos. Esto quiere decir que la aprobación de los universitarios germanos a lo que más se asemeja es a la desaprobación española, lo que al propio tiempo quiere decir que el conferenciante español no advertido, al enfrentarse por vez primera con esta ruidosa manifestación de entusiasmo, se lleva un disgusto mayúsculo. Ésta es una de las primeras cosas, pienso yo, que debían recoger las guías de turismo, aun las más rudimentarias, con objeto de evitar a los visitantes malos tragos.

En la Suiza alemana también está vigente esta costumbre de los porrazos exultantes. La complacencia se manifiesta a golpes; cuantos más golpes, cuanto más estruendosos sean éstos, mayor es la complacencia. El cronista afrontó por primera vez esta prueba en la Universidad Comercial de Saint Gallen, donde fue presentado a un atento auditorio por el profesor Doering, con la particularidad de que media docena de señoritas trataron de neutralizar, en aquella ocasión, con sus encendidos aplausos los horrísonos golpes de los indígenas. Fue aquello un duelo divertido. Mas cuando el profesor Doering me informó de la vieja costumbre medieval germana comprendí dos cosas: primera, que palmas y golpes tenían allí un mismo signo, y, segunda, que aquellas señoritas de los aplausos no eran alemanas. Entonces me dirigí a ellas, inquiriendo si eran españolas.

—Sí, señor —respondieron—. Españolas y de Valladolid.

Y una, más impaciente, añadió:

—¿Puede decirnos cómo sigue la calle Santiago?

Creo haber dicho en otras ocasiones que los vallisoletanos, afortunadamente, aunque somos pocos estamos bien distribuidos. No es posible dar un paso por el ancho mundo sin tropezar con una muchacha de las Delicias o un muchacho del barrio de San Juan. En todos, lógicamente, lo que primero advierte uno es la nostalgia, una nostalgia seca, dura, bien controlada. Aquella media docena de muchachas, colocadas en las fábricas de Saint Gallen, se mostraron muy satisfechas de su trabajo, de sus ingresos, de sus condiciones de vida, pero indefectiblemente concluían: «Nos acordamos

mucho de España». Este sentimiento, por otra parte muy lógico, es general. Las muchachas y muchachos navarros que trabajaban en las manufacturas de algodón de «Papá Braun» —un patrono ejemplar en todos los aspectos, también de Saint Gallen— se hacían lenguas de las atenciones que en la fábrica se les dispensaba, de su buena estrella, pero la añoranza de la patria estaba viva en todos ellos. Otro tanto he advertido al cambiar impresiones con trabajadores españoles en Múnich, Heidelberg, Colonia, Bonn, Hamburgo…

Otra cosa confortadora es su rendimiento. Su satisfacción es menuda al lado del entusiasmo con que los alemanes hablan de los trabajadores y trabajadoras españoles: de su inteligencia, de su agudeza, de su disposición, de su laboriosidad. Los españoles en España podemos sentirnos satisfechos de nuestros compatriotas; ellos han echado por tierra la leyenda negra de la pereza española, los trucos —para vivir con el mínimo esfuerzo— de nuestra picaresca. El trabajador español ha conquistado Centroeuropa, ello es evidente. Y tan cierto es esto que cada día aumenta la demanda de mano de obra española, ahora, principalmente, a lo que parece, de mecánicos y especialistas, médicos, enfermeras y carteros.[3]

En general, puede afirmarse que lo español ejerce una atracción, una especie de fascinación en Alemania. A mí, particularmente, me ha asombrado el gran número de personas que acuden a una conferencia sobre literatura pronunciada en castellano. Y nada diré de la cifra de libros españoles —Ortega en cabeza— que se han traducido o se traducen hoy en Alemania, la mayor parte de novelistas que aún no cumplieron los cuarenta años. Hablé de este fenómeno con varios editores y todos ellos elogiaron nuestras letras y se dolieron de la crisis literaria alemana, que, en general, atribuyen a la excelente coyuntura económica por que atraviesa el país. «Con dinero fácil, el espíritu artístico languidece», me decían. Uno piensa, ante este ejemplo, que no hay mal que por bien no venga y que los pueblos pobres, económicamente desorganizados, aún podemos arrancar un poco de luz de nuestra propia indigencia.

Hay que hacer notar que en este interés por lo español hay mucho de espontáneo y poco de organizado. Fuera del Instituto de España en Múnich, donde antes Clavería y ahora Galmés, y del Colegio Español en la misma ciudad, que capitanea el padre Javierre, hacen milagros con sus menguados recursos, no he topado con una organización española digna de tal nombre, lo que, naturalmente, no quiere decir que no existan. En cambio, los hispanistas auténticamente, totalmente enamorados de España —de su lengua, de su cultura, de sus playas, de su cocina…— son numerosos. Los profesores

Doering, Irmen, Beinert, Schram, Meier, Grossmann, Schneider, por no citar sino un pequeño grupo, difunden no sólo nuestra cultura, sino su simpatía hacia nuestro país, con una generosidad conmovedora. Y a su lado, esos profesores españoles, vinculados en una u otra forma a las universidades germanas —Carreras, Sobejano, García, Lledó, Ayuso, etc.— aportan su colaboración, muy eficaz y directa, a esta noble compenetración entre nuestros pueblos.

El militarismo prusiano

La historia de cada pueblo está influida por un vago determinismo. No es que uno piense que los pueblos o los hombres estén abocados a un destino irremediable, pero sí que tanto los pueblos como los hombres propenden, en virtud del temperamento y de ciertas características, a adoptar en la vida determinadas posturas. Claro que por encima de todo eso está el libre albedrío, pero no todos los hombres ni todos los pueblos son igualmente responsables de su actuación en la Historia. Pretendo decir con esto que el dominar las naturales inclinaciones es más peliagudo para unos que para otros; y, en consecuencia, cuando estas inclinaciones son malas y se las vence, el mérito aumenta, de acuerdo con el esfuerzo de voluntad que esta victoria requiera. Naturalmente no entra en las facultades humanas el discernimiento de estos méritos ni el de aquellas responsabilidades.

Pero uno llega al tema del militarismo prusiano con cierta aprensión. La tendencia del pueblo germano a someterse a una rígida disciplina es un hecho comprobado por todo el mundo. El desarrollo de Prusia, la unidad alemana, la historia de la Europa contemporánea están evidentemente montadas sobre una Alemania en armas. Por otra parte, la puntualidad, la exactitud, la sumisión, el orden de que a diario da abundantes pruebas el pueblo alemán hablan por sí solos, y bien elocuentemente por cierto, de un respeto innato por las virtudes castrenses. En una palabra, si el suizo lleva el comercio metido en la sangre, el alemán podemos decir que nace en posición de firmes y mientras su papá y su mamá no le den el visto bueno el bebé no se coloca en su posición de descanso. Esto es un hecho notorio, y a estas alturas no hay, creo yo, quien lo discuta. Lo que sucede es que esta disciplina, esa energía, ese sostenido esfuerzo sobrehumano, canalizados por la vía pacífica, pueden rendir, como hoy lo estamos viendo, los resultados más brillantes y espectaculares.

Lo peregrino de todo esto es que uno, después de convivir con alemanes unas semanas, llega a la pueril conclusión de que la raíz del militarismo de aquéllos radica en su voz, cuando ésta, seguramente, no es sino una de sus manifestaciones. El alemán denota su actitud castrense no en las cosas que dice, sino en el tono con que las dice. La fonética de este pueblo es una fonética estrictamente marcial. Cuando un tranviario germano habla, como cuando habla un basurero, el interlocutor —máxime si es forastero—

propende instintivamente a cuadrarse. Tanto da, repito, que hable un ministro como que hable un camarero; al alemán, tan pronto abre el pico, le brotan en la bocamanga los entorchados de la autoridad. Esto es tan cierto que mi amigo Fernando Altés, pacífico gerente de *El Norte de Castilla*, se transfiguraba en un teniente coronel en cuanto enhebraba tres vocablos alemanes seguidos. Entiendo que es un hecho incontestable esto que afirmo. Y, por otra parte, no creo que sea nada nuevo. La languidez cadenciosa del idioma criollo delata su dejadez; la dulzona sensualidad del portugués, su sentimentalismo; nuestra propensión a los ásperos vocablos concluidos en *on*, la agresividad típicamente celtíbera. El tono de la lengua germana, seguramente por exigencias fonéticas, es inevitablemente ordenancista. Luego viene todo lo demás: la marcialidad, la seria prestancia con que las cabezas germanas —incluso en los cargos subalternos— se tocan con gorras de plato, el mutuo respeto, la organización, en suma, que se observa en todas las manifestaciones de vida de este gran pueblo.

Estas observaciones nos llevan a la conclusión de que al germano no le molesta la disciplina, sino, al contrario, que espontáneamente propende a ella. Queda, naturalmente, por explicar la culpa que al resto del mundo le cabe por el hecho de que Alemania haya apelado a las armas un montón de veces en los últimos cien años. Es decir, que a Alemania se le acusa, con notoria ligereza, de ser un pueblo belicoso, cuando la realidad es que haría falta ser un país de santos para que, siendo consciente de su fortaleza, como lo son ellos, hubieran soportado, pongamos por caso, el corsé de Versalles sin echar los pies por alto. A Alemania se le ha puesto reiteradamente en el disparadero, ésta es la verdad, y ante esto, el instinto militarista de este pueblo operó en terreno abonado. Ello no es obstáculo para que la Alemania de 1960 haya retirado los juguetes bélicos de las jugueterías —único país en Europa que ha adoptado tan sabia medida— y haya multiplicado los monumentos y ruinas conmemorativos de la gran catástrofe, en un firme anhelo de no volver a las andadas, de evidenciar ante los ojos de las nuevas generaciones la crueldad e inutilidad de las guerras.

De lo dicho podría deducirse que el alemán sea seco, descortés o poco cordial, cuando nada hay en estos momentos tan lejos de mi ánimo como esta afirmación. El germano no es melifluo ni adulador, pero es uno de los temperamentos más amables que van quedando en esta sobreexcitada Europa de nuestro tiempo. Y su amabilidad —como todas las virtudes alemanas— tiene un magnífico sentido práctico. En este aspecto, el alemán llega a extremos que difícilmente encontrarán par en este mundo de nuestros

pecados. Y entiendo que para pulsar la amabilidad de un país ninguna circunstancia tan adecuada como sumergirse en él virgen de todo conocimiento de la lengua y del trazado de sus ciudades. Uno lo ha hecho así y en ningún caso le faltó el ángel orientador en cada encrucijada. Por ejemplo, al salir de Colonia, el viajero interrogó, aprovechando la pausa de un semáforo, al conductor de un Volkswagen chocolate por la dirección de Hamburgo y él le hizo ver, como Dios le dio a entender, que había de seguir aún diez kilómetros, flanquear un puente a la derecha y allí encontraría un cruce de direcciones. Llovía a cántaros y al abordar el cruce el cronista observó con estupor que arrancaban de él ocho direcciones distintas…, pero allí, en el centro del lazo, bajo la lluvia, estaba el conductor del Volkswagen chocolate indicándole con el dedo la carretera que debía tomar. En Wuppertal, otro automovilista espontáneo se brindó a precederle con su coche hasta la autopista. Sin su ayuda —directa, generosa, eficaz, concreta—, en la que invirtió un cuarto de hora, aún seguiría uno dando vueltas en aquel laberinto sin encontrar la salida.

En análogas circunstancias en Celle —¿qué hará, pienso yo, un nombre así, tan delicado, tan suave, tan femenino, entre las bruscas kas y las viriles jotas y las complicadas uves dobles germanas?—, un guardia urbano me acompañó personalmente hasta dejarme a cubierto de cualquier despiste. ¿Y qué decir de aquel pobre manco de Hamburgo y aquel oficinista de Bonn a quienes interrumpí en el momento de cerrar sus locales y no vacilaron en demorar el cierre hasta ponerme en contacto telefónico con los profesores de español de las respectivas universidades? El alemán, repito, con su apariencia reservada y pese a su fonética áspera y gutural, es, hoy por hoy, uno de los temperamentos más cordiales y solidarios que todavía —y Dios quiera que lo conserven muchos años— puede encontrar el viajero por el mundo.

Tres consejos útiles

Creo que va siendo hora de poner punto final a este repertorio de fugaces impresiones sobre Alemania. En realidad estos capítulos van naciendo sobre la marcha, sin otra base que los recuerdos, y, por tanto, un poco a la pata la llana y un mucho sin orden ni concierto. Mas a la hora de cerrar, advierto que me quedan entre los puntos de la pluma una serie de consideraciones que, probablemente porque se dan por sabidas, nadie se ha molestado en subrayar, siendo así que ellas constituyen, de una parte, nuevos indicios reveladores del temperamento germano y, de otra, unas valiosas advertencias que el presunto turista me agradecerá sin duda. Para concretar un poco y no quedarme entre las ramas, voy a enumerar estas cuestiones: 1.ª camas alemanas; 2.ª el pan, y 3.ª el ciervo como peligro de la carretera. Vayamos por orden:

Primera cuestión: las camas germanas. La cama alemana constituye una dolorosa sorpresa para el turista. La cama alemana carece de sábanas, carece de mantas, carece de colcha. ¿Qué tiene, pues, la cama alemana? La cama alemana solamente tiene el colchón y una frazada, o mejor dicho, un edredón de pluma de ganso para cubrirse. De entrada, el turista español reacciona en celtíbero, se cree objeto de una broma pesada, protesta y maldice. A los celtíberos nos gusta remeter el sobrante de sábanas y mantas bajo el colchón, por los costados y los pies. Dejar éstos a la intemperie nos impide conciliar el sueño, se nos antoja un atentado contra nuestra salud. La primera vez que el cronista se enfrentó con esta modalidad de cama, tras una prolongada reflexión, decidió introducirse todo entero en la funda del edredón como esos bebés que en invierno son paseados por los parques públicos cómodamente embutidos en sus sacos-mantas. No obstante, a los tres días las camas alemanas conquistan al viajero. El edredón, tan liviano, tan alacre, no pesa, pero abriga, se adapta al cuerpo con una ductilidad pasmosa, no proporciona ni más ni menos que el calor que uno precisa. En cuanto a los pies… Uno ignora lo que ocurre, pero en Alemania no ha notado los pies. De ordinario los pies del cronista se enfrían a últimos de octubre y no reaccionan hasta bien entrada la primavera. Pues bien, en Alemania —incluso en las camas alemanas— el cronista no ha notado que tuviera pies y sabido es que cuando el hombre no nota su cuerpo es que el cuerpo marcha. Pero seguramente el hecho de que los pies no se noten en Alemania se debe al cuidado que en este

país se presta a los ambientes, en el acondicionamiento perfecto de los interiores, de la temperatura de los interiores, incluso de los modestos hoteles y restaurantes que uno encuentra en el camino.

Segunda cuestión: el pan. Usted se sienta por primera vez a la mesa de un restaurante alemán, le sirven la comida, pero maquinalmente advierte que aún falta allí algo esencial y sigue hablando distraídamente con sus compañeros de mesa, esperando que aquello «se complete». Al cabo de un rato, el camarero —casi siempre latino— se aproximará y le preguntará cortésmente si aquel plato no es de su gusto. Usted, entonces, mirará entorno y dirá: «¡Ah, sí, sí, es de mi gusto; pero me falta el pan!. —El camarero fruncirá la frente y le preguntará—: ¿Pan?». Y usted corroborará: «Claro, pan». El camarero se alejará, cuchicheará con su compañero; luego, los dos juntos se dirigirán al *maître*; los tres hablarán en voz baja, después se dispersarán y, transcurridos unos minutos, el camarero retornará con unas rebanadas minúsculas en una bandeja, radiante como si acabara de conquistar la luna, y le dirá: «Señor, aquí tiene usted el pan». Al cabo de un rato, cuando usted haya concluido de comer y pida la nota, se originarán nuevos conciliábulos, nuevos cambios de impresiones y, finalmente, el camarero le preguntará a usted cuántas rebanaditas de pan ha comido y se las cobrará por unidades y, por descontado, a buen precio. Esto quiere decir que en Alemania el pan es un lujo o, si se prefiere —y a los campesinos de mi tierra les placerá más dicho de esta manera—, que el trigo en Alemania está suficientemente revalorizado. El alemán, en suma, come sin pan, y el hecho de que uno pida pan para acompañarse les sorprende y les divierte, e incluso les sirve de motivo para hacer cábalas sobre su nacionalidad. Yo ignoro si este detalle será un hábito más o una nueva manifestación del elevado nivel de vida del país. En todo caso se trata de una singularidad que conviene tener en cuenta, ya que a un castellano, acostumbrado al coruscante pan lechuguino y las hogazas rurales como bases de la alimentación humana, no puede por menos de sorprenderle.

Y tercera y última cuestión: el ciervo, peligro de la carretera. He aquí algo con que el viajero no contaba, algo que le hace pensar en una propaganda indirecta, incontestablemente bien orientada. El fenómeno ya le sorprendió en Suiza, volvió a observarlo en Austria y se confirmó en Alemania: en Centroeuropa el ciervo ha llegado a representar un peligro para los conductores. En mi primer encuentro con la señal de precaución imaginé que se trataba de una manera distinguida de advertir los pasos de ganado y que los centroeuropeos, con un sentido poético y simbólico más desarrollado que nosotros, pintaban un ciervo, siempre más gallardo que una vaca. Pero no. Al

parecer, cuando la señal de precaución exhibe un ciervo es que el peligro que acecha al automovilista es un ciervo y no una vaca. «Ya se dan casos —me dijo un alemán en Heidelberg—. Y no crea usted: atropellar a una res a ciento cuarenta kilómetros por hora es peligrosísimo». Sin duda será así. Pero uno, habituado a encontrarse una curva cuando le señalan una curva, un badén cuando le señalan un badén o un cruce cuando le señalan un cruce, terminó por perder la fe ante el cartelón número quinientos que anunciaba el ciervo sin que el ciervo apareciese. Y es que uno, en su avidez cinegética y sin confesárselo abiertamente, deseaba en el fondo de su alma toparse con un ciervo. Sea como quiera, las señales de peligro por causa de ciervos terminan por encender hasta en el viajero más frío un ardor venatorio, ardor que crece a medida que las señales se multiplican y el ciervo sigue sin irrumpir. En suma, el viajero entiende que anunciar el ciervo como un peligro resulta mucho más eficaz que hacerlo mediante carteles que nos inviten a cazar en Alemania, «el paraíso del cazador». La gente, ya es sabido, es aficionada a merodear en el peligro. Ante esta realidad pienso si no sería interesante para la economía de nuestra zona salpicar las rutas de Castilla de triángulos rojos con una botella en el centro y un cartelito debajo que anunciase: «Precaución, blanco de Rueda. —O bien—: Peligro, clarete de Cigales». El turismo 1960 está concebido de tal modo que las botellas de buen vino tientan más que las catedrales góticas, y con mayor motivo aún —dada la complicada psicología del hombre del siglo XX— si en lugar de airearlas como un placer gastronómico las anunciamos como un nuevo peligro de la carretera.

Noviembre-diciembre de 1960

París, la capital del mundo

1959

A Pierre Mazars, redactor de *Le Figaro Littéraire*, le sorprendió mucho mi afirmación de que París había llegado a ser en 1959 una ciudad enteramente libre de prejuicios. Comentando luego esta frase con J. Francis Reille, profesor de castellano de la Sorbona, me hizo ver que el parisiense tiene el prejuicio de creerse libre de prejuicios. Le dije lealmente que colocados en esta tesitura había de admitir que nos movíamos en un círculo vicioso y que esta cuestión de los prejuicios era, en definitiva, como una pescadilla que se muerde la cola.

En todo caso, esta observación mía fue tomada por los franceses como un piropo, cuando en realidad el carecer de prejuicios encierra sus ventajas y sus inconvenientes, siquiera aquéllas pesen más que éstos a la hora de hacer balance. La vida en comunidad exige ciertas limitaciones; la libertad de cada uno está acotada por la libertad de los demás, y este principio elemental, que en las opiniones políticas y religiosas, por ejemplo, tiene una rigurosa vigencia, no siempre se aplica en este París 1959. Quiero decir con esto que la sensibilidad de un forastero, sometida en esta gran ciudad a vibraciones incesantes y que de ordinario obedecen a nobles estímulos estéticos, no siempre es sacudida por motivos plausibles.

La supremacía de París en el terreno del arte, la literatura, los modos y las modas es muy antigua, sin duda. Podríamos decir que, a partir de Luis XIV, la influencia francesa es la que más pesa en el mundo. A los colaboracionistas de la guerra de la Independencia española se les denominaba *afrancesados* y, en puridad, el afrancesado era un ser ganado por las corteses maneras y el buen gusto franceses antes que por el brillo de sus victorias militares o el señuelo de una recompensa. Por otra parte, el afrancesado brotó espontáneamente aquí y allá donde quiera que puso el pie Napoleón, y esto prueba que la invasión espiritual del pueblo galo había precedido a las invasiones armadas. En el momento en que la expansión napoleónica se desata, hay ya muchos espíritus europeos cautivados sutilmente por el encanto, la sugestión que emana, como un opio enervante, de los modales franceses.

Esta capitanía ha obligado a París a forzar su ingenio, a someter a presión sus facultades de inventiva. Durante siglos las personas que se jactaban de estar *à la dernière* no podían perder de vista París. París llevaba la batuta y si aspirábamos a sorprender a los conciudadanos o a los amigos con nuestros vestidos o nuestras ideas, habíamos de apelar a la indumentaria o las opiniones que se llevaban entonces en París. Esta capitalidad espiritual que París conserva pese a todos los avatares conlleva deberes muy penosos, el primero de ellos el de vivir en una permanente tensión renovadora sin la menor posibilidad, no ya de dormirse en los laureles, sino de descabezar una siesta. Esta tensión, que pudo ser soportable y hasta confortadora en unos tiempos en que la rumia y la digestión de las innovaciones de cualquier orden se hacían morosamente, tras un gozoso paladeo, se ha hecho angustiosa en los días que vivimos, cuando las modas y las tendencias han de ser sustituidas en brevísimos períodos de tiempo y su carácter efímero, impuesto por la avidez de novedades del hombre, exige una continua renovación, lo mismo en las costumbres que en la literatura o el arte. Y si el talle sube o el talle baja a cada estación del año, o el puntillismo pasa a la historia en una fracción de segundo, o el existencialismo ha de agarrarse, para manifestarse de un modo palpable, a las barbas y los atuendos desastrados, no se culpe tanto a París como a la insaciable sed de mutaciones del hombre moderno, semejante a la de esos bebés rollizos y vitales que succionan implacablemente del pecho de una madre escuálida. Los hombres exigen novedades cada día y París ya no puede dar más de sí; se siente impotente para servirlas al ritmo que se le piden. Esto explica el porqué este París 1959 me ha dado, de una parte, impresión de fatiga y, de otra, de estar coronando, o tal vez de haber coronado ya, el proceso de la extravagancia.

Sin salirse de los cauces que delimita la dignidad del hombre, no creo que por el camino de la extravagancia sea ya posible llamar la atención en París. El repertorio de frases y actitudes extravagantes está prácticamente agotado. Formular una de aquéllas o adoptar una de éstas con pretensiones de originalidad sería ridículo en este París 1959; otro, con toda seguridad, nos habrá tomado la delantera. Yo pienso a veces que a Dalí ha de suponerle mayor esfuerzo que pintar un cuadro decidir la pirueta con que cada año ha de asombrar a París y, de rechazo, al mundo entero. Esto explica un hecho que, si siempre tuvo vigencia en esta ciudad, hoy ha adquirido carta de naturaleza, a saber, que cada cual puede hacer aquí lo que le venga en gana en la seguridad de que nadie va a extrañarse por ello. Este bendito clima de

libertad, tan inteligentemente administrado por los franceses en el terreno político y en casi todos los terrenos, produce magníficos frutos, entre los que no es el menor esa pingüe renta artística que no por adoptar en ocasiones orientaciones disparatadas deja de otorgar a París el título de cabecera del mundo.

La teoría de la falta de prejuicios del parisiense, con sus ventajas e inconvenientes, es oportuna ahora. En definitiva, la elusión del prejuicio, en buena parte, se ha conseguido en París mediante la aproximación de los dos sexos, es decir, borrando paulatinamente las diferencias que separan al hombre de la mujer. En Francia apenas quedan ya, fuera del hecho de ser padre, que sigue siendo, creo yo, prerrogativa del hombre, actividades vedadas a la mujer. Por otra parte, en París 1959, la mujer tampoco tiene «sus labores» en exclusiva; esas labores que el español, con ésa su errónea concepción del macho, desdeña y cuya ejecución le avergonzaría las pone en práctica el parisiense 1959 y, por supuesto, con la cabeza bien alta. Pasear al niño en el cochecito, planchar, hacer la plaza con la bolsita de malla y regresar a casa desbordado por los tomates y las lechugas, hacerse la cama y hasta coser la ropa son cometidos que el francés desempeña sin hacerse la menor violencia. Con similar arrogancia, la mujer ha ido escalando uno a uno los puestos que ayer fueron privativos del hombre, y hoy la vemos conduciendo un taxi o controlando el tráfico de una estación de ferrocarril con notable autoridad y evidente desenvoltura. Se aducirá que esta recíproca interferencia se ha producido al escasear el servicio doméstico, mas la razón no es válida supuesto que tal forma de servicio subsiste en Francia, con la particularidad de que los hombres, que no pocas veces son estudiantes en período de vacaciones, lo desempeñan con la misma frecuencia y eficacia que las mujeres.

Naturalmente, esta imprecisión de funciones ha promovido un cambio o, mejor dicho, lo está promoviendo, ya que el proceso está en Francia todavía inconcluso, en las relaciones entre hombre y mujer, cuya manifestación más notoria e importante es el desplazamiento de la iniciativa en el amor a manos de éstas. Ayer la mujer se resignaba a esperar; era ineluctablemente el hombre quien salvaba la barrera. El parisiense 1959, por contra, empieza a dejarse querer. El encandilamiento erótico ya no es fácil aquí. En consecuencia, el hombre adopta una actitud pasiva, casi desdeñosa; es él quien aguarda e incluso quien es valorado en una dimensión física, una calidad corporal en la que antaño apenas se reparaba o, en todo caso, se disimulaba pudorosamente. Pero después de todo, a juzgar por el cine y la literatura norteamericanos del

momento, es ésta una corriente de importación cuya constatación no me es grata, pero que con ocultarla no creo que adelantemos gran cosa. Por de pronto, si juzgamos por el número de viudas que circulan por París, convendremos que en Francia, como en casi todos los países civilizados, el designar hoy a la mujer como «sexo débil» no deja de ser una absurdidad risible. El débil, entiendo yo, es el que sucumbe y el fuerte el que sobrevive. (Señalemos, para concluir este asunto, que los franceses, la Municipalidad de París, han dejado de considerar débil a la mujer, al menos en el Metro y en el autobús. El acercamiento de ambos sexos en este punto es absoluto y puede ser considerado como un símbolo. Los carteles en los autobuses parisienses invitan a ceder los asientos a los ancianos y a los enfermos, pero no a las mujeres. La mujer joven puede sostenerse sobre sus remos lo mismo que el hombre. He aquí un punto a considerar).

Pero íbamos a lo de la extravagancia. La extravagancia está muriendo en París por consunción. París ha concluido con la extravagancia atacándola de frente. Hoy día se puede uno pasear por sus calles vestido de piel roja en la seguridad de no perturbar la fluidez del tráfico. La curiosidad del parisiense se orienta en 1959 por otros derroteros. Su capacidad de sorpresa ante las formas que en otros lugares puedan parecer inauditas o estrafalarias está prácticamente agotada. Tal vez por ello, y en un comprensible anhelo de no renunciar a su frívola dictadura, París se está pasando de rosca. No se trata ya de los atuendos más o menos hiperbólicos de los bohemios, sino de expresiones o fórmulas o actitudes que lindan con la escatología o que sacuden despiadada, abruptamente, las sensibilidades delicadas. Concretamente, el hecho de anunciar la Exposición Internacional de Flores —una maravilla, por cierto— como ha hecho un elegante establecimiento parisiense exhibiendo en una vitrina una bandeja de plata colmada de cagajones —cagajones humeantes, auténticos— o el inundar París de muñecos cuyo sexo es una espiral para descorchar botellas, aparte de un mal gusto notorio, revela la incapacidad con que se enfrenta el mundo para sorprender por medio de la extravagancia, cuyo declive ha sido una de las realidades que me ha deparado este París 1959.

Admitamos, de otro lado, que el ambiente de frivolidad constituyó de siempre uno de los grandes atractivos de París. Hoy este aliciente sigue en vigor, celosamente vigilado por las agencias de turismo —«París la nuit, Folies Bergère, Lido, Moulin Rouge…, X francos»—; pero es éste un erotismo desgastado, caduco, donde la renovación apenas es posible si quiere hacerse sin caer en la depravación. No obstante, el París frívolo vive en 1959

y vive bien gracias a las transfusiones de sangre que le prestan, de una parte, la afluencia provinciana y, de otra, la oleada de turistas que apresuradamente se desplaza de un lugar a otro del mundo en cuanto apunta la primavera en busca de nuevas sensaciones. Esto, la Unesco y la instalación de los americanos en Europa occidental explican sobradamente el fenómeno de que la frivolidad parisiense adopte en 1959 una expresión bilingüe. Mas si el erotismo quedara circunscrito a estos antros, París dejaría de ser muy pronto la ciudad del amor, y toda esa tradición picante que arranca de la Pompadour y Luis XV quedaría truncada con el consiguiente perjuicio para la economía del país. Es, pues, preciso hacer una ostensible profesión de amor, y los parisienses y las parisienses no se recatan en ello, y las márgenes del Sena —ese hermoso río prisionero que desde los puentes de París se exhibe a los ojos del turista en un pintoresco y atormentado estado de domesticidad— y las calles de Saint-Germain-des-Prés brindan una divertida lección a este respecto. La compañía de una mujer en el París 1959 hay que hacerla notar de una manera indubitable. Llevarla del brazo es correr el riesgo de que alguien piense que la mujer va sola. Llevarla por los hombros o la cintura tampoco sirve ya. La propiedad de una mujer en 1959 empieza a ser presumible cuando el galán la lleva de las caderas o de los labios y esta presunción se refuerza cuando en cada esquina aquél la estrecha o se deja abrazar por ella con lánguida dejadez. Toda otra forma de acompañar a una mujer puede resultar equívoca en esta ciudad, por sobre todas las cosas realista. (La *frivolité*, tan traída y llevada, tan aparatosa, evidente no sólo en los centros creados para su exaltación, sino en las carteleras de los cines, los anuncios de los autobuses y las vitrinas de los comercios, se muestra a veces con graciosa ingenuidad. En una tienda de artículos de pesca inquirí por las últimas novedades para la pesca de la trucha, y el dependiente, tras leves vacilaciones, me mostró una muñequita de celuloide en cueros vivos con tres anzuelos en los pies. Le dije si confundía a las truchas con los turcos, pero él me aseguró muy seriamente que el artículo estaba dando buenos resultados).

París en 1959 está —también en este aspecto— coronando una etapa. La mujer apenas puede ya deparar sorpresas y el amor, la relación hombre-mujer, se establece, ya dije, en términos muy diferentes a los clásicos. La vieja, secular relación se diría agotada, y la monogamia, la regulación ordenada del instinto sexual van resultando aquí monótonas y aburridas. Es un riesgo, porque de aquí a la aberración no hay más que un paso. La inteligente escritora Marcelle Auclair me hacía notar esto y me hizo notar asimismo el peligro que envuelve para Francia —yo entiendo que este mal es general—

esa juventud que a los veinte años se siente ya de vuelta de todo, consumida por el tedio, incapaz de inventarse un interés que dé una orientación y un sentido a sus vidas.

Pero pasemos a la convivencia, a la ejemplar manera de vivir sin roces, al mutuo respeto que prevalece en este París 1959. En este aspecto Francia ha alcanzado un punto de madurez envidiable. Y me refiero no tan sólo al respeto a las opiniones ajenas, sino al respeto a la indumentaria del prójimo o a las manifestaciones, sean de entusiasmo o protesta, de aquellos que no piensan como nosotros. Ante este extremo, el español se siente estupefacto, se resiste a creer lo que ven sus ojos. Y, sin embargo, este clima de convivencia, que no de solidaridad, es patente en todas partes: los restaurantes, la calle, el cine, el autobús… Su secreto es bien simple: el francés se ha convencido de que la violencia es el peor de todos los remedios para resolver un problema. Mi amigo Ignacio Iglesias me decía que cuando hace años las dificultades de todo orden condujeron a Francia a una delicadísima encrucijada política, todo el mundo pensó que la guerra civil era punto menos que inevitable. Todo el mundo lo pensó… menos los franceses. «Los franceses —me decía Iglesias— nunca pensaron que la cosa pudiera terminar a tiros». Sabia educación la que acierta a llevar al corazón del pueblo el convencimiento de que los tiros y la fuerza no resuelven los problemas, sino que los crean. En el calendario de la Historia podrán contarse con los dedos de la mano las guerras que no hicieron más extensos y profundos los daños y las injusticias que se pretendía reparar. Esto, que en frío y para mentes cultivadas resulta incontestable, es un postulado aceptado en Francia 1959 en caliente y por las mentes más romas y en barbecho.

De aquí que la violencia, aun en sus más pueriles manifestaciones, despierte una férvida curiosidad en el parisiense, abotargado e insensible para las más atrabiliarias extravagancias. Por eso dije más arriba que la curiosidad del parisiense no ha muerto, sino que ha cambiado de orientación. La extravagancia no la suscita porque el parisiense está ya ahíto de tonterías; pero, en cambio, la violencia, rarísima en el país, representa para él un espectáculo extraordinario. Así la discusión en el mercado, las cuatro palabras cruzadas entre dos automovilistas airados son escenas que congregan multitudes, que convierten automáticamente en mirón al transeúnte que deambula por la calle apremiado por los quehaceres más urgentes. Tales manifestaciones de curiosidad extremadamente primarias vienen a decirnos que la vida empieza otra vez en Francia, que el desgaste y el hastío

producidos por la supercivilización y el refinamiento en los placeres empujan en 1959 al país al lado opuesto, es decir, a disfrutar con las cosas nimias, con lo aparentemente baladí, con aquellos pequeños hechos que, pensando con la cabeza, debieron ser los primeros en el tiempo. En punto a civilización, París ha alcanzado el tope y, afortunadamente, se dispone a empezar otra vez.

Por otra parte —y he aquí el reverso de esta convivencia por tantos conceptos ejemplar—, el respeto al vecino se ha extremado tanto en el hombre de la calle que ha terminado por conducirle a un desinterés absoluto hacia el prójimo. El francés 1959 no quiere crearle cuestiones al vecino, pero tampoco que éste se las cree a él. Así el hombre se transforma en un ente hermético, insolidario, y se comprende muy bien que en París uno pueda encontrarse en 1959 tan solo y en un ambiente tan adverso como en una isla desierta. En este punto no hablo por hablar. En la ciudad he encontrado dos compatriotas modestos que arribaron a París con la intención de situarse y a quienes por una serie de circunstancias no salió nadie a esperar a la estación. Ninguno de los dos sabía una palabra de francés ni tenía un franco en el bolsillo, aunque sí unas cuantas pesetas que ignoraban dónde podrían cambiarlas. Pues bien, estos amigos pasaron dos días en París como en un desierto, buscando una dirección que no encontraban, sin comer ni beber y durmiendo en un banco de un parque público. Los transeúntes los ignoraban y dondequiera que mostraban las pesetas eran automáticamente rechazados, sin que nadie tuviera tiempo de indicarles, de alguna manera, los pasos a dar para salir del atolladero. Al tercer día fue un español quien los oyó lamentarse y conmovido por su situación los recogió en un taxi y los condujo a la dirección que buscaban.

Esto no es más que un síntoma. En todo caso, para cualquiera que haya visitado Francia periódicamente en los últimos años no constituirá una sorpresa. El francés de la última década da muestras progresivas de fatiga y, consecuentemente, de destemplanza. La afabilidad, las tradicionales maneras francesas están en baja, ahogadas por la prisa. Admiro a Francia lo suficiente para que nadie pueda considerar mi opinión apasionada. Aquella actitud a que aludo se manifiesta en especial en los grandes almacenes y, en general, en todos aquellos establecimientos que viven de cara al público. Cualquier error, cualquier indecisión, la torpe expresión de una idea por parte del comprador provocará, de inmediato, impaciencia y malas caras. Sin duda esta fatiga malhumorada tiene su explicación no sólo en la agitada vida moderna, que en París alcanza proporciones desmedidas, sino en la serie de adversidades que el país ha sufrido en poco tiempo y que, sin duda, ha sabido soportar con

estoicismo y elegancia. No obstante, hombre por hombre, estos reveses han ido dejando su impronta, y en Francia, particularmente en París, la acritud va tomando posiciones y cuanto acontece en derredor rara vez despierta algo más que una observación fría y objetiva o, a lo sumo, un encogimiento de hombros. La alta civilidad del parisiense, que le permite vivir sin roces en un agradable clima de mutuo respeto, no se corresponde con aquella actitud que, en el fondo, encubre una engañosa forma de egoísmo.

Por contra, Francia sigue siendo un refugio ideal para los animales que conviven con el hombre. Será difícil encontrar en ninguna parte del mundo perros más mimados que en París, ni gatos más rollizos y lustrosos. En el trato a los animales revela el francés su delicadeza, su gran sensibilidad. No recuerdo quién fue el que dijo aquello de que «cuanto más trato a los hombres, más amo a los animales», pero es muy fácil que, tras los últimos acontecimientos dramáticos vividos en Francia, el país entero se haya sentido herido por esta forma de escepticismo. En relación con esto, un español recién llegado a París, castizo y elemental, me decía con el asombro bailándole en los ojos: «Pero, don Miguel, si aquí da usted una patada a un perro y lo meten en la cárcel. —Y como yo me riese, él aclaró—: Se lo juro por mi madre». Ante un contraste tan vivo y flagrante, yo pienso si el desinterés personal por el prójimo —la preocupación del Estado por las clases bajas de la sociedad es no sólo próxima y constante, sino de una eficacia tangible y directa— no vendrá inspirado por el convencimiento de que cada hombre dispone de un cerebro para pensar y viene obligado a servirse de él para resolver las propias dificultades. Pero con esto se parte de una premisa no siempre cierta, puesto que es notorio que no todos los cerebros piensan o, al menos, no lo hacen en la medida precisa para remediar los problemas en que se ven envueltos cada día.

Resumiendo, París, tras coronar una etapa de extravagancia y erotismo, ha alcanzado un grado de refinamiento que, unido a las contrariedades de estos últimos tiempos, a la avidez de mutaciones que impulsan al hombre moderno, imprimen a su fisonomía un leve matiz de cansancio que no basta para enturbiar su frívola alegría, su capacidad discriminadora y, sobre todo, su ingenio y su sensibilidad, virtudes, todas ellas, en razón de las cuales París sigue siendo, en 1959, la capital del mundo.

Mayo-junio de 1959

USA y yo

1966

a Marion Ament
a Ernest A. Johnson

Nota previa a la edición de 1980

Al releer este libro advierto que la imagen que di hace quince años de los USA no ha dejado de ser válida pero sí ha dejado de ser peculiar, es decir, al cabo de tres lustros y en su aspecto sociológico, todos los países capitalistas del área occidental se parecen entre sí y hasta los menos evolucionados son hoy, en pequeño, un remedo de los Estados Unidos. La aceleración histórica comporta un más rápido contagio no sólo de las ideas sino también de las costumbres. Los hechos que ayer, un ayer inmediato de apenas tres lustros, nos sorprendían en América por originales se van haciendo hoy ordinarios y comunes en todos los países de Europa occidental. Existe en nuestros días una internacionalización de modos y modas que se hace especialmente notoria en España, uno de los pueblos más permeables y miméticos que conozco. Han bastado quince años, por ejemplo, para que nuestras abuelas, que parecían instituciones inconmovibles, desaparezcan; nuestros viejos estorben; nuestros adolescentes se emancipen; nuestros niños se droguen, y nuestros miedos se identifiquen con los miedos americanos.

Esto quiere decir que el presunto interés de estas páginas va hoy por otro camino que hace década y media. A estas alturas, no creo que el lector español busque en ellas tanto una información sobre las formas de vida yanquis cuanto una constatación inquietante: la rapidísima asimilación de esas formas de vida por la sociedad española. Y ante este hecho incontestable, uno se pregunta: ¿de dónde esta actitud para la imitación de todo lo negativo? ¿No son importables la tolerancia, la laboriosidad, el auténtico sentimiento democrático, el respeto a las instituciones? ¿Tiene salida Occidente por esta vía? En una palabra, lo que ayer pudo ser objeto de curiosidad para el lector español constituye hoy, me parece, un pertinente y profundo motivo de reflexión.

M. D.

Sedano (Burgos), agosto de 1980

Nota previa a la primera edición

La responsabilidad de que yo me empareje con USA en el título de estas páginas corresponde mitad por mitad a Marion Ament y Francisco Umbral. Marion Ament comenzó a leer estas impresiones antes de que yo regresara de América y, entonces, me dijo: «Me interesan estos escritos, más que por lo que me descubren de Norteamérica, por lo que me descubren de ti». Paco Umbral, por su parte, en afectuosa misiva, venía a decirme que el choque de un castellano de pura cepa rural con el país más evolucionado y automático del mundo resultaba por demás regocijante y sabroso. Resumiendo: estos Estados Unidos son «mis». Estados Unidos (un país no es sólo lo que ese país sea sino lo que le añade la perspectiva de cada observador y aun la disposición psíquica y mental de éste). Con esto quiero subrayar que el título de estas páginas, aunque de entrada pueda parecer un poco fatuo, no es, si bien se mira, sino un acto de humildad. Yo no me atrevo a decir que los Estados Unidos sean así, sino que así los he visto o así me han parecido, con lo que vengo a reconocer que el día en que se demuestre lo contrario de lo que afirmo —sea para bien o para mal— se me encontrará siempre dispuesto a una revisión y, si se tercia, a una rectificación. En palabras pobres, lo que quiero decir es que admito como posible que los niños norteamericanos lloren más que los europeos, que el juego político de la libertad sea una trampa y aun que el nivel de vida y los rascacielos no sean tan altos como el viajero los vio. Uno acepta, en suma, que el lector se sorprenda antes que por lo que al autor le ha sorprendido por la sorpresa de éste. A mí, sencillamente, como a otros muchos europeos, el contacto con USA me asombró y el resultado de mi asombro son estas líneas.

Aunque, en rigor, acaso no haya por qué pensar que este país, en actitudes y costumbres, sea tan distinto al occidente europeo. Hilando fino, el contraste de Estados Unidos con España es, para mí, que aquéllos llevan a ésta una ventaja de un cuarto de siglo. La diferencia, pues, no sería tanto de fondo como de tiempo.

M. D.

I. Camino de Nueva York

Una cara de América tuvo el viajero oportunidad de contemplarla hace ya una porción de años. La cara sur del viejo continente —Brasil, Uruguay, Argentina y Chile— ya quedó, pues, descrita, siquiera lo fuera sumariamente y a vuela pluma, en mi libro titulado *Por esos mundos*. Ahora le corresponde al viajero enfrentarse con la otra cara, la cara norte, que presiente más compleja e intrincada, máxime cuando el viajero no dispone de otro medio expresivo que su castellano, un castellano que, según le dicen, fuera de los Estados rayanos a Méjico, no lo chapurrean allá más que los cargadores de muelle y los taxistas neoyorquinos. Pero Dios dirá. De momento, uno —el viajero— se ha zambullido por una escotilla de este gigante trasatlántico que atiende por *Constitution* y se ha hecho a la mar.

Esto de invertir seis días en una travesía en la que el avión invierte apenas seis horas tiene sus pros y sus contras. Ocurre lo mismo que si comparamos el automóvil con el landó. El avión está hecho para una prisa y cuando la vida de uno es una pura prisa, nada como el vapor para ordenarse por dentro. El barco, a fin de cuentas, es una cura de reposo y cuando el viajero barrunta que en la otra orilla le aguardan unas semanas ajetreadas, nada como tomarse el descanso de antemano por lo que pueda tronar. La inactividad forzosa de seis días de navegación puede aplacar incluso las posaderas más inquietas. Pero existe, además, otra buena razón: los norteamericanos —que, al tiempo que inventan las cosas, inventan los males que esas cosas pueden producir y aun el remedio para esos males— han llegado a la conclusión de que un cambio rápido de continente, con la consiguiente revolución cronométrica, ocasiona en los temperamentos sensibles una especie de enfermedad; la enfermedad de la desacomodación. En efecto, uno puede jugar con el cronómetro, adelantarlo y retrasarlo a capricho, mas el estómago tiene sus horas y el cerebro las suyas —para trabajar y descansar—, de forma que ni uno ni otro pueden ser fácilmente embaucados mostrándoles las manecillas de un reloj. Y si uno arranca de Madrid a las dos de la tarde y el reloj del aeropuerto neoyorquino señala las tres al aterrizar el avión, resulta obvio que, pese al reloj del aeropuerto neoyorquino, para el estómago está próxima la hora de cenar, y para el cerebro la de dormir. En suma, la sensibilidad, acomodada a hábitos y

rutinas, experimenta un trastorno contra el que nada pueden las campanadas de los relojes. A las cinco de la tarde el viajero nota hambre y una hora después se cae de sueño, aunque una guapa camarera le esté sirviendo una taza de té en una cafetería de la Quinta Avenida y la luz de los cristales sea la propia de una media tarde otoñal. En el barco, el retraso de los cronómetros se realiza con pausa —una hora por día— y mediante esta añagaza al estómago y al cerebro se los va engañando poco a poco, de tal modo que al arribar a Nueva York ellos apenas perciben la diferencia. En fin, más o menos, que uno está construido para desplazarse en carreta de bueyes y el progreso le viene grande a su sensibilidad rural.

La vida de barco, con buena mar, suele resultar, como digo, reparadora. Pero hace falta, claro, buena mar y, el mar, contagiado, sin duda, por la tierra, ofrece cada día menos perspectivas de calma chicha. Mas si la mar está planchada y el cielo raso, ya puede salir el sol por donde quiera. Uno alquila su hamaca al amigo Felipe Lobo —madrileño americanizado—, la instala junto a la piscina y a veranear se ha dicho. Por si fuera poco, esta gente de los trasatlánticos, persuadida de que las penas se matan comiendo, apenas le dan a uno reposo: jugos y café a las siete y media, desayuno a las once, almuerzo a la una, té a las cuatro, cena a las siete y buffet frío a las diez. ¿Hay quien dé más?

Esta acumulación de comidas tiende, como la acumulación de pasatiempos y juegos, a que uno olvide que está en prisión; en una jaula dorada, si se quiere, pero jaula al fin y al cabo. Y si este vapor tiene ocho pisos, y casi cuatrocientos metros de eslora, y treinta de manga, y un auditórium, y tres piscinas, y tres salones con sus relucientes pistas de baile, no por ello se desvanece en el viajero la sensación de acoso; la conciencia de que ineludiblemente ha de vivir una semana en un terreno acotado, sin posible escape. Claro que todo esto puede responder también a la sensibilidad campesina del que suscribe, hombre habituado a los amplios, inacabables horizontes de Castilla, y a la tierra firme bajo los pies. En cualquier caso, la vida de a bordo de un barco está montada sobre dos bases muy escuetas: matar el tedio del pasaje y la lucha contra el mareo o mal de mar.

Ahora bien, siendo esto así, uno se sorprende de la carencia de imaginación que prevalece en los grandes trasatlánticos. Hace ocho o nueve años, uno regresó de Buenos Aires en un barco italiano; pues bien, casi dos lustros después, uno se ha encontrado con que en un vapor yanqui se echa mano de los mismos recursos de entonces: *ping-pong*, baile, bingo —una especie de lotería más o menos disfrazada—, cine, minigolf, concursos de

sombreros, de disfraces y otros juegos de sociedad. Incluso los adornos de los salones, con serpentinas, fuelles multicolores y globitos, responden a una técnica ornamental idéntica. Esto quiere decir que la vida de los barcos está organizada para ir una sola vez en ellos. Si uno reincide, resulta que ya nada le sorprende, se la sabe entera, incluso las propinas de camareros y mozos de camarote, inalterables pese a todas las inflaciones. Ante una reiteración tan monótona el viajero debe buscar sus propias distracciones y, por supuesto, frente a un caudal humano tan denso, la cosa resulta más bien sencilla. Nunca faltan, entre mil y pico pasajeros, la sesentona que practica el yoga en cubierta, la jamona que se enorgullece de sus fofas nalguitas, ni el conquistador internacional que mariposea entre las muchachas más agraciadas del grupo. Seis días de mar dan tiempo sobrado para que cada uno se manifieste como lo que es. Mantener durante tanto tiempo una actitud falaz sería mucho pedir. Bien entendido que hasta en esto una travesía es idéntica a otra travesía. Insinúo que, de entrada, se observa siempre en un barco una conducta general comedida y distante, conducta que poco a poco se va relajando, hombres y mujeres empiezan a abrirse como las flores al sol y, a buen seguro, si la singladura se prolongase dos semanas más, todos los pasajeros acabarían formando corro y entonando a voz en cuello la última canción de moda. La sensación opresiva de aislamiento actúa sobre el viajero, aunque el viajero no lo quiera; incluso aunque trate de resistirse a ella.

En lo que atañe al mal de mar, me parece un problema insoluble. No digo que no se haya progresado en este aspecto —que es evidente que sí—, pero mucho me temo que mientras haya mar, habrá mareo. La física y la química se esfuerzan en combatirlo, se inventan pastillas y estabilizadores, pero cuando la mar se pone brava ríase usted de la física y de la química, de las pastillas y de los estabilizadores. Aquéllas le ayudarán, si usted quiere, a no devolver la peseta, pero nadie podrá evitar que su cabeza se ofusque, los tabiques de la cabina le bailen dentro de aquélla y el estómago se le aplaste como una tortuga. Los síntomas del mareo serán menos ostensibles pero no por ello dejarán de ser molestos. Sin duda, las grageas le ayudarán a capear el ligero vaivén de costado, el pequeño movimiento, pero cuando a las cabrillas superficiales sucede una mar de fondo bronca y potente y los cuatrocientos metros de eslora empiezan a danzar en un tenaz movimiento de cabeceo o de cuchareo, entonces agárrese usted las tripas y a la cama se ha dicho. En una situación semejante, le sobran a usted los jugos y el café, el desayuno, el almuerzo, la cena y el *lunch*. Si es caso ingerirá el té de la tarde, bien chorreado de limón, para asentar la tortuga.

Los capitanes conscientes —como lo fue el nuestro—, tan pronto observan que el comedor clarea, presenta muchos huecos, adoptan sus precauciones para capear el temporal. Hay veces en que el temporal viene ligero y de cara, buscando literalmente al barco, y entonces no hay escape. Pero, de ordinario, los pronósticos son suficientes y llegan con la antelación precisa para que el capitán se ate la ropa, busque otro rumbo y alivie la situación. Tal hizo el nuestro en las proximidades de las Azores —uno no concibe la capacidad de estas islas para parir ciclones y anticiclones— y de este modo ni el comedor ni las pistas de baile perdieron su habitual clientela.

Bien mirado, esto de que el barco se mueva o no se mueva, la inquietud de que pueda moverse mañana o pueda no moverse, es lo único que quiebra la monotonía de la vida a bordo. De otro modo, un día sería igual a otro día. Esta reiteración, por otro lado, ofrece sus ventajas. La falta de hitos, de puntos de referencia, anulan el tiempo. El horario metódico, la rutina cotidiana diluyen la perspectiva de tal forma que, cuando a los seis días de zarpar le anuncian al viajero que el barco se halla en las proximidades de Nueva York, el viajero se asombra y exclama:

—¿Ya? ¡Pero si parece que fue ayer cuando salimos de Algeciras!

II. Nueva York a vista de pez

No todo ha de ser en la vida a vista de pájaro, entre otras cosas, porque la vista de pájaro no siempre constituye el ángulo de enfoque más pertinente. Tal sucede con Nueva York. Nueva York es una de esas ciudades que, como muchas mujeres, resultan más vistosas de perfil. Ahora bien, vistosa no creo que sea el adjetivo que mejor cuadre a esta ciudad, una ciudad que, en cuanto uno la divisa a distancia, advierte que no puede ser sometida a las medidas europeas. Uno, preparado para la sorpresa, traía dispuesta la medida alemana —en lo urbano e industrial la más amplia medida que conoce—, pero enseguida advirtió que también esta medida le venía chica para la ocasión presente. Tal vez la medida brasileña, en lo vegetal, sea la más adecuada para medir, en lo mineral, una ciudad como ésta. Sí, seguramente es así: Nueva York se asemeja a la jungla brasileña, sin más que sustituir los árboles por edificios. Pero me parece que he tomado el tono demasiado alto…

La eficiencia y el espíritu de organización del americano del norte ya se hace patente en el barco en que uno viaja. Un barco americano es también América. Uno va adentrándose así, paulatinamente, sin advertirlo, en otros hábitos y costumbres, tal, a vía de ejemplo, el sentido de previsión. Es exagerado el tiempo con que los americanos toman las cosas. Ya la antevíspera de nuestra llegada, durante los festejos de la noche, se nos anunció que, al día siguiente, no habría bingo, ni cine, ni baile, ni concursos, ni nada: el más absoluto y total colapso. Es preciso cerrar las maletas, sacarlas a los pasillos —para que los mozos fueran apilándolas en cubierta— y disponerse a ver la entrada en Nueva York. Ésta, de no fallar los cálculos, la haríamos sobre las tres y media de la madrugada, hora en que el práctico nos tomaría de su mano, para desfilar a las cinco frente a la estatua de la Libertad y atracar, en el muelle 44, sobre las siete de la mañana. Esto, anunciado con día y medio de antelación, le pone al viajero en trance de desembarco con una anticipación enojosa. Durante todo el día siguiente, una vez liado el petate (que se lía rápido), con las hamacas recogidas, la mesa de *ping-pong* arrumbada, la piscina vacía, los salones dormidos y el ajetreo de montacargas que suben y bajan, de carritos que van y vienen cargados de equipajes, le colocan a uno en esa situación típica de traslado donde todos alrededor se

afanan, mientras que uno no tiene otra preocupación que la de no estorbar y, cuanto más viva esta preocupación —esto es incontestable—, más estorba. De este modo, las últimas veinticuatro horas en un trasatlántico yanqui pesan más que todo el resto de la travesía junto. Luego, a dormir. Pero ¿cómo dormir cuando uno ha solicitado que le llamen a las tres y media de la mañana para saludar al práctico? Para dormir, como para escribir, hace falta conciencia de tiempo por delante. Tratar de dormir, o de escribir, apremiado es tontería. Así, cuando el mozo llama, el viajero ya está de pie. La mañana es brumosa, ligeramente brumosa, pero no fría. Y cuando el práctico sube a bordo en la Ambrose Light —'Luz de Ambrosio'— suenan, puntualmente, las tres y media de la madrugada; los bores ya no sacuden los costados del vapor, y navegamos por un mar —un río ya, el Hudson— bruñido como un espejo. Por la amura de babor, entre las luces difuminadas por la calina, resalta un resplandor, como un ascua, en las indecisas tinieblas. Jerónimo, el emigrado español, residente en Santa Bárbara (California) desde el año 1913, se siente muy orgulloso de explicarle al viajero:

—La estatua de la Libertad, ¿sabe?

—¿La Libertad? ¿Ha dicho la Libertad?

—Claro, la Libertad. ¿Es que nunca oyó hablar de ella?

—¡Como oír!, pero, la verdad, no la conozco.

La estatua de la Libertad, oteada desde cubierta, da la impresión de más chica de lo que el viajero primerizo imagina. Tal vez la distancia, tal vez la falta de costumbre; cualquiera sabe. Pero el desfile de impresiones ha empezado y ya no le dejará al viajero hasta que, a la noche, dé con sus huesos en la cama. Por estribor se divisa, entre los incipientes arreboles del alba, la proa de la isla de Manhattan —el corazón de Nueva York— flanqueada por los ríos East y Hudson. El barco prosigue por el Hudson y, de inmediato, sobreviene el mazazo de los primeros colosos, la piña de rascacielos de Wall Street —el centro financiero neoyorkino— con alguna alta ventana iluminada, pero dormidos aún, en el silencio del alba. El efecto es impresionante.

—Esto hay que verlo de día o a las nueve de la noche. Así no tiene vista —dice Jerónimo, decepcionado.

Uno calla. A uno le ha prendido ya el asombro. Quiere relacionar la madrugada brumosa con otra madrugada de Hamburgo aún no lejana. Pero los gigantes negros, salpicados de fúlgidos ojos, le dicen que no, que la escala aquella no sirve; que aquella escala se queda corta aquí. Por ello, el viajero no comparte la decepción de Jerónimo. La ciudad bajo el sol, o radiante de luz artificial y de movimiento, podrá constituir, en efecto, un impacto más

encandilador, pero no más fascinante. La irrealidad neblinosa del amanecer me parece, por el contrario, una circunstancia muy apropiada para tomar contacto con Nueva York. Los rascacielos —ahora una densa floración de rascacielos: Empire, Rockefeller, Chrysler, etc.— se adelantan hacia uno como espectros poderosos; sombras de cemento cuyo colosalismo sobrecoge. Hay algo de pesadilla en todo esto, impresión que acentúa el hecho de que el viajero se encuentre mal dormido. En ningún otro momento ha tenido uno, tan acentuada, la desagradable impresión de que el hombre pueda ser un día aplastado por su propia obra. La danza de los rascacielos, desde el Hudson, al amanecer, encierra algo de carnavalada siniestra; algo así como una amenaza latente; quizás es la impresión de sentirse insecto lo que anonada al viajero; la tremenda sensación de impotencia e insignificancia lo que le agarrota. Porque el caso es que en la ciudad erizada contra la claridad de la aurora existe una belleza innegable, la belleza de una geometría desmesurada, de unas formas colosales anárquicamente distribuidas, pero con un sustrato común de pujanza, de fuerza.

Porque la visión de Nueva York desde el Hudson no termina en la mera verticalidad. Todo es inmenso aquí. El barco que nos traslada, uno de los mayores del mundo, semeja una barquichuela dadas las dimensiones del río que surca. Los muelles se suceden desde la punta de Manhattan, sin interrupción. Kilómetros y kilómetros de muelles y millares y millares de barcos atracados a ellos. En la orilla derecha se asoman los gigantescos monstruos, mientras a la izquierda parpadean las luces de Nueva Jersey. El día va ensanchando y por la pasarela que flanquea los muelles empieza un incesante desfile de automóviles, automóviles, claro está, de los de antes de la guerra —por decirlo de alguna manera—, de esos que no lloran la munición, entre otras cosas porque aquí la munición está a 4,50 pesetas el litro. A la inicial impresión de fuerza dormida, va sucediendo una impresión de vorágine, de vitalidad. Es curioso que mi primera evocación al divisar Nueva York desde el Hudson fuese la del escritor Ernest Hemingway. ¿Que por qué? Eso ya es más difícil de explicar, pero la ciudad me sugirió al hombre por su aspecto macizo, fuerte, musculado; seguramente porque el habitante congruente para Nueva York fuera Hemingway, un hombre fornido, de gran tamaño, de energía indomable. La impresión de Nueva York desperezándose es la de un monstruo capaz de engullirse, en un dos por tres, al apocado, al pusilánime. Menos mal que en los prolijos trámites del desembarco —policía, aduana, sanidad— nunca falta un cubano o un portorriqueño, que, en el buen sentido, le eche a uno una mano. En estos trances, y con mayor motivo aquí,

un pueblo minucioso hasta la exageración, el viajero siempre recela tener un papel de menos y que el revisor le diga: «Esto está incompleto; por ahí se va a su casa». (Uno, sin embargo, tomó antes de salir todas las precauciones. Se dejó sacar sangre con la docilidad de un cordero, se dejó echar los rayos, se dejó vacunar, pesar, medir y hasta retratarse. Después de todo esto y en el momento de recoger el visado, una señorita de la Embajada le dijo: «Usted no necesita nada de esto; usted es un líder». «¿Que yo soy un líder?, —inquirió el viajero estupefacto—. Naturalmente que es usted un líder. ¿Quién le ordenó hacerse un reconocimiento?», insistió. «Ustedes, —aclaró el viajero—. ¿Nosotros?», dijo la señorita. Y, evidentemente contrariada, llamó a la señorita cónsul, a varios compañeros de negociado y, tras un prolongado debate, concluyeron que el viajero era un líder y no precisaba reconocimiento sanitario. Uno, cada vez más perplejo, preguntó: «Diga usted, ¿y es que los líderes no contagiamos?. —La señorita respondió cortante—: Es la ley». Y así, uno se vino sin papeles médicos, y su mujer, también, porque era la mujer de un líder, pero el viajero que jamás tuvo conciencia de líder, ni cosa parecida, a la sombra del Empire State se siente más pequeño, menos líder que nunca, y cuando se enfrenta al delegado sanitario, intenta componer, lo mejor posible, una actitud y una cara de líder, pero sus dotes de actor son mínimas y, entre esto y el madrugón, toda apariencia de líder —si es que alguna conservaba— se disipa y el delegado, amablemente, le invita a sentarse mientras le dice: «¿Está usted indispuesto?». «Claro que no», se apresura a responder el viajero. Mas el repertorio de sonrisas ha comenzado. Más adelante habrá que hablar del carácter americano —un país cuya prisa no se traduce en malos gestos—, de su sentido, muy desarrollado, de sociabilidad y convivencia. De momento, uno puede añadir que los trámites de desembarco, si lentos, no son enfadosos y que la estatua de la Libertad, que a la llegada saluda al viajero, está allí para algo; significa alguna cosa).

Claro es que al viajero le esperaban en Nueva York. La señora A. le aguardaba a pie firme desde las siete de la mañana. Las tres horas de plantón, pese a ser uno un desconocido, tampoco le hicieron arrugar el ceño, antes al contrario, su sonrisa parecía pedir disculpas por las incomodidades soportadas y de las que ella en modo alguno era responsable. Pero el ajetreo de Nueva York comenzó a envolver al viajero. Un ajetreo dinámico, pero no angustiado. Los tamaños continuaban impresionando su pupila: los tamaños de las avenidas, de los automóviles, incluso los de los números de las casas… Mas ésta es una sensación que se desvanece de inmediato (se conoce que la pupila es más acomodaticia que el cerebro o el estómago) de tal forma que, a

las dos horas de pasear en automóvil por las calles de Nueva York —traído y llevado como un bulto con dos ojos enormes, atónitos—, uno, de pronto, empieza a sentirse como en Europa o, más concretamente, como en España: los taxistas vocean a los peatones, los peatones a los taxistas, el pollo de dieciocho años deambula con su pantalón vaquero, se tropieza con una rubita de jersey azul y falda gris y entran juntos del brazo en una cafetería. Los modos y las modas importados últimamente por España han sido tan fielmente asimilados que una calle neoyorquina es igual a la Gran Vía madrileña —salvo el color de la piel de muchos transeúntes— a condición de que no levantemos los ojos. Eso sí, cuando uno levanta los ojos y se ve perdido en el profundo desfiladero de cemento, en la oscura sima, vuelve a sentirse insignificante; cualquier otra cosa menos líder. Lo mismo sucede si el viajero se traslada al último piso del Empire State en un ascensor «supersónico», con la diferencia de que, si en la calle no debe levantar los ojos, aquí no debe bajarlos. Quiero decir que si se limita a contemplar las crestas de las docenas de rascacielos que le rodean, todo irá bien, todo se le antojará proporcionado y razonable. Ahora bien, si baja repentinamente los ojos y divisa, allá, al fondo, la cadena de automóviles moviéndose como minúsculas hormigas, la cabeza se le irá, aunque, de inmediato, se rehaga, hinche el pecho, experimente un movimiento de soberbia —la borrachera del dictador— y se diga confidencialmente, mientras el mundo se empequeñece ante sus ojos: «Bien mirado, sí, soy un líder; he aquí mis poderes».

III. La abundancia

Esto de llegar a los Estados Unidos para empezar diciendo que éste es un pueblo próspero no es muy original que digamos; no es descubrir ningún Mediterráneo. Los nuevos cronistas de Indias, en verdad, han de elegir, al arribar aquí, entre dos posibilidades: aceptar el tópico o rehusarlo. Esto es, uno puede dedicarse a machacar sobre lugares conocidos o, por el contrario, venir dispuesto a buscar los puntos vulnerables del país, para escarbar en ellos y terminar diciendo que no hay para tanto. Y puntos flacos existen, desde luego, pero hay también tópicos, como el de la pujanza económica, que no se pueden rehuir y hasta uno diría que es inexcusable partir de ellos para que todo lo que venga detrás conserve un significado.

¿Y es que en tan poco tiempo puede uno percatarse de que es éste un país sólido, desbordado por la abundancia? Es claro que para apuntalar una afirmación de esta naturaleza bastaría echar mano de las estadísticas de producción de acero de Pittsburgh, o de las de petróleo de Texas, o, simplemente, contar las unidades que Ford saca diariamente de sus talleres. Pero, sin necesidad de apelar a las cifras, ni de recorrer el país de punta a cabo, bien puede asegurarse que nos hallamos ante uno de esos países de fábula, donde las conquistas materiales han alcanzado un nivel inimaginable para el hombre de hace simplemente veinticinco años. Merodeando por los alrededores de Nueva York —y en un radio de cien kilómetros, camino de Washington— el viajero advierte que nada resta allí de la obra de Dios. Todo ha sido levantado, removido, socavado, transformado. Uno acepta la gran ciudad únicamente cuando cuenta con la posibilidad de evadirse, aunque luego transcurran los meses y tal posibilidad no la ponga en práctica. Desde este punto de vista, el viajero se sobrecogía pensando en lo peliagudo que ha de serle al neoyorquino salir al campo en automóvil, cada domingo, para engullirse una tortilla con patatas. Y no porque no haya tortilla o no haya automóvil, que de todo esto sobra aquí, sino sencillamente porque no hay campo donde trasladarse para engullirla. El cinturón industrial de Nueva York —al menos hacia el sur— es algo asfixiante, opresivo, que se prolonga kilómetros y kilómetros hasta el punto de que uno se inquieta y piensa: «Dios mío, ¿es que será todo así?». Factorías, chimeneas, inmensas naves, fabulosos

depósitos, refinerías, más chimeneas, más naves, más factorías… He aquí la campiña (?) neoyorquina. El feliz mortal que encuentre dos juncos juntos podrá darse el gusto de decir a los amigos que ha pasado un día de campo. Pero ¿dónde encontrar dos juncos juntos? He ahí, de un lado, el drama del neoyorquino, y de otro, la prueba más fehaciente de la prosperidad del país. Porque si aplicamos toda esa fuerza que, a no dudar, pondrán en movimiento esas naves, y esas factorías, y esas chimeneas, los resultados serán tan abrumadores como los que nos brindan los accesos —túneles, puentes, etc.— del Hudson, del Delaware o de los de cualquiera de estos ríos navegables que constituyen el medio circulatorio del país. ¿Puede alguien imaginar algo más grácil y esbelto que ese puente de hierro de un par de kilómetros que franquea el Delaware, en la autopista Nueva York-Washington? ¿Es que puede ser grácil un puente de esta extensión, en el que se han empleado millones de toneladas de metal? Pues ahí está para quien quiera verlo. Este país no tendrá catedrales góticas, es cierto, pero bien puede enorgullecerse de un estilo de la era atómica cuyo utilitarismo no le priva de belleza ni de grandiosidad. (Ciertamente nosotros podemos vanagloriarnos de una tradición y de un pasado, pero poco adelantamos hoy encogidos en nuestro sueño de piedra. Es cierto que las piedras acarrean turistas, y que los turistas acarrean divisas, pero bueno será ir pensando en el día que concluya el acarreo y a las divisas tengamos que salir a buscarlas). Y uno habla de este puente como podría hablar de otros cien mil, porque ésta es otra de las características de este pueblo superpotente: la producción en cadena. Con esto quiero apuntar que eso de la fabricación en serie lo mismo afecta a los puentes de tres kilómetros de largo, como a los automóviles, como a los frigoríficos, como —bajando el tono— a los pollos o a los solomillos de buey.

Evidentemente, esta gente no se para en barras, y su lucha contra la naturaleza —o contra la topografía— no es ya tal lucha sino un juego. Pudo significar lucha hace cien años, o hace medio siglo; hoy, su base potencial es tan dilatada que pueden permitirse el lujo de acometer empresas que en el resto del mundo que conozco se nos antojarían utopías. En una palabra, observando de cerca las realizaciones de estos hombres, uno piensa fundadamente que lo de colonizar la Luna no es ninguna quimera; que a la vuelta de pocos años no sólo llegarán a la Luna sino que la alfombrarán de césped como hoy lo están todos los Estados del este del país. (Eso de que en la Luna no hay agua vamos a dejarlo. Todo será que a estos hombres se les meta en la cabeza alumbrarla. Lo demás es cuestión de tiempo, y, por asegurado, no de mucho tiempo. En la estación meteorológica de Washington,

que visité una noche, me encontré con una mano mecánica que, una vez conectada con una cinta magnética que recogía las informaciones meteorológicas en todo el hemisferio norte, trazaba —¡en tres minutos!—, con firme pulso, el mapa del tiempo en todo este hemisferio: presiones, ciclones, anticiclones, temperaturas, etc. Bastaría un resorte más para que la «mano», al concluir su demostración, nos dijese adiós. Pero se ve que estos hombres no quieren cohibirnos. En la misma estación, está la central receptora de las informaciones de los satélites artificiales; uno pensaba que estas cosas eran historietas de tebeo y que los satélites artificiales no eran sino unos puntos de luz, meramente ornamentales, en el firmamento. Es preciso acercarse a esta estación para percatarse de lo que hacen. El satélite Tiros acababa de mandar una fotografía del último ciclón —creo que el Isabelle— que era un prodigio: una especie de caracol que en la fotografía no ocupaba más allá de cinco centímetros de diámetro, pero que en la realidad —y en el Caribe lo saben— sacudió en forma en un radio de quinientos kilómetros. Las fotografías que otros satélites envían a la Tierra, la verdad, le encogen a uno el ombligo. A uno le dijeron en su día que la Tierra era esférica y achatada por los polos y respondió: «Está bien». Pero de eso a verlo con los propios ojos hay una distancia; una distancia que uno no puede recorrer sin estremecerse. Con todo esto, los americanos van haciendo su museo. La cápsula de Glenn, los cohetes, los restos recuperables de los artefactos que condujeron al éter a los otros cosmonautas han sido reunidos en un museo sideral que, sin desdeñar los museos inspirados por el soplo del espíritu —que aquí no faltan, y no olvidemos a este respecto la Galería Nacional de Arte de Washington—, también encierran su interés y su importancia).

El maquinismo, vaya, ha alcanzado aquí el tope, o lo que de momento nos parece el tope, porque no podemos imaginar nada que estas gentes no hayan inventado. Esto quiere decir que aquí el hombre no trabaja ya, se limita a ver trabajar a las máquinas, y, lógicamente, a corregirlas cada vez que se desmandan. El trabajo, como esfuerzo muscular, apenas se concibe. Tan es esto así que quien llega al país, como llegó el que suscribe, con una mentalidad más o menos aldeana, cría de inmediato un inevitable complejo de máquina. Quiero insinuar que cuando uno se dirige a la taquilla de un cine o a una barbería, ignora si será atendido por un hombre o por un ingenio. Uno ya confesó que desconoce el inglés, pero siempre queda la mímica o la buena voluntad para entenderse con otro hombre. Con una máquina es diferente. Ella cumple su deber en silencio y sanseacabó. Pero ¿cómo decirle que uno quiere el pelo al cero, o sin afeitar el cogote, o —como ahora se lleva—

cortado a navaja? Esto que parecerá una broma no lo es, si consideramos que los peajes de las autopistas se abonan en una máquina, y la máquina, tan pronto digiere el níquel, ilumina su sonrisa y nos da las gracias. Luego llega uno a un restaurante, elige lo que más le agrada, frío o caliente, con salsa o sin ella, pulsa un botón y, en el acto, es servido. Posteriormente se acoge uno a una casa americana y antes de acostarse todos los miembros de la familia, ante el espejo, oprimen un botón y los cepillos de dientes comienzan a vibrar solos de arriba abajo y, una vez cumplido este principio higiénico, bastará oprimir otro botón para que los cepillos se coloquen en su lugar descanso. ¿Cómo evitar el complejo ante situaciones semejantes? Uno, habituado a asear la boca con el sudor de su frente, no puede asimilar en el acto este grado de mecanización. Pero, por si fuera poco, este pueblo no se conforma con lo conquistado. Los inventos estimulan la imaginación hacia nuevos inventos, de forma que uno no descarta la posibilidad de que en una nueva visita a USA se encuentre con que el cepillo empieza a vibrar, sin necesidad de pulsar el resorte, tan pronto las cerdas conecten con el esmalte de los dientes y, al concluir, nos diga: «Hasta mañana, señor, y que usted descanse». Otro detalle: uno, entre bromas y veras, le preguntó a un amigo americano si no encontraría un limpiaparabrisas minúsculo para las gafas, y el americano, lejos de asombrarse, le respondió que posiblemente eso no, pero sí unas pequeñas viseras para superponerlas a los cristales y evitar que éstos se mojen los días de lluvia. Y como esto, todo. El desarrollo de la inventiva de este país es literalmente abrumador. Yo no sé de qué infinidad de recursos podría echar hoy mano Chaplin si se propusiera filmar unos *Tiempos modernísimos*.

Pero empecé hablando de la prosperidad del país y, poco a poco, me he ido deslizando del tema. Dije algo de estadísticas de producción y del cinturón —que apenas es medio cinturón, claro— industrial de Nueva York. Pero, honradamente, creo que no es necesario leer tanto —las estadísticas—, ni recorrer tanto —el cinturón— para advertir la pujanza de estos buenos señores. Esto es, basta tener dos ojos abiertos en la cara y recalar un cuarto de hora en esta tierra para darse cuenta de ello. En confianza, les diré que uno, sin necesidad de llegarse a Pittsburgh, ni de preguntarle al señor Ford cuántos coches echa al mercado diariamente, ha advertido esta realidad sin más que reparar en dos detalles: las basuras de las casas americanas y las pilas de automóviles inútiles que flanquean las carreteras. Respecto a las basuras anticiparé que me daría materia para un capítulo entero, pero debo ceñirme un poco. Únicamente les diré que el americano no arroja desperdicios al cubo. Éstos los licúa, en dos minutos, con una trituradora, naturalmente eléctrica.

¿Que qué tira entonces? Sencillamente periódicos y máquinas de afeitar, lavadoras, relojes, planchas, cafeteras, televisores, etc. Entiéndaseme, arroja esto a la basura cuando se estropea, lo que quiere decir que en buena parte de los casos prefiere sustituirlos, comprar otros, que llamar a un técnico. (Por otra parte, creo que éste es el secreto de la economía yanqui). Sin duda le resulta más barato así. Y otro tanto debe de acontecer con el automóvil que recibe o da un topetazo, o con el que comienza a cacharrear. Así se explican estos gigantescos montones de coches que se ven en los cementerios y que a gran escala me recuerdan los montones de latas de conservas vacías de los vertederos españoles. He aquí, sin proponérmelo, una imagen que facilita una idea aproximada de la distancia entre parte del Viejo y parte del Nuevo Mundo en punto a economía.

IV. Laboriosidad

Ante una situación tan próspera, ante un nivel de vida tan aparatoso —y nunca mejor dicho— como este pueblo ha alcanzado, uno no puede menos de preguntarse: «Bueno, ¿y cómo empezó esto?». En realidad, no lo sabemos a punto fijo; tan sólo sabemos que el elemento humano lo facilitamos nosotros. A América escapaban aquéllos a quienes Europa les negaba el pan y la sal y, a veces, el hijo de aquellas excrecencias europeas que las luchas políticas y religiosas dejaron al margen de las respectivas comunidades. Es decir, en punto a sangre —salvo la aportación india, inadvertible en el Este— son iguales a nosotros. La única diferencia es que sus inmediatos antecesores tuvieron que elaborarse a brazo casi hasta el suelo que pisaban. Claro que no faltará quien apele a la riqueza del suelo y del subsuelo, a las vías de penetración naturales que procuraron a los colonizadores los caudalosos ríos con que cuenta el país y, más recientemente, a eso que hemos convenido en llamar el imperialismo del dólar (original forma de imperialismo —sin duda menos cruento que el de las bayonetas— pero al que, en otra ocasión, habrá que referirse).

Bien, muy posiblemente todo aquello ha cooperado a fabricar esto. Pero tales factores se dan, más o menos, en otras partes, sin que los resultados alcanzados sean, no diré espectaculares, sino ni siquiera notorios. Ante esta evidencia, habrá que dar mayor importancia al elemento hombre, no sólo en su individualidad, sino en su manera de organizarse; es decir, tanta influencia habrá que reconocer al espíritu de laboriosidad del individuo como a la estabilidad y eficacia de las instituciones que estos hombres acertaron a montar. Pero esto puede dar materia para otro comentario. De momento lo que me interesa subrayar es que si estas gentes son poderosas es porque no han eludido arrimar el hombro. Y aún diría más. Yo diría que los americanos del norte han logrado esto porque desde el primer emigrante hasta el último trabajador de hoy se han sentido libres del prejuicio de que «se les caigan los anillos». Evidentemente, a estos hombres, que lo mismo hacen a un roto que a un descosido, no se les caen los anillos, esto es, ni presumen de señorío ni, naturalmente, temen perderlo. Quiero indicar que los mismos que en Europa fueron presa de la esterilizadora mentalidad hidalga que tan rápidamente

destruyó organismos enteros, como la poderosa España del siglo XVI, una vez aquí no le hicieron ascos a coger el pico y la pala y ponerse a cavar. Esto es explicable si consideramos que tales prejuicios absurdos vienen fomentados por la sociedad en que se vive. Una vez abandonada esta sociedad, ¡adiós prejuicios! Es lo mismo que los aristócratas rusos que hoy andan conduciendo un taxi por las calles de París; han tenido que abandonar su suelo y su sociedad para darse cuenta de que conducir un taxi es una profesión noble y digna, infinitamente más honorable que vivir como un parásito a cuenta de un apellido y de un título.

Semejante disposición psicológica no la ha perdido el americano de hoy. Al americano de hoy tampoco se le caen los anillos. Deja a la puerta de su casita de madera un Chevrolet último modelo y, sin más, entra en la cocina y se pone a barrer o a fregar los cacharros. Con los prejuicios se le ha disipado esa vieja concepción del macho, o sea que aquí no tienen validez alguna nuestros dichos —y dichos orgullosamente, a boca llena— de «Yo me visto por los pies» o «Yo me afeito todos los días». No ofrece duda que también el americano del Norte se viste por los pies y se afeita todos los días, pero tales cosas no impiden que eche una mano para segar la hierba del jardín o para despachar la fregadera. Quizá parezca todo esto una puerilidad, pero uno es de los que creen que las grandes cosas suelen responder a motivos aparentemente triviales. Y digo aparentemente, porque si el hecho de echar mano a la escoba lo es en sí, no lo es tanto lo que este hecho representa; el abandono de unos prejuicios estúpidos y de una concepción de la varonía totalmente desenfocada.

Pero vayamos a los ejemplos prácticos. Una de las sorpresas que me brindó mi llegada a la Universidad de Maryland fue observar que aquí no existen bedeles, es decir, ordenanzas. Tal profesión, habiendo otras profesiones en las que encajar el esfuerzo de estos hombres, más rentables para ellos y más eficaces para la comunidad, realmente no tiene sentido. Por aquí abocamos al practicismo de este pueblo. Así resulta que para dar la hora, llevar un vaso al conferenciante o la toga al profesor, no hacen falta, en realidad, media docena de hombres. El profesor tiene reloj y tiene manos, luego puede darse la hora a sí mismo y llevarse la toga donde haga falta sin que por ello se menoscabe su dignidad. Esto es evidente aunque, no por evidente, la vieja Europa se apee de sus pujos de señorío. Mas ¿se nos ha ocurrido pensar si nuestros bedeles se lamentarían acaso de tener que abandonar su profesión si les brindásemos otra donde decuplicar sus ingresos? ¿No preferirían nuestros universitarios —nuestros catedráticos de

universidad— prescindir de esa arcaica institución y disponer, en cambio, de los laboratorios, las bibliotecas, los quirófanos y los medios de trabajo de que dispone hasta la universidad más pobre de este país?

En Norteamérica se trabaja y se paga el trabajo; el señorío —el enervante y caduco concepto de señorío que aún alimentamos los europeos— no tiene sitio aquí. En suma, los anillos no se caen, tal vez porque aquí no hay anillos o hay muy pocos. Todo este espíritu de trabajo, como no podía menos, revierte en abundancia, y en abundancia para todos. O sea, hay mucho y, lo mucho, no diré igual pero sí está dignamente repartido. Salvo grupos desbordados por la dinámica económico-social de los últimos lustros, bien puede afirmarse que todo americano tiene acceso a lo superfluo. Y un mercado consumidor fabuloso —ciento ochenta millones— implica una producción fabulosa. Ésta es una verdad de pata de banco. La vida se ha organizado aquí a nivel del peón —no para que coma un pedazo de pan y un cacho de tocino sino para que viva humanamente y hasta con su automóvil— y, consecuentemente, todo lo que excede de ahí es dinero que corre en cosas «no necesarias». Los Estados Unidos, en suma, es uno de esos países donde uno puede ponerse a jugar al golf sin sonrojarse. Los que miran, a buen seguro, no juegan porque no quieren. Quizá tampoco puedan hacerlo sobre el mismo césped que el millonario, pero ¿qué importancia tiene eso? El que quiera pagar la tontería que la pague. Las clases, creo yo, dejan de ser irritantes una vez que la baja es más que media y la media es más que alta.

De lo antedicho se deduce que nuestra modesta aspiración de «Ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan, —la han traducido los americanos de esta forma—: Ni un hogar sin jardín ni un americano sin Chevrolet», y a fe que lo han conseguido. En los *parkings* de la Universidad de Maryland se alinean diariamente dieciocho mil automóviles (hay que aclarar que el número de profesores no rebasa el millar, luego diecisiete mil pertenecen a los estudiantes, que, en total, suman veintidós mil). Por supuesto, el basurero, el jardinero, los porteros de las casas de vecinos disfrutan también de un flamante automóvil. Todo esto ha traído consigo una cosa: una alta consideración del peatón. Un hombre que anda a pie entre mil que caminan en automóvil es un ave rara a la que se mira desde detrás de los cristales, se le cede el paso, se le sonríe, e, incluso, se le brinda un asiento a nuestro lado preguntándole si se ha perdido (esto último, hilando delgado, es más raro, supuesto que un ser que ande a pie en este mundo rodado es normalmente un sospechoso).

A la vista de lo expuesto no es exagerado afirmar que nos hallamos ante un país holgado. Las cosas se han organizado de tal manera que a este pueblo no le queda otro remedio que tirar para delante. Su desarrollo continuará aunque no lo quieran y, lo que es más significativo, con un esfuerzo cada día menor. A este respecto es preciso anotar que la semana de cinco días es ya un hecho en todas partes. Las tardes de los viernes no se piensa sino en la manera de matar los dos días festivos que se avecinan. La conquista es importante seguramente. Y, sobre todo, es un indicio. Como lo es, igualmente, el hecho repetido cada día, en cada ciudad, en cada lugar, de que para desplazar un hombre a su trabajo se muevan una tonelada y media de acero y se consuman quince o veinte litros de carburante. (Esta afirmación no es arbitraria. El ochenta por ciento de los coches que desfilan por las calles de Nueva York o de Washington, o en ciudades más reducidas como Lafayette o Chapel Hill, van con un solo tripulante y son automóviles de seis a ocho plazas). Este hecho puede, no lo dudo, por un lado, contradecir mi opinión anterior sobre el practicismo americano pero, por otro, demuestra hasta la saciedad que Estados Unidos es un país sobrado que tiene, por el momento, para dar y tomar.

V. Sobre ruedas

El lector se preguntará, a la vista de la mecanización de este país, del hecho de que, desde que nace, uno marche ya en automóvil, que para qué sirven aquí los pies. La pregunta es pertinente y la respuesta sencilla: el derecho sirve para acelerar; el izquierdo, para frenar. Solamente para eso. «¿Y el embrague?, —dirán ustedes. Y uno responde—: Para el embrague no hacen falta pies en América, porque el cambio es automático». Ya tenemos, pues, resuelta la cuestión y, aunque quizás expuesta con excesivo simplismo, tampoco se piense que se aleja demasiado de la realidad. A menudo el viajero se topa por las hermosas avenidas de Washington con venerables octogenarias que conducen diestramente su automóvil, pero que, a la hora de desembarcar, hay que tomarlas poco menos que en volandas para trasladarlas a casa. Esto no es óbice para que, con los pedales en los pies, las ancianitas se desenvuelvan con una rapidez de reflejos que para sí quisieran muchos de nuestros futbolistas.

Claro está que esto del coche es aquí una exigencia. Las distancias inconmensurables, el hecho de que la inmensa mayoría de los americanos vivan en el campo, impone el coche no como utensilio de primera, sino de inexcusable necesidad. Un hombre —o una mujer— sin automóvil en Nueva York, Washington o Chicago es un ser anclado, sin posibilidades de nada, ni siquiera de ir una tarde al cine o de comprar los víveres para la semana. Un inútil, en suma. Más inútil que pueda serlo un paralítico en cualquier ciudad española.

De modo que la cosa empezó así: tomar el coche para ir al trabajo era una necesidad, pero gradualmente, cada vez que el americano salía de casa, empezó a no preguntarse dónde iba, ni si su destino era próximo o remoto; por instinto abría la portezuela del coche y se embutía en él. Hoy, este movimiento es en él tan espontáneo como pueda serlo para nosotros el de rascarnos cuando nos pica.

Total, que aquí no se camina; es decir, no se camina a pie. No hablemos de pasear. Esa costumbre tan provinciana, tan agradable, tan reposada, que todavía se conserva en España, no creo que en estas latitudes haya existido nunca. En América los muchachos y las muchachas pueden conocerse y

contemplarse a través de las respectivas ventanillas de sus coches; de otro modo, el flechazo en plena calle no es concebible. No es preciso añadir que a un hombre con obsesión andariega se le hace difícil la vida aquí. (En mi barrio washingtoniano debía de tener fama de bicho raro. A veces observaba con el rabillo del ojo cómo se descorrían las cortinas de las encantadoras viviendas unifamiliares y un rostro o varios rostros se pegaban a los cristales para verme pasar. Imagino que el primer día se dirían: «Pero ¿es que este hombre no tiene automóvil?. —Después, supongo, los comentarios serían mucho más contundentes—: Ya está ese tipo medio loco andando por la calle». Sí, yo adivinaba sobre mis espaldas miradas de asombro, cuando estas miradas no partían de los coches con los cuales me cruzaba en mi camino). En todo caso, la presencia vertical de uno en las avenidas residenciales de Washington era un fenómeno que chocaba. Porque andar, lo que se dice andar, en USA no se lleva. Si es caso, allá, al atardecer, uno puede toparse con otro ser que conduce a su perro por la correa para que el animalito se oree y haga sus necesidades. Por lo demás —fuera de los supermercados y de los grandes almacenes, levantados en grupo, en edificios contiguos, para que el comprador no se fatigue—, no es fácil encontrar una persona de a pie. (Y para esto resulta obvio que cada *shopping center*, y cada cine, y cada museo cuentan con su aparcamiento propio, a fin de dar a la clientela toda suerte de facilidades).

Todo esto origina en el país una especial psicología. De la misma manera que en los pueblos menos desarrollados dedicamos nuestra atención preferente a que los bebés se suelten a andar, aquí, desde que el niño tiene unos meses, se le habitúa a que se suelte a conducir. Para ello existen unas butaquitas adosables al asiento delantero del automóvil y unos volantes de plástico que se adhieren al parabrisas mediante una ventosa, con lo cual el bebé recibe, digamos, sus lecciones iniciales de piloto. A los quince años el washingtoniano puede realizar su examen de conductor, y una vez aprobado, manejar un automóvil siempre que le acompañe una persona mayor. Tal tutela desaparece un año más tarde, de forma que a los dieciséis un muchacho o una muchacha pueden desplazarse a su college o a la universidad por sus propios medios, sin necesidad de molestar a nadie. (Sobre los exámenes de conducir podría igualmente hablar largo y tendido. Quiero subrayar solamente, sin embargo, que la base del examen, en el distrito de Columbia, es un test con cerca de cien cuestiones y que, como en el «¿Está usted seguro?» de *La Codorniz*, van acompañadas de tres respuestas cada una. El examinando es objeto de una serie de preguntas y cumple señalando con una cruz la

contestación que le parece atinada. Basta depositar la cartulina cumplimentada en una máquina para que ésta facilite el resultado en pocos segundos. Preciso es decir que si el sistema evita al aspirante a conductor el sonrojo de que su ignorancia trascienda, tampoco resulta demasiado alentador el que sea una máquina la que nos dé el aprobado; la que, en definitiva, nos diga si estamos o no en condiciones de utilizar otra máquina. He aquí un símbolo más del automatismo —que, en definitiva, es economía de personas — de la civilización americana).

En suma, la pierna tiene en Norteamérica una aplicación muy reducida. No es que sean miembros inútiles, pero sí un poco lo que es para los diestros la mano izquierda o la derecha para los zurdos: una extremidad utilizable, pero inhábil e imprecisa. Esto justifica el hecho de que este país, que da de todo, y en abundancia, dé pocos futbolistas de la escuela inglesa y, por descontado, ningún rey de la montaña. (En los Estados Unidos se ven contadas bicicletas. A veces, los estudiantes —como sucede en Yale— las utilizan dentro del recinto universitario. También es frecuente ver a los niños zigzagueando por los parques en unas bicicletas de llanta muy ancha y manillar levantado, como las que utilizan los equilibristas en los circos). Pero volviendo al fútbol, mientras el americano no prescinda del automóvil, rara vez podrá alternar con un sudamericano o un europeo. Y no porque no sean fuertes —que lo son, y bastante más que nosotros—, pero carecen de aptitud para el regate y el gambeteo. He asistido a varios partidos de fútbol entre equipos universitarios y he observado eso: absoluta incapacidad para driblar a un contrario, poca imaginación para aplicar a los pies y absoluta imprecisión en los pases y en los tiros a gol. Total, que aquello se reduce a un repertorio de cargas y encontronazos, reminiscencias del *rugby*. (Dato curioso, los futbolistas americanos, en un alto porcentaje, se pintan dos rayas negras en los pómulos, bajo los ojos. Al parecer, con ello se evita la reverberación del sol y, al propio tiempo —según información de espectadores sudamericanos —, hace más *tough*, es decir, más recio, más fiero. No he podido comprobar tales extremos —es decir, su eficacia— pero, en todo caso, es el único detalle que recuerda, en punto a indumentaria y ornato, la convivencia con los indios durante siglos).

La fortaleza física del norteamericano hace más patente su torpeza de remos. Los americanos son malos bailarines y andan desgarbadamente, con frecuencia arrastrando los pies. El hecho de que cultiven el deporte con asiduidad no les libera de esta especie de agarrotamiento. Claro es que los deportes que preferentemente frecuenta el yanqui son deportes que exigen

cierta precisión manual —tenis, baloncesto, béisbol, golf— pero donde las piernas apenas sirven para otra cosa que para sostenerse y desplazarse. Otro dato: el *ballet* aquí no tiene el mismo desarrollo que en Europa. Existe una excelente compañía en Nueva York, pero con incrustaciones rusas y polacas. En suma, los pies norteamericanos apenas sirven para otra cosa, como dije más arriba, que para frenar y acelerar.

Esta disciplina de carretera, donde cada cual tiene su banda en el lado correspondiente de la autopista, y le obliga a frenar cuando frenan los coches que le anteceden sin poder cruzar alegremente a otra banda más expedita, ha originado asimismo la rutina de la fila, o, como diríamos nosotros, de la cola. Creo que a esta costumbre de la cola —que se articula en cuanto media docena de americanos coinciden en un mismo empeño: tomar el autobús o entrar en un cine— se le ha querido dar una explicación sociológica y se ha apelado a vocablos rimbombantes, como *gregarismo, espíritu de masa, socialización,* etcétera, cuando, a mi ver, la cosa es mucho más sencilla que todo eso: los americanos se ponen en fila porque en la carretera van en fila, porque desde que nacieron han ido uno detrás de otro, bien que en automóvil. Al descender de él, de Pascuas a Ramos, domina en ellos el mismo espíritu disciplinado. Que tal explicación es la más convincente lo demuestra el hecho de que en las iglesias católicas, cuando los fieles se dirigen a comulgar, la doble fila progresa gradualmente, ordenadamente, pero si de pronto surge otro comulgante en los bancos delanteros y la persona que está en la esquina sale al pasillo para dejarle pasar, la fluidez se interrumpe, surge la paralización total, pese a que el pasillo sea ancho de cinco metros y la fila de fieles podría holgadamente rodearle sin promover la menor confusión. Pues no, ante un caso así, se produce un frenazo colectivo, un auténtico colapso, y en tanto la persona que cedió el paso no vuelva a ocupar su lugar en el banco, la fila no reanuda su camino. La disciplina del automóvil ha originado en el norteamericano una segunda naturaleza que se manifiesta en todas sus actividades y actuaciones.

En fin, el automóvil es para este país lo que los pies para el nuestro. Aquí no se gastan medias suelas, sino neumáticos; apenas hay zapateros pero existen mecánicos y talleres en cada esquina. Un automóvil usado vale dos reales y, si no anda, habrá que pagar para que se lo lleven, para que lo tiren donde no estorbe. Y por si todo esto fuera poco, el automóvil sirve para la propaganda electoral o, sencillamente, para decirnos que su dueño quiere deshacerse de él. Por las pistas americanas es muy frecuente ver coches con un cartelito en la parte posterior que dice: «Lo vendo: teléfono XYZ, —o bien

—, Vote a Fulano» o «Vote a Zutano». Uno no quiere pensar en lo que sucedería si una noche una gigantesca aspiradora absorbiera todos los automóviles de Washington o Nueva York. Sin duda, cuando el señor Ford se agachó a coger un alfiler —que así es como dicen las buenas lenguas que empezó este señor— no sospechaba la enorme trascendencia que para el mundo, o para el Nuevo Mundo, o para una parte del Nuevo Mundo siquiera, iba a tener su gesto. ¡Estaba empezando nada menos que a proyectar sus nuevas piernas!

VI. La protesta

Por lo que llevamos visto, América, en su cara norte, nos ofrece una vida más mecanizada cada día, menos diferenciada —no con respecto a los demás, sino dentro de ella misma— y con una propensión no ya a lo grande sino a lo colosal: los rascacielos, los perímetros urbanos, los aparcamientos o, simplemente, los *stores* (grandes almacenes) son apenas unas muestras de esta tendencia. De manera que las cosas son grandes como grande es la producción y como es grande el mercado consumidor. De aquí se deduce que, salvo en el caso del negro —o del blanco— desastrado, se hace prácticamente imposible adivinar por el traje de una persona o por el automóvil que conduce su posición social. Esto quiere decir que en América no sólo se impone lo grande, sino también la serie (los americanos —la inmensa mayoría, claro— comen en serie, visten en serie y se motorizan en serie). Todo esto origina una dinámica social que, si no montada precisamente sobre la ansiedad, sí exhibe unos acusados ribetes de urgencia (el americano es puntual, las distancias son largas y los semáforos o los embotellamientos no representan, en ningún caso, una excusa suficiente). En resumen, el americano tiende a la prisa, a lo grande, a lo nuevo, a lo automático y a la serie. Su vida está organizada sobre estas bases porque su economía lo exige. De manera que no puede extrañarnos el hecho de que el americano, habituado al trato con la máquina desde que abre el ojo, se vuelva un poco huraño, se recluya en su casa y precise cada día menos del trato social y del diálogo. (El americano, me parece a mí, tiene conocidos, hombres de profesiones afines a la suya con quienes le gusta conversar, pero tiene pocos amigos con quienes cambiar impresiones sobre lo divino y lo humano, a la manera un tanto ruidosa e irresponsable como solemos hacerlo los españoles). La máquina les enfría y, en cierto modo, los deshumaniza. El contacto con estos ingenios es tan frecuente que a uno termina por contagiársele no poco de este automatismo medido, seco y controlado.

Ésta es la razón para que yo vea en el barrio Greenwich Village, de Nueva York —el barrio pintoresco y un poco bohemio que se extiende en torno a Washington Square—, algo más que una simple explosión de esnobismo. No se me oculta, claro, lo que de esto hay en él y cuántos son los hijos de papá

para quienes este barrio y sus presuntas dotes artísticas —las del niño— constituyen meras disculpas para vivir su vida y justificarse. Pero en el fondo de todo esto yo me pregunto si no gravita un anhelo —consciente unas veces, inconsciente otras— de liberarse; un anhelo de retorno, de volver a empezar, de reencontrar la calidez de lo humano que el gigantismo y la automatización distancian más cada día. Porque esnob o no, bohemio o no, sucio o no, tonto o no, preconcebido o no, es evidente que el barrio de Greenwich Village tiende a lo concreto, va en busca de las antiguas medidas humanas. De momento es un barrio de artistas y de ricos, con un abigarramiento existencialista un poco forzado, es cierto, pero no por ello exento de carácter. Se trata de un ensayo de vida —un tanto extravagante, de acuerdo— a ritmo humano en pleno corazón de la vorágine. Y al hablar de ritmo humano aspiro a decir mesurado, accesible, abarcable y, en cierto modo, cordial. Paseando por las callecitas flanqueadas por casas de colores de tres pisos, con su minúsculo jardín delante, después de atravesar la negra sima de Wall Street, se siente la reconfortante impresión de que ser hombre todavía puede ser algo importante y que la talla de uno no es la de un liliputiense. En suma, al recluirse bohemios, artistas y ricos en los alrededores de Washington Square, impensadamente tal vez, aspiran a sentirse hombres de nuevo y a impregnarse de la importancia que tal hecho reviste.

En semejante aspiración advierto una disconformidad contra todo aquello que en Nueva York y, en menor escala, en todo el continente norte, es norma o característica. Una actitud de rebeldía y de censura, quiero decir. Así, contra el dinamismo trepidante de la monstruosa urbe, este rincón nos ofrece la recoleta apacibilidad de una pequeña provincia. Las chicas y los chicos andan en bicicletas o *tandems* (¿quién es el guapo que se atreve a hacerlo por el Broadway o la Quinta Avenida?), charlan en grupos, de pie, en plena calle, o sentados en las escaleras de acceso a las casas. Los domingos, estas gentes se estacionan en la inmensa plaza y allí exponen sus cuadros o se recuestan en el césped a ver pasar a otras gentes, o hacen música y cantan en grupos —blancos y negros perfectamente integrados—, o incluso juegan lenta, morosamente, al ajedrez sobre las mesas de piedra del parque. El caso es frenar, poner un coto a la fiebre desalada, al vértigo, a la necesidad de huir. Pero lo divertido es que esta gente llama la atención de otras gentes —en principio por su extravagancia— y, de este modo, las concentraciones en torno a los músicos espontáneos, o los contempladores de cuadros, o los mirones de las partidas de ajedrez callejero son cada vez más numerosos. Quizás, en el subconsciente, todos están tratando de evadirse de la prisa, los

que viven allí y los que acuden, en sus ocios, a verlos vivir. (Repito que no niego, porque me ha entrado por los ojos, cuanto hay de mixtificación en esto. Pero tampoco creo que la plaza de Tertre o determinadas calles del Barrio Latino de París —por citar dos ejemplos con los que Washington Square guarda no pocas semejanzas— sean frutos más espontáneos y silvestres).

La protesta se hace palpable, asimismo, contra el gigantismo, contra el hacinamiento, contra lo nuevo. Yo imagino que este barrio neoyorquino, tan codiciado hoy, no tendría hace años demasiados partidarios. Quiero decir que, por sí mismo, ni es hermoso ni confortable. Ya he hablado de las casitas rojas y verdes de tres pisos, pero esto no es todo. De las antiguas cocheras de las casas —planta y piso— se han hecho hoy apartamentos minúsculos que cuestan una verdadera fortuna —doce, quince, dieciocho mil pesetas mensuales—, pero como se trata de calles traseras, particulares, éstas han sido cerradas al tráfico y de este modo preservan un poco a sus habitantes de ese bramido sordo, como de mar embravecido, que es el rumor de fondo de Nueva York cuando no lo rasgan las ráfagas hirientes y destempladas de las sirenas de los coches de la policía, los bomberos o las ambulancias. De este modo, estas casitas, que en un ayer inmediato fueron cocheras, son hoy pisos muy caros. Y para más aproximarse a la humildad, a la naturaleza, a un franciscanismo prefabricado, en sus pequeños balcones se yerguen las macetas con plantas y flores.

De la misma manera, las tiendas y restoranes están hechos a la medida del hombre. Nada de almacenes para todo, ni de comedores descomunales, sino todo lo contrario: cuatro cacharritos de buen gusto en aquéllos y media docena de mesas en éstos. Y, por supuesto, la automatización queda aquí proscrita, como quedan abolidas todas las formas de vida —o de facilitar ésta— que el país tiene por suyas. En Greenwich Village, los restoranes —la buena mesa— sigue dependiendo de las manos de un cocinero. Y si es con lumbre de ovoide, o de carbón de almendrilla, mejor que mejor. Esto quiere decir que las cocinas típicas —italiana, española, china o india— se concentran en estos barrios, bien entendido que las más caras, porque así como en España el salón grande se paga, aquí, en Nueva York, lo que se cotiza es el tugurio. Éstas son cosas que pasan…

En fin, dentro de la protesta que yo quiero ver en esta forma de vida —protesta de ricos, entiéndaseme bien, o de bohemios que algo tienen que discurrir para parecer distintos, aunque, quizá, en el fondo de todo esto lata una reacción general contra el exceso de mecanización— está la protesta contra la asepsia y contra la cadena o la serie. El norteamericano es un

hombre higiénico, limpio ciento por ciento. Y no hablo solamente de la higiene del cuerpo. Creo que en ningún otro país como éste se considera al microbio como un enemigo que acecha constantemente. Las aguas saben a cloro y las jeringas y agujas de las inyecciones se arrojan a la basura una vez utilizadas (pretendo decir estrenadas, empleadas una sola vez). La inyección americana, como nuestras abejas, muere después de picar. (Éste, por otra parte, es el destino de todas las cosas, por bonitas o útiles que parezcan: bandejas de aluminio donde las tartas o los macarrones vienen dispuestos para ser calentados al horno, las medias de señora una vez que se les suelta un punto, los botellines, latas de galletas y otros envases. La mano que recogiera todo esto no puede pagarse con el importe de lo recogido. Una mano es una mano; un lujo muy caro en los Estados Unidos. El lavado de la ropa se hace con agua hirviendo —nada importa que se rompa si se consigue eliminar un microbio). En fin, la asepsia es una de las grandes preocupaciones norteamericanas. Pues bien, estas jovencitas y estos jovencitos de Washington Square gustan de exhibir —con esa propensión al hibridismo que va trasluciéndose ya en muchos ambientes, y no sólo americanos—, ellas, su pelo a lo muchacho, y ellos, sus melenas a lo muchacha, pero, en cualquier caso, no demasiado aseados, ni ellos ni ellas. Otro tanto sucede con los atuendos, sucios y descuidados, con las barbas —aquel que de verdad quiere distinguirse de las mujeres— y, en general, con su actitud de desafío ante los microbios: beber del mismo vaso o no lavarse la cara en dos semanas. El caso es hacer lo contrario de lo que se hace a su alrededor. Y, a la noche, los farolitos con gas a las puertas de las casas, porque el gas retrotrae al vecindario a aquellos tiempos en que ni la velocidad ni el gigantismo ni la automación amenazaban al hombre.

En definitiva, este ensayo de vida del barrio Greenwich Village tiene su color y su sabor —y, de seguir así, tendrá también su olor. Quiero decir que existe un atractivo turístico en su extravagancia, aunque me resulte evidente que, en buena medida, este concepto de vida está movido por el esnobismo y por un afán de distinguirse. Pero, al mismo tiempo, el hecho de que reduzcan la vida neoyorquina a un ritmo más pausado y a unas medidas más racionales justifica el hecho de que se refugien en él, con los esnobs, los artistas y escritores— el autor de *West Side Story* entre otros— que quieren trabajar de verdad sin el temor de perder la cabeza cada vez que se asomen a un balcón de Wall Street, West Side o de la calle 43.

VII. Un continente sin polvo

Quizá sea el yanqui el cine más engañoso de nuestros días. Y digo esto porque raramente puede captarse un levísimo atisbo de lo que la vida norteamericana es a través de la pantalla. Lo mismo puede decirse en lo atañedero a sus paisajes y ambientes. Y tan es esto así que el viajero que arribe a Norteamérica por primera vez y observe en derredor se siente instantáneamente defraudado, estafado, miserablemente engañado. No ya, tal vez, en Nueva York, puesto que la idea de América que el cine nos ha comunicado es, aunque desvitaminizada y vagarosa, algo que puede relacionarse con la vida de Nueva York o Chicago, esto es, con la vida celular de esas colmenas disparatadas donde el hombre es apenas algo más que una abeja, pero no con la vida americana en general. Pero ¿es que Nueva York no es la ciudad yanqui por excelencia? ¿No es Chicago una concentración urbana fabulosa, norteamericana ciento por ciento? Rotundamente no. Interpretar la vida americana a través de la vida neoyorquina o la vida de Chicago nos llevaría a conclusiones inexactas, lo que equivale a afirmar que Nueva York o Chicago, a estos efectos, son unos testimonios no mucho más fidedignos que la cinematografía del país.

De momento no me interesa sino subrayar que la idea europea de la vida americana gira en torno del apartamento. Un apartamento con su nevera, su televisor y toda la comodidad que pueda imaginarse, pero un apartamento minúsculo, perdido en la inmensidad de la gran urbe, sin posibilidades de expansión. Pues bien, esto que es valedero para Nueva York, Chicago y el corazón de alguna otra gran ciudad, como Filadelfia o Los Ángeles, no lo es para el sesenta o el setenta por ciento del pueblo americano. El pueblo yanqui vive en el campo y en viviendas unifamiliares. (En rigor, los matrimonios americanos no buscan un piso para toda la vida, sino el más adecuado para cada circunstancia. No existe allí un problema sentimental en este aspecto. El americano cree —y cree bien— que el hogar no tiene nada que ver con los tabiques ni con los sillones. De aquí que, ordinariamente, el yanqui, a lo largo de su matrimonio, cambie tres o cuatro veces de habitación. A este tenor podría casi señalarse un proceso ineluctable y muy sensato; un ciclo cerrado, desde que uno se casa hasta que se casan sus hijos, al que se somete la mayor

parte del país; esto es, un ciclo típico que, por regla general, sigue estas pautas: 1.º apartamento minúsculo hasta que llega el segundo hijo; 2.º una casa pequeña en las afueras, con un jardín, hasta que los niños y los ingresos crecen; 3.º una casa grande en un barrio residencial, y *4.º* y último, vuelta al minúsculo apartamento una vez que los hijos concluyen sus estudios, se emancipan y el matrimonio se queda de nuevo solo).

Después de recorrer una buena parte del país, el viajero llega a la conclusión de que el campo americano se ha metido en las ciudades, o, si lo prefieren, que las ciudades americanas han salido al campo a tomar el aire. La ciudad representativa de los Estados Unidos viene a ser un conjunto de casas con árboles; el campo representativo de los Estados Unidos viene a ser un conjunto de árboles con casas. En puridad, el este del país es todo él un semicampo —o un vicecampo, como diría el difunto Fernández Flórez—, lo que quiere decir que no hay ciudad sin abundante fronda, ni campo —salvo los bosques, grandes y, a menudo, impenetrables— totalmente deshabitado. Con otra particularidad: la mayoría de las casas americanas son de madera, de tablas horizontales, pintadas generalmente de blanco y con las vertientes de los tejados, muy pronunciadas, a varias aguas. Naturalmente que las hay mejores y peores, si bien las diferencias, como sucede con los coches, no sean notorias. En USA, la elegancia, la distinción va por barrios; es decir, tal barrio es elegante porque es caro y es caro porque es elegante, pero al forastero hay que decírselo porque tal hecho solamente en ocasiones le entra por los ojos. Cara o no, elegante o no, a la casa unifamiliar norteamericana no le faltarán dos cosas: el porche y el césped. Porches de distintos tamaños, cerrados o abiertos, pero porches con su terradillo y su baranda, sostenidos por unas sencillas columnas. Estos porches —de ordinario con su mecedora— diferencian la vivienda americana y le dan carácter, bien entendido que este elemento resulta tan inexcusable en el sur —Carolina o Luisiana— como en el norte —Wisconsin, Massachusetts—, como en el centro del país —Misuri o Indiana—. Tales porches, por otro lado, prestan a las casas donde se recuestan una gracilidad, una airosa ingravidez y, al propio tiempo, les imprimen un sentido hogareño y acogedor.

El otro elemento de la vivienda americana es el césped: un césped limpio, mimado, restallante, que circunda las casas y, en las ciudades, linda con el pavimento de las aceras. La presencia del césped en los Estados Unidos es tan constante que incluso en los bordes de carreteras y autopistas, durante cientos de kilómetros, hay un césped segado a cepillo, sumamente refrescante y decorativo. Esto del césped es algo tan inevitable que el viajero, al pronto,

imagina que se trata de un don del cielo; que la finísima hierba nace sola, crece sola y se corta sola. Bastarán, sin embargo, unas semanas en el país para observar cuántos sudores le cuesta al americano su césped. Así, los viernes y los sábados por la tarde es frecuente ver al marido, o a la esposa, o a cualquiera de los niños con el tractorcito o la segadora adecentando el jardín. De cuando en cuando —siempre con frecuencia— se resiembran las calvas, se abona el macizo, se rastrillan las hojas secas, etc. Y si la sequía aprieta hay que regar el césped, refrescarlo como sea. El norteamericano sabe que, aparte de la familia, hay otra cosa viva en la casa que depende de él; jamás se olvida de su hierba. Esto hace posible que las pequeñas y grandes ciudades americanas ofrezcan unas perspectivas tonificantes, de una uniformidad, sin un fallo, que realmente edifica. (Bastaría un vecino descuidado para estropear una calle, ello es evidente. Pues bien, este inquilino descuidado, rara, rarísima vez se da). Es más, el césped cuenta en la industria y el comercio americano: se venden sacos con tierra especial, con semillas selectas, con abonos específicos… Tales diferencias se hacen sensibles especialmente al llegar el invierno; es decir, hay céspedes perennes y céspedes que secan con los fríos. (Al parecer, la preferencia de no pocos americanos por el césped caduco se debe a que este césped cierra más, resulta un enemigo irreconciliable de las parásitas; se defiende solo. Ésta es su ventaja. La desventaja, el tono marchito, pajizo con que otoñea y que obliga a los americanos a teñirlo como si se tratara de una cabeza cana. El tinte del césped caduco indica hasta qué punto nos equivocamos al pensar que los céspedes que vemos y admiramos en este continente son floraciones espontáneas).

Este amor por la hierba no sólo se traduce en una grata sensación estética para el contemplador, sino que rinde un servicio utilitario —como todas las cosas aquí— evidente. Norteamérica ha conseguido desterrar el polvo, no ya de sus ciudades sino de sus campos. Claro es que esto se consigue no solamente sembrando hierba, sino vigilando que allí donde no alcance el sembrado alcance el asfalto, y donde asfalto o sembrado no llegue, llegue el césped. A este respecto es curioso observar lo difícil que es hallar en Estados Unidos, no diré una carretera —cosa imposible— sino un camino, por pequeño que sea, de tierra. Allí donde surge un camino se elimina el polvo cubriéndolo con un riego asfáltico. No hay que decir que las carreteras son pavimentos completos, sin bordes, rebabas, ni descarnaduras.

Y en los desmontes o terraplenes se siembran plantas rastreras, muy prolíficas, para sujetar la tierra. En resumen, que estos señores han conseguido un continente —ignoro lo que ocurrirá en Arizona y Nuevo

México— sin polvo, un país donde cuarenta y cinco millones de automóviles pueden circular simultáneamente sin levantar nuestra característica «nube de polvo». Y hasta tal extremo es esto cierto que en las zonas de pastizales y bosques —muy extensas zonas— uno podría marcharse del país sin saber de qué color es la tierra que pisa a no ser por la delación de las máquinas de alguna obra que estén removiendo aquélla.

Pero más arriba dije que en estas ciudades americanas se ha colado subrepticiamente el campo. Esto no significa que en las ciudades existan muchos árboles o dilatadas extensiones de césped. O, más exactamente, no significa sólo eso. El americano ha tenido el buen gusto de no amurallar sus casas, de no vallarlas. Un inacabado seto de ciprés, a veces un rosal, o sencillamente nada, entre propiedad y propiedad. De este modo, y al no someterse a alineaciones rígidas, las casas están como diseminadas en un bosque, de manera natural. Los olmos, los castaños, los arces, los sauces llorones se levantan entre ellas sin que se sepa exactamente a qué casa pertenecen, quién es su dueño. Hay, en este sistema, junto a una renuncia al individualismo, un desdén hacia los fríos esquemas urbanos o, lo que es lo mismo, un predominio de la anarquía rural (el campo entra en la ciudad —como dije— o la ciudad sale al campo). En este caso, no procede hablar de ciudad-jardín sino, más propiamente, de ciudad-bosque. En este punto es curioso advertir que si las vallas no existen en los jardines, en las pequeñas propiedades urbanas, rara vez faltan en el campo. Al hablar de las campiñas sudamericanas indiqué, en su día, que la Argentina era un país que había puesto puertas al campo. Bueno, pues los Estados Unidos han hecho lo propio. Cercados inmensos para extensiones inmensas. Claro que las razones son análogas en ambos casos: el ganado que pasta pacíficamente en las praderas invadiría carreteras y vías de ferrocarril sin esta precaución.

(Nota importante: las cercas primorosamente pintadas de blanco denotan en USA al ganadero de afición, o sea, al hombre que gana dinero en otro lado para gastarlo en vacas; las cercas de palos deslucidos, desteñidos, carcomidos, denotan al ganadero de profesión, o sea, al hombre que gana dinero con las vacas para gastarlo en otro lado. Se trata de una sutil diferencia que en un noventa por ciento de los casos responde a una realidad concreta).

Todo este golpe de viviendas unifamiliares, con su pequeño jardín, ya da pie para imaginar no sólo que la ciudad típicamente americana se asemeja muy poco a Nueva York, sino que la típica ciudad americana es, de por sí, tan larga, de un perímetro tan desmesurado, como corta de talla. Ciudades de quince, veinte, veinticinco mil habitantes ocupan mayor extensión que una

nuestra de cien mil o de ciento cincuenta mil. Y, por sabido, son ciudades de casas de planta y pico, apiñadas —o, mejor, congregadas— en torno a concentraciones de tiendas o almacenes donde pueden realizarse todas las compras y adquisiciones que uno apetezca, desde el tabaco y la carne hasta una lavadora o un televisor. Y como, por otro lado, las ciudades americanas se alzan en el llano —la mayor parte del país—, aquí el terreno no se llora, se toma el que se precisa y nada más. En cuanto a las distancias tampoco asustan porque ya es sabido que el norteamericano gasta neumáticos en lugar de medias suelas.

VIII. Luz y color

Que USA es un pueblo joven es algo que se patentiza en todas sus manifestaciones, menos, quizás, en la más inmediata y esclarecedora: la alegría. Es muy posible que, uno por uno, los americanos sean alegres y, sin embargo, esta alegría no se traduce en efervescencia vocinglera, ni en una exteriorización descoyuntada. Pese al conjunto de pueblos que allí se han reunido —chinos, españoles, italianos, judíos, etc.—, esta mezcolanza solamente se evidencia en la calle —descontando la constante presencia negra — de las grandes concentraciones humanas como Nueva York. En el resto del país que he conocido, la uniformidad es la tónica y el comedimiento la norma. Las reuniones rara vez son estridentes, tal vez, entre otras cosas, porque el americano —y, en especial, la americana— tienen más temas sustanciosos de conversación que, por ejemplo, nosotros, los españoles. En este comedimiento —aparte otras razones— se trasluce la ascendencia inglesa de este país.

Esto no es obstáculo para que la calle americana —la calle de cualquier ciudad, de cualquier sitio— denote que se trata de un pueblo nuevo y, en cierto modo, candoroso. Y esto no sólo por el aire de provisionalidad (notorio ante todo en las aglomeraciones del Medio Oeste, que a poco que se fuerce la imaginación le sitúan a uno en plena película de buenos y malos), sino por su buen sentido para la distribución de la luz, el color y el movimiento. Esto hace que el viajero que accede de noche a una pequeña ciudad de veinte, veinticinco mil habitantes se considere en el ombligo del mundo; en el centro de una ciudad voluminosa. Esta impresión no tiene nada que ver con la densidad de la circulación rodada —muy vigorosa en todas partes— sino con la proliferación de carteles luminosos, con el derroche eléctrico de sus escaparates y calles y, sobre todo, con la movilidad que se imprime a unos y otros. Los luminosos americanos no son cadáveres en color; casi todos tienen su secreto; esto es, la eficacia publicitaria no reside tanto en la luz como en los juegos cambiantes a que la luz es sometida. Otro tanto sucede con los escaparates, cuyo atractivo no radica solamente en los géneros que en ellos se exhiben, sino en el juguete mecánico que polariza la atención de los transeúntes. Todo luce y se mueve allí. Los mismos surtidores de gasolina, tan decorativos, los moteles en los accesos de las ciudades, incluso los

aparcamientos de vehículos están decorados con bombillas rutilantes, con ringleras de gallardetes y banderas multicolores, al margen de los anuncios de carburantes, neumáticos o casas constructoras. De este modo, insisto, la llegada de noche a una ciudad como Columbus (Ohio) o Lafayette (Indiana), que en el mapa son un circulito apenas visible, le dejan a uno perplejo. Y esta sensación de dinamismo no se desvanece una vez que el viajero se apea del automóvil y deambula por las calles. La pequeña ciudad sigue pareciéndole una gran ciudad. Es preciso que amanezca, que los guiños versicolores cesen, que la rueda deje de girar y se apague bajo el sol, que los escaparates enmudezcan, para reducir aquel tinglado a sus verdaderas dimensiones. De noche todas las ciudades americanas parecen en fiesta.

Naturalmente, esta disposición habitual se acentúa durante las semanas que preceden a la Navidad. El ornamento navideño de los americanos es un auténtico despilfarro. Los Papá Noel, los árboles iluminados, los angelitos y los motivos vegetales en las farolas son algo que encandila los sentidos y alegra el corazón. Y no es una calle o dos; son todas las calles céntricas de todas las ciudades y pueblos las que exaltan la Navidad. En estas fechas sería inútil tratar de hallar una perspectiva urbana muda. Todas, repito, exultan, y, por cierto, con los motivos más ingeniosos y sugeridores. El americano, sin duda alguna, tiene un don especial —o es, quizá, su juventud— para administrar la luz, el color y el movimiento. Con la particularidad de que este don es tan portentoso que las ciudades aparecen engalanadas de la noche a la mañana. ¿Quién montó todo este complicado aparato? ¿Cuándo? He aquí otra nota característica de este país: la rapidez, la invisibilidad con que se hacen las cosas, sean éstas un mero adorno, una catedral o una autopista. Por lo que atañe a la Navidad sólo cabe decir, remedando al poeta: «La Navidad ha venido, nadie sabe cómo ha sido».

Esta sensibilidad para lo externo, esta pujanza juvenil que se oculta tras cada detalle, por insignificante que parezca, se muestra, asimismo, en el hecho de que para el americano constituya casi una necesidad acomodar la vida comunitaria a un compás. Insinúo que el «Dígamelo usted con música» parece responder a una consigna por aquellas latitudes. Así, no hay mitin político o partido de *rugby* que no tenga detrás una orquesta, amenizándolo. En la plaza de Colón, de Washington, tuve oportunidad de contemplar la despedida a Goldwater, por unos millares de partidarios, días antes de su derrota electoral. Pues bien, volviendo la espalda al líder, oyendo los compases de la charanga y viendo a la multitud agitar pancartas y entonar «Por ser tan buen muchacho», uno no podría adivinar de qué acto se trataba.

El público de un partido de fútbol que presenció el viajero una semana más tarde respondía a los mismos estímulos: hurras, charanga, y flamear de banderas y pancartas. Esto quiere decir que el «chin-chin» constituye en los EEUU un aglutinante habitual. En las universidades, sin excepción, existen bandas de música de centenares de muchachos y muchachas. Nada digamos de la Escuela Naval de Annapolis, ni de cualquier otra congregación juvenil. Esto parece significar que el norteamericano es expansivo y sociable —al menos en los primeros años— y que, incluso en sus atuendos variopintos, propende al abigarramiento. Del mismo modo, una demostración cívica que el viajero tuvo ocasión de presenciar en la avenida Constitution respondió también a una conjunción de color, música y movimiento, a lo que, en este caso, por tratarse en un noventa por ciento de jóvenes negros, habrá que añadir el ritmo. (Ya quedó sentado que el norteamericano no es buen futbolista, ni posee en general habilidad de piernas. Tal aserto vale para el norteamericano blanco, lo que quiere decir que el negro presta a este continente algo que sin él tal vez no conocería: el sentido del ritmo). El desfile a que aludo fue sencillamente un espectáculo. Centenares de jóvenes de color de ambos sexos acomodaban a los respectivos compases de sus bandas, no ya el paso, sino los botes de una pelota, los movimientos de los cetros y bastones metálicos, las contorsiones de sus cuerpos o los más complicados juegos malabares imaginables. Había algo allí que recordaba la película *Orfeo negro*.

Todo esto del ritmo y la charanga podría inducirnos a pensar en una disposición castrense, una actitud militarista nata, cuando nada hay más lejos que esto, creo yo, del alma americana. Para entendernos: el espíritu de disciplina germano, anotado por el viajero en anteriores ocasiones, no tiene lugar aquí. Es decir, el desfile cívico a que aludo se distinguió precisamente por lo heterogéneo de las indumentarias (una camisola verde entre diez amarillas; unos calcetines rojos entre ocho azules) y por la improvisación de las actitudes; allí cada cual hacía lo que sabía hacer, sin otra preocupación que la de acomodar sus ejercicios al compás de las trompetas y de los bombos. Ahora bien, esto tampoco puede interpretarse en el sentido de que la marcha fuera espontánea. Cada escuela, cada universidad, ensaya periódicamente sus músicas y sus gracias. Incluso durante dos o tres horas antes de la demostración de que hablo, las hermosas praderas que enlazan el Capitolio con el monumento a Lincoln fueron pateadas en forma por los participantes en el desfile. Esto es, si no existe en USA una disposición castrense, a lo germano, tampoco ese impulso de alegría natural, de manifestación

impensada, a lo español. Nuestros estudiantes afrontan sus exhibiciones callejeras a cuerpo limpio, sin preocuparse poco ni mucho de los resultados, eludiendo toda preparación. El americano ensaya y actúa, se divierte ensayando y actuando, pero ensaya y actúa jugando, sin someterse al estricto rigor de una disciplina. En suma, el español es espontáneo; el americano organizado, y disciplinado el alemán. Una simple cuestión de matiz, como se ve. Por eso, quizás, afirmé al comienzo de estas líneas que el pueblo norteamericano no es alegre, o si lo es, no de manera desaforada. Evidentemente en los jóvenes existe esa despreocupación inherente a la edad, pero precisan del contagio y de la música para llegar a la exultación. (Los espectadores de un partido de fútbol, *rugby* o baloncesto necesitan animadoras para estimular a su equipo. Animadoras con sus uniformes de faldita corta —acorde, en cuanto a los tonos, con los de sus atletas—, sus pompones de pelusa en los zapatos y sus plumeros en la cabeza. Y, a su vez, las animadoras precisan del «chin-chin» de la banda para foguearse, para iniciar sus saltos y cabriolas y organizar los «ra-ra-rá» de aliento que parten de las tribunas). En suma, incluso en las expansiones de la juventud, existe aquí una mesura, un comedimiento en buen grado encomiable; no vaya a deducirse de lo antedicho que yo aplauda, sin más, la alegría detonante y agresiva de la vieja Celtiberia, tan desmesurada, a veces, donde más que de celebrar parece que se tratara de olvidar algo.

Acorde con esta alegría aplacada, con la plasticidad versicolor del país, reseñada más arriba, se erige, como un símbolo de ambas, el otoño americano. Nunca, ésta es la verdad, se me dio contemplar un espectáculo forestal más hermoso que el que los bosques yanquis brindan al decaer. Un espectáculo efímero, es cierto, pero, tal vez por ello, más preciado y atractivo:

—Pero ¿es que también los árboles americanos otoñean de modo diferente que los demás árboles? ¿Tanto puede el dinero? —me preguntarán ustedes.

En rigor, el hecho de que los bosques americanos otoñeen como otoñean no creo que tenga nada que ver con los dólares. Por de pronto, el bosque americano, tal como está encajado en el paisaje del país, ya constituye una nota de buen gusto. La interpolación de bosques y praderas, o de bosques y sembrados es, aquí, un modelo de equilibrio, un verdadero arte topográfico. Esto supone que el bosque americano, prieto y semisalvaje, es bello en perspectiva y en primer plano, en cualquier estación. Ahora bien, su verdadera singularidad, su más acentuada diferencia, la trae el otoño. Al iniciarse éste, se diría que los árboles americanos experimentan una nueva eclosión. A la vital eclosión de primavera sucede la eclosión mortecina del

otoño. Pero ¡qué manera más hermosa de morir! Es, éste, el último grito del bosque; su estertor. La mancha verde se transforma, casi súbitamente, en una mancha polícroma, encendida como una llamarada. Desde el rojo vivísimo del árbol de perro, al negro aterciopelado del *gum tree*, hay una gama de amarillos luminosos en las hayas, de verdes sombríos en los abetos, de rojigualdas lustrosos en los robles, muy difícil de captar y describir. Pero el conjunto es algo encandilador y fascinante, un chafarrinón vegetal que se va apagando —muriendo— poco a poco. Cabría imaginar, a la vista de estos bosques, que el americano los ha puesto en su paisaje como adorno, con la exclusiva finalidad de que otoñeen, tales son los contrastes, la estridencia enervada de sus tonos, su rutilante plasticidad. Diríase que el bosque yanqui canta al morir lo mismo que los cisnes.

Esta propiedad de la fronda americana viene impuesta, en primer término, por la variedad de sus árboles. Rara vez el bosque americano es homogéneo. Junto al arce, se alza el olmo; junto al abeto, el fresno; junto al sauce, el roble. Toda esta miscelánea, de apariencia misteriosa y salvaje, prepara ya la escenografía otoñal. Pero el hecho —según me dicen— de que los bosques de este país no sucumban siempre con el mismo esplendor ya indica que aquí operan otros factores, como los cambios bruscos de temperatura, la fuerza del sol, la mayor o menor abundancia de agua, etc. En todo caso, el otoño americano exhibe un cromatismo matizadísimo que entona a la perfección con la vistosa policromía que, conforme hemos visto, distingue a sus ciudades por pequeñas que sean.

IX. Washington D. C.

Es muy posible que Washington, la capital federal de los Estados Unidos, sea, en buena medida, un producto de su clima. El clima de Washington no es bueno ni malo; es arbitrario y cambiante como el vuelo de una mariposa. Así y todo, a Washington no le falta, ni en invierno, ni en verano, un alto grado de humedad y unas lluvias periódicas torrenciales que recuerdan, en su pertinacia abrumadora, el súbito llanto del cielo del trópico. A un día esplendente, de cielo enrasado y azul, sucede otro día plomizo, de cielo bajo, que vomita agua sin cesar. Por añadidura, Washington —en general, porque, repito, la característica de su clima es la veleidad— es bochornoso y húmedo en verano y helador en invierno. Esta condición, junto con su escasa altitud, produce en el forastero, habituado a vivir en una meseta, un cierto enervamiento y una propensión a la transpiración en cuanto mueve un dedo. Por otro lado, la volubilidad de su clima no le da a la ciudad buena fama, siquiera la constante posibilidad de un cambio inmediato le hace a uno más llevaderas las horas de lluvia, de bochorno o de hielo. En América se dice ingeniosamente: «Si a usted no le gusta el clima de Washington, no se preocupe; dentro de veinte minutos va a cambiar». O sea, el que no se consuela es porque no quiere.

Pero esta humedad incesante y estas lluvias dispendiosas han hecho de Washington una ciudad vegetal, es decir, con más hojas que ladrillos y más árboles que casas. Ésta, nos guste o no, es la impresión inicial que Washington depara al forastero. Así, cuando uno arriba a la ciudad en automóvil, busca afanosamente el cogollo urbano, la concentración de piedras o ladrillos o madera, el corazón de la gran urbe. Pero no es fácil dar con él. Washington es la ciudad que siempre se busca pero nunca acaba de encontrarse. Uno discurre por sus avenidas —espléndidas avenidas— flanqueadas por casas de tablas con sus jardines en torno y cuando descubre en la distancia unos bloques de viviendas u oficinas de ocho o diez pisos, piensa que, al fin, ha dado con el centro de la ciudad, o, mejor, con la ciudad propiamente dicha. Pero, de pronto, los bloques se van espaciando, la concentración mineral se disipa, torna la fronda, y el viajero, de nuevo, se dispone a esperar. Mas, el viajero que tal haga, hará muy mal, porque esa sucesión de casas y bosque, de minerales y vegetales, es precisamente la nota

distintiva de Washington D. C. Washington no es edificación continua, sino intermitente y, urbanísticamente, no tiene un solo corazón sino muchos pequeños corazones. Y en esta ciudad, como en la casi totalidad de las ciudades americanas, el mayor porcentaje de vecinos vive en barrios residenciales. En puridad, y una vez aceptado esto, Washington es, por una parte, una ciudad en la que uno está sin advertir que está en una ciudad y, por otra, una ciudad que nunca se termina. Esto sugiere ya que la urbanización va en paquetes, nunca excesivamente concentrados. De ordinario, lo vegetal puede más que lo construido. Esto equivale a decir que Washington es la ciudad antihacinada por excelencia; el reverso de la medalla de Nueva York. (Y hasta tal extremo prevalece lo vegetal en Washington que el parque Rock Creek, englobado en la urbe, tiene una extensión de siete u ocho kilómetros cuadrados. Lógicamente, se trata de un bosque natural, densísimo, en cuyo seno el viajero se siente perdido, a muchos kilómetros de la civilización). Washington es, pues, la ciudad horizontal, la ciudad a lo ancho, la ciudad madre —por la semejanza— de las pequeñas ciudades americanas a las que anteriormente me he referido. Washington no aspira a agarrar el cielo con la mano, lo que no significa que la ciudad carezca de edificios importantes, sino simplemente que al construirlos coloca un piso al lado del otro en lugar de amontonarlos. En una palabra, Washington edifica «rascasuelos», esto es, rascacielos acostados, yacentes. De esta manera, lo que no va en lágrimas va en suspiros; lo que se pierde de altura lo gana en extensión. (Todo esto no obedece al capricho de la municipalidad, sino a una vieja norma que prohíbe erigir edificios que sobrepasen la talla del Capitolio. O sea, la capitalidad política del país ha de hacerse patente. La cabeza —el Capitolio— debe permanecer siempre por encima de los miembros. La disposición ni aun como símbolo me parece desatinada).

Es obvio que esta estructuración ha traído como consecuencia una fenomenal dispersión de la ciudad. El cuadro neutral de treinta millas de lado, entre los Estados de Maryland y Virginia, sobre el que el arquitecto francés Pierre L’Enfant echó los cimientos de la capital, ha sido hoy rebasado de largo. El área metropolitana de Washington penetra ampliamente en aquellos Estados, de forma que en la capital estadounidense existen dos fronteras, tras de las cuales —pese a tratarse de una ciudad sin solución de continuidad— rigen distintas normas —fiscales, administrativas, etc.— que en el primitivo cuadro sobre el que se edificó la capital. Y como, por otra parte, los barrios residenciales se asemejan tanto unos a otros, nada puede extrañarnos que los automovilistas circulen por las calles plano en mano en cuanto tienen que

salirse de su itinerario habitual. (Un hecho comprobado personalmente: ocho de cada diez personas que se han ofrecido a trasladarme a casa en automóvil —algunos nacidos aquí y la mayor parte con más de diez años de residencia— se han extraviado en el dédalo de paseos y avenidas, pese a haber consultado minuciosamente el plano de la ciudad antes de lanzarse a la aventura).

Monsieur L’Enfant, que, como dije, planeó esta ciudad, acertó a infundirle un remoto aire parisino. *Monsieur* L’Enfant hizo confluir las más grandes avenidas de la ciudad en el centro político y monumental de la urbe. Parece ser que *monsieur* L’Enfant quería facilitar el camino un día no sólo a los revolucionarios, sino al pueblo que quisiera ser testigo de la revolución. Pero, afortunadamente para ellos, esta ventaja aún no la han aprovechado los washingtonianos. Eso sí, la zona monumental, ligada al centro político, es la más despejada de la ciudad, de forma que, en los aledaños de los monumentos a Lincoln, Washington y Jefferson, donde se alzan también la Casa Blanca, el Capitolio y la Corte Suprema, pueden acomodarse fácilmente todos los habitantes de la ciudad. Es, pues, ésta una suculenta y dilatada zona verde sobre la que resaltan la blancura de monumentos y edificios. (La Casa Blanca, de otro lado, en contra de lo que pudiera pensarse, no es una construcción de nuevo rico, despampanante, sino un edificio discreto donde a uno le cuesta admitir que, en buena medida, sea el horno donde se cuece el destino del mundo. Asimismo discretos son los monumentos aludidos, de un neoclásico no disfrazado, airosos y gallardos. La perspectiva de esta zona, posible desde diversas atalayas, es, sin embargo, limpia, responde a una euritmia infrecuente, cuya belleza antes que en el detalle concreto reside en el conjunto, al que las aguas del río Potomac y las fuentes y estanques de los alrededores prestan una recoleta apacibilidad versallesca).

El contraste con la zona blanca de Washington lo ofrece la zona negra, aunque ésta no afecte a la arquitectura, sino a la población. En la ciudad de Washington, como es sabido, se da un contingente de gente de color que sobrepasa seguramente el cincuenta por ciento. Es decir, en Washington hay más hombres negros que blancos. Este fenómeno —raro, supuesto que el conjunto de población negra en Estados Unidos es de dieciocho o veinte millones, más o menos el diez por ciento de la población total— imprime a la ciudad un especial carácter. Los negros se concentran de tal manera que hay en Washington extensos sectores —las calles 7 y 13, por ejemplo— donde es prácticamente imposible ver a un blanco. Otro tanto sucede en los autobuses, lo que quiere decir que, por regla general, el negro —pese a hallar aquí

muchas más facilidades que en otras partes— pertenece a la capa más desheredada de la sociedad yanqui. Y con las zonas urbanas aludidas, podemos decir que hay iglesias estrictamente negras, bares y *cabarets* donde el blanco constituye un elemento detonante. Por otra parte, los negros mejor situados del país —con sus automóviles lustrosos y sus casas confortables— se ven también en la capital, donde el criterio segregacionista está muy atenuado. Esto es, en Washington D. C., capital de los Estados Unidos, se hace más palpable que en otras partes el sentido democrático, no ya de su política, sino de su sociedad. (En el barrio residencial donde habito, las casas más próximas a la nuestra pertenecen a un taxista, un físico matemático, una viuda sola, un profesor, una bailarina y dos negros funcionarios del Gobierno. Es decir, ni la raza, ni la profesión constituyen barreras infranqueables, aunque no desconozca que existen muchas zonas en la ciudad donde el criterio clasista inspira todavía la asociación).

Sobre Washington influye notablemente su condición de capital política. En último extremo fue hecha para eso. De aquí que ni en la ciudad ni en sus aledaños se advierta ese ritmo agobiante que distingue a las ciudades fabriles. En Washington no existen industrias y tal cosa trasciende a la calle. La capital —dadas su extensión, la penetración vegetal y la ausencia de manufacturas— da una impresión de sosiego, de serenidad y reposo. Los automóviles circulan silenciosamente, a velocidades moderadas, sin las dificultades que en Nueva York —donde es preferible prescindir del coche— existen para aparcar. Este ritmo hace de Washington una urbe acolchada y grata, donde uno puede todavía trabajar y descansar en silencio (las noches washingtonianas resultan tan quedas, tan sosegadas —hablo de los barrios residenciales, la gran mayoría, como dije— como puedan serlo las noches en cualquier pequeña capital española. Únicamente, de vez en cuando, el zumbido lejano de un avión o la sirena de un coche de urgencia nos recuerdan dónde estamos).

A este ambiente de serenidad coadyuvan las ardillas, que, si diseminadas por todo el país —por la gran parte del país, al menos, que he recorrido—, son especialmente abundantes en Washington. Y no ya en la vasta zona de Rock Creek o en los céspedes del centro monumental, sino en cualquier parte donde haya un árbol. Estos animalitos, tan vivaces como sigilosos, merodean por los jardines, trepan a los árboles, cruzan las calzadas, y en las zonas más céntricas —como las praderas frente a la Casa Blanca— se acercan para tomar de nuestra mano una nuez o un cacahuete. Sus posturas, sus caritas inteligentes, sus huidas súbitas, las oscilaciones bruscas de sus rabos nos hacen pensar en una película de Walt Disney y, en todo caso, proporcionan al

paseante una segura distracción. Las ardillas de Washington, creo, no pueden darse de lado al tratar de esbozar un apunte de esta ciudad; un ideal de ciudad, para mi gusto, si las distancias no fuesen tan disparatadas y sus avenidas tan endiabladamente semejantes que hasta al nativo le cuesta identificarlas en pleno día.

X. Practicismo

En este país es frecuente escuchar, de labios de los hombres de letras, dolidas lamentaciones de incomprensión: «En Estados Unidos, ya se sabe —dicen—, la parte del león es para la ciencia y la técnica; las humanidades no reciben sino las sobras, las migajas». Y si, en términos comparativos, esto es cierto, conviene no olvidar que las sobras, lo que el yanqui llama sobras, representaría la parte del león para muchos pueblos que se tienen por civilizados y cultos. O sea, todo es relativo. Las humanidades reciben menos que la técnica, esto es obvio, pero no quiere decir que lo que las humanidades reciben sea poco; al menos, no es «poco» dentro de los presupuestos y las valoraciones europeas. Por otro lado, aquello de «Primero vivir y luego filosofar» no es invención americana, pese a que los americanos hayan inventado muchas cosas. Pretendo subrayar que la masa, el gran público, quiere cosas; su nivel de vida, su desahogo se manifiesta por las cosas que le es posible adquirir, y estas cosas solamente las procura la técnica. Las humanidades vienen a representar el contrapeso; la más excelsa manera de evadirse de esas «cosas».

Este comportamiento del hombre de la calle americano, que puede traducirse como una palpable demostración de materialismo, no es —o mucho me equivoco— sino practicismo. El yanqui es un ser sumamente práctico; aspira a eliminar las pequeñas incomodidades y obstáculos que aún le ofrece la vida y hacia ello orienta, como ya vimos, parte de su inventiva. Pero al decir que el americano tiene muy desarrollado el sentido práctico no me refiero tanto a su espíritu de iniciativa —o, más exactamente, a sus dotes de invención— como al modo de afrontar los problemas, de cara, sin eludirlos nunca. Para ello desdeña los principios que se consideran inmutables, y ante la necesidad, digamos, de que un hombre y una montaña se reúnan, no decide sin más que, puesto que la montaña no puede moverse, sea el hombre quien se acerque a ella. No. El yanqui empieza por no considerar nada imposible y, desde esta posición, analiza pros y contras, para, en última instancia, determinar. Vamos a poner un ejemplo. Entre nosotros es muy frecuente, por no decir inevitable, que a la hora de montar una industria sopesemos las ventajas e inconvenientes que para ello ofrece tal ciudad o tal pueblo. Lo que

no suele hacerse, que yo sepa, es darle la vuelta a la cuestión, esto es, no buscar el pueblo para llevar hasta él la industria, sino buscar la industria y llevar hasta ella el pueblo. Pues bien, exactamente esto es lo que ha hecho el americano con sus ciudades de vagones o de *trailer*. Estos *trailer* disponen de todo el confort que uno pueda desear, dentro, naturalmente, de un espacio habitable muy reducido. Pero gracias a ello no existe aquí problema de chabolas y el de la vivienda está paliado, tan paliado que, salvo en lugares muy concretos, apenas es perceptible. Por otra parte, este sistema permite improvisar ciudades allí donde urge establecerlas, allí donde son necesarias. Pero llevemos las cosas a nuestro terreno.

En Valdeajos, en el Páramo de la Lora, o tal vez al pie del páramo, en el pueblo de San Felices, los americanos —tras la aparición del primer chorro petrolífero en España— hubieran montado apresuradamente una ciudad de vagones o de *trailer* para emplear la expresión inglesa. ¿No es posible llevar la bolsa de petróleo a la ciudad? Llevemos la ciudad a la bolsa de petróleo. ¿Que, luego, la bolsa —su explotación— no resulta rentable? Bueno, pues nos vamos con la música —con la ciudad, puesto que para eso tiene ruedas— a otra parte. De esta manera se evita construir y demoler, tejer y destejer, y también, de paso, el barracón y la promiscuidad. Cada cual, su casa, por pequeña que ésta sea. Porque es que, además, cuando estos vagones han de permanecer un tiempo en un mismo sitio se sacan de las ruedas y se montan sobre cuatro pivotes, uno junto a otro, formando calles, de tal modo que se puedan organizar colectivamente —y con mayor comodidad y economía— los servicios de pavimentación, calefacción, agua caliente, luz, alcantarillado y teléfono. Así es como aquí funcionan, de forma que su presencia en el campo, o al costado de una gran ciudad, dista mucho de infundir la lóbrega tristeza de un suburbio o un poblado de chamizos. Pero es que, en realidad, como ya hemos visto, una ciudad así no sólo es pintoresca, sino cálida, grata y hasta confortable.

Esto ya demuestra que, con sus casitas de madera y sus rascacielos, el norteamericano no considera resuelto, de una vez y para siempre, el problema de la vivienda. Claro está que no. El americano continúa dándole vueltas a la cabeza; desconoce la palabra *definitivo*. El americano —creo que lo dije ya— continúa dándole vueltas a la cabeza a todas las cosas porque todas las cosas son susceptibles de perfeccionamiento o de cambio. En una palabra, el americano, hombre realista y positivo, a impulso de esta inquietud —y prosigo con la vivienda— ha dado ahora con una fórmula que procura armonizar el deseo de estas gentes de vivir en el campo con la conveniencia

de evitar una excesiva dispersión. ¿Cómo? Levantando casas de pisos —de apartamentos— para quinientas o seiscientas familias y dotándolas de un campo común, espléndido, debidamente acotado. Seguramente a cada familia no le corresponderá el mismo número de metros cuadrados de césped que si tuviera su propia casa, pero, pensando con la cabeza, hay que imaginar que las quinientas familias no van a experimentar simultáneamente el deseo de disfrutar de su parque, colectivo pero privado. Bueno, he dicho parque cuando, en rigor, los caseros de estos pabellones facilitan algo más que un parque a sus inquilinos. Anoten ustedes, en el precio de la renta —eso sí, muy elevado— van incluidos los siguientes apartados: luz, piscina, jardineros, pistas de tenis, pistas para patinar, mesas de *ping-pong*, balancines y toboganes para los niños, salas de fiesta donde reunir a los amigos, pícnic con sus mesas y sus hornos entre los árboles, para, en el buen tiempo, cocinar una comida campera; aparcamiento, lavandería y secapelos en el sótano, incineradores de basuras, aire acondicionado en invierno y verano, nursería, fiestas —con música y bebidas— periódicas, clases de idiomas, de baile, etc., etc. En fin, en estos bloques, sin perder el aire libre, se hace —si se quiere, naturalmente— una vida comunitaria, de relación; no hay, así, aislamiento ni hacinamiento. Es la soledad de quinientas familias en compañía.

Que estos yanquis buscan la eficacia es algo que salta a la vista, por donde quiera que uno vaya, sin más que asomar la nariz a la calle. ¿Que los hombres de este país no se apean del coche? Aproxímeles las cosas al coche. Así han nacido los buzones de alcance que alargan sus bocas hasta el bordillo de la acera, los *drive-in* —los famosos cines para automóviles— o la sabia institución del motel. Es asombrosa la cantidad de moteles que hoy salpican este país. De este modo, uno puede recurrir a la cama en el momento en que el sueño le sorprenda en la carretera. Bastará recoger la llave del encargado y aparcar el coche en la misma puerta de la habitación para, sin necesidad de sacar maletas ni otras complicaciones, tumbarse a dormir. En la habitación, pese a tratarse de casitas individuales o de edificios de una sola planta, habrá una temperatura ideal, un magnífico cuarto de baño y un televisor. Lo necesario. Y si usted tiene suerte hasta un aparato que le dicen «relajador» que —previo depósito de veinticinco centavos de dólar en la ranura— someterá su cama a unos movimientos de vaivén tan desquiciados y violentos que le dejarán a usted en unos minutos para el arrastre.

Bromas aparte —y a esto del «relajador», la verdad sea dicha, no acabo de verle la utilidad—, el motel es otra de las instituciones que demuestran el practicismo de este pueblo; practicismo notorio, asimismo, en los parches de

punto (que se pegan con la plancha) para «remendar» calcetines o pantalones; en las lavanderías que se levantan en cada esquina y donde usted puede hacer la colada por un níquel y llevarse a casa la ropa lavada y seca; en la información sobre el tiempo que un disco —que se cambia cada hora— le facilitará sin más que marcar un número de teléfono; en la manera de hacer la revisión en los trenes, donde el empleado colocará el billete de cada cual en el respaldo de su sillón de tal modo que no tenga que despertarle para picarlo, y pueda advertirle, además, con antelación la proximidad de su estación de destino; en la variedad y libertad, en fin, de los atuendos, cómodos y sin esa tonta sumisión a la moda que tanto nos desazona a los europeos. (El americano va limpio por dentro aunque no siempre vaya aseado o arreglado por fuera. Y a estas alturas creo que nadie dudará que es preferible lavarse a ocultar el mal olor rociándose con agua de colonia).

En este punto, el viajero ha advertido también que las pieles —el visón, el astracán, la nutria o la foca— pueden rendir, asimismo, una utilidad. Quiero decir que aquí, en el nordeste americano —bajo estas glaciales temperaturas invernales de quince, veinte y hasta treinta grados bajo cero, con las calles batidas por un viento crudísimo—, la piel no se usa únicamente para presumir, sino para abrigarse. Descubrimiento interesante, sin duda, y que justifica muchos atuendos. Los gorros de astracán y nutria con orejeras son corrientes en los hombres como son prácticamente inexcusables los abrigos forrados de piel y con cuello de lo mismo, aunque sea conejo o cordero sin más pretensiones. El invierno yanqui —el de la mitad norte del país— es de órdago a la grande. El polo se trascuela aquí de rondón, no hay duda. Como, en verano, se cuela el trópico. Esto debe de ser cuestión de orografía. Habiendo padecido el comienzo de un invierno en el nordeste americano, uno se explica las imágenes de esos «nodos» que nos presentan, de vez en cuando, los coches literalmente enterrados bajo la nieve en las calles de Nueva York. Porque ¡qué fríos y qué nevadas, señor mío! Ante unas temperaturas tan desmelenadas, las pieles, aunque sean sintéticas, son el único remedio eficaz. Las muchachas y las señoras llevan sus botas forradas de piel, sus pantalones forrados de piel, su abrigo forrado de piel —a no ser que la piel sea presentable, en cuyo caso, lógicamente, va por fuera— y sus sombreros con su esclavina de piel, esclavina con la que se cubren cabeza y todo cuando los fríos arrecian. Yo pienso, sin embargo, que estos rigores son soportables —lo mismo que la canícula estival— dada la confortabilidad de los interiores, calefactados o refrigerados según la temperatura exterior.

Para cerrar estas líneas, vamos a concluir por donde debíamos haber empezado, esto es, por un hecho de todos conocido y que demuestra, mejor que nada, el realismo del pueblo americano: me refiero a la denominación de las calles de sus ciudades, al menos de las más importantes. El americano, antes que los nombres de sus glorias —que mañana pueden dejar de serlo— ha preferido algo menos tornadizo y ha optado por los números y las letras: calle 1, K Street o Quinta Avenida. De este modo no sólo simplifica la tarea —no despreciable— de la orientación del transeúnte (si uno está en la calle 10 y quiera ir a la 5, subirá, y si quiere ir a la 20, bajará, pero el camino no tiene pérdida) sino que da estabilidad a la nomenclatura ya que no es fácil que el abecedario o la numeración —sea ésta cardinal, ordinal o romana— puedan caer mañana en desgracia.

XI. La intimidad acorazada

Apuntaba páginas atrás que el trato asiduo con la máquina había venido a enfriar al americano. Esto puede interpretarse en el sentido de que éste, antes que un pueblo solidario, es un pueblo educado; un país con un alto concepto del civismo. Para ser aquello —solidario— le falta, a mi ver, la calidez cordial, la efusividad que caracteriza, por ejemplo, a los pueblos mediterráneos. (Sería, ciertamente, esclarecedor analizar hasta qué punto la confortabilidad y la abundancia embotan los sentimientos y endurecen el corazón. Ante ciertas escenas que USA brinda se me ocurre pensar que el hecho de tener las cosas antes de desearlas, de no necesitar apenas esfuerzo para obtener lo indispensable, no es, sin duda, el mejor camino para valorar estas cosas e, incluso, la vida y las circunstancias que la rodean).

En líneas generales puede afirmarse que el norteamericano es maestro en eso que para tantos otros pueblos resulta tan difícil: organizar la comunidad; montar unas instituciones fuertes y respetarlas y hacerlas respetar. Mas luego, el americano, como individuo, no está trascendido de una sensibilidad comunitaria, ni le impulsan los móviles afectivos. Esto es, la vida del país está perfectamente organizada —política, administración, enseñanza, etc.—, pero dentro de una inhibición sentimental, de una mínima comunicación; dentro de un orden social, en resumen, donde el mutuo respeto se ha llevado hasta el extremo de interponer entre hombre y hombre, entre familia y familia, entre casa y casa, una zona fría, gélida más bien, que actúa a la manera de una cinta aisladora.

Pero sería injusto que uno negara al americano unas virtudes cívicas y humanas que engrasan la convivencia. La amabilidad americana fue una de las cosas que más gratamente impresionaron al viajero apenas puso pie en Nueva York. Es más, durante los meses que el viajero se ha movido por el país, muy contadas veces tropezó con una mala cara o un ademán de impaciencia pese a que sus instrumentos de expresión, sus recursos idiomáticos, son, como es sabido, harto limitados. (A este respecto, el viajero cuenta con una anécdota ilustrativa. Perdido una mañana en el bosque de Rock Creek, en Washington, fue recogido espontáneamente por un automovilista que le sorprendió consultando el plano de la ciudad al borde de

la calzada. Dicho automovilista depositó al viajero ante una cabina telefónica para comunicar con un taxi. Mas como los saberes lingüísticos del viajero no daban para tanto, hubo de recurrir a una muchachita para que lo hiciera por él y, más tarde, en vista de que el taxi se demoraba, a otra muchachita, para terminar abordando a un hombre joven que se disponía a tomar su automóvil y que, sin la menor vacilación, le condujo a su casa porque «él no hablaba francés pero su mujer *yes*». Ya en el apartamento del matrimonio, la señora del automovilista confesó, como Dios la dio a entender, que el poco francés que aprendió en la escuela lo había olvidado pero que llamaría a un taxi y, si éste fallaba, ella misma nos conduciría hasta nuestro destino. Finalmente el taxi llegó y el viajero, aunque tarde, pudo salir del apuro. Como se ve, la cadena de amabilidades no se quebró. El viajero rodó de mano en mano, como «la falsa monea» de la copla, y no fue abandonado mientras no tuvo su problema resuelto. Creo sinceramente que en la apresurada Europa de nuestros días habrá muy pocos países —y si no señalo, no es, en este caso, por buena educación sino por modestia— donde se pueda registrar un caso semejante. Quede esto bien claro).

Pero la gentileza y la corrección son una cosa y otra distinta la efusividad, la sociabilidad. El norteamericano, lo repito una vez más, ha organizado la comunidad magistralmente, con las máximas garantías, pero «él» se ha quedado al margen. Políticamente vive en sociedad; humanamente, no. Yo diría que cada americano, cada familia americana, vive en una isla; cada casa es una pequeña «gran-bretaña» y el césped que la rodea un mar. (Toda la teoría del espléndido aislamiento anglosajón tiene su aplicación, a escala reducida, en la sociedad americana). Y este mar únicamente lo salvan sin reservas los niños chicos. Los adultos se recluyen en su concha y salga el sol por donde quiera. A los vecinos, si casualmente los encuentra al entrar o salir de casa, un sombrerazo o una sonrisa; poco más. Esto tiene una cara positiva: al americano le falta curiosidad para entrometerse en las vidas ajenas y, en consecuencia, el menudo y mezquino cotilleo de vecindad carece de sentido para él. Lo que hagan o dejen de hacer los demás le tiene sin cuidado. El «Vive como quieras» encuentra en este pueblo una aplicación estricta. ¿Que usted quiere salir a la calle con frac y botas de montar? Pues bien, puede usted hacerlo, en la seguridad de que nadie se va a asombrar por ello, a no ser que usted se haya recluido voluntariamente en un barrio donde impere el concepto de castas, en cuyo caso, usted será, como en Europa, un esclavo de la moda y de los convencionalismos sociales. Al mismo tiempo, esta actitud muestra un reverso poco halagüeño: este desinterés por lo ajeno constituye, en el fondo,

una manifestación de indiferencia y, rascando un poco más, una postura egoísta. («A mí no me venga usted con problemas, que bastante tengo ya con los míos»).

Sin duda, este desdén por lo que directamente no nos atañe, esta deliberada incomunicación, resulta más ostensible para los españoles, acostumbrados como estamos a entablar diálogo con el primero que se nos pone a tiro, bien en el bar, bien en la calle, bien en la barbería. Pero esta avidez coloquial, tan perentoria para el español como para el italiano, no se conoce en USA. Considerada así, la vida del norteamericano es la vuelta de la medalla de la vida de un andaluz o de la de un italiano de Nápoles; el andaluz y el napolitano viven de cara a la galería; el americano, de espaldas a ella. Y aunque aspirara un día a dar la cara a la galería no podría hacerlo porque aquí la galería no existe, la curiosidad se ha esfumado, no hay interlocutor libre ni espectador posible. Esto explica el sentimiento de soledad que invadió a la mujer de un amigo mío, mujer nada frívola por cierto, a su llegada a Chicago. Esta mujer se sentía sola no ya en su casa, sino en la calle, en la oficina y en todas partes. «Es que ni te miran —me decía—. Vas por la calle y tienes la angustiosa sensación de que eres un fantasma, de que ves, pero no te ven, de que no existes». Hasta que un buen día esta señora descubrió que, rodeando un poco para ir a su trabajo, había de pasar ante el establecimiento de un italiano que, tan pronto asomaba ella por la vitrina, salía apresuradamente a contemplarla y a decirle una y otra vez *bella ragazza* con mediterráneo entusiasmo hasta perderla de vista. «Aquel hombre nunca sabrá el bien que me hizo —añadía mi amiga, hoy perfectamente adaptada a la vida yanqui—. Me devolvió la confianza en mí misma y la seguridad de que continuaba en el mundo».

Y esta indiferencia es tan cierta que cuando uno, con su inquisitiva curiosidad latina, se pone a escrutar los rostros de las personas con quienes se cruza en la calle —en las calles donde hay personas, se sobrentiende— más de la mitad le saludarán con una discreta inclinación de cabeza y una sonrisa, hasta tal punto están habituados a ser ignorados. Esta sonrisa parece demostrar no sólo que el americano es amable y correcto —a los prepotentes y bravucones, América parece reservarlos para la exportación— sino que su reserva no es muy cerrada —paga, simplemente, con reserva la reserva de los demás— y que está dispuesto a abrir la guardia en cuanto otro le dé pie para ello.

Bien, la tendencia al espléndido aislamiento del americano ya está anotada, pero ¿pueden saberse, ahora, las razones a que responde tal

disposición? Se trata, incontestablemente, de un enrevesado y abrupto problema, más propio de un doctor en sociología o psicología que de un periodista. Así y todo uno no es de los que escurren el bulto y, por ello, tratará de dar su explicación.

En primer término está, para mí, la máquina; no la máquina en abstracto, sino concretamente, como ya dije, el automóvil. El coche aguarda al americano a la puerta de su casa de tal manera que, en este régimen de vida, no cabe el encuentro casual y esporádico tan frecuente entre nosotros, los subdesarrollados. («¿Vas al centro? ¡Magnífico! Podemos ir juntos hasta la plaza, si te parece. Ya hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh? ¿Qué tal los chicos? ¿Y tu mujer?», etc., etc., etc.).

En segundo lugar tenemos la vivienda unifamiliar. La casita con su jardín, sus árboles y sus ardillas constituye, sin disputa, el ideal de vida civilizada. Ahora bien, cuando el pueblo que adopta el sistema no se distingue precisamente por su locuacidad, por su propensión a exteriorizarse, el sistema puede ser arriesgado; quiero decir que, al faltar esas cajas de contacto fugaz que son los ascensores, o esa oportunidad de compartir un esfuerzo que son las escaleras, pueden acentuarse el retraimiento y la misantropía.

Un nuevo factor que favorece el aislamiento es la carencia de ordenanzas en la vida americana, o quizá, mejor que ordenanzas sería decir servidores. En los Estados Unidos no sólo no hay criados —o hay poquísimos—, sino que faltan también los «botones», los cobradores y los chicos de la tienda. Esto presupone que aquí una deuda no da derecho a un interlocutor, aunque sea para regañar con él. Para pagar está el banco. (Por regla general, el americano vive sin dinero, a base de cheques). En lo que atañe a los proveedores, la institución hace muchos años que está desterrada de América. Aquí ni las funerarias sirven a domicilio; es el muerto el que debe «ir» a buscar su caja (pero ya habrá ocasión de hablar de esto, supongo). De momento cabe presumir que una casa donde no llaman los proveedores ni los acreedores es una casa casi muerta. Si a esto añadimos que la vecina no puede «bajar» a pedir prestada una cebolla o un cantero de jabón, no parecerá exagerado decir que en una casa americana pueden transcurrir dos o tres semanas sin que suene el timbre de la puerta, o, lo que es lo mismo, que una casa americana donde no haya niños —éstos suplen todas las ausencias— es una estancia silenciosa, inerte, como un barco varado sobre la hierba.

Otra razón más, y patente, de este aislamiento es que el americano y la americana —que también ellas suelen trabajar por cuenta ajena— tienen un complemento de quehaceres domésticos considerables. El yanqui trabaja

mucho en casa. Y no es que prorrogue en ella su jornada de despacho o de oficina buscando un complemento para su sueldo, sino que equilibra su actividad profesional con una serie de quehaceres manuales no tanto por distraerse como por economía (es decir, no trata de aumentar su sueldo sino de no despilfarrarlo). La mano de obra, ya quedó dicho, es un lujo muy caro en los Estados Unidos y por ello no es de extrañar que, con mayor o menor maña, el americano haga a menudo de carpintero, de fontanero, de electricista, de mecánico, de pintor y hasta de peluquero. (Es de notar que el americano llega, con frecuencia, al virtuosismo en estas labores de artesanía. Dije una vez que el yanqui era torpe con los pies, pero todo lo que en éstos hay de agarrotado lo hay de habilidad en sus manos. En casa, donde el español se muestra como un perfecto manazas, el yanqui es un manitas. He aquí otra curiosa y reveladora diferencia).

Pero, en última instancia, y por delante de todos los obstáculos enumerados que se oponen a la efusividad, está la tendencia al mutismo del estadounidense. Por las razones que sean —históricas, sociológicas, etc.—, el americano adolece de una timidez discreta o de una discreción tímida. El latino antes que permanecer en silencio es muy capaz de hablar consigo mismo y, por supuesto, para hallar un interlocutor no vacilará en ir donde haga falta, o pegar la hebra con el lucero del alba. No titubea en dar los pasos precisos para establecer una comunicación. He aquí el busilis de la cuestión: dar el paso. En este punto aparece la timidez discreta o la discreción tímida del yanqui. Ante la posibilidad de molestar «si va» o de que le molesten «si vienen», prefiere cortar por lo sano, abstenerse y dar cerrojazo.

Afinando, el norteamericano sabe que tiene en común con su vecino una serie de valores políticos y sociales —libertad, eficacia, orden, oportunidades para la mayoría, tolerancia, etc—. Pero fuera de esto nunca sabe lo que puede encontrar en él. De ahí que se tiente la ropa antes de dar un paso por el camino de la amistad.

XII. La emancipación

Hemos quedado en que, una vez que el forastero da el primer paso, toma la iniciativa, el americano se entrega. No hay, pues, razón aparente para que con un compatriota el yanqui se comporte de otra manera. Y, sin embargo, se comporta. La reserva del americano respecto del americano no desaparece así como así; existe en él, como ya apuntamos, el recelo de estorbar hoy y el temor de que le estorben mañana. No obstante, cuando se trata de un extranjero, exento de aquel recelo y de este temor, el estadounidense se da del todo y en unos términos que no admiten parangón. (Me resultaría enojoso consignar nombres en estas cuartillas. No obstante, sí puedo decir que un matrimonio de Massachusets nos ha recibido en su casa dos días inmediatamente después de regresar la mujer del hospital, tras sufrir una grave operación quirúrgica. Y esta señora, no sólo no ha dicho nada, ni ha vendido el favor de su circunstancia, sino que durante tres días nos ha dedicado su casa —y su actividad— por entero: comidas, reuniones, cócteles, etc. Por otro lado, en Washington he conocido a una señora que sin ninguna obligación por su parte —pese a ser madre de familia numerosa y tener que atender su trabajo fuera de casa— ha echado sobre sí, no la parte grata de una visita, sino la más engorrosa y desagradable: papeleo, liquidación de impuestos, desplazamientos, servicio de intérprete, relleno de impresos, etc., etc. Y no hay que decir que todo con el mayor calor, con la sonrisa en los labios, con una efusividad que ríase usted de la solidaridad mediterránea. Estos hechos, lo confieso, me hacen titubear a la hora de redactar estas líneas. Quiero decir que me consta que, bajo su capa de indiferencia, el americano oculta un corazón extremadamente sensible. Romper aquella costra y llegar a ese corazón, he ahí el problema).

El yanqui, en resumen, cuando se da, se da del todo, de una manera incondicional y absoluta, con un grado de generosidad superior al de otros pueblos. Ahora bien, de ordinario el yanqui no se da; se guarda. Esta actitud responde seguramente a una convención inexpresada pero no por ello menos notoria. Y lo que en principio pudo ser un anhelo de celar la propia intimidad y de no vulnerar la intimidad del prójimo es, hoy, una actitud nata de reticencia. El yanqui, como persona y como familia, tira a independiente. Le

cuesta mucho menos dar un dólar que una palabra. Su respeto al prójimo no implica, pues —aunque a veces vaya aparejado—, cordialidad.

El espíritu de independencia que anima al estadounidense se hace especialmente patente en el ambiente familiar. Sería ridículo que yo, a estas alturas, me sumase al coro de críticos fáciles que afirman que en los Estados Unidos no existe la familia. Uno ha vivido en el seno de varias y puede atestiguar lo contrario. Lo que sucede es que la familia americana no es precisamente la familia española, o la familia siciliana; es, sin duda, más corta, menos extensa —apenas padres e hijos, pocos hijos— y menos trabada y duradera. Pero como familia, como entidad básica, claro que existe, y el hecho de que haya un porcentaje elevado de quiebras matrimoniales no impide que lo normal sea lo otro. Y diría algo más: lo que puede deshacerse por fatiga, de un plumazo y mediante unos dólares, suele ser más sólido —y por supuesto más meritorio— que lo que no puede disolverse. Quiero decir que el americano pronuncia el «sí acepto» y el «sí me otorgo» cada día y que si una mañana decide «no aceptar» o «no otorgarse», aquello se acabó. El yanqui se casa, pues, cada veinticuatro horas y de ahí que la supervivencia del matrimonio y de la familia tenga mayor valor. Otra cosa es que los cimientos de la sociedad no sean, por esta causa, todo lo estables y firmes que sería de desear. En cualquier caso, el fin de los hijos es aquí la emancipación, una emancipación muy temprana, como la de los pájaros, y, por otra parte, de la comunidad familiar es frecuente que queden al margen los abuelos, los hermanos y los tíos. Es obvio que en esto influye no poco la geografía, la inmensidad territorial de este país. Así, el hecho de que un hermano viva en California, en Texas el otro y el último en Nueva York justifica por sí solo el que los hermanos apenas se relacionen o se vean cada varios años. Para el caso es lo mismo que si tres hermanos europeos vivieran uno en Varsovia, otro en Estocolmo y el tercero en Madrid. En tales circunstancias la reunión no sólo es difícil sino cara, lo que quiere decir sumamente problemática y eventual. Mas si la distancia es argumento valedero en algunos casos, no lo es en todos. Quiero decir que, una vez que los hermanos abandonan el nido —aun viviendo en las proximidades—, no es raro que la relación se vaya atenuando poco a poco y, en algunos casos, llegue casi a disiparse. Cada cual se concentra en su hogar, en su vida, en sus problemas, en su familia íntima —hijos— con tal intensidad que lo de fuera cuenta cada vez menos para ellos. Y lo de fuera son no sólo amigos y compañeros, sino los abuelos, los hermanos, los tíos y el resto de la familia. El acotamiento cordial del americano es un hecho palpable. Incluso en su relación con los hijos menores

se manifiesta esta disposición del yanqui. O, a lo mejor, no existe tal acotamiento sino simplemente una incapacidad para vigorizar o extender los vínculos afectivos. Sea como quiera, en un hogar americano —con dos o tres hijos, según media calculada a ojo, es decir, sin estadísticas— no existe ese clima cálido, de efusividad y confianza, que uno acostumbra encontrar en muchas familias europeas. Insisto en que hay excepciones no sólo en cuanto al número de hijos sino en cuanto al «calor de hogar», pero creo —sin que asegure nada— que la tónica es la antedicha. Posiblemente el fenómeno tenga algo que ver con la sustitución del brasero por el frigorífico como aglutinante familiar, lo que equivale a decir que allá llegaremos; pero de momento, en 1965, observo estas diferencias. Una madre de familia americana, verdaderamente modélica, me decía: «A nosotros nos falta talento para descender al nivel de nuestros hijos, para establecer con ellos una auténtica comunicación». Y, en efecto, el padre americano que con el matrimonio parece desentenderse de todo aquello que podría interesar al niño —cine, fútbol, juegos, etc.— apenas conecta con él más que para dialogar sobre estudios, incontestablemente el aspecto más ingrato de cuantos componen el limitado horizonte infantil. Durante mis paseos por diversas ciudades americanas, no he visto a un solo padre —aunque me aseguran que los hay— jugando con sus hijos en el jardín. Los niños juegan solos mientras el padre pinta la fachada o siega la hierba y la madre prepara la comida. Y antes de terminar de comer, los niños ya están pidiendo permiso para levantarse, acuciados por sus problemas: concluir un partido iniciado, montar un automóvil de juguete o leer un libro.

En rigor, los jóvenes padres americanos de nuestro tiempo quieren evitar a toda costa lo que a ellos les ocurrió un día con los suyos, esto es, que sus hijos se emancipen, escapen antes de tiempo. Para ello se autoanalizan y llegan al convencimiento de que si sus padres hubiesen sido más comprensivos, más tolerantes con ellos, no se hubieran marchado o, al menos, la huida se hubiera demorado. Entonces, el padre americano pasa al extremo opuesto: se inhibe. No quiere coaccionar a su hijo, imbuirle ideas de ningún género, presionarle respecto a su dedicación. Le deja, pues, en plena libertad, contrariando lo menos posible sus naturales impulsos. Cree que dándole de comer, proporcionándole vestido y habitación, respetando su independencia y, sobre todo, dándoles buen ejemplo es suficiente. Pero no acierta a adentrarse en sus sentimientos, en su corazón, en su mundo. Y por ahí falla. De este modo, el mundo de estos niños únicamente es compartido por otros niños —los amigos— que, lógicamente, crecen en un ambiente análogo. En tales circunstancias,

los niños se influyen recíprocamente de tal manera que sus ideas sobre la familia coinciden: los padres no se eligen, representan en cierto modo un estorbo que hay que soportar hasta determinada edad. Ahora bien, esta edad suele ser cada vez más temprana: diecisiete o dieciocho años. Una vez alcanzada, el niño o la niña se van, ponen tierra por medio. Esto de poner tierra por medio no constituye, en el caso presente, una frase, sino que encierra un significado literal. El muchacho o la muchacha no sólo se van de casa —a estudiar o a trabajar— sino que se van «lejos». Esto significa que cuanta más tierra se puede poner por medio, mejor. Así no es raro que un muchacho neoyorquino se vaya a estudiar a California o a la inversa. Con una particularidad: el hecho de que el muchacho o la muchacha encuentren trabajo en la ciudad de residencia de sus padres impedirá, claro está, «poner tierra por medio» pero no bastará para interrumpir el proceso de emancipación. (En Washington he conocido a bastantes jovencitas, algunas hijas de viuda, que viven por su cuenta y riesgo —bastante riesgo— y únicamente de tiempo en tiempo visitan a sus padres. El padre o la madre —o los dos— lo lamentan pero se resignan. En puridad no tienen derecho a quejarse; ellos, treinta años atrás, hicieron lo mismo, aunque fuese por motivos diferentes).

Sea por fas o por nefas, a lo que el americano aspira es a poder «vivir su vida», y cuanto antes mejor. Yo diría que el niño americano adolece de una sensibilidad «colonial»; se siente no diré poseído pero sí sometido. Se ha forjado leyendo la historia de George Washington y él, en la medida en que hoy esto le es posible, quiere imitarle. Norteamérica es un país con un gran amor a la libertad y a la independencia formado por doscientos millones de seres que, a su vez, aman la libertad y la independencia. Y estos conceptos encierran también una traducción familiar. Cada niño, en su subconsciente, se siente «colonia» y sueña con la autonomía, con gobernarse a sí mismo, y de poco o nada vale que hoy la «metrópoli» suavice su trato y renuncie de antemano a la coacción. La familia —con guante blanco o mano dura— es una modalidad de tutela que los muchachos yanquis aceptan hasta los diecisiete años, pero no más. A partir de aquí quieren ser ellos mismos y se emancipan o, al menos, lo intentan. Como el país, por otro lado, da bastantes facilidades para ganarse la vida, lo más probable es que no regresen. Un día, pasados los años, una carta anunciará que se casan. Tal vez otro día, pasados más años, una nueva carta anunciará que han tenido un hijo. En todo caso, el segundo cordón umbilical quedará roto apenas abocado el muchacho —o la muchacha— a la adolescencia. La familia americana, pues, no ha

desaparecido pero los vínculos que unen a sus miembros son más débiles y menos prolongados que en España.

XIII. El divorcio

Sería necio tratar de ocultar ahora los estragos que el divorcio ocasiona en USA; estragos de todo orden: niños sin amor y sin hogar; padres desquiciados, insatisfechos; endurecimiento progresivo; recelos y desconfianza. Pero entiendo que lo peor del divorcio no es el divorcio en sí, sino el saberlo siempre a mano, la conciencia, en una palabra, de que el matrimonio no es un paso decisivo; esto es, que si la cosa falla —o nos lo parece— siempre será posible recular. Esta conciencia fomenta el matrimonio apresurado, el matrimonio sin edad de discernimiento, sin amor o sin recursos, cuando no sin ninguna de las tres cosas. El matrimonio en América, para no pocos americanos, ha dejado de ser una cosa seria. Esto, por evidente, no merece la pena considerarlo, lo que no quita para que uno se descubra ante esos millones de matrimonios americanos que soportan las más duras pruebas, los más esquinados escollos, sin dejarse arrastrar por la tentación fácil —allí lo es— de desandar el camino andado para volver a empezar. Porque el divorcio brinda no sólo la oportunidad de enmendar un error, cuando éste existe, sino la ocasión de inventar ese error cuando nos conviene. En definitiva, la estabilidad del matrimonio depende del capricho de los dos cónyuges, hasta el punto de que no es infrecuente encontrar matrimonios rotos porque el marido bebía cuatro *whiskies* diarios o porque la mujer roncaba. Las estadísticas, en este sentido, ofrecen unos cuadros desoladores. En los últimos sesenta años el número de hombres y mujeres divorciados ha pasado de ser el 0,8 al cinco por ciento. Claro que esto apenas quiere decir nada. Estas cifras se refieren al número de divorciados existentes en un momento dado, pero si reparamos en que la mayor parte de ellos se vuelven a casar, los cuadros estadísticos expresan bien poca cosa. Por eso considero más elocuente la cifra global de divorcios anotada en USA durante el último año: trescientos ochenta mil en números redondos. La verdad es que se trata de un guarismo que infunde respeto, que apabulla. Aun tratándose de un pueblo con cerca de doscientos millones de habitantes, más de mil divorcios por día son, por donde quiera que se mire, demasiados divorcios. Mas con ser importante la cifra, constituye aún peor indicio el hecho de que en relativamente pocos años el número de divorcios en Norteamérica se haya doblado dos veces. El

país todavía no es Hollywood, es cierto, pero la tendencia es peligrosa. Y si aún USA se resiste a admitir —aunque el cine se obstine en ello— el matrimonio y el divorcio subsiguiente como un juego, es palmario que a uno y otro les está perdiendo el respeto. Aquí vendría a pelo, y lo utilizaría si no fuera un argumento tan socorrido, aquello de la bola de nieve rodando por la pendiente.

Este aumento considerable de los divorcios, con toda su cohorte de niños sin padres y de mal ejemplo, responde, principalmente, a unos principios ya señalados antes de ahora. El progreso general, la creciente prosperidad del país, la mecanización vertiginosa, la eliminación de las más insignificantes molestias (mover a mano el cepillo de dientes o la bayeta de los zapatos), ha originado una situación, digamos, de beatitud material, de molicie, que, a la larga, termina por debilitar al pueblo que la padece o, si se prefiere, que la disfruta. Los americanos, a estos efectos, son un poco como los niños mimados. El niño mimado es cada día más reacio al dolor, a cualquier contrariedad; los padres le facilitan todo, se lo dan todo hecho, le ríen todas las gracias… Pues bien, algo de esto le sucede al americano. Su pujanza, el bienestar general, origina una sociedad satisfecha, con todo regulado, previsto hasta la minuciosidad. Este estado de holgura, este habituamiento a que el Estado o el municipio nos resuelvan a satisfacción no pocos problemas, y, al propio tiempo, el desahogo económico en que se mueve la inmensa mayoría del país, comportan un enervamiento de las reservas morales que se traduce en una resistencia cada vez más acentuada no ya a encajar la adversidad sino, sencillamente, el más pequeño revés. Después de todo, esto no es inventar nada. El desmoronamiento de los grandes imperios, la caída de los pueblos que han hecho la Historia, ha llegado siempre tras la atonía típica que produce la embriaguez de la victoria (no hablo, claro es, en términos estrictamente militares) y el abandono subsiguiente al engrandecimiento. En la medida en que acertemos a encajar el progreso americano de hoy en otras épocas, lograremos ver más o menos claramente que las cosas, en efecto, han sucedido siempre así. Eso, naturalmente, no es obstáculo para que el pueblo americano, como el niño regalado, no sea capaz de un gesto y aun de los mayores heroísmos. Es más, el niño mimado, como el hombre americano, es más capaz de un arranque en que se juegue todo que de pechar con una pequeña contrariedad, con la minúscula chinchorrería cotidiana. Así, un día, el americano —o la americana—, como el niño mimado, chillará: «¡Ya no lo quiero!», y de nada valdrá que intentemos persuadirle de que lo tome, de que es suyo. La insistencia resultará contraproducente. Lo malo es que mientras el

niño mimado renuncia al juguete, se ha cansado de él, el americano —o la americana— de lo que se ha cansado y a lo que renuncia es al matrimonio, a la familia. Yo creo, firmemente, que el americano —que en circunstancias excepcionales es sufrido y estoico— en la rutina diaria muestra poca resignación y casi ninguna capacidad para soportar los defectos ajenos. Y antaño, cuando el sentimiento religioso era más vivo y las tragaderas de la sociedad más estrechas, aquel sentimiento o el temor al escándalo frenaban —o retardaban— ciertas decisiones irreparables. Hoy no. Hoy, teóricamente, tres cuartas partes del pueblo americano pertenecen a una iglesia, pero la realidad es muy otra; quiero decir, practicantes son los menos. En cuanto a la sociedad, aleccionada torpemente por Hollywood y por sus astros y estrellas más rutilantes, ha acabado por aceptar el divorcio como un hecho natural; hoy el anuncio de un divorcio puede apenar a la familia de los cónyuges, pero escandalizar, lo que se dice escandalizar, ya no escandaliza a nadie.

Todo esto no es más que una cadena; desgraciadamente, una cadena sin fin. Si el divorcio es fácil, ¿por qué meditar tanto el matrimonio? Me gusta esta chica, pues, ¡adelante! Un mes, dos meses de relaciones bastan. Si no sale bien, ya daré marcha atrás. El período de prueba, de conocimiento, que es el noviazgo —y la única garantía allí donde el matrimonio es un acto irreversible— carece en USA de sentido. La boda es, sin duda, una prueba más completa, un ensayo general a toda orquesta. Y si después de estampar la firma uno puede usar la goma de borrar, ¿por qué hacerle dengues a rubricar el acta? Si a esto se le añade que las universidades brindan apartamentos para matrimonios en buenas condiciones, poco puede sorprendernos ver a la muchachita de diecisiete años que empieza Letras casada con el muchachito de dieciocho que inicia Económicas porque se gustan, y pagar el pisito junto a las dos facultades va a significar prácticamente lo mismo —si no menos— que pagar cada uno su habitación en las respectivas residencias. Todo excesivamente sencillo, como se ve. ¿Que cuando la muchachita termina Letras y el muchachito Económicas el apartamento se ha convertido en un infierno? Bueno, antes de empezar a ejercer habrá que pensar en el divorcio. Y aquí viene el único freno: los dólares. Divorciarse no es difícil en América pero sí es caro. En este aspecto la mayor parte de los Estados, percatados de la disolución social que el divorcio comporta, le ponen a la separación altos precios y plazos prolongados. Es decir, el divorcio hay que pensarlo y pagarlo. Naturalmente esto es la teoría. De ordinario el divorcio se paga pero no se piensa. Esto es, lo mismo que el matrimonio, sólo que ahora en lugar de unir se trata de desunir. De hecho, tras la petición y separación subsiguiente,

una —y uno— vuelve a estar en estado de merecer. De otro lado, como América es grande y cada Estado tiene sus leyes, siempre es posible hallar solución a los problemas. Y la solución a este problema de los largos plazos para el divorcio se llama Nevada (creo que es Nevada, aunque para el caso es lo mismo). Si a uno le apremia el divorcio, váyase a Nevada. Bastarán dos meses de residencia en el Estado para solventar la papeleta. Nadie lo da más fácil que Nevada, por lo que no es de extrañar que Nevada se haya convertido hoy en un foco de atracción turística.

—Pero ¿los hijos?

—¡Ah, los hijos! Pues tiene usted razón. El juez decidirá, supongo.

En realidad, el problema del divorcio es, a mi entender, un gravísimo problema. Y no tanto su existencia —siempre hay que admitir un margen de errores aun en los matrimonios más meditados— como su extensión. Y si, de una parte, esta lastimosa proliferación del divorcio confirma la tendencia a la emancipación del yanqui (el americano, en toda circunstancia, como vemos, tiende a despegarse, a independizarse, a escapar), por otra es el resultado que cabía esperar de esas posiciones filosóficas novísimas —divulgadas por sociólogos, psiquiatras y pedagogos— de que la resignación, la resistencia a toda inclinación o deseo, es, en el mejor de los casos, una necedad.

XIV. Los viejos

El celo por preservar su independencia, la rápida dispersión familiar, la escasa aptitud del americano para tolerar defectos ajenos nos trae de la mano, aun sin quererlo, una víctima de la sociedad yanqui: el viejo. ¿Qué puede hacer un viejo en estas ciudades disparatadas —Nueva York, Chicago, Los Ángeles, San Francisco— una vez que pierde la energía para apretar unos pedales y los reflejos para manipular un volante? Desde luego, si está enfermo, lo mejor que puede hacer es internarse en un hospital y, aun sin estarlo, lo que más le convendría sería morirse; morirse de un ataque al corazón, que es, a juzgar por las estadísticas de este país, la forma más moderna y evolucionada de morirse. En una sociedad como ésta, esencialmente dinámica, no hay lugar para los viejos; los viejos constituyen un freno; estorban. El hombre o la mujer que van amontonando años y que ven llegar paso a paso el momento de la incapacidad física están irremisiblemente abocados a la soledad: he aquí el negro fantasma que gravita sobre cientos de miles de norteamericanos. La familia hace años que se rompió —o se disolvió—, los hijos están lejos, los nietos apenas si conservan un vago recuerdo de la abuela y, en todo caso, ni aquéllos ni éstos están dispuestos a aceptar la responsabilidad de los viejos.

La vida americana está organizada para gente sana y fuerte. Los enfermos, al hospital; los muertos, al Funeral Home; los ancianos, al asilo. Ésta es la triste realidad. Todavía en los lugares abarcables, en las ciudades apacibles, recogidas —ahora recuerdo Columbus y Annapolis—, los viejos aún pueden encontrar un rayo de sol y la compañía de otro viejo. Pero ¿y en estos colosos de piedra, cemento o madera? ¿Cómo recorrer veinte, treinta kilómetros al día para buscar el consuelo de un amigo y disfrutar juntos de un rayo de sol? No, de ordinario, en los hogares americanos no hay lugar para el viejo, para el enfermo o para el muerto. Tales entorpecimientos están previstos por la sociedad. Cada Estado dispone de los suficientes hospitales, orfanatos, asilos y Funeral Homes para acoger a todos los enfermos, huérfanos, viejos y muertos que puedan presentarse. El sentido práctico se ha impuesto aquí sobre el sentimiento; lo ha dominado. Y esto que es plausible en muchos casos —enfermos y muertos— resulta excesivo, a mi entender, para con los viejos. La actitud del americano ante éstos demuestra, por un lado, el rango

primordial que en esta sociedad se da a la eficacia y, por otro, que el calor de hogar se ha entibiado por aquellas latitudes; se trata de un calor rebajado, un calor que sirve para los que todavía irradian calor, pero insuficiente para los que más lo necesitan porque ya no lo irradian; es decir, para los viejos. De aquí que los suicidas, los alcohólicos, los morfinómanos que la soledad provoca en Norteamérica sean infinitamente más que los que motiva la miseria. El pan está aquí al alcance de todos; lo que ya no es tan fácil encontrar es compañía o, a ciertas edades, calor.

¿Y qué han hecho o han dejado de hacer los viejos para merecer este castigo? He aquí, a mi juicio, el nudo de la cuestión. Los viejos no son propiamente unas víctimas del sistema; quiero decir, unas víctimas inocentes, o sea que el sistema se haya montado a sus espaldas. En su día, los viejos —cuando no eran tan viejos— entraron en el juego, cooperaron a formar y a sostener aquel sistema. Con frecuencia, en mis visitas a hogares americanos he oído elogiar cálidamente la institución de la abuela española:

—¿Qué hacen ustedes para conseguir esas abuelas? Yo daría la mitad de mis ingresos por poder contar con una abuela española.

Naturalmente el americano añora la abuela española en su fase útil, es decir, esa abuela que oscila entre los cincuenta y los setenta años y para la que no hay mejor esparcimiento que el pasar la tarde con los nietos. Una abuela en esta disposición resolvería, no cabe duda, multitud de problemas en los hogares americanos. Pero este tipo de abuelas no se improvisa. Es el resultado de un proceso paulatino y, en última instancia, la consecuencia lógica de un viejo concepto familiar:

—Mire, ustedes fabrican bien los automóviles; nosotros, las abuelas; nuestras abuelas están tan perfectamente rematadas que rara vez hay que mandarlas al taller. Son dos habilidades distintas. Ustedes envidian nuestras abuelas y nosotros sus automóviles. Así es la vida.

Pero, claro está, para formar una abuela española se requiere mucho tiempo. La abuela española empieza a hacerse, afinando un poco, en las entrañas de la bisabuela; aspiro a decir que estas abuelas empiezan a ser así desde antes de nacer, porque la estructura humana y social española está dispuesta sobre unas viejas normas inmutables de solidaridad y convivencia. La abuela, antes de serlo, vivirá para sí, se enamorará, se casará, tendrá a sus hijos, pero en el momento en que éstos empiezan a desdoblarse, la abuela española regresa, deja de vivir su vida, de fabricar historia; su vida, su historia se funden con la de sus hijos y la de los nietos. Para ella —hablo en general— apenas hay ya otros horizontes. La abuela comienza, pues, a vivir en función

de sus hijos y sus nietos; se rodea de ellos en las solemnidades familiares o un día a la semana. Y cuando ellos no van a su casa, la abuela acude a la de ellos. Toma las riendas del nuevo hogar cuando sus hijos se ausentan. En una palabra, revive su historia, no como protagonista, sino desde un segundo plano, que ella acepta de buen grado. Por otro lado, no considera estas obligaciones como un sacrificio, sino como un don, como una justificación de sus años maduros. De este modo, su vida no está vacía: el hueco de sus hijos lo llenan ahora los nietos. Y cuando ella se sienta, no digamos abuela, sino vieja, vieja literalmente hablando, la soledad tampoco hará presa en ella; a esas alturas, su persona se ha hecho imprescindible, ha llegado el momento de pasar la factura, factura que los hijos y los nietos pagarán sin pestañear, sin considerarla una carga, porque el cariño jamás se toma en las familias-piña como un deber.

¿Y la abuela americana? ¿Es que la abuela americana se comporta de otra manera? Bien mirado, la abuela americana no se siente abuela mientras no se siente vieja; esto es, los nietos no la hacen retornar; la abuela yanqui sigue viviendo su vida mientras sus piernas pueden oprimir los pedales del coche y sus manos accionar el volante. Su historia sigue su rumbo, continúa, no regresa. La abuela americana, al casar a sus hijos, se siente, de pronto, independiente, como sus hijos cuando cumplieron quince o dieciséis años. Pierde el calor de hogar, pero mientras el corazón responda tampoco lo echa de menos. El cuerpo social americano está montado sobre la reunión. Las reuniones aspiran a sustituir el calor de hogar. La gente se reúne en juntas de vecinos, en juntas parroquiales, en juntas profesionales, en clubs de mero recreo. (La democracia yanqui ofrece ramificaciones incontables; sigue pensando este pueblo —y en su caso, al menos, es cierto— que de la discusión sale la luz). La abuela americana encuentra, pues, en estas reuniones —y en su trabajo— un refugio. Los hijos y las hijas allá se las compongan, como ella se las compuso cuando tenía treinta años. Es otra colonia independizada, autónoma; otra George Washington. No se esfuerza mucho por granjearse el afecto de sus nietos, por hacerse imprescindible. Un domingo pasado en el Country Club, de Washington, me permitió observar a las abuelas acomodadas americanas en su salsa. Paseo por el campo de golf, comida —en el «Sírvase usted mismo»— con las amigas y, después, un poquito de *bridge*, o de canasta, o de pinacle. Mientras, los hijos permanecían en sus casas con los nietos o los llevaban de excursión; entre ellos y la abuela no se establecía contacto; eran dos mundos.

Pero, de repente, sobreviene la decadencia. La abuela se hace abuela-abuela; se inserta en la vejez. El automóvil no sirve: falta fuerza, faltan ánimos, falta voluntad. ¿Qué puede esperar esta abuela de unos seres prácticamente desconocidos, de un campo sin sembrar? Cardos, naturalmente. Pero ¿y si los proveedores no nos proveen, si comprar unas manos que nos sirvan cuesta una fortuna, si tampoco puede «servirse una misma», si la soledad empieza a cercarla, a acosarla; si no puede acudir —porque queda a muchos kilómetros— al *bridge* o a la canasta? ¿Qué hacer? He aquí el fin. Pero convengamos en que en esta dolorosa soledad de los viejos ellos han tenido buena parte; la han elaborado paso a paso; se la han ganado a pulso. No se trata ya de que los hijos le hagan el vacío; ella, con antelación, se hizo el vacío entre los hijos y los nietos. No es, pues, éste un *happy ending* a la americana, sino un final dramático aunque previsible.

Por esto, los yanquis, que a falta de aglutinante familiar disponen de una inimaginable capacidad de organización, de un sentido de futuro espléndido, de una rara facultad para hallar el sucedáneo, han levantado en todas partes unas fabulosas casas de viudas (de viudas de militares, de funcionarios, de profesores, etc., etc.), casas que son auténticos hoteles de lujo. Una tarde he visitado la casa para viudas de militares, en Washington. Se trata de una construcción asombrosa, con doscientos cincuenta apartamentos, bares, salones alfombrados, bibliotecas, salas de juego, galería para solearse, televisores en todas las habitaciones, etc. Tampoco faltan allí los jardines, jardines parcelados con objeto de que cada vecina pueda cultivar en cada estación las flores que apetezca (he aquí un detalle muy americano, detalle que acredita la sensibilidad de este pueblo), un pabellón independiente, con bar y salón, donde cada viuda puede ofrecer sus *parties* y reuniones, y unos asépticos, inmaculados, comedores comunitarios. De este modo la inquilina puede optar por la agrupación o la independencia (en cada apartamento existe una pequeña cocina suficiente para dos o tres personas). En fin, aquí, en una de estas casas, una viuda vieja puede encontrar de todo y de todo lo mejor. Lo que nunca podrá hallar, por muchas vueltas que le dé, es el calor de hogar; la compañía de los hijos y los nietos. Y esto siempre es consolador y aun diría esencial para una vejez feliz.

Sin embargo, nuestro punto vulnerable está, precisamente, en que esos establecimientos para viudas, ancianos o huérfanos —aunque no sean muchos los que en España los precisan— son, en nuestro país, con demasiada frecuencia, caseretones destartalados, lóbregos, tenebrosos, no diré sin calor de hogar sino hasta sin el calor de una modesta estufa de serrín o de butano.

Quiero decir que los viejos abandonados por la familia y la sociedad son, en España, comparativamente, poca cosa, pero estos viejos están, para nuestro bochorno, abandonados del todo. (El calorcito tenue de unas hermanas de la caridad, justo es reconocerlo —junto con donaciones esporádicas y de ordinario muy cortas—, es, desgraciadamente, lo único que les llega).

XV. La cocina

De siempre tuvo la cocina norteamericana mala prensa; el yanqui arrastra fama de comer sobre la marcha, frío y deficientemente. Es claro que este capítulo de la cocina, como todos los capítulos, puede prestarse a interpretaciones; esto es, muy bien puede ocurrir que si el americano come maíz o zanahorias crudas o pescado congelado es porque le agrada hacerlo así. No obstante, cuando uno ha visto a no pocos yanquis despacharse a su gusto —muy a la europea— en nuestros figones y tabernas imagina que si en su tierra come de otra manera es, sencillamente, porque la dinámica del país le obliga a ello. El americano, en América, no vive para comer —en hacerlo gasta no sólo poco dinero, sino también poco tiempo—, se limita a comer para vivir. El enfoque del asunto es diferente, como puede verse, y por ello no debe extrañarnos el hecho de que el yanqui se desayune opíparamente, almuerce un poco de queso o un poco de jamón con una hoja de lechuga y una rodaja de tomate, y coma —a las seis o siete de la tarde— una minuta más o menos formal, en familia y comentando las incidencias del día. De este modo, la jornada laboral —que tiene prioridad sobre la jornada gastronómica — no sufre interrupción por causa del estómago. Lo que queda por demostrar —y no es moco de pavo— es si las cosas marchan bien en el país a causa de esta dieta o, por el contrario, el régimen de comidas tiene poco o nada que ver con la estabilidad política y la prosperidad económica; esto es, con el otro régimen. En todo caso, la imposibilidad material de comprar la comida al día, el hecho de que la mujer trabaje y la casi absoluta ausencia de servicio doméstico son contingencias que invitan a la improvisación. Y, en definitiva, la comida americana no es otra cosa que una comida improvisada; una función en la que una mujer —o un hombre— no necesita invertir (entre pelar patatas, desplumar un pollo, picar una cebolla y calentar el aceite) ocho de las veinticuatro horas del día. Para eso está el supermercado. El supermercado nos brindará todo a punto o medio a punto: las patatas a medio freír, el puré de patatas deshidratado (solamente a falta de agua o leche), los macarrones cocidos y las chuletas envueltas en una capa de manteca. Un envase de aluminio —que una vez concluida la comida irá a la basura— facilita el recalentamiento, o el asado en su caso. Es obvio añadir que la comida

fraguada en dos etapas nunca podrá adquirir la misma riqueza de matices que una comida elaborada en una sola, minuciosa y sosegada etapa. Pero del tiempo se ha dicho que es oro y no, que yo sepa, que sea un suculento solomillo. Y si la norteamericana despacha la cocina en media hora mientras la europea emplea seis, nada puede extrañarnos que un modesto trabajador embolse en este país diariamente quince dólares —novecientas pesetas—, de los cuales le bastarán dos para acallar el hambre tres veces por día. Esto significa, llanamente, que, para el americano, comer no constituye problema, ni culinario, ni, por supuesto, económico.

No se precisa demasiada agudeza para deducir de todo lo dicho que media casa americana es la nevera. La nevera, por estos meridianos, es un trasto de primerísima necesidad y, por descontado, un trasto que se adquiere por cuatro perras gordas (menos gordas, además, que en Europa, por aquello de que el trabajo está mejor retribuido). Pero hablemos un poco de este artefacto inexcusable, que, de ordinario, no es un trasto, sino dos. Quiero decir que en las familias de cuatro o cinco miembros, existe lo que podríamos denominar un frigorífico de mano —con una capacidad aproximada de quinientos litros — y una nevera nutricia, esto es, un enorme cajón congelador —el *freezer*—, ubicado generalmente en el sótano, que holgadamente puede albergar las existencias de una de nuestras tiendas de comestibles. Asomarse allí es asomarse a un matadero; un matadero aséptico, donde la sangre ha sido sustituida por manteca y papel de celofán. En la nevera nutricia se almacenan alimentos para dos meses o tres: grandes piernas de cordero, pollos, solomillos de buey, jamón cocido, pan (en las mil y una variantes que adopta el pan —¡esa cosa tan simple, Señor!— en este pueblo: de maíz, de centeno, integral, de leche, dulce, salado, con semillas de amapola, de anís, de sésamo…), pasteles de manzana, mantequillas, quesos y todo lo que ustedes quieran añadir. Estos alimentos se acarrean de la nevera nutricia a la nevera de mano conforme las exigencias cotidianas.

Esto viene a demostrar que el actual aglutinante de la familia yanqui es la nevera —o las neveras—, del mismo modo que, aún no hace mucho tiempo, eran las cocinas de almendrilla o de ovoide el aglutinante de la familia española. A lo que se ve, el progreso, en este orden de cosas, se caracteriza por una pérdida de temperatura. Hemos derivado del fuego al hielo; un cambio brusco, sin transición. Claro que lo verdaderamente sustancial es que la familia se conserve; importa menos que sea en un frigorífico o que sea al baño maría.

Por lo demás, y dado que los alimentos vienen ya condimentados, cuando no hervidos, el horno juega en América un papel fundamental. El ama de casa no tiene sino que calentarlos o terminar de cocerlos. Esto explica el hecho de que las cocinas —eléctricas o de gas— tengan el horno a nivel de la cabeza en vez de tenerlo en bajo. Tardío descubrimiento pero muy práctico. Su utilización es tan frecuente que, de otra manera, el lumbago causaría en USA verdaderos estragos.

—Entonces —aducirá el lector— esos platos tan sugestivos que vemos en las revistas ¿son una farsa? ¿Una lucubración más o menos abstracta?

En modo alguno. Sucede, sencillamente, que los platos americanos son más bonitos que eficaces. La cocina americana está muy bien como recreo visual, para comerla con los ojos. La comida americana ha dejado de ser un arte culinario para pasar a ser un arte plástico; tiene mucha vista pero poco paladar. De ahí que si uno se conforma con ingerirla por los ojos, no se sacia. Mas una vez en la boca, ya es otro cantar. Las viandas comportan esa insulsez, ese registro insípido de lo fabricado en serie, sin personalidad; la huella de la nevera nutricia no es fácil borrarla así pongamos el horno a quinientos grados.

Claro que esto es generalizar, y generalizar, en cualquier orden de cosas, es errar. Quiero afirmar que, de la misma manera que esto es cierto, en líneas generales, no puede obcecarnos hasta el extremo de negar la evidencia. Así, no es fácil encontrar en la vieja Europa alimentos tan auténticos y vigorizantes como puedan serlo la leche, el queso, la carne o las frutas americanas. Aparte de que cada americano puede hacer en su casa lo que quiera. Es decir, la insulsez encubierta con salsas multicolores, el barroquismo culinario, puede ser la tónica de las comidas de restorán, o de un alto porcentaje de norteamericanos, pero no de todos ni mucho menos. En este punto mi experiencia más prolongada me dicta otra cosa: o sea, que hay muchos hogares yanquis donde la sobriedad culinaria no le resta eficacia. El pavo, el pollo, el puerco asado —y asado a fuego lento— con guisantes y puré de patatas son una cosa suculenta, por la sencilla razón antes apuntada: las carnes de este país dan ciento y raya a otras carnes: son carnes tiernas, sonrosadas, henchidas, que se comen solas. Sin olvidar que, a base de tan excelentes productos, si uno quiere cocinar en su casa a la europea, nadie le va a regatear ese capricho. Lo desazonador, en un ambiente de tantas posibilidades, es la conciencia de que, por ingerir un apetitoso estofado, esté uno dejando de ganar un puñado de dólares. Puro materialismo, si se quiere,

si bien tampoco vamos a llegar a la estulticia de afirmar que el recreo gastronómico sea un noble indicio de espiritualidad.

Pero lo peor, sin ningún género de dudas, es esta especie de guerra sorda que el americano ha declarado al café exprés, a ese culín de café concentrado, aromático, con el que los europeos acostumbramos a estimular nuestras digestiones. Ya en el barco, rumbo a Nueva York, observé esta anomalía. Si uno pedía café después de comer le servían una auténtica palangana rebosante de un café bueno probablemente, pero sin torrefactar, diluido, enervado. Otro tanto acontecía en la cena y en el desayuno, pese a que los pasajeros eran italianos en buena parte. De nada sirvió mi mímica implorante, ni mi *little coffee* reiterado al camarero. Allí no había café exprés y lo único que el viajero consiguió, tras denodados esfuerzos —y ya es algo—, fue cambiar de taza; degustar aquel café en un pocillo pequeñito en lugar de en una bañera. (Esto del café desleído norteamericano obedece a una razón histórica. Como es sabido, la guerra de Independencia contra Inglaterra tuvo su motivo inmediato en el impuesto sobre el té. Rotas las hostilidades y sin té en el país hubo que recurrir al sucedáneo: el café ligero. Paulatinamente el sucedáneo se impuso; conquistó el mercado. Hoy el americano consume muchos más litros de café —de «su» café, símbolo, en cierto modo, del nacionalismo— que de té).

Ya en Washington, mi deseo de café exprés derivó en una obsesión. Los primeros días divagaba por las calles de la ciudad como un sonámbulo. Merodeaba por las cafeterías italianas o francesas —*little coffee*, café exprés, míster— como un pordiosero. Todo en vano. Los gestos de los camareros eran, por otra parte, lo suficientemente elocuentes como para desengañarme de una vez por todas. Allí no había café exprés y ellos no podían pintarlo. Finalmente mis súplicas hallaron un eco y la señora A., compadecida, me tomó una tarde en su coche, atravesamos la ciudad de punta a cabo y nos adentramos en el barrio elegante de Georgetown. Una vez allí, nos apeamos, recorrimos tres callecitas con cierto sabor anglosajón y, frente a una casa de tres pisos, de ladrillo rojo, la señora A. se detuvo: «Aquí es», me dijo. El corazón me golpeaba con fuerza. La misma casa, sinuosa, con escalones y un patio trasero con un vago aire romántico, aureolaba mi capricho con el incentivo de lo prohibido. (Tenía aquello un aspecto raro, como de fumadero de opio o casa de drogas; un aspecto clandestino y misterioso que es, por lo visto, lo que hoy atrae a las elegantes yanquis). El caso es que a la pregunta de la señora A. el camarero respondió afirmativamente. «Sí lo tienen, —me dijo. Y yo hube de sentarme porque las piernas me temblaban—. Un café

exprés —me decía—. Al fin». Y con el rabillo del ojo observaba las evoluciones del camarero. Y cuando le vi cargar algo en la bandeja y dirigirse hacia mí, la vista se me nubló. Creo que fueron los vapores del café los que ayudaron a recobrarla. Allí, sobre la mesa, tenía, en efecto, un café exprés pero ¡también servido en una bañera! Decididamente, en este país tan grande no aciertan a hacer las cosas pequeñas.

XVI. Los miedos americanos

Entre los miedos made in USA hay uno, el miedo al fuego, viejo y tradicional, inspirado, sin duda, por el elevado número de incendios devastadores que se producen todos los años en grandes urbes americanas. Otro miedo que ha surgido con los adelantos de la medicina y la farmacopea, unidos al debilitamiento de la fe religiosa, es el miedo a la enfermedad y, consecuentemente, a la muerte. Y, por último, he advertido un miedo nuevo, un miedo americano del que no tenía noticia, un miedo que me ha llenado de estupor —aunque ahora lo comprenda—, que es el miedo a salir de noche, a pie, en los barrios residenciales, más o menos solitarios, de las grandes ciudades. Charlemos un poco de estos miedos.

El miedo al fuego se patentiza sin necesidad de pisar tierra americana; es algo que salta a la vista sin más que ir al cine en cualquier lugar del mundo. En toda película donde se encuadre una casa de vecinos yanqui advertimos que, junto al ascensor y la escalera interior, existe, de ordinario en la trasera o en una calle lateral, una escala de incendios cuyo tramo inferior está levantado, a unos tres metros del suelo, para que nadie pueda, desde la calle, subir por ella. Estas escaleras imprimen a las ciudades americanas una peculiar fisonomía. Son, todos lo saben, escaleras para un caso de emergencia, es decir, que están allí para un por si acaso, lo que no obsta para que muchas veces las casas mueran de viejas sin que aquéllas hayan sido utilizadas. Es algo así —aunque menos justificado, al menos en los edificios de tres o cuatro pisos— como los costillares metálicos que ciñen las casas chilenas con vistas a los terremotos: una precaución. Pero si es cierto que el miedo al fuego del yanqui empieza ahí, empieza en las escaleras, ¿dónde concluye?

Esto ya es más difícil de precisar. Por de pronto, los niños en la escuela primaria reciben, de entrada, una lección al respecto e, incluso, un buen día llegan a casa exigiendo de sus padres instrucciones para saber, en la eventualidad de un incendio, cómo han de comportarse. Cuando un ama de casa americana nos muestra su vivienda es muy frecuente que no olvide este apartado, es decir, que apunte «si la casa reúne condiciones o no las reúne» —las reúne cuando tiene muchas puertas y ventanas— de presentarse

inopinadamente un fuego. (Una amiga de Washington me anunció, apenas nos conocimos, su propósito de mudarse de casa porque «la actual no ofrecía seguridades para caso de incendio»). En las residencias de estudiantes de Ohio, y en otros muchos lugares, apenas se ingresa en ellos, los universitarios son instruidos sobre las puertas o ventanas a utilizar para evacuar el edificio en situaciones de emergencia. Otro tanto acontece con las *baby-sitters*, esto es, con las niñas que cuidan niños cuando los padres salen de casa; aquéllas, aparte cuatro consejos prácticos, tienen anotado, en lugar y en caracteres bien visibles, el número de teléfono de los bomberos. A mayor abundamiento, en no pocas ciudades americanas existe un cuerpo de instructores para aquellos que requieran sus servicios. Estos señores, como nuestros decoradores o nuestros racionalizadores del trabajo, visitan la casa o la empresa que los solicita con objeto de estudiar el inmueble —escaleras, pisos, huecos, número de inquilinos, etcétera— y trazar, en consecuencia, un plan —o, si se me apura, varios planes según el fuego se inicie por la trasera, el tejado, los bajos, el ala izquierda o la derecha— de retirada en caso de apuro. Este temor es tan grande y está tan extendido, que todas esas instalaciones que en España suelen pudrirse de puro viejas —puertas de escape, timbres, extintores protegidos tras un cristal: «Romper en caso de incendio», etc.— se utilizan aquí sin excesivos miramientos. (Un detalle: en dos de las seis u ocho veces que he comido en casa de mi amigo Antonio Bermejo, ha sonado la alarma de fuego, insistentemente, crispadamente, y todo el aparato extintor —y el pánico lógico— ha entrado inmediatamente en funciones, incluso, una de ellas, con la llegada de los bomberos y el despliegue de fuerzas consiguiente. Pues bien, la primera alarma la produjo un vecino descuidado que dejó quemar el aceite en una sartén, y la segunda, una estera arrojada al incinerador). En el barco que me trajo a Nueva York, el ensayo de abandono de buque no tuvo el carácter festivo que presidió un número semejante en el trasatlántico italiano *Giulio Cesare* sino que estuvo investido de una seriedad, de un realismo, verdaderamente escalofriante, en particular para los caballeros, que ante aquella masa ingente de mujeres y niños, dudábamos mucho que, en caso de necesidad, pudiésemos encontrar una tabla donde asentar nuestras posaderas en algún bote salvavidas. En fin, lo que sobran son datos sintomáticos que revelen hasta qué punto constituye en USA el fuego una preocupación, cosa, por otro lado, muy explicable si evaluamos las víctimas y los daños ocasionados anualmente por aquel elemento o nos dejamos guiar por el trasiego continuo de los coches de bomberos, abriéndose paso a sirenazo limpio en cualquier ciudad y a cualquier hora.

Otro miedo más moderno en el país, pero no menos vivo, es el miedo a la enfermedad. En este sentido dejé, creo, anotado que la asepsia más absoluta preside la vida del yanqui. La desinfección —en inodoros, locales públicos, barberías, piscinas, etc.— es aquí rigurosa e implacable. (Choca al observador europeo el hecho de que viviendo la mayoría de los americanos en el campo sean contadas —creo que he visto dos— las casas que disponen de piscina particular. Tal cosa no obedece a que esto sea un lujo inalcanzable para el americano, sino a la dificultad supina de acatar los reglamentos sobre salubridad al respecto: cambio de agua, relación entre metros cúbicos y bañistas, desinfecciones periódicas, etc. Al parecer las normas son tantas y tan exageradas que resulta preferible ir a darse un chapuzón a la piscina del barrio que no someterse a esta servidumbre. Otra cosa que echa en falta el forastero en este continente son las terrazas de los cafés. Cuando uno llega aquí de semiturista, en el buen tiempo, con los ojos ávidos de captar novedades, la terraza de un café se le antoja un observatorio inigualable para estudiar la calle. Pues bien, por muchas vueltas que el viajero dio por la ciudad de Washington no encontró otra terraza que la de una cafetería en la avenida Connecticut, una avenida elegante y, por tanto, como observatorio, de muy limitado interés. Bueno, pues la carencia de terrazas en los cafés, en contra de lo que el viajero imaginaba, no viene impuesta por razones de laboriosidad sino por razones de higiene. Las terrazas son insalubres, los peatones levantan polvo y los coches sueltan gases, luego respirar polvo y gases provenientes de combustión o ingerirlos diluidos en nuestras bebidas puede ser tan nocivo para el organismo y tan atentatorio contra la salud como fumar tres paquetes de cigarrillos diarios).

El americano y los organizadores de la vida americana viven —y ello habla muy alto en su favor— pendientes de la salud pública. Las aguas que se bebe, saben horriblemente a cloro. No es que de otra manera no resulten potables, pero el cloro —o el compuesto de cloro— garantiza un mayor grado de potabilidad. Por este camino, el intestino del americano se hipersensibiliza. Bien irán las cosas mientras no se mueva del país, pero cuando sale fuera los riesgos se multiplican. Un divertido americano que no puede pasarse un año sin visitar Europa me decía que cada viaje le cuesta una terrible colitis. No ofrece duda que este pequeño cataclismo intestinal periódico prueba —¡hasta con sangre!— su sentimiento europeísta, pero al propio tiempo demuestra que una excesiva meticulosidad higiénica puede motivar tantos trastornos como un excesivo abandono.

Otra anécdota: mi amigo Luis Arroyo, hombre tan preocupado por la nutrición como los yanquis por la higiene, llegó a Nueva York con medio jamón serrano en la maleta. Los aduaneros, al verlo, pusieron el grito en el cielo: «¡Carne! ¡Carne cruda!». Tomaron el jamón con unas pinzas y, pese a las protestas de su dueño, fue a parar a un incinerador. Así son estas cosas en USA. Claro que de este modo —y de otros— los americanos han llegado a alcanzar, posiblemente, el más alto nivel sanitario del mundo. Lo que queda por demostrar es si rebajar el índice de mortalidad a costa del jamón serrano y de las terrazas de los cafés es verdaderamente una conquista; si para un español la medida resulta realmente compensadora. En cualquier caso, lo que quiero subrayar mediante estas observaciones aparentemente triviales es que nadie como USA ha movilizado un tan prolijo repertorio de medidas sanitarias preventivas. (Esto, la verdad, ya empezó a barruntarlo el viajero cuando antes de partir para América, y antes, asimismo, de informársele que era un «líder», fue sometido a una serie de reconocimientos de los que no escapó ni el negro de las uñas). Este miedo, vaya, está tan desenmascarado, se manifiesta de una manera tan cruda y reiterada, que no creo necesario insistir sobre él. Bastará decir que los análisis, reconocimientos periódicos, vacunas, etc., son constantes en los Estados Unidos. Eso sí, sin receta no le despacharán a usted más que vitaminas y pastillas para la tos. (En este punto es preciso detenerse, para elogiarla, en la solvencia y seriedad de los guardianes de la salud. Con ocasión de haberme extendido un médico una receta, fui a solicitar su despacho de un farmacéutico. Éste me advirtió que el medicamento lo había de medio y de un gramo y que el médico había olvidado consignar la cantidad. Le dije que me diese las grageas de medio gramo por si las moscas pero él adujo que no podía hacerlo sin consultar al doctor en cuestión. Pero como el doctor había salido ya de la consulta y no había llegado aún a su casa, fue necesario esperar tres cuartos de hora para poder ser atendido. Evidentemente, ingiriendo las pastillas de medio gramo nada grave podía sucederme, pero la eficacia del tratamiento no sería total si eran las de un gramo y no las de medio las que el doctor había querido recetarme. El farmacéutico, pues, no miraba por sus intereses sino por el mío y por el del doctor. Quería hacer las cosas bien, en una palabra). Este rigor, este puntillo higiénico de los reconocimientos, las desinfecciones, las vacunas, va, sin disputa, encaminado a mejorar la salud pública y a alcanzar un promedio más elevado de vida en el país. Pero, en el fondo, según me decía un americano socarrón, conseguir mayor longevidad aquí no es para muchos americanos una meta, sino un camino. «Al aumentar los años de vida

—concluía con sorna— aumentan las posibilidades de que en ese plazo un sabio descubra la inmortalidad. A los americanos no nos gusta morirnos, créame».

Y llegamos al novísimo miedo americano, el miedo a la nocturnidad solitaria. Mas como quiera que este miedo tiene, además de sus facetas típicas, unas adherencias y unas implicaciones más trascendentales de lo que parece a primera vista, será mejor analizarlo con el detenimiento preciso.

XVII. El miedo a la insolidaridad

De unos años a esta parte —no más de tres o cuatro— ciertos barrios de ciertas ciudades norteamericanas se han hecho ciertamente peligrosos a ciertas horas. Los barrios son todos aquellos que carecen de circulación «andada»; las ciudades, las grandes, y las horas, las nocturnas. La peligrosidad, es decir, el riesgo que el transeúnte corre es muy vario y diverso: atraco, muerte, rapto, violación. Los procedimientos y los medios, mecánicos y automáticos —automóvil, metralleta, revólver—, aunque tampoco sea raro el empleo del arma blanca. Últimamente, algunas señoras pusilánimes se resisten incluso a salir de noche solas en automóvil (al parecer, durante las últimas semanas, en el West Side neoyorquino se han dado varios casos en que el criminal aprovecha la parada de un semáforo para introducirse en el coche pistola en mano y actuar luego impunemente). Fundado o no —que uno más bien cree que no, al menos en las proporciones que hoy existe—, el pánico se extiende por ciertos barrios de ciertas ciudades americanas de día en día (Central Park, en Nueva York, que siempre inspiró recelo en la alta noche, no se decide hoy nadie a franquearlo en pleno día. Algunos washingtonianos ven en su hermoso parque-bosque Rock Creek algo así como «La-casa-de-irás-y-no-volverás», especialmente durante las horas nocturnas). ¿Y por qué «aquí y ahora»?, se preguntará el lector. Habrá que reconocer que no sólo es aquí. El aumento de criminalidad es hoy un hecho en todas partes. La moda de la delincuencia juvenil, el debilitamiento de los frenos morales son situaciones sociales que azotan al universo entero. El presidente Johnson, semanas antes de su clamorosa reelección, hacía hincapié, en un breve discurso, sobre la necesidad de buscar unos cimientos éticos más estables para la gran sociedad americana. En cuanto al «ahora» ya tiene más fácil explicación: la atonía que produjo el asesinato de Kennedy, la virulencia adquirida en ciertos sectores por la discriminación racial, el constante crecimiento de las ciudades y el desorbitamiento con que tales hechos se recogen en algunos —pocos— periódicos sensacionalistas, la avidez con que una parte de la juventud —insignificante comparada con la masa de jóvenes que estudian y trabajan— busca impresiones nueva son argumentos valederos para explicar por qué «ahora» hay más crímenes en

América que hace unos años. Justificado o no, el miedo apuntado existe y, por añadidura, es contagioso. Por otra parte, la espectacularidad del escenario y la gratuidad del crimen cooperan ciertamente a este movimiento generalizado de pánico (hace escasos meses, en el almidonado barrio de Chevy-Chase, uno de los más elegantes de Washington, un abogado que sacaba a hacer pis a sus perros fue acribillado a balazos por un grupo de mozalbetes de dieciséis a dieciocho años para robarle ¡cinco dólares!).

¿Y la policía? ¿Es que la policía no da abasto para contener esta nueva oleada de crímenes? Bien mirado, la policía americana es una institución que, aunque invisible, resulta, como suelen ser todas las instituciones norteamericanas, bastante eficiente. Su invisibilidad constituye, por otra parte, otra nota de buen gusto. El tráfico en las autopistas es vigilado desde helicópteros. Desde helicópteros, asimismo, puede seguirse la pista del automóvil perseguido dentro de la ciudad por coches-patrullas. (Estos coches, provistos de radioteléfono, son como dioses: no son notorios pero están en todas partes. Un detalle: con ocasión de haber sufrido una avería el automóvil que conducía desde Chicago a Washington, antes de detenerme en la cinta de emergencia de la autopista, ya tenía detrás un coche-patrulla. ¿Quién le avisó? ¿De dónde surgió? No lo sé. Únicamente puedo decir que a los cinco minutos estaba allí un mecánico con un coche taller avisado por radio que dejó el automóvil en condiciones de reanudar el viaje. Sorprendido, en otra ocasión, de no haber encontrado un solo accidente de carretera a lo largo de los miles de kilómetros recorridos por las autopistas asombrosas de este país, pese a la diabólica velocidad a que algunos circulan, mi interlocutor me respondió sonriente: «No se sorprenda, los automóviles siniestrados se retiran enseguida. Son también invisibles»). Invisible es, asimismo, la actividad del FBI, organización, como es sabido, encargada de luchar contra el crimen (únicamente una noche he sorprendido a un grupo de policías apostado en el parque de Washington; policías hercúleos, acompañados por unos perros lobos no menos gigantescos y con cara de pocos amigos —los canes y los policías—, por supuesto).

Acuciado por la curiosidad, decidí una mañana visitar la sede central del FBI. En realidad, no fue tiempo perdido. Estos americanos se dan un arte especial para montar estos tinglados de exhibición, bien sea de cuadros, bien de pájaros —como puede comprobarse en los magníficos museos de Washington—, bien de los éxitos y procedimientos deductivos de la policía federal. En la sede del FBI el visitante encuentra un pequeño museo Dillinger, otro pequeño museo Al Capone (los dos grandes gánsteres de los últimos —

no tan últimos— tiempos), estadísticas, fotografías, diagramas, etc., en torno a la lucha contra el *gang*, el asesinato, el robo, el contrabando, el sabotaje, etc., etc. Para mayor ilustración del visitante, el FBI no escamotea las demostraciones precisas para que aquél pueda saciar su curiosidad respecto a las posibilidades de llegar a un asesino a través de un pelo o de la huella de una bota en el barro. Los mecanismos electrónicos, laboratorios, gabinetes fotográficos son de tal monta que uno siente la impresión de hallarse en un edificio de control de satélites artificiales o cosa semejante. Todo inmaculado, brillante y mostrado por un policía servicial que corresponde con solicitud —y en la medida que le está permitido— a cada una de nuestras preguntas. Un final muy americano, esto es, sumamente espectacular, remata la interesante visita: un policía bien plantado, con aires de vaquero, coloca, ante nuestros ojos atónitos, media docena de balas de pistola en la sesera de un muñeco de madera de tamaño natural, y otras tantas de metralleta en su barriga antes de lo que uno tarda en contarlo y a cuarenta metros de distancia. El turista yanqui —apenas hay otros de otras nacionalidades en la capital del país porque este turismo resulta caro— sale muy complacido de la visita, persuadido de que su seguridad personal y la de su hacienda está en las mejores manos.

Pero dejemos de lado esta digresión. ¿Es que no basta este montaje policíaco para abortar la criminalidad nocturna? Por de pronto, tengamos en cuenta que este aparato policial no es un capricho, sino que responde a un aparato criminal parejo. Es decir, a tal señor, tal honor. Por otro lado, es lógica esta proliferación de la delincuencia en Nueva York, ciudad que con diez o doce millones de personas, dos o tres de automóviles y una red inextricable de avenidas, calles y callejuelas, facilita, más que ninguna otra del mundo, la huida y, hasta cierto punto, la impunidad.

Pero, como ya apunté, este nuevo miedo americano muestra derivaciones curiosas. El miedo a la nocturnidad solitaria ha originado otro miedo, éste, a mi ver, más racional y justificado: el miedo a la insolidaridad, el temor de estar perdiendo día a día el sentimiento del prójimo. Este temor se funda especialmente en dos hechos que han encontrado gran resonancia, uno ya viejo, acaecido en Nueva York, y en Washington, recientemente, el otro. Veamos. En una céntrica calle neoyorquina, a la hora de la cena, es apuñalada una muchacha por un hombre. El asesinato es torpe y la víctima grita varias veces antes de desplomarse; se arrastra, luego, con el cuchillo en la espalda, desangrándose, a lo largo de dos manzanas. Treinta y tres visillos de otras tantas ventanas, de otras tantas casas, de otros tantos vecinos se descorren para contemplar a la víctima, pero ni uno solo de los curiosos baja a auxiliarla

ni llama a la policía. Esto por un lado. En Washington, otro ejemplo: en las primeras horas de la noche, un conductor-cobrador de autobús es atracado, golpeado ferozmente y robado ante las miradas impasibles de dieciséis viajeros. Ni uno solo mueve una mano por evitarlo; ni uno solo se levanta de su asiento para socorrer al agredido. ¿Qué ocurre aquí? ¿Cómo casar esta actitud con el coro de amabilidades que uno ha encontrado en todo momento y en todas partes?

He aquí un motivo, bien fundado, de preocupación para el americano. Los periódicos vocean: «¿Es que somos de piedra?», «¿Qué nos agarrota?», «¿Somos insensibles?». Una tremenda campaña de prensa se ha desatado con este motivo. Más de treinta veces —creo sinceramente que ni una menos— he oído contar estas horribles historias de labios de yanquis consternados. El propio presidente lamentaba lo que ellas recatan de decadencia moral. De acuerdo. Mas de otra parte, ¿no representa todo esto un indicio positivo? El hecho de que un porcentaje elevadísimo de americanos se duela y se avergüence de tales actitudes ¿no querrá decir más bien que estos hechos, aunque sintomáticos, no pueden servir para medir la sensibilidad de un país? ¿Es que aquí nadie es capaz de jugarse la vida por nadie? ¿Es lícito, ante estos dos botones de muestra, llegar a conclusiones tan definitivamente pesimistas, tan desoladoras, como la de que el prójimo le importa un comino al americano? Uno cree, más bien, que el hecho de que muchos millones de yanquis condenen sin paliativos y sin morderse la lengua la conducta de unos centenares de compatriotas también quiere decir algo. Quiere decir, al menos, que si el riesgo existe, si el miedo a la insolidaridad es explicable, el corazón del país todavía late, no se ha insensibilizado. Evidentemente la confortabilidad, el racismo (en los autobuses washingtonianos conducidos por blancos solamente viajan negros), el miedo físico, el hábito de contemplar en la televisión sin pestañear los crímenes más espeluznantes (tengo entendido que la televisión americana dispone de trece canales, cinco perfectamente visibles en Washington y con la violencia como elemento básico) y, por último, la creencia de que con pagar religiosamente los impuestos —y aquí se pagan así— uno está cumplido y, por ende, justifica toda inhibición, son razones que explican en cierto modo los sucesos referidos. Esto quiere decir que los Estados Unidos deben revisar no pocas situaciones de hecho, y replantear a la escala necesaria y con toda crudeza los problemas pendientes para evitar que lo que hoy no es más que un síntoma —eso sí, un síntoma deplorable— se convierta mañana en un estado colectivo de indiferencia

hacia la desgracia ajena. Esto es, debe apelar a los registros precisos para orillar la posibilidad de que llegue un día en que el país se devore a sí mismo.

XVIII. Los niños

Una creencia muy difundida por Europa es la de que las adolescentes estadounidenses son maravillosos proyectos de mujer, airosas, esbeltas, de zanca larga y con unos rostros originales y atractivos. Por parte del que suscribe sería poca galantería cooperar a destruir este prejuicio. De ahí que uno, en terreno tan delicado, esté obligado a moverse con extraordinaria cautela. Pero entiende que sería más sincero decir que la adolescente yanqui bien plantada es una obra de arte que no que todas las adolescentes yanquis sean bien plantadas. En América, a estos efectos, sucede lo que en todas partes; o tal vez no. Quiero insinuar que las adolescentes yanquis son de ordinario vistosas y generalmente más altas que las europeas del sur, pero monumentos, lo que los españoles entendemos por monumentos, lo son únicamente una minoría. En verdad, las atenciones y vigilancia que la alimentación merece, las innumerables posibilidades deportivas de que el americano goza y la base inglesa de este pueblo dan, en general, una población bien constituida, de notable estatura, ancha de espaldas y caderas escurridas. Pero de esto a generalizar, esto es, a afirmar que las quinceañeras yanquis sean unos prodigios anatómicos deslumbrantes, va una diferencia no pequeña. La que sale bien sale perfecta, pero salen bien, claro está, las menos. Como dice una amiga mía española poco agraciada, «para que existan las guapas tenemos que existir las feas, aunque nadie nos agradezca este servicio». Y esto, pienso yo, es valedero para todos los continentes.

En cambio hay que admitir que los niños americanos —el niño o la niña de dos años hasta ocho o diez— sí son ejemplares excepcionalmente bien dotados, ejemplares con mucho candor, mucha fragancia —sus mejillas son auténticos melocotones—, mucha agilidad y mucha alegría. Admitamos, en principio, la notable influencia que en todas estas cualidades ejerce el hecho de vivir en el campo, esto es, la vida al aire libre, y, en segundo, la sabia medida de que los niños yanquis, en la primera etapa escolar, concluyan sus deberes a las doce del mediodía y ya no se acuerden de la escuela o del colegio hasta las nueve de la mañana del día siguiente. Pero éste es otro cantar, que, si Dios quiere, entonaré más adelante. Quede sentado que el niño

yanqui es un niño-niño, un niño espontáneo, exultante, rubicundo y, generalmente, guapo o, siquiera, de muy graciosas facciones.

Pues bien, este niño espontáneo, exultante, rubicundo y, generalmente, guapo es el rey del hogar americano; todo gira a su alrededor. De ordinario son rey y reina, es decir, dos niños, pero el hecho de que sean cuatro o seis —que también existe en los Estados Unidos la familia numerosa, aunque este fenómeno no sea frecuente— no les priva de este privilegio. Y hasta tal punto los niños preocupan aquí que los padres americanos suelen padecer un verdadero empacho de teorías pedagógicas. Son incontables los libros de puericultura —de puericultura pedestre, divulgadora, naturalmente— que en este país de la abundancia se producen. Tales libros, que en ciertas dosis y con un denominador común suelen ser provechosos, resultan, cuando se enfocan desde ángulos divergentes, nocivos y desconcertantes. Porque el amor al niño induce a los padres americanos a consumir buena parte de esta literatura y a acatar sus consejos. Y buena parte de esta literatura se cuece al calor de los complejos. Hay que evitar los complejos; el caldo de cultivo del complejo se da en la primera infancia. No nos durmamos, pues. Luego resulta que el puericultor X es partidario de no contrariar la libertad del niño y el psiquiatra Z de restringirla; el pedagogo Y aconseja los castigos corporales, mientras el psicoanalista V reprueba con la mayor energía este tipo de represión. ¿Qué hacer?

De entrada habrá que admitir que, por el momento, prevalece en USA la educación natural, el criterio de libertad, de no restringir las inclinaciones de los pequeños. Esto produce una serie de repercusiones en la sociedad norteamericana, tal, por ejemplo, para no fatigar al lector, el elevadísimo porcentaje de zurdos que se ven por el país. Mi primera visita a la Universidad de Maryland, en uno de los muchos sentidos en que me dejó perplejo fue en éste. Me bastaba asomarme a un aula para ver que dos de cada diez alumnos escribían con la mano izquierda. Y es claro que ver escribir a un zurdo constituye casi un número de circo. Mi primera impresión fue de que aquellos muchachos escribían en chino (el papel lo ponen en posición horizontal a su cuerpo, de forma que, prácticamente, escriben de arriba abajo, contorsionando el brazo aparatosamente). Pregunté la razón y me informaron que ésta es una disposición nata que radica en las circunvoluciones del cerebro y que contrariarla puede ocasionar los más tremendos complejos. Con mi inveterada y celtibérica terquedad insistí en que esto de ser zurdo no creía que obedeciese a otra causa que al hecho de que el bebé, al estar acostado del lado derecho, agarrara tres meses seguidos la chupeta con la izquierda; a la

cuarta, el niño era prácticamente un zurdo. Me respondieron que la ciencia no decía eso, y uno se calló porque, la verdad por delante, uno no está en condiciones de discutir con la ciencia. (Esto de la ciencia es casi un artículo religioso para el americano. Así, el yanqui no cree en los enfriamientos ni en los cortes de digestión; los considera supersticiones porque carecen de fundamento científico. No hay enfriamientos. El frío no es causa de nada sino los microbios. Lo que nadie me aclaró es si la costumbre de ponerse bufanda —tan extendida aquí como en España— tiene por finalidad el impedir que los microbios se cuelen por el escote).

Pero volvamos al niño. Por de pronto, oportuno será consignar que al faltar en América el servicio doméstico y la institución de la abuela española, el niño americano está unido a la madre por dos cordones umbilicales: el primero se le corta al nacer; el segundo, a los tres o cuatro años. La madre lleva, pues, encima al niño nonato nueve meses, como en Europa, y ya nato, cuatro años más. Esto es inevitable. La madre que transporta en automóvil a la escuela a sus hijos mayorcitos habrá de cargar asimismo con el *baby* aunque sea para retornar a casa media hora después. Los papás que viajan, que visitan museos, que asisten a los servicios religiosos los domingo habrán de hacerlo, necesariamente, con el niño a cuestas. Para ello —la previsión es una de las muchas virtudes yanquis— en las cafeterías, en los bares, en los restoranes, en los autobuses, incluso en algunas iglesias, hay sillitas o cochecitos y hasta juguetes para los pequeños. El español —tierno en el fondo, aunque traganiños en la forma— argüirá enseguida que si esto es así, en América no se podrá visitar un museo, ni un bar, ni una cafetería, ni un cine, ni una iglesia. Y esto que, en apariencia, parece que debe de ser así, no tiene por qué ser así. En los restoranes yanquis reina el silencio —demasiado silencio—, y mayor silencio reina aún en los museos, en los cines y en las iglesias (en cuatro meses no he visto sacar a un solo niño del templo porque berrease, cosa que en España acontece cada domingo en todas las iglesias del país y en todas las misas).

—Bueno ¿y qué hacen? ¿Es que los amordazan? —argumentará el lector.

Y uno debe reconocer humildemente que el remedio no lo conoce, pero desde luego amordazados no están. (Uno ha visto niños en todas partes —niños de meses, de un año— tumbados en sus cochecitos, gorgoriteando, enredando con un muñeco de goma o tomándose —¡ellos solos!— un biberón misterioso, con un líquido amarillento muy fluido). Total, que los bebés americanos —no me pregunten la causa— apenas lloran. Tal vez sea un problema de alimentación y flatulencias, pero lo cierto es que no lloran. Van

tumbaditos —eso sí, boca abajo— en sus coches, pacientes y tranquilos. Los impresionistas franceses de la Galería de Washington —y aun la *Cena* de Dalí — o la misa mayor de la catedral no les hacen perder su apacibilidad.

Pero continuemos. Estos bebés, en cuanto empiezan a despabilarse empiezan a ser educados, o mejor diría, aleccionados. El practicismo del americano es madrugador. El niño, a falta de ayuda, debe valerse por sí mismo. ¡Y qué grandes cosas consiguen estas gentes con su infinita paciencia! Durante dos horas, en la mañana de un domingo, he estado viendo a un padre enseñando a su hija de trece meses a subir y bajar las escaleras, claro está que a gatas. Visto esto nada nos cuesta admitir que el niño americano coma por su mano a los dos años, se vista y se desvista sin ayuda a los tres; a los cuatro se ate los cordones de los zapatos y se bañe —y se prepare el baño— solo. No, no, por supuesto, el niño americano no tiene dones especiales; los de los dones especiales son, como hemos visto, los padres.

Y dejando al margen al niño en sus primeros meses, me agradaría anotar aquí dos observaciones relativas a la infancia americana en general, observaciones muy positivas y aleccionadoras ambas: 1.ª fomento del sentido de responsabilidad; 2.ª desarrollo del espíritu creador y de iniciativa. Respecto a la primera, es evidente que al niño americano, en cuanto alcanza la edad del discernimiento, se le enseña a vivir, esto es, a trabajar mediante una retribución y a responder de sus actos. A todos nos huele ya a puchero de enfermo eso de que el presidente de la República, el notable actor de Hollywood o el rey de tal industria diese sus primeros pasos en la vida vendiendo periódicos. Después de visitar Norteamérica eso no puede extrañarnos. Es decir, a uno le sorprendería, a partir de ahora, leer la biografía de una gran personalidad yanqui que no hubiese empezado vendiendo periódicos. Esto es, en América casi todos los niños, a una determinada edad, los venden. Pero ¿tantos periódicos hay, o tan pocos niños? Niños tal vez no sobren, pero periódicos sí, y como se trata además de periódicos de un kilo de peso y de grandes distancias, el distribuir media docena ya representa un esfuerzo. (Piénsese, además, que esto no es una frivolidad de niño rico. El niño debe levantarse a las seis y media de la mañana —si no antes— para atender esta obligación). Mas la iniciación en el trabajo no acaba ahí. El niño americano a los ocho, a los diez, a los doce años desarrolla otras muchas actividades: le siega la hierba del jardín al vecino, le quita la nieve de la entrada y los paseos o le vigila a los *babies* —a medio dólar la hora— cuando sale al cine o al teatro. (Atender al bebé o a los niños chicos lleva,

naturalmente, aparejado el biberón y el cambio de pañales). En todo caso se trata de depositar en el niño una responsabilidad y de enseñarle que las manos —por muy intelectual que se sea— sirven para algo más que para pasar las páginas de un libro.

La segunda observación atañe a la agudeza con que la sociedad yanqui acomete la empresa de despertar en el niño la afición creadora y el espíritu de iniciativa. Esta preocupación asume las formas más nobles —en música, pintura, literatura, etc.— sin olvidar las más vulgares. Con un ejemplo nos entenderemos mejor: en Europa es frecuente que los juguetes de los niños se vendan enteros, «hechos», con lo que su imaginación les conducirá a romperlos para ver lo que guardan dentro. Bueno, pues los americanos, percatados de esto, expertos en psicología infantil, han dado la vuelta a la cosa, o sea, venden los juguetes despiezados, «rotos», a cachos, para que los niños los compongan. De este modo la imaginación del pequeño se excita para crear, no para destruir. Y no estoy refiriéndome al mecano, ni a la construcción tradicional; me refiero a los mil y uno modelos de automóviles, aviones, barcos que aquí se venden para que el niño los arme pieza por pieza, empezando por modelos muy simples y terminando por auténticas virguerías con motor y todo. Una vez que el niño ha llegado a dominar el último modelo de automóvil, el próximo paso será adquirir un viejo cacharro auténtico que los niños desmontarán y volverán a montar de tal modo que a los dieciséis años la mecánica —los entresijos del automóvil— no recate el menor secreto para ellos. La preocupación tecnológica de la educación americana es, sin ningún género de dudas, una de las razones de sus éxitos.

XIX. La educación

Una vez en el terreno del niño, bueno será dedicarle unas líneas a la educación americana fuera del hogar. En este punto, lo que primero se advierte es el sentido práctico de los centros educativos yanquis a partir de la escuela primaria. Estos señores, en lugar de hablarles una y otra vez a los pequeños de máquinas, sistemas o problemas, les colocan ante la máquina, el sistema o el problema; esto es, establecen el contacto directo, porque creen —y hacen bien— en el realismo de la enseñanza y en su eficacia.

Pero a juzgar por los cohetes, satélites, premios Nobel y otros indicios progresivos —no siempre tranquilizadores— con que este país nos abruma, el lector puede llegar a pensar que nos hallamos ante un pueblo de superdotados, ante unos cerebros fuera de serie que hacen las cosas más grandes con el más pequeño esfuerzo. Alto ahí. Partir de esa base pudiera resultar muy socorrido para algunos, para encubrir ciertas indolencias e inhibiciones, pero sería partir de una base inexacta. El niño americano que concluye la escuela primaria sabe menos cosas que el español en su circunstancia, pero aunque sus ideas sean menos, son, sin discusión, mucho más claras. Otro tanto cabe decir de los alumnos que concluyen el bachillerato —o su equivalente aquí— y aun de los licenciados. (Hablo, naturalmente, del término medio). Esto significa que la diferencia en punto a resultados no estriba en las cincunvoluciones cerebrales de los niños yanquis ni en la formación de sus maestros. Y si ni una ni otra cosa justifican la diferencia, no habrá más remedio que ir pensando que, si la ciencia y la técnica progresan más deprisa en América que en España, será porque el sistema de enseñanza es mejor y los medios instrumentados para aplicarla infinitamente más abundantes.

Pero vayamos por partes. Por lo pronto, USA ha establecido la obligatoriedad de la enseñanza —salvo en contados Estados del Sur— hasta los dieciséis años. Esto supone que todo ciudadano americano —negro o blanco, amarillo o cobrizo— tiene que pasar por la escuela primaria y por la High School. Luego, en principio, todo americano es disparado. Que luego alcance metas más o menos altas, más o menos brillantes, depende de una serie de factores que procuraremos ir anotando. Por el momento es confortador observar que aun en las zonas campesinas más despobladas, los

típicos autobuses amarillos que acarrean niños a las escuelas nunca faltan. El aislamiento no es óbice para la instrucción. Hay que ir a la escuela pero, como no se pueden pedir imposibles, ahí tiene usted un autobús que le recogerá en su casa a las nueve de la mañana y le devolverá a ella unas horas más tarde. (Por sabido, el niño americano, en la calle, continúa siendo el rey. Cuando el School Bus se detiene en la carretera, todos los coches se detienen detrás. Cuando los niños salen de las escuelas en las ciudades, un niño —a veces la misma maestra— con una paleta de señales en la mano regulará la circulación. Ante un niño que desea atravesar la calzada, un tapón de quinientos automóviles no tiene importancia).

Bien. Ya tenemos al niño en la escuela o en el colegio. ¿Cómo empezar? Aquí conviene ya hacer un distingo, o mejor dicho, señalar las dos notas que, a juicio del viajero, diferencian la educación yanqui: 1.ª que en el niño no solamente hay que desarrollar la cabeza, y 2.ª la racionalidad de la educación intelectual.

Con respecto al primer apartado hemos de hacer constar que todas las escuelas disponen de unos hermosos espacios abiertos y, en las proximidades, de unos parques infantiles que al mismo tiempo que balancines y trenecitos cuentan con aparatos gimnásticos adecuados para los niños de pocos años. Esto sin contar la infinidad de canchas de todo orden —tenis, *hockey*, fútbol, *rugby*, pistas de atletismo, piscinas, etc.— dispersas por las ciudades y que dependen de ellas o de cada barrio cuando las ciudades están muy extendidas. Por si esto fuera poco, los niños chicos abandonan la escuela a las doce del mediodía, y a las tres o tres y media los menos chicos durante todo el período de escolaridad obligatoria. Esto presupone que el legislador americano no aspira a hacer un país de cabezotas, sino de seres armónicos que piensen con la cabeza y respiren con los pulmones. Lo de *mens* sana, en una palabra. No se trata, pues, de ningún descubrimiento; basta con no pretender enmendar la plana a quienes hace ya muchos siglos vieron estas cosas claras. Los niños americanos juegan, pues, mucho. Juegan más horas que estudian y van jugando menos a medida que van creciendo y van estudiando más. No se trata, pues, de un cambio radical de la libertad a la disciplina inflexible. Existe un proceso gradual, escalonado, que impide que la alegría irresponsable del pequeño quede prematuramente aplastada por Pitágoras y Euclides. En contra, pues, de lo que uno pensaba, el americano no embotella conocimientos, no siente apremios de instrucción y de este modo un muchacho que concluye la High School tendrá menos cultura —mucha menos— que un bachiller

español pero sabrá otras cosas —aparte jugar— que también son cultura; por ejemplo, en esos primeros años habrá aprendido a convivir.

Y hemos llegado así al segundo punto anteriormente señalado: la racionalidad de la primera educación americana. Hablo lógicamente de lo que he visto —incluso asomándome a las escuelas en horas de trabajo—, y lo que he visto en este aspecto no puede ser más aleccionador. Los Estados Unidos componen un país consciente de su diferenciación humana, de su complejidad. En buena parte su población está formada por hombres y mujeres no sólo de razas distintas sino que salieron de sus respectivos países por razones económicas, religiosas o políticas, o sea porque en ellos no tenían —o no encontraban— lugar; no estaban a gusto. Esto explica que la primera precaución americana sea la de armonizar un equipo tan heterogéneo en creencias y actitudes. Chinos, japoneses, judíos, latinos van fundiéndose así, insensiblemente, con el grupo básico anglosajón. La libertad y la democracia, a juzgar por lo que se ve, no debe de ser mal aglutinante. La imposición de una confesión religiosa o de un credo político no se concibe (recuérdese la decisión de la Corte Suprema, bajo el mandato de Kennedy, tan laboriosa, de suprimir la oración inicial en las escuelas públicas para no lastimar las creencias de ciertas minorías asistentes). Por aquí vamos a desembocar al primer fin de la escuela yanqui: formar a un ciudadano. Esto que parece poca cosa no lo es si consideramos que un ciudadano es un ser que vive en comunidad, libremente, pero nunca debe pretender aplastar, con los derechos que le concede tal libertad, a sus conciudadanos, igualmente libres que él. Nace así el mutuo respeto, que es, en conclusión, el soporte de toda convivencia. Desde que tienen tres o cuatro años los niños yanquis ven como cosa natural que a su alrededor proliferen otros niños con distinta fe y con diferentes conceptos de la vida. Se sienten como las flores de un jardín: diversos pero todos ellos igualmente eficaces. Se establece de este modo la unidad en la diversidad. Una vez llegados a la edad adulta nadie tratará de imponerse: saben que una floración uniforme nos daría, para entendernos, un rosal, pero nunca un jardín. La variedad de las flores representa, por tanto, una condición esencial para que el jardín exista.

¿Y cómo se forma un ciudadano? Un ciudadano se forma poniendo en juego una serie de recursos que a no pocos les parecerán peregrinos, pero que, a no dudar, proporcionan excelentes resultados. Los maestros en las escuelas primarias tienen naturalmente su librillo, como todo maestro que se precie. Pero es el suyo un librillo elástico, en el que se intercalan —sin desdeñar una — todas las oportunidades que se le presentan. Así, en todas las escuelas, o

colleges, donde hemos asomado la nariz bien mi mujer, bien el que suscribe, bien los dos, hemos entablado diálogo con los alumnos dirigido por el maestro: sobre España, los españoles y todo lo divino y humano. Pero no es solamente eso. Con notable frecuencia, en Norteamérica visitan las escuelas un guardia, un bombero, un policía… De ordinario, los americanos establecen, en este tipo de enseñanza cívica, un programa gradual que empieza en el municipio y termina en el Estado federal. Para el aprendizaje del mecanismo político-administrativo se sigue una especie de turno. De este modo, los niños van dándose cuenta de que pertenecen a una familia, la familia va englobada —con otras familias— en un municipio, los municipios en un condado, los condados en un Estado y los Estados en una Federación. Y lo saben a través de las palabras sencillas de un guardia, un bombero, un policía o, más tarde, de un diputado o un senador. (En las semanas que precedieron a la elección de presidente, los maestros, con una urna sobre el pupitre, enseñaban a los niños a votar y qué es lo que representaba el papelito que depositaban en el recipiente de cristal. Los niños y las niñas de doce a dieciséis años asistieron a uno u otro discurso de los candidatos, y el mismo día de la elección presenciaron en algún colegio la marcha de las votaciones). La fórmula no es complicada, como se ve, y además resulta muy animada y eficaz.

Algo semejante sucede con el resto de la enseñanza, como hemos dicho, realista y racional. Los niños americanos no viven perpetuamente empaquetados en las escuelas. Aprenden en la vida. En cierto modo la primera y la segunda enseñanzas yanquis son peripatéticas. Quiero decir que uno encuentra grupos de niños paseando, encabezados por sus maestros, en todas partes: Congreso, Senado, FBI, museos, bibliotecas, incluso en la calle. En Washington he visitado unos entretenidos micromuseos que cumplen una misión didáctica jugosísima. En ellos, el niño aprende a distinguir el valor de la tierra vegetal —un producto de mucho tiempo—, un árbol de otro, un cereal de otro, un pájaro de otro e, incluso, puede estudiar *de visu* el funcionamiento de una colmena (con este objeto han sido construidas de cristal). Todo lo que la vida encierra de curioso y vario se les pone a los niños ante los ojos, con lo que el maestro se ahorra muchas explicaciones. Un ejemplo: en no pocas ciudades existe un planetario a gran escala, con una gigantesca bóveda celeste donde los niños —y los hombres, que tampoco estamos sobrados de conocimientos astronómicos— pueden informarse del fenómeno cósmico. Esto, sin duda, es caro y, por ello, es más frecuente que en esos micromuseos citados, o en las pequeñas galerías de historia natural,

que salpican todas las ciudades, exista un sistema solar de proporciones reducidas sobre un telón negro y dotado de unos sencillos juegos de luces. Ante este tingladillo, los pequeños asimilan instantáneamente todas esas pejigueras que tanto conturbaron nuestra primera infancia: movimientos de rotación y traslación, noche y día, paralelos y meridianos, planetas y satélites, nebulosas y eclipses. Uno puede literalmente agarrar el sistema solar con la mano, hacer que llegue la noche o el día sobre América, lograr que la luna brille o se apague y todo esto, naturalmente, aprendido así, no se olvida, queda en la mente infantil como grabado a fuego. (Y apunto este detalle por simple comodidad. Toda la primera enseñanza americana se establece sobre estas bases. No se trata tanto, a lo que se ve, de instruir deleitando como de deleitar instruyendo. Por eso advertí que el niño yanqui, aparte sus abundantes horas de oxigenación, no es triturado, en las de escuela, entre las frías cuatro paredes de un aula. Podrá saber más o menos —y ya dije que sabe menos— que los nuestros a esa edad, pero lo que sabe lo sabe con una seguridad y una nitidez de ideas verdaderamente envidiable. Se aducirá, también, que esto es cuestión de dinero —nuestra eterna excusa— pero, a buen seguro, esto, antes que de dinero, es una simple cuestión de sentido común y de decisión).

XX. Universidades de campo

Y vamos con la enseñanza de los mayorcitos, de los adultos, repartida entre más de un millar de colleges y universidades. Pero ¡qué colleges y qué universidades, señor mío! Ya el montaje de los mismos, la escenografía, es una invitación al vals; quiero decir, al estudio. Las universidades y colleges norteamericanos, en su disposición topográfica, a lo que más se asemejan es a la Ciudad Universitaria de Madrid, sólo que con mejores céspedes en los espacios libres y más gótico inglés en sus edificios. Pretendo afirmar que la universidad yanqui huye del hacinamiento. Cada edificio —un soberbio edificio— tiene verde alrededor. Un aula para diez o quince alumnos. Pero ¿tan pocos alumnos hay? No, por supuesto, alumnos hay muchísimos, infinitos —sólo en Maryland, veintidós mil—, lo que sucede es que hay tantos profesores como el alumno requiere. El profesor no se nombra para una disciplina sino para quince alumnos; ésta es la diferencia. (Aunque haya excepciones, naturalmente).

La universidad americana está construida para estudiar y para respirar; no es sólo, pues, el *alma mater* sino el *cuerpo pater*. Las instalaciones deportivas junto al vergel que las envuelve —el campus— ocupan muchas hectáreas. En la Universidad de Illinois hay un estadio capaz para setenta mil almas; en la de Maryland, otro, cubierto, para más de catorce mil. Los clubs para estudiantes, las residencias, los apartamentos para alumnos casados, los teatros universitarios, las cafeterías, los restoranes constituyen auténticos locales de lujo. ¿*Y* qué decir de los medios? En este apartado son tantas las cosas que sorprenden al viajero que si éste se obstina en enumerarlas todas, corre el riesgo de no poner nunca punto final. Bastará decir que los laboratorios, quirófanos, bibliotecas, salas magnetofónicas para el estudio de idiomas, etc., etc., son muchos, magníficos y dotados de todo lo necesario y aun de lo que no lo es. Este país, a la hora de enseñar, no regatea la munición. Sabe que su cultura, su estabilidad política y su prosperidad salen de ahí y no llora las inversiones. El profesor dispone de todo en mejor servicio del alumno. Hace, vaya, lo que nosotros con el turismo: al universitario lo mima. Lo que sucede es que nosotros tenemos prisa. Y si el turismo nos deja los dólares al verano que viene, ¿para qué invertir dinero en la universidad, que

renta a un plazo más largo? No sé, tal vez sea una razón pero uno cree que en estos asuntos bien vale la pena aguardar un poco.

Por supuesto nada de esto quiere decir que, en términos generales, la ilustración del yanqui sea superior a la ilustración del español (hablo de los que pasan por las universidades). Hay cosas que nosotros aprendemos en un bachillerato rígido, muy apretado, y que el universitario yanqui —por mor de la especialización— no tendrá oportunidad de saber nunca: tal quién fue Cervantes, quiénes fueron los normandos o qué significó el Tratado de Tordesillas. Ésta es la gran pega de la elasticidad de la educación yanqui: salen de ella grandes cerebros pero desequilibrados, impuestos en su materia y casi totalmente ayunos en cultura general. (Claro que tampoco debemos hacernos demasiadas ilusiones respecto a lo que nuestros científicos conocen de letras y nuestros humanistas de ciencias). Ahora, si nos guiamos por las estadísticas —a las que USA es tan aficionado y que tan aleccionadoras suelen resultar— llegaremos a la conclusión de que el universitario español tiene, al concluir sus estudios, una formación más armónica y ponderada que el yanqui. Mas no olvidemos que en España el universitario es un privilegiado —la excepción— y en América el licenciado en cualquier disciplina es un producto más de la serie, de la cadena que es la divisa del país. Así, son millares los licenciados que salen de las universidades norteamericanas cada año, y entre ellos, sin duda, muchas medianías. Pero, en realidad, esto no importa; la vida y la sociedad se encargarán, no tardando, de hacer la selección. Quedará siempre por ver el nivel cultural que alcanzarían nuestros templos universitarios —económicamente desasistidos y que consiguen tanto con tan poco— el día que se les dotase de los instrumentos adecuados para desarrollar, sin trabas, su misión pedagógica. No olvidemos cuántos son los médicos y científicos españoles —y europeos en general— que han «terminado de hacerse» en América porque en su patria no podían materialmente avanzar un paso más. Severo Ochoa es un claro y reciente ejemplo.

Bueno, y el hecho de que en América los universitarios se cuenten por millones, se produzcan en serie, ¿quiere decir que la enseñanza en este país se regala? Pues claro que no. La universidad americana no es un obsequio; cuesta dinero; a menudo mucho dinero; excepcionalmente, muchísimo dinero. Pues entonces, se argüirá, también la enseñanza en América es para privilegiados. Puestas así las cosas habrá que admitir que esto es cierto; mejor dicho, lo es y no lo es. Expliquémonos. En USA hay universidades de los respectivos Estados y universidades particulares de todo aquel grupo o

institución que quiera crearlas, sin más que una aprobación posterior por parte de una junta inspectora. Las estatales son más baratas que las libres pero cuestan también dinero. Lo que sucede es que el dinero que una universidad cuesta está al alcance del setenta por ciento de los americanos —y para ello ahorran desde que los niños nacen. Un juego de becas —las oficiales muy cortas, insuficientes; las de fundaciones más pingües— ayudan a otros que no disponen de esos fondos. Por último —y aquí reside la gran ventaja que deriva de la organización y la prosperidad yanquis— existe la posibilidad de ganarse la ración diaria de universidad —como la de pan— con el sudor de la frente. Y esto es lo que hacen no pocos americanos: trabajar hoy con las manos para poder trabajar mañana con la cabeza. (Una alumna mía dedicaba dos horas diarias a la biblioteca de la facultad; otro trabajaba los sábados en un banco; un tercero hacía de camarero en el restorán). Todo esto quiere decir que la enseñanza en América es también para privilegiados pero con la particularidad de que el que no es privilegiado por su casa —la mayoría— o por su beca puede acceder al privilegio —con lo que automáticamente deja de ser tal— con sólo proponérselo y echar una mano aquí o allá.

Desde este punto de vista, la enseñanza es masiva en Norteamérica; no queda reducida a un pequeño grupo. Y esta democratización alcanza asimismo a las materias que constituyen su objeto. Todo lo que requiere un poco de cabeza se «universitariza» aquí: labrar el campo, hacer un periódico, vender telas o dirigir una casa. La labranza, el periodismo, el comercio y la economía doméstica constituyen en no pocas universidades otros tantos títulos facultativos. (Y al hablar del campo no me refiero al ingeniero agrónomo sino al que cultiva aquél, es decir, al campesino propiamente dicho). Los títulos no sirven sino para acreditar unos conocimientos, aunque es evidente que esos conocimientos pueden ser más o menos intelectuales. Una licenciatura, en suma, no otorga, sin más, este título —al de intelectual— me refiero.

Esta orientación democrática de la enseñanza, unida al hecho de que el alumno pague unas cifras elevadas por su educación universitaria, comporta una serie de derechos en favor del estudiante que al europeo recién llegado le dejan patidifuso. El estudiante americano —como el cliente europeo— siempre —o casi siempre— tiene razón. Y si no la tiene tendrán que decírselo desde muy alto para acallarle a más de demostrarle —ejercicios en mano— que no merece el aprobado. El alumno, en todo caso, puede recurrir al decano, al jefe del departamento o al director de la universidad. Y sin necesidad de recurrir a nadie podrá presentarse en clase en bermudas y camisa de manga

corta mientras el profesor, por ninguna circunstancia, deberá prescindir de la embarazosa corbata. No hay que decir que el alumno, que ha llegado a la universidad a aprender, interrumpe al profesor cuantas veces le viene en gana, solicita la ampliación de un punto determinado de su discurso o le visita en su despacho durante las horas de consulta, obligatorias en todos los centros. De este modo, como los grupos son familiares —doce o quince, motivo por el que las aulas de las universidades americanas sorprenden por su pequeñez y su absoluta falta de solemnidad, aparte de por no cerrar jamás la puerta, extraña costumbre establecida tal vez porque en los pasillos reina una cívica disciplina—, se origina de entrada un clima de confianza que se amplía fuera de las aulas en comidas de confraternidad promovidas por el profesor o por los alumnos indistintamente o, mejor, alternativamente.

En la universidad, como fuera de ella, al americano no se le ciñe mucho. En toda actividad existe aquí un margen de libertad bastante amplio. Por ejemplo, en las carreras hay unas cuantas asignaturas de estudio inexcusable pero también hay otras voluntarias, entre las que se puede optar. De este modo, el alumno se va especializando —dentro ya de su especialidad— desde que comienza la carrera. Elige no sólo ésta sino las asignaturas que van a componerla. Cada estudiante arma, pues, su propia carrera de acuerdo con sus aficiones y sus proyectos para el futuro. Y una vez graduado —licenciado— abordará el doctorado no a base de libros sino a base de cursos; no aprobando asignaturas, sino acumulando horas. (Esto de los cursos y las horas es un poco complicado. Cada semestre —en esto nos parecemos mucho unos a otros; los americanos tienen semestres de cuatro meses y nosotros trimestres de dos— la universidad organiza una serie de cursos sobre los temas más diversos. Por ejemplo, si se trata de literatura española, pueden coexistir cursos tan varios como los siguientes: *La Celestina*, la novela picaresca, Galdós, la generación del 98 y poesía de posguerra. Los graduados se matricularán en unos u otros según sus preferencias. Un examen final —más los ejercicios realizados durante el semestre— determinará su calificación, bien entendido que el graduado que aspira a doctor no conseguirá su objetivo sin una media de B, es decir, de notable. Esto significa que aquí —en el doctorado— el aprobado no aprueba; no sirve, a no ser que la C —aprobado— de un curso se sume a la A —sobresaliente— de otro, en cuyo caso la media será suficiente para que ambos se contabilicen. Y esto de contabilizar los cursos no es un decir: la B conseguida implica que el curso es válido y, en este caso, el graduado puede sumar una hora —o el tiempo que sea— a las que ya tenga hasta lograr las

doce, o las catorce, o las que se exijan para dar por terminada la preparación antes de redactar la tesis, broche final de los estudios universitarios).

Generalmente, los graduados alternan sus cursos de doctorados con la actividad profesoral; esto es, aprenden y enseñan simultáneamente. Gastan dinero por un lado y empiezan a embolsarlo por otro. Se inicia así un ascenso dentro del magisterio universitario que, si penoso, no deja de ser razonable. He aquí, salvo error u omisión, y de abajo arriba, las categorías profesorales dentro de la universidad americana: *graduate assistant*, *part time instructor*, *full time instructor*, *assistant professor*, *associate professor* y *full professor*. Esta escala implica una jerarquía y una distinta asignación, que puede oscilar entre los dos mil dólares anuales y los quince mil, esto es, entre las ciento veinte y las novecientas mil pesetas. Bien entendido que esto no es un tope. La ventaja de las universidades americanas —y de sus profesores— estriba en la posibilidad de seleccionar su personal cada año y de modificar las retribuciones de acuerdo con su categoría (no la categoría profesional, sino la intelectual probada). Esto permite que el profesor americano puede estar ascendiendo continuamente. Opera aquí, como en el fútbol, el procedimiento de los fichajes. Cabe, por tanto, el descubrimiento: el mirlo blanco, perdido en una universidad gris, puede ser elevado al rango de *full professor* en una prestigiosa universidad y pasar de ocho a quince mil dólares de la noche a la mañana. Esta fórmula, no cabe duda, es un estímulo. Aquí, camarón que se duerme se lo lleva la corriente. La gente pone, pues, buen cuidado en no dormirse, sino al contrario, en mantenerse en plena forma, en ampliar sus estudios, en publicar trabajos, en investigar…

Las posibilidades de mejorar en todos los órdenes son, como hemos dicho, infinitas y no es fácil que nadie se avenga, deliberadamente, a desdeñarlas.

XXI Confianza en el hombre

El lector que me haya seguido hasta aquí habrá advertido que este país ofrece una faz muy compleja, donde las virtudes y los defectos —a veces uno no llega a discernir dónde terminan aquéllas y empiezan éstos— se enredan en una madeja inextricable. El viajero cree, sin embargo, que, en contra de lo que es frecuente escuchar, en USA, pese a la uniformidad un tanto gregaria de su sociedad, cada ciudadano tiene plena conciencia de sus derechos y de sus posibilidades. Quiero insinuar que la masificación de esta sociedad no anula el ejercicio de las acciones individuales. A este respecto el norteamericano tiene no sólo el derecho de elegir sus representantes en el Senado y en el Congreso, sino a moverlos. Aún no hace mucho tiempo, un vecino del pueblecito de Washington, en Virginia (en este país la repetición de nombres de pueblos y ciudades es verdaderamente delirante, fenómeno explicado por el hecho de que la penetración hacia el Oeste de grupos desconectados entre sí y la consiguiente fundación de poblados les inducía a bautizar éstos con nombres significativos o simplemente que les caían simpáticos), solicitó del Congreso el cambio de nombre no de su pueblo —que, al parecer, era el Washington más antiguo— sino el de Washington D. C., la capital federal. El Congreso —y la prensa— acogió su sugerencia aunque para, en última instancia, desestimarla. Esto significa que aquí un hombre es un hombre y, en contra de las apariencias, no un cero a la izquierda. Claro está que esta consideración impulsa a veces a la puerilidad, como en el caso anteriormente reseñado.

En Estados Unidos, todo hay que decirlo, se parte de una base sustantiva en la educación; a saber, que un hombre, conforme a la Constitución, es un ser con un repertorio de derechos que, en toda circunstancia, está obligado a respetar el repertorio de derechos de su vecino de mesa. El concepto de comunidad y todo su cortejo de virtudes cívicas se graban a fuego en el niño desde la primera infancia. El respeto a la ley, a las instituciones, a los conciudadanos y hasta al césped es algo que nace y se desarrolla con la persona. De esto deriva un muy arraigado sentido de la educación ciudadana, que se manifiesta en actitudes incomprensibles para el latino, aun para el latino menos influido por la picaresca, que, ciertamente, son muy pocos.

Analicemos, por ejemplo, la reacción del americano ante el fenómeno fiscal. Ningún yanqui-yanqui, esto es, el yanqui de al menos un par de generaciones en el país, admitirá la posibilidad de defraudar a la Hacienda pública. Y no es que no lo admita; es que no se le pasa por la imaginación hacerlo, como no se le pasa por la imaginación depositar un redondel de hojalata o una chapa de coca-cola en lugar de una moneda de veinticinco centavos o de cincuenta en un control de peaje sin vigilancia. Tal vez el americano —y sin tal vez— es menos imaginativo que el latino, pero también, ante la comunidad, se muestra más comprensivo, más consciente y más serio. «Al que tal hiciera —defraudar al fisco— se le consideraría un canalla», me decía un amigo inteligente. El americano paga, pues, sus impuestos —sumamente elevados— sin irritarse y sin vacilar. Claro es que existe otro aspecto a considerar y es la buena marcha de la cosa pública: el ciudadano advierte que no faltan escuelas, que están perfectamente dotadas de material, que en todas las esquinas se alzan bibliotecas, que se pueden recorrer veinte mil kilómetros de carretera sin encontrar un solo bache, que las universidades estatales realizan constantes esfuerzos de renovación y ampliación, que el ritmo de la construcción de puentes, canales, aeropuertos y otras obras públicas aumenta cada año, etc., etc. Al entregar su dinero, el americano tiene, pues, la sensación de que delega la administración de una parte de sus ingresos; o sea, que le descargan de un trabajo. El rendimiento de su dinero lo tiene bien a la vista; los descuentos de su soldada están justificados de una manera visible, con frecuencia espectacularmente visible. (Queda por ver si esta aplicación utilitaria de la contribución es anterior al pago puntual y exacto de los impuestos o, por el contrario, una consecuencia de ello).

Esta actitud del contribuyente americano no es más que un síntoma. Durante mi estancia en Maryland he podido observar otras manifestaciones parejas de educación cívica, verbigracia, los exámenes sin control.

—¿Sin vigilancia del profesor, quiere decir?

—Eso.

—¿Y cómo es posible tal cosa? ¿Es que los chicos son bobos?

Simplemente porque, lo mismo que al contribuyente no se le pasa por la imaginación escamotear una parte de sus ingresos, al examinando no se le pasa por la imaginación consultar el libro de texto o demandar el auxilio de un compañero. En Norteamérica esto está muy mal visto; se considera juego sucio. Al que incurre en una falta de este tipo se le abre expediente e, incluso, se le expulsa de la universidad. En España se considera falta de

compañerismo negar una chuleta al compañero indefenso, ayuno. En Estados Unidos, el que quebranta las nobles normas del compañerismo es el que pide la chuleta, la fórmula o la información. Este tal sería un mal compañero y, por consiguiente, un universitario indigno. Dos enfoques diametralmente opuestos, como se ve.

—Pero estos tipos son muy aburridos. Le quita usted a la vida estas picardías y es como si le quitase la guindilla a las angulas; una cosa insípida.

Puede ser. Para el latino recortar la ley o saltarse a la torera un reglamento constituye una diversión, un incentivo. Burlar al inspector o al profesor es casi tan sugestivo como ahorrarse unas pesetas o aprobar una asignatura. Pero lo cierto es que caminando por su camino —aburrido o no— los yanquis han llegado a un punto muy importante, esto es, a tener confianza en el hombre y, en consecuencia, a la posibilidad de suprimir el control.

Durante unas semanas he convivido con el matrimonio Ament, en Washington. Sterling Ament es un notable físico matemático. Durante días —y noches enteras— le he visto enredado en fórmulas cabalísticas, absorto, completamente ajeno a lo que le rodeaba. ¿Qué hacía míster Ament? Concretamente: pensar para el Gobierno. ¿Pensar? Exactamente, pensar. Por pensar cobra y de pensar vive. Y, por supuesto, pensar puede hacerlo en la oficina, en su casa o en el autobús. El Gobierno no le exige que piense en un determinado lugar, ni un número concreto de horas al día. Tan sólo le pide que piense en una especie de teoría —de antemano pido perdón a los físicos y matemáticos que me lean por mi vaga información— sobre dispersión astral y que la sistematice y formule. Por supuesto, esta dedicación puede llevarle al doctor Ament a Estocolmo a recibir el premio Nobel o puede no conducirle a nada positivo. Mas en este caso —el peor de los casos— alguien recogerá su herencia y avanzará otro paso. De este modo, no cabe duda, un país puede llegar a grandes cosas. Mas para ello se precisa un firme punto de partida: la confianza en el hombre. Porque uno se pregunta: ¿estamos nosotros en condiciones de cobrar por pensar? ¿Qué latino nacido de madre no pensaría antes que en la dispersión astral —con perdón, otra vez— en la manera más divertida y provechosa de invertir el dinero que el Gobierno le «regala»?

Éste, por sabido, no es un caso aislado. A mi paso por la Universidad de Yale, en contacto con el simpático grupo de español, capitaneado por Manolo Durán, visité los laboratorios del médico español José M. R. Delgado, radicados en la misma universidad. Pues bien, el doctor Delgado, natural de Ronda, ha encontrado en Yale lo que su tierra le negaba: monos. El doctor Delgado necesitaba monos, muchos monos, una legión de monos para trabajar

en la localización y estímulo de los centros nerviosos mediante electrodos. Lo conseguido por el doctor Delgado en Yale es literalmente estremecedor. El hallazgo de centros nerviosos como el de la felicidad, el de la agresividad, etc., y su posible control, le asusta a uno y le deja perplejo, pero no por ello deja de advertir las enormes posibilidades científicas que de ello derivan. (El mico en estado de felicidad desdeña el más jugoso coco o la monita más atractiva. No los necesita. Le basta con sus electrodos. El toro lanzado furiosamente sobre el torero frena en seco y retorna, manso como una oveja, al corral tan pronto recibe a través de los electrodos la orden de detenerse. Tal control, parece ser, se ejercerá un día por radio, con lo que se podría llegar a enervar a los animales más feroces y a los hombres más agresivos. Otras experiencias de este tipo demuestran que existe la posibilidad de despertar en los solterones la convicción de que el matrimonio es el estado perfecto, convicción que, seguramente, remediaría muchas cosas. En fin, uno prefiere no pensar en esto, lo que equivale a decir que admira a los hombres, como el doctor Delgado, inmersos en estos problemas y que en pocos años han llegado a conclusiones tan concretas como asombrosas).

Pero a lo que íbamos. ¿Qué universidad de España está en condiciones de facilitar monos a los doctores Delgado del país, si tenemos en cuenta que un chimpancé cuesta alrededor de ochocientos dólares, es decir, cincuenta mil pesetas en números redondos? ¿De dónde van a sacar las universidades españolas esos fondos, por no hablar de los necesarios para montar los laboratorios anejos y los aparatos de precisión que verifican el control de los animales sometidos a experiencia? En España solemos decir que el que quiera divertirse que se compre un mono, pero se da por supuesto que el mono ha de pagarlo el que se quiere divertir de su bolsillo o, a lo sumo, su padre. De otro modo, la diversión se evapora. De aquí que los doctores Delgado se nos vayan a Estados Unidos. Norteamérica no regatea monos a los doctores Delgado porque Norteamérica no sólo es rica por su casa sino que tiene confianza en el hombre… aunque este hombre sea latino. (No hay que aclarar que los científicos que se congregan hoy en USA provienen de todos los países de los cinco continentes. Una ley informulada demuestra que hasta el hombre más inculto y modesto tiende no sólo a mejorar de condición sino a buscar los medios de trabajo más adecuados. Así, el peón andaluz sube a Castilla; el castellano se llega a Bilbao; el obrero especializado vasco marcha a Alemania y el técnico o científico germano se va a Estados Unidos). Imagino análogo el proceso en la otra mitad del mundo, con la diferencia de que la última etapa en este caso será Moscú. De esta manera —facilitando monos a quienes los

necesitan— Washington y Moscú, o Norteamérica y Rusia, o USA y la URSS no sólo aprovechan sus talentos sino los talentos ajenos, absorción que justifica el que la ventaja técnico-científica de estos dos colosos sobre el resto de los países se acentúe de día en día, le guste o no esta perspectiva al general De Gaulle.

Pero me decía la señora A., y no le falta razón, que esto de dar monos —y todo lo que los monos arrastran tras ellos— al que los necesita es un lujo muy caro, un lujo que, como todos los lujos, está al alcance de muy pocos. Esto es cierto, y de otro lado los pueblos pobres, que ponen el grito en el cielo ante una eventual evasión de capitales, parece que aceptan con indiferencia esta progresiva evasión de talentos, tal vez porque sus dirigentes no advierten —otra vez por aquello del largo plazo— que un talento no sólo es un capital en potencia sino un proyecto de prestigio nacional. Seguramente todo esto podría arreglarse con la creación de una especie de ONU de la investigación donde los talentos de los países sin monos —o que no puedan costearlos— encontrasen estos monos que precisan para sus trabajos sin necesidad de renunciar a su patria y a otras muchas cosas. Claro que esto, como ya he dicho, es una cuestión de confianza en el hombre que Norteamérica tiene resuelta pero que la presunta ONU de la investigación tendría, como primera medida, que resolver.

XXII. Mayoría católica

Si uno abre el *Washington Post* un sábado o un domingo, por las páginas dedicadas a los cultos religiosos, quedará anonadado: los cultos y las confesiones son tantos en este país que se hace imprescindible recurrir a los periódicos, al anuncio por palabras, para orientar a los fieles (esto sin contar con esa costumbre tan generalizada en USA de difundir las reuniones y conferencias de tipo religioso en improvisadas carteleras que ciñen las cinturas de los árboles en las proximidades de la sala, y la no menos extendida de señalar los servicios dominicales a la puerta de cada iglesia). Estos anuncios en los diarios constituyen la demostración más palmaria de la complejidad religiosa de este país y, en particular, de la atomización de la rama protestante del cristianismo. No obstante, todas estas religiones, y las sectas divergentes, conviven pacíficamente allí. Católicos, metodistas, luteranos, universalistas, baptistas, presbiterianos, menonitas, mormones, cristadelfianos, centro de la verdad, ortodoxos, apóstoles de Cristo, testigos de Jehová, mahometanos, judíos, episcopalianos, nazarenos, cristianos científicos, revelación del yo, asamblea de Dios, espiritualistas, iglesia de Cristo, iglesia unida de Cristo —que ahora está adquiriendo entre los protestantes una importancia ecuménica— y unas docenas más se dan en USA la mano, viven codo con codo sin roces ni intromisiones. América constituye, a estos efectos, un buen modelo de lo que la libertad religiosa debe ser y, sobre todo, la confirmación de cómo el hecho de existir en la acera de enfrente —o a los costados— otros templos de otros credos empuja al individuo religioso a un sentimiento más profundo de su fe y le despierta una conciencia de ejemplaridad, por supuesto sin prédicas ni pretensiones de proselitismo. Lo cierto es que en Estados Unidos coexisten cerca de trescientas religiones diferentes y tal hecho, sin necesidad de abrir el *Washington Post*, se manifiesta recorriendo las calles de cualquier ciudad americana a cualquier hora. Desde la modesta capillita —siempre limpia y recogida— a la gran catedral episcopaliana, aun sin rematar, de Washington, la arquitectura yanqui se mueve a impulsos de los sentimientos religiosos más dispares, o mejor sería decir de un mismo sentimiento religioso —nunca como aquí ha sentido el viajero la solidaridad de la fe cristiana, la impresión

de estar encaramado en la misma escalera que tantos otros creyentes educados en otros principios— con variaciones de mayor a menor entidad. Pero lo sorprendente no es que convivan *tantas* religiones, sino simplemente *el que convivan*. No es el número sino el grado de tolerancia lo que edifica. Y más aún si tenemos en cuenta que los pioneros americanos arribaron a este continente precisamente porque la coexistencia religiosa en sus países de origen no era fácil, o, tal vez mejor, se había hecho imposible. Las luchas religiosas europeas poblaron en buena medida a América y, en no menor medida, las tales luchas se importaron. Quiero indicar que, antes de que este país consiguiera una conciencia nacional, las diversas sectas continuaron peleando entre sí. Puede decirse que hasta la persecución o el veto social declarado a los mormones en el siglo XIX no se entroniza en América una auténtica paz religiosa, lo que equivale a reconocer que la convivencia viene de la mano del desarrollo del espíritu cívico y de la prosperidad. La abundancia, no ofrece duda, ablanda intransigencias y suaviza pasiones. La comprensión hinca sus raíces en la prosperidad o, al menos, en el equitativo reparto de la escasez. Un hombre se hace cauto el día en que tiene algo que perder. Esto, junto con el convencimiento de que los métodos violentos de imposición, si extenuativos, eran, además, inútiles cuando no contraproducentes, condujeron a los Estados Unidos a la tolerancia, tanto en el aspecto religioso como en el político. Y así van marchando.

Si tendemos la mirada a las estadísticas, advertiremos que en el país predomina la religión protestante, pero si dividimos a los protestantes —o se dividen ellos solos— en varias decenas de sectas, vendremos a la conclusión de que la mayoría religiosa, o la minoría mayoritaria, la dan en Norteamérica, con gran diferencia, los católicos, con la particularidad de que el número de católicos se multiplica a ojos vistas de año en año. Al propio tiempo, estas estadísticas vendrán a decirnos que, fuera de una docena de religiones, las demás, esto es, dos centenares y medio, apenas pasan a ser un nombre en los registros. Veamos las cifras del último año: católicos, 43 millones de fieles; baptistas (diversas sectas), 23 millones; metodistas (cuatro grupos), 12 millones; luteranos (cuatro grupos), 8 millones; judíos, 5; presbiteranos y episcopalianos, 4 cada uno; ortodoxos, 3, e iglesia de Cristo, poco más de dos. El resto de las congregaciones suman, naturalmente, varios millones, bastantes millones, pero una por una no hacen cifra, apenas son significativas dentro de la población total.

Sin embargo, es obligado advertir que estos datos no responden absolutamente a la realidad, puesto que el judío, por ejemplo, es tal por

nacimiento y el católico por bautismo, lo que significa que practicantes de ambos credos son algunos menos de los anotados, lo que no es obstáculo para que la confesión católica siga siendo, con mucho, en Norteamérica, el grupo más fuerte, compacto y homogéneo. Y, por sabido, para lograr este desarrollo los católicos americanos no han necesitado de una protección oficial —ni la han demandado ni, lógicamente, la hubieran obtenido— ni una vinculación al poder temporal; lo que han hecho lo han hecho solos y a pulso, porque el sentirse miembro de una iglesia no significa en América hacer un favor a la iglesia sino recibirlos de ella y, en consecuencia, el yanqui sostiene lo que, por encima de todo, le interesa sostener. Esta actitud generosa del hombre religioso americano no es exclusiva del catolicismo; es decir, cada creyente ayuda a sostener su iglesia con dignidad y las instituciones que de ella dependen. La manera de hacerlo es muy simple. Al iniciarse el curso, el párroco reúne a sus feligreses o, si son muchos, a los compromisarios de aquéllos y les presenta un presupuesto. Este presupuesto afecta a los gastos de la parroquia (párroco y coadjutor, casa, calefacción, mobiliario, etc.), escuela, hospital, orfanato y cuantas organizaciones de este tipo estén ligadas a ella. La junta —la reunión, que, como vamos viendo, es la manera de resolver en América todos los problemas que atañen a una comunidad— realizará, de inmediato, un prorrateo de la cifra global: Fulano, doscientos dólares; Mengano, mil; Zutano, cien, y Perengano, un dólar. Así hasta cubrir la cifra de gastos. Ordinariamente los feligreses aceptan los desembolsos asignados por la junta pero si, por cualquier razón, no se alcanzase el número de dólares preciso, se acude a un nuevo prorrateo y, en último extremo —extremo que, por lo visto, no se presenta nunca—, se prescindirá de aquellos gastos que se consideren menos urgentes. A esto sólo puedo añadir que, guiado por una curiosidad un poco impertinente, me he informado de que una familia media americana, que vive al día con el trabajo de los dos cónyuges, entrega cada año a su parroquia entre trescientos y mil dólares, es decir, entre dieciocho y sesenta mil pesetas. Esto sin contar con los donativos dominicales, que son, evidentemente, muy cuantiosos. Ésta es una actitud —con todas las reducciones que aconseje el diferente nivel de vida— que avergonzará a no pocos católicos españoles. En América nadie rechista a la hora de sostener materialmente lo que su espíritu precisa. De esta manera, la iglesia, en el sentido más literal, es la iglesia de todos; una iglesia que no tiene por qué sentirse sumisa, ni agradecida. La religión, aquí, se siente —por los que la sienten— y se paga, cosa que, bien considerada, parece bastante natural.

El catolicismo norteamericano no sólo le ha parecido generoso al viajero, sino sentido y fervoroso, exento de todo respeto humano (sorprende al católico europeo ver a los hombres de cuarenta y cincuenta años regresar del comulgatorio con las manos juntas lo mismo que el día que hicieron la primera comunión) y carente de toda agresividad. El Evangelio se explica sencillamente y no se toma como disculpa para arremeter —con un sentido poco cristiano de la vida— contra los hombres de otras confesiones o, lo que aún es más triste, contra seres de la misma confesión que viven y se esfuerzan por reencontrar la pureza inicial del cristianismo, prescindiendo de todo lo que es accidental y añadido. No hay duda de que entre cuarenta millones de católicos se cobijarán muchas posturas políticas y sociales, pero religiosa no cabe más que una: la que el dogma exige y la que el Papa y —ahora— el Concilio nos aconsejan. (Aquí, la verdad ante todo, no he visto que se produzcan estridencias, tensiones, ni angustias por la marcha del Concilio. El católico americano está confiado y alegre ante la apertura. Y no he oído a nadie preguntarse «Qué pasa», porque lo que está pasando les parece lo más cristiano que ha pasado en Roma desde las catacumbas).

Contra el catolicismo yanqui opera el divorcio. Más arriba dejé dicho algo sobre esta terrible plaga americana. No todo, por supuesto. Reservé para esta ocasión la cifra más desoladora: uno de cada tres matrimonios y medio se deshacen en América por la incomprensión o el capricho de los cónyuges. La solución se brinda tan fácil que no hay por qué aguantar la menor discrepancia. Los hijos —ya lo apunté— sólo a veces representan un freno (freno sí lo son desde el momento en que advertimos que el porcentaje más elevado de divorcios se produce entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años, esto es, cuando los hijos ordinariamente ya se han emancipado). Estas cifras, además, no son más que el exponente de una corriente de opinión fácilmente perceptible. Hay muchísimos matrimonios que se disuelven con hijos menores, pero son también muchísimos los esposos que esperan a que sus hijos hagan sus vidas para deshacer las suyas. A este respecto no deja de ser curioso observar que son casi tantos los cónyuges que se separan entre los cincuenta y cinco y los setenta y cinco años como los que rompen su matrimonio entre los veinticinco y los cuarenta y cinco. Este dato indica una cosa: la frivolidad sexual, aunque otra cosa imaginemos desde el viejo continente, no es una de las razones que más juegan en la proliferación del divorcio en Norteamérica. De lo antedicho resulta que únicamente la religión católica constituye un obstáculo serio en Norteamérica para la disolución del vínculo. Y si esto, por un lado, sitúa a muchos fieles al margen de la Iglesia,

no deja de significar a la larga un motivo de prestigio, o —digámoslo de la forma más reverente posible— un atractivo no despreciable para quienes todavía dan importancia a estos asuntos matrimoniales.

El caso es que, en 1956, si hacemos caso de las estadísticas oficiales, el número de católicos en los Estados Unidos apenas rebasaba los treinta y seis millones. Hoy, los últimos datos arrojan la cifra de cuarenta y tres, lo que equivale a decir que, prácticamente, y durante los últimos tiempos, el catolicismo yanqui ha progresado en número a razón de un millón por año. A este desarrollo cooperan, no cabe duda, en buena medida, las conversiones (uno ignora hasta qué punto y en un terreno tan delicado haya podido influir en el país la ejecutoria, pública y privada, de John F. Kennedy, el primer presidente católico norteamericano). Queda, todavía, una razón de peso para justificar esta creciente expansión, a saber, que en un pueblo como éste, donde los hijos no suelen pasar de tres, el matrimonio católico, por término medio, desborda con holgura esta cifra. Esto no significa que únicamente los matrimonios católicos se desdoblen aquí en cuatro o más hijos, pero sí que entre diez matrimonios americanos que tengan seis hijos o más, siete u ocho cuando menos serán católicos. Esta nota es de por sí tan elocuente que huelga, creo yo, todo comentario.

XXIII. Mormones y amish

Apunté más arriba que las páginas religiosas del *Washington Post* nos dan una idea bastante aproximada de la atomización de la rama protestante del cristianismo. Este país —ya quedó dicho— lo que no tiene lo inventa. Y el hecho de que, en 1800, hubiese, al parecer, suficientes religiones como para acomodar a alguna nuestras creencias no ha bastado para impedir que surjan otras, que se inventen otras que, enseguida, tan pronto nacen, cuentan con unas docenas de miles de prosélitos. Así han nacido —debido a la segregación— religiones para negros, y, al margen de aquélla, los mormones y los menonitas. Las confesiones exclusivas para gente de color —pocas, supuesto que de ordinario el negro comparte con el blanco las religiones cristianas— se entremezclan con supersticiones tribales y, en última instancia, sus cultos tienen una sustantiva base musical. Por medio de la canción el negro se comunica con sus correligionarios. Los fieles asisten —y acompañan — al dúo o al trío, hasta que el contagio sobreviene y se produce en el templo una suerte de paroxismo colectivo, dentro de ese ritmo enloquecido —y, en el caso presente, fervoroso— que acompaña indefectiblemente a las manifestaciones de esta raza. Esto, repito, no significa que todos los negros americanos estén agrupados en congregaciones de este tipo; el catolicismo cuenta con un número estimable de negros que si por algo se distinguen en el templo es por su piedad y recogimiento.

Pero reparemos un poco en estas dos religiones antes mencionadas y que imprimen al polimorfismo espiritual, tan surtido, del pueblo americano unos perfiles detonantes y, en lo que a los menonitas y los amish concierne — ambas sectas conviven en lugares concretos de los Estados Unidos—, un cautivador aire anacrónico.

En lo atañedero al mormonismo, bien puede afirmarse que responde, en sus fuentes, al complejo de superioridad, o a la soberbia que, en ciertos estamentos, domina al americano. Tal afirmación no sugiere que el mormón, como hombre religioso, sea soberbio, sino al origen que Joseph Smith, el fundador del mormonismo, atribuye a su fe. Joseph Smith, como Mahoma, fue un elegido, un visitado. El ángel Moroni lo escogió como conductor de su pueblo, informándole, en su éxtasis, del lugar donde estaban enterrados unos

platos de oro en los que estaban inscritas las directrices de la nueva religión. Joseph Smith los buscó, los halló e hizo partícipes a sus amigos de la nueva revelación. (No hay que decir que esta historia no se refiere al siglo V, es decir, a una América indígena, sino al año mil ochocientos y pico, o sea, a la etapa de la «frontera» y la penetración hacia el Oeste). Lo cierto es que dichos platos —que algunos discípulos de Smith juraron haber visto pero que nadie sabe dónde están— esclarecían algunos puntos, evidentemente de un interés crucial para los americanos. El nuevo continente no había sido descubierto por Colón —como se pensaba—, ni siquiera por los normandos, sino por los israelitas, que llegaron a través de Alaska al suelo americano varios siglos antes de Jesucristo. Esto no es óbice para que esos israelitas, fundidos con el elemento indio, recibieran la visita de Cristo en persona para hacerles partícipes directos de la redención. Una friolera. Lo cierto es que las predicaciones de Joseph Smith, que consiguieron algunos adeptos, fueron furiosamente contraatacadas por las religiones establecidas. Era la época de la violencia y Smith fue perseguido, encarcelado y finalmente asesinado hace poco más de un siglo. Sus seguidores, cansados de sufrir vejaciones y atropellos, se pusieron en marcha, conducidos por un tal Young, en busca de su tierra de promisión, tierra que hallaron, al fin, en el actual estado de Utah, donde fue fundada la ciudad de Salt Lake, actual centro del mormonismo. Ésta es la historia de una nueva religión que, sin contar con muchos fieles —apenas algo más de millón y medio—, imprime su sello en algunos estados del país. El mormonismo —pese a que la poligamia estaba autorizada por sus «platos» con objeto, seguramente, de multiplicar lo más aprisa posible el número de prosélitos— es una religión con una base moral poderosa y de una notable avidez de captación.

Por contra, los menonitas y amish son otra cosa. No forman aglomeraciones sino pequeñas colonias rústicas. Son muchos menos, pero su corto número les cunde más; se hacen notorios en todas partes. En oposición al mormón, el amish no es un iluminado, un visitado. Uno carece de información libresca al respecto pero, por la forma de vivir y de comportarse, el amish no es, ni más ni menos, que un puritano que ha tenido el valor de afrontar el progreso sin abdicar un comino de su puritanismo; si es caso, haciéndolo más hermético y simple; se trata, en suma, de un puritano recalcitrante.

Al hablar de estas sectas no trato, por tanto, de señalar los avatares pintorescos de su iniciación, ni las particularidades de su liturgia, sino, más bien, de resaltar el anacronismo que representan estos seres en el país más

mecanizado y electrificado del mundo, doblada ya con creces la mitad del siglo XX. Porque, bien mirado, el mormón vive en su concha pero el amish vive en la concha ajena, esto es, establece enclaves en los lugares más progresivos, más, digamos, mecánicamente brillantes del nuevo continente.

El viajero ha visitado y recorrido minuciosamente uno de estos enclaves, el ubicado entre York y Lancaster —dos pequeñas ciudades que llevan los nombres famosos de la guerra de las Dos Rosas—, precisamente en el ombligo de este gran país, es decir, entre Washington, la capital federal, y Nueva York, la ciudad delirante. Bueno, pues uno arriba a los campos de York y Lancaster y se le antoja que de golpe y porrazo ha cambiado de continente. Algo, sin embargo —las incesantes caravanas de automóviles que desfilan por la autopista, los aviones supersónicos, los *jets* y helicópteros que surcan sus cielos— le advierte que continúa en el país de la máquina y de la velocidad. De ahí que el contraste sea aún más violento. El viajero abandona la autopista por una carretera lateral —¡Santo Dios, qué maravillosas carreteras laterales las de este país!— y entonces advierte, súbitamente, el cambio. A izquierda y derecha los campos de cultivo en plena sementera… pero sin tractores. La yunta de bueyes, la pareja de mulas y, detrás, el arado y, sobre el arado, hincando la reja a pulso en la madre tierra, el amish. A estos seres no les dice nada el motor de explosión, es decir, les dice que hay que privarse de él, que el hombre debe vivir del sudor —del sudor que humedece, auténtico— de su frente. Y ahí está, arqueado pacientemente sobre el arado, dando vuelta tras vuelta, sin pensar que, a cuatro kilómetros, una casa de tractores le ofrece un vehículo por cincuenta dólares al mes. No le interesa. La mano de obra ha de ser una mano. El que otros la sustituyan por la máquina de obra y la mano de máquina no reza con él. En puridad, el amish y el menonita basan sus creencias en el retorno a la Biblia; no en un retorno y una fidelidad espirituales, sino estrictamente literal. Su vida —en plena fiebre del maquinismo— es la de un israelita antes de Cristo. Viven de la agricultura, como hemos indicado, pero de una agricultura sudada, movida a sangre. No utilizan automóviles —aunque en algún lugar ya observé, en este punto, una cierta relajación— ni teléfono, ni luz eléctrica. (Unos hombres que prescinden del frigorífico, la televisión, la fregadera de platos, la lavadora, la máquina de afeitar son unos hombres que viven en América pero rechazando olímpicamente a América. Éste es, sin sombra de duda, un mérito real que impresiona al viajero, siquiera otras manifestaciones extremosas de estos seres le causen un indisimulable regocijo). El amish se educa en sus propias escuelas, con sus propios maestros, se casa con una mujer de su secta —que

vestirá hasta los pies y no usará botones en su ropa— y viaja en unos carros, de ejes muy anchos, tirados por caballos, claro, con un pescante delante y una caja cuadrada detrás para los niños, muy semejantes a nuestras viejas carrozas fúnebres pero con las bandas y la trasera cubiertas.

En resumen, estos hombres, en el país de la complejidad, han retornado a la vida sencilla, primitiva. (Éste es un dato que prueba el grado de tolerancia que preside la vida de este país. El carro de los amish y menonitas —los carros— incrustados en las vías de circulación mecánica constituyen una rémora, un obstáculo enojosísimo, a más de aumentar las posibilidades de accidente. Pues bien, si hace más de un siglo Joseph Smith fue asesinado por sus creencias y su espíritu proselitista, hoy los amish no son ni privados de sus carros; se les respeta no sólo su fe sino las molestias que su género de vida comporta para la comunidad).

Ellos, digo, viven una vida elemental. Los hombres atienden al campo; las mujeres, a las faenas domésticas y a las industrias artesanas: fabricación de queso, mantequilla, mermeladas, labor de aguja… Estos productos los llevan, luego, a vender a York o Lancaster. Por esta razón, los mercados de estas ciudades reúnen unos alicientes sabrosísimos para el forastero. Por otra parte, sus atuendos son increíbles. Ellas con la cabeza inevitablemente cubierta con una capota de terciopelo —bajo techo, de malla de nylon— atada bajo la barbilla con un lazo; el pelo —el poco que se les ve— partido, con raya al medio, y completamente planchado. Sus trajes son largos hasta los pies, cerrados en el cuello y en las muñecas, esto es, sin escotes y con mangas; sus medias y sus zapatos, bastos y, aquéllas, sin transparencias. El cuadro se completa con unos rostros lavados, sin la menor sombra de pintura ni de maquillaje. El varón es igualmente sobrio en el vestir: traje oscuro —ordinariamente negro—, sombrero alón del mismo color y algunos —ignoro si será un distintivo jerárquico o una cuestión de vello— una barbita rabínica que les da un aire austero y patriarcal. (Todo esto que llega a no sorprender cuando se ven unos centenares de amish y menonitas en sus carros, en sus tareas o en el mercado, vuelve a fascinarnos cuando, como en nuestro caso, uno tropieza con una boda y divisa a la jovencísima y agraciadísima novia de estas trazas y al novio, no mucho mayor, con su enorme sombrero negro, su barba rabínica no muy poblada y unas gafas de cristales redondos y montura metálica, como las que se conservan en los viejos bargueños de una época pretérita).

En fin, uno no puede decir que esta clase de vida le resulte incómoda ni antipática, sino más bien que es de su gusto. Esta vuelta al estado de

Naturaleza le está haciendo falta, en buena medida, al mundo de nuestros días. Observarlo en el foco febril de civilización que es Norteamérica parece un milagro. Y, desde luego, representa un oasis acudir a los reductos de estas sectas, con sus granjas de tablas deslucidas, sus vacas tras el cercado, sus cuadras, sus silos de maíz y alfalfa y sus secaderos de tabaco. Aquí no hay prisa. Aquí no hay ruido. Aquí no hay ambición. Los manzanos salpican los campos rayanos y el jefe de familia, sentado en la desvencijada mecedora del desvencijado porche, contempla con ojos tranquilos sus árboles, sus vacas, sus cuadras, su secadero, sus silos y su carro. Y si abre los ojos, verá, planeando por encima de su granja, grandes bandadas de buitres que anulan, prácticamente, la presencia, demasiado lejana para ser real, de los grandes, disparatados aviones. Pero tampoco esos buitres son sus enemigos. Si están allí, como todo lo creado por Dios, es para alguna cosa: en este caso concreto para librarle de la carroña.

XXIV. Religiosidad

Tras de lo dicho, el lector habrá llegado a la conclusión de que el americano, menonita o mormón, católico o judío, espiritualista o testigo de Jehová, es un hombre religioso. Y si nos apoyamos en las estadísticas y sumamos los millones de una congregación a los millones de otra y así hasta casi tres centenares de sumandos, el resultado nos dirá que tres cuartas partes o al menos dos tercios de la población americana creen en algo. Éste es el hecho oficial, que en ningún caso se corresponde con el hecho real. Quiero decir que nominalmente los americanos enrolados en una u otra religión pueden ser, en efecto, un setenta o un setenta y cinco por ciento —si no más— de la población total del país, pero si nos atenemos a los practicantes habrá que reconocer que, desgraciadamente, son menos.

Un vasto sector del pueblo americano va dejando de ser religioso, pese al moderado renacimiento que, en este sentido, se opera tras la Segunda Guerra Mundial. Y no tanto, creo yo, por haber endiosado la máquina como porque le resulta poco racional la conciliación de la máquina —la ciencia— con la divinidad, aunque la verdad es que tampoco se toma, me parece, demasiado esfuerzo por hallar los argumentos precisos para establecer aquella conciliación. No tiene tiempo. El sentimiento religioso está ya tan debilitado en buena parte de las nuevas generaciones, resulta tan marginal, que la reflexión o la meditación sobre el asunto se les antoja una pérdida de tiempo. Esto es, su desinterés, su escepticismo, es de tal grado que plantearse lo religioso como problema no les cabe siquiera en la cabeza. ¿Para qué? Ellos tienen los pies y el cerebro en el suelo y todo lo que signifique salir de ahí, elevarse, lo consideran una superchería. Y no es un enfoque rastreramente materialista el que aparta a muchos americanos de la religión, en contra de lo que suele creerse. O sea, no es precisamente el afán de gozar de la vida, de amontonar cosas —en este país que brinda tantas— lo que les desazona, sino que los jóvenes americanos —un crecido porcentaje de jóvenes americanos— consideran lo religioso agua pasada y entonces enfocan sus más nobles inquietudes hacia la técnica o la investigación. A través de muchos rodeos quiero llegar a la conclusión de que el hecho de que el americano vaya entibiándose en materia religiosa no significa que se haya convertido en un

ruin vividor. No. El nuevo americano es, si se quiere, materialista, pero su materialismo es un materialismo enaltecido. No le apremia tanto, al cabo, poseer un Cadillac como contribuir a un descubrimiento físico o a la conquista de la luna. La técnica y la ciencia se van imponiendo; van sustituyendo a Dios. Y Washington, Lincoln, Jefferson vienen a constituir el coro de santos y de profetas. Y esto no es nuevo. Los monumentos a estos grandes hombres vienen a ser verdaderos templos. El americano penetra en ellos con una veneración casi religiosa. Fragmentos de sus discursos, de sus escritos, se reproducen en grandes caracteres sobre los muros y el americano los recita como si fuesen oraciones. (Claro que no hay que olvidar lo que el país debe a estos hombres, incluso en el aspecto moral. Jefferson, por ejemplo, compraba la libertad de los esclavos de su familia en el siglo XVIII, es decir, cuando muchos cristianos continuaban todavía apegados a los suyos).

Pero estoy hablando con mucho aplomo de un tema resbaladizo, enormemente delicado y sobre el que apenas tengo derecho a pronunciarme. La verdad es que mi experiencia americana ha sido muy corta y que si hablo así es, principalmente, a través de las observaciones realizadas en las catorce o quince universidades que he visitado y de esporádicas conversaciones sostenidas con alumnos de las *high schools*. Y a lo que he podido comprobar, lo religioso no constituye para muchos jóvenes motivo de especial preocupación. (También es cierto que en USA se levantan colleges y universidades pertenecientes a confesiones religiosas definidas —católicas, luteranas, mormonas, etc.—, pero éstas, en el conjunto de educandos del país, son minoría). Ahora, las razones que hayan conducido a esta sociedad a un descreimiento progresivo no están en mi mano. Me constan las consecuencias (sustitución de Dios por la Técnica, del confesor por el psiquiatra) pero no las causas, al menos todas las causas.

—Entonces, ¿nos deja usted en la estacada?

A uno, la verdad, le revienta dejar a nadie en la estacada, abandonar una información en el punto clave, en el momento de mayor interés. Por ello voy a intentar esbozar unas sugestiones sobre el tema, por supuesto sin la fanfarrona pretensión de haber acertado en el clavo. A mi juicio existen, esencialmente, dos argumentos que han cooperado al entibiamiento sistemático de la religiosidad yanqui: primero, una filosofía, que arranca del positivismo de Comte y del evolucionismo de Darwin y que deriva hacia una actitud existencialista favorecida por el desarrollo económico del país, y segundo, los últimos residuos puritanos —las famosas «leyes azules»—, que,

por representar una doblez y una hipocresía evidentes, van corroyendo en la gente joven el sentimiento religioso al identificar la fe con estas disposiciones falaces. Vayamos con el primer punto.

Al hablar de la educación del niño hice hincapié en la progresiva instauración del sistema de respetar los impulsos naturales, bien sean éstos biológicos, bien sociológicos. El hombre debe vivir su vida desde que nace. Enfocada así la educación, el niño crece en libertad, sin influencias (a no ser la influencia política, el respeto a la democracia y a la libertad, que, como parte de la instrucción cívica, le es inculcado en la escuela desde la más tierna edad), no va a la iglesia mientras no lo pide. Es incontestable que los niños que asisten a una u otra iglesia —a no ser los católicos, que rechazan de plano estas normas pedagógicas, hecho que justifica, por otro lado, su progresivo aumento— son cada día menos. La iglesia, para un niño que no sabe a lo que va allí, es un antro fastidioso. Forzarle sería un error y un abuso de autoridad, luego lo normal es que no vayan y, ya de adultos, que no experimenten esta necesidad. Así se han formado al menos buena parte de dos generaciones de americanos que no ven en la iglesia —de la confesión que sea— sino medios de influencia. Para ellos, las iglesias no significan otra cosa que instrumentos ostentosos para apilar dinero. Si es caso, les reconocen un fin humanitario cuando esas iglesias financian hospitales, orfanatos o escuelas. Es decir, aceptan a la hermana de la caridad pero no el impulso que la mueve. Todo esto hace que no tenga nada de extraño escuchar de labios de una niña de catorce años, dirigiéndose a una amiga de la misma edad, que si ella —la amiga— cree en Dios «es por miedo a lo que pueda haber después de la muerte» o, más contundentemente, que si va a la iglesia «es porque no se atreve a confesarse que detrás de la muerte no hay nada». Estas palabras —de las que soy testigo— significan que para una parte de la juventud americana de nuestros días, la iglesia es un refugio para pusilánimes. Por su parte, los filósofos e intelectuales descreídos apoyan esta postura: «La religión —dicen— es la manera más cómoda de hallar la Verdad». Esto es, para ellos —que buscan la verdad— aceptar un credo es renunciar a la cabeza; prescindir de ella; cortársela. (Esto es especialmente válido cuando se trata de religiones «heredadas»). Total, que los padres se inhiben y las influencias —inevitables— llegan a través del compañero o del pedagogo menos escrupuloso que aquéllos. Y si la religión no frena y la resistencia a un apetito puede degenerar en un complejo, es bastante explicable que la mitad de las jovencitas americanas dejen su virginidad en las aulas, y parte de ellas saquen de la universidad, junto con un título facultativo, un hermoso bebé.

En lo que se refiere a las reminiscencias puritanas, extendidas, más o menos, por todos los Estados de la Unión, es indiscutible el daño que hacen al espíritu religioso —o a los jóvenes indecisos en este extremo— con sus flagrantes contradicciones y sus gazmoñerías. Pongo por caso: la prohibición de expender alcohol en los recintos de las universidades no evita las borracheras estudiantiles; solamente las desplaza cien metros, o tal vez menos, porque los propietarios de bares, tabernas y similares americanos también tienen su estrategia. Pongo por caso: la prohibición de prolongar los bailes más allá de la medianoche los sábados, en determinados *colleges* femeninos, anima, claro está, no sólo a celebrarlos los viernes sino a no concluirlos mientras no amanezca. Pongo por caso: la limitación de despachar bebidas alcohólicas en *cabarets* y clubs nocturnos a partir de cierta hora no es precisamente una invitación a la sobriedad sino más bien a la borrachera madrugadora, contra reloj. (Uno ha sido testigo de ello: a medida que se aproxima la medianoche, los vasos de *whisky* se colman y vacían a velocidades inimaginables. Los *whiskies* se beben a tenazón, sin saborearlos, sin sentir sed; todo el mundo de acuerdo; algo increíble. Un club nocturno washingtoniano, a las doce menos minutos, es un curso de borrachera —taciturna borrachera— acelerada). Pongo por caso: la obligatoriedad de llevar medias las muchachas en algunos recintos universitarios los domingos y días festivos. Los demás días, las muchachas pueden hacer lo que les dé la gana; el domingo no, porque es el día del Señor. Pero si el hecho de ir sin medias no es moral, ¿no son, a estos efectos, todos los días de la semana días del Señor? Y si no llevarlas no encierra nada de particular, ¿por qué calzarlas, obligatoriamente, los domingos? Pongo, en fin, por caso la disposición que en algunos Estados establece la norma de no despachar alcohol en un radio de algunos metros en torno a un templo. (En Austin, Texas, existe, por ejemplo, un hotel donde usted no puede beber vino en el restorán de la planta baja porque enfrente se alza una iglesia. No obstante, el mismo conserje le advertirá que si usted tiene el gusto, no ya de emborracharse sino de tomarse un vasito de clarete con la comida, coja el ascensor y almuerce en el restorán del piso octavo, donde no reza aquella prohibición. «¿Y la iglesia?, —inquiere uno—. ¡Ah, la iglesia!», le responderá el conserje. «Arriba puede usted beber tranquilamente. Allí no reza la prohibición». Esto significa que el «radio» se mide en horizontal y en vertical, es decir, a lo largo y a lo alto. Y si son veinticinco metros —los de respeto— y la calle cuenta con ocho de anchura y el hotel con veinticuatro de altura, arriba puede usted empinar el

codo sin incurrir en irreverencia. En suma, está usted «moralmente» autorizado a embriagarse).

Todos estos detalles, antes que reminiscencias de la Ley Seca, son residuos del viejo puritanismo que no casa —que no puede casar— con la concepción del mundo del americano actual. Este repertorio de disposiciones no sólo no frenan sino que estimulan el impulso de beber, de divertirse o de desnudarse y desarrollan, en consecuencia, el alcoholismo, la orgía nocturna y el desnudismo. Esto de un lado; de otro, se atribuye a la iglesia, que nada tiene que ver con todo esto —al menos, la mayor parte de las iglesias—, un halo de hipocresía que desentona con el hábito del americano medio de ser sincero; de no fingir y no ocultar. En resumidas cuentas, tales vetos e interdictos completan la labor de esa filosofía materialista y de esa pedagogía de los complejos que se van incrustando paulatinamente en el cuerpo social yanqui hasta conducirlo a la indiferencia. Total, que la propensión instintiva a la sexualidad, a la ebriedad, al exceso en todos los órdenes no se reprime allí, en buena parte de USA, sino por respeto a la fisiología, a la salud, a las apariencias o, a lo sumo, en honor de un idealismo vago, de una moral natural sin trascendencia alguna ultraterrena.

Mas hay un hecho evidente: a medida que el relajamiento religioso, por fas o por nefas, se acentúa, progresan, en proporción, el divorcio, el alcoholismo, el consumo de drogas, la delincuencia juvenil y los suicidios, es decir, las cinco más corrosivas plagas que hoy amenazan a la sociedad americana. Y otra cosa: nunca hubo en este país tantos complejos como ahora que tanto se habla de los complejos. Se diría que algunos psiquiatras desaprensivos parecen complacerse en fabricar su propia clientela.

XXV. La libertad

El orgullo de todo americano es la Libertad, así, con mayúscula. Persuadidos de ello, los franceses regalaron a este pueblo una estatua gigantesca que la simboliza y que preside, como es sabido, la entrada del puerto de Nueva York. Así, la libertad tiene en USA una estatua pero no es solamente una estatua. La libertad, en Norteamérica, es un elemento más como el agua o el aire que se respira. A fines del siglo XVIII, los americanos documentaron su libertad, la organizaron y pese a los apremios aparentes y a la no menos aparente provisionalidad de este acto, la documentación constitucional de la libertad y su organización subsiguiente fueron tan concienzudas que ahí están, vivitas y coleando, como recién estrenadas, al cabo de dos siglos. El mecanismo político yanqui es algo perfectamente asentado y engrasado; algo que no envejece. Uno puede comprobarlo viendo, en cualquier momento, cómo funciona esta libertad. (La primera libertad del americano es la libertad para observar cómo funciona la libertad). Quiero decir que uno puede meter la nariz en el Congreso, el Senado, la Corte Suprema o la Casa Blanca sin otra disculpa que lo justifique más que el deseo de meter la nariz allí. Esto implica que el americano no solamente cree en la libertad sino que posee buenas razones para creer en ella; nada se veta aquí a la curiosidad pública. Y si la cosa pública es pública de verdad, es, en definitiva, cosa de uno. Y, lógicamente, uno puede meter la nariz en sus cosas sin que nadie le reprenda por ello. Pero el ciudadano americano tiene no sólo derechos sino también —y esto es esencial— garantías. De este modo la dignidad humana es la dignidad humana y no una entelequia. De acuerdo: el asesinato de Kennedy, los linchamientos, el Ku-Klux-Klan, las argucias de ciertos políticos, los *gangs* son, en cierto modo, corrupciones de la libertad, pero esto no quiere decir nada o, en todo caso, quiere decir que la libertad está cimentada sobre bases tan inconmovibles y es un concepto tan sólido, que todos estos abusos, y muchos más que están en la mente de todos, no han bastado para destruirla. (Kennedy tenía un sucesor a las dos horas del asesinato de Dallas, la ley de derechos civiles se ha aprobado contra los linchamientos y el KKK, el político corrompido es expuesto a la vindicta pública en las columnas de los diarios, estos diarios tan auténticamente libres que ellos constituyen, en casos

extremos, por aquello de que el miedo guarda la viña, la mayor garantía de esa libertad de la que tan orgullosos se muestran los yanquis).

Esta libertad se sustenta en la libre elección de los hombres representativos para toda clase de cargos: desde el oficio de presidente al de *Miss* Estados Unidos. El concepto *libertad* descansa, pues, en el concepto *democracia*, tan desvirtuado desde los griegos a esta parte. Los americanos siguen fieles a sus principios y no —ya lo hemos dicho— porque lo crean perfecto sino porque lo consideran el más justo de todos los sistemas. A este tenor, es curioso observar que desde la elección de presidente hasta las reuniones de barrio o de parroquia se dirimen aquí por el procedimiento de la mayoría. Naturalmente cabe el error, cabe la elección de un lelo, pero siempre es más fácil la resignación cuando uno piensa: «Hemos elegido a un lelo» que no cuando se dice: «Nos han enviado un lelo». (Para los hombres, como para los pueblos, no se puede pensar en el estado perfecto —tal cosa resulta demasiado ambiciosa y sobrepasa las posibilidades humanas— sino en el menos imperfecto de los estados). El caso es que esta máquina —desde el engranaje municipal al federal, pasando por el de cada uno de los Estados— marcha democráticamente por el viejo procedimiento de las urnas y de los votos. Es muy cierto que la fórmula no carece de abusos, injusticias, presiones y charcas podridas, pero al propio tiempo es también la fórmula donde el abuso, la injusticia, la presión o la charca pestilente son más difíciles de ocultar. Así, cada Estado tiene, en miniatura, las mismas instituciones que la federación —su gobernador, su Senado y su Congreso—, y la desproporción de dos senadores por cada Estado en el gobierno central —sea el Estado grande o chico— viene compensada en la Cámara de Representantes, donde el número elegido por cada Estado de la Unión es proporcional al de sus habitantes. En principio, la cosa no parece sencilla, puesto que si hay problemas que dependen de cada Estado —comunicaciones, enseñanza, etc. — otros hay que dependen directamente de Washington —FBI— y otros que se resuelven a medias. No obstante, el mecanismo funciona y el país prospera, hecho que le induce a uno a pensar que si el río suena, agua lleva.

La experiencia del viajero, salvo su curioseo por las casas donde se guisa la cosa pública, no es importante en este apartado. La política no pesa apenas en la calle; como los pobres o la policía, es algo que existe pero que no se ve. Sin embargo, el viajero puede decir que para él tuvo menos importancia la gran estatua de la Libertad que se alza a la entrada del Hudson, que otra estatua de carne y hueso con la que se topó, apenas desembarcado, en plena Quinta Avenida de Nueva York. Se trataba de un hombre maduro, bien

nutrido, discretamente trajeado, que portaba en las manos una especie de estandarte donde se leía esta recomendación: «No compréis cepillos X. Nos pagan bajos salarios». Sin duda se trataba de uno de esos hombres apartados bruscamente por la euforia mecánica del progreso, uno de esos seres —que también los hay aquí— que sin morirse de hambre —posiblemente como la empresa a la que servía— arrastran una vida lánguida sin poder parear su paso al de la colectividad. Posiblemente era un hombre no sindicado, sin cauces más eficaces para orientar su protesta, y, en consecuencia, se echó la cartela al hombro y se estacionó entre la masa que, como un torrente, circula a todas horas por la Quinta Avenida neoyorquina. Y allí estaba con su grito, con su denuncia concreta, en la arteria más concurrida de este país, sin que nadie le ordenase circular ni se le mirase como a un bicho raro; era un ciudadano libre que, a falta de mejores defensas, empleaba la única, seguramente, que tenía a mano. (Esto, insisto, no quiere decir que el asalariado yanqui no cuente con resortes más eficaces para reclamar lo que es justo, resortes de tipo representativo y verbal que cuando fallan pueden degenerar en la huelga). Pero, para el viajero recién llegado, aquel hombre, dolido con la fábrica de cepillos que le pagaba poco dinero, constituyó un símbolo; otra estatua —ésta, viviente— de la Libertad. (Dígase lo que se quiera éste es un pueblo que, si no curado de todo fanatismo, de toda pasión política interna, sí los ha superado. Nadie, allí, pretende imponer «su verdad» a otro; nadie se ríe de «la verdad» ajena, la execra o la pone en solfa —recordemos la vida efímera del «Mcartismo», que intentó tan torpe juego. Y esto ya es mucho, no cabe duda).

Esto no obsta para que los observadores de la vida del país, ajenos al país, esto es, extranjeros residentes, disientan a la hora de valorar la libertad americana. A un amigo de Bloomington le he oído decir que Norteamérica era el país menos libre del mundo. «En cuanto uno intenta aquí nadar contra corriente, puede darse por ahogado. —Por contra, a un amigo más próximo, actualmente en Washington, le he escuchado frases como ésta—: La libertad americana es tan grande que los comunistas están infiltrados en las escuelas, en la policía y en todos los organismos vitales del país». Por último, un tercer señor, no amigo, afirmaba que «El americano no es libre, sino esclavo de la *masificación*». Como ustedes podrán observar, aquí hay opiniones para todos los gustos, opiniones que uno puede estampar si lo desea, con lo que cabe pensar que, allí donde hay opiniones para todos los gustos e, incluso, su portavoz puede darlas a la imprenta si lo desea, es que hay una libertad muy grande, ni más ni menos.

En ciertos aspectos, sin embargo, a mi amigo de Bloomington no le falta razón. Ahora bien, queda por definir lo que en Estados Unidos se entiende por «la corriente». Uno, a juzgar por lo que se ve, cree que la corriente aquí es la libertad, y en tal sentido es explicable que todo aquel que intenta el juego totalitario, fascista o comunista, sea estrangulado por la sociedad. La libertad se defiende; eso es todo. El cerco social al totalitario —no me refiero a los tribunales especiales que en su día se montaron— es, consecuentemente, la secreción con que la libertad se protege. Esto no es obstáculo para que el crítico del país —de sus defectos y de sus excesos, de sus coacciones y sus injusticias— pueda vivir en él tranquilamente y aun ganar mucho dinero. No olvidemos que los escritores más antiamericanos del mundo —los que han puesto a su país en la picota— son americanos ciento por ciento. (Sin necesidad de rebuscar me vienen docenas de nombres a la punta de la pluma: Henry Miller, Faulkner, Steinbeck, Tennessee Williams, etc., etc.).

En lo atañedero a la infiltración de elementos totalitarios, es comprensible desde el punto en que en el pleito libertad contra despotismo es aquélla la que lleva las de perder (de otro modo dejaría de ser libertad). Pero si, como hemos visto, el cuerpo social se defiende, es obvio que el nazi o el marxista que pretende jugar su juego y, por tanto, explotar el sentimiento común de libertad para socavar sus cimientos, más tarde o más temprano terminará por hallar las puertas cerradas. (Otra cosa es —y diametralmente opuesta— el tacto de codos con que algunos Estados del Sur tratan de impedir el acceso del negro a la sociedad pese a la ley de derechos civiles y a todas las leyes).

Por último, no dejan de parecerme pueriles las afirmaciones, no nuevas, de que el americano no es libre «sino esclavo de la masa». Aun dando esto por bueno, podríamos argüir que un hombre es libre cuando espontáneamente acepta ser esclavo y no lo es cuando se rebela contra esta pretensión y por este movimiento de rebeldía es castigado. En todo caso, estas afirmaciones de que el americano es esclavo de la coca-cola, del automatismo, del espíritu gregario, no dejan de ser ingenuos latiguillos. Si tener una casa propia con árboles y césped —aunque sea más o menos semejante a la del vecino—, ver la televisión cada noche, salir de excursión en automóvil con la familia los domingos y disponer todos de los mismos ingenios culinarios —frigorífico, lavadora, lavaplatos, secadora, limpiacalzado, etc.— es una forma de esclavitud, bienvenida sea la esclavitud. Se afirma que el americano carece de imaginación; va, como Vicente, donde va la gente. Pero uno se pregunta: ¿qué sociedad, por imaginativa que sea, donde un ochenta por ciento de sus miembros tuviera acceso a lo superfluo —pero sin poder recurrir a manos

mercenarias— dejaría de uniformarse en el sentido arriba indicado? Uno, sinceramente, cree que ninguna. Y aún cree más: si el hecho de conservar la personalidad se condicionara a la necesidad de prescindir de aquellos adelantos pudiendo usarlos, los hombres —la gran masa, al menos— renunciaría espontáneamente a la personalidad. Cosa distinta —y aquí el argumento que trato de rebatir tiene alguna validez— es el creciente aumento de dificultades que comporta al desarrollo técnico para que el individuo no sea presa del contagio; esto es, para conservarse «él mismo» y no ser absorbido por el rebaño. Es obvio que la televisión y la lavadora actúan contra la personalidad, pero no es menos obvio que la personalidad que sucumba ante la lavadora y el receptor de televisión no es tal personalidad sino una caricatura de personalidad. Y confío que en este extremo estemos todos de acuerdo.

De otro lado, esto de atribuir al pueblo americano la condición de rebaño me parece un tanto arbitrario. Y aun aceptándolo, habrá que admitir que no se trata propiamente de un rebaño sino de muchos rebaños. (No seamos patrioteros ni ingenuos. Las cafeterías, los pantalones vaqueros, los árboles de Navidad y la goma de mascar, tan rápidamente aclimatados en nuestro país, demuestran que no somos tan inmunes a las influencias como pretendemos; que es ante todo el aislamiento —forzado o no— el que ha preservado hasta hoy nuestra individualidad. Una ventolera de turismo ha bastado para desenmascararnos, para que el mimetismo más vulgar o irrisorio nos invada. Hoy día, casi todas nuestras muchachas —ricas y pobres— aspiran a vestir como las modelos de *Vogue* y todos nuestros pueblos a tener un edificio de cinco o seis pisos, para llamarlo «el rascacielos», e ir, poquito a poco, aproximándose a Nueva York). Pero a lo que iba. En América hay mucha gente para todo y esto es lo que nos lleva a pensar que todos hacen lo mismo. Pero si reparamos en la estructura opuesta de ciudades tan próximas como Washington y Nueva York, o en la diversa actitud ante el vestido —y ante la vida— de una muchachita inútil de barrio bien con una muchachita universitaria o una muchachita de Greenwich Village, convendremos en que aquello de la «tiranía de la masa» no pasa de ser una frase. (El viajero ha visto, en Washington, a una novia ataviada con traje verde lechuga —traje largo, de novia— y tocada con velo de tul ilusión, verde lechuga también, recibiendo la típica rociada de arroz de sus amigas a la puerta del templo. El conjunto, no sé si disparatado o no, resultaba desde luego extraño, incluso en los Estados Unidos. Y yo me pregunto: ¿En qué país menos masificado, menos gregario, hay una chica dispuesta a echarse por la cabeza un velo de tul

verde lechuga para ir a la iglesia a casarse imponiendo su gusto —bueno o malo— sobre siglos de convencionalismos y de respetos humanos?).

XXVI. La estela de Kennedy

La historia de este pueblo grande es una historia pequeña; una historia intensa pero poco extensa quiero decir. Es, la suya, una historia apresurada de pueblo en formación; una historia comprimida que en dos siglos ha pasado de la fase de improvisación y primitivismo a una fase de asombrosa estabilidad. Tal cosa se ha realizado, naturalmente, quemando etapas y tal vez por ello y, pese a que en los últimos lustros los Estados Unidos han dado al mundo grandes científicos y brillantes escritores, los monumentos, hasta el día, se han reservado para los políticos y los militares. (La participación de estos hombres en la hechura de un país es, evidentemente, más espectacular que la del investigador o la del intelectual). Para éstos, pues, no ha habido tiempo. Desde la guerra de Independencia a la de Corea no se ha celebrado festejo bélico en el mundo donde de una u otra manera no participaran los americanos. El portar la batuta tiene estas quiebras y para portar la batuta un día hay que portar la espada muchos días. (La Historia hasta el momento se ha escrito con sangre; un hecho, me parece, tan lamentable como irreversible).

Mas las piedras monumentales yanquis aún no han criado pátina. Son de ayer, como quien dice. Los sucesos se encadenan, unos tapan a otros, pero esto no quiere decir que las causas que los motivaron se olviden. Por ejemplo, y a pesar de que desde la guerra de Secesión a nuestros días ha llovido mucho, el chispazo que la originó continúa, en cierto modo, vivo. El norte y el sur coexisten, sus himnos militares suenan indistintamente por la radio y la televisión, los monumentos a sus respectivos soldados se alzan codo con codo… pero mientras la estatua del norteño da indefectiblemente la espalda al sur, la del sudista se la da al norte. Son dos conceptos de vida que aún no han sido fundidos, ni siquiera conciliados. Ello no es obstáculo para que a uno le muestren los campos de batalla, con sus cañoncitos anacrónicos aupados sobre una loma y las trincheras aún abiertas, como unos viejos recuerdos. La Historia se ha «monumentalizado» aquí cuando todavía está caliente; es como un panteón donde se hubiera enterrado a un vivo. El hombre del sur se siente orgulloso de su sangre, de su estirpe, de sus apellidos y sigue considerándose el señor de la Tierra. Él conjuga —a su entender— la caballerosidad y el sentido del honor, mientras el hombre del norte es un pobre mercachifle que

ignora hasta de dónde ha venido. La Historia habrá apilado muchas incidencias sobre la guerra civil pero la guerra civil —su espíritu— no se ha extinguido del todo. La Historia corre tan deprisa para este pueblo que las nuevas heridas le sorprenden cuando las antiguas no son todavía cicatrices. He aquí el peligro: la posibilidad de estar edificando en falso, esto es, sobre una base no ensamblada que, en cualquier momento, puede volver a resquebrajarse (recordemos, sin necesidad de remontarnos más, el crimen de Dallas y la posición de algunos Estados del Sur —Alabama, Luisiana, Mississippi— en las elecciones de noviembre de 1964, totalmente contrapuestas a la opinión general del país).

La historia condensada tiene el inconveniente de carecer de tradición, de piedras milenarias (el proceso del arte es aquí extremadamente sucinto) y la ventaja de conservar a mano —y calentitos— los escenarios y reliquias incluso de los hechos históricos más remotos (con la relatividad que cabe dar aquí al concepto remoto). De este modo el norteamericano, en lugar de mostrarnos el acueducto de Segovia o el anfiteatro de Mérida, nos enseñará la primera farmacia que existió en el país, en la ciudad de Fredericksburg (Virginia), o los campos de batalla de Atlanta. Esto, a falta de piedras venerables y de musgo centenario, reúne el encanto de lo vivo, de la documentación topográfica directa. Nada se ha quitado ni se ha añadido. Exactamente así estaban las cosas hace cien o doscientos años. Tal ocurre con la taberna donde George Washington se reunía con sus amigos preparando el movimiento de independencia o la casa de su madre en la localidad mencionada de Fredericksburg. (El yanqui muestra estos rincones con legítimo orgullo y si uno tiene la suerte de que el cicerone sea un hispanoamericano asimilado, sus explicaciones, teñidas de un inefable candor, le harán a uno revivir la historia con sus pormenores más sentimentales. Ante la casa de la madre del padre de la independencia americana —o sea, la abuela de la independencia yanqui— una amiga portorriqueña se expresó así: «Y aquí tienen ustedes la casita donde Washington dio por última vez un abrazo a su mamá». Como ven, una manera bien ingenua y familiar de evocar los trances más decisivos de la historia americana).

Pero como dije antes, el americano coloca por encima de todos sus orgullos, el orgullo de su libertad. La libertad americana cuenta con un largo repertorio de héroes y de mártires, todos ellos emotivamente evocados entre los céspedes de la capital federal. De George Washington a John Kennedy la lista es una lista bien poblada y elocuente. Sin embargo, Kennedy aún no tuvo tiempo de transformarse en piedra o bronce. Es una sombra activa que da

nombre al campo de experiencias astronáuticas de Florida, a una carretera y a un aeropuerto. Es decir, Kennedy, su sombra, está gravitando sobre las cosas, y, de la noche a la mañana, se ha erigido en mito. En su nombre se resumen hoy todas las glorias nacionales y todo el proceso de la lucha por la libertad. La historia americana ha encontrado en verdad un broche brillante. La estela de Kennedy está viva y para gran parte de la juventud de este país —defraudada y desorientada, hasta hoy— su espíritu viene a ser algo así como la estrella que en la noche orientó a los magos. La devoción hacia la memoria de Kennedy está más allá de las palabras; es un verdadero culto, me parece.

En la suave ladera que en el cementerio de Arlington conduce a la casa de Lee, dando cara a la ciudad de Washington, se recuesta la tumba del presidente asesinado. Es un trozo de pradera, acotado por una sencilla valla blanca, en cuyo centro se alza un montón de tierra rojiza cubierta de flores y flanqueada por las gorras y distintivos de las diversas fuerzas militares. En el centro, una antorcha constantemente encendida. A un lado y otro de la tumba, la lápida y la cruz, que señalan los lugares donde reposan los restos de los dos hijos del infortunado presidente. En las cuatro esquinas, montan guardia cuatro soldados: dos blancos y dos negros. Acompañando o acompañado he visitado esta tumba cuatro veces en cuatro meses: pues bien, ninguna de ellas, fuese cual fuese la hora y la temperatura, la encontré sola. De ordinario, los visitantes formaban largas filas y, al llegar a la cerca, se arrodillaban a orar o depositaban flores. En todos los rostros se traslucía la emoción. Hacía un año de lo de Dallas pero, a pesar de ser éste un pueblo que en doce meses deja atrás muchas cosas, los visitantes lloraban una desgracia actualísima, reciente, no reparada.

Mas con ser éste un indicio no es, a mi entender, el más expresivo. Como no lo son tampoco las reproducciones de la efigie del presidente y de su familia, grabadas en ceniceros, platos, fuentes, estampas, relojes, que pueblan los escaparates de todos los comercios, de todas las ciudades del país. Estos *souvenirs*, de pésimo gusto, no son sino la expresión de un sentimentalismo fácil y popular. Para uno, lo verdaderamente importante es la proyección del espíritu del presidente muerto que irradia desde la colina de Arlington como un faro orientador sobre el país. Para la juventud, en particular, Kennedy constituye, como digo, un ejemplo. A estas alturas nadie recuerda la actitud, poco grata, del clan Kennedy en las jornadas preelectorales de 1960. ¿Para qué? Kennedy llegó y demostró que venía no a servirse del cargo sino a servirlo. Luchó con todas sus fuerzas contra la pobreza —que también aquí existe— y la discriminación, el colonialismo y la corrupción. Algún día el

mundo advertirá que entre la ventana abierta por Kennedy, en Washington, y la ventana abierta por Juan XXIII, en Roma, se estableció una corriente de aire que aventó muchas cosas que, sea cual sea el rumbo definitivo del mundo, ya no volverán. Esto está claro. Y está especialmente claro para un notable sector de la juventud americana para el que la trayectoria de Kennedy y su sacrificio constituyen, sencillamente, un modelo de conducta a seguir.

Pero decía que la de Kennedy es una sombra activa y no es un decir. La memoria de Kennedy es una memoria operante; una memoria influyente, fenómeno importante cuando los elementos reaccionarios del país están jugando, a la desesperada, su última carta. A buen seguro esta carta la perderán también porque el idealismo de Kennedy se filtra más profundamente cada día; cada día alcanza nuevas capas y conquista nuevos corazones. Este fenómeno se ha evidenciado, no ya solamente en influencias triviales como el «sinsombrerismo», que hoy entre los hombres norteamericanos es un hecho —estas influencias estaban antaño reservadas a los galanes de cine más afamados—, sino en aspectos más sustanciales para la vida del país, tal, sin ir más lejos, las últimas elecciones para la presidencia.

(El viajero tuvo oportunidad de ser testigo del duelo Johnson-Goldwater durante los tres meses preelectorales y del previsible desenlace del *match*. Por de pronto, la aparición de un líder ultraconservador —Goldwater no solamente trataba de conservar sino de desandar buena parte del camino andado por Kennedy— sólo se explica como el último coletazo de la reacción, aprovechando la desaparición de Kennedy. Sólo pensando así cabe en la cabeza el desenlace de la convención republicana. Pero una vez que Goldwater se vio erigido en candidato puso toda la carne en el asador. Se jugó todo a una carta, esto es obvio, y no regateó esfuerzos para convencer al país).

El viajero tuvo oportunidad de ver al líder republicano en su salsa; es decir, despidiéndose de sus partidarios washingtonianos —antes de iniciar el viaje de propaganda electoral— con todo el aparato carnavalesco —disfraces, sombreros de ala ancha, charanga— que inevitablemente acompaña aquí a estas exhibiciones políticas. Bueno, pues Goldwater, bajo una lluviosa noche de octubre, con más ruido que nueces —los correligionarios que lo despedían eran pocos, un par de millares, pero notoriamente vitales a juzgar por sus gritos y canciones—, no regateó latiguillos demagógicos para encandilar a la opinión: «Barreré de ladrones la administración», «En cinco semanas os devolveré el país», «Johnson no hace otra cosa que pasear a sus perros por los jardines de la Casa Blanca». El auditorio se enardecía, agitaba distintivos y pancartas, mientras dos jóvenes negros y una muchacha también de color

contemplaban al líder, impasibles, a mi lado. Y en el momento en que Goldwater concluía su discurso —mechado de dichos más o menos ingeniosos y de juegos de palabras— y cuando la temperatura era más elevada, uno de los negros se agachó, tomó uno de los retratos del líder que había caído al suelo y, sin temor al cinturón humano, apasionado y vociferante, que le rodeaba, lo partió en dos pedazos y se sacudió, luego, una mano con otra como si se hubiera manchado. Por un momento temí lo peor: la pelea, el linchamiento, qué sé yo… Pero allí no ocurrió nada. Los dos negros y la negrita se alejaban, mientras los elegantes vociferadores clamaban «¡Queremos a Barry!» y «Nos veremos en la Casa Blanca». En esta actitud de inhibición ante el gesto imprudente de desafío del negro puede verse tanto un reverente respeto a la libertad, como el peso de la pasión integracionista de Kennedy, que ha llegado a calar incluso en las mentes más reaccionarias y recalcitrantes.

Pero hablaba del influjo de Kennedy, de su memoria, manifiesto en la convicción popular de que, papeleta electoral en mano, no cabía otro recurso que penetrar decididamente por la puerta que él había entreabierto. Las urnas no tardaron en proclamarlo. Pero antes de que las urnas hablasen ya había hablado el pueblo. Podía oírsele en las aulas, en la calle, en las cafeterías, en las estaciones, en el *foyer* de los cines. La victoria de Johnson —que era la victoria de Kennedy— estaba descontada. Un día —dos semanas antes de la jornada electoral— un profesor de cierta universidad planteó el dilema en unos términos excesivamente tajantes e injustos tratando de razonar su voto en blanco: «Entre un simple y un malvado —dijo— yo no puedo elegir a nadie, me quedaré en el medio. —Una profesora le objetó—: Creo que no se trata de eso. Antes que de la pugna entre un hombre honrado y discreto y otro agresivo y reaccionario, se trata de decidir si rubricamos la política de Kennedy o damos media vuelta». Dos semanas después, el pueblo americano en masa decidió no dar media vuelta. Es así como John F. Kennedy fue reelegido en las elecciones presidenciales de noviembre de 1964.

XXVII. La piel

A bordo del *Constitution*, camino de Nueva York, se me hizo evidente una cosa: en el vapor yanqui no prevalecía la menor discriminación. En los comedores, en los salones, en las fiestas, convivíamos negros y blancos en la mejor armonía; eso sí, mientras los blancos comíamos a dos carrillos, jugábamos o bailábamos, los negros nos servían a la mesa, escanciaban el *whisky* o nos limpiaban los ceniceros; esto es, el blanco era el señor y el negro el servidor (tan sólo entre el pasaje viajaba un joven negro, por cierto muy simpático y con gran éxito entre las muchachas, que, en efecto, recibía el mismo trato que los blancos, pero era, exactamente, uno entre mil). Esto no supone que todos los camareros y mozos del vapor fuesen negros. También los había de otros colores: blancos, amarillos o café con leche. Lo que resultaba evidente es que si entre ellos existía alguno de raza anglosajona, la proporción —como la de los pasajeros negros— no rebasaría la del uno por mil. La inmensa mayoría eran, cuando no negros, filipinos o portorriqueños. Esto demuestra una cosa: las puertas de los Estados Unidos, prácticamente cerradas a la inmigración, tan sólo se entreabren hoy para las dos eses: los sabios y los servidores. Aquéllos ayudan al progreso técnico-científico del país; éstos a dulcificar, a hacer más fácil y llevadera la vida de su sociedad. (Aquí es de justicia dejar constancia de que son muchos millares los hispanoamericanos hambrientos que han encontrado en Estados Unidos un medio de vida en el servicio doméstico o en el trabajo de las granjas agrícolas del sur. El servidor doméstico, por otra parte, obtiene en Norteamérica una retribución más pingüe y unas condiciones de vida infinitamente más humanas que en la generalidad de los países europeos).

Y aquí, me parece, se debe buscar hoy la clave del problema mal llamado negro. Es obvio que los negros no pidieron ser trasladados a las colonias inglesas. Fueron los blancos quienes los condujeron a ellas para que les aliviaran del duro trabajo del cultivo del algodón. Y allí se asentaron. Luego vino la emancipación y, con ella, se planteó la cuestión de la convivencia. Mas el problema seguía sin ser negro, sino blanco; era el blanco —no el negro — quien se resistía a la integración. El blanco, que había llevado al negro, se negaba ahora a vivir con él. Mas los Estados del norte, que, al tiempo que la

libertad, aspiran a llevar al sur el sentido común, se enfrentaron decididamente con el programa de violencias antinegras desatadas en ciertas zonas. El negro, al observar la mayor comprensión del norte, emigró en buena parte a los Estados septentrionales. Los que quedaron en el sur eran vejados cuando no maltratados. El negro sureño vivía amedrentado y cohibido (problema blanco), pero sumiso y resignado. Aceptaba su sino y su color. Confiaba en otra vida mejor y hacía méritos para ganársela. Pero esto era ayer. Hoy el negro, en el norte y en el sur, está despierto; no está resignado, ni sumiso. No quiere migajas, ni solicita favores; exige una paridad y responde —salvo magníficas excepciones como la de Luther King— a la violencia con la violencia. En la actualidad, es más arriesgado para un blanco entrar en un *cabaret* negro del norte, que para un negro en uno blanco del sur. El problema blanco se ha convertido en problema blanco y negro, precisamente cuando la ley de derechos civiles viene a reconocer al negro la total equiparación con el blanco.

Pues, entonces, ¿cuál es el problema?, argüirá el lector. Si el negro y el blanco son ya iguales ante la ley, ¿qué es lo que quieren aquéllos? Evidentemente el problema no es ya legal, sino social; de hecho, y no de derecho. Y lo que el negro quiere es no solamente ser igual al blanco ante la ley sino ante la sociedad. Y esto resulta ya más espinoso; no se solventa en una deliberación del Senado, ni se resuelve de un plumazo. En una palabra, esto es mucho más grave y su gravedad trasciende con sólo tener dos ojos en la cara y mirar en torno. Así, por ejemplo, he visto blancos —en el norte— que abandonan una reunión si entre los invitados hay un negro y otros que, sin llegar a tanto, se niegan a ser presentados a él. Así, por ejemplo, he visto en las calles de Harlem, el barrio negro neoyorquino, grupos de negros ociosos, atisbando, los ojos tomados por el odio, a los blancos que cruzan ante ellos. (Hoy las autoridades aconsejan al blanco no entrar en Harlem. Y cuando uno entra, es conveniente hacerlo en automóvil con los pestillos de las portezuelas echados para evitar el secuestro. Esto no es una leyenda terrorífica; se han dado frecuentes casos). Así, por ejemplo, en algunos —pocos— Estados del sur todavía existe en los retretes de las estaciones ferroviarias una discriminación vejatoria: «CABALLEROS», «DAMAS, —dicen las cartelas. Y poco más allá una tercera—: NEGROS». En fin, los ejemplos podrían multiplicarse.

Esto significa que el problema —pese a la ley de derechos civiles— está aún muy lejos de resolverse. La ley es una malla muy abierta por la que se trascuelan mil ardides para contravenirla. Y, por otra parte, está la violencia desatada, muchas veces —en algún Estado del sur— con la anuencia de la

autoridad o, siquiera, con su inhibición. El Ku-Klux-Klan sigue haciendo de las suyas y, pese a que su actividad es de todos conocida, sus locales no se ocultan y sus dirigentes reciben visitas y hasta son objeto de entrevistas. Tras la solución legal del problema, ha venido lo esperado: su agravación social. La lucha, la resistencia —en una minoría— es sorda pero tenaz. Se apela a toda clase de procedimientos. El negro que quiere vivir en una casa de blancos y le es negado el apartamento puede, claro está, apelar a la ley y meterse en un procedimiento del que, sin duda, saldrá victorioso, pero ante el riesgo de gastar mucho tiempo y mucho dinero, lo normal es que opte por desistir. Y aun consiguiendo su propósito, el cerco a que será sometido por sus convecinos terminará por asfixiarle, por hacerle imposible la vida.

Según la ley, el negro tiene derecho al voto; esto es sagrado. Sin embargo, los reglamentos electorales de algunos Estados exigen que el votante sepa leer y escribir y permiten a la mesa, cuando hay sospecha de analfabetismo, someter a prueba al ciudadano. Es obvio que la tal prueba jamás se verifica con un blanco, pero en el sur no sólo se pone en práctica con los negros sino que se les ordena leer en los artículos de la misma Constitución más enrevesados y conceptuosos y se les priva del voto a la menor vacilación.

El pasado mes de octubre, un agente de seguros de una ciudad de Mississippi alojó en su casa por unos días a un miembro de una comisión integracionista. Se trataba de un amigo suyo y el pobre agente no previo el riesgo de su invitación, pero, apenas marchó el comisionado, el agente observó que durante varias horas, su casa —una de esas casitas de madera típicamente americanas, rodeadas de césped— era cercada por una procesión de automóviles que giraban y giraban en torno suyo sin cesar. Al día siguiente, los coches desaparecieron, pero el buen agente no dio abasto para atender al teléfono; eran, todas, llamadas anónimas, muchas veces mudas o vagamente reticentes. El hombre apeló a la autoridad, mas la autoridad le hizo ver que no podía impedir que los automóviles circulasen por las carreteras, ni prohibir a los abonados que hiciesen uso del teléfono. El agente de seguros de Mississippi iba sumergiéndose, paso a paso, en una atmósfera de pesadilla. Tras las llamadas telefónicas llegó el desfile de encapuchados del KKK alrededor de la casa, una procesión de seres hieráticos, obstinados, que daban vueltas y vueltas como muñecos mecánicos, sin traslucir la menor fatiga. A la mañana siguiente, la casita amaneció totalmente pintada de negro, como un gigantesco ataúd. El agente aún resistía.

Y siguió resistiendo cuando días más tarde su jardín, amorosamente cuidado, apareció oculto bajo una capa de inmundicias. Finalmente, el

susodicho agente tuvo que abandonar el campo: sus clientes —los asegurados— rescindían sus contratos en masa. Muchos eran amigos, pero su pusilanimidad podía más que su lealtad. («Me puede costar caro». «Resistirme sería una temeridad, ¿comprendes?»). Una semana más tarde, el agente de seguros de Mississippi malvendía su casita de madera y partía con su familia en dirección desconocida. Temía, y con razón, que las represalias le persiguieran hasta el fin del mundo y hasta el fin de sus días.

Y sin necesidad de recurrir a estos atentados inspirados en el más rabioso racismo, son cosas de todas partes y de todos los días el que una pareja de color entre en un restorán con la mitad de las mesas vacías y el *maître*, muy sonriente, les diga que lo lamenta mucho pero que «aquellas mesas que ven están todas reservadas». O bien que la dependienta de un establecimiento de ropas deniegue a la cliente negra, sin ninguna disculpa, el acceso al probador. En una palabra, la igualdad legal es un hecho, pero para alcanzar la igualdad social ha de llover mucho todavía. La resistencia de un sector americano a la integración es tan tensa y despiadada como en los primeros días de la posguerra civil.

Los negros en USA han dejado, pues, de ser esclavos pero no han dejado de ser inferiores. Por esto apuntaba más arriba que el problema en la actualidad no es el de la conquista de los derechos civiles sino el de extraer al negro de la condición servil y equipararlo, socialmente, al blanco. Muchos antinegros recalcitrantes no renuncian a convivir en un establecimiento público con los seres de color pero a condición de que éstos no se sienten. Si el negro está sirviendo a la mesa, lavando platos o despachando todo irá bien; está en su sitio: se mantienen las distancias y la jerarquía racial. El negro —esclavo o no— debe quedar por debajo del blanco. Pero en el momento en que aquél se sentase, una buena parte de la clientela blanca se esfumaría del local para siempre. No se trata, pues, de una repulsión física sino de una disposición psíquica: la soberbia de la piel.

De esta forma, libre o no, el negro se enfrenta con la vida en condiciones de inferioridad respecto del blanco. Todos parten de cero, es cierto, pero el negro, al tener escuelas peores y maestros menos solventes, se realizará más deficientemente que el blanco. (Esto no es general, supuesto que las escuelas integradas en los Estados del norte son numerosas, pero sí, desgraciadamente, muy frecuente. Uno trata de momento, solamente, de plantear el problema tal como actualmente lo ve, pero justo será señalar que el blanco integracionista dobla seguramente el número de blancos segregacionistas. Uno quiere creer que, sometido el asunto a plebiscito, la diferencia entre unos y otros sería

prácticamente la misma que la que separó, en las últimas elecciones, a Johnson de Goldwater. Porcentaje esperanzador, indudablemente, pero que no anula la fuerza de veintitantos millones de americanos blancos oponiéndose por todos los medios a una integración real).

Lo que no deja de ser curioso es el hecho de que en los Estados del norte, la oposición más cerrada al negro parta de las clases más bajas y desheredadas de la sociedad blanca. El blanco pobre ve la llegada del negro con horror. El negro viene a ofrecer sus manos por menos, esto es, a establecer una competencia desastrosa para el trabajador blanco. De ahí, también, la resistencia de los sindicatos, su oposición tenaz al negro. Hace años, un negro sin sindicar no podía trabajar; después, sí. Mas al no contar con la ayuda de la agrupación laboral, el negro era, de nuevo, un esclavo; un ser al que podía explotarse impunemente puesto que nadie iba a sacar la cara por él. Recientemente, las cosas han cambiado. Tras duras luchas, el hombre de color consiguió penetrar en el sindicato de la electricidad y posteriormente en el de carpintería. Otros sindicatos, como el de fontanería, siguen implacablemente cerrados, aunque es de esperar que, tras la aprobación de la ley de derechos civiles, se avienten los últimos residuos de exclusivismo, en este terreno al menos.

Lo más doloroso de este drama es que el negro llegue a sentir aversión hacia el color de su piel; a considerarlo un estigma. Es cierto que hoy día hay muchos negros ufanos de su color y responden al desprecio con el desprecio y al odio con el odio. La emancipación de las colonias africanas y el proceso de nivelación social a que el mundo tiende les ha dado conciencia de su poder. En la actualidad, el negro evolucionado no acepta limosnas ni actitudes paternales; exige justicia. Pero ello no impide que la gran masa sueñe con aclararse, con aproximarse, físicamente, al blanco. En este aspecto, el viajero ha observado multitud de detalles reveladores; desde el negro de buena posición que se enfunda en una gabardina blanca como la nieve y se cubre con un sombrero impermeable del mismo color, a las negritas que planchan sus cabellos valiéndose de productos químicos o los tiñen de rubio o de rojo, pasando por la que, en una tentativa casi desesperada, intenta blanquearse el rostro con unas cremas baratas elaboradas a base de lejía. Esto resulta tan conmovedor como deplorable. En todo caso, el hombre y la mujer de color —y no digamos los niños— tienden a la indumentaria abigarrada, explosiva, detonante. Ello puede ser debido tanto al gusto elemental por la policromía que caracteriza a esta raza como al instinto por atraer la atención del viandante hacia su vestido o sus calcetines a fin de que no repare en el color

de su tez. Una operación de distracción, en suma, como creo que se dice en estrategia militar.

XXVII. La integración social

Si uno piensa que en Norteamérica existen dieciocho millones de seres de color, dentro de una población total de aproximadamente ciento ochenta millones, esto es, que hay un negro por cada nueve blancos, habrá que reconocer que los choques raciales —aunque cruentos y dolorosos— no son demasiado frecuentes. Dadas la animadversión indicada y la población dicha, en cualquier otro país más vehemente —hablo en términos generales— que el yanqui los sucesos sangrientos menudearían más. Esto me induce a pensar que tanto entre los blancos como entre los negros, los elementos encendidos, apasionadamente intransigentes, son, afortunadamente, los menos; los menos de una minoría muy minoría. Pero son suficientes para mantener un estado de tensión, de inseguridad constantes. El resto, en la mayor parte de las ocasiones, por un lado y por otro, lo hace el miedo. El miedo a la venganza o a las represalias. Lo sorprendente es que hace unos años —cuando todavía la ley de derechos civiles se consideraba una utopía y el horizonte se mostraba cerrado— los negros no tomasen una actitud colectiva de agresividad. No me refiero a una guerra civil abierta, puesto que para ello les faltaba conexión, preparación y cuadros de mando, pero sí a una estampida irrazonada y furiosa. Si consideramos que en el barrio de Harlem se hacinan hasta casi medio millón de negros que, en general, malviven junto a la abundancia de la mayor parte de los blancos —los portorriqueños son aún más miserables que aquéllos—, uno no se explica cómo en todo este tiempo de trabas y humillaciones no se produjo una *razzia* devastadora sobre la Quinta Avenida o Park Avenue, pongamos por caso, saqueando, incendiando y matando. (Del negro se creyó que era cobarde y, por tanto, inservible para la guerra, hasta el desembarco aliado en Italia, fecha en que se demostró «que el hombre de color podía ser un buen soldado» y que señala, más o menos, si no me equivoco, la incorporación del negro a las academias militares americanas).

El caso es que la explosión de Harlem no se ha producido y, aunque cada día menos probable, no hay que descartar la posibilidad de que se produzca. Porque si el progreso del negro hacia la absoluta equiparación es franco, su excitación, lejos de disminuir por esta causa, ha aumentado, como ha aumentado la fiebre represiva del blanco segregacionista, que ve perdido el

asunto, y como crece el espíritu integracionista en el otro sector. Así, resulta palmario que las nuevas generaciones de jóvenes blancos —con sus excepciones, naturalmente— tomen una actitud muy distinta ante la cuestión de la que tomaron sus abuelos. Y especialmente los intelectuales o, por mejor decir, los universitarios del norte. He aquí uno de los aspectos donde mejor se percibe el paso de Kennedy por la administración del país. El joven universitario americano no sólo se aviene a la integración real sino que la aplaude; y no sólo la aplaude sino que la predica; y no sólo la predica sino que, en ocasiones, accede al martirio por esta causa. (Si en el capítulo anterior uno se dejó llevar por el desaliento, aquí no puede por menos de consignar su admiración hacia esos grupos universitarios que aprovecharon sus vacaciones de verano, en 1964, para recorrer los Estados del sur más notoriamente segregacionistas, con el fin de explicar a los negros semianalfabetos el alcance y significación de la ley de derechos civiles en trance de aprobación por las Cámaras. La reacción del blanco segregacionista sureño fue violentísima. Los muchachos, en no pocos lugares, hubieron de buscar la protección policial, fueron apaleados o pagaron con la vida —sé de tres casos — su gesto heroico, alevosamente asesinados en la noche).

Todo esto ya delata la diversa actitud de norte y sur ante el problema, pese a los años transcurridos —un siglo— desde la guerra de Secesión. El sureño —cada vez en menos Estados, esto es visible— continúa en su hermetismo recalcitrante. Nada importa que sus antecesores tomaran sus concubinas de entre las esclavas negras. Esto, a fin de cuentas, no era sino aumentar su riqueza en esclavos, supuesto que el nacido seguía la condición de la madre. Estas relaciones caprichosas, donde las esclavas no tenían otro remedio que obedecer, prueban que para el feudal sureño el negro era un juguete con el que podía hacer lo que le viniese en gana. Por contra, el norte lucha, primero, por la emancipación del negro; vota, luego, en masa, por los hombres que representan la integración y, por último, envía sus jóvenes a los focos más notables de la resistencia sureña en una auténtica obra misionera. (Esta diferente actitud de los Estados del norte y del sur se le hizo muy clara al viajero en un *night club* de Baltimore, oyendo cantar al cantante de color John Whyte. El auditorio —me fijé bien— era exclusivamente blanco, gente joven en general. Pues bien, cuando Whyte anunció una canción dedicada a los gobernadores de algunos Estados del sur, la atención, ya muy viva, se concentró aún más. Se trataba de una letra humorística a base de un gobernador —blanco, claro— que se muere y cuando, ya en el hospital, le anuncian que van a transfundirle sangre, él, débilmente, dice que si es de

negro no la quiere. Le dicen que es plasma y no sangre, pero él insiste que si el plasma es de negro le dejen morir. El médico intenta convencerle de que el plasma está allí preparado y que no es de blanco ni de negro y que va a salvarle la vida, pero el gobernador deniega con la cabeza y, con el último acopio de energías, dice que si el plasma no ofrece garantías, es preferible que le dejen en paz. Bueno, creo que, sobre poco más o menos, la historia que me tradujeron era ésa; pero esto no tiene importancia. Lo que importa —lo significativo— es que un auditorio de blancos sin excepción aplaudiera y corease entusiásticamente a un negro que ponía en ridículo a un gobernador blanco).

En suma, el problema, adormecido hace unos años, ha entrado en un proceso evolutivo apresurado. El negro tiene prisa por ser igual al blanco; el blanco segregacionista la siente también por cortar definitivamente sus reivindicaciones, y tiene prisa, asimismo, el blanco integracionista por que sus nobles sentimientos cundan. En el seno de esta urgencia, los importantes logros del negro en pocos años no cuentan, o mejor dicho, cuentan al revés, para infundir al negro mayor impaciencia y mayor seguridad y para aumentar el caudal de violencia en su oponente. (Es obvio que la sangre, se quiera o no, está abriendo por días entre ambas razas una sima más profunda. La animadversión del negro acrece y se manifiesta en los más variados aspectos. Por ejemplo, la religión: el dirigente Malcolm X, asesinado en el barrio negro neoyorquino, fue, hasta la muerte de Kennedy, jefe de una secta negra musulmana. Pues bien, el progresivo desarrollo de la religión mahometana entre los negros no obedece tanto a la sugestión del Corán como al hecho de que ésta no es una religión «esclava», una religión de blancos, que prescribe la resignación ante las humillaciones y la aceptación de los sufrimientos de este mundo con la promesa de otro mejor para después de la muerte). Total, que aunque las cosas progresan en el único sentido en que pueden progresar —la integración—, el apresuramiento de las últimas etapas puede motivar más víctimas que las ocasionadas por esta causa durante el último siglo.

Los sociólogos y escritores se ocupan, naturalmente, de esta cuestión, a mi entender, la más peliaguda (junto a la fricción norte-sur, no extinta, y cuyo caballo de batalla es, en esencia, la posición del blanco frente al negro) que hoy por hoy tienen planteada los Estados Unidos. Los tratadistas hacen de esta esquinada pugna un problema de educación, cuando no un problema sexual o un problema de amor. En rigor, el problema es vastísimo, presenta tantas facetas que, bien mirado, todo cabe en él.

La educación, en efecto, constituye un motivo de distanciamiento. Cuando uno —el viajero— observa, en el seno del colmenar febril y laborioso que es este pueblo, los grupos indolentes de negros, estacionados en la esquina de una calle, arrastrando la consabida abulia tropical, piensa, instintivamente, que la integración no es posible. Por contra, cuando uno topa con negros y negras cultivados, de aguda inteligencia, y ademanes mesurados y correctos, piensa, en el acto, que el problema blanco y negro es simplemente un problema de escuela; esto es, que el día en que el negro disponga de las mismas *high school* y universidades que el blanco, y el mismo acceso a la pericia, la diferencia entre unos y otros se limitará al color de la piel.

Mas el tópico, aquí, cuando uno se muestra partidario de la integración real es la pregunta: «¿Le gustaría a usted que su hija se casara con un negro?». Ante el desconcierto del interrogado el segregacionista interrogador cree haberle tapado la boca y, en consecuencia, haber acertado a plantear el asunto al desnudo: el problema blanco y negro es un problema de amor. Algunos van más lejos: admiten este amor, pero rechazan la idea de la descendencia. «Norteamérica no puede convertirse en un continente de mestizos». Esto, si no me equivoco, es lo que más repugna al segregacionista fanático del sur. Por ello, al ver perdida la batalla de los derechos civiles, el sureño adverso a esta ley, al tiempo que se obceca y se siente capaz de llegar —y a veces llega— hasta el crimen, va estudiando la manera de aceptar un nuevo régimen de vida con el menor número de inconvenientes posible. Así, empieza a aceptar la escuela integrada (blancos y negros) pero rechaza, de pronto, la escuela mixta (niños y niñas). Éste parece ser uno de los puntos de discordia que se avecinan. Buen número de sureños blancos admitirán que un negro franquee las puertas de las escuelas de sus hijos varones pero se opondrán a la coeducación, que hasta el momento ha prevalecido en todos los centros de enseñanza yanquis. Por contra, buena parte de intelectuales y artistas blancos del norte han brindado un ejemplo de integración casándose con negras. (Por supuesto, la medida, lejos de tomarse como modelo, se ha interpretado en amplios sectores del sur como un desafío, como un anticipo del mal que se les avecina, y no ha servido sino para encorajinarlos aún más, para avivar sus sentimientos discriminatorios). Todo esto prueba que el factor sexual es, sin lugar a discusión, otro de los factores claves del problema.

Pero hay más: la opresión económico-social. Este aspecto está íntimamente ligado con el de la educación pero no es lo mismo. El negro no recibe en este país las mismas oportunidades profesionales que el blanco. Y no hablo ahora de las escuelas sino del desarrollo de un trabajo cualquiera. El

médico, el abogado negros son con frecuencia objeto de vacío, de un boicot más o menos solapado por parte de la sociedad blanca. Pueden, naturalmente, vivir a costa de una clientela negra, pero siempre quedarán al margen de la sociedad. El trabajador apenas puede salir de la condición de peón o de bracero porque no tuvo acceso a la especialización. El especialista, de otro lado, topaba con la oposición de los sindicatos. Y así todo. ¿Cómo extrañarnos, entonces, de esos grupos astrosos de vagabundos negros, de esos borrachos embrutecidos, que pululan por las calles de Harlem? ¿Quién es el responsable de esta pereza, de ese vicio, de aquella suciedad?

Uno debe insistir en que éstas no son abstracciones. Las mismas estadísticas oficiales (coincidentes con los informes del magisterio de que el nivel intelectual del negro no es inferior al del blanco) nos dicen que entre los pobres de este país rico una gran mayoría —proporcionalmente considerada— son negros. Pero vayamos con las cifras. El gobierno Kennedy dejó sentado que en este país podía juzgarse pobre al trabajador con esposa y dos hijos cuyos ingresos no alcanzasen los tres mil dólares anuales (ciento ochenta mil pesetas). Bueno, pues con arreglo a este baremo, resulta que siete de los nueve millones de negros que aquí trabajan son pobres (dos millones de negros no ganan más de quinientos dólares; un millón setecientos mil, no rebasan los mil; otros dos millones están entre los mil y los dos mil dólares de ingreso por año, y un millón y medio montan los dos mil pero no llegan a tres). Como síntesis más expresiva nos encontramos con que la media de ingresos de una familia negra en los Estados Unidos es de tres mil quinientos dólares aproximadamente y la media de la familia blanca siete mil, esto es, el doble exactamente.

No merece la pena detenerse más tiempo en demostraciones. Está bastante claro que el problema racial es problema de infinitas aristas: educación, amor, oportunidades y hasta de asiento en el autobús. El negro ya no es esclavo en USA pero sí un ser marginado. Hay quien arguye que el problema es insoluble y que más aplacado o más virulento existirá siempre. (Hay negros que piden un Estado de la Unión para ellos solos; otros —los menos— se resignan; otros claman por una urgentísima y absoluta integración social; otros amenazan… Entre los blancos, los enfoques de la cuestión no son menos variados). Sin embargo, uno cree que en la resolución del problema se ha avanzado mucho en poco tiempo y ahora, antes que el odio, son la prisa y el miedo los que están originando más víctimas. Por ello convendría, antes que nada, llevar al ánimo de tirios y troyanos un sentido de ponderación y ecuanimidad. Este problema, como todos los problemas humanos, tiene una

solución viable: la tolerancia (y en este sentido se progresa). El amor, no cabe duda, sería preferible, pero ya que no debe exigirse amor al incapaz de sentirlo, sí se le puede pedir transigencia.

En este punto me viene a la cabeza mi barrio washingtoniano, a lo largo de la avenida Georgia, un barrio hermoso, residencial, donde viven blancos y negros en la mejor armonía. (Tengo entendido que este barrio es una especie de ensayo de convivencia). Al viajero, la verdad, le conmovía ver corretear por el césped, de la mano, a la pequeña y rubia Annie con la negrita Maggie. Ambas niñas se extasiaban ante las mismas muñecas; sentían las mismas ilusiones, los mismos arrebatos, las mismas pesadumbres, los mismos problemas… Pero el de la piel aún no lo era —no era todavía problema. Y el viajero se pregunta: ¿por qué los adultos no pueden seguir viviendo como los niños? Y aún más: ¿por qué toda América no puede vivir —convivir— como he visto que vive —convive— este barrio washingtoniano?

XXIX. Los pobres

Por primera providencia conviene dejar señalado que al hablar de pobreza, el concepto nos puede llamar a engaño: la pobreza, en Norteamérica, no tiene nada que ver con la pobreza india o, para buscar una referencia más cercana, con la pobreza española; con nuestra pobreza.

Me propongo subrayar que la pobreza en USA rara vez es la miseria; no es una pobreza de hambre, una pobreza que se desenlaza —o pueda desenlazarse— con la muerte por inanición. Sin llegar a la extrema necesidad, se es pobre en los Estados Unidos. O sea que todo es relativo, y en este pueblo donde la gran mayoría tiene cubiertas con creces, no ya las necesidades, sino también los caprichos, los seres que no llegan a cubrir aquéllas con el suficiente decoro son pobres. Kennedy, en su esfuerzo por encarar los problemas más arduos del país, se propuso hacer frente a éste y tras unos estudios minuciosos concluyó que el salario mínimo de un trabajador norteamericano, como ya anticipé, en ningún caso debería quedar por debajo de los tres mil dólares anuales, de donde se deduce que las ciento ochenta mil pesetas señalaban hace tres años en Norteamérica la frontera entre la pobreza y la suficiencia. Hoy, tras el ligero encarecimiento que experimenta la vida en este país, podría fijarse esta cifra límite entre los 3200-3500 dólares anuales.

¿Y hay muchos americanos en esta situación? Si respondemos a esta interrogante con porcentajes de población no parecen demasiados (un quince por ciento), pero si respondemos en millones de habitantes, el guarismo sí resulta abultado: treinta o treinta y cinco millones de norteamericanos no alcanzan la cifra estimada como mínimo nivel de desahogo. De esto inferimos que los pobres son todavía bastantes en los Estados Unidos, siquiera su pobreza no sea una pobreza mendicante. (Uno habla en términos generales, supuesto que en Bowary, Harlem y algunos otros barrios de grandes ciudades sí existe el pordiosero, si bien el pordiosero en los Estados Unidos arriba de ordinario a esta situación no por una defectuosa estructuración económico-social sino por vicio: el mendigo desastrado, inútil, inane, es, generalmente, un vago, un alcohólico o un drogado). El problema de la pobreza yanqui es pues enrevesado y se hace obligatorio parcelarlo para que presente alguna

claridad. Señalemos sus características: la pobreza americana es sensible, remediable y, en buena parte al menos, invisible. Vayamos por partes.

De entrada, la pobreza yanqui es menos pobreza que otras pobrezas; esto es, se trata de una pobreza *relativa*. (Y no hablo sólo de los que ganan —aunque menos de los tres mil dólares— sino de los parados forzosos —asistidos con un estimable subsidio por el Gobierno— y de los parados voluntarios, que si no ganan seis u ocho dólares diarios es, sencillamente, porque no quieren. Dada la carestía de la mano de obra en el país, cualquier trabajo realizado a domicilio —y todas las casas requieren una ayuda de este tipo— se paga y se paga bien. Naturalmente se trata de unos ingresos ocasionales y carentes de toda protección pero valen para remediar un bache). Y, sin embargo, esta pobreza resulta más hiriente y deplorable que la del indio hambriento, precisamente por producirse en el seno mismo de la opulencia. Nadie discutirá que la sed es una necesidad que crece junto a un oasis inalcanzable o que la soledad de una vieja neoyorquina es más dolorosa que la soledad de un beduino en el desierto. La circunstancia de tener el remedio al lado acrece la sensación de insuficiencia, sea esta insuficiencia de pan, de agua o de afecto. Ésta es una verdad que no hay quien la mueva. De lo dicho deducimos que la población de los Estados Unidos se puede clasificar así: un diez por ciento de hinchados, un setenta y cinco por ciento de sobrados y un quince por ciento de necesitados; no de hambrientos, pero sí de necesitados de algo: comida, vestido, calor, habitación o seguridad social. Uno piensa, honradamente, que pocas sociedades podrán ofrecer hoy un porcentaje de hombres que disfruten de un nivel de vida tan holgado pero, por ello, la minoría que no la alcanza es aún más digna de compasión. Germán Arciniegas está en lo cierto cuando afirma que «el hambre de nuestro tiempo es una necesidad que crece con mirar». Es obvio que al americano pobre que observe en torno suyo ha de despertársele el hambre de muchas cosas. La pobreza americana, si relativa, resulta de por sí tan lastimosa como otras pobrezas más agudizadas y extremas.

La pobreza americana representa, por otra parte, un problema *remediable*. En un país como éste, donde hasta las basuras delatan un coeficiente de prosperidad, no parece difícil atajar el mal. Uno cree que en el caso presente, antes que de una cuestión de redistribución, se trata de un problema de atención. Un quince por ciento de la población que trabaja y gana, pero no lo necesario, no constituye sino un problema de planteamiento. La producción puede aumentar y, aun sin necesidad de que aumente, da para todos. El problema de redistribución se presenta en aquellas comunidades que ofrecen

un quince por ciento de hinchados, un veinte de satisfechos y un sesenta y cinco de necesitados de algo. En este caso, es evidente que hay que buscar una estructuración más justa y procurar la adopción de medidas que contribuyan a una más equitativa distribución de la renta nacional. Pero éste no es, ni mucho menos, el problema yanqui. Un país que en unos años deshace y vuelve a hacer una ciudad para cincuenta mil habitantes está en condiciones, pongo por caso, de derruir el barrio negro de Harlem y sustituirlo por uno nuevo. Kennedy había afrontado decididamente la cuestión, y hasta, como dije, llegó a plantearla, pero no le dieron tiempo de resolverla. Ahora Johnson, su sucesor, tiene la palabra. En todo caso, no se trata de hacer caridad desde el poder, ni de una disposición aislada que establezca un salario mínimo vital, sino de una serie coordinada de resoluciones que aborde la cuestión en todos sus estamentos: desde las zonas deprimidas a la discriminación racial —en su aspecto social, como ya vimos —, pasando por la enseñanza técnica para adultos, supuesto que en un medio mecanizado como éste, aquel que ignora lo que es un carburador —y ustedes ya me entienden— es un perfecto náufrago (éste es el caso de los miles de braceros a quienes la mecanización del campo empuja anualmente a los suburbios de las grandes ciudades industriales).

Por último, la pobreza norteamericana es, prácticamente, *invisible*. El escritor católico yanqui Michael Harrington ha escrito un duro libro únicamente para demostrar esto. Y buena falta venía haciendo ya que lo que no se ve no se siente, lo que no se siente no remuerde y el problema que no remuerde no se afronta. Naturalmente, la característica de la invisibilidad de la pobreza americana va íntimamente unida a la de su relatividad. El hecho de que el pobre no lo sea del todo permite que su indigencia no se trasluzca. En una palabra, los pobres integrados son muy pocos en Estados Unidos. La comida es accesible a todos —el hambre se mata con medio dólar— y el vestido también —camisas y camisetas a dólar; jerséis y pantalones a dólar y medio; impermeables a cinco. De esto se infiere que para comer y vestir todo el mundo tiene, de manera que la pobreza se manifiesta especialmente en la vivienda y, afinando un poco más, no en la calidad externa de la vivienda —aquí apenas hay chabolas— sino en el hacinamiento. La casa es un apartado carísimo en Norteamérica. De ahí que el trabajador que no dispone más que de mil o dos mil dólares anuales se ve en la precisión de compartirla. Y entonces sobreviene lo inevitable: un piso de cinco habitaciones compartido, a lo peor, por cinco familias.

Aparentemente la casa es decorosa: factura discreta, tres o cuatro pisos, fachada de ladrillo, pero si nos adentramos en ella observaremos que existe una cocina para cinco familias y un retrete —en la escalera— para ochenta vecinos. La promiscuidad, la suciedad, el embotamiento son las secuelas obligadas de esta existencia. Esto, más o menos, es lo que sucede en Harlem y en todos los barrios bajos de este país, lo que no quiere decir que en algunas ciudades y en algunas zonas campesinas —Virginia, Carolina— el viajero no haya visto casas humildísimas, desvencijadas e inhabitables, pero su proporción es muy pequeña.

La pobreza americana se centra, pues, en la vivienda y la falta de seguridad social —atención médica, retiro, etcétera. De ahí, como antes apuntaba, su invisibilidad. Pero el cuento de las hierbas y los sabios también halla aplicación aquí. Insinúo que esta pobreza relativa es atrayente para quienes viven en una pobreza absoluta. Ésta es la causa del movimiento de concentración de negros y portorriqueños en ciudades como Nueva York. (La situación de Puerto Rico no acaba de definirse. Su integración en la federación no es total. La opinión ante esta posibilidad se divide. En general, el portorriqueño desea disfrutar de las ventajas que proporciona el nivel de vida yanqui pero rehúsa sus inconvenientes. Quiere que lo industrialicen pero le enojan los impuestos. Otros hay que aspiran a todo —lo malo y lo bueno—, y otros, por último, que no quieren nada —ni lo bueno ni lo malo— sino la independencia. Mientras el asunto se decide, se han provocado dos fenómenos: vertiginosa y nutridísima inmigración de portorriqueños al continente —ellos cooperan en gran parte al porcentaje de pobres que denuncian las estadísticas— y vertiginosa industrialización de la isla. Mi amiga Amelia del Río, viuda del gran historiador de nuestra literatura y gran castellano, de Soria, Ángel del Río, me contaba de la transformación experimentada por la isla durante los últimos meses. «Aquello —me decía, mitad con alegría, mitad con nostalgia— va dejando de ser un paraíso, va dejando de ser “naturaleza”, aunque conserve todavía, lógicamente, su fascinadora exuberancia vegetal»).

Bueno, pues estas inmigraciones de gentes inexpertas, que no saben apretar un tornillo, a un mundo vigorosamente mecanizado y automático producen, instantáneamente, su propio desplazamiento. Viven en Norteamérica pero en la orilla; no llegan a entrar en ella. Proceden de la total indigencia y arriban a Nueva York para fregar platos o cobrar el subsidio de paro; esto es, para sostenerse en pie.

Para los yanquis siguen siendo pobres pero ellos se sienten satisfechos, puesto que siquiera comen. Otro tanto sucede con los mejicanos que trabajan como braceros en los Estados del sur por salarios mezquinos. Cuando uno no ha comido caliente en la vida, el sentirse harto y embutido en un traje nuevo no le permite pensar en la habitación, la asistencia médica o el futuro, pero no porque deje de pensarlo desaparece el problema, ni deja éste de ser extenso —afecta por lo menos a treinta millones de norteamericanos, como dije— ni grave.

Mas el contingente de pobres en Norteamérica no procede solamente de la población negra, el éxodo portorriqueño ni la inmigración de hispanoamericanos. Hay pobres natos y pobres a quienes la rauda expansión industrial ha conducido a esta situación. Hay montañeros y granjeros —propietarios— cuyos ingresos no alcanzan para un decoroso vivir. Hay campesinos desplazados por las máquinas que no hallan en la ciudad un salario suficiente. Hay trabajadores eventuales —camareros, cocineros, friegaplatos— que no encuentran cobijo en los sindicatos ni en el sistema de seguridad social establecido. Hay especialistas, conocedores de un oficio complejo, a quienes un crac económico dejó cesantes y la reactivación no les sirvió de nada porque cuando se produjo eran ya demasiado viejos —cuarenta años o más. Hay, en fin, ese inframundo de los alcohólicos, los drogados, los débiles mentales, los incapaces que pululan por las ciudades, arrastrando su angustia y su sordidez. Estos hombres son la escoria de una sociedad satisfecha. Pero ante ellos uno se pregunta: ¿Son pobres porque son viciosos o son viciosos porque son pobres? ¿Qué fue antes, el vicio o la miseria? ¿Refugiaban en el alcohol su pobreza o accedían a la pobreza por el alcohol? ¿Abandonaron la sociedad o fueron antes abandonados por ella? Es obvio que en las respuestas a estas interrogantes se encuentra la base del problema. (Ya es un indicio el que más de un millón y medio de americanos sean detenidos anualmente por borrachera escandalosa o conducir un automóvil embriagados. Si tenemos en cuenta que el exceso alcohólico no suele exteriorizarse en USA, llegaremos a la conclusión de que el alcohol ocasiona en aquel país hondos estragos. Y otro tanto cabría decir del comercio y consumo de drogas).

Resumiendo, la industrialización de los Estados Unidos ha producido unos resultados brillantes permitiendo que el ochenta y cinco por ciento de su sociedad alcance un nivel de vida muy desahogado. Mas, al propio tiempo, el proceso selectivo de la máquina se muestra cruel e implacable. Este proceso selectivo no admite recurso y el que queda al margen —mientras no se alteren

ciertos supuestos— jamás podrá parear su paso al apresurado paso de la sociedad en que vive. De este modo, treinta millones de americanos han quedado rezagados, a un paso de la abundancia pero sin posibilidad, por el momento, de acceder a ella. Éste, entiendo, es el problema de la pobreza yanqui, si que sucintamente planteado.

XXX. Socialización de la abundancia

Para uno, el mayor mérito de USA ha sido el acertar a formar una clase media amplísima y poderosa; es decir, una clase media alta y grande. Esto ya es mucho. De ordinario las clases medias de los países medios son unas clases cortas y bajas; ni excesivamente numerosas ni libres de aprietos económicos. Visto así, los Estados Unidos han logrado, dentro de la libertad, algo que podríamos denominar socialización de la abundancia. No existe un proletariado en el sentido de una masa aglutinada por la necesidad; o sea que, aun aceptando aquí la existencia de un proletariado, cabría definir éste como una masa aglutinada por la uniformidad; el obrero estable es un ser satisfecho antes que porque su salario sea alto o bajo porque este salario es traducible en comida suficiente y cosas. Su situación, en lo fundamental, no difiere, pues, de la que aquel que en lugar de un salario cobra un sueldo. Los economistas solían establecer —entre otras— la diferencia entre sueldo y salario en que aquél se cobraba por meses y éste por semanas, pero lo cierto es que la diferencia sustancial entre sueldo y salario en los países capitalistas venía impuesta por su cuantía: el sueldo de ordinario era mucho más pingüe que el salario. Bueno, pues en un proceso de democratización efectiva, los norteamericanos no sólo han aproximado la cuantía del salario a la del sueldo sino que hasta el formalista distingo de la periodicidad va desapareciendo. ¿Cómo? Partiendo la diferencia; no percibiendo los haberes por meses ni por semanas sino por quincenas. El asunto, al menos en teoría, es algo así como el del huevo de Colón.

Lo cierto es que los ingresos de cada americano —trabaje con la cabeza o con las manos— le dan para disfrutar de casa propia, automóvil y todo ese complejo de aparatos que ahora llamamos electrodomésticos. Y si esto acontece con ochenta y cinco de cada cien norteamericanos, resulta comprensible eso que algunos han llamado «la tiranía de la masa», aunque sería más sencillo olvidarnos de altisonantes conceptos sociológicos y llamarlo simplemente desahogo general. (Así se explica que la masa esté en todas partes menos en la calle. La calle resulta más bien aburrida cuando se tienen dos dólares en el bolsillo. La masa está, pues, en los restoranes, las cafeterías, los cines, los estadios, las carreteras u oxigenándose en el campo).

Bueno, esto es lo que salta a la vista, los efectos. Y comprobar los efectos no es difícil; basta con abrir los ojos y mirar. Ahora bien, remontarnos a las causas ya es más complicado. Las causas de esta situación suelen exponerse apelando a formulaciones políticas y económicas la mar de enrevesadas. Y uno debe empezar por reconocer que ni la política ni la economía son su fuerte (bien mirado, uno no tiene fuerte si prescindimos de un fuerte que está al alcance de todos los bolsillos: la curiosidad). Ello no es óbice para que dejemos de reconocer que estos logros se han producido en el seno de una sociedad democrático-liberal y dentro de un sistema económico decididamente capitalista. Este sistema viene a ser un Jano bifronte que afecta por igual a la política interior como a la exterior. No desconozco los grandes defectos del capitalismo en ambas vertientes, que, conforme la experiencia europea del siglo XIX, podemos resumir, como los mandamientos, en dos: concentración del capital y explotación del desheredado, dentro de casa; y colonialismo y opresión de los pueblos subdesarrollados, fuera de ella. Por ambos defectos ha pasado —y restan reminiscencias— la sociedad americana, pero lejos de cortar por lo sano y decretar sin más «el sistema está muerto; enterrémoslo», el yanqui, con mejor sentido político, ha decidido: el sistema se tuerce, enderecémoslo; conservémoslo con los remiendos precisos de estos parches de urgencia que a la vista están. El capitalismo americano, lejos de concentrarse, se expande; la abundancia alcanza a la inmensa mayoría, con lo que viene a demostrarse que la justicia aún es compatible con la libertad. ¿Cómo lograr esto? Sencillamente, no desterrando el sistema si no depurándolo de sus vicios. El poder gigantesco de la banca, la presión irresistible de los monopolios, se dejó sentir naturalmente sobre la estructura económico-social yanqui. Ellos mandaban, controlaban, se erigían en verdaderos grupos de presión, mientras al desheredado no le cabía otro recurso que agachar la cabeza y aguantar. Quiero afirmar con esto que el capitalismo desbocado, en América y en Europa, en Europa y en América, puede convertirse en un monstruo carnicero de la peor especie. La cuestión está en embridarlo. Y esto es lo que han hecho, de arriba abajo, presidentes avisados como Roosevelt y, de abajo arriba, un sindicalismo vivo, libre y operante.

Tras la crisis económica de los años 30, Roosevelt tomó el poder. El pánico había cundido por el país. Los bancos cerraban sus puertas incapaces de reintegrar los depósitos. En situación tan delicada, Roosevelt comenzó imponiendo serenidad. Paso a paso fue desmontando el tinglado de la banca; la conservó, pero enervada. Le cortó las alas, no de forma que no pudiera

desarrollarse y sobrevivir sino impidiéndole el control de la producción. O sea, la banca americana sigue gozando de buena salud pero ha dejado de ser omnipotente; ella, por sí sola, no puede orientar la economía, no puede encerrar al país en un puño. Algo semejante se hizo después con los monopolios y con las grandes concentraciones de capital. (Es indiscutible que, pese a las disposiciones antimonopolio, el gran capital todavía conserva mucha fuerza y estamos hartos de ver, como ocurre en la industria del acero, que valiéndose de procedimientos indirectos aún puede imponer un monopolio circunstancial cuando le conviene. Pero el país no se duerme en este punto. Vigila. Un aguzado espíritu crítico con acceso a una prensa libre es la mejor garantía de que el pez gordo no se comerá al chico o, al menos, que no lo hará, como sucede en otras partes, impunemente. Es decir, el monopolio no ha desaparecido de USA, pero los americanos han acertado a sacar de él más ventajas que inconvenientes, que no es poco). La tendencia, aquí, es a extender el bienestar que comporta la abundancia. Ahora, es cierto, no se presta tanta atención a indagar la procedencia del dinero como a evitar que éste se concentre. Antaño se decía en América que el dinero «se lavaba en tres generaciones» (refiriéndose, sin duda, a las fortunas de origen turbio). Hoy se lava en una o no se lava, pero el capital no corre de generación en generación; no se incrementa. La ley sobre sucesiones impide las fabulosas concentraciones de capital que en un país como éste podrían producirse y que acarrearían consecuencias indescriptiblemente funestas. Esto supone que si el hijo de un multimillonario no tiene talento o no trabaja, los flecos de la fortuna paterna se disiparán en poco tiempo. USA ha adoptado una legislación antiparásitos. Las grandes fortunas no siguen la ley de la bola de nieve en la pendiente —como ocurre en otros lugares— sino la ley del azucarillo en el agua: o sea, tienden a disolverse.

Si éste no fuera un hecho contrastado directamente por el viajero, el viajero no lo afirmaría con esta contundencia. Mas sobre este punto sobran ejemplos elocuentes. La actual Universidad de Duke, en Virginia, con su discutible arquitectura neogótica —gótico inglés, naturalmente—, es un complejo que habrá costado, sin lugar a dudas, una pila de miles de millones de dólares. Pues bien, esta universidad es el resultado de la donación de un hombre: *Mr*. Duke, Rey del Tabaco. He aquí cómo el rendimiento del tabaco americano ha revertido a los americanos por mor de la filantropía de un hombre. Otro dato: en la avenida Georgia, de Washington, existe un parque amable y recoleto, con un palacio en el centro de los jardines, que fue, aún no hace mucho, la residencia de un hombre rico: Gessup Blair. Parque y palacio

son hoy del común por decisión voluntaria de su dueño. ¿Y qué decir de los museos de pintura de Washington, de Nueva York, etc., procedentes, casi todos ellos, de donaciones particulares? A no dudar, algunas de estas colecciones valdrán muchos millones de dólares, pero los coleccionistas no vacilaron a la hora de cedérselas al pueblo. Es evidente que las grandes fortunas topan con un tamiz muy tupido a la hora de la muerte del magnate, pero creo que en este punto no sería noble tampoco silenciar el profundo americanismo del americano, el amor por su pueblo, el noble orgullo por hacerlo cada día más próspero y culto. (Monroe habló de «América para los americanos», pero no habló de los americanos para América. Los yanquis le han devuelto la pelota, no en virtud de una consigna sino espontáneamente y con largueza).

De abajo arriba, el sindicalismo americano ha contribuido no poco a este cada día más justo reparto de los bienes. Los sindicatos americanos son independientes, fuertes y poderosos. Basta un gesto para paralizar la vida del país en pocos minutos. (No se me escapa que no siempre tales gestos responden a un juego limpio, tanto en las esferas laborales como en las patronales; el gansterismo político y social tantas veces visto en el cine no es, pues, una invención. Por otra parte, es notorio que, con el poder y la burocratización, los sindicatos americanos han enajenado no poca de la eficiencia que les caracterizó a principios de siglo. Diríase que con el bronce y el mármol de sus edificios ha llegado, en cierto modo, la molicie y la inoperancia).

La conciencia de su poder no ha ensoberbecido, sin embargo, al asalariado yanqui hasta el extremo de obnubilarlo. Defiende sus derechos con firmeza pero sin extralimitaciones. El espíritu cívico también rige aquí, tal vez porque el Estado le facilitó —al trabajador—, previamente, diez o doce años de escuela. Esto no supone que el sindicato no recurra a la huelga —de hecho, los paros parciales menudean en los Estados Unidos— para defender una causa justa y, por descontado, esta actitud no invitará a la autoridad al palo y tente tieso, sino a una concienzuda reconsideración del problema por parte de los interesados. La buena organización de los sindicatos americanos ha cooperado al justo equilibrio de la sociedad yanqui. La inteligencia con que han manipulado sus resortes —en un tira y afloja racional— les ha dado franco acceso a la ubre sin necesidad de matar a la vaca.

El lunar del capitalismo, desde el ángulo de la política exterior, fue de siempre la fiebre colonizadora. Colonias que suministraran materias primas y mano de obra baratas y colonias (?), más prósperas, que suministraran

mercados consumidores para los productos de la metrópoli. En definitiva: el imperialismo. Imperialismo de penetración y conquista —Roma— o de explotación —Fenicia. En este punto la madre Europa, justo es decirlo, no puede arrojar la primera piedra. El actual despertar, la irrupción de las nacionalidades africanas, ha demostrado plenamente cuán poco se hizo por estos pueblos fuera de aprovecharlos para nuestros fines. Queda, pues, claro que la posible protesta del europeo contra el imperialismo del dólar no es la reprobación del inocente. Pero, a la vez, este previo reconocimiento de culpa no exime a Norteamérica de responsabilidades en este sentido. El imperialismo americano, por más hábil o más tardío, respondió antes a los métodos fenicios que a los romanos. No fue, el suyo, un imperialismo de fuerza sino de sutileza. Empezando por su oposición a que los países sudamericanos se confederasen al modo de los Estados del norte y terminando por las cabezas de puente aún enclavadas en el centro y en el sur del nuevo continente, se desarrolla todo un largo proceso de absorción económica. Los medios yanquis obedecían a un elemental principio mercantilista: abastecerse de materias primas al precio de diez y devolverlas, debidamente transformadas, al precio de ciento. Esto es viejo y conocido. Y dadas las reglas del juego liberal del siglo XIX apenas hay nada que reprocharles.

Es ahora, con nuestra mentalidad del siglo XX, cuando observamos los abusos y la conciencia nos reprocha. Pero en esta hora oportuno será anotar que uno de los primeros países que viran en redondo es precisamente Norteamérica. Cierto es que el temor al comunismo decide en buena medida este cambio de rumbo, pero, en cualquier caso, el Plan Marshall y la ayuda a los países pobres y atrasados no son meras entelequias. Por otra parte, las grandes compañías yanquis se retraen. Esto no significa que el gran capital se enternezca, sino que entre los fabulosos, pero aleatorios, beneficios que les brindan sus negocios en Sudamérica y los solamente grandes, pero seguros, beneficios que los negocios en su propio país les reportan, optan por esto último. Se trata de una cuestión de cálculo. La efervescencia hispanoamericana, con la consiguiente amenaza del alboroto o la nacionalización, les fuerza a tomar los bártulos y recogerse en casa. A mayor abundamiento, la política de Kennedy redujo todavía más la avidez imperialista norteamericana. La ayuda para el progreso —sobre cuya eficacia las noticias recogidas por el viajero son contradictorias— es un hecho; o sea, Norteamérica da dinero a Sudamérica para que se desarrolle. Todo ello no impide que aún perduren residuos del viejo imperialismo del dólar, como ocurre en la Argentina con el acero, en Chile con el cobre o con el petróleo en

Venezuela. Pero lo bueno es que la cosa se haya puesto en marcha. Este problema —como el racial— no está, ni mucho menos, archivado, sino en constante evolución a mejor. Tan sólo las prisas —acentuadas cuanto más vertiginosamente marcha todo— ponen de vez en cuando, en el proceso de resolución, una nota dramática. (Respecto a la Alianza para el Progreso he oído decir a un alto funcionario de este departamento que es todavía más lo que USA saca de Sudamérica que lo que le da por aquel concepto. Póngase esta afirmación en tela de juicio, supuesto que el que suscribe es incompetente para garantizarla o desmentirla).

Habida cuenta de lo antedicho, viene a resultar que los beneficios del comunismo, antes que los proletarios de los países comunistas, empiezan a obtenerlos los proletarios de los países progresivos y verdaderamente libres del mundo occidental. Posiblemente Marx ignoraba que las ventajas de su doctrina iban a producirse no por su aplicación, sino de rebote, esto es, por orillarla. El servicio, en todo caso, no sería justo regateárselo. Y ante hechos tan evidentes como el de la socialización de la abundancia americana y la apertura del comunismo ruso, a uno —viajero ingenuo— se le ocurre preguntar si el mundo no ganaría más sustituyendo la actual guerra de denuestos e improperios por un esfuerzo bienintencionado por armonizar las ventajas de un sistema y de otro. Esto es, buscando el punto de equilibrio entre la justicia y la libertad.

XXXI. Un campo próspero

Una de las infinitas cosas que el viajero ignora al arribar a este país son las condiciones de la vida rural. Uno —el que suscribe—, habituado a contemplar la existencia dramática de la mayor parte de los pueblos de Castilla, cada vez que rebasa la frontera española una de sus primeras preocupaciones es ver cómo viven los campesinos de otros países; esto es, si la aspereza de la vida al aire libre responde a un sino inevitable o a una injusticia. De ahí la perplejidad del viajero después de recorrer muchos millares de kilómetros a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos. Porque, en puridad, uno ha de admitir que parte de la población americana —una porción estadísticamente muy reducida— habita en el campo pero le cabe la duda de si esta realidad le autoriza a hablar de una vida rural propiamente dicha.

En España y parte de la Europa occidental —la oriental la desconozco— decir vida pueblerina equivale a decir aislamiento —cuando no incomunicación—, tedio, abandono y oscurantismo. Pues bien, desde este ángulo, en Norteamérica, pese a sus inmensas llanuras centrales, a su fenomenal producción agrícola, al aparente aislamiento de sus granjas familiares, existe, es claro, una dedicación agropecuaria pero no una vida rural en el sentido arriba indicado. Entendámonos. Vida rural significa en los Estados Unidos cielo abierto, noches sosegadas, bucolismo, pero en modo alguno aislamiento ni menos aún postergación frente a la confortabilidad urbana. En una palabra, en los Estados Unidos uno vive en el campo saboreando los beneficios del campo pero eludiendo sus inconvenientes. (Como de costumbre, hablo por lo que he visto; en éste, como en otros apartados, no se puede afirmar «Todo es de esta manera», pero después de recorrer en automóvil una tercera parte de los campos del país, sí puedo asegurar que se trata de un fenómeno general. Me dicen que en los medios rurales, en algunas granjas de algunos Estados —Dakota, Montana, etc.—, falta la luz eléctrica y hasta el agua corriente. Es muy posible que sea así y no estoy autorizado para desmentirlo. Mas lo evidente es que la norma es la otra; es decir, la urbanización, la higiene y la cultura no son patrimonio exclusivo en USA del hombre de la *civitas*). La electricidad, con su pequeño complejo doméstico, las instalaciones sanitarias, los talleres de reparación, el autobús

que pasa por nuestra puerta para conducir a los niños a la escuela, la espléndida pavimentación de los caminos de tercer orden y tantas otras cosas le hacen a uno olvidar que está en el campo, habitando una granja enclavada en una llanura sin fin; en plena, dilatada campiña. Por otra parte, la televisión y el automóvil —en contadas granjas se ven menos de dos automóviles— disipan todo agobio de incomunicación. Y esto no solamente es una sensación, puesto que realmente uno, tan pronto lo desee, puede romper su aislamiento y escapar al pueblo o a la ciudad a ver una película o un partido de béisbol. Todo esto motiva que al campesino americano únicamente se le reconozca cuando está en el campo y, al propio tiempo, que, en este país, el absentismo —el ansia de huida— prácticamente no exista. (Por otro lado, la población rural está en USA tan aquilatada que, de momento, no cabe pensar en nuevas emigraciones).

Las ventajas enunciadas acrecen cuando en lugar de una granja aislada se trata de un pueblo. Los pueblos yanquis emanan un encanto, una sugestión especiales. En cierto modo recuerdan a los pueblos del centro y del norte de Europa. Quiero indicar que son pueblos por su tamaño, por el escaso número de habitantes, pero nada más. Sus casas, incluso externamente, no se diferencian sustancialmente de las más decorativas casas de Washington. Se trata de aglomeraciones asépticas, de una urbanización acabada. Su césped, sus hayas, sus abetos, sus cedros, dentro de su estudiada naturalidad, ofrecen una jugosidad, una fragancia incomparables. Las bibliotecas, los cines, las salas de cultura, las tiendas, las cafeterías están a la última. Nada se echa de menos aquí, de no ser el vértigo y la aglomeración. Y, en cambio, se agradece esta posibilidad de comunicación cordial, cotidiana, que ha desaparecido de las grandes urbes y pervive en estos grupos humanos, cortos pero compactos, donde todos los vecinos se conocen. En una palabra, la comunidad rural viene a ser una comunidad amish pero con electricidad, automóvil y botones —botones de abrochar, no de servir. Afinando, podría decir que, en este país tremendo, los pueblos constituyen los últimos reductos de la efusividad. En los pueblos americanos aún cabe pensar en la visita médica domiciliaria, la tertulia a media tarde o en probarse una docena de botas —en reposada cháchara con el zapatero *Mr*. Smith— antes de decidirse por un par. Lo automático no les domina; todavía está controlado. Para decirlo en dos palabras, el descomunal progreso de este país ha llevado su refinamiento hasta los pueblos más pequeños, pero no ha logrado arrebatarles todavía el sentimiento comunitario. La máquina, en las pequeñas aldeas, aunque existe, no se ha interpuesto; aún cabe el contacto de corazón a corazón.

En rigor, el campo americano —al menos el que uno ha visto— es una sucesión interminable de tierras de labor y bosques. En algunas zonas, granjas con pastos, pero nunca yermos (los tesos mondos y despiadados y los pegujales creo se encuentran en algunos Estados como Nebraska y Nuevo Méjico y, por su carácter excepcional, constituyen, antes que nada, atracciones para el turismo). El país, pues, pese a su tamaño, es topográficamente accesible y agrícolamente agradecido. Las tierras rojas, fuertes, del sur y las negras —en diversas zonas casi como el carbón— del Midwest son suculentas y generosas. Y si la tierra y el clima —regular dentro de su extremosidad— se prestan y el hombre no se duerme, los resultados no pueden por menos de ser brillantes. Así se comprende que el campo americano sea uno de esos campos que devuelven ciento por uno; un campo para tomar y dar o, lo que es lo mismo, para consumir y exportar.

Caminando hacia el oeste, a lo largo de millares de kilómetros, la topografía no se altera. Es ésta, la del medio oeste, una llanura que llega a fatigar. Recorriéndola en automóvil, por pistas confortables, uno apenas se da cuenta de las dificultades con que hubieron de tropezar los primitivos colonos en su apresurada penetración hacia el Pacífico. Antes que colonos estos señores eran una especie de colonos de tierra firme, unas gentes guiadas por el instinto y la fe. De no ser por los bosques, salpicados aquí y allá, la monotonía sería insufrible. Pero, afortunadamente, los bosques quiebran a menudo —y la aproximan— la línea del horizonte. Estos bosques americanos son, por otra parte, una nueva invención yanqui. Quiero indicar que, junto a los bosques añejos, tan antiguos como el país, hay bosques tiernos, bosques de retoños. Bueno, pues estos bosques conservan una cantidad y una calidad de misterio tan importantes como la de los bosques viejos. Son concentraciones forestales macizas y apretadas donde se hace muy difícil penetrar: selvas vírgenes manufacturadas, por decirlo de una manera inteligible. Estos bosques que, calladamente, realizan una misión agrícola son, de otro lado, elementos ornamentales muy eficaces y refugio de una fauna que, sin ellos, apenas podría sobrevivir.

De Nueva York a California un automóvil invierte una semana, recorriendo cerca de mil kilómetros diarios. Éste es un dato esencial a la hora de valorar la población agrícola yanqui. Con una particularidad: que esta población, que descendió en un sesenta por ciento desde los tiempos de la colonización a 1900, ha descendido a un tercio en los últimos cuarenta y cinco años, cuando ya parecía que las posibilidades de reducción eran escasas. El máximo descenso se produce con la aparición del tractor de ruedas de

goma y la proscripción de la mula en las faenas agrarias. Las estadísticas nos dicen que, en 1920, la población dedicada al campo era el dieciocho por ciento de la total; dicha población pasa a ser del catorce por ciento en 1940 y del siete por ciento en la actualidad. El límite, aunque otra cosa se piense, aún puede rebajarse, supuesto que el campesino americano trabaja hoy menos horas que hace veinticinco años y, sin embargo, sus rendimientos son mayores. Números cantan: si la producción en 1950 era igual a 100, doce años más tarde, es decir, en 1962, era igual a 123. Si el rendimiento por hectárea era, asimismo, de 100 en la primera fecha, es de 127 en nuestros días. (Y la producción ha aumentado pese a disminuir la superficie cultivada: 1950 = 100; 1962 = 88. Esta reducción se debe, claro es, a una bien meditada política agraria, con objeto de proteger los precios, amenazados por los excedentes. El gobierno completa su obra protectora pagando una cantidad estimable por hectárea no cultivada).

Esta aclaración última evidencia que los yanquis no dejan la agricultura de la mano. El país se ha industrializado, es cierto, pero, en buena parte, la industria se mueve gracias a la agricultura y, en toda, come de ella. ¿En qué cabeza cabe, pues, que se abandone el campo a su suerte? Washington está constantemente a la escucha; atento no sólo a las plagas posibles, sino a las oscilaciones del mercado, etc., etc. Una alta política preside el destino agrario de este país. Nada se deja a la improvisación, o muy poco, pero ineluctablemente dentro de un plan general. Naturalmente esto cuesta dinero, pero rara vez la tierra deja de devolverlo con creces. Para orientarnos, bastará saber que el presupuesto anual —de los últimos años— del Ministerio de Agricultura alcanza la voluminosa cifra de siete mil millones de dólares (aparte, por sabido, de los presupuestos de cada Estado, que invierten en el campo una suma considerable). Este guarismo respetable de los siete mil millones es prácticamente el doble del asignado a obras públicas, minería e industria, y ya sabemos que estas cosas marchan admirablemente allí. De esto se deduce que la agricultura en el país más industrializado del mundo es, de entrada, un apartado caro; pero, al mismo tiempo, es un apartado que no puede desatenderse (mil de los siete mil millones se destinan a estudios para aumentar y mejorar la producción, o lo que es lo mismo, para beneficiar al país, a todo el país, produciendo más a menos precio, que éste es, en definitiva, el secreto de la economía de la abundancia).

De modo y manera que la producción agrícola aumenta a medida que la población campesina disminuye. (No entiendo mucho de agricultura pero, como profano, me parece que los indicios son favorables). Y si, en principio,

se pudo atribuir al clima y a la calidad de las tierras el alentador rendimiento agrario de este país, no cabe decir lo mismo del hecho de que cada día se recolecten más frutos utilizando menos manos. Aquí ya entran en juego, me parece, el caletre y el dinero; esto es, el cálculo.

He hablado largo y tendido de estos problemas con Antonio Bermejo, agregado agronómico de nuestra Embajada en Washington, y, si no le he entendido mal, fue Roosevelt, con su política de las tres *aes*, quien le puso el cascabel al gato. Estas tres *aes*, burdamente traducidas al castellano, podrían significar algo así como Acción de Ajuste Agrario, o, dicho en palabras pobres, aunque con una sola *a*, Reorganización Agraria. En este programa cabía todo, desde la extensión racional de las fincas de explotación familiar —cien hectáreas en el medio oeste y cuatrocientas en las zonas de Montana y Nebraska, equivalentes a nuestra Castilla— hasta un plan de lucha contra la erosión y de conservación de tierras, pasando por el punto clave, que era la mecanización de la agricultura. Pero lo más importante —el programa lo era de por sí— es que la Acción de Ajuste Agrario no fue flor de un día; o sea, Roosevelt la puso en marcha y en marcha sigue todavía; treinta años más tarde —con algún añadido, con leves retoques de actualización—, la política de las tres *aes* continúa vigente. Esto significa que eso del tejer y destejer, a que tan aficionados somos los españoles, no se conoce en USA. En este país se parte de una base, de un estudio a fondo, y desde aquí se proyecta el problema —el que sea—, y sucesivos presidentes o las oscilaciones políticas que conlleva una democracia no servirán para poner todo de nuevo patas arriba y replantear el problema cada cuatro años, sino para ir ampliando aquella base y profundizando en su conocimiento, aplicando las innovaciones que aconseje la experiencia. En resumidas cuentas, y si mis notas son ciertas, Roosevelt se detuvo en tres extremos sustanciales: especialización, mecanización y protección. Veamos, superficialmente, punto por punto.

El primer apartado responde, en realidad, al principio que informa la vida del país. América es un continente de especialistas; gentes que dominan una materia, pero la dominan hasta los entresijos. Se trataba, nada más, de aplicar este principio a la tierra previo estudio meticuloso de las características geológicas de cada región. Así surgió la división del territorio en *belt* (zonas o cinturones): el Corn Belt (zona del maíz), el Cotton Belt (zona del algodón), etc. (Por descontado, estas zonas, que abarcan inmensas extensiones —uno discurre a lo largo de dos mil kilómetros por el medio oeste, los estados de Indiana, Illinois, Kentucky, Iowa, y no sale de la zona del maíz—, no impiden el desarrollo de cultivos secundarios y pequeñas industrias derivadas). Es,

pues, una economía agrícola a base de monocultivos regionales. La tierra, como el hombre, se especializa. Y en torno a la economía agraria de cada zona, se levanta una industria adecuada, de forma que el círculo quede cerrado: maíz, cerdo, industrias cárnicas de Chicago, o bien: algodón, tejidos, manufacturas de sábanas, camisas o calzoncillos. (A este respecto es interesante observar que el algodón se consigue en Cotton Belt —estado de Mississippi y aledaños— a unos precios ligeramente superiores al de los territorios coloniales, pese a que en aquél se pagan altos salarios y en éstos —a base de esclavos, o casi— la mano de obra resulta irrisoria. El rendimiento personal y la mecanización han hecho posible este milagro).

El arraigo de la máquina en el campo es una realidad palpable; salta a la vista. Únicamente así se concibe el decrecimiento acelerado de la población rural. El campo americano está poblado de artefactos. Cada movimiento incómodo ha sido subsanado por el movimiento de una máquina. Esto permite que la explotación de una propiedad de cereal de cuatrocientas hectáreas pueda realizarla una sola familia sin asalariados y, por supuesto, sin dejar la piel bajo los ardores del sol; con el mínimo esfuerzo. En números redondos, si las máquinas agrícolas eran ciento en 1935, veinticinco años más tarde —en el año 1960— eran trescientas; en cinco lustros se ha triplicado, pues, la maquinaria. No es preciso añadir que en USA la máquina, de cualquier tipo, es económica, de fácil adquisición y movida por un carburante accesible incluso para las más débiles economías. Y si el incremento de la mecanización agrícola es asombroso, lo es más aún el consumo de fertilizantes (1935 = 100; 1960 = 680). A la tierra, por tanto, no se la da pausa pero se la alimenta; no se la esquilma. El mimo americano para con los animales, las plantas y la tierra es algo que se aprende, con las primeras letras, en la escuela primaria. Es el abecé de la ciudadanía. Como se aprende no tardando el mecanismo de todo tipo de máquinas —sus entrañas, sus secretos—, por lo que puede decirse que en USA el labrador no se concibe sin unos conocimientos prácticos de los trastos que maneja cada día.

Tenemos, por último, la protección agrícola. Esta protección adopta módulos muy típicos. La CCC —Commodity Credit Corporation— presta sobre cosechas futuras y compra a precios-soporte (anticipa el dinero por una cosecha y si nadie paga, luego, más, se queda con ella). Éstas son dos muestras, solamente, con las que pretendo dar a entender que aquí el crédito es fácil, como es fácil el asesoramiento. Para esto último existen técnicos muy capacitados al servicio del labrador —no pagados por él— que informan en cada momento sobre el abono conveniente, la selección de semillas oportuna

o la mejor manera de combatir la plaga. A su lado, el agente de extensión agraria desempeña un papel de mediación entre el labrador y el Ministerio. El agente no sabe nada de nada; no sabe más que ser simpático y, por otra parte, esto es lo único que se le exige. Los agentes mediadores —que toman contactos y emiten informes— se cuentan por millares (más de cincuenta trabajan solamente en el estado de Kentucky).

Para concluir, en Estados Unidos la política agraria no es fruto de la improvisación circunstancial; es un algo coordinado y armónico que afronta la realidad en su conjunto. De este modo se ha conseguido una producción agraria jamás soñada con una mano de obra jamás soñada: mucho con poco (los doscientos millones de personas que componen el país se alimentan con el trabajo de apenas quince millones. En Castilla, la población rural creo que remonta el cuarenta por ciento de la población conjunta. Claro es que si sobran brazos —y no sobrarán mientras falten máquinas, y no habrá máquinas mientras sus precios no se adecúen a las posibilidades campesinas y se adiestre a quienes las manipulen— habrá que ver de utilizarlos en otros menesteres, pero para ello convendría crear previamente estos puestos, y no resignarse a ver cómo el campesino se convierte, por mor de las circunstancias adversas, en carne de suburbio).

Así y todo, también el agricultor yanqui se ve desbordado, en lo que a ingresos se refiere, por el industrial. Las estadísticas nos dicen que si el hombre del campo ingresa, por año y por cada miembro de la familia, mil quinientos dólares, el hombre de industria rebasa ya, con desahogo, los dos mil quinientos por año y por cabeza. El signo industrial de los tiempos es un hecho irrefutable, como puede verse aun en aquellos países en los que la agricultura goza de la mayor consideración.

XXXII. La muerte disfrazada

Si importante es, a la hora de tomar las medidas de un país, observar la suerte de los vivos, el viajero estima que es aún más revelador observar la suerte de los muertos. «Dime cómo se muere y se entierra la gente de un país y te diré cómo es ese país» pudiera ser una ampliación plausible de un acreditado —aunque no muy fidedigno— refrán nuestro. El caso es que, desde los egipcios a nuestros días, el trato que reciben los muertos viene a resultar para arqueólogos, historiadores y sociólogos un dato muy expresivo para estudiar un determinado grupo social. Así podemos decir que si la historia del antiguo Egipto ha salido de sus tumbas, la historia de los modernos Estados Unidos puede salir de sus Funeral Homes.

La prosperidad material de los norteamericanos queda demostrada con sólo observar su antipatía hacia la muerte, actitud que revela que en este mundo se hallan tan a gusto que, en buena parte, no echan de menos otro, ni aspiran a él. Por otro lado, la movilidad mercantil de este pueblo, su dinamismo para la especulación, se revela en el hecho de que también a costa de los muertos se han levantado allí suculentos negocios. Pero éste es un aspecto de la vida norteamericana —la muerte es, al fin y al cabo, la punta de la vida— que conviene desarrollar con un cierto orden.

Decididamente éste es un pueblo al que la sola mención de la muerte no le es grata. Y no creo que esto sea nuevo, ni que tal afirmación resulte sorprendente para nadie. Para un pueblo dominado por la confortabilidad, morirse viene a representar perderla (perder la confortabilidad y todo lo que ella arrastra consigo). Por contra, en un pueblo famélico y miserable, la muerte —aun sin necesidad de creencias religiosas— viene a representar una liberación. No se trata sólo de cambiar este valle de lágrimas por un mundo sin penas ni necesidades —punto de fe que apuntala la resignación del creyente—, sino de que enajenar estas penas y necesidades ya implica, en sí mismo, desprenderse de algo malo. Esto supone que tan explicable como que el fenómeno de la muerte repele al norteamericano, es que al indio o al vietnamita le tenga sin cuidado y ante él adopte una postura de fatalismo e indiferencia. La vida empieza a ser estimable cuando uno tiene algo que perder con ella.

No encierra, por tanto, nada de extraño que el yanqui rehúya la idea de la muerte (insisto en que generalizar es errar; estoy hablando, no hace falta decirlo, de ese amplísimo sector de la sociedad americana cuya religión es el confort); de que todo lo que roce con la muerte se eche en USA a barato, se disimule o se puerilice. Y si la muerte existe —e inevitablemente sucede así—, de lo que hay que tratar es de que no lo parezca; de que no trascienda; en una palabra, de alejar esta idea a fin de que no nos amargue los cuatro días que ha de vivir uno.

Esto explica el que el día de difuntos —el Halloween— constituya en los Estados Unidos una fiesta infantil. Los disfraces y las travesuras de los niños avientan los fantasmas. Por ello, en lugar de visitar panteones y acarrear flores a los cementerios, el día de difuntos —el 29 de octubre— se celebra con una mascarada infantil. Naturalmente, la muerte es la protagonista de este día, pero desde el momento en que su idea se asocia al niño y a los caramelos, la muerte deja de ser lacónica y amarga. (Los disfraces de los niños se inspiran en lo tétrico en esta fecha: las calaveras y los huesos mondos son los atributos más usuales. Y tan típico como esto es la calabaza vacía —con unos huecos que le imprimen una expresión terrorífica al depositar dentro de ella una candela encendida— colocada en el marco de la ventana, dando cara a la calle). El día de difuntos es, pues, un divertimiento espectral; algo que nadie toma en serio; un juego. Los niños desfilan al anochecer de casa en casa, recogiendo golosinas, y los municipios conceden unos premios a los disfraces más ingeniosos.

Esta idea central de alejar a la muerte adquiere una aplicación rigurosa cuando la muerte se produce. En los Estados Unidos la muerte no entra en casa. Los muertos, en un país bien organizado como éste, disponen de alojamientos especiales. El más alto porcentaje de americanos mueren en el hospital (conste que esta costumbre de hospitalizar al enfermo grave me parece mucho más racional, sensata y humana que la nuestra de no despegarnos de él, pues, al amparo de una satisfacción sentimental, dificultamos no ya la atención que precisa sino, en ocasiones, su restablecimiento). Pero una vez muerto, el americano no vuelve al hogar, no tiene ya sitio allí. Ante un muerto hay que hacer dos cosas en América: alejarlo de casa y disimularlo, esto es, disimular que está muerto, devolverle todo (expresión, color, brillo a los zapatos) menos, claro está, la sensibilidad y el movimiento.

Para esto se erigen en todas las esquinas del país los Funeral Homes, que vienen a ser los Hogares de los Muertos, no de todos los muertos, sino de los

muertos calientes, de los muertos en tránsito del hospital al cementerio. Estos hogares, muy bien aseados —algunos, elegantísimos—, disponen de grandes salones donde a horas determinadas, señaladas en los periódicos, la familia del finado recibe a sus amistades con el muerto de cuerpo presente. Estos hogares están para eso, exclusivamente para eso, de forma que los más acreditados pueden simultanear una docena de duelos sin que entre los familiares y amigos de los respectivos difuntos se produzca el menor contacto. Uno pregunta en la puerta: «Don Fulano de Tal, que murió el jueves, —y el conserje, elegantemente uniformado, nos dirá—: Primer piso, habitación número ocho».

El Funeral Home no es, pues, la última morada, sino la penúltima. El cadáver, cuidadosamente embalsamado, acicalado, peinado, pintado, será exhibido durante dos días, o tres, o cuatro, o media docena. Todo es cuestión de dólares. La fuerza del negocio es en Norteamérica una fuerza avasalladora y de nada han valido hasta ahora las protestas de la razón y la sensatez. El servicio fúnebre sigue en manos de especuladores, de vivos que medran a costa de los muertos (un libro reciente, *Lo que cuesta morirse*, desmonta todo el tinglado mortuorio organizado en USA. La obra ha constituido un *bestseller* y las opiniones del autor son compartidas por la mayor parte del pueblo americano, pero, que yo sepa, hasta el momento no se ha traducido en resultado positivo alguno). El caso es que el dueño del Funeral Home, tan pronto se presenta un parroquiano —o, mejor, el familiar de un parroquiano —, le preguntará: «Usted quería mucho a su padre, ¿no es cierto?». Lógicamente el cliente responderá que sí, y entonces el «funeralista» le dirá que por quinientos, seiscientos o mil dólares va poco menos que a devolverle a su padre; es decir, su padre —el del cliente—, dentro de unas horas, estará presentable y rozagante; a excepción de que no hablará, tal y como si no se hubiese muerto: y si se tiene en cuenta que su procedimiento de embalsamar es mejor que ningún otro, y sus féretros impermeables, su padre se conservará así hasta el final de los siglos. Y como sobre el cliente operan fuertes razones sentimentales, viejos hábitos, respetos humanos y todo lo que en el mundo opera sobre los mundanos, terminará aceptando. (Ésta es una cadena que uno no sabe dónde puede terminar. Se me dice que, en un punto del sur, una viuda caprichosa hizo embalsamar a su marido arrellanado en su butaca predilecta, los lentes sobre la nariz y un periódico entre las manos. Guillermo Díaz-Plaja, con quien pasé unas horas en Washington, me recordaba aquello del anuncio representando a un hombre con los ojos plácidamente cerrados y la leyenda al pie: «¿Dormido? ¡No! ¡Muerto y bien muerto pero embalsamado por el

Funeral X!». Chiste o no, es evidente que la comercialización con la muerte ha rebasado la raya en USA y que en este extremo, está más que justificada la protesta social tendente a una simplificación y una mayor seriedad del servicio).

En cualquier caso, las atenciones de los Funeral Homes no concluyen ahí. Los ataúdes son —para quienes lo deseen— auténticas camas, con su colchón, sus sábanas y su manta. Al muerto se le arropa como a un niño que se dispone a dormir. Como puede verse, el americano —algunos americanos— ha tomado aquello del eterno descanso al pie de la letra.

Otra prueba —ésta de muy buen gusto— de la aspiración yanqui por despojar a la muerte de sus atributos luctuosos nos la dan las esquelas de los periódicos. De ordinario son noticias escuetas —a veces esquemáticas—, sin esas orlas negras de un centímetro de ancho que utilizamos los españoles, antes que para homenajear al finado, para expresar nuestra vanidad doliente y vocear al pacífico lector que desayuna por la mañana la terrible admonición: «Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás». En este punto, el anhelo del americano por ahuyentar la idea de la muerte le ha rendido un eficaz servicio. Ello no quita para que el barroquismo retórico de algunas familias se desahogue en las páginas necrológicas, a tanto la línea, en versos como éstos:

Sincera y amable en corazón y mente
¡Qué recuerdo más bello nos dejó!
(*Murió hace veinte años. Sus hijos, nietas, etc*.).

O bien:

En memoria de mi hijo, muerto hace diez años:
Descansa en paz, Eduardo querido,
es dulce pronunciar tu nombre.
En vida te quise mucho;
en muerte, igual.

Pero, de ordinario, las necrológicas yanquis son ponderadas y sobrias. Anoto al respecto dos peculiaridades: el yanqui, antes que a las virtudes del muerto, atiende a su perfil profesional; a su eficiencia en el trabajo. Por otra parte, los menesteres más prosaicos se disfrazan con títulos rimbombantes, socorridos eufemismos que designan el barrendero como «técnico de limpieza» o al portero como «funcionario del Ministerio Tal». (Dos notas más dignas de ser imitadas: los amigos del difunto, en los Estados Unidos, no testimonian su

dolor con flores. Allí es frecuente que, a los pocos días del fallecimiento, la familia doliente reciba una esquela de la parroquia en la que se puntualizará que «por encargo de don Fulano de Tal, el próximo día tantos se oficiará una misa o un oficio fúnebre por el eterno descanso del alma de don Mengano de Cual, recientemente fallecido». El oficio, por supuesto, ha sido organizado por uno o varios amigos del muerto. Otro detalle, éste más prosaico, pero no menos ejemplar, se refiere al buen orden de la comitiva fúnebre. Los coches que asisten al sepelio —al menos en muchas ciudades— marchan con las luces dadas en pleno día, de tal forma que la hilera no se corte y los asistentes no se despisten. La comitiva doliente tiene preferencia; una preferencia que es rigurosamente respetada; como la de las ambulancias o la de los coches de bomberos. Contra ella nada pueden los semáforos. De este modo se evita la confusión que, por ejemplo, se produce en Madrid en los entierros multitudinarios, donde de hecho es frecuente que un provinciano que llegó con la piadosa intención de acompañar a un amigo al camposanto aparezca de pronto en el estadio de Chamartín en vez de en la sacramental de San Isidro).

Con afeites y perfumes, con las uñas hechas y el pelo bien peinado, con su colchón y sus sábanas, el yanqui termina donde todos terminamos: en el cementerio. Ahora bien, los cementerios americanos, como sus esquelas y su día de difuntos, carecen de toda gravedad romántica, de toda rigidez fúnebre. Esto lo han conseguido a base de eliminar cipreses y panteones; los cementerios yanquis no son productos de cantería; lo mineral, en ellos, es accesorio: las lápidas y las tumbas han sido sustituidas por una pradera; una pradera jugosa y asimétrica, con paseos y declives, y árboles de diferentes especies. Al eliminar la arista, la geometría y la piedra, los cementerios se convierten en auténticos remansos vegetales para los muertos. No conservan nada del tradicional agarrotamiento europeo; en suma, están, también, disimulados. En Arlington una pequeña lápida de cincuenta centímetros sobre la hierba sirve para identificar una tumba. En algunos cementerios de Virginia, incluso se ha desterrado la piedra: un ramo de flores, una planta, una pequeña cruz son las únicas referencias autorizadas. Esto justifica el hecho de que los cementerios —que, repito, son jardines con muertos debajo— se alcen en medio de las ciudades. (La iglesia de la Trinidad, en Wall Street, el corazón de Nueva York, está circuida por un antiguo y bellísimo camposanto. En la Universidad de Bloomington —Indiana—, al asomarme a la ventana de mi cuarto, en el hotel, divisé, al pie, un recoleto, discreto cementerio). Es obvio que, entre su naturaleza vegetal, la vecindad con el mundo de los vivos, y las ardillas que corretean por ellos —la ardilla es, sin disputa, el símbolo de

la viveza y la agilidad—, todo tono frío y envarado, todo simbolismo funerario queda automáticamente desterrado de estos lugares. Lugares —los cementerios— que pueden también ser explotados por los particulares como un negocio. Es decir, que el americano que se canse de ensayar trigo, cebada y sorgo híbrido en sus campos, puede un día decidir, sin más preámbulos, dedicarse al cultivo de cruces y de lápidas. Y hasta puede que le resulte más rentable.

XXXIII. Adiós a Norteamérica

Y ha llegado la hora de regresar, de poner punto final a estas impresiones que ya van pecando de desmesuradas. (La desmesura de Norteamérica conduce, casi inevitablemente, al descomedimiento interpretativo). En realidad, la experiencia del viajero no ha sido general. Se ha limitado a los siguientes estados: Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Massachusetts, Maryland, Virginia, Carolina, Pensilvania, Kentucky, Indiana, Illinois, Wisconsin, Michigan, Ohio y la capital federal, Washington D. C. Es decir, uno ha recorrido una parte de los Estados Unidos, sólo una parte, y por cierto la menor. Del oeste extremo y del suroeste no trae impresiones directas y, consecuentemente, cabe que un buen día tenga que desdecirse y aclarar que algunas afirmaciones que sentó como generales no tienen tal carácter. Quede, pues, claro, que este repertorio de impresiones deshilvanadas se cimenta sobre un caudal de observaciones limitadas al norte, al este, al sudeste y al medio oeste de los Estados Unidos. El resto de los Estados —y son unos cuantos— continúan inéditos para él.

Mas en este sube y baja, izquierda y derecha, el viajero ha recalado más de media docena de veces en Nueva York, una de las ciudades que si no resume, ni de mucho, la vida norteamericana, sí constituye un fenómeno aparte y, de puertas afuera del país, se erige, sin lugar a dudas, en la más representativa. A Nueva York llegó el viajero a finales de verano y de Nueva York parte el viajero una noche de invierno desapacible y cruda. En verano, en otoño y en invierno, Nueva York es una ciudad tremenda; tremenda por su población —el área metropolitana cobija cerca de quince millones de personas—, por sus estructuras arquitectónicas, por su movimiento y por su clima. Nueva York es la ciudad de los contrastes: negro y blanco; hambre y saciedad; esperanza y hastío; rascacielos y chabolas; trópico y polo. Todo cabe en ella y lo curioso es que la fisonomía de Nueva York viene dictada precisamente por su carácter heterogéneo, porque en ningún otro lugar del mundo los extremos se tocan como se tocan aquí.

Ahora, cuando tras unos meses de estancia en el país, uno se dispone a tomar un avión que le reintegre a la patria, no puede por menos de recordar el día de su llegada. Entonces la canícula apretaba —36 grados nuestros y la

vecindad pegajosa del mar; hoy, el frío es polar: 18 grados bajo cero, nieve en los campos y un viento desmelenado y helador procedente del Hudson. Estas transiciones en apenas cuatro meses son, por lo visto, normales allí, lo que equivale a decir que Nueva York padece un clima endiablado, extremoso, como lo es —salvo en las zonas de montaña— en toda la mitad norte del país. A la calorina húmeda y untuosa del verano sucede un frío cortante, con abundantes rociadas de nieve, durante el invierno, un invierno que de ordinario se establece a primeros de diciembre y no levanta sus reales hasta mediados de abril. Esto supone que el americano, que todo lo prevé, ha de andar al quite en este punto. El ambiente sofocante y caliginoso del verano provoca una proliferación del mosquito que la vecindad de los lagos favorece. De aquí que todas las casas americanas cuenten, en sus ventanas, con unos suplementos de tela metálica muy tupida que impide la invasión (a menudo, los porches están igualmente preservados, única medida que autoriza a disfrutar de los atardeceres estivales a la intemperie). De otra parte el aire acondicionado ya no es un lujo aquí. Los edificios más antiguos tienen aparatos de éstos montados en cada ventana, trastos antiestéticos pero sumamente eficaces. Los nuevos —los nuevos edificios de pisos, digo— disponen de un servicio centralizado que permite a los vecinos graduar la temperatura sin más que girar un botón.

La lucha contra los elementos se entabla igualmente, aunque desde un ángulo distinto, al llegar el invierno. El invierno del norte de los Estados Unidos no sólo es frío de grados, es frío de viento, que es como decir doble frío. Si consideramos que el viento es el acompañante habitual —en la zona de Nueva York, al menos— de temperaturas de quince a veinte grados bajo cero, comprenderemos todo aquello de las pieles y de los atuendos estrambóticos de que anteriormente hablé. Al asomar el invierno en Nueva York uno puede echar sobre sí lo que se le ocurra —incluso los cortinones de su casa si lo desea— en la seguridad de que nadie va a reparar en los procedimientos de abrigo que utilice. Todo es lícito; todo es comprensible. Y, por supuesto, las orejeras, como tales orejeras independientes, como apéndice del gorro de piel o del sombrero, resultan inexcusables si uno quiere conservar íntegros los pabellones auriculares, tan útiles por otra parte. Los fríos americanos son fríos glaciales, auténticos fríos siberianos, lo que sucede es que como Napoleón no llegó aquí y no hubo de retirarse por esta causa, no gozan de tan dilatada fama como aquéllos.

Este frío, como era de esperar, tiene unas implicaciones ornamentales sumamente interesantes: la escarcha, el hielo y la nieve. Estos elementos

juegan un papel muy sugestivo en los días navideños y van acentuando su presencia a medida que uno progresa hacia el norte. Lo complicado es compaginar esta belleza decorativa con la viabilidad de las líneas de comunicación. Las nevadas yanquis son nevadas de liquidación, nevadas copiosas en las que el cielo se desahoga en unas horas. En América no nievan platos, nievan sábanas. Pero un país como éste —con más de cincuenta millones de automóviles— difícilmente podría soportar una incomunicación de más de veinticuatro horas. Y si de puertas adentro USA se defiende del frío con un sistema de calefacción de gas o aceite mineral que la doble ventana hace aún más eficaz, de puertas afuera conserva las vías expeditas gracias a las máquinas quitanieves. Estas máquinas empiezan por formar legión —una por cada muy pocos kilómetros— y terminan por no dejar posar los copos. No son, pues, máquinas quitanieves sino, en el más riguroso sentido del vocablo, máquinas espantanieves.

Total, que uno llegó a Nueva York sudando por cada pelo una gota y se va de Nueva York esmorecido, congelado como un carámbano. Este contraste no fue sino el aperitivo de otros contrastes. Así, uno, de entrada, visitó la parte despampanante y grandiosa de la ciudad —Wall Street, Rockefeller, Quinta Avenida, Broadway, la ONU— y, de salida, los barrios más sombríos —Mott Street (o barrio chino; pero chino de China, no de prostituta), muelles, Harlem, barrio judío, Bowery, etc. Pues bien, entre una y otra visita, uno constató no sólo los contrastes neoyorquinos sino la unidad que se conserva dentro de la diversidad; o sea la impermeabilidad de ciertas razas, su resistencia a la contaminación étnica y a aceptar hábitos y costumbres cosmopolitas. (Uno entra en el barrio chino y corta, de súbito, todo contacto con el mundo occidental. Aquello es Oriente, pero Oriente de verdad. Mott Street podría muy bien ser una calle de Hong-Kong. Hasta las cabinas telefónicas, en las esquinas, son como diminutas pagodas. Y las gentes que pasan o pasean son chinos y chinas perfectos si que con una propensión a la indumentaria europea. Algo semejante acontece en el barrio judío —110 Street—, abigarrado e hirviente, devorado por los establecimientos de compraventa —ropa usada preferentemente— y las cartelas publicitarias, algunas en correcto español, quizá de los sefardíes: «Rastro», «La Esquina Famosa», «Zapatería»).

Todos estos barrios, como el italiano, conservan un acento típico: idioma, cocina, costumbres, etc., etc. (Se da el caso de italianos que llevan cuarenta años en Nueva York sin conocer el inglés. Las tiendas, los cinematógrafos y los sacerdotes les hablan en su idioma y ellos no necesitan salir de su barrio

para otra cosa). De este modo Nueva York no es la fusión sino la suma de varias ciudades. Las fronteras son invisibles pero rotundas. Como rotundas, y muy próximas, están las fronteras entre la abundancia y la pobreza. De estos barrios, los dos que por alguna razón calaron más hondo en mi ánimo fueron el barrio negro —Harlem— y el barrio de los desesperanzados —Bowery—, compuesto por unos seres para quienes la vida no es sino la espera resignada —o menos resignada— de la muerte.

Uno ha de confesar que Harlem, en su aspecto externo, no le causó la impresión de sordidez que esperaba. Harlem no es un barrio de barracas, sino que sus casas, un tanto monocordes —cuatro o cinco pisos, factura de ladrillo, adornos y marcos blancos—, ofrecen una apariencia discreta, con un cierto tono provinciano y sureño. Claro que Harlem no es un barrio pobre sino un barrio negro o, por mejor decir, una urbe negra, enclavada en otra urbe, más grande, blanca. De este modo, Harlem posee sus calles elegantes —125 Street —, donde viven negros acaudalados y se concentra el comercio, junto a suburbios donde la miseria se asoma por las ventanas. En cualquier caso, dos notas típicas de Harlem son el hacinamiento y la suciedad. Si uno recorre el barrio, aunque sea en automóvil, observará enseguida una cosa: el barrio es extenso pero nunca su perímetro podrá compararse ni remotamente con el que puede abarcar una ciudad de medio millón de habitantes. Esto nos da a entender que los negros de Harlem viven amontonados, unos encima de otros, lo que de entrada les priva de un mínimo decoro vital.

Por otro lado, las inmundicias que se acumulan en la calle son un trasunto de los interiores. El viajero no ha contemplado en su vida un desaseo urbano tan desastrado como el que Harlem ofrece. La impresión que, en este aspecto, recibe el viajero es la de que esas basuras llevan ahí años aguardando. El caso es que, junto a las basuras, los coches se alinean —sin un solo hueco— a ambos lados de cada calle; eso sí, son automóviles mugrientos, abollados, muchos —esto me llamó la atención especialmente— con los neumáticos reventados, las llantas en el suelo. En ningún otro lugar como en Harlem ha sentido el viajero la convicción del gran papel que la educación —hasta hoy muy desigual— podría representar en la resolución del problema racial norteamericano. Dos detalles complementarios sumamente expresivos: la policía vigila Harlem constantemente (es en el único lugar de América donde he observado tal cosa), y los anuncios de dentífricos, cigarrillos, almacenes de vestir, etc., utilizan a un negro o a una negrita como protagonistas (bastaría este detalle —si no sobraran otros— para comprobar la sutileza, los recursos de presentación y expansión de que echa mano el comercio americano).

Pero, con todo, la impresión más desoladora de mi visita a los barrios tristes neoyorquinos me la deparó Bowery Street, la calle sin esperanza (en la violencia de esta impresión no se puede prescindir de la proximidad de este infierno al paraíso de la frivolidad y el bienestar que es Park Avenue). Uno accede a Bowery sin preparación ninguna; pasa del todo a la nada sin transición. Y al decir nada no me refiero tanto a los recursos materiales como a las reservas morales. El pobre de Harlem puede no tener dinero pero nadie podrá impedirle alimentar ilusiones. Y esto es lo que más impresiona del habitante de Bowery: su absoluta incapacidad para la esperanza, su impotencia espiritual, su rastrera y total degradación. Los habitantes de Bowery poco tienen en común con el resto de los mortales fuera de la apariencia. Son hombres apartados de la colectividad, embrutecidos por las drogas y el alcohol; los despojos de una sociedad opulenta. El habitante de Bowery es un ser desesperanzado, y no digo desesperado porque ni energías tiene para desesperarse. Es, precisamente, su estática pasividad, su apatía, lo que más descorazona al visitante. Y lo terrible es que el barrio es un barrio de noble apariencia, con bloques de casas de ocho o diez pisos, bien urbanizado, muy transitado. Mas el habitante de Bowery no sabe ni dónde vive ni, lo que es peor, le importa. Él llegó aquí acuciado por la necesidad. Media Bowery Street —y quizá me quedo corto— son hoteles de «medio dólar», esto es, antros donde por medio dólar se puede pernoctar. La promiscuidad, el hacinamiento, la violencia son las características de estos tugurios. Y a las ocho de la mañana, a la calle. Nada importan los quince o los dieciocho grados bajo cero. El habitante de Bowery no siente el frío ni el calor. Únicamente le interesa hallar unas monedas para drogarse o embriagarse. El resto del día lo pasará transitando arriba y abajo como un sonámbulo, los ojos perdidos, el busto inclinado hacia delante, las manos en los bolsillos de una vieja gabardina demasiado holgada, porque junto a la uniformidad del atuendo y la expresión, el habitante de Bowery se distingue por su extrema delgadez. En puridad, Bowery es un campo de concentración urbano; un campo de concentración sin alambradas porque el espíritu de sumisión, de fidelidad al «campo», está ínsito en cada uno de sus pobladores. Para ellos no existe el mundo, el resto de la sociedad. De ahí su indiferencia; de ahí su impudor. Borrachos, drogados o inconscientes se tienden en las aceras y aguardan a que se les abra la puerta del hotel (?) de «medio dólar» o la del cementerio; les es indiferente; nada ni nadie puede sacarlos de su postración. Al habitante de Bowery lo único que le interesa es no pensar porque no pensando no se siente.

Sin duda ninguna Bowery Street me ha brindado la estampa más triste y deprimente de mi recorrido a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos.

Dos viajes en automóvil

1982

Suecia

1980

I. La naturaleza sueca

Visitar los países nórdicos atravesando en automóvil Europa occidental resulta ameno y provechoso. Uno puede observar así ciertas diferencias y matices que le pasarían inadvertidos viajando en medios de locomoción más rápidos. Tal, el respiro que se concede al viajero una vez que se traslada de Alemania a Dinamarca surcando el pequeño Belt, travesía en la que apenas invierte una hora. La dinámica de la carretera, la dinámica urbana, la dinámica social entran, de pronto, en un ritmo diferente, más pando y sosegado. El fenómeno puede ser engañoso, pero el turista que viaja en esas condiciones experimenta la impresión de que el apresuramiento frenético, la prisa deshumanizada de Occidente han hecho allí una pausa, han cedido. Menos mal, porque el vértigo germano es literalmente turbador. Alemania es mucha Alemania, uno de esos países en los que es suficiente una ausencia de tres años para encontrar las cosas cambiadas. Su pujanza, que, en apariencia, no puede alcanzar más altas cotas, sobrepasa en pocos meses lo que en principio parecía insuperable. Mi último viaje, por ejemplo, me ha demostrado que las autopistas —las de dos carriles y algunas de tres, en determinados tramos— empiezan a resultar insuficientes. Basta un coche pinchado, que un camión relativamente lento adelante a otro camión más lento todavía, y no digamos un pequeño accidente para que la fluidez quiebre y se produzca el atasco, el embotellamiento. Al discurrir por las carreteras germanas, he tenido la impresión de que el alemán ha declinado su tradicional sentido de la disciplina. El límite de velocidad en autopista es allí de ciento treinta kilómetros a la hora. Pues bien, los automóviles que circulan por el primer carril de la derecha, y aun los del segundo, acatan esa norma, pero los del tercero, y no digamos los del cuarto, donde hay cuatro, se lo saltan a la torera, circulan a ciento ochenta o doscientos, en un apresuramiento desenfrenado, y si uno, ingenuamente, ha tenido la mala ocurrencia de situarse en uno de ellos, se verá asaeteado por las ráfagas impacientes de los coches que le siguen y, lo quiera o no, se verá obligado a acelerar y acelerar hasta desbordar la hilera —a veces interminable— de coches que circulan por el carril derecho. El automovilista pierde su libertad en las autopistas germanas. No se desplaza a la velocidad que quiere, sino a la que le imponen

los vehículos que marchan detrás. Es inútil resistirse. Al viajero le asalta la sospecha de que si intentara frenar aquella corriente endiablada sería eliminado como un estorbo. Creo que este apremio circulatorio es indicativo del apremio que hoy domina en la sociedad alemana, de una celeridad inenarrable.

Todo esto cede, una vez que el turista toma el transbordador en Puttgarden y desembarca en la otra orilla, en Dinamarca, una hora después. Las cosas, entonces, se serenan, entran en un orden distinto, y no sólo porque la limitación de velocidad sea más estricta y los nórdicos la respeten, sino porque el ritmo vital es más acompasado, más lento. Se diría que el nórdico es, en este aspecto, el único ser de la Europa occidental que todavía no ha perdido los papeles. Hablo desde una experiencia de apenas tres semanas y, por lo tanto, mi apreciación puede estar equivocada, pero la sensación que a uno le invade después de recorrer miles de kilómetros por carreteras danesas, suecas y noruegas y visitar centenares de ciudades, pueblos y pueblecitos es la de haber entrado en otro mundo. En ello influye, sin duda, la escasa población —veinticinco millones de habitantes entre los cinco países que componen el Congreso Nórdico: Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia e Islandia— y el hecho, lógico, de que aún se conserven miles de kilómetros cuadrados de Naturaleza natural, de bosques y lagos inmensos. En lo que se refiere a Suecia, las tierras de labor, las praderas, las hazas de cereal, es decir, las superficies despejadas, se circunscriben al sur del país, sí que abrigadas inevitablemente por prietos bosquecillos. En la carretera de Lund a Kristianstad el paisaje resulta de un bucolismo cautivador. Los cuentos que acunaron nuestra infancia, el ambiente de esos cuentos, en su mayoría nórdicos, se hace vivo allí. La pequeña granjita de tablas —blancas, amarillas o rojas—, las instalaciones anejas, también de madera, las pacíficas vacas en el prado, tras la cerca, el niño rubio, casi albino, vestido de colores vivos, dando de comer a las ocas y, como fondo, ineluctablemente, el bosque de pinos o abetos, denso, sin un resquicio de luz, rematando la perspectiva. Todo es, o lo parece, Naturaleza en Suecia. Más de la mitad de su geografía es árbol o agua. Tengamos en cuenta que la población sueca es de ocho millones de habitantes para una extensión de tierra aproximadamente la de España, lo que quiere decir que a los suecos les corresponde mucha Naturaleza por persona, y, en consecuencia, que el sueco, le guste o no, está integrado en esa Naturaleza, formando parte de ella.

El habitante de este país se siente orgulloso de su Naturaleza, la cuida, la conserva y la defiende. El día de nuestra llegada a Lund, los accesos por

carretera a la ciudad estaban cerrados a causa de una marcha antinuclear. El contacto con el aire libre es una constante aquí, casi diría que el sueco está siempre al oreo, ya que salvo tres o cuatro ciudades donde se ha recurrido a la mampostería, el sueco vive —y el que no vive, descansa las vacaciones y los fines de semana— en su casita de tablas, dentro del bosque o a orillas del lago. El pueblo sueco ha pasado en menos de un siglo de una cultura agraria a una cultura industrial, y al discurrir del ruralismo a la urbanización, lo ha hecho sabiamente, sin perder de vista a la Naturaleza. Hoy día, un cinco por ciento de campesinos dan de comer al resto del país (en los Estados Unidos tengo entendido que rebasan el seis por ciento), pero el noventa y cinco por ciento restante, empleados en la industria y los servicios, no se han desprendido de sus raíces rurales, tienen su casa o sus antepasados, o ambas cosas, en el campo; conservan en su sangre unas reminiscencias rústicas que, lejos de avergonzarlos, cultivan y proclaman.

Lógicamente el sueco es deportista, pero deportista activo, de aire libre: bicicleta, patinaje sobre hielo, caza, pesca, esquí. No se conforma con el deporte espectáculo: le gusta ser protagonista, hacer deporte antes que presenciarlo (en primavera, en todos los centros escolares hay una semana de vacaciones con este exclusivo fin). Apenas existen allí diversiones gregarias para llenar los ocios. La actividad festiva del sueco está diversificada: pinta su cabaña, recolecta setas o arándanos, juega al tenis, se pierde en sus paseos, o haciendo *footing*, por los bosques. El resultado se constata en las carreteras: no existe una especial densidad circulatoria dominical, cada uno está en un punto, se mueve a distintas horas, no se estorban. Y al propio tiempo, en un país tan pródigo en agua y de tamaña riqueza forestal, no hay polvo ni contaminación. Me ha llamado la atención la transparencia del aire, incluso en Estocolmo. La luz es finísima, diáfana, opalescente, incluso en días entoldados y durante los largos, interminables crepúsculos. Con sol resultan asombrosos los relieves, los matices de las cosas (relieves y matices que, con sabiduría electrónica, han acertado a trasladar a la televisión en color, de unos tonos delicados, sutilísimos, desconocidos aquí).

En semejante medio no puede sorprendernos el carácter apacible del sueco (que no es indiferente o apático, como se le ha tratado de presentar a veces). El hombre que dispone de un árbol bajo el que cobijarse rara vez pierde los nervios. Y Suecia es un país forestal, un país literalmente de madera, y sus pobladores adoptan ante la vida una cierta actitud vegetal, dicho en el mejor sentido de la expresión; esto es, crecen y se desarrollan sin apresuramientos, no dando un paso antes de afianzar el anterior.

Suecia va siendo más Suecia a medida que se asciende hacia el casquete polar. Camino de Malung, en la región central, el caserío, siempre de tablas y diseminado, empieza a ralear y, poco más allá, hacia Tännäs, se inicia la montaña, el pino cede paso al abeto, el abeto al abedul, y ya en las cumbres, el abedul a la tundra. En estos paisajes semivírgenes, la Naturaleza sueca, otoñando en una hojarasca llameante, con la pincelada rojo vivo de los serbales, en torno a los lagos azules, alcanza una belleza indecible. A estas alturas se hacen notorios los primeros rebaños de renos en libertad, explotados exclusivamente por los lapones; los corzos y esos caballos gibosos con cuerna de pala que son los alces, visibles en los calveros de los bosques, que miran desconfiados y vuelven grupas en cuanto el coche se detiene. Estos animales se cuentan por decenas de millares; es decir, no son reliquias, y el hecho de que a lo largo de las carreteras se señale su inminencia como un peligro no son ganas de incordiar, sino una realidad palpable, y nosotros mismos nos hemos visto obligados a detener el automóvil por dos veces ante la presencia de sendos hatajos de renos.

A un paso del siglo XXI es alentador encontrar en la vieja Europa una reserva de Naturaleza natural como la sueca. Ellos son conscientes de ello; saben que esto no se da ya apenas por el mundo y la guardan, la preservan. Porque, a esta riqueza natural insólita, el sueco responde con una sensibilidad por el medio ambiente también insólita en un siglo de practicismo, contaminación y despilfarro, donde el futuro apenas cuenta.

II. En tinieblas

El sueco ama el sol. En la Europa meridional, tras la invasión de los vikingos, reanudamos el contacto con los nórdicos a través de Torremolinos. Y el sueco ama el sol porque tiene poco. Yo diría más: el sueco vive bajo la obsesión del sol, o, mejor dicho, bajo la obsesión del frío y de la oscuridad. En diversos ambientes he pulsado esta monomanía, derivada del prolongado invierno nórdico, con sus interminables noches y sus brumosos días de apenas cinco horas. Esta situación fomenta, según me dicen, la proliferación de las depresiones y el hecho de que el nórdico, después de alcanzar la jubilación, huya en busca de luz adonde sea, el mar Negro o las Canarias. Posiblemente sea también esta tenebrosidad la que justifica la proclividad nórdica hacia el alcohol, pero éste es ya otro asunto. Lo cierto es que el sueco vive los últimos días luminosos de septiembre con auténtica fruición no exenta de temor ante la larga noche que se avecina. En ciudades como Estocolmo y Gotemburgo y en aldeas del sur, del centro y del norte del país he encontrado análoga preocupación. Los ganaderos, que han pasado el estío con sus ganados en libertad, viviendo en el bosque, en una pequeña cabaña, los recogen mediado septiembre para estabularlos. Llega el invierno, un invierno de ocho meses, con su luz corta y plomiza, sus hielos y sus nieves, y hay que adoptar las adecuadas medidas de protección.

Esta preocupación colectiva quizá sea el origen de viejas costumbres, como la de comer y cenar a la luz de las velas, o de otras, recientes, como la de que los coches circulen en pleno día con los faros de cruce encendidos. La llama de la vela, que, poco o mucho, es luz y calor, ha pasado a ser en Suecia una manifestación de hospitalidad. Nunca falta en las mesas. Anna Britta, que conserva vivas en Malung las más arcaicas tradiciones campesinas, prendió unas candelas antes de obsequiarnos con una taza de té en su casa. En dos recepciones nocturnas a las que fui invitado, las llamitas de las velas lucían en el macizo central del jardín de mis anfitriones cuando llegué. En este hábito, firmemente arraigado, ya no tienen nada que ver las noches cortas o largas; se ha convertido en un rito vigente en todas las épocas y todas las latitudes.

Lo mismo cabe decir de los coches que circulan de día con las luces dadas. Esta decisión, que pudo adoptarse en principio como medida

precautoria contra los oscuros inviernos nórdicos, para incrementar la visibilidad en las jornadas brumosas, sigue en pie durante los meses de verano, en las horas en que un sol rutilante brilla en el cielo.

La apetencia de luz, su anhelo de ella, es el motivo de algunas fiestas suecas, concretamente la de Santa Lucía —patrona de los invidentes— o la de la Primavera, el día que esta estación se inicia. La primera, en la que los hombres y las mujeres bailan en torno a una especie de cirial gigante, adornado con guirnaldas, es especialmente campesina, y la segunda se celebra en todas partes. En Uppsala, ciudad universitaria, con una biblioteca de millones de volúmenes, la arribada de la primavera se conmemora ritualmente con un acto académico en el que el rector se dirige a los estudiantes, tocados con sus clásicas boinas blancas, congregados en la amplia explanada de acceso, y se remata con músicas y bailes que se prolongan hasta altas horas de la madrugada. Se celebra, nada menos, el anuncio de la luz, y la luz, ya se sabe, es sagrada en Suecia, quizá lo único sagrado que va quedando en esta sociedad profundamente secularizada.

Queda por ver si no será también la falta de luz lo que estimula el civismo del sueco. La tenebrosidad parece, en principio, aliada de la inseguridad, pero esta sensación de inseguridad no la he apreciado, sin embargo, en los países nórdicos, contrariamente al incremento que se observa en los países de la Europa meridional. El sueco difícilmente puede sentir inseguridad en las tinieblas puesto que entre ellas tiene que desenvolverse la mayor parte del año. Pero es que, además, el sueco es un ser disciplinado, un ser sumiso a las normas, normas que, antes de dictarse, no sólo han sido pensadas y discutidas sino que responden al más puro sentido práctico, por no decir sentido común. Dos ejemplos: en Suecia se prohíbe circular a los automóviles a más de noventa kilómetros por hora. Tal disposición es valedera para las carreteras estrechas, para las anchas, para las autovías y para las autopistas. He aquí una medida de pata de banco puesto que de lo que se trata es de ahorrar combustible, no de reducir la peligrosidad, y la gasolina se quema lo mismo en un camino de tres metros de ancho que en una autopista de cuatro carriles. El segundo ejemplo es no menos aleccionador. Las autovías están divididas en Suecia por líneas de trazo discontinuo, única manera de que sean eficaces en los adelantamientos. El trazo continuo, que es el que se utiliza en el resto de Europa, agarrota la circulación e inutiliza los arcenes, que apenas sirven para que circule por ellos un tractor o para que cada cien kilómetros aparque un coche con una goma pinchada. En Suecia, como en España, se circula normalmente por los dos carriles centrales, pero la línea punteada de la

derecha permite orillarse y ceder el paso al que lo pide sin quebrantar ninguna disposición. La fluidez que este sistema imprime a la circulación por carretera puede perfectamente imaginarse.

El sueco, que conoce el respeto del sueco hacia la norma, irrumpe así en la calzada, a cincuenta metros del morro de nuestro automóvil, sin ningún temor. Confía en que el coche que se aproxima no rebasará la velocidad autorizada, los noventa kilómetros, y, en consecuencia, calcula sus movimientos con exactitud, sin riesgo para él y sin grave quebranto para el prójimo. Eso sí, el día que un sueco se salta la norma se produce el gran batacazo. Pero esto no es frecuente; diría que es insólito. La cifra de accidentes de carretera es en este país notoriamente inferior a la del resto de Europa. A un europeo curtido no deja de sorprenderle que un percance con tres muertos todavía sea noticia de primera plana en los diarios de Estocolmo. Esto, junto al desarrollado sentido cívico del sueco, da motivo a escenas incomprensibles en nuestras latitudes: un tapón de treinta coches a causa de dos mocosos de seis y cuatro años que circulaban emparejados con sus triciclos por la carretera general. Lo incomprensible para nosotros, naturalmente, no es el tapón, sino el hecho de que a dos niños de pocos años se les pueda dejar con sus triciclos en la carretera sin sobresaltos.

El ejemplar civismo del pueblo sueco no implica necesariamente cordialidad. Por lo poco que yo he observado, en sus relaciones de hombre a hombre, de familia a familia, el sueco no es que sea insolidario, que a mí no me lo parece, pero sí retraído, despegado, taciturno, hermético. En Malung, en cuya parroquia luterana asistí a los oficios un domingo, fui el último en salir con objeto de curiosear el comportamiento de los feligreses a la puerta. Era un día soleado, luminoso, infrecuente en los otoños nórdicos, y la pradera de acceso y el apacible cementerio bajo la arboleda, a un costado del templo, invitaban a la charla, a la confidencia reposada y amistosa. Pues bien, los fieles no hicieron corros, marcharon lo mismo que habían llegado, de uno en uno o de dos en dos, sin hablarse, sin cambiar impresiones, después de despedir ceremoniosamente al pastor y de cruzar un desdibujado saludo con sus vecinos: nada más.

Para un español, este comportamiento tras una semana de reclusión en el hogar resultará a buen seguro desconcertante. Pero el sueco es así, áfono y apagado, como sus inviernos. Su espíritu de asociación, su vida de relación, es reflexiva, no espontánea. Los movimientos populares fueron, en las postrimerías del siglo XIX, el motor de la democracia sueca. Esta especie de sindicatos incipientes, que demostraron un fuerte espíritu corporativo, se han

convertido hoy en asociaciones de todo tipo: de amigos, religiosas, estudiantiles, de padres de familia, etc. Garriga Marqués, en su libro *El techo de Europa*, habla de la seriedad y rigor con que funcionan en los países nórdicos tales asociaciones. Por mi parte puedo añadir que, a mi llegada a Lund, una avalancha de taxis para inválidos y el gran número de sillas de ruedas que se concentraban en el vestíbulo del hotel me llevó a pensar que había sido alojado en un centro de recuperación o un sanatorio. No había tal. Sencillamente se celebraba en el hotel un congreso para inválidas, que duró cuatro horas, al cabo de las cuales las asociadas elevaron un pliego muy concreto de peticiones al Gobierno. Esto explica que los inválidos dispongan en Suecia de taxis especiales, accesos al autobús, butacas en los cines, aparcamientos propios, etc.

Lo apuntado no es más que un ejemplo del que he sido testigo. Hay que pensar que el resto de las asociaciones funcionarán con la misma eficacia. Lo sorprendente del caso es que esta actitud de defensa gregaria, de grupo, este espíritu asociativo, no tenga una correspondencia en la vida normal, en la vida de todos los días, donde el sueco se muestra individualista y poco comunicativo, lo que prueba que su propensión a la asociación —que es un hecho incontestable— es más cerebral que cordial, más calculada que afectiva. También faltan la luz y el calor aquí.

III. Aislamiento y automatización

Basta asomarse a este país para constatar que, en su organización y su ritmo, la vida sueca se asemeja mucho a la norteamericana. Hay, sin embargo, algo fundamental que las separa: su política exterior, su actitud ante el mundo. USA, desde hace medio siglo, se ha erigido en gendarme de la libertad, con lo que la cohíbe, en tanto Suecia vive hacia dentro, aparentemente despreocupada de lo que sucede más allá de sus fronteras. El aislamiento sueco tal vez sea para algunos un tanto cerrado y egoísta (Suecia ni es miembro de la OTAN ni ha pedido su ingreso en el Mercado Común), pero lo cierto es que este país, desde las alianzas contra Napoleón, a principios del XIX, se ha visto libre de guerras y conflictos.

Pero, dando de lado el aspecto político, es obvio que americanos y suecos tienen muchas cosas en común: régimen de vida, amor a la Naturaleza, espíritu asociativo, sentido de la organización, etcétera. Concretamente hay dos extremos, la previsión a largo plazo y la elevada cotización de unas manos, en que suecos y americanos coinciden. Hay quien opina que el millón largo de emigrantes suecos que se instaló en el Este americano a comienzos de siglo, antes de la industrialización de Suecia, cuando surgió el grave problema de los campesinos sin tierra, ahormó la vida de USA conforme a las costumbres nórdicas. Yo no comparto esta opinión. En aquel tiempo los yanquis habían adoptado ya unas fórmulas de convivencia que si se asemejaban a las suecas era posiblemente por afinidad de temperamento y latitud geográfica. No es admisible que una inmigración, por masiva que sea, al integrarse en un pueblo estable, modifique sustancialmente su manera de ser. El sentido previsor, es, por ejemplo, una cualidad común a suecos y americanos probablemente anterior a su encuentro. En Suecia, como en Norteamérica, nada se improvisa, todo se planea con semanas y aun meses de anticipación. Tratar de modificar un programa sobre la marcha, de acuerdo con las circunstancias, resulta en este país inconcebible. Un detalle: mi estancia en Estocolmo incluía una visita a la ciudad de Uppsala, setenta kilómetros al norte de la capital, con diversos actos en su universidad, la más antigua de Suecia (1477), pero, ante lo apretado de mi horario, sugerí sustituir aquellos actos —coloquio con los alumnos, visita a la biblioteca, almuerzo

con los profesores de español— por una conferencia que no estaba programada. Los organizadores se llevaron las manos a la cabeza. ¿Cómo alterar el plan con sólo cinco días de antelación? Aquello era inadmisible, una pura insensatez. A mí no me lo parecía tanto, dado que el número de estudiantes de español no era elevado, pero fue inútil tratar de convencerlos. Se había dado una palabra y había que cumplirla.

Algo parecido sucede al tratar de adquirir los servicios de otra persona. Alquilar unas manos en Suecia es un lujo, una aspiración carísima, casi prohibitiva. No es el tiempo, sino las manos ajenas lo que es oro allí. A pesar de la profunda crisis económica de la Europa occidental, el paro es inapreciable en Suecia y al que está parado le resultará, sin duda, muy fácil, aunque en tareas ocasionales y subalternas, ponerse en movimiento e ingresar unas coronas. La automatización está en este país aún más extendida que en Norteamérica. En Lund, mi primera etapa en Suecia, estuve alojado en el hotel Lundia, un hotel magnífico, moderno, con aire acondicionado, televisión en color en todas las habitaciones, decoración fastuosa, y sin embargo faltaban unas manos que se hicieran cargo del equipaje e, incluso en el comedor, a la hora del desayuno, uno debía servirse por sí mismo si no quería ayunar. Otro tanto me aconteció ante la primera estación de gasolina donde pretendí repostar. Allí no había personal, únicamente diez o doce surtidores. Observé a mi alrededor y advertí que cabía optar entre dos posibilidades: meter billetes nuevecitos de diez coronas por una ranura y servirme el carburante correspondiente, o apretar un botón, dar vueltas a una llave metálica, llenar el depósito y entrar luego a pagar en la estación, donde un empleado —generalmente mujer— atendía a los precios que iban apareciendo en una pantalla minúscula, precedidos del número del poste correspondiente. Esta economía de personal, explicable en un pueblo poco poblado, obliga a adoptar resoluciones increíbles y a llevar la técnica del envase a extremos exagerados.

En Suecia se envasa todo, pero no a lo grande, sino en porciones homeopáticas, a fin de que cada cual pueda satisfacer sus exigencias por propia mano. Pedir una raja de limón para acompañar el té o unas gotas de leche para cortar el café no procede porque uno no tiene a quién. Partir un limón en rodajas y llenar periódicamente de leche una jarrita exigiría un servidor, y servidores no hay. ¿Dejaremos entonces al cliente que se aguante sin ellos? No; envasaremos en unos sobres de papel de plata y en unas diminutas pirámides de cartón, respectivamente, tres gotas de limón y cuatro de leche de vaca para que el señor se sirva. La técnica extremada del envase

comporta un aumento de basura. Desayunar tres personas produce como mínimo estos desperdicios: tres envoltorios de mantequilla, tres envases minúsculos de mermelada, tres servilletas de papel, una o dos pirámides de leche, uno o dos sobres de limón, las mondas de tres frutas, los papeles del estuchado del azúcar… ¿Para qué seguir? Recoger esto de cada mesa reclamaría unas manos y un tiempo. ¿Solución? La papelera de mesa, una pequeña papelera del tamaño del cubito de un niño, generalmente de cartón, que, al concluir, puede llevarse al incinerador mediante un solo movimiento.

En definitiva, todo este sistema del «sírvase usted mismo» llevado a las últimas consecuencias entraña un respeto al hombre, al prójimo. Éste es profundo, en efecto, en Suecia. Los suecos, a mi juicio, han encontrado un orden de convivencia, después de casi medio siglo de gobierno socialdemócrata, que es el que menos mal ha resuelto hasta el momento el dilema libertad-justicia, en definitiva, la madre del cordero. Uno ha corrido ya bastante mundo, ha conocido países supercapitalistas y países socialistas, y siempre, inevitablemente, ha salido de ellos defraudado, con el «no es esto, no es esto» de Ortega entre los labios. No voy a decir ahora que el sistema sueco me parezca perfecto, entre otras cosas porque unas semanas en el país no da derecho a tanto, pero sí que lo que se observa en torno es confortador y plausible. No creo que los suecos hayan divagado mucho sobre si su socialismo es marxista o no lo es; simplemente han aplicado unas normas que tienden a la nivelación y a la justicia social. Y por lo que se ve, con éxito. En las ciudades suecas, pese a la industrialización, no existen suburbios y, en los pueblos, las casas de los campesinos en nada se diferencian de las de descanso de los ciudadanos. La desigualdad, gracias al sistema impositivo y a la alta cotización de unas manos, es mínima. Un obrero especializado viene a ganar lo mismo que un profesor de enseñanza media o un oficial del ejército. En Kristianstad, donde pasamos un día en casa de mis amigos Sonia y Kjell Johansson, las casitas de madera contiguas estaban habitadas por un mecánico y un ingeniero. La traza de las casas, sus jardincitos, con su manzano y su melocotonero en la parte posterior, eran idénticas. ¿Cómo se ha logrado esto? Mediante un socialismo reformista, no revolucionario. Allí nadie ha hablado, que yo sepa, de «construir el socialismo». Los arquitectos de estas construcciones acaban, generalmente, en dictadores. Los suecos no barajan conceptos difusos, van al grano. Están lejos de la quimera, son pragmáticos. Así, paso a paso, van consiguiendo cosas que sirven, objetivos útiles, aspiraciones que se reflejan en la vida cotidiana: tal la semana de cinco días o, hablando de conquistas más recientes, el precio de la gasolina a treinta y seis

o treinta y siete pesetas, una de las más baratas de Europa. ¿Que ahora la socialdemocracia ha sido derrotada? Bueno, paciencia, otra vez será. Nadie, creo yo, osará desmontar el tinglado, la estructura, que tan buenos resultados les ha dado. Suecia será siempre un país serio y bien administrado; un país consciente, pacífico y laborioso, porque los suecos lo son. Éste, y no otro, es su secreto. Una política de solidaridad en los políticos y una actitud racional en el pueblo (en la marcha antinuclear de Lund nadie «exigía» la destrucción inmediata de las plantas existentes, sino, civilizadamente, un límite de años a su funcionamiento; es decir, aceptar la energía atómica como puente hacia otras formas de energía) pueden, evidentemente, hacer milagros.

IV. Espejo del mundo

Una cauta administración y una política realista han hecho de Suecia un país cuyo nivel de vida acaso sea el más alto de Europa, si no (con los Estados Unidos) del mundo. Datos de hace siete años hablaban de 567 teléfonos y 350 televisores por mil habitantes —a más de dos y de uno por familia, respectivamente—, cifras que hoy se habrán incrementado notablemente. Los automóviles alcanzan la cifra de los televisores, esto es, una flota de casi tres millones, lo que significa que en España deberíamos tener en circulación más de doce millones de coches para ponernos a su altura. El yate, barco de vela o la lancha motora tampoco constituyen un lujo inalcanzable en aquel país; diez o quince suecos de cada cien disponen de ellos. Esto comporta para el forastero, cuya moneda es más débil, el inconveniente serio de los precios de las cosas. Suecia es un país carísimo para cualquiera, y también, aunque en menor medida, para los suecos. El turismo —salvo mediante el sistema de *cámping*, cuyas instalaciones en los países nórdicos son modélicas— resulta muy caro para un español. Comer y dormir supone un renglón, especialmente esto último, ya que una habitación doble de un hotel decoroso —sin ningún lujo— en Estocolmo oscilará entre las cinco mil y las seis mil pesetas por noche. Para los suecos, dado su nivel de ingresos, la cosa cambia. A los elevados sueldos del trabajador del país habrá que añadir el perfecto funcionamiento de los servicios públicos y las instituciones. El sueco paga su bienestar bien directamente con las coronas que el Fisco le deja en la cartera, bien indirectamente mediante los impuestos.

El impuesto, una referencia a los impuestos, se hace inexcusable después de una visita a este país. Los conservadores basaron su última campaña electoral en la afirmación de que los impuestos podían bajar. Aseguraban que todavía se evaden impuestos en Suecia y, sin embargo, el país vivía bien, luego el impuesto podía decrecer, simplemente haciendo más meticulosa la inspección. El argumento no deja de ser inteligente y a la vista está que les dio buenos resultados. Yo creo que este tema, junto al del oscuro y prolongado invierno septentrional, es el que más juego le da al sueco ante un extranjero que elogia su organización, su espíritu de trabajo y la manera pacífica y serena en que se desenvuelve la vida política del país (la campaña

electoral, salvo la presencia, de cuando en cuando, de un orador improvisado que, micrófono en mano, se dirige a un auditorio de cuatro o cinco personas impasibles y ociosas, pasa prácticamente inadvertida en la calle). Los impuestos, al decir de las gentes, son efectivamente muy elevados. Como término medio quizá se lleve el Fisco la mitad de los ingresos y, en ocasiones, en el caso de los profesionales libres y los artistas —recordemos el caso Bergman—, bastante más. Aunque los moderados digan otra cosa, parece que la inspección funciona aceptablemente allí y hay que estrujar mucho el magín para escamotear una corona. Últimamente, para orillar los impuestos, se ha puesto de moda el trueque de servicios, cambiar trabajo por trabajo, sin mediar dinero. Es decir, un cirujano se aviene a operar de balde de una hernia a un fontanero si éste le renueva gratis el sistema de desagüe de su cabaña en el bosque. La picaresca, más o menos incisiva, más o menos ingeniosa, funciona en todas partes. Lo incuestionable es que el Estado sueco devuelve el dinero recaudado en prestaciones eficaces. La seguridad social funciona, en todos los aspectos, a pleno rendimiento y creo que en el seguro de enfermedad ya está incluido, o está a punto de incluirse, el de la atención dental y la posibilidad de acudir a un médico privado de cualquier especialidad, en cuyo caso la caja del seguro abona un setenta y cinco por ciento de los gastos. Los servicios estatalizados, o municipalizados, son buenos y, en lo que cabe, baratos. Las pensiones de enfermedad o de vejez procuran un retiro más que digno que permite a muchas parejas de ancianos ir a buscar el sol, su último sol, a cualquier litoral mediterráneo. Pero el Estado no tira el dinero, procura aprovechar todos sus recursos y si, a vía de ejemplo, es cierto que en bastantes facultades universitarias está en vigor el sistema de *numerus clausus*, y una rígida selectividad —la cifra de universitarios ha pasado en cinco lustros de 20 000 a 150 000—, no lo es menos que al muchacho bien dotado jamás se le abandonará en la estacada y no sólo dispondrá de enseñanza gratuita, sino que cobrará un salario por estudiar. En suma, y para no fatigar con más detalles, el Estado administra con rigor, devuelve lo que recoge con equidad y el presupuesto alcanza a resolver los problemas comunes, salvo, según me dicen en todas partes, uno tan importante como el de las guarderías y jardines de infancia, inexplicablemente pendiente aún.

Lo más interesante de este país no es, sin embargo, la altura y calidad de vida alcanzada. Los suecos se saben vanguardia, se sienten observados; tienen conciencia de ser en muchos aspectos espejo del mundo, y así ha surgido una actitud dinámica, perfeccionista, que no ceja en sus anhelos de abrir caminos,

de afrontar soluciones nuevas para viejos problemas. Este afán perfeccionista está muy bien. Lo peor que le puede suceder a una sociedad avanzada es dormirse en los laureles, creer que todo lo tiene resuelto y para siempre. Pero, a veces, como en el caso de ese anteproyecto de ley que permite a un niño denunciar a su padre o a su madre por darle una bofetada —golpear a un menor es ya delito en Suecia—, yo creo que se pasan. Ante otros problemas que escandalizarán a nuestros virtuosos compatriotas pero que están ahí, que son un hecho en todas partes, los suecos no han cerrado los ojos, ni han echado las patas por alto, sino que les han facilitado un cauce: tal, el de los «matrimonios de conciencia», muchachos que se unen sin casarse, tienen unos hijos, constituyen una familia. Esta unión, para todos los efectos, es una unión legal, nadie pondrá trabas por esta circunstancia. Se ha hablado de la sociedad sueca como de una sociedad desbridada y permisiva, pero en el fondo, y salvo en algún aspecto concreto, no es más que una sociedad realista, menos pagada de las apariencias que las meridionales.

Quedan los viejos argumentos en contra de esta tesis: los suecos son borrachos, suicidas, han destruido la familia… De todo esto se podría hablar largo y tendido, pero, tras mi breve paso por el país, no parezco la persona más indicada para hacerlo. Vamos, no obstante, a decir dos palabras sobre ello. Lo de los suicidios suecos es algo que pica en historia. Se ha dicho que el índice de suicidios en este país era el más elevado de Europa. Las últimas cifras, las más recientes, indican que no es así, que otros les ganan. Mas, en todo caso, lo que sucede es que los suecos toman en serio las estadísticas. El acero, el papel y las estadísticas suecas van a misa; son de fiar. En nuestro país confeccionamos las estadísticas, cuando las hacemos, a ojo de buen cubero, por aproximación, pero en este caso concreto de los suicidios, bien por piedad, por indolencia o por lo que sea, encubrimos bajo la denominación genérica de accidentes muchas muertes cuya causa no fue precisamente ésa.

Respecto al alcoholismo parece que sí, que Suecia consume mucho alcohol, más alcohol que otros pueblos. A mí, después de pagar a cuarenta o cincuenta duros el vasito de tinto, esto me parece improbable; pero, por lo visto, según cifras y testimonios, es así. Esto del alcoholismo, como la droga, son problemas universales, y el hecho de que haya mayor número de alcohólicos en Suecia que en otras partes quiere decir poco, salvo que los suecos disfrutan de un más alto nivel de vida, sus noches son más largas, hace más frío y se aburren más. Puede ocurrir también que las restricciones en su consumo produzcan, por reacción, un efecto contrario. El hecho está ahí y no vamos a discutirlo. Y, ciertamente, no es difícil tropezarse en la calle con un

borracho nórdico, torpe, solitario, titubeante, lacónico, estampa deprimente, pero menos molesta para mí que la del borracho pendenciero, estentóreo y entrometido de nuestras latitudes.

V. La convivencia sueca

La secularización del pueblo sueco tampoco es nueva, pero ignoro hasta qué punto esta gente ha dejado de creer —ha quitado trascendencia a la vida— o simplemente ha abandonado los ritos, ha dejado de practicar. Desde luego en los oficios de Malung, a los que asistí un domingo, éramos cuarenta personas, para una comunidad de doce mil y, probablemente —que no lo sé con certeza —, no hubo otra ceremonia religiosa en ese templo ese día. Matilde Goulard me decía en Gotemburgo que el sueco ha trasladado el culto de la iglesia al hogar. En efecto, el sueco ha hecho de su casa un templo donde, como queda dicho, no faltan ni las velas. El sueco pasa en casa muchas horas del día, no sé si porque existen escasos alicientes fuera o porque es, por naturaleza, un animal doméstico. Las casas suecas son casas cálidas, confortables, alegres, muelles, acogedoras. El sueco ama, creo yo, su casa por encima de todas las cosas. Y es encantador para el forastero observar en la noche, en las casitas de madera entre los árboles, a través de las ventanas de triple cristal iluminadas, sin persianas ni postigos, la entrañable decoración interior, sus claros muebles de madera, las luces y las flores del alféizar, los visillos recogidos, y sus habitantes, generalmente un hombre y una mujer —el niño, si es chico, estará en la cama, y, si grande, emancipado—, leyendo apaciblemente sendos periódicos o mirando juntos la televisión.

Yo creo que, ante estampas como ésta, tan repetidas, es arriesgado afirmar que la familia sueca se ha ido al garete, ha desaparecido. Es, al menos, muy precipitado. La familia no son los hijos solamente; la familia, en buena parte, es un sitio, un hueco, un ambiente: el hogar. Y estas gentes son sumamente hogareñas. Y las prolongadas tinieblas externas hacen más atractivos estos hogares y más hogareños a sus habitantes. Lo único que con seguridad puede afirmarse es que, salvo en casos insólitos, los suecos nos darán familias cortas, de muy pocos hijos. La limitación de la natalidad no sólo está extendida en el país, sino que es muy extremada. Leo en diversos papeles que la pareja sueca, a lo sumo, se desdobla dos veces. Un hijo o dos es lo habitual, sin olvidar las parejas deliberadamente estériles, que cada vez son más. Esta actitud, de cara al mundo, está justificada: de puertas adentro (en un país de ocho millones para más de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados) es egoísta

y peligrosa. Si de cada dos suecos sale uno y medio —1,6 puntualizan las estadísticas— la raza no va a perdurar mucho tiempo; se irá reduciendo mientras se amplía el número de inmigrantes, hasta desaparecer del todo. Por este camino, Suecia acabará por ser un país pacíficamente colonizado. De esto se dan cuenta perfecta los sociólogos, pero nadie parece decidido a cargar con el mochuelo de llenarse de hijos para que la raza sobreviva hasta el año 3000. Cada uno mira para sí y los resultados son éstos.

Y si los hijos no atan o atan poco, el freno moral o religioso apenas existe y la mujer es independiente, tampoco resulta extraño que el divorcio prolifere, esto es, se dé con mayor frecuencia que en sociedades menos evolucionadas. Pero no presumamos de ascéticos. A todos los efectos, la permeabilidad del español es increíble. Hace quince años hice una exaltación de la abuela española como institución; una abuela que vivía en función de sus nietos en oposición a la abuela norteamericana, que seguía viviendo su vida y veía a sus nietos una vez al mes. Más hubiera adelantado mordiéndome la lengua. Cinco años después la abuela-tipo americana estaba aquí, era nuestra abuela-tipo, apenas quedaban residuos de la antigua abuela hispánica. Nuestra capacidad de contagio revela una personalidad difusa. Quizá sea España el único país europeo donde ya no queden cafés clásicos o las no menos clásicas tabernas.

Aquí todo son cafeterías, pobres o ricas, y sus nombres ya los conocen ustedes. De manera que el tiempo hablará. Más vale no mentar las virtudes tradicionales de la raza, nuestras reservas espirituales. En este punto somos como una hoja en el viento. Y no lo digo a humo de pajas, sino real, profundamente convencido.

Pero a lo que iba. El niño sueco, aislado, busca los hermanos fuera, en el jardín de al lado; desde muy niño va haciéndose un ser independiente. Más tarde, a los dieciocho años, podrá elegir su modo de vida e incluso una compañera para compartir la habitación de un colegio mayor, o una casa de estudiante, durante el período de formación. Al cabo de pocos años hará lo mismo que sus padres o quizá dimita de su condición de progenitor. Las cosas son así y no sólo en Suecia. Mientras, los padres vivirán su vida esperando la jubilación y, quizás, el sol mediterráneo que atenúe el frío de su vejez.

Yo no creo, por otra parte, que el sueco sea un ente hermético, sino un ser poco expansivo. A nuestras preguntas responderá siempre con un esbozo de sonrisa, nunca con una sonrisa desplegada. Como el americano, el sueco propende al aislamiento, pero esta aptitud también puede que sea debida al clima y al automóvil. Al sueco no le falta afabilidad, me parece a mí: le falta calor, efusividad, entrega espontánea, abierta. Tampoco le falta solidaridad.

En Kristianstad, mi amigo Kjell Johansson, ante la imposibilidad material de contratar unas manos, reconstruía una vieja cabaña en sus horas libres para albergar a su hija recién casada, con la ayuda desinteresada de sus vecinos. Repito que mis días en Suecia han sido escasos y que mis afirmaciones, siempre vacilantes, no deben tomarse, por tanto, al pie de la letra; pero el sentimiento de mutua ayuda no creo que falte en este país.

Otra cosa es que el sueco sea aburrido —para nosotros—; refractario a los lugares de reunión ocasionales, como bares o tabernas. Del sueco se dice, y creo que con un punto de razón, que es demasiado reflexivo y previsor, aunque no sé hasta qué punto uno puede excederse en esto, si bien comprendo que a nosotros, hijos de la improvisación, aquella actitud nos sorprenda. Por mi parte debo confesar que yo considero virtudes muchos de los sambenitos que se le cuelgan al sueco como defectos. Ser doméstico, lacónico, introvertido, poco o nada entrometido y previsor no me parece malo, sino todo lo contrario. Es la charlatanería insulsa, el afán de meterse en las vidas ajenas y la improvisación lo que me parece detestable. Se aducirá que hay grados. Tal vez, no lo sé; pero entre una cosa y otra, me quedo con la primera.

En el espíritu de independencia del sueco influye, sin duda alguna, el urbanismo. Hay que tener en cuenta que, salvo en Estocolmo y Gotemburgo, y quizás en Lund, Malmoe, Uppsala y alguna ciudad más, los suecos viven diseminados en casas familiares, no de pisos, y con amplios espacios vegetales por medio. Estocolmo quizás aloje un millón de habitantes, pero la densidad humana del resto de las ciudades del país es mínima. Esto explica que los suecos vivan juntos, pero separados; no están amontonados, unos encima de otros.

Lo que me resulta más comprensible es la reacción meridional ante la minuciosidad con que los suecos y los nórdicos, en general, planean sus vidas de forma que no quede resquicio para la sorpresa. Allí sí está todo atado y bien atado. De la cuna a la sepultura el sueco ya sabe lo que va a ser de él: sabe lo que acaecerá si crece sano y robusto, pero también lo que le ocurrirá si enferma, si no concluye la carrera, si se le muere su padre antes de la emancipación o si pierde una pierna esquiando. Todo está previsto. El azar no cuenta. Ante esto se sublevan las nuevas generaciones, los jóvenes amantes de la aventura. En este punto quisiera hacer notar la aproximación que está produciéndose entre los adolescentes de todo el mundo. Hay un tono, un ritmo juvenil, que no respeta fronteras, que se va imponiendo en todas partes. Entre un sueco de setenta años y un español de la misma edad hay notables diferencias. Entre dos muchachos de diecisiete, la cosa cambia. Entonces nada

debe extrañarnos que los adolescentes suecos se rebelen contra el concepto de vida rectilíneo, minucioso y calculado que les imponen sus padres. Pequeños síntomas, o quizá grandes, de esta naciente internacional juvenil: la fiebre del viernes noche (los sábados no se trabaja en Suecia), los «bocadillos» humorísticos y sarcásticos que se ponen en labios de los políticos en los carteles electorales, la proclividad a la música estentórea, los espontáneos cantantes al son de la guitarra en las plazas públicas, los cabellos y los atuendos descuidados y las risotadas sin sordina que se producen en cervecerías y restaurantes… Por lo que he oído, estas notas serían inconcebibles en los países nórdicos hace veinte o treinta años. Hoy van haciéndose naturales. Mañana tal vez no exista diferencia entre un joven andaluz y un joven lapón. La política continuará separándoles pero su concepto de la vida, sus costumbres serán iguales. ¡Quién sabe! Todo, si antes un mal viento —aquí sí navegamos todos en el mismo barco— no arrasa la vida en Andalucía y Laponia.

La disconformidad de la juventud en el mundo entero, no lo olvidemos, es fruto, en buena parte, de este estado permanente de inseguridad.

VI. Lo español en Suecia

En Suecia es difícil no entenderse. Es preciso ser un negado para las lenguas, padecer un oído inviable, hermético, para tener necesidad de un intérprete. Quiero decir que el sueco, del más alto al más bajo, habla o chapurrea el inglés y, en una proporción no desdeñable, el francés. Los franceses hacen lo posible y lo imposible para extender su idioma en el mundo. Tengo entendido que a más de escuelas, el Gobierno de París paga lectores en las universidades nórdicas para facilitar su enseñanza y difusión. A pesar de todo, el inglés es, con mucho, la lengua más extendida por estos países. El inglés lo usa todo el mundo, y concretamente en Suecia lo hablan un altísimo porcentaje de suecos. El sueco comprende que su área idiomática es reducida y que la proyección de un pueblo exclusivamente suecoparlante, un pueblo de apenas ocho millones de habitantes, es problemática. Ésta es la razón de que el sueco culto le ofrezca a uno, de entrada, un surtido de lenguas como no es frecuente. Hay que tener la dureza de oído del que suscribe, una absoluta carencia del don de lenguas, para no poder entablar una conversación directa. El sueco culto, ante un extranjero, apelará al inglés; si su interlocutor no lo domina, recurrirá al francés, y, en última instancia, ante la recalcitrante actitud silenciosa de su departidor, al alemán, al ruso o al español. Es bastante corriente que el sueco intelectual domine o, al menos, se defienda en cuatro idiomas distintos. En estamentos más bajos, como es la recepción de un hotel, si fallase la apelación al inglés, siempre existirá la posibilidad de agarrarse al francés o, como nos ocurría en el hotel de Estocolmo con dos muchachas, al español. El sueco es un pueblo de industriales y comerciantes que necesita relacionarse. Y como buen pueblo agresivo, como ahora se dice, no espera que los demás aprendan el sueco, sino que ellos aprenden los idiomas de los demás. Es la manera mejor, más rápida y simpática de abrir caminos a sus productos.

Pero en esto, como en todo, los suecos son pragmáticos: lo que enseñan lo enseñan a conciencia, lo enseñan para usarlo. No es el caso de los hombres y mujeres españoles de mi generación, que después de tres o cuatro cursos de francés vacilábamos a la hora de traducir una noticia de *Le Figaro*. Los sistemas de enseñanza de idiomas han cambiado sustancialmente, ya lo sé.

Hoy hay métodos que en unos meses ponen al más romo en condiciones de defenderse. Pero en esto de los idiomas es conveniente volver a menudo sobre ellos para que nuestros conocimientos no se oxiden, ni nuestro acento se deteriore. Hace veinticinco años, durante una prolongada estancia en Chile, advertí que raro era el chileno que no era capaz de sostener una conversación elemental en inglés o italiano. Hablo de gentes sencillas, sin formación universitaria; gentes del pueblo. Enseguida di con la razón: los chilenos no doblaban las películas, las proyectaban, sin excepción, en versión original con subtítulos en castellano. Siendo, por lo general, la palabra en el cine un complemento de la imagen y empleándose, por tanto, un lenguaje sucinto, esquemático, de párrafos breves, tras un ejercicio práctico frecuente como era éste, el chileno adulto terminaba por asimilar las parlas foráneas. Aquélla sí era una buena manera de instruir deleitando. El aprendizaje de un idioma, de los fundamentos de un idioma, por supuesto sin ninguna riqueza de vocabulario, se producía insensiblemente a fuerza de que el espectador uniera mentalmente lo que oía con lo que leía y con lo que veía. En Suecia he advertido que hilan aún más fino. En Suecia, con frecuencia, no doblan los seriales de televisión. El pueblo sueco está habituado a los subtítulos en la pequeña pantalla. Los actores conservan sus voces —quitárselas siempre me ha parecido un fraude artístico—, pero lo que dicen, más o menos, lo leemos debajo. Si el recurso del cine no doblado resultaba eficaz en Chile, hay que pensar lo que será este procedimiento aplicado a la televisión, medio de comunicación del que los suecos echan mano, por término medio, tres o cuatro horas diarias. Este ejercicio cotidiano, tras un aprendizaje en la escuela o la universidad más o menos profundo, da óptimos resultados. Al sueco ningún idioma del área occidental le suena a chino, y esto ya es llevar mucho adelantado.

Me hago cargo de que tratar de iniciar yo ahora desde aquí una campaña contra el doblaje en la televisión española me granjearía unas antipatías generalizadas. Contra nuestra pereza mental es arriesgado luchar. Los españoles somos partidarios de la ley del mínimo esfuerzo y, por otra parte, el señuelo de un enriquecimiento cultural a medio plazo no es para nosotros tal señuelo; el enriquecimiento cultural a corto, largo y medio plazo le trae al español completamente sin cuidado. En cierto modo, somos un país narcisista, persuadido de que sabemos vivir con más salero que nadie y que los criterios de vida ajenos son, cuando menos, aburridos y absurdos. Ésta es una opinión generalizada, extendida incluso entre nuestros estamentos más cultos. Pero si pedir la supresión del doblaje en TVE es hoy pura entelequia, lo que sí se le

puede exigir a este medio es un mínimo de calidad, de forma que nuestros espacios televisivos sean exportables. Ignoro cómo anda el asunto en este momento, pero en Noruega, en Oslo, tuve una noche la satisfacción de toparme con el programa *Fauna ibérica*, de Rodríguez de la Fuente, trágicamente muerto hace unos meses. Los noruegos lo habían doblado y las imágenes sin los subrayados verbales, levemente enfáticos, del doctor, no parecían las mismas. Pero el caso es hacer programas como los que hacía Rodríguez de la Fuente, programas interesantes, amenos, exportables, programas que, en buena parte de los países, no serán traducidos y que, al tiempo que divisas, harán también lengua.

Porque ya es hora de decir que el español está hoy en alza en Suecia. En las facultades de Letras es el cuarto idioma, después del inglés, el francés y el alemán. Pero según me decía Per Rosengren, director del Instituto Iberoamericano, tras una etapa descolorida, el español, el interés por el español y lo español, vuelve por sus fueros, se recupera, aumenta. No sólo la curiosidad ante la nueva etapa política, sino el turismo y el incremento del negocio con los países americanos lo favorecen. Yo he constatado personalmente este interés. Para escuchar una conferencia de un español, sobre tema español y expuesta en lengua española se concentraron en Estocolmo cerca de cuatrocientas personas. Las películas basadas en novelas mías, *La guerra de papá* y *Retrato de familia*, de Mercero y Giménez Rico, abarrotaron la sala y su proyección, en versión original, fue acogida con cálidos aplausos. El Instituto Iberoamericano, del que Matilde Goulard fue alma, con cuarenta años de vida y cuarenta mil volúmenes en su biblioteca, y las facultades de Estocolmo, Gotemburgo, Uppsala y Lund han echado unos cimientos poderosos.

Luego tenemos a hispanistas notables, entusiastas de nuestro país: Artur Lundkvist, Kjell Johansson, Uffe Harder —éste en Copenhague—, el propio Rosengren, Eva Dickson; media docena de círculos de estudios, semiprivados, con ayuda estatal, donde también se imparte enseñanza de español; profesores enamorados de nuestro idioma: Regina af Geijerstam, Barbro Lindhagen, Lerate, Pueyo de Garlén, Gunnar Fält, etcétera. En una palabra, la base es suficiente para arrancar, y el embajador Carlos Gámir y el primer secretario de nuestra Embajada, Antonio Segura Morís, con la ayuda desinteresada de los Úriz, los Torres, los Masoliver, los Yagüe, etcétera, no regatean esfuerzos para difundir en Suecia nuestra lengua y nuestra cultura.

Aprovechemos desde aquí ese interés por lo español que se ha reavivado en Suecia ahora. No nos durmamos. Nuevos contactos, más intercambios

culturales, más becarios —ahora tengo entendido que son dieciocho los estudiantes suecos que anualmente vienen a España, seis por un curso completo y doce durante el verano—, más lectores de español, más películas nuestras allí, más seriedad en los festivales con los filmes suecos —actualmente, según me dicen los productores de aquel país, tienen al nuestro en cuarentena porque las películas que concurren a certámenes no se devuelven o se devuelven tarde—, mayor intercambio de programas televisivos… ¿Para qué seguir? Los franceses —y bien cerca los tenemos— son maestros en ese arte sutil de ensanchar el área de penetración de su lengua. Y, por otra parte, una inversión más barata, más importante y más rentable que ésta no es fácil que la encontremos.

Sedano (Burgos), 1980

Diario de un viaje por los Países Bajos

1981

24 de marzo de 1981

Viaje de conferencias a diversas universidades de Bélgica y Holanda. Viaje en automóvil a través de la dulce Francia. Me acompañan mi hija Elisa —embarazada de ocho meses— y Pancho, mi yerno, hábil y frío conductor, resistente, rápido de reflejos. Mi hija es decidida y arriscada como su madre, quien en una ocasión hizo conmigo un viaje por Andalucía fuera de cuenta, con la canastilla de recién nacido en la maleta del coche. A mi hija Elisa, cuando le preguntan si no le da miedo lanzarse a la aventura en este estado, contesta resueltamente: «¿Miedo? ¿Por qué? Médicos hay en todas partes. A mí me da lo mismo que mi hijo sea español que holandés». Y alguien que la escucha, consciente de la inestabilidad de este país nuestro, de nuestra inveterada proclividad al cainismo, comenta con cierta amargura: «Casi mejor que sea holandés». Y así empieza la cosa.

El viaje en automóvil, con varios conductores que se turnen, es para mí el medio ideal de viajar. En coche he visitado Praga, he llegado a Yugoslavia y he subido casi, casi, hasta el casquete polar. De acuerdo, el avión es más rápido, pero elimina de entrada la transición, y viajar es ir cambiando paulatinamente de paisaje y paisanaje, ir interponiendo vistas entre nuestro punto de partida y el de destino; en cualquier caso un proceso: saber de dónde venimos e ir desvelando gradualmente adónde vamos. Así hemos podido ir constatando, en este anómalo día de canícula, cuando apenas ha entrado la primavera oficial, que la sequía, esta dura sequía que venimos padeciendo, es un problema de España, para ser más precisos un problema de la España meridional, de Vitoria para abajo. El País Vasco, tanto el español como el francés, ofrece la topografía húmeda, verde, de siempre, de casi siempre. Pastos frescos y, en las contadas hazas, un cereal enhiesto, denso, jugoso.

Hace poco más de un año que regresé de París por esta misma ruta, y la autopista apenas ha progresado algo de la frontera a Angulema, en la parte de las Landas. De Burdeos a Poitiers, como entonces, los tramos sin duplicar son los más, casi todos. Un ritmo de obra latino. Los alemanes y los norteamericanos habrían dado ya el golletazo a esto hace tiempo. Se diría que germanos y sajones montan puentes, túneles y autopistas como si jugaran con las piezas de un mecano, como si se sacaran de la chistera las obras terminadas. El empuje creador de estas razas es algo desconcertante y digno de admiración.

Pese a la lentitud que esto impone, en nuestra primera etapa hemos llegado a Angulema a dormir, con tiempo para ver la catedral, quizá, con Saint Front de Perigueux y San Trófimo de Arlés, el monumento románico más significativo de Francia y uno de los más notables de Europa. El recepcionista del hotel me dice, naturalmente, que su catedral es más importante que las iglesias de Arlés y Perigueux. El pórtico es de una belleza singular, muy trabajado, muy habitado, cuya plasticidad realza una iluminación nocturna, modesta, pero bien orientada. He satisfecho así un deseo viejo de treinta años. Uno sube y baja por Francia siempre con prisa, como si le persiguieran. En el fondo lo que sucede, injustificable error, es que uno identifica Francia con París. Visto París, el resto lo da por visto.

Una comprobación obligada: el cambio operado en la comunicabilidad francesa. El francés tenía —y tiene— fama de destemplado, de recepcionista acre y poco simpático. Esto lo hemos dicho todos. En mayor o menor medida, esta tesis hemos venido sosteniéndola durante muchos lustros. Los franceses nunca mostraron interés en facilitar las cosas al forastero. Pues bien, yo diría que su actitud ha cambiado, está cambiando. Hablo, claro está, del francés provinciano; el parisiense es otra cosa. Y el cambio, por sabido, no se ha operado de ayer a hoy, vengo observándolo a lo largo de la última década y hoy puedo rubricarlo. Me cuento entre los que han contribuido a crear mala prensa al pueblo francés, al francés de la calle, un tanto carcamán, apresurado, como si siempre le sorprendiéramos en trance de coger el tren. Recuerden ustedes al francés de la posguerra, esquinado, desabrido. Era el francés vejado, que no había podido ganar una guerra, que se la habían ganado otros para él, y esta humillación lo condicionaba. Luego vino el francés del despegue, del desarrollo y, en consecuencia, del consumismo. En esta etapa, la codicia parecía enseñorearse de su persona. Todo lo que no era rentable no merecía la pena, tal hablar con un extranjero, y más aún con un extranjero pobre como el español. Hoy, el francés y la francesa —naturalmente, con excepciones— se muestran afables, se esfuerzan en comprender nuestro deficiente idioma e incluso, como esta tarde, si la explicación no es fácil, se avienen a acompañarnos. Es el francés resignado de la crisis, de la detumescencia, que con defender su situación económica actual se conforma, y encuentra en la comunicación humana una compensación satisfactoria, un desahogo. El francés, de diez años a esta parte, va a mejor, mientras nosotros, los españoles, en este aspecto, agobiados por una realidad bastante sombría, vamos a peor. ¡Oh, qué lejos aquella cortesía hispana, aquella amabilidad, aquel volverse del revés por atender al turista desorientado! El consumismo

de los setenta engendraba apremio —el tiempo es oro—, y el apremio, espantadas y malos modos. Un proceso ineluctable. Hoy es el consumismo insatisfecho, truncado prematuramente, el que me temo agria nuestro carácter. Siempre quedará por aclarar si el francés actual es realmente más cordial y accesible que en el inmediato pasado o nos lo parece debido al hecho de que el español se está volviendo por días más difidente y despegado.

25 de marzo, miércoles

Sigue el tiempo raro. Una suavidad tibia, babosa, extemporánea, como de comienzos de verano. La gente va desde la mañana en mangas de camisa por las calles. Campos monótonos de Dordogne, Loire, Champagne, llanura interminable, apenas ondulada, con pequeñas agrupaciones de robles o álamos entre las vides o las labores. Apenas pájaros en el campo, media docena de grajos, un aislado bando de palomas domésticas, tres cernícalos. ¿Dónde están los pájaros golfos de las pequeñas poblaciones galas? Me refiero, en concreto, al inevitable gorrión y a los invasores estorninos. Transitamos desde Burdeos a Poitiers por carretera, atravesando ciudades y pueblecitos. Ni un gorrión en los aleros o rebozándose en polvo, ni una bandada de estorninos en las afueras. Tampoco se ven cuervos ni urracas en las tierras sembradas. Eso sí, en un alto, advierto que ya cantan los primeros insectívoros en los robledales próximos a Poitiers. Pero ¿dónde han ido el resto de los pájaros? (Días más tarde, en Bruselas, la esposa de un profesor español me informa de que, en efecto, los franceses han declarado la guerra a los estorninos. Los eliminan. No ignoro los daños que causan estas aves en los tejados de los edificios rurales, pero ¿no nos darán algo a cambio? Mao Zedong exterminó en China los pájaros con el pretexto de que devoraban el grano. Hubo que importar a toda prisa nuevos pájaros, porque los insectos no devorados por ellos devoraban a los chinos. Eso del equilibrio ecológico no es un cuento. Es arriesgado jugar con él).

Abandonamos momentáneamente la autopista para almorzar en Dourdan, pequeña villa residencial no lejos de París. Tras muchas dificultades damos con un buen restaurante. Muchas placas del Automóvil Club en la puerta. Saboreamos las puntillosas exquisiteces de la cocina francesa, cosa no fácil. La cocina francesa, como casi todas las cocinas típicas de cualquier país, reside en la capital y en tres docenas de restaurantes repartidos por toda su geografía. Una buena guía independiente, o simplemente el olfato, nos

ayudarán a localizarlos. Una sorpresa agradable para un turista, pero desoladora para un español que reside en España, a la hora de abonar la factura: nuestros precios se han equiparado a los de nuestros vecinos del norte. Peseta más, peseta menos, puede decirse que ya, salvo en las bebidas, estamos a la par. Ya somos europeos en cuanto a costes. En lo que atañe a ingresos es otro cantar. Hace apenas un año todavía existía una diferencia, que ahora se ha esfumado. Nuestra inflación galopa más deprisa que la europea y el resultado es éste. Se aducirá que aún existe una distancia en los precios de los hoteles. No estoy de acuerdo. Ocurre, simplemente, que la irrupción del turismo en nuestro país fue un fenómeno inesperado, repentino, que nos llevó a levantar hoteles de cuatro y cinco estrellas que muchas veces no las merecen. Hoteles aparatosos, de grandes vestíbulos y muelles salones, grandes edificios, cuya comodidad en las habitaciones deja bastante que desear. Las pequeñas poblaciones francesas continúan con sus hotelitos familiares, poco —por no decir nada— ostentosos, pero de una confortabilidad plausible, con doble puerta y doble vidrio en los dormitorios y un cuidado exquisito en los detalles. Los edificios, externamente, son menos rimbombantes, las cuatro estrellas se quedan así en tres, pero en punto a comodidad no tienen absolutamente nada que envidiar a los nuestros, ni siquiera —¡ay!— en los precios.

Lo mismo se observa en los mercados y artículos de los grandes almacenes. Hace muy pocos meses, insisto, todavía existía una diferencia de precios. Ya no. Yo recuerdo la Francia de los años cincuenta, en su despegue inicial. Para un español salir entonces a Pau o a Montpellier implicaba un deslumbramiento. Los artículos de consumo eran ya infinitos. Había mil objetos, mil calidades…; pero para nosotros, para nuestros ingresos, resultaban prohibitivos. La contrapartida no se hizo esperar. La Europa septentrional descubrió España como lugar ideal de veraneo… Es nuestro sol, decíamos; los nórdicos están hambrientos del sol de España. Entonces nos pusimos a levantar alojamientos a marchas forzadas. Nuestro sol podía significar la redención del país. Hoteles, paradores, urbanizaciones, pueblos enteros en Alicante o en la Costa del Sol. Todo nos parecía poco para orear a nuestros húmedos veraneantes, para compensarlos de sus brumas invernales. Pero poco a poco nuestra peseta empezó a debilitarse y nuestros precios a subir hasta dispararse. Se descubrió, entonces, no sólo que nos habíamos excedido creando plazas de hoteles para atender a la demanda, sino que el amor al sol era algo más prosaico; que lo que el sueco, el alemán o el francés amaban de nuestra tierra no era tanto el sol como la posibilidad de sacar a una

corona, un marco o un franco, tres o cuatro veces el rendimiento que podían sacarle en su país de origen. En una palabra, los europeos no buscaban tanto el sol como la ganga: veranear y regresar a casa con dinero. Ése fue el auténtico secreto del *boom* turístico de los años setenta. Ahora, los países con moneda fuerte seguirán aprovechándose de nuestra peseta envilecida, pero no en la proporción de ayer, y los buscadores de gangas cambiarán nuestro país por los del Magreb o Yugoslavia.

Dormimos en Valenciennes, la ciudad del azúcar y de los encajes. Ignoro lo que sucederá hoy respecto al azúcar. Lo de los encajes parece evidente que va a menos: apenas dos minúsculos establecimientos en un dilatado centro comercial brindan hoy al turista tan preciadas obras artesanales. Por lo demás, la villa, que tampoco conocía, me ha causado una excelente impresión. Estas pequeñas ciudades francesas encierran un gran encanto, con sus casitas de planta y piso —algunas, de dos—, limpias, aseadas, tan encajadas, tan equilibradas, tan en su sitio, como si siempre hubieran estado ahí. Y luego, sus dilatados barrios periféricos, de casa y jardín, diseminados por todas partes, con pátina también, sin urbanizaciones gregarias. La fiebre de la verticalidad es desconocida en las urbes galas, seguramente porque alguien, con un mínimo sentido común, puso a tiempo coto a la especulación.

26 de marzo, jueves

Bruselas. Ignoro por qué razón mis llegadas a esta capital han venido siempre presididas por un signo extraño, entre el desamparo y el esperpento. La primera vez que la visité, hace la friolera de veinte o veinticinco años, procedía de Lieja, de un hotel de superlujo, donde caímos mi mujer y yo por puro azar, después de un prolongado viaje por Alemania. Nunca olvidaré aquella cena, en una mesa de nogal larga de seis metros, adornada con frutas y candelabros, y un ejército de servidores de librea roja revoloteando a nuestro alrededor, atentos al menor de nuestros movimientos. El comedor estaba desierto, y mi mujer y yo, cada uno en un extremo de la mesa, apenas nos comunicábamos, porque si hablábamos en voz baja no nos oíamos y levantar la voz en aquel ambiente almohadillado hubiera sido no ya de mal tono, sino casi un sacrilegio. Luego, la habitación, de silenciosas alfombras persas, delicadas porcelanas, lámparas deslumbrantes, el gran dosel sobre la cama matrimonial. Algo superfluo y, para nosotros, totalmente desacostumbrado. La cuestión es que nuestra cartera quedó tan depauperada tras aquel exceso no buscado, que para evitar una nueva y desagradable

sorpresa en Bruselas optamos por asesorarnos de M. George Gevaert, un nombre en mi agenda de direcciones, que vivía en el Quai de Willebroeck, y que evidentemente en algún lugar y momento de mi vida, aunque no recordaba cuáles, había estado en contacto conmigo. Como desconocíamos la ciudad, decidimos coger un autoestopista que, a cambio del servicio, nos condujera al Quai de Willebroeck. Y así lo hicimos.

A la salida de Lieja, recogimos a alguien que creímos una mujer —entonces las melenas no habían proliferado—, pero cuya voz y ademanes parecían los de un hombre. Llevaba las uñas largas y lacadas y yo le observaba por el espejo retrovisor tratando de adivinar, bajo la cazadora de cuero, las prominencias delatoras. Imposible. Jamás logramos averiguar si lo que trasladamos a Bruselas aquel día fue un hombre o una mujer. De lo que no hay duda es de que este ser que se había comprometido a conducirnos al Quai de Willebroeck, al arribar al semáforo de acceso a la Grand Place, abrió la portezuela, se apeó y en dos trancos se perdió entre la multitud. Nos dejó plantados. Y allí nos quedamos mi mujer y yo, atónitos, ante el gótico Ayuntamiento, sin saber qué partido tomar. Finalmente nos apeamos y desde un café, mi esposa, después de consultar la guía de la capital, telefoneó al señor Gevaert. Salió al poco rato para decirme que una voz femenina le había indicado que su marido no podía ponerse, que lo lamentaba. En estos trances, siempre he dado muestras de una contumacia pueril. Le dije a mi esposa que rogase a la mujer nos indicara dónde, a qué hora y en qué número podríamos localizar al señor Gevaert, pues nos unía una vieja relación. Mi mujer volvió a entrar en el café y regresó minutos después espeluznada. A su súplica, la señora de Gevaert había respondido con voz un tanto destemplada: «N’est pas possible, *madame*. Mon mari est mort».

Ésta es la anécdota de mi primera visita a Bruselas. La de la última, la de hoy, aunque de otro carácter, no le va a la zaga. Debido, al parecer, a un informe erróneo, el agregado cultural de la Embajada de España, Rafael Valle, un muchacho silencioso, tímido, cuyo físico, tan flaco y espiritual, recuerda en algo al de su tío Paulino Garagorri, nos había reservado un hotel en la Place Anneessens. Llegamos a él sin dificultad; pero, apenas nos detuvimos, me llamó la atención la angostura de la entrada, cuya puerta, única, tenía el vidrio roto y el hueco cubierto con un cartón. En el vestíbulo, la recepción doblaba en bar, había tres mujeres, una rubia, belga, haciendo calceta, y dos morenas, españolas, la una de edad media y joven la otra, visiblemente embarazada. Ésta, apenas nos divisó, se dirigió a nosotros con la mayor confianza: «¿Sois españoles?». «Sí, —dijo mi hija—. ¿De dónde

venís?». «De Valladolid». Las habitaciones, en efecto, estaban reservadas y cuando expuse mi deseo de verlas, las dos españolas me dijeron que «no podíamos utilizar el ascensor porque lo habían roto los alemanes». Aquello no acababa de gustarme y pedí me dejaran telefonear. Las dos españolas, ilusionadas con la llegada de los compatriotas, movieron compungidas la cabeza, denegando: «El teléfono no lo pueden utilizar. Lo han roto los alemanes». Aquellas mujeres se conducían como si estuviéramos en 1943.

Subimos por las escaleras —en cuyo hueco se almacenaban aspiradores, fregonas y escobones—, que carecían de barandilla, y entramos en una habitación, con dos huecos a la calle, pero sin antepecho en los balcones. Sorprendido, pregunté a nuestras simpáticas compatriotas si también habían roto los alemanes la barandilla de la escalera y la balaustrada de los balcones, a lo cual la menos joven respondió que eso no, pero como el hotel únicamente llevaba un año en servicio, el técnico no había podido terminarlo «porque estaba muy enfermo». A un lado, la bañera, dentro de la habitación, sin mampara, rebosaba de ropa sucia. Aquello me pareció demasiado y bajé al bar próximo a comunicar mi llegada al agregado. Con gran ingenuidad, Rafael Valle me preguntó por el hotel. «Mire usted —le dije—, quitando que el ascensor no funciona, el teléfono está estropeado, las escaleras no tienen barandilla, no hay antepecho en los balcones y que dos compatriotas están haciendo la colada en la bañera de la habitación de mis hijos, no podemos quejarnos».

Teóricamente, Bruselas cobija a poco más de un millón de habitantes, pero este dato no facilita una idea cabal de la realidad, puesto que Bruselas, como población construida, no termina en decenas de kilómetros. Quiero decir que Bruselas está fundida con las localidades circundantes hasta el extremo de que si trazamos un círculo con un radio de cuarenta kilómetros alrededor de la capital, la mitad de la población belga, algo más de cinco millones, se concentra en él. Los otros cinco millones se extienden —en lo que cabe— en una superficie de unos treinta mil kilómetros cuadrados, el tamaño de una región española media.

Pero Bruselas tiene un bello trazado, un aire cosmopolita. El barrio viejo, en torno al Zenne, resulta atractivo y con empaque, no sólo la Grand Place y su celebérrimo Ayuntamiento (con la Lonja de Yprés, las más bellas joyas del gótico civil), la Casa del Rey y los edificios de los gremios medievales, sino las callecitas de los aledaños, que se han conservado con gran propiedad. Alrededor de este núcleo, las grandes y amplias avenidas, donde no se ha regateado espacio, y las frondosas manchas forestales de los parques,

flanqueados por los edificios más audaces y modernos. A Bruselas le dio un impulso la Exposición de hace unos lustros —el Atomium, de dudoso gusto, recuerda esta exposición como la Torre Eiffel de París recuerda la de comienzos de siglo—, pero es su carácter de capital del Mercado Común el que le imprime hoy un ritmo vivo, dinámico, en determinadas horas vertiginoso. Hermosa ciudad, Bruselas siempre depara una grata perspectiva, la recorramos a pie o en automóvil.

Por la tarde, conferencia en Lovaina, al este de la capital. Otra sorpresa. Mi Lovaina no es Lovaina, esto es, la antigua Lovaina, la célebre universidad, tan renombrada en el siglo XV. Frente a la memorable Lovaina, apenas entrevista, ha surgido otra Lovaina, la nueva, una ciudad levantada a la sombra de Erasmo, en función de su universidad. Todo se ha hecho allí pensando en los estudiantes: centro comercial, cines, cafeterías, restaurantes, atracciones. A mi ver, no se ha aprovechado la oportunidad que brinda el hecho de partir de cero y sus facultades ofrecen unas instalaciones dignas, pero amontonadas, prietas, sin espacios verdes entre ellas. Pero ¿y qué ha sido de la vieja Lovaina, de la Lovaina histórica y monumental? Allí sigue, a un paso, erguida frente a la otra, con su vieja universidad aún en activo. ¿Y por qué una universidad nueva a unos kilómetros de la vieja? Este hecho es un símbolo, una manifestación más del esquinado pleito entre flamencos y valones.

Los Países Bajos han nacido en la confluencia de dos culturas: la germánica y la latina. El país, Bélgica, tiene un predominio de la influencia germánica en el norte y de influencia latina en el sur. Seis millones de personas hablan holandés, arriba, y cuatro millones, francés, abajo. Al este, cerca de Luxemburgo, aún hay una minoría de habla alemana —¿un seis, un siete por ciento?— que, por ahora, no plantea problemas. Y, en medio, enclavada en territorio flamenco, pero expresándose en francés, está Bruselas, la capital, con un determinado grado de autonomía. Este rompecabezas se traduce en un federalismo enmascarado, con partidos políticos de iguales siglas, pero desdoblados, con programas no siempre coincidentes, cuyas alianzas pueden ser hoy ideológicas y mañana lingüísticas. Un panorama nacional sumamente enrevesado, como se ve, que encubre unas diferencias, hasta hoy democráticamente encauzadas, pero tensas y en carne viva. Lo de la Universidad de Lovaina, como digo, no es más que un botón de muestra. Los francófonos fueron gradualmente expulsados de ella, pero como no estaban dispuestos a renunciar a su tradición ni a la magia de aquel nombre, levantaron otra, poco más allá. Y así están las cosas: la vieja Universidad de

Lovaina imparte sus enseñanzas en holandés; la nueva, en francés. Las disciplinas son las mismas. Únicamente varía el idioma. Es el gran problema de un pueblo sin lengua oficial. Salvo en muy raras ocasiones, un espíritu de coexistencia les ha permitido vivir sin traumas —es más, el Benelux es, evidentemente, una alianza sólidamente trabada y efectiva—, pero el caso de Lovaina no deja de ser expresivo y, de cara al futuro, inquietante.

La conferencia, con muchos alumnos, discurre bien. *L'abée* Vermeylen, catedrático y jefe del Departamento de Español, es un hombre comunicativo, afable, de mi edad —le llevo dos semanas—, un cura que ni se queda, ni se pasa, algo tan raro en nuestro tiempo como un cura en el fiel. Él anima el coloquio subsiguiente, donde aprecio cierta inclinación a echar a reñir la novela española actual con la hispanoamericana, cosa comprensible dada la cantidad de sudamericanos que encuentro por todas partes. Una pregunta divertida: «¿Por qué dice usted que Laly, la protagonista femenina de *El disputado voto del señor Cayo*, tiene unas caderas bonitas? ¿No es una muchacha progresista?». Intento hacer comprender a mi interlocutora que un trasero bien colocado no es necesariamente conservador, que un trasero bien colocado es algo que no puede reivindicar, a Dios gracias, en exclusiva, ninguna familia política. La muchacha belga murmura «menos mal» y se sienta. *L'abée* Vermeylen, buen gastrónomo y con unas gotas de mundanidad que no rebajan en nada su dignidad espiritual, nos lleva a cenar, con Rafael Valle y Pilar, una discreta auxiliar de cátedra, a Le Goëlond, restaurante especializado en pescados, donde tomamos un congrio verdaderamente magnífico.

27 de marzo, viernes

Visita a Gante, la cuna del emperador Carlos I. El trayecto me confirma que en Bélgica no hay campo (campo abierto, quiero decir), particularmente en el oeste del país. En esta parte el campo más puro quizás haya que buscarlo en los frondosos parques de las afueras de Bruselas. El resto son caseríos diminutos, parcelas en las que pastan vacas, bosquecillos, ondulaciones imperceptibles con granjas —algunas con palomar— diseminadas. Eso sí, aquí vuelven a verse pájaros: palomas, gorriones, alondras, estorninos. Las autopistas en Bélgica no escamotean el paisaje. La extensa y compleja red de autopistas belgas, sobre gratuita, es eficiente y doméstica, no eclipsa la vida en torno, tal vez porque tratar de eludir la vida en este país tan densamente

poblado —320 habitantes por kilómetro cuadrado— sería pura ilusión. Según me dicen, el espacio agrícola no llega en Bélgica al treinta por cien de su extensión; diminutas propiedades en su mayor parte, pastos y cereales especialmente, aunque no faltan la remolacha, la achicoria y el tabaco, y, en la zona sureste, uvas y frutales de invernadero. Obviamente, con tan poco suelo, los belgas han de importar más de la mitad de los artículos que comen. Lo que no llega uno a explicarse es que este país, cuyas carreteras son llanas y rectas, discurren por una topografía sin obstáculos, dé el porcentaje de percances automovilísticos más elevado de Europa.

Conferencia en la Universidad de Gante, cuyo Departamento de Español corre a cargo del profesor De Bruyne, a quien conocí en Madrid hace quince días en la Fundación Universitaria de la calle de Alcalá que dirige Sainz Rodríguez. La prensa anunció la conferencia de De Bruyne con este título: «Miguel Delibes, ¿escritor de izquierdas?. —Y me dije—: A mis años ya es tiempo de saber si soy de izquierdas o de derechas», así que cogí el coche y me fui a Madrid. Pero ¡oh desilusión!, al doctor De Bruyne le habían robado la cartera de mano con la conferencia en un café de la calle Princesa y la sustituyó por otra, de forma que tuve que volverme a Valladolid sin saber si soy de izquierdas o de derechas. Encuentro al profesor agripado, no sabe si tiene fiebre. La conferencia discurre sin novedad, aunque hablo de pie y termino, como dicen los chilenos, «para las cagas». El coloquio final es soso, apenas da chispa. Sin embargo, al cerrarse, como suele ocurrir en todas partes donde el auditorio es apocado, los estudiantes me cercan: «Perdone, yo soy muy tímido para hablar en público, ¿comprende?, pero quería preguntarle…», etc., etc. Una muchacha que escribe su tesina sobre *La guerra de nuestros antepasados* no se explica la violencia que ejerce el entorno sobre Pacífico, el protagonista. Le digo que para comprender esta violencia quizá no sea suficiente conocer el español, hay que conocer España.

Debido a la indisposición de De Bruyne me quedo solo con mis hijos, callejeando por Gante, bella ciudad, atractiva ciudad en su conjunto, pero sin grandes cosas a la altura de su significación histórica. Un centro monumental —el Halle aux Draps, el Befroi (antigua Magistratura de la ciudad), Saint-Nicolas, el Ayuntamiento— y el famoso Graslei, barrio de las antiguas corporaciones, pintorescas casitas de diversos tonos y estilos, aunque con un común denominador inconfundible, verdaderamente fascinante. Próxima, la catedral de Saint-Bavon, de un gótico menos esbelto y espiritual que el nuestro, más rígido y desnudo, con unos interiores funerarios, de un barroquismo violento —¡Dios mío, qué púlpito el de la catedral de Gante!—,

y, en una de las capillas del deambulatorio, el célebre *Cordero místico* de Van Eyck, de hermosa policromía, vivísimo de tonos —¿ha sido restaurado recientemente?—, pintura esencialmente descriptiva.

Almorzamos en Sint Jorishof, restaurante que nos han recomendado en la universidad. La comida es buena y no excesivamente cara, próxima a los precios españoles también. Por la noche, en Bruselas, el embajador Aguirre de Cárcer y su esposa, anfitriona perfecta, organizan una cena en honor del profesor y crítico literario Eugenio G. de Nora y mío, en la que participan los hispanistas belgas De Bruyne —superviviente de su gripe—, Vermeylen, De Kook, Jansen, Verdonk y Stembert, y otros sesudos varones; todos, salvo naturalmente *l'abée*, con sus esposas. El gesto de los embajadores es muy de agradecer ya que Bruselas es hoy la capital de la Europa occidental, y la actividad de la Embajada, incesante, dado el creciente interés de España por el Mercado Común. Durante la sobremesa, en el salón inmediato, presidido, dentro del buen gusto general, por un tapiz venatorio excesivamente cruento para una plácida digestión, hablamos de lo divino y lo humano, especialmente de lo humano y en particular de nuestro futuro ingreso en la Comunidad Económica Europea. Se expresan opiniones para todos los gustos, pero prevalece una de la que participo: mejor que estar hablando a todas horas a los españoles de que Europa nos aguarda y haciéndoles creer que nuestra incorporación comportará el remedio de todos nuestros males sería decirles la verdad, esto es, que para entrar en el Mercado Común es preciso ajustar previamente nuestra economía, especialmente la agrícola, a fin de evitar prematuros desengaños. En este sentido hay que aconsejar a nuestro pueblo con realismo, haciéndole ver, por ejemplo, la escasa competitividad de los precios de nuestra remolacha o la conveniencia de sustituir por pastos los cultivos de cereal en la Castilla dura (Soria, norte de León, Palencia, Burgos).

Antes de marchar, la embajadora me presenta a José, criado de la casa, paisano mío, de Valladolid. José lleva en Bélgica veintidós años y no está descontento. Según él, los españoles acogidos en este país son setenta mil, pese a que el paro en Bélgica, sin llegar a las cifras abultadas de España, ya se hace notar, un seis, un seis y medio por ciento.

28 de marzo, sábado

Bruselas no madruga los sábados. A las once de la mañana nuestro barrio está desierto. Aprovechamos para pasear y comprar cuatro cosas. Hora a hora, la

rue Neuve, la más comercial de la ciudad, cerrada al tráfico motorizado, se va animando. No todo el mundo se ha ido al campo, como me habían dicho. A mediodía, el centro está muy concurrido. Por la rue Neuve apenas se puede dar un paso. Es un público sencillo, dominguero, propicio al asombro. Observo que cuanto más progresa la técnica más propendemos al papanatismo. Se diría que así funcionan nuestras defensas contra la excesiva automatización. Una cierta puerilidad vuelve a imponerse. El hombre no se aviene a dejar de ser humano. Me asombra el asombro de docenas de espectadores extasiados ante el maniquí vivo de un establecimiento y ante dos vociferantes charlatanes en una esquina. Me asombra la procesión —¿seremos todos turistas?— que desfila ante ese muñeco meón, el Manneken Pis, erigido en una especie de símbolo belga. Me asombra, no menos, la iconografía, la industria y el comercio montados alrededor de ese muñeco: pinturas, postales, cerámicas, descorchadores a base de convertir el inmortal pito de Manneken Pis en una espiral. El Manneken Pis, como la Sirenita varada de Copenhague, promueve el interés de las gentes, y la modesta industria, el pequeño comercio no vacilan en aprovecharse de ello.

Fuera del casco protegido me doy cuenta del caos circulatorio. En Bruselas uno detiene su automóvil donde le apetece o sale por una transversal sin avisar. A nadie le parece mal ni pierde la compostura por ello. Eso sí, el automovilista, exista o no paso cebrado, manifiesta en cualquier caso un respeto reverencial por el peatón. Algo es algo. Comemos aceptablemente en Mister G. B. Muchas mujeres maduras en el restaurante, solas o en pequeños grupos. En general, la mujer madura belga, en especial la solitaria, bebe mucho alcohol. Hay una, muy atildada, a mi izquierda, que acompaña su leve refrigerio con una botella de litro de tinto y dos copazos de coñac como remate. La veo pagar, levantarse y marcharse, sin vacilaciones notorias (días más tarde confirmaré en Holanda esta primera impresión. La soledad causa estragos en los Países Bajos como en todas partes. Las abuelas, por una razón o por otra, han dejado de ser abuelas; pero, al alcanzar cierta edad, no encuentran sucedáneo donde ahorcarse. Un dato curioso: en Holanda hay censados dos millones de perros, uno por cada siete holandeses, uno por cada familia y media, más que en ningún otro lugar del mundo. Aunque carezco de datos, es presumible que en Bélgica sucederá lo mismo).

Por la tarde visitamos el Museo de Arte Antiguo, o no tan antiguo, puesto que alcanza hasta el siglo XVI. Los primitivos flamencos y, en general, toda la pintura de estos países, en su abigarramiento, constituye un recreo para el ojo contemplador, incluso para el menos avezado. En principio se diría que entre

el Bosco y Van der Weyden no hay mucho en común, pero a mí me parece ver en toda la pintura flamenca una meticulosidad por el dibujo, un acabado primoroso de los fondos y, ante todo, una gran vistosidad de colorido y el empleo frecuente de tonos calientes y planos, sin transición. Que uno prefiera el Bosco a Van Dyck no quiere decir nada.

Como buenos turistas, al atardecer nos fuimos al Atomium con ánimo de cenar en el restaurante montado en la bola más alta del sistema, a una altura de rascacielos, pero sólo de pensar en ascender cien metros dentro de un tubo, sin ventilación visible, sin un mal respiradero, tanto a mi hija como a mí nos entró la claustrofobia y desistimos. Terminamos cenando en la Grand Place, con el Ayuntamiento y la Casa del Rey deficientemente iluminados, y, animados por la cena de Lovaina, optamos por el restaurante La Marée, especializado asimismo en pescados, pero fallamos. El éxito de Lovaina, la nueva, no se repitió. La sopa y el congrio estaban en su punto, pero alguna malhadada especia, una excesiva condimentación, privó al pescado de su sabor propio.

29 de marzo, domingo

Pasamos el día en Brujas, realmente una de las más bellas capitales europeas. Advierto que, a partir de Gante, sí hay campo abierto, hecho que confirma la concentración de población en torno a Bruselas. De Brujas se ha dicho que era una ciudad muerta. A mí, ciertamente, no me lo ha parecido. Los que sí parecen morirse a fondo son los brujenses. En Brujas se diría que uno se muere más que en cualquier otra ciudad del mundo. La familia del difunto proclama su desgracia en todas las esquinas con unas esquelas de a metro, orladas de unos lutos tremendos, de al menos quince centímetros. Más de la mitad de los carteles de Brujas son esquelas mortuorias, en las que se da cuenta de los méritos y títulos del finado. El tamaño, repito, es lo que impone. Esta costumbre rima bien con el exhibicionismo de las funerarias, que ya me llamó la atención en Gante. En esta ciudad hay una calle dedicada a estos establecimientos. En apenas cien metros se levantan media docena de ellos, comercios donde se muestran los ataúdes más relucientes y las coronas de flores mejor combinadas y los coches más severos para trasladar al cementerio los restos del difunto. Esto denota una propensión a la funebridad, a la necrofilia, acreditada por los panegíricos del finado que suelen pronunciarse todavía en muchos cementerios del país. Hay en Flandes cierto

regodeo mortuorio. Contrariamente al estadounidense, el belga no oculta, ni disimula, la muerte; la pregona.

Pero esta inclinación no afecta a la ciudad. Brujas es una villa dormida, no muerta, anclada en el pasado. O lo era. A Brujas la van despertando el turismo, la pequeña industria y el puerto de Zeebrujas, aún en construcción, el segundo puerto pesquero del país, a pocos kilómetros de la capital. En unos años, Brujas ha duplicado su población, que hoy rondará los cien mil habitantes, pero su hechizo emana del inmovilismo arquitectónico, de la pureza con que ha sido conservada, de tal modo que la evocación surge sin pretenderlo, nos remonta a tiempos lejanos, a los siglos XIV y XV, época de su apogeo, cuando esta ciudad era el centro comercial de Europa occidental y a ella concurrían comerciantes rusos, especieros venecianos y vinateros del Rin. Brujas, en aquella época, era la más importante salida de los acreditados paños flamencos que se comerciaban en las ferias de Champagne, encadenadas, sin interrupción, a lo largo de todo el año. La otra salida estaba en Italia, en las repúblicas italianas, adonde los paños llegaban a través de los pasos de los Alpes. Entre Brujas y Venecia abastecían a toda Europa. La ciudad vivió entonces su época de esplendor. Luego sería aún el puerto más occidental donde tocaban las flotas de la Liga Hanseática y, finalmente, decaería, empujada por Amberes y por la acumulación de arena que dificultaba el acceso al puerto. Ésta, a grandes puntadas, es la historia de esta ciudad.

Pues bien, hoy, Brujas, como estructura urbana permanece intacta; continúa siendo lo que fue. Brujas va a adentrarse en el siglo XXI sin la menor traición por parte de sus ediles. Para un español tal corrección, tal respeto, no sólo es edificante, sino increíble. Mas a Brujas, como sucede en cierta medida con Ávila o Toledo, le resta carácter el turismo, la invasión de turistas. Ésta es ciudad para ser recorrida en soledad y silencio, acompasando nuestros pasos a las solemnes campanadas del reloj de la torre del Befroi, que estremecen sus calles y canales de cuarto en cuarto de hora. Porque si, por un lado, la fascinación de Brujas deriva del conjunto, de su armonía urbana, de la uniformidad de sus edificios medievales, las impresiones más vividas e inolvidables nos las deparan los íntimos y apacibles rincones, como la placita de Huidenvelters, con los relieves elementales de los trabajadores del cuero, o el paseo Dijner, sombreado de tilos, flanqueando un canal que lame los cimientos de las antiguas casitas de los gremios —de ladrillo visto y ennegrecido y pinos tejados rematados en escalera—, tras los cuales se yerguen las torres del Befroi y Notre Dame, para adentrarse, luego, en el patio

oscuro y melancólico del Gruuthusmuseum, de ladrillo musgoso y renegrido, cercado de torres y enredaderas. De acuerdo, la Grand Place —con las Halles — y la plaza del Ayuntamiento es lo primero que hay que ver en Brujas; es su corazón, la zona monumental. Mas lo notable de esta ciudad es que toda ella es un puro, armonioso monumento. Perderse en el dédalo de sus calles o sus canales es lo que procede. Dejar al ojo que se divierta libremente, dando de lado a los cicerones, a sus constantes alusiones —no muy halagüeñas— al duque de Alba (los belgas recuerdan más, y en cierto modo es natural, los diez años de represión del duque que los otros ciento noventa de dominación española).

Colofón obligado es el Museo Groeninge, a mi entender nada del otro mundo. Una docena de cuadros sabios de los viejos maestros y largas salas de segundones: Pourbus, Blondeel, los Van Oost… Una de las piezas más sugestivas, para mí, es *La leyenda de Santa Úrsula*, de autor anónimo, en ocho delicadas tablas de finísima factura. Las salas dedicadas al expresionismo flamenco y a los contemporáneos, evidentemente, desmerecen.

30 de marzo, lunes

Salida hacia Holanda. Llueve. Una lluvia fina, intermitente, la primera en ocho días. El resto de la semana, salvo lunes y martes, resueltamente cálidos, hemos disfrutado de una temperatura tibia, dulce, tanto, que las terrazas de los cafés de Bruselas y Brujas estaban atestadas incluso de noche. Observo entre los belgas una cierta obsesión por disfrutar la primavera, semejante a la que ya anoté en los países nórdicos. La autopista hasta Amberes rebosa de camiones de gran tonelaje. A veces la concentración es tal que uno piensa, como en Alemania, que los dos o tres carriles de las autopistas resultan ya insuficientes. Pequeñas y medianas industrias —a juzgar por las dimensiones de sus naves— a ambos lados de la carretera. Rebasada Amberes, cesa de llover y el campo se abre. Creo que por primera vez en siete días dejan de verse casas entre el verde. La fronda se extiende varios kilómetros, tampoco demasiados. Al cabo, ceden los árboles y asoman de nuevo las hazas, las granjas, los rectángulos de pasto para el ganado. Antes de Breda, la frontera. Pasamos por ella como Pedro por su casa. Ni papeles, ni sellos, ni registros. Entre los países del Benelux se circula libremente. Apenas si se echa un vistazo a la carga de los camiones. Cambiamos moneda. El florín está caro. Un florín vale treinta y siete pesetas. Moneda fuerte, moneda sólida,

semejante al marco alemán, pueblo del que el holandés está próximo también en su físico, su laboriosidad, su lengua y su eficacia. Esta afirmación, que emito como un piropo, quizá no agrade a los holandeses, que sufrieron tanto en la última guerra mundial, padecimiento del que es expresión la casa donde vivió sus últimos días la infortunada Ana Frank en Ámsterdam. Pero yo lo veo así. El holandés, de entrada, parece plano y sin relieves, como su suelo, aunque luego tenga sus recovecos como cualquier hijo de vecino. Cada cual guardamos nuestra alma en nuestro almario. Las autopistas, como en Bélgica, son gratuitas. En Holanda, la velocidad máxima autorizada es más corta: cien kilómetros (ciento veinte en Bélgica), aunque los holandeses no observan esta limitación a rajatabla. La red de autopistas no deja marginada a ninguna ciudad de cierta importancia. Su entramado es complejo y completo, y su nudo gordiano, Utrecht, donde confluyen todas las rutas, aparte las líneas de ferrocarril y los canales navegables que, según tengo entendido, alcanzan, en este país de cuarenta mil kilómetros cuadrados (poco más o menos como Extremadura), el increíble guarismo de seis mil kilómetros de longitud. El lector más romo podrá imaginar, dado que por las vías fluviales navegan barcos de mucho calado, que el volumen de mercancías que se mueve a diario en Holanda monta una cifra de mucho respeto.

Salvada la frontera salen enseguida al encuentro del turista el primer invernadero, la primera vaca y el primer canal. Tulipanes, quesos y agua, con la bicicleta, los más acreditados protagonistas de la vida de este pueblo. Cerca de Utrecht, el curso, amplio, pausado, del Rin y los de los grandes canales. Todos los países económicamente fuertes que conozco disponen de generosas corrientes fluviales, lo que no quiere decir que todos los países con grandes ríos sean necesariamente países de gran desarrollo. Pero aquella condición parece inexcusable. Holanda, ya se percibe desde aquí, es un pueblo bien regado, nacido y desarrollado al amparo del agua. Esta tierra, inevitablemente con agua a la vera, es el verde pañuelo de la canción, planchado, extendido, sin límites en el horizonte. Una pequeña pampa…, pero con árboles. Parece mentira que este suelo sin orografía dé buenos trepadores entre los ciclistas profesionales. ¿Dónde se entrenan? Me aseguran que en la parte del Brabante hay alturas ¡hasta de trescientos metros! Despreciables arrugas para un español. En todo caso, entre los grandes ciclistas holandeses, que los ha dado y los sigue dando, predomina el llaneador, producto más entonado con esta topografía. En cualquier caso, quien bautizó a este pueblo como los Países Bajos bien le supo poner nombre. La mayor parte del país se extiende a pocos metros sobre el nivel del mar, y en una importante proporción —los

conocidos pólderes—, por debajo. El agua, insisto, y sus inseparables cortejadores —el pato, la focha, el somormujo, el avefría— son presencia constante. Entre Utrecht y Ámsterdam, los prados, donde retozan vacas y ovejas, se ven surcados cada cincuenta metros por pequeños canales, y entre canal y canal, dos reguerillos brillantes, para evitar que las tierras se inunden. De trecho en trecho, un molino de viento, primitivo procedimiento para drenar los campos. Los molinos fueron millares en su día, hoy apenas quedan doscientos, y como elemento decorativo. Con todo, y a pesar de que este país está aún más poblado que Bélgica —catorce, quince millones de habitantes—, se ven más espacios libres que en su vecino del sur. En rigor, entre Breda y Utrecht todo es campo. Desde Utrecht, la cosa cambia: granjas, caseríos, pequeñas poblaciones. A la entrada de Ámsterdam, en el Euromotel, un gran edificio funcional, nos detenemos a almorzar. Allí nos hemos citado con José Manuel García de la Torre, catedrático de español, alumno puntero de Dámaso Alonso, que lleva casi veinte años en el país, y con Darío Villanueva, joven profesor de literatura de la Universidad de Santiago, que acude, como yo —pero en avión—, a la Jornada de Novela Española Contemporánea, convocada por la Facultad de Letras de Ámsterdam.

30 de marzo, tarde

García de la Torre, nuestro invitante, es hombre cordial, menudo, nervioso, al que, en su generosidad, en su apresuramiento por decirlo todo de una vez, se le gualdrapean las ideas en la cabeza y, en ocasiones, olvida la idea madre y se extravía en los ramales. Hombre afable, generoso, sensible, su espíritu meticuloso se manifiesta en un detalle conmovedor: entre el cúmulo de instrucciones, croquis y mapas que me envió para facilitarme el viaje figuraba un cartoncito con cuatro monedas holandesas pegadas con celofán para que pudiera telefonearle en cuanto llegara. Con José Manuel, María Teresa, su mujer, encarnación de la bondad —Dios los cría y ellos se juntan—, y Darío Villanueva giramos una primera visita a Ámsterdam en una motora, desde los canales, procedimiento que aconsejo a todo aquel que llegue a la ciudad por primera vez. Desde los canales, la impresión que produce Ámsterdam es más pura, más armoniosa, más recoleta, más bella y más ilustrativa que si se hace a pie. La azafata que nos informa, alumna de García de la Torre, aparte francés y holandés, tiene la gentileza de utilizar el español en sus explicaciones, en homenaje al grupo. Todo muy de agradecer.

A Ámsterdam se le ha llamado «la Venecia del Norte» y «la Venecia del Zuiderzee», apelativos no muy apropiados en cuanto que, canales aparte, no hay entre ambas ciudades —nórdica una y meridional la otra— demasiadas similitudes. Venecia es toda canales —la rueda no tiene sitio allí—, mientras en Ámsterdam el agua no deja de ser un elemento ornamental, circunscrito a una zona de la ciudad, el centro, ceñido, en semicírculo, en el sector sureste, por tres canales —el de los Señores, el del Emperador y el de los Príncipes— unidos, a su vez, entre sí por otros muchos canales transversales de segundo orden. A pesar de ello, los canales y canalillos son aquí casi un centenar y más de mil los puentes y viaductos. Por otra parte, los canales de Ámsterdam están flanqueados por calzadas, mientras, en Venecia, el canal es la calzada y los edificios emergen del agua, le hacen cauce, cosa que en esta ciudad sucede muy rara vez. Luego están la arquitectura y el color. Venecia es ciudad policroma —¡ah, el famoso rojo veneciano!—, aunque de tonos mortecinos, mientras Ámsterdam es una ciudad marrón, el color de sus ladrillos. Finalmente, fuera del Gran Canal y de la plaza de San Marcos —apenas el único sitio donde el turista se puede poner de pie en tierra firme—, Venecia es ciudad angosta, con ese temor al sol característico de las ciudades mediterráneas, en tanto Ámsterdam es urbe abierta, despejada y, como es natural en un país brumoso, sin asomo de fotofobia, más bien con hambre de luz. Éstas son precisiones improvisadas, con las que pretendo indicar que Venecia es una ciudad muy bella y Ámsterdam también, que ambas, en cierto modo, nacen del agua y del comercio, pero que cada una tiene su carácter y una personalidad distinta.

La impresión de Ámsterdam desde el agua es la de una urbe uniforme, de cierta monotonía, pero infinitamente más hermosa y pulcra que cuando se recorre a pie. Las casas del barrio noble son de altura media, cuatro o cinco pisos (con doble acceso al primero por escaleras exteriores de hierro), ladrillo oscuro, claros ventanales y tejados de vertientes pronunciadas. El remate de las fachadas no es escalonado como en Brujas, sino de cuello o de campana, curvilíneo en cualquier caso. En este barrio del Oro, en un tiempo habitado por los grandes burgueses que controlaban el comercio de las Indias orientales y occidentales, se han refugiado hoy los dueños del dinero —bancos, centros financieros, alto comercio—, ya que el alquiler de estas casas —trescientas mil pesetas mensuales— hacen prohibitivo el acceso a un particular.

El barrio, muy extenso, habla por sí solo de la prosperidad de esta ciudad, que heredó de Amberes la primacía comercial allá por el siglo XVI. Es un barrio bien tenido, concienzudamente conservado. En Ámsterdam, como en

toda ciudad civilizada y con historia, existe una comisión encargada de velar por la conservación y restauración de las reliquias del pasado. El Ayuntamiento, de alguna forma, como es lógico, contribuye a los gastos. A medida que la motora avanza, de manera imperceptible, las casas bajan de tono, pero conservan su dignidad, su estilo inconfundible, sus fachadas triangulares. Son los barrios de los artesanos, de los antiguos gremios, tal vez con uno o dos pisos menos que en el barrio del Oro, pero de similar factura. En el ángulo del tejado una viga prominente, con un garabato en la punta, servía antaño para almacenar el grano en el desván y hogaño para subir los muebles (la cosa es tan práctica que no pocos edificios de nueva construcción han adoptado el invento). De pronto, tras un recodo del canal, el barrio más antiguo de Ámsterdam, con su Casa de los Tres Canales y, detrás, una iglesia luterana utilizada como almacén. Otras iglesias, de distintas confesiones, sin dinero y sin culto, sirven hoy de salas de fiestas, con sus llamativos anuncios a la puerta. La secularización holandesa, en especial en esta ciudad, ha alcanzado proporciones muy serias. Hace siglos, Holanda fue protestante; posteriormente protestantes y católicos se equilibraron: hoy los holandeses —hablo en términos generales— no son católicos ni protestantes, no son nada. En sus tiempos, Ámsterdam, la ciudad liberal por excelencia, acogió a judíos, calvinistas y católicos perseguidos en los países aledaños. En buena parte, a estas inmigraciones debió su grandeza y el comienzo de la industria de talladores de diamantes que de tan alto prestigio disfruta hoy en el mundo. En nuestros días, como es sabido, Ámsterdam, con el mismo talante liberal, ha abierto las puertas a la juventud anarcoide, pasota, contestataria y drogadicta del continente, pero no creo que esto le haya hecho hasta la fecha mucho favor. Pero íbamos en la motora. La azafata se dispara, de súbito, y nos muestra un racimo de curiosidades de la ciudad: los palafitos, la pequeña ciudad flotante, gabarras atracadas a los costados de los canales con su casita encima. Casitas-barco muy pintorescas y acogedoras, pintadas de diferentes colores, con cortinillas, luces y flores en las ventanas. Entre ellas, el barco de los gatos, un asilo de gatos lustrosos, que pasean su indolencia por la cubierta y a los que cuida una viejecita que, a lo peor, un mal día es devorada por sus pupilos. Poco más allá, otra curiosidad: «La casa más pequeña de Ámsterdam, señores. Mide un metro de anchura». («Sería un problema de herencia», dice un sabihondo a mi lado). Así desembocamos en el canal del Norte, anchísimo, con acceso directo al mar, y encontramos el otro extremo, «la casa más alta de la ciudad». Cuento los pisos: quince. Otra lección. En este canal, en el

extremo del dique antiguo, la Torre de las Lágrimas, o de las lloronas, desde donde las mujeres decían adiós a sus maridos cuando éstos marchaban al mar.

De regreso, detrás del Dam (la plaza, el corazón de la ciudad) está el barrio chino, que aquí le dicen barrio Rojo, el barrio de los *sex-shop*, los pornocinemas y las variedades atrevidas. También el barrio de la prostitución. Desde el agua apenas se perciben sus peculiaridades. Tras el desembarco completamos la visita a pie. Son centenares los estímulos eróticos que este pueblo libre e imaginativo ha puesto en circulación. El más llamativo, para mí, la espectacular cosificación de la mujer, su degradación total. El comercio carnal, persuadido de que una imagen vale más que mil palabras, exhibe a las muchachas en carne y hueso en las vitrinas. En la noche, una ventana iluminada por un tubo de luz roja anuncia al paseante una mujer libre. Mujeres ligeras de ropa, insinuando sus gracias, nunca totalmente desnudas. Muchachas, en buena parte, sorprendentemente jóvenes, delicadas, finas, bellísimas. La mujer se alquila o se vende desde un escaparate, lo mismo que una motocicleta o un televisor en color. Entiendo que a las feministas, que en Holanda abundan, no les falta aquí tela que cortar. Por lo demás, el lance, el flechazo, se repite, una y otra vez, ante nuestras narices. Desde la calle se ve entrar al cliente en la habitación (con un catre en su extremo), unas palabras con la mujer y, finalmente, la cortinilla se corre y la luz roja se apaga. Ha habido acuerdo. Por contra, si el seducido marcha, el trato ha fallado. Entonces, la muchacha vuelve a sentarse tras la luna, adopta una postura más o menos convencional y a seguir esperando. Todo ello, repito, cara al público. Esta exhibición es nueva para mí. El profesor García de la Torre me dice que en Hamburgo también se da. No lo sé. Yo estuve una vez en el barrio portuario de Hamburgo y no lo vi. Claro que de esto hace ya algunos años. Hay que pensar que este lamentable comercio es uno de los últimos montajes de la moderna sociedad de consumo.

31 de marzo, martes

He dormido mal, a pesar de que el hotel es silencioso y cómodo. Yo mismo me sorprendo, porque, como buen hipotenso, soy muy sensible a la altitud, y desde que llegué a los Países Bajos había hecho unos primeros sueños profundos y reparadores. Tal vez la razón radique en la última impresión que recibí ayer, no precisamente relajante: una manifestación femenina exigiendo una ley del aborto menos aguada, según ellas, que la que debaten actualmente

los Estados Generales, el Congreso de este país. La cosa, dicha así, no parece que encierre mayor importancia ni entraña novedad alguna en los tiempos que vivimos. Sin embargo, si precisamos que el grueso de la manifestación —alrededor de diez mil mujeres— lo componían muchachas de quince a veinticinco años —algunas de diez a doce— y no pocas visiblemente obnubiladas por la droga, la estimación del hecho cambia. En los rostros, los gritos y la gesticulación de las manifestantes había, además, violencia; violencia que se hizo patente cuando a un taxista apresurado se le ocurrió cortar una de las hijuelas de la manifestación. Después de charlar con jóvenes y no tan jóvenes mujeres holandesas, concluyo que los términos generales del proyecto de ley no les parecen buenos ni malos; lo que no aceptan, lo que las irrita hasta la exasperación, es una cláusula que demora cinco días la ejecución del aborto desde su solicitud, plazo de reflexión en el que deberá escucharse el consejo del médico. Las chicas se ponen de uñas: «¿Qué pinta el médico en este pleito? A él le corresponde ser el brazo ejecutor. La determinación la tomo yo sola». Ésta es la postura general, me parece, de las manifestantes, y así lo proclamaban las pancartas que exhibían: «Dueña de mi vientre», «Libertad para mi cuerpo», «Aborto sin reservas», «Aborto libre y libres todos». En suma, una exaltación de la libertad, de la disponibilidad de su cuerpo y de lo que consideran propiedad particular: el feto. El plazo y el consejo médico es, si no he entendido mal, lo que no digieren estas jóvenes manifestantes. Lo que quieren, lo quieren ya, aquí y ahora, sin demoras, paternalismos ni regateos. El plazo, por breve que sea, se les antoja una limitación inadmisible. Ahí está el nudo de la cuestión. El hecho de que la manifestación me impresionara obedece, pues, a que las manifestantes eran muchas, muy jóvenes y notoriamente radicalizadas.

El lector, seguramente, se preguntará, como me pregunté yo, ¿es posible que Ámsterdam dé, entre sus setecientos mil habitantes, diez millares de jóvenes y adolescentes dispuestas a reclamar airadamente la libre disposición del hijo por nacer? Ahí está la madre del cordero, algo que hay que empezar por subrayar: Ámsterdam es hoy la capital de la protesta juvenil en Europa. Esto no es únicamente una peculiaridad de la urbe, sino una realidad que le imprime fisonomía. Los folletos turísticos nos hablan de «Ámsterdam, capital de los Países Bajos», «Ámsterdam, capital de la moda», «Ámsterdam, ciudad de Congresos y Exposiciones», «Ámsterdam, ciudad monumental», «Ámsterdam, capital económica», pero la verdad es que antes que la moda, los congresos y exposiciones, los monumentos y la economía, el turista percibe en Ámsterdam la rebeldía, la ebullición juvenil. Lo percibe en que en

el centro de la ciudad no hay un metro cuadrado sin una pintada, en la repugnante suciedad de sus vías —hecho más llamativo en un país educado y pulcro como el holandés—, en los grupos estrafalarios que me rodean por las calles, en sus gritos y actitudes dentro de la general compostura. ¿Y de qué o contra qué protestan estos jóvenes? Protestan contra la represión. ¿Contra qué represión, si no es mala pregunta? Eso ya no lo puedo responder con seguridad, pero, al parecer, contra la que deriva de una situación social, más que política, ostensible no sólo en los países del Este, sino también del Oeste, que impide a cada cual hacer lo que le dé la real gana.

Pero, seguramente, meter en un mismo saco a los miles de muchachos suecos, alemanes, franceses, italianos, españoles, etc., que llegan a Ámsterdam a ejercer su derecho a la libertad no sería justo. Esta grey, evidentemente numerosa, que fluctúa y se renueva, es, sin duda, un conjunto heterogéneo, en el que existen *hippies*, desplazados, pasotas, drogadictos, extremistas exaltados, *gays* reivindicativos, anarcoides (no precisamente anarquistas) y qué sé yo qué más. En general, no son violentos, pero algún sector sí lo es; es decir, llegado el caso, se muestra hostigador y agresivo, dispuesto a apuntarse a cualquier algarada o manifestación, especialmente si se trata de destruir algo, sea un escaparate o un feto. Este sector dinámico, siempre presto, moviliza con cierta facilidad —o manipula, como se dice ahora— a otros sectores naturalmente pacíficos, o antes que pacíficos, indiferentes y apáticos, que se aburren, pero que periódicamente necesitan dar fe de vida. Aquel sector, por otra parte, desvía o se aprovecha de movimientos o inquietudes en buena parte justificados, como el de los *krakers*, gente sin vivienda —en Ámsterdam, me dicen, faltan cien mil habitaciones— que ocupa chalés o pisos deshabitados. Estos *krakers*, que comenzaron siendo unos pequeños grupos de trabajadores tranquilos, son hoy difícilmente identificables en estado puro. El sector agresivo de los jóvenes contestatarios se ha mezclado con ellos hasta desnaturalizarlos, los maneja, y en cualquier oportunidad —como sucedió recientemente con motivo de la abdicación de la reina Juliana— montan el número. En una palabra, la organización actual de la sociedad capitalista, y no digamos de la socialista, no les va —y no me choca—, es decir, su inconformismo no deja de estar justificado; el fallo radica en la nebulosidad de sus objetivos, en que saben con certeza lo que no quieren, pero carecen de unas ideas concretas sobre sus aspiraciones, sobre lo que quieren.

Estos jóvenes proceden de toda Europa, yo diría de todo el mundo, y son, en general, jóvenes inadaptados, a los que redime, si es caso, un vago anhelo

de libertad, un noble afán por cambiar unas cosas que, evidentemente, no van bien. Movidos por la fiebre, a menudo delirante, de la libertad total, arriban a Ámsterdam como a la Tierra Prometida, al paraíso de la droga y el sexo, pero se encuentran con una sociedad organizada a la europea y, si algunos lo aceptan en silencio, se conforman con que no se metan con ellos, otros estallan, bombardean diariamente la convivencia, bien con sus algaradas, sus motos a escape libre, sus *grafitti*, sus hurtos en los grandes almacenes o, simplemente, llenando de mierda, emporcando las calles de la ciudad. Ámsterdam soporta esta invasión con espíritu tolerante, como admitió las de todos los rebeldes con causa a lo largo de la Historia. No es que les dé droga libremente, pero la permite. No es cierto, como corrió la voz en Europa, que Holanda haya legalizado la droga blanda. La droga —la dura y la blanda— sigue siendo ilegal en el país, pero se comercia sin grandes dificultades. Existe una tendencia no disimulada a la permisividad. Yo entiendo que la misma libertad que existe para entrar y salir del país se da para la circulación de la droga. Esto explica hechos como el que presenció mi hija en los lavabos de uno de los más acreditados restaurantes de Ámsterdam. Protagonistas: dos jóvenes españolas que ignoraban que mi hija también lo era. La de fuera preguntaba a la otra por qué no salía y ésta respondió: «Espera, me estoy tratando». «¿Dónde la conseguiste?». «En el Dam». El Dam, lo recuerdo, es el centro de Ámsterdam, el núcleo histórico de la ciudad, donde está el Palacio Real sin reyes, la iglesia donde la reina Juliana declinó sus poderes y el monumento a los caídos de la Segunda Guerra Mundial. Por lo visto es, además, un mercado habitual de droga, cosa no chocante, porque toda Ámsterdam lo es. La ciudad suministra droga fácil y a precios más económicos que el resto de Europa.

Yo me pregunto si es el frecuente consumo de «hierba» lo que hace que el ochenta por ciento de fumadores de este país líen sus cigarrillos. La cosa es tan sorprendente que me llamó la atención nada más llegar. Un amigo me dice que esta costumbre es tan vieja como Holanda, mientras una universitaria, al verme liar parsimoniosamente mi picadura, me dijo: «Profesor, está usted a la moda holandesa». ¿Es, pues, una moda o una costumbre inveterada? Lo ignoro, pero para un europeo sí representa una novedad, y como tal la constato.

Anécdotas al margen, la existencia de estos grupos disconformes, violentos o no, trasciende, crea una cierta sensación de malestar, de inseguridad o tal vez sería mejor decir de desconfianza. El holandés amigo te apercibirá del riesgo antes de tomar el tranvía. La vigilancia policial en los

grandes almacenes es notoria. Los hurtos y altercados, frecuentes. Los asaltos a establecimientos de lujo —asaltos nocturnos, ordinariamente sin sangre— son también moneda común. Resultado, el brillante comercio de Ámsterdam, de hace apenas quince años, languidece. La gran joyería, víctima de cuatro robos consecutivos a lo largo de un año, no encuentra asegurador; el establecimiento de delicadas porcelanas, agredido tres veces por los jóvenes airados, se marcha con la música a otra parte. Las trampas metálicas, tiznadas de carteles, soflamas o signos feministas, constituyen hoy el decorado nocturno de las calles céntricas. Ello explica que la Kalveerstraat, la más concurrida del nudo comercial, con sus luminosos pretenciosos y sus modestas tiendas de ropa, calzado y perfumería, tenga un tufillo provinciano que no se corresponde con la categoría de la ciudad ni con la importancia mercantil de este país.

En la universidad se celebró hoy, de la mañana a la noche, una Jornada de Novela Española Contemporánea organizada por el profesor García de la Torre con la ayuda de la Embajada y de su agregado cultural, Fernando Arias, un chico inquieto, muy activo y despierto, con el que charlé largo rato. Por la mañana actuaron el profesor de esta universidad, Manuel López Abellán, a quien no veía desde hace casi veinte años, que disertó sobre el tema «Censura y autocensura en la narrativa española de posguerra»; Darío Villanueva, que lo hizo sobre «La novela en España en los últimos años» y, finalmente, García de la Torre, sobre «La lengua en la obra de Delibes». Después de un refrigerio, muy animado, con los profesores del centro, toreé yo, a una hora disparatada, las dos y media, una corrida intimista y obligada: «Breve reflexión sobre mi obra». La concurrencia a los actos no pudo ser más alentadora. Chicos y chicas, de pie, sentados en el suelo, abarrotando el aula. Gente de Ámsterdam, claro, pero también de las universidades de Utrecht, Leiden, Groninga, especialmente desplazados para la jornada (hay que tener en cuenta que el total de estudiantes de español en Holanda no llega a los mil). Las intervenciones de García de la Torre, Abellán y Villanueva, a lo largo del coloquio que siguió, muy sabias, brillantes y discretas. Por mi parte tuve que satisfacer la curiosidad de las estudiantes holandesas que se obstinaban en ver en la Carmen de *Cinco horas con Mario* el prototipo de mujer española. Les aclaré que esto, afortunadamente, no era exacto; que, en primer lugar, la mentalidad de Carmen es universal —aunque tal vez más extendida en España— y, en segundo, que podía haber colocado a Carmen en el ataúd y a Mario monologando ante él, sin menoscabo para la novela,

porque también había muchos Cármenes entre los hombres, de tal modo que las figuras de uno y otra —como expuse en *El príncipe destronado*, donde el marido es el reaccionario y la mujer la progresista— eran intercambiables y, por tanto, más que una crítica de la mujer española yo había aspirado a reflejar en mi obra la situación actual —o no tan rigurosamente actual— de las «dos Españas» tradicionales. Creo que lo aceptaron. Al final, me reclamó un pequeño grupo de hijos de emigrantes españoles que escuchaban atentamente en un rincón con sus profesores. Observé en estos chicos dos posiciones: los desorientados (no se sienten ni totalmente holandeses ni totalmente españoles, y no acaban de encontrar su sitio) y los integrados, que aceptan, con todas sus consecuencias, su país de adopción. Lo contrario, esto último, de los padres, que sueñan, en todo caso, con el regreso a España.

1 de abril, miércoles

Existe un dicho, muy difundido, según el cual Dios hizo el mundo pero Holanda la han hecho los holandeses. Y esta afirmación, que, a primera vista, parece una jactancia, resulta exacta en lo que se refiere a la cuarta parte del suelo del país. Es decir, Dios hizo treinta mil kilómetros cuadrados de Holanda, los otros diez mil son manufacturados, los han añadido los holandeses. ¿Cómo? Robándole tierra al mar, a los ríos, desecando lagos. En este sentido, cuando un holandés habla de engrandecer su país, no está aludiendo a su arte, ni a sus glorias militares, su agricultura ni a su industria, sino, literalmente, a hacer más grande su suelo. El holandés saca, pues, tierras de la nada, o mejor dicho, las pone a flote, las extrae del agua, las hace emerger en un bonito juego como de prestidigitación. Estas tierras emergidas son los celebérrimos pólderes, donde se asienta buena parte de la agricultura y la población, muy crecida, de este pueblo.

Hoy dedicamos la jornada a visitar los dos pólderes más recientes —el Flevoland Sur y el Flevoland Este—, alumbrados hace apenas veinte años; el dique que une Lelystatd con Enkhuizen (primer paso de la desecación del pólder Markerwaard) y, finalmente, el gran dique por el que corre una espectacular autopista, de treinta kilómetros de longitud, desde Den Oever a Kornwerderzand, concluido en 1932 y que vino a convertir el golfo de Zuiderzee, un mar inquieto y alborotado, en el apacible Ijsselmeer, un lago de agua dulce. En unos años, como por arte de birlibirloque, los holandeses han cambiado las merluzas por anguilas y se han quedado tan frescos. Mas, con

este dique, la operación Zuiderzee no había hecho más que comenzar: el golfo se había transformado en lago. Detrás vendría la parcelación del mismo por medio de diques y la subsiguiente desecación. Hoy, de las cuatrocientas mil hectáreas aproximadamente del viejo golfo, unas ciento cincuenta mil son ya tierra firme, otras sesenta mil están camino de serlo y el resto lo serán en el momento en que los holandeses se lo propongan.

Lo admirable de todo esto es que el pólder no es una técnica nueva, empezó hace más de doce siglos, con diques elementales que preservaban los terrenos de dunas anegadas por las mareas altas. Así nacieron, en unos diques, Ámsterdam y Róterdam. Ahora me he enterado de que *Dam* quiere decir precisamente eso, dique, escollera. A lo largo de los siglos, los holandeses prosiguieron tenazmente su labor. Los siglos XVII y XIX fueron especialmente fructíferos en su pugna con el mar. La llanura marítima, desde Ámsterdam a Róterdam, se convirtió en tierra continental. Simultáneamente se rellenaron lagos, como el Beemster, se encauzaron ríos como el Mosa y el Rin, cuyas aguas, en algunas zonas de su curso, eran más altas que las tierras colindantes, se desbordaban. De este modo puede decirse que los Países Bajos son, en ciertas zonas, bajísimos, esto es, no tienen altitud, altura sobre el nivel del mar, sino que están por debajo, preservados por los diques. Esto implica un riesgo, riesgo que se ha convertido en desolación en diferentes momentos de su historia, concretamente —nos referimos a las más sonadas o las más próximas— la gran inundación de Santa Isabel, en el siglo XV, que arrasó veintiocho pueblos en torno a Dordrecht, o la catástrofe de 1953 en Zelanda, sobre el estuario del Escalda, cuando una marea alta unida a una fortísima tempestad hizo saltar los diques, inundó el seis por ciento de los campos holandeses, se llevó por delante más de tres mil viviendas y se cobró el doloroso tributo de dos mil víctimas. Hoy los holandeses, previendo esta contingencia —marea alta más tempestad—, están levantando entre las islas de Zelanda unos elevados contrafuertes, auténticos muros ciclópeos —el plan Delta—, para contener las aguas. De todos modos el riesgo continúa vivo. Una guerra o un lunático que colocara en las protecciones media docena de explosivos potentes, estratégicamente repartidos, serían suficientes para inundar la cuarta parte del país.

Pero ¿cómo se hace un pólder? ¿Cómo esa turba arenosa, fuertemente salinizada, puede llegar a convertirse en ubérrima huerta, en unas tierras de labor tan productivas como las más productivas de Europa? El siglo XX ha traído consigo grandes adelantos técnicos y unos tratamientos físico-químicos capaces de obrar el milagro. Nuestro recorrido por los pólderes Flevoland

(todavía, uno de ellos, en fase preparatoria) y la construcción del dique entre Lelystad y Enkhuizen, que ha aislado, al sur del viejo Zuiderzee, más de sesenta mil hectáreas de agua, me han ayudado a comprender el fenómeno. Esos miles de litros de agua que quedan a la izquierda de la carretera que discurre por la presa serán achicados, mediante bombas, al otro lado del dique. Y, una vez que la tierra emerja, habrá que secarla, desalinizarla y disponerla para el cultivo. La cosa se agrava con las lluvias, que a estas alturas nunca faltan, y la propensión a volver a sumergirse de las tierras recién alumbradas.

Lo primero que procede entonces es disponer su drenaje. Para ello, los pólderes del Zuiderzee quedan separados del continente por unos canales, es decir, son islas dentro del lago. A estos canales vierten las aguas procedentes del avenamiento, sistema de desagüe cuidadosamente dispuesto para impedir la inundación. El agua, que, en tiempos, se achicaba, como no sé si dije, mediante molinos de viento, se drena hoy con motores diésel y procedimientos eléctricos. Ya tenemos, pues, tierra y un método para mantenerla con el grado de humedad pertinente. Ahora viene su preparación para el cultivo, una serie de operaciones sucesivas y pacientes que nunca duran menos de diez años. En primer lugar, aviones especializados riegan el pólder recién emergido con unas semillas que no he podido identificar y que producen unas hierbas desflecadas y largas que, una vez secas, son incendiadas. Tras una pausa, la tierra es movida, arada en profundidad y sembrada de maíz, trigo, cebada y avena. Las primeras recolecciones de estos productos son dedicadas a piensos para ganado. Son varias las cosechas con este destino. A continuación, el pólder, ya bastante desalinizado, se siembra de colza —de trágica actualidad hoy en España—, una especie de coles cuya semilla es utilizada por los holandeses para fabricar aceite. Del grado de salinidad de la tierra dependerá el tiempo de tratamiento. Posteriormente, doce o quince años después, en condiciones ya de cultivo, se sembrarán de pastos, cereales o remolacha. Por el contrario, las tierras menos aptas para el cultivo se convertirán en bosques; álamos y chopos en principio; abetos, acacias y alisos, después.

Visitar los pólderes Flevoland, aún muy jóvenes, comporta el privilegio de sorprender la tierra en alguna de las fases indicadas. De entrada, lo que más choca al visitante es su despoblación, más llamativa aún después de recorrer la llanura marítima, entre Ámsterdam y Dordrecht, una quinta parte del territorio nacional, donde se concentran la mitad de sus habitantes, es decir, hacia siete millones o siete y medio, una densidad demográfica de más

de quinientos por kilómetro cuadrado. Si tenemos en cuenta que Soria y Guadalajara apenas alcanzan un promedio de diez habitantes por kilómetro cuadrado nos haremos idea del hacinamiento de la llanura marítima holandesa. Luego, aquí y allá, surge una granjita, una pequeña población y, de pronto, al abocar al Flevoland Este, lo inesperado: Lelystad, una ciudad con trece años de vida, una ciudad de nuevo cuño, planeada y salida de la nada; una ciudad que no se parece a ninguna otra, con un centro administrativo y comercial, muy activo, y, como una reacción contra la vieja arquitectura de tejados puntiagudos y fachadas de ladrillo oscuro, techos planos y fachadas blancas, y, a sus cuatro costados, separados por amplios espacios verdes, los barrios residenciales, tradicionales los unos, modernos otros, pero, en todo caso, sin rascacielos o símbolo alguno de arrogancia u ostentación. Una ciudad nueva, distinta, pero modesta. En sus alrededores, anuncios sorprendentes, como arrancados de un filme del oeste: «Centro de información para Tierras Nuevas» y, a la entrada de la carretera que corona el dique, y a todo lo largo de ella, advertencias con doble alcance: «¡Peligro, pájaros!» o «¡Piensa en los pájaros!», avisos oportunos, ya que la fauna acuática —patos reales, porrones, gaviotas— se amontona en las aguas, a ambos lados del carril. Y, a pesar de todo, no son pocos los cadáveres de estas aves que se encuentran en la carretera. ¡Inolvidable espectáculo este de los pólderes solitarios, en vías de formación! Dentro de cinco, diez años, quizá menos, estas tierras, que apenas cobijan hoy cuatro pueblecitos y una docena de granjas en una extensión de cien mil hectáreas, servirán para descongestionar este país superpoblado.

Otra cuestión. ¿De quién son estos campos, ayer inexistentes, que en unos años han venido a aumentar el espacio habitable y cultivable del país? En principio, cosa natural, del Estado. Terminadas las operaciones preliminares y en trance ya de producir, los pólderes son divididos en parcelas rectangulares, de alrededor de veinticuatro hectáreas, y en cada parcela se erige una granja. Estas granjas se conceden, en principio, en arrendamiento a los campesinos cuyas tierras fueron expropiadas por razones de utilidad pública. Detrás vienen los hijos de granjeros que quieren establecerse por su cuenta y, finalmente, cualquier aspirante por orden riguroso de solicitud. Pero el Gobierno holandés, persuadido de que la tierra sólo es fecunda cuando se la ama y únicamente se la ama cuando es propia, concede cada cierto tiempo una opción a los arrendatarios para acceder a la propiedad. En realidad, según me dicen, son pocos los que desertan.

Pero aparece la tierra donde ayer había agua y cesa, lógicamente, la actividad de los pescadores de los pintorescos pueblecitos que festoneaban el viejo golfo. Estos hombres observan atónitos cómo crecen el trigo y los árboles a su alrededor, donde antaño faenaban. Estos pueblecitos derivan hacia la agricultura, o se dedican a la captura de otras especies en el lago o los amplios canales (en Lelystad, la ciudad más joven del mundo, se erigió hace años un instituto dedicado a la cría de peces de agua dulce que suplieran la fauna marítima del golfo), o quedan intactos, como meras reliquias turísticas. Concretamente, el puerto de Hoorn, centro de la actividad de las Compañías de Indias, es hoy un puertecito náutico, de puro recreo deportivo.

Al regreso de la excursión, María Teresa y José Manuel García de la Torre nos invitan amablemente a cenar en su casa, con Darío Villanueva. Los hijos del matrimonio atienden mi insaciable curiosidad en torno a los pólderes y al preguntar a uno de ellos, con inquietudes ecológicas, por los posibles trastornos que podía ocasionar esta alteración de la Naturaleza, me responde muy serio: «A nosotros nos preocupa más la supervivencia de las focas y de las ballenas. Ése sí es un peligro real e inmediato».

2 de abril, jueves

La Haya. Fernando Arias, el agregado cultural, me tiene preparada una sorpresa. En la Embajada me espera un biólogo holandés, Jan L. van Haaften, miembro del Instituto para la Administración de la Naturaleza, catedrático de la Universidad Agraria de Wageningen, que ha tenido la amabilidad de desplazarse desde su lugar de residencia, a cien kilómetros de distancia, para someterse a mi interrogatorio. Van Haaften me anuncia su visita a Doñana para el mes próximo y no parece sorprenderse cuando le comunico que un hijo mío está allí, con Castroviejo. Estos biólogos son una especie de masonería blanca —todos saben todo— que con su abnegación están tratando de frenar la destrucción de la Naturaleza que la técnica y el consumismo proponen.

En rigor, ni por títulos ni por conocimientos estoy preparado para cambiar impresiones con un especialista en estos temas, pero Van Haaften, hombre llano y abordable, va respondiendo fluidamente, sin necesidad de reflexión previa, a mi bombardeo de preguntas. Naturalmente la alteración ecológica que producen los pólderes es indudable, se cambia el agua salada por dulce o el agua dulce por tierra, mas, en cualquier caso, existe una transformación del

medio, del ecosistema. Los holandeses, al reanudar estas experiencias, estaban seriamente preocupados, pero el ensayo discurrió normalmente, emergió la tierra con su flora acuática, se la sometió a los primeros tratamientos, surgieron espontáneamente los primeros animales —conejos y liebres—, se asentaron los primeros campesinos. No, no parecía que se hubiera desencadenado ninguna catástrofe. Nuestro temor era mayor porque, en un principio, la cosa estaba exclusivamente en manos de técnicos. Hoy empieza a contarse con nosotros. En Lelystad, después de creado el pólder, interviene un equipo de biólogos, ocupándose de los animales y de las plantas. Claro es que no tiene poder decisorio. El dinero también manda en Holanda. Además, no olvide que no siempre los biólogos compartimos los mismos criterios. Diferimos. Pero la opinión mayoritaria se somete al equipo de ingenieros. Hemos conseguido cosas, no crea, por ejemplo dejar que unos cientos de hectáreas se inunden en invierno para facilitar la inmigración de los gansos. Y en el caso concreto del Zuiderzee, al cambiar el agua salada por dulce, no se produjo un desastre, como usted teme. El cambio fue paulatino. El agua fue desalinizándose gradualmente mediante la afluencia de los ríos. Puedo asegurarle que su transformación en dulce no se consumó antes de dos o tres años. En ese plazo, las focas que habitaban en los bancos de arena, al norte del golfo, escaparon por las compuertas del dique. Lo mismo sucedió con los peces. No todos, naturalmente; muchos murieron. Es el precio de la supervivencia del hombre. A cambio, las aguas dulces fueron repobladas con otras especies y algunas, como las anguilas, aparecieron de manera espontánea. Respecto al plancton y los microorganismos, fueron modificándose por sí solos, lenta pero inexorablemente. Las aves, en cambio, aumentaron. Hoy, en torno al Zuiderzee, hay más pájaros que antes, cosa lógica al disponer de mayor extensión de terrenos agrícolas. Han aumentado, sobre todo, de manera espectacular, los patos. Tenga en cuenta, además, que a menudo parte de los pólderes se destina a reservas. ¿No ha visto usted corretear a los corzos en los terrenos abiertos próximos a los bosques? Se los ve a menudo en grupos de diez o doce. Aquello parece un milagro. En cuanto al clima, no creo que la sustitución de agua por tierra le haya afectado. Las medias de precipitaciones y temperaturas, según las estadísticas, vienen a ser las mismas. El otro problema que usted me plantea, el de la erosión, tampoco es tal. Se trata de tierras sumergidas desde siglos que han soportado ya todos los embates. Al emerger, la primera siembra de hierbas impide el desgaste de los canales. Con frecuencia los costados de éstos se emparedan de piedras o de planchas de cemento perforadas para que en ellos crezcan las plantas. Otra

ventaja de hacer las cosas a nuestro gusto es que podemos graduar las rampas que conducen al agua para que los corzos y otros animales puedan bajar a beber o a bañarse. La tierra de los pólderes, en efecto, no es buena, pero en ocasiones tampoco mala o muy mala, si usted lo prefiere así. La del Flevoland Este es la mejor de todas. Y tratada con fertilizantes adecuados, se muestra generosa, no sé si la más productiva de Europa, como usted dice, pero sí muy buena. No olvide que en esta empresa interviene un verdadero ejército de ingenieros químicos especializados y que, en definitiva, el pólder no es una novedad de ayer. No, nuestra agricultura, a mi entender, está lejos de ser un modelo. Demasiada producción, exceso de fertilizantes, abusiva presión sobre la tierra, contaminación del suelo, inexistencia de perdidos y terrenos marginales. Por un lado, se la esquilma y, por otro, desaparecen paulatinamente animales salvajes como la perdiz gris —no, roja no hay—, muy apreciada por los cazadores, aunque la pieza típicamente holandesa sea el pato, principalmente el azulón, que se extiende por todo el país y cuya caza se ejercita entre los meses de julio a enero.

La sosegada charla con Jan van Haaften, exenta de tonos dramáticos, me ha serenado. Visita a La Haya, bajo un cielo gris, neblinoso, del que a ratos se desprenden unas gotitas microscópicas. Igual que ayer y que antes de ayer y que el día anterior. La bruma, la calima, suelen ser acompañantes inseparables del holandés en invierno y en verano, un toldo ceniciento que se oscurece, como barriga de topo, en la línea del horizonte. Pero, afortunadamente, no llueve. Una estancia climatológicamente afortunada porque en Holanda llueve más de la mitad de los días del año. El verano —me dicen— es aquí fresco. Uno puede bañarse en el mar no más de quince días, antes que por placer por ejercitar la voluntad. Ahora mismo, en La Haya, como ayer en los pólderes y como anteayer en Ámsterdam, barre las calles un vientecillo sutil, no desmelenado pero finísimo, viento húmedo, como de cubierta de barco recién baldeada. Mas en La Haya se encuentra el turista con la Holanda esperada, una ciudad limpia, recoleta, señorial, un pelín sosa, gente activa y afable, bien vestida, sin notorias veleidades arquitectónicas. Ello no resta grandiosidad a muchos de sus edificios, el Parlamento, la Casa de Curas —doblada de casino y hotel, sobre una playa contaminada posiblemente por los vertimientos del Rin, no muy lejano, uno de los ríos más sucios del continente—, el Tribunal de La Haya, el reputado tribunal internacional que falla grandes pleitos pero al que falta poder sancionador para exigir el cumplimiento de sus sentencias. Observo en casi todos los edificios un mástil en el balcón central. Es una costumbre. Los holandeses engalanan sus casas en cualquier solemnidad pero

no con colgaduras sino con banderas. Y luego los tranvías, las bicicletas y las flores. Los tranvías imprimen a las ciudades holandesas un ritmo cadencioso, apacible. La bicicleta ya es otra cuestión. Yo venía con la ilusión de pasearme por La Haya sobre dos ruedas, pero he desistido. No todas las vías disponen de carriles especiales y, aunque el respeto del automovilista es grande, el ciclista se juega aquí la vida como en otras partes. La bicicleta, por grande que sea su número, tampoco ha resuelto su problema de inseguridad en este ordenado país. El ciclista corre riesgos y los plantea. Riesgos graves para el peatón, especialmente para el turista, acostumbrado únicamente a la circulación a motor y que se ve de repente embestido por una de estas bicicletas un tanto anacrónicas, viejas, de ancha llanta, que ruedan raudas y silenciosas. Y, por todas partes, en todas las esquinas, puestos de flores, aunque todavía no es la época de la gran eclosión, pero los invernaderos, sobre todo de tulipanes, en la zona de Haarlem a Noordwijk, permiten este prodigio multicolor. Los holandeses todo lo dicen con flores: homenajes, felicitaciones, conmemoraciones, declaraciones de amor, entierros. Hermoso y pacífico abigarramiento que constituye, al propio tiempo, con la exportación de bulbos, una de las industrias más productivas del país. Tengo entendido que los ingresos por esta causa alcanzan un volumen notable, de millones de florines. Este amor por lo vegetal se hace patente en La Haya, en sus extensos parques y en sus barrios residenciales, especialmente al Vassenaar, complejo aristocrático, punto de confluencia de embajadas y nobles y altos burgueses. Restaurantes indonesios por todas partes. Su cocina no acaba de agradarme —es dulce, sabe a postre—, pero lo cierto es que ha ocupado la capital. A falta de cocina típica holandesa, la indonesia se ha impuesto. Gastronómicamente, la colonia ha conquistado a la metrópoli. Así son las cosas. También se hace notoria en las calles la presencia de grupos moluqueños y trasciende, en carteles y conversaciones, la raíz germánica del idioma holandés: *Vogel, Brood, Apotheck…* Hablando de idiomas, no hay holandés que desconozca el inglés. Es su segunda lengua. Con el francés, en cambio, en este país, no llega uno a la esquina. Otra cosa importante: la propensión niveladora, que ya había observado en otras ciudades, trasciende en La Haya. La democracia holandesa es una democracia igualitaria, a la vista está. Sus ciudades nada tienen que ver con las nuestras, con las ciudades del meridión europeo. Los españoles estamos habituados a urbes con un centro comercial, alto burgués, a una faja simplemente burguesa, a un cinturón menestral y a un suburbio, cuando no ciñe el corazón urbano una vergonzosa cadena de chabolas. Nos hemos hecho a ello y, aunque algo vamos ganando, nos parece natural. En Holanda esto no

sería admisible. Al holandés —aunque subsisten notables diferencias entre ellos— no le agradan las eminencias, le molesta que alguien sobresalga. Hay un dicho expresivo a este respecto: «No queremos águilas entre nosotros».

A la una, almuerzo con el embajador, Ramón Sedó, un catalán inteligente, agudo, finísimo. Asisten también Fernando Arias, García de la Torre, Darío Villanueva y José Luis Alonso, profesor de español en Groninga. Estas comidas en las Embajadas suelen servir para establecer un parangón entre lo que el país receptor tiene y lo que nos falta a nosotros, los españoles. La comparación, generalmente, no es halagüeña. Con este tema, más o menos, escribió un libro, *El rompecabezas holandés*, el duque de Baena, un gran embajador en La Haya, que conocía este país al dedillo (lo leeré en cuanto regrese a España). El libro ha dejado aquí una estela imborrable, unos contra el duque, a favor del duque otros, los que valoran positivamente sus críticas. Rabietas y aplausos, lo de siempre. Pero el nombre del duque de Baena no puede pronunciarse impunemente en el Club de la Aristocracia de La Haya. Hablamos del practicismo holandés y el embajador puntualiza sutilmente que el gran mérito del holandés no es ser práctico sino serlo sin dejar de ser honesto. La comida, excelente. Al parecer la Embajada cuenta con un cocinero italiano de primera fila.

A las ocho de la tarde, el equivalente a nuestras once de la noche, pronuncio una conferencia en un salón del Hotel Promenade, uno de los más lujosos de aquí. La gente se acomoda entre sillas y veladores, como en un café, ambiente que recuerda al del Círculo Cervantes, en Niza, que dirigía hace años el amigo Gerard Romeo. Numeroso público, distinto al de Ámsterdam. Personas maduras, amantes del español y de lo español, inmigrantes, varios embajadores de países hispanoamericanos. El acto está organizado por nuestra Embajada y una Asociación Hispánica que preside un coronel holandés —he olvidado su nombre— grande, expansivo, exuberante. Tras mi charla, un café y, tras el café, un coloquio abierto con dos acertadas intervenciones de García de la Torre y Darío Villanueva. Terminamos a las tantas, con Fernando Arias y la encantadora Patricia, su novia holandesa, en un restaurante indonesio.

3 de abril, viernes

Breve visita al Rijksmuseum, en Ámsterdam, con algún Hals y mucho Rembrandt, ambos pintores de mi predilección. Para ver a Hals a fondo hay

que trasladarse a Haarlem. La obra del menesteroso pintor de la risa está recopilada en un museo de esa ciudad que fue la suya. Emoción ante Rembrandt, creador de la «sombra luminosa», ante su celebérrima *Ronda nocturna* y *Los síndicos de los pañeros*, dos de sus obras fundamentales, en las que deslumbra el tratamiento de la luz. El museo, como casi todos los visitados en este país, está bien tenido, es un símbolo más de la elevada cultura de este pueblo, que, en otra vertiente, sostiene tres orquestas sinfónicas, más de doscientas de cámara y un número indeterminado, elevadísimo, de bibliotecas.

Salida hacia Róterdam. Róterdam, antes que una ciudad, es un gigantesco puerto, el que mayor cantidad de mercancías mueve en el mundo, más aún que el de Nueva York. Desde el alto de Euromast, abruma el trajín, la extensión delirante de sus muelles —cerca de cincuenta kilómetros—, almacenes y dársenas. Destruida la ciudad por los alemanes en 1940, no sobrevive nada o muy poca cosa aparte de los canales. Pura reconstrucción en el centro, ceñido por barrios modernos, residenciales. La población en Róterdam no alcanza los setecientos mil habitantes, pero, con las poblaciones agregadas, rebasa holgadamente el millón. Este puerto, inmenso, de un tráfico trepidante, es la manifestación más explícita de la principal actividad del país, el comercio, reminiscencia del tiempo ido, del viejo mercantilismo holandés, que desdeñó el lingotismo español y el colbertismo francés para basar en el toma y daca su prosperidad. Róterdam, heredera de Ámsterdam, es hoy la gran distribuidora de los productos europeos y de los que arriban a su puerto desde ultramar. Para ello, Holanda se vale de su flota —seis millones de toneladas— y se ayuda con las ajenas, en especial con la de su tradicional competidora en el transporte marítimo, Inglaterra. El puerto de Róterdam, a través de su red de canales, da entrada y salida a todas las mercancías que van o vienen de Centroeuropa. No hay barco que evite este puerto porque, ante su ingente acopio de productos, las posibilidades de hallar fletes de retorno están garantizadas.

Por el puerto de Róterdam salen también los productos de la agricultura holandesa, su ganadería y su industria, de una gran rentabilidad. Me aseguran que la economía de este pueblo es, con la italiana, la de mayor expansión entre los países del Mercado Común. Sorprende, por ejemplo, que sus praderas, sin aumentar de tamaño, alberguen —y alimenten— cada día mayor número de vacas, simplemente intensificando la producción de pastos. Y algo semejante ocurre con las flores y los artículos de huerta, tan preciados, que se recogen en cualquier estación del año debido al incremento y perfecta

organización de sus invernaderos. Una parte importante de su industria está montada, sensatamente, sobre los productos del campo. El sector industrial, que en Bélgica ocupa casi el cincuenta por ciento de la población, apenas ocupa la mitad en Holanda. Pero es la holandesa una industria poderosa, en buena parte alimentaria, movida por unas fuentes de energía muy precarias, como son unos limitados yacimientos de gas y el carbón de Limburgo, al margen de la fuerte participación en la Shell, que le procura el petróleo más barato de Europa. El queso, las flores, la mantequilla, la margarina, el azúcar, las féculas, el chocolate, el aceite, el tabaco, el jabón, el calzado, la cerámica son productos que Holanda fabrica en abundancia, de una excelente calidad. Y un gigante universalmente conocido, la casa Philips, que hace años empezó fabricando bombillas y hoy lanza al mercado toda clase de ingenios electrónicos sofisticados, de asombrosa precisión.

El holandés hace rendir al máximo su pequeño suelo, su alfombra verde, transforma inteligentemente sus productos, y sobre todo los comercia con sabiduría. El holandés ha sido secularmente un pueblo de comerciantes. Tal vez esto aclare la actitud de los holandeses frente al príncipe Bernardo, envuelto en el escándalo de la compañía Loocke y, no obstante, adorado por su pueblo. Tras el escándalo aludido, se esperaba con expectación la reacción popular ante el desfile de los reyes para inaugurar los Estados Generales pocos meses después. Pues bien, la sorpresa fue mayúscula: el gentío, apiñado en las aceras, aclamaba a sus soberanos, pero los vivas parecían reservados, en desagravio, al príncipe Bernardo, que días antes había sido apeado de sus cargos oficiales. A los holandeses, comerciantes natos, se les antojaba natural que el príncipe hubiera cobrado su comisión por mediar en la compra de unos aviones; nadie trabaja aquí de balde. Empero, la indulgencia popular hacia el príncipe Bernardo, incluso después de conocer sus devaneos parisinos, no se corresponde con la postura intransigente adoptada por los holandeses ante la princesa Irene tras su separación de Carlos Hugo. El secreto de la popularidad, como el del éxito, nunca se sabe dónde radica.

El holandés me ha parecido un ser calmo, emprendedor, sistemático, laborioso, tenaz, con un muy desarrollado sentido práctico. Ante la primera elevación del precio de la gasolina, Holanda decidió suprimir la circulación automovilística los domingos y festivos hasta ver lo que pasaba; luego, cuando vio por dónde iban los tiros, la medida se suavizó, hasta suprimirse. Los niños son objeto de minuciosas atenciones. Ahora los holandeses están obsesionados con la higiene dental; nada de dulces para los pequeños. Esto, que nosotros tomamos por el pito de un sereno, lo llevan ellos a punta de

lanza. Los cumpleaños de los niños ya no se celebran en las escuelas con caramelos sino con frutas. Tampoco San Nicolás trajo dulces este año. Sobre las tradiciones y los gustos infantiles prevalece una dentadura sana. Este tomarse las cosas en serio se observa igualmente en la circulación y los servicios de transporte públicos. Por primera vez he visto multar, en el acto, a un peatón por franquear la calzada con el semáforo en rojo. Este puntillo se traduce en un talento organizador de tipo nórdico. En ciertos aspectos Holanda funciona como Suecia, pese a ser éste un país extenso, de población reducida, y Holanda un país chico y abarrotado. Pero uno y otro saben organizar la convivencia, hacer la vida más fácil y humana, se muestran ampliamente liberales pero sancionan con dureza al que sorprenden quebrantando esas normas de libertad. Los tiques de los tranvías se expenden en Holanda en tiras que sirven para varios viajes y para todas las ciudades del país. El usuario sella su billete personalmente cada vez que sube a ellos. No hay interventor en ruta pero, de ciento en viento, sube uno que multa fulminantemente con veinticinco florines —mil pesetas— al que viaja sin haber picado el suyo. Otra pequeñez que contribuye a hacer la vida más grata: un cable, adosado al receptor de televisión, permite al holandés ver los programas de cinco países: Holanda, Bélgica, Inglaterra, Alemania y Francia. Todo por un leve incremento en el impuesto sobre receptores.

Y ya que hablamos de impuestos, anotemos que también aquí, como en los países nórdicos, el de la renta es un drástico corrector de las desigualdades sociales. Hablo con una secretaria, una secretaria eficiente, bien situada, que viene a cobrar unos 2500 florines al mes (más o menos 92 500 pesetas). Pues bien, el Fisco le retira mil florines (37 000 pesetas), lo que quiere decir que, en realidad, percibe solamente 1500 (55 500 pesetas). El impuesto, lógicamente, es progresivo, de modo que a un catedrático de universidad, con quien también he charlado, la Hacienda le retiene algo más de la mitad de su sueldo teórico, con lo que a un poderoso industrial o a un artista cotizado, conforme a este baremo, puede dejarle en paños menores. Pero estamos con lo de siempre. A cambio de estas detracciones el holandés se encuentra con un seguro de enfermedad sin fallos, una red de autopistas gratuitas que surcan todo el país, una atención envidiable por la vida cultural, unas instalaciones escolares ejemplares. Uno percibe, en suma, con los ojos que su dinero no se malgasta ni se dilapida, le es devuelto con creces en una serie de servicios comunitarios impecables. Por supuesto también aquí se advierte la crisis, mas, por ahora, la inflación, en trote contenido, se mantiene en un siete por ciento y la Bolsa de Ámsterdam, la más antigua del mundo, sigue siendo una

institución con buen pulso que no sólo mantiene sus constantes vitales sino que aun invita al juego y a la inversión.

Todas estas cosas, pequeñas y grandes, son más de agradecer —y más admirables— en un país reducido, donde la presión demográfica es muy fuerte. La población holandesa se ha doblado en lo que va de siglo y se ha cuadruplicado desde 1830, esto es, en siglo y medio ha pasado de los cuatro millones a los quince que tiene hoy. Por kilómetro cuadrado, resultan algo más de trescientos setenta y cinco habitantes. Una enormidad. Más aún que Bélgica. Sin una organización meticulosa, esta gente sobreviviría a codazos. Tengamos en cuenta que estas cifras corresponderían, de acuerdo con su extensión, a una España de ciento ochenta y cinco millones de habitantes y, hoy por hoy, España alberga tan sólo a treinta y siete. Los guarismos son apabullantes. Holanda, en cierto modo, está amenazada con convertirse en una gigantesca urbe, una ciudad sin campo, extendida a lo largo y a lo ancho de cuarenta mil kilómetros cuadrados, es decir, la extensión del país. De hecho, en la llanura marítima ya ocurre así. Sin embargo, y aunque Holanda sigue siendo la nación con más baja mortalidad del mundo, el crecimiento de población ha frenado mucho en los últimos años, quizá debido a las nuevas normas de ayuda familiar. En la actualidad el gobierno sólo subvenciona a un hijo, el primero, los demás quedan desasistidos. Tal política ha conseguido reducir el crecimiento de población a un 0,5%, aunque no falta quien asegure que, en la actualidad, el crecimiento es cero, se ha detenido. No obstante, la superpoblación justifica el afán holandés por ampliar sus tierras, por multiplicar sus industrias, por acomodar el mayor número de familias en los nuevos pólderes que se van alumbrando. A pesar de estos esfuerzos, todavía hay un excedente que queda en paro —muy moderado aquí a pesar de todo— o refuerza la emigración a Australia y Canadá. Esto explica que Holanda haya suprimido la inmigración de mano de obra, que, para su tamaño, era considerable. Creo haber entendido, sin embargo, que al obrero establecido no le expulsa sin más, sino que procura hacerlo, de acuerdo con el país de procedencia, contribuyendo a los gastos de establecimiento de los despedidos con un cincuenta por ciento. Éste es el caso de la cooperativa agraria que está formándose en Andalucía con extrabajadores españoles en este país y conocida con el nombre de Pequeña Holanda. Ignoro si estoy equivocado.

Mis hijos y yo charlamos de todas estas cosas en el automóvil, mientras atravesamos Bélgica y decimos adiós a los Países Bajos. Al caer la tarde, ya en Francia, hacemos alto en Lille, ciudad fronteriza, con empaque de gran ciudad. Arquitectura de transición donde al lado de edificios y monumentos

de estilo francés, hay otros de media altura y tejados pinos, de fachada renegrida y balconadas blancas, puramente flamencos, sin olvidar la torre del Befroi, que la emparenta resueltamente con las villas pañeras belgas. Espléndida cena, ésta sí, de la mejor tradición culinaria francesa, a base de pescado, en L'Huitrière, restaurante que no vacilo en recomendar a los visitantes de esta villa. Comemos tarde, con cierta dificultad, ya que todas las mesas están reservadas con antelación. Creo, y no me enorgullezco de ello, que lo único civilizado que los españoles hemos impuesto a Europa en el último medio siglo es la flexibilidad del horario de las comidas. Anoche, en Lille, la gente entraba a cenar a las diez y media como si tal cosa, como si estuvieran en cualquier figón de Madrid, cosa impensable hace unos lustros. En Ámsterdam y Bruselas he observado el mismo fenómeno. Nuestra aportación a la nueva Europa no es ciertamente muy gloriosa pero menos da una piedra.

4 de abril, sábado

Problemas con el cambio de moneda. Es sábado y no contaba con el cierre de los bancos y el comienzo de las vacaciones pascuales. Finalmente, merced a los buenos oficios de varios viandantes, el Banco Agrícola, único que abre los sábados en Lille, nos saca del apuro. El día está turbio, el cielo bajo, brumoso, bruma que, a medida que nos aproximamos a París, va transformándose en niebla, aunque no excesivamente densa. Franquear París, que de joven se me antojaba una aventura excitante, me inquieta ahora, ya que estas carreteras de circunvalación de las grandes ciudades no circunvalan, sino que atraviesan los barrios periféricos, precisamente los más poblados. Pero Pancho, mi yerno, como hace un año mi hijo Miguel, regresando de Estocolmo, no vacila a pesar del apretado tráfico. Los jóvenes disponen de un sexto sentido, una intuición especial para orientarse aun en los nudos más inextricables. Está bello París bajo la niebla, con los árboles revestidos de un verde tierno, en sus incipientes brotes primaverales. De París a Poitiers, trescientos kilómetros en números redondos, no hay más que un restaurante de carretera, en Orleáns, donde comemos. Ésta es una deficiencia bastante extendida. Se conoce que los concesionarios de las autopistas se reservan el derecho de establecerlos pero no lo ejercitan como es debido. Así, si los contados comederos le pillan al automovilista a contrapelo, no come o lo hace a deshora. Después de almorzar, continúa la niebla. A la altura de Tours, pugna el sol, un sol

húmedo, amarillo, alunado, pero no puede con ella hasta Angulema, donde despeja y queda una tarde templada y luminosa. Nos detenemos cerca de Burdeos, en el hostal de un viejo conocido, un ser excéntrico y divertido que gobierna su establecimiento a base de ucases dictatoriales que figuran, en meticulosa letra redondilla, en el comedor y las habitaciones: «El plato compartido por dos personas sufrirá un incremento de precio de seis francos». «Prohibido abandonar este hostal bajo ningún concepto antes de las ocho de la mañana». «No se autorizan clientes con perro». Todos ellos firmados y rubricados por la dirección.

Paseamos, antes de cenar, por los bosquecillos interiores. Aquí sí hay pájaros, infinidad de pájaros, que animan con sus cantos la transición crepuscular: mirlos, herrerillos, agateadores, carboneros, petirrojos. Una verdadera algarabía. Una campana lejana tañe en la tarde quieta convocando a la misa vespertina. Un perro aúlla en la granja próxima. Nunca me pareció tan dulce la dulce Francia como esta tarde tibia, queda, auténticamente primaveral, de comienzos de abril.

5 de abril, domingo

Última etapa. Niebla densa, tan densa que nos despistamos y acabamos en Arcachon. Vuelta a buscar la autopista de Bayona. Perdemos tres cuartos de hora. En la frontera, en contra de lo que esperaba, no se advierte la presencia militar. Primer contacto, después de dos semanas, con esta difícil, querida España. Las hermosas montañas vascas recortan la mirada, descansan los ojos, después de tantas, tan dilatadas llanuras. Rebasado Burgos, advierto charcos en los arcenes de la carretera, en los relejes de los caminos. Al menos, durante nuestra ausencia, ha llovido.

Sedano (Burgos), 1981

ANEXO
La Primavera de Praga

1968

Al lector

En prensa este libro, me llega la noticia de la invasión de Checoslovaquia por las tropas rusas y sus aliados del Pacto de Varsovia. Nunca descarté esta posibilidad —según comprobará el lector a lo largo de estas páginas— pese a que los checoslovacos, cada vez que les recordaba el caso de Hungría, me respondían con su optimista serenidad: «Aquello no puede repetirse; las cosas han cambiado desde 1956».

Y, en efecto, algunas cosas han cambiado desde entonces, pero otras, como la rigidez doctrinaria de Moscú, solamente en apariencia. Rusia sigue temiendo la libertad. De esta manera, las páginas que siguen —como ya admitía en el prólogo, escrito el pasado mes de julio— se limitan, por el momento, a referir la historia de una tentativa de conciliar el socialismo con la democracia. Por ahora, el humanitario propósito de Dubcek y «los nuevos hombres de Praga» ha sufrido un aplazamiento forzoso.

Consternado por la situación creada en Checoslovaquia, doy a la luz este libro sin tocar una coma. Pese a todo, sigo creyendo en la posibilidad de hacer compatibles la justicia y la libertad y no dudo que, a la larga, el paso dado por Rusia —torpe y brutal— acabará volviéndose contra ella. En definitiva, este breve libro, que desgraciadamente ha cobrado una inesperada actualidad, intenta ser un esbozo del «pecado checoslovaco» que ha motivado la irrupción de los tanques rusos en Praga. El valeroso intento de los nuevos dirigentes checos en 1968 bien valía la pena de consignarlo y, por otra parte, la interrupción del proceso liberalizador en el mundo comunista no quiere decir, ni mucho menos, que éste sea su final. Otros hombres —¿tal vez los mismos?— recogerán la antorcha. No olvidemos que si la vida humana es efímera, la Historia es perdurable. Las armas sirven para matar hombres, pero nunca sirvieron para matar ideas.

Vayan, pues, estas páginas en homenaje al sufrido y heroico pueblo checoslovaco y a cuantos pueblos, a lo largo de la Historia, vieron sus voces sofocadas por el inhumano argumento de la fuerza.

M. D.

22 de agosto de 1968

Prólogo

Durante la primavera de 1968 pasé unas semanas en Checoslovaquia. Salía de una sociedad que no me gustaba para entrar en otra que me desagradaba no menos, aunque a ésta, justo es reconocerlo, la sorprendiera en un trance interesante de transformación. Quiero decir que, durante mi estancia en Checoslovaquia, fui testigo del esfuerzo tesonero e inteligente de checos y eslovacos por zafarse del régimen de dictadura al que han estado sujetos durante veinte años. Las novedades que me brindó este país, junto con las viejas experiencias que traía de Occidente, me confirmaron en mi tesis de que el mundo actual es muy semejante a un villorrio español de principios de siglo: una comunidad sometida a las arbitrariedades de un cacique, llámese éste como quiera. La Hungría de 1956 y el Vietnam 1968 aclaran lo que pretendo decir. Los pueblos pequeños —y los débiles— precisan del visto bueno del coloso, incluso para mover un dedo; es decir, su facultad de decisión viene condicionada por la conveniencia del cacique. El mundo se encuentra, pues, entre paréntesis. Si los paréntesis se estrechan, acrece la guerra fría; si se abren, la tensión se relaja. Mas, en cualquier caso, todos venimos sometidos a sus caprichosos vaivenes.

Por eso me asombró más y admiré más la paciente serenidad con que el pueblo checo desarrollaba su evolución política, pese a la presión rusa, manifestada en mil formas disuasorias: llamada de Dubcek a Moscú, visita de Kosygin a Praga, maniobras militares en Bohemia, permanencia de fuerzas rusas en el país… Mas los nuevos hombres de Praga parecían no amilanarse (aún no hemos sabido, es cierto, lo que el cacique les ha exigido o recomendado) y proseguían, sin traslucir la menor ansiedad, perfilando «su nuevo sistema». ¿Cuál es éste? Sencillamente un socialismo en democracia. La formulación del ideal checo es simple, mas su puesta en práctica encierra, evidentemente, problemas muy arduos. Empero, de mi convivencia con estos hombres saqué dos conclusiones importantes: primera, que un país económica y culturalmente evolucionado no *puede* vivir en régimen de dictadura sea ésta del color que sea, y, segunda, que aún es posible hallar en la tierra una fórmula de justicia en libertad; es más, que la justicia en libertad es, en sí

misma, *la* fórmula. (La pretendida justicia se corrompe, si la libertad no la guarda; la pretendida libertad se esfuma, si la justicia no prevalece).

Soy plenamente consciente, por otra parte, de las enormes dificultades que encierra todo intento de desmontar pacíficamente tantos intereses creados, tantos privilegios con raíces de siglos. Tal vez por ello, al regreso de mi viaje, en el que vagamente he entrevisto una fórmula de convivencia valedera, haya pensado que la aplicación de la misma no será fácil en tanto el mundo no alcance la madurez suficiente para aceptar las conquistas fundamentales del socialismo como parte integrante de los derechos humanos inalienables. Esto es, el día que los hombres admitan la absoluta igualdad en la educación, la participación política administrativa del pueblo, el desmontaje de las oligarquías, la reforma agraria, una distribución equitativa de la renta y el derecho (y la obligación) al trabajo, se habrán aproximado, tal vez con carácter definitivo, a la paz y el orden social espontáneamente aceptados (no impuestos). La extensión de la cultura y la realización de cada hombre en la medida de sus posibilidades no exigirán ya la yugulación de las libertades políticas ni siquiera la anulación de la iniciativa privada. Llegado este extremo, la revolución socialista habrá cumplido su cometido y entonces sus esquemas, en lo mucho que recatan de cristianos y humanitarios, no precisarán, como hasta hoy, de la mecánica de la tiranía para aplicarse. El hombre, elevado en su dignidad, dejará de ser un autómata productor de objetos y deglutidor de objetos, dispondrá de una moral y un ideal, y la técnica no lo sojuzgará, sino que pasará a ser un instrumento más a su servicio.

Pese a su egoísmo insolidario, creo aún en el hombre. El hombre puede dar aquel alcance a sus sistemas, pero los sistemas resultarán ineficaces o crueles —todos— si no alumbramos a un hombre *distinto*. Por ello pienso que a la nueva sociedad puede accederse a través de la revolución y a través de la evolución, mas si aquélla despierta inevitablemente un anhelo de revancha, las conquistas alcanzadas por este medio difícilmente serán estables sin la salvaguarda —para mí inadmisible— de la tiranía; es decir, volviendo al círculo vicioso; mi confianza, pues, estriba en la madurez del hombre del siglo XX, en el humanismo, cada día más sentido y operante, de las nuevas generaciones. La solución no está, por tanto, en los postulados que sostienen los caciques de Oriente y Occidente. En ambos existe, lógicamente, algo aprovechable, pero la sociedad nueva, si ha de ser el hombre su objetivo, no debe acomodarse a ninguna de sus rígidas plantillas.

De aquí que juzgue el experimento checoslovaco como un acontecimiento histórico. Praga —si no se pliega o si no la pliegan— puede alumbrar unas bases de convivencia con una amplia perspectiva de futuro. Es decir, Checoslovaquia puede consumar su evolución hacia un socialismo humanista y democrático o puede fracasar, abrumada por las presiones de su vecino. En el peor de los casos, quedará su esfuerzo como un ejemplo de independencia valeroso, civilizado y tenaz.

Ésta es la razón de estas líneas: dejar constancia de una tentativa. En ellas he procurado resumir mis impresiones directas sobre una pacífica evolución política a la que los propios checos han denominado Primavera de Praga. Conocidas son mi inexperiencia política y mi escasa formación sociológica y económica para afrontar un problema de tanta enjundia como es éste. Pero los hombres de la calle no debemos retraernos de exponer nuestras observaciones ante otros hombres de la calle. En definitiva, el hombre de la calle es el beneficiario o la víctima de estos vaivenes políticos y, por otro lado, es este diálogo entre aficionados, me parece, la única manera, por el momento, de que el susodicho hombre de la calle pueda comprender la importancia de ser hombre —aunque sea de la calle— y la trascendencia de su destino.

M. D.

UNO

La Primavera de Praga

—Así que de Praga, ¿eh? ¿Y qué ocurre allí si puede saberse? Porque si he de decirle la verdad, los amigos que han franqueado el telón me aseguran que por aquellas latitudes apenas circulan coches, que en las ciudades no hay luminosos, que los *cabarets* no existen o son una grotesca caricatura de los de Occidente… En resumidas cuentas, que aquéllos son países tristes cuyas melancolía y amargura trascienden de los rostros de los transeúntes con los que uno se topa por las calles. ¿Me puede decir qué hay de cierto en todo ello?

—Mire usted, si el progreso de una sociedad lo mide usted por el neón, el consumo de gasolina o el *strip-tease*, habrá que admitir que Occidente ha ganado la partida puesto que los automóviles en circulación, los luminosos y las señoritas que se desvisten en público en los países capitalistas son, en efecto, de otra calidad, de una calidad, diríamos, más refinada e incitante que en el otro lado. Esto es palmario. Pero también puede suceder que el neón, la gasolina y los paños menores sean precisamente los símbolos más ostensibles de la idolatría y la decadencia de Occidente. Quiero decirle que si el progreso es eso, habrá que reconocer que el socialismo es rematadamente malo o, siquiera, peor que el capitalismo. Mas yo dudo mucho que el índice de progreso de una sociedad pueda apoyarse sobre unos cimientos tan deleznables. Lo que usted dice me recuerda la frase de aquel millonario español que, al descender del avión que le traía de Moscú, se quitó el puro de la boca para decir: «Aquello es una basura; los rusos viven infinitamente peor que *nosotros*». En fin, para que me entienda, como el rico español ya no vive nadie en ninguna de las cinco partes del mundo; esto está fuera de toda discusión. Lo que entonces procede mirar es cómo vive el pobre, esto es, si los esquemas de convivencia planteados son más justos o menos justos en un lado que en el otro.

—Bueno, tampoco se ponga usted así. Yo sólo quiero enterarme de lo que ocurre en Praga, porque entre tantos dimes y diretes, uno no sabe ya a qué carta quedarse. ¿Qué diablos es lo que está pasando en Checoslovaquia? Mis amigos dicen que lo que quieren los checos es dejar de ser comunistas.

—Vayamos por partes, porque lo cierto es que allá están sucediendo tantas cosas que uno, la verdad, no sabe por dónde empezar. Por de pronto debo admitir que para mí esta primera visita a un país comunista ha sido una experiencia nueva y un motivo de honda meditación. Pero por otra parte, usted no ignora que un periodista es poca cosa; como diría el otro, oficial en todo y maestro en nada. Y si de un lado los acontecimientos de Checoslovaquia son tan simples que pueden resumirse en una sola palabra, apertura, por el otro, cuando se observan atentamente, son tan complejos que para exponerlos se precisarían un experto en política y un sociólogo-economista de muchísimos quilates. Con esto pretendo anticiparle que yo le voy a contar las cosas a mi aire y que mi aire es, ni más ni menos, como usted debe saber ya, un aire provinciano y vulgar. Esto dicho, debemos dejar sentado que a Praga ha llegado la primavera. Los checos (y tenga en cuenta que donde digo checos quiero decir checoslovacos) llaman a la inteligente evolución que están llevando a cabo la Primavera de Praga. Y no hay frase más exacta, porque en Checoslovaquia aumenta la luz de día en día y el aire es cada vez más tónico y reconfortante. Y que esto es así se lo dirá a usted el primer checo con quien se tope por la calle y sin preguntarle antes por su divisa (por la de usted), porque la primera manifestación de la apertura ha sido la desaparición del miedo. Los hombres hablan en la calle de las negruras del túnel pasado y de la esperanzada incertidumbre del porvenir: «Ahora se hará esto», o «Con la nueva situación las cosas cambiarán». Su confianza en que el curso de la Historia es irreversible les infunde un optimismo muy activo. Por su parte, la prensa se siente sin mordaza por primera vez en veinte años. Algunos amigos me leían estos días informaciones de los periódicos que me dejaban turulato. El tono general es de execración de la dictadura, de la dictadura monolítica del Partido se sobreentiende, y de las consecuencias, nefastas como en todas las dictaduras, de la ruda represión, primero de los «duros», a lo Stalin, y, después, de los «medios», a lo Novotny. Mire usted, aquí traigo una caricatura a toda plana del semanario humorístico *Dikobraz*. La caricatura es del famoso dibujante Milos Nesvadba y no creo que pueda resumirse la situación pasada con un humor más explícito. En el centro tiene usted un autobús de viajeros que representa al socialismo dogmático, y el funcionario del mismo que está encaramado en el techo advierte que de todo

el equipaje, muy copioso, que traían no restan más que dos maletas y dice asombrado: «¡Caramba, cuánto hemos perdido en el viaje!». Debajo del autobús asoman las piernas de dos viejos políticos y el conductor, que se ha apeado (Dubcek, el nuevo secretario del Partido), se pregunta: «Estos dos ¿tratan de repararlo o los hemos atropellado?». En torno al coche pululan infinidad de gentes: unos inflan un neumático después de haberle pegado un parche que dice «dólar, —y el de la bomba afirma—: A ver si aguanta este parche». Otro asegura que «seguirá funcionando», el de más allá, un niño, inquiere si podrá subir al autobús cuando lo tengan arreglado, mientras un ruso, suspicaz, se pregunta cómo quedará el vehículo después de la reparación. Por su parte un pintor de brocha gorda pasa el pincel por la carrocería y el maestro le advierte que no lo pinte demasiado de color de rosa. Por último, tres jóvenes sostienen el autocar para que no retroceda, en tanto otro pide a voces un calzo. Como verá, la cosa es suficientemente expresiva. Esta caricatura le demuestra a usted dos cosas: primera, que los checos han perdido el miedo y, segunda, que desean aprovechar todo lo que el socialismo tiene de aprovechable, que, a mi ver, no es poco.

—O sea, que no dejarán de ser comunistas.

—Mire usted, aun a riesgo de ponerme pedante, debo decirle que todas las revoluciones que en la Historia han sido han pasado por su período de violencia y por su período de digestión. De Robespierre a las monarquías liberales de la segunda mitad del XIX hay un trecho. Las revoluciones, desde el origen del hombre, han pretendido un fin muy humano: hacer más vividero este mundo para un mayor número de personas cada vez. Son, para utilizar un símil didáctico bien manoseado, como los círculos concéntricos que se dibujan en la superficie del agua cuando uno arroja una piedra a un estanque. Y si la Revolución francesa dio acceso al poder y a la sociedad a intelectuales y burgueses, la Revolución rusa se lo dará al proletariado. Esto, creo yo, no hay quien lo mueva. Ahora bien, hay que confiar en que el terror, la tortura y el dogmatismo hayan sido ya digeridos. Y si es así nos encontraremos con un socialismo que añade, a las paulatinas conquistas del hombre, hallazgos tan fundamentales para la dignidad humana como la educación igual para todos, la reforma agraria, la eliminación de los grupos de presión, las desigualdades monstruosas en lo económico, la seguridad, etc., etc. Un socialismo en libertad que si usted lo piensa bien es una forma de convivencia que ya Cristo nos enseñó hace dos mil años y que ahora, día tras día, nos recuerdan Juan XXIII y Pablo VI, aunque los cristianos, la mayor parte polarizados en la

burguesía, reinventemos el cristianismo y desfiguremos las encíclicas a capricho por la cuenta que nos tiene.

Un acontecimiento histórico

A mí se me ocurrían estas reflexiones visitando el castillo de Spilberk, prisión de los carbonarios italianos en el siglo pasado. Allí está la celda de Silvio Pellico, donde escribió su famosa obra *Mis prisiones*. Pues bien, las ideas que estos hombres representaban, depuradas y limpias, pasaron a ser principios indiscutidos unos años más tarde pese a la Santa Alianza y a sus Congresos de Intervención. Para que me entienda, del mismo modo que hoy ninguna ideología, por conservadora que sea, osaría volver a los tiempos de los siervos adscritos a la gleba, quizá en un futuro no lejano a nadie se le ocurrirá negar esos ideales tan socialistas como cristianos que le mencionaba más arriba.

Más o menos quiero decirle que la Primavera de Praga, aunque ocupa lugares destacados en los periódicos de Occidente, yo pienso que no ha sido estimada en todo su valor. Posiblemente, la prensa occidental, en buena parte, sueña con rescatar al hijo pródigo, en reincorporarlo al seno del capitalismo, pero al airear las informaciones de Checoslovaquia pocos piensan, creo yo, que este pequeño y gran país está interpretando posiblemente un acontecimiento histórico de alcances imprevisibles. Esto es, cabe en lo posible que Praga esté alumbrando en estos momentos nada más y nada menos que la fórmula de convivencia del mundo futuro; fíjese si la cosa tiene importancia y si merece el calificativo de acontecimiento histórico. Naturalmente también puede acontecer que la cosa no pase a mayores, porque hemos de reconocer que el asunto tiene sus perendengues. Los nuevos hombres de Praga caminan por el filo de una navaja, y ellos, por descontado, son plenamente conscientes de ello. Pero el riesgo no los hace abdicar; antes al contrario, yo diría que los espolea. En todo caso, el peligro mayor, la irrupción de los tanques rusos en las calles de Praga, parece que ha pasado ya. Lógicamente a la gente del Kremlin todo este problema no le gusta un pelo. Como no le gusta a Ulbricht. Pero los checos han sabido nadar y guardar la ropa: no han dejado huellas, vaya, o, si lo prefiere, han puesto un meticuloso cuidado en no facilitar pretextos. Cualquier desorden, la menor violencia, hubiera convertido a Praga en el Budapest 1968. Pero no. Pocas veces una evolución tan densa y compleja ha sido puesta en práctica con semejante serenidad. La Primavera de Praga está siendo un modelo de asepsia. Los

hombres que la dirigen tienen la cabeza fría y el corazón caliente. Y, de entrada, han desistido de responder a la violencia con la violencia; es decir, no hay tortura para los torturadores. «Ello originaría mártires; volvería nuestros argumentos contra nosotros mismos», me dicen. De ahí la ejemplaridad del proceso. La operación checa es un modelo de inteligencia y sangre fría; buen ejemplo para cuantos pueblos padecen de dictadura. Porque hay que tener en cuenta que cuatro de los hombres del nuevo gobierno (cuya edad media es de cuarenta y cinco años) sufrieron largas penas de prisión en la era Novotny, y el propio presidente Svoboda estuvo desterrado en un pueblecito como contable de una pequeña cooperativa. De modo que la cosa marcha, aunque, le repito, nadie puede garantizar el futuro. La puerta de la esperanza está abierta, pero todavía pueden cerrarla de un portazo los rusos, los comunistas dogmáticos o los reaccionarios conservadores que aspiran a aprovechar tan feliz circunstancia para llevar el agua a su molino. La operación Praga ofrece así (cada cosa en su estilo) una rara semejanza con la batalla de Austerlitz, lugar que no les pilla lejos y que los checos han inmortalizado con un generoso monumento. Los estrategas afirman que Austerlitz fue la batalla modelo y que en ella Napoleón manejó sus tropas con la precisión y eficacia con que un ajedrecista consumado manejaría sus peones sobre el tablero cuadriculado. En lo alto de la loma desde donde el emperador dirigió la batalla, a mis pies las vastas y fecundas tierras de Brno, yo pensaba en los nuevos hombres de Praga, en el talento, el valor, la discreción, la seguridad y el tacto que han debido derrochar para llevar a cabo esta operación incruenta. Total, ya usted lo habrá advertido, que el general con el que Novotny contaba se retiró de la escena y otros hombres de su escuela se eliminaron espontáneamente al ver el curso de las cosas. Es incontestable, insisto, que los acontecimientos pueden detenerse y aun recular, por más que, como me decía un amigo en Praga, «el pasado no puede volver». En definitiva, en Praga se anuncia la primavera, una apertura general (política, económica, religiosa…) e incluso en no pocos aspectos (la libertad de prensa, el retorno de algunos religiosos, etcétera) ya se han tomado importantes determinaciones sobre la marcha. Los nuevos hombres de Praga llegarán hasta donde quieran o hasta donde puedan, que esto nadie puede predecirlo, pero ya es un hecho palmario que han tomado un camino saludable y prometedor.

Los hombres nuevos

—¿Quiere que le diga mi verdad? A mí, si esta gente va a seguir siendo comunista, tanto me da que los hombres cambien. Los mismos perros con distintos collares, eso. Porque a usted se le hace la boca agua hablando de los «hombres nuevos». ¿Puede decirme en qué estriba la novedad?

—Ya le veo venir. Usted es de los del hijo pródigo. O vuelve al redil o es un comediante, ¿no es eso? Pero ¿está usted bien seguro de que el hijo pródigo no es usted? ¿O de que no lo somos todos? ¿Cree usted de verdad que Occidente está libre de pecado? En lo que a mi experiencia atañe puedo asegurarle que en Checoslovaquia se está operando una auténtica renovación. Por un lado una distensión: la del terror; por el otro una nueva tensión: el planteamiento del futuro. La gente vive el momento histórico activamente; con absoluta intensidad, pero también, como ya le dije, con absoluta sangre fría. Yo he convivido durante casi dos semanas con algunos de estos hombres nuevos de los que usted duda. Allí les llaman progresistas. Ignoro si el nombre les cuadra o no. Por eso yo prefiero llamarles «hombres nuevos» pese a sus reticencias, a las de usted. Pues bien, estos hombres nuevos, capaces de llevar a cabo en unos meses una revisión tan profunda y tan pulcra, no podían ser unos hombres improvisados; habían de salir necesariamente de los cuadros intelectuales mejor preparados del país. Y de esto, para su fortuna, sobra en Checoslovaquia, por más que durante veinte años el Partido se haya esforzado en una política educativa paradójica: ilustrar para no pensar. Esto, me imagino, no es nuevo para usted. Viene de tan lejos como el despotismo ilustrado: yo te educo para que me lo agradezcas no pensando. «Pensar era aquí hace unos meses el supremo delito», me confesaba un profesor en Brno. Es decir, la libertad del comunismo dogmático, como la libertad de todas las dictaduras, se resumía en una simple opción: «Piensa como yo o no pienses». Pero insisto en que esto no puede ser nuevo para usted. Mas a pesar de que el hecho de pensar sea un delito, el intelectual no puede sustraerse de hacerlo y, tarde o temprano, sus ideas terminan por aflorar. Esto es lo que sucedió en Praga, en la Unión de Escritores, calle Národní 11, en julio de 1967. Porque debo advertirle que la actual primavera tuvo su verano y, posteriormente, su otoño. Esto es importante. La gente de por aquí, un sí es no es despistada, suele preguntarse: «Pero ¿a qué ton viene todo esto? ¿Cuándo empezó todo?». Vayamos poco a poco. El verano de esta primavera lo armaron los escritores. El otoño de esta primavera lo armaron los estudiantes. De la conjunción de ambos esfuerzos surgió la evolución. Esto ya le permite confirmar que hubo cabezas por medio. Y habiendo cabezas sólo se necesitaban valor y unidad. De ambas cosas han dado una soberana lección los escritores y los estudiantes

praguenses. Porque lo cierto es que, hasta la reunión de los primeros en el verano de 1967, nadie en Checoslovaquia había osado hacer cara a la autoridad monolítica del Partido. Los escritores lo hicieron. Fue la suya, según me cuentan, una reunión tumultuosa y apasionada. Allí se alzaron voces unánimes reclamando juego limpio. Allí se lanzaron acusaciones contra la política de Novotny, la represión y la violencia; se clamó por la libertad y la dignidad del hombre y, en consecuencia, se exigió que la actuación del Partido fuese sometida a crítica. En una palabra, hubo valor para encararse con la situación, siquiera la viabilidad de las propuestas, en aquel entonces, pareciera harto problemática. Pero lo más ejemplar del caso fue la unanimidad. Centenares de escritores (marxistas, progresistas, cristianos o derechistas) se unieron para reprobar la dictadura implacable del Partido. Hermoso, ¿no es verdad? ¿Que cómo respondió el Partido? Puede usted imaginarlo. Anatemas y tópicos o tópicos anatemas llovieron sobre los escritores. Pero ¿qué podía el Partido contra todos? ¿Cómo hundir en una mazmorra a lo más representativo de la cultura del país? Resumen: los escritores fueron despojados de su revista *Gaceta Literaria*, que pasó a ser controlada directamente por el Estado. Ante un hecho así, los escritores adoptan otra decisión unánime: negar su colaboración. La revista entonces debe nutrirse de nueva savia, recurre a colaboraciones improvisadas, pero el gesto de los escritores no tardaría en encontrar eco: los suscriptores, en masa, se dan de baja. Otro gesto. Por primera vez en veinte años, de una manera tan contundente como discreta, la opinión pública se manifiesta en Checoslovaquia. En la alternativa de secundar a los escritores o achicarse ante la omnipotencia del Partido, el pueblo se decide claramente por lo primero. Es un plebiscito sumamente elocuente. Pero los dirigentes tienen en su mano todos los recursos. Se entabla entonces un forcejeo que se prolonga unas semanas y da tiempo a que se inicie el curso en la Universidad de Praga.

El curso, como era de esperar, no comienza normalmente. Los universitarios han tomado partido: el de los escritores. De todos modos, los estudiantes han de buscar la disculpa para la acción, y la disculpa es fácil: en la universidad los estudiantes están hacinados; falta con frecuencia la electricidad; los fallos (puramente materiales) en la educación son notorios; es preciso protestar, ¿comprende usted?, contra esta situación. La manifestación es multitudinaria y ruidosa. El grupo autocrático que gobierna el Partido se alarma al ver el desorden en la calle y envía contra los muchachos a las fuerzas de represión, que realizan un brutal escarmiento. Una torpeza. Con la gente que se queja es aconsejable hablar, no acallarla de un palo; lo natural

después del palo es que las quejas aumenten, como sucedió en la Universidad de Praga cuando se recogieron los estudiantes heridos y tres o cuatro de ellos hubieron de ser hospitalizados. El fuego se había roto: se había perdido el respeto a la omnipotencia. A partir de este momento la universidad entra en ebullición; hay allí una actividad efervescente que perdura en estos días. Las convocatorias de reuniones y consejos son constantes. Las peticiones de justicia y libertad no cesan. Novotny califica en noviembre a la Facultad de Filosofía «de foco de gangrena moral de la Universidad de Praga». Como usted comprenderá, los estudiantes de Filosofía se muestran orgullosos de este calificativo.

Los estudiantes

—Los estudiantes andan revueltos en todas partes y ¿sabe usted lo que quieren? Porque yo no. Todavía en Checoslovaquia tenían motivos…

—Si me interrumpe usted a cada paso, lío el petate y me largo con la música a otra parte, ya ve. Ahora, si no le gusta lo que le cuento se aguanta. Como es mi costumbre, yo trato de decirle la verdad; la verdad de lo que he visto y oído, recogiendo información en las mismas fuentes. Y en lo que concierne a los universitarios de todo el mundo puedo decirle que lo que quieren es aire puro, honradez y consecuencia. La hipocresía y la falacia les duele a los jóvenes como una patada en mala parte. Predicar una cosa y hacer otra los enfurece; como les saca de quicio que sus «morales» progenitores hagan sus ídolos de las «cosas». Mejorar de nevera o de coche puede ser una aspiración, pero nunca un ideal, y si llega a ser un ideal es que el materialismo más procaz (el becerro de oro) les ha invadido, y si el materialismo les ha invadido ellos cumplen con su deber buscando soluciones más dignas para el hombre, y en esa búsqueda de soluciones más dignas para el hombre algunos se radicalizan y todos alborotan. ¿Me comprende o no? En lo que respecta a Checoslovaquia, como en lo que respecta a Polonia y a otros países de otra órbita, hay un nuevo dato a añadir a su descontento: la falta de libertad. En las dictaduras se trata de que la universidad constituya un apéndice del Estado o del Partido, ¿comprende? Y esto no lo aceptan los jóvenes ni allí ni en ninguna parte. La universidad nació como una entidad corporativa de profesores y estudiantes en cuya defensa podía, incluso debía, a veces enfrentarse con el municipio o con el rey. Ahora se acusa a los estudiantes de excesivamente politizados, pero si son los gobiernos quienes nombran los

mandos académicos, usted se dará cuenta de que esos mandos, automáticamente, se convierten en representantes del poder central, no de la corporación a que pertenecen. Y entonces ¿quiénes son los que meten la política en la universidad? El razonamiento, aunque demasiado sintético, es válido, ¿no? En suma, a los estudiantes les enoja que les dirijan, que se les use para fines de un determinado color. En mis días de Praga se les sugirió a los estudiantes que se manifestaran contra la guerra del Vietnam, ¿y qué cree usted que pasó? Pues que los estudiantes se reunieron en consejo y acordaron no hacerlo, pero no porque aplaudan la guerra del Vietnam, ni cosa parecida, sino porque les irrita someterse a consignas que vienen de fuera; aspiran, con muy buen acuerdo, a actuar por cuenta propia.

Yo he hablado extensamente con algunos universitarios de Praga, precisamente de la facultad «gangrenada», la de Filosofía, y le aseguro que son muchachos y muchachas estupendos, incorporados cordialmente a la actual revisión. Una chica rubia de dilatados ojos azules me decía: «Nuestros ideales son muy concretos: democracia y humanismo. —La cosa me pareció de perlas—. Pero ¿todos piensan así?», le pregunté. «¿No hay marxistas dogmáticos en la universidad?». «Bueno, —añadió—, en mi Facultad, que es donde más abundan, no alcanzan un quince por ciento». Otros estudiantes me dirían más tarde que posiblemente no lleguen al diez. Esto quiere decir que el noventa por ciento de los jóvenes checos no sólo han apremiado sino que comulgan con la actual apertura, y de ahí la cantidad de carteles, octavillas, folletos, reuniones… de efervescencia, en una palabra, que se advierte en estos días en la Universidad de Praga. Estos mismos muchachos (y ello me pareció significativo) me dijeron que no conocían en la universidad, entre el porcentaje de dogmáticos, un solo comunista prochino.

Otra batalla de Austerlitz

—Bueno, a lo que íbamos. Los estudiantes se revuelven; el gobierno reprime; a los heridos los llevan al hospital. ¿Qué es lo que pasa después?

—Lo que pasa después es un curso de habilidad diplomática, amigo mío; otra batalla de Austerlitz. Nosotros, los españoles, nos enorgullecemos de nuestra cabeza caliente pero en ciertas encrucijadas históricas nada como la cabeza fría, créame. Tras los desórdenes de octubre, el Partido anuncia una nueva depuración en la universidad, una más, de profesores y alumnos. Mas cuando está estudiando las medidas pertinentes, llega la fecha de reunión del

comité central del Partido. La tensión es muy fuerte, pero en la calle se espera que el comité repruebe los «excesos libertarios» de escritores y estudiantes y les encarezca que abandonen su actitud. No obstante, los tiros van a ir por otro lado. Los progresistas miembros del comité toman la iniciativa para subrayar que las cosas no marchan, que urge adoptar medidas y que la primera debería ser separar el cargo de presidente de la República del de secretario del Partido; en una palabra: romper el monolito. Los «duros», o mejor dicho, los «medios», se indignan. Se niegan a dejar el mango de la sartén y formulan su fidelidad al Partido a grandes voces. Pero los progresistas no pierden la flema: insisten en su punto de vista y, puesto que el desacuerdo es patente, abocados a un punto muerto, terminan por pedir una votación. El resultado sorprende a algunos: la mayoría acuerda quebrar el monolito, esto es, separar la presidencia de la secretaría del Partido. Las cabezas frías de los progresistas aprovechan rápidamente su ventaja y en nueva votación es elegido secretario del Partido Dubcek, el hombre nuevo que ahora está actuando.

Como usted verá, las jugadas han sido rápidas y perfectas; yo diría que incluso brillantes. La sorpresa ha jugado naturalmente su baza, pero precisamente la brillantez deriva de la inteligencia con que el elemento sorpresa ha sido manipulado. Así, sin disturbios, sin tiros, sin sangre, los progresistas se encuentran un día participando en el poder. Su fuerza aún no es mucha. Queda Novotny en la presidencia, como representación y símbolo vivo del dogmatismo. Y es en este momento cuando el riesgo es mayor, cuando la entrada de Rusia en acción se hace más viable. Pero para fortuna de Checoslovaquia, la milicia del país, educada a lo centroeuropeo, se resiste a intervenir. Novotny apenas si consigue interesar al general Sejna, quien al verse solo huye a los Estados Unidos. Por otra parte, hay que poner cuidado en que la violencia no se manifieste en la calle. El civismo del pueblo checo en este sentido ha sido modélico. A la calle van llegando las novedades y la esperanza: pero el entusiasmo no se traduce en actitudes violentas. Poco a poco la presión se acentúa sobre Novotny, quien, finalmente, dimite. La elección de Svoboda puedo asegurarle que es la culminación del proceso evolutivo.

El señor Libertad

—Ahora queda por ver lo que estos hombres consiguen; es decir, el desmontaje del sistema monolítico y la desaparición de los hombres-clave del dogmatismo es una operación consumada; el juego que den los hombres nuevos constituye el meollo del segundo acto; la incógnita.

—Svoboda. ¡También es un nombre raro el de este señor! ¿No le parece?

—A mí ya no me lo parece desde el momento en que me han informado que *Svoboda* en checo significa 'libertad'; Svoboda se traduce literalmente por libertad. El hombre y el nombre tienen, pues, un significado coincidente. A los checos esto se les antoja un buen presagio. Pero más que por su nombre, Svoboda es un símbolo por su pasado, ya que, como le dije, el nuevo presidente figuraba entre los depurados de los años 50. Con su confinamiento en una cooperativa rural pagaron los «duros» los heroicos servicios del general Svoboda en la lucha contra los nazis. Son lecciones de las dictaduras que el mundo nunca acabará de aprender. Por cierto que este destierro dio motivo a una anécdota muy divertida en tiempos de Kruschev. Al parecer, el dirigente ruso, en uno de sus viajes a las capitales del mundo socialista, recaló en Praga. Previamente se había ilustrado sobre las figuras notables y representativas del período socialista checo, y la primera de entre ellas era Svoboda, por quien preguntó. ¡Allá vería usted a los dirigentes del Partido perder el trasero para buscar al general! Una vez en la cooperativa, le embutieron en el uniforme, le encasquetaron la gorra, le colgaron las medallas y ¡a Praga se ha dicho! «Por usted y por Checoslovaquia debe mostrarse amable con el señor Kruschev», le advirtieron. Y bajo esta advertencia se desarrolló la «cordial» entrevista. Bueno, pues el hecho de que este general haya sido antes contable ya es un buen indicio, creo yo. Como me parece un buen indicio el hecho de que haya tomado contacto directo con los problemas del campo. Svoboda tiene más de setenta años pero ofrece un aspecto fuerte y saludable, tal vez por el montañismo y el esquí, deportes que practica con asiduidad. En fin, éste es el hombre que comparte con Dubcek la gran responsabilidad del momento. A mí, que no soy partidario de la Gerusia, me parece inteligente que el nuevo gobierno se haya constituido a base de gente joven. El gobierno de las momias suele ser inoperante, desconectado de las aspiraciones reales del pueblo. Las momias viven enraizadas en otro momento histórico y si las ideas de un cincuentón se les antojan «locas ideas de juventud», imagínese qué pensarán de las ideas de los jóvenes de veras.

—Otra cosa, si no le molesta. Usted me ha contado ce por be el proceso político de la Primavera de Praga, como usted lo llama. ¿Me puede decir

ahora qué es lo que movió a los escritores y a los estudiantes a su actitud de rebeldía? ¿Es, por casualidad, que ya no quieren ser comunistas?

—Mire, no lo tome a desaire, pero por ahora creo que ya está bien. ¿No le parece mejor dejarlo para luego?

—Si usted lo dice…

DOS

El fracaso económico

—Si no recuerdo mal, usted me preguntaba hace un rato por las razones que movieron a escritores y estudiantes a exigir una revisión de la política checa, ¿no es cierto?

—Pues, la verdad, si no le molesta, le agradecería una aclaración en este sentido. A mí, para serle sincero, lo que me gustaría saber es si los checos siguen siendo comunistas o llevan camino de dejar de serlo; me comprende usted, ¿verdad?

—Le comprendo demasiado bien; y si no me equivoco, usted lo que desea resolver es su problema personal: digestiones fáciles y sueño tranquilo, ¿no es así? Pero esto, amigo mío, es una aspiración desmesurada mientras en el mundo no se establezca la justicia. Usted no tiene derecho a estar sin problemas en tanto los demás los tienen. Si usted, según me dice, es cristiano, debe amar al prójimo como a sí mismo. Esto me parece básico, y disculpe la manera de señalar. Hecha esta aclaración, puedo decirle que el principal motivo de la histórica reunión de los escritores checoslovacos el pasado julio fue el fracaso económico del sistema, junto con el riesgo de deshumanización que el mismo entrañaba. El presidente de la Unión de Escritores, señor Goldstücker, que como es lógico y natural se ha convertido en el hombre de moda, no se recata en decirlo. Lo ha dicho en Roma y lo repite en Praga: «Los graves problemas económicos que el país tiene planteados son la causa de la actual revisión». El señor Goldstücker no carga tanto el énfasis en la cuestión ideológica, pero lo cierto es que el fracaso en esta vertiente ha sido también global y absoluto, de tal modo que la floración de la actual Primavera de Praga puede considerarse fruto de la conjunción de ambas semillas.

Y verdaderamente basta darse una vueltecita por el país y abrir los ojos para comprobar que las cosas no marchan en ninguno de los dos aspectos

señalados, siquiera el problema económico sea más ostensible que el problema ideológico. Por mi parte puedo asegurarle que me fue suficiente llegar a Brno, creo que la segunda o tercera ciudad del país, para hacerme cargo de la situación. Las colas ante las tiendas o ante los surtidores de gasolina no son buen indicio, por más que un profesor del país se obstinase en presentarme las colas como un síntoma de desahogado nivel de vida. No, evidentemente, a Checoslovaquia no le ha probado este experimento de marxismo dogmático que ha durado veinte años. Quiero decirle que si mi visita a Brno hubiese sido tras sólo dos o tres años de aplicación de los métodos comunistas me hubiese abstenido de juzgar y hubiera pensado: «Hay que dar tiempo al tiempo». Lo mismo me hubiese ocurrido si el país, en lugar de Checoslovaquia, hubiera sido el Congo. En este caso lo prudente hubiera sido decir: «Caramba, vaya un cambiazo que se ha operado aquí en poco tiempo». Pero el país no era el Congo y, de otra parte, estaba a punto de entrar en el quinto lustro de su experiencia socialista, ¿comprende? Ante este hecho incontrovertible, y aun reconociendo la gran cantidad de cosas positivas que el ensayo encierra, habrá que convenir en que el dogmatismo comunista no le ha pintado a Checoslovaquia. Porque este país, por si usted lo ignora, tenía en 1940 un desarrollo económico parejo, quizá ligeramente más bajo, pero sólo ligeramente, al de Francia o Bélgica. Tan es esto así que hace años circulaba por el mundo comunista un chiste (esto de los chistes es un fruto generoso de las dictaduras) cuyos intérpretes eran un perro polaco y otro checo que se cruzaban en la frontera. El perro polaco le preguntaba al checo: «¿Puede saberse qué vas a hacer tú a mi país?. —Y el perro checo responde—: Ladrar un poco». «Y tú ¿qué vas a hacer en el mío?. —Y el perro polaco contesta lacónicamente—: Comer». Esto significa que Checoslovaquia era, dentro del mundo comunista, una despensa bien provista, mientras Polonia era un pueblo relativamente más libre. Hoy no sólo se puede comer mejor en Praga que en Varsovia sino que el riesgo de ladrar es también infinitamente menor. Pero a lo que íbamos, Checoslovaquia, a partir de 1918, en que se erige en Estado independiente, tiene una extensión de ciento treinta mil kilómetros cuadrados y una población de trece millones de habitantes. Hoy su extensión ha descendido, al ser recortada por Rusia, en tanto su población posiblemente alcance los quince millones; esto es, Checoslovaquia tiene una superficie poco mayor que la cuarta parte de España y una población de aproximadamente la mitad. Esta densidad demográfica se hace patente moviéndose un poco por el país. Los pueblos no sólo son muchos sino grandes y de digna prestancia; incluso le diría de prosperidad notoria. Esto ya

presupone que la agricultura de Checoslovaquia debe de ser rentable. Tal cosa no tiene nada de particular puesto que la tierra es buena, la mecanización alta y los valles del Elba y del Vah arrastran de atrás fama de ser los mejor cultivados de Europa. De modo que los checos en patata y remolacha son gente, y lo son, asimismo, en aquellas industrias derivadas como el azúcar (tengo entendido que este país fabrica cuando menos la décima parte de la producción mundial) y la cerveza (quinto lugar del mundo y, por añadidura, de excelente calidad). Esto al margen, su desarrollo industrial, no de hoy, es decir, no de los últimos veinte años, es considerable. Los cristales de Bohemia, las industrias extractivas (grafito, plomo, cobre, hierro, petróleo, uranio…), la industria química y la siderúrgica y de maquinaria de Plzen (automóviles, tractores, camiones, etc.), por no citar sino las de más relieve, han sido, de siempre, sólidas y poderosas.

El Estado empresario

—Pero si todo va tan bien, ¿puede saberse dónde demontres está el fracaso?

—Un momento, por favor; no apechugue. Con el advenimiento del socialismo, la industria y el comercio se nacionalizan (al parecer existe aún alguna cooperativa industrial compuesta por empresas de menos de cincuenta operarios), los latifundios pasan a ser granjas estatales y el negocio de la tierra se organiza en cooperativas dependientes del Estado. Creo que, en un principio, apenas se respetan treinta o cuarenta hectáreas como propiedad privada, extensión que más tarde se reduce a diez, y de estas pequeñas fincas son contadas las que sobreviven debido a la creciente presión fiscal. Naturalmente las cooperativas se constituyen con los propios campesinos, propietarios y braceros, mientras el control de la industria pasa directamente al Estado. Como verá, en teoría, el planteamiento del comunismo desde el punto de vista económico es correcto. ¿Qué falla entonces? Esto es muy complejo y dudo mucho de mi capacidad para esbozar siquiera la situación, pero hay un hecho palmario: en Checoslovaquia, un campo rico y desahogado, donde las siembras y el bosque se alternan en proporciones ideales, más unas riquezas naturales considerables, más una industria en un estado de desarrollo más que discreto da como resultado un bajo nivel de vida y una comprometida balanza comercial. Todo esto, supongo, habrá que achacarlo al fracaso del Estado como empresario absoluto, esto es, sin un solo

resquicio para que la iniciativa privada colabore, lo que puede traducirse en el sentido de que una cosa es el planteamiento doctrinal, filosófico, de los problemas y otra muy distinta el problema en la realidad, el problema como tal planteado entre hombres de la calle.

Así, en lo atañedero a la agricultura es de notar que la agrupación en cooperativas fue forzada, y no se puede olvidar que el pequeño labrador ama su terruño, sus animales, hasta sus aperos. El cooperativismo forzoso, consecuentemente, no le gustó un pelo al campesino checo; no acababa de digerir aquello de todo de todos. Y menos aún el hecho de que unos señores desconocidos les dijeran desde Praga: «Vosotros sembráis remolacha, vosotros trigo y vosotros patatas, y luego lo que recojáis me lo entregáis a mí. ¿Habéis oído?». Otras veces, el Estado permitía que las propias cooperativas se encargaran de comercializar los productos pero por su cuenta, esto es, por cuenta del Estado. En definitiva, al pequeño labrador se le privaba de voz y voto.

En lo concerniente a la industria, las razones del escaso rendimiento son tópicas, pero advertirá usted que, en ocasiones, el tópico resulta de una exactitud abrumadora. Pongo por caso: la rutina, la ausencia de inquietud innovadora en la fabricación. Para nadie es un secreto que hoy la industria se monta y organiza sobre la innovación. La preocupación por la investigación corre, pues, pareja con el afán de producir más. Más y mejor debe ser el lema. Pues bien, en Checoslovaquia falla esto, es decir, falla el deseo de modernizar. De este modo llevan veinte años introduciendo mínimas innovaciones en sus máquinas, sean éstas automóviles o tractores. A esto agregue otro tópico que la realidad ha confirmado: la falta de estímulo. Un obrero especializado graduado en una escuela laboral gana prácticamente lo mismo que otro obrero especializado graduado en otra escuela laboral. Una vez con el título en el bolsillo, de poco sirve la habilidad de unas manos. Unas manos eficaces valen casi lo mismo que unas manos torpes; lo que cuenta es el diploma (con las cabezas acontece otro tanto). Entonces, apagado el entusiasmo inicial (esto no puede mantenerse indefinidamente) por edificar una sociedad nueva, sobreviene lo inevitable: rendimientos bajos y tosquedad, elementalidad de los productos, desinterés en su presentación, bien sean automóviles Skoda o zanahorias. El obrero funcionario del Estado, el campesino funcionario del Estado, el taxista funcionario del Estado, el dependiente de comercio funcionario del Estado concluyen por no tener otra aspiración que cumplir; cumplir con el mínimo esfuerzo, puesto que hacerlo con el máximo no va a reportarles ventaja alguna; a lo sumo, ser distinguido

con una medalla o con el título de Operario Modelo. Pero en la Europa actual esto ya no basta. De ahí los bajos rendimientos de la economía checa. En este punto puedo contarle una anécdota que no tiene desperdicio, demostrativa tanto de la dejadez del operario checo, enervado por falta de estímulos, como del inhumano control de la producción habitual en los yanquis: una compañía americana se encargó de la construcción de un hotel de lujo en Praga. Para ello contrataron mano de obra checa, ofreciendo unos salarios muy elevados (de dos mil quinientas a tres mil coronas) dentro de los usuales allí en el ramo de la construcción. Al finalizar el primer mes, raro fue el obrero que percibió más de mil trescientas coronas. A las protestas airadas del personal respondió la dirección de la compañía haciéndoles pasar a una sala de proyección donde se les mostraron unas películas en las que podía comprobarse que el ritmo de trabajo y los ratos de descanso no concertados dejaban prácticamente reducida la jornada a la mitad. Una serie de cámaras, estratégicamente dispuestas, habían espiado cada uno de sus movimientos.

Estímulo: la propina

—O sea, que el socialismo ha fracasado, ¿verdad usted?

—No vaya tan aprisa, amigo. El socialismo rígidamente centralizado, donde hasta la orden de sembrar patatas en una hectárea de Eslovaquia emana de la cúspide de la pirámide; el Estado patrono y padre que mete la nariz hasta en el puesto de naranjas que se alza junto a la catedral de Praga y al terminar la jornada exige cuentas a la verdulera, este socialismo, verdaderamente, no creo que tenga muchas posibilidades de sobrevivir en un país medianamente desarrollado y con un alto nivel cultural, como acontece en Checoslovaquia. Del socialismo quedarán sus conquistas positivas, de redención popular; no, a buen seguro, su inflexibilidad económica ni su dogmatismo ideológico. Los checos parecen haberse dado cuenta de ello y si por el momento no reculan, sí revisan, al menos, sus postulados y están decididos, por ejemplo, a introducir estímulos en el comercio estatal, a admitir, llegado el caso, el comercio privado y a dar un margen de libertad de producción y comercialización a las cooperativas agrícolas. Los resultados pueden cambiar rápidamente de esta manera, porque la realidad, que me asombró y desconcertó desde mi llegada a Checoslovaquia, es que hoy el único estímulo visible en el país es la propina. Este vicio que parece tan occidental ha adquirido carta de naturaleza en la Checoslovaquia socialista: propina a los camareros, propina a los peluqueros,

propina a los mecánicos (yo hube de desembolsar una cantidad para que me cambiaran el aceite del automóvil, aparte del importe del servicio) y propina (se me asegura por amigos checos) a los médicos para que examinen nuestra maquinaria con mayor meticulosidad y reposo. En una palabra, el sistema puede ser óptimo, no voy a discutirlo ahora, pero falla al ser aplicado a los hombres, seres, a lo que se ve, de una debilidad moral congénita, que precisan de incentivos para menearse.

Pero aparte los frenos económicos de base a que más arriba aludía, hay otras razones que enervan una producción que podría ser floreciente. Tal, a vía de ejemplo, la administración centralizada por parte de un Estado que, de una forma u otra, allega todos los recursos del país. Viendo aquello se ríe uno de Colbert, de la economía dirigida de los mercantilistas. Colbert era un niño que jugaba a controlar y a orientar la economía. Comparado con estos señores, Colbert era un liberal. Tenga usted en cuenta que negocios privados no existen ya en Checoslovaquia, y el resultado es que el Estado ingresa los beneficios de la banca, de la industria, de la agricultura, de la ganadería, de los restaurantes, de los bares, de los comercios y hasta de los puestos de cacahuetes de la calle. Toda especulación, aunque sea mínima, revierte en sus arcas. Añada a esto un sistema tributario que nadie puede eludir puesto que incide sobre las habas contadas de los sueldos y salarios. Bueno, ante un cuadro semejante cabría esperar que los servicios públicos, la vivienda, etc., fuesen problemas resueltos, ¿verdad?

—¿Y no es así?

—Pues en honor a la verdad hay que reconocer que no es así. Las carreteras checas, en parte de adoquines, son malas. El bache alevoso, el badén, la curva imprevista, el cambio de firme, los bordes descarnados le sorprenden en todas partes digo que le sorprenden porque la señalización no existe. Esto motiva otros inconvenientes para el forastero. Yo, por ejemplo, para desplazarme de Brno a Ostrava (ciento sesenta kilómetros) me extravié cuatro veces. El estado de los ferrocarriles, asimismo, deja mucho que desear y el transporte por carretera se produce mediante unas camionetas de línea anticuada y escasa capacidad. Pero, en fin, éstos son problemas adjetivos al lado del de la vivienda. Un joven matrimonio amigo, en Brno, estaba esperando el piso que el Estado promete a los nuevos matrimonios y me decían: «Menos de tres años, nada». El problema se agudiza en Praga, donde la espera se prolonga siete años y, en ocasiones, me aseguran, hasta diez. Se trata, naturalmente, de apartamentos modestos y pequeños, rara vez de más de cincuenta metros cuadrados. Esto quiere decir, y el fenómeno sale de ojo, que

la construcción no corre pareja a las necesidades. En Checoslovaquia se construye poco y hasta hoy el problema de la vivienda no sólo no se ha atajado sino que va a más. Lo mismo sucede con los salarios y sueldos. De un Estado empresario cabría esperar mayor generosidad, especialmente con ciertas profesiones como la de maestro y médico, a quienes en el nuevo orden se les exige mucho. Pues bien, un maestro gana en Checoslovaquia de 1500 a 1800 coronas, un profesor de segunda enseñanza de 1500 a 2500 y un médico alrededor de las 2000. Otros salarios son: barrendero, 600 coronas; peón, 1000; obrero especializado (aunque esto es muy elástico) 1500 a 2000; catedrático de universidad, 2500 a 3500.

El nivel de vida

—Pero bueno, ¿y qué es una corona? ¿Qué vale? Porque estas cifras así, en el aire, no me dicen nada.

—Tenga paciencia, hombre, que todo se andará. Por supuesto, esos ingresos son mensuales (aunque se perciben en dos mitades, por quincenas) y son bajos, como luego tendrá oportunidad de comprobar. Pero son aún más modestas algunas pensiones de jubilados, que apenas alcanzan las cuatrocientas coronas. Y usted me pregunta legítimamente: ¿qué puede hacerse en Checoslovaquia con una corona? Pues se lo voy a decir: con una corona hace usted un viaje en tranvía sin transbordo; con 1,50 compra una tarjeta postal; con dos o tres un pastel, un litro de leche o un paquete de diez cigarrillos; con 2,60, un kilo de pan; con siete, un filete —para una persona, claro— de buen solomillo; con diez, un kilo de limones; con catorce, otro de naranjas; con doce a dieciocho, una docena de huevos; con quince o veinte, una entrada para la ópera; con veinte, un libro o un paquete de tabaco rubio americano; con veintisiete, un kilo de pollo congelado; con cuarenta o cincuenta, un almuerzo de dos platos; con sesenta, una camisa; con doscientos, un vulgar jerseicito de señora; y con cuatrocientos a mil doscientos, un traje de confección de caballero; con cien a doscientos, unos zapatos, y con doscientos cincuenta, el alquiler mensual de un piso del Estado, generalmente de dos habitaciones y excepcionalmente, y como máximo, de tres. (Como norma, las casas son construidas —muy deficientemente— por las cooperativas, y uno puede lograr la propiedad de un piso, de dos o tres piezas, mediante un desembolso inicial de treinta y cinco

mil coronas y una serie de mensualidades cuyo importe varía de acuerdo con la calidad y el plazo de amortización).

—En pesetas, por favor, tradúzcamelo a pesetas.

—Eso no me es posible, amigo. Otro de los problemas de la economía checa, común a todos los países socialistas, es el de la no convertibilidad de la moneda. Con coronas usted se maneja en Praga, pero una vez que llega a una frontera occidental ya puede ir cargado de billetes, que son prácticamente papel mojado. (El cambio de coronas en Austria es leonino). Tal circunstancia coloca al checo en una incómoda situación de dependencia y hace que prolifere un sucio mercado negro de divisas. Quiero decirle que en Checoslovaquia hay tres o cuatro cambios distintos: el oficial, el de los almacenes con mercancías escogidas donde únicamente puede pagarse con moneda extranjera (cosa lógicamente impopular) y el de la calle. Así, de momento, no recuerdo más. Lo que sí puedo asegurarle es que en Praga a mi mujer y a mí nos asaltaron tres o cuatro veces unos caballeros ofreciéndonos coronas a cambio de cualquier moneda extranjera. Esto le permite suponer que el checo en este terreno pierde siempre; lo explotan, vaya, y, por otra parte, que el checo está encerrado en su país y de no ser que cuente con familia o amigos en el extranjero que le faciliten moneda, no puede ni darse un garbeo hasta Viena. Injusto, ¿no? A esto tratan de buscarle una solución los hombres nuevos y la cosa me parece de cajón. Praga iniciará contactos comerciales con los países que le convenga. Hasta hoy Rusia fue sus pies y sus manos. La prensa y la radio de Praga decían estos días que de ocho kilos de pan que comen los checos, seis están amasados con harina rusa. La proporción vale para determinar cualquier relación comercial, de modo que con Occidente apenas alcanzan un veinte o un veinticinco por ciento los cambios realizados. Y estos cambios, al no ser convertible la corona, retornan a la infancia, es decir, al sistema de trueque o permuta de las economías primitivas. Mal negocio para un país como Checoslovaquia en todo caso. Ésta es una de las cuestiones que más apremian. El señor Hajek, nuevo ministro de Asuntos Exteriores, anticipaba hace siete días a los corresponsales extranjeros su decidido propósito de cooperar con los países del Oeste, especialmente con Inglaterra, Francia e Italia, y añadió que no sólo se refería al comercio sino a cambios culturales y científicos. El señor Hajek agregó cautamente que «esta orientación europea de su gobierno no afectará a su alianza con los estados socialistas». En buenas palabras, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores checo viene a reconocer lo que los checos le dicen a usted en cada esquina: «Somos Europa, no Asia; y siempre lo fuimos».

Carreteras y mercados

—Éstos son ya altos problemas que a mí no me conciernen. Usted hablaba antes de que las carreteras son malas, ¿y para qué las quieren mejores si no tienen coches?

—¿Y quién le ha dicho a usted tal desatino? En Checoslovaquia hay un volumen de circulación mecánica más que discreto. Naturalmente, llegando de Alemania o Italia aquello parece un país inmóvil, pero una vez que uno lleva días allí, la cosa cambia. En general los coches que circulan por Checoslovaquia son de fabricación nacional: el Skoda, duro y discreto de línea aunque mal terminado, y el Tatra, favorito de las jerarquías, horrendo para mi gusto, y con más pretensiones. Un Skoda, que es el coche popular, le cuesta a usted cincuenta mil coronas, y la fabricación, dado que en buena parte lo exportan, no da para satisfacer la demanda nacional. Sin duda, el Skoda es el vehículo que más rueda, aunque durante los primeros días de estancia me llamó la atención el hecho de que fuesen más los autobuses y camionetas que se ven en las carreteras que los coches. De todos modos, Checoslovaquia aún no ha montado el tinglado que los occidentales para facilitar la vida a los usuarios de automóviles. De las carreteras ya le dije cuatro cosas. A ellas puede añadir que un día he permanecido veinticinco minutos esperando a que me despacharan gasolina y por dos veces más de veinte en dos pasos a nivel. Para una revisión o una reparación del coche tampoco hay facilidades; es preciso guardar turno (turno de días) o saltárselo mediante una propina. En una palabra, lo único fácil para el usuario, más fácil que en Occidente, es aparcar. De lo dicho deducirá usted que la elección en Checoslovaquia es limitada. Si quiere coche: Skoda o Tatra (también hay contadas variedades de marcas extranjeras, pero el Fiat *600* cuesta treinta y dos mil coronas). Esta limitación puede usted trasladarla a todos los terrenos, puesto que Checoslovaquia hasta ahora se ha movido dentro de una economía cerrada. Por eso me causó una triste impresión mi visita a un mercado de verduras en Brno. Enumero los frutos que vi allí: zanahorias, manzanas, coles, apio, nueces, puerros y lechugas… Creo que nada más. Pero peor que la escasez era la presentación: lechugas con las hojas roídas en los bordes, oscuras y decadentes; manzanas pequeñas, de piel arrugada; zanahorias llenas de tierra… El vendedor no vende lo suyo y no se interesa por atraer compradores para sus artículos. Así, ni los presenta ni los pregona; se deja estar. Claro que la actitud no era diferente en el rincón que me señalaron como mercado libre, y la variedad era aún más reducida. Los tres tenderetes

del mercado libre me produjeron una impresión penosa, en particular el puesto de un viejecillo que por toda riqueza exhibía un pichón blanco y gris con una manchita de sangre en la pechuga; una bolsita de plástico con un par de kilos de avellanas secas y un montón de manzanas, oxidadas y minúsculas, que no pasaría de tres kilos. Era toda su riqueza, y para venderla se había desplazado a la capital.

Desde luego, la economía checa no va. Éste es un hecho que salta a la vista. Y ante un Estado empresario que controla todos los recursos y no resuelve problemas tan fundamentales como vivienda, comunicaciones, servicios públicos, clases pasivas, magisterio, etc., yo me preguntaba en Praga: «¿Y dónde van los beneficios de una economía próspera aunque esté enervada por una serie de circunstancias?». Al fin me decidí a lanzar la pregunta en la calle; en uno y otro lado las respuestas fueron coincidentes: «La parte del león se la lleva la burocracia».

Hay que seguir buscando

—Así que está usted de acuerdo en que nada como la economía libre…

—Creo que no he dicho eso, sino que me he limitado a señalar las deficiencias observadas en una economía hermética, drásticamente dirigida. Sin duda para que exista libertad (y a ello van los nuevos hombres) tiene que existir opción: esto o aquello. Y de momento hay que reconocer que el comercio checo es más bien uniforme y escaso. Por otro lado, el Estado-patrono recata una inflexibilidad poco grata. Pongamos el caso de que usted fuera escritor. Bueno. Al cuarto libro vendido, si usted negocia con otro hombre y no con el Estado, puede aspirar a alcanzar un quince por ciento en concepto de derechos de autor en lugar del diez. Con el Estado no. Y lo mismo sucede en otras actividades. En una palabra, el principio sobre el que se ha montado la economía checa me parece muy humano y correcto. Aquello de que ningún hombre sea explotado por otro hombre es la culminación de un proceso humanístico que viene de muy atrás, pero hay que estudiar la manera, asimismo, de que ningún hombre sea explotado por el Estado, obra, asimismo, de los hombres. Esto no intenta ser una defensa de la economía liberal a ultranza, donde el pez grande se come al chico, ya lo sé, y el hombre se siente impotente ante los grupos de presión o se prescinde alegremente de él en el momento que sobra, de acuerdo, pero no olvidemos los riesgos de levantar, por reacción, no ya un grupo sino un Estado de presión frente al que

el individuo es mucho menos que una hormiga y contra el que nada puede. Hay que buscar, creo yo, soluciones intermedias donde al tiempo que se garantice, pongamos por caso, la absorción del paro o, lo que es lo mismo, el derecho al trabajo, el comprador tenga la libertad de la opción y el productor un estímulo y, en todo caso, la posibilidad de remozar un mecanismo que se manifiesta inservible.

La evolución de Praga es muy expresiva a estos efectos. Ellos han probado, han aplicado meticulosamente a la economía los principios marxistas con resultados muy poco alentadores. Hablando en plata: han fracasado. La crítica no es mía sino de los intelectuales, de los estudiantes y del mismo comité central del Partido Comunista, que han estimulado la apertura y la actual revisión. Sin perder de vista las conquistas del socialismo habrá, pues, que continuar buscando. A esta solución han llegado los propios marxistas checoslovacos al cabo de un largo y penoso camino de más de veinte años.

TRES

El problema ideológico

—El actual ídolo de la juventud checa es el doctor Iván Svitak; el profesor Svitak es un hombre que conserva su fe en el socialismo pero no en el dogmatismo; el doctor Svitak exime a Carlos Marx de los errores de la política checa de los cuatro últimos lustros; el doctor Svitak habla en estos días a los obreros aconsejándoles que secunden la postura de los intelectuales. Pues bien, el señor Svitak se está cansando de decir: «Tened en cuenta que Carlos Marx deseaba ampliar los derechos cívicos del hombre; no liquidarlos».

—¿Y qué quiere decir con eso ese señor?

—Muy sencillo. El profesor Svitak, y prácticamente con él todos los profesores, intelectuales y estudiantes del país, arremeten contra la dictadura del Partido; desenmascaran esa bella frase de la democracia popular que viene a encubrir un rígido y estrecho absolutismo. La democracia, para que sea válida, debe ser hospiciana, esto es, carecer de apellido. Cuando se apellida a la democracia con un adjetivo, bien sea «popular», bien sea «orgánica», malo. Le apuesto diez contra uno a que en ese caso la democracia ha dejado de serlo; ha dejado de ser democracia, para que me entienda. En palabras sencillas, el profesor Svitak intenta aclarar esto al pueblo checo. Le advierte que el Partido y su dura disciplina y su fanática represión no son el pueblo. En mis días de Praga, los principales temas de conversación, los principales temas de los artículos periodísticos, giraban en torno a los dramáticos años pasados, las purgas, las penas de prisión y las torturas. Hasta tal punto es obsesivo el tema que pese a no haberse tomado aún ninguna represalia —un intento de linchamiento por parte de un grupo de campesinos no pasó a mayores— ni a haberse adoptado medidas legales para discernir responsabilidades, los árboles de Praga están dando esta primavera un extraño fruto: el de los ahorcados. Gente que un día decretó las purgas, jueces que

participaron en las comedias de la depuración, burócratas complicados, comunistas de la línea «dura» aparecen colgados de una rama por propia mano ante el temor a lo que pueda venir. Aún son muy pocos los responsables que a la vista de los progresos de la apertura se han eliminado, pero el hecho no deja de ser elocuente. Por mi parte puedo asegurarle una cosa: he conocido en Checoslovaquia a muchísimas personas con quienes me he entendido en español o francés. Pues bien, la mayor parte de ellas, ya en su propia carne, ya en la de sus padres, hijos o hermanos, han padecido el suplicio de la represión. Pero más que la cantidad de víctimas me ha sorprendido la serena aceptación de la injusticia. A ningún checo, ésta es la verdad, he escuchado expresiones airadas o de revancha. A lo sumo, se limitan a referir su odisea; pocas veces la comentan; el comentario lo dejan para su interlocutor. Así, el padre de un amigo mío que permaneció diez años en la cárcel sin sentirse responsable de nada, ni siquiera de no decir «amén» a las consignas oficiales puesto que no desempeñaba cargo público alguno. No obstante, un día es detenido. Transcurre el primer mes sin que se aclare el error. Comparten con él la prisión hasta dos docenas de personas igualmente desconcertadas. Al cabo de unas semanas se les pide que firmen un escrito reconociendo haber atentado contra el régimen. Ellos, naturalmente, lo niegan. Entonces comienzan las torturas. Los prisioneros resisten tres semanas, al cabo de las cuales acaban por firmar el papel. «Lo peor de todo esto no era la detención arbitraria, ni las torturas, sino el juicio subsiguiente, donde todos éramos conscientes, empezando por el juez y el abogado defensor, de que nada de lo que decíamos era verdad sino que estábamos representando una comedia en la que cada uno desempeñábamos lo mejor que podíamos nuestro papel», me decía este señor. Particularmente en los años 50, estas detenciones en masa estuvieron a la orden del día. Para que se dé cuenta de lo que fueron, le aclararé que cuatro de los ministros actuales pasaron por este purgatorio. Naturalmente el Partido, con su poder omnímodo, disponía de otros muchos resortes no ya para meter en obediencia sino para cortar en flor, es decir, antes de que se manifestara, cualquier discrepancia. Usted ya conoce, porque me parece que le he hablado de ello, la degradación y destierro del actual presidente Svoboda. Pero tengo más datos. En mi reunión en Praga con algunos intelectuales de la Unión, me mostraron unos pliegos en los que encarecían a los hombres nuevos la incorporación a la universidad de los catedráticos, profesores y alumnos depurados por el régimen. El papel recogía cerca de quinientas firmas, pero la cifra de depurados para los que se solicitaba justicia era bastante más abultada: diez mil. ¿Se da usted cuenta? A

diez mil señores se les apartó de la enseñanza (la docencia o la discencia) porque estorbaban o se temía que llegaran a estorbar. (Para nosotros, españoles, resulta especialmente doloroso el atropello cometido con el gran hispanista checo Vaclav Cerny. Este señor descubrió un día en un castillo de Bohemia unos manuscritos inéditos de Calderón, pero ni este hecho, ni su condición de doctor *honoris causa* de varias universidades europeas, ni su relieve universal, bastaron para evitar que fuese apartado de su cátedra hace la friolera de veinte años. Incluso la presión de los fanáticos del Partido llegó al extremo de impedirle aceptar el título de miembro correspondiente de la Academia de la Lengua Española con el que fue justamente distinguido). Otro tanto ocurrió, aunque sin tantas sutilezas, con los checos que pelearon en las Brigadas Internacionales en la guerra de España. Nadie sabe por qué pero todos me dicen lo mismo: «La mayor parte de ellos acabaron entre rejas». El mismo camino, por considerarlos «agentes del imperialismo», siguieron los soldados checos que lucharon contra los nazis en los frentes occidentales. Como verá, la represión no sólo ha sido extremada sino, lo que es más grave, arbitraria. Habrá que convenir en que el dogmatismo, como Saturno, se complace devorando a sus propios hijos.

Dictadura y religión

—El comunismo es un régimen de terror, ya se sabe.

—Puntualicemos: el terror y la represión son frutos de las dictaduras personales o de partido, anótelo bien. Si no hay una prensa libre y una opinión para que el miedo guarde la viña, adiós la viña, amigo; no dura ni quince días. Supongo que conocerá esa frase tan exacta que dice: «El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente». De ahí la necesidad de evitar los regímenes dictatoriales. El primer derecho humano, para mí, radica en no ser gobernado por el dogmatismo fanático, sea del color que sea. A los beneficiarios de un extremo les resulta sumamente útil cubrirse con los desafueros del otro extremo; es su argumento; lo he visto aplicado en los dos lados. Pero yo le digo a usted que, a mí, sustituir una mordaza blanca por otra roja, o a la inversa, no me sirve de consuelo; para que lo sepa, no me molesta el color; me molesta la mordaza. Usted me entiende, ¿no? De ahí que yo no crea en la eficacia de la represión. Una caldera sin salida de vapor, tarde o temprano, termina por estallar. Es la física, amigo mío. A los problemas hay que hacerles cara, no acallarlos por la tremenda. La fuerza acaba por volverse

contra la fuerza. Ya ve usted lo de Praga: el Partido se hacía ilusiones, después de encarcelar hasta al gato, de que no había oposición a su dictadura implacable, y ¿qué ha sucedido? Pues que en cuanto la oposición ha podido manifestarse ha resultado que el Partido *sólo* tenía oposición. Tenga presente (para resumir en pocas palabras una cuestión muy compleja) que Checoslovaquia no llegó al comunismo en 1945 como compensación al esfuerzo de guerra ruso. Checoslovaquia defendió su democracia, de signo socializante muy acusado, durante tres años. Una crisis en 1948 y la debilidad del presidente Benes permitieron al comunismo dogmático hacerse con el poder. No hubo lucha pero tampoco urnas. El comunismo llegó mediante una hábil jugada del Partido aprovechando la senectud del presidente. Pero Checoslovaquia ha sido un pueblo centroeuropeo, amante de la democracia, y ni con el comunismo se acierta a vivir en dictadura. De ahí que el Partido hubiera de extremar sus rigores. Ya no era sólo el «piensa como yo o no pienses»: era el «piensa como yo o púdrete». ¡Qué cosas cuentan los periódicos checos, oiga! Por ejemplo, las presiones religiosas…

—Eso es asunto viejo.

—No tan viejo, no crea. En este punto el Partido trató de guardar las apariencias, y hasta me parece que la supresión de los cultos nunca llegó a ser total. A cambio, las órdenes religiosas tuvieron que largarse, fueron prohibidas las asociaciones religiosas, monseñor Beran (para no ser menos que sus feligreses) estuvo catorce años a buen recaudo y, al cabo, fue liberado con la prohibición de ejercer su ministerio. Los seminarios fueron cerrados, a excepción de dos que funcionaban en régimen de *numerus clausus*. Una maestra de escuela me decía: «A mí no me quitaron la escuela; me dieron a elegir entre la escuela y la Iglesia; Dios me perdonará pero tuve que dejar la Iglesia porque lo primero de todo era comer. —La discriminación, ¿me entiende? Es lo mismo que decirle a un maestro—: O va a la iglesia o deja la escuela». Todo este tipo de presiones son de una inhumanidad extrema. Porque el caso es que Checoslovaquia, especialmente su parte oriental, *era* un país muy religioso. Yo vengo asombrado de la cantidad de imágenes de Cristos, Vírgenes y santos que se levantan en los pueblos, en las ciudades, en las orillas de las carreteras. Naturalmente San Juan Nepomuceno, muy venerado, se lleva la palma. Después, los templos. ¡Qué cantidad de iglesias hay en Checoslovaquia, señor mío! Hus y la Contrarreforma tuvieron en Praga su escenario, no lo olvide. Pues bien, esta fe ha decaído mucho tras veinte años de educación atea. Apenas se ven jóvenes en las ceremonias religiosas. Y una cosa que me sorprendió en Praga, un día de diario, con

mayor motivo cuando el domingo, en la misa de ocho de la catedral de San Pedro, de Brno, apenas encontré un centenar de fieles: la pequeña y franciscana iglesia donde se rezaba una misa vespertina estaba atestada. Interrogué al amigo que me acompañaba: «No te choque, —me dijo—. Nuestro cristianismo se ha hecho humilde y sencillo, como agradaba a Juan XXIII. No es la nuestra una religión de catedral». El templo pobre, recogido, es el preferido por el católico checo. Tal actitud parecerá un poco ingenua pero demuestra cuán alejados se encuentran de todo triunfalismo. En todo caso, el católico, aunque pobre, se muestra generoso; en el templo da billetes, no monedas. Claro que la pobreza evangélica de la iglesia checa trasciende en muchos detalles, digamos, para concretar, el frío terrible y la ausencia de adornos de precio.

Pero empecé hablándole de la presión religiosa y me he desviado. No quisiera ponerme pelma y para que usted se haga su composición de lugar le daré un dato fidedigno, revelador de la situación de la iglesia checa en estos años: los cuatro obispos que todavía regían sus diócesis se veían sometidos a una vigilancia constante. Una especie de funcionarios actuaban cerca del obispo como «ojos y oídos del Partido», es decir, como espías de sus movimientos, sus visitas, sus llamadas telefónicas, su correspondencia… Comprende, ¿no? De inmediato, en cuanto se producía algo que juzgaban anormal, iban a Praga con el cuento. Bueno, pues para que empiece a tener elementos de juicio, esos «ojos y oídos del Partido» es de las primeras cosas que han barrido los nuevos hombres de Checoslovaquia.

Símbolos y formulismos

—Una cosa que me intriga. Nominalmente al menos, ¿los checos eran todos comunistas de carnet?

—Ni hablar del peluquín, hombre de Dios. En Checoslovaquia, como en Rusia, como en la Alemania nazi, como en todas las dictaduras, el Partido era minoritario. Lo que sucede es que muchos, por su condición o por su cargo, debían ser miembros de él aunque no comulgasen con su ideología. Otros lo eran de corazón. Pero bueno, el caso es que quien sojuzgaba a la mayoría no era ni esa minoría, sino los dirigentes de esa minoría, ¿entiende? Ella imponía los símbolos, las canciones, las consignas, los gestos, los eslóganes, las actitudes; en dos palabras, el tatachín y las patrioterías, eso que al pueblo

termina, indefectiblemente, indigestándosele. Así, la palabra *camarada* pronto cayó en desuso, me dicen. En rigor ignoro cómo enfocará usted esta cuestión, pero pensando en cristiano lo importante es sentir camarada al prójimo, no decirlo. A veces la boca no habla de lo que rebosa el corazón, sino precisamente de lo que no siente. El formulismo expresivo de una ideología, esto es, la hipocresía, fue rechazado de plano por los jóvenes, principalmente por los estudiantes, y tenga usted en cuenta que en Checoslovaquia los universitarios no pertenecen a una determinada clase social. Pero lo curioso es que los más reacios a admitir el dogma y los símbolos eran los muchachos nacidos en el sistema o que vivieron su primera infancia cuando el sistema se instauró. La juventud se mostró antidogmática, por un lado, y absolutamente apática, por otro. Ahora es cuando ha reaccionado, pero no sólo en demócrata y humanista sino también en europeo. En el hermoso Café Boheme, de Brno, me divertía ver a los muchachos y muchachas checos consumir sus ocios escuchando a los Beatles o *Marionetas en la cuerda*. La mayor parte de estos chicos son idealistas y limpios y lo que desean es pensar y decidir por su cuenta… Por eso fue otro error dejar como única organización juvenil la de los pioneros. Los chicos hacían *fu* como el gato. Los hombres nuevos de Praga han abierto en esto también la mano, y los boy-scouts, asociación juvenil de carácter mundial, prohibida en Checoslovaquia durante veinte años, ha vuelto por sus fueros y ha sido acogida con general entusiasmo.

La enseñanza, un modelo

—Un momento. Decía usted antes que los estudiantes checos no proceden de una clase determinada. ¿Puede decirme cómo está organizada allí la enseñanza?

—Como planteamiento, le diré que ésta es una de las grandes conquistas del socialismo que habrá de pasar a Occidente si es que Occidente, tan pagado de su neocapitalismo, no quiere tragarse esto con el dogma y la dictadura encima. Pero aguarde, trataré de explicarme un poco mejor. Fuera de la discriminación política, que como sabe la ha habido y fuerte, en Checoslovaquia puede estudiar todo el mundo, o mejor dicho, debe estudiar todo el mundo. Las escuelas son las mismas para todos, y muchachas y muchachos deben asistir a ellas hasta los quince años. A partir de aquí, la enseñanza se ramifica: educación profesional (o laboral), escuela media y liceo (instituto). Desde estos centros puede accederse a la universidad, aunque

lo normal es que las escuelas profesionales nutran de operarios especialistas a la industria, la escuela media, de oficinistas al Estado, y el liceo, de alumnos a la universidad. Naturalmente hay distintos niveles mentales y cada cual se detiene allí donde un tribunal le dice que no tiene capacidad para más (hay varias convocatorias, por supuesto). De este modo, cada cual se acomoda, teóricamente, al papel para el que está dotado. En este punto debo advertirle otra cosa. El socialismo checo ha promocionado a la mujer, o quizá sería más propio decir que la ha equiparado al hombre. Y no me diga que eso en todas partes, porque aquí, en España, por ejemplo, está muy lejos de ser exacto. Yo estoy cansado de ver a muchachas con título universitario o de escuela especial solicitar un puesto que se les niega «porque para este cargo se necesita la energía de un hombre». Estos escrúpulos o, más exactamente, esta nueva modalidad de discriminación no existe allá. Y no hablo de puestos para intelectuales. En Checoslovaquia, nos guste o no, barren las calles y conducen los tranvías las mujeres, al menos en una proporción notable. En lo que respecta a la universidad hay dos títulos acaparados por muchachas: Medicina y Magisterio. Un elevadísimo porcentaje de médicos y casi todos los maestros son mujeres. Tal vez la escasa dotación del médico incite a los hombres a abandonar esta carrera, aunque no lo creo probable puesto que sus ingresos en otras profesiones son poco mayores. Tal cosa estaría justificada en España, donde se da la paradoja de que únicamente la medicina está socializada cuando hay otras muchas cosas que deberían estarlo. En nuestro país, amigo, el médico sufre los inconvenientes del socialismo sin agarrar ninguna de sus ventajas; está a las duras pero no a las maduras. Situación injusta puesto que este médico, a la hora de mandar a estudiar a sus hijos o de pagar el recibo de la luz, ha de rascarse el bolsillo como cualquier hijo de vecino; es decir, el médico español es el paciente de una socialización demasiado tímida que no le presenta oportunidades, en otras vertientes, para sentirse beneficiario, esto es, para resarcirse.

—Oiga, no me vaya ahora a soltar un mitin.

—Excúseme; las ideas salen a pares, como las cerezas, y unas cosas me llevan a otras. Le hablaba, me parece, de la equiparación hombre-mujer en Checoslovaquia y del equitativo sistema educacional (depuraciones al margen). En rigor, más que de la perfección del sistema educativo debería hablar de la justicia de sus bases de planteamiento, puesto que las cosas empiezan a fallar una vez que entra en juego el Estado padre. Intento decirle que, en algunos momentos, el alumno ha tenido que renunciar a su vocación por consejo del Estado padre. En cierto modo, esto es comprensible, aunque

no justo. El Estado conoce el número aproximado de ingenieros, químicos, abogados, arquitectos, veterinarios o biólogos que va a necesitar en un determinado período de tiempo, de forma que, ante un desequilibrio excesivo, el Estado padre tendrá que intervenir: «Hijo, ¿por qué en lugar de veterinario no te haces ingeniero de telecomunicación? Tus profesores me aseguran que tienes aptitudes». El muchacho podrá persistir en su vocación pero nadie le garantizará, entonces, un empleo inmediato. Es la regla del *numerus clausus*, con sus pobres ventajas (muchas, quizá, socialmente pero ninguna para el muchacho que la padece) y sus graves inconvenientes.

Dejar una muela en Praga

—Entonces, eso de paternalista que me dicen a mí cuando doy espontáneamente media paga a mis obreros…

—Oiga, vayamos más despacio, si le parece. En las sociedades capitalistas el paternalismo trata con frecuencia de sustituir la justicia. Uno queda bien con dos reales, y usted perdone, y por otro lado deja tranquilita su conciencia. ¿Qué inversión va a resultarle más rentable? Como verá, este paternalismo no es convincente ni conveniente; pero algo da, y hay que admitirlo, en tanto no se consiga en las sociedades que lo padecen una estructuración económico-social más justa. El Estado padre del dogmatismo comunista es inevitable porque constituye el meollo del sistema. Allí el Estado lo es todo y llega a todas partes. Ordena sembrar esto o aquello, determina sueldos, fija precios, aconseja a los muchachos la carrera que deben seguir, y si usted es malo, o a él se lo parece, le da un pescozón o le castiga de cara a la pared. Es, pues, un Estado padre que da y exige pero al que no es aconsejable levantarle la voz. Para que se dé usted cuenta de esto le voy a contar una anécdota personal. A mí me han sacado una muela en Praga; sí señor, ha oído bien, una muela. Y créame que para un aprendiz de escritor dejar un hueso junto a los de Kafka no es precisamente un desdoro. Pues bien, no imagine que la operación se resolvió en tan pocos minutos como se la cuento. Yo llegué a Praga desde Brno con un dolor perseverante aunque soportable. Supongo que usted conocerá el dolor de muelas. La cosa comienza por ser una molestia insidiosa y pertinaz; luego se inician los alfilerazos, se forma un núcleo cada vez más dilatado, un núcleo doloroso quiero decir, y desde allí irradian unas flechas pugnaces que le aguijonean a usted los dos maxilares, el oído y finalmente el cerebro. Es un dolor, éste, que inhabilita enseguida al más pintado. Bueno,

pues imagine usted esto, la noche de mi llegada, en una ciudad desconocida. Por primera providencia yo intenté calmar aquel dolor, como es de ley, con los analgésicos más acreditados, pero si algo hay contra lo que nada pueden los analgésicos es, sin lugar a dudas, el dolor de muelas. Y allí me tiene usted, en una habitación de hotel, sin conocer una sola palabra del idioma checo, con mi mujer a la expectativa, unas veces tumbado en la cama y las más dando paseos por la habitación como un león enjaulado. No trato de disculparme, a las tres de la madrugada claudiqué y le dije a mi mujer que si no me arrancaban aquella muela terminaría arrojándome por la ventana. Mi mujer, entonces, con un valor a toda prueba, abandonó la habitación, se las arregló para pedir teléfono y guía (ignoro en qué idioma) y llamó a un amigo praguense que conocía el español. Sí, sí, naturalmente, ahora me avergüenzo de haber despertado a las tres de la madrugada a un amigo desconocido, pero un dolor de muelas es un dolor de muelas, y lo que me choca es que todavía el dolor de muelas no figure al menos como atenuante, debidamente especificada, en los códigos penales del mundo, ya que bajo la ofuscación producida por un dolor de muelas uno puede cometer, con una responsabilidad muy discutible, cualquier desaguisado. Pero vayamos al asunto. Mi mujer y yo recogimos en taxi a nuestro amigo intérprete, quien nos llevó a un puesto de socorro nocturno. Yo imaginaba que el puesto de socorro valdría lo mismo para sacar una muela que para coser una barriga, pero no dejó de sorprenderme que la rubia matrona que nos abrió la puerta, con una bata lamentablemente sucia, después de cambiar unas palabras incomprensibles con mi amigo y de detener en la puerta a mi mujer, me sentara en un sillón de dentista y agarrase el torno. Ante su ademán, yo le sujeté el brazo y le dije a mi amigo que lo que deseaba era que me arrancase el diente, no que me hurgase en él. Volvieron a cambiar unas frases herméticas y la doctora, de nuevo, a tomar el torno. Dócilmente abrí la boca y mientras ella barrenaba, indiferente, en mi muela martirizada, mi amigo intérprete me decía que la doctora no quería sacarla puesto que a lo mejor podía salvarse. Cuando el torno cesó de perforar le insistí a mi amigo que salvar el diente me importaba un comino y que lo que yo quería era librarme del dolor y tener la fiesta en paz. La doctora zanjó la cuestión diciendo que ella no estaba autorizada para extraer un diente con posibilidades de futuro, me colocó una hila en el agujero, taponó, me dio otras dos tabletas de otro analgésico, me aconsejó colocar tres almohadas bajo mi cabeza y me despachó. Prefiero ahorrarle detalles de lo que fue aquella noche. En mis anales biográficos la tengo anotada como «la noche triste de Praga», porque

lo que aquella mujer consiguió con sus tabletas y su hila y su perforación y las tres almohadas fue que el dolor aumentase, al tiempo que progresaba, merced a los barbitúricos, mi atontamiento general. En esas circunstancias tomé la resolución de no ceder, de exigir la extracción del diente aunque tuviera que enfrentarme con el comité central o pagar al precio que fuese una intervención privada. Si usted conoce el dolor de muelas comprenderá perfectamente mi actitud. Así, a las siete de la mañana llamábamos de nuevo a mi amigo intérprete, prácticamente mi único enlace con una ciudad extranjera y desconocida. Nos citamos para media hora más tarde en la policlínica del distrito, después de pedir yo permiso al Ministerio de Cultura, ya que por mi condición de invitado de la universidad dependía de él.

En Checoslovaquia la gente madruga, quizá más que en el resto de Europa, ¿sabe? Les agrada tener la tarde libre; les gusta leer, la televisión y la música; es un pueblo ilustrado aquél. De modo que a las siete y media la Policlínica ya estaba en pleno funcionamiento. De entrada me pasaron a una consulta donde media docena de doctoras odontólogas, con los sillones en fila, como en una barbería, se entretenían cada una con su paciente. De un lado a otro, brujuleaba un checo gigantesco a quien las doctoras consultaban las novedades, y él se desplazaba de un sillón a otro, dando el consejo pertinente. Le encarecí a mi amigo que no se dejara doblegar y que le exigiera al jefe que me sacasen la muela. Por toda respuesta, el checo gigantesco me señaló el sillón de una encantadora doctora de ojos verdes, pelo negro y figurita muy frágil. Por medio de mi amigo volví a suplicar a la joven y frágil doctora que acabase de una vez con mi martirio, pero ella, sin hacer caso, quitó la cura, miró, remiró, metió un gancho en el agujero del diente y dijo que creía que la extracción no procedía. Aprovechando que no me entendían yo juraba a media voz en castellano y le decía a mi amigo intérprete que quizá si yo fuese un tipo avecindado en Praga aguantaría, me dejaría matar el nervio y todo lo demás, con tal de salvar aquella pieza, pero que si yo había llegado después de tres mil kilómetros de viaje para pasar una semana en la ciudad me parecía insensato desafiar al dolor, y que apelaba a su patriotismo y al patriotismo de los doctores para que extrajesen el diente, puesto que el concepto de una ciudad contemplada a través de un dolor de muelas siempre, por bella que fuese, sería mediocre. Ignoro lo que tradujo mi intérprete, pero, de momento, lo único que conseguí fue que me enviaran a otra sala con más doctores y más doctoras, con más sillones, con más tornos y con más escupideras blancas con sumidero y surtidor. Nueva inspección, nueva deliberación y nueva negativa: al parecer el diente podía salvarse y la

extracción suponía ocasionarme un daño injustificado. Yo clamaba, exigía, pretendía hacerles ver que la muela era *mía* y que, siendo mayor de edad y teniendo capacidad legal, no me daba la real gana de seguir con ella, pero aquellos honrados funcionarios del Estado padre querían evitarme la pérdida de un hueso, pérdida que mañana podría lamentar. Mis súplicas no contaban; para aquellos doctores únicamente valía el informe del diente. Salí de nuevo a la antesala y entonces rogué a mi amigo me llevara a una clínica particular. Me respondió que de eso nada, pero que debíamos esperar un nuevo dictamen. Retorné donde el checo gigantesco, quien realizó una exploración concienzuda alrededor de mi boca, amplió el hueco abierto la noche antes por la gorda y sucia matrona, y llegó a la conclusión de que la caries era más profunda de lo que parecía y que debíamos atenernos a lo que dijese la radiografía. Al parecer allí valía que hablasen todos (diente, radiografía, etc.) menos yo, dueño y víctima de aquel hueso. Una señorita retrató mi diente en dos posturas y nuevamente salí a los pasillos a esperar que la radiografía hablase. Con tanta inspección, tanto torno y tanto gancho, mis maxilares hervían. El núcleo doloroso se extendía ya a toda la mejilla derecha y las flechas pungentes irradiaban en todas direcciones, desbordaban los límites razonables de un dolor de muelas y punzaban la nuca y el entrecejo. Me pesaba encima la noche en vela y la dosis excesiva de analgésicos. Sólo me faltaba llorar mientras le pedía a Dios que la radiografía dijera «sí». Fueron unos minutos de angustia (y tenga en cuenta que llevábamos ya cerca de tres horas en aquella policlínica). Finalmente, la radiografía dijo «sí» y la guapa señorita de los ojos verdes me sacó gentilmente de aquella pesadilla. ¿Qué le parece? Todo este tinglado por una simple muela. Ahora, en frío, comprendo un poco las razones de aquellos doctores, incluso ilustres odontólogos españoles me aseguran que esto es lo que procede hacer, pero, con todos los respetos para todos, yo estimo que las cosas se llevan en esto demasiado lejos. Si yo hubiera pedido que me quitaran un ojo o un riñón, admitiría toda clase de dilaciones, pero venir a plantear, en mi especialísima circunstancia personal, un caso de conciencia por una muela se me antoja excesivo, la verdad. Es el viejo problema moral, ante un parto complicado, de qué debe salvarse antes, el niño o la madre. En mi caso, el problema moral se centraba en la elección entre la muela o el paciente. ¿Qué le parece a usted que debe ser primero? Porque yo, sinceramente, no vacilaría en la elección. Me hago cargo de que aquellos doctores y doctoras son responsables y acatan unas normas deontológicas y es lógico que procuren salvar un «órgano» por todos los medios antes de extirparlo. Pero, oiga, amigo, una muela no es un

«órgano» tan vital como para darle tanta importancia, me parece a mí. En fin, considero plausible que el médico le indique a uno lo que una muela representa y lo que puede representar en el futuro, incluso que le aconseje aguantar un poco, etc., pero en última instancia quien debe decidir el pleito es el paciente. Hágase cargo: al no haber consultas privadas mi indefensión era tremenda, abrumadora, total; de tal manera que si la radiografía dice «no», no me hubiera quedado otro remedio que agarrar el coche y arreando a Viena. El paternalismo, como ve, ofrece un repertorio de manifestaciones a cual más curiosa.

—También es mala pata irle a doler una muela en Praga.

—Hombre, para estas cosas uno no elige lugar.

El socialismo edificado

—En realidad debe usted perdonar mi desahogo. Yo le estaba hablando del Estado padre y del fracaso del dogmatismo en su afán de organizar, disciplinar, influir y someter. Estas cosas son hoy difíciles en pueblos desarrollados, tanto si lo intenta la extrema derecha como si lo intenta la extrema izquierda. El autoritarismo vence en ocasiones pero nunca convence: simplemente se impone. Pero de esto a que los pueblos acepten símbolos y actitudes y a conseguir de ellos que lleguen a identificar el sistema con la patria, media mucha distancia. Así, los jóvenes se mostraron impermeables y los obreros, tras sus entusiasmos iniciales por colaborar en la edificación del socialismo (a lo que, naturalmente, no se les dio lugar), terminaron por someterse a la dirección única, implacable, desde arriba. Es decir, el socialismo se lo dieron edificado, y si no les gustaba tanto peor para ellos. De aquí, me dicen varias personas con quienes he hablado del tema, procede el desinterés político del obrero, su tendencia progresiva al aburguesamiento, tendencia cada vez más acusada. Mejor que al aburguesamiento sería decir a la mentalidad burguesa, esto es, hacia una mentalidad preocupada únicamente de comodidades nimias, de aspiraciones bajas de techo y distracciones frívolas. Las cuestiones nobles que se las planteen otros. En suma, la sociedad checa, por una razón o por otra, no ofreció porosidad para que la ideología dogmática la empapara, fenómeno perfectamente explicable supuesto que el aparato y el montaje ideológicos de las dictaduras resultan ya demasiado pueriles y empalagosos para el nivel mental del europeo de nuestro tiempo. Los europeos de 1968, créame, somos ya lo suficientemente mayorcitos para

que nos vengan con tonterías, y así resulta que los protagonistas de estas comedias, o quizá sería más exacto decir de estas tragedias, a la corta o a la larga se quedan solos en escena; la comparsería se aburre y concluye por largarse. Y por lo que atañe en concreto a Checoslovaquia puedo darle un detalle expresivo: el único museo, y hay muchos en la ciudad, que encontré vacío en Praga y donde no entró una rata durante los tres cuartos de hora que permanecí en él fue el museo de la revolución. La gente podrá estar a gusto o incómoda en el seno de la misma, pero ni en un caso ni en otro se interesa por el «fusil» que manejó Fulano o por el casco que cubrió la cabeza de Zutano en «la lucha contra la opresión». Por otro lado, no deja de ser significativo que todo el aparato montado por el Partido durante veinte años se viniera abajo, literalmente se derrumbase, una vez enfrentados dogmáticos y progresistas, sin más que dejar hablar a la opinión; la voz de la opinión bastó para paralizar a los viejos políticos desacreditados. El pueblo había dejado por completo de creer en ellos.

CUATRO

La evolución de la revolución

—«Las angustias pasadas han sido muchas, pero, al menos, hemos sobrevivido y el horizonte ahora se muestra despejado», me decía un intelectual checo. La esperanza, pues, está en la calle. Aquello de vamos a construir un mundo mejor para nuestros nietos no espolea ya a las multitudes. En la crisis de fe de nuestro tiempo podemos incluir aquélla, sin forzar las cosas, aunque sea de signo materialista. Ante una promesa de esta naturaleza, el hombre de nuestro tiempo se encoge de hombros y responde: «No me lo fíe tan largo». Por esta razón, los checos disconformes han aguardado veinte años, pero al cabo de ellos han perdido la paciencia: no han querido esperar a ver de qué color será el mundo de sus nietos; les ha bastado barruntar que el camino seguido hasta aquí no conduciría a buen término. El fracaso económico y el fracaso ideológico de los que ya le he hablado a usted han apremiado la evolución activada por escritores y estudiantes. Ya estamos, pues, con el viejo tinglado desmontado, de cara al futuro: ¿qué va a suceder en Checoslovaquia?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Y se lo pregunta todo el mundo, no se piense que es original, pero lo cierto es que se necesitaría ser profeta para adivinar hasta dónde va a llegar el proceso evolutivo en aquel país. Una cosa es notoria: la avidez de los hombres nuevos por demostrar con hechos la sinceridad de sus palabras. Así, aunque nada hay legislado todavía al respecto, se han producido ya una serie de novedades muy sintomáticas en Checoslovaquia, subsiguientes a la crisis del comité central: por ejemplo, la liberación de la prensa de la censura previa (la responsabilidad para el gerente) pese a subsistir el aparato burocrático y los órganos de la vieja censura;[4] por ejemplo, la creación de una organización de presos políticos de los años 1948-1968 para velar por su

rehabilitación; por ejemplo, los frecuentes contactos entre los cuatro obispos checoslovacos y las nuevas autoridades y la liberación de aquéllos del control directo del Partido; por ejemplo, la declaración de varias huelgas obreras (primeras en veinte años) como respuesta inmediata a la nueva estructura sindical que se anuncia… Podría citarle muchos otros datos para demostrarle la profundidad del cambio operado y la buena disposición de los nuevos dirigentes, pero basta con éstos. Por otro lado, no debe usted olvidar que en el seno del Partido conviven aún los hombres nuevos con los «duros», es decir, el forcejeo, en cierto modo y aunque los dogmáticos hayan sido apeados de los cargos más representativos, prosigue, aunque naturalmente, y por el momento al menos, el tiempo opera en favor de los primeros. (Aquí, dentro del Partido, es donde parece lógico que se libre la gran batalla para cimentar el nuevo socialismo democrático, lo que no presupone que los «sin partido» o los miembros de otros partidos autorizados vayan a ser ajenos al futuro del país. Por de pronto, es de notar la opinión de un ciudadano recogida por la prensa según la cual lo mejor que podía hacer el partido comunista sería «pegarse un tiro». Tales posturas endurecen la de los extremistas, quienes en la sesión plenaria de mayo esgrimieron recursos retóricos ya desfasados con una vehemencia inusitada. Esto nos demuestra que los «duros» no tienen intenciones de abandonar el campo.[5] Por su parte, los partidarios de la apertura también toman sus medidas, una de las cuales, para mí la más alentadora, ha sido la espontánea constitución, por parte de los propios trabajadores, de comités en las fábricas que salvaguarden la libertad de palabra contra todo intento de sofocación, en tanto no se promulgue una ley que la sancione).

Ocurra lo que ocurra, en el ambiente ya se percibe un cambio importante y de enunciación muy simple: el Partido ha perdido su omnipotencia. Sus dictados desde «arriba» están ya sometidos a crítica y, lo quiera o no, sus decisiones vienen últimamente trascendidas desde «abajo» por la voz de la opinión. Esto ya implica una democratización que, probablemente, si la marcha no se tuerce, sea inicio de una apertura mucho más vasta. Pero precisamente en profundizar y extender esta democratización iniciada está en estos momentos la madre del cordero. El presidente de la Unión de Escritores, señor Goldstücker, de quien ya hablamos, se muestra muy optimista a este respecto. De él son estas frases contundentes: «Los acontecimientos de Checoslovaquia constituyen la primera tentativa mundial por crear un socialismo democrático». «El socialismo probará al mundo que puede ofrecer la más amplia libertad. —Por su parte, el primer ministro Cernik tampoco se

ha mordido la lengua al hablar a los periodistas—: Mi gobierno aspira», acaba de decir, «a dictar una serie de leyes justas que garanticen al pueblo sus libertades democráticas». El socialismo en democracia, he ahí la fórmula de los hombres nuevos, la fórmula que, como usted ve, no se recatan en airear. Ahora queda por ver si la aplicación de esta fórmula es posible y, de ser posible, si son capaces de salvar todos los obstáculos para llevarla a la práctica. Esto al margen, es obvio que la democratización del socialismo envuelve cuestiones de todo tipo: políticas, esencialmente, pero también económicas, religiosas, sociales, etc…

El problema político

—Eso, eso; le agradeceré que me lo desmenuce un poquito, porque de otro modo me voy a atragantar. Yo no soy político, ¿sabe? A mí la política me importa un carajo, excepto cuando me roza el bolsillo, ¿comprende?

—Claro, claro que le comprendo, y le advierto que, desgraciadamente, no está usted solo. ¡Toma, toma, si no hubiera bolsillos! Por mi parte puedo asegurarle que a mí, personalmente, tampoco me atrae la política, hablando mal y pronto me la trae floja, pero considero una obligación moral no desentenderme de ella. Ya ve. ¿Qué hubiera pasado si los escritores y estudiantes checos adoptan una actitud de inhibición? ¿Y qué sería del mundo si cada quisque se cruzara de brazos y dijese: «Yo voy por donde me lleven. ¡A mí plim!»? Malo, créame, y yo no voy a decir que la política deba ser lo único que le preocupe, pero a la cosa común hay que vigilarla para que el gato no le eche la zarpa. Mas a lo que íbamos. Le decía que la apertura actual en Checoslovaquia afecta a varias vertientes y, si le parece, le hablaré primero de la política, después de la económica y, por último, de la religiosa. Las tres me parecen muy importantes, y si no las separamos vamos a armar una ensalada que no va a haber cristiano que se entienda.

—De acuerdo. Hábleme usted primero del alcance político de la evolución.

—Bueno, como habrá visto la idea básica es ésta: combinar socialismo y democracia. Tal cosa, ya lo habrá advertido, es sumamente ambiciosa; una auténtica revolución dentro de la revolución. Claro está que, de entrada, el pueblo expectante se topa con un repertorio de tabúes: el Partido, la URSS, la unidad del bloque socialista, etc. Por otra parte todas las conquistas parciales

de las que le he hablado y que he calificado de espontáneas, de frutos silvestres de la Primavera de Praga, requieren un ordenamiento legal, so pena de que mañana salga cualquier mequetrefe, encaramado por arte de birlibirloque, y diga: «Se acabó; esto es ilegal». Comprende, ¿no? Lo primero, pues, parece que debe ser sancionar lo conseguido, pero hoy por hoy, según están las cosas, únicamente el congreso del partido puede hacerlo y éste parece que reglamentariamente no tiene por qué reunirse —aunque pueda hacerlo— *antes de un año aproximadamente*. Aquí tiene usted la primera fricción entre viejos y nuevos; aquéllos frenan; éstos achuchan. Pero el partido comunista, si quiere pervivir, no tiene otro remedio que ganarse la confianza del pueblo, del pueblo que precisamente no está afiliado al partido comunista, esto es, del pueblo que no es comunista. Ante este hecho inorillable, el partido no ha tenido otra salida que elaborar un programa de acción, ciertamente muy sustancioso, que empieza por determinar un plazo para dictar las leyes que garanticen libertades tan fundamentales como la de asociación y reunión; este plazo es el año en curso, 1968. Creo que algunos periódicos españoles han hablado ya de este programa, pero por si no lo conoce le diré que, en resumidas cuentas, lo que promete es esto: libertad de expresión (la censura, fuera); garantías para proteger al ciudadano contra la represión «subjetivista», palabra ésta que puede usted traducir por arbitraria; admisión de los partidos que integran el llamado Frente Nacional (no comunistas) para la gestión política del país; amplia libertad para elección de residencia y salida al extranjero; igualdad de las naciones checa y eslovaca y respeto para el desarrollo de las minorías húngara, alemana, etc.; en economía, incrementar la iniciativa y eliminar los favoritismos y, por supuesto, mantener la alianza y relaciones con la URSS sin que esto suponga exclusiva ni, por otra parte, discriminación contra los ciudadanos no comunistas. En cuatro palabras esto es el contenido del documento. Interesante, ¿eh?

Los correctores de la vida política

—Bien, todo esto es la teoría, sugestiva y plausible teoría, pero a uno se le ocurren de inmediato objeciones de bulto. Primera: es obvio que los partidos llamados del Frente Nacional, entre ellos el Popular Cristiano, sobrevivieron, aun con una vida lánguida y como satélites del partido comunista (más bien como *vis atractiva* de las capas sociales que no sentían en comunista), tras el

golpe de 1948. ¿Cómo asegurar la democracia y su funcionamiento si el partido comunista conserva el monopolio político, si es él, en exclusiva, quien elabora el programa de acción para el futuro? Segunda: tampoco el partido comunista parece aceptar que el Frente Nacional (del que el partido comunista forma parte) constituya la oposición. Para los comunistas, los correctores de la vida política deben ser los órganos estatales, esto es, la Asamblea Nacional, con lo que se corre el riesgo de encerrarse de nuevo en un círculo vicioso, porque ¿quiénes componen la Asamblea Nacional? Hasta ahora los comunistas. Entonces, para que la Asamblea como corrector político fuese eficaz sería preciso celebrar unas elecciones plenamente libres en las que compitieran todos los partidos autorizados con sus diferentes programas. Y tercera: si se admite la fórmula democrática y el Frente Nacional se erige en oposición, mañana el Frente Nacional, dentro de un normal juego democrático, puede relegar a la oposición al partido comunista. Por de pronto, las personas con quienes he cambiado impresiones, que son numerosísimas, coinciden en que el partido comunista no ocuparía el poder por sufragio directo; esto es, no ya el Partido sino los simpatizantes están en minoría. Tales manifestaciones coinciden con el hecho de que los partidos no comunistas, tolerados hasta ahora en régimen de *numerus clausus*, han aumentado espectacularmente sus efectivos al levantarse la veda política o, si usted prefiere, la limitación. ¿Qué puede ocurrir dentro del tira y afloja del juego abiertamente democrático? De entrada debo decirle que el partido comunista ha definido sus relaciones con los otros partidos como «relaciones de copartícipes», es decir, que los partidos del Frente Nacional admiten, todos ellos, de base, la plataforma socialista. Esto, por donde quiera que se le mire, ya es otro cantar.

—Sí que es complicado el asunto. Y tiene su interés, no crea. Una vez que uno se mete en ello es como los negocios…

—Permítame que siga antes de que me pierda, porque éste es el cuento de nunca acabar. De lo que le llevo dicho, deducirá que el caballo de batalla ahora es la manera de vertebrar la oposición, esto es, de que la democracia, aun dentro de unos límites, sea un hecho. El debate no sólo está en el seno del Partido sino en los periódicos, en los cafés y en todas partes. ¡Tendría usted que ver a los universitarios de veinte o veintidós años hablando a la masa en las plazas públicas, exponiendo serena e inteligentemente el alcance de la apertura y su posición respecto a las libertades democráticas que se anuncian! Es un bello espectáculo, créame, y un auténtico contraste de pareceres de cara al público. Ante escenas de esta índole hay que descubrirse y reconocer que la

madurez política centroeuropea es una cosa muy seria. Pero vayamos al grano: le decía que el debate dialéctico está extendido a todas partes, y en lo que atañe al seno del Partido le diré que es muy fuerte, de una vehemencia de muchos grados; casi parlamentaria.[6] Como dato relativo al control político, puesto que lo que se trata de evitar es volver a caer en la tiranía, ahí tiene usted la intervención de mi colega, el señor Havel, redactor de *Tvar*, la revista que se cargó el señor Novotny en el año 1965. El señor Havel no se ha mordido la lengua al responder a un miembro del comité que sugería limitar la apertura al «control de la opinión». «Esta concepción, —voceó Havel—, presupone que se tiene fe en que el gobierno acatará las críticas y sugerencias de la opinión, pero la democracia es una cuestión de garantías, no de fe». ¿Qué le parece? Y estas cosas llegan a los periódicos, salen a la calle, y la gente vibra y no se matan, ni siquiera se sienten amenazados por ningún apocalipsis, aunque evidentemente estén corriendo un riesgo que tampoco desconocen. Total, el control, la garantía de las libertades, es el quid de la cuestión ahora. Los «cerrados» hablan también del control posible de las asociaciones masivas: sindicatos, organizaciones voluntarias, etc., pero éstas, tal como están estructuradas actualmente, carecen, por supuesto, de la fuerza del Partido, con lo que mal podrían ejercer la delicada misión de instituciones gendarmes. Esto no es obstáculo para que ciertas asociaciones, y me refiero concretamente a las universitarias y juveniles, no hayan esperado reglamentación alguna para reorganizarse y robustecerse. La organización única y exclusiva de la juventud (aun con diversas facetas), que siempre fue artificial, esto es, no aceptada por la mayoría, ha sido rota en pedazos. Ante las defecciones y el nacimiento o renacimiento de organizaciones prohibidas en un ayer próximo, los «pioneros» se han independizado y a su lado surgen nuevas entidades que se vigorizan por días. En lo que atañe a los estudiantes, han liquidado las organizaciones impuestas, controladas desde arriba, y han constituido los Consejos Académicos de Estudiantes, ARS, que, a diferencia de la fenecida Unión de la Juventud Checoslovaca, representan estrictamente a la juventud universitaria. Los muchachos aspiran a desarrollar su propia vida política (sin injerencias) e incluso a proponer sus candidatos para las elecciones en la Asamblea Nacional. Todo un ambicioso programa a lo que se ve.

El problema económico

—Vayamos con la economía, que aquí, entre nosotros, es lo que verdaderamente me interesa. ¿Para dónde apuntan los tiros en este terreno?

—Esto de la economía, que ha sido el espolazo de la revisión o la gota que ha rebosado el vaso, requiere, como es lógico y natural, un proceso de maduración muy meditado, y quizá hasta que no se estructure políticamente el nuevo Estado la reforma económica quede empantanada. Esto no es óbice para que, vagamente, los reformadores de café y los rumores que trascienden de las altas esferas señalen los canales por donde aquélla va a discurrir. En primer término, un anhelo general es el de la convertibilidad de la corona, problema éste que ha forzado al pueblo checo a una reclusión sin esperanza. Para ello, los checos, sin romper con Rusia, abrirán sus brazos y su economía a la Europa Occidental y establecerán las relaciones económicas que les convengan. De hecho, si en el programa de acción del Partido figura como punto relevante la libertad para salir al extranjero, parece obvio que una medida previa sea la de alcanzar la convertibilidad de la moneda; de otro modo el propósito no pasaría de ser letra muerta; el checo no puede salir de casa con las manos en los bolsillos, y mientras su corona no obtenga una cotización, la que sea, cualquier proyecto de moverse por Europa es pura entelequia.

En el régimen interior, de puertas adentro, las reformas, aun partiendo de un socialismo básico, parece que van a ser importantes. La crisis económica ha sido general y lastimosa, pero el campo, creo yo, marcha mejor que la industria, o si usted lo prefiere, menos mal. Por de pronto ya es un detalle significativo el hecho de que, durante uno de los sábados que pasé en Checoslovaquia, me topé en la carretera con una fila interminable de Skodas y Tatras que abandonaban la ciudad de Brno. Nunca, durante mi visita, había visto tantos coches juntos e indagué la razón. Mis amigos sonrieron: «La gente de la ciudad que tiene familia en el campo, —me dijeron—, marcha allá los fines de semana para comer mejor». Se da cuenta, ¿no? Por otro lado, salta a la vista que el desahogo campesino es mayor que el ciudadano. En Praga, las colas pasan inadvertidas (salvo la inmensa, serpenteante cola que se armó para rendir el último tributo a la viuda del admirable escritor Capek, una gran actriz, que falleció repentinamente durante mi estancia en Praga y se había distinguido por su apoyo a los intelectuales en sus aspiraciones democráticas), cosa que no acontece en provincias. En los pueblos, la vida hace el efecto de más fácil y engrasada. En todo caso, parece que las cooperativas rurales disfrutarán en el futuro de una mayor autonomía (concretamente ellas mismas se gobernarán y decidirán qué cultivos son los que más les convienen) e

incluso se aprovecharán de las ventajas de la comercialización de sus productos si, como se espera, se abre la mano en este terreno.

Sin duda el escollo más duro se presenta en la industria. Hay que resolver el problema de los bajos rendimientos y el problema de la actualización de maquinaria y utillaje. Todo esto no es problema de un día, naturalmente. Habrá que partir del incremento del esfuerzo personal, y a este respecto debo decirle que una conquista del trabajador checo, quizá un poco precipitada, es la de holgar un sábado de cada dos (y para octubre, si no me han engañado, serán todos). Es decir, todas las semanas son allí «inglesas», pero dos sábados al mes no se trabaja tampoco por la mañana. Mas esto son cominerías. Lo revolucionario en el aspecto económico son los puntos del «nuevo sistema» según el cual se trata de conceder mayor independencia a las empresas estatales e incluso se piensa en dar entrada a la competencia. Sin competencia no hay estímulo, y el estímulo es, evidentemente, un elemento que hay que inyectar a toda prisa en el organismo económico checo. Tales autonomía (aunque relativa siempre) y competencia traen de la mano la descentralización industrial y comercial, tan cacareadas y tan necesarias. Este punto es tan fundamental que muchos checos con quienes he hablado creen a pies juntillas que en este extremo se ganará o se perderá la batalla de la proyectada democratización. En este aspecto nada se puede vaticinar; no hay más que echarle calma al asunto y esperar, a ver por dónde sale el sol. Mis amigos praguenses me hacían ver que en 1956 la economía polaca tuvo una oportunidad semejante a la actual checa y después de muchos dimes y diretes terminaron retornando a la economía férreamente centralizada. En suma, lo que le digo, paciencia y barajar.

Un último punto, fundamental, atañe a la significación futura de los sindicatos. Creo que ya le hablé de las huelgas producidas recientemente, en cuanto el Partido tuvo que aflojar el lazo. Bueno, pues los sindicatos se manejaron hasta hoy desde arriba, como «palanca de transmisión», esto es, no como defensa de los trabajadores sino como defensa de la producción. El Partido les confiaba la vigilancia de la vaca de leche, pero la dichosa vaca amanecía cada mañana más escuálida y con las ubres más secas. A partir de este momento las cosas van a cambiar. Los sindicatos dejarán de ser fiscales de la producción y recobrarán su función original: la defensa de los intereses de los operarios, ya que la fórmula socialista no se ha demostrado que achique el estómago de los trabajadores ni les ponga a cubierto de todo anhelo reivindicador. Apertura, pues, en la economía, esto es, enervamiento del centralismo, acceso a la iniciativa y establecimiento de estímulos.

El problema religioso

—¿Y cuál era el otro punto, que ya no recuerdo?

—El religioso, asunto sumamente vidrioso, puesto que aunque, según se desprende de la asistencia a los cultos, la juventud haya entrado, tras cuatro lustros de educación atea, en el escepticismo, es obvio, como ya le anticipé, que el pueblo checoslovaco tiene una tradición religiosa muy viva. Esto salta a la vista en todas partes. Por otro lado, nadie puede predecir que en Checoslovaquia no ocurra mañana lo que hoy está ocurriendo en Yugoslavia, esto es, que la mayor parte de la juventud retorne a las prácticas religiosas. Los jóvenes del mundo entero están hartos de vanas idolatrías y buscan asideros estables. Nada encierra, pues, de extraño que, tras sus escarceos racionalistas, vuelvan nuevamente a la religión. De aquí que los cuatro obispos checos que hoy actúan no oculten su optimismo ante la nueva situación. Estos señores han estado en Roma, y de otra parte sus contactos con el gobierno del país son constantes y amistosos. En este punto hay mucha tela que cortar: representación ante la Santa Sede, seminarios, órdenes religiosas, etc. Creo le dije ya que algunas de estas órdenes han sido autorizadas para establecerse de nuevo en Praga (las Hermanas de San Vicente de Paúl entre ellas). El gobierno tampoco puede en este extremo desatender la presión del pueblo creyente, presión que ha empezado por desacreditar y desalojar (haciéndolos dimitir) a ciertos sacerdotes que en un momento dado se arrogaron la representación de la Iglesia tras someterse a las directrices del Partido. A cambio, gran número de sacerdotes y algún obispo encarcelados en las depuraciones de los años 50 solicitan la pronta reincorporación a sus cargos.[7] Es incontestable que estos casos serán resueltos en la Ley de Rehabilitaciones, que es uno de los empeños abordados por el gobierno con mayor premura y todavía no sancionados.[8]

En torno a las rehabilitaciones existe en Praga una gran efervescencia. Los comunistas «duros» ven en los rehabilitados un peligro, como lo demuestra el hecho de su campaña contra el K-231 (la letra K significa club y la cifra se refiere al artículo del Código Penal sobre «la defensa de la República» por el cual fueron condenados). El K-231 agrupa hoy a decenas de millares de personas procesadas durante los veinte últimos años y, aunque el club únicamente se propone la plena rehabilitación de las víctimas inocentes, los «cerrados» le reprochan el haber admitido en su seno a espías y criminales. Ante esta nueva discrepancia, las autoridades vacilan antes de autorizar la constitución de otro club donde pretendan enrolarse los «sin partido», los «no

comprometidos», grupo que, además, aspira a introducir a los «no comunistas» en actividades políticas. Este problema (el de la autorización) concierne igualmente al partido socialdemócrata que algunos intentan restaurar. Tal partido, del que se desgajó el comunista en el año 1920, fue absorbido por éste en 1948, pero los reparos para su reconstitución se basan en que, de ser admitido, se quebraría la unidad de la clase obrera. De este modo se da la paradoja de que, mientras los cristianos tienen su propio partido, el populista o popular, a la socialdemocracia —en cuyo vientre se gestó el partido comunista— se le niega la existencia legal.

Como verá, el embrollo político-social-religioso es más que regular, pero no resulta aventurado predecir que la liberación que se avecina (si alguna razón de peso no la tuerce) afectará también, como era de rigor, a las iglesias y, muy especialmente, a la católica, que es la confesión más extendida. Por el momento constituye un paso adelante el hecho de que los obispos checos lleven ya varias semanas actuando sin el control y la fiscalización del Partido.

¿Socialismo en democracia?

—¿Y cómo ve usted todo esto?

—Yo no veo nada sino lo que ya está ahí, y lo que ya está ahí y lo que se anuncia no puedo por menos de verlo con enorme simpatía. De otra parte, no se me ocultan las dificultades que entorpecerán la conclusión feliz de este experimento. De poco valen la mesura y la prudencia de que están haciendo gala los hombres de Praga si otro más fuerte se obstina en reventarles la función. El mundo está hoy entre paréntesis y los colosos de un lado y de otro pueden dar al traste con cualquier evolución, por muy «asunto interno» que ésta sea. Tenemos precedentes de ello para todos los gustos. De manera que la primera dificultad de los nuevos hombres estriba en vencer el recelo de los rusos (que a mi regreso se han puesto a hacer «maniobras» en la misma línea fronteriza checo-polaca, evidentemente con una finalidad disuasoria), la oposición de los «duros» y la cuquería de los reaccionarios conservadores. Después de salvar estas vallas, que son más altas de lo que usted pueda imaginar, los checos tienen que «inventar» el sistema por el que desean regirse, ya que este camino no ha sido hollado todavía, es decir, no hay precedentes. Una vez decididas las normas del sistema es preciso institucionalizarlas. En todo caso, la pregunta esencial queda en el aire: ¿Es posible el socialismo en democracia? Ésta es la cuestión, al margen de las

dificultades que otros puedan crearles. A este respecto es preciso señalar que, desde hace cincuenta años, el socialismo únicamente se ha sostenido en régimen de dictadura. Por otro lado, no puede ocultarse que las conquistas de las revoluciones, de entrada se imponen y, finalmente, se aceptan en lo que tienen de justas. Quiero decirle con esto que el socialismo en democracia difícilmente puede sobrevivir si la oposición (teniendo detrás a la mayoría del pueblo) se obstina un día en darle la vuelta. Lo que queda por ver es si, al cabo de medio siglo, el pueblo checo, que es un pueblo perspicaz y sumamente maduro, no parte de la aceptación de un esquema socialista en economía para afrontar, dentro de ese esquema, la libertad política. Esto sería, sin lugar a dudas, una gran conquista. Por eso le decía, páginas atrás, que lo de Praga puede quedar en agua de borrajas o puede constituir un hito en la Historia del mundo.

—Como el perro de *El rey que rabió* poco más o menos.

—Mire, por mí, tómelo como quiera.

CINCO

Paisaje y paisanaje

—Bueno, estoy de política hasta el coco y, si a usted no le molesta, me gustaría conocer un poco la manera de vivir del pueblo checo; el ambiente donde esta vida se desenvuelve.

—Ya; usted, como diría el otro, desea saber algo del paisaje y el paisanaje, al margen del sistema por el que se rigen uno y otro, ¿no es eso? Su aspiración es perfectamente plausible, pero me temo que no siempre podamos desglosar al hombre de su circunstancia, como diría el señor Ortega; estudiar al hombre dentro de un fanal, en el vacío, no está en mi mano. Todavía si yo hubiera visitado Checoslovaquia en los años 30 y hubiese vuelto por allá ahora, al cabo de seis lustros, acaso podría decirle de manera inequívoca: el checo es así o asao, bien viva en democracia, bien viva bajo un régimen socialista. Pero es el caso que yo no he visitado este país hasta ahora y, en consecuencia, ignoro si los vicios y virtudes sociales son atributos de una raza o se han acentuado o debilitado tras una rígida experiencia socialista, larga de veinte años. Esto me sucede, pongamos por caso, al hablarle de la solidaridad, una nota bien definidora del temperamento checo. ¿Son los checoslovacos solidarios de siempre (pese a la defenestración de Praga), lo son en virtud del socialismo o han sido, por el contrario, la incertidumbre del futuro, el sentimiento personal de inseguridad los que han originado y fomentado esta actitud vital, incontestable en nuestros días? Yo no podría responderle. La única afirmación que puedo formular con absoluta certeza es que el checo actual es un hombre que ve en el vecino un prójimo, esto es, que es un ente que aún cree que de la unión nace, no sé si la fuerza, pero sí, al menos, el consuelo. Estas cosas no pueden ocultarse nunca, y con mayor motivo a un extranjero que cae allí como un chivo en un garaje y que por ignorar ignora hasta la manera de pedir pan y agua. En esas circunstancias, un hombre, si no cuenta con la buena disposición ajena, es un perfecto náufrago. Pues bien, yo

puedo decirle que, de entrada, no he encontrado allí, salvo la excepción de que luego le hablaré, más que sonrisas amistosas y buenas caras. ¿Deriva esto de que el socialismo, en esencia, encierra un contenido evangélico más acusado que el capitalismo o, por el contrario, de que el miedo aprieta a los hombres, unos contra otros, como a las ovejas cuando amaga el lobo? ¡Vaya usted a saber! Lo que sí puedo decirle es que ya en la frontera, pese a su triple barrera, de la que me habían hablado como de algo siniestro, no hallé sino facilidades y deseos de ayudar. Tal disposición se acentuó al acceder a Brno una hora más tarde y no acertar con la dirección del profesor a quien iba facturado, dirección que por el hecho de vivir (el profesor) en un descampado no conocían ni los más provectos de la localidad. Así, durante más de una hora, no hice otra cosa que ir de la Ceca a la Meca sin el menor progreso. A mi consulta, cuartilla en mano, los checos sonreían y se encogían de hombros. Finalmente un guardia me dijo por señas que había de retroceder cinco kilómetros, pero es el caso que cinco kilómetros más atrás me encontré entre el cielo y la tierra y hube de continuar otros dos para arribar a un lugar habitado: no era Brno sino un pueblecito próximo. En esta tesitura aparqué el automóvil y me dirigí a un camionero. Mi interlocutor desconocía la dirección que le mostré, pero me invitó a pasar a un restaurante de carretera, donde cambió unas palabras con la dueña del bar, palabras que tuvieron la virtud de congregar en torno nuestro a cuantas personas consumían alguna cosa en la barra o en las mesas. Cada uno emitía su opinión, pero en vista de que no había acuerdo, el camionero salió, me indicó con un gesto que esperase y volvió con un compañero que chapurreaba francés. El nuevo camionero me preguntó el nombre del profesor y, al dárselo, la dueña del bar tuvo la feliz idea de consultar la guía de teléfonos y pedir una conferencia con Brno. Cuando al cabo de unos minutos me vieron de conversa con el profesor todos sonreían entre sí como diciéndose: «Nos ha costado lo suyo, pero al fin le hemos resuelto el problema».

—En España hubiéramos hecho lo mismo.

—No le digo que no. España, aunque en baja, todavía conserva, particularmente entre las clases pobres, un activo y operante concepto de la solidaridad. Pero lo que le cuento se ha repetido un montón de veces. Y, acrecentado, una mañana en Praga, cuando un guardia de circulación me puso a caldo por tomar una dirección indebida. Sus voces eran tan destempladas que de inmediato la gente se aglomeró en torno al coche, sonriéndonos a mi mujer y a mí, sin duda para quitarnos el mal sabor de boca que el incidente pudiera ocasionarnos. De pronto, uno de los curiosos se abrió paso, agarró la

manija de la puerta trasera y me dijo: «¿Permite?». Le hice subir, y en tanto el urbano se regodeaba tomando el número de mi pasaporte, el espontáneo, empleando palabras francesas y españolas, nos dijo que no juzgáramos al pueblo checo por la actitud de aquel bocazas y que seguramente habría seres como él en París y en Madrid. Le respondí que sin duda alguna el dichoso agente era un producto universal, pero que me había hecho la pascua, pues al prohibirme doblar por la calle que conocía me sería difícil llegar al hotel. A todo esto, las dos docenas de curiosos que nos rodeaban le decían cosas al espontáneo y el espontáneo nos las traducía, y todas eran frases amables, de condena para la severidad del urbano y de consternación para los trastornos que su conducta pudiera causarnos. Al cabo, el espontáneo nos dijo que había estado unos años trabajando en una mina belga con obreros españoles y de ahí sus conocimientos lingüísticos. Finalmente nos condujo hasta el hotel y al despedirnos insistió en que el guardia no era precisamente un exponente de la hidalguía y la cordialidad del pueblo checo, cosa que ya había tenido yo ocasión de comprobar, y que tuviésemos la amabilidad de disculparle.

La familia y el divorcio

—Estas cosas, en un país extraño, siempre son de agradecer.

—¡Y que lo diga! Pero debo insistirle en que éstos no son sino dos botones de muestra. Si hago abstracción del policía urbano, aun buscando con candil, no encontraría otro caso, a lo largo de las dos semanas de mi estancia en Checoslovaquia, no ya de hostilidad sino simplemente de indiferencia. El checo, en una palabra, todavía es prójimo, cosa, por insólita, bastante consoladora. Por otro lado, todo aquello de que el comunismo haya destruido la familia es un cuento chino, al menos por el momento. En verdad no pondría la mano en el fuego por el futuro, pero esto antes que al socialismo habrá que cargárselo a la plantilla sobre la que está organizándose en todas partes la vida moderna. Quiero decir que, al incorporar a la mujer al trabajo fuera del hogar, la familia checoslovaca se empieza a montar sobre supuestos diferentes, y en este sentido el futuro será otra cosa. Hoy por hoy puedo decirle que los veinte años transcurridos han apretado a las familias, han aglomerado a padres, hijos y nietos en una unidad sin fisuras. La inexistencia del servicio doméstico otorga a los abuelos allí una función primordial: la atención y el cuidado de los nietos mientras los padres trabajan o se distraen. Y aquí tiene usted otra manifestación bien valiosa de la solidaridad checa, y no sólo en los abuelos

sino en aquellos casos en que los abuelos no existen. Durante mi estancia en Praga cené en casa de una familia con cuatro niños y, tras la inevitable exploración de los rasgos maternos y paternos de cada uno de los vástagos, llegamos a la conclusión de que el último —de ocho meses— no se parecía a ninguno de los dos. El padre aclaró: «Es que éste no es nuestro. Lo tenemos con nosotros una semana mientras sus padres asisten a un congreso de intelectuales católicos en Berlín». Ahí tiene usted, como quien no hace nada. Durante la cena, la señora se levantó veinte veces a dar el biberón al crío, a consolarlo cuando lloraba, a vigilar su sueño… Bueno, pues esta señora trabaja ocho horas fuera de casa, asea el hogar, cuida de sus hijos y, para desengrasar, se hace responsable de los del prójimo cuando el prójimo se ve obligado a ausentarse. Todo ello con la sonrisa en los labios. Pero mi sorpresa subió de punto cuando me enteré de que el matrimonio ausente tenía además de aquél otros seis hijos que había colocado del mismo modo, antes de marchar, en otras tantas familias amigas. ¿Qué le parece?

—Así que a los checos también les da por los hijos como a nosotros.

—Bueno, ésta es otra cuestión. Ya le dije antes que las familias jóvenes empiezan a organizarse sobre supuestos distintos y en este punto, si no me equivoco, a los checos se les va a presentar un problema grave y no tardando. Por lo que he podido ver allí la gente joven se está limitando al hijo único y, a todo tirar, a la parejita. Las casas pequeñas, el trabajo de ambos cónyuges, los cortos ingresos y el signo materialista de su sociedad han aportado esta novedad. Novedad que si usted la une al divorcio puede comprometer la estabilidad de unos cimientos que hasta ahora parecían sólidos y a prueba de bomba.

—¿De modo que allí se divorcian a la americana?

—Más o menos. El Estado padre concede a los esposos un margen de tres errores, es decir, los hombres y las mujeres pueden divorciarse tres veces y, por lo tanto, casarse cuatro.

—¿Cómo cuatro?

—Si usted se divorcia tres veces, aún conserva una oportunidad, y esa oportunidad, la cuarta, es definitiva. Usted debe pechar con la que le toque, le guste o no. Este margen de errores no deja de ser arbitrario, como usted comprenderá. Una divorciada cincuentona me decía que su marido la abandonó para casarse con una de treinta, pero que le conocía bien y que cuando su nueva mujer cumpliera los cuarenta y cinco, la plantaría asimismo para buscar otra con quince años menos. De esta manera el marido cumple años, pero periódicamente «su» mujer se rejuvenece.

—Oiga, oiga, ¿sabe que el sistema no está mal?

—Ya le veo venir. En definitiva, todo esto es puro materialismo. Tanto como el de Occidente. En Occidente, si no hay divorcio, el problema se resuelve con la amiga. Se guardan las apariencias, pero en el fondo la destrucción de la familia es la misma. Al fallar la base moral, la disolución del matrimonio es inexorable. En fin, nada nuevo. El problema a que aludía no es éste, sin embargo, con ser éste importante. El problema es demográfico. Verá, haga usted cuentas. Ponga, por término medio, un hijo por cada matrimonio. Por otra parte anote que Checoslovaquia sostiene hoy un treinta por ciento de población de pensionistas jubilados. Esto de las matemáticas no se me da muy bien, no obstante, todo hace presumir que a la vuelta de unos años, si de cada dos checos sale uno y este treinta por ciento de jubilados estiran la pata, la población, que hoy más o menos ronda los quince millones, descenderá. Esto si las matemáticas no mienten o mis cálculos no son equivocados.

El checo ante la muerte

—Usted enseguida entierra a la gente.

—No se trata de enterrar a nadie sino de prever con cierta lógica el futuro inmediato. Ocurre igual con el campo de Castilla cuando los sociólogos y economistas le dicen a usted que el treinta y tantos por ciento de población rural es todavía mucha población rural. Ande, eche usted una ojeadita a nuestra población rural: viejos renqueantes y mocosos en edad escolar. Estos mocosos en cuanto aprendan a limpiarse las narices se irán con la música a otra parte, y en cuanto a los viejos, más tarde o más temprano, al cementerio. Es ley de vida. Y ya que hablamos de cementerios le diré que he visitado varios en Checoslovaquia. A mí me gusta ver cementerios, ¿sabe? Es una manía como otra cualquiera. Comprendo que los muertos son menos elocuentes que los vivos, pero suelen ser más sinceros. Un pueblo se manifiesta sin falacias ni repliegues en sus cementerios. Y si es verdad que la historia del pueblo egipcio ha salido de sus tumbas, también los cementerios de otros pueblos pueden decirnos algunas cosas sobre su presente, por ejemplo, que el checo es meticuloso y sensible, aparte de los sentimientos religioso y familiar notorios también en estas ciudades de los muertos. Los epitafios y símbolos son sumamente expresivos en este aspecto. No es que sean nuevos, pero precisamente en que no lo sean radica la novedad; quiere

decir que el hombre es lo mismo en todas partes y ninguna filosofía puede cambiar los sentimientos del pueblo cuando se encara con el misterio de la muerte. Esto al margen, nunca vi camposantos tan bien cuidados como los checos. Y no me refiero ahora al componente mineral, panteones y losas, sino al elemento vegetal, con siembras de césped y flores. En general, los checos, posiblemente por economía, han incorporado a sus cementerios un mármol artificial negro donde se imprime, a la manera de los italianos, la efigie del difunto, y bajo ella las frases de encomio y recuerdo. También me llamó la atención una costumbre que ya observé en Chile: el fanal con la lamparita de aceite permanentemente encendida. Flores (plantadas) y candelas indican una unión constante, familiar, íntima entre vivos y muertos, que se prolonga hasta más allá del tránsito. Los muertos checos no son visita de una vez por año, como los españoles. Y, dentro del simbolismo funerario, dos (para mí) novedades: la paloma blanca muerta y su compañera, viva (ambas en piedra o mármol), engurruñada por el dolor a su lado, distintivo de las tumbas de niños y gente joven, y el cáliz. Y, siempre como remate, la cruz. Sorprenden las cruces de los cementerios checos puesto que no existen cementerios civiles, lo que parece indicar que, pese a que el número de católicos practicantes es escaso en relación con la cifra de católicos oficiales, este desinterés religioso no se prolonga hasta más allá de la muerte. Por otra parte, en Checoslovaquia se va extendiendo la cremación entre los no creyentes. Un nicho, protegido por un cristal, encierra la urna diminuta con las cenizas. No son muchos, particularmente en los pueblos, por lo que estos enterramientos todavía sobrecogen un poco.

El apremio por llegar

—¡Concho!, pues sí que se ha puesto usted divertido. ¿Es que no sabe hablar de cosas un poco más alegres?

—Tenga paciencia, hombre; yo camino a mi aire, ya se lo dije, y si a veces soplan vientos fúnebres no se preocupe, ya cambiarán. Lo malo es que si ahora relaciono la impasibilidad del checo con la muerte, usted se va a enfadar. Y quizá haría bien en enfadarse, puesto que más que de impasibilidad debería hablar de serenidad o de control. Por supuesto el checo no es consciente de este ambiente de tranquilidad en que vive. El checo, mano a mano, le dirá que las dificultades de la vida son muchas y que esto es el no parar y que si la prisa y que si las angustias y que si tal y que si cual… En una

palabra, puesto a filosofar, el checo le dirá lo mismo que el madrileño, que el parisino y que el milanés. Pero la realidad es distinta; quiero decir que el checo se afana y, unos mejor y otros peor, cumple con su trabajo. No obstante, yo no he observado allí estos apremios delirantes que caracterizan al hombre occidental incluso para divertirse. Y hay a mi entender dos razones que ponen al checo a cubierto de esta fiebre vital de nuestra época: la relativa escasez de coches y la ausencia (obligada) del sentido de medro. Los occidentales estamos muy orgullosos de ver cómo crece el número de matrículas de automóviles en nuestra ciudad de residencia. Es un sentimiento competitivo harto pueril, parejo al que nos lleva a entusiasmarnos con las victorias futbolísticas de nuestro equipo favorito. Pero es así para los que tienen coche y para los que no lo tienen. Los primeros no viven en su afán de mejorar de modelo y los que no lo tienen en su ambición de adquirir siquiera el más modesto. Y no voy a hacer aquí una estadística sobre los siniestros de carretera que ocasionan una mortandad, según dicen, superior a la del cáncer, pero me gustaría conocer en qué medida influye el automóvil en las enfermedades del corazón. Pretendo insinuar que el coche imbuye en el hombre actual un sentido de aceleración, una idea de prisa, la tenga en realidad o no la tenga. Apretar el pedal es fácil, se logra sin esfuerzo; lo malo es que el hombre, aunque a veces vaya a pie, tiene ya dentro «el apremio por llegar». ¿Dónde y a qué hora? Esto es secundario. Se trata de llegar a alguna parte y cuanto antes. Bueno, pues en Checoslovaquia adquirir un automóvil es algo utópico para la mayoría de los ciudadanos, lo que quiere decir que la mayoría de los ciudadanos no tienen prisa, esto es, no han sido todavía poseídos por «la pasión de acelerar». El checo medio espera al tranvía o al autobús y hace las cosas por sus pasos contados. El tranvía o el autobús ya llegarán y, en todo caso, si no llegan, el Estado será responsable de mi retraso en servir al Estado. ¿Comprende usted? El proceso está encuadrado dentro de una lógica irrebatible. Y en el subconsciente del checo aletea, aunque no se dé por enterado, este hecho. De esta manera, lo crea o no, se ahorra tiempo y se ahorra salud. No es el momento de detenerme en el uso estúpido que se hace en España del automóvil. Por ejemplo, en mi ciudad, Valladolid, conozco docenas de personas que para trasladarse de casa a la oficina (quinientos metros a todo tirar) echan mano del Seiscientos, aunque luego, para aparcar, tengan que dejarlo a un kilómetro de su destino. Estos señores no usan el coche para llegar antes sino para que sus compañeros se enteren de que tienen coche. El hecho es bien torpe y dice muy poco a nuestro favor, pero así estamos montando nuestra modesta sociedad de consumo. Triste, sin duda.

Pero lo peor es que estos supuestos acarrean una serie de medidas adecuadas a tal estado colectivo de aceleración, entre otras menos importantes el fraccionamiento en la especialización y en la división del trabajo. Los checos, por supuesto, no han llegado a estos extremos, es decir, la convulsión y el vértigo, aunque ellos se piensen otra cosa, no han alcanzado ni con mucho los niveles occidentales. Puedo darle un dato expresivo: en los cines, en la ópera, en los cafés, en los restaurantes, existen en Praga, como en toda tierra de garbanzos, unos guardarropas donde usted entrega al llegar su abrigo y su sombrero. Una amable señorita los recibe, toma un boleto dividido en tres secciones, prende una de las partes en su sombrero con un alfiler, otro en la solapa de su gabán y el tercero se lo entrega a usted. La operación le ocupa, naturalmente, un minuto al menos por cliente. A buen seguro si un yanqui viera esto se subiría por las paredes. La pérdida de tiempo que esto representa le resultaría inadmisible. Pero uno se pregunta: ¿es en realidad una pérdida de tiempo? Se trata seguramente de una interpretación distinta del célebre aforismo «El tiempo es oro. —El yanqui toma éste en un sentido literal—: El tiempo es dinero»; el checo, por el contrario, lo acepta en un sentido simbólico: «El tiempo es vivir cada momento con toda intensidad». El oro para el norteamericano son dólares; para el checo, es vida. La cosa es bien simple.

Y ya que hablamos de oro, le diré que en la mesura del checo, en su proceder sosegado y sin agobios, influye otro factor: la inexistencia de ambición, la falta de afán de enriquecimiento, consecuencia lógica de un régimen político y social donde no cabe fácilmente el pluriempleo. Es obvio que este afán es el que mueve en buena parte la economía de Occidente, pero el reverso nos muestra, sin duda, la causa de su paganismo o, lo que es lo mismo, de su decadencia. Checoslovaquia es un país de funcionarios, ya se lo he dicho. Desde el director de empresa hasta el limpiabotas (que, desgraciadamente, también los hay) son empleados públicos. Sin duda esta circunstancia frena por un lado su economía (el estímulo de una manera u otra debe sobrevivir), pero por otro imprime a la actividad de este pueblo una serenidad y un respeto por el prójimo que se va perdiendo en Occidente. En Checoslovaquia no se da la posibilidad de especulación. Advertirá, pues, que esto es un arma de dos filos, por lo que aquel que sea capaz de sostener el estímulo sin despertar la codicia será para mí el exponente máximo de la sabiduría. De momento sólo puedo decirle que, en virtud de estas razones, el pueblo checo no padece de taquicardia, carece en absoluto del desbordado frenesí que tipifica, a raíz de la última guerra, la actividad de Occidente. Que

esto sea malo o bueno, el tiempo lo dirá. Por de pronto, el hecho de medrar a costa del prójimo y de la propia salud no sólo me parece nocivo sino muy poco evangélico.

Sobre la mujer checa

—Oiga usted, y de gachís, ¿cómo andan en Checoslovaquia? Vamos, métase en harina de una vez y no se ande con rodeos.

—¿Y qué quiere que le diga de las mujeres? Cualquier burgués de tres al cuarto le dirá que con tanto sacar muelas, conducir tranvías y fregar calles, la mujer checa ha perdido la femineidad. Pero yo me pregunto: ¿qué es la femineidad? ¿Está en relación la femineidad con la holganza? Si esto es así habrá que convenir en que la mujer del siglo XX, puesto que tiene que arrimar el hombro, debe dejar de ser femenina. Mas yo no pienso de esa manera. Hay mujeres que trabajan y conservan un encanto, una delicadeza que desborda toda adjetivación. Y, por el contrario, hay mujeres que viven en plena indolencia y que carecen por completo de atractivo. Por de pronto, el hecho de que cultiven la cabeza, aunque usted a lo mejor no esté de acuerdo, ya es un buen síntoma. Yo no comulgo con Schopenhauer, y si en el tiempo de este señor las mujeres tenían los cabellos más largos que las ideas era sencillamente porque a aquéllos se les dejaba crecer y a éstas no. Virginia Woolf ha escrito un ensayo muy penetrante a este respecto, del que se deduce que la mujer, relegada tradicionalmente a la cocina, carecía de oportunidades de alcanzar la genialidad, salvo en el arte gastronómico. De entonces acá ha corrido mucha agua bajo los puentes y aunque las medidas de pecho, cintura y caderas siguen siendo, a mi entender, un valor considerable, tampoco debemos desdeñar la medida del cerebro. En Checoslovaquia, las mujeres no encuentran cerrada ninguna puerta por razón de su sexo y esto las empuja a trabajar fuera de casa. Por otro lado, este hecho no las libera de sus labores domésticas, lo que en cierto modo hace de la mujer la pagana del sistema. En todo caso la discriminación, donde quiera que se apoye, se me antoja un desatino y una injusticia. Es lo mismo que las pieles. En Occidente, las mujeres constituyen una excelente vitrina, y un abrigo confortable puede reportar al marido un pingüe crédito en el banco. El hábito no hace al monje, pero tampoco a la mujer. En Checoslovaquia la indumenta dice poco. La tendencia igualitaria se hace patente aquí, particularmente en provincias. Vestir no es presumir (aunque la mujer lo intente) sino cubrir la desnudez.

Esto supone que la palabra elegancia (como artificio) es allí un vocablo desacreditado, con poco sentido. Esto aparte, hay dos hechos que en este terreno me llamaron la atención: primero, el uso de los pañuelos de cabeza, y segundo, los zapatos. En cuanto a los pañuelos de cabeza, floreados y muy vistosos, representan una credencial de procedencia campesina. Las pueblerinas que llegan a la ciudad van tocadas de pañuelos chillones a partir de cierta edad; es decir, acontece lo contrario que en España: únicamente siendo campesina y madura se justifica un llamativo pañuelo a la cabeza en Checoslovaquia. Respecto a los zapatos (industria que dio fama a este país) es muy notoria la escasez de modelos; sucede lo mismo que con el Skoda: se trata de productos resistentes, utilitarios, pero bastos y de horma anticuada.

Por otra parte, lo que llamamos por aquí vida alegre no dispone en Checoslovaquia de demasiadas ocasiones de explayarse. Eso sí, la vida de la prostitución, nómada y sin reglamentar, es tan triste y penosa como en cualquier otra ciudad europea. La estación de Praga, a estos efectos, a la llegada de ciertos trenes, resulta deprimente. Como anécdota divertida le contaré lo que me decía un profesor, naturalmente por broma: «El socialismo proscribió la prostitución porque no puede admitir que en un trabajo tan fácil una mujer gane más que un obrero especializado». De todos modos, la añoranza de frivolidad se ha hecho ostensible en la reciente apertura, lo que quiere decir que los hombres y las mujeres somos muy parecidos en los cinco continentes. Las *boîtes*, las minifaldas, los hombres melenudos y la música descoyuntada han empezado a proliferar allí. Con una particularidad: los jóvenes de pelo largo proceden, en su mayor parte, de la clase obrera.

SEIS

Últimas pinceladas

—Y usted, concretamente, ¿a qué ha ido a Checoslovaquia?

—Mire, yo he ido a Checoslovaquia invitado por las universidades de Praga y Brno a pronunciar unas conferencias sobre novela española actual. Esto ya le revela a usted que los checos gustan de estar al tanto de todas las cosas. En las facultades de letras de Praga y Brno funcionan unos departamentos de Español (lengua y literatura) con una asistencia muy crecida, principalmente en Praga, donde los matriculados rebasan los dos centenares. Para un español esto es muy importante. Tan importante como comprobar que no sólo el titular del departamento, sino sus ayudantes y adláteres hablan el castellano como usted y como yo, excepto la música…

—¿La música?

—Quiero decir que su castellano es correcto, pero el tono de su castellano es hispanoamericano. Con los checos hemos cometido la enorme injusticia de ponerles trabas. Por esta razón, aquéllos para quienes el español es el fundamento de su vida han tenido que ir a aprenderlo a Méjico, Chile y, sobre todo, a Cuba, donde el gobierno de Castro les da facilidades. En España deberíamos tomar alguna medida para ayudar a estos hombres que han hecho de nuestro país un culto. Profesores y alumnos me preguntaban si en un próximo futuro habría posibilidades de venir a España. Yo les he prometido que haría algo en este sentido, supuesto que a las dificultades de visados habrá que añadir el problema de su moneda, que como creo le dije no es convertible. Yo espero ahora a un profesor checo y me consta que el hombre ha tenido que hacer milagros para juntar unas pesetillas que le permitan malvivir un mes en nuestro país. De modo que este señor, portavoz entusiasta de la cultura española en Centroeuropa, viene a visitar España como un pobre. Tal cosa me parece injusta, la verdad. Los políticos no tienen derecho a

dificultar las relaciones entre los hombres. Es más, parecería obligado que se esforzasen por allanar todos los obstáculos para que la comunicación se estableciese. En el caso concreto de hispanistas que viven en países cuyas monedas no son convertibles, el Estado debería establecer un sistema de becas para los cursos de extranjeros, por ejemplo, y buscar la compensación, en la misma forma, para alumnos de lenguas eslavas, economistas, sociólogos, licenciados en letras de nuestras universidades para quienes tuviera algún interés darse un garbeo por la Europa central u oriental. Cualquier cosa menos dejar estos contactos al azar o la improvisación.

—¿De modo que en Checoslovaquia hay muchachos interesados en nuestras cosas?

—No sólo interesados sino sólidamente preparados. Checoslovaquia siempre fue un pueblo culto, y una de las conquistas del socialismo es el haber extendido esta cultura a capas sociales que antes no podían disfrutarla. Y no me refiero ahora a revoluciones culturales como la de la enseñanza, sino a aspectos específicos de su política, pongo por caso la del abaratamiento del libro o del disco. Un libro medio cuesta en Checoslovaquia veinte coronas, cuya equivalencia en pesetas puede aproximarse a las cincuenta. Esto origina un fervoroso interés alrededor de este mercado. En las ciudades checas no sólo existen muchas librerías sino que además están muy animadas a toda hora. Una tirada de cincuenta mil ejemplares de una obra no es allí inusual. Si considera usted que la población checa es la mitad que la española, la cifra es más que alentadora. Y lo mismo sucede con los discos. En verdad, ni libros ni discos son presentados en ediciones lujosas, pero ni el libro ni el disco deben interesar por su presentación sino por lo que guardan dentro.

Y ya en relación con el disco le diré que la disposición musical del checo es edificante. Aquélla es gente que tiene oído y tiene gusto. Si a esto añade una educación adecuada, nada nos pueden sorprender los resultados. Naturalmente que Centroeuropa es el núcleo donde ha nacido y ha irradiado al mundo la música que podemos llamar clásica. Pero esto no es una casualidad sino el fruto de una paulatina elaboración. Los genios no se improvisan en ninguna faceta artística. Paso a paso estos hombres han conseguido una sensibilidad musical colectiva que se muestra ya en los niños durante la primera infancia. Le voy a dar un detalle: Radio Praga abre cada día su emisión con los trinos de un pájaro: hoy es el mirlo, mañana el ruiseñor y pasado mañana el jilguero. ¿Que le parece una bobada? ¡Como quiera! A mí, en cambio, me parece que encierra un sentido, eso de apresar y comunicar a los oyentes las armonías de la Naturaleza. Las modulaciones del canto del

ave se repiten durante el día entreveradas con las emisiones más prosaicas, ¿comprende? Por otra parte, los programas musicales son una cosa muy seria. Lo mismo ocurre en Viena. Y no se trata de imponer una música de calidad, para educar al pueblo, sino que es el pueblo educado el que pide esta música de calidad: o sea, que es la demanda lo que prevalece. Por este camino han llegado a hacer de la ópera un espectáculo popular, aparte de que la ópera tampoco cuesta cara. Entonces resulta que en Praga no pueden vivir sin ópera sino dos meses al año, los más cálidos del verano. Y en provincias ocurre tres cuartos de lo mismo. Me gustaría que viese, oiga, el nuevo teatro de Brno. ¡Eso es un teatro y lo demás son cuentos! Mil quinientas butacas en dos pisos, con una visibilidad perfecta, escenarios giratorios, luminotecnia eficacísima, escenografía deslumbrante… Si a esto agrega la calidad de las compañías (de ópera y *ballet*) tendrá una idea aproximada de lo que es aquello. Y le repito que la audiencia es multitudinaria. Quiero decirle que a la ópera se va a ver y a oír, no a que le vean a uno y a que le oigan en el entreacto. El guardarropa de la ópera es el mejor exponente de su carácter popular. El terciopelo y el dril, el sombrero de copa y la gorra de visera se dan allí la mano. Debajo del sombrero de copa y de la gorra de visera hay dos cabezas activadas por una misma emoción. La brillantez del espectáculo no se mide allí por los escotes y los cuellos de pajarita sino por el juego que dan los actores contratados en el escenario. De todo esto resulta que el checo lleva la música en los tuétanos de sus huesos. Participar en la creación de esta belleza constituye una de sus más nobles aspiraciones. Éste es el motivo del desarrollo de los coros y orfeones en el país. ¿Cuántos checos habrá encuadrados en estas organizaciones? No lo sé, pero incontables. Existen coros en las fábricas, en las cooperativas, en la universidad… Y al hablar de la universidad no me refiero a los alumnos (que también los organizan) sino a los profesores. Así, como ejemplo de calidad, puedo citarle el coro de Maestros Moravos, cerca de cien profesores que periódicamente se reúnen en una u otra ciudad para sus ensayos, lo que les reporta gastos e incomodidades. No son profesionales, claro. Es decir, les mueve exclusivamente la afición. Bueno, pues este coro ha ganado cuatro veces en diez años el primer premio de masas corales de aficionados en Londres, París y Roma, y ahora se prepara para una gira por el Japón. Es claro que este sentimiento musical es más viejo en Checoslovaquia que el socialismo (aunque éste lo haya cultivado), como lo prueba el hecho de que los Maestros Moravos fueron distinguidos con la Orden de Isabel la Católica en la gira que realizaron por España allá por el año 1932, cuando la República. Para mí, le soy sincero, que una entidad de esta naturaleza alcance

una edad de cincuenta años y aún más constituye un fenómeno cultural que me conforta: revela, sin más, que los pueblos pueden alcanzar ideales comunes más amplios y nobles que los meramente deportivos. Para que tome usted nota del respeto que la cultura merece en Checoslovaquia le contaré una anécdota: a mi paso por Brno, la emisora de radio local me hizo una entrevista. Fue una cosa muy breve y sencillita en torno a la literatura española contemporánea. Al concluir, mi entrevistador, que hizo constar que, desde hacía qué sé yo los años, era yo el primer español que me arrimaba a aquellos micrófonos, me dijo en correcto castellano que pasara por la administración. Una vez allí me hicieron firmar dos papeles y me entregaron doscientas sesenta coronas. Mi sorpresa sorprendió a mi entrevistador. «¿Es que nunca le han pagado por una entrevista?, —me preguntó—. Nunca», le respondí. Él frunció la boca en un gesto de perplejidad y dijo: «Comprenderá que si yo saco de su cabeza unas ideas y lleno con ellas un programa, lo menos que puedo hacer es pagarle. —Su razonamiento me pareció tan lógico que asentí mientras para mi fuero interno me decía—: A ver si el ejemplo cunde».

—Está bueno eso; le hacen a usted la propaganda y encima le pagan.

—La cuestión estriba en discernir quién hace el servicio a quién y, sobre todo, en acertar a separar la cultura del negocio; pero esto tal vez sea para usted demasiado complicado.

Una cinegética asombrosa

—Bueno, pasemos a otra cosa. Usted es cazador, según me han dicho, y tengo entendido que para esto de la caza Checoslovaquia se pinta sola.

—Mire, no me tire de la lengua. Si nos metemos en estos berenjenales no vamos a terminar nunca, puesto que, de todas las sorpresas que me ha deparado aquel país, esta de la caza quizá sea una de las más inesperadas. Usted habrá oído hablar del paraíso terrenal, ¿verdad? Bueno, pues el paraíso terrenal para un cazador está allí, en Checoslovaquia. Así como suena. Algo increíble, se lo aseguro. La época naturalmente no era adecuada para tirar del gatillo, pero a juzgar por lo que se vislumbra desde las carreteras, aquello es un gallinero. De todos modos me vuelvo con el recelo de no haber dado con el busilis de este asunto, puesto que no es admisible que en los terrenos de todos exista la densidad de faisanes, perdices y liebres que he podido ver con

mis propios ojos en ningún lugar de la tierra. A mi regreso, hojeando folletos y propaganda, me he dado cuenta de que en las proximidades de Brno existe una reserva cinegética y esto quizá justifique algunas cosas. Pero con todo y con eso es difícil explicar esta variedad y abundancia de animales que pululan por todas partes. Los amigos de Brno me decían: «No hay aquí especies diferentes que en España, profesor». El profesor era yo, ¿comprende? Y en rigor puede que las especies sean las mismas, pero no hay duda de que la calidad no lo es. Por ejemplo, permítame que le hable de la liebre checa. La primera que vi merodeando en una siembra de cebada fue a pocos kilómetros de la frontera. Mi mujer, habituada a desollar liebres españolas, me hizo detener el coche: «Mira, ¿qué es aquello?», me decía. Y yo no encontraba respuesta porque si el animal, al acularse, tenía tal cual el perfil de una liebre, su tamaño era tres o cuatro veces mayor que el habitual en nuestra tierra; alzaba lo que un *pointer*, para que me entienda. Por otra parte, sus cuartos traseros eran muy poderosos y acangurados, y cuando galopaba echaba los pies por alto como los caballos y hasta levantaba polvo. Increíble, se lo digo yo, que llevo cuarenta años en el oficio, viendo liebres, e incluso he cazado la norteña, que, como sabe, hace su bulto. Tras un detenido examen llegué a la conclusión de que aquello no podía ser una liebre, aparte de por su tamaño y características, por sus hábitos: andaba ella sólita, gazapeando, y de repente se lanzaba en una galopada frenética sin que nadie la atosigara, tornaba a detenerse y se aculaba, observando. En fin, del costillar a la cabeza parecía una liebre gigante; del costillar al rabo, más se asemejaba a un canguro. Poco más lejos nos topamos con cuatro animales de éstos, pero juntos. Corrían uno detrás de otro a una velocidad endiablada, sin que desde el automóvil pudiera percibirse de qué o de quién huían. Pensé que en Brno me sacarían de dudas, pero cada persona consultada allí me respondía invariablemente: «Serían liebres, profesor». Yo insistía en el tamaño, en sus divagaciones diurnas y en manada, insólitas en España, en la cantidad, pero no lograba sacarles de sus trece y, ante mi insistencia, terminaban indefectiblemente por encogerse de hombros. Así hasta que dos días más tarde salimos al campo con tres amigos checos y entonces se aclaró la situación: eran liebres, sí señor, pero liebres de seis a ocho kilos, tremendos animales de gran cabeza, papada bovina y una pelambrera muy abrigada. Pero lo más curioso, más aún que su aspecto, me resultaron sus costumbres: correteaban por todas partes, jugando de tres en tres o de cuatro en cuatro; se detenían; en ocasiones, peleaban; otras, pastaban tranquilamente en los ribazos. En resumen, resulta obvio que la liebre checa no es animal noctívago. A varias acerté a truncarles la carrera cuando trataban

de atravesar el camino, y ante el coche se amonaban y únicamente se arrancaban cuando yo me apeaba y palmeaba estrepitosamente. Lo nunca visto, vamos.

Esto aparte, no son para descritos los cientos de faisanes que merodean por aquellas tierras. Y cosa rara, pese a la época, las parejas eran las menos. Era muy frecuente ver a un macho solo o a un bando de siete a diez hembras sin compañía masculina (piense usted lo que quiera). Y luego, su mansedumbre. Por pura distracción yo me apeaba para volarlos y entonces sí, saltaban al aire, pero sin alarma, tranquilamente. Créame que todo esto lo tengo como un sueño. Con decirle que he cobrado un faisán con el parabrisas del coche está dicho todo. O no todo, porque aún hay más. Por ejemplo: los pares de perdices, perdiz roja (creo que de la especie griega) y perdiz gris, algo más chica, que al volar despliega en el abanico de la cola y en los bordes de las alas una franja rojiza. Lo que le digo, si no se ve no se cree; un gallinero. Aparte, la caza mayor: los ciervos y las gacelas brincan en cuanto uno se arrima a un bosque…

—Pero bueno, ¿y es que allí no caza nadie?

—Yo desde luego no he disparado un tiro, se lo juro, pero por lo que tengo entendido la caza checa no es precisamente un deporte popular. Y esto, la verdad, ya me gusta menos. (Por de pronto, en Checoslovaquia existe una guardería implacable; un dato: perro corrillero suelto en el campo es muerto a mansalva sin preguntarle quién es su dueño). Mas a lo que iba: la caza allí es un deporte ultracaro, inasequible a una economía modesta. ¿Que quién caza entonces? Mire, por primera providencia los que cazan en todas partes: los prohombres y sus invitados. Luego tiene usted la caza como fuente de divisas. Según me cuentan, cada otoño, los alemanes occidentales y los austríacos arman allí la de San Quintín. En cuanto a técnicas, por supuesto, también va en decadencia la caza en mano. Al parecer se practica el ojeo con arreglo a un severo ritual en el que se rinde homenaje incluso a las piezas muertas. Pero la modalidad de caza más frecuentada es la que los franceses llaman *au cercle* o, por aproximación, en círculo. Un centenar o dos de escopetas rodean un terreno de varias hectáreas, dejando entre uno y otro un amplio espacio. A una señal convenida todos empiezan a caminar hacia el centro del círculo. Naturalmente, liebres y pájaros enloquecidos van concentrándose en el interior hasta que el cerco se estrecha y se ven obligados a buscar una salida. La regla es no tirar hacia dentro, pero con eso y con todo puede usted imaginar las carnicerías que se preparan. El sistema es alevoso; una encerrona, como decimos por aquí, pero, al parecer, a ellos les gusta y los

extranjeros lo pagan. En este punto de la caza de extranjeros he oído comentarios sabrosísimos: «Por una cabeza de ciervo los alemanes son capaces de dejar aquí la máquina», me dicen. O sea, que la avidez cinegética germana llega al extremo de trocar su Mercedes por una bella cuerna. ¡Lo que faltaba! Decididamente, los cazadores no tenemos remedio.

—¿Y los checos? ¿Es que van de morraleros?

—A lo que se ve los checos también pueden cazar, por más que un día de caza les suponga una fortuna. Armas y cartuchos son caros allí. Por otra parte, para poder cazar hay que ser miembro de una sociedad cinegética y estas sociedades tienen que pagar un terreno, es decir, un coto. Todo a base de pesetas, como podrá ver. De todas maneras no me haga mucho caso. Visto lo visto habrá que volver por Checoslovaquia en la temporada de caza y así podré hablarle con mayor conocimiento de causa. De momento puedo decirle que me han sorprendido tres cosas: el tamaño y los hábitos de la liebre, la notoria cantidad de piezas mayores y menores, y su general mansedumbre. ¡Con decirle que he llegado a migar pan a los azulones del río Vltava está dicho todo!

La ciudad de Praga

—¿El río Vltava?

—¡Ah, disculpe! El río Vltava es el que divide a Praga en dos. Pacífico río, río de llanura, pero con un notable caudal de agua. Y usted ya sabe lo que un río de éstos, bien colocado, da de sí urbanísticamente hablando. A una fea ciudad puede hacerla bonita un río, ni más ni menos. Naturalmente éste no es el caso de Praga. Praga, con Vltava y sin Vltava, es una de las ciudades más hermosas de Europa. Que ¿por qué? No es fácil precisarlo, pero a buen seguro no por sus rascacielos, que no los hay. Praga no tiene pretensiones de verticalidad, afortunadamente para los praguenses. No, tampoco tiene bruñidas y anchas avenidas ni zonas residenciales suntuosas. Praga es bella por lo que conserva de ayer y de anteayer; por lo que los hombres de hoy todavía no han enderezado. Para que me entienda, la hermosura de Praga estriba en aquello que nosotros, los españoles, nos apresuramos a destruir como si de una vergüenza se tratara: el carácter. Y donde digo carácter no excluyo ni la mugre ni la sordidez. No, por favor, no se asuste. A mí los nuevos barrios de la ciudad no me dicen nada, ni creo que a Praga,

estéticamente hablando, le hayan resuelto ningún problema. Es más, las nuevas edificaciones no me agradan; se me antojan oscuras y amazacotadas como pisapapeles. Para mi gusto, el verdadero sabor de Praga se concentra en el espacio que media entre el puente de la ópera y el puente Jana Svermy, incluidos, por descontado, los dos barrios que flanquean ambos costados del río. A la izquierda, aguas arriba, tiene usted el barrio de Malá Strana, con el castillo —el famoso castillo de Praga, antigua residencia del rey de Bohemia y hoy del presidente de la República, con su sala española y la histórica ventana de la defenestración— y la catedral. El complejo arquitectónico, de proporciones colosales, produce un impacto muy directo y muy vivo. Una impresión muy severa también. En toda esta zona, empezando por la catedral, cuya construcción se inició en el siglo XIV con Carlos IV y es el edificio religioso más grande de todo el país, se asientan los mejores ejemplares del gótico internacional, del barroco italiano y del Renacimiento. Se trata de una sinfonía monumental gótico-barroca que completa el puente Carlos, a los pies del castillo, que conduce a la otra ribera del Vltava, esto es, a la ciudad vieja. Este puente amontona tal vez la cantería más antigua de la ciudad, puesto que es uno de los primeros puentes de piedra de Europa y se construyó poco después del año mil. Esto aparte, la entrada y la salida están rematadas por dos bellísimas torres y los pretiles preservados por veintiséis estatuas de un barroquismo subido de tono. El conjunto, con el castillo al fondo, resulta extraordinariamente sugerente. Faldeando el cerro donde se levantan el castillo y la catedral, se topa usted con viejos palacios de la vieja nobleza rodeados de fronda, arcaicos vestigios de las influencias italiana, germana y española. También ahí encontrará usted la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, con la famosísima estatuilla del Niño Jesús de Praga —*il Bambino di Praga*, que dicen los italianos—, objeto de una piadosa tradición, vieja de siglos, en la que va envuelta, al parecer, una aristocrática dama española que contrajo matrimonio con un noble bohemio. La devoción popular ha rodeado la pequeña imagen de oraciones impresas y exvotos procedentes de las cinco partes del mundo. Muy próximo también, se levanta el palacio Cernín, que ha cobrado nueva actualidad ante la insistencia de los nuevos hombres de Praga por desvelar el misterio de Masaryk. Masaryk, hijo del famoso presidente, se desnucó al caer de una de las ventanas del palacio. Hace veinte años se dijo que Masaryk se había suicidado; ahora se sospecha que «lo suicidaron». Otra defenestración, pero, por favor, no vaya usted a pensar que esto de arrojar a la gente por las ventanas sea una manifestación folklórica del país. Pero continuemos. Este barrio de Malá Strana está notablemente elevado en

relación con el resto de la ciudad, de tal modo que, desde abajo, constituye una escenografía encandiladora y, desde arriba, facilita un mirador pintiparado para otear Praga en una dilatadísima perspectiva. Vista desde aquí, difuminada por el humo —que imprime a los vetustos edificios una pátina de hollín— y por la bruma, uno comprende que a Praga se la haya llamado «la ciudad de las cien torres». Que sean ciento diez o que sean noventa no hace al caso. Le confieso que yo no las he contado, pero lo cierto es que son muchas: torres que sobresalen de la grisura urbana, airosas y afiladas, como las gemelas del Tyn, la del Ayuntamiento —por cuyo reloj desfilan de hora en hora las ingenuas imágenes de los apóstoles— y la de Santo Tomás o torres abultadas como la de San Nicolás o la cubierta de la ópera, que muestran sin rebozo la preñez turgente de sus cúpulas verdes. La contemplación de la ciudad desde lo alto del castillo produce una impresión de serenidad y sosiego; de historia remansada. Le incrusta a uno, sin pretenderlo, en el pasado.

Del otro lado, es decir, a la derecha, aguas arriba del Vltava, se alza la ciudad vieja, la ciudad gris de los pasadizos y las desportilladuras. Aquello tiene un regusto kafkiano —no en balde Kafka nació y vivió aquí— y la sombra de los husitas gravita sobre sus calles y callejuelas. En rigor, se trata de un verdadero laberinto. Yo diría que es un trasunto urbano del cerebro caótico y genial del autor de *El proceso*. Los pasadizos, túneles, arcos, bóvedas, pasajes y patinillos se cruzan y entrecruzan: conducen a todos los sitios y no llevan a ninguna parte. El barrio encierra un encanto raro, un aire misterioso que le inclina a uno a hablar a media voz. A esta impresión coadyuvan los grandes desconchones de las mansiones valetudinarias, los ventanucos abiertos en los rincones más insólitos, las galerías colgantes, los gatos grandes y perezosos deslizándose sigilosamente entre los cubos de las basuras. El tiempo se ha detenido aquí. Nada se ha desplazado de su sitio. Todo está como estaba, con su viejo pavimento, incómodo y hermosísimo, de minúsculas lajas de diversos tonos (grises claros, oscuros, rosados) combinadas en caprichosos dibujos geométricos y sus farolillos de gas que el farolero va encendiendo cansinamente al caer la tarde. La personalidad de Praga (monumentos aparte) emana, sin duda, de este rincón sobre el que periódicamente se desgranan las campanadas del Tyn o de la capilla de Bethléem, donde Juan Hus (cuyo monumento se alza en la plaza inmediata) predicaba al iniciarse el siglo XV. Mortecino, cautivador barrio que contrasta vivamente con otro rincón no menos bello, arriba, en el castillo, del que no le he hablado: la Zlatá Ulicka —Callejuela del Oro—, donde el emperador

Rodolfo II, a lo que se ve aficionado a la lotería, alojó a los alquimistas más eminentes de la época esperando que hallaran las fórmulas para fabricar el oro y el elixir de la vida. ¡Casi nada! En realidad, hay que reconocer que el emperador no les dio demasiado espació ni demasiadas facilidades: se trata de un abigarrado callejón, de casitas desiguales (verdes, rojas, amarillas), chafarrinón que constituye el adecuado contrapunto de la severa grisura del resto de la ciudad.

—¡Bueno! Y a todo esto, a lo mejor no ha visto usted el estadio del Spartak de Praga…

—Sí, hombre, sí, también lo he visto. Es un rectángulo de hierba rodeado de gradas por todas partes y…

—No lo tome usted a broma. El Real Madrid, por si no lo sabe, disputó allí, todavía no hace tres meses, un partido dramático.

—Conozco el episodio deportivo, pero ocurre que el escenario, y lo siento, no me sugiere demasiadas cosas. Oiga, ¿por qué será que los campos de fútbol se parecen tanto unos a otros? ¿No se ha fijado usted? En cambio los museos nunca son iguales, y en Praga, por cierto, hay un montón de ellos: veintitantos si no estoy mal informado. Museos interesantes y bien montados, de pintura, literario, etnográfico, técnico, militar… hasta deportivo, para que no diga. De estos recorridos me ha quedado en la cabeza un lienzo asombroso, quizá con cuatro siglos encima. Es algo primitivo, pero lleno de candor y de un simbolismo evidente. Lo vi en el Museo Strahov y representa el proceso de un puñado de plata, desde que un par de forzados arrancan el rico metal de las entrañas de la tierra hasta que un poderoso señor puede lucirlo, transformado en objetos valiosos, después de pasar por las manos de diez operarios y artesanos. Todos sudan la gota gorda en el cuadro, menos el que se lleva la plata. ¿Qué le parece? ¿Querrá usted creer que el dichoso cuadro de la biblioteca Strahov me está trayendo, desde que lo he visto, muchos quebraderos de cabeza?

Sedano-Benidorm, mayo-junio de 1968



MIGUEL DELIBES SETIÉN (Valladolid, España, 1920 - 2010). El apellido Delibes proviene de Toulouse (Francia), ya que su abuelo paterno, Frédéric Delibes Roux —emparentado lejanamente con el compositor Léo Delibes— se asienta en España en 1860, adonde emigra para participar en la construcción de una línea de ferrocarril en la provincia de Santander. En uno de sus pueblos, Molledo-Portolín —escenario luego de una de las primeras novelas delibeanas, *El camino*— se casa con Saturnina Cortés, y con los años traslada el matrimonio su residencia a Valladolid.

Miguel Delibes es el tercero de los ocho hijos del matrimonio Adolfo Delibes, profesor y director de la Escuela de Comercio de Valladolid, y de María Setién, burgalesa de origen. El niño Miguel estudia en el colegio de La Salle y, en 1938, con 17 años, y antes de que le movilicen como soldado en la guerra civil que asola España desde 1936, decide enrolarse como voluntario en la Marina. «Casi con seguridad iban a destinarme a Infantería y me horrorizaba la idea del cuerpo a cuerpo, la guerra en el mar era más despersonalizada, el blanco era un barco, un avión, nunca un hombre. Yo lo veía como un mal menor».

Delibes, sin embargo, queda profundamente marcado por el conflicto bélico. «Si fuera posible —ha escrito— hacer un estudio médico de las personas que participamos en aquella terrible guerra, resultaría que los mutilados síquicos somos bastantes más que los mutilados físicos que airean sus muñones».

Regresa a Valladolid recién terminada la guerra y estudia Comercio y Derecho. Sin embargo, ninguna de estas carreras le complace. Y sólo el azar

quiere —él mismo lo ha reconocido así— que desemboque en el mundo del periodismo y de la literatura. Un azar que comienza cuando, al estudiar el *Manual de Derecho Mercantil* de Joaquín Garrigues, descubre la belleza del lenguaje y la eficacia de la metáfora y el adjetivo oportunamente empleado. Como también le gusta el dibujo —su padre le ha matriculado en la Escuela de Artes y Oficios—, Miguel Delibes ingresa como caricaturista, en 1941, en *El Norte de Castilla*, el periódico de su ciudad, y pasa luego a ser redactor.

Ya es por entonces novio de Ángeles de Castro y ésta —que luego será su esposa— le anima a leer y a satisfacer el espontáneo deseo de ponerse a escribir. De esta manera, casi por puro azar y con una formación eminentemente autodidacta en lo que a lo literario se refiere, escribe su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, que consigue el prestigioso premio Nadal, en la noche de Reyes de 1948.

Es el espaldarazo. Dos años antes se había casado con Ángeles de Castro y había conseguido la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de su ciudad.

A partir de ahora compaginará la enseñanza, el periodismo y la literatura.

Miguel Delibes es nombrado subdirector de «El Norte de Castilla» en 1952 y director en 1958. Emprende una serie de campañas en favor del medio rural castellano y ello le lleva a enfrentarse con el régimen y la censura reinantes, viéndose obligado a dimitir de su cargo en 1963. Pero no ceja por eso en su denuncia de la postración de Castilla y, cuando no puede hacerlo desde el periódico, lo hace desde la narrativa. Nace así su novela *Las ratas* (1962), verdadera epopeya novelada de la tragedia del campo castellano.

Pero ya antes había publicado varios títulos más, en especial *El camino* (1950), su tercera novela y arranque y confirmación de lo que habrá de ser su auténtico estilo narrativo.

Junto a títulos señeros como *La hoja roja* (1959), *Cinco horas con Mario* (1966), *Parábola del náufrago* (1968) —su novela más experimental—, o *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), Delibes publica también sus primeros libros de caza y crónicas de viajes, principalmente *USA y yo* (1966), consecuencia de su estancia de seis meses en Estados Unidos, como Profesor visitante de la universidad de Maryland.

En 1973, con más de veinte libros publicados y varios premios en su haber, Miguel Delibes es elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, ocupando el sillón e minúscula. La toma de posesión tiene lugar el 25 de

mayo de 1975, y su discurso versa sobre «El sentido del progreso desde mi obra».

Sólo unos meses antes, en noviembre de 1974, había muerto su esposa Ángeles, a la que el novelista había calificado como su «equilibrio» y la «mejor mitad de mí mismo». En una novela que Delibes publicará diecisiete años más tarde, *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), evocará la singular figura de esta mujer.

La muerte de su esposa deja sumido al escritor en una profunda depresión, de la que comienza a salir tres años más tarde con la publicación de su novela *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Siguen nuevas novelas, nuevos libros de caza, alguna nueva crónica viajera, y varios de sus relatos —doce en total — son llevados al cine o al teatro. *Los santos inocentes* en la pantalla y *Cinco horas con Mario* en los escenarios son los logros más notables en sendos géneros.

Llegan también para Miguel Delibes los reconocimientos y los premios: el Príncipe de Asturias, en 1982; el premio de las Letras de Castilla y León, en 1984; el de las Letras Españolas, en 1991; y dos años más tarde, en 1993, el premio Cervantes, el más prestigioso galardón para escritores de habla hispana. Su discurso de aceptación del premio ha sido considerado como uno de los más bellos y profundos de cuantos se hayan pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Y aun cuando en él parece dar a entender Miguel Delibes que da por clausurada su creación literaria, cinco años más tarde, en 1998, publica la que puede considerarse su novela más ambiciosa: *El hereje*, un alegato en favor de la libertad de conciencia. La novela se desarrolla en el Valladolid del siglo XVI, y «a Valladolid, mi ciudad» dedica Delibes el libro. Ciudad donde nació y donde ha vivido siempre porque, como él mismo ha repetido, «soy como un árbol, que crece donde lo plantan».

Tras la publicación de *El hereje* su carrera literaria prácticamente se detuvo, principalmente por el cáncer de colon que padecía el escritor precisamente desde la última fase de redacción de su última gran novela.

Recibió en 2007 el Premio Quijote de las Letras Españolas. El escritor trataría aún de sacar adelante una nueva novela corta mediada la década del 2000. La obra, que iba a llevar por título *Diario de un artrítico reumatoide*, fue finalmente abandonada después de medio centenar de cuartillas manuscritas. Por su incapacidad, tras ser galardonado con el Premio Vocento a los Valores

Humanos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, Reyes de España, visitaron personalmente al escritor en su domicilio vallisoletano. La comunidad autónoma de Castilla y León le entregó en noviembre de 2009 la Medalla de Oro de Castilla y León como reconocimiento por «su defensa del castellano», calificando al autor como «maestro de narradores». De igual modo, numerosas entidades culturales e intelectuales españolas e internacionales propusieron en varias ocasiones al escritor como candidato al Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] *huifa:* «alegre», «optimista». <<

[2] Esta medida ha sido adoptada posteriormente en España, aunque, como es sabido, con unos límites de velocidad mucho más generosos. (*N. del A*). <<

[3] Impresiones posteriores parecen indicar que la situación de los trabajadores españoles en Alemania no era en todas partes tan satisfactoria como la que recojo en estas líneas tras un apresurado viaje por el país a finales de 1960. (*N. del A*). <<

[4] Al entregar estas líneas a la imprenta —primeros días de julio— la Asamblea Nacional checoslovaca acaba de votar las modificaciones de la Ley de Prensa por las que se suprime la censura. <<

[5] Recordemos que el comité central, en su última sesión, expulsó de su seno a Novotny y a un pequeño grupo de íntimos colaboradores, pero otros muchos salieron indemnes de la depuración. Habrá que esperar, pues, a la celebración del congreso extraordinario del Partido, convocado para el 9 de septiembre, para comprobar si la línea política se transforma o no sustancialmente en Checoslovaquia. <<

[6] Un artículo publicado en *Literarní Noviny* y *Prace* en estos días, al referirse a la pérdida de prestigio del partido comunista, dice: «Una equivocada dirección transformó el partido comunista en un organismo autoritario, solamente atractivo para los arribistas, los cobardes interesados y la gente de mala conciencia». En las últimas semanas estos ataques frontales están produciendo en Checoslovaquia una progresiva polarización de las fuerzas políticas. <<

[7] Dos obispos sancionados se han hecho cargo en estos días de las diócesis de Ceské Budejovice y Brno. <<

[8] La Ley de Rehabilitaciones ha sido también aprobada en la Asamblea Nacional en los últimos días del pasado junio. <<